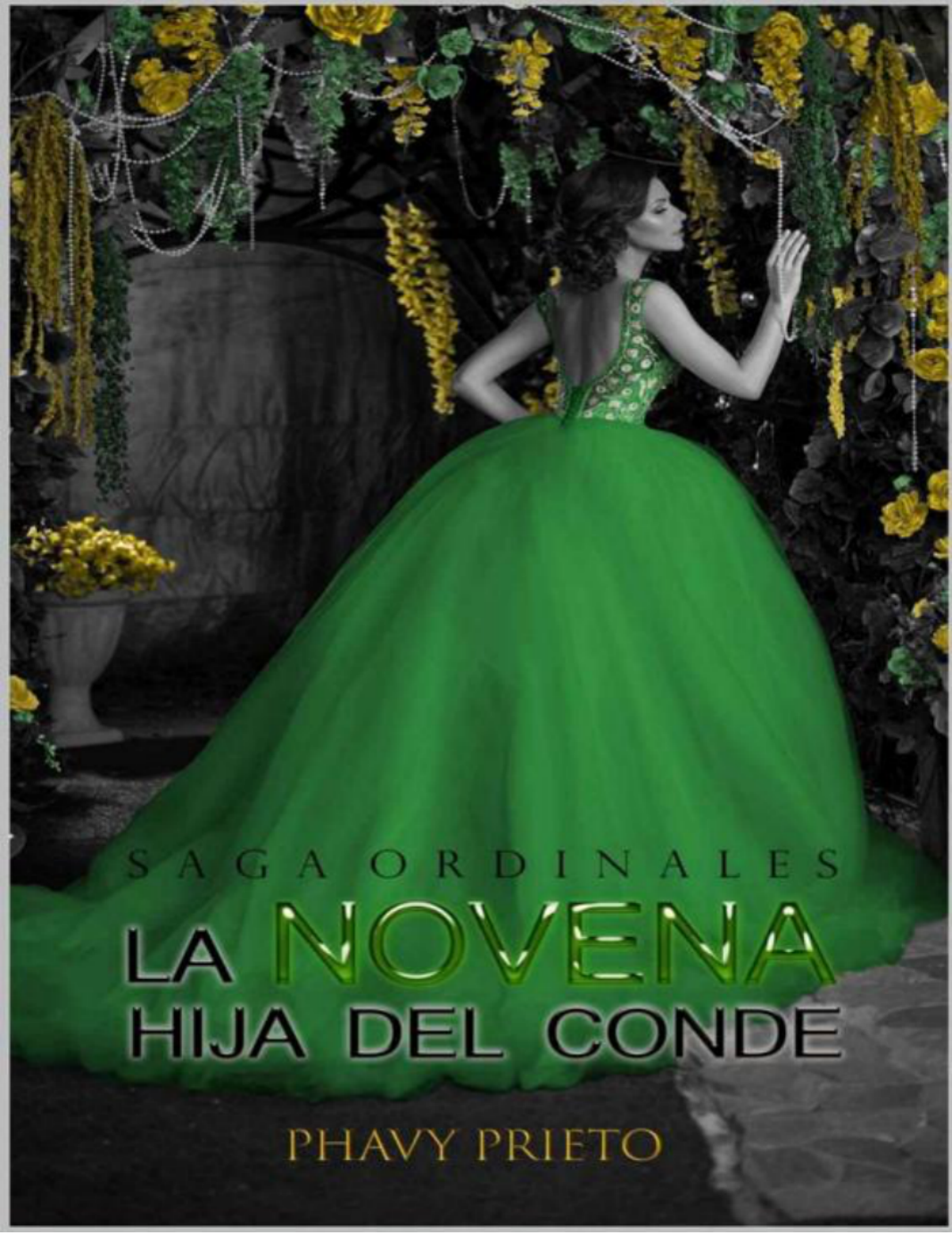
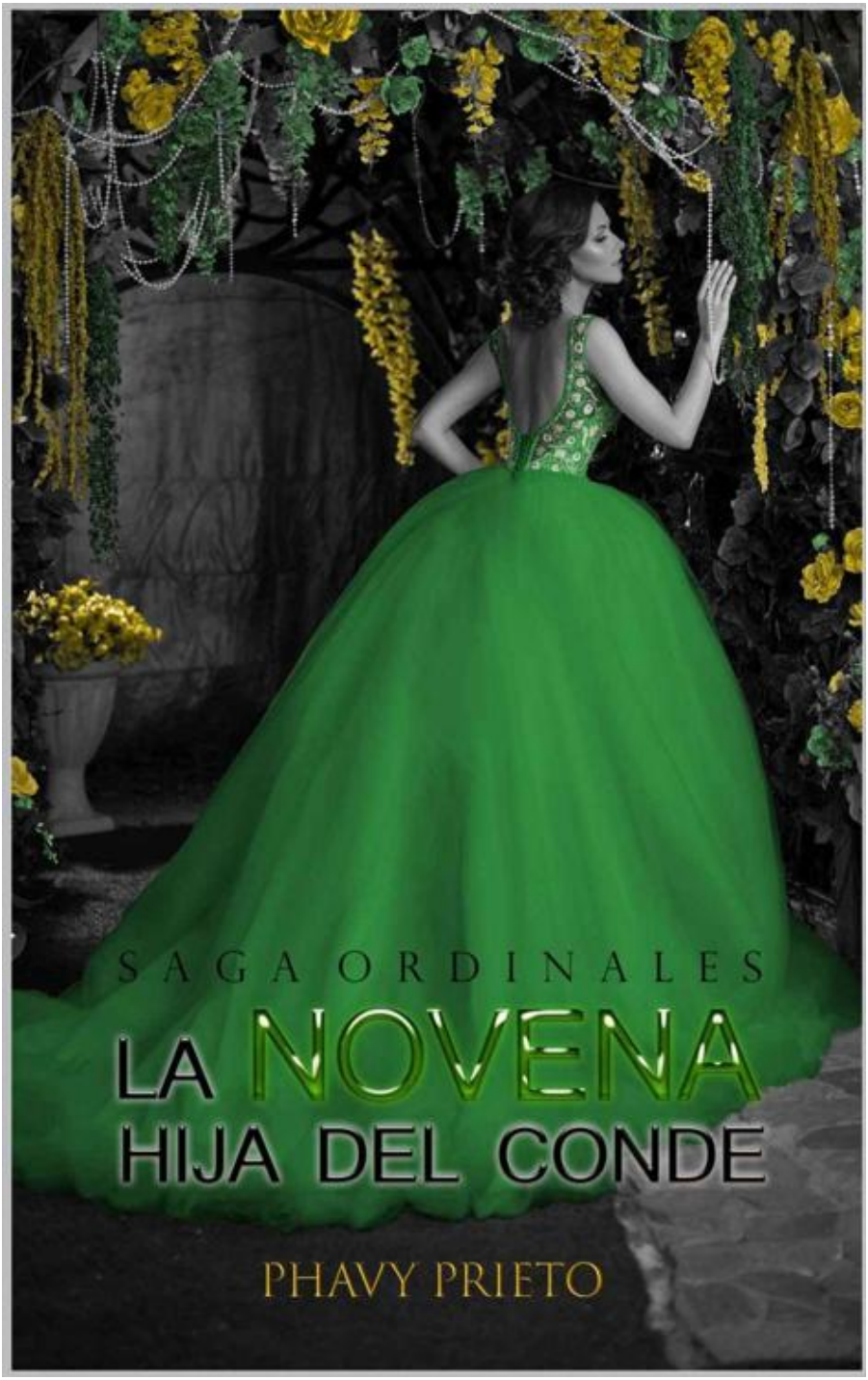

SAGA ORDINALES
LA NOVENA
HIJA DEL CONDE
PHAVY PRIETO


SAGA ORDINALES
LA NOVENA
HIJA DEL CONDE
PHAVY PRIETO

A mi madre, Manuela Prieto.

La flor más bella y hermosa de todo mi jardín.

Porque tú me diste las alas para hacer que mi imaginación volara, y confiaste en que hiciera mis sueños realidad.

Te quiero.

Agradecimientos.

A mi querido amigo, José Domingo Seco Cuenca,

por la maravillosa edición de las portadas

y por estar siempre ahí,

¡Gracias!, Sin ti no hubiera sido lo mismo.

A mis bellas florecillas de Wattpad, por apoyarme cada día y hacer que esta historia se convirtiera en el número uno de las listas de Género Histórico.

Sois increíbles, siempre os lo digo,

miles y miles de GRACIAS

El amor verdadero es paciente, es bondadoso.

El amor no es envidioso, ni jactancioso, ni orgulloso.

No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja

fácilmente, no guarda rencor.

El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija

con la verdad.

Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera…

Todo lo soporta.

Corintios 13:4-7

1

Inglaterra 1821. Londres, 8 de febrero.

Donald Richmond se encontraba en la mesa de su estudio contabilizando las últimas inversiones de su empresa familiar. Hacía diez años que se había casado con Anne Norwing y gracias a la dote que ésta había aportado al matrimonio había conseguido salvar la empresa naviera que creó su bisabuelo.

Su empresa se centraba en la importación de especias principalmente, pero con la crisis que les acechaba los últimos seis meses, estaba intentando salir adelante realizando otras inversiones. No se encontraba en su mejor momento y tendría que comenzar a pedir crédito a los bancos si la situación no mejoraba.

Unos toques en la puerta le hicieron perder la concentración del libro de contabilidad. Alzó la vista para encontrarse con los humildes ojos de Nora, una vieja criada que le acompañaba en la familia desde que él tenía uso de razón.

—¿Si, Nora?

—Señor, un hombre llamado Robert Langdon solicita verle, dice que es abogado y tiene que tratar un asunto importante con usted.

Donald frunció el entrecejo, no le sonaba de nada aquel nombre y de momento su empresa no estaba en una situación tan grave como para que le visitaran abogados al respecto. Decidió salir de dudas.

—Hágale pasar, Nora.

Robert Langdon aparentaba ser un hombre de unos cincuenta años. Pelo canoso, bajito, algo gordinflón y con un pronunciado bigote que resaltaba en aquella cara redonda. Iba vestido con un traje formal, la tela no parecía ser de muy buena calidad, pero tampoco era mala. Desde luego aquel hombre no parecía trabajar para la alta nobleza inglesa, tal vez fuera a tratar de venderle algún tipo de inversión.

—Buenas tardes Señor Richmond —saludó cordialmente—. Imagino que se preguntará por qué he solicitado una entrevista con usted sin comunicárselo previamente, pero el asunto del que vengo a tratar es bastante delicado y de gran urgencia.

—Entonces me siento aún más intrigado —dijo con franqueza—. Por favor, siéntese. ¿Le puedo ofrecer un whisky o tal vez, coñac? —preguntó Donald amablemente.

—No, por favor. No se moleste —le aseguró—. Quizá más tarde —Donald asintió con la cabeza mientras le indicaba que se sentara frente a él.

Robert Langdon había realizado un viaje bastante largo y tedioso para realizar aquella visita. Apenas había descansado un par de horas y se había atrevido a no solicitar audiencia con el señor Richmond. Había sido arriesgado, pero la suerte estaba de su parte y esperaba que se tomara la noticia con la mayor naturalidad del mundo. Se dispuso a abrir su maletín repleto de documentos y sacó de este una carpeta, depositándola en la mesa frente a su interlocutor.

—Señor Richmond —comenzó diciendo el abogado haciendo una pausa—.

Tengo que comunicarle que, el pasado 3 de febrero, el conde de Ashby falleció en su mansión de Norwand. Puesto que el Conde no ha concebido un heredero varón, el título de Conde Ashby pasará al familiar más próximo por ascendencia, que en este caso será el de su nieto Daniel Richmond —. El abogado hizo una parada en su discurso para ver la expresión del señor Richmond.

—Entiendo. —expresó algo conmocionado por la noticia.

—El título Ashby va ligado a las tierras del condado, la mansión familiar y las caballerizas. Estas propiedades no se pueden hipotecar, vender o traspasar, puesto que van vinculadas al título. Así mismo, el anterior conde contribuyó una deuda que asciende a cincuenta mil libras, deuda que deberá saldar el actual conde.

—¡Pero si solo tiene diez años! —gritó sin poder contenerse Donald.

No se lo podía creer. Bueno, sí, casar a ocho hijas poco agraciadas es lo que había llevado a la mismísima ruina al Conde. Pero de ahí a que su hijo tuviera que pagar la deuda, «¡Ni hablar!».

—Dicha deuda se pagará durante los próximos años con lo que se genere de las caballerizas y el arrendamiento de la mansión. Por lo que no debe preocuparse señor Richmond, únicamente no tendrá ningún beneficio hasta que la deuda sea pagada.

Donald respiró algo más tranquilo, ya tenía la soga al cuello con su propio negocio como para tener que acumular deudas ajenas. Al menos aquello estaba solucionado y su hijo podría ser el futuro conde de Ashby.

El orgullo le crecía por dentro, sabía que su hijo Daniel sería el futuro Conde, pero ahora que había llegado el momento le parecía algo increíble.

—Bien, una vez aclarada la cuestión del título, pasemos al punto más delicado.

Donald no dijo nada y esperó a que el abogado continuara hablando. Le había mencionado la muerte del Conde y la deuda que había acumulado. ¿Es que aún quedaba un tema más delicado que tratar?

— *Lady* Emily. La novena hija del Conde Ashby que aún no ha cumplido la mayoría de edad y, por lo tanto, está bajo su tutela señor Richmond. —aclaró el abogado.

—Emily —susurró Donald— La pequeña de las hermanas Norwing.

—Actualmente se encuentra alojada en la casa de una vecina del conde, una vieja amiga de la familia que se ha hecho cargo de la joven temporalmente hasta que decidan traerla a vivir con ustedes. *Lady* Emily estará bajo su tutela hasta que contraiga matrimonio tal y como lo dejó estipulado el conde.

«Otra Norwing», pensó Donald.

Ese hombre buscó insaciablemente un heredero y hasta su noveno hijo fue una mujer. Se arruinó con las dotes de sus poco agraciadas hijas y ahora le tocaría a él, que precisamente se había casado con una Norwing por su dinero, pagar una cuantiosa suma para que otro se casara con la hermana menor de su esposa.

—Imagino que ya se ha celebrado el funeral y entierro del conde —añadió Donald.

—Así es, señor Richmond —aclaró el abogado—. Al entierro solo acudieron tres de sus hijas, ya que como usted bien sabe, existía cierto distanciamiento con ellas debido a su reclusión en la mansión Ashby. Sólo mantenía contacto con la joven *lady* Emily cuando ésta tenía permiso en el internado.

Era cierto, al morir la madre de las hermanas Norwing en el parto de Emily, el conde se encerró más aún en sí mismo. Se endeudó con las dotes de sus hijas y metió a la joven de las hermanas en un internado religioso puesto que decía que al carecer de madre necesitaría una doctrina aún más severa.

Lo cierto era que seguramente la habría querido alejar de él por el resentimiento que tenía hacia la joven, ya que la creía culpable de la muerte de su esposa o eso le había comentado Anne. De hecho, ese era el motivo principal por el que habían dejado de visitar la mansión. Que él recordara, llevaba más de ocho años sin ver a la joven Emily.

¿Qué edad tendría? Se puso a echar cuentas mentalmente. No podría pasar de los veinte, eso seguro, pero no recordaba cuántos años de diferencia mantenía con Anne. En su boda debería tener unos siete u ocho años y ya habían pasado diez años desde aquello.

—¿Me está escuchando señor Richmond? —escuchó de pronto Donald sacándolo de sus pensamientos. Estaba tan concentrado en adivinar la edad

de su cuñada más pequeña que no había prestado atención al abogado del fallecido conde.

—Lo lamento. Estaba intentando recordar la edad exacta de *lady* Emily. Son tantas las hermanas que tiene mi esposa que me resulta imposible recordar las edades de todas ellas —comentó en un tono que incitaba a la broma.

—Tiene razón señor Richmond. Es poco común que se dé la casualidad de tener tantos hijos y todos del mismo género que casi es un mérito para el propio Conde —contestó riendo—. El viejo conde debió hacer algo mal en otra vida para que Dios no le haya concedido ningún varón —añadió el abogado entre risas.

Donald no pudo evitar reírse ante el comentario del abogado porque de hecho opinaba de la misma forma.

—Respecto a su duda, *lady* Emily cumplió el pasado octubre los diecisiete años. Por lo que tendrá usted que proveerla para la próxima temporada ya que estará en una edad casadera y debe ser presentada en sociedad.

«Dinero», pensó Donald rápidamente.

¿No podría haber previsto el viejo Conde una reserva para la última de sus hijas? Una jovencita casadera, lo que le faltaba a él. Tal y como estaba el negocio ponerse ahora mismo a gastar dinero en vestidos, encajes, muselinas y cintas de raso o lo que fuera que llevaban las aspirantes, era lo que menos necesitaba. Daba gracias al señor de que hubiera tenido dos hijos varones y ninguna mujer, pero en cambio le había castigado con una pupila en edad casadera en uno de los peores momentos de su situación financiera.

—Lo entiendo perfectamente señor Langdon. En cuanto le transmita las noticias a mi esposa, decidiremos qué hacer para traer a la joven a casa.

Mientras tanto en la Mansión Ashby…

Emily Norwing había cumplido hacía poco tiempo diecisiete años, por lo que ya había finalizado sus estudios en el internado y, según las normas, estaba preparada para salir al mercado del matrimonio y encontrar un buen esposo.

Debía hacer su presentación en sociedad y encontrar un marido adecuado, pero ella no era tonta. Sabía que su padre estaba endeudado y nadie en su sano juicio se casaría con una Norwing si no había una dote de por medio.

Tenía ocho hermanas para corroborar su teoría: ella se quedaría soltera, sola y sin conocer el amor para el resto de su vida.

—Emily, querida —La voz de la señora Hadden se oyó desde el pasillo.

Había ido a la mansión Ashby a recoger sus pertenencias ya que no volvería a aquella casa en una larga temporada. Quizá nunca lo hiciera, ahora que lo pensaba. No sabía lo que el destino le tendría preparado, pero, según les había mencionado el abogado de su padre tras su muerte, la casa sería arrendada para saldar las deudas pendientes, al igual que las ganancias de las famosas caballerizas Ashby.

—Estoy aquí, señora Hadden —dijo Emily sin alzar mucho la voz mientras metía sus pocos vestidos algo raídos en el baúl que un día había sido de su madre. Ser la más joven de sus hermanas, criarse sin madre y educarse en un internado, le había hecho no conocer lo que era vestirse a la última moda, como decían algunas de sus compañeras de clase.

Ella nunca había tenido un vestido nuevo. Siempre había arreglado los de sus hermanas que ya estaban pasados de moda y bastante usados cuando llegaba a heredarlos. ¡Cómo deseaba poder tener un vestido nuevo! Uno realizado exclusivamente para ella a su medida y de su talla por una vez en su vida.

Con el tiempo había descubierto que ella debía de ser la más bajita y delgada de todas sus hermanas con su misma edad, puesto que en todos los vestidos

que heredaba tenía que meter el bajo y entallar la cintura. También se había dado cuenta que tenía que parecerse físicamente más a su madre por los pocos vestidos que se había probado de ella y que le quedaban casi perfectos.

Solo había heredado de su padre el mismo color de ojos, algo que no se podía apreciar en el resto de sus hermanas y, sorprendentemente, a su corta edad tenía mucho más busto que ellas, salvo su hermana Rose. Los vestidos de su hermana Rose eran imposibles de aprovechar, ya que eran tan grandes que perdía demasiado tiempo tratando de arreglarlos.

—¡Ah querida!, estás aquí. Mira lo que traigo —Emily alzó la vista y vio que la anciana viuda traía unos vestidos bastante bonitos en comparación a lo que estaba acostumbrada.

—Eran de tu madre —dijo mientras los depositaba sobre la cama de Emily—.

Aún recuerdo cuando estrenó éste en su pedida de mano. Estaba tan hermosa con él… ella era muy hermosa Emily, igual que tú. Me recuerdas tanto a ella cuando te miro… —La voz nostálgica de la señora Hadden la ponía triste; sabía que había sido íntima amiga de su madre.

La suerte no había estado de parte de la señora Hadden: su marido murió a los dos años de contraer matrimonio sin poder concebir ningún hijo. Decidió no volver a casarse porque aún amaba a su difunto marido y no tenía familiares cercanos, solo algún sobrino lejano.

—Debió estar preciosa con él —dijo Emily mientras tocaba la suave tela de terciopelo verde esmeralda. El terciopelo volvía a ser tendencia y, aunque el corte del vestido quedaba un poco anticuado, quizá podría arreglarlo. Nunca había arreglado un vestido de su madre, porque su padre se lo tenía terminantemente prohibido, pese a que eran "casi" exactamente de su talla cuando se había probado alguno a escondidas.

—Ella quiso llevar un vestido del color de los ojos de su prometido, el color

de tus ojos, Emily —aclaró—. Deberías llevarlo… con un par de retoques te verás preciosa con él.

—No sé si debería —comenzó a decir Emily—. Padre decía… —dudó si sería correcto coger algunas cosas de su madre, aunque sus hermanas habían arrasado con casi todas las joyas aunque ella había guardado minuciosamente la única joya que le gustaba de su madre. La palpó en su bolsillo a través de la tela del vestido, pensó por un momento que precisamente esa joya sería la que debió llevar su madre cuando lució el vestido de pedida que observaba en ese momento, porque sorprendentemente era del mismo color.

—¡Tonterías! —atajó la señora Hadden—. Tu padre no está aquí para prohibir nada y tus hermanas necesitarían metros de tela para poder meterse en un vestido de tu madre. Por fortuna, tú has salido a ella, después de ocho hijas ya era hora que una se pareciera a *lady* Lynette. Desde luego con tus hermanas el conde no podía negar que fueran hijas suyas, todas son igual que él, pero tú… tú querida, eres el vivo retrato de tu madre con los ojos de tu padre.

Emily no pudo rebatir nada más, puesto que la mujer metió los vestidos en el baúl y lo cerró dando la orden a su criada de que lo

llevaran inmediatamente a su casa.

—¿Tienes todo, querida? —preguntó la anciana en cuanto su criada salió de la habitación.

—Sí, creo que sí —contestó rápidamente.

Miró a su alrededor, su habitación tenía cierto aire infantil. Aún se veían las muñecas con las que había jugado de pequeña, su escritorio con algo de tinta, los libros del internado. Paseó la mirada por el lugar y no creyó necesario que aquellos objetos fuesen a aportar algo más a su vida. Le daba nostalgia

dejarlos atrás, aquello suponía que oficialmente dejaría de ser una niña.

Cuando saliera de aquella mansión sería oficialmente una mujer y por lo que el señor Langdon le había dicho, una carga para el marido de su hermana Anne. Por eso pondría todo su esfuerzo por ser amable y ayudar en casa de su hermana, desde ahora sería una boca más que alimentar hasta que se casara, cosa que nunca sucedería desgraciadamente para ella.

—Vamos querida, seguro que lo que te espera fuera de estos muros es toda una aventura. Te irás a Londres y allí la vida no es aburrida como aquí, deberías estar rebosando alegría.

—Lo sé, señora Hadden, pero temo ser una carga para el marido de mi hermana. No tengo dote, ni recursos, ni siquiera un vestuario digno para poder ir a una cena social —suspiró—. Siento que seré un continuo derroche de dinero.

—Querida, no te preocupes tanto. Créeme cuando digo que no necesitas una dote para casarte —concluyó la señora Hadden.

Emily intentó creer las palabras de la vieja amiga de su madre, pero prefirió ser realista. Ningún hombre se casaba con una mujer sin dote, al menos, ningún hombre que se moviera en los círculos respetables de la sociedad inglesa. Siempre podría casarse con un hombre de oficio, pero tampoco podría poner el nombre de su familia a tan bajo nivel. Se tendría que hacer a la idea que sería una solterona y cuanto antes lo asimilara mejor.

—Bueno, es tarde, la señora Jens debe estar refunfuñando porque aún no hemos vuelto para servir la cena —Emily echó una última ojeada a su habitación y salió de esta sin volver la vista atrás. La vida que

había conocido hasta ahora se quedaba allí, entre aquellas antiguas piedras que constituían la mansión Ashby.

2

Donald había mandado llamar a su esposa en cuanto el abogado del Conde Ashby se había marchado de su casa. Creía conveniente informar a su mujer de la muerte de su padre, era consciente que no lloraría en demasía la pérdida puesto que con el paso del tiempo el hombre se había distanciado tanto de ellos que casi convivían sin notar su ausencia.

—Adelante querida —exclamó al sentir que llamaban a la puerta y supuso que sería su esposa.

—Debe ser algo importante cuando me citas aquí, en lugar de la salita de té como es habitual —dijo contrariada.

Anne había entrado en el despacho de su esposo y tomó asiento en el mismo lugar donde minutos antes había estado el señor Robert Langdon. Donald sabía de sobra que a su mujer le ponía nerviosa su despacho, él llevaba todos sus negocios desde allí y prefería no involucrar a su esposa e hijos con sus problemas financieros, por lo que se relacionaba siempre con ellos en otros lugares de la casa.

—Es bastante importante y nos afecta a todos, especialmente a ti y a nuestro hijo Daniel. —aclaró observando como su esposa fruncía el ceño.

—¿Van bien los negocios, Donald? —preguntó preocupada—. Sé que

estás pasando una situación difícil con el negocio y he recortado gastos de todo cuanto he podido. Créeme cuando digo que más no puedo hacer. Hasta he limitado comer pescado una vez a la semana —Era consciente de que pasaban por una mala racha, pero confiaba en que su marido saldría adelante.

Conseguirían sobreponerse al bache, ya vendrían tiempos mejores.

—No es por eso querida, aunque esta situación no es que nos venga en el mejor momento. Seré directo, porque por mucho que trate de prepararte, al final tendré que decirlo —respiró profundamente y se preparó para ver la reacción de su mujer.

—Está bien —asintió preocupada antes de dejarle continuar hablando.

—Tu padre ha muerto —dijo soltando el aire que había contenido. Notó que su mujer no decía nada, así que decidió continuar—. El hombre que ha venido hace unos momentos era el abogado del Conde, nos informa de la situación económica en la que ha dejado al nuevo Conde de Ashby, es decir, a nuestro hijo Daniel —hizo una pausa—. Al parecer hay una cuantiosa

deuda que pagar pero que afortunadamente se pagará con las ganancias del condado.

—Dios mío —susurró—. ¿Tan mal estaban las cosas? —preguntó un poco incrédula. Su padre había sido uno de los hombres más ricos de Inglaterra,

¿Cómo había podido dilapidar así su fortuna?

—Al parecer, fue bastante considerado con las dotes de sus hijas —comentó Donald delicadamente—. Eso me recuerda el siguiente punto. Tenemos la tutela de tu hermana *lady* Emily, ahora ella es nuestra responsabilidad hasta que contraiga matrimonio.

—¡Dios mío!, ¡Emily!, ¿Dónde está? —Anne se incorporó de la silla preocupada por su hermana menor, llevaba tantos años sin ver a la pequeña Emy como la llamaba cariñosamente cuando era pequeña que de pronto se imaginó a la más joven de las Norwing sola y asustada.

—Tranquila Anne, al parecer ella esta con una vecina. Creo que se trata de una vieja amiga de tu madre que la ha acogido temporalmente hasta que la situación se aclarase.

—¡Oh! —exclamó—, debe ser la señora Hadden, me sorprende que

aún siga viva. Deberá rondar los sesenta años puesto que era algo mayor que mamá —

declaró Anne algo más relajada.

—Bueno querida, esto no nos viene en el mejor momento ya que habrá que presentar a *lady* Emily en sociedad y dispensarle un guardarropa decente, aunque algo limitado por nuestra situación. Esperemos que la joven sea consciente de la situación y se adapte — afirmó Donald a su esposa mientras ésta asentía.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

— Señor —Donald se giró hacia la puerta donde se hallaba Nora, su ama de

llaves y criada desde hacía varios años que acababa de llamarle—. El duque de Sylverston está aquí —confirmó—. ¿Le digo que espere en el salón? O

prefiere que…

—Hágalo pasar —contestó interrumpiendo a la criada. Con todo el lío de los últimos acontecimientos había olvidado que tenía una cita con el duque precisamente a esa hora.

—Seguiremos hablando luego, querida. Puedes ir preparando el viaje hacia la mansión Ashby, Nora te acompañará, puesto que yo no puedo moverme de Londres ahora mismo —confirmó a su esposa.

Anne asintió con un gesto de cabeza mientras salía del despacho de su marido, se encontró en la puerta con su excelencia el duque de Sylverston y le saludó cordialmente antes de seguir su camino. El duque y su esposo eran viejos conocidos, aunque Sylverston era demasiado reservado y parecía ser bastante selectivo con sus amistades, afortunadamente su marido formaba parte de dicha selección.

—¡Henry!, ¡Amigo mío! —Donald estrechó la mano del Duque de Sylverston. Llevaban un par de meses sin verse, ya que su excelencia había estado ausente de la ciudad por negocios.

—Donald —contestó con bastante menos efusividad.

Si algo le caracterizaba precisamente al duque era su seriedad, a sus treinta y cinco años se había forjado un carácter que cubría

perfectamente sus emociones. El tiempo le había hecho conocer el trasfondo de las personas, por eso era tan selectivo con sus amistades. Donald era uno de los pocos que podía considerar amigo en su selección y no era uno al que le confesara sus pensamientos, pero era sincero y leal, algo de lo que la sociedad Londinense carecía infinitamente.

—Casi me había olvidado de que teníamos una reunión, viejo amigo —

comenzó a decir Donald.

El duque prefirió no interrumpir, sabía de sobra que, si no hablaba, su amigo acabaría contando todo sin necesidad de preguntar, de hecho, no tardó en comenzar a contarle los hechos que habían sucedido durante la mañana.

—Así que ahora siento que la soga se aprieta aún más a mi cuello, es por eso por lo que necesito que este negocio salga bien Henry, de lo contrario me veré obligado a pedir crédito y ya me juré una vez a mí mismo que no volvería a hacerlo —confesó.

Precisamente por eso se vio obligado a casarse con Anne, cuando vio que todos los bienes de su familia serían embargados aceptó casarse con la solterona de la temporada cuya dote era la más cuantiosa. Donald miró a Henry detenidamente y se le ocurrió que quizás él podría ayudarle, el duque era tan rico que hasta le podrían salir los billetes de los oídos y además no poseía cargas familiares como él.

—¿Tu podrías hacerme un pequeño préstamo, Henry? —preguntó con cierta reticencia— Sólo para paliar los gastos de la chica hasta que…

—Donald, sabes que yo no invierto en causas perdidas —atajó seriamente el duque interrumpiendo a su amigo—. Podría prestarte el dinero por la amistad que nos une, pero no me convenzas de que recuperaré el dinero cuando la chica contraiga matrimonio porque si es una Norwing todos sabemos lo que eso significa. Tú más que nadie. —añadió seriamente.

Donald le miró con una sonrisa en los labios. A su excelencia no le podía engañar.

—Esperemos que esa jovencita no suponga mi ruina —contestó dando por finalizada la conversación. Esperaba no tener que pedir prestado dinero a su

amigo como favor por la amistad que les unía—. Ahora hablemos de lo que de verdad es importante, ¿Cómo van las obras?

—Tal como estaba previsto, la semana que viene la fábrica debería estar funcionando y los primeros pedidos de seda deberían salir antes de primavera

—afirmó el duque.

—Bien —contestó Donald contento por primera vez en la mañana—. Eso son buenas noticias, las cosas salen bien por una vez. —Se alegró realmente, iban a tener la primera fábrica textil que también suministraba seda y con sus barcos podrían ampliar el negocio tanto en importación como en exportación de las mismas.

—Mañana voy a revisar que todo esté en orden, puesto que llegará la maquinaria. ¿Los proveedores de hilo están avisados? —preguntó Henry.

—Sí, todo va tal como habíamos establecido. Casi no logro creerme que no se haya producido ningún contratiempo —contestó sorprendido Donald.

Estaba acostumbrado a que las cosas no salieran siempre a la primera según su experiencia.

—Así son los negocios conmigo. No permito que haya imprevistos, no dejo nada al azar porque no doy opción a ello —aclaró el duque tajantemente. Si algo le caracterizaba, era su afán por controlar todo al milímetro con gran precisión.

El viaje desde la Mansión Ashby hacia Londres era largo y tedioso. Aún más cuando su hermana Anne no paraba de quejarse por los baches y las salpicaduras de barro. Desde luego no era el mejor tiempo para viajar, pero las circunstancias lo habían querido así, nadie puede planificar la muerte de un ser querido. Anne había aparecido hacía dos días en la casa de la viuda Hadden para viajar con ella a Londres, había llegado sola, ya que su marido

tenía negocios que atender y no quería someter a sus hijos a las inclemencias del tiempo, de hecho, no sabía cómo su hermana se había ofrecido a ir, después de todo los lazos de sangre acaban uniendo pese a la distancia, sobre todo por el abrazo que le había dado nada más verla, incluso se echó a llorar diciendo entre lágrimas algo sobre su madre que no logró entender ya que simplemente se limitó a devolverle el abrazo.

—Tus sobrinos están deseando conocerte Emily, a pesar de que son unos diablillos, pronto te acostumbrarás a sus trastadas. Están todo el día realizando diabluras, de hecho, casi han acabado con mi apreciada porcelana china y aunque jamás lo reconozca ante ellos, no puedo enfadarme, una madre termina perdonando todo, lo comprobarás cuando seas madre, entonces sabrás de lo que te hablo —concluyó Anne.

Emily quiso disimular ante su hermana su tristeza, no quería que nadie le recordase las cosas que no tendría, aunque todos se empeñaran en hacerla creer que sí sería posible. ¿No se daban cuenta que hacía daño?

—Seguro que sí. —Se limitó a decir con una sonrisa forzada. No deseaba que su hermana la notara triste, de lo contrario le preguntaría y ella deseaba evitar el tema, puesto que se sentía una carga para ellos como para hablar de su dote inexistente.

Anne le habló de la temporada y lo increíble que ésta era. Al parecer ya había comenzado, pero ella podría hacer su aparición antes de que acabara. Aunque había comentado que no le importaba asistir y esperar a la próxima temporada, su hermana insistió en que debía acudir y comenzar a hacer amistades, era la forma de poder socializar en Londres. Al parecer, si una dama no acudía a los actos sociales no era nadie, según decía Anne.

Anne, Catherine, Megan, Rose, Pamela, Vanessa, Rachel, Miriam y Emily.

Nueve hermanas, todas salvo la menor de ellas habían acudido a la temporada

londinense a encontrar marido y sin ninguna excepción, tardaron más de cuatro temporadas en encontrarlo. Tenían grandiosas dotes que aportar al matrimonio y salvo su hermana Rachel, ninguna se casó con un noble. Los rumores corrían como la pólvora de que el conde de Ashby había comprado a todos los maridos de sus hijas. El apellido Norwing parecía pesar sobre los hombros de Emily, era la última que entraba a formar parte de la sociedad, una más buscando marido y esta vez sin dote alguna que aportar al matrimonio.

Hacía unos días que se alojaba en la casa de su hermana. Donald había sido muy amable y parecía encantado con tenerla en casa, al menos era la sensación que le había dado. Anne le enseñaba las rutinas de la casa y la obligaba a coser al menos un par de horas al

día, algo que ella agradecía porque era una de sus tareas preferidas. Había tenido tiempo de arreglar los vestidos de su madre y ahora eran sencillamente espectaculares. Sus sobrinos eran en efecto, unos pequeños diablillos encantadores. Le hacían correr por toda la casa jugando al pilla-pilla y acababa con las mejillas rosadas y algo sudorosa de tanto correr por todos lados, pero lo hacía encantada, los pequeños se divertían muchísimo.

Aún no había debutado en sociedad, pero el próximo sábado se estrenaría en Almackś puesto que Susan, la hija de la amiga de Anne había insistido en que asistiera.

Susan Brandon tenía un año más que ella. Era su segunda temporada y decía que el momento más efusivo de ésta, era precisamente en esos momentos, por lo que no había podido negarse. Solo habían encargado hacer dos vestidos, por lo que le había contado Susan, no tendría ni para empezar, pero la situación económica de su cuñado no era buena por lo que había podido apreciar en los pocos días que llevaba en aquella casa. Se limitaría a dar

excusas para no acudir a tantos acontecimientos, de todos modos, no creía que fuese a encajar muy bien en sociedad.

—¡Cuando te atrape, pequeño granuja, te haré cosquillas hasta que no puedas más! —Emily gritaba mientras bajaba las escaleras corriendo detrás de su sobrino que huía despavorido entre risas de su tía.

El pequeño llegó al hall de entrada a la casa y corrió tras la escalera para colarse por la puerta de la cocina. Emily iba a seguir los pasos de su sobrino cuando se dio de bruces con un hombre alto, demasiado alto ahora que reparaba en él. Con unos inmensos ojos grises que parecían estudiarla fijamente.

—¡Oh dios mío! Lo siento mucho, discúlpeme —exclamó abochornada,

¿Cuánto tiempo llevaría ese caballero ahí? Y ella vestida con poco más que un camisón, el cabello suelto y su rostro de recién levantada… ¡Qué vergüenza! Se fue corriendo a la cocina sin dejar que aquel hombre pronunciara palabra alguna, estaba totalmente sonrojada. Le daba tanto corte que la hubiera visto de aquella manera, que prefería no saber de quién se trataba, seguramente sería algún socio de su cuñado.

Henry Sylverston. Sexto duque de Sylverston, acababa de llegar a la casa de su amigo y reciente socio Donald como solía hacer

últimamente para discutir los últimos términos del nuevo negocio en el que acababan de embarcarse.

Acudir a la casa de su amigo le aportaba cierta nostalgia, le recordaba la familia y esposa que él jamás tendría. Era un hecho que nunca se casaría, las cosas habían sucedido de tal modo que su destino sería ese.

Estaba esperando en el hall de entrada a la casa cuando escuchó los pequeños gritos de una joven. Se giró y vio bajar al pequeño Richmond por las escaleras y detrás de él le seguía una joven; era menuda, aproximadamente un metro sesenta, de constitución delgada pese al camisón holgado que llevaba y

el cual dejaba bastante poco a la imaginación, el cabello lo llevaba suelto, definitivamente acababa de levantarse de la cama o eso parecía por su aspecto. Vio como el pequeño se escabullía a lo que él intuía sería la cocina y notó un golpe en su costado. Se giró para contemplar de frente a la joven, creyó morir en ese instante porque debía encontrarse definitivamente en el cielo, ella era la mujer más bella que había visto en toda su mísera existencia.

Sus cabellos ondulados caían de forma graciosa entre su perfecto ovalado rostro, con unos ojos grandes y enormes de un color tan verde que invitaban a perderse en ellos. Su nariz pequeña y chata era simplemente maravillosa, sus pómulos altos y marcados, pero lo que más le impresionaron fueron sus labios. Aquellos labios habían sido creados para ser besados, ¿Se estaba volviendo loco? ¿Era ella real? Notó que le decía algo, hasta su voz era infinitamente deliciosa. La siguió con la mirada mientras se perdía por donde se había ido anteriormente el hijo de los Richmond, ¿Quizá fuera aquella joven la niñera?, Si era así, no entendía qué hacía la niñera aún en camisón a las nueve de la mañana.

—Henry, te estaba esperando —habló Donald.

La voz de su amigo le hizo reaccionar y apartar la vista de la puerta de la cocina. Por un momento, solo un breve instante quiso seguir a aquella joven.

No sentía esa sensación desde hacía tantos años que aún seguía confuso, es más, probablemente nunca habría sentido esa sensación tan intensa en su vida.

Estuvieron toda la mañana discutiendo los términos de la apertura de la nueva fábrica, todo estaba saliendo muy bien y en dos días podrían

estar a pleno rendimiento si nada fallaba, algo que era impensable si el duque Sylverston se encontraba al mando. Henry notó que su amigo estaba más contento de lo habitual, ¿Tendría algo que ver la joven que había visto en el hall? Nunca se

le había dado bien preguntar cosas para sonsacar información, habitualmente la gente lo hacía de manera natural, pero se moría de ganas por saber más de aquella joven de belleza inaudita.

—Ya que hemos discutido todos los términos me marcho, es casi la hora de almorzar y no quiero entretenerte más de lo necesario —dijo Henry mientras se levantaba de su asiento y recogía un par de documentos.

—Tonterías, Henry. Tú nunca molestas, de hecho, es algo tarde, así que te quedas a almorzar con nosotros. Avisaré a Nora, seguro que no hay inconveniente por poner un plato más en la mesa.

—No quiero molestar Donald, prefiero venir otro día cuando haya sido debidamente invitado —No le gustaba entrometerse en la vida familiar, sobre todo por la nostalgia que le generaba.

—Sabes de sobra que tú nunca molestas —insistió Donald—. Además, es tarde, tu casa está lejos y a estas horas no encontrarás mesa en el club, puesto que estará abarrotado.

Sylverston no estaba acostumbrado a que le insistieran, normalmente cuando él decía no, era no. Pero Donald parecía haber cogido la suficiente confianza como para que su no, pudiera ser transformado en un sí. No insistió, quizá lograría ver a aquella belleza de nuevo, después de todo, al pensar en ella recordó que llevaba dos meses desde que dejó a su última amante y debía encontrar otra para saciar su apetito. Así lo evidenciaban sus pantalones al recordar a la joven en sus pensamientos, que necesitaba urgentemente encontrar una sustituta.

—La mesa está lista, señor —anunció Nora en el despacho de Donald.

Dejaron sus vasos de coñac en la pequeña mesita de bebidas y fueron hacia el comedor. Cuando Henry entró vio a la Señora Richmond acompañada de

Daniel y John, los hijos del matrimonio que ya tenían edad suficiente para sentarse en el comedor. Al lado de los pequeños estaba aquella joven deliciosamente hermosa de nuevo, pudo apreciar como ella al verle se sonrojaba, evidentemente sentía vergüenza al encuentro, pero

fingiría no conocerla, sería un pequeño secreto entre ambos del cual nadie tendría por qué enterarse.

—Henry, te presento a mi querida cuñada, *lady* Emily. Querida, él es un gran amigo mío además de socio, su excelencia el Duque de Sylverston. —Henry saludó formalmente a la joven, así que ésta era la hermana pequeña de la esposa de Donald. ¿Quién lo diría?, no parecía una Norwing… en absoluto.

Ella era como la noche y el día respecto a sus hermanas, definitivamente no era hija del conde, eso sería lo más razonable a pensar. Recordó el rostro del viejo conde cuando lo vio hace años, no se caracterizaba por ser precisamente apuesto sino todo lo contrario, aunque sus ojos eran de un color verde llamativo, un verde bastante peculiar y reconoció a sí mismo que aquella joven sí era hija de él, sus ojos eran exactamente los que tenía el difunto conde de Ashby.

Emily se sentía turbada. Aún peor que antes, después de saber que aquel hombre era un duque, ¡Dios mío! ¡Qué metedura de pata! Ni siquiera había sido presentada en sociedad y ya la había visto un duque en camisón de estar por casa.

«Seré el hazmerreír de la familia a este paso», se recriminó a sí misma.

Por suerte, el duque no hizo ningún comentario al respecto, al parecer era un hombre educado además de apuesto. Ahora que lo podía observar detenidamente, se dio cuenta de lo demasiado apuesto que era y le resultó extraño sentirse atraída por un hombre bastante mayor que ella, ¿Qué edad tendría? Seguramente debía rondar la treintena, tal vez algo más, quizá

consiguiera averiguar la edad del duque preguntando a su hermana, ¿Estaría casado? ¿Tendría hijos? Era evidente que sí, un hombre así debía conservar su título y debía comenzar pronto a tener herederos para perseverarlo.

—Emily, querida, ahora que somos uno más en la mesa deberás sentarte frente al duque.

La voz de Anne la sacó de su ensimismamiento, ¿Por qué pensaba en aquellas cosas? «Céntrate Emily», se dijo a sí misma. Un duque estaría completamente fuera de su alcance, de hecho, cualquier miembro de la alta sociedad estaría fuera de su alcance tuviera título nobiliario o no.

—Le doy mi enhorabuena, señora Richmond, la comida estaba

deliciosa y el postre, simplemente sublime —habló Henry.

Lo cierto era que no lo decía solo por quedar bien, realmente había sido una comida deliciosa. Podía casi asegurar que había sido tan deliciosa debido a las vistas que le acompañaban, pero intentó por todos los medios evitar mirar a *lady* Emily para que no se notara su interés en la joven. Hacía tanto tiempo que no se sentía tan atraído por una mujer que casi no lo recordaba.

Definitivamente debía buscarse una amante o recuperar la que había dejado, aquella joven estaba totalmente fuera de sus posibilidades. Ella estaba allí para encontrar marido y él había jurado que jamás se casaría, eso sin mencionar que era familia de su actual socio y amigo.

—Se lo agradezco *lord* Sylverston. Aunque el postre se lo debería agradecer a mi hermana, al parecer en el centro donde realizó sus estudios creyeron oportuno que las jovencitas aprendieran repostería. Creo que mi marido ha ganado peso desde que se aloja con nosotros —dijo Anne entre risas provocando en el duque una leve sonrisa.

Henry dirigió su mirada de la señora Richmond a la joven, que le observó con

aquellos ojos verdes y sus mejillas ruborizadas por el comentario. Sintió entonces un tirón en su entrepierna y decidió que era el momento de irse o definitivamente se volvería completamente loco.

—Me alegro haber probado uno de sus postres, *lady* Emily y espero poder deleitarme en otra ocasión con uno de ellos. Ahora si me disculpan, tengo algunos asuntos que resolver de bastante importancia —dijo a modo de despedida mientras se levantaba de su asiento evitando en todo momento mirar a la joven de nuevo. Necesitaba huir, salió de allí deprisa y corriendo sin volver la mirada hacia atrás, como si le hubiera poseído el diablo.

3

La noche del sábado había llegado. Emily estaba nerviosa, no sabía si su vestido de terciopelo verde sería adecuado para la ocasión, aunque Anne le había comentado que no se preocupara por ello, aquel tejido comenzaba a volver a ser tendencia pese a que todavía no lo llevaran todas las jovencitas de la sociedad. No sabía si había hecho bien en dejar los hombros del vestido al descubierto, las clases de corte y confección del internado le habían servido para poder arreglar los vestidos de sus hermanas, aunque nunca había tenido la oportunidad de realizarse uno completamente nuevo al no disponer

de tela suficiente, pero ardía en deseos de que le llegaran nuevas prendas.

Solo iba a tener dos, uno de día y otro de noche, pero para ella tener dos vestidos exclusivamente suyos sin haber pertenecido con anterioridad a nadie era el mejor regalo que podrían hacerle.

—¡Oh Emily! —exclamó Anne— ¡Estas preciosa! El vestido combina tan bien con tus ojos y me recuerdas tanto a mamá, eres su viva imagen.

Lo cierto era que tanto la señora Hadden como Anne, insistían tanto en el parecido con su madre que ella simplemente no decía nada. Nunca había visto a su madre, no había ningún retrato de ella por casa, su padre los había retirado todos porque decía que no soportaba verla sin poder tocarla. Así que creció sin saber cómo había sido la condesa de Ashby. En ocasiones, su padre le recriminaba que la

muerte de su madre se debía exclusivamente a ella, tenía la certeza de que el conde prefería que hubiera muerto en aquel parto su hija y no su esposa, pero en los últimos años de vida la trató con cariño. De hecho, en ocasiones la llamaba por el nombre de su madre, probablemente porque le recordaba a ella y por no contradecirle, asentía cuando se lo decía.

—¿Seguro que no seré el hazmerreír de la sociedad inglesa?, Anne, no quiero ser una vergüenza para la familia, prefiero quedarme en casa, seguro que haré algo mal, o no sabré comportarme, o diré algo incoherente… —exclamó indecisa. Emily tenía miedo, nunca había asistido a un baile, ni a una reunión social y mucho menos a un acontecimiento donde iría tanta gente.

—¡No digas bobadas Emily Norwing!, ¿Por qué ibas a ser una vergüenza para la familia?, Eres mi hermana, aunque por edad podría ser tu madre, pero eso no quita el hecho de que seas mi hermana pequeña, yo voy a cuidar de ti y Susan estará también allí. Deja de preocuparte por cosas que aún no han pasado y disfruta de la velada querida. Ahora vamos, que Donald debe estar preguntándose porqué tardamos tanto en bajar.

El carruaje de los Richmond paró en la puerta de Almacks para que las damas bajaran, Anne le había prestado a Emily una toca de pelo de ciervo blanco para que hiciera conjunto con su atuendo y unos guantes del mismo tono. Habían optado porque Emily llevara el pelo un poco recogido ya que sus ondas naturales eran demasiado bonitas para no lucirlas en todo su esplendor. Como única joya, la joven llevaba el colgante de su madre con forma de diamante cubierto de pequeñas piedras preciosas y en el centro una gran esmeralda del mismo color que el vestido, tan similar al de sus peculiares ojos.

Fueron mencionados antes de bajar la gran escalinata que conducía al salón donde se celebraba el baile social. Algunas personas se giraron al oír el apellido Norwing, Emily cogió aire y lo expulsó poco a poco, prefirió mirar los escalones por si se le iba un pie y cometía la imprudencia de rodar escaleras abajo. Se agarró aún más fuerte al brazo de su cuñado Donald, éste lo sintió y le colocó la mano sobre la suya para calmarla. Cuando llegaron al salón se movieron entre la gente, escuchaba como su hermana Anne saludaba a algunas conocidas y su cuñado las dejó para ir por algunos refrescos.

Comenzaba a estar nerviosa rodeada de tantos desconocidos que la miraban disimuladamente. Podía notarlo, incluso sentirlo y en ese punto deseó marcharse, sentía unas enormes ganas irrefrenables de

salir huyendo de allí porque de algún modo presentía lo que todos estarían pensando de ella.

—¡Emily! ¡Emily! —La voz de la señorita Brandon entre la gente hizo que ésta la buscara hasta que finalmente apareció ante ella—. ¡Ven conmigo! te presentaré a mis amigos —dijo cogiéndola del brazo sin permitirle hablar siquiera—. ¿Señora Richmond, puedo llevar a *lady* Emily al centro del salón?

—Vayan queridas y disfruten del baile. —Anne estaba demasiado entretenida con una conocida que llevaba años sin ver que no le importó perder de vista a Emily estando en compañía de la hija de su amiga la señora Brandon.

—Estás espléndida, Emily. Preveo que esta noche tu carnet de baile se llenará muy pronto.

—Lo cierto es que lo dudo mucho —contestó dejándose arrastrar por Susan

entre la gente—. Pero tú sí estas realmente hermosa —añadió observando el vestido de muselina amarilla de Susan, aunque el color resultara favorecedor en ella

El transcurso de la noche estaba siendo mejor de lo que esperaba. Susan había tenido razón y su libreta de baile estaba llena, parecía que por algún motivo algunos amigos de la señorita Brandon mostraban interés en ella, quizá había sido la propia Susan la que les había prevenido para que no se sintiera demasiado sola en su debut. Se lo agradecía enormemente porque su principal miedo de no ser aceptada, apartada de la sociedad y hacer el ridículo, estaba comenzando a evaporarse

William Barnes, cuarto Barón de Brightdawn se encontraba en Almacks por petición expresa de su madre o más bien para que ésta le dejara en paz durante algunos días. Estaba colmando su paciencia e incluso se había llegado a plantear en dejar que le buscase una esposa y así solucionar su incesable parlotearía diaria sobre la importancia de engendrar un heredero.

Aquel lugar no era en absoluto su ambiente, aunque había ido en más de una ocasión, sobre todo por conservar las apariencias ante la sociedad londinense.

Divisó de lejos a su prima Susan, al menos tendría un grupo con el que charlar. Solía tener bastante éxito entre las damas a pesar de que a él

no le interesara el matrimonio o formar una familia, pero hacía todo lo posible por aparentar que sí sentía ese deseo al menos en sociedad.

—¡Querido William! ¿Tú por aquí? No me lo digas, ¿Tía Petunia? —terció Susan.

La joven Brandon se echó a reír ante el encogimiento de hombros de su primo William.

—Tan adorable como siempre prima. Por cierto, me encanta el corte de tu vestido, pero el amarillo no es tu color querida —contestó con una risa

burlona.

Una sombra verde llamó su atención y divisó a una preciosa joven que nunca había visto anteriormente. Sencillamente era deliciosa, su hermoso rostro y su innato estilo al caminar le decían que era un diamante en bruto que debía ser delicadamente pulido.

—¡Oh William!, veo que en el fondo eres como todos, te rindes ante la belleza femenina —el susurro de su prima Susan en su oído derecho le hizo volver al presente.

—¿Quién es? —pensó que fingir interés por la joven no estaba mal para mantener su fachada de noble inglés buscando esposa para perseverar el título.

— *Lady* Emily es la menor de las hermanas Norwing.

—No puede ser una Norwing —contestó un estupefacto William volviendo la mirada hacia su prima—. Es imposible, ella es… —se quedó simplemente sin palabras.

—La viva imagen de la difunta condesa —sentenció Susan—. O eso es lo que dijo mamá cuando la vio la otra tarde en casa de los Richmond, allí se hospeda junto a su hermana.

—Pues ya podrían haber heredado algo de su madre sus hermanas porque son un adef... ¡¡Auch!!

—¡Lo siento querido primo! ¡Ha sido sin querer! —exclamó Susan algo apenada, aunque con voz completamente fingida—. Sabes que soy una patosa innata —añadió—. Emily querida, deja que te presente a mi primo favorito, el Barón de Brightdawn, William Barnes.

Emily observó al primo de Susan, verdaderamente era un hombre muy apuesto. Alto, rubio, ojos marrones y sonrisa pícara, sin duda debía tener a

todas las jóvenes damas a sus pies.

— *Lady* Emily, es todo un placer que una belleza como la suya deleite nuestros humildes ojos —dijo el barón mientras se inclinaba para posar un beso en su mano enguantada sin apartar la vista de ella.

Emily sintió como se ruborizaba, no estaba acostumbrada a los halagos y menos si provenían de alguien tan apuesto como *lord* Barnes.

—Es usted muy considerado *lord* Barnes, —sus palabras aún sonaban tímidas

— Es todo un honor conocerle.

—Agradézcamelo concediéndome la siguiente pieza —respondió el barón.

—¡Oh querido primo! —intervino Susan—. La lista de Emily se llenó en cinco minutos y tú por desgracia, llegaste tarde —inquirió.

William hizo una mueca de disgusto. Comenzaba a interesarse por aquella joven, quizá ella podría ser la elegida para… Bueno, tendría que conocerla aún más a fondo para determinarlo.

—Entonces le ruego que me conceda una cita mañana, solo un pequeño paseo por Hyde Park.

La mirada de Emily pasó de *lord* Barnes a Susan, que la inducía con gestos afirmativos a decir que sí.

—Será un placer *lord* Barnes. —contestó al fin.

—Llámeme William, por favor. Me gusta que mis amigos me llamen así y a usted deseo considerarla mi amiga —exclamó.

Emily afirmó con la cabeza, pero no le llamó por su nombre, era demasiado pronto para los formalismos y menos aún con un caballero que pertenecía a la nobleza.

No muy lejos de allí Henry Sylverston se sentía satisfecho esa noche, había

conseguido que su ex-amante Patricia volviera a serlo. Tampoco le había costado mucho, de hecho, incluso menos de lo que pensaba, solo un guardarropa nuevo y algunas joyas, a fin de cuentas, todas las mujeres eran igual de interesadas; esposas, amantes, prometidas… A todas se las podía comprar según su experiencia, Patricia no era menos, aunque ahora que acababa de estar con ella, su belleza era incomparable a la de la joven *lady* Emily. ¿Por qué pensaba aún en aquella dulce joven? Lo cierto era que se había sentido bastante atraído por ella, algo que no le ocurría desde Sophie, hacía demasiados años de eso, tantos que casi había llegado a perder la cuenta.

Venía ensimismado en sus pensamientos camino a su club cuando vio salir por la puerta a dos de sus viejos amigos; Michael Callaghan y Robert Benedict con los que hacía tiempo que no se divertía, parecían reírse de algo bastante gracioso al parecer.

—¡Ey Henry!, ¡Vente con nosotros! —dijo Michael mientras le echaba el brazo por el hombro y su olor a whisky delataba que habían estado bebiendo.

—¿Se puede saber dónde? —Henry estaba seguro de que aquel par de dos, no tramaban nada bueno. Hacía tiempo que no se animaba a correr una de sus salidas, quizá la madurez de su edad no era la misma que la de sus amigos, ya que él era unos cuantos años mayor que ellos.

—Robert ha perdido una apuesta, así que vamos a Almackś, donde todas las jovencitas de buena sociedad se encontrarán buscando esposo. Debe cortejar esta noche a la dulce Grettell Whitman. —contestó mientras se carcajeaba de sus propias palabras y veía como su amigo hacía una mueca casi de dolor ante el acontecimiento que le esperaba.

Henry hizo una mueca, sabía que Robert detestaba aquella joven insolente y engreída, por lo que aquello le pareció algo divertido. Además, estaba el

hecho de que Michael se reiría de aquella noche durante mucho tiempo y quería verlo en primera persona. Pese a los inconvenientes de aparecer en Almackś para alguien como él, puesto que podrían pensar que buscaba esposa cuando distaba mucho de la realidad, advirtió que el riesgo bien merecía la pena.

Era casi medianoche cuando llegaron al lugar. El salón estaba repleto,

al fondo se veían numerosas parejas bailando y en otra zona de la sala, las matriarcas de la familia entradas en años se abanicaban coquetamente a la par que bebían y probablemente despotricaban sobre la sociedad londinense. Los pocos hombres casados se mantenían aislados cerca del bar y las jovencitas que buscaban esposo, pero no habían sido invitadas a bailar pululaban alrededor de las parejas de baile.

—Por un momento creí que mi vista me fallaba amigo mío ¿Qué haces aquí Henry? —exclamó Donald

Henry estrecho la mano de Richmond mientras veía como sus amigos se alejaban para buscar a la joven de la apuesta.

—Decidí acompañar a unos amigos que debían asistir —admitió sin darle más importancia—. Por cierto, mañana debemos reunirnos sin falta para concretar los últimos detalles de la fábrica. —Aprovechó para comentarle a su socio—. Y ahora que lo pienso… ¿Tú qué haces aquí? —desde luego Donald era la última persona que pensaba encontrarse en aquel lugar, sobre todo porque al inicio de la temporada era frecuentado por jóvenes casaderas buscando esposo.

—Estaré en mi despacho toda la mañana —contestó Donald—. El Rubí atracará en el puerto a primera hora de la tarde por lo que me ausentaré el resto del día para comprobar los detalles —le dijo mientras daba un pequeño sorbo de su copa y parecía algo agotado—. Pensé que para estas horas ya

podríamos irnos, pero mi cuñada ha tenido más éxito del esperado y tiene la lista de baile completa, por lo que creo que hasta dentro de una hora como mínimo no podremos marcharnos aún —confesó Donald pensando que se refería al hecho de estar aún en el baile.

—Cierto, la presentación de *lady* Emily. —susurró.

Así que la bella joven estaba allí, al menos se podría volver a deleitar un poco la vista. No le extrañó que tuviera la lista de baile llena, los caballeros de aquella sala no debían ser en absoluto ciegos, él desde luego no lo era. Se disculpó con su socio Donald y concretaron verse a la mañana siguiente, mientras buscaba a sus amigos observaba en todo momento el salón de baile, quizá viera a *lady* Emily entre pareja y pareja.

4

Creo que mañana me reiré hasta la saciedad de Robert —dijo Michael divertido—. Mírale —señaló.

Henry divisó a Robert cabizbajo bailando con una joven poco agraciada que parecía bastante sonriente. Por un momento le dio pena la pobre muchacha que se haría vanas ilusiones con su amigo Benedict por el simple hecho de haberla invitado a bailar.

Una sombra verde captó su atención y se fijó en el color del vestido que lucía la joven que lo portaba. «Ese color» se dijo. Era tan similar a los ojos de…

¡Espera un momento! ¡Era ella! ¡Emily llevaba un vestido del mismo color

que sus ojos! «Está exquisita» se repitió mentalmente.

Estaba aún más hermosa que el día que la había conocido si es que eso era posible. Tuvo un remordimiento por dentro al pensar que ella jamás podría ser para él, nunca se había arrepentido de la decisión que tomó en su día, pero en aquel momento sentía rabia por desear algo que no podría tener.

No perdió de vista a la joven en todo momento, su pareja de baile era mediocre en comparación con los movimientos tan gráciles de ella y pese a ello, no perdía su sonrisa. Parecía encantada con su pareja de baile y sintió envidia de aquel joven mediocre que seguramente no habría cumplido la veintena.

Emily debió decirle algo a su pareja de baile puesto que se alejó de él sin su compañía y se dirigió al pasillo que llevaba a los excusados. En un impulso que ni él mismo sabía de dónde venía, la siguió. No sabía por qué lo hacía, pero siguió a su instinto, vio a cierta distancia como la joven en lugar de dirigirse hacia los excusados giro hacia las escaleras que llevaban al piso superior. Guardando cierta distancia con ella, la persiguió sigilosamente y vio como buscaba algo o quizá, alguien. ¿Se encontraría furtivamente con algún joven? Descartó la idea cuando vio cómo la joven salía al balcón de uno de los salones casi desesperadamente y escuchó su inspiración al tomar aire fresco, parecía que se sentía ahogada entre tanto baile, de ahí que se hubiera escapado sigilosamente y sola para su desdicha o fortuna según se pudiera apreciar.

La observó durante unos minutos. Estaba silenciosa, mirando hacia los jardines, pero no parecía tener la vista fija en nada particular. Él solo tenía ojos para ella, se encontraba medio escondido en la oscuridad que le proporcionaba el saloncito, pero en cambio, ella estaba iluminada por la luz de la luna llena que lucía afortunadamente para él esa noche. ¿Por qué

diantres tenía que ser tan hermosa? ¿Y por qué le hacía sentir cosas que llevaba casi catorce años sin experimentar?

—No debería estar aquí sola mi *lady*. —No supo por qué habló, pero algo en él le hizo querer acercarse a ella. Notó como la joven se sobresaltó al escuchar su voz mientras se giraba. Pareció calmarse y sentirse algo más tranquila al reconocerle.

—¡Oh, es usted su excelencia! —hizo una pausa—. Lo siento, es que sentí que, si permanecía un minuto más en ese salón, me desmayaría de un momento a otro —dijo sinceramente—. No me han dejado descansar ni un minuto y realmente lo necesitaba —aclaró por si había alguna duda.

—Si por mi fuera la acompañaría muy lejos de aquí y la llevaría a un lugar seguro —contestó. No mencionó que ese lugar seguro fuera su cama, pero sus ojos lo dijeron claramente sin poder evitarlo. Esperaba que aquella inocente joven no supiera leer entre líneas—. Pero creo que estaríamos en boca de todos mañana y no creo que eso nos convenga a ninguno de los dos.

—Y menos a él que no podría ser un caballero—. Además, dudo que a Donald le entusiasme la idea —concluyó.

Emily le observó detenidamente, fijándose en que sus ojos grises brillaban aún más a la luz de la luna. ¡Era tan increíblemente apuesto! Su estómago comenzó a revolotear como si tuviera mil mariposas dentro, ¿Qué era aquella sensación? La idea de poder tocar y acariciar su rostro le pasó por la mente y sintió unos deseos incontrolables de hacerlo, pero se contuvo.

—No, desde luego que no pretendo ser una molestia para usted —dijo apresuradamente—. Imagino que me habrá seguido en calidad de amigo de Donald para ver que no corría ningún peligro. Le prometo que no volverá a suceder *lord* Sylverst...

—Usted jamás sería una molestia sino todo lo contrario —interrumpió su respuesta antes de que ella pronunciara su nombre.

Emily notó como el duque se acercaba a ella, le miró sin entender, seguramente estaría siendo tan amable debido a la amistad con su cuñado.

«Alguien como él, jamás se fijaría en alguien como yo» se dijo mentalmente al mismo tiempo que cada vez estaba más cerca de ella.

Henry sintió como el deseo por la joven se incrementaba. Sus ojos verdes brillaban con la luz de la luna, en armonía con los destellos de la única joya que la acompañaba. Sus mejillas sonrosadas ligeramente eran dulces pero aquellos tentadores labios eran sencillamente deliciosos. Sin querer se había acercado a ella más de lo que las estrictas normas aconsejaban para no ser descortés, era consciente de que no debía estar allí, de que no debía hablar con ella, ¡Dios! ¡Sí era casi veinte años menor que él! Y ahí estaba… como un joven inexperto que no era capaz de controlar sus impulsos.

— *Lady* Emily, ¿Sería capaz de guardar un secreto? —preguntó el duque.

La pregunta tomó por sorpresa a Emily.

—Sí —dijo cuando pudo reaccionar—. Claro que sí —contestó.

—Prométame que nadie sabrá esto —dijo esperando una respuesta.

Emily alzó una ceja y supuso que se referiría al encuentro que mantenían allí los dos solos. Definitivamente no sería conveniente mencionarlo ni siquiera a Susan o a su hermana Anne, a pesar de lo inocente del mismo. Supuso que lo decía porque él se vería comprometido de alguna forma.

—Por supuesto su excelencia. No tiene por qué preocuparse, nadie lo sabrá.

Será un secreto entre usted y yo.

Dicho esto, sintió como el duque posó su mano sobre su cintura atrayéndola hacia él. Ella notó un cosquilleo en aquel instante, pero no fue capaz de hacer

ningún movimiento, vio cómo su cabeza se inclinaba y los dedos de la mano del duque rozaron su mejilla alzando así su mentón para que lo mirara directamente a los ojos. Apreció el momento en el que él acercaba su rostro al suyo y notó el peso de sus labios sobre los suyos justo en ese instante, era dulce, deliciosamente dulce, notó la presión suave del principio. Ese era su primer beso y se lo estaba dando un duque.

Henry había perdido el control de sí mismo, pero le daba igual, si no la besaba iba a enloquecer. Aquella deliciosa joven le torturaba con su belleza e inocencia. Sin lugar a duda por la inexperiencia de sus labios, aquel debía ser su primer beso. Forzó que la joven entreabriera los labios para permitirle un mayor acceso a su boca y en cuanto lo consiguió aumentó la fiereza de su beso al dejarse avasallar por las sensaciones que ella le transmitía.

La aprisionó contra el bordillo del pequeño balcón. Un gemido profirió de los labios de la joven y fue suficiente para que él perdiera el poco sentido común que aún le quedaba. Metió su lengua abriéndose paso entre sus dientes, se sentía maravillosamente bien. Hacía tantos años que no se sentía así que casi notó cómo volvía a la vida de nuevo, renaciendo entre sus cenizas.

Acarició la cintura estrecha de ella acercándose aún más a su cuerpo, quería sentirla completamente, ¡Dios del cielo! ¡Quería todo de ella! Era aún más deliciosa que como la había imaginado en su retorcida mente y pese a su inexperiencia parecía entregarse a él, eso lo hacía querer ansiar más, mucho más de ella.

Emily sentía que iba a desfallecer, la lengua del duque estaba haciendo cosas maravillosas con la suya y se sentía demasiado bien para parar. Una sensación extraña comenzó a recorrer su cuerpo, notaba los músculos del pecho del duque contra su cuerpo. Todo él era duro y firme, sus manos subieron de su pecho hacia el cuello para atrapar así la fiereza con la que la

estaba devorando y los estaba consumiendo. La idea de tocar su

cabello tomó forma y subió sus manos enredándose en los cabellos del duque. Un gemido sofocado escapó de sus labios y notó como él, la estrechaba aún con más fuerza. De pronto se escucharon unas risas en el jardín y seguidamente sintió el abandono de sus labios, así como el peso del cuerpo del duque se alejaba lentamente de ella.

No podía reaccionar, aquella había sido la experiencia más gratificante y placentera de su vida, aún no lo terminaba de asimilar.

—Lo siento, no debí hacerlo, perdóneme *lady* Emily —dijo antes de desaparecer dejándola sola, exhausta y realmente confundida.

Emily daba vueltas en su cama aquella noche sin dejar de pensar en aquel insólito beso que había tenido a escondidas con el duque en aquella terraza de Almackś, ¿Lo había soñado? No… desde luego que no, había sido muy real.

Aunque había sido tan dulce, tan intenso y tan embriagador que había llegado a pensar que sí. El duque debía ser bastante mayor que ella, pero eso no le importaba, es más, estaba bien visto que una joven sin recursos se casara con alguien mucho mayor o que incluso doblara su edad, aunque solo fuera por dinero cosa que desde luego era lo último en lo que podía pensar. Ni siquiera sabía la edad exacta del duque y la curiosidad le hizo querer averiguarlo, aunque no le importase en absoluto, por ella, bien podría tener sesenta años, aunque fuera consciente que desde luego no los tenía.

Se dejó llevar por sus ensoñaciones, pensando en su futuro con el duque,

¿Viviría en una mansión? ¿Sería duquesa?, pero lo más importante era ¿Se casaría con un hombre que le gustaba? Sí, el duque tenía algo que la atraía y definitivamente le deseaba. Además de ser condenadamente guapo tenía un poder enigmático que parecía atraerla cual polilla a una vela y desde luego acabaría quemándose… de eso estaba segura.

Recordó las últimas palabras del duque ante de irse, imaginó que su perdón debería ser porque aquel beso no entraba en las normas estrictas de un cortejo. Si alguien los hubiera visto ahora mismo estarían comprometidos, pero desde luego ella se lo perdonaría, es más, estaba ansiosa porque volviera a besarla. Nunca pensó que los besos podrían ser tan deliciosos y tendrían toda la vida para darse aquellos besos tan ardientes una vez se hubieran casado, ¿Pediría pronto el duque su mano a su cuñado Donald? Tal vez primero decidiera cortejarla un tiempo prudencial, para posteriormente

proponerle matrimonio. Sí, eso sería lo más adecuado en su situación.

Un pensamiento cruzó por su cabeza, ¿Le importaría al duque que ella no tuviera dote? Tal vez no estuviera al tanto de su situación económica, por lo poco que había oído sobre él, parecía ser un hombre bastante acaudalado.

Vivía para sus negocios y el ducado, de forma que no buscaba a una joven adinerada, ¿Sería tan afortunada por una vez en la vida? Con esos pensamientos se abandonó finalmente al sueño en el que un caballero de ojos grises era el protagonista.

—¡Levanta perezosa! —escuchó de pronto Emily.

La voz del ama de llaves junto a los rayos que se filtraban por la ventana hizo que abriera sus ojos poco a poco, sentía que no había dormido más de un par de horas y recordó que tardó bastante en quedarse dormida, seguramente tendría unas ojeras demasiado apreciables.

—Buenos días a ti también Nora —dedicó una tierna sonrisa al ama de llaves y ésta no pudo reprimir devolvérsela.

—Vamos mi *lady*, el joven barón de Brightdawn la espera dentro de treinta minutos. —Emily saltó de la cama corriendo hacia la palangana para refrescarse rápidamente.

—¡Voy a llegar tarde! —gritó mientras se echaba agua en la cara y se frotaba para secarse rápidamente.

—Por suerte han llegado sus vestidos a primera hora, así que podrá estrenar el de color melocotón para ir a pasear con el barón.

Emily le dio una gran sonrisa llena de entusiasmo a Nora. Se sentía como una niña con zapatos nuevos al poder estrenar un vestido nuevo elegido por ella, el color melocotón resaltaba en su piel y combinaba muy bien con su tonalidad de pelo castaño. Además, el corte se ajustaba muy bien a su estrecha cintura y el escote en forma de corazón acentuaba su pecho, aunque obviamente llevaría una camisola de seda en el mismo tono debajo para que no se viera nada inapropiado.

Nora le trajo el desayuno a la habitación mientras se terminaba de ajustar sus nuevas botas con algo de tacón; eran preciosas de cuero marrón y cordones en tonos claros, una lástima que no se vieran con tantos metros de tela por encima. Tomó un poco de zumo de naranja,

su té y algunas pastas antes de que escuchara sonar el timbre, se miró al espejo y se sintió satisfecha con el resultado, aunque se pellizcó un poco más las mejillas y dio unos toques de perfume de lavanda a su pelo antes de salir de la habitación y bajar las escaleras.

El Barón de Brightdawn la esperaba en el hall de entrada con un pequeño ramo de flores silvestres, a ella le pareció tan dulce y detallista que casi sintió remordimientos por salir con él. No quería crear falsas ilusiones, después de la pasada noche ya no tendría ojos para nadie que no fuese su duque de Sylverston.

—Entonces te espero en el puerto sobre las cinco, Henry.

La voz de Donald hizo que se girara en dirección a la puerta del despacho de

su cuñado y se quedó paralizada al ver al hombre que había causado su insomnio.

—¡Ah querida!, Veo que vas a salir —exclamó Donald cuando vio al joven que esperaba en el hall.

—Así es —respondió William—. William Barnes, barón de Brightdawn, un placer conocerle señor Richmond. —se adelantó a presentarse William antes de que Emily hablara.

Henry tenía una mirada indescifrable, se limitó a observarla unos segundos antes de dirigir sus ojos hacia el barón y no volvió a percatarse en ella.

Emily pensó en ese instante que quizá deseaba disimular evitando mirarla, en cambio a ella se le daba bastante mal hacerlo, aunque hizo lo posible por no volver a mirarlo. Salió de la casa de su hermana junto a William dejando a Donald y Henry discutiendo de algunos detalles referentes al trabajo.

—No sabía que tu cuñado mantenía relación con el duque. —William se mantenía a una distancia prudencial de ella que les permitiera mantener una cordial conversación. Se percató de que ella no le prestaba atención y repitió la pregunta capturando así su interés.

—Discúlpeme *lord* Barnes —dijo siendo consciente de que le había estado hablando y ella tenía la cabeza en otra parte—. Anoche me acosté tarde y aún no he despertado del todo —añadió con una sonrisa dirigiéndose hacia William.

—Si me sonríes así, harás que te perdone cualquier cosa Emily —contestó mirándola fijamente.

Emily no pudo evitar ruborizarse, no estaba habituada a esa clase de comentarios.

—Por favor *lord* Barnes, no hace falta que me halaguéis, bastante habéis

hecho con invitarme a pasear. —La confusión en el gesto del barón sorprendió a Emily, así que siguió hablando sobre lo que ella misma había concluido con aquella cita—. Sé que seguramente habrá sido su prima Susan la que os ha incitado a que me invitéis. Os lo agradezco enormemente puesto que aquí no tengo amigos ni conocidos, salvo unos pocos familiares con los que no mantengo mucho contacto. Para alguien como yo, que no posee dote ni recursos es un placer poder pasear con alguien como usted, por eso deseo comunicarle que no son necesarios sus halagos, hacen que me sienta aún más en deuda con usted.

William estaba perplejo, era la primera vez que una joven sin recursos, pero de naturaleza noble asumía su estatus sin intentar camuflarlo como la mayoría de jóvenes hacían para nublar el juicio de su acompañante mediante engaños. Ella era todo lo contrario, lo dejaba bastante claro desde el principio. Sin duda alguna, aquella joven además de bella y encantadora tenía el alma pura, algo digno de admirar. Dichoso el hombre que se casara con ella.

—Creo mi querida Emily y permítame tratarla por su nombre tal y como le mencioné anoche, que le dije que me llamara William, se lo pido por favor, cuando me tratan de usted hace que me sienta como un anciano apunto de exhalar su último aliento. —sonrió—. Y debo añadir que Susan no me ha pedido nada en absoluto. Tu compañía me complace más de lo que crees y aún más ahora que te estoy conociendo, —el sonrojo de Emily no le pasó desapercibido—. Eres tan dulce cuando te sonrojas… desde el momento en que te vi supe que eras diferente pero ahora estoy seguro de ello, por eso quiero; no, más bien deseo fervientemente, que seas mi musa. —Emily lo miró sorprendida.

—¿Eres pintor? —preguntó confusa. No se esperaba que un hombre de

aspecto tan varonil fuese un artista.

—No querida, mi arte está más enfocado a la moda femenina. Soy diseñador y debo reconocer que uno muy bueno, aunque no

reconocido en mi propio país debido a lo que eso supondría.

—¿Diseñador? —exclamó asombrada—. Jamás he conocido a ninguno, ¿Tan malo sería que fuese público? ¿Qué supondría? —contestó extrañada.

—Digamos que unos oídos tan inocentes como los tuyos no estarían preparados para escucharlo, pero por ahora, será nuestro secreto. No sé por qué siento que puedo confiar plenamente en ti, tengo una intuición para esas cosas. Susan ni tan siquiera lo sospecha y espero que siga siendo así, Emily,

—dijo observándola fijamente a los ojos haciendo que esta se estremeciera.

—No tiene de qué preocuparse, es decir, no tienes de qué preocuparte William —corrigió.

—Tengo que confesar que mi cita de hoy era para confirmar mi intuición de anoche. Quiero que luzcas mis diseños, hasta ahora no había conocido a ninguna joven en la que poder confiar para contarle mi secreto, pero tú eres tan transparente, tan dulce y sincera al mismo tiempo que nadie osara no creerte.

—Pero no lo entiendo, ¿Qué quieres de mí? —Emily no entendía a dónde quería llegar William. Si se limitaba a lucir vestidos que fueran de su agrado ella estaría más que dispuesta a hacerlo, pero no conocía lo suficiente al barón para fiarse de él, aunque era el primo de Susan y no había porqué pensar nada malo sobre él. Además, él estaba confiando en ella contándole su secreto y haciéndola partícipe del mismo, en varias ocasiones le habían dicho que era demasiado ingenua por fiarse de todo el mundo, ¿Estaría haciendo mal con relacionarse de ese modo con el barón? ¿Tendría acaso él otras

intenciones ocultas en todo esto? Debería informarse sobre lo que se opinaba de William Barnes en la ciudad.

—Voy a diseñar toda una colección inspirada en ti; moderna, llena de vitalidad y elegancia como la moda francesa que tan carente está aquí y tú vas a lucirlos. Todas las damas querrán tener uno igual, te lo aseguro. Van a pedir a sus modistas que los imiten, tú y yo vamos a crear lo que se conoce como *tendencia*, Emily.

—¿Pero para qué?, a mí me encantará lucir vestidos nuevos, Dios sabe que no hay cosa que me haga más feliz que poder usar un vestido realizado únicamente para mí, pero necesito saber cuál es el motivo de

todo esto si voy a involucrarme —dijo sincera—. Además ¿Qué le diré a Anne cuando me vea aparecer con ellos?

—Emily —la nombró mientras se detenía para que se fijara en él—. Ya he triunfado en Francia, no niego que eso me haga inmensamente feliz. París es la cumbre innata de la moda, allí ser diseñador no está mal visto, de hecho, es algo de lo que se puede presumir. En cambio, aquí en mi propio país, debo fingir ser quien no soy, reprimir mis gustos, mis ideas y actuar realizando un papel que detesto. Deseo triunfar también aquí, aunque no sea con mi verdadero nombre, como tampoco lo es en Francia, pero que mis diseños sean los más aclamados entre las jóvenes damas, que cuando caminemos como lo hacemos ahora y mire hacia cualquier parte, vea una dama luciendo alguno de mis vestidos, eso es lo que deseo —confesó— ¿Me ayudarás Emily? ¿Podré contar contigo? —preguntó esperanzado.

Por un momento permaneció callada, realmente no le haría ningún mal a nadie en aceptar y además ella se beneficiaría de aquel trato, es más, sería la mujer más feliz de la tierra aceptando. Pero le parecía tan extraño que alguien como William le propusiera aquello que no se decidía entre seguir su instinto

y confiar en él o declinarlo.

—Solo aceptaré con una condición —dijo finalmente.

—Lo que desees —se adelantó a decir William.

—No llevaré nada que sea demasiado provocador o atrevido —dijo al fin Emily.

William la observaba mientras parecía meditar por un momento sus palabras.

—Tendremos que discutir cuáles son tus límites. Ahora mismo tengo mil ideas en mi cabeza que tengo que comenzar a plasmar en un papel, sin contar con que debo encontrar una costurera de máxima confianza para que realice los diseños.

—No sé si te valdrá, pero sé coser —le confesó—. En la escuela di clases de corte y confección, aunque nunca he tenido la oportunidad de hacer un vestido nuevo sé hacerlo, era la mejor alumna de la clase.

—¡Eso es fantástico! ¡Eres una caja de sorpresas! Aunque te adelanto que soy bastante estricto con mis diseños. Soy muy puntilloso con las costuras, pero ya te darás cuenta, antes hay muchas cosas por hacer.

Imagino que tendremos que pensar adecuadamente en la excusa perfecta para las horas que vas a estar ausente —puntualizó el barón y a ella ni tan siquiera se le pasó por la cabeza que ver a solas a un hombre estaría mal visto.

El paseo por Hyde Park fue bastante tranquilo. El día los acompañaba con una jornada bastante soleada para no haber entrado aún la primavera y era de agradecer. Emily no conocía a nadie, pero al parecer el joven William sí.

Saludo a algunas personas que se encontraron en su camino, la miraban con bastante interés y sin duda William hacia las debidas presentaciones de todas ellas. Una anciana viuda, la señora Smith fue la que le pareció más simpática y amable, al parecer conoció a su madre y había sido una vieja amiga de su

abuela, Emily le aseguró que iría a visitarla para tomar el té y la anciana pareció encantada con la idea.

Cuando la dejaron atrás William comentó que la anciana no tenía familia, su vida había sido bastante trágica perdiendo a sus hijos y a su marido en un aparatoso accidente. Además, la familia de su marido se había distanciado de ella cuando consiguieron parte de la herencia y ella por su parte carecía de familia al haber sido hija única. Emily se sintió triste por aquella mujer, nadie debería sentirse solo y menos aun siendo una persona tan amable y simpática como le había parecido la vieja anciana. Decidió mentalmente que visitaría a la señora Smith al menos dos veces a la semana para hacerle compañía.

—Mi querida Emily —exclamó William—, no sé cuándo nos volvamos a ver, tengo algunos compromisos referentes a mi título fuera de Londres, pero te escribiré para mantenerte al día. Quizá te envíe algún diseño para que puedas ir pensando en el patronaje y si lo deseas, dejaré que me ayudes con la elección de los tejidos. Aunque tendré la decisión final —declaró William.

—¿Qué debo decirle a Susan si me pregunta por nuestra cita? —preguntó acordándose de su amiga.

—¡Oh! —exclamó—. Por favor, dile que he sido un pretencioso que no ha dejado de coquetear contigo. Le sorprenderá, pero al menos te dejará en paz

—comenzó a reír y Emily le acompañó con sus risas.

—Que tengas un buen viaje William —dijo antes de entrar en casa de

su hermana Anne.

Henry se encontraba absorto mirando el fuego en la chimenea de su estudio mientras tomaba su quinto brandy y eso que aún no había almorzado. Estaba irritado, furioso y enfadado consigo mismo; porque sí, todo hay que reconocerlo, tenía celos. Celos de que aquel patán de Barnes se hubiera fijado

en *lady* Emily, pero... ¿Quién no se fijaría en ella? Lo raro sería que no lo hicieran. No culpaba al joven por quedarse prendado de la bella dama, pero no podía evitar sentir lo que sentía y eso le frustraba aún más, porque no podía hacer nada al respecto.

En su día tomó una decisión y no había vuelta atrás, había hecho una promesa y lo había jurado ante la tumba de Sophie. Para él, aquello era sagrado, no había tenido problemas en los catorce años que habían transcurrido desde entonces, nunca se había arrepentido de ello, pero ahora sentía cierta rabia al sentirse atrapado en su propio dilema moral.

La deseaba, como nunca pensó que volvería a desear a una mujer y sin duda alguna no podría ser suya, por más que lo analizara una y otra vez, sabía que no podría tener ni tan siquiera un acercamiento con la joven. Ya había sobrepasado los límites la noche anterior y había sido un error por su parte dejarse llevar, aunque fuese el beso más delicioso que había probado en su vida, no podría volver a ocurrir, ni tan siquiera había podido aclarar con la joven que sus intenciones no iban más allá de aquel encuentro. Esperaba poder dejarle claro que él era un hombre soltero y que seguiría siéndolo por el resto de sus días le pesara a quien le pesara, incluyéndose a sí mismo.

5

Emily se quitó la capa y los guantes en el recibidor de casa. Se dirigió hacia el salón de té donde seguramente se encontraría con su hermana, ya que ésta se pasaba allí casi toda la mañana si no tenía quehaceres o labores en casa.

—Ya estás aquí, ¿Qué tal ha ido? Reconozco que me sorprendió el interés del barón, ya que no es muy dado a mostrar sus intenciones por jovencitas en edad casadera, pero debes haberle gustado mucho, ¿Fue cortés?

Emily se sentó en el sillón frente a su hermana, deseó quitarse las botas,

puesto que al ser nuevas estaban aún un poco rígidas y le dolían los pies del paseo.

—Ha sido muy amable Anne, quizá me invitó por contentar a Susan, ya que son primos y puede que ésta le pidiera el favor —Emily decidió seguir con la historia que se había montado en su cabeza desde el principio pese a que el barón lo negara. Si no podía contarle a su hermana la verdad, mejor que fuese una mentira a medias.

—Oh, ¿Tú crees? —preguntó. A mí no me ha parecido que fingiera en absoluto, parecía encantado con la idea de pasear contigo. En fin, seguiremos hablando después, mira qué horas son y Donald debe estar poniendo el grito en el cielo porque debe marcharse al puerto a revisar que el cargamento esté en orden.

—¿Sabes cuándo comenzará a funcionar la fábrica? —exclamó interesada.

Emily estaba al tanto de los negocios de su cuñado con el duque y Anne estaba más que encantada con la idea de poder tener de primera mano tejidos importados de otros países.

De repente se le ocurrió la idea, William podría comprar las telas a su cuñado haciendo parecer que mostraba interés por ella y regalárselas, así tendría la excusa para coser los vestidos porque no tenía dinero para pagar a una modista, solo que tendría que hacer creer que los diseños eran suyos. Tendría que preguntárselo a William, aunque aún quedaba la cuestión de donde se verían a escondidas para hacer las debidas pruebas de vestuario.

Había transcurrido la mañana y apenas había pensado en el duque y en su reacción al verlo. Donald no había comentado nada al respecto, parecía bastante absorto leyendo las últimas páginas del periódico que no había podido terminar en el desayuno y no mencionó palabra alguna durante el

almuerzo. Su hermana en cambio regañaba constantemente a sus sobrinos sobre la postura correcta que debían tener en la mesa y ella se limitó a marear la sopa de pescado que acababan de servir. No era uno de sus platos favoritos y además apenas tenía apetito, por tanto la sopa permanecía intacta. Por suerte, todos estaban demasiado ocupados para darse cuenta de ello.

—Anne, casi se me olvidaba, hoy he conocido a la señora Smith, ¿Sabías que era amiga de nuestra abuela? —Su hermana dejó de insistir en lo que parecía una misión imposible con sus hijos y le prestó atención.

—¿La señora Smith? Lo cierto es que no me suena de nada, Donald querido,

¿Conocemos a la señora Smith? —preguntó a su esposo.

—Creo que es esa anciana viuda que perdió a su marido y a sus hijos en aquel aparatoso incendio de Oxford —dijo Donald sin desviar la mirada del periódico.

—¡Ah sí! ¡Ya sé quién es! —exclamó Anne—. Pobre mujer, fue un escándalo cuando la familia de su marido reclamó la herencia, sólo les faltó decir que el incendio lo había provocado ella cuando se encontraba precisamente en la otra punta del país, atendiendo a su

madre moribunda.

Perdió a tantos familiares en tan poco tiempo que sinceramente, yo creo que jamás me hubiera repuesto si me sucede algo así, —dijo nostálgica por la conmoción que le provocaba— ¿Y dices que era amiga de nuestra abuela? —

preguntó curiosa.

Emily sintió aún más lástima de la anciana después de saber aquello.

—Si, me dijo que conoció a madre. Le prometí ir mañana a tomar el té a su casa, ¿Puedo ir? Me gustaría hacerle compañía si está tan sola, aquí no tengo mucho que hacer y…—su hermana la interrumpió enseguida.

—Claro que sí, Emily, por supuesto que puedes ir, te acompañaría sino fuera

porque le prometí a Donald ir a visitar la fábrica antes de la inauguración, pero te traeré alguna tela bonita ya que no nos puedes acompañar.

Emily sintió una pequeña punzada, le hubiera gustado ir a visitar la fábrica a ella también, aunque ya habría más oportunidades para eso. Por un momento pensó en cambiar de planes, pero no deseaba que la señora Smith pensara que solo se trataba de una excusa, iría a tomar el té con ella y le haría compañía.

Ya había pasado una semana desde aquel delicioso beso que se habían dado a escondidas en aquel balcón de uno de los salones de Almackś y aún no había hablado con el duque. Desde entonces, apenas le había visto y las dos únicas ocasiones en las que había ido a casa de su hermana para tratar con Donald de negocios, notó como la evitaba a toda costa y había rehuido de su mirada.

Emily sintió que quizá eran imaginaciones suyas, quizá hasta incluso se había inventado en su cabeza aquel beso. Lo que desde luego parecía claro es que el duque no mostraba ningún tipo de interés por ella porque la evitaba como la peste. Sus pensamientos fueron al mismo camino de siempre, se habría enterado de que carecía de dote y entonces había dejado de ser una joven interesante.

Anne le había comentado en una ocasión que el duque debía tener alrededor de treinta y cinco años y además era hijo único tras perder una hermana a temprana edad. Por extraño que pareciera a su edad,

aún no se había casado y no parecía querer hacerlo a corto plazo según comentaba Anne, porque solía evitar ciertas reuniones de sociedad en las que las jóvenes casaderas solían acudir, y aquello era señal de que no deseaba una esposa por el momento.

Sin embargo, su madre la duquesa viuda estaba desesperada porque su hijo se casara y legitimara el ducado, aunque él no parecía muy dispuesto a satisfacerla, Anne decía que estuvo a punto de casarse cuando rondaba la veintena, pero la joven prometida del duque murió antes de que se celebrase

dicho matrimonio. Desde entonces no había mostrado ningún interés por alguna dama por más que su madre lo hubiera intentado, seguramente porque no habría olvidado a su amor de juventud a pesar de que habían pasado bastantes años desde entonces.

Cuando Anne le contó aquella historia, sintió cierta nostalgia por el duque. El destino le había arrebatado a la mujer que amaba, ¿La amaría tanto como para que no pudiera amar a nadie más? ¿Serían esas las razones por las que trataba de evitarla?

La incertidumbre la atormentaba y más aún el hecho de no poder hacer nada al respecto. Al menos tenía los días entretenidos con la señora Smith y su nuevo vestido. William le había enviado el diseño del primer vestido, definitivamente era precioso, cuando aquel dibujo que venía junto a la carta en la que le especificaba algunos datos no dudó en saber porqué se había hecho tan famoso en Francia.

Sin duda era algo fascinante, había jugado con varios estilos combinando lo mejor de ambos; carecía de los odiosos volantes que aún llevaban la mayoría de las damas en la falda, el escote era algo discreto, pero en cambio dejaba los hombros y la mitad de la espalda al descubierto siendo ese el toque atrevido. La cintura era ajustada llegando casi hasta las caderas, algo que jamás había visto pero que resultaba muy favorecedor en el modelo. Además, el fruncido de las mangas era distinto a lo habitual puesto que únicamente lo llevaba a la altura de los codos para permitir una mayor comodidad, pero en el resto del brazo era ajustado. Lo más insólito de aquel diseño era que los botones se encontraban precisamente en el corpiño, pudiendo vestirse sin necesidad de ayuda, sin duda eso iba a ser un escándalo en la moda londinense porque jamás se había visto, todas las damas necesitaban la ayuda de una doncella para poder vestirse.

La señora Smith estaba entusiasmada con Emily, tanto que la llamó su joven pupila y ella le tomó cariño a la anciana en los pocos días que

llevaba visitándola. Era una mujer humilde a pesar de poseer bastantes propiedades, muy bondadosa y amable, para Emily era todo un gusto disfrutar del tiempo con la anciana, tomar el té y leerle algunos fragmentos de novela ya que la vieja mujer no podía hacerlo debido a la falta de visión y sus criados carecían de tal privilegio.

Emily cerró el libro y lo depositó en la mesita de té mientras cogía su taza para dar un sorbo.

—¡Oh querida!, Tienes una voz tan melódica que te pediría que no cesaras jamás en la lectura. —La anciana comenzó a reírse por sus propias palabras

—. Hacía tanto tiempo que no me divertía así, que casi había olvidado el placer de la lectura. No sé cómo agradecerte el bien que me hace, mi querida Emily.

— ¡Oh señora Smith! —exclamó Emily entusiasmada de poder alegrar a aquella mujer tan buena y de corazón tan grande—. Para mí es un placer disfrutar de su compañía, bien sabe que soy nueva en la ciudad y con pocos recursos no hay mucho que hacer —contestó apesadumbrada.

—Vamos querida, eres una muchacha muy joven aún, y extremadamente hermosa, todo hay que decirlo. Además de buena y bondadosa, cualidades que hoy en día no tienen todas las damas. No puedo creer que no tengas mejores planes que estar con una vieja anciana.

—Pues créame que no, y aunque los tuviera los rechazaría porque para mí es un placer disfrutar de su compañía —dijo sonriendo mientras depositaba su taza ahora vacía en la mesita de té.

—Eres tan dulce querida…No permitas que nadie te cambie. —Las palabras

de la anciana eran suaves, parecía casi una advertencia.

—No se preocupe señora Smith, dudo que lo haga. Ahora debo marcharme, pero vendré pasado mañana si le parece bien para continuar con nuestra novela.

—Vuelve cuando desees, siempre serás bien recibida —terminó diciendo la anciana que ya veía a la joven Emily como la nieta que nunca tuvo.

El primer diseño que estaba realizando de William era de color verde aguamarina. Si hubiera podido elegir habría preferido otra tonalidad de verde, pero como era el tejido que le había traído Anne de la fábrica y según ésta una dama inocente; entiéndase por inocente virgen y no casada aún, debía llevar colores claros durante la temporada, no le quedó más remedio que aceptar de buen agrado aquella tela.

Le extrañó que no hubiese puesto reparos entonces la noche que llevó su vestido verde esmeralda de terciopelo que era un tono más atrevido y no tan claro como éste, quizá por ser su debut en sociedad no puso objeciones, de todos modos, no podía hacer gran cosa respecto del color del vestido. Si algún día pudiera tener la libertad de elegir la tela de sus vestidos usaría colores atrevidos y no tonalidades pastel o crema que le hacían parecer un bollito de repostería.

—¿Cuándo me vas a enseñar que tal está quedando? —dijo Anne algo intrigada por lo recelosa que parecía Emily con su vestido.

Emily no deseaba que nadie lo viera aún, su hermana había insistido en varias ocasiones, pero al ser su primer vestido realizado completamente por ella, seguramente saldría un estropicio de aquello y por tanto prefería no enseñárselo hasta que estuviera terminado, si es que quedaba algo decente que enseñar cuando lo hiciese.

—Creo que no es la primera vez, he dicho que lo enseñaré cuando esté acabado. De todos modos, ¿Que cambiaría? —contestó entre ofuscada y sin paciencia.

Le estaba costando horrores hacer los infinitos bordados que llevaba y ya había sido un suplicio hacer aquellas mangas, empezaba a no contemplar la idea de hacer ella misma los vestidos, puesto que le suponía demasiado esfuerzo. Pese a todo no paró de repetirse a sí misma que simplemente era por ser el primero, el resto serían más fácil de hacer.

— Vale, no hace falta que me contestes así, ya no te preguntaré más. —El mal humor de Anne hizo a Emily lamentarse.

—Lo siento Anne. Es que me está costando más trabajo del que había supuesto en un principio y he pagado mi frustración contigo. Creo que lo tendré terminado en un par de días y te lo enseñaré, de lo contrario no conseguirías llegar a apreciarlo en todo su esplendor. —Terminó con una sonrisa que conmovió a Anne y esta hizo un gesto de aprobación.

En ese momento apareció Nora para anunciar que *lord* Barnes estaba en el vestíbulo esperando. Observó a su hermana Anne que le preguntaba con la mirada si había solicitado una invitación para visitarlas que a ella no le constaba, pero Emily se adelantó a la pregunta sin que su hermana llegara a emitirla.

—Le dije que no necesitaba avisar si quería visitarnos. —Mintió. Mataría a aquel hombre.

—Hágale pasar Nora y sírvanos el té —dijo Anne mientras dejaba su labor escondida tras el sofá y se alisaba las arrugas de la falda.

—¡Mi querida *lady* Emily! —dijo nada más verla dándole un delicado beso en el dorso de la mano.

Después se dirigió hacia la hermana de Emily, la señora Richmond y repitió el mismo gesto. Se sentaron a tomar el té con las pastas que les había traído Nora, hasta que Anne fue solicitada en referencia a alguna trastada que había cometido alguno de sus hijos.

—Discúlpeme un momento *lord* Barnes, enseguida vuelvo —comunicó antes de perderse tras la puerta y dejarles un momento a solas.

—¡Oh Emily! —exclamó aprovechando el instante de intimidad—. Acabo de regresar y no podía esperar a solicitar una invitación para ver qué tal vas con el vestido. Por cierto, ¡Tengo cuatro diseños más y he traído unas telas maravillosas de Oriente! Las vi en un mercado medieval y pensé en ti luciéndolas. Sé que te van a encantar, esta tarde haré que las traigan.

—No sé si me alegra saber eso —rió Emily, —. Tu *vestido* —dijo haciendo énfasis en la palabra—. Me ha dado muchos quebraderos de cabeza últimamente, ¡Mira! —exclamó señalando al lado del sillón donde lo había depositado justo antes de que él entrara—. Aquí estoy haciendo el dichoso bordado —comentó poniéndose de pie y enseñándoselo.

—Uh —meditó—. No es que ese tono de verde sea el más adecuado, pero imagino que no lo has elegido tú. —Por la cara que puso Emily supo que efectivamente no había sido ella—. Pero es exactamente como lo imaginaba, en realidad tienes unas manos muy habilidosas Emily. Que no te vea ninguna modista de Londres o querría raptarte para que trabajes con ella. Las puntadas son perfectas y el bordado es maravilloso —reconoció el barón bastante sorprendido.

—Gracias, supongo —replicó—. Soy muy perfeccionista con la

costura. En ese momento oyó unos pasos y escondió el vestido sentándose de nuevo en el sillón disimuladamente.

—Ya estoy aquí —comentó Anne—. Uno de los niños se ha colgado de la ventana para intentar escalar al tejado, un día de estos me matarán de un disgusto —dijo distraída— ¿De qué hablaban?

—Le decía a *lady* Emily si asistirá al baile del sábado que dan los Cladwen en su mansión —contestó William dándole un sorbo al té.

—¡Oh por supuesto que iremos! —respondió Anne al mismo tiempo que le guiño un ojo a Emily para indicar lo interesado que parecía el barón en ella.

—Entonces querida *lady* Emily —dijo volviéndose para mirar solo a la aludida—. Resérveme el primer vals —añadió sin darle más opción que aceptarlo.

6

Henry se paseaba por su estudio mientras se mesaba una y otra vez el cabello, por más que lo pensaba sabía que aquello no era posible. Volvió a dar otro sorbo a su cuarta copa de coñac, emborracharse no era la solución a sus problemas, pero no había nada que solucionar. La decisión la había tomado hacía muchos años y no había vuelta atrás, aunque en su pensamiento hubiera contemplado la idea de que *lady* Emily se convirtiera en la futura duquesa de Sylverston, lo desechó en el mismo momento que ocurrió.

Él tomó una decisión hace catorce años, una determinación que marcaría su futuro de por vida y en ese porvenir, no se incluía ninguna mujer, ni tan

siquiera la joven Norwing por más rabia que le diera el hecho de verla con *lord* Barnes. No es que tuviera nada en contra del barón, pero hubiera dado igual que fuese él u otro cualquiera, aunque tenía que hacerle entender a su irrazonable pensamiento de la certeza que *lady* Emily contraería matrimonio tarde o temprano y pertenecería a otro hombre.

Siguió con su copa de coñac mientras se dejaba deslizar por la butaca y miraba las llamas de la chimenea de su estudio. Debían ser aproximadamente las cinco de la tarde por la pobre luz que iluminaba a través de las ventanas de su estudio, pese a que el día no había sido soleado precisamente. Llevaba tanto tiempo meditando en lo mismo que había perdido la noción del tiempo, su ama de llaves entró, escuchó vagamente algo sobre si debían ponerle un cubierto en la mesa. Lo que menos le apetecía en aquellos instantes era un sermón

de su madre sobre su deber de casarse y conservar la línea de sucesión, cuando ella sabía de sobra el juramento que hizo ante su padre de que jamás se casaría. Al parecer para una mujer aquello era una nimiedad insignificante que podría olvidarse, no lo era para él. Le dijo a su sirvienta que cenaría en su estudio aquella noche, él era un Duque y los ducados daban mucho trabajo por lo que a veces era una suerte poder escudarse en ello para rechazar más de un acontecimiento. La sirvienta entró más tarde con una bandeja y la depositó sobre la mesilla auxiliar frente a la chimenea donde él se encontraba.

—¿Desea que llame a Maxim para que atienda el fuego? —preguntó dulcemente y con tacto.

Henry la observó detenidamente, parecía bastante joven, algo bonita, con cabellos rojizos y rostro pálido acompañado de suaves pecas, pero no era *lady* Emily, estaba muy lejos de serlo. En otro momento un rostro así le hubiera servido para saciarse. No ahora, no que la había conocido a ella. Solo tenía

ojos, pensamientos y oídos para una joven en concreto.

—No hace falta, lo haré yo mismo —argumentó mientras se levantaba y dejaba la copa de coñac sobre la repisa de la chimenea.

La doncella hizo una reverencia antes de salir de su estudio, aquel estudio había pertenecido a su padre y a su abuelo antes de éste. No sabía cuándo había sido la última modificación ya que hasta los tapices eran muy antiguos.

El escritorio de madera era egipcio y tallado a mano, los estantes eran de madera gruesa y resistente para soportar los grandes tomos que albergaba, un gran atlas cubría la pared a la derecha del estudio mientras que justo detrás y a la izquierda lo llenaban grandes ventanales que daban al jardín. Frente a la mesa había un pequeño saloncito con un par de butacas y la chimenea, para recibir a las visitas o como en aquella ocasión cuando decidía almorzar o cenar en aquella estancia. Esa era su área privada, aparte lógicamente de su recámara, el único lugar donde su madre no solía molestarle a menos que fuera algo importante o imprescindible y donde él se había refugiado desde que heredó el título a la muerte de su padre hace ahora trece años.

No tardó mucho tiempo en llegar la noche del sábado, Emily sabía perfectamente porqué razón William quería que precisamente ella

asistiera a aquél baile. Su diseño, el diseño que tantos quebraderos de cabeza le había costado y que esa noche estrenaría. Pensó en inventar una excusa para no acudir; un dolor de estómago, náuseas o simplemente dolor de cabeza, pero eso solo sería retrasar lo inevitable; estrenar vestido. Debería arder en deseos de hacerlo, ¿No? Pensó mientras daba vueltas por su habitación a la vez que llenaban la bañera de agua caliente.

La sola idea de ser el centro de todas las miradas la mantenía nerviosa, bueno… eso y que el último baile al que asistió cierto caballero la había besado y después había rehuido de ella como la peste. No había vuelto a

saber nada del duque desde aquella mañana en la que lo encontró en el vestíbulo cuando William y ella salían a pasear, ¿Y cuánto hacía de eso?, demasiado tiempo y más teniendo en cuenta que no estaban solos y apenas se dirigieron la palabra.

«Olvídate Emily», se dijo mentalmente.

El problema era que no podía olvidarle, cada noche rememoraba la escena y la guardaba en lo más profundo de su corazón. Era una ilusa por pensar que podría tener algo con el duque, ¿En qué mundo alguien como él se fijaría en alguien como ella?, seguramente para él solo fue un juego, quizá una apuesta, un mero capricho que quiso saciar y ya la habría olvidado completamente. De lo contrario no la evitaría como lo venía haciendo desde entonces porque le constaba que había visitado a Donald en más de una ocasión.

—Deprisa mi *lady* o el agua se enfriará. —La voz de Nora hizo a Emily salir de su ensoñación.

Se despojó del camisón y la bata que llevaba puestos y se deslizó en el agua caliente haciendo que todos sus músculos se destensaran. El ama de llaves esparció unos pétalos de rosas frescas que Emily había recogido del jardín esa misma mañana, añadiendo un toque de esencia de lavanda y rosas para completar el baño.

—Usted desprenderá un olor único esta noche niña. —En respuesta Emily sonrió, mientras hundía la cabeza en la bañera para enjabonarse el cabello.

—¿Cómo me veo? —dijo Emily mientras Anne y Nora la examinaban con el vestido puesto.

—Sin duda es… ¿Diferente? —contestó Anne.

—Yo diría más bien, único. Tiene usted unas manos de ángel, niña, ¿Cómo se le ha ocurrido algo tan diferente a lo tradicional? —Emily no podía decir

que no era idea suya o aquel par de dos pondrían el grito en el cielo.

— No sé, me lo imaginé y lo plasmé en la tela. —Improvisó mientras se aseguraba de que todos los botones estaban bien abrochados.

—Sin duda llamarás la atención al ser un atuendo distinto a lo común, puedes estar segura de que serás la única mujer que pueda desvestirse sola esta noche. —Rió Anne mientras se dirigía hacia el tocador de Emily y cogía la única joya que ésta poseía, su colgante de esmeralda.

—No, esta noche no la llevaré, Anne —aseguro Emily cuando la vio acercarse con el colgante en la mano.

—¿Estás segura? Pensaba que formaba parte de tu atuendo.

—No, esta noche no llevaré ninguna joya que pueda eclipsar la atención del vestido —aseguró a su hermana.

—Entonces no perdamos más el tiempo, Donald debe estar maldiciendo por nuestra tardanza. Ten —dijo ofreciéndole una capa de color grisáceo perla que la cubriría por completo, tiene capucha para protegerte de la llovizna que está arreciendo fuera.

En el salón de baile de los Cladwen, William miraba impaciente la entrada, sabía que ella no tardaría en aparecer con su diseño, la expectación era intrigante y anhelante al mismo tiempo.

—Vaya William, cualquiera diría que esperas a alguien por tu forma de mirar la entrada al salón de baile. —La voz de Susan hizo que el aludido dirigiera su mirada hacia ésta.

—En efecto querida prima, estoy ansioso por que aparezca cierta dama en cuestión —contestó con una sonrisa pícara.

—¿Y conozco a esa dama, primo? —preguntó sonriente Susan.

—Si contesto que no, ¿Me creerías? —respondió perspicaz.

—No —afirmó a secas.

—Entonces es evidente que ambos sabemos a quién estoy esperando en este instante. —Los rumores sobre su acercamiento a la joven Emily habían llegado incluso hasta su propia madre, probablemente

gracias a su querida prima.

—William, no juegues con ella —habló en un tono muy formal, como si tratara de advertirle—. Emily no es…ella no…

—Lo sé, Susan —afirmó—. Ella es distinta a cualquier dama que hubiera conocido. Es única —aseguró con una voz sincera y pausada.

Susan miró entonces a su primo esperanzada. «¿Se había enamorado al fin el gran William Barnes?» pensó asombrada. Su primo había jugado al gato y al ratón con muchas doncellas y con ninguna había sido lo suficientemente serio como para establecer un compromiso. La mayor parte de ellas se habían quedado con el corazón esperanzado y posteriormente destrozado por unos sueños rotos cuando veían cómo él se embarcaba en uno de sus tantos viajes o ponía las miras en otra joven.

En ese instante Emily Norwing fue anunciada en el gran salón de baile de los Cladwen, junto a su hermana Anne y su cuñado Donald por supuesto, dejó que el mayordomo le quitara la capa para llevarla al guardarropa. Su hermana y su cuñado ya habían comenzado a bajar la pequeña escalinata que se dirigía al gran salón cuando se encontró con demasiadas miradas para su gusto fijas en ella. Respiró calmadamente, lo primero era bajar sin tropezar y después buscaría alguna cara conocida. Cuando decidió acercarse a la barandilla para bajar de forma segura, un brazo apareció a su izquierda seguido por una profunda voz masculina.

—Puede apoyarse en mi si lo desea *lady* Emily.

Le temblaron las rodillas, no hacía falta subir su mirada para ver aquel rostro de ojos grises, sabía perfectamente quién era aquel hombre. El duque de Sylverston le estaba ofreciendo su brazo para bajar la escalinata, ¿Debía rechazarlo después de cómo la había tratado? Pensó que al menos se había comportado como un caballero ofreciéndose a escoltarla hasta el salón y asegurándose que no tropezara durante la bajada.

—Se lo agradezco su excelencia —dijo ella educadamente mientras depositaba su mano sobre el brazo del duque para apoyarse.

—Reconozco que esta noche luce usted un atuendo un tanto peculiar mi *lady*

—expresó el duque.

Emily supo al instante que su rostro tendría el color de la grana. ¿No decían que un caballero jamás se fijaba en el vestuario de una mujer? Bueno, eso pensaba ella, aunque aquella regla no se aplicaba aparentemente al duque, de hecho, Donald no había comentado nada en referencia a su atuendo, aunque el primer ejemplo que rompía la regla lo tenía en William que había diseñado aquel maldito vestido.

—Gracias su excelencia, si es que se trata de un cumplido —contestó mordazmente.

Henry sonrió, le agradaba su ingenio. Había pensado no acudir al dichoso baile de los Cladwen, sobre todo porque tenían una hija en edad casadera, la cual le perseguía hasta la saciedad. Pero Cladwen era socio en un par de negocios financieros y no pudo rechazar la oferta, no sabía que la joven Norwing acudiría, debió imaginarlo ¿Hubiera cambiado de parecer si lo hubiera sabido? Probablemente no, pensó. Llevaba días deseando verla, poniendo mil excusas para no acudir a la casa de Richmond con algún

pretexto solo para encontrarla y ahora finalmente la encontraba allí, tan exquisita, tan dulce, envuelta en ese vestido único como su belleza.

La vio sola e indecisa en la escalinata nada más entrar al salón de baile, como un pequeño ratón asustado queriendo huir y con media sala observándola. No le extrañaba que la mirasen, era en sí misma todo un deleite a la vista de cualquiera y ahora luciendo aquel diseño más aún ¿De dónde lo habría sacado? Era todo un atrevimiento de su parte. Y su olor… ese olor a lavanda mezclado con ¿Rosas tal vez? O alguna flor en concreto que le recordaba a ellas, pero aquel olor que ella desprendía conseguía que vibrara todo su ser y deseaba recorrer con su lengua cada recóndito lugar de su cuerpo. Sería mejor cambiar de pensamientos, no era bueno seguir por ese camino al que le llevaba su mente.

—Lo es —admitió llegando al último escalón de la escalinata.

—Gracias de nuevo por su ofrecimiento, su excelencia —contestó haciendo una reverencia y un amago de marcharse.

—¿Desea que la escolte a alguna parte, *lady* Emily? —¿Por qué lo había dicho? Ella se alejaba de él y podría haberse deshecho de ella fácilmente, pero algo dentro de él quería alargar aquellos momentos.

—Lo cierto es que, si su excelencia no puede hacerme desaparecer, me temo que no hace falta —confesó sin pudor.

La sinceridad de aquella joven le arrancó una sonrisa, ¿De dónde demonios sacaba ella aquel ingenio? No solo era escandalosamente hermosa con aquel rostro y aquellos inauditos ojos, sino que estaba llena de las cualidades que escaseaban en una joven, al menos en cualquier joven con la que hubiera tratado en mucho tiempo.

—¿Quiere desaparecer? —preguntó intrigado.

—¿Tanto le extraña? —respondió mirándole intensamente a los ojos, a aquellos ojos grises que anulaban su buen juicio.

—En realidad me preocupa más que extrañarme. Aunque admito que a mí tampoco me gustaría estar aquí en este momento —añadió sin decir donde le gustaría estar en aquel momento y precisamente con ella.

—¿Y entonces porqué ha venido? Usted es un caballero, tiene la decisión de sus actos —sentenció admitiendo que, en su lugar, ella no tenía elección alguna.

—Soy un caballero con numerosos compromisos —atajó sin dejar de observarla un instante.

—¿Está usted comprometido? —preguntó anonadada, ¿Sería esa la razón por la que la habría evitado todo ese tiempo? ¿Estaría comprometido con alguna joven que se encontraba en el salón aquella noche? Esperó impaciente su respuesta.

—No, no lo estoy ni lo estaré nunca —aseguró él con semblante serio.

Emily notó cómo su rostro se endurecía. El duque sonriente había desaparecido dando paso a un caballero serio y taciturno en su lugar.

—Entiendo —contestó a pesar de no entender nada en absoluto.

Él la observó, ¿De verdad lo entendía? ¿Sabría algo? Era imposible… podía contar las personas que lo sabían con la palma de su mano y aún le sobraban dedos, aunque todo Londres conocía la historia de su prometida encontrada muerta.

—Espero que se divierta *lady* Emily —dijo él antes realizar un leve saludo de cabeza y de dar media vuelta para marcharse en dirección a la zona donde los hombres estaban fumando puros.

Emily se quedó estática mientras le observaba marcharse alejándose de ella.

—Déjame decirte que el color no será el adecuado, pero en ti querida, todo luce espléndido. —La voz de William susurrante al oído hizo que Emily se estremeciera, si esas palabras las hubiera dicho el duque ahora estarían recogiendo sus restos del suelo.

—¿En serio? —contestó dándose la vuelta dejando que William la pudiera apreciar de cerca.

—Bien, no puedo hacer un drama, ni gritar lo maravilloso que soy y lo feliz que me siento en este instante. Querida, eres oficialmente una modelo y además, una modista espectacular. —Emily comenzó a reír provocando algunas miradas más aparte de las que ya le hacían no muy disimuladamente algunas damas—. ¿Recibiste el baúl con las telas nuevas y los diseños? —

dijo en un tono para que nadie pudiera escucharlos.

—Si, son increíbles, jamás había visto unas telas tan suaves y con tantos bordados. Los colores son preciosos, pero han debido costar una fortuna y no sé si debo aceptarlos, William —le reprochó.

—Piensa que serán una inversión para el futuro y por supuesto que los aceptarás —contestó divertido el barón.

—¿Una inversión? —preguntó confundida.

—Créeme querida, cuando te vean luciéndolos… nos lloverá el trabajo y el dinero —aseguró éste.

Emily se quedó pensando un momento, ¿Podría dedicarse a ser modista?

Ganarse su propio dinero, no depender de nadie. No volver a ser nunca más, una carga para otra persona.

—¿Qué crees que están pensando? —dijo en voz baja Emily al percatarse de las incesantes miradas de las damas.

—Pues que de donde habrás sacado este magnífico vestido para encargar realizar uno igual. —La voz de Susan hizo que Emily se diera media vuelta y abrazó a su amiga efusivamente.

—¡Oh Susan! —exclamó— ¡Qué alegría verte!

—Yo también me alegro de verte querida pero ya puedes ir diciendo quien es tu modista.

—La tienes delante —habló William y Emily palideció.

—¿Como? —dijo una Susan confundida.

—Digo que *lady* Emily ha creado y diseñado su atuendo —añadió—. Yo mismo la vi el día que la visité en casa de su hermana, ¿No crees que además de hermosa es realmente habilidosa? —William solo tenía ojos para Emily y ésta permanecía sonrojada.

¿Sería posible que su amiga y su primo se hubieran enamorado? Nada la haría más feliz que William por fin se casara, más aún con alguien como Emily que estaba segura de que no lo querría por interés. Había creído tanto tiempo que él… bueno, eso daba igual viendo lo que veían sus ojos.

—¿De verdad? —dijo finalmente Susan al procesar aquella información.

—¡Oh!, William exagera, pero sí, aprendí a coser en el internado y me hice yo misma el vestido.

—¿Puedes hacerme uno igual a mí?, ¡Oh Emily! Di que sí, di que sí, di que sí

—decía una Susan esperanzada mientras le cogía la mano a Emily y le suplicaba.

—Creo que con una súplica así, no podría negarme —contestó sabiendo lo que aquello implicaba.

William la miró de soslayo riendo, el muy bribón sabía que esto iba a ocurrir,

se lo había advertido y ella no lo había creído del todo, pero era así. Aunque no lo reconocieran, las damas la observaban y cuchicheaban, incluso había escuchado de algún comentario sobre quien podría ser la modista de tal diseño.

Al otro lado del salón Henry se esforzaba por escuchar la conversación que mantenía con Cladwen pero era imposible, su vista se alejaba inconscientemente buscando aquel vestido de color verde aguamarina tan inconfundible. No había ninguna otra joven dama con un vestido de esa tonalidad en la velada, era cierto que era un color poco común y no a cualquier joven podría sentarle bien, pero pensó por un instante que, aunque la dulce *lady* Emily se vistiera del color más feo y poco agraciado, estaría igualmente encantadora. La sola idea le

estremeció, ¿Era solo la belleza de la joven lo que le tenía tan encandilado?

La tenía localizada en el salón, junto al petimetre de Barnes que no la dejaba sola ni un instante. Habían bailado un vals y aún así no se desprendía de su lado, ¿Le pediría matrimonio el joven? ¿Se casaría con él? No se había planteado la posibilidad de que ella correspondiera a los sentimientos del barón, debía reconocer que no era feo para su desgracia, es más, solía tener bastante éxito entre las damas, aunque siempre había sido un hombre caballeroso y correcto respetando los formalismos, le habían llegado rumores de que más de una dama, había llegado a creer que le pediría matrimonio cuando finalmente jamás lo hizo. ¿Estaría haciendo lo mismo con Emily? A juzgar por sus ojos, no. *Lord* Barnes parecía estar realmente encantado con ella, de todos modos, él mismo no tenía nada que hacer al respecto. Aquella confirmación le dolió, pero se dijo que el dolor formaba parte de él desde hacía muchos años… un poco más no le mataría.

—¿Qué tal va la noche Henry? —Su socio Donald se había unido a la

conversación con Claddwen hacía un buen rato, él en cambio seguía absorto observando a la joven Emily hasta que sus oídos escucharon el apellido Norwing y prestó atención.

—No he querido decirle nada evidentemente, puesto que el joven barón parece bastante interesado, quizá tenga una propuesta sobre mi mesa próximamente.

—¿Cómo dice? —preguntó descaradamente Sylverston llamando la atención de ambos caballeros.

—Oh, sí —exclamó Donald—. Decía que he recibido dos propuestas de matrimonio para mi cuñada, *lady* Emily. Una es del viejo Sawtton, al parecer está buscando de nuevo esposa, aunque a su edad, dudo que consiga el heredero que tanto anhela. La otra en cambio, es del hijo más joven de los Declam.

El rostro del duque se ensombreció. Ninguno de esos patanes era digno de ella, era cierto que el viejo Sawtton tenía dinero para comprar medio condado si lo deseaba, él había tenido un par de negocios con el anciano y el hombre a pesar de ser condenadamente rico debía triplicar la edad de Emily. Por otro lado, el joven Declam no tenía dinero, ni fortuna puesto que era el quinto hijo de la familia y no heredaría más que un pedazo de terreno en todo caso. Sin duda se

había prendado de su belleza, pero ella no era para él, sentenció en su cabeza.

—Como le comentaba a Claddwen, no me parece que ninguno sea adecuado para Emily. Sé que ella no podrá aspirar a tener un buen marido por no poseer una dote considerable pero el barón parece bastante interesado en ella a juzgar por los últimos días en los que la ha estado visitando. Incluso le ha regalado unos tejidos de seda cuya finísima calidad debe costar una auténtica fortuna que ya quisiéramos nosotros tener para nuestra fábrica amigo mío —

dijo entre risas.

—Entiendo —contestó totalmente serio el duque. ¿Tejidos de seda? ¿El barón le había regalado telas? Él le regalaría a Emily el mundo entero para conquistarla si pudiera.

Claddwen se disculpó para atender unos asuntos y se quedó a solas con Donald. Una idea había rondado su cabeza al ser consciente de que el éxito de la joven solo iría en aumento, sabía que era una mala idea, pero se sintió egoísta y en lo más profundo de su ser, quizá se arrepentiría porque era consciente de que lo que haría estaba mal.

—¿Sigues necesitando dinero para los gastos de la joven? —dijo sin más. No quería que Barnes la vistiera con su dinero, quería vestirla él, saber de alguna forma que le pertenecía.

—¿Cómo dices? —la voz de Donald denotaba sorpresa.

—Una vez me preguntaste si podría hacerte un préstamo para paliar los gastos que supondría el debut de la joven —le recordó.

—Y me dijiste que no invertirías tu dinero en causas perdidas —le respondió cortésmente Donald.

—Es cierto, pero aún no había visto a *lady* Emily. —Jamás reconocería lo atraído que se sentía por la dama en cuestión, pero no era un delito admitir que era bella. Aquello era innegable y nadie lo podía cuestionar.

—¿Y ahora crees que es una buena inversión? —preguntó algo contrariado, pero con un deje divertido Donald.

—Solo quería ofrecerte mi ayuda, aunque si no la necesitas…—No quería dejar entrever sus intenciones, si lo hacía, Donald jamás accedería a tal propuesta.

— No, quiero decir, por supuesto que la acepto, pero no sé cuándo podré devolvértelo Henry —aseguró.

—No me importa cuando, solo tengo una condición —aseguró el duque seriamente.

—¿Y cuál es? —preguntó intrigado.

—No aprobarás a ningún candidato sin mi consentimiento. —Lo dijo, lo había dicho. La decisión más egoísta de su vida había tomado forma.

—Bueno, imagino que lo dices para tener la certeza de que recuperarás tu dinero. No me parece una condición descabellada.

Donald no era consciente de las razones del duque, mejor así, si lo supiera jamás aceptaría la propuesta.

—Mañana me pasaré por tu despacho y firmaremos el contrato, imagino que tendrás suficiente con cinco mil libras —aclaró.

¿Cinco mil libras? ¡Eso era una fortuna! Había pensado en mil libras como mucho para paliar los gastos de su cuñada, ¿Aquel hombre se había vuelto loco? Pero no discutió con él, aunque por su mente pasó la idea de que era extraño que el duque se interesara por el bienestar de Emily, descartó el pensamiento y se concentró en lo feliz que se pondría Anne cuando se lo mencionara, aunque tal vez sería mejor no hacerlo.

Emily tuvo la idea de escabullirse a algún rincón de la mansión y más aún si recordaba cómo acabó la última vez, ¿Seguiría el duque en aquella fiesta?

Hizo un pequeño movimiento alrededor para ver si lo encontraba, divisó a su hermana Anne, sentada en unas mesas alejadas de donde ella se encontraba.

En ese momento Donald acababa de llevarle un refresco, siguió girando y vio a Susan bailando en la gran pista de baile, William también lo hacía con una joven amiga del grupo de Susan que si no recordaba mal se llamaba Rachel

como su hermana, hacía mucho tiempo que no veía a Rachel ahora que lo pensaba, un sentimiento acogedor la recorrió y se sintió observada. Volvió su vista hacia la izquierda del salón donde se abría paso un corredor que daba paso a más estancias y no le sorprendió ver

al duque, de pie, observándola fijamente con una copa en la mano y rodeado de un grupo de hombres que hablaban. Se estremeció, aquel hombre no apartaba la vista de ella, ¿Qué quería? ¿Por qué no dejaba de mirarla? Vio como él decía algo y desaparecía por el pasillo antes de mirarla una última vez en lo que parecía ser una invitación o al menos era la sensación que le generaba.

Dudó unos instantes sobre qué hacer, si era una joven decente, se quedaría en el salón, rodeada del grupo de amigos de Susan que comenzaban a formar parte de sus amigos también y a la vista de todo el mundo, el problema residía en que quizás y solo quizás, ella no era una joven decente.

7

Había perdido el juicio, definitivamente lo había perdido para estar haciendo aquello, pero que lo condenasen si no deseaba que Emily lo siguiera, ¿Se atrevería ella después de todo? Verla con Barnes le había enardecido la sangre de celos, sabía que aquello estaba mal. Se había repetido una y mil veces no podría extralimitarse, tendría que dejarle claro a la joven que él no se casaría, pero por el amor de dios… ¿A quién pretendía engañar?

La quería para él, deseaba que fuera solo suya.

Noto los pasos de los que supuso serían de Emily, los tacones de su calzado

indicaban que era de una dama y pudo apreciar entre la oscuridad del pasillo, el tono aguamarina del peculiar vestido de la joven que sus ojos tanto habían apreciado aquella noche. Ella pasó a su lado sin verle y él la agarró del brazo llevándola consigo al hueco donde se encontraba, justo detrás había una puerta de lo que probablemente sería la biblioteca de la casa. La abrió con la mano derecha mientras arrastraba a la joven hacia adentro y la aprisionaba de nuevo contra ella tras cerrarla.

Emily sintió como la arrastraban y se tranquilizó al comprobar quien era su secuestrador. Ni tan siquiera le dio tiempo a reaccionar tras verse encerrada entre aquella puerta de madera y los brazos del duque.

—¿Por qué has venido? —Las palabras susurradas al oído de aquella forma y provenientes de aquel hombre hacían que le temblaran sus rodillas, pero por suerte, él la tenía bien sujeta.

—Yo... yo… —Intentaba encontrar una explicación, pero lo cierto era que ni ella misma sabía porqué lo había seguido. Tal vez la respuesta más sensata era afirmar que se sentía irremediablemente atraída por él.

—Te dije que olvidaras lo que ocurrió en el balcón, ¿Lo hiciste? —Siguió susurrando a su oído mientras esta vez lo acompañaba de pequeños mordiscos en su oreja y en especial el lóbulo de la misma, sintió un leve jadeo que salía de la garganta de ella—. No, por supuesto que no lo has olvidado —dijo antes de apresar sus labios entre los suyos con desesperación.

Emily lo ansiaba, cada poro de su piel le gritaba que le besara. Había soñado tantas veces con repetir ese instante que solo le hubiera faltado suplicar por aquellos besos.

«Oh Jesucristo y que bien besaba aquel hombre» suspiró para sus adentros cuando él complació sus anhelos.

No importaba que se encontraran en la casa de alguien, ni escondidos en una sala de Dios sabe qué parte, solo importaba él. Él y lo que le hacía sentir por cada palmo de su ser, era embriagador y se sentía flotando entre sus brazos.

Notó las manos del duque en los botones de su vestido moverse rápidamente, ella estaba concentrada en su juego de lenguas y enredando sus manos en el cabello de él, un gemido se le escapó cuando noto el roce de su mano contra uno de sus pezones, en algún momento él había liberado sus pechos que ahora danzaban libres y expuestos ante sus ojos.

—Deliciosamente exquisita —dijo el duque mientras la devoraba con sus ojos antes de bajar su cabeza y apresar uno de los pezones con su boca.

Ella gimió fuertemente por la sorpresa, entonces él posó su mano abierta en su cuello y devoró su boca de nuevo un instante para después posarle el dedo índice sobre sus labios en gesto de silencio. Debían tener cuidado o se verían en una situación comprometida.

Emily no sabía cómo expresar aquel cúmulo de sensaciones, pero quería más, mucho más de aquello. Tenía sus manos sobre la cabeza

del duque mientras éste se deleitaba en sus pechos. Nunca creyó que aquello podría dar tanto placer, se dejó caer en aquella puerta de madera mientras inclinaba su cuerpo hacia delante y su cabeza hacia atrás para que él tuviera un mayor acceso a ellos.

No deseaba que parase, era la sensación más dulce que había probado en su vida y sabía que solo había dado un pequeño mordisco a aquel jugoso melocotón. Intuía que había aún más por descubrir, fue entonces cuando sintió como la mano del duque que no estaba en su cuello subía por su pierna derecha, en el punto exacto donde terminaba su media y ahora se encontraba en su muslo, rozando su fresca piel suavemente. La sensación que estremeció su cuerpo se concentró ahí abajo, en el centro de su feminidad, justo hacia

donde aquella mano se dirigía abriéndose paso entre las calzas y los pliegues de su ropa íntima.

—Dime que me detenga —le susurró en un jadeo.

Emily se debatió entre decírselo o no, sus protocolos mentales le decían que aquello estaba mal, muy mal y que de hecho ya se podía considerar impura, pero su cuerpo le pedía a gritos que siguiera. Deseaba que aquella sensación que había comenzado en lo más íntimo de su ser se liberara por completo.

—Emily… —volvió a jadear—. Si no me lo pides, no me detendré —dijo a su oído mientras su mano se abría paso entre sus muslos y al fin tocaba el centro de su intimidad.

Antes de que su garganta profiriera un sonido de placer, el duque la apresó de nuevo con sus labios y aquel gemido murió en su boca. Sus dedos hábiles la tocaban delicadamente, en movimientos circulares provocando una sensación nueva y a la vez tan placentera como jamás lo hubiera imaginado ni en sus más profundos sueños.

—Estás preparada para mi preciosa —le susurró dando pequeños mordiscos en su cuello—. No sabes lo excitado que estoy ahora mismo de saber que estás así solo por mí. —Ella no podía hablar, algo dentro de ella estaba mal, iba a explotar, sentía que se desharía en mil pedazos de un momento a otro y no quería que aquella sensación se detuviera.

—Déjate llevar Emily, déjate llevar para mí —susurró en el hueco de su oreja.

En ese momento notó como los dedos del duque entraban en ella

haciendo que aquella sensación se liberara provocando una explosión en su interior, su vista se nubló creyendo que iba de camino hacia el paraíso.

Henry supo el instante en que ella llegó al clímax de placer, lo notaba en los

espasmos al contraerse en su mano. Había sido el culmen más placentero que había concedido, supo al instante que se torturaría mentalmente el resto de su vida, pero había merecido la pena, aunque ahora ardía en deseos de hacerla suya con más frenesí incluso, que antes de hacerlo.

—Eso ha sido… ha sido… —comenzó a decir Emily entre jadeos—.

Extraordinario —finalizó al fin al encontrar la palabra que estaba buscando.

El duque se alejó de ella para ajustarse la camisa y el chaqué que llevaba puesto, ella no quiso dejarle ver que anhelaba su cercanía, por lo que hizo lo propio ajustándose el vestido y abotonando la parte del corsé para devolver a la intimidad sus pechos.

—¿Te ha besado *lord* Barnes? —la voz del duque sonó lejana, de hecho, Emily creyó que no había escuchado bien, ¿Iba a hablar del señor Barnes en un momento así? ¿Después de haber protagonizado un encuentro tan íntimo?

—¿Cómo? —dijo contrariada.

—Me preguntaba si te había besado *lord* Barnes.

—No creo que eso sea de su interés, su excelencia —afirmó ella.

—Lo es —aseguró él.

¿Era eso una formalidad de compromiso? ¿Se había declarado con aquel encuentro?

«No seas ilusa Emily», se dijo a sí misma. «No hasta que te haga una declaración formal de compromiso».

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo ella para asegurarse y el duque cambió su semblante.

—No espere una propuesta de matrimonio por mi parte, *lady* Emily, puesto que jamás la obtendrá. Aunque ahora mismo entrase alguien

por esa puerta y

nos viera en esta situación comprometida, no la tendría. —Sus palabras dolían y se clavaban como puñales ardientes en su pecho.

—No le he pedido nada, su *excelencia* —dijo haciendo hincapié en la última palabra—. Y por tanto tampoco me puede exigir nada usted, ahora si me disculpa me marcho —habló dándose media vuelta y abriendo la puerta para salir al pasillo oscuro que tendría que recorrer de regreso al salón.

—Eres mía Emily Norwing y todo lo que hagas será sin duda alguna de mi interés. —Afirmó el duque en voz baja mientras la veía alejarse de él por aquel pasillo.

«No llores, respira, no llores», se decía mentalmente Emily una y otra vez pese a que las ganas de llorar eran inmensas. ¿Cómo podía un momento tan íntimo y de tanto placer, culminar de aquella forma?

«Nunca me casaré contigo», rememoraba una y otra vez en su mente.

Le había quedado claro. Ella no valía nada para él, solo era parte de su juego, de su maquiavélica estratagema para confundirla. Desconocía las intenciones del duque, quizá solamente estaba usándola como pieza de ajedrez para algún plan, pero no se dejaría arrastrar de nuevo. Le había quedado suficientemente claro que jamás obtendría una propuesta de matrimonio por parte de él, a partir de ahora centraría toda su atención en hombres que de verdad estuvieran interesados en ella, como William. Aunque no pudo evitar recordar la pregunta del duque, ¿A qué se debía el interés en saber si había besado al Barnes?, ¿Celos?, ¿Podría el duque tener celos de William? Si era así que se preparara, porque iba a arder en el infierno.

—¿Dónde te habías metido? —la voz de Anne desde atrás sorprendió a Emily que se giró para encontrar a su hermana.

—Necesitaba tomar el aire, estaba demasiado cansada de tanto murmullo,

cuchicheo y habladuría sobre mi atuendo.

—Tienes razón —dijo ésta—. Me han preguntado hasta la saciedad sobre quien era tu modista y de dónde habías sacado el vestido, nadie quiso creerme cuando les dije que lo habías diseñado tu misma.

—¡Oh, vayámonos a casa Anne! Estoy realmente cansada de tanta

dama cotilla —dijo con pesar. Aunque su razón principal no era esa, necesitaba pensar lo que había ocurrido con el duque; analizarlo, masticarlo y después digerirlo. Aún no podía creerse lo que había ocurrido, ni cómo le había permitido llegar tan lejos. Bueno, sí que sabía porque lo había hecho, pero se negaba a reconocerlo.

—¿Ya os vais? —William se había acercado a las damas.

No se le había escapado la expresión que Emily llevaba en el rostro, pero solo le hizo falta echar un vistazo a su recogido flojo y aquellos labios hinchados, para saber lo que había ocurrido. La gran pregunta sería ¿Quién era el afortunado?, Tendría que estar atento para averiguarlo.

—Si, Emily está cansada y además es bastante tarde —añadió Anne.

—Por supuesto, ¿Me dejaría que la acompañara mañana para dar un paseo, *lady* Emily? —esta vez miró únicamente a Emily. Tenían asuntos que tratar y él partiría hacia Francia durante bastante tiempo.

—Por supuesto que sí, Emily estará encantada —contestó Anne por ella, pero William no desvió su mirada de la joven en cuestión.

—Por supuesto que sí, *lord* Barnes —afirmó ella guardando la formalidad en presencia de su hermana. William cogió entonces delicadamente su mano y la besó sonriente antes de dejar que las damas se marcharan junto a Donald Richmond que parecía esperarlas.

William observó entonces la figura masculina que salía del pasillo que

conducía a varias estancias de la mansión de los Claddwen justo cuando Emily comenzaba a marcharse. A pesar de la distancia pudo apreciar que iba algo despeinado, aunque su traje estaba inmaculadamente correcto. Parecía buscar a alguien por el salón de baile y notó como su mirada se fijaba en la escalera del salón. William siguió con su mirada la dirección en la que tenía fija la vista el duque para ver que efectivamente Emily desaparecía tras la puerta de entrada, ¿Sería posible que hubiera sido con él?... ¿Con el duque de Sylverston? Tendría que hablar seriamente con Emily al respecto, aquel hombre no era bueno para ella.

Emily se quitó el vestido, no necesitó la ayuda de Nora por lo que se encontraba completamente sola en su habitación y lo agradeció. No le apetecía el parloteo de Nora en aquellos momentos haciéndole preguntas sobre el baile, en ese instante ella sólo tenía pensamientos para el duque.

Estaba enfadada y al mismo tiempo cabreada, de hecho, sentía que se subía por las paredes de rabia contenida, pero en el fondo, muy en el fondo a pesar de todo, agradecía el placer que el duque le había proporcionado

«Aunque solo muy en el fondo» se repitió.

Quien le hubiera dicho que un hombre podría dar tanto placer con sus manos y labios. Ella sabía lo básico de lo que sucedía entre un hombre y una mujer, al criarse en el internado pese a ser de monjas, las chicas mayores siempre hablaban, de hecho, alguna decía que había libros que describen el acto que ocurría entre una mujer y un hombre en la intimidad una vez casados, solo que ella no estaba casada, ¡Era una pecadora!, aunque aún fuera pura, había pecado. Debería acudir a misa y confesar sus pecados, aunque el hecho de pensar en decirle al sacerdote lo que había ocurrido entre el duque y ella, hacía que el color de su cara se volviera rojo como la grana. No, preferiría ser una pecadora antes que confesar lo ocurrido.

«Me olvidaré de él» se dijo mentalmente. Definitivamente lo olvidaría, aunque tuviera que arrancárselo de sus pensamientos para ello. ¿Y si volvía a verlo?

—Lo ignoraré, me limitaré a saludarlo cordialmente y dejaré bien claro que él no me importa en absoluto —se dijo en voz baja para confirmárselo a sí misma.

William acudió a su cita puntualmente, había recogido a Emily en su calesa descapotable para aprovechar el día soleado y la temperatura suave de la proximidad de la primavera.

Emily al ver que el carruaje era descubierto y que el tiempo les acompañaba, dejó su abrigo para lucir su traje de día de color melocotón puesto que en ocasiones anteriores, siempre había llevado el abrigo que lo tapaba. Anne insistió en que llevase paraguas para protegerse del sol, aunque ella los odiaba, le gustaba la sensación agradable cuando el sol iluminaba su rostro, aun para no escucharla hablar sobre la importancia de no tener pecas y la belleza en los rostros impolutos.

—¿Sueles invitar a muchas damas a pasear en tu calesa? —preguntó Emily cuando llevaban un tiempo paseando para romper el silencio que habían mantenido todo ese tiempo.

—Debo confesar que eres la primera y probablemente también la última dama que invito a pasear en mi calesa —le confesó.

Emily se quedó sin respuesta, no sabía muy bien que responder ante aquella afirmación.

—¿Por qué dices eso William?

—Simplemente porque es la verdad —añadió.

—¿No piensas casarte? ¿Formar una familia? —le interrogó.

—No son prioridades para mí, Emily.

—Pero deberían serlo, eres barón —le corrigió—. Tienes un título que legar a un heredero.

—Lo sé, mi madre me lo recuerda cada día de mi existencia que paso a su lado, quizá por eso viajo tanto, para no escucharla. Créeme cuando digo que, si tuviera un hermano, le habría cedido el título a su favor, pero lamentablemente soy hijo único. —contestó abatido. Emily pudo apreciar que el tono de su voz era triste.

—Eres joven, ¿Es porque adoras demasiado tu libertad?, ¿Por eso no deseas casarte?

Un suspiro escapó de los labios de William y miró a su alrededor para comprobar que nadie estaba lo suficientemente cerca como para escuchar lo que tenía que decir.

—Emily, te diré esto porque confío en ti, sé que eres una mujer sin maldad y que además tendré el privilegio de tener amiga. —Hizo una pausa y continuó

—. Yo no me siento atraído por el género femenino —continuó diciendo en voz baja.

—¿Cómo? —Emily no entendió muy bien lo que trataba de decir, ¿Que no se sentía atraído por el género femenino? Quizá había escuchado mal, sí, probablemente no lo entendió bien.

—No me gustan las mujeres —le aclaró para ser más directo.

—¿Pero eso es posible? —dijo ella ingenuamente.

—A veces olvido lo inocente que llegas a ser, Emily. A mí —hizo una pausa para volver a mirar a su alrededor y ver que no había nadie—, me gustan los hombres —le susurró a pesar de que nadie podía oírlos.

Los ojos de Emily se abrieron como platos en ese instante «¿A un

hombre le podía gustar un hombre?», su mente comenzó a trabajar deprisa pero no sabía cómo razonar ante aquello, ni las visiones que su mente procesaba.

—No me mires así Emily, está mal visto y de hecho te sorprendería la infinidad de hombres casados que realmente le gustan los hombres y a pesar de ello, tienen hijos con sus esposas.

—No quiero saberlo. No deseo saberlo —le cortó—. Déjame que lo procese y probablemente tenga cientos de preguntas que hacer, pero por ahora mi razón tiene que admitir ese hecho —le confesó.

William comenzó a reír como si le hubiera dicho la cosa más graciosa del mundo.

—¿De qué te ríes?, No tiene gracia —le recriminó dándole un golpe en el brazo, aunque probablemente no le habría dolido en absoluto—. Es más, estoy ofendida, ¡Pensé que me estabas cortejando! —le confesó.

—¡Oh! No te hagas la ingenua conmigo que sé tú pequeño secreto —le advirtió William.

—¿Mi secreto? —esta vez sí estaba contrariada. Ella no escondía nada, bueno sí, pero era imposible que él lo supiera.

—Si —confesó William—. No hay que ser muy ingenuo para saber que anoche tuviste un encuentro con cierto caballero. —No la miraba en ese instante, pero pudo deducir su expresión por su repentino gemido de exclamación.

—Pero… ¿Cómo?, ¿Es que alguien habló de ello en el salón?, ¡Oh Dios mío estoy perdida! Voy a ser la vergüenza de la familia, me van a repudiar y…

—Tranquila Emily —dijo con voz calmada—. Nadie se dio cuenta, pero veo que no me equivoqué con mis conjeturas. Esos labios hinchados y ese

recogido algo caído solo podían significar una cosa.

—¡Me has tendido una trampa! —le gritó ofendida.

—Estaba seguro, solo quería confirmarlo —contestó perspicaz.

—Muy observador, ¿No? Para darte cuenta de ello —objetó algo más tranquila.

—Demasiado… No sabrías cuánto —le confesó—, ¿Me vas a decir quién es el noble en cuestión? Porque es un noble me imagino —le dijo con sorna.

—Sí, es un noble. —Para qué negarlo si ya se había delatado con su pronta reacción.

—¿Y quién es el noble en cuestión? —le interrogó— ¿Tal vez un Conde?,

¿Un duque quizá? —William quería saber si ella lo confesaba.

—Preferiría no decirlo si no te importa. —En realidad no quería confesarlo, si lo confesaba sería real y en su fuero interno se debatía entre decidir que aquello simplemente no había ocurrido o que había sido la experiencia más maravillosa de toda su vida, dudaba que otro hombre jamás pudiera complacerla de la misma forma.

—Como quieras, aunque decirlo no va a cambiar los hechos. —Añadió William sin confesar sus sospechas. Estaba casi seguro de conocer la identidad del noble con el que había mantenido dicho encuentro—. Dime al menos una cosa, ¿Besa bien? —la interrogó.

—¡Dios mío William!, ¡Eres más cotilla que Susan! —dijo riendo.

—¡Oh Emily!, Dame un poco de emoción. Londres es demasiado aburrida para alguien como yo, es más, eres la primera mujer que sabe de mi condición en este país y pienso aprovecharlo al máximo.

—Está bien —se rindió. Total, necesitaría confesarle a alguien lo ocurrido o

acabaría explotando—. No puedo compararlo porque es el único hombre al que he besado, pero te puedo asegurar que besa como los ángeles. Cuando lo hace, siento que estoy en el quinto cielo y pierdo completamente la noción del tiempo —le confesó.

—Pues sí que debe ser bueno, sí, a lo mejor intento probarlo si averiguo de quien se trata —contestó divertido.

—¡Ni se te ocurra hacerlo William Barnes! —En realidad no supo porque le molestó que dijera aquello, pero al escuchar las risas de William se tranquilizó.

—Tranquila Emily, con un hombre que besa así a una mujer no tengo mucho que hacer —le aseguró entre risas.

Se centraron en hablar de los nuevos diseños durante el resto del paseo, William confesó que partiría a Francia durante algún tiempo, pero volvería en unas semanas, para entonces Emily habría podido hacer los tres diseños con las telas que él mismo le habría proporcionado y prometió enviarle más diseños desde Francia.

—Se me olvidaba —añadió William sacando un papel del bolsillo interior de su chaqueta.

—Aquí tienes la dirección de una costurera, es bastante fiable, le hablé del trabajo y está dispuesta a realizarlo discretamente. Me costó dar con una que sea discreta y al mismo tiempo buena en el bordado, por lo que no tardes en pasar por su casa o buscará otro empleo —dijo ofreciéndole el papel.

—Mañana mismo intentaré pasarme —dijo alegremente—. Así será más fácil todo.

—¿Pensabas que te iba a dejar toda la tarea para ti sola?, Tengo que cuidar de mi modelo —sonrió William dándole un beso en el dorso de la mano.

Mientras tanto Henry Sylverston pasaba por Central Park a caballo, iba de camino hacia la casa de su socio Richmond para firmar el acuerdo que habían pactado la noche pasada.

Se dijo mentalmente que lo que iba a hacer en pocas horas era un gesto egoísta pero ya lo había mencionado y no había vuelta atrás. Aunque su mente iba distraída escuchó unas risas que captaron su atención y divisó a una joven pareja en una calesa, se fijó más en la joven al resultarle familiar,

¡Era Emily! Unos celos incomprensibles comenzaron a nublar su buen juicio de pronto, ella estaba acompañada del petimetre de Barnes que parecía estar en todas partes. Ella parecía alegre y sonriente, un sentimiento extraño le recorrió al no ser él quien provocase aquellas risas., una sensación que no le gustaba.

La pareja pareció no verle, quizá fuese mejor así. Desconocía si sería capaz de mantener una actitud fría y serena ante ella después de verla coquetear descaradamente con Barnes. Su decisión ante el futuro de la chica arraigó con más fuerza aún si cabe, si aquella era la única manera de que fuera suya, lo sería. Él iba a negarse a todos los pretendientes que solicitaran su mano, pondría excusas para todos y cada uno de ellos, hasta que ella no tuviera más remedio que aceptarlo a él y convertirse en su amante. Era la única forma de

tenerla sin romper su juramento, sabía que era una opción egoísta por su parte, puesto que de esa forma le estaba privando de un futuro decente, pero que le partiera un rayo si no la deseaba con todas sus fuerzas. Emily se había metido bajo su piel, adentrándose en ésta para de algún modo atormentarlo, solo con recordar sus gemidos la pasada noche se estaba volviendo loco y dudaba que pudiera controlarse si volvían a tener otro encuentro íntimo como aquel.

8

Henry llegó a casa de los Richmond, sabía que Emily no estaría allí, pensó por un atisbo qué excusa darle a su socio si el barón Barnes solicitaba una petición de mano de Emily, se preocuparía por ello a su debido momento.

Había acudido previamente a primera hora de la mañana al despacho de su abogado para redactar el documento en el que explicaba detalladamente el acuerdo; a cambio de la cantidad acordada que prestaba a su socio Richmond, éste no podría aprobar a ningún candidato sin su consentimiento expreso, en caso contrario, tendría una penalización económica doblando la suma de la

cantidad acordada. De esta forma se aseguraría que la chica no se casará con nadie si él no lo aprobara primero o bajo su propia responsabilidad de hacerlo llevaría a su familia completamente a la ruina.

Richmond leyó el documento detenidamente cuando Henry se lo facilitó.

Pareció contrariado al leer aquella condición expresa.

—¿Puedo preguntar por qué tanto hincapié en que no acepte a ningún pretendiente sin tu consentimiento?, La cifra de la penalización es demasiado elevada —por el tono de voz parecía realmente intrigado.

—No deseo que la joven se sienta presionada a aceptar a un

pretendiente que no desea. Imagino que recibirás más de una propuesta de caballeros no muy adecuados que solo desean casarse por su rostro hermoso, no me parecería justo para la joven tener que aceptarles para no ser una carga familiar. Creo que, con sus aptitudes, puede conseguir un buen matrimonio y de esta forma todos saldremos ganando —añadió para dar más credibilidad a sus palabras.

—Lo cierto es que no creo que el joven *lord* Barnes tarde demasiado en pedir su mano, parece bastante interesado en ella, de hecho, me consta que la visita asiduamente. Quizás recuperes tu dinero más pronto de lo que piensas amigo mío. —El duque no añadió que se negaría ante tal oferta y que por eso mismo se encontraban firmando aquel acuerdo. No, que firmara primero y después tendría el poder sobre el futuro de Emily.

Le entregó el pagaré con las cinco mil libras a Donald una vez firmó el documento y salió de aquella casa con una extraña sensación hasta ahora desconocida. Alegría… Llevaba muchos años sin sentirla, ella sería de él y estaba solo a unos pasos de poder hacerla completamente suya.

Emily entró en casa de su hermana y se detuvo en el recibidor para quitarse los guantes y el sombrero que su hermana y la sociedad inglesa le obligaban a

llevar para protegerse del sol, odiaba aquel cachivache que solo servía para entorpecer su visión y provocarle dolor de cabeza, además, ¿Para qué usaban la sombrilla aparte del sombrero si éste ya las ocultaba por completo del sol?

Jamás lo entendería. La casa estaba completamente silenciosa y eso era extraño, sus sobrinos siempre andaban haciendo alguna travesura, tenían al personal y a su propia madre revolucionados tras ellos, probablemente habrían salido de casa para hacer algunos recados. Aprovecharía entonces para los cortes de los diseños de William sobre los nuevos tejidos. No había tiempo que perder pues tenía tres acontecimientos a los que acudir en esa semana y seguramente tendría que repetir atuendo en dos de ellos. Si se daba prisa podría tenerlo a tiempo para uno de ellos, más aún ahora que contaba con la ayuda de una costurera.

—Emily, querida, ¿Ya estás aquí? —Era la voz de su cuñado Donald que salía de su despacho, iba ataviado con su abrigo y sombrero como si pretendiera salir, seguramente iría a la fábrica por las horas que era — ¿Qué tal ha ido tu paseo? —añadió sonriente.

—Muy bien, Donald, gracias por preguntar, ¿Sabes dónde está Anne y los niños? —preguntó curiosa. Aunque el ama de llaves le informaría de todos modos salvo que les hubiera acompañado.

—Sí, han ido a visitar a mi madre, hacía tiempo que no veía a los niños y en su estado le conviene salir poco de casa, de hecho, yo voy de camino ahora mismo, unos asuntos de trabajo me han retrasado la salida, ¿Deseas acompañarme? —preguntó invitándola.

—Te lo agradezco Donald, pero tengo cosas que hacer en casa y con todas las telas que me ha regalado *lord* Barnes, tengo entretenimiento de sobra. —

Sonrió agradecida, bastante molestia era entrometerse en aquella casa y en su familia como para hacerlo también en casa de la suegra de Anne. No, cuanto

menos molestase mejor, al menos eso pensaba.

—Hablando de *lord* Barnes, parece bastante interesado en ti. —la afirmación de su cuñado la dejó sin argumento, «Si él supiera...» meditó.

—Es un hombre muy amable, pero no espero ninguna propuesta de su parte sinceramente. —Puesto que William no se sentiría atraído por ella en ese sentido jamás.

—Todo a su tiempo, Emily, eres una jovencita muy hermosa, estoy seguro de que recibirás más propuestas de las que deseas —dijo entre risas—. Eso me recuerda una cosa, sé que tienes buenas manos para hacer tus propios vestidos, pero ¿Por qué no encargas un par de vestidos nuevos para los próximos eventos? Seguro que quieres dejar descansar tus manos unos días, anda ve y elige los que quieras, no te preocupes por los gastos. —Había prometido al duque que Emily no sabría nada del acuerdo, ¿La razón?, Ni él mismo lo sabía, pero aquel dinero le venía bien no solo para ayudar a la joven, sino para que su familia no pasara estrecheces.

Estaba convencido de que Emily encontraría a un hombre que no solo se casaría con ella sin dote, sino que incluso estaría dispuesto a pagar por hacerlo. Él era hombre y podía apreciar cómo miraban a la hermana de su esposa, incluso él mismo reconocía la belleza extraordinaria de la joven. Le pareció normal que el duque hiciera aquella oferta sabiendo que recuperaría su dinero, si no fuera porque conocía lo bastante a Henry, diría que tenía intenciones ocultas con respecto al acuerdo al que habían llegado, pero sabía por conocidos

que él jamás se casaría, por lo que descartó esa opción de inmediato.

—¿Seguro que puedo?, No me importaría hacerlos yo misma, sé que no estáis pasando por una situación muy cómoda y no pretendo ser una carga más para vosotros como le comenté a Anne.

—Además de hermosa eres demasiado buena, Emily. El hombre que te despose será muy afortunado. —Sus palabras eran sinceras—. Las cosas en la fábrica van bien, no te preocupes. Ve y encarga esos vestidos, es lo menos que puedo hacer por cuidar tanto de tus sobrinos y además deleitarnos con esos magníficos postres —mintió parcialmente, pero era la única forma de convencerla sin contarle de donde procedía realmente el dinero.

La fiesta de los Hawtton no tenía nada que envidiar a cualquiera de las veladas en las que había estado con anterioridad. Descubrió que en aquellas fiestas la comida más bien era escasa y de pequeños bocados que apenas le llenaban el estómago, aunque la importancia de aquella velada era el baile y no la comida.

—¡Emily!, ¿Dónde estabas?, ¡Vamos, ven! —La voz de su amiga Susan hizo que dejara de contemplar a las hermosas parejas de baile que se encontraban danzando en aquellos momentos.

Emily había preferido reservar algunos para descansar sus pies, la experiencia de otros eventos le había hecho tomar medidas, de lo contrario al día siguiente no podría caminar sin quejarse con cada paso. Siguió a Susan que la llevaba hacia un pequeño grupo de jóvenes de su misma edad, algunos ya los conocía, pero había algunas caras nuevas.

—Emily, te presento a mi querida y mejor amiga, la señorita Benedict, Julia para los amigos. Hasta ahora no habíamos coincidido en ninguna fiesta, pero tengo la sensación de que os vais a llevar muy bien —dijo antes de marcharse a bailar con su pareja de baile.

—Así que eres la más joven de las hermanas Norwing, la pequeña *lady* Emily, según me ha contado Susan, ¿Qué tal llevas la temporada?, ¿Algún pretendiente interesante?

—Sí, supongo que mi apellido es bastante conocido y no creo que exista ningún otro noble en toda la nobleza inglesa con nueve hijas siendo todas del mismo sexo y condición —dijo un poco a broma lo que causó gracia en Julia.

—¡Vaya! y además de realmente hermosa eres graciosa. No me

extraña que William haya caído rendido a tus pies, debe haber encontrado la horma de su zapato. —Emily se mordió la lengua, si todos supieran lo equivocados que estaban con respecto a William, más de uno y una se sorprenderían.

—Pues no lo creas, es decir, me llevo muy bien con William, pero solo es una bonita amistad. —Intentó aclarar, no sabía si le gustaba el hecho de que la gente pensara que ella y William podrían comprometerse, cuando sabía de sobra que eso nunca iba a suceder.

—Todo a su debido tiempo, pero debo decir que por lo que me ha contado Susan, nunca había visto a William tan interesado en una dama en toda su vida. Debes ser muy especial. —La sonrisa de la señorita Benedict era sincera, Emily supo que en efecto aquella chica le caería bien, al igual que con Susan estaba segura de que se convertirían en buenas amigas.

—Más bien soy normal y poco interesante —aclaró.

—¿Pero tú te has visto bien en el espejo, Emily?, Perdona si me atrevo a llamarte por tu nombre, pero Susan me habló tanto de ti, que te siento como una amiga. Debo decir que me alegro de que al fin haya aparecido una joven más hermosa que la insípida y creída de Amelia.

—¿Amelia?, ¿Quién es Amelia? —preguntó Emily.

—Un grano en el trasero, eso es la señorita Amelia y por desgracia para mí, también es mi prima —soltó un bufido—. Una estirada de cabellos rubios como el sol, ojos azules como el mar y piel tan blanca como la nieve que todo lo que tiene de hermosa, lo tiene de imbécil. —Emily se mordió el labio para

no reírse, Julia era muy expresiva, entendía porque se llevaba tan bien con Susan.

—Deduzco que no te cae muy bien tu prima —contestó con algo de dificultad.

—Imagino que habrás tenido la fortuna de no encontrarte con ella. Bien, te deseo mucha suerte para que siga así y si la ves huye porque cuando te vea, querrá dejar alguna marca con sus perfectas uñas en tu hermoso rostro para seguir siendo la más bella de la temporada. Por cierto, hasta donde yo sé, ha venido a esta fiesta según le comentó mi tía Elisabeth a mi madre —vio como Julia intentaba buscarla a través del salón. Emily siguió a Julia con la mirada buscando una joven con aquella descripción. Sin duda debería de ser muy hermosa—. Mira,

¡Allí está! —indicó Julia.

Emily siguió la mirada para dar con la dama rubia de cabellos de oro y piel de porcelana. Era realmente hermosa, ¿Cómo iba ella a poder compararse con tal belleza?, Amelia parecía una preciosa muñeca digna de exposición, ella…

bueno ella era Emily, con unos ojos de un color peculiar pero el resto del envoltorio era más bien mediocre.

—Es muy hermosa —confesó.

—¡Ah sí que lo es!, Pero no como tú —contestó—. Sus rasgos son más comunes a los tuyos. Hay muchas damas de cabellos rubios en Londres, y también que poseen los ojos azules, ella tiene un rostro bonito, sí, pero tú Emily… bueno es que no hay un punto de comparación entre ambas.

Emily volvió a mirar hacia la joven en cuestión y se dio cuenta de que en su grupo estaba el duque de Sylverston, ¿La conocía? Por un momento se quedó bloqueada, seguramente el duque jugó con ella porque sus intenciones estaban puestas en otra mujer, concretamente en la tal Amelia, que sin duda

era más hermosa que ella y acompañada de una buena dote, de eso estaba segura.

—Veo que en su grupo está el duque de Sylverston, es socio del esposo de mi hermana —dijo para ver si podía sacar alguna información a Julia.

—Ah sí, *lord* Sylverston, uno de los pocos duques con un linaje tan antiguo y de gran relevancia en Londres. Es un amigo de la familia, mi hermano y él se conocen desde hace años y mantienen una estrecha amistad, además tiene algunos negocios con mi tío, por eso le conocen todos. Amelia ha intentado llamar su atención en más de una ocasión, pero pierde el tiempo, él jamás se casará.

Emily se intrigó aún más tras conocer aquello. Julia parecía saber algo que ella desconocía y necesitaba saberlo.

—¿Por qué?, si es que se puede saber claro —puntualizó Emily.

—Bueno, todo Londres conoce la historia de su prometida, que fue encontrada muerta en el río unos días antes de la boda, igual eso ya te lo habrán contado.

—Si, mi hermana Anne me dijo que había fallecido su prometida, aunque no entró en detalles.

—Lo que te voy a decir —miró hacia su alrededor para asegurarse de que no había nadie—. Solo quedará entre nosotras, sé por Susan que no eres para nada una dama chismosa y esto lo sabe muy poca gente, por no decir que prácticamente nadie. —Emily afirmó con la cabeza antes de que Julia continuara—. El duque estaba muy enamorado de Sophie, así era como se llamaba su prometida, pero su padre se opuso al matrimonio, al parecer le prohibió terminantemente que se casara con ella, nadie sabe las razones, ni tan siquiera el mismísimo *lord* Sylverston, pero le dijo que si lo hacía le

desheredaría. Él estaba dispuesto a renunciar al título y a las propiedades de su familia, pero Sophie apareció muerta a los dos días en el río, aparentemente se suicidó porque no soportó que él tuviera que renunciar a todo su patrimonio por ella, y Sophie no podía soportar vivir sin él. Tras eso, el duque juró que jamás se casaría ni tendría herederos ante la tumba de su prometida para que el legado de los Sylverston muriese con él.

—¿Tanto la amaba? —Su pregunta se le escapó de sus pensamientos y tomó voz propia.

—Aparentemente sí, porque jamás se ha fijado en ninguna dama y sigue firme en su oposición a casarse. Mi hermano Robert ha intentado hacerle cambiar de opinión en alguna ocasión, pero no sé hasta qué punto seguirá amando aún a Sophie. Supongo que no habrá encontrado a la mujer adecuada que le haga cambiar de parecer, tal vez no lo haga nunca.

Emily no supo cómo sentirse, por un lado, le entristecía que la felicidad del duque hubiera sido tan tristemente arrebatada y por otro lado ella quería ser quien se la devolviera de alguna forma, darle todo lo que ella tenía para que él volviera a ser feliz de nuevo.

Había descubierto que no jugaba con ella, no era una simple pieza de ajedrez en sus manos, él simplemente era fiel a la promesa que en su día le hizo a su amada, ¿Podría ella luchar contra un fantasma? ¿Podría ella ser capaz de hacerle vencer sus miedos para romper su promesa? Quizás era mejor olvidarle, olvidar todo lo que había ocurrido entre ellos y buscar la felicidad en otro hombre, aunque sabía de sobra que sería incapaz de hacer tal cosa después de haber probado sus labios y gozar de sus caricias, ella lo quería a él, no habría jamás otro hombre por el que pudiera sentir aquello.

9

Henry no pudo evitar deleitarse con miradas cortas pero frecuentes en la joven *lady* Emily. Ella hablaba con la hermana de su amigo Robert, la señorita Benedict, una joven bastante risueña y divertida, nada que ver con la hijastra de su socio, el vizconde de Grafton, con el que se encontraba en aquellos momentos. La joven Amelia Barston era un incordio con mayúsculas. Debía reconocer que la muchacha era bonita, sobre todo si no abría la boca para soltar una estupidez tras otra con aquella voz chillona que perforaba sus oídos, pobre del desgraciado que acabará casándose con ella.

La dama no conseguiría llamar ni en esta vida, ni en las siguientes su atención, menos aún después de haber conocido a Emily, la cual superaba en

belleza e ingenio, quedando la joven Barston a la altura del betún.

Volvió su mirada hacia *lady* Emily por enésima vez aquella noche y esta vez pudo apreciarla observándole, aunque apartó la mirada enseguida y a pesar de la distancia, juraría que había notado el rubor de sus mejillas, eso le gustó.

Sus mordaces palabras la última vez que se vieron, le hizo creer que tal vez se había ganado la antipatía de ella. Se preguntó hasta qué punto se sentiría atraída por él, debía ser bastante para haber permitido que traspasara la línea del decoro en el último encuentro que tuvieron, ella era exquisita, si no fuera por los riesgos que corría si lo hacía, volvería a repetir allí mismo lo que vivieron la última vez, necesitaba deleitarse con aquel cuerpo creado para el placer de nuevo.

¡Dios!, No veía la hora en que al fin ella fuese suya. Tenerla instalada en una preciosa casa, esperándole cada noche en su cama y dispuesta para darle todo el amor y placer que él deseaba. Sabía que no sería fácil, que ella lo rechazaría al principio, pero cuando no le quedará otra alternativa, aceptaría y finalmente sería solamente suya.

—Vaya Henry, amigo mío, últimamente te dejas caer más de lo normal por estas fiestas, ¿Acaso estas buscando esposa? —la voz de Robert tenía un deje divertido. Él mejor que nadie sabía que nunca se casaría, pero por alguna razón le gustaba bromear con aquello de vez en cuando.

—Me he visto en la obligación de venir a socializar y de paso consigo evitar el agotamiento al que me somete mi madre cada vez que habla de la importancia de la descendencia y el linaje de los Sylverston.

—La pobre duquesa viuda no pierde las esperanzas con su hijo —afirmó.

—Pues no. Lo cierto es que no las pierde, conoce de sobra todos los hechos, pero según cree, forma parte del pasado y el tiempo ha debido curar mis

heridas. He tenido catorce años para soltar mi furia contenida y ahora debo buscar una esposa.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó curioso Robert.

—Nada. —Le dio un sorbo a su bebida—. Dejaré que pase el tiempo, dejaré que se canse y finalmente dejará de perder el tiempo atormentándome porque se dará cuenta de que no cambiaré de opinión al respecto. Hice un juramento y no voy a romperlo. Moriré sin descendencia y conmigo acabará el maldito linaje de los Sylverston de una vez, desde que fue creado.

—Pues es una pena que todas tus propiedades pasen a formar parte de la iglesia, la verdad, ¿Oye?, ¿Por qué no me las donas? Al menos rozaría algo el título, ya que, en mi caso deberían morir al menos ocho parientes que recuerde para poder ser duque. —Henry miró a su amigo que sonreía de oreja a oreja divertido, al menos aquella situación le causaba gracia a alguien.

—¿Crees que mi primo Andrew te dejaría pisar un solo pie en la mansión de campo? Antes te pegaría un tiro que dejar que se le escapara un resquicio del título, es la parte que menos me gusta de esta historia, si al menos mi pariente más cercano no fuese un imbécil,

podría estar más contento, pero no es un Sylverston y tendré que conformarme con eso.

—Bueno, amigo, ha sido tu decisión, si es lo que de verdad quieres tendrás que aceptarlo, aunque ya no estés en este mundo para ver a ese idiota dilapidar tu herencia.

De todos era conocido que a su primo Andrew le gustaba demasiado el juego y los vicios nocturnos, no creía que la fortuna que heredara durase más de un par de años con ese estilo de vida. A veces no entendía para qué trabajaba tanto si todo su esfuerzo se lo llevaría aquel mequetrefe de primo, pero a él le gustaba su trabajo, invertir en negocios que prosperasen. Era bueno en eso,

demasiado bueno de hecho. En ese momento sintió un codazo por parte de su amigo que señalaba en una dirección.

—¿Quién es la joven que está con mi hermana Julia? No la había visto por aquí, ¿Es realmente hermosa, no te parece? —No hacía falta mirar, no había otra joven tan hermosa en todo el salón y además la había visto hablando con la hermana de Robert momentos antes. Por un segundo odió que fuera tan bella, todos los hombres sin duda repararían en ella, aunque ahora podía sentirse un poco más seguro al tener el poder sobre su futuro, aun así, no veía la hora de tenerla solo para él.

—¡Ah sí! —respondió en el tono más apático que le fue posible—. Es la cuñada de Richmond, la hermana de menor de su esposa Anne, la última de las Norwing. —La cara de estupefacción de su amigo no tenía desperdicio, todo el mundo reaccionaba de la misma forma al enterarse de que era una Norwing, incluso él seguramente también debió tener esa expresión sin darse cuenta.

—Estas bromeando, ¿Tú la has visto? No puede ser. —Robert hablaba más para convencerse a sí mismo que a Henry.

—Reconozco que yo también quedé impresionado al notar lo diferente que es en comparación con sus hermanas, pero tiene los ojos del viejo Conde Ashby así que sin duda es su hija —confirmó porque conociendo a Robert, pensaría lo mismo que pensó él, que no podía ser la hija de ese hombre.

—Una belleza insólita y seguramente acompañada de una cuantiosa dote, amigo mío… Hasta yo me planteo casarme —le confesó Robert cuyos ojos parecían brillar.

Henry trató de guardar la compostura, aunque todo su ser quisiera gritar «Si se te ocurre ponerle las manos encima te las corto por muy amigo mío que

seas» pero se controló, meditó sus palabras intentando que estas fueran lo más neutrales posibles.

—Te decepcionará saber que no tiene dote, de hecho, el Conde se arruinó con las dotes de sus ocho hermanas, con decirte que Richmond me ha solicitado un préstamo para poder mantener los gastos de la joven —dijo arrastrando las últimas palabras, esperaba que el hecho de que la joven no tuviera un centavo hiciera que su amigo pusiera las miras en otra parte.

—Es una lástima, ya me estaba planteando seriamente el hecho de atarme el lazo y dejarme arrastrar —comentó en broma—. Aunque siendo tan hermosa, dudo que le falten pretendientes pese a su pobreza.

—Bien, dejemos de hablar de la joven Norwing y mejor tratemos asuntos de negocios que es para lo que he venido aquí. —Henry quería cambiar de tema o su amigo descubriría que aquella joven no le era indiferente y es lo que menos le convenía en aquellos momentos, que lo relacionaran con ella y comenzaran las habladurías sobre ellos. No, tendría que evitar que se produjera aquello a toda costa.

Días más tarde a Emily le dolían los dedos de la aguja, llevaba dos días sin apenas salir de casa. Únicamente iba a visitar a la señora Smith y solo lo hacía porque no quería dejar de hacer compañía a la anciana, aun así, estuvo tentada de llevarse aquel corsé que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando con aquellas puntadas finísimas y complicadas de ajustar. Lo cierto era, que la costurera que había contratado William le estaba siendo de gran ayuda, aun así, quería ocupar su tiempo cosiendo, esa era la única forma de evitar pensar en el duque de Sylverston. El hecho de que en la última fiesta no cruzara palabra con ella, no la saludara o al menos hiciera el intento de hacerlo, sumado a que la descubrió in-fraganti observándolo durante el evento; la exasperaba y la irritaba al mismo tiempo, más aún, cuando se había

prometido a sí misma no dejarle ver sus sentimientos hacia él.

Bien era cierto que las palabras de Julia con respecto a la vida pasada del duque habían conmovido su frágil corazón, por eso le estaba observando cuando él reparó en que lo hacía, ¿Qué pensaría ahora de

ella?, seguramente creería que suspiraba por él y la tendría comiendo de su mano, si era sincera consigo misma, poco faltaba para que así fuese, por más empeño que tuviera de que no sucediera.

Una vez más, se clavó la aguja de enhebrar en su dedo índice, eso le pasaba por no utilizar dedal, muy mal por su parte. Se chupo el dedo para evitar que con el sangrado manchara el delicado tejido, eso era otro asunto en su contra, los tejidos tan finos de sedas que le había traído William eran preciosos pero un verdadero incordio para las finísimas puntadas que había que hacer y aún más para deshacerse de las arrugas una vez terminados al ser tan delicado textil.

—Emily querida, tienes una visita. —La voz de Anne la sacó de su ensimismamiento mental, no quería pensar en el duque, pero al final de una u otra manera lo acababa haciendo.

—¿Quién es, Anne? —Lo cierto era que no esperaba a nadie, ni tampoco había recibido una carta de anunciación. Aún era pronto para esperar el regreso de William por tierras francesas, pero tal vez había adelantado su vuelta.

—Es la señorita Benedict. La haré pasar al saloncito verde y le diré a Nora que os traiga el té —le comunicó Anne justo antes de salir.

El saloncito verde era una pequeña estancia que su hermana apenas usaba debido al tamaño tan reducido que ésta tenía, pero comprendía que la enviaba allí para que tuvieran cierta privacidad hablando de sus cosas, o eso pensaba.

Dejó el vestido que casi estaba terminado sobre el sofá estampado en flores amarillas que se había convertido en su mejor aliado los últimos días y se dirigió hacia el saloncito para recibir a su más reciente amiga Julia.

—¡Emily!, Perdona que no haya enviado ninguna carta para avisarte, pero terminé más temprano de lo que esperaba los recados y casualmente pasaba por aquí, así que he pensado en pasar a saludarte un momento, ¿Qué tal estás?, No te vi en la cena que realizaron ayer los Wolscham y me preocupé.

—Julia lucía un bonito traje color rosado casi salmón, lo cierto es que ese color acentuaba muy bien sus rasgos y le sentaba de maravilla, con su recogido acabado en tirabuzones y su pequeño sombrero a juego era una joven bonita y espléndida. Aquellos ojos de color bronce chispeantes eran inusuales, aunque lo que más le importaba a Emily era lo simpática que era, además de sincera y divertida.

—Eres bienvenida siempre que quieras Julia, puedes pasar sin avisar todas las veces que desees que serás bien recibida. —contestó Emily con una sonrisa indicándole que se sentara en uno de los silloncitos, éstos eran el único mobiliario que había en el saloncito aparte de la mesa auxiliar del té y un pequeño aparador—. No acudí a la cena de los Wolscham porque tenía un leve dolor de cabeza —se excusó. En realidad, la que tenía dolor de cabeza era Anne y ella desde luego no insistió en acudir dada la situación, lo que menos le apetecía era encontrarse de nuevo al duque— ¿Qué tal fue?

¿Ocurrió algo interesante? —preguntó curiosa.

—¡Oh!, ¡Cuánto lo lamento! —exclamó Julia compadeciéndose de su amiga

—. No ocurrió nada de eso, de hecho, fue de lo más aburrida y precisamente por eso, eché muy en falta tu compañía —confesó apesadumbrada— ¿Irás este viernes al evento que se celebrará en Almacks? —Emily había escuchado algo sobre la fiesta que se celebraría allí el viernes y que entraba

dentro de su programa de asistencia, recordó que allí fue donde se dio su primer beso con el duque y rechazó la idea de acudir para rememorarlo, pero no iba a dejar que él afectara de aquella forma su vida.

—Sí, creo que iré —contestó sin mucho ánimo.

—¡Oh vamos, Emily!, ¡Cualquiera diría que sufres mal de amores!, ¿Es por William? —preguntó—. Créeme querida no merece la pena que estés encerrada mientras él disfruta en París de los placeres y diversiones que le ofrece esa ciudad.

Emily pensó en el hecho de que todos pensaran que estaba así por la partida de William. No sabía si esto la consolaba o por el contrario debía estar agradecida, al menos nadie la relacionaría con el duque, pero por otro lado sabía de sobra que con William nunca tendría absolutamente nada más que una buena amistad y la gente hablaría al verlos juntos. En ese instante fue consciente de que sería preferible ser la enamorada de William a que la relacionaran con el duque.

—Tienes razón Julia —mintió haciéndole creer a su amiga que estaba así por la partida de William—. Debo divertirme, aunque eche de menos la compañía de *lord* Barnes. —En eso al menos había algo de verdad, echaba de menos a su amigo, por más que sufrieran sus dedos a causa de su culpa, de alguna forma sentía que con William podría

sincerarse respecto al duque, más incluso que con Susan o Julia. Tal vez fuera porque él era hombre o porque la complicidad que había conseguido mantener con él, era mutua para ambos.

—¡Bien dicho! —respondió dejando su taza en la mesita auxiliar donde Nora les había servido el té momentos antes—. Y si me permites decirlo yo procuraría buscarme otro pretendiente mientras vuelve, para que no vea que has perdido el tiempo esperando su regreso. Por cierto, ¿Has recibido alguna propuesta de matrimonio interesante? —La curiosidad de Julia la hacía ser

directa, nada de rodeos banales como solía hacer la mayoría de la sociedad, eso le encantaba.

—No, no he recibido ninguna propuesta formal, aunque muchos jóvenes me han dicho cosas bonitas no las he tomado en cuenta. Además, Donald no me ha informado de ninguna petición por lo que debo suponer que no la hay, pero es normal Julia, debido a mi condición no creo que sea interesante para ningún joven de buena posición.

—¡Emily!, ¿Cómo puedes pensar algo así? —exclamó realmente una sorprendida Julia—. Eres una joven bellísima, espontánea, graciosa y divertida. Además, me ha dicho Susan que posees habilidades que ninguna otra joven posee como el arte para la creación de hermosos vestidos de gala y que haces unos postres que resucitarían al más muerto de los cadáveres, ¿En serio crees que no serías interesante para cualquier caballero con unas dotes tan peculiares? Lo que me extraña es que no se estén peleando entre sí por ti.

—Julia, debo ser realista, tengo ocho hermanas para confirmar lo que digo.

Ningún hombre se casará conmigo sin una dote, mis cualidades son insignificantes si no tengo un centavo que las respalde, pero lo he aceptado, vivo con ello y no debes preocuparte por eso, soy consciente de mi situación desde el mismo momento en que murió mi padre. —Julia permaneció en silencio, probablemente entendiera sus palabras y le diera igualmente la razón.

—El tiempo me dará la razón a mí, Emily. Será entonces cuando pueda recriminarte, *te lo dije* —contestó con una sonrisa en sus labios.

Ya quisiera ella que fuera así. Ojalá fuera cierto, pero más le valía no tener sueños para luego estrellarse contra el suelo cuando despertara de ellos.

—¡Mira qué tarde es!, He de irme o mamá me matará por entretenerme tanto

tiempo, te veré el viernes entonces, ¿Verdad? —Julia se estaba colocando sus guantes mientras Emily la acompañaba hacia el hall de entrada para despedirla, cerró la puerta y se giró sobre sus talones para volver de nuevo hacia el salón donde volvería su tormentoso dolor de cabeza. En ese momento se cruzó ante ella la silueta de un caballero alto de ojos grises que la observaba detenidamente.

— *Lord* Syl… Sylverston —dijo al segundo intento. Eso no se lo esperaba, no había acudido a la dichosa cena por si él estaba, llevaba días sin salir para no encontrárselo, ¡Y tenía que verlo en su propia casa!, Eso era injusto, no estaba preparada ni mentalmente, ni físicamente para soportar aquel encuentro.

—Buenos días, Emily.

No le pasó desapercibido que la llamó por su nombre, en lugar de dirigirse hacia ella con formalidad. ¿Quién le había dado permiso para tomarse esas confianzas?, Ella, por supuesto que había sido ella al permitirle demasiadas libertades con respecto a su cuerpo.

—Tengo que atender unos asuntos, si me disculpa, le deseo un buen día, su excelencia —contestó secamente antes de marcharse.

No iba a permitir un diálogo, no iba a confraternizar con él; huiría hasta que se olvidara de todo lo que tenía que ver con él. No pensaba detenerse a pensar en su pasado, en cómo le arrebataron la felicidad junto a su amada. No lo haría porque de lo contrario sabía que caería rendida de nuevo a sus pies.

Emily desapareció por la primera puerta que encontró más alejada de donde se encontraba el duque, orgullosa de sí misma por haberlo conseguido, pero con el corazón encogido por el esfuerzo que le había supuesto hacerlo. «No dejaré que me trate como una cualquiera, no toleraré que juegue conmigo y

con mis sentimientos» se dijo antes de respirar profundamente.

Henry estaba confundido, demasiado sorprendido, a decir verdad. Emily le había evitado, le había dado una excusa absurda para salir corriendo y alejarse de su lado, ¿No disfrutaba de su compañía?, ¿Ya se había cansado de él?, Pensó en la última vez que la había visto, la observó mientras ella le miraba detenidamente, había gozado tanto de saber que no le era indiferente que ahora toda su seguridad se estaba

derrumbando. Estaba precisamente allí en la casa de Richmond para evaluar seis propuestas de matrimonio recibidas para Emily y salvo cuatro de ellas, las otras dos eran más que aceptables. Sin embargo, se había inventado excusas para argumentar su negación a alguna de las ofertas.

Se mesó el cabello hacia atrás. ¿Qué estaba ocurriendo con ella?, ¿Y si había conocido a alguien?, ¿Sería por ese motivo que le había evitado y había huido de él como si tuviera la peste?, Tal vez fuera por *lord* Barnes que estaba así, le constaba que él estaba fuera de viaje.

«Lo averiguaré pronto» pensó Henry.

Se aseguraría de no dejarle otra opción que la de aceptar ser su amante aunque con ello le odiara, pero tenía claro que no podía vivir sin ella.

10

El evento en Almackś era bastante concurrido. Emily no sabía exactamente a que era debida tal ocasión, pero le sonaba haber escuchado algo al respecto sobre el vigésimo quinto año de apertura del lugar o algo similar, aunque no lo podría afirmar exactamente, de todos modos, cualquier excusa era buena para celebrar algo en Londres. Era la ocasión perfecta para cotillear, socializar y criticar a todo el mundo, en el poco tiempo que llevaba allí se había dado cuenta de lo absurdo de todo aquello, de lo superficial que era y desde luego no le gustaba, al menos había encontrado a algunas

personas que eran excepcionales en ese sentido como Susan, Julia o William entre otros, pero evitaría a toda costa al resto, sobre todo a las señoras que parecían mirarla altivamente y evaluarla críticamente por su aspecto.

Entró al salón en el que realizó su debut en la sociedad inglesa, ataviada con el primer vestido que había creado de los nuevos tejidos que le regaló William. El diseño era precioso, ajustado donde debía serlo para marcar las formas femeninas y entalladísimo en la cintura para que se apreciara la delgadez de la misma. Aunque lo importante era que aquella tela de finísima calidad, a pesar de los disgustos que le había dado a sus pobres dedos, en aquella tonalidad verde menta de gran intensidad y con unos bordados de color oro que simulaban enredaderas; como si pretendieran apresar algo en ellas. Sin duda, aquella finísima tela tan especial sería el verdadero protagonista, aunque el diseño fuera innovador dentro de lo clásico, estaba segura

de que pasaría a un segundo lugar por el esplendor de aquellos vibrantes hilos dorados.

Las miradas hacia su persona y los siguientes susurros que entendió por críticas hacia su atuendo, no se hicieron esperar. Solo tuvo que esperar unos minutos después de hacer su entrada para tener a todo el salón de baile observándola. Quizá más de uno fuera reticente a que su dote era inexistente permitirse semejante atuendo, quién entendiera de calidades en tejidos sabría que esa tela costaba una pequeña fortuna, pero afortunadamente para ella, William había sido demasiado generoso pese a que, según él mismo, era en su propio beneficio.

—Creo que estás acaparando más miradas de lo normal, querida. —La voz de su cuñado Donald junto a ella hizo que le mirara para responder.

—¿Tú crees?, A mí me parece que no, al fondo aún hay gente que no me está observando —contestó sonriente con total confianza. Cuando Emily lograba

tomar la suficiente confianza, se mostraba como era ella, una jovencita a la que le encantaba bromear y con perspicacia, para el resto de las personas, ella era algo tímida y reticente.

Donald no pudo evitar contener la risa, que fue relativamente apagada por la música que sonaba en el salón invitando a los asistentes a iniciar la danza.

Varios jóvenes se acercaron para invitarla a bailar y en poco tiempo casi había llenado su carné de baile, pensó en no aceptar más candidatos o de lo contrario al día siguiente moriría de dolor de pies por bailar demasiado.

Además, esperaba poder charlar con Julia a la que todavía no había encontrado por aquel salón.

Por otro lado, Henry no pensaba acudir a la celebración de Almackś pero saber que Emily lo haría le convenció. No le gustó su último encuentro y de alguna forma tenía que arreglarlo, no podía permitirse que las cosas se quedaran así, que él fuera casi inexistente para ella. En su fuero interno pensó que era lo mejor para la joven y para él mismo, pero no lo podía evitar, pensaba en ella, soñaba con ella y se levantaba anhelando volver a verla.

Aunque se privara de tal deseo refrenando sus ansias de salir

corriendo hacia su casa para encontrarla y apresarla de nuevo entre sus brazos. Al menos se deleitaría con su presencia, admiraría su belleza y sobre todo espantaría a los petimetres que intentaran cortejarla, aunque no supiera cómo hacerlo aún.

Se había preparado mentalmente para volver a verla, seguramente tan hermosa como siempre estaba, pero cuando la divisó en aquel salón abarrotado y con aquel maldito vestido que rivalizaba en demasía con su innata belleza, enloqueció. Sabía de sobra que una tela así no sería posible adquirirla en Londres, debía ser uno de los tejidos que le mencionó Richmond que le había regalado el barón. Una especie de posesividad le invadió, estaba vestida por otro hombre y aquello no le gustaba, reconocía

que estaba más hermosa que nunca, la belleza de ella acompañada de aquella tela sobre su blanca y aterciopelada piel, cosa que podía confirmar de primera mano lo suave que era, hacía que cualquier hombre de aquella fiesta no pudiera evitar mirarla. Era una tortura quererla y no poder tenerla, sabía de sobra que después de aquella noche iban a llegar por toneladas las ofertas de petición de matrimonio para Emily. En aquel momento le daba igual que Donald sospechara algo, se negaría a cada una de ellas con excusas absurdas si era necesario, aunque tuviera que delatar sus intenciones por ello.

Se acercó hacia ellos, por suerte Emily se encontraba junto a su cuñado aún, por lo que tuvo la excusa perfecta para acercarse sin que ella pudiera salir huyendo de nuevo como la última vez.

—¡Henry!, Últimamente te encuentro demasiado en este tipo de fiestas, voy a creer que de verdad estás buscando esposa como corren algunos rumores —

comentó Donald nada más verle.

La tensión en el cuerpo de Emily fue evidente, ¿Cómo tenía el descaro de acercarse?, Sabía que tendría que saludar a su cuñado, pero podría haberlo hecho cuando éste se retirara a la zona donde los caballeros hablaban de negocios y lo que fuera que hablaran allí los hombres.

Henry sonrió ante las palabras de Donald, pero no lo contrarió. Eso haría que Emily se alejara aún más de él y era algo que quería evitar a toda costa.

—Mi madre pagaría una fortuna para que así fuera —confesó sin mentir. Era conocido por todos que la duquesa viuda de Sylverston ofrecería una fortuna con tal de ver a su único hijo y heredero del

ducado casado y otorgándole la sucesión necesaria para asegurar la dinastía de su apellido otra generación.

—¿Alguna afortunada a la vista? —le preguntó su amigo. Henry hubiera jurado que los ojos de Emily irradiaban en aquel momento, aunque no

descifró si era rabia o sorpresa lo que había en ellos. A juzgar por el resto de su cara se inclinaba a pensar más en la primera opción.

—Aún no estoy seguro —confesó a medias. De serlo, la única candidata estaba frente a él, pero teniendo en cuenta que jamás se casaría no habría ninguna afortunada ni en ese instante, ni en un futuro por más lejano que éste fuera.

—Vaya… es toda una proeza viniendo del soltero más cotizado de todo Londres. La mayoría de las jóvenes damas aquí presentes se desilusionarán como te oigan decir eso y no sean la joven afortunada. —Donald rió mientras decía aquello, pero Henry no tenía ojos para él, solamente para su cuñada, aunque su amigo no lo notara.

— *Lady* Emily, ¿Qué tal se está adaptando a nuestra sociedad? —le preguntó cordialmente y evitando así, toda respuesta a Donald para que siguiera haciéndole preguntas incómodas de responder.

—Muy bien, gracias por preguntar su excelencia —respondió escuetamente Emily. Así que, si tenía intenciones de casarse a pesar de que le había dicho a ella que no, es decir, que tenía toda la intención de casarse, pero ella no era lo suficientemente buena para ser duquesa. Demasiado insignificante para llevar dicho título, demasiado poca cosa para él. Su rabia creció por dentro, le diría cuatro cosas si estuvieran solos, pero con todo el salón abarrotado no iba a formar una escena. Además, eso solo la perjudicaría a ella.

El duque iba a contestar, pero fue interrumpido afortunadamente para su bienaventurada suerte por el primer joven al que le había concedido un baile.

«Salvada por la campana» pensó.

No estaba segura de poder aguantar una conversación decente con aquel hombre que calentaba su sangre de mil formas habidas y por haber.

Henry observó como Emily se iba con aquel joven que no pasaría de la veintena. Se había marchado con una enorme sonrisa en los labios

dedicada al joven, ni tan siquiera le había sonreído a él cuando la saludó, ni tan siquiera una mínima y escueta sonrisa como cortesía. Había sido un iluso al acercarse y pensar que ella le sonreiría solo por ser cortés. Debía encontrarse con ella a solas, tenía que… «Enamorarla». Sí. Enamorarla para que no lo rechazara y aceptara con agrado la única posibilidad que tendrían de estar juntos.

—Pareces bastante atraído por las parejas del salón de baile, ¿Hay algo interesante en particular? —La voz de su amigo Robert le volvió a la realidad. Hacía un buen rato que se había retirado de la charla que mantuvo con Donald para quedarse apartado en una esquina solitaria que le permitiera no perder de vista a Emily, aprovecharía cualquier desliz para hablar con ella.

—Nada fuera de lo normal —mintió— ¿Qué haces tú por aquí?, La última vez que viniste fue por la apuesta a la que te sometió Michael, dudaba que vinieras de nuevo para encontrarte con aquella señorita, no recuerdo su nombre, pero sé que no te agradaba.

—¡Ah!, ¡No me la recuerdes!, Espero que no esté por aquí —dijo medio escondiéndose detrás de él mientras vigilaba el salón—. No he tenido más remedio que venir a acompañar a mi hermana, al parecer ella quedó con *lady* Emily en que asistiría a este evento y mi madre no se encontraba con ánimo para venir, así que me ha tocado ser la niñera particular ¿Por qué has venido tú? —le preguntó una vez que dio su excusa.

—Tenía algunas cosas que tratar con un par de socios que se encontraban aquí. No es el mejor sitio para tratar asuntos de trabajo, pero a veces por el ánimo festivo consigo mejores resultados. —En realidad la base era cierta solo que el motivo principal por el que había acudido distaba bastante de la

realidad y no lo reconocería ni a su mejor amigo.

—Bueno, al menos no me aburriré estando tu aquí, ni me veré obligado a bailar con alguna joven. Aunque lo haría con *lady* Emily sin ningún tipo de reparo, esa joven es más hermosa cada vez que la veo —le aseguró a su amigo—. No me extraña que todo Londres esté hablando de ella, es la envidia de todas las jóvenes, fíjate que hasta más de una dama intenta vestir como ella. —Robert señaló a un par de jóvenes que en efecto lucían un vestido de características similares al que lució ella unas semanas atrás.

Henry se rió para sí mismo, aquella joven no era solo preciosa por

fuera, sino que tenía la capacidad de hacerse notar sin pretenderlo. Pensó por un momento que sería digna de llevar el apellido Sylverston pese a su juventud.

«Por Dios» Estaba definitivamente obsesionado por una mujer que tenía dieciocho años menos que él. Suspiró para sus adentros y la volvió a buscar con su mirada, vio que hablaba con la joven señorita Benedict y que ambas se alejaban en dirección al pasillo donde una vez ellos también se perdieron,

¿Irían al excusado? Tal vez buscarían privacidad. No lo pensó y dio una excusa banal a su amigo antes de perderse él también por aquel pasillo.

Las siguió por el corredor mientras charlaban y reían, ¿Podría una risa ser melodiosa?, Si fuera así, la de Emily desde luego lo era. Escuchó que hablaban del atuendo de ella, mientras parecía que le explicaba cómo había tenido que realizarlo y el trabajo que le había costado, incluso oyó algo sobre los pinchazos en sus dedos. Él los habría besado una y otra vez para que estos no sufrieran, hubiera contratado a alguien para que realizara los mejores vestidos de todo Londres, de Francia y del mundo entero si hacía falta para que no tuviera que hacerlos ella misma.

—¡Ah, espera! —habló la voz de Julia—. Traeré unos refrescos por si nos demoramos más de la cuenta, espérame allí por si se adelantan otras damas y

nos roban el sitio —dijo antes de volver por el corredor mientras dejaba a Emily sola que comenzaba a subir las escaleras.

Era su momento, por fin la tendría a solas para él. La siguió y en efecto fue al mismo balcón de la primera vez, el ala superior del edificio parecía desierta puesto que todos estaban abajo. La tenía sola para él, nadie los podría ver, aunque era consciente de que solo tendría unos momentos, lo suficiente para acercarse a ella antes de que la señorita Benedict volviera.

Ya era noche cerrada y hacía algo de fresco, tendría que haber cogido su estola para acudir a ese lugar, pero si pensaba en la cola que tendría que hacer para recogerla, prefería pasar un poco de frío en su lugar. Observó detenidamente el sitio, allí fue donde recibió su primer beso, aquel cálido beso que la hizo estremecerse por primera vez. Lo que daría por repetir aquel instante para poder sentir lo mismo de nuevo, pero sabía que no era posible.

Recordó las palabras del duque hacía unos momentos... Tenía a una candidata en su mente, se casaría con alguien y ella tendría que convivir con eso el resto de su vida, resignarse sabiendo que prefería a otra mujer.

—De nuevo sola en este lugar —las palabras retumbaron en los oídos de Emily, ¿Qué hacía él allí?, ¿La había seguido de nuevo?, pero de ser así tendría que haber visto a Julia con ella. Seguramente habría ido para respirar aire fresco como lo hacía ella y había dado la casualidad de que habían vuelto a encontrarse.

—Veo que usted también tiene preferencia por este lugar, pero no estoy sola, la señorita Benedict vendrá enseguida —confirmó para que tuviera en cuenta que no iban a estar solos por mucho tiempo.

—Lo sé —dijo acercándose—. Sé que no tengo mucho tiempo, pero tenía que verte a solas, Emily —le confesó mientras se acercaba demasiado, la tenía de nuevo casi encerrada entre la cornisa y su cuerpo.

—No entiendo para qué necesita verme a solas, entre usted y yo no hay nada, lo dejó muy claro la última vez —le afirmó muy segura de sus palabras

—Sí que puede haber algo, Emily —le confesó—. No sé qué has hecho conmigo, pero no puedo dejar de pensar en ti. Me paso el día rememorando aquel encuentro, deseando repetirlo de nuevo, soñando con volver a verte, añorando tus labios una y otra vez. —Sus últimas palabras fueron casi un susurro en el que su aliento se mezcló con el de ella, provocando que sus labios también anhelaran los suyos.

—Pero usted dijo que… —Henry no la dejó terminar, si lo hacía tendría que dar una respuesta, en cambio apresó aquellos deliciosos labios mientras la estrechaba entre sus brazos. Era delicioso, su cuerpo, sus besos, cada rincón de su ser era puro fuego y él se derretía ante ella como la mantequilla.

Confirmó lo que ya pensaba desde un principio, si no la hacía suya, si no la tenía para él, iba a morir de agonía.

Emily se derritió de nuevo en sus brazos, ¿Por qué tendría que besar tan deliciosamente bien aquel hombre?, Sus manos firmes la tenían sujeta de la cintura, mientras ella con las suyas hacía lo propio en el cabello de él. Era fino y suave, aunque lo que hacía su lengua jugueteando en su boca no le permitiera pensar mucho más allá que gozar de sus labios. Notó como se separaba de ella un instante y la

miraba a los ojos, podría jurar que su corazón iba a salir de su pecho, él le había dicho que la deseaba, que la añoraba, que se pasaba el día pensando en ella, ¿Querría decir eso que la mujer con la que estaba pensando casarse era ella?, ¿Sería posible?, Algo dentro de su ser creyó explotar de felicidad, de ilusión, no podría creerse que él estuviera dispuesto a olvidar a su ex prometida y sin embargo le había confesado que solo pensaba en ella. Lucharía con todas sus fuerzas por que la olvidara, si tenía la más mínima posibilidad de ser feliz de nuevo junto a ella,

se aferraría a esa posibilidad con todas sus fuerzas y haría lo impensable para conseguirlo.

—Eres tan dulce, Emily —dijo mientras acariciaba sus mejillas con los pulgares sin dejar de mirarla a los ojos—. Jamás creí que volvería a sentir esto, pero tú, de alguna forma que aún no me explico, has conseguido lograrlo —confesó sin dejar que ella hablara—. Quiero que seas mía, Emily, necesito tenerte solo para mí. Sé que soy un egoísta, pero odio verte acompañada de otros hombres, te deseo solo para mí.

—Quiero ser tuya —confesó sin pensar realmente en lo que significaban sus propias palabras.

Unos pasos les advirtieron que alguien venía, sin duda sería Julia con los refrescos.

—Pronto serás mía —confirmó antes de darle un ligero y al mismo tiempo nada casto beso en los labios antes de separarse de ella.

11

Henry se separó de Emily antes de que la joven Benedict les descubriera en una situación comprometida.

—¡Oh, excelencia! —saludó extrañada Julia portando lo que parecían dos copas de cristal con un líquido amarillento que él dedujo que era champán.

No sabía cómo lo habría podido coger sin ser descubierta, pero sonrió para sus adentros por aquella travesura, eran demasiado jóvenes y no estaba bien visto que bebieran alcohol, salvo en ocasiones especiales y desde luego en poca cantidad.

—No se preocupe, ya me iba al comprobar que el lugar estaba ocupado por *lady* Emily —dijo con un leve cordial saludo de inclinación antes de marcharse.

—Vaya, eso ha sido muy extraño —confesó Julia mientras le entregaba una de las copas a Emily que no tardó en beber para calmar sus nervios.

—¿Por qué? —dijo cuando aquel líquido algo más fuerte de lo que esperaba bajaba por su garganta provocando que las ligeras burbujas de la bebida rivalizaran con sus nervios. Sabía que su amiga esperaba averiguar cómo había sido aquel encuentro inesperado

—El duque de Sylverston siempre evita estar solo en este tipo de actos, por eso no suele abandonar el salón bajo ningún concepto, ni

separarse de algún grupo si no es absolutamente necesario. Sabe que podría ser sorprendido en alguna situación comprometida por alguna joven caza-fortunas y verse en la obligación de casarse, de ahí que me extrañara tanto que haya corrido el riesgo de venir hasta aquí sin compañía, ¿Te dijo algo?, ¿De qué hablaron?

—preguntó curiosa Julia.

—¿Tan frecuente es que alguna joven haga un acto de ese tipo?, Quiero decir, provocar una situación embarazosa para lograr que obliguen al caballero a casarse.

—Te sorprendería la cantidad de damas que están dispuestas a hacerlo con tal de cazar un heredero. Hay muchas jóvenes desesperadas Emily. La fortuna de los Sylverston es demasiado tentadora para cualquiera, mi padre dice que es el hombre más rico de todo Londres sin duda alguna, ha duplicado la fortuna que heredó hace catorce años y no es que fuera poca cuantiosa por aquel entonces. Hasta donde yo sé, solo en tierras ya posee más de trescientas mil libras, al parecer se le dan muy bien los negocios y es en lo que ocupa todo su tiempo. Según papá, tiene olfato para saber dónde invertir, por eso tiene

tantos socios, todo el mundo le quiere a su lado, saben que, si él decide invertir, es porque el negocio genera cuantiosos beneficios. Sin duda alguna si alguna joven consiguiera atraparlo en sus redes, nadaría en oro durante el resto de su vida, por eso no puede correr riesgos con semejante fortuna a sus espaldas.

Emily estaba anonadada, sabía que el duque sería rico, pero… ¿A esos niveles?, Sin duda aquello la hizo sentirse el ser más insignificante de toda Inglaterra, pero le hizo comprender una cosa, él no la rechazaría por no poseer una dote, con semejante fortuna de tal magnitud, ¿Para qué iba él a querer la insignificante dote que aporta una joven casadera? Siguió con ese pensamiento hasta que Julia la sacó de su ensoñación.

—¿Y bien? —preguntó curiosa.

—Y bien ¿Qué? —Emily había olvidado a qué se refería, tenía demasiadas cosas que asimilar en su cerebro aquella noche.

—Pues que de qué hablaron el duque y tú, ¿De qué iba a ser?, Si no conociera al duque como le conozco, juraría que tratas de ocultarme algo, ¿Es así? —Los ojos entrecerrados de Julia parecían intentar adivinar lo que habría ocurrido allí.

—¡Ah, eso! —definitivamente Emily no había nacido para mentir, menos aún a Julia que era demasiado perspicaz para creérselo—. Nada, solamente quería tomar el aire y descubrió que estaba ocupado el lugar, ya se estaba despidiendo cuando tu llegaste —argumentó esperando que ella la creyera.

—Ya —dijo secamente—. Y yo soy tonta de nacimiento —dijo sorprendiendo a Emily—. Henry jamás vendría solo hasta aquí si no fuera por un motivo más que justificado. Hubiera convencido a alguien para que le acompañara, en cambio, vino solo y pondría la mano en el fuego sin

quemarme a que sabía que estabas sola también, así que ahora dime, ¿Qué es lo que quería realmente el duque de ti?

«Bien Emily. Te han pillado con las manos en la masa y no tienes escapatoria», solo había dos opciones; inventarse algo que su mente improvisara pero que solo haría aumentar las sospechas de su amiga o decir la verdad. Tal vez, ésta fuera la mejor opción y así podría obtener el consejo de alguien para saber cómo actuar ante su situación.

—Me besó —dijo sin más y esperó la reacción de Julia.

—¿Qué? —Julia estaba sorprendida, aunque se lo estaba imaginando no pensaba que el duque habría llegado tan lejos, más bien pensó que simplemente se habría dejado cautivar por la exquisita belleza de Emily e intentaba conocerla un poco para saber si era una joven caza-fortunas como la gran mayoría de las jóvenes que había en el salón, pero de ahí a… ¿Besarla?, Eso significaba que iba más allá de un simple acercamiento. Sabía por su hermano que Henry no tenía ojos para ninguna joven decente. Desconocía desde luego si tendría alguna amante, tampoco iba a preguntarlo, pero era conocido que, desde Sophie, él nunca había puesto sus ojos en nadie más.

—No sé qué pensar —comenzó a confesar a su amiga, dicho aquello revelaría toda la historia—. Me besó aquí mismo la primera vez que acudí para mi debut de presentación, me dijo que lo olvidara, pero días más tarde volvió a besarme en otra fiesta diciendo que jamás se casaría con una mujer incluyéndome a mí, por supuesto. Yo intenté olvidarlo, le evité todo este tiempo, pero hoy. Hoy me confesó que no puede dejar de pensar en mí y tras decirlo, volvió a besarme de nuevo. No sé qué hacer Julia, sé que yo no soy suficiente para él y más aún, después de todo lo que me has contado.

—¿A ti te gusta el duque, Emily?, Sé que es algo mayor que tú, pero es muy apuesto y…

—Mucho —dijo interrumpiendo a su amiga—. No hay otro hombre que me atraiga más que él, solo me gusta él, Julia —le confesó.

—Eso es maravilloso, Emily —Julia dejó las copas en la barandilla y la cogió de las manos—. Me consta que él ha sido muy infeliz todo este tiempo, pero si ha sido capaz de encontrar a alguien que le haga olvidar el pasado y al mismo tiempo ser correspondido, me alegraré aún más por los dos.

—¿Crees que pedirá que me case con él? —ella aún no lo tenía del todo claro.

—Estoy segura de que lo hará, Emily —contestó convencida—. Él es un caballero decente, aunque ir robando besos no sea lo más adecuado. Si ha corrido el riesgo, debe ser porque está cambiando de opinión con respecto al juramento que hizo. Además, sabe que no podrá tenerte de otra forma que no sea mediante el matrimonio —aseguró Julia.

Aquella noche Emily no podía conciliar el sueño, solo de pensar en su futuro junto al duque hacía que el hecho de dormir fuera lo más absurdo en aquellos momentos. Sería tan feliz a su lado, lo podría ver cada día al despertar, dormiría a su lado, podría tocarlo cuando quisiera y sobre todo, podría lograr que él la amara… Eso era lo que más deseaba en aquellos momentos, lo que más fervientemente anhelaba.

Días después, al otro lado de la ciudad, Henry se encontraba en su despacho meditando; sabía que estaba engañando a Emily, era consciente de que con sus palabras de doble sentido podría dar lugar a interpretar cosas que no deseaba que ella pensara, pero era la única forma de que se enamorara de él, la única manera de tenerla y tendría todo el resto de su vida para compensarla por ello. Pensar en que ella le había confesado que quería ser suya solo aumentaba su deseo de poseerla al saber que no le resultaba indiferente, sino que aquella preciosidad le deseaba de igual forma.

—Hijo, estás aquí —habló su madre mientras entraba en su estudio y hacía que levantara la vista de los papeles que estaba intentando revisar sabiendo que no lograría hacerlo puesto que sus pensamientos solo tenían cabida para una sola cosa, Emily.

—Como siempre madre. —Era verdad, durante el día, salvo en las

horas puntuales donde se servía el almuerzo y la cena, él solía estar en su despacho

— ¿Se le ofrece algo? —comentó intentando dedicarle toda su atención.

Quería a su madre, pero a veces se volvía demasiado insoportable cuando persistía en su idea del casamiento.

—Ha llegado esta invitación —señaló el sobre la duquesa viuda—. Es para la cacería que organizan todos los años los Preston en su finca, ya sabes que siempre son por estas fechas, ¿Irás este año? —Aunque el motivo principal fuera la cacería del domingo, aquella festividad duraba cuatro días; desde el viernes por la tarde hasta el lunes al mediodía en que todo el mundo regresaba de nuevo a sus casas.

Solían invitar a bastante gente, aunque a él no le hacía gracia pasar cuatro días rodeado de jovencitas, debía reconocer que disfrutaba de la cacería, por eso siempre acudía el sábado y regresaba el domingo para evitar a toda costa cualquier tipo de encerrona. Llevaba un par de años sin ir, la fecha había coincidido cuando se encontraba fuera de la ciudad, pero ese año podría hacerlo, aunque no estaba seguro de si aceptar o no la invitación. Por su mente pasó la idea de que probablemente Emily estuviera invitada, si era así, se le abría todo un abanico de posibilidades para interceptarla y estar a solas con ella. Tenía que averiguar si ella acudiría.

—Es probable que acuda, madre —fue sincero. Si Emily asistía, él iría, de lo contrario, no tendría nada que hacer allí.

—Henry, sé que puedo ser pesada en algunas ocasiones, pero de verdad que

me haría muy feliz que te casaras. Aceptaré a la joven que elijas, prometo no quejarme si tu elección es la mismísima Amelia porque a ti te agrade, pero quiero conocer a mis nietos antes de morir. —Henry volvió su mirada de sus papeles a su madre e intentó cuidar sus palabras, sabía que ella quería lo mejor para él, pero lo que pedía no era algo que le pudiese conceder.

—Sabe que no soporto a Amelia, madre —no creía que hubiera una persona capaz de soportarla—. Y también sabe que por más que insista no va a cambiar la situación —volvió a repetirle lo que tantas veces le había dicho anteriormente.

Escuchó la resignación de su madre antes de salir por la puerta. Si por

él fuera se casaría, ¡Oh!, Disfrutaría muchísimo de demostrar delante de todos a Emily, hacerla su mujer y regodearse de que era únicamente suya. Pero no podía, aunque quisiera. La tendría, sí, pero de otra forma no tan bien vista. Le estaba negando el ser esposa, madre, abuela... lo sabía y era consciente de ello, pero intentaría recompensar todo ello, la amaría como jamás habría amado a Sophie, como jamás amaría a ninguna otra mujer y le pondría el mundo a sus pies si hacía falta para que le perdonara lo que iba a hacer con ella.

Emily acababa de recibir una invitación para acudir a la fiesta que organizaban los Preston en su casa de campo a las afueras de la ciudad. El problema era que Anne no podía asistir, por tanto, ella tampoco podría hacerlo. Se resignó a que tendría que quedarse todo el fin de semana en casa, por lo menos adelantaría los nuevos vestidos, gracias a la costurera y a sus hábiles manos que parecían haberse acostumbrado al fin a la costura, tenía cinco hermosos vestidos nuevos a estrenar terminados, pero ninguna fiesta o evento al que acudir para lucirlos.

—Mi *lady* —la voz de Nora hizo que alzara su mirada de la costura hacia la

puerta del salón.

—¿Sí, Nora?

—La señorita Benedict desea saber si puede recibirla —preguntó.

—Por supuesto que sí, hazla pasar enseguida —le dijo mientras dejaba su vestido de color rojo carmesí en la cesta de labores. Julia parecía feliz, aunque no sabía las razones, pero estaba segura de que pronto las sabría.

—He venido en cuanto he recibido la invitación, ¿Tú la has recibido? —dijo mientras le enseñaba el mismo sobre que había recibido esa mañana para asistir a la fiesta de los Preston.

—Si, lo recibí esta mañana —dijo no dando tanta importancia.

—Lo sabía, era lógico que te invitaran, es una cacería y tienen que asegurarse de que haya el número suficiente de caballeros. Si no van damas de buen ver, no sería tan emocionante —argumentó Julia.

—¿Me han invitado porque soy de buen ver? —preguntó en un tono bromista.

—Sin duda alguna. Los Preston son muy interesados, solo invitan a lo mejor de la sociedad a su cacería, todo el mundo suele tener títulos nobiliarios o ser lo suficientemente rico para poder asistir.

—Bueno… Soy la hija de un conde, arruinado, pero un conde sigue siéndolo a pesar de ello. —Quiso quitar la credibilidad de que la hubieran invitado por ser hermosa, aunque con lo superficiales que eran en aquella ciudad, no sabía por qué intentar creer que la invitaban solamente por ser una Norwing.

—Eso es lo de menos, lo importante es que vamos a ir juntas. —Emily notó que a Julia le hacía especial ilusión aquella fiesta, imaginó que era la primera vez que la invitaban y de ahí la efusividad con la que se tomaba la noticia.

—No podré ir, Julia —confesó—. Anne no puede acompañarme, la madre de Donald no se encuentra bien y debe hacerle compañía, así que eso implica que no pueda asistir —reconoció que Julia le había contagiado su entusiasmo un poco y ahora sí le apetecía realmente asistir a aquella fiesta. Desconocía como sería un evento de esas características, que duraba varios días y todos convivían en la misma casa haciendo diferentes actividades, tendría que ser realmente divertido.

—¡Oh no!, No será lo mismo sin ti —confesó abatida—. ¿Y si vienes conmigo?, No creo que Anne se niegue si estás bajo la tutela de mi familia,

¿Verdad? —dijo de nuevo una Julia con renovado entusiasmo.

—No lo sé, supongo. —Lo cierto era que no creía que Anne pusiera ningún inconveniente si acudía junto a Julia, ella era de una familia adinerada y respetada por lo que seguramente aceptaría.

—Entonces le diré a mamá que hable con ella, la convencerá para que vengas con nosotros.

El trayecto hasta la casa de campo de los Preston fue tranquilo e incluso demasiado corto, ya que las jóvenes estuvieron hablando todo el tiempo. Julia le contó lo que sabía de las actividades que solían realizarse durante los cuatro días, sonaba divertido, estaba segura de que lo pasaría muy bien en aquel sitio y en tan buena compañía.

La casa resultó ser grandiosa, no sabía a cuanta gente habrían invitado, pero estaba segura de que podrían acoger a un centenar de personas en aquella mansión. El carruaje paró frente a la entrada y

ellas descendieron acompañadas de la señora Vermont, la tía viuda de Julia y del joven Robert Benedict, el hermano de Julia que era quienes las acompañarían durante aquellos días. A última hora la madre de Julia se había quejado de un fuerte dolor en el costado que llevaba dándole problemas varios días y envió a su

hijo y hermana en su lugar para vigilar a las jóvenes.

Emily pensó si acudiría el duque a la cacería, ¿Tal vez lo viera allí? Llevaba días sin saber de él y contaba los minutos para encontrarse de nuevo con él a solas. Tal vez sí acudiría a la fiesta, sin duda debía estar invitado dada su posición y condición social.

—Espero que Henry no tarde mucho en llegar o me tiraré al lago para que me coman los peces —dijo Robert cuando entraron al salón y vio a la multitud de jóvenes damas que había.

Julia rió ante su comentario y Emily solo pensó que ya tenía respuesta para su pregunta. El duque acudiría… y estaba segura de que volverían a tener un encuentro de nuevo a solas.

12

Emily decidió ponerse un vestido blanco esa noche, era de un blanco nítido e impecable con unas perfectas rosas bordadas en hilo verde, muy similar al color de sus ojos. Desde luego William había tenido en cuenta cuando había realizado su elección de los tejidos lo que sabía que resaltaría más en ella, debió elegir aquel tejido por el tono de las flores bordadas.

El tejido era con caída, casi gasa, eso hacía que la falda no fuera tan voluminosa, mucho más ligero y cómodo de llevar. Además, se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel y las mangas eran casi transparentes, al llevar

solo una capa del tejido, de tal forma que dejaba entrever su piel blanquecina.

Una de las doncellas de la casa que atendía a los invitados, le realizó un recogido completo para lucir el escote de su espalda que dejaba a la vista un poco más de piel de lo estrictamente estipulado. Tuvo sus reticencias para seguir el modelo que le había dibujado William, pero finalmente, decidió ser fiel al mismo. No tenía toda la espalda descubierta, solamente un tercio, eso hacía que fuera imposible llevar corsé, de otra forma éste se vería y no quedaría bien estéticamente. Suerte que ella no necesitara ese invento del demonio para realzar su figura, se sentiría libre por una vez, de hecho, entre no llevar el dichoso aparato opresor y la ligereza del tejido, parecía que caminaba entre nubes de algodón de lo cómodo que era su atuendo.

—¿Estás lista? —dijo Julia asomándose por la puerta.

Tenían habitaciones contiguas, las habían ubicado en la segunda planta, al final del pasillo del ala sur de la casa. Desde la ventana de Emily se podía apreciar el hermoso jardín trasero que apenas era transitado por lo que le daba la libertad de poder tener las cortinas abiertas sin ser vista. La tía de Julia había sido instalada en la planta baja para no tener que subir la escalinata, al menos habían sido considerados con ella y las jóvenes estaban más que satisfechas de no tener interrupción alguna por parte de la señora.

—Sí, casi estoy —respondió Emily mientras sacaba de su pequeño estuche su única joya, aquél colgante de su madre que hoy resaltaría aún más con el vestido.

—Ojalá tuviera tus manos, Emily. No sabes lo que las envidio en estos momentos, ¿Cómo tienes la capacidad de realizar algo así? —comentó Julia mientras se paseaba alrededor de ella apreciando su vestido—. Es verdaderamente hermoso, además de único —resaltó tocando levemente el tejido.

—Y cómodo, debo añadir —respondió sonriente.

—¡Oh!, Serás una mala amiga si no me haces algo así para mí. — Emily observó el gesto de su amiga que tenía la cara compungida como una niña pequeña cuando desea un dulce.

—Supongo que podría hacerlo —dijo sin más. Ahora que tenía ayuda de la costurera y que cada vez sus dedos eran más ágiles, no le importaría hacer un par de vestidos para sus amigas.

—Por supuesto pienso pagarte por ello —añadió Julia lo que hizo que Emily se sorprendiera.

—No hará falta Julia, tu tráeme el tejido y yo realizaré el vestido.

—No, no, yo te doy el dinero y con tu gusto exquisito serás tú quien compre la tela y lo realice —decretó Julia dando por finalizada la conversación.

—Está bien, aunque ahora vayamos o llegaremos demasiado tarde a la cena.

Bajaron por la escalinata que daba al gran hall de entrada donde se abría el gran salón de baile a la derecha. Rodeando la escalera se encontraba una gran estancia que había sido adaptada con numerosas

mesas redondas de entre seis y ocho personas, allí se servirían todas las comidas del día. Robert las estaba esperando en una de ellas. No tardó en darse cuenta de que estaba acompañado por el duque, parecían charlar de algo interesante porque permanecían enfrascados en un diálogo y permanecían ajenos al resto del salón.

—Buenas tardes, excelencia —se adelantó Julia a decir, puesto que ambas habían llegado a la altura donde se encontraban y no se habían percatado de su presencia.

El duque levantó su mirada para verla y le respondió cordialmente, giró su cabeza entonces hacia ella, se encontraba nerviosa, con las manos sudorosas,

reconocía que deseaba verle y se había vestido así para él, ¿Le gustaría?, Esperaba que así fuera, entonces reparó en su sonrisa al contemplarla, era leve pero ahí estaba, él le estaba sonriendo.

—Buenas tardes *lady* Emily —escuchó que le decía, ya que ella había sido incapaz de hablar porque se había quedado embobada al contemplarlo,

¿Podría ser un hombre más atractivo que el duque? No, sin duda no podría serlo.

—Buenas tardes su excelencia —le contestó cuando pudo reaccionar e hizo una leve inclinación de cabeza saludando también a Robert. Tomaron asiento junto a ellos, la cena se serviría en breve y el comedor estaba comenzando a llenarse, fue ahí donde Emily se percató de la cantidad de invitados que había en aquella fiesta.

Henry la observaba cada vez que giraba su vista de la mesa a su amigo Robert con el que mantenía una conversación, ella hablaba con Julia, pero no podía evitar ver sus gestos y movimientos expresándose mientras lo hacía.

Estaba enloqueciendo con aquel vestido que dejaba entrever sus brazos y gran parte de su cuello, para colmo de males había recogido todo su cabello haciendo que fuera más accesible a la vista, aquella mujer iba a matarle a sufrimiento, teniéndola a tan corta distancia y sin poder ponerle un dedo encima en público. ¿Qué había hecho aquella chiquilla con él? Porque por muy mujer que pareciera a su corta edad no dejaba de ser casi una niña de diecisiete años, deliciosa, exquisita, pero en el fondo se sentía un poco culpable por la corta edad de Emily, aunque al diablo con todo, él estaba locamente atraído por ella, su poder de atracción era similar al de una polilla hacia la luz

y él no era precisamente la luz en aquella metáfora.

— *Lady* Emily, debo confesarle que luce usted espléndidamente bella esta noche. —Henry escuchó la voz de un joven decir aquello, creyó reconocerlo

por un instante, aunque no recordaba su nombre, sabía que era el hijo de Thomas Lombrad. Tuvo que reconocer que el joven era bastante parecido para su desgracia, también tuvo que contenerse para no saltar sobre la mesa y decirle que se fuera al diablo y dejara a *su* Emily en paz, porque así era como él la consideraba, suya, desde el mismo momento en que ella le dijo que así lo deseaba.

—Muchísimas gracias señor Lombrad, ¿Está usted disfrutando de la velada?

—Emily se había acostumbrado a ese tipo de comentarios en las últimas semanas, pensó que era lo normal que decían los caballeros a las jóvenes damas, aunque había descubierto que no a todas las jóvenes se les decía tales halagos. Quizá era cierto lo que Anne, Nora y la señora Hadden le habían dicho, que ella era tan bella como su madre. No reparó mucho en ello, de todos modos, le daba igual agradar a todos los jóvenes de aquella sala o incluso de todo Londres, ella solo tendría ojos para un solo caballero en cuestión. Un duque, cuyas miradas reiteradas hacia su persona no le habían pasado desapercibidas y que provocaban un aumento de sus nervios al estar tan cerca de su presencia. Deseaba encontrarse a solas con él, tenía tantas cosas que preguntarle, aunque tenía que ser franca si admitía que lo que más deseaba era probar de nuevo sus labios ahora que sabía que no le era indiferente.

—Muchísimo, aunque debo reconocer lo estoy aún más, sabiendo que usted iluminará el salón con su belleza —respondió aquel joven haciendo que a Emily se le enrojecieran las mejillas.

Henry apretó los puños bajo la mesa, si no hacía eso sabía que uno de ellos se estamparía contra el rostro de aquel joven, entendía las intenciones del joven Lombrad, él mejor que nadie lo hacía, pero aquel petulante jovencito estaba coqueteando descaradamente delante de todos los presentes y él, solo quería

enviarlo al mismísimo infierno para que dejara en paz a su mujer. Espera, ¿Su mujer?, ¿Desde cuándo había empezado a considerarla a Emily su mujer?

Supo en ese entonces que, aunque fuera solamente su amante, él la

trataría como una esposa, se enfrentará a la sociedad y a la crítica por hacer tal osadía, pero no le importaría hacerlo y si tenía que irse de Londres para conseguirlo por Emily, estaría dispuesto a hacerlo.

—Disculpen caballeros, apenas había reparado en su presencia —confesó el joven Lombrad mientras tomaba asiento.

—Entiendo sus razones —confesó Robert entre risas mientras comenzaban a establecer conversación sobre la cacería que tendría lugar ese mismo domingo.

—Emily, ¿Sabes si vendrá *lord* Barnes? —Julia habló en voz alta para que toda la mesa lo escuchara y Emily supo por qué lo hizo, la expresión de Henry pasó desapercibida para todos menos para ella, ¿Estaba celoso?, Sí, sin lugar a duda lo estaba.

—Realmente no lo sé, creo que regresó de París hace unos días, según su última carta, pero no sé si habrá descansado lo suficiente y tendrá ánimo para asistir a la velada —contestó sinceramente. Ella no tenía por qué ocultar nada al respecto de su relación con William.

—Seguro que asistirá, conociéndole como le conozco, estará deseando verte.

—Emily no estaba segura de porqué jugaba a ese juego Julia, le preguntaría más tarde durante el baile. Respondió a su amiga con una sonrisa para evitar decirle que ella también deseaba verlo, aunque no por las razones que todos pudieran sospechar si lo expresaba en voz alta.

Henry estaba seguro de que, si le rozaban, aunque fuera un instante, saltaría.

Tanta rabia reprimida no podía ser buena, ¿Es que iba a tener que competir

con todos los hombres de Londres por ella? Si había uno al que detestaba más que a ningún otro, era Barnes. Sabía de la buena relación que mantenían, pero desconocía los sentimientos de Emily por él, necesitaba saber que significaba el barón para ella y eliminar cualquier rastro de posibilidad si sentía algo por el caballero, porque sin duda, *lord* Barnes debía estar ciegamente enamorado de ella para haberle regalado aquellas telas tan valiosas con las que ella vestía.

— *Lady* Emily —Henry llamó su atención. La de ella y la de toda la mesa, dicho sea de paso, pero si no lo hacía pronto se quedaría sin esa

posibilidad.

Emily le miró esperando que el duque siguiera hablando, pero él se había quedado en blanco al contemplar su rostro de nuevo mirándole fijamente con aquellos labios fabricados para ser besados, eso sí, ser besados solo por él.

—¿Sí, excelencia? —contestó ella al ver que el duque parecía haberse quedado mudo por un momento.

—Me complacería si me concede el primer vals —le preguntó directamente dejando a una anonadada Emily con la boca semi-abierta por la sorpresa.

—Si —contestó a secas—. Quiero decir, será un placer para mí aceptar su invitación, su excelencia —corrigió rápidamente, los formalismos eran lo primero y más habiendo público delante. Le había pedido un vals, el duque de Sylverston iba a bailar con ella en público, delante de todo el mundo y siendo vistos por lo mejorcito de la sociedad inglesa. No podía coger en sí misma del placer que le proporcionaba aquello, notó el ligero codazo de Julia en el costado que hizo girarse para mirarla y contemplar la sonrisa de complicidad con la que su amiga correspondía, ahora lo entendía. Julia había provocado aquello con sus comentarios, estaba dejando entrever a Henry que, si no se daba prisa, otros se adelantarían, lo que Julia no sabía es que, para el duque, no existía competencia alguna por su parte.

—Emily, ¡Jamás había visto al duque tan contrariado!, Juro que he disfrutado muchísimo provocándole, ¿Notaste su expresión cuando dije que seguramente William vendría? —Julia comenzó a reír—. Si tenía alguna duda de lo interesado que estaba en ti, ahora no me queda ninguna. Vas a ser la envidia de todas las jóvenes, más te vale hacer algo contra el mal de ojo porque estoy segura de que todas van a maldecir tu suerte. —Siguió riendo mientras Emily la miraba un poco entre divertida y contrariada.

—¿Tú crees? —dijo algo confusa—. Con todo lo que me contaste sobre su pasado no sé si seré capaz de competir contra un fantasma. Julia, tengo miedo de que solo sea un encaprichamiento momentáneo y que mañana me despierte y no esté interesado en mí —confesó sus miedos a su amiga.

—Vamos, Emily —contestó Julia—. *Lord* Sylverston jamás ha bailado en público con ninguna dama desde lo que ocurrió. Ni tan siquiera con algún pariente cercano y sin embargo hoy lo hará contigo, créeme

cuando digo que vais a tener a todo el salón observando vuestros pasos —aseguró haciendo que Emily se pusiera aún más nerviosa, aunque no entendía sus nervios, ella ya había estado entre los brazos del duque anteriormente, ¿Por qué estaba tan nerviosa ahora? Quizás era por el hecho de que con aquel gesto estaba demostrando su interés hacia ella delante de todos, en cierto modo eso la satisfacía, pero también quería estar a la altura de tal acontecimiento. Era consciente que todo el mundo pensaría lo mismo, «Ella no tiene dote», «Es bonita pero no lo suficiente para él».

Henry pensó que estaba cometiendo un error al bailar en público con ella, sabía que los rumores correrían como la pólvora, pero le daba absolutamente igual, no estaba dispuesto a dejar escapar la oportunidad de estar junto a ella, aunque fuera en público. Además, el baile le permitiría hablar con ella a solas.

—Sabes que todo el mundo hablará sobre lo que vas a hacer y de tus intenciones con la joven Norwing, en el momento que pises ese salón de baile, ¿No? —era la voz de Robert, aunque podría ser también la de su conciencia.

—No será para tanto, Robert. Tengo negocios con su cuñado, relación con su familia, cualquiera pensaría que simplemente le hago un favor —dijo intentando engañarse más a sí mismo que a su amigo.

—¿Un favor?, ¿Precisamente a ella?, Vamos Henry, cuéntale esa historia a otro, pero no a mí, precisamente *lady* Emily no puede quejarse de no tener pretendientes para su cartilla de baile, es más, podría prestarle unos cuantos a otras damas porque le sobran —sentenció—. Ahora dime, ¿Cuándo ibas a decirme que te gusta la joven? —inquirió.

—No me gusta —mintió intentando que sus palabras parecieran sinceras.

—Está bien, imagino que debe ser complicado para ti después de todo lo ocurrido, pero me alegra saber que por fin hay una mujer que provoque algún sentimiento en ti.

—No digas estupideces Robert, *lady* Emily no significa nada para mí —dijo mientras se iba con paso decidido hacia la mesa de licores.

Necesitaba un brandy urgentemente para calmar sus nervios, había dicho más mentiras que verdades en las últimas semanas y aquello le estaba agotando mentalmente.

Robert lo vio alejarse sonriendo para sus adentros, su amigo estaba más interesado de lo que creyó en un principio por aquella bonita joven.

Emily era consciente de que el momento se acercaba, aunque sus ojos no vislumbraban donde se encontraba el duque, sabía que él la encontraría, la invitación la había formulado él y había sido de carácter público, por lo que

no podía retirarla.

— *Lady* Emily —su voz hizo que se girara levemente para contemplarlo, era muy apuesto, casi demasiado. Ataviado con su traje ajustado donde debía serlo de color azul marino y gris, provocando que resaltara el color profundo de sus ojos grises. Reconoció que no existía un hombre más apuesto en aquel salón y se sintió afortunada de que la hubiera elegido a ella, únicamente a ella, para bailar aquel vals. El duque le tendió su mano para acompañarla al centro de la pista, a Emily no le pasó desapercibido las miradas, aunque ya estaba acostumbrada, esta vez era distinto, no era por su atuendo sino por su compañía.

—Todo el mundo nos mira —confesó cuando él la giró sobre sí misma para colocarla frente a él e iniciar así el baile.

—Olvídate de todos, Emily —contestó mirándola directamente a los ojos. Su mirada brillaba como los destellos de la luna, provocando que se perdiera en ellos.

Ella asintió con un gesto perdiendo la noción del tiempo, sintiendo el roce de su mano al cogerla de la cintura.

—Solo estamos tú y yo —reiteró antes de que la música sonara y comenzara la danza—. ¿Has pensado en mí, Emily? —preguntó directamente.

—Mentiría si dijera que no lo hice, su excelencia —le confesó.

—Llámame Henry —confesó—. Deseo que me llames por mi nombre, sueño con saber cómo será pronunciado por tus labios.

—Está bien, Henry. —Notó como él cerraba los ojos levemente, como si estuviera saboreando algo delicioso, aquello le gustó.

—Me vuelves loco, Emily, provocas que pierda cualquier rastro de lucidez que poseo en tu presencia.

Emily no sabía qué responder, ¿Qué se debía responder a una confesión así?

—Necesito estrecharte de nuevo entre mis brazos —siguió hablando el duque

—, concédeme eso, aunque sea —dijo en un tono algo desesperado.

—Pero no sería conveniente, Henry, no es adecuado —contestó.

—Reúnete conmigo esta noche, en los jardines que hay detrás de la casa una vez que todos se hayan retirado a sus habitaciones —la incitó —. Te estaré esperando.

Tras finalizar aquel baile, el duque de Sylverston no volvió a bailar con ninguna otra joven durante el resto de la velada y a Emily no le pasó desapercibido, que más de una dama la miraba con envidia en los ojos.

13

Emily daba vueltas en su habitación debatiéndose entre quitarse el vestido y meterse en la cama o por el contrario, deslizarse por las escaleras del servicio y acudir al encuentro furtivo en el que la había citado el duque.

Pensó que la primera opción desde luego era la más correcta, pero que la condenaran si no estaba deseosa de realizar la segunda de sus opciones por más riesgos que corriera si era descubierta.

Se asomó al pasillo que permanecía en penumbra y en silencio, pensó que sus zapatos de baile no eran los adecuados por lo que los había sustituido por

unas zapatillas que solía utilizar para estar en casa, ya que éstas no harían ruido al caminar por el angosto pasillo. Salió por la puerta del servicio que debido a las altas horas no había nadie del personal rondando por la casa y se dirigió al jardín trasero. Era consciente de que estaba haciendo algo que sobrepasaba los límites de la decencia y además, si la encontraban no serviría ninguna excusa que valiera para justificar porqué se encontraba fuera de su habitación, pero merecía la pena correr el riesgo. Llegó a la entrada de los jardines y supo por qué los había elegido el duque, los setos altos no permitirían ver lo que ocurriría allí dentro, ni tan siquiera desde las pocas ventanas que daban al lugar, aunque la entrada al mismo no diera a esas ventanas, de lo contrario podrían haberla visto adentrarse en ellos. Fue despacio, pese a que la luz de la luna iluminara el camino, no quería

perderse en aquellos jardines inmensos. Además, no sabía hacia donde ir exactamente,

¿Dónde se habría metido Henry?

Henry empezaba a impacientarse, por un momento pensó que ella no acudiría. Si se trataba de una buena chica no lo haría, pero deseaba que *su* Emily no fuera precisamente buena en aquellos momentos, un destello captó su atención y vio como la figura de la joven, era bañada por la luz brillante de la luna. Le pareció una criatura angelical con aquel vestido blanco de flores verdes, sin duda ella era un ángel que venía a salvarlo de su propio infierno, al menos eso pensó antes de caminar hacia ella.

—Pensaba que no vendrías —susurró a su oído mientras la estrechaba de su cintura apresándola mientras la atraía hacia su cuerpo. Ella se encontraba de espaldas a él por lo que no pudo adelantarse a su movimiento y se sorprendió momentáneamente antes de relajar los músculos al comprender que se trataba de él.

—Confieso que no iba a hacerlo —declaró antes de girarse sobre sí misma

para verlo de frente.

—Agradezco entonces aquello que hizo que cambiaras de opinión finalmente

—confesó mientras caminaba con ella hacia un lugar apartado de los jardines donde las grandes arboledas impedían que atravesara la luz y la oscuridad de la noche les daba la privacidad que deseaban.

—Quizá fue mi curiosidad la que me incitó a venir —dijo mientras le seguía hacia donde fuera que la llevaba.

—¿Así que eres una dama curiosa?, Haré que no te arrepientas de haber venido, Emily —confesó mientras con su boca acortaba la distancia para apresar la suya en un beso voraz, intenso y cargado del deseo contenido durante toda la velada.

Emily había soñado con repetir aquella sensación de nuevo, dudaba que cualquier otro hombre fuese igual, ese hormigueo en el estómago que crecía y ascendía hasta morir en su garganta, donde se producía tanto placer para después dar paso a una sensación extraña allí abajo, en su parte más íntima, donde inexplicablemente deseaba que la tocara para volver a rememorar la explosión que vivió tan

intensamente en aquella biblioteca a solas con el duque.

Henry se apartó levemente de ella para aflojar los botones de su vestido, su quejido al abandonar sus labios hizo que su deseo por ella aumentara. Ella era inexperta lo notó la primera vez que la besó en aquella terraza, pero sin duda era una excelente alumna que se dejaba hacer y aprendía maravillosamente rápido.

—Chss —susurró suavemente al oído—. La noche es nuestra, Emily, te daré todo lo que estés dispuesta a ofrecer —siguió susurrando mientras provocaba que la piel de ella se erizara con su aliento. Emily ladeó su cabeza para

apresar de nuevo sus labios mientras éste sonreía para sus adentros. Su dulce y amada Emily le deseaba, aquella criatura preciosa, ardía en deseos solo por él.

Henry consiguió aflojar su vestido lo suficiente para que sus pechos pudieran ser accesibles.

—Son perfectos —dijo mientras los observaba antes de bajar su boca para apresar uno de sus pezones.

Emily no pudo evitar gemir ante tal hecho, el placer que él provocaba con su boca era indescriptible y la sensación volvió de nuevo, instalándose allí, en su parte más íntima.

—Dime que me deseas, Emily —susurró antes de devorar de nuevo su boca, iba a enloquecer si no la hacía suya allí mismo, si Emily no accedía a entregarse a él, estaba seguro de que iba a morir por una erección descomunal que comenzaba a dolerle a niveles extremos. Le subió la falda hasta la altura de sus caderas y la alzó contra él para que ella notara su más que evidente erección, mientras un gemido gutural escapaba de sus labios muriendo en su boca.

—Te deseo. —Susurró Emily. Sus palabras salieron entrecortadas de su garganta debido al ardor que él le estaba provocando, tanto placer tendría que ser pecado, desde luego ella estaba siendo una completa pecadora en aquellos instantes

—No sabes cuánto he soñado con tenerte solo para mí, Emily. Así, de esta forma —dijo mientras pasaba sus manos por su cintura apretándola contra él y rozando con sus labios su oreja, después su cuello y finalmente rozando de nuevo sus pezones rosados.

Emily recorrió con sus manos el abdomen del duque sobre el tejido de

su

chaqué, pudo apreciar sus músculos bajo la tela; firmes y duros, sin saber por qué aquello le provocó un tremendo placer. Él se encontraba en perfecta forma física, no era que no lo hubiera apreciado previamente pero ahora se podía dar el gusto de comprobarlo. Deseó tocar con sus manos bajo el tejido directamente su piel, ¿Tendría vello?, Ella sabía por su padre que algunos hombres lo tenían.

Henry pareció notar sus intenciones y se sacó la camisa del pantalón con una mano mientras que con la otra acariciaba el cuello de ella suavemente sin dejar de deleitarse mirándola, pensando que si dejaba de hacerlo ella desaparecería como un sueño. Sintió las manos de Emily en contacto con su piel, estaban algo frías pero aquella sensación no le incomodaba, al contrario, saber que ella quería descubrir su cuerpo le hacía querer desearla aún más.

A Emily no le pasó desapercibido el pequeño rastro de vello que tenía en la zona superior de su pecho. No le incomodó, incluso le agradó aquella sensación de poder acariciarlo a su antojo.

—Déjame hacerte mía —suplicó Henry acercándose de nuevo a su oreja y dando un pequeño mordisco en ella—. Sé mía, Emily —su última petición era más un ruego que otra cosa y ella notó incluso cierta agonía en su petición.

Emily lo miró directamente y vio la desesperación en los ojos del duque, ella más que nadie le deseaba, quería saber lo que se sentía, lo que hacían un hombre y una mujer cuando se deseaban tanto. Iban a casarse después de aquello, ¿No?, Daría igual entonces que lo hicieran ahora a tener que esperar hasta la fecha de su casamiento, de hecho, concluyó para sí misma, que sería incapaz de aguantar hasta el momento sin conocer el placer carnal que él le brindaba.

—Hazme tuya, Henry —susurró provocando que los ojos del duque se

abrieran de par en par y sonriera por primera vez de verdad. Aquello hizo que a Emily se le encogiera el corazón y supo que le amaba, que estaba condenada y terriblemente enamorada de él.

Henry creyó morir al escuchar sus palabras, devoró su boca con ansia y gimió cuando ella le respondió de igual modo; ambos ardían de deseo el uno por el otro y eso era todo lo que él necesitaba. La alzó entre sus brazos y la apoyó cuidadosamente contra el grueso tronco del árbol más cercano de donde se encontraban, dejándola caer entre su cuerpo y aquella enorme planta que sería testigo de sus delirios.

Los dedos de Henry se abrieron paso entre las enaguas de ella buscando su punto más íntimo, el centro de su feminidad, provocando anhelos por parte de ella y pequeños gemidos ante la sensación de querer más de aquello. Cuando lo encontró, notó que ella estaba húmeda y caliente, «Perfecta para recibirle como una auténtica amante», pensó para sus adentros. Colocó su pulgar en el punto justo y comenzó a moverlo en círculos, descubriendo el placer que a ella le proporcionaba el movimiento. Emily se apretaba contra él para conseguir una mayor fricción con el único objetivo de aumentar su propio placer, era como ver el pequeño capullo en flor que florece, verla realizar aquel movimiento le estaba torturando, introdujo un dedo dentro de ella, estaba tan húmeda y apretada que su erección iba a romper su propio pantalón de lo abultada que estaba. Sujetándola con su cuerpo mientras seguía su inspección fue desabrochando con la otra mano como pudo sus pantalones, su miembro viril no tardó en saltar, teniendo en cuenta la desesperación que, Emily no era consciente de ello puesto que seguía con su movimiento de fricción contra la mano de él, cuando éste apartó su mano gimió casi con dolor como un gatito desesperado al verse apartada de placer que se le proporcionaba, él se colocó entre ella, rozándola ahora con su verga y un nuevo placer pareció abordarla, porque lejos de alejarse se acercó aún

más.

—Cariño, puede que te duela al principio, pero te prometo que después solo sentirás placer —dijo con voz cariñosa mientras comenzaba a adentrarse poco a poco en ella. Se sentía tan estrecha pero tan cálida y húmeda al mismo tiempo que creía morir de puro placer.

—Está bien —contestó mientras empezaba a sentir una invasión allí abajo, era algo mucho más grande que los dedos del duque, algo incómodo pero soportable. Las manos de Henry estaban apoyadas en sus nalgas, haciendo que sus piernas estuvieran completamente abiertas alrededor de él mientras se adentraba más y más en ella lentamente.

—Perdóname —dijo antes de abrazarla y de que Emily gritara.

Creía que se había partido por completo en dos. Fue un dolor agudo, como si le hubieran clavado una aguja fina y larga que le atravesaba recorriéndola por dentro hasta el fondo de su ser, pero pese a la intensidad, fue solamente momentáneo. Cuando abrió los ojos notó que él la seguía abrazando, quieto y rígido como una estatua y pudo

sentirlo dentro de ella, su cuerpo se adaptaba a él acogiéndole en su cavidad interna.

—Estoy bien, Henry, solo ha sido un leve pinchazo. —Le mintió para que no se sintiera mortificado y en respuesta, él la beso dulcemente, tan dulce que creyó que ni el mejor pastel podría competir con aquel beso, notó cómo se movía dentro de ella, una sensación extraña comenzó a recorrerla sin poder evitar intentar moverse junto a él.

Henry sabía que no iba a poder aguantar mucho, llevaba conteniéndose desde antes de entrar en ella y notarla tan húmeda y estrecha solo hacía incrementar su necesidad de liberación. Sintió como ella se estremecía, estaba gozando de su contacto, era la primera vez que estaba con una virgen y todas las mujeres

con las que había estado le habían comentado que nunca se disfrutaba de la primera vez, Emily tenía que ser distinta incluso en eso, verla gozar entre sus brazos no hizo más que incrementar su ritmo, quería que alcanzara la liberación estando dentro de ella, al igual que lo hizo con su mano, él quería ser el primero en todo para ella.

Emily creía que de un momento a otro iba a abrirse el cielo para ella, seguro que iba a morir, aquella sensación comenzaba a invadirla arrastrándola hacia un abismo que no sabía determinar exactamente qué era, pero desde luego quería llegar. Deseaba alcanzar el clímax de aquello que la estaba invadiendo, sus movimientos comenzaron a ser cada vez más frenéticos, lo cual, hacía incrementar aquella sensación inexplicable. Henry la impulsó un poco más hacia arriba y creyó morir al notar como entraba en ella completamente, hubiera gritado si no fuera porque él calló sus labios en ese justo momento y sus gritos murieron en su boca.

Henry supo el momento en el que ella alcanzó el paraíso y se unió a ella en una última embestida, fuerte y profunda, derramándose por completo dentro de ella. Había perdido todo el control cosa que jamás le había ocurrido con sus amantes, pero todo con ella era distinto, sabía que jamás existiría una mujer como Emily y ahora al fin, sería suya. La besó delicadamente mientras poco a poco salía de ella, no quería alejarse, quería tenerla toda la noche, dormir con ella, abrazarla y ver el amanecer juntos, desde luego no deseaba separarse nunca más de su Emily. Pero era demasiado tarde, ya habían corrido demasiados riesgos y si los veían sería perjudicial para ella, quizá no tanto para él, pero sí para ella. Aunque tarde o temprano sentía que toda la sociedad la rechazaría, al menos en un principio, pero con el tiempo acabaría siendo aceptada como lo que sería; su amante.

—Soy el hombre más afortunado por tenerte, Emily. Me has concedido el

regalo más grande que podría tener —dijo en un tono suave sin dejar de mirarla.

Emily estaba en una nube de la que estaba segura no querer bajar, ¿Sería así siempre?, ¿Podría experimentar aquella sensación cada noche junto a él?,

«Oh, espero que así sea» pensó para sus adentros mientras se ajustaba el vestido que estaba completamente arrugado debido al destrozo que había sufrido en manos del duque.

—Vamos, vayamos antes de que alguien se dé cuenta de que nuestras habitaciones están vacías —volvió a hablar el duque mientras la cogía de la mano y le daba un casto beso en el interior de la muñeca.

Emily se marchó primero, para evitar que los vieran juntos, determinado tiempo después lo haría él. Cuando entró en su habitación se recostó en la puerta de su recámara y suspiró. «Lo he hecho» pensó, «Me he entregado a él y ha sido la experiencia más grandiosa y placentera de mi vida» volvió a pensar. No se sentía arrepentida, aunque debería estarlo si tuviera sentido común, pero ni una pizca de pudor o arrepentimiento había en lo más profundo de su ser. Aquello había sido la demostración de su amor por él, le quería y no veía el momento en el que pudieran estar de nuevo a solas para repetirlo.

Emily apenas durmió aquella noche, pero era tan feliz, que el brillo de sus ojos camuflaba sus leves ojeras. Se miró al espejo mientras la doncella le hacía recogido, había optado por ponerse un vestido de color lila, podía ser algo soso pero el lila hacía resaltar el tono de sus ojos, por lo que a ella le quedaba especialmente bien.

—Buenos días Emily —dijo una sonriente Julia mientras entraba en su habitación como venía haciendo cada vez que era la hora de bajar al comedor para tomar el desayuno—. ¿Qué tal has dormido después de tu baile con el

duque? —comentó sonriente.

—Reconozco que he dormido muy bien —confesó. El encuentro con el duque sería un absoluto secreto y lo que habían protagonizado ellos dos, lo sería aún más. Nadie tendría porqué enterarse de que no había llegado virgen al matrimonio salvo su propio esposo.

—¡Oh, Emily!, ¿Cuándo crees que le pedirá tu mano en matrimonio al señor Richmond? Yo estaría nerviosa en tu lugar de solo pensarlo, saber que el hombre que te gusta, del que estás completamente enamorada también te corresponde, debe ser maravilloso —dijo una Julia soñadora.

Emily pensó que Julia era una enamoradiza o es la sensación que le daba, probablemente acabaría encontrando el amor en quien menos esperaba porque anhelaba al príncipe azul, aunque para ella, Henry era su príncipe azul en todos los sentidos.

—Reconozco que estoy nerviosa. No he hablado con el duque sobre eso, pero imagino que tarde o temprano lo hará, ¿No? —dijo más para convencerse a sí misma que a la propia Julia. Realmente se había entregado a él y no tenía una petición formal de matrimonio, solo sugerencias que la llevaban a pensar que así era, pero ¿Qué iba a ser de otro modo? Habían hecho el amor, eso era casi una declaración firme de petición. Pensó que ese día sería perfecto para sacar a relucir el tema y que, al fin, se lo pidiera formalmente.

No coincidió en el desayuno con el duque, aquello inquietó a Emily porque deseaba verlo, en cambio había una grata sorpresa en su lugar, William había asistido al evento. Al parecer sus ganas de hablar con ella eran superiores a su cansancio por tan largo viaje a través del mar con aquellos caminos angostos por tierras mojadas hasta llegar a la ciudad. Apenas había llegado dos días atrás, pero tenía muchas cosas que contarle como para esperar a la próxima semana. Notó que William se contenía, Julia estaba presente y no podían

hablar de ciertos temas que a ambos le interesaban, así que le pidió coquetamente dar un breve paseo por el jardín y no se negó. Se sintió culpable por breves instantes, no porque pudiera tener algo con William, cosa que jamás ocurriría sino por lo que pudieran pensar o hablar las personas que los vieran, sobre todo esperó que cierto caballero estuviera lo suficientemente ocupado como para no verlos durante su paseo por el jardín.

—Emily, París es toda una inspiración, no vas a creer la colección que he preparado inspirada en ti; es atrevida, lujosa, extravagante e increíblemente moderna. No puedes ni imaginarte la sensación que vas a causar, aunque cierto pajarito ya me ha dicho que lo estás haciendo demasiado bien —

comentó riendo por sus últimas palabras.

Dicho pajarito era seguramente su prima Susan, la cual alababa cada uno de los vestidos que llevaba, al igual que Julia, ella pensaba que lo hacían por ser sus amigas, pero ante tanta habladuría hacia su persona pensó que en parte, William tenía razón, creyó ver alguna joven dama luciendo un vestido parecido al que usó de color aguamarina y que llevó en una ocasión con los botones en la parte delantera del vestido. Habían intentado copiar su idea, pero ninguna de aquellas damas entendía lo suficiente de costura como para describir el modelo a sus modistas y que éstas lo plasmaran, por eso aquellos vestidos eran simplemente intentos vanos de plagiar el suyo.

—¿Susan, cierto? —replicó.

—Bueno, no solo Susan, debo decir que hasta mi madre me ha hablado de ti, dice que eres una joven espléndida, claro que... qué iba a decir, cuando mi prima fue con el cuento de que yo estaba perdidamente enamorado de ti y ella está deseando que contraiga matrimonio y que le dé nietos —soltó entre risas.

—¿Piensas casarte algún día, William? —preguntó Emily dándole seriedad por una vez a su condición.

—Francamente no, al menos si puedo evitarlo. Preferiría retirarme a Francia y desaparecer de la ciudad antes de tener que casarme a la fuerza con una mujer que no desearé y que mi esposa fuera consciente de mi condición. La haría sufrir a ella y a mí mismo —hizo una pausa —. No deseo hacerle tal cosa a ninguna joven dama como sé de más de uno que sí lo hace —añadió antes de que Emily contestara.

—Eres una buena persona William —contestó posando una mano en su brazo en modo compasivo. Si ella estuviera en su situación no sabría qué haría, tenía que ser difícil convivir con algo así, reprimiendo tus sentimientos, actuando todo el tiempo y viviendo una falsedad continua.

—Si te escuchara más de uno se reiría de ti —contestó en broma—. No me considero buena persona Emily, más bien soy egoísta, si fuera buena persona, complacería a mi madre y me casaría, pero no lo deseo, no podría ni tocar a la joven dama que tuviera la desdicha de contraer matrimonio conmigo, lo que menos haría sería darle los nietos que tanto desea, pero mejor cambiemos de tema, no es algo de lo que me interese hablar extendidamente y me produce dolor de cabeza. —Con esa frase concluyó su diálogo.

Hablaron sobre la nueva costurera, de la cual Emily estaba bastante

satisfecha y le comentó sus adelantos, los diseños que había realizado describiendo detalladamente los tejidos y bordados usados para que William pudiera visualizar el modelo, aunque no contento con eso dijo que necesitaba verlos de primera mano. Hablaron de la señora Smith, sobre lo agradable y simpática que era aquella mujer y que Emily la visitaba al menos tres días por semana, sabía que William iba a preguntar por el caballero de su beso, pero no quiso sacar el tema, así que finalmente acabó preguntando el propio William.

—¿Y bien?, ¿No me lo vas a contar? —dijo sonriente.

Emily sabía exactamente a lo que se refería, habían creado tanta complicidad en tan poco tiempo que casi daba miedo saber lo que pensaba el otro.

—¿El qué? —respondió haciéndose la ingenua.

—¡Oh vamos!, Lo sabes perfectamente, ¿Has vuelto a encontrarte a solas con él? —preguntó curioso.

—Es posible…—contestó haciéndose la interesante.

—Eso solo puede significar que sí, viniendo de ti —argumentó—. Vamos, cuenta —la apremió—. Quiero todos y cada uno de los detalles —increpó.

Emily tenía claro que no pensaba contarle nada de los detalles íntimos que había vivido con el duque, pero le podía decir vagamente lo ocurrido.

—Me volvió a besar en Almackś hace unos días —comenzó a confesar, pensó seriamente si decirle que la sacó a bailar, ¿Sospecharía del duque?, En realidad había bailado con más jóvenes aparte de él, no tendría por qué concretar que el hombre misterioso era el duque de Sylverston—. Bailé con él anoche y después me volvió a besar en los jardines —relató sin entrar en detalles.

—¿Solo un beso?, ¿Un simple y casto beso? Vamos Emily, dudo que seas una monja y que después de dos besos tu caballero solo pretenda eso de ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella roja de la vergüenza.

—Aunque no me gustan las mujeres, soy hombre, sé cómo pensamos y si te citó en el jardín no fue simplemente para robarte un beso, eso lo podría haber realizado en un pasillo oscuro a escondidas. Lo único que

debería de advertirte es que tengas cuidado, sobre todo con tu corazón, el resto se puede arreglar de una u otra forma —comentó guiñándole un ojo.

Emily no dijo que su corazón ya no le pertenecía, que lo había entregado por

completo a dicho noble en cuestión, pero siguieron hablando de otros temas y el entusiasmo con el que le hablaba William la contagió, provocando que no cesara de sonreír ante la expresividad de su amigo.

14

Henry divisó a lo lejos a la pareja, sin duda tenía que venir *lord* Barnes a estropear su magnífico y espléndido día. Había tenido la esperanza de compartir el desayuno junto a Emily, pero lo había alargado más de lo normal y ella aún no había bajado, pensó divertido la razón del porqué de su retraso, sin duda se habían acostado tarde y dudaba que la joven hubiera pegado ojo, al menos él por su parte, no pudo hacerlo rememorando cada instante de la pasada noche que había estado junto a ella.

La había hecho suya y había sido la experiencia más maravillosa de su vida, por nada del mundo dejaría que se la arrebataran ahora que había conocido lo

que era verdaderamente el placer y sabía perfectamente que quería a Emily en su vida a toda costa. Los celos al verla con Barnes no tardaron en hacer acto de presencia, pero se contuvo, se dijo a sí mismo que si ella se había entregado a él, era sin duda porque lo había elegido, simplemente debía ser educada con *lord* Barnes. Además, debería estar agradecido ya que gracias a él no sospecharían de la relación que había entre ellos, pero la realidad era que se moría de ganas por darle un puñetazo al petimetre del barón en su cara perfecta.

William no se separó de Emily el resto de la mañana, Julia se acercó a ellos más tarde y la conversación cogió un matiz más aburrido que cuando estaban solos y podían hablar abiertamente. El almuerzo fue tranquilo, prácticamente el único tema de conversación fue el gran baile que se ofrecería esa noche, también llamado *baile de las rosas,*

porque cada caballero debía regalarle una rosa a una única dama. La joven que alcanzara el mayor número de rosas sería ofrecida en una puja para abrir el baile con el mejor postor que la hubiera comprado. Los beneficios irían a parar al orfanato del condado como se venía haciendo cada año. Emily desconocía aquel dato, pero le pareció una buena causa benéfica.

—¿Por qué solo una joven? —preguntó—. Es decir, ¿Por qué no lo hacen con todas a la vez? —sentía curiosidad ya que creyó que podrían obtener más beneficios de esta forma.

—Porque únicamente se subasta a la joven más demandada, eso quiere decir que quienes le han entregado la rosa aportarán más dinero por ella que por ninguna otra y la cifra será muy elevada. Además, el ganador se llevará la satisfacción de disfrutar de un baile a solas con dicha dama mientras todo el salón les observa. Si hubiera más de una dama a la que subastar no sería lo mismo, la gratificación no sería igual.

«¿Bailar a solas con un caballero mientras todo el salón les observaba?»

Esperaba no ganar ese honor, entendía que los niños merecían el sacrificio que aquello requería, pero deseó no ser ella la afortunada.

—¿Qué te vas a poner esta noche, Emily? Hay que estar verdaderamente elegantes. —Julia parecía nerviosa, Emily pensó que incluso más de lo normal pero no dijo nada—. ¡Oh, sería tan afortunada si ganara esta noche!

Debe ser maravilloso ser pujada por tantos caballeros a la vez, pero sin duda vas a ganar tú, eso es evidente. Ni Amelia podría ser competencia alguna —

dijo mientras observaba uno de los vestidos que había traído consigo Emily, era en tonos bronces jugando con diversas tonalidades, el tejido era algo más simple que otros que había llevado pero el corte sin duda era espléndido, aunque tenía más escote del estrictamente establecido en la parte delantera seguía siendo recatado.

—¿Quieres ponértelo esta noche? —dijo Emily a su amiga que parecía estar soñando mientras observaba el tejido.

—No podría, es tuyo —contestó apenada.

—¡Oh, vamos!, Somos de la misma estatura, quizá yo tenga algo más

de pecho que tú, pero puedo ajustarlo en un momento y te quedará perfecto.

—¿De verdad? —dijo demasiado ilusionada, como cuando le regalan a una niña un cofre de dulces por navidad.

—Claro que sí, vamos, pruébatelo y te lo ajustaré —dijo mientras la ayudaba a desvestirse.

—Pero no quiero dejarte sin nada que ponerte, tienes otro vestido con el que acudir, ¿verdad? —comentó Julia mientras se desprendía de su atuendo quedándose en ropa interior para probarse el vestido.

—Por supuesto que sí, traje uno rojo. Llamará un poco la atención, por eso

había pensado ponerme este en su lugar, pero el rojo servirá —añadió mientras comenzaba a abrochar el vestido en la figura de Julia, tal como previó únicamente le sobraba de pecho, la cintura parecía que iba a estallarle, pero Julia insistió en que podría aguantar así esa noche, tan solo serían unas horas después de todo y aunque no tuviera la cintura tan estrecha como Emily, con ayuda del corsé podría ganar unas pulgadas.

No salió en casi toda la tarde de su habitación, le hubiera gustado ver al duque puesto que salvo un par de miradas de complicidad que habían compartido en el almuerzo no había podido cruzar palabra alguna con él, apenas le miró, ya que si lo hacía enrojecía hasta la mismísima punta de los pies por recordar lo sucedido.

Unos toques a la puerta la hicieron levantarse para abrir, un niño de aproximadamente nueve o diez años a juzgar por la edad de sus sobrinos al compararlos, la saludó con una sonrisa.

—¿Es usted *lady* Emily? —preguntó perspicazmente.

—Así es, ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó curiosa y sonriente.

—Esta carta es para usted —dijo entonces sacando una carta que permanecía escondida bajo sus ropas. Se trataba de un sobre blanco, sin ningún tipo de escritura, ni reseña exterior que indicara su remitente, en cambio estaba sellada para no ser abierta hasta que no fuera entregada a su destinatario.

—¿Quién la envía? —preguntó.

Emily estaba contrariada, ella no conocía a nadie allí para que le escribiera con tanto misterio, ¿O tal vez sí?, una cierta inquietud la invadió.

—No puedo decírselo, cuando la abra, lo sabrá —dijo el pequeño antes de marcharse corriendo por la escalera del servicio.

Cerró entonces la puerta con llave y se apoyó sobre ella, suspiró antes de

abrir la carta y devorar su contenido rápidamente.

Mi querida Emily,

Te extraño,

Te anhelo,

Te deseo,

Y ruego fervientemente que vuelvas a ser mía de nuevo.

Pase lo que pase esta noche acudiré a tu habitación cuando finalice el baile, espérame despierta.

Siempre tuyo.

H.S.

Apretó la carta contra su pecho. Henry acudiría a su habitación, lo tendría de nuevo a solas para ella y estaba anhelante de volver a entregarse otra vez a él, aunque para ello faltaran aún algunas horas.

Salió de su habitación un momento antes de comenzar a prepararse cuidadosamente para dejar el vestido que había arreglado a Julia en su habitación. Todo el mundo debía estar preparándose para la gala porque no había ni un alma en el pasillo, «Pues sí que se tomaban en serio aquella velada» pensó. En su ala solo y únicamente se alojaban damas, esperaba que el duque no se equivocara de puerta esa noche o

se armaría un gran revuelo, pero intuyó que él sabía perfectamente cuál era su habitación, además, no

tenía pérdida, era la última a la derecha de aquel pasillo.

Tras comprobar que el vestido le quedaba como un guante a su amiga y quedar satisfecha con su trabajo, volvió de nuevo a su habitación, escuchó unas risas al fondo y pudo ver a dos jóvenes damas cargadas con un cesto de rosas, se rió para sí misma pensando que aquellas jovencitas seguramente querrían hacer trampas, pero no le dio importancia y entró cerrando la puerta sigilosamente para que no se dieran cuenta de que las había visto.

Emily deslizó el vestido por su cuerpo con suavidad, aquella tela era de un fino raso rojo vibrante, pero al mismo tiempo cálido. Llevaba un bordado en un fino hilo de una tonalidad también rojiza aún más brillante solamente en el corpiño, sin duda alguna ese debía ser el vestido más atrevido que había realizado hasta la fecha, el escote bordeaba sus hombros dejando ese trozo de piel al descubierto, con una manga ceñida en toda su longitud. Era muy sensual, confirmó cuando se vio en el espejo, no supo por qué eligió aquella tela roja que aumentaba aún más la atención de la prenda. En realidad sí que lo sabía, comenzó a coserlo la noche en que el duque la besó de nuevo en Almackś. El color rojo le atrajo como inspiración a lo que sintió aquella noche, realmente había realizado ese vestido para impresionarle, deseaba gustarle solo y exclusivamente a él, ¿Le regalaría esa noche su rosa a ella?, Esperaba que así fuera o de lo contrario le partiría el corazón ver como se la entregaba a otra joven, ella solo quería recibir una rosa aquella noche, solamente la de su amado duque.

Julia tocó a su puerta mientras la doncella le terminaba de colocar las pequeñas perlas en su recogido, al no poseer ninguna joya que le combinara con el vestido había optado por decorar el peinado en su lugar. Lejos de quedar mal, ella creía que le daba cierto toque artístico y elegante, aunque era obvio que una bonita gargantilla para aquel enmarcado escote hubiera sido el

conjunto perfecto. Se pellizcó las mejillas antes de incorporarse del asiento y mirarse por última vez, cuando divisó su vista hacia Julia, apreció que su amiga estaba especialmente bonita esa noche, sin duda aquellos tonos bronces le sentaban mejor a Julia que a ella misma, debía regalarle ese vestido porque le quedaba maravillosamente bien.

—Esta noche estás espectacular. —se adelantó a decir Julia.

—Creo, mi querida amiga, que esta noche la que va a llamar la atención vas a ser tú, por primera vez yo pasaré a estar en segundo plano. Definitivamente ese vestido te queda mucho mejor a ti, que a mí.

—Créeme que no, este vestido es muy bonito, reconozco que me encanta y me queda muy bien, pero tu vestido es… es…, ni siquiera tengo una palabra para definirlo. Mi madre podría haber dicho que está hecho para el pecado —

dijo entre risas—. Aunque entra dentro de los límites para poder llevarlo, es todo un atrevimiento por tu parte lucirlo no estando aún casada, puesto que el color es atrevido. Intuyo que al duque le dará un infarto cuando aparezcas en el salón así vestida, si no te propone matrimonio esta noche es que está completamente ciego.

—No me digas eso porque solo conseguirás que esté aún más nerviosa de lo que estoy —reconoció mientras intentaba quitarse el sudor imperceptible de sus manos en los volantes de gasa que contrastaban con el tejido del corpiño.

—Tranquila Emily, solo tienes que ser tú misma y todo saldrá bien —aclaró antes de acercarse a ella y agarrarla por una de sus manos para arrastrarla hacia el salón donde seguramente llegaban tarde para no variar.

Cuando entraron en el salón, éste había sido acondicionado con grandes mesas de canapés y bebidas al fondo, sustituyendo de esta forma la cena formal como había precedido en otras ocasiones, las jóvenes damas

permanecían haciendo un semicírculo, cada una de ellas portaba una cesta de mimbre vacía entre sus manos, cuando se acercaron, un miembro del servicio les dijo dónde colocarse y les ofreció las mismas cestas a ellas, por ser las últimas en llegar, fueron las últimas en completar el círculo.

—Queridos caballeros —comenzó a decir una voz femenina que visualizó al fondo como la señora Prestton, dueña de la casa y quien organizaba dicho evento—. Nuestras treinta jóvenes damas ya están disponibles para la ofrenda floral, por favor, pasen de uno en uno y depositen su rosa en la cesta de la joven por la que desean pujar más tarde.

Emily observó como los caballeros entraban en el círculo y se paseaban por las jóvenes observándolas detenidamente. Amelia era

una de las primeras de la fila, vio como un caballero le depositaba una rosa en su cesta y la voz de Julia no tardó en llegar—. Es su primo Josh, seguramente lo ha sobornado para que le dé su rosa —confesó.

—¿Por qué es tan importante ganar? No considero que sea para tanto, está bien por la causa para la que va destinado el dinero recaudado, pero parece existir una especie de competición entre las damas —comentó al observar cómo las jóvenes se miraban entre ellas con algo de envidia.

—Es como un reconocimiento social sobre la joven más solicitada de la alta sociedad, digamos que tener dicho prestigio, te abre las puertas de todos los eventos y también las ofertas de matrimonio por supuesto, por eso desean ganar todas —aclaró Julia.

Emily iba a contestar cuando se percató de que le habían dejado una rosa en su cesta, no reparó en quien había sido el caballero en cuestión, pero no lo reconoció, así que no debían haber sido debidamente presentados. Pensó en las palabras de Julia y ahora entendía mejor aquella situación, aunque si era sincera, seguía prefiriendo no ganar el concurso o lo que fuera que estaban

haciendo, pero dado que los siguientes quince caballeros que entraron en el círculo dejaron su rosa en su cesta, comenzó a pensar que probablemente tenía bastantes posibilidades de ganar.

Henry entró en aquel dichoso círculo con la maldita rosa, había odiado siempre aquella puja, estaba obligado a dejar su rosa a una joven y otros años que había asistido dicha joven pensaba que él tendría intenciones ocultas al respecto. En esta ocasión buscaría a Emily entre aquellas jovencitas y le dejaría la rosa, solo esperaba no llamar la atención de nuevo. La buscó con la mirada, pero no consiguió abarcarla, fijó entonces su mirada de nuevo en todas las jóvenes, sin duda ella tendría que destacar entre las demás y así era, apreció un bulto rojo que llamó su atención, su cesta estaba casi llena en comparación con la del resto y cuando subió su mirada sintió como su entrepierna se tensaba de nuevo. Le tiraba e incluso le costaba caminar mientras se acercaba, ¿En qué maldito momento había pensado Emily que ese vestido era adecuado?, ¿Es que quería que le diera un infarto?, Su dulce piel desde el cuello hasta los hombros estaba libre, completamente accesible a sus ojos y a los de todos los presentes, tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no cargarla sobre su hombro y llevarla escaleras arriba hasta su habitación, «Esta noche», se dijo mentalmente. Esa noche volvería a ser suya de nuevo y se recrearía especialmente en ese escote y esos hombros que incitaban

al más pecador de los mortales.

El duque depositó la rosa en su cesta y la miró intensamente, Emily juraría que lo que vio fue deseo, era una mirada cargada del más puro y ardiente deseo contenido. Ella le devolvió la mirada cargada de promesas, más tarde tendrían una cita donde podrían dar rienda suelta a todo lo que sentían en aquel momento.

Momentos después, William se acercó a Emily para depositar su rosa en

aquella cesta de mimbre llena.

—Exquisita —dijo antes de olerla y depositarla sobre las demás, creando una confusión entre las jóvenes que no sabrían si se referiría a la rosa o a la joven en cuestión.

Emily no pudo evitar sonreír, al menos aquel gesto apaciguó su ardor, podría casi afirmar que estaba exhausta de lo que le había hecho sentir Henry con solo mirarla. Cuando finalizó el recorrido del último caballero, ni siquiera hubo que hacer recuento, salvo las dos rosas de Amelia y cinco de Julia, el resto de las rosas habían sido entregadas a ella, era la elegida para realizar la puja, ahora solo había que ver quién sería el caballero que realizase la mejor oferta por ella.

Las miradas repulsivas y de evidente disgusto, no se hicieron esperar, ¿Qué culpa tenía ella?, pensó. Era la primera en no desear aquello precisamente por ese motivo, además, que la idea de bailar con un caballero desconocido no le entusiasmaba.

La señora Prestton la buscó entre las jóvenes damas, al parecer la puja se realizaría de manera informal, mientras los caballeros tomaban aperitivos en la zona preparada para ello. Emily tuvo que subirse a una especie de plataforma para elevarse sobre los presentes, como si de un objeto de valor se tratara.

—¡Queridos caballeros! —comenzó a exclamar para que le prestaran atención—. Ustedes la han elegido y aquí la tienen —prosiguió la mujer con una voz potente que abarcaba casi todo el gran salón de baile—. Preparen sus cheques porque la puja por esta bella joven dará comienzo en breves instantes, como viene siendo habitual, la apertura será de doscientas libras,

¿Quién las da? —inicio la mujer con dicha suma que a Emily ya le parecía una barbaridad, ¡Solo era un baile!, pensó en los niños del orfanato y se dijo a

sí misma que la persona que diera tanto dinero por ella simplemente estaría haciendo una obra de caridad, se merecía ser amable con ese caballero tan generoso, eso la hizo sonreír a los presentes y las pujas inexplicablemente comenzaron a alcanzar cifras desorbitadamente altas.

—¡Mil doscientas libras! —gritó una voz.

—¡Mil trescientas! —gritó otra.

—¡Dos mil! —gritó una voz profunda, inconfundible y que ella sabía perfectamente de quién provenía, era del duque, *su* duque.

Parecía que nadie más iba a pujar sobre él, la señora Prestton estuvo a punto de dar un golpe para finalizar la puja, pero una voz masculina interrumpió el proceso.

—¡Dos mil trescientas libras! —fue inesperado. No había pujado durante todo el proceso de ascensión y sin embargo en el último momento lo hizo, nadie más se pronunció. Emily miró a la persona que había pronunciado sus palabras confundida, pero éste solo le miraba con una sonrisa pícara.

—¡Adjudicada a *lord* Barnes por dos mil trescientas libras! —finalizó la señora Prestton antes de dar un golpe con su maza en una mesa de madera improvisada.

William se acercó a la plataforma donde se encontraba Emily, la rodeó de la cintura y la ayudó a bajar.

—¿Estás loco?, ¡Es una fortuna!, Aunque los niños del orfanato te lo agradecerán, pero… ¡Es demasiado! —confirmó cuando terminó de bajar los escalones del improvisado escenario.

—Emily, te prometo que no seré pobre después de esto. —Sonrió mientras le ofreció su brazo para acompañarla hacia la mesa donde debía realizar el pago.

Henry estaba que se subía por las paredes, ¡Iba a ser suya!, Reconoció que pujar por ella era exponerse demasiado, pero es que no había podido evitarlo al ver como todos aquellos caballeros se volvían locos por ella. Se dijo a sí mismo que sería incapaz de ver como otro la tocaba delante de todos los presentes regodeándose de ello, pensó que con esa cantidad todo el mundo se retiraría, pero para variar, el mentecato de Barnes había tenido que superarle y si hacía una oferta superior a la suya, los comentarios sobre su relación con Emily

correrían como la pólvora.

Comenzaba a odiar al tipo pese a que no tenía nada contra él, quizá su enojo era por cómo Emily le sonreía, deseaba partirle la cara de una vez para ver si al menos ella cambiaba la sonrisa por lástima al verlo desfigurado. Se alejó de allí, si seguía observándoles se iba a volver loco, era mejor alejarse de allí, si los veía bailar juntos, estaba seguro de que no respondería de sus actos, por primera vez en su vida los celos le carcomían tanto, que tenía hasta miedo de sí mismo.

Emily buscó con la mirada al duque, pero no lo encontró, ¿Estaría molesto?, Desde luego no tenía por qué estarlo, William había superado su puja, pero él podría haber vuelto a pujar, ¿no?, Según Julia dinero era precisamente lo que le sobraba a Sylverston, ¿Por qué no lo hizo entonces?, ¿Pensaría que era demasiado y ella no valía tanto?, Su corazón se encogió ante la cantidad de preguntas que la acechaban y él no estaba allí para responderlas. Esperaba que acudiera a su habitación esa noche, necesitaba saber que todo seguía igual entre ellos, que él seguía interesado en ella y necesitaba sobre todo hablar de su futuro juntos.

William había hecho una magnífica actuación como un auténtico idiota enamorado, según él, no podía quitarle los ojos de encima apreciando su maravilloso diseño, que gracias a la modelo que lo lucía, superaba con creces

lo que él había imaginado en su mente. La alabó una y otra vez sobre lo deliciosamente exquisita que resultaba envuelta en aquel tejido de seda, confirmando sus sospechas cuando las adquirió, que en ella lucirían espléndidas.

La noche terminó, ella no volvió a ver a Henry por ningún lado, ¿Dónde estaría?, Subió las escaleras que llevaban al ala este donde estaban sus habitaciones y se detuvo un momento con Julia en la puerta de su habitación mientras esta le hablaba sobre la velada, estaba cansada, pero seguía teniendo un pequeño pellizco en su estómago con respecto al duque puesto que no volvió a verle en el resto de la noche, ¿Se abría marchado? Julia debió notar que no le prestaba demasiada atención porque se despidió dándole las buenas noches y se adentró en su habitación. Ella hizo lo mismo, al entrar miró el cerrojo y decidió no echarlo, se suponía que él vendría, aunque no estaba del todo segura.

Se deslizó de su vestido, se vistió con su camisón de seda, un lujo que se había dado con un trozo de tela que le sobró del vestido blanco y

flores verdes, era algo ajustado pero precioso, además, se suponía que nadie la tendría que ver, por eso la prenda era bastante fina, transparente y ligera. Se cepilló el pelo dos veces, siendo consciente de que esperaba que se abriera la puerta en algún momento. Su decepción comenzó a ser notable cuando vio que él no aparecería, optó por meterse en la cama y apagar la única vela que iluminaba levemente la estancia. Nada más hacerlo la puerta de su habitación se abrió, dejando ver al duque Sylverston iluminado por la luz de la luna que se filtraba por su ventana, había acudido, él finalmente estaba allí tal como le había prometido en su carta.

Henry cerró la puerta y echó el cerrojo, no deseaba que nadie les interrumpiera, pensó que por la tardanza Emily podría estar dormida, pero allí

estaba despierta observándole. Permanecía envuelta en sedas con su cabello suelto abrazando su rostro, sus hombros, su cintura… verla así solo hacía que aumentara su deseo hacia ella. Desde que la había visto hacía unas horas con aquel vestido rojo no se había podido quitar la imagen de su cabeza y su entrepierna opinaba del mismo modo.

— Has venido —le susurró ella observándole anhelante.

15

Henry la miró contrariado ante aquella pregunta puesto que no lo entendió.

—¿Por qué no iba a hacerlo?, Recibiste mi carta, ¿no? —preguntó y ella asintió como respuesta.

—Si, pero en el salón desapareciste, pensé que estabas enfadado conmigo.

A Henry se le encogió el corazón, ¿Por qué demonios tenía que ser ella tan dulce e ingenua?, Se sentó en la cama mientras aflojaba su pañuelo para quitárselo y de paso su camisa

—No estoy enfadado contigo, Emily —comenzó a decirle mientras le acariciaba la mejilla con una mano dulcemente—. Tú no tienes la culpa de que todos los hombres te deseen, yo el primero —confesó—. Pero tenía algunos asuntos de negocios que tratar. —No pensaba decirle que la verdadera razón era que estaba muriendo de celos, prefirió que ella no lo supiera de lo contrario se mostraría débil e inseguro ante ella.

Emily sonrió. Saber que él no estaba molesto con ella calmó sus nervios contenidos durante todo ese tiempo, observó cómo se abría su camisa dejando ver su piel en todo su esplendor, una cosa era tocarlo y otra poder verlo. Henry estaba en muy buena forma física, había que reconocerlo, se puso de pie y se despojó de sus pantalones y calzones, quedando totalmente desnudo y expuesto a su vista. Los ojos de Emily se abrieron al ver su erguida entrepierna, ¿Estaría siempre así?, Era

impresionante, jamás había visto a un hombre completamente desnudo, pero aseguraría que habría pocos como Henry, con un físico fuerte y musculoso.

Se acercó a ella confiado, orgulloso de sí mismo y provocando el roce suave de sus labios mientras se hincaba de rodillas en el colchón mullido y la cogía de la cintura para apresarla en su cuerpo. Apresó finalmente sus labios vorazmente pareciendo tener vida propia, su lengua se abrió paso firme a través de su boca e invadiéndola en todos los sentidos para provocar una lucha cuerpo a cuerpo con la suya.

Emily no pudo evitar un gemido cargado de deseo, adoraba esos besos voraces que parecían consumirlos, como si de alguna forma expresaran todo el deseo carnal que se profesaban. Henry recorrió con sus manos la tela del camisón hasta alcanzar el borde de este para subirlo de forma lenta y suave a la vez que rozaba su piel con la yema de sus dedos sin dejar de besarla, Emily no perdió la oportunidad para recorrer con sus manos su espalda, su abdomen

y cuando bajaba lentamente con sus dedos por su vientre hacia una zona prohibida, él la detuvo.

—No tan rápido pequeña, o no seré capaz de aguantar —sonrió mientras le alzaba el camisón por sus brazos para desprenderse de la prenda—. Sabía que eras hermosa, pero desconocía que tanto —confesó mientras la tumbaba sobre la suave cama y la observaba detenidamente, completamente desnuda para él.

Henry recorrió cada centímetro de su piel con su lengua, provocando más de un gemido de placer por parte de ella y cuando estuvo preparada, húmeda y dispuesta para él, volvió a adentrarse en ella haciéndola suya de nuevo, provocando de nuevo su propio descontrol al sentir aquellas sensaciones que jamás había experimentado anteriormente, era el paraíso con forma de mujer, supo que no conseguiría con otra lo que tenía con ella.

Emily experimentaba de nuevo aquella sensación que la envolvía poco a poco, tenía a Henry sobre ella y dentro de ella, provocando con su movimiento que esa sensación indescriptible creciera, él ahogaba con sus besos sus gemidos, notó sus manos en sus nalgas alzándola a abrirse más para él, ella se aferró a su espalda sin poder evitar clavar sus uñas en ella para ahogar de alguna forma aquella sensación. Se ajustó al ritmo de él exigiendo más y él no tardó en responderle aumentando el ritmo, provocando finalmente que ambos llegarán exhaustos al éxtasis del clímax.

Parecía tener un sueño demasiado placentero sintiendo un cosquilleo en sus pezones y un incesante calor en su entrepierna, abrió lentamente los ojos para encontrarse con unos de color gris, acompañados de una sonrisa pícara, habían hecho el amor cuatro veces antes de quedarse completamente exhausta y dormida. Él parecía no estar conforme puesto que quería exigir más de ella.

—Buenos días pequeña, me ha costado despertarte, pero ya estás lo

suficientemente húmeda para mí —dijo antes de que Emily notara como se deslizaba suavemente dentro de ella, llenándola por completo de nuevo. Aún no estaba despierta del todo, pero la sensación de placer de llenarla de nuevo provocó en su cuerpo que se ajustara a su movimiento casi por inercia, Henry devoró de nuevo su boca cuando notó como ella acompañaba su ritmo, no tardaron en llegar al clímax de nuevo.

—Sé mi amante —susurró mirándola directamente a los ojos, aún no había salido siquiera de ella, pero necesitaba decírselo en el momento justo.

Emily no entendió la pregunta o quizás no estaba lo suficientemente despierta para saber interpretar lo que significaba.

—Te daré todo lo que quieras, te tratare como una esposa, aunque no estemos casados, pero sé mi amante, Emily —volvió a suplicar.

Ella lo miró confundida, ¿Ser su amante?, ¿Qué había de la propuesta de matrimonio?, ¿No pensaba casarse con ella?

—¿Amante? —preguntó sabiendo lo que significaba aquello, aún no podía creerlo.

—Te prometo que estaré siempre a tu lado, tendrás la casa más grande de todo Londres, las mejores joyas, los mejores tejidos, te daré el mundo entero si quieres Emily, pero sé mía —confesó sacando toda su artillería.

—Me darás todo menos el matrimonio —no fue una pregunta, fue una afirmación.

—No puedo casarme, Emily —confesó sinceramente—. Puedo darte lo que quieras, menos matrimonio —le confesó.

Emily sintió como su corazón se hacía añicos, se desfragmentaba y se hacía pedacitos pequeños, lo que él le ofrecía provocaría el rechazo de

la sociedad, todo el mundo la señalaría con el dedo, su familia la repudiaría y él prometía

compensarla con todas las riquezas, como si ella fuera un objeto que pudiera comprar.

—Yo… —comenzó a decir sin saber exactamente qué debía contestar a eso.

Estaba abrumada, ella daba por hecho que él tenía intenciones de casarse con ella, por eso se había entregado, había sido una ingenua, él se había asegurado de esa forma que ningún otro hombre la quisiera, tuvo ganas de llorar, pero se contuvo ante su presencia.

—No me digas nada ahora —dijo él sabiendo que la noticia le habría contrariado. Sabía que ella no aceptaría enseguida, cuando se tomara el tiempo para meditarlo vería que era su mejor opción ya que al perder su virginidad las posibilidades se le habían reducido considerablemente y prácticamente era su única alternativa—. Es tarde, debo cambiarme para asistir a la cacería, hablaremos luego. — Le dio un ligero beso antes de vestirse rápidamente y marcharse sigilosamente de su habitación.

Emily se puso rápidamente el camisón, se sintió vulnerable al notar la desnudez de su cuerpo, estaba indefensa, pequeña y frágil al mismo tiempo.

Se encogió en su cama y dio rienda suelta a las lágrimas que había evitado anteriormente. Toda su felicidad se había disipado como el rocío de la mañana cuando sale el sol.

La había engañado, desde el primer momento la utilizó, dándole falsas esperanzas, jugando a un doble juego mientras la hacía creer que quería casarse con ella solo para llevarla a donde se encontraba, sin tener más opción que aceptar su propuesta. Confirmar sus sospechas dolía, dolía profundamente en su alma. Desconocía qué hora sería, pero había escuchado ruido en el exterior por lo que suponía que la casa ya estaba despierta y los hombres habrían salido a la famosa cacería por la que se organizaba aquella maldita fiesta. No debería haber asistido, si no lo hubiera hecho su virtud

ahora estaría intacta, pero era una estupidez pensar aquello, el duque hubiera encontrado otra forma de estar a solas con ella y estaba segura de que igualmente ella se hubiera entregado a él como una ingenua, sus lágrimas volvieron a invadirla por sentirse tan vulnerable frente a él.

—¡Emily, he recibido una carta de mi padre! —la puerta se abrió de pronto notándose a una Julia demasiado agitada y contrariada pero que al verla lo estuvo aún más—. ¡Dios mío Emily!, ¿Qué te ha pasado? —exclamó Julia Supo por el gesto de su amiga que sus más que evidentes hinchados ojos la delataban. Había estado llorando desde que él se fue, y estaba segura de que al menos habían pasado tres horas de aquello. Hizo un gesto con la cabeza negativamente porque era incapaz de que una sola palabra saliera de su garganta.

—¡A mí me va a dar algo! —gritó—. ¡Primero recibo una carta de que mi madre ha empeorado! —gritó—. Y ahora te encuentro así, sin saber por qué razón —confesó sentándose en la cama—. Y para colmo de males Robert está en esa cacería y yo necesito volver a casa urgentemente, pero no puedo dejarte en este estado tampoco. —Su voz era contrariada.

—¡Vámonos! —dijo entre lágrimas. Necesitaba salir de allí, alejarse de aquella casa y sobre todo alejarse de él.

—¡Pero tenemos que esperar a Robert!, Necesitamos a un caballero que nos acompañe durante el camino —argumentó desesperada.

—¡William! —gritó intentando apartarse las lágrimas de su rostro—. Él me dijo que no asistiría a la cacería, puede acompañarnos —contestó mientras algo pareció poseerla de pronto porque comenzó a meter los vestidos sin preocuparse en doblarlos en su pequeño baúl mientras Julia la observaba estupefacta.

—¿Qué te ha pasado, Emily? —preguntó delicadamente su amiga.

—Él no se casará conmigo, Julia —confirmó escapando de nuevo otra lágrima—. Nunca fue su intención hacerlo —confesó mientras se ponía uno de los vestidos encima del camisón, si tan siquiera quitárselo, le daba igual, solo quería salir de allí de una maldita vez.

—Dios mío Emily… lo siento —comenzó a decir Julia con voz triste—. Él parecía muy interesado en ti, pensé que había superado lo de… — no logró mencionarla, no se sintió capaz.

—Es evidente que no —contestó secamente—. Busca a William, dile que necesitamos urgentemente que nos acompañe —añadió echando a Julia de su habitación.

La cacería no terminaría hasta la hora del almuerzo, tenían tiempo de sobra para salir de allí. Además, los invitados le dirían a Robert que Julia recibió la noticia del empeoramiento de su madre y ella sin duda

tendría que acompañarla. Sylverston no sospecharía que había huido realmente, en el fondo, había tenido suerte en su desdicha.

William la miraba todo el tiempo que permanecían sentados en el carruaje, Julia estaba inquieta por su madre, esperaba encontrarla sana y salva cuando llegaran a casa y saber en realidad el estado de su madre. Emily intentó darle ánimos, pero Julia entendió que, en su condición, la que verdaderamente necesitaba ánimos era ella.

No pudo evitar soltar alguna lágrima durante el camino, ninguno de los dos intentó consolarla y lo agradeció. Lo que menos necesitaba ahora era provocar lástima en alguno de ellos.

Decidieron dejar a Julia y su tía en su casa, aunque no fuera conveniente que Emily viajara sola con la compañía de William, decretaron que nadie se

enteraría salvo ellas, pero dadas las circunstancias era normal que tuvieran prisa por encontrarse con su familia y pese a que la tía de Julia dudó unos instantes, la preocupación por la salud de su hermana hizo que se olvidase del decoro.

—¿Estarás bien, Emily? —dijo antes de alejarse del carruaje.

—No te preocupes por mí Julia, ve con tu madre, ella te necesita mucho más que yo —contestó antes de cerrar la puerta para evitar que su amiga se entretuviera.

—¿Me vas a contar qué ha ocurrido para que estés hecha un guiñapo y como si no hubieras dormido en una semana? —William se había contenido todo ese tiempo por la tía de Julia, pero una vez despejada la equis de la ecuación creyó oportuno averiguar qué le pasaba a su amiga.

—Me destrozaron el corazón, William. Hice justo lo que me dijiste que no hiciera —confesó antes de volver a llorar provocando que William cambiará su asiento para acogerla entre sus brazos.

—El duque de Sylverston, ¿No? —preguntó pese a saber la respuesta.

—Sí —confirmó ella con un sonido agudo.

—Imagino que ya no eres virgen —Eso sí que no fue una pregunta a lo que Emily negó con un movimiento de cabeza.

—¿Y él se ha negado a casarse contigo?

—Quiere que sea su amante, dice que es lo único que puede ofrecerme. Que me tratará como a una esposa, pero jamás se casará conmigo —le confirmó.

—Es peor de lo que me imaginaba. Ha realizado toda una estratagema para apresarte en sus redes y que no te quede otra opción que la de aceptar su propuesta —dijo más para sí mismo que para ella—. Es un cabrón egoísta

que no te merece —añadió mientras acariciaba los brazos de Emily.

—¿Qué voy a hacer, William?, Nadie me va a querer, no tengo dinero, ¡Ni siquiera tengo una sola propuesta de matrimonio de algún caballero a la que aferrarme! —confesó casi desesperada.

—Dudo que no hayas recibido propuestas de matrimonio, aunque conociendo al duque se las habrá arreglado de alguna forma para que ni siquiera lleguen a ti —afirmó—. ¿Confías en mí? —preguntó William.

Emily pareció contrariada con su primera afirmación, ¿Habría recibido propuestas de matrimonio?, De ser así Donald le habría mencionado algo al respecto o eso pensó desde el primer momento.

—Claro que confío en ti —respondió sin saber que pretendía William.

—Bien, porque no nos dirigiremos hacia tu casa —corroboró.

—¿Y a dónde iremos si no? —preguntó ella intrigada.

—A Gretna Green.

—¿Cómo que a Gretna Green? ¡Estás loco! —exclamó contrariada y a la vez sorprendida.

—Mira Emily —comenzó a decir William bastante sereno y tranquilo —. Te aprecio demasiado como para permitir que ese idiota se aproveche de ti, sé que es un testarudo que no cederá al matrimonio por una estúpida promesa que hizo de joven, imagino que no eres del todo inconsciente de los hechos de su pasado —Emily asintió siendo incapaz de hablar—. Bien, porque no pienso permitir que te arruine la vida y seas repudiada por la sociedad además de desprestigiar tu nombre. Te aprecio demasiado como para permitir que hagas algo así cuando él no merece ni tan siquiera tu afecto o tu compañía —

finalizó seguro de sus palabras.

—Pero ¿Qué pasará contigo? Yo no tengo una dote que aportar William, seré una carga para ti y no puedo permitir que hagas esto solo por ayudarme, el matrimonio es algo para toda la vida —contestó entre lágrimas.

—Si soy sincero, me haces un favor a mí también —afirmó mientras intentaba secar en vano con su pañuelo las lágrimas que ella derramaba, aunque no cesaban de salir—. Mi madre dejará de insistir en que busque una prometida puesto que estará feliz teniendo a una, los rumores que pudieran surgir en un futuro no existirán y desde luego tendré la fortuna de tener una gran amiga por esposa que conoce mi condición. Al final resulta que yo salgo ganando más que tú —expresó sonriente para animar a Emily.

Ella se abrazó en el regazo de William y notó como él la acogía para consolarla.

—No se qué haría sin ti William —afirmó abrazándolo con fuerza.

—Duerme preciosa, nos espera un viaje largo. —Emily lo intentó, aunque sus pensamientos no cesaban de rememorar todo lo acontecido.

¿Cambiaría algo si pudiera volver atrás?, Desde luego no hubiera sido tan ingenua, tan receptiva a las caricias de Henry, tan confiada, ni tan estúpidamente enamorada como para entregarse a un hombre que desde luego había demostrado que no la amaba.

«Me olvidaré de él» se dijo mentalmente; «Cueste lo que cueste, me lo arrancaré del corazón, aunque sea lo último que haga»

Emily nunca había estado en Escocia, mucho menos en Gretna Green, aunque tampoco lo imaginó así, ella pensó que sería un lugar bastante más grande de lo que realmente era, no dejaba de parecer un pequeño pueblo, pero dado que ofrecían matrimonios legales en el acto sin consentimientos legales, sin testigos y sin licencias especiales, solía ser bastante frecuentada por parejas

desesperadas sobre todo menores de edad.

No pensaban pasar la noche allí por lo que cuando bajaron del carruaje fueron directamente a la herrería donde se contraerían matrimonio. Por una milésima de segundo pensó en Henry, ¿Qué pasaría cuando él se enterara de que se había casado con otro?, ¿Le daría igual y le propondría ser su amante de todos modos? La sola idea la enfureció y se postuló aún más firme en su decisión de

contraer matrimonio con William.

No era lo que ella esperaba de su futuro marido, ciertamente cuando era pequeña había soñado con casarse, tener hijos, formar una familia y estar absolutamente enamorada de su esposo. Aunque sabía que era poco probable que se casara debido a su pobreza, en el fondo nunca perdió la esperanza de contraer matrimonio y tener hijos, pero jamás pensó que se casaría con alguien como William, él la quería, sí, pero no de la manera que un hombre debe querer a su esposa. La protegería, pero no le podría dar hijos, ni formar una familia, aunque en ese instante eligió precisamente eso, su corazón roto y hecho añicos le decía que estaría protegido y a buen recaudo junto a él.

La ceremonia fue tranquila, estaban solos en aquella pequeña herrería, William parecía muy tranquilo, pero ella estaba bastante nerviosa, sabía la implicación que conllevaba ese hecho y conocía las dimensiones del acto que se estaba llevando a cabo desde el mismo instante en que aceptó ser su esposa, supo que ahora llevaría el apellido Barnes para el resto de su vida y que era la nueva baronesa de Brightdawn. William le sonrió cuando finalizaron las palabras del señor que ofició la ceremonia indicándoles que debían firmar los documentos para completar la legalidad del matrimonio, él le dio unas monedas a cambio y salieron de aquella pequeña capilla con paso firme sin mirar atrás.

—Enhorabuena Baronesa de Brightdawn, espero que no te asuste el título,

lleva un tiempo acostumbrarse —dijo mientras la ayudaba a subir de nuevo al carruaje.

Emily estaba medio en trance, aún no estaba segura de si todo aquello era solamente un sueño o si en verdad era realmente la esposa de William, ¿Qué dirían todos?, De pronto recordó a su hermana.

—¡Anne! —gritó— ¡Estará angustiada pensando dónde estoy!

—Querida, a estas alturas, ya deben haberlo supuesto, de todos modos, pasaremos la noche en una pensión y mañana volveremos a Londres para informar a la familia más cercana antes de partir hacia la casa de campo, donde pasaremos nuestra larga luna de miel —dijo guiñándole un ojo divertido.

—Van a pensar que soy una cualquiera por haberme fugado así — pensó en voz alta.

—No, pensarán que yo te convencí porque no soportaba la idea de esperar durante un largo noviazgo, al menos es la versión que daremos —afirmó convencido.

—¿Por qué haces esto William?, ¿Por qué realmente?

—Tal vez te lo cuente algún día —William se cambió de asiento para sentarse a su lado y ajustarla en su regazo—. Ahora descansa, sé que estás agotada y apenas dormiste en el camino.

En casa de los Richmond la preocupación era evidente.

—La señorita Benedict dice que los dejó solos en el carruaje y que venían directos hacia casa, dadas las circunstancias de su madre la convencieron a ella y a su tía para quedarse solos —afirmó Donald a su esposa.

—¡Dios mío Donald!, ¿Qué crees que habrá ocurrido? —dijo Anne

compungida y nerviosa. En cuanto se hizo tarde y Emily no había regresado aún de la fiesta de los Prestton, saltaron las alarmas, fueron bastante cautelosos, pero estaba claro que Emily se había fugado con *lord* Barnes porque él tampoco había aparecido.

—Sabes perfectamente lo que habrá ocurrido Anne —contestó serio su marido, un semblante de preocupación sembraba su rostro y no pasó desapercibido para Anne que conocía bastante bien a su marido.

—Pero ¿Cómo se le ha ocurrido fugarse? —exclamó—. ¡Chiquilla insensata!,

¡Solo espero que vuelva con un anillo en su mano porque de lo contrario la internaré en un convento!

—Eso no es lo peor —exclamó de pronto su marido.

—¿Cómo que no es lo peor?, ¡Por supuesto que es lo peor!, Si no regresa casada y la gente se entera, ¡Estaremos condenados por la sociedad!,

¡Seremos señalados allá donde vayamos y dejaremos de existir! —le gritó.

—Créeme, ahora mismo lo que menos me importa es que me señalen con el dedo si acudo a un evento social —su voz denotaba pesimismo.

—¿Qué ocurre, Donald? —preguntó.

Ahora sí había conseguido que Anne se preocupara. Donald meditó sobre decírselo, de todos modos, debía contárselo tarde o temprano, así lo hizo.

—Firme un acuerdo con el duque de Sylverston sobre Emily —comenzó a decir haciendo que Anne se sorprendiera.

—¿Firmaste un acuerdo?, ¿Es que el duque ha solicitado su mano? —se adelantó a decir.

—No, no, no —dijo él enseguida comenzando a relatar el acuerdo con el duque por el que éste le prestó las cinco mil libras con la condición expresa

de que debía aprobar al candidato de la joven, de lo contrario existiría una deuda de pago que doblara dicha cantidad.

—¿Me estás diciendo que deberás cinco mil libras al duque si Emily se casa sin su permiso? —Anne tuvo que sentarse para asimilar la noticia —. Será nuestra ruina —confirmó en un susurro.

—Sí —contestó secamente sin revelar que el duque se había negado a todas las propuestas que había recibido Emily alegando en alguna de ellas información de poca relevancia como para negar la petición, sospechaba que ocultaba algo y si su olfato no le fallaba, iba a exigir el pago de esa deuda.

—Pero el duque entenderá que, si se ha casado con Barnes, es un buen candidato, de hecho, es mucho mejor de lo que ella podría aspirar teniendo en cuenta que carece de dote —volvió a hablar Anne.

—Tal vez —confesó él esperando que así fuera—. Aunque primero habrá que descubrir si realmente se han fugado para casarse o no.

16

Habían pasado la noche en una pensión, dormir con William fue extraño, pero él no quiso dejarla sola ya que sabía que se pasaría la noche llorando y así fue, por más que no quisiera llorar, su corazón hacía lo contrario. William le dijo que tenía que sacar todas sus lágrimas y cuando derramara la última no volver a hacerlo jamás por la misma razón.

No tenía el mejor aspecto del mundo para enfrentarse a su familia, su cara estaba hinchada y también lo estaban sus ojos rojos, pero William la convenció para fingir que estaba así por la angustia de saber cómo se lo

tomaría la familia, básicamente le pidió que no hablara, él se encargaría de la situación y después se refugiarían en la casa de campo por una larga temporada, hasta que la noticia recorriera Londres y las aguas se calmaran.

Visitaron primero la casa de su hermana Anne, cuando Nora abrió la puerta y la vio comenzó a dar gritos llamando a su señora, Anne apareció enseguida seguida de Donald que no se hizo esperar.

—¿Os habéis casado? —preguntó una angustiada y pálida Anne.

—Sí —afirmó William firmemente.

—¿Se puede anular? —preguntó Anne con una mirada inquisidora hacia Emily, dándole a entender si habían consumado el matrimonio.

—Por supuesto que no se puede —volvió a asegurar William apretando la mano de Emily que hasta entonces no había abierto la boca siquiera para saludar.

—Estamos perdidos —habló Donald mientras se llevaba las manos a la cabeza angustiado.

Emily y William se miraron contrariados, ¿Por qué?, No era tan grave lo que habían hecho, miles de parejas se fugaban y al final la sociedad aceptaba que eran un par de enamorados que por desesperación se habían querido casar rápido.

—Discúlpeme señor Richmond, pero no creo que sea para tanto. Soy consciente de que hemos realizado las cosas de forma apresurada e incorrecta, pero Emily ahora es la nueva baronesa de Brightdawn, la sociedad la respetará y olvidará la forma en la que contrajimos matrimonio apresuradamente —exclamó sereno y seguro de su discurso. Desde luego hasta Emily se creyó las palabras de William, sería capaz de venderle una espada a un herrero.

—No se trata de eso *lord* Barnes —dijo más calmado—. Firmé un acuerdo de préstamo para poder afrontar los gastos de Emily, dicho acuerdo estaba vinculado a una única cláusula —hizo una pausa para estudiar las palabras con las que decir aquello que a él mismo le costaba afrontar.

—¿Qué cláusula Donald? —habló al fin Emily.

—Que la persona que me prestó esa cantidad aprobará al candidato que sería tu futuro esposo —contestó mirándola a ella y después a William.

—¿Quién ha sido?, ¿Quién te prestó ese dinero? —Emily sabía la respuesta, pero solo quería confirmar del todo sus sospechas.

—El duque de Sylverston —respondió sin ocultarlo en ningún momento.

Emily notó como la mano de William se aferraba más a la suya, probablemente pensaría que en ese momento ella gritaría, se desmayaría o tal vez lloraría, pero no, eso solo confirmaba aún más si cabe, que desde el principio se aseguró que ella aceptara ser su amante. Después de arruinar su reputación y mancillarla, se había asegurado que nadie se casara con ella para que de esta forma solo tuviera una opción, aceptar su propuesta.

—¿Cuánto le debe? —habló William.

—Si Emily se casaba sin su aprobación, tendría una compensación de cinco mil libras, el doble de la cantidad que me prestó.

¿Cinco mil libras?, su voz se repetía una y otra vez en su mente, definitivamente con semejante cantidad se aseguraría perfectamente de que Donald no cometiera el error de aprobar a alguien sin él.

—Está bien, yo le daré esa cantidad, Señor Richmond, no debe preocuparse por la situación —hablo William—. Asumo que fue mi error convencer a mi esposa de fugarnos sin contar primero con su aprobación, por lo que me permita saldar su deuda —añadió mientras introducía su mano en el bolsillo

interior de su chaqué para sacar su chequera.

Anne respiró con profunda tranquilidad por primera vez, Emily quiso protestar, pero era eso o ver la ruina de su hermana por su culpa. Supo en ese instante que estaría eternamente agradecida a William y que haría cualquier cosa por él. Le había demostrado ser el mejor amigo, hombre y en las pocas horas que llevaban casados; también marido, que podía llegar a tener, aunque no fuera realmente un esposo en el sentido literal de la palabra, sabía que podría llegar a encontrar la calma junto a él y era únicamente lo que necesitaba.

William se fue con Donald hacia el despacho de este último para tratar el asunto mientras ella fue con Anne hacia el salón donde había pasado tanto tiempo y que ahora lo sentía extraño, Nora las dejó a solas para preparar el té.

—No sabes el peso que me ha quitado, Emily —dijo mientras se sentaba a su lado y la acogía entre sus brazos—. Reconozco que me angustié mucho cuando no volviste y Julia nos dijo que os había dejado a solas, confié en tu buen juicio, sabría que si te habías fugado con *lord* Barnes sería para casarte, pero después de saber lo del préstamo tuve el alma en vilo, aunque no puedo sino agradecer a Barnes por su generosa amabilidad, has tenido mucha suerte Emily —dijo mientras la observaba—. Por tu rostro deduzco que te ha costado tomar esa decisión sin nuestro consentimiento, pero imagino que debes estar realmente enamorada del barón para haber cometido semejante locura —le sonrió sinceramente.

—Si, Anne —contestó escuetamente—. No podría haber aspirado a un esposo más bueno y generoso que William. —Y no mintió cuando lo dijo.

—Bueno querida —la voz de William las interrumpió—. Debemos visitar aún a mi madre para contarle la noticia y después tendremos un largo viaje que recorrer, si nos disculpan —argumentó William intentando salir de

aquella casa cuanto antes le fuera posible.

—¡Oh!, pensé que podríais al menos tomar el té —dijo Anne contrariada.

—Tendrá que ser en otro momento cuñada. Mi esposa y yo deseamos partir pronto hacia nuestra luna de miel —contestó sonriente sabiendo que con aquella respuesta no habría ninguna opción de insistencia.

—Claro, claro, por supuesto, vayan entonces, ya habrá tiempo cuando decidáis regresar a Londres —contestó una sonriente Anne sintiendo alegría por los jóvenes.

—Bien, pasado lo peor, ahora toca mi madre —comentó William dentro del carruaje.

Emily estaba en silencio, pensativa, ni tan siquiera podía sentir nervios por enfrentar a la viuda de Barnes, saber que Henry había calculado y premeditado cada uno de sus pasos para colocarla en un callejón sin salida con la única opción de aceptar su propuesta, sabiendo lo que aquello implicaba para ella e incluso su familia, era inaceptable. No se lo podía creer por más que intentaba asimilarlo, era tan cruel y despreciable que su ingenuidad no podía asimilarlo, pero así era, el verdadero duque de Sylverston era un déspota sin corazón, una persona fría y calculadora, pero sobre todo egoísta, puramente egoísta.

—¿Emily, estas bien? —La voz de William era suave.

—Jamás podré compensarte por lo que estás haciendo, no solo me has salvado a mí, sino también a mi familia, no sé cómo podré devolverte ese dinero, pero te prometo que lo haré —contestó segura de sí misma.

—Emily, he ganado una fortuna como diseñador en Francia, no te preocupes por eso, tengo dinero de sobra y mis cuentas no han sufrido por dicha cantidad —confirmó para calmarla.

—Aun así, no deberías ser tú quien pagara esa deuda con ese...ese…

—Cretino —terminó de decir él.

—Sí —dijo ella con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo pude estar tan ciega William?, ¿Cómo pude creerme sus palabras malinterpretadas?, Yo pensaba que…, él me decía tantas cosas… —Pero cuando Emily lo pensó supo que realmente le había dicho todo y nada al mismo tiempo, nunca hubo promesas verdaderas de amor. Le confesó que la deseaba, que no podía dejar de pensar en ella, que la quería para él…, pero todo eso no implicaba una propuesta de matrimonio, ni una promesa de amor. No, él se había protegido bien para que ella no le pudiera reprochar nada y le detesto aún más si cabe.

—Hay algo que te tengo que contar Emily —confesó William mientras se sentaba junto a ella y rodeaba su cintura—. Creo que es mejor que lo sepas ahora y asimiles todo al mismo tiempo.

—De que se trata —Emily sabía que sería algo que también descubriría del duque, pero ya se esperaba cualquier cosa de él, había abierto la caja de pandora y estaba descubriendo la realidad de cómo era verdaderamente el duque.

—Sí recibiste propuestas de matrimonio. De hecho, algunas de ellas eran bastante aceptables —confesó William.

—¿Cómo? —Eso sí que no lo esperaba, si había recibido alguna propuesta

¿Por qué no se lo habían dicho?, ¿Es que no tenía ni voz ni voto en lo que respectaba a su futuro esposo?

—Sylverston las rechazó todas, dio excusas para cada una de ellas y Donald no tuvo más remedio que acatar su decisión, prefirió no decir nada para no darte esperanzas —concluyó.

—No puede ser —pensó en voz alta—. ¿Por qué a mí?, ¿Por qué no eligió a

otra a la que hacerle la vida imposible? —Sus lágrimas comenzaron de nuevo a salir y William la abrazó de nuevo.

—Chss, calma mi niña, yo estoy aquí —dijo acariciándola con suavidad.

William estaba seguro de que Sylverston iba a montar en cólera cuando se enterase de que Emily se había fugado con otro y se alegró de ello. Por primera vez en su vida, al duque de Sylverston no le saldrían las cosas tal y como él quería.

Visitaron a la baronesa viuda que estaba encantada con la noticia de tener al fin una nuera. Teniendo en cuenta que Barnes era hijo único debido a la prematura muerte del barón, la mujer no tuvo más hijos y no volvió a casarse, así que parecía encantada con la idea de aumentar la familia, la idea de privarla de una gran celebración le disgustó, pero solo durante unos breves instantes, se dijo que ya realizaría una gran fiesta cuando los nietos comenzaran a llegar a la familia.

Emily comprendió enseguida que su ahora suegra era demasiado habladora, de hecho, no le hizo falta hablar, ella sola parecía llevar la conversación salvo por las escuetas palabras que permitía dejar pronunciar a William.

—Espero que mi madre no te haya provocado dolor de cabeza —dijo William una vez estuvieron de nuevo en el carruaje.

—Es una mujer encantadora, William, que estoy segura de que habla tanto para no ser consciente de su soledad —explicó con una voz algo cansada.

—Te dije que me hacías un favor al acceder a casarte conmigo, es la primera vez que la he visto tan feliz desde la muerte de padre —dijo algo emocionado.

—Entonces me alegro por ello, te prometo que trataré de ser la mejor nuera para tu madre. —Emily supo porqué William no abandonaba Londres de una

vez y se mudaba a Francia. No quería dejar a su madre sola, y por alguna extraña razón a Emily le conmovió aquel gesto de cariño que William sentía hacia su querida madre.

—Crees que podríamos pasar por la casa de la Señora Smith, me gustaría despedirme de ella antes de partir y contarle la noticia yo misma.

—Si te ves capaz de hacerlo, claro que sí.

La señora Smith se alegró mucho por ella, les deseo una gran felicidad y dicha a la recién pareja y Emily le prometió visitarla en cuanto regresara de su luna de miel para seguir leyendo sus novelas de amor, aunque la anciana le dijo que no tuviera prisa, los recién casados debían pasar el tiempo juntos.

Finalmente pusieron rumbo a la casa de campo de Barnes, una propiedad de la reliquia familiar que se encontraba a seis horas de

camino de la ciudad.

Ya habían pasado tres días y Henry aún no había podido coincidir con Emily, fue mala suerte que la señora Benedict se pusiera peor de su dolencia, al menos ya se estaba recuperando después de todo, pero aquel hecho había impedido volver a hablar con Emily y tenía que hacerlo urgentemente antes de que la situación se enfriara y ella se negara a su petición, aunque él sabía que, si lo hacía, insistiría hasta que ella finalmente accediera.

Llamó a la puerta de la casa de Richmond, había decidido ir algo tarde, esperando que le invitaran a almorzar y de esta forma poder ver a Emily por fin, tal como pensó, Donald le invitó a comer con ellos añadiendo que después del almuerzo tendría que tratar un asunto delicado con él.

Cuando el ama de llaves les llamó para avisarles de que la mesa estaba lista los nervios acudieron a él, sin saber por qué sus manos comenzaron a sudar levemente, ¿Por qué estaba nervioso? Después de todo no es que hubiera pasado tanto tiempo sin verla, solo habían sido tres días, pero reconoció lo

largos y tediosos que habían sido y asumió que agonizaba por ver la expresión de ella al verle, ¿Cómo reaccionaría?, ¿Podría adivinar una respuesta solo con verla?, Suponía que en unos momentos lo sabría.

Entró al comedor, pero su desilusión se hizo evidente. No estaba, allí solo se encontraba la señora Richmond y sus dos hijos, ¿Dónde estaba ella?, ¿Es que justo había tenido que ir el día que ella se ausentaba?, Quizás llegaba tarde, pero apreció que no habían colocado un servicio de más, únicamente los cinco comensales que eran. Intentó calmarse, no quería que se notara su desilusión, necesitaba verla de nuevo, casi tanto como el aire para respirar, necesitaba saber dónde estaba ella para ir directamente a verla, no le importaba donde fuera.

—¿No nos acompañará su hermana hoy para deleitarnos con uno de sus postres? —Se le ocurrió decir de pronto para averiguar el paradero.

—¡Oh no!, Mi querida hermana ya no vive con nosotros dadas las circunstancias —dijo Anne como si tal cosa.

Henry frunció el ceño confundido, ¿Es que acaso la habían repudiado?, ¿Se habrían enterado de que ella ya no era doncella?, Por unos instantes sintió miedo, ¿Dónde estaría si había pasado tal cosa?, ¿Por qué no le había buscado a él?

—Henry, mi cuñada contrajo matrimonio con *lord* Barnes hace tres días, ahora mismo se encuentran de luna de miel. Es lo que quería tratar después del almuerzo, dado el acuerdo que manteníamos —comentó Richmond serenamente.

Henry respondió con un gesto afirmativo, pero sintió como si un cubo de agua helada le hubiera abofeteado la cara. Se había casado, Emily huyó de su lado para casarse, el mundo entero había dejado de existir en aquel preciso

instante. La había perdido, sabía que la había perdido y dolía profundamente en lo más interno de su alma.

Cuando entró en el despacho de Donald, de nuevo se tensó, por su mente cruzó la idea de obligarle a devolverle la cantidad estipulada en el acuerdo, quizá de esa forma podría obligar a Emily a anular el matrimonio, pensó que quizás se había fugado con Barnes porque le amaba. No, no se habría entregado a él si le amaba, ella sencillamente se había ido con Barnes porque descubrió que no sería la futura duquesa de Sylverston. Era una oportunista que habría pensado que ofreciendo su virginidad obtendría matrimonio, todas eran iguales, todas menos su Sophie, se convenció a sí mismo, aceptar aquello era menos doloroso que pensar que Emily había elegido el camino correcto.

—Como te decía —continuó hablando Richmond y Henry decidió prestarle al fin atención—. Aquí está el cheque, junto con la cantidad que me ofreciste, como apenas me dio tiempo a comprarle un nuevo guardarropa, he podido reponer la cantidad que gasté, por tanto, nuestro acuerdo queda saldado —le respondió.

Henry miró los dos cheques, uno estaba firmado por Barnes, ¿Él estaba dispuesto a saldar la deuda?, Por tanto, estaría enterado del acuerdo con Donald, ¿Lo sabría también Emily?, Un rastro de horror cruzó su mente, si ella lo sabía habría atado cabos y «Oh dios» pensó. Necesitaba salir de allí y emborracharse, no podía digerir la noticia aún.

—Donald, ambos sabemos que *lord* Barnes es un candidato más que aceptable, por tanto, nuestra deuda queda saldada —dijo cogiendo el cheque firmado por Donald, por él se podría quedar aquel maldito dinero, pero si no lo hacía sería sospechoso—. Dales de mi parte la enhorabuena a la feliz pareja, me marcho que se me hizo tarde y tengo algunos asuntos que tratar —

dijo a modo de despedida y salió casi echando humo de aquel maldito despacho y de aquella maldita casa.

—¿Cómo ha reaccionado? —la voz de Anne sorprendió a su marido que aún seguía de pie observando el cheque que se había negado a aceptar.

—No ha querido el dinero de Barnes, se ha negado a aceptarlo —dijo algo contrariado.

Sabía que Sylverston era implacable con los negocios, si tenía una oportunidad tal como aquel acuerdo expreso no la perdería, sin embargo, lo había dejado pasar, ¿Por qué?

—Bueno, mejor entonces ¿no? —contestó Anne viendo como su marido parecía contrariado.

—Si, por supuesto, la cuestión es, ¿Por qué los ha rechazado?

—Quizá no quiera minimizar la fortuna del barón ahora que ha comenzado una nueva vida —Anne se encogió de hombros.

—O quizás siente algo por Emily —contestó él.

—¡Al fin! —gritó ella—. Serás mi marido, pero pareces ciego, ¿Es que no te das cuenta de todo el circo que ha montado para atraparla? —contestó medio enfurecida.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que Emily no estaba feliz el día que vino de su matrimonio, mucho menos para una recién casada que se ha fugado por amor, si parecía que estaba de funeral más que de novia recién casada y su reacción al enterarse de la deuda con Sylverston, casi se le saltaron las lágrimas. Ella está enamorada de él, estoy segura y ha debido de ocurrir algo para que haya decidido casarse con Barnes, conozco a Emily, ella no se hubiera fugado,

habría hecho las cosas bien.

—Por eso le has soltado durante la comida la noticia —puntualizó él.

—¿Y no viste su reacción?, Pareció convertirse en piedra, solo le faltó caerse para romperse. Lo que no entiendo es si le gustaba Emily, ¿Por qué no te pidió su mano?, ¿Crees que sigue con esa idea de no casarse como dicen los rumores?

—No lo sé, Anne —respondió Donald mientras se sentaba—. Pero es algo que no nos atañe. Además, Emily es ahora la nueva baronesa de Brightdawn y le guste o no a Sylverston, tendrá que aceptar que la ha perdido.

17

Henry pensó que lo mejor sería permanecer siempre ebrio, en cuanto atisbaba un poco de sentido común volvía a pensar en ella y no quería dejar a su mente divagar por esos rumbos. Se había encerrado en su despacho y llevaba dos días sin salir, sin comer, sin ver a nadie… únicamente con su única amiga; la botella de coñac que pedía reponer cuando se terminaba de beber.

Acababa de despertar y tenía una jaqueca enorme, se dirigió entonces de

nuevo hacia la licorera, estaba vacía. Iba a llamar al servicio cuando los golpes se escucharon en la puerta.

—¡He dicho que no quiero que me molesten! —gritó cuando abrió la dichosa puerta y vio a su madre parada en la puerta con semblante serio.

—¿Qué crees que estás haciendo Henry? —contestó ésta malhumorada.

—Déjeme en paz, madre —contestó mientras rebuscaba alguna botella de algún licor por el bajo mueble de la librería, le daba absolutamente igual de qué tipo fuera, solo deseaba que nublara su juicio para no sentir.

—¿Se puede saber por qué estás en este estado?, Llevas dos días encerrado,

¡Dos días! Bebiendo como un energúmeno y gritando barbaridades sobre una mujer que has perdido; exijo una explicación ahora mismo.

—No está en condiciones de exigir nada, madre. Haga el favor de meterse en sus asuntos puesto que los míos no le incumben.

La duquesa viuda miró sorprendida a su correcto e intachable hijo, en todos sus años de vida jamás le había tratado así.

—Si tanto sufres por esa mujer ¡Cásate con ella de una vez! —gritó.

—¿Cuándo va a entender usted, madre?, ¡No me casaré nunca!, ¡Jamás!, ¡Ni tendré descendencia!, ¡Ni le daré esa satisfacción a padre! —gritó.

—¿Es esa estúpida promesa que le hiciste a tu padre por Sophie?, ¿Es eso realmente? —contestó furiosa.

—¡Sí! —exclamó con rabia.

—Bien —respondió airada—. Me he hartado de que le profeses amor a esa arpía descarada. He guardado silencio todo este tiempo pensando que la olvidarías, que finalmente encontrarías a alguien con quien ser feliz, ¡Dios mío!, ¡Estaba dispuesta a tolerar a Amelia con tal de que rehicieras tu vida y

fueras feliz! —confesó.

—¿De qué está hablando, madre? —preguntó confuso.

—De que Sophie no era la ingenua y buena chica que tú creías —dijo mordazmente— ¡Ella era la amante de tu padre, Henry! —exclamó.

—¿Tan desesperada está porque me case y tenga un heredero como para inventar semejantes calumnias sobre Sophie?, ¡Ella está muerta!, ¡No puede defenderse! —gritó ahora enfadado por las mentiras de su madre.

—Sabía que no me creerías, pero tengo pruebas —respondió confundiendo de esta forma a su hijo.

—Fue la amante de tu padre durante dos años, la abandonó como a tantas otras antes de ella —refunfuñó—. Pero ella quiso vengarse, por eso comenzó a acercarse a ti. Sabía que eras el único heredero del

ducado, intuyó que la idea de ser duquesa al mismo tiempo que se vengaba la atrajo considerablemente, era aún mejor que ser solo una amante. Tu padre intentó que se alejara de ti, pero ella no desistió de su empeño, incluso le ofreció una fortuna para que se marchara, pero confesó que estaba embarazada de él y que por eso te había convencido para pedir una licencia especial y contraer matrimonio rápidamente antes de que su embarazo comenzara a notarse.

—Mientes —confesó intentando no creer las palabras de su madre.

—Tu padre lo confesó en su lecho de muerte, me dio las cartas que ella le escribió. Además, el médico verificó tras su muerte que estaba embarazada, puedes ver el informe, ella estaba de aproximadamente tres o cuatro meses de gestación, tú la conociste después.

Sí, Henry la conoció y se quedó prendado de su belleza, ingenio y perspicacia, tanto que en dos meses ya había pedido una licencia especial para casarse con ella, había decidido que era la mujer de su vida.

—No es posible —comenzó a decir más para sí mismo. No podía haber construido su vida en una mentira, no podía ser, ¡Su madre tenía que estar mintiendo!

—Hay algo más —dijo la duquesa provocando que su hijo volviera la vista para enfrentarla, parecía agotado, hundido, pero había decidido contarlo todo, no había vuelta atrás—. No se suicidó, Henry —confesó.

—¿Como que no se suicidó? —preguntó confuso.

—Tu padre la asesinó —sentenció la duquesa viuda.

—¿Qué?, Eso es imposible. —Su padre no podía ser un asesino, ¿O sí podía?, Ya no sabía qué creer de aquello, no sabía qué pensar.

—Tu padre me confesó que la citó en el puente con la excusa de ofrecerle un trato que no podría rechazar, pero era consciente que ningún trato sería mejor que convertirse en la futura duquesa de Sylverston aunque estaba seguro de que ella acudiría para regodearse de que él había perdido, de que era capaz de manejar a su único hijo a su voluntad. Así que la mató para salvarte de ella y de sus mentiras —confesó algo compungida— Tu padre la arrojó por el puente.

Henry se sentó, no podía asimilar todo aquello de una sola vez, aún era bastante reacio a creerlo, pero todos los hechos podrían tener

veracidad, aunque se negaba a creer que su Sophie fuese la mujer que describía su madre. Llevaba catorce años venerando a esa mujer, simplemente no podría ser cierto. ¡No!, no podía haber perdido a Emily por una fulana sin escrúpulos, tenía que averiguarlo, tenía que ver al médico que le hizo el examen médico tras su muerte, debía ver con sus propios ojos ese informe, él no se había acostado con Sophie, si ella estaba embarazada desde luego no era de él.

Asimilar que Sophie era la mujer que había descrito su madre, tener las pruebas de los informes médicos, las cartas que Sophie escribió a su difunto padre y rellenar con ellas sus recuerdos; fue duro, muy duro de aceptar y ahora que lo sabía, era aún más desgraciado que antes. Dejó todos aquellos papeles sobre la mesa de su estudio y se llevó las manos a la cabeza, estirando su melena hacia atrás.

—¿Qué he hecho? —dijo en voz baja para sí mismo—. ¡Dios mío!, ¡Qué he hecho! —gritó esta vez dando un grito y aporreando la mesa mientras algunos papeles saltaban de ella.

Tras seis horas de viaje en carruaje desde Londres, William presenta a su nueva esposa como la nueva baronesa de Brightdawn a todo el personal de la casa de campo. Inmediatamente impartió algunas órdenes y confesó que estaban agotados del viaje, por tanto, se retiraron a descansar. Emily tenía su propia recámara, que comunicaba por supuesto con la del barón pero que al mismo tiempo le daba su propia privacidad, dormir con William era simplemente dormir acompañada de alguien como había pasado en su noche de bodas, se sentía protegida a su lado, sabiendo que con William no habría dobles intenciones, simplemente la abrazaría para intentar calmar su dolor, un dolor que aún no conseguía apaciguar.

—¿Por qué me duele tanto? —se dijo mirándose frente al espejo de su tocador.

Sabía cuál era la respuesta. Le amaba pese a todo el daño que le había causado, ella era consciente de que le quería y que ese amor que sentía por él, no se desvanecería de un día para otro. Se reprochó a sí misma aquellos sentimientos, tenía que olvidarle, aprendería a ser fuerte, a no dejarse llevar por esa sensación que él provocaba en ella. Eliminaría cualquier rastro del duque de Sylverston que quedara en su destrozado corazón.

De vuelta en Londres, Robert llevaba más de dos semanas sin ver a Henry, era extraño no verle por el club sabiendo que no estaba fuera de la ciudad, así que decidió hacerle una visita aquella mañana. Hacía

muchos años que conocía al duque, su pasado lo había convertido en lo que era ahora; bastante distante, serio y demasiado conservador con su vida privada, aunque él era uno de los pocos, por no decir casi el único en el que su amigo confiaba.

Llamó a la puerta y le hicieron saber que el duque permanecía en su despacho y que literalmente llevaba allí encerrado dos semanas. Tocó la puerta y esperó, prefirió hacerlo personalmente y no le anunciara el servicio, tras ver que no respondía decidió abrir y se sorprendió al comprobar que no estaba cerrada con llave. Robert vio a Henry mirando fijamente las llamas que ardían en la chimenea de su estudio, parecía tan absorto en lo que fuera que estuviera pensando que no le escuchó entrar.

—Una libra por tus pensamientos —dijo provocando que Henry se girase en aquel momento para verle. Se podía apreciar una notable desmejora en él, estaba algo pálido, con ojeras y su aspecto parecía el de una persona que llevaba sin asearse varios días.

—Robert —contestó casi en un susurro.

—Amigo, ¡Estás hecho un decrépito! —pensó que sus palabras le animarían, pero simplemente obtuvo por respuesta un encogimiento de hombros.

—No es un buen día —confesó haciendo que Robert quedase aún más confuso.

—Cuéntame qué ocurre. Jamás te había visto así, empiezas a preocuparme Henry, ¿Qué ha ocurrido que sea tan grave? —dijo sentándose en el sillón frente al que se encontraba el duque.

—Sophie era la amante de mi padre —contestó directamente sin titubear

¿Para qué andar con rodeos si la reacción sería la misma?

—¿Cómo? —Robert permanecía con la boca abierta, no era posible.

—Lo que oyes, era una zorra que únicamente quería el título y encasquetarme al bastardo que llevaba en su vientre —dijo mientras se levantaba y tiraba su copa al fuego provocando que este ardiera con más fervor.

—Sé que es difícil de asimilar Henry, pero míralo por el lado bueno, eso te libera de tu promesa.

—Sí, aunque todas las mujeres sean unas oportunistas —contestó sin emoción alguna.

—Vamos Henry, no todas las mujeres son como Sophie, entiendo que ahora estés enfadado por haber pasado tantos años de tu vida alabando el recuerdo de esa mujer.

—No estoy así por Sophie —admitió.

—¿No? —respondió un confundido Robert—. ¿Y entonces por quién?

—Emily —contestó. Necesitaba desahogarse con alguien, sacar de su interior aquello que lo estaba consumiendo.

—¿Emily?, ¿Emily Norwing?, ¿La Baronesa de Brightdawn? —contestó puntualizando el último nombre que había adquirido la dama al casarse con el barón.

—La misma —confesó.

—¿Y qué tiene que ver ella?, Tú mismo me confirmaste cuando la sacaste a bailar que no te interesaba —inquirió—. Aunque imagino que mentías para no revelar tu atracción hacia ella —afirmó.

—Hice algunas cosas… —comenzó a decir—. No diré que me sienta orgulloso de ellas, pero estaba cegado por lo que me hacía sentir, la quería y

sabía que no podía casarme con ella.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó—. ¿Qué hiciste Henry? —exclamó Robert comenzando a temer lo que había hecho su amigo.

—Conseguí un acuerdo con Richmond para negarme a todos los pretendientes de la dama —confirmó—, me metí en su cama y le propuse ser mi amante negándome a casarme con ella después —hizo una pausa para respirar. Le costaba asimilar él mismo de hasta dónde habría llegado para haberlo conseguido.

—¡Eres un jodido cabrón Henry!, ¿Por eso huyó con Barnes?, ¡No me extraña!, ¡No es que le dejaras muchas alternativas para elegir!

—Lo sé y voy a tener que pagar por ello el resto de mi vida —confesó pesimista.

—¿La quieres? —preguntó consternado.

—No sabes cuánto —aseguró—. He tenido que darme cuenta de ello demasiado tarde, cuando ya la había perdido —confesó apretando los ojos para contener las lágrimas sin poder mirar a Robert, no deseaba que le viera en aquel estado.

—¡Pues lucha por ella!, Si se entregó a ti, significa que ella también te ama o al menos, siente algo por ti. Quizás no sea tarde para anular ese matrimonio o tal vez… —hizo una pausa no queriendo decir hacia donde divagaban sus sentimientos.

—¿O qué? —preguntó intrigado.

—Sé su amante. Tal vez acceda ahora que está casada.

—No —contestó tajantemente como si le doliera pensarlo.

—¿No? —exclamó Robert impresionado.

— No soportaría tenerla un momento sabiendo que es de otro — confirmó.

Prefería morir antes de compartirla, le dolía en el alma pensar en las manos de Barnes tocando su cuerpo, era mejor que sus pensamientos no siguieran por ese camino o se volvería loco.

Casa de campo de la familia Barnes.

Había pasado un mes desde que Emily contrajo matrimonio con William y se negaba a salir de su habitación, la tristeza era ahora su amiga y se compadecía de sí misma por seguir sufriendo aquella decepción amorosa.

—Emily, tienes que salir de esta habitación, ya ha pasado un mes desde que llegamos y va siendo hora de que te enfrentes a la realidad —dijo William—.

He sido paciente, te he dado tiempo más que suficiente para llorar, patalear y lamentarte, ahora debes superarlo.

William abrió las cortinas de la habitación de Emily para que pasara la luz.

Había creído oportuno dejarla llorar la pataleta, sabía que enterarse de todo aquello la había destrozado y su pequeño corazón debía comenzar a recomponerse o al menos; aceptarlo, pero no pensaba dejar que se auto compadeciera más de sí misma, era joven, hermosa y

una buena persona que se merecía ser feliz, si su felicidad era al lado del duque que así fuera, él no pensaba reprochárselo, aunque aquello le decepcionara.

—No quiero salir —Emily había entrado en una especie de ciclo depresivo en el cual le daba igual absolutamente todo, no tenía hambre, no tenía sueño, no tenía ganas de vivir. Todos sus sueños se habían destrozado y era incapaz de recomponerlos o crear otros nuevos.

—Pues vas a hacerlo —dijo William mientras le quitaba las capas de sábanas y mantas que arropaban a Emily, dejando su cuerpo al frío gélido que sintió de pronto tras exponer su cuerpo a la temperatura exterior.

William impartió órdenes para que preparasen un baño y le sirvieran el desayuno a su esposa, después le comunicó que la esperaba en una hora en su despacho para discutir ciertos asuntos.

Emily estaba avergonzada, ¿Qué pensaría el servicio de ella?, No le quedaba más remedio que aceptar las órdenes de William, después de todo, había sido demasiado comprensivo dejándola llorar durante todo ese tiempo, al menos intentaría aparentar que estaba bien por William, se lo debía.

Se vistió con uno de los diseños de su marido realizado por ella misma ya que era la única ropa que había llevado consigo, ni tan siquiera había pensado en algo tan mundano como su guardarropa después de todo lo que había ocurrido. Una de las doncellas la acompañó hasta el despacho de William ya que ella desconocía donde se encontraba, era la primera vez que recorría ese pasillo de la casa. Llegaron hasta una de las puertas del final del pasillo y la doncella llamó de forma suave, cuando sintió la voz de él indicando que entrara. Le divisó sentado en su escritorio de madera, en ese momento se sintió culpable de haber provocado la inquietud de su amigo hacia ella, demasiado había hecho por ella como para tener que estar preocupado por su culpa.

—Ahora sí pareces la Baronesa de Brightdawn —dijo sonriente haciendo que Emily intentara sonreír a su vez, aunque lo consiguió a medias.

—Lo siento William. Sé que mi actitud no ha debido ser la más deseada y que el servicio estará pensando lo peor de mí, pero si me das una oportunidad yo… —William la interrumpió levantándose y llevándola consigo hacia los pequeños sillones que había en la

estancia.

—No te disculpes Emily, entiendo que no ha debido ser fácil por todo lo que has pasado y por eso te he dado todo este tiempo para que pudieras lamentarlo, pero el mundo no se termina aquí. Lo he meditado detenidamente

y si tu felicidad está junto al duque, aceptaré que sea tu amante, a mí no me importará mientras eso sea tu felicidad.

—¿Mi amante? —exclamó mientras se incorporaba confusa— ¿Darle lo que él quiere? —gritó enfurecida sin esperar una respuesta por parte de William

—. ¡Jamás! —contestó tajantemente—. No dejaré que me vuelva a poner un solo dedo encima.

—Me alegro de que pienses así, tu comportamiento me llevó a creer que quizás podrías valorar esa posibilidad, pero en el fondo me satisface que sea así, no debes dejar que nadie juegue con tus sentimientos, ser una marioneta en sus manos como él ha pretendido con todo esto.

—He sido una estúpida, me he reprochado miles de veces que si estoy en esta situación es por mi culpa, por ser tan confiada, tan ingenua para pensar que no podría haber otras intenciones que no fueran honorables y eso me enfurece, estoy enfadada conmigo misma por haberlo permitido, pero he aprendido la lección. Ha sido duro reconocer lo equivocada que estaba con respecto a él, lo cegada que estuve por culpa de mis sentimientos, pero una y no más, William. —Volvió la vista hacia su amigo mientras este le observaba

—. El duque de Sylverston está muerto para mí.

William sabía que estaba siendo bastante drástica pero quizás era lo que necesitaba, aferrarse al odio para sobreponerse al dolor y él no era quien para impedirlo.

—Está bien querida, porque tengo grandes proyectos para ti y necesito que estés en plenas facultades —contestó cambiando de tema.

William quería enseñar a Emily gestionar su patrimonio, así podría estar tranquilo en sus largas ausencias sabiendo que todo estaría en orden bajo su supervisión. Además, quería formarla como diseñadora y enseñarle todos sus

conocimientos sobre moda, dónde buscar inspiración y como jugar con los distintos tejidos para crear combinaciones asombrosas, pero sobre todo; innovadoras. Prometió llevarla a Francia, la cuna de la moda, donde encontraría siempre inspiración puesto que en cada esquina de París se respiraba inspiración y elegancia por doquier.

Sin darse cuenta habían pasado casi tres meses desde que vivía en aquella casa de campo, Emily comenzó a vivir poco a poco de nuevo, sus días fueron llenándose de largas tareas que William le obligaba realizar, no era tonta, sabía por qué William hacía aquello, de esa forma conseguía evitar pensar en algo más que no fuera lo que él le dictaba. No existiría una vida lo suficientemente larga para agradecerle a William todo lo que estaba haciendo por ella, solo esperaba en algún momento, poder devolverle tanta bondad.

Aquella mañana no se encontraba bien, tenía el estómago revuelto, aún así, decidió bajar a desayunar, William se había ausentado, estaba preparando un viaje a Francia en unos meses y tenía que cerrar algunas operaciones. Al parecer William tenía a una persona esperándole en París, le había confesado que Antoine era alguien especial en su vida, además de su abogado, por eso ella había insistido en negarse a realizar el viaje con él, era lo menos que podía hacer; no entrometerse en su vida privada, no ser un estorbo mientras él estaba con Antoine y se excusó en que, de esta forma, tendría el tiempo suficiente para conocer sus tierras y todas sus posesiones. Trabajaría duro para sorprenderle a su regreso con sus avances.

Mientras tomaba el desayuno sentía que estaba cada vez peor, ya lo había notado desde que se levantó, pero ahora conforme masticaba sus tostadas con mantequilla y probaba el té con leche, sentía unas náuseas más que evidentes.

Trató de levantarse para acudir lo más deprisa posible al excusado, pero no llegó a tiempo y vomitó en mitad del pasillo, vaciando el poco contenido que

había en su estómago puesto que apenas tuvo tiempo de ingerir alimento.

—Mi *lady*, ¿Está usted bien? —La voz de una de las doncellas más jóvenes se escuchó desde atrás acercándose a ella, si no recordaba mal se llamaba Judith.

—Lo siento, debí imaginar que algo así pasaría —se excusó—, desperté con el estómago revuelto, seguramente me sentaría mal la

cena de anoche.

—Mi *lady*, no quisiera ser inoportuna, pero… ¿Sería posible que usted estuviera…? —comenzó a decir la doncella—. Ya sabe… —le indicó Judith mientras trataba de ayudarla a levantarse.

—¿Estuviera qué? —preguntó Emily sin entender nada.

—Pues es evidente —confesó— Estar en estado.

A Emily le pasó de todo por su mente, no podía ser. No… por lo más sagrado que existiera en ese mundo, que no estuviera embarazada de él.

—No, no, no —contestó para creérselo ella—. Eso es imposible —afirmó contrariada—. No puede ser, no puedo estar… —sus palabras murieron en el momento en el que pensó en su ciclo, ella era muy regular y no había necesitado paños desde antes de que llegara a aquella mansión hace ya casi tres meses.

Unas lágrimas lentas y dolorosas comenzaron a invadir sus ojos y sus mejillas, no había posibilidad alguna de que no lo estuviera, era casi una afirmación cuando su doncella lo había sugerido y ella misma se dio cuenta.

Ni tan siquiera supo como no se pudo dar cuenta antes, estaba esperando un hijo de él, iba a tener un hijo del duque de Sylverston, del hombre que más odiaba sin lugar a duda.

—Pero no llore mi *lady*, un bebé siempre es una alegría y más aún siendo un heredero del barón, ya verá lo feliz que será su esposo cuando le dé la noticia.

18

William se encontró a Emily con la mirada perdida a través de la ventana del salón que daba al jardín, comprobó mientras se acercaba que tenía los ojos hinchados, ¿Había estado llorando de nuevo? Pensó que aquella etapa se habría acabado al fin, pero era evidente que no era así, tal vez recibió noticias del duque que la devolvieron a ese estado de nostalgia, estaba seguro de que aún era demasiado pronto para lograr olvidarlo, de hecho, estaba comenzando a pensar que Emily jamás lo olvidaría, pero sería capaz de convivir con su dolor.

—Emily —dijo suavemente mientras se acercaba a ella para ofrecerle su

cuerpo como refugio.

—William, ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? —gimió apagando su voz mientras enterraba su rostro en el pecho de él.

—Dime qué ha pasado, seguro que tiene solución —confesó acariciando su cabello.

—No la tiene William, no es algo que se pueda olvidar, ocultar o simplemente alejar en algún rincón de mi corazón y seguir con mi vida como si no hubiera ocurrido.

—Estás comenzando a preocuparme, suéltalo de una vez —contestó haciendo que ella se apartara para observarla directamente a los ojos.

—Estoy embarazada —afirmó. Porque era un hecho, estaba

completamente segura de que así era.

—Vale —contestó serenamente William mientras la cogía de los hombros para serenarla—. Sabía que podía existir esta posibilidad, al fin y al cabo, era una de las consecuencias que podrían ocurrir dado el caso —hizo una pausa y aprovechando que ella no dejó de mirarle prosiguió—. No dudes ni por un instante en que reconoceré a ese niño como mi propio hijo e intentaré ser un padre para él o ella.

—Yo no quiero tener nada que me recuerde a él y este bebé —señaló su barriga para enfatizar sus palabras—. Me lo recordará cada día durante el resto de mi vida.

—Tienes dos formas de aceptar esta noticia Emily —comenzó a relatarle pausadamente—. Lo desprecias, te encierras en tu habitación y lloras desconsoladamente por tu desdicha o aceptas que sea quien sea el padre de esa criatura únicamente será nuestro, tuyo y mío. Este pequeño llenará nuestras vidas de alegría y será lo más valioso que tendremos en la vida.

—Pero… —susurró comenzando a dudar.

—Emily —atajó William—, yo jamás soñé con la posibilidad de ser padre y ahora tú me brindas esa oportunidad, déjame aferrarme a ella, disfrutarla y saborearla. No sabes la alegría que me da el saber que podré darle mi apellido a alguien que continuará el apellido de mi familia.

Emily no pudo sentir tristeza por la felicidad de William, su hijo tendría la sangre de Henry, pero a todos los efectos sería un Barnes, nadie lo cuestionaría jamás.

—Tienes razón —dijo ahora con un deje de sonrisa—. Será nuestro hijo, únicamente de nosotros.

Los días se convirtieron en semanas y posteriormente en meses. William quiso cancelar su viaje para estar con Emily, pero ella se negó, decidieron que la compañía de la madre de William sería suficiente y en el trayecto final de su embarazo él habría regresado de Francia, justo a tiempo para el parto.

Emily no podía evitar sentirse feliz por la nueva vida que se estaba gestando en su interior, el mundo comenzaba a sonreír de nuevo, sabía que no volvería a ser la misma joven e ingenua que fue antes de casarse con William, pero había encontrado una razón para sentirse viva de nuevo, su bebé. Le daba igual que fuera un niño o una niña

siempre que estuviera sano y lleno de vida, Petunia, la madre de William había recibido la noticia con tanto entusiasmo que a los dos días de recibir la carta se había presentado en la mansión para instalarse pese a que aún faltaban dos semanas para la partida de William.

—No entiendo por qué no puedes retrasar el viaje hasta que nazca tu hijo.

William, ¡Es tu primogénito! —exclamó Petunia sin entender cómo dejaba sola a su esposa estando en estado y en aquella casa de campo alejada de la ciudad.

—Si no fuera importante no iría, madre. Fui el primero en querer quedarme, pero Emily me convenció de que debía ir, que no me preocupase. Además, le prometí que estaría de regreso a tiempo para no perderme el nacimiento de mi hijo —confesó para tranquilizar a su madre.

—Eso espero, una mujer se siente muy sola y nostálgica cuando está embarazada, más aún después de dar a luz.

—Tranquilícese madre, volveré a tiempo —dijo dándole un beso en la mano

—. Cuide de Emily en mi ausencia, la necesitará, aunque ella no lo admita.

—No te preocupes, es una joven fuerte, pero estaré a su lado vigilándola.

Además, Susan nos visitará pronto y también la joven señorita Benedict, así se distraerá en tu ausencia.

El día previsto para la partida de William llegó, Emily sintió un gran vacío, sabía que él necesitaba hacer ese viaje, se trataba de algo más personal que por negocios en sí, si era sincera se sentía en cierta forma protegida si estaba cerca de él, así que sintió cierta nostalgia al verlo marchar, de todos modos, no estaría sola, tanto Julia como Susan vendrían en unos días y después llegaría Anne. Además había avanzado mucho con sus clases de diseño y ahora realizaba mucho mejor los modelos, William decía que era una alumna brillante y comenzaba a pensar que sería demasiado buena, tanto o más que incluso él, pero lo cierto era que William se dejaba la piel enseñándole todo lo que sabía sobre moda y le contagiaba su pasión de tal forma que ella comenzó a ver ese mundo de otra forma, no como una simple

costurera que enhebraba la aguja y cosía sin descanso, sino como lo que verdaderamente era, convertir en realidad un sueño creado en tu imaginación, poner textura y color a algo creado únicamente en tu pensamiento, aquello comenzaba a gustarle de verdad.

Por otro lado, gestionar las cuentas de la baronía era algo más tedioso, pero

no era muy complejo. William supo darle algunos trucos y nociones básicas para ello que le hicieron más amena la tarea, en su estado no pudo pasearse por la finca a caballo para divisar el condado y hacer las típicas visitas que solía hacer su esposo, pero dadas las circunstancias lo entenderían.

—¡Julia!, ¡Susan! —gritó Emily mientras bajaba las escaleras para saludar a sus amigas eufóricamente que acababan de llegar, llevaba tanto tiempo sin verlas que parecía que había pasado toda una vida. Aunque verlas le recordaba a otra etapa, una que deseaba no recordar, pero estaban allí y se alegraba de tenerlas por fin a su lado, no supo cuánto las había echado de menos hasta que las vio.

— ¡Emily!, Estás aún más hermosa si cabe —exclamó Susan—, te sienta demasiado bien el embarazo —añadió mientras la abrazaba con delicadeza.

—¡Amiga mía!, ¡Cuánto me hiciste sufrir al enterarme de que William y tú os fugasteis!, ¡Ni una mísera carta!, ¡Eso no te lo perdono! —bromeo Julia.

Emily rió, pero no dijo nada al respecto.

—Vamos pasad, Judith nos estará esperando para servir el té, hace horas que os esperaba, ¿Tenéis muchas cosas que contarme sobre Londres?, ¿Ha ocurrido algo interesante?

—No te has perdido nada, de hecho, estoy por fugarme yo también con el primer caballero que me lo proponga a ver si mi vida se vuelve algo más excitante —confesó Julia divertida provocando la risa de sus amigas.

Aquella semana con sus amigas había sido todo un cambio de aires para Emily, apenas había notado la ausencia de William gracias a ellas, pero ahora que se habían ido y contaba únicamente con la compañía de su suegra, volvía a estar algo melancólica. No era que Petunia no le agradara, la baronesa viuda era demasiado atenta y amable, agradecía su compañía, pero con el paso de

los días se tornaba algo aburrida. Por suerte Anne vendría pronto y al menos sería alguien más con quien conversar, sus amigas no le hablaron sobre el duque, tampoco lo hizo Julia quien sabía de sus sentimientos hacia él y en ningún momento sacó a relucir el tema, quizá porque Susan siempre estaba presente, fuera como fuera, él formaba parte del pasado para ella aunque su hijo llevara su sangre.

En la ciudad, Henry ocupaba todo su tiempo trabajando, tal como hacía antes de conocer a Emily, sentir dolor de pérdida no era nuevo para él, pero podía asegurar que lo que estaba sintiendo ahora no era comparable a lo que había sentido en su día por Sophie cuando creyó que la amaba.

No, definitivamente no era amor lo que sintió por esa zorra fulana, ahora lo comprendía, si la hubiese amado de verdad, sentiría odio hacia ella, rencor por haber desperdiciado tantos años de su vida guardando una promesa que no merecía y habiendo cometido el error más grande de su vida. No, él únicamente lamentaba que por culpa de aquella maldita promesa había perdido a Emily.

En su afán de egoísmo por respeto hacia esa mujer que no merecía nombrarla dama y hacia el juramento que le hizo en su tumba, había perdido al único ser que amaba, que de verdad le había importado. Saber que no podía tenerla estando ella viva era como morir agonizando poco a poco.

—¡Maldito Barnes y maldita sea la hora en que nació! —maldijo en voz alta.

Le odiaba, él la siguió, persiguió y seguramente convenció en un momento de debilidad para que se casara con ella y probablemente en su estado de congoja; accedió a ello. De todos modos, no podía cambiar los acontecimientos, allí el único perdedor era él, ahora solo le quedaba esperar que Emily fuera feliz, ella formaría una familia con Barnes, tendrían hijos y él… simplemente estaría solo, porque ni tan siquiera le había dejado la

posibilidad de gozar con alguna amante, no sentía deseo por otra que no fuera ella, definitivamente él había perdido en aquella lucha si es que alguna vez fue una batalla.

Debía tratar unos asuntos sobre la fábrica textil con Richmond, había esperado poder haber discutirlos en la misma fábrica, pero su socio no se encontraba allí y eran demasiado importantes para poder esperar.

Como siempre fue anunciado por el ama de llaves antes de entrar en

su despacho y sentarse en la misma butaca de siempre frente al escritorio de madera que tan buenamente conocía ya.

—Ha surgido un inconveniente respecto a los barcos que requiere tu asistencia inmediata Richmond —anunció antes si tan siquiera de saludar, su tono era serio, frío, distante; sin emoción alguna.

—¿Que ha pasado?, ¿Se trata de la fábrica? —preguntó este asustado. Si Sylverston había ido hasta allí siendo tan directo es que era grave.

—Los barcos con la mercancía nueva han quedado retenidos en la frontera de Irlanda, se trata de un asunto burocrático que requiere tu expresa presencia al ser el dueño de la naviera. Según parece exigen que debas acudir en persona, con los papeles que aseguran que los barcos son de tu propiedad y deberemos pagar unas tasas, esto solo nos hace pensar en una nueva ruta para traer la mercancía, pero hasta entonces deberás acudir de inmediato o tendremos retrasos en los pedidos y pérdidas enormes difíciles de afrontar que no nos podemos permitir ahora. —Por no decir que podría ser una ruina si no llegaba a tiempo la mercancía, no podían arrancar la fábrica con deudas acumuladas.

—Por supuesto, saldré esta tarde mismo a primera hora —respondió inmediatamente—. ¡Oh no!, ¡Anne me matará! —exclamó contrariado.

Sylverston no hizo caso a la frase que había expresado su socio, prefería tener

la menor relación posible. Aunque se moría por saber cómo estaba Emily, luchaba contra ese sentimiento día tras día.

—Bueno, tendré que buscar a alguien que la acompañe en mi lugar, no queda de otra —volvió a hablar como si lo hiciera para sí mismo pese a tener al duque en su presencia.

—Querido ya he comprado todo lo que me encargó Em… —Anne silenció su voz cuando descubrió que su marido estaba acompañado—. Disculpe su excelencia, la puerta no estaba cerrada y pensé que mi esposo no estaría reunido —se disculpó.

—No se preocupe señora Richmond, ya aclaré con su marido todo y ahora disponía a marcharme.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ella por cortesía.

—Sí querida, debo partir esta misma tarde de inmediato, por lo que no

podré acompañarte en el viaje, tendremos que buscar alguna alternativa.

—¡Oh!, ¡Que contrariedad!, No puedo retrasarlo Donald Se lo prometí a Emily, ella está sola y debo acudir.

Aquella frase provocó algo en Henry, escuchar *Emily* y *sola* en la misma línea no podía ser bueno, de hecho, antes siquiera de pensarlo las palabras salieron de sus labios.

—Yo la puedo acompañar si lo desea señora Richmond —expresó antes de que su razonamiento le impidiera hacerlo.

¿Pero que estaba haciendo?, ¿Como se le ocurría ofrecerse para acompañar a la señora Richmond solo por ver a Emily?, En realidad sí que lo sabía; necesitaba verla. Había pasado mucho tiempo y tenía la imperiosa necesidad de saber que se encontraba bien, dicho sea de paso, martirizarse a sí mismo viéndola feliz junto a otro hombre, aunque por lo poco que había averiguado,

Barnes se había ausentado en uno de sus múltiples viajes a Francia, así que la tendría solo para él… no, ella no era de él, se concienció. Tenía que aceptar que, aunque su corazón sintiera que era suya, legalmente, no sería jamás para él a menos que se deshiciera del barón, quizás simplemente necesitaba saber que ella era feliz junto a Barnes para mentalizarse de que la había perdido completamente. Estaba seguro de que sus sentimientos no cambiarían, pero al menos necesitaba saber que no la había convertido en una desgraciada, que no había provocado la desdicha de los dos por una estupidez, porque si ella no era feliz con William, la raptaría y se la llevaría lejos, comenzarían una nueva vida allí donde nadie pudiera encontrarlos.

—Aún no le he dado las gracias por acompañarme su excelencia, imagino que usted tiene mejores cosas que hacer que acompañar a una dama en un largo viaje —comentó Anne.

Llevaban dos horas de camino y el duque permanecía en un silencio absoluto, ella no había querido darle conversación, aún le resultaba tan extraño que se hubiera ofrecido a acompañarla. Aunque si sus sospechas no fallaban seguramente había sido la excusa perfecta para ver a Emily, no sabía cómo reaccionaría al verla en estado, tampoco quiso ser ella quien revelara dicho acontecimiento, prefirió ver su reacción, estaba segura de que no le iba a resultar indiferente.

—Es lo menos que podía hacer por Donald, puesto que le privé de poder hacerlo él mismo al surgir el inconveniente con los barcos —

contestó con voz tranquila.

—Es cierto, pero usted no tuvo la culpa de tal contrariedad, sin embargo, ha sido muy amable por ofrecerse. Mi esposo no habría querido que realizara el viaje sola por estos caminos tan angostos y preocupado por si algún maleante decidiera asaltar el carruaje —respondió para darle conversación.

—Es su deber garantizar la seguridad de su esposa —contestó escuetamente.

—Claro, por supuesto y dígame, ¿Ha pensado usted en casarse alguna vez?

—preguntó en la primera oportunidad.

—El matrimonio no es algo relevante para mí, señora Richmond, quizá porque el destino no ha favorecido que así sea. —El tono de su voz indicaba nostalgia, pesadez e incluso arrepentimiento.

—Vaya, por sus palabras deduzco que sí tuvo intención de contraer matrimonio en alguna ocasión. —Anne quería ver hasta dónde era capaz de hablar el duque, quizá así consiguiera averiguar algo sobre lo que debió ocurrir con Emily.

—Si no le importa señora Richmond, no es un tema del que me agrade hablar

—cortó tajantemente su cháchara.

—Por supuesto, excelencia —Anne no se atrevió a decir nada más, simplemente retomó su lectura, aunque no dejaba de darle vueltas siendo incapaz de leer una sola frase, ¿Le había pedido entonces matrimonio a Emily? ¡Oh!, Estaba demasiado impaciente por saberlo, nunca se había considerado una persona cotilla, pero moría por averiguar qué historia tenía su hermana menor con el duque de Sylverston.

Faltaba muy poco para llegar, según el cochero ya se divisaba la mansión de Barnes, sus manos comenzaron a sudar, sentía como su cuello se ahogaba con la camisa, estaba nervioso por volver a verla, ¿Cómo reaccionaría ella?,

¿Habría avisado la señora Richmond a su hermana de que él la acompañaba?, Tenía tantas dudas en su cabeza, en aquel momento le pareció una mala idea haber ido aunque ya era tarde, estaba allí, de

hecho divisaba como el carruaje estaba entrando en el camino de la mansión, se escondió cuando vio una figura salir por la puerta, no era Emily, por su vestimenta supo que sería una

criada.

El carruaje se detuvo y Henry descendió para ayudar a bajar a la señora Richmond. Se giró cogiendo fuerzas, preparado para enfrentarla, pero ella no había salido, estaban los miembros del servicio y una mujer mayor vestida de negro, ¿Dónde estaba Emily?

—Querida señora Richmond, espero que el viaje no haya sido muy tedioso, sé que bastante largo, pero espero que haya disfrutado del paisaje —dijo aquella mujer mientras se acercaba a saludarles.

—No se preocupe *lady* Petunia, he podido disfrutar como hacía tiempo que no lo recordaba —contestó—. Le presento al duque de Sylverston. Ha tenido la amabilidad de acompañarme puesto que debido a unos asuntos de trabajo a mi esposo le ha resultado imposible poder hacerlo. —Anne hizo las debidas presentaciones.

—Es un placer conocerle, su excelencia. Y le agradezco que haya podido acompañar a la señora Richmond, es muy amable de su parte.

—No tiene porque agradecérmelo, *lady* Petunia.

—¿Y Emily?, ¿Se encuentra bien? —interrumpió Anne preocupada.

—¡Oh sí!, Ella está perfectamente dadas las circunstancias, está descansando en su habitación, últimamente se siente algo más cansada, pero es normal.

¿Circunstancias?, ¿Cansada?, A Henry le pasó de todo por la cabeza, ¿Estaba ella enferma?, ¿O simplemente se referían a que estaba triste por la ausencia de Barnes? De cualquier forma, nunca estuvo preparado para lo que vio, alzó la vista y visualizó la figura de Emily ataviada con un sencillo vestido de gasa, estaba preciosa, incluso más hermosa aún de lo que recordaba, su cabello lucía suelto en un semi-recogido, la alegría que había en su rostro se acabó cuando le vio y se enfureció consigo mismo, no quería ser el culpable

de que ella no fuera feliz, de apagar su sonrisa.

—¡Emily!, ¡Por fin querida! —gritó Anne entusiasmada al ver a su hermana.

Emily se acercó a ellos para bajar los escalones y Henry creyó partirse en dos. Estaba embarazada, su enorme y abultado vientre que antes no había podido ver al encontrarse alejada y con la vista al frente ahora era más que evidente, ella iba a ser madre, tendría un hijo de Barnes.

19

Emily divisó al duque de Sylverston junto a su hermana y permaneció estática unos segundos, su sonrisa se esfumó en el mismo instante en el que sus ojos le apreciaron ¿Qué hacía él allí?, ¿A qué demonios había ido?, su agilidad mental de pronto se vio mermada a una sola idea, ¿No pensará que el niño puede ser suyo? No, no podía ser… un miedo comenzó a invadirla por dentro pensando lo peor, ¿Por qué habría ido él allí si no fuera esa la razón?,

¿Para proponerle de nuevo ser su amante? Que se atreviera a hacerlo, se reforzó a sí misma para estar segura de sí misma. En aquel instante deseo que

William apareciera para estar a su lado, era incapaz de enfrentar al duque ella sola, de hecho, evitó mirarle en todo momento desde que descubrió su presencia.

Para Henry no pasó desapercibido que ella le evitaba, un simple su excelencia, fue todo lo que obtuvo de ella, sin tan siquiera le miró. Esa fue razón más que suficiente para saber que ella no le quería allí, ¿Acaso él había esperado que se lanzara a sus brazos?, ¿Que le proclamaría su amor y le dijera lo arrepentida que estaba de haberse casado con otro? No, desde luego que no. Ni en sus más fervientes sueños ella haría algo así, pero dolía ver lo indiferente que era para ella después de lo que habían vivido, dolía saber que ella parecía haber logrado continuar su vida y la prueba viviente de ello era su abultado vientre. Saber que ese hijo era de otro le arrebataba la más

remota posibilidad de volver a tenerla, aunque en el fondo siempre había sabido que no sería suya desde el momento en que se casó con Barnes, verlo con sus propios ojos era doloroso, ir allí había sido un puro acto de masoquismo.

Acompañó a las damas mientras tomaban el té, escuchando sin intervenir en la conversación, aunque Emily apenas hablaba. Al parecer Barnes debería haber llegado hacía una semana de su viaje a Francia, pero algo lo estaba retrasando en demasía, él no entendía como había sido capaz de dejar a su mujer sola y embarazada en aquella casa alejada de la mano de Dios, ¿Y si le ocurría algo?, ¿Y si el parto se agravaba?

De solo pensar que Emily corriera peligro le enervaba la sangre, aquel tipo era un imbécil por dejarla, él no lo hubiera hecho jamás, así le costara toda su fortuna, no la habría dejado sola. Si tan solo se hubiera dado cuenta antes de lo que en verdad sentía por ella, si no se hubiera negado sus sentimientos por una estúpida promesa que hizo hacía catorce años. No… recordarlo solo le hacía desear más lo que no podía tener por su terquedad y estupidez.

Alzó la vista para verla y allí estaba ella; pequeña, endiabladamente hermosa, más aún que antes seguramente debido al embarazo. Le sentaba bien estar en su estado; el leve rubor de sus mejillas, sus labios carnosos que tan bien recordaba haberlos besado en tantas ocasiones y aquellos ojos, esos enormes ojos que le perseguían en sus sueños estuviese despierto o no. Ella le miró, fue solo un instante, pero pudo ver lo suficiente para notar que no brillaban como antes, sino que parecían apagados y aquello le conmovió. Tenía que hablar con ella, al menos disculparse por lo que había hecho, sabía que no cambiaría nada, pero necesitaba hacerlo, solo tenía que hacerlo en el momento adecuado, cuando ella estuviera sola.

—¿Hasta cuándo se quedará su excelencia? —la baronesa viuda se dirigió a Henry, él no había pensado en eso, todo había sido tan repentino que ni tan siquiera le había dado tiempo a planificarlo, más que nada porque no sabía lo que se iba a encontrar.

—No pensaba quedarme mucho tiempo, simplemente acompañé a la señora Richmond para la seguridad de su esposo, pero mañana mismo a primera hora me marcharé —confesó intentando no ser inoportuno, no pensaba auto invitarse, aunque esperaba poder hablar con Emily en el transcurso de aquella noche.

—Perdóneme si me excedo en mi petición su excelencia, pero estando

ausente mi hijo, ¿Le importaría prolongar su visita uno o dos días? No estoy del todo tranquila cuando la baronesa está en un estado de gestación tan avanzado, se podría adelantar la criatura y estaría más tranquila habiendo un caballero en casa por si se presenta algún problema.

—Petunia —interrumpió Emily—. *Lord* Sylverston es un hombre muy ocupado, seguro que sus obligaciones le reclaman —añadió sin mirarlo, sino con la vista fija en su suegra.

—Será un placer quedarme unos días, todo sea por la seguridad de la baronesa de Brightdawn —contestó mirando fijamente a la aludida. ¿Ella no le quería allí? Lo comprendía perfectamente, pero al menos se aseguraría de que ella estaba bien y de paso eso le daría el tiempo necesario para hablar con ella sin tanta premura.

¿Qué?, pensó Emily. ¿No solo estaba allí, sino que iba a tener que aguantar su presencia durante varios días?, Eso no podía estar ocurriendo, tenía que ser un mal sueño del que no había despertado aún. No, su peor pesadilla estaba frente a él y ella solo quería salir huyendo de nuevo.

Llevaba tres días allí y Emily le rehuía como la peste, estaba seguro de ello, pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación y si salía siempre estaba acompañada por su hermana o por la madre de Barnes, ¡Así era imposible hablar con ella!, Barnes no tardaría en llegar y para entonces suponía que acabaría cualquier probabilidad de hablar con ella. Se había hecho tarde y las damas se habían retirado a dormir, él estaba apurando una copa de coñac debatiendo sobre cómo hacer para interceptarla, de buena gana se metería en su habitación si supiera donde estaba, pero era demasiado arriesgado y en su estado no era oportuno asustarla.

Las luces de las velas estaban apagadas por lo que los pasillos únicamente se iluminaban a través de la luz procedente de la luna que atravesaba los grandes ventanales, caminaba por el pasillo que daba a la habitación que le habían asignado cuando vio su figura entrando a una de las habitaciones, sin duda era ella por su vientre tan abultado, su silueta estaba iluminada por el candil que llevaba en la mano ¿Qué hacía despierta a esa hora? Era demasiado tarde, pero aprovechando la situación apresuró su paso y se coló por la puerta en la que la había visto perderse momentos antes.

Emily notó que la puerta se abría y volvía a cerrarse tras ella, asustada se

volvió iluminando la figura masculina con el candil, debería haber sabido que era él. Había notado que parecía perseguirla allá donde fuera por eso evitaba estar sola en todo momento e incluso había solicitado que Judith durmiera junto a ella excusándose en su embarazo, pero en realidad se lo pidió por si al duque se le ocurría entrar en su habitación. Lo admitía, tenía pánico de enfrentarse a él, de no ser lo suficientemente fuerte para no desplomarse ante sus banales excusas o incluso negarse a lo que ella pensaba que le quería preguntar, ofrecerle de nuevo ser su amante.

—Emily —susurró mirándola fijamente—. Tenemos que hablar. —Su voz de él sonaba firme y seria.

—Para usted soy la baronesa de Brightdawn, su excelencia —dijo seriamente

—. Y no tengo nada que hablar con usted. —Bien, de momento se había mantenido firme, tendría que seguir así, se apremió a sí misma.

Henry sabía que no sería fácil, pero que le reprochara directamente que ella era una dama casada y con un apellido que no era el suyo era como pegarle una bofetada en la cara.

—Necesito saber por qué lo hiciste, tengo que saber por qué te casaste con él tan repentinamente —dijo con palabras que denotaban dolor en su tono de voz.

—Creo que lo sabes perfectamente. —Y si no lo sabía que dedujera lo que él quisiera, a ella le daba absolutamente igual lo que pensara.

—No tardaste ni tres horas en huir con Barnes, creo que me merezco saber por qué, exijo saber por qué lo hiciste —repitió.

—No.

—¿No? —preguntó contrariado.

—No está en condiciones de exigir nada, entre usted y yo no hay nada de qué

hablar, soy una mujer casada, estoy feliz con mi esposo y ahora deseo que se marche —contestó en voz alta sin llegar a gritar—. No quiero volver a verlo

—añadió tajante.

—Ya veo —aclaró él—. No tardaste ni un día en meterte en su cama, es evidente —dijo arrastrando sus palabras mientras señalaba su vientre y ella le miraba con evidente odio—. Supongo que pensaste que, si no cazabas a un duque, tal vez un barón te podría servir, ¿Me equivoco? —El hecho de saber que ella no lo quería había provocado su irracionalidad.

«Plaff» La sonora bofetada resonó en la habitación.

—¡Cómo te atreves! —le gritó—. ¡Fuera de mi vista!, ¡Eres un ser cruel y despreciable! —Emily tenía los ojos brillantes ahogando las lágrimas, pero no derramaría ni una, no por ese miserable— ¡Te odio! —gritó a pleno pulmón, necesitaba sacar toda esa rabia contenida.

Henry se quedó enmudecido, ¿Por qué le había dicho aquello? Lo sabía, era mejor pensar eso que saber que él lo había estropeado todo por su propio egoísmo. Aceptar que no le había dejado más remedio que huir para no ser una desdichada de esa asquerosa sociedad que la señalaría con el dedo por cualquier infracción que no siguiera sus normas y ahí estaba ella, gritándole que le odiaba. Bien, se lo tenía merecido por imbécil, por cretino y por ser un auténtico cabrón después de todo lo que le había hecho.

—¡Lárgate de mi casa!, ¡No quiero volver a verte jamás! —siguió gritando para que él reaccionara.

Verla en ese estado solo le hizo enfurecerse más consigo mismo. La quería, la amaba y solo estaba logrando alejarla aún más de él, pero si eso era lo que ella quería, lo haría, la dejaría intentar ser feliz con Barnes, aunque eso fuera su propio tormento, se alejaría de ella para que al menos uno de los dos

pudiera encontrar su bienestar.

Salió de aquella habitación que había resultado ser el despacho del barón, caminando sin rumbo fijo. Se iría esa misma noche sin despedirse, escribiría una nota anunciando su partida y se alejaría de allí para siempre. Cuando apenas llevaba diez pasos dados desde que había salido de aquel estudio, escuchó un grito aterrador que hizo que su piel se helara. Era ella, sintió que su alma se partía en dos y volvió recorriendo sus pasos lo más rápido que pudo. Abrió la puerta y la encontró tirada en el suelo, con la espalda apoyada en la mesa de madera, el candil que ella llevaba iluminaba levemente su cuerpo y pudo apreciar la sangre en su vestido de gasa. El miedo le atravesó de lleno, sabía que él era el culpable de aquello y si algo le ocurría a ella

o a su hijo, no se lo perdonaría jamás.

—Emily —susurró con miedo acercándose a ella.

—¡No me toques!, ¡Lárgate! —gritó llena de dolor.

—Te guste o no, voy a quedarme —aseguró mientras la cogía entre sus brazos como si no pesar más que una pluma y en volandas salió con ella en dirección a su habitación ya que no sabía dónde se encontraba la de ella.

Emily se retorcía de dolor y con cada gesto de sufrimiento él se sentía aún peor, si pudiera cambiarse por ella para sufrirlo en sus propias carnes, lo haría. Ella no se merecía esto, ¿Por qué tenía que salir todo del revés?, ¿Por qué no podía hacer bien las cosas con ella, aunque solo fuera por una vez? La depositó en su cama y salió corriendo, se había manchado su camisa y parte de su pantalón con la sangre de Emily, avisó al servicio para que la asistieran y despertaran tanto a la señora Richmond como a la baronesa viuda. Él se fue directamente a las caballerizas, Emily iba a necesitar un médico, no era normal que estuviera perdiendo tanta sangre, además aún no había salido de cuentas y era pronto para que naciese, un parto prematuro era muy peligroso,

sabía que corrían demasiado riesgo tanto el niño como la madre.

Ser ocioso nunca había sido algo que le gustara a Henry, llevaba más de tres horas dando vueltas por el salón junto a la baronesa viuda, ambos aguardaban noticias. Anne era la única junto al personal que se encontraba en la habitación asistiendo a Emily, él estaba nervioso. ¿Qué pasaría si ella no sobrevivía? No, tenía que vivir, él no podría seguir adelante si ella moría, podía convivir con el hecho de que ella no fuera suya pero no siendo responsable de su muerte, porque todo aquello había sido su culpa. Solo él era el culpable de que Emily se hubiera alterado de aquella forma provocándole el parto. «Juro que me alejaré de ella, que la dejaré ser feliz, que no me entrometeré jamás en su vida, pero por favor Dios, sálvala, no podré vivir si ella muere», se dijo mentalmente suplicando al cielo.

Trece horas, trece horas de maldito sufrimiento fue lo que hizo falta para que el médico hiciera acto de presencia.

—¿Qué tal se encuentra? —habló la baronesa viuda bastante preocupada.

—Ha sido complicado, la madre ha perdido mucha sangre —dijo el

médico bastante fatigado después de asistir un parto tan largo.

Henry temió lo peor, si comenzaba con aquellas palabras no podía presagiar nada bueno, estaba seguro de ello.

—Pero la niña está bien, a pesar de haber sido un parto prematuro tiene un peso aceptable y no corre peligro —declaró seguro de sus palabras.

—¡Una niña! —exclamó emocionada la baronesa viuda.

—¿Y la madre? —habló Henry precipitándose.

—Como decía ha perdido mucha sangre, su pulso es débil pero esta noche será decisiva, ahora solo podemos esperar —declaró algo apesadumbrado.

No… *su* Emily no podía morir. No podía simplemente irse y abandonarlo, no con ese cargo de conciencia que le pesaría el resto de su vida

—¿Se puede hacer algo? —Sabía que su pregunta resultaría extraña, él no tenía nada que ver con ella en apariencia, pero su necesidad y preocupación imperaba a su razonamiento.

—Lamentablemente no, solo esperar y rezar —confirmó el médico—.

Aunque ella está inconsciente, hay que tener especial cuidado en que no le suba la fiebre, será normal que tenga algo de calentura durante la noche, pero es de vital importancia que remita y no aumente, tal como le dije a la Señora Richmond —comunicó antes de marcharse.

Anne apareció en esos instantes, tenía un pequeño bulto en sus brazos acunando en su pecho con movimientos lentos que él suponía era para calmar a la criatura.

—Su excelencia —susurró Anne al alzar la vista y verle—. Debo agradecerle su rápida intervención, si no hubiera sido por usted, ahora no tendríamos la esperanza de que mi querida hermana pueda recuperarse —habló mientras le dedicaba su mirada de nuevo a la pequeña criatura que llevaba en brazos.

—Voy a la cocina, a ver si esta pequeña quiere tomar un poco de manzanilla hasta que encontremos una nodriza.

—¿Cómo se encuentra *lady* Emily? —volvió a preguntar.

—Durmiendo. El médico nos ha indicado que debemos vigilar muy bien la fiebre, regresará antes del amanecer para ver qué tal se encuentra, pero hasta entonces no podemos hacer nada.

—Entiendo —dijo sin entenderlo realmente, porque era incapaz de aceptar que no se pudiera hacer nada por ella hasta entonces. Necesitaba verla, aunque fuera completamente inapropiado, tenía que verla.

Sin pensarlo dos veces subió hasta la habitación que le habían designado cuando llegó y aprovechando que las doncellas sacaban los paños de sangre tras limpiar la habitación, algo que le descompuso totalmente, al comprobar la gravedad de su estado, entró en la habitación vislumbrando a Emily inconsciente, tendría solo unos instantes antes de que alguien volviera.

Era masoca, definitivamente debía ser puro masoquismo el estar allí, a los pies de aquella mujer que innegablemente amaba, sabiendo que estaba casada, que acababa de tener un hijo de otro y que encima él mismo era culpable de que se encontrara en aquella situación, «¿Por qué me torturo de esta forma?», Sabía la respuesta, prefería torturarse y poder estar cerca de ella, a limitarse pensar en Emily desde la lejanía. «Todo ha salido mal, definitivamente no era lo que tenía planeado», pensó mientras se acercaba a ella y se sentaba en el borde de la cama cogiendo una de sus manos entre las suyas sin dejar de mirarla

—Si hubiera hecho las cosas de otro modo —exclamó en voz alta suavemente con dulzura mientras rozaba con sus dedos su rostro—. Sé que jamás podrás perdonarme, Emily —admitió—. Que nunca tendré una posibilidad estando a tu lado —aseguró—. Por eso te prometo que me alejaré de ti, me marcharé para que seas feliz, pero por favor, vive —susurró cerca de su rostro—. Necesito saber que estás viva, que ves crecer a tu hija.

Aunque me odies, aunque yo sea el culpable de tu desdicha y deba convivir con ello, pero te lo suplico, intenta ser feliz por los dos —añadió con los ojos empañados en lágrimas.

—¿Qué hace aquí? —Una voz masculina tensó a Henry, que se incorporó lentamente apretando los ojos para controlar las lágrimas que pudieran salir de ellos.

—Buenas noches *lord* Barnes —dijo dándose la vuelta y enfrentándose a él.

—Creo haberle preguntado qué hace aquí, *lord* Sylverston, en la recámara donde se encuentra mi esposa, a solas y susurrándole al oído —habló en un tono serio que dejaba bien claro que lo había visto.

—Lo lamento. —Se disculpó pensando en una excusa—. El médico dijo que su esposa no se encontraba bien, que corría peligro y simplemente intentaba darle palabras de ánimo, aunque esté inconsciente. Se que no es nada apropiado, pero solo tenía buenas intenciones —era una excusa pobre, lo sabía, pero decirle la verdad era renunciar a su promesa. Si Emily se recuperaba la dejaría ser feliz junto a Barnes. Si no…, estaba seguro de que él moriría también o al menos su conciencia lo haría.

—Le agradezco su amabilidad, me han contado que fue usted mismo quien trajo al médico que atendió a Emily y ha resultado ser de vital importancia para su salud, pero como bien ha dicho, es completamente inadecuado. Ahora si no le importa, me gustaría estar a solas con mi esposa y le agradecería que se marchara mañana mismo. —William no estaba seguro de lo que habría ocurrido en su ausencia, pero algo llegaba a intuir que algo no iba bien. Su viaje se había retrasado debido a una tormenta que les sorprendió en alta mar haciéndoles virar de rumbo para rodearla, aun así, él creía haber llegado con tiempo suficiente para el nacimiento del bebé, en cambio se había sorprendido con la noticia del reciente alumbramiento y en las condiciones desfavorables en las que había sido.

Emily corría peligro, su esposa podría no salir con vida de ésta y lo que menos quería en aquel momento era tener a Sylverston incordiando. Solo podía pensar en la recuperación de su amiga, lo demás podía arreglarse después.

Henry no pudo dormir en toda la noche, sabiendo el peligro que corría Emily,

¿Quién en su sano juicio podría hacerlo? Se limitó a dar vueltas por la

habitación que le habían asignado ya que Emily se encontraba en la que él había estado utilizando, necesitaba tener noticias, saber cómo estaba evolucionando.

A las seis de la mañana no aguantó más y salió completamente vestido con su traje formal que derrochaba elegancia, su instinto fue acudir a su antigua habitación, pero decidió bajar al salón para no levantar sospechas.

Anne estaba sentada en uno de los sillones con el bebé acunado en sus

brazos, un instinto de ternura recorrió sus entrañas, «Que distinto hubiera sido si esa niña llevara su sangre», se dijo mentalmente al verla.

—¿Verdad que es hermosa? —dijo Anne mientras se acercaba a él para enseñarle a la criatura. La pequeña dormía, su cara redondita era perfecta, con unas largas pestañas negras y una tez clara como la de su madre, sus labios también eran de ella, sin duda esa pequeña sería hermosa, quizá tan hermosa como lo era su madre.

—Si, muy hermosa —objetó mientras se hipnotizaba observándola.

—Sí, y pronto tu madre podrá alimentarte —habló más para la niña que para el duque.

—¿Emily? —preguntó de pronto—. Quiero decir la baronesa ¿Se encuentra bien? —rectificó preguntando inquietamente por su salud.

—Sí, ha pasado la noche sin fiebre e incluso ya ha despertado preguntando por su hija —afirmó Anne—. El médico dice que no corre peligro, solo debe descansar y reponer fuerzas —habló sonriente.

En ese momento Henry sintió como si cien sacos de arena que llevaba a su espalda se rompieran y liberaran, podía volver a respirar. Emily viviría, él se alejaría de ella, pero podría convivir con ello, aunque doliera.

20

Emily despertó notando una pesadez en todo su cuerpo, no sentía dolor, pero apenas podía moverse, era como si algo invisible se cerniera sobre ella impidiéndole mover los músculos.

—¿Dónde está? —preguntó de repente.

—¿Quién? —dijo William sonriente al despertar algo asustada, deseaba calmarla—. Porque si te refieres a la pequeña, está con tu hermana Anne y si hablas del duque, se marchó esta misma mañana —dijo serenamente.

Emily suspiró tranquila, por un momento no sabía que le había pasado por la cabeza, se imaginó a Sylverston raptando a su bebé o intentando volver a

hablar con ella para exigirle por qué había huido de él, un momento ¿Niña?, miró a William sonriente.

—¿Es una niña? —preguntó para asegurarse.

—Una preciosa, hermosa, sana y más que deseada niña —contestó mientras besaba el dorso de su mano.

—Quiero verla —suplicó. Necesitaba ver a su pequeña de inmediato, había soñando tanto con ver cómo sería…

—Sí, enseguida la traerán de regreso a tu lado, en cuanto acabe la nodriza.

—¿Una nodriza? —preguntó confundida. Ella había dejado claro que deseaba amamantar a su propio hijo, aunque fuera algo inusual puesto que todas las damas utilizaban nodrizas.

—Sí querida, perdiste demasiada sangre, no sabíamos cuando despertarías, ni si podrías amamantar tu sola a la criatura o sería insuficiente. Así que era lo mejor para la pequeña. —aclaró.

Aunque le hubiera gustado darle el pecho ella misma, entendió que era lo mejor para su bebé.

—Entiendo —dijo intentando incorporarse un poco para obtener una postura más cómoda.

—Ahora me gustaría saber qué hacía el duque de Sylverston aquí tan lejos de Londres. —Comenzó a interrogar William—. Sé la historia de que acompañó a tu hermana, pero tú y yo sabemos que eso solo fue una excusa, ¿A qué vino Emily?, ¿Sabe que la niña es suya? —preguntó directamente.

Emily suspiró mientras trataba de afrontar lo sucedido para explicárselo a William.

—No —confirmó —. Cree que es tuya, ni tan siquiera reparó en la

posibilidad de que él podría ser el padre, dio por sentado que eras tú.

—Pues sí que debe estar ciego si ni siquiera le siembra la duda —habló William en un tono irónico—. Solo tenía que hacer cuentas —dijo mofándose.

—En realidad, solo quería saber por qué huí de él —terminó de revelar Emily.

—¿Solo eso?, ¿No te propuso ser su amante de nuevo? —preguntó extrañado.

—No, de hecho, parecía algo contrariado, pero no tiene caso que hablemos de él, ya se ha marchado e imagino que no tendré porqué volver a verlo de nuevo. —Al menos esperaba que no fuera en mucho tiempo, aún le temblaban las rodillas de pensar en la discusión acalorada que tuvo con él y que fue la causante de su prematuro parto.

Ni siquiera supo de dónde sacó las fuerzas necesarias para encararle, mucho menos para pegarle aquella bofetada y pedirle que se largara

de una vez y la dejara vivir su vida, ¿Cómo había sido ella capaz de hacer algo así? A un duque ni más ni menos, aunque claro, si dicho duque había jugado con su vida como una marioneta a su antojo cambiaba la resultante de la ecuación.

Anne entró en la habitación en aquel instante con el bebé en brazos, estaba sonriente y Emily pudo ver como el bulto que llevaba entre sus brazos se movía inquietamente.

—Hay alguien que está deseando conocerte, pequeña —le habló al bebé mientras se acercó a la cama para depositarlo entre los brazos de Emily.

—¿Aún no le habéis puesto nombre? —habló Emily sin apartar la vista de su pequeña, era preciosa.

—No, queríamos esperar a que tú se lo pusieras —contestó William.

Emily miró a su pequeña y lo tuvo claro.

— Lynette, se llamará Lynette como mamá —aclaró.

—Me parece un nombre precioso, que así sea, Lynette Barnes — terminó por hablar William.

—Emily tengo que comentarte algo —habló William ahora que se habían quedado solos porque Anne les había dado privacidad.

—¿Sí? —dijo ella sin dejar de jugar con las manitas de su pequeña. Le resultaba inexplicable amar a un ser al que acababa de conocer.

—Antoine ha venido conmigo, va a quedarse con nosotros y no sabía si podría incomodarte, no quise escribirte una carta por si terminaba en manos equivocadas —aclaró.

—William, por supuesto que no me incomoda, deseo que puedas ser feliz y si de alguna forma te puedo ayudar en algo, sabes que puedes contar conmigo

—contestó sinceramente.

Ella le debía tanto a William que le deseaba toda la felicidad del mundo, sabía que no podría hacer público sus sentimientos por Antoine, pero al menos podría llevar una vida en pareja junto a él en la intimidad sin levantar sospechas.

—¿Cómo es posible querer tanto a una criatura tan pequeña? —habló

en voz alta provocando la risa de William.

—Vas a ser una gran madre, Emily, estoy seguro. —William se levantó y le dio un beso en la frente dejándola a solas por unos instantes.

En ese instante su pequeña la miró y a ella le dio un vuelco el corazón, su niña tenía exactamente la misma tonalidad de ojos de Henry, ese tono de gris inconfundible. Había creído que aquel hecho podría molestarla cuando pensó

en si su hijo se parecería a él, pero por raro que pareciera la conmovió.

Lynette no tendría su apellido, pero tendría algo que nadie podría objetar de su verdadero padre.

Emily congenió enseguida con Antoine, le recordaba a su hermana Miriam de alguna forma, la cual no veía desde el funeral de su padre. El francés parecía estar encantado con Lynette, conocía perfectamente las circunstancias de Emily al casarse con William y quizá por eso o por su forma de ser, notó con Antoine casi lo mismo que con William, esa conexión que le favorecía un instinto de confianza no llegaba al nivel de su esposo, pero se podría aproximar.

Antoine era bien parecido, de cabellos oscuros, alto, con ojos verdes y rasgos europeos, su mandíbula algo afeminada pero que le daba un aspecto juvenil y alegre. Hablaba su idioma, pero el acento era mucho más que evidente, aun así, se defendía bastante bien. Más tarde supo que Antoine también era el abogado de todo el patrimonio de Barnes y que precisamente se encontraba en Londres para gestionar algunos asuntos de William ahora que había contraído matrimonio.

—A ver, tienes que firmar, aquí —indicó Antoine—. Aquí y aquí —le señaló tres documentos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella confusa, eran redacciones y largos textos que sabía le llevarían mucho tiempo leer.

—Únicamente dice lo que te pertenece por contraer matrimonio legalmente con el barón de Brightdawn —aclaró Antoine.

—Tranquila Emily, firma, es solo un trámite burocrático —garantizó William sonriente.

Llevaban allí casi toda la tarde, Emily miró los documentos y escuchó los

llantos de su pequeña, era la hora de su comida. Firmó rápidamente en todos los lugares donde le indicó Antoine sin leerlos y dejó la pluma sobre la tinta, jamás había pensado que casarse conllevara tantos trámites burocráticos como decía William.

—Bien, ya está ¿No hay nada más que requiera mi presencia, caballeros?

Porque tengo una hija que atender —preguntó desgastada. Apenas dormía alimentando a la pequeña, le habían insistido en utilizar a la nodriza, pero ella no quería, esa conexión que había conseguido establecer con su pequeña mientras mamaba no la cambiaba por todas las horas de sueño que debía perder.

—Ya está todo —puntualizó Antoine mientras esparcía polvos sobre los documentos para que se sellara la tinta antes de recogerlos.

—¿Cuándo piensas contárselo? —habló Antoine en cuanto Emily salió por la puerta.

—No tiene por qué saberlo —contestó audaz.

—Es tu esposa, William, aunque solo lo sea por un papel, ella es tu amiga, te quiere y te aprecia, deberías decírselo —puntualizó.

—No creo que sea necesario —contestó con voz seria William.

—Ella tendría que saberlo, estar preparada para lo que va a ocurrir —reiteró el francés.

—Está preparada, aunque no sea consciente de ello, lo está, yo me encargué de que lo estuviera —contestó el barón.

—Yo no lo veo así, sabes que no estoy de acuerdo —puntualizó de nuevo el abogado.

—Pero eres mi abogado y tienes que respetar mi decisión —contestó

sonriente provocando que Antoine le abrazara.

—¿Qué voy a hacer contigo? —suspiró.

—Aceptarme como soy, cómo lo has hecho siempre —dijo William dando por finalizada la conversación.

Las semanas fueron pasando y Lynette con sus cuatro meses de vida, crecía hermosa, con sus brillantes ojos grises y su peculiar sonrisa todo

el tiempo, era un bebé que llenaba las vidas de todos los miembros de aquella casa.

Antoine seguía con ellos y a Emily le encantaba disfrutar de su compañía, se había acostumbrado a las miradas entre ellos, su peculiar forma de acercarse el uno al otro sin incomodarla y sobre todo lo sobreprotectores que eran con Lynette y con ella. Se sentía en paz en aquella casa, William no le había propuesto regresar a Londres, ella tampoco creyó estar preparada para hacerlo aún, todavía tenía los recuerdos de la última discusión con Sylverston muy recientes y en cómo acabó todo aquello.

¿Se iría porque discutieron?, ¿Porque ella se lo pidió? No recordaba mucho más de lo ocurrido después de la discusión, fueron tantas horas de dolor que sus recuerdos estaban algo nublados, pero recordaba perfectamente cómo él le reprochó acostarse con William, ¿Cómo pudo él creer que ella se metería rápidamente en la cama de otro hombre?, ¿Así de fácil se creía que era? Fue una estúpida al entregarse a él ingenuamente, pero a esas alturas le daba igual lo que él opinara, ese hecho le había ayudado a creer que su hija era de Barnes, ¿Cómo es que ni siquiera se le pudo pasar por sus pensamientos la posibilidad de que fuera su propia hija? Desde luego ya no importaba, su hija era de Barnes desde el mismo momento en que supo que crecía en su interior.

William llevaba semanas metiéndole ideas en la cabeza sobre abrir una tienda de moda en Londres, donde las damas encargaran sus diseños únicos y

excepcionales por los que pagarían una fortuna. Emily tenía talento, se le daba bien ser diseñadora gracias a las directrices de William, pero él decía que, si ella no exhibía los modelos, el negocio no tendría el mismo éxito,

—Creo que la aprendiz se hizo maestra —dijo cuando vio los últimos bocetos que había dibujado, se había inspirado en algunas composiciones florales, para sacar sus ideas, le gustaba dibujar, hacía que se evadiera y se concentrara solo en lo que estaba haciendo.

—Tendremos mucho éxito con Lynetś —le dijo sonriente.

—¿Lynetś? —preguntó ella curiosa. Así era como William llamaba a su pequeña.

—Lynetś es el nombre perfecto.

Sí, definitivamente Lynetś, es un gran nombre para un negocio de moda, la idea era todavía un sueño para Emily, del cual comenzaba a dar forma gracias a la insistencia de William que parecía encaprichado con aquel sueño y no dejaba de insistir todo el tiempo.

Hacía varios días que William parecía tener una tos persistente y parecía algo debilitado, había cogido una especie de resfriado con los últimos fríos del invierno. Ella apenas había salido de casa para que la niña no se enfriara, pero esa misma mañana William permanecía en cama, el médico había dicho que en unos días se recuperaría y estaría bien, aunque Emily tenía una especie de opresión en el pecho que no sabía cómo explicar. No veía los síntomas de William como un simple resfriado y comenzaba a tener fiebre, una fiebre que no cesaba pese a tener constantemente paños fríos en su frente.

—Estoy preocupada Antoine —dijo confesando sus temores—. No parece mejorar, el médico dice que se pasará en unos días, pero yo no veo que mejore, ¿Qué podemos hacer? —comentó realmente preocupada mientras

refrescaba la piel de William.

—El médico ha dicho que esperemos, así que haremos eso Emily —habló resignado.

Emily no supo por qué, pero le pareció que Antoine estaba esperando a que ocurriera algo, ¿Acaso le habría comentado el medico algo a él que por el contrario ella desconocía? No, seguramente no sería nada.

Al cuarto día, ella supo que aquello iba mal, comenzaba a tener espasmos y convulsiones. No sentía las extremidades y casi todo el tiempo estaba demasiado cansado para estar despierto, estaba desesperada, Antoine parecía resignado como si esperara que todo aquello acabara.

—William, tienes que recuperarte, ¿Me oyes? —dijo intentando que comiera un poco de caldo de pollo que habían preparado, apenas comía y era importante mantenerlo hidratado y alimentado para que se recuperara o eso pensaba ella.

—Emily —susurró.

—Estoy aquí William, te vas a poner bien —contestó enseguida.

—No, Emily, no me voy a poner bien —habló William en un hilo de voz.

—¿Qué dices? Por supuesto vas a recuperarte, verás como en una semana vuelves a ser el de siempre —insistió.

—No, Emily, no lo entiendes, me estoy muriendo —confirmó.

—¿Qué? Eso no es cierto, es solo un resfriado que se ha agravado más de lo normal. —Aunque sabía de sobra que aquello no era así por los síntomas que padecía.

—Emily, necesito que me prometas algo —habló en un hilo de voz—. No pensé que me quedaría tan poco tiempo de vida, quería haber hecho tantas

cosas antes de… —Se interrumpió en un ataque de tos y Emily vio que escupía sangre, se temió lo peor.

—William, ¡No te puedes morir!, ¡No me puedes abandonar!, ¡No! —gritó con lágrimas en sus ojos. Le quería, él era su amigo, su guía, su protector,

¿Que iba a hacer sin él?

—Sé que vas a estar bien sin mí, me he encargado de que así sea. —A William le costaba hablar, pero con todo ello le guiño un ojo e intentó sonreír, Emily supo qué él hacía un último esfuerzo por ella, para no preocuparla aún más.

—Pero seguro que se puede hacer algo, llamaré al médico y él sabrá cómo ayudarte, tiene que haber una forma de… de… —Ni siquiera sabía que era lo que William padecía.

—No hay cura para lo que tengo Emily —sentenció—. No me queda mucho tiempo así que quiero que me prometas algo —dijo mirándola a los ojos y acariciando su mano.

—Lo que quieras William —dijo sin pensar en que se negaría a su promesa.

—Quiero que seas feliz, Emily.

—Pero yo ya soy feliz, con Lynette, contigo…

—No, Emily, eso es conformarse —aclaró—. Yo quiero que busques realmente la felicidad esté donde esté y que no tendrás miedo de lanzarte a por ella sean cuales sean las consecuencias, prométeme eso.

—Te lo prometo —susurró entre lágrimas.

William exhaló su último aliento y Emily rompió a llorar desconsoladamente, Antoine la abrazó por la espalda para intentar consolarla y de paso, consolarse así mismo también.

Su marido, su único amigo, su mentor, su apoyo, su confesor, su William…

se había marchado para siempre.

21

Henry adaptó su vida a tener una rutina para no volverse loco, era como un autómata. Se levantaba y trabajaba todo el día sin descanso para mantener la mente ocupada, él no necesitaba trabajar, pero lo prefería antes que profundizar en sus pensamientos, es más, mantenía almuerzos y cenas de trabajo para no acudir a actos sociales o tener que volver temprano a casa.

Si creía que jamás superaría la muerte de Sophie en su día, estaba realmente seguro de que no podría olvidar a Emily, aquella jovencita de ojos verdes se había metido tanto bajo su piel que se lamentaba de lo tremendamente

estúpido que había sido, «¿En qué momento pensé que ella aceptaría ser mi amante?», se dijo. Lo había hecho todo mal desde el principio y lo que era aún peor, le daba absolutamente igual si Emily lo hubiera querido solamente por interés, esa sería una duda que tendría eternamente pero sinceramente, hasta su orgullo lo había perdido con esa mujer. No le hubiera importado casarse con ella, aunque solo lo quisiera por el título o por su dinero. No, lo hubiera aceptado de igual forma con tal de tenerla a su lado.

Admitir ese hecho le hizo saber que la quería de verdad, la anhelaba tanto que hasta le daba pánico ser consciente de ello. El único y verdadero amor de su vida y nunca sería para él, era lamentable solo de pensarlo. Había sido un ingenuo, había perdido catorce años de su vida por alguien que no merecía ni que recordaran su nombre y

gracias a esa estupidez había perdido a la persona que de verdad amaba, ¿Dejaría de pensar algún día en ella? Estaba seguro de que no, hasta se estaba planteando la posibilidad de enrolarse en alguno de los barcos de Richmond o alistarse en la marina para quitarse del medio.

—Henry, al fin te encuentro. —Donald parecía algo agitado, como si hubiese estado corriendo de un lado para otro—. Tengo que irme enseguida, ha surgido un asunto familiar grave y debo marcharme inmediatamente.

—Si claro, ve —dijo sin más.

—Está bien —contestó sulfurado—, esta tarde llega un cargamento, ¿Crees que podrás hacerlo sin mí?

—No creo que sea complicado —dijo sin ningún atisbo de expresión. «No podría ser tan difícil comprobar que el cargamento coincidía con las listas y que no se había perdido nada, ¿No?».

—Bien, bien, me voy que Anne debe estar subiéndose por las paredes

preguntándose porque no he llegado aún.

—¿Pero están todos bien? Espero que no le haya ocurrido nada grave a alguno de tus hijos —preguntó realmente preocupado, nunca había visto a Donald así de alterado.

—No, no, ellos son unos muchachos inquietos, pero están bien —contestó enseguida y Henry se relajó un poco más—. Se trata del barón de Brightdawn, el marido de Emily —confesó—. Falleció anoche de una grave neumonía y ha sido algo totalmente inesperado.

Henry permaneció impertérrito, «¿Barnes había muerto?» No sabía cómo sentirse. Había deseado tantas veces que en barón desapareciera de la faz de la tierra que ahora incluso se sentía culpable por haberlo deseado, ¿Cómo se sentiría Emily?, ¿Estaría enamorada del barón?, ¿Lamentaría su pérdida?

—Lo lamento —dijo cuando consiguió razonar, después de todo él era un hombre joven y era un infortunio que hubiera muerto tan pronto dejando a una esposa e hija de tan temprana edad.

—Le transmitiré tus condolencias a mi cuñada, ahora marcho, es un largo viaje hasta llegar a la casa familiar donde se celebrará el funeral.

—Si, por supuesto, toma el tiempo que necesites —habló mientras

Richmond le palmeaba el hombro en agradecimiento y se marchaba.

Un par de horas después la puerta de su despacho en la fábrica se abrió de golpe.

—He venido en cuanto me he enterado, ¿Lo sabes? —La voz de Robert parecía ahogada, como si hubiera subido los escalones que había hasta su despacho de cuatro en cuatro.

—¿Que Barnes ha muerto? —Suponía que tendría que referirse a eso, de lo contrario no habría perdido tiempo en venir tan rápido.

—¡Pues claro que es eso!, ¿Cómo lo sabes? Pensé que yo te daría la primicia.

—Richmond no tuvo más remedio que decírmelo al marcharse a toda prisa tras enterarse de la noticia.

—Ah claro, era su cuñado —dijo entendiéndolo ahora—. Bueno, ¿Es que no piensas decir nada? —Robert observaba como Henry intentaba concentrarse en los papeles.

—¿Y qué quieres que diga? No sé ni como sentirme respecto a la noticia.

—No digo que te alegres, eso sería un poco macabro por tu parte, pero ella vuelve a ser libre. Tienes una oportunidad, Henry.

—Ella no querrá ni verme, lo dejó claro la última vez que nos vimos —

aclaró.

—Con ese optimismo desde luego, ¿Es que piensas pasarte el resto de tu vida metido en esta fábrica o entre los papeles de los cientos de negocios en los que no paras de invertir para rellenar tu tiempo? —Henry miró a Robert directamente, ¿Tan transparente era que hasta él lo había notado?

—Su esposo acaba de morir, ¿Qué pretendes?, ¿Que vaya a cortejarla al funeral? —dijo irónicamente.

—No, desde luego que no, pero al menos espero que traces un plan o que al menos se te ocurra una idea maravillosa para cuando termine su luto. Ella es joven, nadie la criticará si vuelve a contraer matrimonio, es más, lo extraño sería que no lo hiciera —argumentó

mientras inspeccionaba la talla de un barco de madera que Henry tenía en su escritorio.

Mentiría si no dijera que lo primero que se le pasó por la cabeza al escuchar que Barnes había muerto fue que Emily ya no era inaccesible, pero reprimió ese pensamiento enseguida al sentirse culpable.

—Vamos, sé franco, lo has debido de pensar —insistió.

—Reconozco que se me pasó por la mente —se sinceró con su amigo. Era inútil no reconocerlo.

—Bien, no estarías enamorado realmente si no lo hubieras hecho —afirmó sonriente—. Me marcho, debo acompañar a Julia y a mi madre al funeral y me escapé un momento mientras preparaban el equipaje.

—¿Vas a ir? —preguntó sorprendido. No esperaba que él acudiera.

—Sí, no tengo más remedio. Y respondiendo a tu pregunta, te informaré a la vuelta —contestó con una risa burlona.

—No he preguntado nada.

—Lo sé, pero ibas a hacerlo —dijo antes de colocarse su sombrero y salir por la puerta.

Tenía razón, quizás no se lo hubiera pedido, simplemente se habría limitado a sonsacarle la información que quería con preguntas evasivas a su regreso, pero empezaba a confiar en Robert. Después de todo se había vuelto su confidente si es que se podía llamar así, en los últimos años.

No pudo dejar de pensar en Emily el resto del día, incluso tuvo un par de distracciones por culpa de ello, sabía que estaba mal pensarlo y era consciente, pero le resultaba imposible no hacerlo. Emily era ahora libre, no podía evitar imaginarse que el destino le daba una segunda oportunidad.

En la casa de campo de los Barnes, Emily no tenía ánimos para ver a nadie, sabía que debía recibir a todos los allegados que venían para asistir al funeral de William, pero ella estaba tan triste y desolada que era incapaz de recibir palabras de pésame. Hacerlo significaba aceptar el hecho de que su Will se había marchado para siempre, no era uno de sus tantos viajes a Francia de los que siempre regresaba, esta vez había emprendido un viaje demasiado largo

sin fecha de vuelta.

—Mi *lady*, sus hermanas han llegado —informó Judith entrando en la recamara.

Emily estaba sentada en la cama que había sido de William, observando la estancia y añorando su presencia. Se había vestido con un lujoso vestido negro que Antoine le había dado esa misma mañana, era una creación de William hasta en eso había pensado sabiendo con antelación que su destino era la muerte.

Aún no podía creer que sabiendo que iba a morir no le hubiera dicho nada,

¿Por qué?, ¿Hubiera sido menos doloroso? No lo sabía, pero quizás podría estar mentalmente preparada para ello, aunque hubiera agonizado el dolor durante más tiempo, aun así, no podía enfadarse con William, había sido su deseo expreso según Antoine. William no quiso que ella fuera informada de su enfermedad para no preocuparla, ni tan siquiera sabía de qué había muerto realmente puesto que no habían querido decírselo bajo el expreso deseo de William y aquello solo provocaba su frustración.

Para todo el mundo, el barón de Brightdawn había muerto de un resfriado agravado en neumonía, ¿Cómo alguien tan joven podía morir de algo así?

Realmente no era improbable, mucha gente moría debido a ese hecho, pero William era un joven fuerte y sano hasta la fecha, al menos en apariencia. Era una injusticia que tuviera que acabar de aquella forma, «Al menos es lo que pensará todo el mundo» se dijo a sí misma.

La Baronesa viuda no podía controlar sus lágrimas, Emily intentaba consolarla, pero no era de gran ayuda puesto que ella necesitaba casi tanto o más consuelo que la pobre mujer. No podía ni imaginarse cómo debía ser el dolor de una madre al perder a su hijo, si ella perdiese a Lynette, se moría, a su temprana edad ella se había convertido en un pilar fundamental de su vida

y sabía que conforme creciera su amor por ella iría aumentando. Se prometió a sí misma no dejar sola a Petunia, Lynette y ella eran lo único que le quedaba de su hijo.

Sus amigas Julia y Susan habían acudido, teniendo en cuenta que Susan era la prima de William técnicamente debía asistir por ser un familiar, pero agradeció la asistencia de Julia, se había convertido en

una gran amiga y pudo apoyarse en los peores momentos de la velada en ellas.

La misa fue relativamente corta pero emotiva, Emily pudo contenerse por momentos mientras varios miembros le dedicaban unas palabras de último adiós a un gran amigo, esposo y reciente padre lamentando una gran pérdida de un gran hombre.

Procedieron a recorrer la breve distancia desde la pequeña iglesia hasta el cementerio donde se daría sepultura en el mausoleo familiar, Emily se derrumbó y no pudo contener el llanto desesperado cayendo de rodillas al suelo, derrumbada, al ver como perdía de vista el ataúd que contenía los restos mortales de William.

Los invitados tomaron un pequeño convite en la casa principal, aunque Emily no paraba de recibir palabras de apoyo y ánimo, parecía encontrarse ausente, como si aquello no fuera con ella, como si todo lo que estaba ocurriendo solamente fuera un mero sueño. Judith la buscó para amamantar a su pequeña y se alejó de aquel salón en el que por suerte cada vez quedaba menos gente.

Estar con Lynette era el único pequeño consuelo que tenía, su pequeña, ajena a todo aquello, no sufría, aunque seguramente podía reconocer que algo le ocurría a su madre, pero con sus manitas tocando su pecho lograba que a ella se le encogiera el corazón de ternura y disipara el dolor por la pérdida de William.

—Emily —La voz de Julia hizo que se girara. Siempre le daba el pecho a Lynette sola en aquella habitación, era un momento único de ellas— Judith me dijo que te encontraría aquí, no sabía que le dabas tu misma el pecho a tu hija —habló suavemente en voz baja para no molestar a la pequeña por si estaba dormida.

—Sí —afirmó—, sé que mi madre lo hizo con mis hermanas, aunque no pudo hacerlo conmigo, por eso yo quise seguir la tradición con mi propia hija, de alguna manera es como si estuviera más cerca de ella —contestó acariciando el pequeño rostro de Lynette

—Es una niña preciosa —confesó Julia observando a la pequeña succionar del pezón de su madre.

—Sí, mi pequeña Lynette —contestó por decir algo.

—Se que estás muy afectada por la muerte de tu esposo, pero hoy, al verte durante todo el funeral, no me ha quedado la menor duda de que le amabas profundamente. Lamento tanto tu pérdida, siendo él

tan joven y con una niña tan pequeña a tu cargo, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —aclaró.

Emily intentó sonreír un poco, aunque solo le salió un amago de sonrisa con unos ojos brillantes a punto de saltar las lágrimas, ¿Amar profundamente?, lo que todos habían presenciado era la pérdida de un ser amado, sí, aunque no del modo en el que ellos pensaban, pero quizá era mejor que lo creyeran así, William no se merecía algo menos que eso.

—Gracias Julia, te lo agradezco. —Se limitó a decir mientras apretaba su mano.

Todos se marcharon antes de que les alcanzara la noche, había sido un largo y duro día, pero todo había acabado al fin. Al menos eso fue lo que pensó

Emily antes de que Antoine le dijera a la madre de William y a ella que la lectura del testamento se procedería a la mañana siguiente. Ni tan siquiera había pensado en ello, ahora era la baronesa viuda.

Era de madrugada cuando Emily consiguió al fin cerrar los ojos y descansar después de casi una semana sin apenas pegar ojo entre la incertidumbre de la enfermedad de William y todo lo que aconteció tras su muerte. Se despertó algo temprano, como venía siendo habitual para alimentar a su pequeña, era una especie de reloj interno biológico el que la alertaba. Bajó a tomar el desayuno pese a no tener apetito alguno, pero debía obligarse a alimentarse, tenía una razón para hacerlo llamada Lynette.

Petunia se encontraba a la mesa removiendo el té con la mirada perdida por una de las ventanas del salón, tenía el rostro bastante demacrado, pálida y con unas ojeras que evidenciaban que no habría podido dormir en toda la noche.

—Buenos días Petunia. —Había conseguido la familiaridad que deseaba con ella para llamarla por su nombre, era una gran mujer pese a ser tan habladora y la quería a su lado, la necesitaba para ayudarla a criar a su nieta.

—Buenos días hija mía, ¿Has podido descansar? Yo no he podido pegar ojo, ha sido todo tan rápido y tan inesperado que aún no me creo que haya ocurrido, creo que tardaré años en asimilarlo.

—Lo sé, yo tampoco puedo aceptarlo aún, en el fondo creo que está en uno de esos viajes a Francia que tanto le gustaba hacer y que algún

día regresará apareciendo por esas puertas. No soy capaz de asimilar que no volveré a verlo y prefiero pensar que él está feliz allí, en su querida Francia como la llamaba —contestó mientras Judith le servía el té.

—Quizá sea mejor así, entiendo por lo que estas pasando. Yo perdí a mi marido siendo también demasiado joven, no tanto como tú, aunque fue difícil

de aceptar, pero con el tiempo una se acaba acostumbrando a su ausencia.

—Buenos días —habló Antoine haciendo acto de presencia—. Cuando gusten las espero en el despacho donde procederemos a la lectura del testamento de *lord* Barnes —dijo antes de hacerles una reverencia y marcharse.

—¿Por qué tanta prisa por leer el testamento? —preguntó Emily. Aquello era precisamente lo que menos le preocupaba en aquel momento.

—Es lo habitual, Emily, para dejar las cosas aclaradas y zanjadas desde el primer momento. A mí me apetece tan poco como a ti, pero entiendo que sea el deber de Antoine como abogado informarnos de la situación en la que tenía las finanzas mi hijo.

—Tomen asiento —les habló Antoine que presidía la mesa del despacho de William, era un tanto extraño verle allí en su lugar.

—Procederemos a la lectura del testamento de *lord* William Barnes, último miembro de la Baronía de Brightdawn —habló seriamente mientras abría una especie de carpeta de cuero que parecía contener bastantes documentos—.

Citaré textualmente sus deseos antes de morir —habló antes de carraspear su garganta para proseguir—. A mi adorada y quedísima madre —hizo una pausa para continuar—. Le cedo la pequeña casa de Londres, la cual sé que adora y la casita de campo de Brighton con vistas al mar donde le gusta pasar los veranos, además de una renta anual de tres mil libras.

A Emily no se le escapó ver las pequeñas lágrimas que recorrían el rostro de Petunia, se alegró de que William hubiera tenido tan en cuenta sus deseos.

—El resto de mis posesiones, que incluyen la casa de campo de Barnes

con sus cinco mil acres, las tierras de Lambourn, Mallwyd y Llanidloes. La mansión de Londres, la casita en Penthouse, la mansión de Haslemere, la casa

familiar de Mundesley, la casa de Norwen, Warringtong y Boston, así como las posesiones en Francia, las inversiones y la pequeña fortuna familiar que asciende a ciento cincuenta mil libras se las cedo a mi única hija Lynette, que podrá reclamarlas en su mayoría de edad. Hasta entonces, tendrá pleno acceso como albacea y única responsable de todas mis posesiones, mi querida esposa *lady* Emily Barnes, baronesa de Brightdawn.

Se lo había dejado todo a Lynette, toda su fortuna era de su hija y mientras crecía, ella sería la única responsable de manejar aquella herencia.

—Ha dejado este sobre para *lady* Emily, con las indicaciones estrictas de que solo lo puede abrir en solitario y que únicamente puede ser visto por usted —

habló Antoine formalmente mientras entregaba el sobre a Emily que asintió al cogerlo, parecía contener algo bastante rígido en su interior al comprobarlo al tacto.

—Eso es todo —añadió para terminar.

—¿Estás conforme querida? —preguntó Petunia que no parecía sorprendida.

—Yo… Aún estoy abrumada, supongo.

—Bueno, quizás encuentres algunas respuestas en ese sobre, te dejaremos sola para que puedas leerlo si es que estás preparada.

Emily no sabía qué se iba a encontrar en aquel sobre, de algún modo sabía que encontraría respuestas a muchas preguntas, pero no estaba segura de sí podía afrontarlas aún, eran demasiadas emociones en poco tiempo.

Emily se quedó a solas en aquel frío despacho ahora sin William, enfrentándose a ese sobre sellado con la duda por su contenido en su estómago y con la incertidumbre de si encontraría las respuestas a sus preguntas lo abrió lentamente vaciando su contenido.

Del sobre salió otro aún más pequeño que parecía contener una carta, también

sellada en cuyo reverso llevaba escrito su nombre, una llave dorada con un lazo rojo y dos portafolios de documentos.

Decidió abrir la carta primero, era un sobre de color blanco algo amarillento, la cartilla estaba plegada para que entrara en el tamaño del sobre, la desplegó lentamente y apareció la que era sin duda la escritura de puño y letra de William, no pudo evitar emocionarse, pero comenzó a leer:

Querida Emily,

Debo imaginar que si estás leyendo estas palabras significa que ya no estoy aquí, que lamentablemente esta enfermedad ha logrado consumirme.

Quizás deba contarte la historia desde el principio, hace doce años, era joven, ingenuo y lleno de vida, mi condición hacía querer buscar el placer en los recónditos más oscuros, pero no pretendo justificarme con ello, las circunstancias ocurrieron así, la cuestión es que contraje la enfermedad francesa o la ahora conocida como Sífilis. No lo supe hasta años más tarde, cuando los síntomas se dejaron ver, es una enfermedad que puede llegar a ser difícil de reconocer si no se está familiarizada con ella y tampoco existe una forma de erradicarla, sólo convivir con ella hasta que te destroza por dentro.

Si tomé la decisión de no contarte nada fue porque no quise preocuparte, espero que algún día puedas perdonarme, jamás quise que me vieras con lástima, yo había aceptado mi destino y no deseaba ver la tristeza en los ojos de los demás.

No deseo que llores mi pérdida, he tenido una vida plena dentro de mis limitaciones, he podido disfrutar, reír, hacer realidad mis sueños, aunque hubiera deseado más tiempo, porque soy demasiado ambicioso para

conformarme con tan poco, aunque sé que tú lograrás mis últimos proyectos por mí.

Una vez me preguntaste porque me había casado contigo, creo que la respuesta era demasiado sencilla; sabía que iba a morir, mi tiempo era limitado, tu eres tan joven, tan hermosa y vi tan injusta tu situación, que me sentí de algún modo identificado si no ponía solución a tu problema. No podía permitir que la sociedad también te rechazara a ti.

Sabía que algún día podrías ser libre de nuevo para hacer tu vida y en aquel momento no quería que la sociedad te discriminara simplemente por

cometer un pequeño error, uno que seguramente te ha dado el mayor regalo de todos, incluyéndome a mí, y fue nuestra pequeña Lynette. Ella ha sido como ver el sol resplandecer de nuevo en mi vida y espero que algún día le hables de mí, sobre quien fui realmente para ella.

Siempre agradeceré el día en el que apareciste en mi vida, nunca creí poder encontrar a una joven tan maravillosa con la que poder demostrar quién era realmente en mi propia tierra, en Inglaterra, con una sociedad tan cerrada y tan marcada por estrictas reglas, tú fuiste mi salvación en mis últimos meses de vida. Por eso te ruego que lleves a cabo mis últimos proyectos, que hagas realidad Lynetś y que cumplas en mi nombre mi gran sueño.

Desde que descubrí mi enfermedad supe que el apellido Barnes moriría conmigo, no hay más descendientes, ni primos lejanos, quizá por eso fui tan feliz de poder darle mi apellido a Lynette, de saber que había una esperanza para el futuro de la Baronía, ella será mi única y legítima heredera, así que agradezco enormemente por la tranquilidad que me has aportado al saber que con mi muerte el linaje de mi apellido no se extinguirá.

Finalmente hay algo que quiero pedirte, sí, algo más, quizá sea egoísta

por mi parte, pero de todos modos quiero pedírtelo. Exijo que rehagas tu vida, que no tengas miedo a encontrar el amor, a vivir, a ser feliz, porque mereces encontrar a una persona que te ame profundamente y estoy seguro de que la encontrarás o quizá ya la hayas encontrado, pero aún no has abierto bien los ojos.

Te deseo todo lo mejor para esta vida, que estoy seguro de que será mucho más larga que la mía, siempre tuyo.

William Barnes.

«Oh William, por supuesto que te perdono» pensó limpiándose las leves lágrimas que habían salido mientras leía la carta.

Leyó detenidamente una de las carpetas en lo que era el poder notarial que le otorgaba plenos derechos de intervención sobre la fortuna de su

hija Lynette.

Abrió la otra carpeta y leyó lo que parecían ser las escrituras de la compra de un lujoso local en Londres, al final del documento había una nota que decía.

Tienes la llave para cumplir nuestro sueño,

haz realidad Lynetś

Emily cogió la llave con el lazo rojo, se la llevó al pecho, observando todos

los documentos y la carta sobre la mesa.

—Lo conseguiremos William, te prometo que haré realidad tu sueño y convertiré Lynetś en el mejor salón de moda de todo Londres e incluso de la mismísima París.

Volvería a Londres, a la ciudad que la vio por última vez como una joven desolada, pobre e ingenua, pero ya no era esa joven inocente y crédula, ahora era una mujer independiente que no tendría por qué dar explicaciones. Que se prepare Londres porque Emily Barnes iba a demostrar de lo que era capaz.

22

Henry aguardaba la llegada de Robert en el despacho de su casa, le había enviado una misiva anunciando su llegada sobre las ocho y ya pasaban media hora desde la citación.

Se estaba impacientando, necesitaba saber algo, no había podido evitar pensar en Emily desde que se había enterado de que era viuda, ¡Por el amor de Dios! Tenía que ser pecado pensar en ella de esa forma cuando estaría enterrando a su marido en aquellos momentos.

—Lamento el retraso —dijo una vez que se escuchó abrirse la puerta, ni tan

siquiera le anunciaron o llamó a la puerta, supuso que Robert sabía que lo estaría esperando.

—Está bien, ya estás aquí —dijo caminando rápido hasta el sillón más cercano para indicar que se sentara

—Es que tenía varios asuntos que tratar que me demoraron más de lo que tenía pensado, bien, ¿Qué tal estás, amigo? —preguntó esquivando el tema que realmente sabía que interesaba a Henry.

—A punto de ahorcarte si no me cuentas lo que quiero saber —contestó sinceramente y algo nervioso por qué negarlo.

—Está bien, tú lo has pedido, pero no te va a gustar lo que te voy a contar yo solo trato de advertirte—habló sinceramente.

—Está bien, habla —contestó no importándole en absoluto.

—O *lady* Emily es una estupendísima actriz a la que deberían premiar si lo que hizo fue una interpretación o juraría que estaba completamente enamorada del barón —anunció bajo la atenta mirada del duque—. Parecía un alma en pena, lloró desconsoladamente e incluso parecía como ida, algo ausente, más bien como si no fuera consciente de que su marido se había muerto.

Reconocer aquello no era fácil, pensó Henry. ¿Se había enamorado de él o ya le querría con antelación? Si era así, ¿Por qué se habría entregado entonces a él?

—Confieso Henry, que hasta yo sentí lástima de la pobre *lady* Emily. Jamás olvidaré la imagen cuando cayó de rodillas como alma en pena mientras enterraban el ataúd de Barnes —su tono de voz era serio, recordando esa imagen.

—Definitivamente lo amaba —expresó en voz alta no queriendo reconocer

que *su* Emily, realmente quería a otro hombre.

—Sí, que no te quepa la menor duda de que lo amaba —aclaró Robert.

Henry tenía demasiados pensamientos contradictorios, por un lado, odiaba el hecho de saber que quizás jugó con él en el pasado, que solo lo quisiera por su título y riqueza, aunque sabía que le hubiera dado igual ese hecho si no hubiera sabido que realmente estaba enamorada de otro, ¿Tan pocos escrúpulos tuvo de meterse en su cama, amando a otro hombre?, Él debía averiguarlo, la incertidumbre le quemaba, tarde o temprano la enfrentaría, necesitaba obtener la verdad de una u otra forma.

Seis meses más tarde…

—¿Estás segura? —preguntó Susan observando fijamente a su amiga Emily.

—Completamente —contestó ella sin duda alguna.

Llevaba seis largos meses preparando su vuelta a Londres. Las reformas del local que había adquirido William en su momento habían finalizado bajo la supervisión de Antoine y sus indicaciones sobre cómo quería que estuviera todo al milímetro, ahora que volvía se encargaría personalmente de colocar los últimos detalles y en una

semana las puertas de Lynetś abrirán para todas las damas de la alta sociedad.

Había contratado a seis costureras que habían adelantado toda una colección de cincuenta modelos únicos y excepcionales que esperaba que tuvieran el éxito que había imaginado, pero como en su día le había dicho William, la mejor publicidad para el negocio era ella misma, debía lucir sus propios diseños y aquella noche sería su primer debut de ellos.

Aquel vestido en tonalidades de un verde jade intenso indicaba que su luto había acabado, se despedía del negro no porque realmente quisiera, aún le costaba aceptar la pérdida de William, pero la distracción por cumplir

realidad el último sueño de él, hacía la pérdida más llevadera. Además, no pensaba salir de las tonalidades oscuras pero intensas que en cierta forma estaban permitidas en su situación y le encantaban pese a saber que más de una dama criticaría la poca tardanza que había tenido la viuda de *lord* Barnes en dejar el luto por su marido, pero precisamente por él era que hacía aquello.

—Está bien —habló Susan mientras la ayudaba con el cierre del elegante colgante de diamantes que luciría aquella noche, se trataba de una pieza única, era una joya de la reliquia familiar de Barnes que Petunia le había regalado para que la luciera esa noche y que algún día heredaría su hija Lynette.

Ella era incluso más consciente que la propia Susan de que aquella noche llamaría poderosamente la atención, pero esa era la idea principal. Aquel vestido pomposo de raso verde jade con multitud de bordados en tonalidades negras y doradas era encantador, pero jamás se había visto un escote similar al de aquel vestido, siendo de encaje y dejando parte de los hombros al descubierto con cierta zona solo cubierta con transparencias donde se podía apreciar perfectamente su piel, era atrevido, muy atrevido para lo que estaba estipulado y sabía que en cierta medida sería un escándalo, pero era precisamente lo que buscaba aquella noche, que todo el mundo hablara de su vestido porque en el fondo era muy consciente de que si no se hablaba de la prenda no tendría éxito y además estaba segura de que todas las damas querrían lucir después de aquella noche algo similar.

Se había recogido el cabello en un moño alto, donde una corona de pequeños y diminutos brillantes resaltaba entre sus cabellos castaños, nunca había cuidado su aspecto tan al milímetro como aquella noche.

Necesitaba ser el centro de atención, tenía que estar radiante, encantadora y poderosamente deseable, aunque fuera precisamente lo que menos quisiera en realidad, pero

si todas las miradas se centraban en ella, tendría el éxito garantizado que tanto buscaba. William la había preparado para ese momento sin saber que llegaría en su ausencia, durante todo el tiempo recordaba las lecciones de él, los comentarios, sus indicaciones para tener el éxito asegurado y había hecho todo lo posible para estar a la altura de su fiel amigo, no le fallaría, no ahora.

—Bien, pues creo que después de esta noche, toda la ciudad hablará de ti. Si era lo que estabas buscando, no me cabe la menor duda de que así será.

—Eso espero, Susan, es lo que William quiso que hiciera y eso es lo que haré

—aclaró.

No les había contado a sus amigas que en realidad William era diseñador, que él fue quien creó sus diseños ni tampoco les contó que en realidad le gustaban los hombres y que su hija no era de él. Ese era un secreto que muy probablemente se llevara a la tumba, porque aunque confiara en ellas, no quería de algún modo perjudicar la imagen de William que todos tenían de él, por lo tanto, convirtió el sueño de William en suyo propio y les dijo que William quiso como última voluntad que triunfara con sus diseños en Londres, que parecía estar empeñado en que ese sueño se hiciera realidad para ella y como se lo había prometido en su lecho de muerte debía cumplirlo. Realmente se trataba de disfrazar un poco la realidad, tampoco estaba tan mal después de todo.

—Pues vamos entonces, Julia debe estar preguntándose donde nos hemos metido y por qué nos retrasamos tanto. —Susan había acudido como apoyo moral y para darle fuerzas suficientes a Emily en su vuelta, lamentablemente Julia no se había podido escapar de casa porque unos asuntos previos la habían retrasado y no le daría tiempo, por lo que avisó diciendo que se encontrarían directamente en el baile.

Emily fue un momento hacia la habitación de su hija para despedirse, estaría

vigilada en todo momento por Judith que era de su plena confianza y por eso se la había traído de la casa familiar de campo consigo, pero

era la primera vez que se alejaría de ella tanto tiempo y tenía cierta nostalgia, Lynette dormía plácidamente en su cuna, pronto cumpliría un año, le dio un tierno beso en la frente mientras se despedía de ella.

—Está usted impresionante esta noche mi *lady*, parece una reina —anunció Judith en voz baja para no despertar a la niña.

—Gracias Judith, esa es la idea —dijo algo sonriente a la sirvienta—. Si sucediera cualquier cosa envía un lacayo urgentemente a la residencia de los Salwen —habló volviendo de nuevo la mirada hacia la cuna, su adorable hija era lo que más amaba en ese mundo.

—Sí mi *lady*, pero no se preocupe, vaya tranquila, *lady* Lynette duerme toda la noche. Se despertará como siempre a las siete y no me moveré de aquí hasta que regrese —contestó sonriente.

Emily agradecía la nobleza de joven criada, no hacía falta ni que ella misma se lo ordenara y eso era de agradecer, con un gesto de cabeza y un último vistazo a la cunita salió de la habitación y bajó las escaleras de su nueva residencia a partir de ahora. La mansión era demasiado grande para ella sola y su pequeña, entendía que Petunia no quisiera estar allí porque le recordaba demasiado a su hijo y a su difunto esposo, pero sentía el vacío de aquella casa, aunque imaginaba que con el paso del tiempo se acostumbraría a aquel sentimiento.

Había escogido como primer acto oficial a su regreso una fiesta privada que los Salwen daban en su mansión de Londres, estaba invitado todo el elenco de la alta sociedad inglesa, justo lo que Emily buscaba, damas de alta cuna, con maridos ricos e hijas en edad casadera que deberían lucir piezas únicas para llamar la atención y cazar un esposo, ni tan siquiera Anne estaba

invitada debido a la exclusividad del elenco de invitados, es más, dudaba que hubiera acudido algún miembro sin título a menos que fuera poderosamente rico.

Descendieron del carruaje ayudadas por el lacayo, ahora que Emily era viuda, no necesitaba llevar la compañía de ninguna dama, podría acudir sola si así lo quisiera.

Aquella sensación de semi-libertad era encantadora, observó a Susan intentando colocarse bien uno de sus rizos rebeldes, no entendía porqué Susan no se había casado, era su tercera temporada ese año y era un año mayor que ella, una tercera temporada significaba el comienzo del terror para cualquier joven porque era gritar a los cuatro vientos que no había triunfado y comenzaba a formar parte de las

solteronas no bien vistas de la sociedad,

¿Qué motivos tendría para no hacerlo? Era bastante reservada en cuanto a hablar de sus sentimientos, quizá ahora que eran primas podría tener más confianza para contárselo.

Emily intuía que algo le afectaba, Susan era una joven bonita de cabello rojizo con ojos azules, amable y muy agradable. Una mujer sofisticada que atraería a muchos caballeros, sin embargo, seguía soltera, algo no cuadraba en todo aquello.

Entraron en el gran hall de la mansión, donde uno de los sirvientes les ayudó a retirar sus capas, Emily pudo notar como los ojos del sirviente se abrieron más de lo normal al ver el atuendo que lucía aquella noche, «Buen comienzo» se dijo mentalmente al comprobar la expresión, si un simple sirviente reaccionaba así, no quería ni pensar en el resto de invitados. Sus manos estaban algo temblorosas, toda la fuerza y seguridad que tenía en sí misma comenzó a tambalearse por momentos, miró a Susan y esta le sonrió, había llegado el momento.

Atravesaron una sala pequeña antes de cruzar las puertas del gran salón donde se deberían encontrar todos los invitados, el sitio parecía bastante concurrido y cuando entraron caminando sin rumbo fijo, sintió como todas las miradas se concentraban en ellas, se mantuvo erguida, con la cabeza bien alta, aunque en realidad quisiera meterse en el hoyo más profundo que existiera, pero no lo hizo pese a todos los comentarios susurrantes que comenzaban a producirse a su paso.

—Si lo que buscabas era que hablaran de ti esta noche, has cumplido tu objetivo —comentó Susan en voz baja mientras sonreía cómplice de ella.

Henry había acudido por insistencia de Robert a aquella fiesta, aunque realmente no le vendría mal como distracción, pero era el tipo de fiesta a la que no le gustaba acudir y solía declinar la invitación, pese a estar todo el elenco de la alta sociedad. Aquel tipo de fiestas eran demasiado frívolas e insustanciales para sus negocios, pero quedarse en casa aquella noche era una alternativa peor, por tanto, se había dejado convencer por las influencias de Robert que aún no entendía el porqué de dicha insistencia.

Eran muchos meses sin ver a Emily, a veces pensaba que jamás volvería a verla, que nunca podría redimirse de sus errores, demostrarle que cometió la mayor equivocación de su vida, aunque ella no lo amara, aunque nunca lo hubiera hecho. Él sabía que lo que

hizo no estuvo bien, pero al menos se conformaría con su perdón, aunque no quisiera volverlo a ver en su vida.

—¡Por todos los dioses! Que me ahorquen si no estoy teniendo una visión ahora mismo—la voz de Robert llamó la atención de Henry, que le vio bastante ensimismado en una dirección.

Giró la cabeza para ver la fuente de aquella provocación en su amigo y el corazón se le aceleró, sin duda era ella, solo que estaba más hermosa y radiante que nunca si es que eso era posible. Llevaba un vestido sugerente,

muy atrevido, demasiado incluso para su gusto, pensó apretando los puños de sus manos y no le extrañaba que todos los hombres reaccionaran como Robert, incluyéndose él mismo.

Casi un año sin verla, sin saber si volvería a poder deleitarse en su presencia y allí estaba ella, ataviada como una princesa y con la belleza de una diosa porque eso era lo que parecía en aquel instante, la diosa inalcanzable de cualquier hombre.

—Creo que hasta yo me he enamorado de ella —habló Robert en un tono de voz bastante grave que no pasó desapercibido para Henry.

—Cierra el pico si no quieres que te deje un ojo morado delante de toda esta gente —contestó contrariado.

La quería, ¡Demonios!, Estaba aún más desesperado por hacerla suya que antes si es que eso era posible. Haría lo que fuera necesario, pero Emily sería suya así tuviera que raptarla y largarse definitivamente de Inglaterra.

—Allí está el hermano de Julia, él sabrá dónde se encuentra —dijo Susan al mismo tiempo que la arrastraba junto a ella.

Emily siguió la mirada hacia donde se dirigía Susan y sintió como el pecho se le encogía, el duque de Sylverston la miraba intensamente, pero no fue el simple hecho de que la mirase lo que la hizo sentirse así, sino su forma de observarla. Vio el deseo escrito en sus ojos y en algún punto de su ser notó cierta calidez que hacía demasiado tiempo que no sentía, aunque la desechó rápidamente, aquel hombre ya no existía para ella, ¿Verdad?

No le quedó más remedio que acercarse al hombre que más odiaba en aquellos momentos y al que también más temía, todo había que reconocerlo.

¿Por qué tendría que estar él allí?, precisamente él, suponía que tarde o temprano se lo encontraría, pero prefería que hubiera sido más tarde que

temprano.

Había intentado mentalizarse en que aquello podría ocurrir, sería inevitable encontrarse en algún acontecimiento, aunque siempre descartó de su mente esa opción puesto que solo lo saludaría cordialmente y trataría de evitarlo.

No podía dar lugar a las habladurías y menos con una hija que tenía exactamente el mismo color de ojos, ¡Oh dios!, esos ojos eran endiabladamente tan similares a los de su hija, evitaría a toda costa que el duque la viera, ahora mismo era plenamente consciente de que si él la veía podría sospechar y eso no podía ocurrir bajo ningún concepto.

—Señorita Brandon —Robert hizo un gesto de cabeza—. Baronesa de Brightdawn —repitió con el mismo saludo cordial.

—Un placer volver a verlos, caballeros —Susan incluyó al duque en su expresión— ¿Podría decirnos dónde se encuentra su querida hermana la señorita Benedict? —añadió.

Emily estaba turbada, aunque sus ojos no le miraban podía ver por el rabillo de éstos que el duque la observaba, tal como hacía más de medio salón si se paraba a observar detenidamente.

—No he tenido ocasión de expresarle mis condolencias en persona, baronesa

—habló el duque dirigiéndose exclusivamente a ella.

Emily sintió que todo su cuerpo se estremecía, estaba hablándole únicamente a ella, aunque ni siquiera le había saludado formalmente, él se atrevía a iniciar una conversación lamentando su pérdida, ¿Realmente lo lamentaba? A esas alturas podría esperar cualquier cosa de ese hombre.

—Gracias, excelencia —contestó secamente.

Emily juraría que el duque iba a añadir algo más, pero lo que fuese que iba a decir, se ahogó en su garganta tras la aparición de Julia y acaparar la atención

de ellas. «Dios bendiga a Julia Benedict», pensó en esos instantes.

—¿Dónde diantres os habíais metido? —les gritó en un tono de voz algo más alto de lo normal—. Me duelen los pies de tanto caminar intentando encontraros, encima he tenido que bailar con el pesado de Bernard porque se me habían agotado las excusas, ¡Esto no os lo perdono! —volvió a gritar ofendida antes de reparar en Emily y su boca se abrió de par en par al darse cuenta de su atuendo—. ¡Ay madre!, ¡Estás espectacular Emily! —dijo ahora en un tono más bajo pero chillón dándose cuenta de que había una especie de corro alrededor de ellas que las observaban.

—Mejor busquemos un sitio más tranquilo para hablar, anda —terció Susan cogiendo a su amiga Julia del brazo mientras contenía la risa.

—Creo amigo mío, que a la viuda de Barnes le van a llover las ofertas de matrimonio. Sino fuera porque soy tu amigo, enviaría la mía propia, puedes estar seguro de ello —comentó Robert mientras le daba un sorbo a su copa degustando la bebida— Así que, si fuera tú, me daría prisa en hacer lo que quiera que tengas pensado hacer antes de que otro se te adelante en la carrera

—concluyó.

¿Lo que tuviera pensado hacer?, ¿Y qué demonios haría cuando ella ni siquiera era capaz de mirarlo a la cara? Bien, que no le mirara, si no quería de una forma u otra conseguiría llamar su atención. Reconocía que lo había hecho mal en el pasado, ¡Dios! Casi habían pasado dos años de aquello y allí estaba él, más enamorado que antes si cabe de aquella joven que cada día estaba aún más hermosa.

—Emily estas preciosa y no miento si digo que pareces incluso una princesa, el escote es muy atrevido pero... ¡Que me ahorquen si no quiero uno igual! —

habló Julia en cuanto encontraron un sitio algo más apartado para hablar.

—Esa era la intención Julia —dijo ella ahora un poco sonriente.

Desde que William había muerto únicamente sonreía cuando estaba con su hija, el hecho de socializar de nuevo le suponía un reto, pero debía hacerlo.

Además, no se podría pasar la vida entera llorando a su esposo, como le decía Anne, tenía que salir, hacer vida social para no caer en la

tristeza de nuevo.

— *Lady* Emily, ¡Oh querida, déjeme decirle que su vestido es realmente magnífico! —Emily se giró para ver a la dama que le había sugerido aquel elogio, recordó a la esposa del Vizconde de Grafton, habían acudido al funeral de William.

—Gracias, *lady* Elisabeth, es una de las tantas piezas creadas por mí que podrá encontrar próximamente en mi casa de modas Lynetś.

—¿Va usted a ser modista? —preguntó la mujer contrariada, no sería habitual que una mujer de rango y posición trabajara como una doncella.

—Por supuesto que no. Yo solo me limitaré a realizar los diseños, mis costureras y modistas lo convertirán en realidad —confesó para que no existieran dudas, puesto que considerarían que era una pobre ingenua si así era.

—¿Y cuando dice que abrirá? —preguntó ahora la vizcondesa intrigada.

—El próximo miércoles. —Aquella era la mejor publicidad, mujeres cotillas deseosas de dar esa información al resto de invitados.

Cuando la Vizcondesa se marchó apareció una joven algo extraña, parecía tener algún síntoma raro en la piel, como un tipo de enfermedad, Emily se compadeció enseguida de ella.

—¡Catherine!, ¡Que sorpresa! —habló Julia, que al parecer la conocía.

—Perdona si te molesto Julia, es que no conozco a nadie y padre me obligó a

venir. —La voz de aquella dulce joven parecía de lo más tímida.

—Por supuesto que no molestas —terció Julia—. Ven, te presentaré a mis amigas, ellas son Emily y Susan —dijo haciendo las debidas presentaciones

— Esta es mi prima Catherine, la hermanastra del incordio de Amelia —dijo con tono de asco al final haciendo que Emily y Susan la miraran sorprendidas.

—Tranquilas, si algo tenemos en común Catherine y yo es que no soportamos a Amelia, preferimos que nos metan en agua hirviendo

antes que aguantar sus interminables caprichos y su tono de voz que dan ganas de tirarse por la primera ventana que encuentres. —Emily no pudo evitar reír cuando vio a la joven asintiendo las palabras ocurrentes de Julia.

—¿De verdad es tan insoportable? —preguntó sin poder evitarlo, con lo hermosa que parecía la joven llamada Amelia, aunque es cierto que algún problema debía de tener si todavía no se había casado.

—Es peor aún de lo que imaginas —susurró Catherine.

—Entonces quédate con nosotras —dijo Susan sonriente y la joven tímida por fin sonrió también, aunque a Emily le pareció que era alivio en lugar de felicidad lo que sentía.

La noche transcurrió tranquila, mucho mejor de lo que Emily pensó en un principio al encontrarse con el duque, no volvió a verle durante el resto de la velada. Rechazó todas las invitaciones de baile, un privilegio que podía permitirse ahora que era viuda.

La finalidad con la que había asistido a ese evento había incluso superado sus expectativas, sus amigas le dijeron que no se hablaba de otra cosa durante la velada, por lo que cuando el próximo miércoles Lynetś abriera sus puertas, se esperaría una gran demanda de clientela.

Henry la había estado observando durante toda la noche disimuladamente, vio como rechazaba a todos los caballeros que se acercaban a ella, sus caras de pesadumbre lo atestiguaban y eso de un modo u otro le reconfortaba. No abandonó la fiesta hasta que ella se marchó, de alguna forma quería velar su presencia, asegurar que no le ocurría nada y ¡Demonios!, tenía que admitir que por un momento pensó en que si se quedaba sola aprovecharía la oportunidad como en los viejos tiempos, pero fue algo que no ocurrió, aquella joven que él no conocía pero que era bastante desagradable a la vista no se separó de ella en toda la noche.

23

Emily se encontraba preparando los últimos detalles la noche anterior de su apertura, quería que todo fuera perfecto y se le estaba haciendo demasiado tarde, por suerte Lynette dormía bastante temprano y le había podido dar su última toma antes de dormir, todos decían que debería comenzar a destetar a su pequeña, pero ella no quería romper aún ese vínculo entre madre e hija cuando su pequeña aún no había cumplido ni un año de vida.

—Mi *lady*, váyase y descanse si mañana quiere estar aquí a primera hora, es

tarde y es muy peligroso para usted ir sola a estas horas —habló una de las costureras mientras colocaba uno de los vestidos en aquellos artefactos de madera y alambre que había traído desde Francia para que los vestidos lucieran mucho más vistosos y el local estaba lleno de ellos.

—Ya me voy Janet —contestó a la costurera. Tenía razón, se le había hecho demasiado tarde y no era seguro, aún debía ir dos calles más abajo donde su cochero la esperaría junto al coche de caballos—. Os veré mañana a primera hora —contestó con una sonrisa antes de cerrarse la capa por el viento frío y salir del local que era el único iluminado con lámparas de aceite a esas horas.

Odiaba el invierno por el frío y a pesar de que aún no era una hora indecente ya parecía noche cerrada y las calles estaban desiertas y poco iluminadas.

Sintió algo de pánico, pero se contuvo, ahora era una mujer madura, no debía tener miedo, no ocurriría nada, tan solo tendría que bajar una calle más y Tobías la estaría aguardando junto al coche de caballos. En unos minutos volvería a entrar en calor cuando llegara a la que ahora era su casa.

Sintió un fuerte tirón de su brazo desde atrás, no lo vio venir, con el ruido del viento no había escuchado los pasos, quizás habían salido de uno de los callejones oscuros, pero cuando cayó sentada en el suelo pudo ver levemente las dos figuras oscuras.

—Es una dama— susurró uno de los hombres.

—Da igual, quítale lo que lleve encima —le escuchó decir que proclamaba uno de ellos.

Emily no reaccionaba, su mirada estaba fija en algo que brillaba en medio de la penumbra, divisó que era la hoja de alguna especie de cuchillo. Sintió de pronto como era manoseada por unos dedos ásperos que tocaban su piel y comenzó a gritar, dando manotazos para esquivar aquellas manos que

seguramente estaban sucias.

—¡Eh!

Una voz de alerta les hizo girarse mientras una nueva sombra parecía acercarse a ellos. Emily sintió un tirón en su cuello que le hizo llevarse las manos al mismo por el dolor, provocando que se girara sobre sí misma y perdiera la estabilidad. Iba a caerse de nuevo, pero unos brazos la atraparon antes de tocar el suelo. ¿Sería otro asaltador?

—¿Se encuentra bien señora? —Se trataba de una voz masculina.

Emily se relajó de pronto al darse cuenta de que no era otro asaltador, sino su salvador.

—Si —dijo más para sí misma que para aquel caballero.

Su cuello aún le dolía, estaba segura de que el roce de la cadena del colgante que le habían arrancado e iba a dejar unas marcas visibles que podrían verse sin lugar a duda a la mañana siguiente. De todos modos, eso era lo de menos, podría haber acabado en tragedia si no hubiera sido por aquel oportuno caballero.

—¡Emily!, ¡Se puede saber qué haces sola a estas horas y sin compañía

alguna! —Su tono de voz parecía enfurecido, la estaba reprendiendo. En aquellos momentos su salvador se había convertido en su más temible enemigo, porque reconocía perfectamente esa voz. No había hombres en Londres que justo tenía que salvarla el duque de Sylverston precisamente.

—No tengo porque darle explicaciones de mis actos, aunque agradezco su oportuna intervención —dijo casi escupiendo las palabras mientras se intentaba librar de sus manos que aún la tenían sujeta por los brazos para intentar irse de allí cuanto antes.

Henry no sabía si abofetearla directamente por tener la descabellada idea de

andar sola a esas horas por aquellas calles solitarias o apresarla entre sus brazos para que no volviera a escapar de él, de solo pensar en lo que hubiera ocurrido si él no hubiera aparecido... mejor no lo pensaba o iría corriendo tras aquellos asaltantes para matarlos con sus propias manos.

—Emily… ¡Espera! —gritó cuando vio que ella caminaba con paso decidido.

De pronto vio que se paró en seco y se volvió sobre sus talones.

—Le dije que para usted soy la baronesa de Brigthdawn, o en todo caso *lady* Emily, como prefiera, pero dejé de ser Emily para usted hace mucho tiempo

—Su tono de voz denotaba cierto carisma de odio y quizá incluso rabia contenida.

—Está bien, *lady* Emily. —No pensaba llamarla ni baronesa, eso lo tenía muy claro, le recordaría al difunto de su marido.

—Tengo prisa, excelencia, así que si me disculpa, vuelvo a agradecerle su intervención, pero tengo una hija pequeña que me necesita —contestó mientras volvía a continuar su marcha hacia donde estaba situado su carruaje, aunque escuchó los pasos de Henry detrás suya.

—Si no le importa, me aseguraré de que esté a salvo, por lo que la acompañaré hasta su casa —terció deleitándose con su aroma que gracias al viento fresco ahora podía sentirlo puesto que se encontraba justo detrás de ella.

Emily estaba nerviosa, por un lado, se sentía segura con la figura de

Henry detrás que la protegía, pero deseaba llegar hasta Tobías para deshacerse de él.

Le inquietaba, por más que no quisiera reconocerlo, Henry seguía provocando algún tipo de efecto en ella pese a todo lo que le había hecho.

—¡Baronesa!, ¡Debió avisarme para que hubiera ido a por usted! —Era la voz de Tobías que al parecer la había visto a cierta distancia, cuando su

cochero salió a su encuentro vio la figura del duque y saludó con un gesto—.

No había visto que venía acompañada, ahora me quedo más tranquilo. —

Siguió hablando el cochero.

—En realidad *lady* Emily sufrió un ataque esta noche. —La voz de Henry la tomó por sorpresa, ¿Cómo se atrevía a contarle lo que había ocurrido a su servicio?

—¿Se encuentra bien, mi *lady*? —preguntó Tobías tan servicial como siempre—. Mire que le dije que enviara a alguien para que fuera a por usted, pero es más terca que una mula —habló más para el caballero que para su patrona.

—Como sea, Tobías, estoy bien, ahora vayámonos —contestó Emily para cortar la conversación de aquel par de dos petimetres que parecían haberse puesto de acuerdo en increparla y se recogió la falda para subir los escalones del carruaje.

—Gracias por su actuación esta noche su excelencia, le estoy muy agradecida

—dijo justo antes de subirse al carruaje y notó como una mano la sujetó de su codo para que no perdiera el equilibrio al subir. Al sentir su mano le estremeció, ¡Maldita sea el condenado! Pensó y se soltó en cuanto pudo como si quemara su contacto.

—No me las de ahora —contestó mientras subía los escalones él también del carruaje y se sentaba frente a ella—. Me aseguraré de que llega sana y salva a su casa —terminó diciendo con una leve sonrisa y cerrando la puerta del carruaje dejando a una Emily con la boca abierta.

—¡Está usted loco!, ¡No puede meterse así en mi carruaje! —gritó aturdida.

Se negaba rotundamente a viajar por más breve que fuera el trayecto a solas con él. No, definitivamente cualquier acto que implica estar a solas con él

nunca salía bien por experiencia propia.

—Cálmese. —respondió con calma. A Henry le costaba no tratarla con familiaridad, de alguna forma Emily le inspiraba cercanía, aunque quizá fuera el deseo de tener esa cercanía lo que provocaba ese sentimiento—. No es la primera vez que estamos a solas por si no lo recuerda —le habló en un tono de voz sugerente, que evocaba el recuerdo de imágenes indecentes por los momentos que habían compartido precisamente a solas.

Emily enrojeció de rabia, ¿Es que el muy cretino pensaba recordarle lo ingenua que fue al entregarse a él?, ¿Al dejarse llevar por el amor que sentía hacia ese hombre? Que ardiera en el infierno.

—Es algo que olvidé hace demasiado tiempo, su excelencia. —El tono de su voz era despectivo, arrogante, hasta incluso se premió así misma por la seguridad de sus palabras.

—Puede que usted lo haya olvidado o al menos lo haya intentado, porque yo desde luego no lo he olvidado, menos aún ahora que está incluso más hermosa que antes.

Emily lo miró, sus increíbles ojos brillaban con la tenue luz de la luna y algunos candiles de aceite que prendían en la calle a su paso.

Su piel reaccionó de inmediato ante esa mirada que parecía casi animal, respiró profundamente, intentando calmar su estado de nerviosismo, jamás ningún hombre le había hecho sentirse como lo hacía él y como para su desgracia lo seguía haciendo.

—No seré su amante, *lord* Sylverston, creo que debió quedarle lo suficientemente claro cuando me casé con mi inestimable esposo William y por si le quedó algún resquicio de duda, le confirmo que ahora tampoco aceptaré. —Sus palabras fueron directas, se podía apreciar el dolor de su

dignidad impregnada en ellas.

—No deseo que sea mi amante *lady* Emily, estoy muy lejos de

pretender que lo sea.

Las palabras de Henry eran serias, pero su mirada seguía siendo igualmente intensa, ¿Que pretendía entonces?, ¿La dejaría por fin en paz?

—¿Qué es lo que pretende entonces, excelencia? —Si no quería que fuera su amante, ¿Por qué la atormentaba de aquella forma? Y, sobre todo, ¿Porque la tenía que mirar tan intensamente como si pretendiera devorarla?, no eran imaginaciones suyas, él la deseaba, de eso estaba segura.

—Solo deseo que me perdone —afirmó—, admito que cometí muchos errores con usted. No actúe como un caballero precisamente, independientemente de sus sentimientos hacia el *lord* Barnes, no debí comportarme como lo hice. —Al fin se había disculpado, admitido su error.

Henry sintió una especie de liberación, Emily lo observaba indecisa, el carruaje aminoró la marcha hasta detenerse justo en aquel instante de silencio y se escuchó el ruido del cochero apeándose para abrir la puerta del carruaje a su patrona.

—Sus disculpas llegan demasiado tarde, *lord* Sylverston —dijo antes de bajar del carruaje con la ayuda de Tobías y perderse tras el gran portón de madera de su nueva casa.

«Tarde» se decía mentalmente Henry, «Demasiado tarde» no dejaba de repetirse una y otra vez aquella maldita frase.

Sabía que Emily no le perdonaría, así como así, incluso menos aún si era consciente de todo lo que había hecho para que no le quedara más remedio que ser su amante, ¡Pero ella tampoco era una santa! Había huido con Barnes el mismo día que se lo propuso, incluso se acostó con el barón seguramente a

las pocas horas de haberse entregado a él mismo. Necesitaba una copa urgentemente, esa mujer lo volvería loco, su mera presencia hacía que su sangre se alterara, ¿Por qué diantres ella tenía que excitarlo de aquella forma que no lograba ninguna otra? Tenía que admitir que Emily era única, como su belleza.

Aún no podía creer que Henry le hubiera pedido disculpas, ¿Acaso creía que lamentarlo era suficiente?, ¿Que con un patético y mísero “lo siento” ella olvidaría todo? Había admitido que cometió errores, que lo hizo mal, pero sus disculpas llegaban demasiado tarde. El dolor

no se olvidaba, habían pasado casi dos años y ella tenía muy presente como jugó con su ingenuidad y aplastó sus sentimientos. No, definitivamente no pensaba perdonarle.

La Inauguración de Lynetś fue aún mejor de lo que Emily había esperado, a primera hora de la tarde tenían tantos encargos que se habían quedado sin género en la tienda. ¿De dónde iba a sacar más? había tirado de vendedores locales de los alrededores, en realidad sabía perfectamente de donde sacar el género, solo que aquella opción no le gustaba, al menos no por lo que implicaba de ello. Tendría que hacerlo se mentalizó, quizás hubiera sido mejor hacerlo desde un principio para no llegar a ese punto, pero pensó que tardaría meses en hacerlo, quién le iba a decir que tendría tanto éxito nada más abrir las puertas. Al parecer había causado más admiración de la que pensó en un inicio con aquel vestido y los rumores habían corrido por Londres como la pólvora, todas las damas querían lucir uno de sus vestidos para la gran mascarada que habría dentro de tres semanas y ella estaba sin telas.

—Es la tercera clienta a la que le tengo que decir que no tenemos género, mi *lady*. —La voz de Janet parecía agobiada.

Emily entendía a la pobre chica, lo estaba pasando mal teniendo que dar

vagas explicaciones a las clientas. Además, era mala publicidad para el negocio que se hubieran quedado sin existencias tan pronto.

—A partir de ahora le dirás qué modelo quieren, toma medidas y que se pasen a partir de pasado mañana para elegir los tejidos porque están llegando, voy a solucionarlo ahora mismo. —confirmó.

Y así sería, iría al único sitio donde sabía que podría obtener todo el género que quisiera; la fábrica de su cuñado Donald, donde muy probablemente se encontrara con quien menos le apetecía ver en aquel momento, el duque de Sylverston.

Cuando llegó a la fábrica le comunicaron que su cuñado, el señor Richmond, no se encontraba, pero que si lo necesitaba podría atenderla su excelencia el duque. A desgana lo consintió, pese a que le pasó por la mente darse media vuelta para volver más tarde, se encontraría con él. Esperaba que después de la conversación de anoche le hubiera quedado clara su postura, además, solo iban a tratar de negocios, le dejaría muy claro que no existía nada personal entre él y ella.

Henry aún seguía estupefacto cuando se encontraba de pie esperando que Emily entrara de un momento a otro por aquella puerta. Le habían comunicado que solicitaba verle y estaba gratamente sorprendido, más aún después del encuentro de la noche pasada. No sabía que la podría haber llevado hasta allí, ¿Iría a perdonarlo?, ¿Se habría pensado mejor su disculpa?

La espera lo mataba, pero sobre todo porque deseaba volver a verla. Ni en sus mejores sueños se había imaginado tenerla allí, en aquel despacho, disfrutando de su compañía.

— *Lady* Emily —dijo cuando la vio entrar ataviada con un vestido de color ocre. Estaba preciosa, tan bella como siempre, aquella mujer sin duda conseguía nublar su juicio con su sola presencia.

— *Lord* Sylverston —contestó a modo de saludo mientras se sentaba en la silla que él le indicaba frente a su mesa.

—Me ha sorprendido su visita. Desde luego era la persona que menos esperaba esta mañana después de anoche, pero reconozco que me agrada su presencia y solo espero que…

—Estoy aquí por negocios, excelencia, nada más —puntualizó antes de que se imaginara cosas que no eran.

—¿Negocios? —¿Qué negocios podría tener una dama en su fábrica? Pensó él.

—He abierto una casa de modas, como seguramente habrá escuchado y el género que me sirven los comerciales locales no es suficiente para abarcar la demanda actual que poseo en estos momentos. —Fue clara y directa, mejor así que dar rodeos.

—Sí, algo había llegado a mis oídos —aseguró—. Aunque no sabía que ya se había inaugurado, supongo que debo felicitarla entonces por su gran éxito.

—Gracias, la cuestión es que necesito que me suministren el género suficiente, imagino que podrán hacerlo —contestó sin mirarle.

—¿De cuánto género estamos hablando? Actualmente damos suministro a más de la mitad de las casas de moda en Londres.

—Yo no soy como las demás casas, excelencia. Quiero tejidos únicos, de calidad excelente, yo misma puedo encargarme del bordado y brocado, pero necesito que el tejido y textura sean óptimos.

Henry la miró impresionado, ¿Desde cuándo Emily, aquella joven inocente de cara preciosa entendía tanto sobre la industria textil y los géneros?

—Puede supervisar usted misma la fabricación si lo desea, podemos cumplir

con sus exigencias, perdone mi indiscreción, pero ¿Desde cuándo entiende tanto del tema, *lady* Emily? —Deseaba llamarla Emily, aunque sabía que no podía hacerlo, se lo reprocharía de nuevo.

—Realizo mis propios vestidos, excelencia. Cuando era una niña aprendí a coser y no he perdido la costumbre desde entonces.

—Es cierto, su cuñado me lo comentó en una ocasión ahora que lo menciona, reconozco que tiene usted mucho talento *lady* Emily.

—Bien, entonces quiero elegir el género para que lo envíen de inmediato a mi casa de modas —exclamó rápidamente.

Cuanto menos tiempo estuviera con ese hombre mejor. Su sola presencia le ponía nerviosa, aunque intentara que no se notara en absoluto.

—Venga conmigo, la acompañaré al almacén donde podrá elegir alguno de nuestros géneros y comprobar la calidad, después visitaremos el taller donde le enseñaré el muestrario de patrones y podrá hacer los cambios que desee.

Normalmente Henry nunca se encargaba de eso, había empleados que lo hacían, pero no pensaba dejar perder la oportunidad de estar con ella, oler su perfume, su esencia y poder disfrutar de su cercanía.

Emily pasó todo el día en aquella fábrica, estaba incluso sorprendida de que el duque no hubiera intentado absolutamente nada con ella, ni un acercamiento, ni una sola frase incorrecta. Había sido un perfecto caballero y lo que es aún más sorprendente, conocía perfectamente cómo funcionaba todo en la fábrica, le había explicado cada detalle, como se fabricaba el género e incluso el muestrario para poder hacer los tejidos a su gusto, eligiendo tonos e impresiones.

Eligió diferentes hilos para diversos tejidos en varias tonalidades que indudablemente serían la tendencia de la temporada que se avecinaba, estaba

más que satisfecha y de haberlo sabido hubiera ido antes.

—Tendrá el resto del género mañana a primera hora —habló mientras ella le firmaba un pagaré en ese instante.

—Agradezco su rapidez —dijo realmente sorprendida.

—Tratándose de una potencial clienta que además es tan importante tanto para Richmond como para mí, lo que haga falta. —¿La estaba halagando?,

¿Por qué era ella tan importante para él? Temía preguntarlo, después de no haber insinuado nada, ni sacar a relucir su conversación de anoche ahora pensaba que lo iba a echar a perder todo.

—Debo marcharme, es tarde y Lynette debe estar… —Se quedó callada. No tendría que haberla mencionado, no a él.

—Imagino que Lynette será su hija, seguramente tan hermosa como su madre si posee sus ojos —contestó el duque sin dejar de mirarla fijamente.

—Si... si claro... mis ojos… —respondió balbuceando.

Henry pensó que al recordar a su hija rememoraba a Barnes que era el padre de la criatura al fin y al cabo y de ahí su estupefacción. Había estado demasiado cómodo junto a ella, verla tan curiosa por todo, prestando atención a cada cosa que le explicaba solo le hacía convencerse aún más de que definitivamente ella era única, distinta de cualquier dama que hubiera conocido y desde luego la mujer más maravillosa con la que había tenido la oportunidad de estar.

24

Emily llegó a su casa contrariada, se dirigió directamente hacia la habitación de su pequeña. Desde que había vuelto a Londres no había tenido la oportunidad de pasar tanto tiempo con ella como quisiera por culpa de todo el trabajo que generaba Lynetś. Acarició el rostro de su pequeña que dormía plácidamente. Estando con Henry por un momento sintió miedo de que él se enterara, de que supiera que su hija era en realidad de él y no de William, pero no había manera de que se enterase, ¿Verdad? Él era el primero en aceptar que era de William, aunque cada día que pasaba Lynette se parecía

más a él, aquello era innegable.

Todo estaba marchando demasiado bien, tenían más encargos de los que podían hacer, aquella mañana debía entrevistar a nuevas costureras porque el trabajo les desbordaba para las que había contratado en un principio. La mascarada sería en pocos días y debían cumplir con los encargos.

—Judith, si me retraso para la hora del almuerzo, tráeme a Lynette —dijo a su doncella que se encargaba siempre de la pequeña debido a la confianza que tenía hacia ella.

—Si mi *lady*, no se preocupe que la llevaré como siempre hago si usted se retrasa, esté tranquila —contestó la joven mientras le ayudaba a colocarse el abrigo y le daba los guantes y el sombrero a su patrona.

—Está bien, me voy o llegaré tarde. Que se coma toda la papilla, ¿Entendido?

—insistió.

Con el trabajo en la tienda le daba menos tomas de leche. Además, debía comenzar a darle cada vez menos el pecho o no querría otros alimentos y tenía que acostumbrarse a comer sólidos.

—Sí, no se preocupe mi *lady* —contestó la joven.

Emily sabía que era repetitiva, ¿Pero qué madre no lo era? Con una sonrisa a Judith se marchó en dirección al carruaje donde Tobías la esperaba con la puerta abierta.

Tal como había previsto la mañana se le fue entre papeleos y entrevistas a costureras, pero había podido contratar a diez buenas candidatas que comenzarían esa misma tarde.

Estaba contenta, si William estuviera allí… estaría orgulloso de ella, todo parecía ir tan bien, agradecía que las damas de la alta sociedad le hubieran dado una oportunidad y sin duda la gran mascarada la asentaría como la casa

de modas más demandada de todo Londres, asegurando así a la clientela.

Judith entró en ese momento con Lynette en brazos, la pequeña parecía estar llorando por alguna razón y Emily dejó los pagarés que tenía en las manos en el primer cajón del mostrador y se dirigió hacia ella.

—¿Qué le ocurre? —preguntó preocupada.

—Nada mi *lady*, se había dormido en el trayecto y al bajar del carruaje se ha despertado asustada. Se calmará enseguida ya lo verá, más ahora que la tiene a usted para consolarla. —Emily fue a la trastienda con su pequeña en brazos que efectivamente se calmó enseguida mientras la alimentaba, no había nada mejor que darle el pecho para apaciguarla.

— *Lady* Emily, ¿Puede venir un momento? —la voz de Janet la alertó —. Hay una clienta que quiere hacer unas modificaciones especiales en uno de los diseños nuevos.

—Enseguida voy Janet, que vaya eligiendo la tela mientras tanto. —

Janet asintió y desapareció dejándola a solas.

Cuando Emily salió de la trastienda con su pequeña en el regazo vio a dos mujeres con Janet, no le importó llevar a su hija con ella ya que la pequeña no se quería separar de su madre.

—Buenas tardes señoras —saludó formalmente llamando la atención de éstas que se giraron al escucharla.

—¡Oh! —exclamó Janet—. La baronesa de Brightdawn es quién hará las modificaciones de su diseño Señora Storm —anunció Janet.

—Es un placer conocerla al fin baronesa, está usted en boca de todo Londres, sin duda por su maravillosa destreza a la hora de innovar desde luego.

Aunque este diseño me ha encantado es demasiado atrevido para una mujer de mi edad tal como le decía a su empleada.

—No se preocupe señora Storm, podremos modificarlo a su gusto si así lo desea sin perder el estilo del diseño —contestó sonriente.

Miró a la otra señora que sería de la misma edad aproximadamente, parecía algo pálida, como si no se encontrara del todo bien. Emily se dio cuenta de que miraba fijamente a su pequeña y la aferró con mayor fuerza por alguna extraña razón.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó delicadamente Emily, aunque no habían sido formalmente presentadas.

—Si. ¡Oh sí! Perdone —exclamó la dama—. Es su hija ¿no?, es una niña preciosa.

—Perdone mi descortesía baronesa, le presento a mi amiga la duquesa viuda de Sylverston.

Emily se quedó muda en ese instante, pero reaccionó rápidamente saludando a la mujer y concentrándose de nuevo en las modificaciones que la señora Storm deseaba para el vestido para tratar de disimular su incomodidad.

Horas más tarde seguía preguntándose sobre la reacción de la duquesa viuda de Sylverston, es decir, la madre de Henry. Le quitó importancia, no podría relacionarla, ¿o sí? No dejaba de pensar en el rostro de la duquesa al ver a su hija, ¿Tanto se parecía a Henry como para atar cabos? No, nadie podía siquiera sospechar que ella tuvo algo

con él, menos aún su madre. Su hija era de William y nadie lo pondría en duda, tenía que dejar de mortificarse o entraría en un ataque de pánico solo de pensarlo.

Sacó su cuaderno y se puso a dibujar, era mejor que dejara de pensar en aquello. Sylverston jamás sabría que tenía una hija, Lynette era una Barnes y así lo sería siempre como había expresado William en su carta.

Henry se encontraba en el estudio de su casa aquella tarde, pensaba en cómo

actuar con Emily, no quería ir demasiado deprisa, aunque lo deseara, ella aún pensaba en Barnes, por más doloroso que fuera aún le quería y no podía luchar contra un fantasma. Lo quisiera o no, tendría que dejar pasar el tiempo, demostrarle de algún modo que él estaba ahí, lograr que confiara en él y eso era lo más difícil porque no se consideraba una persona paciente.

A cada momento pensaba que ella jamás le perdonaría, si él fuera ella sabía de sobra que no lo haría, pero Emily era distinta, era única y quizás pudiera demostrarle que de verdad la quería, aunque no supiera hacérselo ver, que había sido un canalla, un egoísta que solo había pensado en sí mismo y que estaba dispuesto a olvidar lo que ella hizo con tal de tenerla a su lado.

—¡Como has podido! —El sonoro estruendo de la puerta de su estudio seguido por los gritos de su madre le hicieron consternarse, jamás había visto a su madre así—. ¡Me esperaba cualquier cosa de ti!, ¿Pero esto?, ¡Esto es el colmo! —le gritó como una energúmena.

—¿Pero de qué habla madre?, ¿Que se supone que he hecho? —Henry estaba confundido, su madre había perdido completamente el juicio.

—¡Y ocultármelo de esta forma!, ¡Negarme ese derecho! —Se acercó a su hijo y le dio una sonora bofetada.

«Plaff» el sonido hizo eco en el estudio donde se encontraba Henry.

—¡Esto no te lo perdono Henry!, ¡Jamás te lo perdonaré! —volvió a gritar.

Henry vio cómo su madre tenía los ojos llorosos, cada vez estaba más y más confundido, se había quedado paralizado ante la bofetada que acababa de propinarle, ¿Qué le habría pasado para que reaccionara así?

—¡Me quiere decir de una vez que le ocurre! —gritó exasperado.

—¡Me has ocultado a tu hija!, ¡Porque no lo niegues!, ¡Esa niña es tu hija!,

¡Es igual que Francis de pequeña y tiene los mismos ojos de los Sylverston!,

¡Tus ojos, Henry! —gritó la duquesa.

¿Hija?, ¿Qué hija?, él no tenía ninguna hija…

—Yo no tengo ninguna hija madre, pensé que había superado la muerte de Francis, no vea usted fantasmas donde no los hay. Le aseguro que no soy padre.

—¿Me vas a negar que la hija de la baronesa de Brightdawn es tu hija?, ¡Yo sé lo que han visto mis ojos!, ¡No estoy loca! —inquirió en un tono de voz que más que una pregunta era una acusación.

Henry se quedó paralizado, por un momento no reaccionó, ni siquiera parpadeó. Todo su ser comenzó a agilizar su cerebro haciendo cuentas, pensando en fechas, asimilando que lo que decía su madre era totalmente posible, ¿Por qué ni siquiera se le había pasado por la cabeza que la hija de Emily podría ser suya?

—Ya veo que no lo niegas. —Su tono era ahora más tranquilo, quizás porque al ver la reacción de su hijo se convenció de que era probable que se acabara de enterar por ella misma.

—No… no lo sabía —admitió dubitativo mientras se sentaba en la silla.

Necesitaba asimilar su paternidad, ¿Tenía una hija?, ¡Oh Dios! Si eso era cierto sería maravilloso. Se llevó las manos a su cara, tapando la nariz y la boca en un gesto de sorpresa contenida y furia, necesitaba verla con sus propios ojos, tenía que comprobar lo que su madre le había dicho.

—Pues ahora que lo sabes, ya puedes arreglarlo porque quiero tener contacto con esa niña. Me has negado un nieto todos estos años y ahora que sé que tengo una, no pienso alejarme de ella. —La voz de la duquesa viuda era firme.

—Si esa niña es mi hija, ten por seguro que vivirá en esta casa —aclaró él

saliendo por la puerta de su despacho.

Iría a la mansión de Barnes y vería con sus propios si Lynette, que así era como se llamaba la hija de Emily era suya, porque si lo era, Emily iba a tener que enfrentarse a él y a su ira.

Emily había llevado esa tarde a Lynette a la casa de la señora Smith, quería que la conociera y de paso, pasar un rato con la anciana después de haberse ausentado por tanto tiempo.

—Querida Emily, tienes una hija preciosa, no tiene tus ojos, pero sin duda tiene unos bellísimos ojos, ¿Son de algún familiar de Barnes? —preguntó curiosa la anciana.

—No lo sé realmente —mintió despreocupada—. Probablemente sean una mezcla —insinuó como si aquello fuera lo más lógico a pensar.

—Bueno, sea como sea, esta niña será una auténtica belleza como su madre,

¿Verdad? —comentó la mujer antes de que le diera un ataque de tos.

—¿Está usted bien señora Smith? Me preocupa su salud, ¿Quiere que llame a un médico?

—¡Oh tonterías querida! Estoy bien. Nada que no cure un buen caldo caliente y reposo, debí coger algo de frío ayer en el paseo de la mañana, una ya no es tan joven para soportar estos fríos inviernos —dijo sonriente la anciana—.

Además, lo que a mí me da fuerzas es poder disfrutar de vuestra compañía, sobre todo de esta pequeña tan llena de vida.

—¿Por qué no se viene a nuestra casa? Es muy grande para nosotras dos y la verdad, agradecería su compañía.

—No quiero molestar querida, una mujer mayor como yo solo puede dar más problemas que beneficios —terció la anciana.

—Por supuesto que no, señora Smith, usted será una gran compañía para Lynette y para mí. Así yo no tendré que venir a visitarla porque la tendré en mi casa. —Emily sentía aquella casa tan vacía que tal vez con la compañía de la anciana pudiera amenizarla.

—Bueno, si es lo que quieres pequeña yo estaré encantada.

—¡Oh! Eso será estupendo, mañana mismo pediré que trasladen sus

cosas y la lleven, nos haremos compañía mutuamente. —Terminó diciendo Emily mientras se arrodillaba junto a la señora Smith y la cogía de las manos.

Tal vez fuera la falta de William o el hecho de saber que jamás volvería a casarse porque no podría sentir lo que aún le hacía sentir Henry por otro hombre, pero en aquel momento necesitaba no sentirse sola, llenar su vacío con algún tipo de amor, aunque este fuera de nostalgia.

Henry aporreó con alevosía el portón de madera de la mansión Barnes. A los pocos segundos la puerta se abrió y ni siquiera se anunció o permitió que le dejaran pasar, simplemente se adentró.

—¡Quiero ver a la señora de la casa! —gritó al mayordomo.

—¡Perdone caballero!, ¡No puede entrar así!

—¡Soy el Duque de Sylverston y exijo ver a su señora!

—Disculpe su excelencia —contestó el mayordomo con una reverencia —.

Pero la baronesa no se encuentra en la casa en estos momentos, le ruego por favor que se marche.

—¡Y dónde está! —gritó furioso.

—No lo sé, excelencia —contestó el mayordomo abrumado.

—¡Arrghh! —bramó—. ¿Está *lady* Lynette? —preguntó en esos instantes.

—No, excelencia. *Lady* Lynette está con la baronesa.

—Pues la esperaré. —Henry se quitó el sombrero y la capa, sentándose en uno de los sofás que había en el gran hall de entrada.

—Pero excelencia, usted no puede… no es correcto que usted esté aquí y menos aún sin saberlo la baronesa.

—¡Me da igual lo que es correcto o no!, ¡Es un asunto urgente! Así que, si quiere que me marche, ¡Envíe a alguien a donde quiera que esté su señora para que venga de inmediato! —lo dijo con tanta ira que sintió el miedo de aquel mayordomo.

—S…s…si, excelencia.

Emily pasó por la tienda antes de volver a casa para comprobar que todo estaba bien y que las cosas marchaban tal como se tenía previsto. Un par de percances con dos clientas en la prueba de vestidos la entretuvieron más de la cuenta. Para ella era muy importante concienciar a sus costureras que las damas debían quedar completamente satisfechas con el vestuario sin perder en ningún momento el objetivo principal que era lucir el diseño tal cual se había realizado.

Emily admitía pequeñas modificaciones, podía entender que no había damas tan atrevidas para lucir alguno de los diseños que había creado, en cambio otras sí. Pero su objetivo primordial era que cuando alguien viera esos vestidos pudiera entender a simple vista que eran procedentes de Lynetś. Esa era la razón por la que había realizado una colección de vestidos cuyas damas podrían llevar el mismo modelo, pero en diferentes tejidos combinables para que no parecieran el mismo. De esa forma cualquiera podría identificarla y convertiría Lynetś en una firma única.

—Mi *lady*, déjeme decirle que tiene usted un talento único —La dulce voz de Janet la sacó de su ensimismamiento, se había hecho algo tarde y debía

volver a casa, pero aún quería dejar los últimos pagarés listos para entregarlos a primera hora de la mañana en el banco.

—Gracias Janet. Aprendí del mejor maestro.

—¿Un hombre? —preguntó sorprendida.

—Así es. —Nunca revelaría que había sido William, pero sí que podría hablar de él—. Y el mejor amigo que he tenido jamás.

—No sabía que los hombres entendieran de costura.

—Él era el mejor diseñador de moda de todo París, Janet, deberías haberlo visto. —Recordar a William la llenaba de algún modo de una energía vibrante—. Te hacía ver que la creación de cada prenda era mágica. Como si el hecho de lucirla fuera especial para esa persona y encontraba inspiración en las cosas más inverosímiles. Le echo mucho de menos —terminó confesando apenada.

—¿Vive en París? —preguntó la empleada.

—¿Quién? —Se había dejado llevar por sus pensamientos recordando tantos momentos junto a William que se le había olvidado de qué

estaba hablando.

—Su maestro, ¿Por eso le echa de menos?, ¿Vive en París?

—¡Ah sí! Mi maestro… sí, él vive en París. —Para Emily era mejor pensar que William seguía irradiando alegría y demostrando su innata pasión por la moda en su querida Francia.

—Quizás nos visite algún día, seguro que quiere ver como su pupila ha conseguido triunfar en Londres gracias a sus enseñanzas. —Janet parecía encantada con la idea.

—Quizás Janet… quizá lo haga algún día —susurró.

Había sido un día agotador, necesitaba urgentemente un baño de sales

caliente para relajar sus músculos. Tobías le abrió la puerta del carruaje y Emily descendió primero cogiendo a Lynette de los brazos de Judith para que ella también bajara. Subió los peldaños que separaban la acera de la puerta de entrada y enseguida su mayordomo le abrió, seguramente estaría aguardando su llegada.

—Mi *lady*…

—Gracias Herald —le interrumpió Emily—. Ordena que me preparen un baño en mi habitación en cuanto acueste a Lynette, estoy tan cansada que no me apetece cenar nada, tomaré un tentempié.

—Mi *lady*, él…— hizo un énfasis ese *él* que Emily no entendió—. Lleva toda la tarde esperando aquí, no se ha marchado, decía que era urgente.

—¿Él?, ¿De quién habla Herald? —preguntó confusa.

—Yo. —Emily sintió que todo su cuerpo se estremecía al notar aquella voz produciendo en ella un pánico estremecedor, en aquel momento solo pudo sentir un miedo estrepitoso recorrer todo su cuerpo.

La voz estaba cargada de furia contenida, lo sabía, al igual que no hacía falta girarse para saber a quién pertenecía, pero lo hizo. Se giró sobre sí misma y allí estaba él, el hombre que le había proporcionado tantas alegrías y tristezas al mismo tiempo. El hombre que le había roto el corazón en pedazos y el único por el que era capaz de sentir algo.

25

El duque de Sylverston la miraba fijamente como si pareciera querer estrangularla hasta que reparó los ojos en Lynette. Emily trató de esconderla detrás de su cuerpo, pero era tarde, ya la había visto.

—Lleva a Lynette a su habitación Judith, enseguida subiré —dijo dándole a la pequeña que por algún motivo no cesaba de mirar a Henry al igual que él a ella.

—Si mi lady —contestó la doncella mientras se perdía escaleras arriba con la pequeña.

—¿Qué hacéis aquí, excelencia? No os he invitado a mi casa. —Se excusó

ahora que se sentía más segura sin la vulnerabilidad que representaba su hija.

—No pensabas contármelo nunca, ¿Cierto? —Su tono de voz casi demostraba decepción.

—No sé de qué me habla —respondió lo más calmada que pudo.

—¡Sabes perfectamente de qué te hablo, Emily!

—Le he repetido reiteradamente en varias ocasiones, que para usted soy la baronesa de Brightdawn —contestó vehemente.

—¡No voy a tratar de usted a la madre de mi hija! —gritó enfurecido.

Lo sabía... aunque desde el momento en que había visto la palidez de la duquesa de Sylverston supo que aquella posibilidad podría ocurrir, desde el mismo momento en que había entrado por esa puerta había sabido por qué, él estaba allí. Solo ahora, era cuando sus peores pesadillas se confirmaban.

Henry sabía que Lynette era su hija y físicamente hablando, era un hecho innegable determinar que el duque era su padre.

—Es la hija de William Barnes —respondió firme.

—Que tenga su apellido no implica que sea su hija, ¡Soy su padre! —gritó seguro de sus palabras.

La había visto con sus propios ojos, esa niña tenía que ser suya sin lugar a dudas, tenía el mismo color de ojos, que los Sylverston, ¡Dioses!, ¡Era padre!

Tantos años negándose tal hecho y ahora se sentía extraño al saber que una criatura llevaba su sangre por las venas.

—¡Dejaste de serlo en el mismo momento en el que me propusiste que fuera tu amante! —gritó.

Emily no lo negaba, estaba admitiendo con esa frase que Henry era el verdadero padre de Lynette.

—¡Eso no te da ningún derecho a arrebatarme lo que es mío! —le gritó acaloradamente mientras se acercaba a ella.

Admitir que ella sabía que él era el padre de su hija le desquició aún más. Por un momento pensó que lo negaría hasta la saciedad, pero las pruebas eran concluyentes.

—¡Lynette no es tuya!, ¡Nunca lo ha sido! —reiteró con furia.

—Lo es y haré lo que sea necesario para tener su custodia. —Su tono de voz parecía irradiar casi odio.

¿Qué?, Henry no podía hacer eso, ¿Podría hacerlo?

—¡No puedes hacerme eso!, ¡No me la puedes quitar! —gritó Emily.

Tenía los ojos vidriosos, él no sería capaz de aquello ¿O sí? No, no, no... No podía quitarle a su pequeña, era lo único que tenía, lo único verdaderamente importante en su vida.

—Presido la cámara de lores, ¿Tu qué crees? —respondió con sorna para evidenciar que podría hacerlo perfectamente y que de hecho lo haría, aunque con ello se ganara el desprecio y odio absoluto de Emily por el resto de su vida.

—¡No! —Emily cayó de rodillas al suelo con el alma desgarrada—. Haré lo que sea. Te lo suplico. Haré cualquier cosa que me pidas, pero no me la quites. Ella es lo único que tengo, ¡No te la puedes llevar!, ¡No la puedes alejar de mí! —su voz era desgarradora.

Ella sabía en la sociedad que vivían, donde siempre un hombre tendría más derechos sobre ella y Henry era un hombre poderoso que podría obtener lo que quisiera.

Henry la vio en el suelo, mirándole con lágrimas en los ojos. Su corazón no

podía verla así. Estaba dolido por el hecho de que se le hubiera ocultado que era padre, más aún, por saber que si por ella fuera jamás se lo hubiera contado, pero le dolía verla sufrir por el temor que le provocaba el hecho de perder a su hija. Le conmovió el hecho de que amara tanto a un ser que después de todo tenía una parte de él. Aunque no podía demostrar ahora debilidad, si lo hacía perdería a su hija, ¿Qué opciones tenía? Quería tener a su hija con él, pero también quería tener a Emily...

—¿Lo que desee?, ¿Aceptarás cualquier propuesta? —preguntó con seriedad en su tono de voz.

Emily sabía lo que le iba a pedir. Se convertiría en su amante, esta vez no sería una propuesta, sería una exigencia. Casi podía anticiparse al hecho, pero lo haría. Estaría dispuesta a sacrificarse por su hija si era necesario. Sería la amante del duque de Sylverston con tal de que no la alejara de su hija. Así que cerró los ojos, no podía mirarlo a la cara ni siquiera, no quería que viera la indignación que le provocaba el hecho de aceptarlo.

—Si, aceptaré lo que desees, siempre que implique tener a Lynette conmigo

—contestó lo más serena posible.

—Tres meses —contestó casi sin pensarlo el duque.

Emily abrió los ojos confundida, ¿Tres meses? Que significaba aquello,

¿Sería su amante tres meses?

—Tienes tres meses para organizar una boda —añadió en un tono neutro, seguro de sí mismo.

—¿Una boda? —exclamó aturdida.

No lo entendía, ¿Qué boda debía organizar?

—Nuestra boda —confirmó por si le quedaba alguna duda al respecto, mientras se colocaba el abrigo y el sombrero para irse.

—¿Casarnos?, No puede ser, no pued…

—Te casarás conmigo Emily. Tu misma has dicho que aceptarías cualquier propuesta —confirmó tajante.

—Pero tú no quieres casarte —aseguró aún contrariada.

No lo entendía, él dijo que jamás se casaría, ¿Por qué cambiaba ahora de opinión?, ¿Era por Lynette?

—Lo anunciaremos en el baile de máscaras. —Fue toda la respuesta que recibió Emily, porque acto seguido el duque de Sylverston abandonó su casa.

Emily aún estaba anonadada, no podía asimilarlo. Sencillamente su mente no lo procesaba, se negaba ante el hecho de que iba a ser la esposa del duque de Sylverston.

Definitivamente no podía casarse con él, si lo hacía… no, no podía ni pensarlo, era intolerable, pero por otro lado no tenía otra opción. Él había amenazado con quitarle a Lynette y estaba segura de que tenía los medios necesarios para hacerlo, estaba en una encrucijada, por más que lo intentaba no veía una salida. La única opción sería huir, ¿Y si se iba a Francia?,

¿Desaparecer de Londres? Eso implicaba abandonar a su familia, a sus amigas, la casa de modas… tenía que pensar que era lo más importante, si huía solo sería un acto de egoísmo, una cobardía para no afrontar lo que implicaría casarse con el duque.

Se hundió más en la bañera, el agua comenzaba a estar templada y pronto debería abandonarla, pero ella tenía demasiado en que pensar como para darse cuenta de que el agua se enfriaba. Pensó en su hija, en Lynette, después de todo tendría una figura paternal, a su

verdadero padre. Lo haría, se casaría con el duque, pero le dejaría bien claro que solo sería su esposa de cara a la sociedad, en lo que a ella respectaba, no existiría nada entre el duque y ella.

Henry había madrugado aquella mañana y pensaba pasarla en la fábrica para evitar a su madre. No le apetecía en absoluto mantener la conversación que ella tanto anhelaba, ya le daría la noticia cuando él mismo la asimilara. Iba a casarse con Emily, debería estar contento, ¿No? Pues no lo estaba, por un lado, le guardaba rencor por no haberle contado que él era el padre de Lynette, aunque lo más probable es que ni siquiera sabía quién era el padre de la criatura hasta que vio el parecido. ¿Sabría Barnes que Lynette no era suya?

Lo dudaba...no le habría dado su apellido de ser así. Por otro lado, estaba el hecho de que ella al fin iba a ser suya, pero no del modo que él quería. La estaba obligando a casarse con él y en el fondo sabía que ella no se lo perdonaría, aunque solo accedía por la amenaza de apartarla de su hija.

Suspiró profundamente mientras se levantaba para observar a través de la ventana de su despacho la calle que a esas horas era poco transitada, ¿Qué otras opciones tenía? El matrimonio le parecía que era la única forma de poder tener a Lynette cerca de él sin perjudicar a ninguna de las mujeres de su vida. Su madre estaría feliz, Emily estaría con la pequeña y su hija no sería considerada una bastarda.

—Vaya caras tenemos tan temprano —Escuchó la voz de Robert a su espalda y se giró sobre sí mismo para ver a su amigo.

—Sí. No es un buen día que digamos —respondió sin ánimo.

—Vaya, yo pensaba que estarías alegre después de tus progresos con *lady* Emily y saber que ahora tienes una excusa para verla.

—Voy a casarme —contestó serio.

—¿En serio?, ¡Pero si la quieres a ella!, ¿Qué razones puedes tener para casarte con otra? —dijo Robert exaltado.

—Con Emily, voy a casarme con Emily —confirmó el duque.

—¿Y entonces por qué esa cara de funeral?, ¿No era lo que querías? No hay quien te entienda —respondió mientras se sentaba en el despacho de Henry

—. ¿Cómo has conseguido que acepte? Creía que era de las que te lo

pondría difícil.

—Todo es complicado cuando se trata de Emily, nada sale como planeo.

Intento hacer las cosas bien y de pronto esto —refunfuñó—. Resulta que soy padre, ¡Padre! Y por si te lo preguntabas, la respuesta es no. No pensaba decírmelo, así que la he obligado a casarse conmigo si no quiere perder a la niña.

—Me estás diciendo por lo que he podido deducir que la hija de Emily, ¿Es en realidad tu hija? —Robert estaba sorprendido.

—Sí —afirmó.

—¡Ay madre! —Alzó la voz mientras se llevaba una mano al mentón pensativo— ¿Estás seguro?

—Completamente —contestó.

—Entonces supongo que, pese a todo, debo darte la enhorabuena amigo mío.

Te vas a casar y eres padre en el mismo día. —Robert se levantó abrazando a su amigo—. Míralo por el lado bueno, la vas a tener para ti cada noche y como dicen no hay mejor forma de conquistar a una mujer que en la cama.

—Sí… claro —susurró siendo plenamente consciente de aquello, tenía el presentimiento de que las cosas no iban a ser tan sencillas con Emily.

—Venga, vayamos a celebrarlo al club, Michael estará por allí y seguramente esté acompañado de David, Andrew y Richard.

Henry tenía gran estima a Michael, no tanto a los amigos de éste que eran demasiado irresponsables, por no decir que les gustaba demasiado el juego y las mujeres, además de beber en demasía y no dar un palo al agua. Pese a

todo accedió, en aquel momento necesitaba algo más que una copa para asimilar lo que se avecinaba.

—¿Que te vas a casar con Sylverston? —exclamó Julia completamente sorprendida y estupefacta.

Emily le había soltado tal cual que se casaba con el duque en tres

meses, sin pararse a ponerla en antecedentes. De todos modos, todo Londres se enteraría el día de la fiesta y para eso solo faltaban cuatro días.

—Cssh ¡Julia!, ¡Baja la voz! —la reprendió Emily.

Aunque se encontraban en la trastienda mientras le probaba su vestido para la fiesta de la mascarada ellas mientras tanto aprovechaban para hablar. Emily supervisaba personalmente los vestidos de Julia y de Susan para que quedaran perfectos.

—¡Pero llevas viuda muy poco tiempo!, ¡Incluso menos de un año! —dijo ahora en un tono más bajo.

—Lo sé, pero no tengo otra opción —contestó mientras le cogía el bajo de la falda del vestido con alfileres.

—Espera, espera, espera, ¿Que no tienes otra opción? Cuéntame los detalles intermedios que te has debido de saltar porque no lo entiendo. Hasta donde yo sé, tu historia con Sylverston terminó el día que lloraste como una magdalena porque no se quería casar contigo y lo siguiente que supe es que te habías casado con Barnes, Yo creía que estabas enamorada de William, ¿O

por el contrario amabas al duque?

Emily dejó los alfileres y se sentó medio derrotada, tenía que confesárselo a alguien o explotaría. No podía guardar todo aquello para ella misma, estaba al borde del colapso.

—El padre de Lynette no es William —susurró.

—¡Oh dios mío! —contestó Julia llevándose una mano a la boca entendiendo hasta donde había llegado Emily con el duque en aquella fiesta, ¡Con razón lloraba así cuando le confesó que no se iba a casar con ella! Por eso la rapidez de fugarse a Gretna Green con Barnes.

—Dice que, si no me caso con él, se la llevará y me alejará de ella. Él puede hacerlo Julia, tiene influencias que yo no tengo, si él habla no solo manchará mi nombre y el de Lynette, sino que la perderé y no podría vivir sin tenerla a mi lado. —Sus ojos eran ahora vidriosos.

—¿Y él te ha propuesto matrimonio a cambio de no contarlo? —preguntó Julia con interés.

—Sí, le dije que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa para que no

me separara de ella y esa fue su propuesta, realmente no lo entiendo Julia. Hace dos años me dijo que jamás se casaría, que lo único que podría ofrecerme era ser su amante, ¿Por qué ahora quiere casarse conmigo?, ¡Ahora que yo no quiero!, ¡Que por fin era libre y no tendría que depender de ningún hombre!

—¿Su amante?, ¡Será cretino! —contestó estupefacta.

—William me convenció para fugarme con él, entre nosotros nunca hubo nada Julia, nos queríamos como amigos, nada más. Pero prométeme que Susan no lo sabrá, William quería que Lynette llevara el apellido Barnes y si su madre se entera que no es su nieta pensará que no le queda nada de él.

—Tranquila, mis labios están sellados Emily. —Julia se bajó de la plataforma en la que estaba subida para que le cogieran el bajo del vestido y se sentó junto a Emily rezando por no clavarse ningún alfiler, por suerte fue así—.

Pero no me has respondido —inquirió.

—¿A qué? —respondió confundida Emily.

—¿Aún amas a Sylverston? —insistió.

—No lo sé, Julia, Mi mente quiere odiarlo, pero algo dentro de mí se niega a hacerlo, es alguien despreciable, pero al mismo tiempo es el padre de Lynette y quizá esté bien que crezca a su lado, estoy confundida. No sé qué debo esperar de este matrimonio y tengo miedo, no quiero quererlo, no quiero que me haga daño de nuevo. —Terminó por decir mientras unas lágrimas recorrieron su rostro.

Se había jurado no llorar de nuevo por él y allí estaba de nuevo, derramando lágrimas por el mismo hombre.

26

Aquella noche anunciaría su compromiso. No había vuelto a ver al duque, en los cuatro días que habían pasado no había tenido noticias suyas,

¿Estaría enfadado por haberle ocultado que era padre?, ¿La estaría evitando?

Ella desde luego prefería que fuera así, no sabía cómo iba a reaccionar al verlo, ¿Habría cambiado de opinión al respecto? Lo dudaba, mejor sería no mantener esa esperanza.

Emily había pensado llevar un vestido en una tonalidad de morado intenso con algunos toques de dorado a la fiesta, eso fue antes de que Henry le

hiciera esa propuesta. Dos días después cambió de idea, tenía que llevar un vestido gris, con finos y elegantes bordados en plata que también estuvieran en el encaje. Ni ella misma entendía por qué hacía aquello, pero algo dentro de ella sentía que debía hacerlo, por lo que dada la finura del bordado y pese a que tenía una costurera únicamente con su vestido, ella continuaba la labor cuando su empleada descansaba o no le daría tiempo a tenerlo listo.

Puede que nadie se diera cuenta, pero ella lo sabría, su vestido sería

del mismo color de los ojos del duque, los mismos de su hija Lynette. Quiso imitar un gesto que le confesó en su día la señora Hadden de su madre en su petición de mano, llevar un vestido del mismo color de ojos que su futuro esposo. Su madre fue feliz junto al conde, ¿Podría ella serlo? Realmente sabía la respuesta, el duque jamás la podría hacer feliz, nunca había tenido en cuenta sus decisiones, siempre había pensado en él mismo. No, ella nunca sería feliz junto a un hombre así. ¿La obligaría a dejar su trabajo en la casa de modas? Tenía tantas incertidumbres con respecto a ese hombre que no le sorprendía ser un manojo de nervios.

Toda *la crème de la crèm* e de la alta sociedad inglesa acudiría a la fiesta de máscaras, no solo las personas más pudientes, ricas y poderosas estarían allí, sino que aquel evento suponía un antes y un después de la temporada en la vida de toda dama o caballero que se apreciara. Aquella fiesta era una referencia para demostrar el estatus social que se poseía y todo aquel que no acudía significaba que no había recibido invitación, por lo tanto, era declinado por el resto de invitados. A Emily todo aquello le parecía una exageración, ¿Qué culpa tendría la hija de alguien que se ha visto arruinado por deudas de juego?, era muy injusto. Una sociedad basada en apariencias y engaños era la definición perfecta para la alta sociedad inglesa.

—Mi *lady*, si no descansa va a enfermar ¿Y entonces quien lucirá ese

magnífico vestido que tanta dedicación le está poniendo? —advirtió su empleada observándola con preocupación.

—Lo sé, Judith. Enseguida me acuesto, ya casi está terminado y te prometo que dormiré, aunque me levante tarde pero mañana es la fiesta y debo acabarlo. —Unas cuantas puntadas más y estaría terminado.

No miró la hora cuando se acostó aquella noche, pero sin duda debía ser de madrugada bien entrada la noche. Observó la luna, estaba casi llena, seguramente estaría completa al día siguiente. Recordó su primer beso, ese beso robado del duque aquella noche de Luna llena, había sido tan ingenua e incrédula por aquel entonces… Tan deseosa de casarse con el duque que casi no había dormido aquella noche y ahora allí estaba, a punto de anunciar su compromiso con ese hombre y sin una pizca de ánimo por hacerlo. ¿Por qué tenían que haber ocurrido así las cosas? Él no deseaba ese matrimonio, ella tampoco. Nada auguraba nada bueno para ambos si comenzaban así.

Henry había contratado a alguien para que siguiera los pasos de

Emily, no se fiaba de que por alguna razón huyera de él con su hija. Sabía que no deseaba ese matrimonio y en el fondo entendía por qué; le detestaba por obligarla a hacerlo, ¿También le odiaría? Aunque él tampoco olvidaba fácilmente lo que le había hecho Emily, algo en él lo empujaba a tener esperanza, ¿Sería posible que algún día se llevaran bien?, ¿Lograr olvidar el pasado para comenzar desde cero? Quizá si se aferraba a ello lo lograría.

—Hijo, ¿No crees que debería acompañarnos la baronesa para asistir al baile juntos? Teniendo en cuenta que anunciaréis el compromiso esta noche, quizá sea lo mejor. —Henry le había comunicado a su madre finalmente que Emily y él se casarían pronto y lo anunciarían esa misma noche.

Decir que estaba contenta era quedarse corto, eso implicaba tener a Lynette en casa. Además de una nuera que le podría proporcionar más nietos. Aunque

no entró en los detalles de cómo la había obligado a casarse con él pronto lo descubriría, se daría cuenta cuando Emily no se comportara como una esposa alegre y dichosa.

—No madre, lo mejor será que cada uno llegue por su lado. Ni siquiera ha pasado un año desde que enviudó, lo mejor es que guardemos las apariencias.

—Correrían el rumor de que Emily buscaba un protector para su negocio, Robert se encargaría de hacerlo correr. Sería la única forma de que la sociedad pasara por alto el poco tiempo que había tardado en olvidarse de su esposo para casarse de nuevo.

—¡Emily!, ¡Nunca imaginé que te verías tan hermosa luciendo esa tonalidadr! —Emily acababa de colocarse la última de sus joyas cuando su doncella le avisó de que Julia la aguardaba en el hall para tratar un asunto urgente.

—Lo cierto es que nunca habría pensado en este tono para mí —confesó totalmente sincera, si no fuera por la circunstancia dudaba que lo hubiera elegido—. Pero dime, ¿Qué es ese asunto urgente que te ha traído aquí? —

Julia lucía su hermoso vestido en tonos bronces mezclados con color café que tan bien le sentaban, se veía muy hermosa con aquel semi-recogido dándole un aspecto sofisticado y juvenil al mismo tiempo, cuando se colocara la máscara se convertiría en una joven muy solicitada esa noche. Estaba segura de ello.

—Robert me ha enviado para comentarte algo que debes saber —confesó Julia—. Teniendo en cuenta el poco tiempo de viudez, la gente hablará de lo rápido que has buscado otro esposo y esta vez uno tan acaudalado, para que no comiencen las habladurías Robert correrá la voz de que vuestro matrimonio es por el interés de ambos. Teniendo en cuenta que Sylverston posee una fábrica de textiles y tú una prestigiosa casa de modas, nadie lo

dudará.

Emily se quedó pensativa un instante, ni tan siquiera había pensado en la reacción de la gente al enterarse de su compromiso. Hablarían, ¿Cómo no hacerlo con una noticia así? Más teniendo en cuenta que no habían transcurrido ni ocho meses desde la muerte de William.

—¿Ha sido idea de tu hermano Robert? —preguntó contrariada.

—No, ha sido *lord* Sylverston quien se lo ha pedido. Y también ha sido él quien ha solicitado que te avisara para que estuvieras informada de todo antes del anuncio de compromiso —confirmó su amiga.

No lo entendía, ¿Por qué Henry quería favorecerla? Tal vez él también se beneficiada de todo aquello, si hablaban mal de ella podrían meterlo a él también en el mismo paquete. Desde luego tendrían que inventar algo así para no contar la verdad porque desde luego no pasarían por dos amantes enamorados precisamente para que todo el mundo entendiera las razones de aquel matrimonio.

—Supongo que es lo mejor, a ninguno nos beneficia que comiencen a divulgarse rumores por el bien de Lynette —contestó sin darle más importancia de la debida.

Descendieron del carruaje ayudadas por su fiel cochero Tobías. Agradecía que Julia la acompañara, estaba nerviosa por encontrarse a Henry, ¿le reconocería con la máscara? La tradición era conservarla hasta las doce de la noche, donde con la última campanada todo el mundo debería quitársela.

Realmente era una soberana tontería porque la gran mayoría se podría reconocer a través de ella, pero era una gran aventura para quien no lo hacía.

—¡Venga, vayamos a buscar a Susan! —exclamó Julia.

Sería fácil encontrarla teniendo en cuenta que sabían cómo iba vestida al ser

Emily quien había diseñado su vestido. La encontraron bailando una pieza con un joven, en ese momento Emily pensó porqué no se habría casado aún, era un año mayor que ella y seguro que habría recibido varias propuestas. Le desconcertaba la idea de que tanto Susan como Julia, aún no se hubieran casado tras llevar varias temporadas.

—Le rechazará —oyó decir a Julia.

—¿Por qué? —No hacía falta preguntar de quien hablaba.

—Susan quiere casarse por amor, está empecinada en ello. Si no llevo mal las cuentas, creo que ha rechazado a unos treinta pretendientes con peticiones formales de matrimonio.

—¿Treinta? —Eso eran muchas peticiones, demasiadas incluso.

—Sí, su padre no desea que sea desdichada en el matrimonio, por ello la consiente. Si me lo preguntas a mí, no digo que sea inconformista, pero si no se casa pronto, se quedará solterona.

—Quizá sea preferible estar sola que estar con un hombre que no te ama o por el que no sientes nada —declaró Emily, que entendía perfectamente la postura de Susan. Comprendía que prefiriera estar soltera antes que soportar un futuro incierto con alguien que no amara.

—Lo siento Emily. Había olvidado por completo que precisamente tú estás en esa situación.

—¿En qué situación hermanita? —La voz de Robert las hizo girarse a ambas.

Emily vio junto a la figura del que debía ser Robert un caballero de ojos grises con la figura y el porte del que sin duda era el duque.

—¿Me concede la siguiente pieza, mi *lady*? —La voz de Henry acompañada de esa intensa mirada hicieron que a Emily le fuera imposible negarse.

Notaba la piel cálida de la mano del duque mientras se dirigían a la pista de baile una vez finalizada la pieza anterior. Se suponía que de no ser por las máscaras que ocultaban parcialmente su rostro, todo el mundo les observaría detenidamente, un privilegio de ser una fiesta de máscaras para poder calmar su nerviosismo de por sí latente.

—Veo que no habéis huido, mi *lady* —su voz era aterciopelada, Emily

podría jurar que casi de incredulidad. No era una idea descabellada que él pensara que podría haber huido, ella misma se planteó la posibilidad si no fuera por las razones que la ataban a quedarse en Londres, razones que quizá carecerían de importancia si él se lo exigía.

Henry la miraba fijamente, lucía extremadamente bella y eso que ocultaba con la máscara parcialmente su rostro, pero aquellos labios que siempre le habían vuelto loco al igual que el color de sus ojos sin duda hacían desearla fervientemente. Contempló una ínfima esperanza, tal vez, solo tal vez si Emily no había huido y estaba allí para anunciar su compromiso significaba que podría seguir sintiendo algo hacia él.

—Huir es de cobardes —declaró. Aunque ella definitivamente era una cobarde por tener miedo de él.

—Recuerdo una vez en la que huiste de mí —contestó y Emily guardó silencio.

Sí, tenía razón… había huido de él, destrozada y con el corazón roto. Se suponía que ahora era una mujer nueva, fuerte, capaz, ¿Entonces por qué se sentía como la joven ingenua y estúpida que fue en su día?

—Me había dejado muy claro cuál sería mi lugar si me quedaba —declaró dolida.

—¿Jamás olvidarás lo que hice? —preguntó dolido.

¿Era nostalgia lo que había en su tono de voz?, ¿Sentimiento? Emily ladeó la cabeza negando sus pensamientos.

—¿Podrás olvidar tú que me casé con Barnes? —dijo por toda respuesta.

—Podría intentarlo… podría hacerlo por Lynette. —No quiso revelarle que aun sentía por ella algo que era incapaz de describir. Pese a todo Emily seguía consiguiendo que su sangre hirviera bajo su piel.

—Por Lynette… —susurró. Claro, ¿Qué otra cosa podía esperar de él?, ¿Que la amara? Henry no sería capaz de amar a nadie más que a sí mismo. Todos sus actos egoístas así lo demostraban.

—Es nuestra hija, se merece que al menos nos tratemos con respeto. Que no crezca viendo el odio de sus padres —aclaró.

La pieza de baile terminó y volvieron junto al círculo de amistades, donde también se encontraba la madre de Henry.

—Henry, querido ¿Nos traerías unos refrescos? Tengo la garganta seca y seguro que *lady* Emily estará en la misma situación —terció la duquesa viuda.

—Sí, madre. Enseguida vuelvo. —respondió cortés.

—Querida… —comenzó a hablarle la duquesa a Emily—. Dale tiempo, nunca ha tenido un carácter fácil, pero es un buen hombre.

Emily no sabía qué responder a su futura suegra. ¿Un buen hombre?, ¿Sabría esa mujer lo que su hijo había pretendido hacerle? No.…Nadie lo sabía salvo Julia y el difunto William.

—Ha estado demasiado tiempo reprimiendo cualquier sentimiento que pudiera albergar. No le culpes, nunca tuvo una infancia fácil y cuando creyó encontrar la felicidad, se la arrebataron. Sé que a tu lado puede ser feliz.

Prométeme que le darás una oportunidad.

Emily era madre, sabía de sobra que exculparía cualquier pecado de un hijo.

¿Prometer que le daría una oportunidad? ¿Para volver a romperle de nuevo el corazón que aún estaba hecho añicos? No, no podía prometer algo así.

—Yo…. no sé qué decir. —No le mentiría, no haría promesas que no pensaba cumplir.

—No digas nada ahora, pero al menos prométeme que lo pensarás. —Eso sí podía hacerlo si la tranquilizaba.

—Está bien, lo pensaré. —Sintió deseos de saber porque Henry no habría tenido una infancia fácil, ¿Qué podría haber ocurrido para que no fuera así?

Suponía que el hecho de que su felicidad fuera arrebatada sería por su difunta prometida, ¿Conocería alguna vez la historia? Seguramente no por parte de Henry, pero quizá su madre podría contársela…

La cuenta atrás iba a comenzar en breve, justo diez segundos antes de las doce que el gran reloj de cuerda sobre el muro central del salón

marcaba.

—¡Diez!, ¡Nueve! —comenzaron a gritar todos—. ¡Uno! —Emily vio como todo el mundo lanzaba su máscara al aire entre risas y aplausos. Julia había desaparecido, Susan conversaba animadamente con Catherine que también había acudido a aquel baile a pesar de su aspecto. Ella se había quedado a solas junto a Henry, aunque permanecían callados.

Henry no podía evitar mirarla de soslayo, estaba preciosa luciendo aquel vestido, se fijó por un instante más en el color, ¿Eran imaginaciones? ¿O

aquel color era el mismo del de sus ojos? Seguramente había sido una casualidad, de ser así estaba claro que lo habría hecho por su hija y no por él.

—¿Sabe vuestra madre que Lynette es…? —El susurro de Emily hizo que él casi no la escuchara.

—Sí, fue ella quien lo averiguó —confirmó.

Aunque Emily lo sabía de antemano necesitaba confirmarlo. Si Lynette no hubiera estado por la mañana en la tienda nada de aquello habría pasado.

—Deberá pasar un tiempo prudencial hasta que le cambie el apellido y sea una Sylverston —confesó él sin sentimiento alguno.

¿Cambiarle el apellido? No, él no podía hacer eso. William le había pedido que conservara su apellido, su linaje… no podía permitirlo.

—¡No puedes hacer eso! —gritó repentinamente.

Gracias a los murmullos de la gente nadie se dio cuenta de que había alzado la voz.

—¿Pretendes que conserve el apellido de alguien que no es su padre, aunque todos crean que si lo es? —susurró inaudiblemente—. Por encima de mi cadáver —confesó.

—No lo entiendes, yo se lo prometí. Le prometí a William que ella sería una Barnes, la última en conservar su apellido —le suplicó con los ojos—. Me casaré contigo, pero tienes que dejar que Lynette sea una Barnes.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo? —la miró fijamente.

—Sí, lo sé. —Realmente no lo sabía, pero la cegaba su fidelidad hacia William.

—¿Sabes lo que implicaría que haga lo que me pides? —Emily lo miró confusa—. Tendrás que darme un heredero si pretendes que haga lo que me pides.

¿Darle un hijo? Eso implicaba compartir el mismo lecho, dormir en la misma cama. Tener una intimidad con él que desde luego no deseaba, ni anhelaba, ni quería y de la cual sabría que saldría mal parada. No, no podría hacerlo, no

sobrevivía a eso. Huiría, definitivamente tendría que huir y ser una cobarde si quería que su hija siguiera siendo una Barnes sin tener que meterse en la cama de Henry.

En aquel momento se escucharon unas voces seguidas de unos golpes de copas para llamar la atención. Todo el mundo se giró hacia la persona que realizaba aquella llamada.

—Queridas damas y caballeros, tengo el enorme placer de anunciarles que mi querido amigo El duque de Sylverston contraerá nupcias próximamente con *lady* Emily, Baronesa de Brightdawn, ¡Un brindis para la feliz pareja! —

concluyó Robert mientras en aquel momento todo el mundo se giró para buscar a la pudiente pareja que acababa de anunciar su compromiso, hasta que les encontraron.

«Tarde para huir» pensó Emily en aquel instante.

27

Emily se encontraba en la trastienda pensativa, miraba las cuentas y los bocetos que aún no había terminado con desgana… el momento se acercaba y cada vez se sentía más presionada, sin poder evitar en la encrucijada que se hallaba.

—¡Emily!, ¡Faltan dos semanas para tu boda y ni tan siquiera has comenzado con tu vestido! —La voz de Julia la reprendió.

No estaba inspirada, no quería ese matrimonio y por tanto, no quería un vestido de novia.

—Me pondré uno de los que ya tengo, ese morado que iba a llevar a la

mascarada que al final no me puse valdrá.

—¡Ni hablar! —contestó la susodicha airadamente—. Tienes una casa de modas, ¿Piensas ir con un vestido cualquiera? Me da igual que no quieras casarte, pero ten presente que de lo que se hablará en tu boda será de tu vestido. ¿Qué crees que diría William si no lucieras una obra de arte el día de tu boda?

Emily resopló, era cierto, Julia tenía razón, pero no tenía ni una pizca de ánimo, menos aún de lucir algo espléndido el día que comenzaría su condena, porque estar casada con Sylverston era eso, una condena.

—Está bien —refunfuñó mientras cogía su cuaderno y comenzaba a dibujar.

Mientras iba trazando líneas realizando un esbozo, las ideas fueron

fluyendo por sí solas. Encaje, su vestido sería completamente de encaje en color marfil sobre una tela plateada. Con pequeños brillantes incrustados por toda la tela discretamente cosidos que brillarían a la luz del sol y de los candelabros. Las mangas dejarían a relucir su piel bajo el mismo encaje, al igual que el escote y sus hombros discretamente disimulados, solo la falda y el corpiño llevarían la sobre tela plateada. No deseaba una falda voluminosa, ni lucir un gran escote. Se trataba de una boda; su boda. Así que solo quería que el vestido lo definiera una palabra, *elegancia*.

—¿Estás muy ocupada, querida? —Emily alzó la vista de su pequeño estudio en Lynetś para encontrarse con Petunia, solía pasarse por la tienda en su paseo matutino con Lynette, de esta forma se saludaban y la baronesa viuda pasaba un tiempo con su nieta.

—No te preocupes, siempre tengo tiempo para ti. —le dijo sonriente.

—Quería darte una cosa —dijo mientras sacaba de su bolsa un pequeño estuche de terciopelo azul y se lo entregaba a Emily dejándolo sobre la mesa

de caoba—. Es mi regalo de bodas —aclaró.

—No tenías por qué hacerlo. —Se adelantó a decir Emily mientras abría el estuche para encontrarse con una pulsera de oro engarzado con pequeñas piedras, era sencilla y preciosa.

—Era de mi abuela y deseo que sea tuya. No te he querido preguntar los motivos de tu matrimonio, no soy quien para juzgarlos. Pero si son ciertos los rumores, espero que puedas llegar a ser feliz como lo fuiste con mi hijo.

Emily no pudo evitar emocionarse. Había llegado a amar a aquella mujer de carácter noble.

—Lynette tiene una abuela maravillosa —dijo mientras le cogía la mano—.

Gracias Petunia, estoy segura de que llegaré algún día a ser feliz —mintió.

Ella sabía de sobra que no llegaría ese día, al menos no con Henry.

Sus costureras habían trabajado incansablemente para tener listo su vestido a tiempo. Ahora Emily lo contemplaba colgado sobre la puerta del vestidor a la luz de las velas mientras Emily descansaba los

músculos en la gran bañera que habían llevado a su habitación. Aún le quedaban dos cubos de agua caliente para alargar su baño. Tenía que reconocer que el hecho de que la Señora Smith se hubiera mudado a su casa había ayudado a paliar los pensamientos y desquicios mentales que padecía en las horas que no conversaba con alguien. Era una pena que su compañía se acabara cuando se mudase a la casa del duque, cosa que sucedería al día siguiente. ¿Por qué debe pasar tan rápido el tiempo? Incluso su pequeña Lynette ya daba sus primeros pasos.

Cerró los ojos y suspiró. «Mañana» se dijo mentalmente.

«Mañana seré la duquesa de Sylverston».

Ese deseo ferviente que tuvo hace casi dos años se cumplía y con él su miedo

más impetuoso se acercaba. La sola idea de que Henry la poseyera de nuevo la estremecía, ¿Sería capaz de no demostrar sentimiento alguno mientras lo hacía?, ¿Podría resistir la tentación de dejarse hacer el amor por él? Tendría que ser fuerte, resistir la tentación porque por nada del mundo permitiría que Henry le cambiara el apellido a Lynette.

Su hermana Anne la ayudaba a darle los últimos retoques del vestido. Su cuñado Donald sería el encargado de acompañarla hasta la iglesia donde se encontrarían los invitados. Habían decidido no hacer una celebración grandiosa, sino más bien reducida en los jardines de la mansión Sylverston en Londres. Emily desconocía que ocurriría después, por norma general los novios se iban durante unos días de luna de miel, pero el suyo no era un matrimonio normal. De hecho, ninguno de sus matrimonios ahora que lo pensaba había sido normal.

—Nunca he visto un traje de novia similar, Emily. —La voz de Anne era casi emocionada—. Pareces una estrella que sin duda hoy brillará. —La emoción de su hermana la contagió levemente, aunque no se sentía partícipe de aquello, no sentía que de verdad fuera real.

—¿Preparada? —Donald la cogió de la mano para bajar del carruaje.

Había llegado el momento, estaban frente a la iglesia. Emily descendió y acompañada por su cuñado entraron en aquel monumento de piedra eclesiástico. De entre todas las personas él fue inconfundible, con su porte erguido, Emily podía apreciar su perfil. Todos guardaron silencio y se escucharon leves gemidos y expresiones de júbilo, pero Emily se sintió cohibida no por las miradas de los demás sino por la de él. Cuando Henry la miró fijamente sus defensas se tambalearon, su

escudo se vio fuertemente golpeado por aquellos ojos grises que sin duda la devoraban.

«Sé fuerte» se dijo apartando la mirada de él interrumpiendo el contacto

visual.

«No dejes que te rompa de nuevo tu frágil corazón».

No volvió a mirarle, era mejor no hacerlo pese a saber que no podría evitarlo eternamente. La ceremonia fue menos larga de lo que ella hubiera querido, pronto se vio dando un Sí, quiero con voz temblorosa, nada segura en comparación con la firmeza y determinación de él.

—Por el poder que me ha sido otorgado, les declaro Marido y Mujer —

anunció el sacerdote.

En aquel momento Emily miró al duque y en su mirada interpretó algo que le heló aún más su de por sí piel erizada, «Eres mía» quizá eran imaginaciones suyas, pero desde luego lo que sí era innegable es que ahora le pertenecía a él.

Los invitados fueron saliendo de la iglesia mientras ella y Henry asistían a la pequeña sala donde el notario eclesiástico registraría sus firmas. Robert y Julia eran sus testigos por lo que los acompañaron hasta aquel cubículo.

Emily apreció el pequeño saquito de terciopelo que Henry entregó al párroco como pago por la ceremonia. Ni tan siquiera ella había previsto aquellos pequeños detalles. Hasta del propio banquete se había desentendido cuando nadie le preguntó nada.

Guiada por Henry que la ayudó a montar en el carruaje de él, irían solos hacia la mansión, un sentimiento extraño la recorrió cuando acarició su mano de forma suave al ayudarla. Ella se deshizo rápidamente del contacto como si quemara.

—¿Nos quedaremos en Londres después de la ceremonia? —Lo mejor era mantener una conversación, pensó Emily. Aquel silencio sepulcral la ponía de los nervios y aumentaba su nerviosismo.

—Sí, tengo algunos asuntos que atender, por lo que pospondremos la

luna de miel algunas semanas —afirmó con bastante seriedad.

—Está bien —susurró.

Habría luna de miel, tendría que viajar a algún lugar solos, aunque suponía que se llevaría a Lynette. Tendría que buscar una excusa, si, después de todo si él no podía ausentarse por negocios, ella tampoco.

Recibió bastantes alabanzas hacia su vestido durante el pequeño convite, incluso dos damas aseguraron que encargarían los vestidos de novia de sus hijas en su tienda. Emily intentó sonreír, pero había que reconocer que la leve sonrisa que emitían sus labios era más que forzada, pese a todo guardó las apariencias y cuando se escapó durante unos minutos para ir junto a Lynette agradeció el momento. Sentía una opresión en el pecho que la consumía cada vez más, tenía ganas de gritar a todo el mundo que no deseaba aquel matrimonio que Henry le había impuesto y sin embargo cada vez que le observaba de soslayo su nerviosismo aumentaba.

El último de los invitados se había marchado e incluso la duquesa viuda se había trasladado a su pequeña casa a las afueras para darles una mayor privacidad a los recién casados. Los criados recogían las copas y las bandejas de las mesas que habían sido dispuestas, mientras Emily se paseaba por el salón divisando a través de los ventanales el jardín. Había comenzado a llover, algo típico y más teniendo en cuenta las fechas que eran.

—Mi *lady*, ¿Desea que la acompañe a su habitación? —La voz de la joven doncella la sacó de sus pensamientos.

—Sí, por supuesto —asintió puesto que desconocía donde estaba la habitación de Henry—. ¿Dónde está el duque? —No le había visto desde que se marchó el último invitado.

—Su esposo está en el estudio, reunido con el señor Benedict —confirmó la doncella—. Esta es su habitación, mi *lady*. La que comunica con las estancias de su esposo.

¿Así que tendría una habitación propia? Eso le daba cierta intimidad a pesar de la puerta que comunicaba ambas estancias. Con William le pareció normal, pero sabía por sus hermanas que sus padres nunca usaron la habitación de madre. Solo servía como guardarropa porque el Conde siempre dormía en el mismo lecho que su esposa.

—¿Podría avisarme cuando se marche el señor Benedict? Necesito hablar con mi esposo. —Era la primera vez que lo decía, “mi esposo” y

era extraño decir aquello pensando en Henry.

—Por supuesto mi *lady*, ¿No necesita que la ayude con el vestido?

—No, gracias. —contestó algo ausente.

Emily podría quitárselo ella misma, además, eso le daría tiempo para asimilar que ahora era la esposa del duque y, por tanto, duquesa.

—Henry, aún es pronto. Solo hace tres horas que os habéis casado —decía Robert mientras estaba reunido en el despacho de su amigo Henry que parecía algo contrariado por su reciente matrimonio.

—Y ya has visto como estaba. Parecía un alma en pena que asistía a un funeral más que a su propio matrimonio —contestó alarmado.

—Con el tiempo le olvidará, haz que lo olvide Henry —apremió a su amigo.

—No se puede luchar contra un fantasma, Robert. Nunca podrá perdonarme por lo que le hice, hoy me ha quedado claro —contestó abatido.

—He de irme, pero antes recuerda una cosa. Ella un día te quiso o al menos le gustabas lo suficiente para dejar que te metieras en su cama. Haz que

vuelva a sentir lo mismo y será tuya —contestó antes de marcharse.

Henry tomó un sorbo de su copa mientras meditaba las últimas palabras de Robert.

—Señor, tal como me pidió que le avisara, su esposa ya se ha retirado a su habitación.

—Gracias Maxim, puedes retirarte.

¿Qué debía hacer ahora?, ¿Acudir a su habitación para exigirle una respuesta?

Si Emily le decía que sí le daría un heredero se entregaría voluntariamente a él, pero si no lo hacía no podría exigirle que cumpliera su derecho marital, aunque por consecuencia aceptaría que adoptara a Lynette y le pusiera sus apellidos. Si era franco consigo mismo no sabía que opción prefería más.

Quería tener ambas y solo tendría una de ellas.

Emily se había vestido con aquel camisón de seda blanca con transparencias.

No sabía si aquella prenda hecha para complacer a un esposo serviría en ella, había dudado de ponérsela, pero quizá con aquello la tortura duraría menos tiempo. Se colocó la bata de seda que la cubría por completo y se dirigió hacia la puerta que comunicaba a la habitación de su marido.

La doncella había ido a avisarla de que el duque se había retirado a la habitación y aunque Emily había puesto la oreja en la puerta no escuchaba nada. Así que dio unos golpes a la puerta y esperó.

—Adelante —le escuchó decir al otro lado de la puerta.

Emily contuvo la respiración, inspiró profundamente y giró el pomo de la puerta adentrándose en su pesadilla.

Henry se quedó inmóvil cuando la vio ataviada de aquella seda blanca que contrastaba con su cabello oscuro. Su piel parecía brillar al igual que lo había hecho durante el día pese a estar triste, la observaba ahora algo cohibida, pero

con determinación. No sabía a qué habría venido, pero desde luego agradecía la visión que le estaba proporcionando. Tantas veces había imaginado tenerla allí, en su recámara, en su cama y ahora la tenía ataviada con una fina prenda que la separaba de la plena desnudez, si no se iba pronto dudaba que pudiera contenerse mucho más.

—Te daré lo que me pides. —Ni siquiera lo miró directamente a los ojos, no podía —. Te daré un heredero si me prometes que Lynette seguirá manteniendo el apellido Barnes. —Finalizó cogiendo fuerzas con la última palabra de su frase para mirarlo a los ojos.

Henry acortó la distancia que les separaba en tan solo dos zancadas. Cuando llegó a ella, posó una mano en su nuca inclinando su rostro hacia arriba, para que lo mirara.

Emily supo lo que venía a continuación, acto seguido notaba como los labios del duque, devoraban los suyos. Sus labios eran suaves, aunque llenos de vida y con anhelo su lengua se abrió paso queriendo encontrar la suya, ladeó la cabeza para coger aire. Aquellas sensaciones volvían a ella, incluso el incesante mariposeo en su estómago. Henry comenzó a dar besos por su cuello lentamente mientras notaba como le abría la bata de seda y la deslizaba sobre su cuerpo hasta caer al suelo.

No le tocaba, sus uñas clavadas en sus manos así lo atestiguaban, reprimiendo cualquier incesante deseo de hacerlo. Las manos de Henry recorrieron su cintura y comenzaron a subir ascendentemente por su cuerpo hasta llegar a sus abundantes pechos, se mordió el labio para reprimir cualquier gemido que pudiera proceder de su garganta. ¿Por qué tenía que tocarla así? Agradecería en aquel instante que fuera un bruto con manos callosas para que no le provocara lo que inevitablemente sentía.

Había deseado tanto tenerla de nuevo que su autocontrol brillaba por su

ausencia, aunque quería deleitarse en ella. Solo Emily era capaz de cegarlo de aquella manera, con ninguna otra mujer había sentido como su fuerza de voluntad se evaporaba.

—Eres tan hermosa —le susurró mientras le bajaba uno de los tirantes del camisón de seda, anhelaba verla completamente desnuda y ahora que sus pechos eran de mayor tamaño debido al hecho de ser madre hacía que su impaciencia aumentara más por descubrirlo.

Ella no necesitaba palabras dulces, ni hermosas, ni que le regalara el oído, no.

Todo aquello solo servía para bajar aún más sus defensas y no quería.

—No necesito que seas suave, no lo soporto —contestó mordaz.

Y era verdad, no lo soportaba más, porque sabía que se derretiría ante él y no quería.

Henry cerró los ojos para tragarse el dolor de aquellas palabras, por suerte no la estaba mirando cuando las dijo o habría adivinado por su expresión el tormento que esa frase le provocaba.

—Hazlo ya de una vez —insistió ella.

—¿Es lo que quieres? —preguntó sin mirarla.

Asumir que Emily no quería compartir su lecho le martirizaba, ¿Así serían las cosas con ella? Como suponía que serían los matrimonios por conveniencia.

—Sí —respondió lo más firme que pudo.

Si era lo que ella quería, sería lo que tendría. Había querido ser suave,

complaciente, darle su espacio mientras la preparaba para recibirle, pero al parecer ella no quería sus caricias.

Le rasgo el camisón dejando su desnudez ante él y su de por sí miembro ya endurecido le dio un tirón entre sus calzones.

—Acuéstate en la cama. —Él no quería hacerlo así, de hecho, ni la observó cuando desnuda, pero con paso firme se tumbaba sobre su lecho entre cojines y mantas debidamente mullidas. Se desvistió rápidamente, aunque reconocía que lo podría haber amenizado aún más y cuando se volvió hacia su lecho comprobó que ella no le observaba si no que tenía la cabeza ladeada. ¿Dónde estaba la mujer que un día le deseo?, ¿Que se entregó a él por voluntad propia y anhelando sus caricias? Sabía que él la había dañado, lo que desconocía era hasta qué punto para llegar a despreciarlo así. Tal vez todo se debía a que se sentía culpable por seguir amando a Barnes, pero estaba casada con él y a ojos de Dios lo que estaban haciendo estaba bien.

«Miéntete a ti mismo para no sentirte culpable» pensó Henry.

Cuando Emily notó el peso en el suave y mullido colchón, supo que había llegado la hora, abrió sus piernas y miró de soslayo su figura masculina. No podía verle, si lo hacía sabía que todo su cuerpo se estremecería más de lo que ya lo hacía al contemplar aquel torso definido y musculoso. Vale, no tenía con quien compararlo, pero indudablemente la atraía como un imán.

Henry estaba a punto de dejarlo, de darse por vencido. No deseaba que fuese así, no de aquella forma. Se debatía entre dejarla marchar por su actitud reacia o terminar con aquello de una vez. En aquel momento Emily se abrió de piernas para él, invitándole a entrar en ella, a probar su fruta prohibida, a morir de placer entre sus piernas. Su carne fue débil y no lo pensó, se hundió literalmente en ella.

Su estrechez era como morder un melocotón maduro, suave, cálida, jugosa….

pensaba que no estaría preparada para recibirle, que le costaría deslizarse dentro de ella por su sequedad. No era así, su estrechez se adaptó a su miembro rápidamente y él comenzó con un ritmo suave que poco a poco fue aumentando para placer de ambos.

Emily sintió la molestia inicial de su invasión, pero por más que había intentado controlar su cuerpo no podía evitar estar algo húmeda para recibirlo, aunque se recompensó mentalmente con aquella molestia

inicial, aquello significaba que no estaba lo suficientemente excitada. Apretó sus manos y clavo sus uñas en las suaves mantas que había bajo su cuerpo. No.…

no quería experimentar aquella sensación que tanto tiempo hacía que no sentía. El calor comenzó a invadirla, se mordió sus labios hasta seguramente provocar sangre en ellos para no gemir de placer.

«Resiste Emily, solo un poco más» unas pequeñas lágrimas salieron de sus ojos por tratar de evitar aquella sensación que se escapaba de su control. No lo soportaría, él se daría cuenta de que disfrutaba con aquello y sería su perdición…

Henry vio aquellas lágrimas y no lo soportó más, se derramó dentro de ella y salió rápidamente de su interior, sentándose en el filo de la cama, dándole la espalda a Emily. No podía mirarla a la cara y sentir su odio. No podía ni mirarse a sí mismo por hacer aquello. No la tocaría, no volvería a tocarla.

—Puedes irte a tu habitación. —Sabía que era lo que ella deseaba, alejarse de él. Verla llorar silenciosamente escapaba de sus límites. No la volvería a hacer suya hasta que ella se lo pidiera.

Emily pareció confundida, ¿Le pedía que se marchara educadamente?, ¿Que esperaba?, Él solo la deseaba para satisfacerle y ya lo había hecho.

Aprovechó sus palabras para salir corriendo y huir de él. Su estado era susceptible y necesitaba recuperarse de aquel temblor que aún sufría su cuerpo. Había resistido a su ataque, lo había logrado.

28

Emily se despertó contrariada sin saber exactamente donde se encontrada cuando sintió la voz de su doncella.

—Buenos días mi *lady* —dijo Judith al verla despertar.

—Buenos días Judith, ¿Qué hora es? —Estaba aún somnolienta, tardó horas en conciliar el sueño rememorando una y otra vez lo sucedido anoche. Aún no podía creerse que hubiera podido resistir, ¿Cuánto tiempo podría aguantar? Si Henry la llamaba de nuevo a su lecho no estaba segura de poder soportarlo de nuevo sin evitar demostrar lo que él provocaba en su traidor

cuerpo.

—Casi la hora del almuerzo, mi *lady*. —Emily dio un salto de la cama, ella nunca se levantaba tan tarde.

—¿Por qué no me has despertado antes? —Fue hacia la jarra de agua sobre la palangana que le había traído Judith como hacía cada mañana en su casa para refrescarse y lavarse la cara.

—El duque insistió en que no lo hiciera, que la dejara descansar —admitió la criada.

—¿Mi esposo te dio esa orden? —preguntó confusa.

—Sí, mi *lady*. Cuando le comenté al duque que vendría a despertarla me dijo que no lo hiciera, que en todo caso la avisara para la hora del almuerzo si aún no se había levantado.

—Está bien, Judith. Gracias. —Emily no sabía qué pensar, ¿Por qué se preocuparía Henry por ella? No le dio importancia.

—¿Y estas rosas? —preguntó a su criada ahora que se fijaba en el grande y hermoso ramo de rosas blancas que adornaba su tocador. Eran deliciosas, incluso el jarrón en el que habían sido colocadas era una pieza bellísima.

—El duque las cogió esta mañana del jardín. —Emily miró a Judith con cara de asombro—. Así es, hasta a mí me pareció extraño que su esposo, una persona tan importante no le mandara esa tarea a alguno de sus criados, pero yo misma lo vi a través de una de las ventanas del salón, como olía y seleccionaba cada una de las rosas del jardín —aclaró la criada mientras sacaba uno de los vestidos del vestidor.

Emily sintió que su corazón daba un pequeño brinco, Henry había elegido cada una de esas flores para ella, ¿Con qué intención? Lo desconocía, pero tenía que reconocer que aquel gesto le agradaba.

—¿Qué tal el vestido amarillo? —le preguntó Judith.

—No, hoy quiero ponerme el verde, el que tiene los bordados en color blanco. —Deseaba por alguna razón verse hermosa.

Cuando bajó al salón estaba nerviosa, creía que se encontraría con Henry y no sabría cómo mirarlo después de la pasada noche. Tampoco sabía si debía agradecerle por las rosas, con él todo era complicado. Finalmente, su nerviosismo sería pospuesto porque el duque había salido a atender unos asuntos en sus negocios según la informó el mayordomo.

Tomó un té con un par de pastas para calmar el hambre hasta la hora del almuerzo que se retrasaría por la tardanza del duque. Así que aprovechó para jugar mientras tanto con Lynette en una pequeña sala donde para su sorpresa había una cantidad desorbitada de juguetes.

Henry pensó que Emily ya habría almorzado cuando llegó a casa. Le hubiera gustado compartir con ella el almuerzo para tener una excusa de la que mantener una conversación. Pensaba que ese sería un gran inicio al menos y más después de la pasada noche y su determinación

a no volver a ponerle una mano encima por más que lo deseara. Su desconcierto al conocer que la duquesa no había almorzado y que le estaba aguardando le produjo alivio y un atisbo de esperanza al no querer hacer una vida completamente independiente de la suya.

Dio órdenes de servir el almuerzo y preguntó por la ubicación de su esposa, él mismo la avisaría. Después de todo ardía en deseos de verla, aunque no reconociera que cierto temor por su reacción le carcomía sus entrañas.

Cuando divisó desde la puerta de aquella habitación de juegos a las dos mujeres de su vida, la escena le hizo que el corazón se encogiera y una ternura le invadiese. Ver a Emily en el suelo, con aquel lujoso vestido mientras alzaba en brazos a su pequeña, era definitivamente la imagen más

conmovedora que había visto. Podría pasarse toda la vida observándolas en aquella situación y jamás se cansaría de hacerlo. Aunque las cosas no fueran perfectas entre Emily y él, comenzaba a apreciar lo que era formar una familia y daría todo cuanto poseía por ellas.

—¡Oh disculpa! No te había visto entrar. —Emily apenas se dio cuenta de la presencia de Henry cuando Lynette comenzó a gatear hacia él.

Henry cogió a su hija en brazos acariciando su mejilla con un dedo y sin poder evitar una sonrisa tierna al contemplar su preciosa carita y sus rasgos reflejados en la pequeña.

—No quería molestar, parecíais pasarlo muy bien —reconoció—. ¿Te gusta la habitación? —En ese momento miró a Emily que se incorporaba aquel vestido resultaba tan encantador en ella, ese verde acentuaba el color de sus ojos haciéndolos aún más brillantes.

—Sí, es una habitación preciosa. Lynette la disfrutará durante muchos años

—afirmó sin pensarlo.

«¿Muchos años?», pensó Henry.

Emily estaba reconociendo que estaría a su lado y aunque no hubiese pensado que no fuera así puesto que estaban casados, el hecho de que ella lo dijera le agradaba, le hacía creer que tenían un futuro juntos.

La conversación durante el almuerzo se centró en hablar de la fábrica

y los tejidos. Henry pensó que sería un tema que podría tratar con Emily siendo interesante para ella y sobre algo que tenían en común. Aunque la tensión se palpaba, estaba consiguiendo que ella se sintiera segura en un tema que controlaba como lo era el mundo textil.

Henry se ausentó toda la tarde y Emily decidió pasar por Lynetś para comprobar que todo estaba en orden. Sus empleadas se asombraron al verla

puesto que la hacían de viaje de luna de miel, pero tras las explicaciones de la duquesa se conformaron.

Había sido agradable conversar tranquilamente con su marido, desde luego aquello no cambiaba el hecho de que le perdonara por los hechos que había cometido en el pasado. Además, seguramente solo trataba de tener una relación cordial con ella, con la madre de su hija.

Emily aguardaba aquella noche en su habitación, ¿Se suponía que debía acudir de nuevo a su alcoba? ¿O por el contrario acudiría él a la suya?

Determinó que ella no iría, ya lo hizo una vez, además ¿Quién dice que no estaba embarazada? Bien podría darle la excusa de que esperaran para ver si la consumación había dado sus frutos y si no era así volver a intentarlo. Con los nervios a flor de piel por si la puerta sin pestillo que comunicaba ambas habitaciones se abría, se metió bajo las mantas de su lecho. Aguardó unos momentos mientras le pareció escuchar pasos en la habitación de al lado y la sola excitación de que la puerta se abriera la tenía aturdida incluso casi excitada a pesar de negárselo mentalmente. Siguió esperando… pero nada ocurrió. Su esposo el duque de Sylverston parecía no reclamar sus derechos maritales.

A la mañana siguiente las flores blancas habían sido sustituidas por unas rosas de color rosado, Judith insistió en decir que también habían sido elegidas por el duque en persona y cortadas por sus propias manos. ¿Qué significaba aquello?, ¿Cortaría rosas de su jardín cada día para ella? Se había levantado más temprano que el día anterior, pero Henry ya había salido, según el mayordomo tenía unos asuntos de la cámara de lores que tratar y que requerirían su presencia durante el resto de semana.

Emily supuso que sería debido a aquello por lo que su luna de miel había sido pospuesta, por lo que, si su esposo trabajaba, ella también podría hacerlo,

¿No? Visitó aquella mañana a la señora Smith que para tranquilidad propia había mejorado de aquella tos que padecía, aunque casi estaba curada los últimos días que pasó en su casa. Lamentaba tener que haberse separado de ella, su compañía hubiera sido más que grata en su nueva casa.

A su paso por Lynetś acabó entreteniéndose en supervisar las puntadas de un vestido para una gran dama, había oído rumores de lo puntillosa que era la Marquesa de Sheldon y no quería que su buena reputación se viera afectada.

Cuando vio la hora, supo que llegaría tarde a almorzar así que decidió enviar a un sirviente para avisar de que no acudiría y le trajera un pequeño aperitivo que tomaría en la trastienda, esperaría a la cena para comer algo más adecuado.

Henry no se alegró precisamente cuando le dijeron que su esposa no volvería a la hora del almuerzo, precisamente había estado apurando hasta el último minuto y disculpándose con varios miembros de la cámara por tener que realizar un asunto urgente solo con la excusa de volver a casa y comer junto a Emily. Pidió que le sirvieran el almuerzo en su estudio ya que la idea de comer solo en el comedor no le agradaba, cuando iba a irse hacia su despacho divisó a Maxim con una cesta de mimbre, le llamó la atención puesto que parecía una cesta de picnic.

—¿Dónde vas con eso, Maxim? —preguntó intrigado.

—Sí excelencia —dijo frenando su paso el sirviente mientras se acercaba al duque—. La duquesa ha pedido que le lleváramos un pequeño aperitivo a la casa de modas puesto que no podría venir a almorzar, ¿Le debía haber preguntado primero a usted? —El servicial Maxim no sabía si tomarse la libertad de seguir las órdenes de la duquesa sin consultar a su señor primero había sido una buena idea.

—No, claro que no Maxim. La duquesa es la señora de esta casa y como tal

debéis acatar sus peticiones —respondió tajante. Se acercó a la cesta y la abrió para inspeccionar lo que había dentro. Como era de esperar su cocinera la señora Ponds había echado cantidades desproporcionadas para una persona y sonrió para sus adentros—. Puedes retirarte Maxim, le llevaré yo mismo el almuerzo a la duquesa y por favor, dile a la señora Ponds que finalmente no almorzaré en casa—. Tendría una excusa para finalmente almorzar junto a su esposa sin que ella pudiera

negarse.

—Mi *lady*, tiene una visita. —Emily levantó la vista de la aguja y se encontró con una Janet enrojecida, no entendía a que se debía hasta que se apartó alzando la cortina que evitaba ver desde el mostrador la trastienda y la figura de Henry apareció ante ella.

Si hubiera estado de pie estaba segura de que se habría caído al temblarle las rodillas, estaba imponente o es que de alguna forma ella lo encontraba así aquella mañana, tal vez fuera las horas que llevaba sin verlo, sí, seguramente era eso. Al fijarse en la gran cesta que llevaba entre las manos su confusión aumentó, ¿Qué hacía él allí?

—Maxim me dijo que no irías a casa a almorzar y como yo tengo un asunto que hacer aquí cerca, pensé en traerte el almuerzo y compartirlo. —Era mentira, sus asuntos no quedaban allí cerca en absoluto, pero ella no lo sabría y aquella opción era mejor que admitir que se moría de ganas por estar junto a ella.

—Sí… claro, por supuesto —respondió atorada mientras dejaba el vestido de la marquesa a un lado y se limpiaba la falda de los hilos que se habían desprendido de los hilvanes—. Será mejor que vayamos a mi estudio para tomar el almuerzo. —Por no decir que era el único sitio donde había una mesa auxiliar.

El estrecho sofá de su estudio permitía que sus rodillas estuvieran en

permanente contacto con las de su marido y que sus brazos chocaran en más de una ocasión sin querer o queriendo, no lo soportaba más, eso era peor que la tortura que sufrió su noche de bodas porque al menos sabría lo que ocurriría, allí no, estaba en completa tensión todo el tiempo esperando que en algún momento él la besara, sus ojos decían que lo harían, pero el momento no llegaba.

Se repitió una y otra vez a sí misma que tendría que estar contenta de que no lo hiciera porque eso significaba que estaba demostrando lo indiferente que Henry era para él.

Terminaron el delicioso almuerzo que la señora Ponds les había preparado, entre los riquísimos emparedados, el queso, los panecillos y la fruta, el pequeño aperitivo la había saciado por completo a pesar del incesante nerviosismo que le provocaba estar al lado de Henry.

—Todo estaba delicioso, tendré que felicitar a la señora Ponds por esmerarse en tan poco margen de tiempo —admitió Emily mientras dejaba una de las servilletas de tela con las que había cubierto su

vestido para protegerlo de posibles manchas sobre la cesta.

Henry tomó la servilleta y se acercó con ella a la comisura de los labios de Emily para limpiarla delicadamente, el gesto la hizo mirarle tímidamente, expectante, pero él parecía mirar solo sus labios—. Tenías una pequeña mancha de mantequilla —le susurró con voz ronca.

Tener a Emily así de cerca, siendo su mujer, su esposa y sin embargo no poder tenerla era peor que caminar entre las brasas descalzo, estaba completamente seguro de ello. Su entrepierna estaba dura y erguida y así se había mantenido durante todo el almuerzo, pero se había prometido a sí mismo no presionarla, no tocarla, no volverla a hacer suya y lo único que podía hacer ahora era marcharse o no estaba seguro de poder controlarse.

—Estoy seguro de que la señora Ponds estará encantada de oír tus halagos —

respondió ante la afirmación anterior de Emily mientras se levantaba —. He de irme, tengo algunos asuntos que atender. Estaba contemplando darle un beso en la mejilla a Emily, cerca de la comisura de sus labios cuando esta se incorporó para despedirlo. Finalmente hizo un gesto de inclinación con la cabeza y se marchó dejando a su esposa un tanto confundida, extrañada y por qué no decirlo, excitada.

Julia le hizo una visita más tarde, realmente no pensaba encontrar a Emily en Lynetś, ella solo había acudido a una prueba para uno de sus vestidos e incluso se extrañó al verla allí teniendo en cuenta que hacía dos días que se había casado.

—Suéltalo ya Emily, sé que algo te preocupa. —Habían estado hablando de bailes, vestidos y nimiedades varias pero su amiga era consciente de que Emily tenía la cabeza en otra parte.

—Es que… no sé si puedo contártelo Julia. Aunque no tengo a nadie a quien decírselo, pero tú eres una dama inocente, se supone que no entiendes de lo que ocurre después del matrimonio —confesó un poco enrojecida.

—A ver… que esto quede entre tú y yo. Si mi madre se entera me matará y seguramente no vuelva a ver la luz del día en todo lo que me resta de vida —

dramatizó—. Pero he leído ciertos libros muy instructivos y detallados

en lo que se refiere al hecho que ocurre entre una mujer y su esposo una vez están casados. —"O no tan casados" podría haber añadido y más teniendo en cuenta que Emily no esperó al matrimonio precisamente.

—¿Cómo de instructivos son esos libros? —Emily desconocía que existiera una literatura que describiera lo que ocurría en el lecho entre un hombre y una mujer, ¿Sería posible detallarlo con palabras? No… desde luego que no.

—Te aseguro Emily que son "muy" —dijo recalcando la palabra—.

Detallados. —Y admitía que hablar sobre los detalles la haría ponerse roja como la grana por lo que lo obvio.

—Está bien —dijo Emily —. La cuestión es que "eso" ocurrió entre Henry y yo la noche de bodas, pero no ha vuelto a tocarme, tal vez me equivoqué y esta noche acuda a mi lecho, pero tengo la sensación de que no lo hará y eso es lo más extraño de todo.

—¿Pero tú quieres que lo haga o no? —le preguntó su amiga.

—No, por supuesto que no quiero —afirmó tajante.

—¿Entonces por qué te preocupas? Deberías estar contenta, ¿No? Aunque por lo que dicen los libros una puede llegar a disfrutar mucho en el lecho de un hombre, yo estoy deseando comprobarlo por mí misma desde luego —

admitió descaradamente.

—¡Oh Julia!, ¡Eres una depravada!, Como te escuche tu madre sí que no verás la luz del día, pero de verdad —dijo entre risas Emily contagiando a Julia.

—Lo que sí que es cierto es que por lo que madre dice, obviamente lo he escuchado a escondidas cuando hablaba con sus amigas, no todas las damas lo disfrutan, es más, aseguran que un hombre necesita hacer ese "acto" de forma habitual y cuando un esposo no visita su lecho durante algún tiempo, se sabe que es porque tiene una amante y por eso no necesita ese servicio de su esposa.

En aquel momento Emily solo pudo pensar en una cosa, si ella no cumplía sus funciones maritales ¿Henry buscaría una amante que lo hiciera?, la cuestión era si le dolería o no que hiciera tal cosa.

29

Emily llegó a tiempo para la hora de la cena, aunque primero decidió refrescarse un poco y cambiar su atuendo para ello. Decidió por llevar un vestido cómodo de muselina en tonos coral, no era de sus favoritos ni de los que mejor le sentaban, pero solo sería una cena informal con Henry si es que él pensaba regresar.

Decidió hacer hora con el tiempo que faltaba en la habitación de Lynette que por la hora que era debía dormir plácidamente, cuando entró en la habitación de su pequeña, su sorpresa fue mayúscula al encontrar a Henry en el balancín

con su hija en brazos. La pequeña parecía dormida y él solo parecía tener ojos para ella. Permaneció detrás de la puerta observando atentamente con el cuidado que Henry la mecía para que no se despertara, en aquel momento se sintió mal por negarle llevar sus apellidos, él era su padre, su verdadero padre, pero por otro lado William fue quien la ayudó, quien salvó su reputación y sin duda su honor mancillado. Le debía mucho a William, aunque le doliese ser consciente en aquellos momentos de lo que le estaba negando a Henry.

Vio como depositaba a su pequeña en la cuna despacio y Lynette se agarraba con sus manitas a las mangas de la camisa de su padre al verse libre de los brazos, pero finalmente Henry consiguió dejarla sin que despertara y le acarició suavemente la cabecita. En aquellos momentos supo que su marido quería a su hija, la ternura con la que

la trataba evidenciaba que así era, ¿Se había casado entonces solo por tener cerca a Lynette sin que supusiera la deshonra de su hija? Probablemente así era.

Aquella noche la madre de Henry los acompañó en la cena, con la excusa de ver a Lynette se había quedado hasta la cena y en el fondo era de agradecer que no cenaran solos teniendo tan poco tema de conversación.

Esa noche Emily aguardaba en su habitación de nuevo con la incertidumbre de la pasada noche, ¿Iría a su lecho Henry?, ¿Debía ir ella o esperar que la llamara para acudir a su cama? Odiaba la sensación de no saber qué hacer y aún se debatía entre si realmente quería acostarse con su marido o por el contrario seguir reprochando y negarse a sí misma lo que él le hacía sentir.

Se paseó por la habitación con su camisón de seda, la habitación estaba caldeada y el ambiente era cálido por lo que no necesitaba una bata, además era algo transparente y se traslucía un poco su cuerpo, realmente era bastante seductor.

Unos golpes en su puerta le hicieron dar un pequeño saltito al asustarse.

—Adelante —dijo cuando consiguió reaccionar sin percatarse de que debería haberse colocado la bata.

Cuando Henry vio a Emily con aquel camisón de seda que no dejaba nada a la imaginación quiso meterse dentro de la chimenea y arder junto a las llamas porque realmente era así como se sentía, encendido literalmente, ¿Es que su mujer no era consciente de lo que podía provocar en un hombre vestida así?

Si no quería meterse en su cama, ¿Para qué demonios usaba aquel tipo de prendas?

Henry se centró en lo que había ido a hacer allí, de lo contrario estaba seguro de que la asaltaría y acabaría haciéndole el amor en el mismísimo suelo de la habitación porque ni tan siquiera llegaría a la cama que estaba justo al lado.

—Quería darte esto. Durante la cena con mi madre presente no lo he visto oportuno y como te retiraste justo después, he pensado que sería un buen momento para dártelo. —Henry le entregó un estuche de terciopelo rojo bastante grande de tamaño.

Estaba sorprendida, era el primer regalo que le hacía su marido y que aparentemente parecía ser una joya a juzgar por el estuche. Abrió lentamente aquel pequeño cofre de terciopelo y se llevó una mano a la boca por la sorpresa, era un collar, un hermoso collar a juego de unos pendientes y un brazalete todos con el mismo tipo de diseño y engarces. El oro estaba encuñado por diamantes en toda su estructura y en cada una de las piezas albergaba una gema preciosa de esmeralda. En su vida Emily había visto una joya similar, sin duda debía costar una fortuna.

—Es mi regalo de boda —afirmó antes de que ella preguntara—. Debería haber estado a tiempo hace tres días, pero un trabajo así requería más tiempo

del que pensaba cuando lo encargué realizar —admitió.

—Es... es… precioso —consiguió decir al fin.

—Me alegra que te guste y espero que tengas ocasión de estrenarlo pronto —

confirmó—. Buenas noches, Emily. —Al escuchar aquello ella le miró, pero solo vio la espalda de su marido salir rápidamente de su habitación.

Contempló la joya de nuevo y otra vez volvió su vista a la puerta que comunicaba ambas habitaciones, ¿Le regalaba una joya que costaba una fortuna y media y no le pedía nada a cambio?, ¿No reclamaba su deber en el lecho?, ¿No le exigía que debía darle un heredero? Confundida y desorientada dejó la joya en su tocador y se adentró entre las sabanas de su mullida cama. Aquello cada vez le resultaba más extraño.

Un mes… treinta días… o como quisiera definirlo, pero llevaba todo ese tiempo casada con Henry y no había vuelto a tocarla, ni a intentarlo, ni tan siquiera se había acercado lo suficientemente a ella como para lograrlo. Cada vez le resultaba más contrariada la actitud de Henry, cada mañana seguía teniendo rosas frescas en su habitación que cambiaban de color de un día a otro, no le veía mucho por casa, parecía un hombre bastante ocupado, pero siempre estaba para la hora de la cena y procuraba estarlo también para el almuerzo. Le observaba jugar con Lynette en su faceta más tierna y sin duda Emily estaba volviendo a sentir como su corazón se conmovía cada vez que se encontraba con él o estando en su presencia.

Además, tenía que admitir que en su noche de bodas no se quedó

embarazada, su periodo vino y se fue hacía ahora casi dos semanas, ¿Debería decírselo a Henry?, ¿Estaba preparada para hacerlo? Por Dios... todo su cuerpo reclamaba que lo hiciera para poder tener la excusa de que la poseyera de nuevo pero su mente traicionera lo evitaba y así llevaba desde entonces, desde que supo que no estaba embarazada se debatía entre contárselo o no a

Henry.

Aquella misma noche mientras estaba leyendo uno de los libros que le había prestado Julia para saber hasta qué punto su amiga conocía la materia, el calor repentino entró por su cuerpo al admitir que mientras devoraba una de las escenas de aquel maldito libro se había excitado. Tendría que hablar con Julia, esos libros no eran propios para una dama inocente, aunque desde luego la preparaban más para el matrimonio de lo que cualquier dama le contara sobre qué esperar en el lecho.

Henry se encontraba en su estudio, así que con paso decidida y con… ¿Para qué negarlo? Una excitación realmente a flor de piel llamó a la puerta.

—Adelante —Emily abrió cuando aquella voz profunda sonó al otro lado de la puerta.

—No sé si te molesto, pero tenía que tratar un asunto delicado. —Tan delicado que ningún sirviente podía escucharlo.

—Claro, pasa. Siéntate. —La invitó.

Henry estaba en su mesa, con lo que parecía ser un libro de contabilidad a juzgar por los números que se reflejaban en él.

—No, no hace falta. —No quería sentarse, ahora que estaba allí no sabía si había sido una buena idea hacerlo. Aunque verlo con la camisa desabotonada en los primeros botones y su más que revuelto cabello solo conseguía que su condenado alboroto en la sangre aumentara más que con el libro.

—Es que... verás, creía que tenía que decirte… bueno que yo…. — Como decirlo con palabras adecuadas—. No estoy embarazada — admitió al fin.

Henry la observaba, no se levantó de la silla porque si lo hacía su erección sería más que visible, verla mordiéndose aquel suculento labio le provocaba, de hecho, casi estaba seguro de que saltaría sobre

ella si se alzaba del asiento

y ahora le decía que no estaba embarazada, admitiendo que no le daría un heredero, dándole la excusa idónea para poseerla de nuevo.

—Agradezco saberlo —respondió pausadamente, tratando de que en su respuesta no se apreciara el alivio que sentía por ello. No estaba seguro de poder soportar que Emily hubiera podido quedar embarazada en esa noche en la que se repugnó así mismo por poseerla de aquel modo—. No debes preocuparte, no volveré a tocarte. —No la miró cuando lo dijo, no podía mirarla porque sus ojos delatarían que deseaba lo contrario.

—Pero... yo creía que… —comenzó a decir.

—No reclamaré el apellido de Lynette si es lo que te preocupaba —confirmó para calmar la preocupación de su esposa.

Emily no sabía que responder, ¿Que debía decir a aquello? Había anulado todas las opciones para rebatirle y admitir que ella lo quería en su cama no era una opción.

—Es lo que deseas, ¿No? —preguntó él ante su enmudecimiento.

—Sí, por supuesto que sí. —Mintió descaradamente y aguantando sus ganas de gritar.

Emily se tumbó en la cama sin desvestirse. No la deseaba, definitivamente su marido ya no la quería en su lecho y no sabía cómo sentirse al respecto. ¿Qué había cambiado?, ¿Por qué ya no la quería? Quizás había sido una tonta en decir que era lo que ella quería, ¿Pero que iba a hacer?, ¿Admitir que lo deseaba?, ¿Que lo quería en su cama? Tenía demasiado orgullo para hacerlo, aunque quizás se arrepintiera de ello con el tiempo.

En los siguientes días Emily se centró en el trabajo para no pensar en el hecho de saber que no volvería a tener una relación con Henry más allá de lo cordial. ¿Por qué se martirizaba si era lo que había deseado desde el

principio? Desde el mismo momento que él no le dio otra alternativa que el matrimonio había deseado tener un matrimonio de papel, una simple conveniencia y ahora que lo tenía no estaba satisfecha.

—Auch —gritó al clavarse una de las agujas.

Tenía la cabeza en otra parte y sabía que era inútil así que resopló dejándose caer en el sillón.

—Mi *lady*, la "marquesa" está realizándose las pruebas del vestido y como siempre está de lo más puntillosa. —No hacía falta decir el apellido solo había una marquesa que se quejara constantemente de los arreglos en los vestidos.

—Buenos días marquesa de Shelddon, ¿Hay algún problema? —preguntó Emily

—Sí, querida. Tal como les decía a sus costureras quiero dos pulgadas más de escote, necesito que se vea lo suficiente —exclamó la marquesa.

Para su edad la Marquesa se conservaba bastante bien, reconoció Emily, debía haber pasado la treintena hacía tiempo, pero conservaba la línea perfectamente y el porte siempre erguido.

—¿No cree que sería demasiado? —admitió Emily que hasta para ella resultaba exagerado.

—Querida, cuando una tiene cierta edad y quiere que su marido se quede en casa, toda ayuda es poca —admitió la marquesa mientras remetía el escote del vestido un poco más.

—¿Y cree que con más escote en el vestido lo va a conseguir? —preguntó incrédula.

—¡Oh! Usted es demasiado joven y hermosa para necesitarlo, pero créeme,

cuando mi Paul me ve con ese escote, le aseguro que no desea otra cosa que no sea salir del lecho —exclamó entre risas—. Por cierto, quería encargar algunas prendas de cama, ¿Hacéis ese tipo de encargos?

—Sí, desde luego que podríamos hacerlo —respondió Emily pensando en una sola cosa, ¿Si ella utilizaba ese tipo de escote atraería a Henry?, ¿Podría funcionar también con él como con el esposo de la marquesa de Shelddon?

Desde luego no perdería nada con intentarlo.

Cuando Henry divisó aquella mañana en el desayuno a Emily casi se cae de la silla al verla aparecer y desde luego se atragantó con el té

provocando una tos continua.

Sus pechos, sus enormes pechos casi salían de aquel vestido que encima se ajustaba a cada una de sus curvas.

«Ay Dios» pensó, aquello iba a ser una tortura.

—Buenos días excelencia. —Emily le observaba, que se hubiera atragantado con el té al verla tendría que ser una buena señal, se había fijado en ella y desde luego no le había pasado desapercibido el escote pronunciado de su vestido.

—Buenos días —respondió a secas—. ¿Vas a salir? —preguntó rápidamente, necesitaba saber si ella pensaba salir a la calle así. No estaba seguro de que más de un caballero intentara violarla si la veía, aquel escote era todo un deleite para la imaginación de cualquiera, es más, él mismo sentía su miembro viril queriendo resurgir a través del pantalón.

—Sí… quizá más tarde —sugirió mientras daba un pequeño sorbo a su taza de té y unía a posta los brazos para que su escote resaltaba aún más si es que era posible.

Henry torció el gesto, eso era peor que arder en el infierno, ¡Estaba seguro!,

¿De qué le servía tener una mujer hermosa, bella y terriblemente seductora si no la podía tener? Mejor se iba o no estaba seguro de sí mismo ni de lo que escondía entre sus piernas. Con el mayor disimulo se levantó y se despidió de Emily mientras se marchaba.

—¿Y ahora qué? —expresó en voz alta mientras se dejaba caer en la silla y daba un mordisco con desgana al panecillo de leche.

Cuanto más insistía Emily en coincidir con su esposo y que la viera con aquellos vestidos sugerentes, menos tiempo tardaba él en rehuirla o evitarla.

Definitivamente aquello no estaba funcionando. Algo estaba mal en ella o no lo estaba haciendo lo suficientemente bien para lograrlo, en lugar de acercarlo a él solo conseguía alejarlo aún más. ¿Por qué? Ahora que ella lo deseaba en su lecho él la repudiaba. Era como si el destino se estuviera riendo de ella en la cara.

Julia la visitó aquella tarde y al verla ataviada con aquel sugerente escote no pudo evitar preguntarle. Su amiga podía ser muy insistente

cuando quería, por lo que finalmente Emily se sinceró.

—Lo admito —confesó—. Le deseo, quiero hacer lo que dicen todos esos libros tuyos con él —dijo avergonzada—. Pero él no parece querer hacerlo.

La marquesa confesó que su marido se vuelve loco cuando le enseña un poco más de escote, Henry huye cuando lo hago, es como si tuviera la peste y sale corriendo —confesó abatida.

—¿Y si realmente tiene una amante? No sería tan descabellado pensarlo, vamos, tendría que estar loco para rechazarte, eres la mujer más bella de todo Londres, ¿Tal vez tiene a alguien que "sacie" sus instintos? —preguntó la joven.

No… Henry no podía estar haciendo con una cualquiera lo que... no, pensar

en aquello era doloroso

—¿Que voy a hacer si tiene a otra?, ¿Cómo puedo saberlo? —preguntó alterada.

—Podría intentar sonsacárselo a Robert, son amigos. Si Henry tiene una amante, él sin duda debe saberlo —se le ocurrió a Julia.

—Oh, intenta averiguarlo, aunque no sé si quiero saberlo —aseguró contrariada consigo misma.

—Robert pondrá el grito en el cielo, pero tengo un par de cosas en su contra con lo que hacerle chantaje —admitió—. Mañana mismo vendré a visitarte de nuevo.

Una amante, ¿Podría Henry de verdad haber buscado consuelo en otra mujer?

No, no podía esperar a saberlo. Golpeó impacientemente la puerta de su estudio, como siempre Henry se encerraba allí tras la cena hasta altas horas de la mañana y ella nunca volvía a verlo hasta el día siguiente.

—Pasa —escuchó tras la puerta.

Seguramente no la esperaba a ella porque pareció sorprendido al verla. No le importó, ella cerró la puerta y se acercó a su mesa colocando las manos sobre los papeles y encarándole.

—¿Tienes una amante? —preguntó descaradamente a la misma vez que ofrecía una vista espectacular de sus pechos que se agitaban debido a la respiración acelerada que estaba sufriendo.

30

Henry vio primero el escote delante de sus ojos que había puesto a su vista Emily y después asimiló lo que le había preguntado.

—¿Cómo? —preguntó impertérrito.

—¿Tienes una amante? —repitió ella esta vez indignada.

¿De dónde diantres habría pensado Emily que él tenía una amante?

—No —negó rotundamente.

Emily le miró ahora confundida, esperaba casi una afirmación por su parte.

—¿Seguro? No voy a reprochártelo —mintió—. Pero quiero saberlo para

saber a qué atenerme si alguien lo comenta.

Realmente algunas damas solían ser maliciosas con ese tipo de cosas entre ellas y era una vergüenza para la esposa en cuestión que lo sufría.

—Emily, no tengo ninguna amante. —Tranquilizó a su mujer que por otra parte no sabía si calificar aquella acción de ¿Celos? No, probablemente algún rumor malicioso sin sentido habría llegado hasta ella.

—La única mujer que yo deseo, lamentablemente no la puedo tener en

este momento —admitió Henry sin añadir que la tenía delante.

El corazón de Emily hizo un clac insonoro, pero ella lo sintió, aún seguía amando a su amor de juventud, a esa dama con la que iba a casarse pero que desgraciadamente murió. No la había olvidado, por más que ella luchara, insistiera o intentara exhibirse delante de él, Henry no superaría la muerte del amor de su vida.

—Está bien. —Se giró para evitar que viera sus brillantes ojos a punto de saltar las lágrimas. Ilusa, idiota, ¿Cómo pensaste alguna vez que competías con alguien de carne y hueso? Ya intentaste que la olvidara hace dos años y mira como acabaste. Ahora le había vuelto a pasar.

Aquella mañana Henry había acudido temprano a la fábrica, tenía bastante papeleo que hacer debido a un cargamento reciente que había llegado.

—Hasta que te encuentro. —exclamó Robert y Henry levantó la vista para encontrarse con su amigo.

—¿Me estabas buscando? Sabes que suelo estar siempre aquí cuando estoy en la fábrica.

—He ido primero a tu casa, pero allí me han informado de que estabas aquí

—afirmó respirando ahora con más tranquilidad.

—Tenía unos asuntos que tratar aquí por el nuevo cargamento —confirmó despreocupado.

—¿Cuándo se supone que te vas de viaje de boda, Henry?, ¿O debo recordarte yo que te casaste hace más de un mes? —preguntó directo.

—Lo sé, pero la situación con Emily no es la más propicia y sinceramente, si me quedo a solas con ella… no podré controlarme —se sinceró.

—¿Me estás diciendo que no te vas de viaje por no tocar a tu mujer?, ¿Es eso? —preguntó Robert para asegurarse.

—Sí —reconoció—. No voy a hacer que Emily me odie más por obligarla a dormir conmigo.

—¿Y me puedes explicar entonces que hace tu mujer exhibiéndose para provocarte? —dijo irónicamente.

—¿Qué? —exclamó alterado.

—Hablo de que anoche mi hermana Julia me interrogó sobre si tenías una amante y al no creer en mi negativa insistió en que no era posible que si no tenías a otra mujer pudieras resistir los encantos de Emily por intentar llamar tu atención.

—¡Tengo que irme! —gritó con voz acelerada.

No se lo podía creer, ¿Era idiota?, ¿Emily se vestía así por él?, ¿Para provocarlo? Si ella supiera…. pero ahora empezaba a entender algunas cosas; porque lo buscaba cuando llevaba aquellos vestidos de grandes escotes, porque justo aquella noche le había preguntado tan impaciente si tenía una amante.

¡Porque demonios tardaba tanto en llegar el carruaje a su casa! Pensó creyendo que el tiempo pasaba demasiado lento.

En cuanto bajó entró atropelladamente en casa, aún era algo temprano, pero suponía que Emily se habría levantado.

—¿Dónde está la duquesa? —preguntó a la primera doncella que vio.

—Está en su habitación excelencia, no ha querido salir de sus aposentos todavía —confirmó la empleada.

Henry subió aceleradamente los escalones de tres en tres y entró en la habitación de su esposa a través de la puerta principal y no desde su alcoba.

—Emily…—susurró mientras se acercaba a ella.

Estaba sentada en uno de los sillones que había junto a la ventana que daban al jardín. Ella le miró y pudo apreciar su tristeza, tenía evidencias de haber llorado.

—Emily…—repitió mientras llegó hasta ella y se arrodillo a su lado posando una de sus manos en su rostro, acariciando su mejilla enrojecida. Ella cerró los ojos en respuesta a su caricia.

—Dime que me deseas tanto como yo a ti Emily, dime que toda esa tortura que me has hecho pasar no ha sido en vano, porque yo te deseo, te deseo más que nada en este mundo.

—Yo… —comenzó a pronunciar Emily, pero Henry no la dejó terminar de hablar, rozó suavemente sus labios algo mojados por

algunas lágrimas y ella se derritió en su contacto.

Cuando Henry notó como ella respondía con la suavidad de sus labios los suyos, creyó morir de placer.

«Por fin, por fin será mía de verdad» en todos los sentidos referentes que la palabra “mía” podría hacer referencia.

Henry posó las manos en la cintura de su esposa para atraerla hacia él

mientras ella comenzaba un suave y dulce juego de labios devorando su boca.

Aquello era un deleite, habían estado perdiendo todo aquel preciado tiempo, pero no más, no volvería a estar dispuesto a un distanciamiento de nuevo con ella, iban a sellar su destino y éste sin duda era crear de nuevo una vida juntos.

—He estado esperando tanto esto, Emily —susurró él mientras repartía besos por su cuello y comenzaba a desabrochar las cintas del corsé por la espalda que albergaba su vestido—. Anhelándote… deseándote… y volviéndome loco por hacerte mía de nuevo. —Terminó por decir mientras bajaba lentamente al conseguir aflojar el corsé y descubrir al fin su objeto de deseo durante todos aquellos días, sus abundantes, deliciosos y más que apetecibles pechos.

Acogió a ambos en sus manos mientras observaba como Emily gemía sutilmente arqueándose hacia él, verla susceptible a sus caricias. Su deseo ferviente reflejado en los actos de su cuerpo hizo que Henry se volviera aún más loco de deseo si es que aquello era posible.

—Dime que lo quieres, Emily. —Henry necesitaba oírlo de los labios de ella, escuchar con sus palabras que ella lo deseaba.

Ella lo observó anhelante, no lo pudo resistir. Su cuerpo sería incapaz de negarse a él y saber que era a ella a quien deseaba solo había provocado que sintiera aún más ganas de que le hiciera el amor.

—Te deseo, Henry. Quiero ser tuya —confesó mientras se inclinaba sobre él para provocar un ardiente y devastador beso como si con ello sentenciara sus palabras.

Ella lo había confesado, lo quería en su cama y Henry pensó que no podía ser más afortunado. Cuando creía que todo estaba perdido, que nada podría

hacer, Emily lo sorprendía de aquella forma.

La alzó elevándola del asiento para posteriormente depositarla delicadamente en la cama sin dejar de besarla en ningún momento. Se fue desvistiendo lentamente a la vez que le daba pequeños besos, no quería separarse de ella, ni alejarse, como si romper cualquier contacto con su esposa rompiera la magia del momento. Sentía una especie de neblina que los envolvía, casi podía sentirse flotar en ella de la incredulidad del momento, pero pensaba aprovecharlo al máximo, sin duda alguna iba a recordar cada instante de aquel preciso momento durante el resto de sus días.

El corsé de Emily desapareció a la par que la chaqueta de Henry. Los dedos habilidosos del duque se deshicieron de la falda y las enaguas que ella llevaba, al igual que la prenda que mantenía oculta de su completa desnudez, aquella especie de camisón que protegía su delicada y suave blanquecina piel.

—Jamás me cansaré de observarte —confesó con un tono de voz ronca donde era demasiado apreciable la carga de deseo que delataban sus palabras que al igual que su mirada, se podía atestiguar que anhelaba devorar su presa.

Emily en respuesta comenzó a acariciar sus hombros desnudos, posando sus manos por su torso y bajando lentamente por este mientras acariciaba el vello que lo cubría y que parecía perderse entre los pantalones.

—Eres tan hermosa, Emily… que podría pasar cada día de mi vida contemplando tu rostro. —Sus manos comenzaron a ascender entre sus muslos y el gemido que profirió la garganta de Emily delató su incipiente ardor por él. Henry posó su pulgar en el centro de su feminidad, en el punto clave donde ella se arqueó hacia él mientras se deleitaba con uno de sus pezones jugando con su lengua.

Le necesitaba, definitivamente le necesitaba dentro de ella, matar aquella

sensación que crecía y crecía y que tanto tiempo había mantenido a raya durante todos esos días, concretamente desde la noche de su boda donde no lo obtuvo. Tenía que alcanzar el paraíso y sabía que lo haría cuando él la poseyera.

Henry se deshizo de la prenda que le quedaba y su erección se liberó arduamente, no hacía falta decir lo erecta que su verga se encontraba y menos aún todo el tiempo que la había hecho sufrir por soportar los

incesantes y provocadores atuendos de Emily que solo le provocaba dolor por tener que soportar sus apetitos hacia ella.

El leve roce de su miembro contra ella la hizo volverse loca de placer, abrió aún más sus piernas, dispuesta a recibirlo, a acogerlo en su interior y a devorarlo completamente.

—¿Es esto lo que quieres?, ¿Es lo que verdaderamente deseas? —Su voz era juguetona, el cuerpo de su esposa era tan receptivo que sabía perfectamente lo que deseaba, pero necesitaba oírlo de ella, tenía que escucharlo.

—Henry… —susurró—. Te necesito dentro de mí —acabó confesando una más que desinhibida Emily.

Aquello hizo que Henry perdiera el control sobre sí mismo y se adentrará en ella de una sola estocada, provocando un gemido en ambos de ansia por devorarse mutuamente. Emily enroscó sus piernas en la cintura de él mientras este entraba y salía de ella siendo cada una de sus embestidas más fuerte que la anterior. Se denotaba el frenesí que les invadía, ella se arqueaba acudiendo a su encuentro mientras él devoraba fervientemente cada palmo de su piel a la vez que se hundía más y más profundamente en ella hasta que ambos culminaron en un profundo y sonoro grito de placer que provocó la llegada al paraíso para ambos.

Al fin era realmente su mujer, al fin era verdaderamente suya, solamente de él y nada ni nadie podría decir lo contrario.

La habitación estaba en penumbras cuando Emily despertó, el ruido del inconfundible crujido de telas al que tan habituada estaba la hizo incorporarse y se percató de su desnudez por lo que con el brazo izquierdo colocó la sábana que evitaría ser vista tal cual vino al mundo.

—¿Judith? —dijo al reconocer a su doncella.

—Disculpe mi *lady*, no quería importunarla, he intentado ser lo más silenciosa posible —susurro disculpándose la criada.

—No pasa nada, ¿Qué hora es? —Emily intentó averiguar la hora por la luz que se filtraba por la ventana, pero con las cortinas echadas era imposible, intentó recordar cuándo se había quedado dormida y todos los recuerdos de ella y Henry volvieron de pronto a su mente, algo que hizo sonrojarse interiormente y tocar el lado de la cama que permanecía arrugado en la ausencia de su marido.

—Es casi la hora del almuerzo, mi *lady*.

—Debo prepararme entonces para bajar —argumentó mientras se colocaba la bata que había en la silla más cercana cubriendo su desnudez—. ¿Que se supone que estás haciendo con mis vestidos Judith? —Ahora que se fijaba, Judith estaba metiendo varios vestidos en su baúl, doblándolos cuidadosamente.

—Su esposo me ordenó que lo hiciera, partiréis después del almuerzo mi *lady*. —Miró contrariada a su doncella, ¿Partir hacia dónde? ¿Ella sola?

Esperaba que no después de lo que habían compartido hacía unas horas, aunque lamentaba no haberlo encontrado en su lecho al despertar, ¿Había sido un sueño? No… definitivamente había sido real y había sido

maravilloso.

Bajó las escaleras apresuradamente, al menos lo más apresurado que sus pies se lo permitieron y entró al comedor donde su esposo estaba sentado leyendo tranquilamente el periódico.

—Buenos días —expresó para llamar la atención.

—Buenas tardes —respondió Henry mientras un deje de sonrisa se asomaba de sus labios—. Que nos sirvan el almuerzo inmediatamente Maxim—habló sin desviar la mirada de su esposa.

—¿Por qué Judith está guardando mis vestidos? —se atrevió a preguntar, aunque la respuesta fuera dolorosa.

—Porque nos iremos de luna de miel después de almorzar, saldremos inmediatamente —aclaró sin dejar de mirarla, estaba increíblemente hermosa como siempre.

—¿Tan rápido?, ¿Por qué tanta premura? —confesó sin entenderlo.

—Debimos marcharnos inmediatamente después de la ceremonia, ahora lo sé, pero no esperaremos más. No veo el momento en el que te tenga solo para mi deleite lejos de aquí —confesó con una mirada llameante que Emily pudo descifrar claramente provocando que se sonrojara.

—¿Qué tendría de malo estar aquí? Se supone que viviremos aquí de forma habitual —preguntó confundida.

—Que escandalizaríamos al servicio querida… —Sus palabras denotaban claramente lo que pensaba hacer con ella durante aquel viaje. Emily no soportó mantener su ardiente mirada y no pudo más que inclinar los ojos hacia el suelo avergonzada.

Almorzaron silenciosamente, aunque las miradas de Henry hacían que su

cuerpo estuviera a una temperatura superior a la de la sopa que estaba tomando y el postre casi se le atragantó cuando sintió el roce del zapato de él ascendiendo por su pierna.

—Iré a ver qué tal va el equipaje de Lynette —anunció antes de que Henry saltara sobre la mesa hacia ella cosa que estaba segura de que pasaría si no salía del comedor.

—No hace falta, querida. Mi madre vendrá esta tarde y se instalará en casa para estar con ella —le confirmó.

—¿Pero no viene con nosotros? —preguntó apenada.

—No… —susurró—. Lamentablemente no vamos a tener tiempo para ella y estará mejor atendida aquí —insistió.

—Pero nunca me he separado de ella… yo no puedo… ella… —balbuceó.

—Solo será una semana, Emily y te prometo que ella estará bien. —Se acercó a su esposa y la beso dulcemente en los labios— Saldremos en media hora —

dijo antes de marcharse.

Le costó despedirse de su pequeña, incluso no pudo evitar soltar una pequeña lágrima y a punto estuvo de decir que no iría sin ella, pero se convenció pensando que Emily estaría bien con Judith y su abuela, además solo sería una semana y era lógico que ahora que ya no le daba el pecho a la pequeña no fuera necesario llevarla con ellos.

—¿A dónde iremos? —preguntó una vez que iniciaron el viaje y se encontraban solos en el carruaje.

—Tengo una pequeña propiedad en la playa al sur, hará mejor clima que aquí y estaremos solos —confesó.

Emily comenzó a estar nerviosa por la idea de pasar una semana

completamente a solas con Henry, ¿En qué podía terminar aquello? No fue consciente en el momento en que se quedó dormida pero sí que lo fue del momento en el que despertó por aquel incesante calor que la abrumaba.

Cuando despertó se encontró con aquellos ojos grises observándola mientras una habilidosa mano se había colado entre sus enaguas.

—Es más difícil despertarte de lo que crees, bella durmiente —sonrió el duque.

Emily profirió un gemido en respuesta al notar los dedos de Henry en el punto exacto donde le estaba provocando aquel calor.

—Estamos en un carruaje en movimiento, Henry —le increpó como si en aquella situación fuera impensable hacer lo que su esposo tenía más que la intención puesta en hacer.

—Querida, ¿Acaso no intuyes lo que ayuda el hecho de que esté en movimiento a lo que tengo pensado hacer? —Su pícara sonrisa la sonrojó, sin duda alguna él ya lo habría comprobado en sus propias carnes, de eso estaba segura.

—¡Descarado! —gritó justo al mismo tiempo que iba a darle un golpe en su brazo, él la cogió de la cintura y la colocó sobre sus piernas mientras devoraba ardientemente su boca.

—Te permitiré llamarme como quieras, pero te pienso hacer mía aquí mismo

—afirmó con aquellos ojos que se habían vuelto oscuros de pronto debido al deseo que sentía hacia ella.

Henry se deleitó en la tierna piel del cuello de Emily, eran tan suave y delicada que sabía que jamás se cansaría de besarla y admirarla. Le alzó el vestido para sentarla a horcajadas sobre él, afortunadamente para su suerte ella no llevaba uno de esos con miles de capas debajo del tejido principal,

sino que había optado por un vestido ligero y cómodo para el viaje, de forma que fue fácil sentir el contacto con su piel.

Cuando Emily sintió que su carne se unía a la de él simplemente se maravilló, jamás habría pensado en hacer algo tan descabellado como lo que estaban haciendo en aquel instante en un carruaje, pero para su propio deleite Henry tenía razón, el vaivén de los baches no hacía más

que aumentar su placentera y estoica satisfacción, además de ayudar a que sus movimientos fueran mucho más acompasados.

—He ansiado tantas veces tenerte así, mi exquisita esposa. —Henry la deleitó con sus manos en los lugares precisos provocando en ella una inconfundible sensación de anhelo y pasión que ambicionaban explotar saciando sus apetitos.

—Vamos, preciosa —la apremió él con voz ronca mientras devoraba uno de sus pezones rosados. Emily colocó sus manos en el techo forrado y acolchado del carruaje para sostenerse mientras gozaba plenamente de su desinhibición.

Henry no sabía si gozaba más de la sensualidad que transpiraba su deliciosa mujer o del placer que ésta le estaba proporcionando. Ella era como la ambrosía de la cual nunca se cansaría de probar su néctar. Era plenamente consciente de que aquella mujer lo tenía sumamente abducido y para su asombroso deleite, ella parecía estar igualmente de enloquecida que él.

Se desplomó sobre el cuerpo de su esposo cuando consiguió alcanzar aquel fruto prohibido en el paraíso, porque desde luego aquello que había protagonizado en el carruaje debía estar vetado, no podía ser decente gozar de tal placer.

Aquello solo era un anticipo de lo que pensaba obtener de ella durante aquella semana, pensó Henry. Había sido demasiado tiempo sin su roce, sin

su cuerpo… sin gozar de su asombrosa y adorable mujer como para desperdiciar un solo segundo más sin disfrutar, saborear y definitivamente admirar su delicioso cuerpo. Pensaba alabar cada palmo de su piel recreándose en tal hecho, definitivamente era consciente de que jamás iba a saciarse de ella y era completamente feliz con ese hecho.

31

La propiedad no era tan pequeña como había imaginado Emily. Se trataba de una casa palaciega en la montaña desde donde se divisaba el angosto y amplio mar frente a ella donde el Atlántico bañaba las costas.

Emily se maravilló en el momento en que sus ojos lo apreciaron, era la primera vez que divisaba el mar y estaba experimentando un sinfín de sensaciones.

—¿Te gusta? —La voz masculina de Henry junto a ella le hizo abandonar sus

pensamientos.

—Es muy hermoso —confesó—. ¿Vienes a menudo aquí? —Si ella poseyera aquella propiedad tenía la certeza de que iría frecuentemente, tan solo habían sido cuatro horas de viaje, no estaban tan lejos de Londres.

—Menos de lo que quisiera, poseo demasiadas propiedades y muy poco tiempo para disfrutarlas —admitió.

—¿Y cómo es que todo está en orden? —preguntó al ver que no parecía una casa desolada. No había polvo, ni olía a humedad o a cerrado como solía ocurrir con las casas poco habitadas.

—Los Harmony se encargan de mantenerla en buen estado. Viven en la pequeña casa que hay al lado —le aclaró—. Voy a avisarles de que hemos llegado para que nos preparen la cena.

Emily aprovechó para pasear y descubrir la casa, todas las habitaciones del ala sur daban directamente a una terraza que las unía con vistas a la playa.

Pudo contar hasta ocho habitaciones siendo solo una de ellas la más grande y donde efectivamente comprobó que dormirían al ver su baúl y el de Henry allí mismo. La decoración no era muy elegante, pero teniendo en cuenta el poco uso de la casa era normal. Habían usado mobiliario de madera desgastada con algunos toques de mimbre y metal que resultaban peculiares.

La señora Harmony resultó ser una mujer de mediana edad muy amable. Tan cercana que Emily se sintió como en casa con su trato, sin duda era una bellísima persona, se encargaba de la limpieza de la casa y hacía de cocinera cuando el duque se dejaba caer por su propiedad. Su marido algo más tosco, pero igualmente agradable se encargaba de las labores del jardín y mantenimiento.

—Si me permite decirlo mi *lady*, ya era hora de que su excelencia buscara

una esposa —admitió—. Y desde luego ha encontrado a una muy hermosa —

añadió provocando el sonrojo de Emily—. Espero que ahora que se han casado, visite más a menudo esta propiedad, es una lástima que siempre esté vacía.

Emily pensó que ahora que conocía la existencia de aquella casa, le gustaría traer a Lynette, para que conociera el mar y cuando el buen tiempo lo permitiera, pasear por la arena descalzas mientras las aguas bañaban sus pies.

—Estoy segura de que así será —le confirmó.

Aquella noche cenaron a solas, con la única luz de la vela que había entre ellos sobre la mesa. Cuando terminaron, Henry la acompañó a la alcoba donde lentamente fue desvistiéndo y deshaciéndose de las prendas que arropaban la piel de su esposa.

Esa noche le hizo el amor de una forma lenta, apasionada y delicadamente suave, deleitándose en cada palmo de su piel, rozando

con sus labios sin dejar un solo fragmento por cubrir de su cuerpo, cubriéndolo por sus besos.

La oscuridad les pertenecía, bañados por la luz de la luna y el sonido de las olas incesantes, allí mismo se entregaron mutuamente bajo la incesante sensualidad que emanaban sus cuerpos anhelantes por devorarse.

Emily se sentía por primera vez flotar, plena... casi feliz, salvo por un pequeño detalle. Henry le hablaba de palabras bonitas, le susurraba al oído lo hermosa, vibrante y sensual que era, pero todas y cada una de esas palabras no eran amor, solo deseo.

Cada día que habían pasado en la casa de la playa esperaba anhelante que le dijera que la amaba, que se había enamorado de ella, pero su deseo por recibir esa confesión de amor no llegaba y con ella su desesperación y posterior convencimiento de que el duque de Sylverston no la quería, de que

probablemente jamás la amaría porque aún seguía en el recuerdo de Sophie, su prometida.

Había intentado averiguar qué sentía por ella, pero su terquedad y necedad cuando lo preguntó le hizo creer que sería un tema vetado aún le dolía su reacción cuando recordaba como el tono de su voz serio y tajante.

—¿Te puedo preguntar algo? —dijo cuando acababan de hacer el amor con gran pasión aquella última noche y Henry la tenía aún entre sus brazos.

—Lo que quieras —le confirmó por respuesta mientras le daba un suave beso en su hombro.

—¿Qué ocurrió con Sophie?, ¿Por qué murió? —preguntó curiosa.

Quería saber que sentía Henry por ella, reconocer en sus palabras si aún había amor… nostalgia… sentimiento.

—¿Quién te ha hablado de ella? —Su tono frío hizo que su piel se helara, casi parecía enfadado de que ella lo supiera—. No la mencionaras jamás Emily, ¿Entendido? Ella no es de tu incumbencia —añadió dando por zanjado el asunto y se fue de la habitación dejándola sola.

Cuando despertó a la mañana siguiente comprobó que no estaba a su

lado, parecía que su esposo había buscado otro lugar donde dormir.

Emily rememoraba cada uno de los instantes en los que había gozado con Henry durante aquella semana mientras volvían de regreso a Londres. Todo se había empañado por el recuerdo de Sophie, pensaba que tal vez hubiese sido mejor no mencionarla, pero ella tenía que saber si tenía alguna posibilidad con su esposo, averiguar hasta qué punto amaba el recuerdo de su prometida como para olvidarla y amarla a ella.

Ahora sabía que su posibilidad momentáneamente era casi nula, Henry no solo no la amaba, sino que no le permitía ni siquiera mencionar al gran amor

de su vida, como si la tuviera presente en su corazón. ¿Entonces porque le hacía el amor de aquella forma?, ¿Como era capaz de hacerla sentirse amada en el lecho cuando quería a otra?

Henry iba ensimismado durante el camino, había decidido hacerlo a caballo puesto que tenía cosas en las que pensar además de evitar que Emily volviera a preguntarle por Sophie, ¿Como se habría enterado? Lo que menos le apetecía en aquellos momentos era hablar de aquella mujer que no merecía siquiera que se mencionara. No, su mero nombre había empañado la última noche que debían pasar juntos y que en cambio había conseguido ponerle de mal humor.

Era consciente de que Emily no tenía la culpa de los actos de Sophie, pero reconocer que por una fulana, puesto que eso es lo que era Sophie para él, casi había destrozado su vida y desperdiciado demasiados años por su culpa, sabía que sólo provocaría lástima en Emily.

No, él no quería lástima, ni compasión… él solo deseaba que le amara, tal como él la amaba a ella. Porque, aunque se había entregado libremente y todo su cuerpo le hacía creer que tenía esperanza, era realista. Emily no iba a amarlo de la noche a la mañana y olvidarse de Barnes, así que le llevaría un tiempo hacer que llegase a sentir algo por él

Lo primero que hizo Emily tras bajar del carruaje fue ir directamente a abrazar a su pequeña, solo había sido una semana, pero parecía que había sido una infinidad. Se abrazó a su hija como si el alma se fuera en ello, quizás con aquel abrazo quería expresar la pena que sentía por dentro. No podía dejar que la afectase tanto, únicamente podía conformarse con que al menos le tenía para él en el lecho, aunque no

tuviera su corazón, pero dolía reconocerlo… dolía saber que Henry no la amaba.

—¿Y qué tal la luna de miel? —Julia parecía bastante interesada por saber

cómo había ido su viaje, además de la premura con la que se habían marchado sin avisar. Ella se había volcado con la casa de modas desde que habían vuelto para no martirizarse, además notaba como Henry la evitaba algunas veces, le había quedado claro que el tema de Sophie estaba vetado, pero no entendía por qué huía de ella con lo bien que habían estado durante la luna de miel.

—El viaje bien… no tanto la vuelta —confesó mientras le enseñaba un muestrario de tejidos que había elegido exclusivamente para ella.

—¿Por qué?, ¿Qué ha pasado? Yo pensaba que al iros repentinamente era porque al fin habías conseguido seducir a tu marido.

—Bueno... tú lo has dicho, he conseguido que me desee, pero no que me ame. —Acabó por delatarse.

—¿Te ha dicho que no te ama? —La voz de Julia se alzó indignada.

—No, directamente no, pero le pregunté por Sophie, necesitaba saber si aún sentía algo por ella y su respuesta solo hizo darme cuenta de que aún la ama a ella.

—¡Que hombre! Después de catorce años y aún sigue con eso, ¿Qué te dijo?

—preguntó incrédula.

—Me respondió en un tono cortante que Sophie no era asunto mío, que jamás la mencionara —La voz de Emily era compungida—. Lo peor de todo es que sonaba con desprecio, como si yo no estuviera a la altura de ella, como si nunca fuese a alcanzar lo que ella había conseguido.

—¡Oh Emily! Tú sí amas a Henry —replicó Julia dándose cuenta del dolor en las palabras de su amiga.

—Creo que nunca dejé de amarlo, Julia. Creía que sí pero cada vez me doy cuenta de que realmente siempre le he amado —confesó compungida.

—Vamos, anímate… quizás con el tiempo la olvide y se enamore de ti —la animó.

—No lo creo Julia, cada vez estoy más convencida de que se casó conmigo solo por Lynette. Henry simplemente me desea, igual que hace dos años me deseaba, solo que yo no puedo soportar que no sienta algo más por mí, necesito más que ese simple deseo.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó.

—Me iré a París, como quizás debí haber hecho desde un principio antes de dejar que ocurriera todo esto —confesó.

Quizás si no se hubiera casado, si hubiera huido, ahora no estaría anhelando un amor no correspondido, un amor que no pensaba mendigar. Pondría tierra de distancia si era necesario para evitar que su maltrecho corazón sufriera aún más.

—¿Irte? —preguntó Julia sorprendida—. ¡No puedes hacer eso!, ¿Qué pasaría con Lynetś?, ¿Conmigo?, ¿Con Susan? Puedo entender las razones por las que te marchas, pero también tienes otras razones para quedarte Emily, yo estoy segura de que con el tiempo Henry llegará a amarte, tendría que estar loco para no hacerlo por mucho que en su día amara a Sophie ella ya no está, tú sí.

Julia creía que por más que Emily se empeñara en que aún amaba a Sophie, algo debía sentir por su esposa, quizás era ella y la creencia en aquellos estúpidos libros de amor, creer que cuando dos personas se amaban en el lecho también lo harían fuera de éste, por tanto, tenía la absoluta certeza de que su amiga sería feliz con su marido, aunque no lo pareciera.

—Se que os echaría mucho de menos, pero no podría quedarme si sé que no tengo esperanza de ser feliz, de saber que me marchitaré anhelando algo que

no podré tener.

—¿Por qué no le dices lo que sientes? —sugirió Julia.

—¿Y qué conseguiría?, ¿Su lástima? —exclamó—. No Julia, no tiene sentido decirle que él ha sido el único hombre que siempre he amado, eso solo conseguiría que yo me sintiera como una tonta ilusa, que eso es lo que soy por ilusionarme de nuevo. —Determinó mientras soltaba lo que estaba haciendo y soltaba el aire contenido para tranquilizarse.

—Al menos prométeme que no te marcharas sin decírmelo y que lo pensarás muy bien antes de tomar una decisión —dijo preocupada.

—No Julia, por supuesto que no me iría sin despedirme. —Realmente no tenia del todo claro el marcharse, por un lado si, su lado más amargo, el de su corazón destrozado anhelante de amor la incitaba a lanzarse junto a su hija con el primer barco que zarpara hacia tierras francesas, pero su lado más tierno, el que la hacía ser amiga, hermana y diseñadora, que también la hacía soñar con la idea de que el duque se llegara a enamorar de ella la incitaba a quedarse, a pensar que poner tierra de por medio no solucionaría sus males, al contrario, solo conseguiría sufrir más por él.

Aquella tarde llegó a casa más temprano de lo habitual, quería estrenar un nuevo vestido para la cena, uno que sus costureras habían terminado para ella y que resultaría muy favorecedor, venía algo más animada, con la idea de poder lograr por muy imposible que fuera el amor de Henry, quizás Julia tenía razón, solo hacía falta tiempo.

—Mi *lady*, ha llegado usted más temprano de lo habitual —exclamó Judith al verla que venía jugueteando con la pequeña por el pasillo que daba al recibidor.

—Si, hazme un favor, lleva esto a mi recámara, yo me quedaré con Lynette

jugando, ¿Verdad mi pequeña? —dijo en tono juguetón provocando las risas de su adorable hija.

Aunque Lynette había comenzado a andar, todavía no lograba dar unos pasos firmes debido a su inexistente equilibrio, así que Emily la seguía muy de cerca mientras la pequeña iba hacia los lugares que ella quería.

—No Robert, ¿Como me preguntas algo así?, ¡Por supuesto que no la amo!,

¿Crees acaso que después de todo el engaño y del tiempo que viví esa mentira la amaría? —Emily escuchó la voz de Henry a través de la puerta de su despacho. No estaba del todo cerrada de ahí que en el silencio del pasillo pudiera escucharla, su cuerpo se quedó helado, cogió en brazos a su pequeña para tener algo a lo que agarrarse—. Jamás podría perdonar algo así y hablar de ello solo aumenta mi rabia, ¿No lo entiendes? ¡No puedo perdonarla, nunca podré hacerlo! —escuchó como gritaba exaltado.

Emily no pudo soltarlo más y se fue escaleras arriba.

—Ella destrozó mi vida… y si lo hubiera sabido antes no le hubiera hecho el daño que le hice a Emily —terminó por decir un Henry ajeno a lo que su esposa había estado escuchando anteriormente.

Emily se encerró en su habitación contrariada. La odiaba, Henry la odiaba por haberle engañado y ocultado que era el padre de Lynette. No solo era que quisiera a otra, es que no podía soportar su engaño pese a haberse casado con ella.

Seguramente también la odiaba por no poder poner el apellido a su hija. Unas leves lágrimas de dolor recorrieron sus mejillas, ella no tenía la culpa, no le dejó otra opción.

—¡No! —se dijo a si misma limpiándose las lágrimas—. Aunque me arranque el corazón, aunque me desgarre por dentro, no pienso derramar una

lágrima más por ti Henry. Tú también me hiciste daño, tú también me engañaste —dijo en voz baja para sí misma, si no lo tenía del todo seguro antes ahora sí, se marchaba, no lo soportaría más... se iría y comenzaría una nueva vida desde cero en París.

Henry notaba a Emily distante, tal vez fuera su culpa después de todo, reconocía que no estuvo bien su contestación aquella última noche en su luna de miel y desde ese instante las cosas entre ellos no habían ido bien. La vuelta a Londres tampoco había ayudado, él era un hombre ocupado de negocios y su esposa parecía también bastante ocupada con su casa de modas por lo que en más de una ocasión había pensado en raptarla de nuevo y llevarla de vuelta a la casa de la playa. Deseaba tenerla de regreso en su lecho, despertar cada mañana a su lado, verla abrir sus ojos en aquel rostro perfecto y disfrutar de esa sonrisa única y radiante que solo poseía ella.

Robert le había aconsejado confesarle la verdad sobre Sophie, romper el muro que les mantenía separados y tal vez así ella confesara sus sentimientos por William, pero para alguien como él no era fácil admitir que por su estúpida ceguedad la había dañado. Que por culpa de una mujer cruel y despiadada se había comportado como el más vil de los hombres y en consecuencia ella se había enamorado de otro. No, desde luego no era fácil admitirlo.

«Todo está preparado» pensó Emily.

Había preparado un baúl con las pertenencias que pensaba llevarse

escondido en la trastienda, ya tenía los pasajes del barco que zarparía en dos días a primera hora mañana y había agilizado todo para poder tener sus cuentas en orden una vez se instalara en Francia.

Janet se encargaría de llevar la tienda, la chica había aprendido sus gustos y era bastante disciplinada, ella enviaría los diseños de las colecciones por

correo para que los prepararan. Todo iría bien sin ella, al menos era lo que necesitaba pensar.

Solo había algo que le estaba costando hacer; la carta en la que le explicaba a Henry que se marchaba y las razones por las que lo hacía. Pensó en marcharse sin más, pero por alguna razón tenía que darle una explicación, no podía alejarlo de su hija sin motivo alguno y explicar sus razones sin argumentar el verdadero motivo no era posible.

Le dolió despedirse de la Señora Smith sin llegar a hacerlo con las palabras exactas de su marcha, solo dijo que estaría unos días fuera de Londres. Lo mismo ocurrió con Petunia a quien sabía que extrañaría pero que con el tiempo le pediría que la visitara en Francia. Aunque sin duda a quien no pudo evitar contar la verdad fue a Julia y Susan, que ambas se entristecían por su marcha y posterior ausencia. Las iba a extrañar, aunque fueran a visitarla, sabía que parte de ella se quedaba allí en Londres con ellas, pero lograron entender porqué se iba, sobre todo Susan, la romántica empedernida que había en ella le decía que estaba segura de que el duque saldría tras ella. No sería así, no cuando había escuchado de su propia voz que jamás la perdonaría.

Aquella era su última noche, no había más tiempo, tenía que hacer aquella dichosa carta de despedida para Henry y no sabía por dónde empezar…

finalmente expresó lo que su corazón anhelaba y sentía, la dobló metiéndola en aquel sobre y la dejó sobre su mesilla. Sabía que no conciliaría el sueño, al día siguiente su vida dejaría de ser como lo era ahora, se marcharía a otro país, a otro lugar donde comenzaría desde cero y donde sería una completa desconocida para todo el mundo.

Henry se levantó temprano con los primeros rayos de sol, su sueño no había sido demasiado profundo y prefirió levantarse antes que intentar volver a

conciliarlo. Sabía porque no conseguía dormir bien esas últimas noches…

Emily, ella era el centro de su mundo y si las cosas no estaban bien con ella, nada en él iba bien.

Aquella noche lo había decidido, hablaría con ella, le daba igual que amara a William, él la quería de todas formas, solo le daría tiempo para que al menos le tuviera cariño, quizás pedirle que le amara era un imposible, pero se conformaría con lo poco que ella le diera.

—Buenos días Maxim —habló cuando bajó las escaleras y fue a tomar el desayuno.

—Buenos días excelencia, veo que los duques hoy han madrugado —dijo sonriente.

—¿La duquesa ya se ha levantado? —pregunto Henry extrañado. Era bastante temprano como para ir a su casa de modas.

—Si, excelencia. Se marchó en carruaje con la joven Barnes —puntualizó llamando así a su hija Lynette.

Henry tuvo un presentimiento extraño. ¿A dónde iría Emily tan temprano con su hija?

—¿No dijo a donde se marchaba? —preguntó mordaz.

—No, excelencia —confirmó el sirviente.

Subió de nuevo las escaleras y entró en la habitación de Emily, todo parecía estar en orden, salvo por el sobre que visualizó en el tocador junto al jarrón donde él le ponía las rosas cada mañana. Vio escrito su nombre en dorso y se sintió desfallecer…

—No —susurró mientras lo cogía tembloroso entre las manos.

32

No quería abrirlo, sabía que el contenido no le agradaría, pero aún así lo abrió.

A mi querido esposo.

Cuando leas estas líneas imagino que ya me habré marchado de Londres abandonando la ciudad y mis sueños con ello, pero creo que es lo mejor para ambos. No somos felices Henry y eso es evidente, es algo que no se puede negar. Yo deseo ser feliz y que tú también lo seas.

Desconozco las razones por las que quisiste desposarme, aunque imagino que únicamente fue por estar cerca de Lynette y lamento alejarla de tu lado,

pero no podría vivir sin ella ni tampoco vivir a tu lado sabiendo que jamás perdonarás que te engañé no contándote que eras su padre, pero en aquel entonces estaba demasiado dolida para hacerlo.

No me juzgues por huir, una vez te dije que era de cobardes y es lo que estoy haciendo precisamente ahora pero no puedo quedarme a tu lado, no sabiendo que la amas a ella y que jamás existirá una posibilidad para ambos.

Adiós Henry.

Se había ido. Henry arrugó el papel y soltó un gruñido de su garganta indescifrable, ¿A dónde se había marchado? Sabía de alguien que estaba seguro de que lo sabría.

Aporreo la puerta de la casa de los Benedict casi exhausto por la carrera a caballo que había realizado para llegar.

—Excelencia —anunció el mayordomo tras abrirle la puerta.

—Llame inmediatamente a la señorita Benedict, es urgente —le apremió sin falta.

—Pero señor, ella aún no se ha levantado…

—¡Como si está bañándose, tráigala inmediatamente! ¡Es cuestión de vida o muerte! —le gritó desesperado.

—¿Henry?, ¿se puede saber qué ocurre? —La voz de Robert salió del comedor donde seguramente estaba tomando el desayuno.

—Emily se ha marchado, se ha ido, ¡Esfumado! —gritó sarcásticamente.

—¿Cuándo? —exclamó Robert extrañado.

—Salió de casa a primera hora de la mañana, se ha ido sigilosamente para que nadie lo detectara, ¡Tengo que encontrarla Robert! Si la pierdo de nuevo no sabré que hacer… no puedo perderla, ¡No cuando ella cree que amo a Sophie!

—¿No amas a Sophie? —Esa voz era de Julia que los había escuchado mientras bajaba las escaleras arropada con una bata de dormir que ocultaba su camisón.

—¡Por supuesto que no amo a esa arpía! —gritó Henry.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Julia llevándose una mano a la boca —. Se irá con el primer barco que zarpa hoy a Francia, sé que salía temprano, ¡No sé si ya se habrá ido! —Su última frase la dijo cuando el duque ya estaba saliendo por la puerta en cuanto escuchó la palabra zarpar y Francia.

—Mi *lady*, ¿Está segura de que quiere hacer esto? —Judith viajaba con ella, pero la veía tan triste que hasta la doncella dudaba de la decisión que había tomado.

—Es lo mejor Judith, sé que será difícil, pero al final será lo mejor

para todos

—afirmó queriendo creer en sus palabras.

—Yo no soy quien, para juzgarla mi *lady*, pero no creo que sea lo correcto, al menos no de esta forma. —Se atrevió a decir la doncella comedidamente.

—Mi esposo me odia Judith… lo menos que puedo hacer es desaparecer, quizás él consiga ser feliz con otra mujer —Le dolería en el alma que así fuera, pero si no estaba para verlo mejor que así fuera.

Henry galopaba lo más rápido que su caballo le permitía hacer, tenía que acortar la distancia que Emily le llevaba de ventaja, no la perdería, no pensaba perderla esta vez. Si ella quería irse a Francia le parecía bien, que se

fuera, pero él también iría, no le importaba ya nada que no fuera su esposa, ni el dinero, ni los negocios… todo carecía de valor si ella se iba y le gustara o no, no se alejaría de su lado.

La espera hasta que el barco zarpó se hizo eterna, no podía evitar pensar en que de pronto Henry apareciera de la nada, gritando su nombre y rogándole que no se marchara. Eso no sucedería, de hecho, no sucedió cuando el barco comenzó a alejarse de la costa y ella veía cada vez más lejos esa tierra que tanto añoraría el resto de sus días.

Un llanto que no pudo controlar comenzó a invadirla. La nostalgia, el sentimiento de abandono…. la lejanía de su único amor, todo aquello explotó en su cara no pudiendo evitar el cese de aquellas lagrimas silenciosas.

—No llores, no puedo soportarlo —Ahora Emily imaginaba la voz de Henry en su cabeza, ¿Tanto lo quería para imaginárselo?—. Siento que se me parte el alma si lo haces —Esta vez la voz a su espalda fue acompañada de unos fuertes brazos que la rodearon y dio un salto dándose la vuelta para comprobar que no era un producto de su imaginación, que Henry estaba allí mismo, en aquel barco junto a ella y rodeándola con sus fuertes brazos para sujetarla entre ellos como tanto anhelaba.

—Henry… —susurró.

—¿Pensabas por un instante que te dejaría marchar?, ¿Que no saldría corriendo detrás de ti? —le susurró—. Emily, eres la mujer de mi vida, mi esposa y te amo demasiado para alejarme de ti. Sin ti estoy

perdido, eres la única mujer que deseo a mi lado y si tú no estás, yo no quiero vivir. No deseo vivir.

¿Estaba soñando?, ¿Había ido al cielo porque había muerto? Colocó sus manos en su pecho para saber que era real, ¡Estaba allí! Y le había confesado

que la amaba, ¡Henry la amaba!

—Pero yo escuché... Yo oí que me odiabas… ¡Que jamás me perdonarías!

—No Emily, tu escuchaste que jamás perdonaría a Sophie —le aclaró —.

Descubrí después de muchos años su engaño. Ella era la amante de mi padre, solo me quería por el título y para que yo fuese el padre de su bastardo —

confesó—. Descubrir todo aquello fue duro, sobre todo porque te había perdido a ti por una convicción que no fue más que una mentira, yo ya te amaba por ese entonces y fui un completo estúpido. Había hecho una promesa a una mujer que no merecía la pena ni nombrarla, me comporté como el más cruel y vil de los hombres contigo, con la mujer que verdaderamente quería.

—¡Oh Henry! —exclamó Emily ahora que lo comprendía.

—Soy yo el que no se merece tu perdón por lo que hice. Te fuiste con Barnes porque no te dejé otra opción y sé que aún le amas, pero no me importa Emily, podré convivir con ello con tal de estar a tu lado — dijo besando sus manos—. Dime que no es tarde para nosotros, estuvimos bien en nuestra luna de miel, sé que podremos volver a estarlo.

—Henry —susurró—. Yo no amo a William, nunca le amé como hombre, ni el a mí como mujer, no en ese sentido, él y yo solo fuimos amigos —

determinó ella creando la confusión en Henry—. William solo me ayudó, él estaba enfermo y quiso salvarme de la desgracia que me esperaría si me convertía en tu amante. Lo único que debes saber, esposo mío es que jamás he amado a otro hombre que no seas tú, desde el mismo momento en que te conocí supe que solo existirías tú, Henry.

Henry la estrechó entre sus brazos provocando una leve risa en ella.

—Te amo Emily, soy el hombre más afortunado de este mundo por tenerte y

te prometo que te lo compensaré cada día de mi vida. Viviré en Francia si lo deseas, en Paris, Italia o el mismísimo Polo Norte si es lo que deseas, yo solo necesito que estés a mi lado para ser feliz.

—No deseo otro sitio, que no sea estar contigo Henry —confesó una Emily ahora radiante de felicidad.

A Henry no le importó si tenían público o no en la cubierta del barco, estrechó a Emily entre sus brazos y le besó, al principio suavemente y después con un ansía de frenesí como si su vida dependiera de ello.

Emily respondió a aquel beso con ardiente fervor hasta que recordó dónde estaban y separó sus labios de los suyos.

—¡Henry! —exclamó mirando a su alrededor, comprobando cómo algunas personas cuchicheaban—. No podemos hacer esto en público —expresó algo divertida.

—No me importa. —Las manos de Henry estaban en su rostro, obligándola a mirarle—. No me importa en absoluto que todo el mundo sepa cuánto te amo y que eres la mujer más maravillosa que jamás he conocido.

Emily vio como Henry se arrodillaba delante de ella y no entendía por qué hacía aquello.

—Emily Sylverston, ¿Aceptas casarte conmigo? —Los ojos de Henry expresaban felicidad y su sonrisa era tan cautivadora que a Emily se le iba a salir el corazón de un momento a otro.

—¡Pero si ya soy tu esposa! —exclamó casi con lágrimas en los ojos, pero esta vez de dicha. Henry se había vuelto loco, aunque le gustaba esa locura.

—Te casaste una vez conmigo porque te obligué a hacerlo, ahora quiero que lo hagas porque es lo que deseas, porque realmente quieres compartir tu vida conmigo y sobre todo porque ansías la vida que tendremos juntos.

Emily le observó arrodillado delante de ella, eso era lo que quería, lo que quiso desde un principio, que Henry la amara por encima de todo

y todos y ahora se lo estaba demostrando.

—Sí, quiero —hablo en un tono formal—. ¡Por supuesto que quiero hacerlo!

—exclamó antes de abalanzarse a sus brazos y fundirse en un beso del cual ahora era ella quien le importaba un comino quién los viera.

Fue una suerte que Henry comprara el último pasaje del barco o de lo contrario no hubiera podido disfrutar de un camarote privado para ellos dos, solo pensar en el hecho de no poder disfrutar del cuerpo de su amada esposa hasta llegar a costas francesas le hubiera vuelto loco, pero afortunadamente para él, la tenía completamente, enteramente y placenteramente a su disposición.

Aquella noche amo cada recóndita parte del cuerpo de Emily haciéndole el amor lenta y paulatinamente, ahora tenían todo el tiempo del mundo, toda la vida para amarse y desde luego que así sería por el resto de su vida.

—¿En qué piensas mi amor? —La suave y dulce voz de Emily le sacó de su embelesamiento.

—En lo estúpido que fui por no confesar antes cuanto te amaba mi bella esposa —respondió al mismo tiempo que aspiraba el aroma de sus cabellos.

—Sí, quizás nos hubiéramos ahorrado este viaje si yo también lo hubiera hecho. Por cierto, ¿Cómo me encontraste? En la nota no decía a donde me marchaba —dijo acordándose de pronto.

—Soy un hombre con recursos —expresó divertido mientras comenzaba a besar su cuello de forma sensual.

—¡Oh vamos! Únicamente lo sabían Julia y Susan, imagino que se lo sonsacaste a alguna de las dos.

—Podría ser…—dejo a entrever.

—En todo caso, casi le debería de dar las gracias por decírtelo, sé que por mucha distancia que hubiera puesto de por medio, jamás me habría olvidado de ti —confesó lentamente mientras cerraba los ojos saboreando las delicias que Henry provocaba con sus labios.

—Mi preciosa esposa, ¿Acaso crees que no hubiera movido cielo y tierra para encontrarte? Hubiera ido por ti hasta el mismísimo infierno

si hacía falta, gastaría hasta el último de mis alientos por encontrarte y desde luego te encontraría, aunque fuese solamente para decirte cuanto te amaba y que después me alejases de tu vida, pero igualmente lo haría.

Emily le miró descubriendo a ese hombre que con tanto ahínco había intentado ocultar aquellos sentimientos por ella, pero ahora le miraba con otros ojos.

—Las rosas… —susurró—. Las joyas… la vez que viniste a Lynetś con aquella cesta de comida…

—Vanos intentos por llamar tu atención mendigando un poco de cariño por tu parte —confesó mientras enlazaba una de sus manos con la suya—.

¿Puedes hacerte una idea de lo difícil que fue para mí no lanzarme sobre ti con aquellos vestidos que dejaban tan poco a la imaginación? —expresó algo contrariado—. Juro que casi me muero aquella vez que me exigiste saber si tenía una amante cuando los pusiste delante de mi cara, yo solo quería estrecharte entre mis brazos y hacerte mía, ¿Cómo demonios iba a poder pensar siquiera en otra?

—Porque yo anhelaba que me hicieras tuya —confesó—. Fue un suplicio no demostrar cuanto te deseaba mi cuerpo en la noche de bodas, un completo martirio no revelarte que pese a todo lo que me habías hecho, mi cuerpo aún

se proclamaba como tuyo y no podía hacer nada por negarlo.

—¿Entonces tus lágrimas no eran por Barnes? Yo me juré no volver a tocarte, pensé que me repudiabas porque le amabas a él.

—No mi amor, solo estaba enfadada conmigo misma por seguir deseándote, ya te dije que entre William y yo nunca existió más que una amistad.

—Pero ¿Cómo es posible que él no te deseara? Eres demasiado hermosa Emily, ningún hombre en su sano juicio desaprovecharía la oportunidad del matrimonio pudiendo exigir tu deber conyugal en el lecho.

—Bueno, tú lo hiciste —le recalcó ella.

—Pero créeme que lo hice porque pensaba que te hacía daño, porque te amaba demasiado para perjudicarte aún más y que por

consecuencia me tuvieras aún más odio.

—Henry… —susurró poniendo una mano en su rostro para que le observara

—. William no se sentía atraído por ninguna mujer, incluida yo.

Tardó un momento en comprenderlo y su cara fue toda una revelación de sorpresa.

—Se casó conmigo porque estaba enfermo, yo no lo sabía, pero él sí. Cuando aquel día le confesé tus intenciones respecto a mí, él me propuso matrimonio, yo ya conocía su condición hacia el género femenino, sabía que en su condición él no representaría un peligro para mí y yo le hacía un favor al poder acallar cualquier rumor, aunque realmente el favor me lo estaba haciendo él a mí. William fue, es y será un gran amigo Henry, le debo demasiado.

Henry guardó silencio por unos instantes, comprendiendo aquella confesión.

—Supongo que la razón de que Lynette lleve su apellido se debe a la estima

que tienes hacia él.

—Ella es la única posibilidad de mantener el linaje de los Barnes, es lo menos que puedo hacer, no te pido que lo entiendas, pero…

—Lo entiendo Emily.

—¿Eso significa que no vas a reclamarla como tu hija?

—He pensado muchas veces qué era lo mejor para Lynette. No puedo reclamarla como mi hija puesto que, si lo hago, aunque ahora estemos casados, significaría que fue concebida fuera del matrimonio y todo el mundo la consideraría como una bastarda, en cualquier caso, sería desprestigiada por la sociedad y no permitiré que mi propia hija sufra semejante hazaña, no por un acto mío de egoísmo y no mientras pueda evitarlo —confesó bastante tranquilo—. Por otro lado, ella sabrá que es mi hija y aunque lleve el apellido Barnes, la adoptaré y seré su tutor legal en consecuencia. Será ella la que decida cuando sea mayor y conozca toda la historia si quiere renunciar al apellido Barnes y ser una Sylverston o por el contrario seguir siendo una Barnes.

—¡Oh Henry! —Emily se abalanzó sobre él emocionada, saber que su

marido era un hombre bueno, sabio y justo la llenaba de orgullo y satisfacción.

—Solo quiero lo mejor para ella, Emily y también para ti.

—Te amo tanto Henry.

—No más que yo, mi bella esposa —dijo antes de apresar aquellos dulces labios para volver a hacerle el amor en aquella noche llena de confesiones, sentimientos, emociones y como no… pasiones a flor de piel de los cuales tanto Henry como Emily iban a disfrutar en primera persona.

Hacía tres semanas que habían vuelto de París, finalmente decidieron

quedarse varios días por la ciudad, pese que Emily deseaba haber vuelto antes, Henry se empeñó en no hacerlo, sabía que sus negocios le reclamarían que quería dedicar todo su tiempo a su amada esposa y a su pequeña hija.

Habían decidido hacer una pequeña fiesta a modo de celebración de su segunda boda, en realidad no iba a ser algo oficial, solo les apetecía celebrar con todos sus amigos y familiares cercanos el amor que se profesaban y que ahora era más que evidente en ellos.

—¿Ya están listos los centros de mesa? —preguntó Emily algo nerviosa, realmente no sabía porque lo estaba, bueno sí que lo sabía. Su entusiasmo, su felicidad y sobre todo la luz que reflejaban sus ojos así lo evidenciaban, tenía ganas de contárselo, esa noche lo haría.

—Si, mi *lady*, rosas blancas, como usted pidió —respondió sonriente Judith que mantenía en brazos a la pequeña Lynette para que no se ensuciara su vestido.

El jardín de la mansión Sylverston en Londres era lo suficientemente grande como para albergar a los invitados de aquella pequeña celebración, por tanto, habían decidido hacerla allí mismo para no obligar a los comensales a salir de la ciudad.

—Los invitados ya están llegando, mi *lady*. Sus amigas la señorita Brandom y la señorita Benedict desean verla —anunció una de las doncellas de la casa tras tocar su puerta.

—Hágalas pasar Ninet —respondió atentamente Emily a su doncella.

Julia y Susan entraron en su habitación como pequeñas hadas

voladoras halagando su espléndido vestido.

Emily había utilizado para la ocasión un vestido de color blanco nuclear con una finísima capa de tul gris perla lleno de minúsculos brillantes, el reflejo

plateado que hacía era indudablemente hermoso y para más consternación ese mismo tul se repartía por todo el corpiño y parte del escote siendo este de lo más provocador pese a respetar dentro de un límite las estrictas normas. Se había recogido el cabello en un trenzado adornado por multitud de rosas blancas, pero en el escote del vestido justo en el centro lucía una gran y hermosa rosa roja, símbolo de la pasión que existía entre Henry y ella.

—Sin duda alguna estas realmente hermosa Emily, parece que es el día de tu boda vestida así —le dijo una Julia algo emocionada.

—Es el día de mi boda Julia, al menos lo siento así —respondió sonriente.

Sus amigas sabían lo que significaba aquella celebración para ella, ahora que por fin las cosas se habían aclarado al fin con su marido, no podía ser más dichosa y tanto Susan como Julia lo notaban en la felicidad que irradiaba.

—¡Oh! Yo sabía que él te amaba, ¡Te lo dije y no quisiste escucharme! —

exclamó Susan casi con lágrimas en los ojos por ver a su amiga tan dichosa.

—Y debí haberte hecho caso, Susan… soy tan feliz —dijo cogiendo a ambas de las manos y uniéndolas con las suyas—. Solo deseo que vosotras podáis ser tan felices como yo, que encontréis de verdad el amor en un hombre. —

Susan la miró esperanzada, aunque Julia un tanto contrariada.

—Yo sé que mi verdadero amor me estará esperando en alguna parte, estoy completamente convencida —confesó Susan.

—Emily, tú has sido afortunada —afirmó Julia—. No todas las damas se pueden permitir casarse por amor. —Aquellas palabras preocuparon a Emily, pero no tuvo tiempo para preguntar puesto que fueron interrumpidas avisándolas que todos los invitados habían llegado y estaban esperando a la duquesa para saludarla.

Entraron las tres al mismo tiempo en el gran jardín en el que algunos

invitados ya se estaban acomodando. Henry solo tuvo ojos para su esposa nada más verla, sin duda alguna no tendría vida suficiente para agradecer que alguien como Emily le amara a él. Era consciente de su diferencia de edad y pese a todo, aquella increíble hermosa mujer le quería. Nunca pensó que lograría su perdón y sin embargo allí estaba, ataviada con aquel precioso y a la vez seductor vestido que enmarcaba aquella rosa roja, ese color que sin duda protagonizaba la pasión que ambos se tenían en su lecho cada noche, una pasión que sin duda era fruto del amor que se profesaban.

Henry hizo un sonido con el tenedor en su copa para captar la atención de los invitados en sus mesas una vez comenzada la velada. Todo el mundo se giró a verlo para ver de qué se trataba aquel comunicado, todos incluida su esposa Emily que estaba justo a su lado.

—Queridos amigos y familiares más cercanos —comenzó hablando—, imagino que muchos de vosotros os preguntaréis a qué es debida esta cena y qué motivo nos puede conmover a mi esposa y a mí organizar este evento en nuestra casa con todas las personas que apreciamos. —Hizo un gesto a su esposa indicándole que se levantara con la mano y Emily se apoyó en su brazo para hacerlo.

—Cuando me casé con esta bella joven, la mujer más hermosa que jamás he conocido y que estoy seguro de que conoceré. —Pausó su discurso para besar la mano de su esposa y Emily no pudo evitar sentirse avergonzada por las palabras de su esposo—. Me juré a mí mismo que la protegería, la respetaría y sobre todo me aseguraría de hacerla feliz. Lamentablemente fallé en esto último y es por lo que hoy, delante de todos vosotros quiero decirle que no volveré a hacerlo, que haré cuanto esté en mi mano para no volver a fallarle ni un solo día durante el resto de mi vida y sobre todo para admitir que amo profundamente cada gesto, cada sonrisa y sobre todo cada parte de su ser que

la hacen ser mi esposa. —Henry le dio otro beso en la palma de la mano con una ardiente pasión que Emily pudo ver en sus ojos, sabía que no la estrechaba entre sus brazos por el público, pero para ella es como si lo hubiera hecho, aquellas palabras habían sido tan hermosas que su corazón estaba a punto de explotar de dicha.

—Te amo Henry —susurró sin sonido para que pudiera leer sus labios, sabía que si hablaba su voz saldría rota por las lágrimas que estaba

intentando acallar.

Robert fue el primero en aplaudir, no era un hombre dado a exhibicionismos amorosos, pero entendía que su amigo necesitaba desahogarse después de haber sufrido tanto, primero por Sophie y luego por Emily.

La duquesa viuda de Sylverston se podía divisar a lo lejos con un pañuelo secándose las lágrimas mientras también intentaba aplaudir al compás del resto de invitados.

—Y ahora sí, ¡Disfruten de esta magnífica velada ya que el tiempo nos acompaña! —exclamó Henry para acallar los aplausos y degustar los magníficos platos que su cocinera mañosa había preparado para los comensales.

—Querida, ¿Podría hablar contigo un momento? —Emily había invitado *lady* Petunia, la madre de William a la fiesta, no había querido excluirla, pero ante la confesión de Henry aquella noche ahora no sabía cómo interpretaría aquella mujer su felicidad con su nuevo marido, después de todo, ella creía que había amado a su hijo.

—Claro que si Petunia —contestó amablemente mientras se apartaban un poco de la mesa donde Henry las observaba sin decir nada.

—Realmente no sé cómo decirte esto… yo… —La voz de la baronesa viuda

denotaba cierta inquietud.

—Dígalo de una vez, verá como no pasa nada. —Emily creía que le iba a preguntar si amó a William y sabía qué contestar en tal caso para que la mujer no se sintiera mal.

—Yo sé que Lynette no es mi nieta, es decir, me supuse que era de Sylverston al ver sus ojos tan parecidos a los suyos, pero desde el momento en que supe que estabas embarazada ya sabía que no sería de mi William.

Aunque él intentó esconder muy bien sus gustos, una madre entiende de esas cosas y solo quería… yo solo quería pedirte que no me apartes de Lynette, sé que quizá no tenga derecho a pedirlo, pero ella es lo único que en cierto modo lo único que me queda de mi hijo.

A Emily le conmovió saber que aquella dulce mujer sabía cómo era verdaderamente William, ¿Como iba ella a negarse a tal petición?

—Tú eres su abuela Petunia, eres como una madre para mí y para Lynette siempre has sido y serás su abuela. No debes preocuparte jamás por eso porque nunca la apartaré de tu lado y podrás verla todas las veces que quieras.

—¡Oh mi niña!, ¡Eres tan generosa! —exclamó la mujer abrazándose a ella y Emily no pudo más que acogerla entre sus brazos.

La noche pasó demasiado rápido, quizás cuando uno disfruta verdaderamente de las cosas el tiempo se desvanece tan deprisa como llega.

—¿Que quería la madre de William? —escuchó la voz de Henry mientras la rodeaba de la cintura de forma que hizo que se sobresaltara. Se había retirado antes para quitarse el vestido con ayuda de su doncella mientras Henry despedía a los últimos invitados.

—Solo decirme que sabía cómo era realmente su hijo y que no la apartara de

Lynette, es consciente de que tú eres su verdadero padre y no le importa, supongo que ve en Lynette como lo único que le queda de su hijo pese a no ser de su sangre —confesó mientras se dejaba caer en su espalda.

—Bueno, no veo el problema en que nuestra pequeña tenga dos maravillosas abuelas —susurró al oído mientras comenzaba a mordisquearlo obviando el hecho de que la baronesa viuda conociera que Lynette era su hija.

—Si, es una suerte que tenga dos abuelas —contestó sonriente mientras se daba la vuelta para mirarle de frente. Se había abierto la bata para dejarle ver su camisón semi transparente que no ocultaba nada a la imaginación.

—Querida esposa, mis intenciones eran muy dignas esta noche, pero usted me tienta con su adorable cuerpo y comienzo a tener pensamientos no tan dignos al respecto —confesó apresando de pronto sus labios y devorándose con frenesí.

—Pues tendrá que tener cuidado con sus acciones a partir de ahora, mi querido esposo —contestó mientras le besaba de forma más suave.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

Emily se inclinó de puntillas acercándose a su oído—. Porque ahora

llevo a tu hijo creciendo en mi vientre —Su voz era seductora y a la vez deliciosamente sensual.

Henry la observó cuando se apartó conmovido, realmente no sabía cómo reaccionar, ¿Dicha?, ¿Alegría?, ¿Felicidad? No podía tener más de eso... no cabía más en su cuerpo de ninguna de esas sensaciones y aun así estaba eufórico.

—¿Estás segura? —preguntó anonadado pero sonriente.

—Completamente —confesó expectante.

—¡Oh, Emily! —gritó mientras la cogía entre sus brazos y comenzaba a dar vueltas con ella—. ¡Te quiero!, ¡No sabes lo feliz que me haces! —Se había perdido todo el embarazo de Lynette y ahora podría disfrutar de cada momento al lado de su esposa, de ver como crecía en su vientre, de cada patada, movimiento y sobre todo de tenerla cada noche a su lado para verlo.

—Me alegro de que te haga feliz —le dijo ella cuando paró de darle vueltas, pero aún la sostenía entre sus brazos sin permitirle tocar aún el suelo.

—Te aseguro que no quepo en mí de tanta dicha —contestó dándole un pequeño y suave beso en los labios—. Siento que no merezco tanta felicidad como me proporcionas amada mía.

—Tu eres mi felicidad Henry, siempre lo has sido y nunca dejé de amarte.

—Emily…fui tuyo en el mismo instante en que tu cuerpo chocó con el mío cuando bajabas por aquella escalinata. Creí estar en el cielo en aquel momento y aún creo que lo sigo estando cada vez que te miro. Me atrapaste con esos ojos verdes y aunque no quisiera aceptarlo, ya te pertenecía. No sabía lo que era verdaderamente amar hasta que llegaste a mi vida, así que pienso cuidarte y amarte hasta el fin de mis días.

—¿Hasta el fin de tus días? —preguntó Emily sonriente mientras intentaba que las lágrimas de felicidad no escaparan de sus ojos brillantes.

—Y por toda la eternidad. —añadió anhelante.

—Entonces solo te dejaré, si tú también me dejas a mi hacerlo, Henry —

confesó apremiante.

La respuesta de Henry solo fue un candente y apasionado beso de amor necesitado por ambos. La estrechó entre sus brazos y la depositó suavemente sobre la mullida cama con dulzura mientras sus labios seguían deleitándose sobre los suyos.

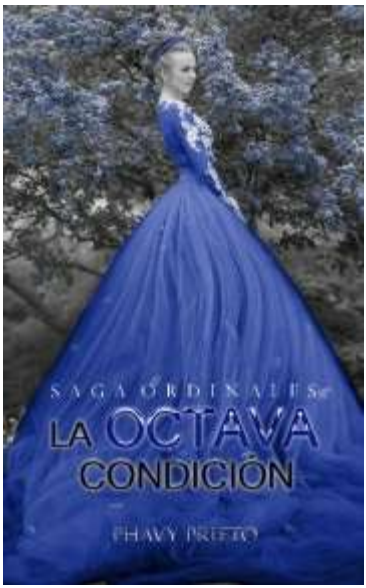
—Te amo, Henry. —susurró jadeante en sus labios.

—Te amo, Emily. —exclamó dulcemente mientras se deleitaba de nuevo en el sabor de los labios de su amada esposa, aquella noche le haría el amor dulcemente, como lo haría el resto de la vida que les quedaba por vivir juntos.

Ahora eran una familia y quizás aquél no fuera el único hijo que tuvieran, además de Lynette, después de todo Emily había sido La Novena hija de un Conde.

Fin.

Sigue leyendo…



PROXIMA ENTREGA

LA OCTAVA CONDICIÓN

David Clayton, cuarto Duque de Lennox es un joven libertino, maleducado y endiabladamente apuesto que solo quiere disfrutar de la vida sin esforzarse en absoluto.

Catherine Wells es la única hija legítima del Vizconde de Grafton y su única acaudalada heredera. Aunque su fortuna sea grandiosa, su belleza es todo lo contrario, además, su madrastra y hermanastra se encargan de recordádselo a cada instante.

Pero… ¿Y si ninguno de los dos es realmente lo que aparentaba ser en un principio?

Sus destinos están irremediablemente vinculados. Sus familias han acordado su matrimonio y deben acatar ocho condiciones si no desean verse en la ruina. Aunque la octava condición sea la más difícil de cumplir.

Avance de La Octava Condición

Lady Catherine Wells era la única hija del Vizconde de Grafton, al menos, la única hija legítima porque cuando Catherine perdió a su madre a la temprana edad de siete años, el vizconde decidió casarse de nuevo tan solo dos años después con una dama viuda sin título que aportaba una hija de su anterior matrimonio.

Nadie preguntó si ella estaba de acuerdo con que aquellas personas desconocidas entraran en su vida, de todos modos ella poco hubiera podido hacer, tan solo era una niña que se había quedado hacía poco tiempo huérfana de madre, la única tía que tenía vivía en Florencia, ya que su madre era de ascendencia Florentina y llevaba muchos años sin verla, exactamente desde la muerte de su madre Isabella hacía ahora once años, por tanto ante la falta de una figura femenina su padre decidió contraer de nuevo esponsales, sinceramente, hubiera preferido estar sola antes que tener que soportar la compañía de su madrastra Elisabeth y su hermanastra Amelia.

Amelia era una dama bellísima, aunque todo lo que tenía de bello, lo tenía de arpía según decía su nana Lilith. Desde que Amelia entró en aquella casa, intentó ganarse el cariño del vizconde para que éste le hiciera siempre los regalos más caros y los vestidos más lujosos, incluso a cierta edad le convencía para que le regalara joyas que una dama tan joven no debía llevar.

Amelia era bastante descarada, es más, solía decirle casi todo el tiempo desde pequeña que el Vizconde la repudiaría algún día por ser tan fea. Llegó a decírselo tantas veces que hubo ocasiones en las que Catherine lo creía posible, más cuando veía como su padre la obligaba a permanecer encerrada cuando recibía visitas de algunos amigos en casa.

—¡Deja de rascarte niña!, ¡Te pondrás aún más roja y parecerás un tomate!

—exclamó Lilith.

—Lo siento Nana, no puedo evitarlo, hoy no es un buen día —confesó abatida.

Tenía esos picores y esa piel extraña llena de puntitos rojos enrojecidos desde que cumplió los diez años, algo ocurrió en ella, porque ni los mejores médicos que había contratado su padre fueron capaces de llegar a alguna conclusión sobre las razones para que su piel siempre estuviera así. Fuese como fuese, tenía que aceptar que no era una joven agradable de ver por más que eso doliera de reconocer,

sabía que nunca tendría un pretendiente y que ningún joven se interesaría en ella, menos aún teniendo a Amelia a su lado.

—Ven, te pondré el aceite de almendras de *lady* Elisabeth —contestó su nana, iniciando el camino hacia el tocador donde siempre estaba el frasco que su madrastra le entregaba cada vez que se le agotaba.

A su madrastra le encantaban las plantas y solía mezclar aceites con algunas de ellas para conseguir un olor riquísimo a la vez que se hidrataba la piel, no sabía cuántas de esas flores y plantas mezclaba pero el olor que emanaba aquel bote de aceite era celestial, de pequeña odiaba que se lo aplicaran, era un incordio pero con el paso del tiempo se dio cuenta que *lady* Elisabeth utilizaba ese aceite cada noche al igual que Amelia, Catherine debía reconocer que su madrastra y hermanastra tenían un cutis envidiable, así que por eso lo seguía usando, se había acostumbrado tanto a él que se había vuelto una necesidad.

—No entiendo porqué debo acudir a ese baile mañana, padre nunca me deja asistir a esos eventos —mencionó mientras su nana le comenzaba a aplicar el aceite por todo el cuerpo en especial por el escote, brazos y cara en pequeña cantidad.

—Quizá se haya dado cuenta de que debes encontrar un marido —habló seriamente su nana.

—Oh vamos Lilith, sabes perfectamente que ningún caballero se interesará por mí —aclaró como si las palabras de su nana fueran la estupidez más grande que había escuchado jamás.

—Eres hermosa por dentro —contestó sinceramente—. Y estoy segura de que el hombre que se case contigo se dará cuenta.

Ningún hombre se casaría con ella. No a menos que buscara la fortuna y título de su padre, eso lo tenía muy presente.

¿Le compraría su padre un marido como en su día hizo el Conde Ashby con sus hijas?

—Además, tienes unos ojos preciosos — le habló Lilith viendo que ella no contestaba a su última afirmación.

Era cierto, sus ojos era lo único realmente bello que poseía, aquellos ojos de un color azul océano como los de su difunta madre, eran algo grandes y contrastaban con aquella piel hinchada y enrojecida haciendo que parecieran más pequeños de lo que en realidad eran, su

cabello de color castaño claro le gustaba, se podía manejar dócilmente, pero salvo esos únicos rasgos, el resto de ella era horrible, incluso su madrastra solía prohibirle determinadas comidas y le racionaba los alimentos porque estaba demasiado gorda y debía adelgazar, se pasaba el día entero con hambre y seguía estando igual, su cintura no menguaba ni una sola pulgada.

—Sí, lo único que heredé de madre —dijo algo apenada.

Echaba de menos a su madre, aunque ésta muriera cuando ella tenía una edad temprana tenía vagos recuerdos de ella, todo hubiera sido tan distinto si ella no hubiera muerto, pero lamentarse no serviría de nada.

—Descansa, quizá mañana te encuentres mejor y luzcas más bonita para el baile. —Terminó por decir la doncella mientras se aclaraba las manos con un paño y le apagaba las velas de los candelabros que había por la habitación

«Desde luego que no», pensó una vez se marchó su nana. Lucir bonita era lo último que haría ella, lo único que conseguiría sería que hablaran de ella y de su extraña enfermedad en la piel.

Lo odiaba, por eso no le parecía mal no acudir a esas fiestas o bailes, aunque Amelia intentara darle envidia después, a ella le daba igual, prefería quedarse en casa leyendo una novela de amor que tanto le agradaban, una de esas historias apasionadas donde describían un amor que ella jamás viviría.

David Clayton no sabía lo que era acostarse temprano desde hacía unos cuantos años. A sus veintisiete años su vida se centraba en beber brandy en su club junto a sus incondicionales amigos, jugar al póker y sobre todo extasiarse en los mejores prostíbulos de Londres. No le gustaba tener solo una amante, prefería deleitarse con todas ellas, no le importaba pagar por ello, aunque tenía relación con varias damas casadas e incluso algunas viudas. Era demasiado insaciable para conformarse con una dama en su vida.

—¡David!, ¡Ven aquí inmediatamente! —escuchó la voz de su padre proveniente del estudio que le hizo soltar una maldición.

¿Por qué ese hombre tenía que madrugar? Ahora tendría que soportar otra de sus charlas sobre su irresponsabilidad de ser un futuro duque y lo que aquello perjudicaba al título.

—Sí, padre —refunfuñó.

No había dormido aún en toda la noche y el alcohol comenzaba a disiparse de su sangre provocándole el típico bajón, solo deseaba ir a su habitación y

dormir hasta la tarde.

—Me he cansado de tu comportamiento, te lo he advertí la última vez. Te dije que sería la última. —El tono de su voz era demasiado calmado en comparación con otras veces, pero quizá estaba demasiado cansado, había sido una larga y demasiado agradable noche, quizá sus sentidos no estaban en plenas facultades a esas horas —. Así que he tomado una decisión. —David no escuchó la perorata que le decía, solo aquella última frase.

—¿Y qué ha pensado padre? Creo que soy lo suficientemente adulto como para que me mande a un internado.

—Si, por eso te vas a casar —afirmó el duque de Lennox.

—¿Qué? —No debía a ver escuchado bien.

—Te vas a casar con la hija del vizconde de Grafton —repitió su padre.

—No conocía a la joven, pero sin duda sería una insulsa dama virgen, él odiaba a ese tipo de mujeres, era demasiado experimentado en la cama para perder el tiempo enseñando a alguien. No, él no se iba a casar… ¡Ni hablar!

—No me pienso casar. —Sus palabras fueron de convicción.

—Te casarás, o ya puedes recoger tus cosas y salir de esta casa porque he cancelado todas tus cuentas y no te concederá crédito ningún banco. No me sobra el dinero precisamente como para que estés dilapidando la poca fortuna que nos queda en apuestas de carreras y jugando al póker.

—¿Que ha hecho qué? —exclamó consternado.

—Lo que oyes, no tienes ni un penique y el único que tendrás será el de la dote de tu futura esposa y posteriormente su fortuna, porque salvo los títulos nobiliarios no vas a recibir nada más de mí. Así que tú sabrás lo que haces, pero en este momento dependes íntegramente del padre esa joven.

—¿Me ha vendido? —gritó.

—Si lo quieres llamar así... yo lo llamaría una buena transacción de negocios.

El Vizconde de Grafton es un hombre rico, con numerosos negocios que le hacen aumentar su patrimonio, solo estoy haciendo lo mejor para ti —

aseguró el duque.

—Lo mejor para mí, ¡Diga lo mejor para usted!, ¡No me voy a casar! —fue su última palabra antes de salir de aquella casa.

Cuatro días fueron suficientes para saber que el tren de vida que llevaba no podía mantenerlo. Sus amigos no le daban crédito, había acumulado algunas deudas con acreedores que no eran aún muy acaudaladas, pero evidentemente no tenía un centavo y su padre no le iba a sacar del fango en el que se estaba metiendo. Así que allí estaba él, en el despacho de una de las empresas del Vizconde de Grafton, hablando sobre la dote que recibiría por casarse con su hija.

Tendría que haber visto a la joven antes de aceptar. Era demasiado bueno para creerlo. El vizconde había pagado sus deudas, además de prometerle cinco mil libras tras casarse con su hija y por supuesto como *lady* Catherine era su única y legítima heredera, él sería el futuro dueño y propietario de su fortuna que ascendía a una cifra desorbitada incluso para

él, sí...todo era demasiado bueno para ser cierto, pero evidentemente si una joven con semejante fortuna como herencia estaba aún soltera y acudían a él, que era cuanto menos un buen yerno para el Vizconde teniendo en cuenta su historial, debía ser por algo... la dama en cuestión era la mujer más fea y horrenda que había visto en su vida. Más que fea era sencillamente imposible de mirar sin llegar a la conclusión de que padecía una enfermedad contagiosa

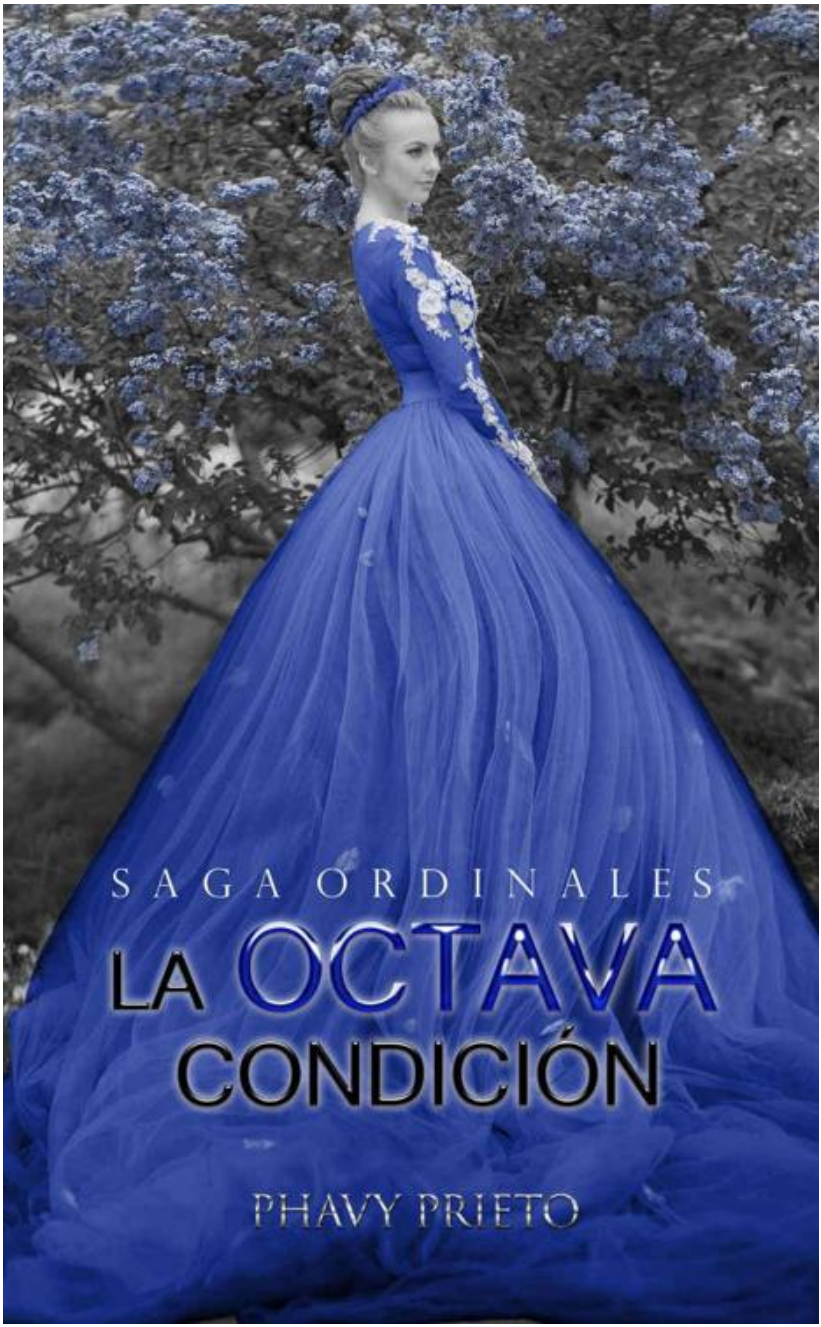
o extraña en la piel.

Se casaría, lo haría porque estaba entre la espada y la pared y no tenía otra alternativa. Pero jamás tocaría a esa dama, ni se acercaría más de lo estrictamente necesario.

«Ni hablar» se dijo mentalmente.

No pensaba tocarla, ni darle herederos, ni mucho menos compartir el

lecho con ella, aunque solo fuera para dormir.



A mi querida hermana Almudena.

La flor más linda de todo mi hermoso jardín.

Gracias por ser una gran amiga para mí,

además de mi mayor ejemplo para seguir.

Te quiero “moni”.

Agradecimientos.

A mi querido amigo, José Domingo Seco Cuenca,

por la maravillosa edición de las portadas

y por estar siempre ahí,

¡Gracias!, Sin ti no hubiera sido lo mismo.

A mis bellas florecillas de Wattpad, por apoyarme cada día y hacer que esta historia también se convirtiera en el número uno de las listas de Género Histórico.

Sois increíbles, siempre os lo digo,

miles y miles de GRACIAS.

“ Amarse a uno mismo es el comienzo de una aventura que

dura toda la vida”

Oscar Wilde.

1

Inglaterra 1822. Londres, 9 de noviembre.

La honorable Catherine Wells era la única hija del Vizconde de Grafton, al menos, su única hija legítima porque cuando Catherine perdió a su madre a la temprana edad de siete años, el vizconde decidió casarse de nuevo tan solo dos años después con una dama viuda sin título que aportaba una hija de su anterior matrimonio.

Nadie preguntó si estaba de acuerdo con que aquellas personas desconocidas entraran en su vida, aunque poco hubiera podido hacer, tan solo era una niña que se había quedado hacía poco tiempo huérfana de madre y su único pariente cercano era su tía que vivía en el ducado de Florencia, ya que su madre era de ascendencia florentina a la que llevaba muchos años sin verla, exactamente desde la muerte de su madre Isabella hacía ahora once años. Por tanto, ante la falta de una figura de una dama, su padre decidió contraer de nuevo esponsales. Sinceramente hubiera preferido estar sola antes que tener que soportar la compañía de su madrastra Elisabeth y su hija Amelia.

Amelia era una dama bellísima, aunque todo lo que tenía de bello lo tenía de arpía según decía su nana Lilith. Desde que su hermanastra Amelia entró en aquella casa, observo como intentaba ganarse el

cariño del vizconde para que éste le hiciera siempre los regalos más caros y los vestidos más lujosos, incluso a una edad muy temprana, consiguió que le regalara joyas que una dama tan joven no debía llevar, pero Amelia era descarada, es más, solía decirle desde que tenía us de razón que el Vizconde la repudiaría algún día por ser tan fea, llegó a decírselo tantas veces que hubo ocasiones en las que lo creía posible, más cuando veía como su padre la obligaba a permanecer encerrada cuando recibía visitas de amigos en casa.

—¡Deja de rascarte niña!, ¡Te pondrás aún más roja y parecerás un tomate!

—exclamó la doncella.

—Lo siento Nana, no puedo evitarlo —contesto apenada—. Hoy no es un buen día.

Tenía esos picores y esa piel extraña llena de puntitos rojos enrojecidos desde que cumplió los diez años, algo debió ocurrir en ella porque ni los mejores médicos que había contratado su padre fueron capaces de llegar a alguna

conclusión sobre su extraña enfermedad. Fuese como fuese, tenía que aceptar que no era una joven agradable de ver, por más que eso le doliera reconocerlo y sabía que nunca tendría un pretendiente, ningún joven se interesaría en ella por su aspecto, menos aún teniendo a Amelia a su lado.

—Vamos, te pondré el aceite de almendras de *lady* Elisabeth para calmarte un poco —contestó la doncella mientras emprendía camino hacia el tocador donde siempre estaba el frasco que la madrastra de Catherine le entregaba cada vez que se agotaba.

A *lady* Elisabeth le encantaban las plantas y solía mezclar aceites con algunas de ellas para conseguir un olor riquísimo a la vez que hidrataba la piel. No sabía cuántas de esas flores y plantas mezclaba, pero el olor que emanaba aquella esencia de aceite era celestial. Recordaba que cuando era pequeña odiaba que se lo aplicaran porque no le gustaba la sensación en la piel, pero con el paso del tiempo se dio cuenta que su madrastra utilizaba ese aceite cada noche, al igual que Amelia y debía reconocer que ambas tenían un cutis envidiable. Por eso lo seguía usando, se había acostumbrado tanto a él que prácticamente se había vuelto una necesidad.

—No entiendo porque debo acudir a ese baile mañana —recalcó mientras la doncella le aplicaba el ungüento—. Padre nunca me deja

asistir a esos eventos —aclaró mientras la doncella ponía especial atención en escote, brazos y rostro, puesto que eran las zonas más visibles.

—Tal vez se haya dado cuenta de que tienes que encontrar marido y aquí encerrada no vas a encontrarlo —contestó seriamente la doncella.

—¡Oh!, ¡Vamos Lilith! Sabes perfectamente que ningún caballero se interesará por mí —aclaró como si las palabras de su nana fueran la estupidez más grande que había escuchado jamás.

—Eres hermosa por dentro —respondió sincera la doncella—. Y estoy segura de que el hombre que se case contigo se dará cuenta de ello.

Ningún hombre se casaría con ella, no a menos que buscara la fortuna de su padre y era algo que tenía muy presente. ¿Le compraría su padre un marido como en su día hizo el Conde Ashby con sus hijas?

—Gracias Lilith —contestó algo apenada porque sabía que su nana le decía aquello solamente por la gran estima que le profesaba.

—Además, tienes unos ojos preciosos —añadió Lilith sonriente.

Era cierto, sus ojos era lo único realmente bello que poseía, aquellos ojos de un color azul océano como los de su difunta madre Isabella. Eran grandes, incluso quizás más de lo que en ese momento parecían debido a su piel hinchada, aunque contrastaban siendo hermosos con aquellas marcas enrojecidas. Su cabello de color castaño claro le gustaba, se podía manejar dócilmente, pero salvo esos únicos rasgos, el resto de ella era horrible, incluso su madrastra solía prohibirle determinadas comidas hasta el punto de racionarle las comidas porque le advertía que estaba demasiado gorda y debía adelgazar. Lamentablemente se pasaba el día entero con hambre y muy a su pesar, su cintura no menguaba ni una sola pulgada.

—Si, lo único que heredé de madre —afirmó triste.

Su madre era hermosa, la más hermosa de la temporada de hecho. La echaba de menos a pesar de no tener demasiados recuerdos de ella, todo hubiera sido tan distinto si ella no se hubiera marchado tan pronto… pero lamentarse no cambiaría los acontecimientos.

—Descansa, quizá mañana te encuentres mejor y luzcas más bonita para el baile —sentenció la doncella antes de lavarse las manos con un paño y apagar

las velas de los candelabros que iluminaban la habitación—. Buenas noches mi niña —añadió cerrando la puerta.

—Buenas noches, nana —contestó Catherine sonriente con la única vela de su mesita de noche prendida.

«Si» pensó una vez se marchó su doncella. Lucir bonita era lo último que haría ella, de hecho, lo único que conseguiría sería que hablaran de sobre su extraña enfermedad en la piel. Lo odiaba, por eso no le parecía mal no acudir a esas fiestas o bailes, aunque al día siguiente su hermanastra Amelia intentara darle envidia al respecto sin saber que a ella le daba absolutamente igual. Prefería mil veces antes quedarse en casa leyendo una novela de amor, una de esas que tanto le agradaban donde relataban historias apasionadas y describían un amor que desde luego ella jamás viviría en sus propias carnes.

Lord David Clayton, marqués de Normanby a título de cortesía, no recordaba lo que era acostarse temprano desde hacía unos cuantos inviernos. A sus veintisiete años, su vida se centraba en beber brandy junto a sus incondicionales amigos, jugar al póker y sobre todo extasiarse en los mejores prostíbulos de Londres. No le gustaba tener solo una amante, prefería deleitarse con todas ellas y no le importaba pagar para ello, aunque tenía relación con varias damas casadas e incluso algunas viudas. Era demasiado insaciable para conformarse con una sola dama en su vida.

—¡David!, ¡Ven aquí inmediatamente! —gritó la voz del duque de Lennox.

La voz proveniente del estudio hizo a David proferir una maldición. ¿Por qué ese hombre tenía que madrugar tanto? Ahora tendría que soportar otra de sus charlas sobre su inmadurez y su irresponsabilidad frente al futuro ducado que un día heredaría a la muerte del propio duque.

—Si padre —dijo David una vez entró en el estudio con voz pesada.

No había dormido aún en toda la noche y el alcohol comenzaba a disiparse en su sangre provocándole estar de nuevo en todos sus sentidos y por consecuencia, un cansancio atroz. Solo deseaba irse a su habitación y dormir el resto del día hasta que de nuevo llegara la noche.

—Me he cansado de tu comportamiento —advirtió el duque mirando fijamente a su hijo —. Te lo he advertí David, te dije que sería la última.

El tono de voz del duque era demasiado tranquilo en comparación con otras veces o eso pensó David, pero quizá estaba demasiado cansado. Había sido una larga y agradable noche por lo que quizá sus sentidos no estaban en plenas facultades a esas horas.

—Muy bien, padre —contestó dándole la razón y no importándole en absoluto sus advertencias, ya estaba acostumbrado a ellas. Además, tenía demasiado sueño como para atender sus charlas sobre el deber hacia el ducado.

—Pues bien, he tomado una decisión —zanjó el duque.

David no había prestado atención a toda la perorata anterior que su padre había estado mencionando, solo escuchó aquella última frase.

—¿Y que ha pensado, padre? Creo que soy lo suficientemente adulto para que me envíe a un internado —contestó con sorna.

—No —negó el duque—. Te vas a casar.

—¿Qué? —exclamó confuso. Seguro que no había escuchado bien.

—Te vas a casar con la hija del vizconde de Grafton —repitió el duque.

David no conocía a la joven, pero sin duda sería una dama insulsa y además, virgen. Él odiaba a ese tipo de mujeres, era demasiado experimentado en la cama para perder el tiempo enseñando a alguien. No, él no se iba a casar…

¡Ni hablar!

—No me pienso casar. —Sus palabras fueron de pura convicción.

—Te casarás —afirmó de nuevo—. O ya puedes recoger tus cosas y salir de esta casa —aclaró el duque—. He cancelado todas tus cuentas y no te concederá crédito ningún banco, no me sobra el dinero precisamente como para que estés dilapidando la poca fortuna que nos queda en apuestas de carreras y jugando al póker.

—¿Que ha hecho que? —gritó airado.

—Lo has entendido perfectamente —afirmo—, no tienes ni un solo penique y el único que tendrás será el de la dote de tu futura esposa. Además de su fortuna a la muerte del vizconde, porque salvo los títulos nobiliarios no vas a recibir nada más de mi parte. Así que tu

verás lo que haces, pero en este momento, dependes íntegramente del padre esa joven.

—¿Me ha vendido? —exclamó sopesando la realidad de las palabras que acababa de decir su padre.

—Si lo quieres llamar así... adelante —afirmó sin ningún tipo de remordimiento. Yo lo llamaría una buena transacción de negocios. El Vizconde de Grafton es un hombre acaudalado, con numerosos negocios que le hacen aumentar su patrimonio, solo estoy haciendo lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí —ironizó—, ¡Diga lo mejor para usted!, ¡No pienso casarme! —exclamó antes de dar un portazo a la puerta conforme salía del estudio y marcharse airado de aquella casa sin pensamiento alguno de volver.

Cuatro días fueron suficientes para saber que el tren de vida que había llevado hasta ahora, no podía mantenerlo. Sus amigos no le daban crédito, había acumulado algunas deudas con acreedores que no eran aún muy elevadas, pero que evidentemente no podría saldarlas al no tener ni un solo penique. Su padre no le iba a sacar del fango en el que se estaba metiendo por lo que solo le quedaba una opción, así que allí estaba él, en el despacho de una de las empresas del Vizconde de Grafton, hablando sobre la dote que recibiría por casarse con su única hija.

2

Tendría que haber visto a la joven antes de aceptar puesto que era demasiado bueno para creerlo. El vizconde había pagado sus deudas, además de prometerle cinco mil libras tras casarse con su hija y por supuesto como la honorable Catherine Wells era su única y legítima heredera, él sería el futuro propietario de su fortuna que ascendía a una cifra desorbitada incluso para él. Si... todo era demasiado bueno para ser cierto, pero evidentemente si una joven con semejante fortuna como herencia estaba aún soltera y acudían precisamente a él, que era cuanto menos un caballero

respetable, debía ser por alguna razón. En un principio pensó que solo se debía al título, probablemente ese hombre deseaba que su hija fuera una futura duquesa y no le importaba tener que comprar a su futuro yerno, pero nada más lejos de la realidad… la hija del Vizconde de Grafton era la dama más horripilante que sus ojos habían tenido la desgraciada fortuna de ver.

Más que fea era sencillamente imposible de apreciar sin llegar a la conclusión de que padecía una enfermedad contagiosa o sumamente extraña en la piel.

Se casaría. Lo haría porque estaba entre la espada y la pared y no tenía otra alternativa, pero jamás tocaría a esa dama que sería su esposa, ni se acercaría más de lo estrictamente necesario. Ni hablar. No pensaba tocarla, ni darle herederos, ni mucho menos compartir su lecho con ella, aunque solo fuera para dormir.

Definitivamente Catherine no había amanecido con mejor aspecto, de hecho, estaba incluso peor si es que eso era posible. Seguramente porque inconscientemente

mientras

dormía

se

había

rascado

la

piel

inconscientemente. Podían verse algunas de las múltiples heridas que se había hecho a sí misma durante la noche.

«Lilith me reprenderá por esto» se dijo conforme se apreciaba la sangre ya seca que incluso había manchado las sábanas. Quizá pudiera llevar algún vestido que cubriera la mayor parte de sus brazos y escote para no parecer tan repulsiva.

Catherine no sabía lo que era tener amigas, la única persona que tenía cerca y que casi podría considerarla de tal modo, era Julia, la prima de Amelia.

Básicamente su amistad consistía en que ninguna de las dos soportaba a la susodicha. pero al menos, era agradable poder hablar con una joven de edad aproximada a la suya, puesto que con su hermanastra la amistad no tenía

lugar.

La puerta de su habitación se abrió de par en par y un remolino de color amarillo se hizo presente. No entendía porqué a su hermanastra le encantaba hacer aquello, como si creyera que la iba a sorprender realizando alguna fechoría o algún acto que pudiera perjudicarla si se lo decía al vizconde.

—Me he enterado de que esta noche acudirás al baile de los Sadwen —dijo en ese tono de voz agudo y repelente—. Es un baile privado, donde únicamente acuden las personas más selectas de la sociedad, ¿De verdad vas a ir? —preguntó mordaz mientras analizaba las únicas

y modestas joyas que tenía en el joyero su hermanastra.

Catherine había escondido las joyas de su madre en un lugar a buen recaudo.

Conociendo como conocía a Amelia, sabía que utilizaría alguna de sus tretas para lograr adueñarse con ellas y por encima de su cadáver permitiría que una joya de su madre acabara en alguna parte del cuerpo de aquella arpía mimada y consentida.

—Me lo ha ordenado padre —contestó en un tono neutro.

—¡Oh! —exclamo fingidamente—, imagino que al ser una fiesta privada donde no estará toda la sociedad londinense, el vizconde habrá pensado que solo unos pocos serán los afortunados de ver realmente la fealdad de su hija

—afirmó sin ningún atisbo de piedad—. Quizá deberías pedirle a Lilith que compre más polvo de arroz, dudo que tengas suficiente para tapar todas esas heridas, querida hermana —añadió y con las mismas que dijo aquello salió de la habitación.

Como siempre, la delicadeza de su hermanastra Amelia brillaba por su ausencia. Si supiera que a ella le importaba un comino sus insultos, no

perdería el tiempo en hacerlos, pensó Catherine.

Eran demasiados años soportando a su hermanastra para que a esas alturas pudiera afectarle lo que dijera. Había asimilado que era fea. Sí No hacía falta que Amelia se lo recordara a cada momento para que esa afirmación fuera más real de lo que de por sí ya era.

—Si pudiera desaparecer… irme lejos a algún lugar y que nadie me encontrar

—susurró en voz baja.

Eso sería lo mejor para todos, que ella se marchara para siempre, pero no podía. Al menos no sin los medios necesarios para hacerlo.

El baile de los Sadwen era más concurrido de lo que esperaba. Se había ataviado con un vestido de seda azul pastel que cubría con gasa semitransparente todos sus brazos y la zona del escote, aunque lamentablemente no podía cubrir también su rostro, pero al menos, disimulaba bastante el resto de su afectada piel.

Afortunadamente Julia se encontraba allí, en realidad fue su salvación, tanto ella como las amigas de la señorita Benedict, sobre todo la agradable *lady* Emily Barnes, que era la mujer más hermosa que Catherine había visto jamás.

No podía dejar de admirar su belleza y desear tener un poco de ella. Su piel parecía seda y con aquellos ojos grandes de un verde tan peculiar sin duda era el centro de atención de toda la fiesta. Quiso alejarse de la baronesa viuda, si se quedaba junto a aquella dama sin duda sería observada por todos, pero *lady* Emily no la dejó sola ni un instante, por lo que a pesar de su vergüenza era junto a su nueva amiga, el centro de atención de la fiesta y no por la misma razón que ella.

—No bailas, ¿Catherine? —preguntó *lady* Emily.

—¡Oh no! —exclamo como si fuera una osadía—. Nadie se atrevería a pedírmelo —contestó cordialmente.

—¿Por qué no? —preguntó extrañada.

Su voz era casi celestial, pensó Catherine. Desearía poder ser ella por un día, saber lo que era sentirse realmente hermosa, casi un ángel.

—¿Me ha visto usted bien? —confesó sincera—. Todos los caballeros creen que mi enfermedad es contagiosa. Aunque nunca se ha determinado que es lo que le ocurre a mi piel, no es algo que se contagie, así que no se preocupe —

afirmó por si *lady* Emily se sentía en cierta forma preocupada.

—No había pensado que lo fuera, Catherine —contestó amablemente —. Y

puedes llamarme solo Emily, pues pretendo ser tu amiga y tenerte en la misma estima a la que tengo a Julia.

Catherine sintió como la mano de Emily se posaba sobre la suya en un acto de afecto. Era la primera persona que no tenía miedo de ella, que no pensaba que su fealdad fuera a afectarle y lo había hecho precisamente la que sin duda sería la mujer más hermosa de todo Londres. Por un momento sintió un aprecio hacia aquella dama que tendría aproximadamente su misma edad y supo que serían grandes amigas, ese tipo de amistad que dura para siempre.

—Gracias, Emily —contestó y sonrió con sinceridad y agradecimiento

por primera vez en mucho tiempo.

—¿Es esa? —preguntó Andrew llamando la atención de David.

David debía acudir a esa maldita fiesta por expreso deseo de su padre y del vizconde. Así que decidió acudir acompañado de sus amigos Andrew y Richard a pesar de saber que terminarían riéndose de su desdicha.

—Si —afirmó avergonzado y tras hacerlo sus amigos comenzaron a reírse de él. No les culpaba, si alguno de ellos estuviera en su situación sin duda también lo haría, solo que el maldito destino había querido que la desgracia fuera de él—. Me largo de aquí, no soporto siquiera estar en la misma sala en la que está ella —graznó dándose asco de sí mismo.

Ni muerto pensaba ponerle una mano encima, seguramente aquella enfermedad era contagiosa por mucho que su padre hubiera dicho que no lo era. ¿Tantos pecados había cometido para que la vida se lo pagara de aquella forma? Sería el hazmerreír de toda la ciudad, todos rehuirían de él como la peste en cuanto se casara con ella. Comenzaba a pensar que era mejor suicidarse que tener que casarse con la honorable Catherine Wells.

—¿No se supone que tienes que sacarla a bailar? —preguntó esta vez Richard, un capullo integral que era más canalla que el propio David si es que aquello era posible.

— No —negó. Ya estaba bien de reírse de él, aunque sabía que le esperaban meses o incluso años en los que sería el centro de bromas de sus amigos—.

Se supone que solo tengo que casarme con ella, nadie me dijo que tuviera que hablar con ella y menos aún bailar.

Había ido allí porque le habían obligado a asistir ya que estaría su prometida, pero nadie le dijo que tuviera que invitarla a bailar, ni tan siquiera acercarse a presentarse o saludarla. Simplemente había ido porque se lo habían exigido y como ya había cumplido la exigencia, se pensaba largar de allí.

Miró por última vez a la dama en cuestión; para más vergüenza estaba acompañada de la mujer más hermosa de todo Londres, la baronesa viuda de Barnes y eso acrecentaba su fealdad,

«¡Se le podía pegar algo de belleza de aquella dama!» exclamó en sus

pensamientos.

—¿Dónde crees que vas? —Interrumpió la voz del duque de Lennox al verlo marcharse.

— He venido, ¿No es suficiente? —dijo con cierto tono de ironía hacia su padre.

— Es tu prometida David, aunque ella aún no lo sepa, por tanto, invítala a bailar —terció el duque.

—Ni hablar —contestó negándose en rotundo—. Me casaré con ella puesto que era lo que quería, ¿No? Pues bien, no me pida que la corteje porque no lo haré. —Sentenció antes de salir de aquella maldita fiesta seguido por sus incondicionales amigos, Andrew y Richard, aunque a veces se les unía Robert que, en aquella ocasión, parecía estar bastante entretenido hablando con el duque de Sylverston.

3

La luz matutina que se filtraba por su habitación la despertó aquella mañana. Catherine solía dormirse bien entrada la noche mientras leía alguna de sus fantásticas historias de romance, pero en aquella ocasión se debía por asistir a aquel baile privado de los Sadwen.

Aún podía recordar las miradas de reprobación que más de una persona le dirigió, pero debía reconocer que estar acompañada de la baronesa viuda de Barnes, a la que ahora podía considerar casi una amiga había sido

satisfactorio. Emily era indudablemente bella, si tan solo pudiera alcanzar una décima parte de la belleza que poseía la baronesa.

—Buenos días bella durmiente —proclamó la doncella.

La voz de Lilith terminó de despertar a Catherine del todo.

—Buenos días nana, ¿Qué hora es? —contestó sonriendo al apodo de su doncella.

—Hora de levantarse pequeña —respondió sonriente—, tu padre ha solicitado que acudas a su estudio cuando termines el desayuno.

—¿Padre quiere verme?, ¿En su estudio? —exclamó.

Eso era extraño, su padre nunca la citaba allí, es más, ni siquiera recordaba cuando fue la última vez que entro en su estudio estando él

presente, puesto que solía acudir a escondidas para robar algún que otro libro de la biblioteca.

—Si, así es —confirmó la sirvienta sin más.

La lengua mordaz de Amelia fastidió el desayuno a Catherine y no era precisamente porque le dijera que todo el mundo en el baile había hablado sobre ella y lo repugnante que resultaba a la vista, sino porque cuando mencionó a la duquesa viuda de Barnes; lo hizo con desprecio, evidenciando claramente que lo hacía porque sentía envidia de ella o así le pareció a ella.

—Debiste darle realmente lástima para que se acercara a ti Cathe —dijo con ironía Amelia que se empeñaba en llamarla Cathe y ella no se oponía a que lo hiciera por tal de darle cuanta menos conversación posible—. Nadie en su sano juicio se acercaría a ti, todos piensan que tienes una enfermedad contagiosa. —Siguió alegando ante el silencio de Catherine—. Además, ¿Por qué otro motivo iba a acercarse a ti sino? O tal vez sea porque carece de

amigas al igual que tu —se mofó—, desde luego anoche su belleza fue de lo que menos se habló gracias a ti, dudo que su amistad te dure mucho tiempo…

—Amelia querida, deja a tu hermana desayunar —intervino su madrastra Elisabeth—. Además, tenemos que salir pronto a encargar vestidos en la nueva casa de modas que abrirá la baronesa de Barnes para la gran mascarada, así que date prisa querida.

Lady Elisabeth nunca reprendía a su hija cuando la lengua viperina de ésta hacía de las suyas, únicamente la cortaba cuando lo creía oportuno o tenía prisa por ir a algún sitio como en aquel momento. Nunca supo porque jamás puso a su hija en su lugar cuando se mofaba de ella como en esa ocasión, ahí radicaba el principal problema en la actitud de Amelia, según Catherine. Era una mimada, consentida y egoísta joven que nunca le habían puesto límites.

—Claro madre —respondió con una dulce sonrisa mientras se limpiaba las comisuras de la boca pacientemente y dejaba la servilleta sobre la mesa—. Iré a prepararme —argumentó antes de levantarse y subir las escaleras que llevaban a su habitación.

Catherine sabía que a su hermanastra le encantaba ir de compras, podría pasarse todo el día gastando el dinero de su padre. De hecho, le constaba que multiplicaba al menos por diez la cantidad de vestidos que Amelia poseía respecto a los suyos propios, aunque claro, también

era cierto que la agenda de eventos de su hermanastra era diez veces mayor que la suya.

—Querida, ¿Debo encargar un vestido para ti? — preguntó *lady* Elisabeth condescendiente.

—No sé si asistiré al baile *lady* Elisabeth, tendrá que preguntárselo a padre

—confesó sincera. Si por ella fuera no acudiría, pero quizás las intenciones

de padre eran distintas a las suyas propias.

—Bien querida, le preguntaré a él entonces —contestó levantándose y dejándola sola en la mesa del comedor.

Catherine terminó tranquilamente su té de la mañana, degustándolo lentamente Si por algún casual su padre decía que asistiría a esa fiesta no deseaba ir acompañada a la casa de modas de *lady* Emily con ellas, preferiría ir mas tarde sola para poder hablar con su recién estrenada amiga.

Supo en qué momento *lady* Elisabeth y Amelia se marcharon por los berridos que su hermanastra emitía en el dialogo que mantenía con su madre argumentando como quería su vestido. Al parecer quería algo similar a lo que la propia Emily había llevado la noche pasada, solo que de un color azul como el de sus ojos. Odiaba que Amelia fuera hermosa, alguien tan detestable no debía ser increíblemente hermoso por fuera.

—Catherine —dijo la voz masculina de su padre asustándola un instante al no esperarlo.

—Si, padre —contestó ella rápidamente.

—Llevo esperándote más de media hora en mi despacho. Deja de comer y ven inmediatamente —terció su padre con voz dura.

Catherine apretó los dientes, ella no estaba “comiendo” precisamente, es más, apenas había dado un bocado al panecillo de leche, solo estaba haciendo hora para que se marcharan las arpías de aquella casa, pero *lady* Elisabeth había criticado hasta la saciedad que su gordura se debía a que comía demasiado llegando a tal punto que su propio padre lo creía también así. Incluso su hermanastra había insinuado algún que otro comentario en presencia de su padre

asegurando que ella se levantaba de madrugada para vaciar la lacena

con todo lo que encontraba a su paso. Nunca entendió que pensaba conseguir Amelia con aquello que desde luego era completamente falso, pero desde el día en que lo dijo la lacena de la cocina permanecía cerrada con candado. A ella no le importaba en absoluto puesto que su acusación era infundada, pero que su propio padre creyera las mentiras de aquellas dos solo hacía marginarla aún más y alejarla de él.

—Voy padre —respondió e inmediatamente se levantó de la silla dejando su servilleta sobre la mesa.

No discutió el hecho de que no estaba precisamente comiendo, no serviría de nada, su padre era bastante autoritario y serio. Gracias a eso se había convertido en un hombre muy acaudalado, sus negocios eran prósperos y había amasado una gran fortuna con su esfuerzo y trabajo constante.

El despacho del Vizconde de Grafton era sobrio. No había grandes cuadros, ni tapices de gran valor. La decoración era algo simple y denotaba austeridad.

Además de no ser muy grande, teniendo en cuenta el tiempo que solía pasar allí que era siempre que se encontraba en casa y tenía una forma de L. El acceso estaba frente a su mesa de madera maciza de roble, era una gran mesa antigua. Justo detrás de esta había una gran librería llena de estantes con libros de todo tipo y donde su padre también almacenaba algunos libros de cuentas. A la derecha había una gran ventana, donde entraba la única luz natural de aquella habitación que daba directamente al jardín trasero de la casa. El resto del mobiliario se reducía a un pequeña librería donde permanecían los viejos libros de su madre y los que ella frecuentemente solía entrar a hurtadillas para llevarse alguno y un par de butacas con una pequeña mesa central junto a la licorera donde recibía a algún socio o amigo, algo que solía ser bastante infrecuente puesto que su padre tenía su gran despacho en una de sus empresas más importantes; la fábrica de carruajes Grafton, donde

se fabricaban los mejores carruajes de lujo de todo el país, aunque también poseía las grandes caballerizas Grafton de donde salían los mejores caballos de competición en carreras, entre otras empresas de menor relevancia.

Catherine se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa,

aquella era una situación algo incómoda para ella teniendo en cuenta que jamás había estado en aquel despacho a solas con su padre. Él siempre la había buscado en su habitación o en el saloncito de té cuando tenía algo que decirle, aunque en los últimos años siempre se ayudaba de Lilith para dirigirse a ella en lugar de hablarle directamente. Ella pensaba que era porque no podía mirarla sin sentir lástima o desprecio por su aspecto.

—Usted dirá, padre. —Se atrevió a decir sin levantar la vista.

Ella tenía demasiado respeto hacia el vizconde, por eso intentaba ser una hija ejemplar a pesar de que él no parecía ver sus esfuerzos.

—En seis meses vas a casarte, Catherine —pronunció sin más.

—¿Como? —exclamó sin terminar de procesar la frase.

—Tu prometido es el marqués de Normanby, *lord* David Clayton y futuro duque de Lennox —aclaró—, creo que será un matrimonio ventajoso para ambos.

—¿Un marqués? —preguntó absorta.

¿Iba a casarse con un futuro duque? No podía ser… ¿La habría visto él? A ella no le sonaba de nada su nombre, pero como tampoco le sonaría el nombre de la mayoría de caballeros de la ciudad teniendo en cuenta su nula vida social.

—Si, lo será cuando su padre fallezca y tú por supuesto, serás la duquesa de

Lennox. —El tono del vizconde carecía de sentimiento alguno.

—Pero… ¿Él me ha visto?, ¿Sabe cómo soy? —pregunto inquieta.

Los miedos de Catherine llegaron siendo consciente de su aspecto. Nunca nadie le había dicho algo bonito, nunca había recibido ningún elogio salvo de su nana, no desde que le apareció aquella maldita enfermedad.

—Si, te ha visto —contestó sin más su padre.

—¿Y aun así quiere casarse? —preguntó para asegurarse.

—Si Catherine —afirmó—. Es un matrimonio de conveniencia, ambos salís ganando con el acuerdo —contestó calmadamente—. La boda será dentro de seis meses, hasta entonces *lady* Elisabeth te ayudará a

preparar tu ajuar —

sentenció y posó su vista en un libro de cuentas dando por terminada la conversación.

Catherine se levantó aún incrédula. Se iba a casar... iba a casarse con un caballero sin rostro, pero él sí la había visto ¿Qué pensaría el marqués de Normanby de ella?

—Pero eso es fantástico mi niña, ¡Un marido! Ya era hora que tu padre pensara en tí por una vez y no en esa arpía de hermanastra que tienes —

replicó la voz de Lilith en cuanto Catherine le confesó las intenciones de su padre.

—No lo entiendes nana —dijo Catherine apenada—, es un matrimonio de conveniencia, yo ni siquiera lo conozco. No sé quién es —confesó algo aturdida aún.

Iba a casarse con un completo desconocido. Ni tan siquiera sabía la edad de su prometido, pero no debería ser muy mayor cuando no era duque porque

aún vivía su padre.

—Pero es un duque mi niña… y tu serás duquesa algún día cuando el padre del marqués fallezca, aunque hasta que eso ocurra, serás la marquesa de Normanby —argumentó Lilith quitando hierro al asunto de que el matrimonio fuera concertado.

—Mi padre me ha comprado un marido… —confesó—. Me repudiará nana, sé que lo hará —dijo mirándose al espejo y comprobando aquella espantosa piel enrojecida llena de manchas rojas A veces eran tantos los puntitos rojos en una misma zona que se convertían en una mancha alargada, no apreciándose en absoluto su blanca piel. Si tan solo los médicos hubieran averiguado a qué se debía, porqué el destino cruel se había ensañado así con ella.

—Mi niña, no te tortures ahora —dijo la doncella—. Disfruta de todo lo que acontece a la ceremonia; los preparativos, el ajuar… estoy segura de que cuando ese marqués te conozca y vea la bondad que hay en ti, sabrá apreciarte tal y como eres.

—A mí no me interesa ser marquesa o la futura duquesa de Lennox algún día

—confesó Catherine.

Aunque sabía perfectamente quién en aquella casa quería serlo a toda costa; Amelia. Sabía que se enfurecería cuando supiera que ella después de todo, lo sería a pesar de su indeseable aspecto.

Cada día que pasaba David se emborrachaba aún más si es que eso era posible. Seis meses era lo que le habían dicho y de eso ya hacía tres semanas Su padre había insistido en que debía al menos verse públicamente con la joven, aunque todo el mundo supiera que se trataba un matrimonio

concertado, porque ¿Cómo si no iba a casarse un caballero con dicha dama si no era de ese modo? Menos aún un marqués que sería futuro duque. Aunque arruinado, pero duque, a fin de cuentas.

Sus amigos aún seguían gastando bromas sobre su desdicha. Odiaba ser el centro de cualquier broma pesada que saliera a relucir a la joven Wells. Casi había comenzado a detestar ese nombre; Catherine Wells era la peor de sus pesadillas. Si tan solo hubiera sido medianamente guapa… pero no, tenía que ser la mujer más fea de todo Londres, ya puestos quizá lo fuera de todo el País.

—Vamos Clayton que no vas a llegar en pie al baile. —Se mofó Richard.

—No me lo recuerdes —contestó secamente.

Aquella noche debía bailar con su prometida y presentarse ante ella. Sería la primera vez que la vería de cerca y aquello lejos de gustarle le provocaba náuseas.

—Vamos hombre, al menos sabrás si lo que tiene es contagioso o no —dijo Richard comenzando a reírse a carcajadas.

A David le dieron ganas de tirarle el resto de su copa en la cara, al menos se podía compadecer un poco de él por su desdicha en lugar de mofarse a su costa.

—Vamos David, no le hagas caso —habló Robert—, me consta que la muchacha es algo tímida, pero es bondadosa, aunque su aspecto no sea el más agraciado; es una dama gentil.

«Menudo consuelo», pensó David. Bueno… al menos no le reprocharía que tuviera amantes. Si la joven era buena y gentil como afirmaba Robert,

entonces simplemente la apartaría de su vida como si no existiera y el seguiría haciendo lo que hacía hasta ahora. Pensar en eso le reconfortó, al menos lo suficiente como para afrontar la noche que le esperaba.

4

Aquella noche estaba nerviosa, su padre le había dicho que

conocería a su prometido en aquel baile de máscaras y Emily le había realizado un vestido que disimulaba muy bien su problema de piel salvo en su rostro, pero como llevaba una gran máscara que solo dejaba a relucir sus ojos y labios, por primera vez en su vida se sintió hermosa al mirarse en el espero.

El vestido era de un precioso azul muy parecido a su color de ojos haciendo que estos brillasen con el destello del color, las mangas eran de gasa,

disimulando muy bien su imperfección al igual que el escote y el cuello que, con un fruncido gracioso, Emily lo había conseguido disimular también muy bien, es más, de lejos parecía llevar un vestido muy revelador y nadie podría adivinar que trataba de ocultar su imperfecta piel. Su cabello lucía suelto en un semi-recogido, consiguiendo que los reflejos rubios brillaran por las luces de las velas. Se sentía segura, al menos, más segura que de costumbre.

Catherine permaneció al lado de *lady* Elisabeth buscando con la vista a Julia, Susan o Emily deseando escaparse de las garras de su madrastra para liberarse teniendo la excusa perfecta. Divisó a Emily por sus inconfundibles ojos verdes a lo lejos, ya que al llevar máscaras todo el mundo a veces resultaba difícil identificar a conocidos.

—¿Dónde vas, querida? —pregunto *lady* Elisabeth cuando vio sus

intenciones.

—Iré a saludar a la Baronesa de Barnes, mi *lady*, enseguida vuelvo. —

contestó y se escapó antes de que su madrastra se lo impidiera.

David intentaba buscar a su prometida entre todas las damas allí presentes.

No sería difícil de encontrar teniendo en cuenta que sólo debía encontrar a una joven dama con los brazos llenos de aquellas manchas rojas y con cierto sobrepeso. El revoloteo azul de una joven con un vestido azul llamo su atención, puesto que de lejos parecía llevar un vestido de lo más sugerente pero cuando fijó su mirada en ella, supo que no era nada revelador, sino que en definitiva trataba de ocultar sus más que evidentes defectos. Esa era sin duda la honorable Catherine Wells, cuánto antes terminara aquello, antes podría marcharse de allí para comenzar de verdad lo que sería su noche de fiesta.

—¿Me concede este baile señorita? —pronunció cortésmente.

Catherine fue interceptada a mitad de camino entre su madrastra y *lady* Emily por un joven con media máscara. Aquellos ojos junto a la mitad del rostro que se podía apreciar no oculto dejaban a relucir que era un caballero muy apuesto, de hecho, era demasiado apuesto para que tratara de bailar con ella.

—Yo… —comenzó a sisear.

Realmente Catherine no sabía que responder, ella jamás había recibido una petición de baile.

—Entonces bailemos —sentenció David sin dejarla hablar cogiéndola del brazo mientras la arrastraba hacia la pista de baile.

Catherine observaba de vez en cuando aquellos labios increíblemente seductores, ¿Quién era ese caballero? Y lo más ilógico de todo ¿Por qué la había sacado a bailar? A esa corta distancia sin duda podría apreciar sus manchas, aunque fueran difusas bajo la tela de gasa azul.

El silencio por parte del caballero la estaba matando, pero tampoco sabía qué decir o qué argumentar para mantener una conversación. Nunca había tenido la oportunidad de hablar con un hombre y menos aún, a solas.

—¿Está disfrutando usted del baile de máscaras, señorita Wells? —preguntó cortésmente.

—Si, gracias —respondió automáticamente—. ¿Me conoce usted? —

preguntó sorprendida en cuanto la información llegó a su cerebro y razonó que ella no se había presentado y en cambio él, sabía su nombre.

—Si, sé que usted es la honorable Catherine Wells, hija del Vizconde de Grafton —respondió.

La conocía y, aun así, había querido bailar con ella.

— ¿Debería conocerle?, ¿Es usted algún socio o conocido de mi padre? —

preguntó aún más confusa.

—No —negó—, al menos no hasta este momento —añadió y él la miró directamente a los ojos.

David reconoció que al menos sus ojos eran bellos y si debía admitirlo también lo eran aquellos labios, habiendo descartado el resto de su cara que evidentemente afeaban todo el conjunto por completo. Quizás debería dejarse aquella máscara puesta para el resto de su vida, seguro que así evitaba desagradables miradas.

—¿No me dirá quién es usted? —preguntó curiosa justo cuando pararon de bailar al terminar la música.

La gente comenzó a gritar la cuenta atrás de lo que supuso sería para quitarse las máscaras y revelar el rostro de la persona que había bajo ella, cuando todo el mundo se la quitó y vio el rostro del caballero su respiración se pausó. No solo era apuesto, sino el hombre más atractivo que jamás había tenido la fortuna de contemplar.

—Soy *lord* David Clayton, marqués de Normanby y su prometido —reveló.

Catherine estaba más que anonada y casi estupefacta al descubrir que no solo sería marquesa, sino que su esposo era verdaderamente apuesto. Tras escuchar aquellas palabras se quedó muda, impactada, quizá por el mero hecho de que jamás pensó que su futuro esposo fuera a ser tan guapo por el que pudiera llegarse a sentir atraída, ¿Por qué sino iba a aceptar casarse con ella si era un caballero apuesto con

título? Podría tener a cualquier dama…

no era que se tuviera en baja estima, simplemente era realista consigo misma.

—Le deseo una feliz velada, señorita Wells —añadió en vista de la muda

respuesta de Catherine, algo que David aprovechó para huir de aquella fiesta.

La había sacado a bailar y se había presentado. Aquello era lo que le habían exigido hacer, ¿No? Pues ahora que le dejaran en paz. Él no pensaba cambiar su vida por el hecho de casarse, menos aún con la desgracia de esposa que le iba a tocar tener, por tanto, ese pequeño resquicio de culpa que comenzaba a tener mientras abandonaba el gran salón donde se celebraba el baile lo desechó tal cual había llegado.

«No. No sentiré culpa alguna por desear a otra mujer y menos aún, por llevarla a mi lecho para saciar mis apetitos» se dijo mentalmente mientras sus fieles amigos de juerga Andrew y Richard le acompañaban entre risas.

Catherine aún no se terminaba de creer que su futuro marido fuera aquel duque tan apuesto, ¿Podía tener tanta suerte por una vez en la vida? Él la había visto, sabía quién era ella pese a llevar la máscara e indudablemente la había tenido lo suficientemente cerca para haber podido apreciar su piel a través de la tela del vestido, ¿Y aun así iba a casarse con ella? Un sentimiento comenzó a albergarse en lo más profundo de su ser… ¿Quizá él no la viera tan despreciable?, ¿Tan increíblemente horrenda como realmente era? Bueno, lo primero era no hacerse vanas ilusiones, aunque si iba a ser su esposo, él sabría “todo” lo que implicaba esa palabra, ¿No? Con aquel nuevo pensamiento se adentró en su lecho.

Su futuro esposo… el marqués de Normanby, aquel hombre apuesto de cabello castaño claro con reflejos dorados y ojos profundamente grises.

Rememorando aquel dulce rostro de aspecto atrevido y travieso al mismo tiempo se adentró en un profundo sueño.

—¡Vaya!, ¡Hoy te levantaste con mejor aspecto! —exclamó la voz de Lilith cuando abrió los ojos despertándola de su ensoñación.

Lo cierto es que había dormido muy bien aquella noche, quizás sus picores habían dado tregua y por eso tendría mejor aspecto.

Bajo a desayunar radiante de felicidad, aunque cuando divisó por el hueco de la puerta mientras bajaba la escalera a su madrastra y Amelia en la mesa del desayuno, su estupenda felicidad se esfumó.

—Buenos días querida, hoy te veo con mejor aspecto, ¿Te pusiste el aceite anoche? Seguro que fue eso, ya te he dicho que mejora tu piel, mira la de Amelia y la mía; tan suave y tersa… estoy segura de que algún día tú la tendrás igual, solo hay que ser constante querida —recitó su madrastra nada más verla y ella asintió.

Realmente no se había puesto el aceite aquella noche porque había vuelto demasiado tarde de la fiesta y no quiso echárselo antes de la velada por si manchaba el vestido, pero se lo acababa de aplicar por el cuello justo antes de bajar para apreciar ese aroma tan peculiar que tanto le agradaba.

—Si *lady* Elisabeth —afirmó—, estoy segura de que algún día así será —

añadió como toda respuesta.

Después de todo era lo único que le podía agradecer a aquella mujer, que la tuviera en consideración para darle su aceite milagroso, aunque estaba segura de que lo hacía más por pena que otra cosa.

—¿Es cierto que ha dicho el vizconde?, ¿Vas a casarte con el futuro duque de Lennox? —preguntó la voz irritante de Amelia haciendo acto de presencia.

—Amelia —la reprendió su madre.

—¡Pero es que no lo entiendo! —gritó alzando la voz—. ¡Es fea!,

¡Indeseable!, ¡Es una don nadie! —grito histérica—. ¡Y aun así se va a casar

con un duque!, ¡Un duque! —volvió a gritar llena de rabia—. ¡Y encima apuesto! —bufó en un tono de voz que indicaba que aquello era lo que le molestaba en realidad.

Catherine se mordió la lengua. Estaba más que habituada a las hirientes palabras de Amelia como para que éstas la afectaran, pero saber que en parte había herido el orgullo de su hermanastra la

satisfacía.

—Tu obtendrás algo mucho mejor, Amelia —contestó su madre que lejos de reprenderla por sus hirientes palabras solo trato de serenarla.

Amelia en respuesta se levantó y abandonó el salón donde estaba la mesa del desayuno.

—Discúlpala querida, ya sabes cómo es Amelia —dijo como toda excusa hacia su hija, aunque sabía perfectamente que *lady* Elisabeth aprobaba el abominable comportamiento de su mimada hija.

Catherine hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras le daba un sorbo a su té, fue a coger uno de los panecillos de leche recién hechos que tan deliciosos le salían a la cocinera cuando fue interrumpida.

—Debes adelgazar Catherine —dijo su irritante madrastra al ver sus intenciones—. Ahora debes entrar en un vestido de novia y no creo que quieras estar así de gorda para esa fecha, ¿Me equivoco? —exclamó airada.

Catherine se mordió la lengua de nuevo. La última vez que tuvo una respuesta mordaz hacia su madrastra la mal parada fue ella porque aquella mujer fue con un cuento distinto de la realidad a su padre y ella terminó castigada en su habitación durante una semana a dieta estricta. Era increíble que su propio padre creyera antes a una extraña que a su propia hija.

—Si *lady* Elisabeth —contestó soltando el panecillo en la fuente de la que emanaba ese increíble y apetecible olor que hacía aguas en su paladar.

—A partir de ahora le diré a la cocinera que te haga una dieta especial —

advirtió—, solo comerás verdura y pescado hervido, se acabaron los postres y los dulces —añadió.

Catherine vio cómo su madrastra se observaba las uñas al decir aquello,

¿Pero qué clase de mujer podía someterla a semejante crueldad sin un atisbo de piedad? *Lady* Elisabeth desde luego parecía una experta en ello.

—Por supuesto *lady* Elisabeth —afirmó esperando que ese infierno

terminara pronto.

Para suerte de Catherine, su querida amiga Emily—porque ahora podía considerarla amiga—, había accedido a realizar su vestido de novia. Dado que había acertado de pleno en la realización del vestido para la gran mascarada, supuso que era la idónea para realizar su traje para la ceremonia.

Aunque aún faltaba tiempo decidió ir aquella misma tarde a Lynetś para encargarlo. No sabía con cuánto tiempo se debía encargar un vestido de novia, pero no sería mucho más que uno normal, apenas quedaban cinco meses y unos días para su boda.

—¿Así que el afortunado será un futuro duque? —preguntó sonriente Emily.

Se habían reunido en su pequeño despacho que estaba situado en la trastienda de la tienda. Le resultaba extraño que una mujer de la nobleza y con posibles como lo era Emily, hubiera decidido abrir un negocio cuándo realmente no lo necesitaba. Admiraba el talento y tesón de su amiga, ojalá ella tuviera una décima parte de la seguridad que irradiaba *lady* Emily Barnes, aunque ella también sería una duquesa después del anuncio de su boda con el duque de

Sylverston en la fiesta de la mascarada.

—Si —respondió algo azorada—. Imagino que ambas seremos duquesas, aunque yo tarde un poco más en serlo —confesó admitiendo que sabía sobre la futura boda de ella con el duque—. Espero que no sea un inconveniente teniendo en cuenta que también tendrás que realizar tu propio vestido de novia —dijo antes de que le contestara.

—Tranquila Catherine, haré tu vestido con mucho gusto —afirmó—, de hecho, ya se me están ocurriendo algunas ideas, ¿Deseas algún color en especial? —preguntó Emily mientras anotaba un par de apuntes en un papel en blanco.

—Pues siempre me ha gustado el azul, pero si pudiera tener algún toque plateado me encantaría —confesó ilusionada.

—Por supuesto que sí, bueno, tus medidas ya las tengo, así que te avisaré para la primera prueba —afirmó terminando de anotar unas cuantas ideas.

—¿Pasará algo si pierdo peso? —preguntó recordando la dieta estricta a la que pensaba someterla *lady* Elisabeth.

Realmente no creía que fuese a perder nada, pero con las intenciones de su madrastra sobre matarla de hambre, quizá perdía alguna libra que otra desde ese instante hasta la ceremonia.

Emily se echó a reír ante su comentario.

—No Catherine, si pierdes peso no pasará nada, ¡Pero no se te ocurra ganar!

¡O no habrá tela suficiente de donde sacar! —exclamó divertida.

Catherine llegó a casa completamente agotada, finalmente Emily también se encargaría de su ajuar personal, por lo que podía despreocuparse al respecto.

Quizás debería haber ido con su madrastra, pero era mejor así. Estaba segura de que *lady* Elisabeth se hubiera metido en cada uno de los detalles negándose a sus propias ideas como había hecho hasta ahora.

—¡Ah!, ¡Has vuelto! —exclamó la voz de Amelia en su dormitorio.

Aquello hizo que el agotamiento de Catherine aumentara.

—Si, he vuelto —respondió con voz cansada.

—Solo venía a decirte que sé de buena fuente que tu futuro esposo es un completo libertino —afirmó—. Es más, me consta que solo se casa contigo porque está arruinado y necesita tu dinero —añadió.

Amelia oso no solo pasearse por su habitación después de decir aquello, sino que se sentó en el pequeño taburete de su cómoda para observar su reacción.

—¿Y eso te complace, Amelia? —preguntó mordaz.

No quería que ella se diera cuenta de si aquello le dolía o no, porque primero; no sabía si sería realmente cierto y segundo; tampoco le sorprendería teniendo en cuenta lo apuesto que era el marqués de Normanby.

—Bueno… yo solo quería que estuvieras enterada de la situación. —Su tono de voz indicaba que sí, que le complacía demasiado.

—Pues ya estoy informada, gracias —respondió secamente.

—¡Oh vamos, Catherine!, ¿No ibas a pensar en serio que un marqués, futuro duque en este caso, iba a querer casarse contigo, ¿No? —

exclamó con una sonrisa jactanciosa.

Su pregunta en modo de afirmación solo estaba hecha para herirla, para dañarla. Nunca entendería la razón de la maldad de Amelia, era

incomprensible.

—Por supuesto que no —afirmó.

Era mejor darle la razón, así se marcharía creyendo que había cumplido con su cometido, uno que desde luego solo se centraba en martirizarla y hacerle daño.

—Bueno querida —dijo en un tono era alegre, como si estuviera casi feliz de saber las razones por las que se casaba el marqués de Normanby con ella—.

Ahora que lo sabes, puedes estar segura de que jamás te va a desear —

sentenció y diciendo esto salió por la puerta con aires de grandeza.

Catherine apretó los dientes en señal de rabia. No debería importarle, ¿Por qué le importaba entonces? Sabía porqué, una vez que había visto al futuro duque de Lennox, una pequeña esperanza se había alojado en su interior al creer que él había aceptado ese matrimonio por algo más que el dinero de su padre. Algo que evidentemente no era así, solo tenía que mirarse al espejo para saberlo.

Aquel día comprobó que *lady* Elisabeth no mentía con lo de su nueva dieta, ella tenía para cenar pescado hervido con verdura de menestra y sin ningún tipo de aderezo, mientras que el resto de su familia cenaba pavo asado en salsa. Se mordió la lengua cuando su padre aprobó su triste plato. Quizás, lo peor de todo era asumir que él creyera que aquello era por su bien, tal vez lo fuese y ella era la única equivocada al respecto, pero pasar hambre hasta el punto de desmayarse para no conseguir resultados le parecía absurdo.

5

David no había cambiado sus hábitos, nadie se lo había exigido salvo su padre y hacía tiempo que la opinión del duque de Lennox no le importaba en absoluto. Su futuro suegro no parecía disconforme con sus salidas, es más, había pagado sus deudas y, aunque algo en su interior le decía que creía que solo lo hacía para obtener un marido con título para su hija, en el fondo intuía que aquel hombre exigiría sus condiciones una vez que se hubiera casado, así se aseguraría de tener a su intocable única hija amarrada a un caballero. Si, probablemente esa era la finalidad del vizconde

teniendo en cuenta que era un hombre de negocios hecho a sí mismo. Era ilógico pensar que aceptara como yerno a alguien como él; carente de responsabilidad y saber estar.

Pese a todo, David era muy consciente de que sólo representaba un derroche de dinero constante sin ningún tipo de ambición, pero le gustaba demasiado su tren de vida como para malgastarlo en trabajar o dedicarse a alguna actividad que no fuera en su propio beneficio.

—¿Ya te vas? —preguntó la dulce voz de Jane desde aquel lecho algo zarrapastroso en aquella casa de citas.

Janet era una de las cortesanas favoritas de David por su dulce piel lechosa y su cabello rubio. Si, tenía predilección por las mujeres hermosas de piel pálida y cabellos rubios, eran su delirio.

—Si, pronto amanecerá —respondió abrochándose los botones de la

camisa.

—¿Volverás mañana a por más? —pregunto sonriente aquella hermosa rubia.

Era una lástima que aquella belleza se vendiera al mejor postor, pero en aquel mundo si no nacías para ser servido, nacías para servir.

—Puede ser, aunque dudo que me eches demasiado en falta, ¿No? —dijo arrastrando la voz.

Realmente él no se conformaba con una, pero era cierto que tenía sus favoritas en cada casa de citas, allí en el Roxyś, Janet era una de ellas.

—¡Oh cielo! Ya sabes que contigo tengo un trato especial —contestó la muchacha de forma locuaz, como si realmente pensara así.

David era consciente que pese a pagarle del mismo modo, la chica

agradecería antes su compañía que la de algún borracho feo y gordo, no había que ser muy estúpido para saberlo. Hizo un gesto afirmativo por toda respuesta mientras se alzaba después de colocarse los zapatos. Si por trato especial entendía "emplearse a fondo" en sus dotes de cortesana, suponía que lo haría con cualquiera.

Era demasiado tiempo el que disfrutaba del placer carnal con mujeres que vendían sus favores al mejor postor. Ya ni recordaba la última vez que no tuvo que pagar por obtener dicho placer, tal vez años… desde que descubrió que era más fácil obtener aquello que quería solo por unos cuántos peniques sin necesidad de emplear sus dotes de seducción y la cantidad de tiempo para obtener lo mismo. Además, se había cansado de las mujeres que siempre exigían más y más, o de que se enamoraran de él y pretendieran arrastrarle hacia el matrimonio. No, lo mejor era las cortesanas, con ellas se sabía que nunca habría dobles intenciones, ni juegos sucios.

Un mes… solo había pasado un mes y Catherine sentía que desfallecería comiendo tan poco. Debía decir a su favor que, su cintura se había reducido dos pulgadas, pero en su conjunto apenas se notaba la diferencia. Aquella noche debía acudir a una cena a la que al parecer su prometido también asistiría, aunque el anuncio de su compromiso había salido en el periódico, debían dejarse ver en público juntos para afianzar dicho compromiso.

Aquella cena sería el comienzo de otros eventos en los que coincidirían y estaba nerviosa puesto que sería la primera vez que le

vería desde el baile de la gran mascarada en el que él no pudo apreciar bien su rostro, por lo que sentía cierto miedo a la reacción que pudiera tener el marqués de Normanby esa noche.

Su vestido beige algo amarillento ahora le quedaba mejor gracias a esas pulgadas perdidas. Lilith le había apretado más de la cuenta el corsé

pensando que así realzaría su pecho y sí que lo hacía, sus grandes pechos parecían resurgir del corpiño. Si no fuera porque también estaban llenos de aquellos puntitos rojos al igual que el resto de su cuerpo, podrían llegar a ser bonitos y dignos de admirar como en el resto de las damas.

A su favor, debió reconocer que Amelia fue severamente mordaz respecto a su boda los primeros días desde que se enteró del compromiso. Ahora en cambio, parecía obviar el hecho de que se iba a casar antes que ella, a pesar de ser un año menor. Tal parecía que la intención de su hermanastra era indudablemente "cazar" a un duque apuesto y sumamente acaudalado, lástima que el duque de Sylverston no estuviera ya a su disposición. Su ataque de rabia contra Emily después del anuncio de compromiso de ésta con el duque, no le pasó desapercibido y es que Amelia había intentado en vano captar la atención del duque de Sylverston sin conseguir ni siquiera que la invitara a bailar en alguna ocasión.

En definitiva, Amelia había puesto toda su atención en encontrar un candidato que superase en título y condición a su prometido el marqués de Normanby probablemente para presumir ante ella de que tenía a alguien mejor. Dudaba sinceramente que lo encontrara… cualquier caballero con dos dedos de frente entendería de que pie cojeaba su hermanastra por más hermosa que ésta fuera. A las pruebas se remitía de que después de dos temporadas no se había casado aún, ni recibido ninguna propuesta decente.

—Vaya hermanita, pareces un bollito de crema bastante agujereado —dijo Amelia cuando ambas damas coincidieron en el hall de entrada y comenzó a reír por su propio comentario.

Catherine no respondió al ver aparecer al vizconde que había salido de su estudio para asistir a la cena con ellas. *Lady* Elisabeth hizo su aparición justo

después con un lujoso vestido en tonos verdes y dorados. Catherine a veces pensaba que su madrastra se daba aires de grandeza como si

fuera la esposa del mismísimo rey debido a ese porte de altivez que mantenía constantemente. En su época debió ser una dama muy hermosa, tanto como lo era su hija probablemente y a pesar de sus años aún mantenía cierto aire de esa belleza, pero para su desgracia los años no perdonaban a nadie.

—Querida, esta noche estas muy hermosa —dijo con aquel tono de voz fingido.

Catherine reconocía perfectamente ese tono de alabanza falsa que interpretaba delante del vizconde solo para hacerle creer que adoraba a su hijastra.

—Gracias *lady* Catherine —contestó educadamente—, usted luce muy bella

—añadió. Ya puestos… ella también hacía su papel de buena hija o se encontraría con una severa charla de su padre como cuando era niña.

Los asientos estaban asignados y a Catherine no le tocó precisamente cerca de su prometido, sin embargo, a su hermanastra sí. Verla coquetear con el marqués de Normanby comenzó a enfurecerla, ¿Es que Amelia no tendría límites? Decidió no observarles y dedicarse a conversar con la persona que tenía al lado, pero las risas de su hermanastra solo hacían que su sangre se alterara cada vez más, comenzando a odiarla como nunca había hecho con anterioridad.

David miraba de reojo a su futura prometida de vez en cuando. Estaba situada a unas sillas de distancia de la suya. Pese a la lejanía era apreciable su aspecto difícil de admirar. Ni tan siquiera con aquellos polvos que las mujeres utilizaban para tener una piel más radiante era capaz de camuflar un poco su aspecto

Un escalofrío le recorrió por dentro al ser consciente de que tendría que ver aquel rostro cada día durante el resto de su vida. Miro hacia otro lado recordando aquellos ojos de un azul intenso y esos labios carnosos que pudo apreciar en la fiesta de la mascarada. Tal vez la obligara a llevar máscara para poder soportarlo.

Las risas de la dama que tenía al lado eran carentes de emoción alguna para él. Sin duda alguna era una joven hermosa, del tipo que a él le gustaba; con una piel suave y un cabello que seguramente se convertiría en seda entre sus dedos, pero no le transmitía nada. Se notaba a leguas sus pretensiones y su coquetería, aunque como caballero educado en actos de ese tipo le reía sus gracias y la trataba con cortesía.

Quizá en otros tiempos hubiera intentado seducir a la dama en cuestión, llevarla a su cama para satisfacer su más rastrero apetito y después negarse a comprometerse con ella. Pero eso hubiera sido hace años… ahora buscaba otra clase de apetencias y no incluía a vírgenes inexpertas que solo podrían satisfacerlo a medias entre ellas.

—Será un placer tenerle en la familia, *lord* Clayton —dijo de pronto Amelia.

Las palabras de la dama en cuestión sonaban demasiado sugerentes o eso creyó David.

—Señorita Barston —dijo dirigiéndose a la dama—. Creo que no entiendo a qué se refiere —. ¿Su familia?, ¿Acaso aquella mujer estaba emparentada con el vizconde de Grafton?

—¡Oh!, ¿No lo sabe? —exclamo sorprendida Amelia, aunque aquel gesto fuera más que falso—. La honorable Catherine Wells es mi hermana —

afirmó—, bueno "hermanastra" más bien, porque desde luego salta a la vista

que no nos parecemos en nada.

En absoluto se parecían, es más, no estaba seguro de si era más insufrible casarse con la señorita Wells o con su hermanastra la señorita Barston, porque aquella dama por más bella que fuera, con toda seguridad debía ser una tortura para cualquier caballero que osara casarse con ella. Si había algo que odiaba más que nada en el mundo, eran las intrigas y conspiraciones femeninas, estaba demasiado harto de ellas. A juzgar por las apariencias y lo que su amigo Robert le había indicado, al menos estaba libre de aquello respecto de su futura esposa. Después de todo debía casarse algún día con alguna dama respetable puesto que era lo que se esperaba de él como futuro duque y pensaba elegir a una mujer que no se metiera en su vida para permitirle hacer lo que le viniera en gana sin juzgarlo… la honorable Catherine Wells cumpliría dicha función.

La cena terminó y se ofreció una degustación de postres para los comensales mientras una pequeña orquesta tocaba para aquellos que decidieran iniciar el baile.

Catherine se sentía demasiado llena, después de varias semanas alimentando a su cuerpo con cierta limitación, se había acostumbrado a llenarse pronto, por lo que no le cogía ni un ápice más de comida.

Era una lástima que ninguna de sus nuevas amigas se encontrara en aquella cena privada para cincuenta comensales. No conocía a nadie, ni tenía con quien hablar, por lo que se sentía fuera de lugar.

David se acercó a su prometida con pies de plomo porque realmente no le apetecía en absoluto hacer lo que por obligación debía realizar.

—¿Me concede este baile señorita Wells? —dijo acercándose a ella y ofreciéndole su mano.

—Si, por supuesto —respondió educadamente Catherine sabiendo que de todos modos no podría negarse siendo su prometido.

—¿Ha disfrutado usted de la cena? —preguntó por cortesía.

—Si, gracias —respondió tímidamente.

A David casi le dieron ganas de reír ante la timidez de la muchacha, desde luego era más inocente de lo que pensó en un principio. «Eso era bueno. Muy bueno», se dijo mentalmente. De hecho, era demasiado bueno para lo que pretendía sacar de aquel matrimonio de conveniencia.

Catherine estaba nerviosa entre los brazos de aquel apuesto caballero, no entendía porque sufría aquel nerviosismo, tal vez fuera porque no solo era el único hombre que la sacaba a bailar, sino que también sería el que conviviría bajo su techo y el que vería cada día al despertar. Soñaba con que podría ver aquel rostro apuesto cada mañana y eso la hacía temblar de emoción. Los ojos de *lord* David eran chispeantes, de una agudeza que probablemente escondía pasiones y en su fuero interno deseó poder despertar en él aquella pasión que estaba segura de que tendría. Quería ser deseable para él, aunque solo fueran unos instantes, pero debía ser realista, lo más probable es que jamás la deseara dada su apariencia.

—¿Es usted poco habladora? —preguntó algo divertido.

—No, bueno si —se contradijo—. Por norma general son pocos lo que se atreven a hablar conmigo. Por si se lo preguntaba, no es contagioso. —Se atrevió a responder haciendo alusión a su afectada piel.

—¿Desde cuándo lo sufre? —preguntó David.

No era una persona que se fuera con rodeos, pero prefería no herir los

sentimientos de la dama hasta que estuviera casada y él tuviera acceso

a su acaudalada dote.

—Desde hace ocho años — confirmó.

—¿Entonces no es de nacimiento? —preguntó confuso.

No sabía porqué razón él había creído que la joven Wells había sido siempre así desde que nació.

—No —negó Catherine—. Comenzó poco a poco y en ocasiones varía la intensidad con la que aparece, pero ningún médico ha sabido explicar la causa que lo provoca —afirmó.

Realmente no quería dar lástima, pero creía oportuno que él, puesto que iba a convertirse en su marido supiese por ella misma lo que era aquello antes de creer las mil invenciones que corrían por la ciudad sobre su inexplicable enfermedad.

Los rumores iban desde maldiciones, enfermedades venéreas, picaduras de algún animal exótico, alergias, intolerancias y finalmente la más abominable de todas afirmaba que ella nació así porque su madre no la deseaba y debió hacer algo mientras ella aún permanecía en su vientre. Ya nadie la recordaba cuando era niña y que incluso decían cuán hermosa era apostando a que sería una joven de belleza inigualable como lo fue en su día su madre Isabelle.

—¿Y le han comentado si es posible que algún día desaparezca? —preguntó David.

Realmente no supo porque hizo aquella pregunta, tal vez fueran sus deseos de creer que aquello sería posible.

—No se sabe. —Mintió.

Ella soñaba con despertarse un día sin tener aquel aspecto, pero varios científicos habían creído posible que su afección se debía a algún problema en su sangre. Si aquello era cierto jamás se curaría.

David no añadió nada más a la conversación. El vals había terminado y devolvió a la dama junto a su padre el Vizconde que le saludó formalmente aprobando el trato hacia su hija. Decidió marcharse, ya no tendría nada más que hacer allí y tampoco creía que la velada durara mucho más. Había cumplido su cometido y buscaría todas las excusas oportunas para no volver a ver a su prometida hasta el día de la ceremonia, así evitaría que la muchacha se hiciera ilusiones respecto a él. Una vez casados le aclararía cual sería la situación

respecto a su matrimonio, él haría su vida por su lado y si ella lo deseaba, no se opondría a que también hiciera la suya, pero estaba seguro de que ningún caballero en su sano juicio le pondría una mano encima a su futura esposa, aunque fuese mediante pago.

6

Catherine aún no se creía fuera a casarse al día siguiente. Habían transcurrido todos aquellos meses sin tener apenas noticias de su prometido.

Solo coincidieron en el matrimonio de los duques de Sylverston y apenas cruzaron miradas. *Lord* Clayton estuvo todo el tiempo rodeado de sus amigos y por lo que ella pudo apreciar, parecían reírse de algo bastante gracioso, llego a pensar que sería de ella misma cuando interceptó que la observaban, pero quiso desechar aquella idea o se martirizaría aún más de lo que de por sí

hacía.

Lady Elisabeth no estuvo de acuerdo con la elección de su vestido, según ella debía ser su modista de siempre quien lo hiciera y no la joven e inexperta duquesa de Sylverston ahora que estaba casada. Además, quiso desprestigiarla diciendo que con su propio matrimonio sería incapaz de tener el vestido a tiempo, pero por primera vez Catherine se opuso a su petición y decidió confiar en su amiga. Supo por puro instinto que Emily disimularía su defectuosa piel tal y como lo hizo en el baile de máscaras y no se equivocó.

Por suerte para Catherine su padre no apoyó a su madrastra en la decisión de que el vestido lo realizase su modista de siempre, incluso recordó aquella ridícula discusión.

—Querido, no podemos permitir que vaya de cualquier manera. Se va a casar con un marqués y los invitados esperaran algo digno de ver —argumentó con su parlotearía habitual como solía hacer delante del vizconde, fingiendo que todo lo hacía por su propio bien, cuando ella sabía perfectamente que los vestidos que hacía su modista no disimulaban en nada su defecto, de hecho, no entendía cómo su padre no se daba cuenta.

— *Lady* Barnes se ha comprometido a realizarme el vestido y ya he dado mi palabra padre Yo quiero que lo realice ella, es mi boda y creo que lo mínimo es que yo elija quien realizará mi propio vestido —contestó con la suficiente confianza en sí misma para enfrentarse a su padre por una vez.

—Querida —respondió el vizconde mirando a su esposa compungida —. Si Catherine ya ha decidido quién será su modista, no puedo oponerme puesto que es su matrimonio. Si no va lo suficientemente adecuada para la ocasión es ella quien saldrá perjudicada, no nosotros —terció el vizconde—. Después de todo tiene razón, es su boda —dijo volviendo la vista a su periódico—. No

obstante, querida. Si te sientes mejor, encarga el vestido que creas "acorde" a las circunstancias, por si dado el caso *lady* Barnes no logra estar a la altura de las circunstancias como tú crees.

Su madrastra sonrió complacida ante las palabras de su padre y ella rodó los ojos sin ser vista, indudablemente que *lady* Elisabeth encargaría ese vestido y daba por hecho que a ella personalmente no le gustaría.

Por suerte, Emily no solo realizó su vestido, sino que era el más hermoso que jamás había tenido. El corpiño estaba labrado en pedrería plateada bajo un fondo azulado, aquellos brillantes que sin duda relucirían a la luz del sol al día siguiente jugarían al despiste provocando que cualquiera que la viera mirara el vestido en lugar de su piel. Aun así, Emily había diseñado unas laboriosas mangas largas de encaje que se repartían por los brazos, escote y espalda. El bordado del encaje no permitía apenas ver la piel y eso lograba que lo disimulara muy bien, incluso podría recogerse todo el cabello en un moño alto, algo que nunca solía hacer para que su propio cabello cubriera en parte el escote de la nuca.

Lilith entró en ese momento en su habitación y seguida de ella un par de criados transportaban la tina hasta su habitación.

—Órdenes de *lady* Elisabeth —dijo y se encogió de hombros su nana al decir que no podía evitarlo, le hizo recordar las veces que de pequeña hacía lo mismo; obligarla a darse un baño a pesar de que hiciera frío y pudiera correr el riesgo de constiparse. Aunque para Catherine era agradable y no le suponía un castigo, no entendía aquellos caprichos de su madrastra.

Con la bañera llena y el agua tan caliente que el vapor inundaba toda la estancia, Catherine se metió en ella mientras Lilith añadía algunos aceites esenciales, lavanda, pétalo de rosa y ese aceite esencial del mismo olor que

tenía su aceite de almendras que tanto le agradaba. *Lady* Elisabeth decía que era una mezcla de varias flores, pero Catherine captaba un olor peculiar que embriagaba sus sentidos, adoraba ese olor... era entre tropical y dulce.

Se relajo mientras aspiraba el aroma, al menos olería extremadamente bien el día de su boda. Aquella noche a pesar de su nerviosismo precedente por el día de su boda se durmió profundamente. Tal vez se debía por los aceites del baño que la habían conseguido relajar, la cuestión es que concilió el sueño rápidamente.

Un leve ruido hizo que Catherine se moviera algo molesta y la sombra que había en su habitación permaneció completamente quieta a la espera.

Posteriormente cumplió su cometido cuando comprobó que la joven no había despertado y se fue silenciosamente tal como había llegado…

—¡Despierta bella niña!, ¡Hoy es el día de tu boda! —exclamó la voz de Lilith que parecía irradiar felicidad. Corrió las cortinas y la luz se filtró por la habitación devorando cada hueco de la estancia—. ¡Oh dios mío! —gritó.

La exclamación de la mujer asustó a Catherine que la observaba con estupefacción.

—¿Qué ocurre? Nana, ¿Qué ocurre? —preguntó asustada Catherine.

El instinto de Catherine fue mirarse los brazos... hacía tiempo que un brote tan severo de aquella enfermedad no la azotaba tan fuertemente, tenía la piel más enrojecida que nunca. Descubrió sus piernas apartando las sábanas y estaban aún peor, casi con ampollas, inmediatamente sintió el picor de su piel y apretó sus manos fuertemente para evitar rascarse o se pondría la piel aún peor. No le

deseaba ese sufrimiento ni a su peor enemigo, ¿Por qué tenía ella que sufrir aquel mal sin causa?, ¿Que había hecho mal para que Dios la

castigara de aquella forma?

Lilith conociendo de sobra como lidiar con aquel sufrimiento volvió enseguida con paños de agua fría que aliviarían el picor.

—¿Qué haces aún en la cama, Catherine?, ¡Levántate ahora mismo! — exigió la voz de *lady* Elisabeth inundando la habitación.

Catherine no podía contestar porque tenía la cara tapada con un paño calmando su piel, afortunadamente para ella en la cara no había sido tan severo esta vez, pero igualmente tenía aquellos puntos rojos.

—Mi *lady*, la señorita Catherine ha despertado con un brote muy severo —

hablo Lilith por ella.

—Seguramente es por los nervios de la boda —contestó airada—. Está bien, que repose una hora con los paños de agua fría a ver si está medianamente presentable, ve preparando todo entonces Lilith.

Era extraño que *lady* Elisabeth concediera aquella pequeña tregua para Catherine, muy extraño de hecho. En otras ocasiones no le había importado,

¿Tal vez se apiadaba de ella por ser el día de su boda?

—¡Oh dios mío! —Volvió a gritar Lilith y Catherine se quitó inmediatamente el paño de su cara.

Lilith había sacado el vestido de la funda de tela que lo protegía para evitar cualquier tipo de mancha y precisamente eso era lo que tenía, una gran mancha de color marrón como de algún liquido parecido al café que se extendía por toda la falda.

Aquello no podía estar ocurriendo, simplemente no podía estar pasando. El día de su boda tendría que ser el día más especial de su vida e iba a ser el más

catastrófico sin duda alguna.

Supo lo que ocurriría entonces. Tendría que ponerse el horrible vestido que *lady* Elisabeth había mandado hacer para ella y no solo eso, sino estar agradecida de que lo hubiera hecho porque de lo

contrario no tendría vestido que ponerse el día de su boda.

¿Pero cómo se habría manchado el vestido? No lo había sacado de la funda desde que regreso de Lynetś. La funda era lo suficientemente grande para abarcar todo el vestido sin que se arrugara y cuando llegó había comprobado por si misma que estaba perfectamente estirado en su correspondiente percha.

¿Quién lo habría manchado? ¿Y con qué intención? Si tenía que juzgar a alguien seria a Amelia desde luego…

Lady Elisabeth hizo una actuación primorosa de la estupefacción al ver la mancha del vestido, incluso echó la culpa a las costureras de Lynetś tachándolas de incompetentes. Cuando Catherine la sacó de su error diciendo que el vestido llegó en perfectas condiciones a casa dijo que interrogaría una por una a las criadas, que probablemente habría sido alguna de ellas tratando de ver el vestido de novia, pero Catherine por primera vez empezó a pensar que quizá no había sido la propia Amelia, sino su madrastra la que había hecho aquello, ¿Por qué?, ¿Solo para salirse con la suya y lucir el vestido que ella quería?, ¿Podría *lady* Elisabeth ser tan mezquina para cometer esa clase de hazaña? Empezaba a creer que sí, fuera como fuera ese mismo día saldría de aquella casa y de las vidas de *lady* Elisabeth y su mimada hermanastra para siempre.

El vestido que su madrastra había encargado no era feo... horripilante.

Realmente no es que fuera feo en sí mismo, sino que eran tan simple, liso y sin un solo detalle que parecía plano, casi como un camisón de dormir.

Para más énfasis tenía un escote amplio y las mangas eran cortas, de forma que toda su piel luciría tan roja como la grana debido a aquel brote severo que le había dado justo en ese día tan importante para ella.

Una mujer recordaría el día de su boda durante el resto de sus días, ella lo recordaría sin duda como el más horrible y nefasto de todos. Pensó que se sentiría guapa, que quizás el marqués de Normanby no la encontraría tan repulsiva, al menos no ese día, pero sin duda todos sus deseos se habían ido al traste cuando se vio vestida con aquel simple traje y sus brazos enrojecidos que además le ardían y escocían por la irritación.

Tenía miedo. Miedo de ver la reacción que *lord* Clayton tendría al verla en uno de sus peores días, ¿Anularía la boda al verla? No se

sorprendería si fuera así, por el cuello llegaba a tener incluso alguna ampolla, algo que no le sucedía desde hacía años…

David esperaba en el altar entre impaciente por acabar con toda aquella parafernalia de una vez por todas. Aunque por otro lado no quería que llegase el momento porque sabía que estaba haciendo un acto que no tenía reversión alguna, era algo que tendría que asumir para el resto de sus días y aquello lo asustaba. Se tranquilizó pensando que, de todos modos, nada iba a cambiar y él seguiría actuando como un hombre soltero a pesar de que un papel dijera lo contrario.

Cuando la vio entrar y acercarse del brazo de su padre quiso morir, ¿Era su imaginación o estaba incluso peor de lo que la recordaba? Desde luego estaba peor, mucho peor… si llegaba a estar más horrible que conforme lo estaba en ese instante no quería ni imaginarlo. ¡Por dios! ¡Si hasta tenía ampollas! Era asqueroso… definitivamente provocaba repulsión con solo mirarla.

A Catherine no le pasó desapercibida la reacción de *lord* Clayton, pero para

su sorpresa miró hacia otro lado evitando así el contacto con ella, ¿Cuánto ganaba él con aquello? ¿Hasta qué cifra desorbitada habría tenido que ascender su padre para que girase la cabeza hacia otro lado accediera a casarse? Era evidente que la encontraba repulsiva, pero David era un futuro duque y era apuesto, podría encontrar a otra rica heredera que no tuviera un problema tan severo como lo tenía ella, ¿Tal vez estaba confundiendo su repulsión y en el fondo si la apreciaba? No tardaría en comprobarlo.

Cuando el sacerdote les concedió la gracia como recién casados, firmaron los documentos debidos acompañados de los testigos y *lord* Clayton le ofreció el brazo a su ahora esposa para salir de la iglesia. Tenían su propio carruaje en el que viajarían juntos solos por primera vez. Ofrecerían un pequeño brunch en casa del vizconde y después se irían a su nueva casa donde ya deberían haber trasladado todas sus cosas.

Catherine observaba a su ahora esposo algo tímida, era extraño estar a solas con un hombre a pesar de que ahora fueran marido y mujer solo porque un papel así lo decía. El carruaje nuevo había sido un regalo de bodas de su padre, con nueva carrocería y asientos de piel, todo un lujo no asequible al bolsillo de cualquiera.

—Bueno ahora que estamos casados, creo que es conveniente que

aclaremos ciertos puntos. —Comenzó hablando David aprovechando el viaje a solas—.

Es evidente que ninguno de los dos quería este matrimonio —aclaró— Al menos yo no lo deseaba, pero me vi obligado a aceptar, imagino que fue también tu caso, ¿Verdad? —preguntó mirándola directamente a los ojos.

David sabía que diciéndolo de aquel modo no se negaría, esperaba por su bien que la dama no lo hubiera elegido al azar, aunque lo dudaba porque seguramente no conocería de su existencia hasta que él mismo se presentó la

noche del baile de máscaras, pero aun así quiso asegurarse de que ella admitiera que no lo quería.

—Sí —admitió en un monosílabo Catherine, aunque habiéndolo conocido después la idea no le terminó de disgustar, pero evidentemente no podía decir mucho al respecto puesto que no lo conocía. Solo podía juzgarlo por lo que veían sus ojos y ella no era la más indicada para juzgar solo por la apariencia física.

—Me alegro porque no esperes encontrar amor por mi parte, *lady* Catherine, ya que jamás lo he sentido y jamás lo sentiré —afirmó—. No voy a entrometerme en sus actos, sois libre de hacer lo que os plazca, al igual que tampoco intervendréis en lo que yo haga o deje de hacer. Solo seremos un matrimonio en apariencia —puntualizó como frase final.

—Llevaremos vidas separadas —dijo más para asimilarlo la propia Catherine.

—Así es —contestó firmemente.

La pequeña esperanza que tuvo en un principio se desvaneció tal cual había llegado. Solo le quedaba el pequeño consuelo de saber que ahora podría tomar decisiones por su cuenta, pero el resquemor porque su propio esposo la rechazara no podía eliminarlo de su corazón.

—Por cierto, no nos iremos de luna de miel, al menos no por ahora —

anunció—. Es el cumpleaños de un amigo en tres días y no me lo perdería por nada del mundo, aunque tú puedes irte si quieres claro está…

¿Qué clase de luna de miel sería entonces si se iba ella por su cuenta mientras él se quedaba en la ciudad para asistir a una fiesta?

—¿No te preocupa lo que dirán? —preguntó sincera.

En un mundo donde la sociedad lo era todo, donde las apariencias te daban el pase de acceso a cualquier lugar o posición no entendía como él que era un marqués y futuro duque le decía aquello.

—Hace tiempo que dejó de importarme lo que la sociedad pensara sobre mi

—reconoció.

Era cierto que no pensaba sobrepasar ciertos límites, pero pocas cosas eran infranqueables para él. Reconocía que su comportamiento no era el del caballero más honorable, pero los de sus amigos tampoco lo eran y eso en cierta forma le reconfortaba. Hacía mucho tiempo que dejó de aspirar a ser lo que su padre pretendía que él fuera, exactamente el mismo tiempo desde que murió su hermano mayor, el "verdadero heredero al ducado de Lennox". Las comparaciones, las pretensiones sobre él superaron sus límites y se cansó de intentar ser como su hermano mayor —una réplica exacta del responsable y honorable *lord* Peter Clayton, marqués de Normanby, título que había heredado a su muerte— y desde luego no pensaba volver a mirar la vista atrás de nuevo.

Catherine reprimió su llanto interno, quizás había salido de un infierno, pero no sabía exactamente si se adentraba en otro aún peor.

7

La recepción fue acogedora, afortunadamente no se habían excedido con los invitados y eso era de agradecer A pesar de los compromisos del vizconde por sus negocios, parecía que él no había invitado a demasiada gente a la ceremonia de su hija.

Para fortuna de Catherine, tanto Julia, como Susan y Emily se encontraban allí. En cuanto pudo separarse de su ahora esposo, se acercó a las damas que parecían hablar de algo en forma susurrante.

—¡Enhorabuena Catherine! —exclamó Julia un tanto incomoda, aunque Catherine no supo definir bien porqué.

—Gracias, me alegro mucho de que estéis aquí, significa mucho para mí —

confesó con una sonrisa tímida.

—Mi más sincera enhorabuena Catherine y espero que seas muy feliz en tu matrimonio —añadió Susan.

—Te deseo lo mejor, Catherine —terminó por concluir Emily que se acercó a ella y tocó su mano dulcemente.

—Gracias a todas, sobre todo por venir. Realmente me hubiera desesperado entre tanta gente desconocida para mí.

—¿Por qué llevas ese vestido, Catherine? —preguntó Julia sin cortarse

la lengua.

—No me lo recuerdes —suspiró—. Esta mañana mi vestido apareció con una gran mancha enorme en la falda —dijo mientras hacía una pausa recordando el momento—. Este vestido fue el que "*lady* Elisabeth" había encargado para mí, porque según ella, la casa Lynetś no estaría a la altura de las circunstancias —aclaró—, me vi en la obligación de usarlo al quedar inservible el precioso vestido que Emily hizo para mí, solo espero que la mancha se pueda eliminar o arreglar de alguna manera para poder ponérmelo de verdad algún día, aunque no haya podido ser el día de mi boda —miró a Emily cómplice de sus palabras.

—¡Oh! Estoy segura de que esa zarrapastrosa de Amelia tiene que algo que ver en eso —dijo airada—. La he visto hace un momento y parece enfadada por algo, conociendo como conozco a mi prima, estoy casi segura de que su rabia por no ser ella la primera en casarse la ha llevado a querer fastidiarte la

boda manchándote el vestido.

—No sé quién lo ha hecho, ni qué clase de intención tendría al hacerlo, pero te arreglaré con gusto ese vestido —añadió dulcemente Emily.

—No lo sé... —susurró—. En realidad, creo que vi algo anoche, como una sombra negra, pero estaba demasiado cansada para recordarlo o quizás solo fuera un sueño, aunque no me preguntéis porqué, pero creo que no fue Amelia precisamente la que provocó el desastre en el vestido —dijo sin confirmar que sospechaba de *lady* Elisabeth antes que, de su hermanastra, solo que no quería hacer acusaciones sin tener ninguna prueba. Una cosa era acusar a la mimada de Amelia y otra bien distinta a su madrastra—. Además, hoy mismo me voy de esta casa y no tiene sentido ya nada de lo que ha pasado. Lo olvidaré como tantas otras cosas y solo será otro episodio bochornoso de mi vida —concluyó intentando evitar recordar los otros muchos episodios por los que había tenido que pasar vergüenza ya fuera por su atuendo o por su enfermedad.

—¡Pero no es justo, Catherine! —gritó Julia exaltada que había visto en primera persona las burlas hacia ella en numerosas ocasiones—. ¡Llevas soportando los constantes caprichos de esa arpía mimada desde que entró en esta casa!

Julia no entendía porqué Catherine lo soportaba, se tragaba todos los

insultos que Amelia incluso delante de ella misma. Su prima no se cortaba en insultar o desprestigiar a su hermanastra y veía como Catherine se callaba sin entender porqué no respondía o no se enfrentaba a ella.

—No serviría de nada Julia —afirmó apenada—. Además, no me importa a estas alturas. Hoy comienza una nueva vida para mi lejos de ella y de *lady* Elisabeth —concluyó sin confirmar que era incapaz de enfrentarse a Amelia

Tal vez debía reconocer primero que su autoestima no era demasiado fuerte para hacerlo, ¿Con qué argumentos se podía enfrentar ella a su hermanastra cuando lo que Amelia le decía respecto a su apariencia era cierto? Gritarle que era insoportable o engreída no la iba a rebajar... solo incrementaría los insultos hacia ella de nuevo y con más ímpetu si cabe, ya lo intentó una vez y solo logró que *lady* Elisabeth la castigara sin cenar por no saber comportarse.

Le gustaría que aplicara esa disciplina con su propia hija y no que hasta venerara que fuera demasiado coqueta con todos los caballeros que se acercaban a ella si tenían algún título.

Julia no respondió, desde luego ella no se hubiera callado de estar en la situación de Catherine Tal vez había algo más que se le escapaba, pero estaba segura de que vivir en aquella casa junto a su prima y su tía, debía ser un completo infierno, más aún para Cath que sufría aquella odiosa enfermedad desde hacía años y era un blanco fácil para Amelia.

—Bueno, no dejemos que lo del vestido te amargue la velada, querida —

intervino Emily para calmar la situación que desconocía hasta qué punto Catherine había soportado insultos o vejaciones por su aspecto en su propia casa, pero le parecía increíble que alguien se pudiera mofar de su situación cuando era algo que ella misma no podía evitar. Desde que conoció a Catherine sintió nostalgia por ella, le recordó a ella misma cuando debía abandonarlo todo e ir a Londres junto a su hermana. Estaba asustada, creyendo que no encajaría en la sociedad y que nunca se casaría… algo en Catherine la impulsaba a ayudarla si estaba en su mano hacerlo.

—No, por supuesto que no —respondió Catherine intentando sonreír, sin admitir que lo que realmente le había arruinado la velada habían sido las palabras de David instantes antes en el carruaje.

Solo el tiempo le diría qué lugar tendría respecto a su esposo, si simplemente serían dos personas viviendo bajo el mismo techo o llegarían a trabar al menos una pequeña amistad.

El Vizconde les había dado como regalo de bodas una pequeña casa de dos plantas cerca del centro de la ciudad. Allí las casas no solían ser de grandes dimensiones como a las afueras, salvo alguna que otra excepción. Cuando entraron en su nueva casa Catherine comprobó que estaba decorada con tapices, cuadros y mobiliario nuevo. Tal parecía que el vizconde no había escatimado en gastos en cuanto al decorado de la casa o tal vez es que la había comprado así. Realmente, ahora que lo pensaba, nunca había logrado llegar a conocer verdaderamente a su padre. Desde que se casó con *lady* Elisabeth, se distanció de ella como si asumiera que su hija ahora estaba a cargo de su nueva esposa y que él podía dedicarse por completo a sus negocios.

Cuando comenzó a sufrir por primera vez aquellos brotes se preocupó un poco más por su salud, hizo venir a los mejores médicos, la llevó a especialistas… pero ninguno conseguía dar con el origen de aquello puesto que cuando parecía que iba a desaparecer, que remitía, de nuevo brotaba como si la atacara desde dentro. Finalmente viendo que su enfermedad no parecía tener cura, sino que iba a ser permanente, el vizconde simplemente pareció apartarla de su vida. Catherine solo tenía una queja de su padre, puesto que a ella nunca le había faltado realmente nada material en su vida, pero sí careció del amor de un padre hacia su hija.

—Lleve a *lady* Catherine Clayton a su habitación —pronunció David y Catherine escuchó se lo decía a una doncella de mediana edad.

La mujer le indicó que subiera las escaleras y la llevó hasta una habitación de

tamaño grande que denotaba ser la habitación principal, con una gran cama central, había una gran cómoda a la izquierda de la puerta y un tocador con espejo. Aquella iba a ser su nueva habitación, ¿La visitaría allí su esposo? ¿O

daba por descontado que jamás acudiría a su lecho?

Pasó una noche inquieta, quizás por la espera a que su esposo abriese la puerta, pero eso definitivamente no ocurrió. Finalmente consiguió conciliar el sueño de madrugada en el silencio inquietante de aquella casa, le resultaba extraño no estar en su habitación de siempre, más aún la ausencia de su nana Lilith que aquella noche se había quedado

en su antigua casa preparando los últimos baúles de sus pertenencias. Nadie la despertó a la mañana siguiente, simplemente abrió los ojos y dedujo que era bastante tarde por la luz que se filtraba desde la venta y supuso que serían más de las diez. Se levantó y se vistió ella sola puesto que no sabía realmente a quien llamar en aquella casa ya que no le habían presentado a la servidumbre y aún era desconocida para ella. Cuando bajó los escalones y vio a la misma doncella que la había llevado hasta su habitación no dudó en preguntarle.

—¿Dónde está mi esposo? —preguntó algo tímida.

¿Sabrían los criados que él no había acudido a su lecho en su noche de bodas?

—No ha vuelto aún mi *lady* —respondió la doncella avergonzada.

—¿Como? —exclamó.

No entendía, ¿Cómo que no había vuelto aún?, ¿De dónde?

—Salió anoche mi *lady*…. y aún no ha regresado —aclaró.

Catherine se llevó una mano al pecho en signo de preocupación.

—¿Le habrá ocurrido algo?, ¡Oh dios mío!, Tal vez haya sufrido un altercado o lo han asaltado o… —Comenzó a decir pensando en lo peor hasta que el gesto contrariado de la doncella le hizo creer que su esposo estaba perfectamente, solo que viviendo la buena vida.

Se mordió el labio en respuesta para reprimir las ganas de gritar. La vergüenza que sintió en ese instante de que todos supieran el talante de su esposo antes que ella la hizo sentirse ingenua y frágil. Justo en aquel momento *lord* David Clayton, su esposo y el futuro duque de Lennox hizo acto de presencia.

—Buenos días “esposa” —dijo remarcando la última palabra con algo de hastío.

A Catherine no le pasó desapercibido el olor a alcohol que su esposo emanaba a raudales, ¡Qué vergüenza! Todos los criados de la casa sabrían de sobra que su matrimonio no había sido consumado y no solo eso, sino que su esposo había preferido pasar su noche de bodas fuera de su propia casa.

Catherine se tragó su orgullo. «Mejor eso que tener que aguantar a Amelia», pensó por unos instantes tratando de enfriar su mente. No

importaba… sí, era cierto que se había hecho ilusiones con respecto a su matrimonio, pero a la vista estaba que no iba a tener lugar ningún tipo de relación entre ellos y ninguna cortesía por parte de él. Su padre le había comprado un esposo que no la deseaba y fin de la historia.

—¿Qué haces desayunando sola, mi niña? —preguntó la voz de Lilith.

Nada más ver a su nana entrar hizo que dejara de pensar en su reciente esposo.

—¿Con quién debería desayunar, nana? —preguntó confusa si en esa casa

vivían solos con el servicio.

—Pues con tu esposo, ¿Con quién sino? —dijo como si fuera evidente.

—Creo que mi esposo no está en condiciones de desayunar ahora mismo —

respondió sin entrar en detalles.

No quería darle importancia, si lo hacía estaba segura de que lloraría y si comenzaba a llorar no pararía de eso estaba segura.

—¿Y tú sí? —respondió Lilith imaginando que a lo que se refería sería por su noche de bodas.

Cuando Catherine entendió a lo que se refería su nana enrojeció por la timidez.

—No… hemos…. él y yo… no.

—¿No habéis consumado el matrimonio? —terminó por decir la doncella.

Catherine asintió con la cabeza y Lilith refunfuño en respuesta.

—Pero debería… ¿Entonces es que está enfermo? —preguntó.

Catherine apreciaba que Lilith no mencionara su enfermedad como excusa para que su esposo no la tocara, pero lo cierto es que era así.

—No, nana —negó y respiró hondo para relatar lo que iba a decir sin que le doliera—. Él ha preferido pasar la noche fuera de aquí.

Su mente solo quería pensar que David no habría sido capaz de estar con otra mujer en su noche de bodas. No. No lo creía tan ruin y mezquino para hacer algo así, pero a la vista estaba que se la había pasado bebiendo, solo rezaba porque nadie de relevada importancia le hubiera visto o todo Londres sabría

hoy que su esposo no había pasado la noche de bodas con ella.

—¡Ay mi niña! —exclamó y se acercó a ella para consolarla entre sus brazos

—. Ya verás cuando te conozca… estoy segura de que lamentará no haber estado aquí anoche y se arrepentirá de sus actos —dijo para reconfortarla.

Catherine por un lado querría creer que sí, pero su instinto le decía que no veía posible que aquellas palabras se hicieran realidad. Tenía que aceptar que era completamente indeseable.

David tenía una jaqueca horrible, ya no estaba en su casa para que la cocinera le preparara el brebaje que le hacía antes de acostarse para que al despertar no tuviera aquel horrible dolor de cabeza, por lo que cuando despertó pasado el almuerzo decidió no salir de nuevo aquella noche. Su cuerpo estaba para el arrastre y las resacas ya no las llevaba tan bien como cuando era más joven.

Además, tenía que ahorrar fuerzas para la noche siguiente que era el cumpleaños de Richard e iban a armar una bien grande ya que su amigo correría con todos los gastos.

Catherine interpretó el hecho de que David cenara con ella como algo a su favor, ¿Quizás era arrepentimiento? Ella no hizo mención alguna al hecho de que él hubiera pasado fuera la noche de bodas y David parecía bastante serio, tanto que apenas mencionó palabra alguna.

—¿Que te parecería si nos vamos una semana a la casa de la playa en Eastbourne? Es una de las propiedades de mi familia, allí estaremos tranquilos —comentó David como algo trivial.

—¿Cuándo nos iríamos? —preguntó ilusionada por la idea de tener una luna de miel de verdad.

—Pasado mañana —afirmó—, ya te dije que mañana era el cumpleaños de

un amigo y no quería faltar, pero podemos irnos al día siguiente —

añadió.

Lo cierto es que le apetecía descansar de tanta salida y después de la fiesta de cumpleaños de Richard iba a tomarse esas fiestas con otra filosofía, después de todo la pasada noche no había disfrutado todo lo que él creía que haría, pese a ser un libertino, se había dado cuenta de que tenía remordimiento de conciencia. Es más, ni siquiera terminó en alguna cama de un burdel barato con alguna fulana y aquello le sorprendía.

Aquella noche Catherine se prometió a sí misma que haría todo lo posible por ser la mejor esposa que su marido pudiera tener. Le demostraría a David que, pese a su aspecto, ella podría ser la perfecta marquesa que él necesitaba.

8

Con la excusa de su inminente luna de miel, Catherine aprovechó el día para hacer compras. No le importó que la pasada noche David tampoco hubiera acudido a su lecho, ella le daría tiempo, le daría todo el tiempo que él necesitara para acostumbrarse a su aspecto. Compró varias camisolas de gasa para ponerlas bajo los vestidos y disimular sus ronchas, algunos sombreros; uno de ellos con rejilla que camuflaban un poco su rostro y así no era tan evidente descubrir las ronchas de su cara y un par de botas nuevas. Gracias a Emily tenía vestidos y prendas de encaje interior como ajuar de bodas por lo

que no necesitaba más, así que, al llegar a casa, comenzó a preparar su equipaje ilusionada junto a Lilith sin saber lo que ocurriría aquella noche, sin prever que sus ilusiones se desvanecerían más rápido de lo que habían llegado.

Después de cenar David se marchó sin despedirse y ella decidió acostarse puesto que quería estar fresca al día siguiente para el viaje, pero no tenía sueño y decidió continuar con la novela que había dejado a medias antes de su boda que aún no había retomado. Debía ser de madrugada cuando un ruido la despertó, aún no había amanecido y comenzó a escuchar pasos acompañados de risas que intentaban acallarse con siseos.

Catherine abrió la puerta levemente, solo para que una finísima raja se filtrara del exterior y pudiera ver que estaba ocurriendo.

—Csshh calla o despertaremos a todos —susurró una voz de mujer.

Catherine pudo apreciar el vestido que ella llevaba, era demasiado llamativo y provocador y supo que mujer de la vida alegre como las llamaba *lady* Elisabeth, una fulana. Observó que David se apoyaba en ella como si apenas pudiera mantenerse por sí mismo en pie.

—Ezzzz ezzza —dijo señalando al fondo, indicando su habitación.

Catherine no lo podía creer, David había traído a una cualquiera a su casa, ¡A su propia habitación!, ¡Había traído a una fulana para acostarse con ella en su propia casa! A escasos metros de donde ella se encontraba.

Las lágrimas silenciosas comenzaron a brotar de sus ojos emborronándolo todo. Escuchó como la pareja seguía los pasos por el pasillo y después el sonido de abrir y cerrar la puerta de la que supuso sería la habitación de David.

No se lo pensó dos veces, salió de su habitación y se dirigió hacia las habitaciones del servicio donde dormía su Lilith. Entró sin llamar y la despertó zarandeándola.

—Nos vamos —dijo mientras las lágrimas aún salían de sus ojos.

—¿Qué?, Pero que hora es? —preguntó desconcertada la doncella puesto que aún no había amanecido, aunque ya comenzaba a verse algún rastro de luz de signos evidentes de que estaba a punto de hacerlo.

—No lo sé, ni me importa, pero no pienso quedarme en esta casa ni un segundo más —afirmó tajante.

—¿Que ha pasado? —preguntó la doncella extrañada por la reacción de su señora.

—Te lo diré de camino, despertaré al mayordomo para que cargue mis cosas en el carruaje y saldremos de inmediato.

—¿Pero a dónde? —preguntó la doncella despertando del todo.

—No lo sé… lo pensaré cuando esté fuera de aquí —admitió.

Estaba demasiado nerviosa para razonar en ese instante. Catherine se colgó su capa sobre el camisón, no pensaba subir esas escaleras ni volver a su habitación. Su instinto le decía que si escuchaba el más leve sonido en el pasillo proveniente de la habitación de David no lo soportaría, así que cubriendo el camisón con su capa y echándose el

gorro de la capucha sobre su cabeza para ocultar su rostro salió de aquella casa sin mirar atrás. La leve luz del amanecer le indicaba que debían ser entorno a las seis de la mañana por las fechas en las que se encontraban. El frío de la mañana hizo que se encogiera bajo la fina capa, era consciente de que no iba adecuadamente

vestida, pero lo cierto es que en ese momento aquello no le importaba.

Subió al carruaje esperando a que tanto el mayordomo como su nana Lilith llegarán, para su suerte no tardaron demasiado tiempo en hacerlo puesto que el equipaje lo tenía prácticamente hecho para partir hacia su luna de miel.

«Ingenua y tonta», pensó ahora en lo que acababa de ocurrir, ¿En qué momento pudo pensar que David la miraría con otros ojos? Desde luego que jamás lo haría. No si había sido capaz de hacer lo que sus propios ojos acababan de ver.

Lilith suspiró cuando se montó en el carruaje como si le faltara el aire, parecía algo agitada probablemente por la rapidez con la que había sucedido todo.

—Ya están los baúles cargados —dijo con evidente desahogo.

Catherine dio un golpe seco en la puerta y el carruaje se puso en marcha, se asomó por la ventanilla de la puerta y le comunico a su cochero que fuese sin rumbo fijo y diera vueltas por el centro hasta que le diera una dirección.

—¿Se puede saber que ha ocurrido para que hagas semejante locura? —

preguntó Lilith que parecía casi asustada porque la conocía lo suficientemente bien como para que hiciese algo así repentinamente, ella que jamás era capaz de enfrentarse a una situación, ni encararse a nadie—.

Apenas es de día —añadió ante el silencio de Catherine.

—Era necesario —dijo ella sin más—. No soportaba la idea de permanecer en esa casa ni un segundo más sufriendo esa deshonra —aclaró y la expresión de su doncella fue de conmoción, aunque evidentemente no entendía nada—.

Mi “esposo” —dijo haciendo énfasis en la palabra esposo—. Ha traído a una mujer a su habitación y no a una “dama” precisamente. —volvió

a hacer

énfasis en la palabra dama— . Sino a una mujer…. una… —No lograba decir la palabra.

—¿Una fulana? —exclamó Lilith que parecía contrariada, como si aquello no fuera posible.

—Si —respondió agradeciendo no tener que decirlo de sus propios labios.

—¡Virgen santísima! —exclamó la doncella. La tez de Lilith se volvió algo roja—. ¿Por qué no me dijiste nada, niña? —la acusó—. Le hubiera dado yo un buen escarmiento a esa… cómo se atreve a meterse en la casa de un caballero ¡Y estando casado! —gritó—. ¡Acabáramos!

Lilith parecía estar enfurecida con la mujer en cuestión cuando Catherine sabía que la culpa no era de esa mujer principalmente, sino de su esposo que había osado llevarla a su propia casa donde estaba su esposa.

—La culpa no es de esa mujer Lilith, sino del marqués.

No pensaba decir que era su esposo nunca más… no hasta que se le pasara la rabia interna que sentía, más por haberla avergonzado de aquella manera que de repudiarla de aquel modo.

—Es tu marido —respondió como si aquello significara que tenía que tragar con todo.

—No, podrá ser mi marido en un documento, pero no se ha comportado como tal y por eso mismo no pienso volver.

—¿Y a dónde irás?, ¿Volverás a esa casa para aguantar a ese par de dos? —

preguntó con cierto tono de ironía.

—No, por supuesto que no —negó tajantemente.

—¿Y entonces? No tienes a donde ir mi niña… Además, necesitarías el permiso de tu esposo.

—Pues no pienso pedirlo, me crearé una identidad falsa si es necesario, pero no voy a volver, nana. Me niego a volver a esa casa.

Lo cierto es que en retrospectiva sí que estaba dolida, dolida de verdad y no entendía porqué ¿Es que acaso David le gustaba más de lo que ella creía?

Catherine lo tenía todo más o menos pensado, sería una auténtica locura, pero nadie se enteraría. Solo ella lo sabía y esperaba que así siguiera… iba a necesitar la ayuda de Emily para lograrlo, así que cuando le pareció una hora decente acudió a su casa y por suerte para ella, la duquesa de Sylverston madrugaba bastante al tener un negocio que atender.

—¡Catherine! —dijo sorprendida al verla con aquella capa y los finos encajes de su camisón que se translucían al caminar.

—Necesito tu ayuda Emily. Estoy desesperada —suplicó nada más verla.

—Por supuesto —contestó enseguida—, haré todo lo que esté en mi mano —

respondió sin pensar.

—Catherine le contó lo que había ocurrido y las razones por las que había huido de su propia casa que eran las mismas por las que necesitaba marcharse.

—¿Tienes pensado dónde ir? Yo podría prestarte alguna de las propiedades de Lynette —respondió Emily sin dudarlo.

Catherine se sintió bien al no escuchar que su deber era estar al lado de David, se sintió mejor sintiendo el apoyo de su amiga.

—Te lo agradezco, pero lo cierto es que tengo una tía que vive en el ducado de Florencia —comenzó a decir Catherine—, puedo alojarme con ella, aunque no la veo desde la muerte de mi difunta madre, pero sé que me aprecia y podré quedarme en su casa.

—¿Entonces para qué me necesitas? —dijo Emily algo confundida.

—Necesito una identidad falsa —dijo sabiendo lo que implicaba—, no quiero correr el riego saliendo del país. Además, prefiero que si siguen mi pista no me encuentren —añadió.

Catherine vio meditar unos instantes a Emily que parecía pensativa.

—Espera un momento —dijo antes de salir de la habitación dejándola

sola.

Cuando Emily volvió traía un sobre y Catherine la miró extrañada—. Esto lo encargué hace un tiempo, pero ya no lo voy a necesitar —dijo antes de sacar una documentación falsa que respondía al nombre de una tal señorita Casandra Brooks de estado civil viuda—. Es tuyo si lo quieres — dijo Emily antes de que ella hablara.

—¿Pero no lo necesitas? —preguntó.

Realmente no quiso preguntar porqué razón Emily necesitaría una identidad falsa, ¿Tal vez también quisiera huir de su esposo?

—Tranquila, estoy segura de que no lo voy a necesitar —dijo sin entrar en detalles.

—¡Oh no sabes cuánto te lo agradezco! —exclamó ahora aliviada al saber que podría realizar sus planes.

—Solo espero no estar cometiendo un error, aunque por lo que me has contado dudo que así sea. Me apena el hecho de que tengas de irte de aquí y

no vuelva a verte, pero prométeme que me escribirás, al menos para saber que llegaste bien a tu destino.

—Te prometo que así será —dijo abrazándola agradecida.

—Quizás deberías cambiarte antes de marcharte, ¿No te parece? —preguntó divertida para que el peso de su huida no fuera tan amargo.

—Si, será lo conveniente si no quiero que me tomen por una loca y no me dejen subir al barco —afirmó.

David despertó algo desorientado. Le costó abrir los ojos lo suficiente para reconocer su habitación. Se movió levemente y tropezó con un cuerpo a su lado, aquello le sobresalto, ¿Tan borracho estaba que se había acostado con su esposa? Cuando se fijó en la piel de la joven supo que desde luego no era Catherine, y cuando miró el vestido tirado en el suelo identificó que había traído sin saber cómo a una prostituta a su casa. Se levantó de la cama rápidamente, salvo por la camisa tenía el resto de su ropa puesta, por lo que intuía que al menos no se había acostado con esa mujer, al menos no en su casa. Pese al dolor de cabeza comenzó a pasear por la habitación pensando en cómo salir de aquel embrollo, ¡Quería colgarse a sí mismo por hacer aquello!,

¿Como había podido estar tan borracho para permitirlo? No es que fuera el mejor de los caballeros, mucho menos el más honorable, pero ¡Cielos! Hasta él tenía sus límites y se había extralimitado haciendo aquello.

Le dio un manotazo a la joven para despertarla.

—¡Vamos, despierta!, ¡Vístete! —Le ordenó mientras él se ponía su camisa y la abotonaba como medianamente podía debido a los nervios.

—Espera aquí hasta que vuelva —dijo antes de salir de la habitación para ver si Catherine estaba despierta y si era así, en qué lugar de la casa estaría. Sería

capaz tirar antes a aquella mujer por la ventana a que su esposa la viera.

No es que estimara a Catherine, pero tampoco pensaba humillarla hasta ese punto. Realmente la muchacha no le había reprochado sus salidas, ni tan siquiera lo había intentado. Así que al menos le otorgaría cierto respeto. Se lo merecía después de todo.

«La culpabilidad te corroe», se dijo mentalmente.

Y era cierto… acaba de darse cuenta de lo ruin que había sido, no pensaba volver a beber hasta dentro de un largo tiempo, pero ahora tendría que salir de aquel lio en el que se había metido.

Para su suerte, Catherine no estaba por la casa, así que aprovechó para sacar a la susodicha fulana a hurtadillas por la puerta del servicio. No pudo evitar que una de las doncellas le viera y fue más que evidente su indignación, pero miró hacia otro lado y siguió con sus tareas.

Cuando David se bañó, afeitó y vistió adecuadamente, volvió a bajar para tomar el almuerzo debido a las horas que eran. Partirían hacia su luna de miel después del mismo y así llegarían a la caída de la tarde, pensó mientras hacía como que leía el periódico en el sillón del salón puesto que su jaqueca no le dejaba leer ni tres palabras coherentemente.

Le pareció extraño el retraso de Catherine para la hora del almuerzo, aunque tampoco conocía sus pautas, pero por las horas que eran le resultaba de lo más inhóspito.

—¿Está la marquesa en casa? —preguntó a la misma doncella que le había visto sacar a la prostituta hacía unas horas.

—No, señor —respondió secamente—. *Lady* Catherine salió esta mañana

muy temprano y se llevó sus pertenencias con ella. Hizo que cargaran sus baúles y se marchó en el carruaje —dijo sin más detalle.

—¿Que se marchó temprano? —preguntó sin comprender nada—. Llame a Harrison, quiero hablar con él —añadió refiriéndose al mayordomo.

—Si mi *lord* —contestó la doncella.

—¿Qué sabe sobre mi esposa? —preguntó inquisitivo en cuánto el mayordomo apareció por la puerta.

—Mi *lord*, esta mañana sobre las seis me despertó y ordenó que cargara sus pertenencias en el carruaje, posteriormente se marchó sin dar explicaciones junto a su doncella personal.

—¿No dijo a dónde iba? —preguntó extrañado por la reacción de Catherine.

—No, mi señor, pero parecía llevar mucha prisa, cualquiera diría que había visto un demonio para salir de esa forma.

—Está bien, pueden retirarse —dijo mientras se sentaba en la butaca.

Un demonio no, pero seguramente sí que le vio a él traer a una fulana a su propia casa. Si Catherine había huido de aquella forma solo podía deberse a eso... ¡La había fastidiado a base de bien!

Catherine se había marchado. Había salido de su vida, ¿Por qué no se alegraba entonces? Ahora podría seguir siendo el libertino que era sin ningún tapujo. Su esposa le había dejado vía libre para hacerlo, pero la culpabilidad que sentía por ser el causante de su marcha le hizo sentir una opresión en el pecho hasta ahora desconocida.

9

Catherine compró los pasajes del primer barco que salía rumbo a Europa a primera hora de la tarde, para su suerte aún quedaban algunos libres y aunque aquel barco llegaba solamente hasta costas francesas, debería hacer el resto del viaje en carruaje atravesando Francia. Sabía que tardaría semanas en llegar a su destino y que iba a ser largo además de tedioso, pero al menos la distracción y el cansancio por el viaje no le permitiría pensar en la locura que estaba cometiendo, porque si lo pensaba sabía que se retractaría de sus actos y no deseaba hacerlo.

Cuando se vio a bordo del barco y alejándose del País que la había visto crecer, un sentimiento de miedo y nostalgia la invadió. Realmente no sabía porqué, puesto que, salvo sus recientes amistades y Julia, el resto de personas que la rodeaban no las estimaba lo suficiente como para poder echarlas de menos y la única persona que sí la quería se la había llevado con ella. Quizás fuera el sentimiento de abandonar lo conocido, de enfrentarse por el contrario a lo desconocido; sin duda alguna, el miedo al futuro que estaba por llegar, un futuro que ella había escogido para huir. Al menos le quedaba la seguridad que obtendría junto a su tía, sabía perfectamente que Camelia Lavender no iba a reprocharle su osadía, precisamente ella no.

—No estoy de acuerdo con esto, niña —refunfuñó Lilith como estuvo haciendo desde el momento en el que le dijo hacia donde pretendía ir.

—Ya te dije que eras libre de quedarte, nana —contestó.

No iba a obligar a nadie a acompañarla, menos aún a Lilith con sus prejuicios, pero su doncella de toda la vida no iba abandonarla, aunque fuese a meterse en la boca del lobo.

—Ese no es un lugar para señoritas de buena reputación —insistió.

—Por si no lo recuerdas, dejé de ser una señorita hace cuatro días, ahora soy una marquesa y según esto, una señora viuda, pero nada de señorita —dijo señalando su documentación falsa.

Lilith suspiró hondo y se marchó de la cubierta dejándola sola con sus pensamientos.

Quizá Lilith tenía razón y no era una buena idea ir al ducado de Florencia y alojarse con su tía, teniendo en cuenta la reputación de Camelia. De todos modos, nadie sabía a lo que su tía se dedicaba, ni tan siquiera el vizconde. Su

madre lo supo ocultar muy bien y ella lo sabía por las cartas que encontró escondidas hacía unos años en el trasfondo del tocador de su habitación que en su día fue el de su madre.

Realmente no había mantenido correspondencia con Camelia, esperaba que se encontrara bien después de todo, aunque lo normal hubiera sido avisarla, quizá debiera enviarle una carta urgente cuando llegase a costas francesas para avisar de su inminente llegada.

—¿Dónde está el aceite de almendras, nana? —preguntó mientras rebuscaba entre el baúl.

La incomodidad de no poderse dar un baño en condiciones en el barco hizo querer sentirse al menos bien perfumada, necesitaba que aquel olor floral le diera de nuevo esa sensación.

—¡Sabía que se me olvidaba algo! —exclamó de pronto la doncella—. ¡Con tanta premura no lo recordé! No los metí en el baúl para que no mancharan los vestidos durante el trayecto si se rompían y los puse en una bolsa de tela cuidadosamente, pero se me olvidó cogerla mi niña —dijo apenada—. Lo siento, sé cuánto te gusta ese olor —añadió Lilith apesadumbrada.

—Bueno, no importa —contestó un poco melancólica—. Tengo este pequeño frasco que al menos me servirá para oler la fragancia —dijo con pesar.

Era un pequeño y fino frasco de cristal en el que depositaba el aceite para utilizarlo en ocasiones como perfume por la comodidad del frasco. Siempre lo llevaba consigo, al menos podría oler la fragancia cuando quisiera. Tal vez encontrara a un perfumista que fuese capaz de realizarle algo similar a esa fragancia en el ducado de Florencia.

Tardaron tres semanas en llegar al ducado de Florencia, el camino fue largo,

angosto y pesado. Tuvieron que hacer numerosas paradas hasta llegar, lo cierto es que Catherine no tuvo problemas de dinero porque saco el suficiente para el viaje y lo llevaba a buen recaudo. Pese a los miedos de su doncella, no sufrieron ningún tipo de asalto, también es cierto que Catherine fue lo suficientemente precavida como para no viajar sola con su doncella, sino que buscó siempre la compañía de más viajeros de tal forma que no pudieran ser una presa fácil.

—Por fin hemos llegado —dijo cuando se bajó del carruaje.

Realmente no sabía la dirección exacta donde se alojaba su tía, pero esperaba encontrarla por su nombre. Se dirigió a uno de los carruajes que se alquilaban y preguntó en su perfecto florentino bastante oxidado de no usarlo durante varios años si podía llevarlas hasta Madame Lavender.

El hombre la observó con cara de incredulidad, pero afirmó que conocía la dirección, se montaron de nuevo en el carruaje cargando sus pertenencias y durante media hora condujo por el centro de la ciudad hasta llegar a una calle algo menos transitada.

—Es aquí —dijo el cochero bajando sus pertenencias y dejándolas frente a la pintoresca fachada del edificio.

Catherine le dio las gracias, le pagó con las pocas monedas que había conseguido cambiar. Se sintió algo turbada ante la realidad de pronto, pero no se paró a pensar en ello y llamó a la puerta. Tuvo que insistir hasta que finalmente la abrió un hombre bastante fornido.

—¿Qué quiere? —preguntó después de observarla fijamente. Su tono no era amable precisamente.

—Estoy buscando a *lady* Camelia Lavender —dijo algo abrumada.

—¿Se refiere a Madame Lavender? —preguntó con un tono de voz que incitaba respeto—. ¿Quién pregunta por ella? —dijo entrecerrando sus ojos observándola, como si la estuviera valorando detenidamente.

—Su sobrina, la honorable Catherine Wells —respondió.

El gesto del hombre pareció sorprendido, tal vez no era la respuesta que esperaba escuchar.

—Espere un momento —dijo tras cerrar la puerta y Catherine desde luego no pensaba irse

Cuando la puerta se abrió de nuevo una mujer de mediana edad, pero muy bien conservada apareció en lugar de aquel hombre que miró primero a Catherine sin reconocerla y después a Lilith, evidentemente supo al reconocer a esta segunda que la joven que se hallaba frente a ella era su sobrina.

—¿Catherine? —preguntó la mujer.

—¿Tía Camelia? —exclamó con los ojos algo llorosos

Reconocer los ojos azules tan parecidos a los suyos en su tía la hizo creer que sí, por lo que sin previo aviso se lanzó a sus brazos.

—¿Qué haces aquí?, ¿Por qué no me avisaste de que vendrías? ¿Y qué te ha pasado en la piel, pequeña?

—Es una historia larga de contar, tía —dijo derramando alguna lágrima ahora que podía sentirse “a salvo”.

—Vamos pasa, no te puedes quedar aquí en la calle. Te podrían ver —dijo apremiándola a que pasaran dentro—. Giovanni encárgate del equipaje de mi sobrina y su doncella —añadió dándole órdenes al hombre fornido de antes

que al parecer se llamaba así.

—¿Como me has encontrado? —preguntó curiosa mientras la llevaba a lo que parecía un salón con varios sofás y tapices bien decorados, aunque demasiado ostentosos para el gusto de una dama.

—Por las cartas de mama —anunció sinceramente.

—Dios mío… esas cartas tienen muchos años Catherine, ¿Te atreviste a hacer este viaje sin saber siquiera si seguía en la misma ciudad? Debió de ocurrir algo grave para que una señorita como tu venga hasta aquí sabiendo a lo que se expone.

Catherine pensó detenidamente que desde luego aquel lugar no era el más indicado para una dama. Ella, que había huido de su propia casa

porque su esposo había traído a una fulana a su hogar, iba a alojarse precisamente en un lugar lleno de fulanas, en el burdel que regentaba su tía Madame Lavender.

—Bastante grave tía, al menos así me lo pareció a mí. Realmente necesitaba salir de Inglaterra, alejarme de todos y sobre todo de él —relató a su tía.

—Así que hay un él —repitió—. ¡Siempre hay un él! —dijo a modo de reproche—. La mayoría de mis chicas están aquí por un él, espero que tu no seas una de ellas. —La miró inquisitivamente.

—Es mi esposo —confirmó antes de que su tía hiciera alguna conjetura.

—Bueno, eso no cambia mucho las cosas, mírame a mi… ¿Te ha llevado a la ruina a ti también? —preguntó—. Sé que el vizconde hizo grandes fortunas, mi hermana quiso ayudarme a escondidas en alguna ocasión, pero me juré a mí misma que no le debería nada a ningún hombre en lo que me restara de vida y afortunadamente para mi hasta ahora así ha sido.

—No, quizás hubiera sido mejor eso que lo que hizo —dijo algo compungida.

—¿Algo peor que dejarte en la mísera calle y con miles de deudas por doquier? Déjame dudarlo criatura… tú no sabes lo que es, estar de un día para otro con una mano delante y otra detrás, ¡Menos mal que Dios no me dio la oportunidad de tener hijos porque juro que no sé qué habría hecho!

Catherine sabía entre líneas la historia de su tía puesto que Lilith se la había contado cuando insistió en ello. Su tía Camelia se casó por amor, con un noble hombre sin gran fortuna, ni título nobiliario, pero a ella no le importó.

Decidieron irse al ducado de Florencia para probar suerte en los negocios, la dote de su abuelo por parte materna fue generosa y eso les permitía intentar forjar su futuro. Además, su abuela materna era de origen florentino y tanto Camelia como su madre Isabella hablaban perfectamente el idioma, de ahí que ella misma lo comprendiera. Para su desgracia, el marido de su tía no era lo que ella creía, pronto se dio cuenta que la idea de irse a ese país no había sido buena, cuando descubrió que su esposo había dilapidado toda su dote en jugar a las cartas, en malas inversiones y en compañía femenina, había comenzado a pedir crédito acumulando deudas con acreedores y

personas demasiado peligrosas que amenazaban no solo a su esposo, sino también a ella sin saberlo. Finalmente descubrió todo aquello demasiado tarde, su marido se suicidó dejándola a ella sola y sin un penique.

Lo fácil hubiera sido huir, buscar refugio en sus padres, pero las personas que habían prestado dinero a su esposo comenzaron a presionarla a ella. La seguían y desde luego, no iban a permitir que abandonara el País sin cobrar antes sus deudas. Sin poder pedir ayuda a sus padres para no poner en peligro a su familia también por culpa de su esposo, hizo lo único que podía hacer, ofrecer sus servicios como amante a un acaudalado hombre que saldó sus

deudas.

A raíz de aquello se dio cuenta de que no podría volver a Inglaterra, ¿Como podría enfrentarse a su familia después de convertirse en la amante de un hombre vendiendo su cuerpo al mejor postor? No… poco a poco fue ahorrando dinero, haciéndose una experta en el arte de complacer a un hombre. Se fue labrando un nombre y ofrecía sus servicios a otros acaudalados caballeros para conseguir más y más dinero hasta que finalmente tras siete años de esfuerzo y constancia consiguió abrir su propio burdel donde no volvió a ejercer, otras ya lo hacían por ella.

—Mi padre compró a mi esposo, creo que es “evidente” porqué lo hizo —

dijo señalando su piel.

—¿Que le ocurre a tu piel? —preguntó de nuevo.

—Es una enfermedad que sufro desde los diez años… por más médicos que he visitado no han logrado averiguar de qué se trata. Lo más probable es que sea algo que está en mi sangre, lo único real es que no tiene solución aparente, por tanto, no puedo reprocharle a David que no me desee, que ni tan siquiera pueda tocarme —confesó sin querer que se notara que en el fondo reconocerlo le dolía—. Había asimilado que llevaríamos vidas separadas, que, aunque conviviéramos en la misma casa y estuviéramos casados, no existiría nada entre nosotros, lo que no me imaginaba es que fuese a traer a sus amantes a mi propia casa.

—¡Acabáramos! —gritó su tía—. ¡Hasta el más canalla de los hombres que ha pisado mi burdel sería incapaz de llevar a una de mis chicas a su casa!

—Por eso me fui, no podía soportar tanta humillación —Su voz era frágil, a punto del llanto.

—¿Lo amas? —preguntó su tía.

—No… bueno él es… —comenzó a decir—. No —negó—. No lo amo.

—Pues yo creo que sí —dijo su tía—. Una no se va tan lejos solo por esa humillación abandonando todo lo que conoce. No te digo que no te habrías alejado de la ciudad, pero atravesar medio mundo para alejarte de él… tal vez ni tu misma te hayas dado cuenta de que lo amas, pero el tiempo te lo dirá.

¿Amar a David? No podía ser, ¡Si apenas lo conocía! Además, ¿Cómo podía enamorarse de un hombre así? Él era guapo, eso era un hecho y se había hecho falsas ilusiones, pero de ahí a amarlo… no, definitivamente solo se había ido por la humillación y el dolor que sintió al verle con otra… ¿Dolor?

Si… dolor y celos por buscar en otra mujer lo que en ella no podía sentir.

—Creo que sí —afirmó comenzando a soltar pequeñas lágrimas de sus ojos.

¿Había tenido que ir hasta el ducado de Florencia para darse cuenta que en lo más profundo de su ser, su corazón estaba sintiendo algo por ese canalla?

—No te preocupes cielo, estás en el lugar adecuado para saber cómo conseguir tener a un hombre danzando en la palma de tu mano —confesó su tía sorprendiéndola—. ¿Sabe alguien que estás aquí?

—No… bueno, una amiga, pero no saben tu nombre, ni dónde encontrarte —

confesó.

—Bien, porque si te quedas aquí y lo descubren no será nada bueno para tu reputación —dijo giñándole un ojo—. Ven, te instalaré en mi cuarto de invitados para que te acomodes, después te presentaré a las chicas.

Conforme pasaban los días David no pudo evitar preocuparse en parte por sentirse responsable de la partida de Catherine. Se informó de que no estaba

en casa del vizconde, así que, sin duda, habría acudido a alguna de sus propiedades, por tanto, allí estaba él, recorriendo una a una para pedirle perdón en cierta forma y prometerle que no volvería a ocurrir semejante hazaña, ¿Que por qué? Ni él mismo lo entendía, pero de algún modo le preocupaba su esposa, al fin y al cabo, era su responsabilidad.

Realmente Catherine no tenía la culpa de que él fuera así, un completo canalla que hasta incluso lo reconocía para sí mismo. Su ingenua esposa ni tan siquiera había sido capaz de reprocharle nada, simplemente había hecho las maletas y se había ido, eso le hacía sentirse aún más culpable de lo que era.

La encontraría, le diría que no se repetiría, le aseguraría de que podía estar tranquila y que jamás volvería a llevar a ninguna mujer a su propia casa, que todo había sido una confusión “sin entrar en el detalle de que Richard hizo una apuesta para ver si era capaz de hacer semejante locura y él en su estado de inconsciencia debido a la embriaguez aceptó”. Le prometería a su esposa que llevaría “sus asuntos de faldas” lo más discretamente posible, porque desde luego no iba a renunciar a acostarse con otras mujeres y no le importaba que Catherine lo supiera, al igual que tampoco le importaría si ella lo hacía. Si, eso haría si es que era capaz de encontrarla en alguna de las propiedades que ya llevaba días recorriendo.

10

Catherine siempre había creído que las mujeres que trabajaban en los burdeles serían ordinarias, sin ningún tipo de cultura, instrucción o sabiduría, pero que equivocada estaba… Precisamente ellas, al menos en el ducado de Florencia, estaban bien instruidas para saber dar conversación a los caballeros. Se culturizaban para poder saber de qué hablaban e incluso su tía Camelia confesó que en ocasiones ejercían de espías para el gran ducado de Firenze.

En el ducado de Florencia "Firenze" reinaba la dinastía Habsburgo–Lorena tras morir el último miembro de la familia Médici que había gobernado durante siglos, sin descendencia. El gran duque de Toscana Fernando III, hijo

y sucesor de Leopoldo II era quien reinaba el ducado junto a su esposa María Fernanda de Sajonia.

A Catherine no le atraía el tejemaneje de la realeza, bastante tenía con su enfermedad y con asumir sus sentimientos hacia el marqués de Normanby, su esposo. Pensando en su enfermedad, ahora que se observaba la piel parecía haber mejorado inexplicablemente, incluso los picores de los que siempre padecía y a los que tenía que refrenar sus ganas de rascarse no eran tan excesivos; tal vez solo fuera la calma que precedía a un nuevo brote...

Llevaba tres días en aquel burdel y comenzaba a acostumbrarse a su gente.

Observaba desde arriba algunas noches sin poder evitarlo como se desenvolvían aquellas mujeres en el salón; sus movimientos

seductores, sus pasos sigilosos para acercarse a sus presas sutilmente. Coqueteaban y llamaban la atención con descaro, incluso algunas reían a carcajadas sin ningún tipo de complejo y aquello obviamente, parecía complacer a los caballeros que visitaban el burdel.

—¿Que buscas, Catherine? —preguntó su tía.

—No entiendo a qué se refiere tía —contestó algo abochornada.

—Las observas desde que llegaste, como si buscaras una respuesta en lo que ellas hacen.

—Bueno... yo… realmente admiro la seguridad que tienen para acercarse a un caballero —confesó—, no parecen avergonzarse, ni tienen miedo de hacerlo.

—¡Oh querida! —exclamo *lady* Camelia—. La timidez es lo primero que una cortesana pierde, lo segundo es su virtud y lo tercero; sus sentimientos querida. Todo lo que ves aquí Catherine no es real, es solo un papel que esas

mujeres interpretan para conseguir lo que ellos desean, algunas incluso llegan a disfrutarlo de verdad.

—¿Tu lo disfrutabas, tía? —preguntó curiosa.

—Solo tuve un amante con el que verdaderamente disfruté, querida… pero no lo amaba —confesó pareciendo recordar tiempos pasados—, no podía volver a amar a ningún hombre y eso condenó nuestra relación, porque él quería algo que yo no le podía ofrecer.

Catherine no respondió, supuso que su tía no quería hablar más del asunto.

—Ven, creo que es hora de que te despoje de esos miedos que albergas y enfrentarte a la realidad. Te voy a enseñar todo lo que tuve que aprender por mí misma y que igualmente enseño a mis chicas… ¡Vamos, acompáñame!

Catherine siguió a su tía por un pasillo largo y estrecho, subieron unas escaleras de caracol que parecían desembocar en una buhardilla.

—Usamos esta habitación un poco para todo, pero principalmente aquí se instruye a las aprendices —dijo *lady* Camelia en cuanto abrió la puerta.

Catherine observó una especie de maniquí de tela con algún tipo de relleno, se fijó en la protuberancia que había entre las piernas y se quedó boquiabierta.

—¿No has visto nunca a un hombre desnudo? —preguntó su tía un tanto confusa por su reacción.

—No —confesó sincera.

—¿Ni a tu esposo? —exclamó extrañada.

—No, él y yo... no…

—Eres virgen —afirmó sin necesidad de corroborarlo—. Debí imaginarlo.

Bueno, realmente no eres la primera virgen a la que enseño, así que empecemos.

Al principio Catherine se sentía arder por la vergüenza cuando su tía comenzó a explicarle el cuerpo de un hombre con sus puntos más sensibles; donde se excitaba con mayor facilidad, las formas sutiles de rozar delicadamente esos puntos sensibles o incluso como hacerle creer con algunos trucos que te gustaba.

Las lecciones de su tía se limitaban a charlas, experiencias y sobre todo información que su cerebro trataba de asimila. Su tía decía que una vez tuviera la base aprendida, comenzaría a practicar, aunque obviamente no mantendría una relación con un hombre, sino que las chicas le enseñarían como hacerlo. En cierta forma tanta charla le había servido para que no tuviera reparo alguno de hablar con total libertad sobre el tema. Después de todo en aquella casa todas se alimentaban de la misma fuente; sus artes amatorias en el lecho con un hombre.

Catherine se había levantado para el desayuno bastante tarde para no hacerlo sola. Su tía tenía trabajando en el burdel a doce chicas, lo cierto es que aún no le había dado tiempo de hablar con todas ellas, pero para su incredulidad, la trataban como a una más y no le hacían sentirse mal por su aspecto.

—Catherine, hoy vamos a visitar al perfumista, ¿Te apetece venir con nosotras? —La pregunta vino de una de las más jóvenes cortesanas, se llamaba Emma si mal no recordaba y era una criatura hermosa de rizos oscuros y ojos castaños.

—¿Perfumista? —preguntó curiosa.

Lo cierto es que, aunque a ella no le importaba dejarse ver con aquellas chicas, aunque ello supusiera un riesgo para su reputación, pero estaban en un país donde nadie la reconocería y ella había comenzado a verlas como lo que verdaderamente eran, mujeres normales que ejercían ese oficio por necesidad o porque no tenían otra opción.

—Si, solemos ir cada cierto tiempo a visitarle. Maximiliam es el mejor perfumista de toda la ciudad, su padre era francés y tiene un olfato increíble.

Además, suele hacernos descuento cuando Annabella viene con nosotras —

dijo comenzando a reír mientras la aludida la miraba frunciendo el entrecejo

—. ¿No quieres un perfume nuevo?

«¿Un perfume?» pensó Catherine. Lo cierto es que sí que quería algo…

—¿Está muy lejos de aquí? —preguntó pensando si podría acudir junto a ellas.

—No, está justo al final de la calle a mano derecha —contestó de inmediato

—. Vamos, ven… seguro que Maximiliam acierta con tu esencia.

Su tía no puso reparos a que fuera con Emma y Anabella al perfumista, Lilith en cambio sí que lo hizo, pero hizo caso omiso de sus reproches y se adecentó para salir por primera vez desde que había llegado al ducado de Florencia, a sus calles.

Cuando la calle terminó y ésta se cruzaba con la vía principal, Catherine supo lo que era ser el centro de atención de todas las miradas. Verdaderamente supo lo que aquellas mujeres significaban, todos y cada uno de los caballeros que paseaban las observaban deleitándose con su forma de andar. Allí en el ducado de Florencia, las cortesanas no vestían tan llamativas y de forma vulgar como en Londres, sino que lo hacían de una forma más sugerente y

adecuada, incluso le recordó a la sutil forma que su amiga Emily realizaba sus vestidos para seducir a la sociedad.

—Es aquí —anunció Emma antes de empujar una pequeña puerta de madera.

Encima de ésta había un cartel con un dibujo de un frasco perfume y al lado estaba escrita la palabra “Parfum”.

—Buenos días Annabella —pronunció la voz masculina del hombre de apenas veintipocos años que había tras el mostrador. Denotaba pura adoración hacia la joven cortesana. Catherine observó como Emma la miraba cómplice con una sonrisa, ser partícipe de aquello la hizo sentirse mejor.

—Hemos venido a por un nuevo perfume —dijo Annabella en un tono sensual, como si realmente pareciera interesada en aquel hombre.

—¿Un perfume para cada una? —contestó sonriente pero solamente tenía ojos para Annabella.

—Si —respondió Annabella.

—Usted parece nueva —dijo ahora fijándose en la presencia de Catherine.

—Si, llegué hace poco —contestó sin entrar en detalle.

—Aquí tengo algunas muestras ya realizadas, si elige uno o dos, puedo interpretar cuales son las notas que más le agradan para poder realizar un perfume exclusivo para usted —dijo ofreciéndole un muestrario bien colocado en una caja de madera.

—Maximiliam es capaz de adivinar las esencias exactas que contiene un perfume con solo olerlo —dijo Emma elogiando al dependiente.

—¿Es eso cierto? —preguntó Catherine.

—Bueno… han sido muchos años de oler plantas y flores, tengo esa facilidad

—contestó modestamente.

—Si yo le doy un aceite que contiene esencias florales, ¿Sería capaz de conseguir el mismo olor?

—Lo podría intentar —le aseguró.

Catherine sacó de su bolso el pequeño frasco de aceite de almendras de *lady* Elisabeth que aún no había usado por si se le gastaba.

—Sé que es un aceite de almendras, pero lleva varias esencias florales y adoro ese olor, si pudiera hacer un perfume que oliese igual que este aceite o lo más parecido posible…

El dependiente cogió el frasco, lo abrió y cerrando los ojos inspiró de una forma peculiar el aroma realizando movimiento extraño mientras lo hacía, como haciendo círculos en el aire.

—Lirio blanco, Jazmín, canela, bergamota, Amapola, Azahar, violetas…. —

Comenzó a relatar y volvió a hacer el gesto de nuevo—. Extracto de rosas, esencia de vainilla y…. —Guardó silencio momentáneamente y abrió los ojos mirándola fijamente—. Si, está mezclado con el aceite de almendras en menor proporción, ¿Puedo quedarme con el frasco? Hay un componente más del que no estoy completamente seguro —confesó mirándola con cierto interés.

Ante la incredulidad de Catherine por saber reconocer todas esas plantas en ese frasco aceptó de buena fe, solo esperaba que finalmente pudiera obtener el perfume de ese olor que tanto le agradaba y se marcharon de nuevo hacia el burdel.

—No Catherine —repitió Emma por enésima vez—. Tienes que balancearte, como si fuera una danza, sé que es difícil porque nunca en tu vida has usado ese movimiento y además te saldrá de manera natural cuando montes a un hombre, pero el balanceo debe ser con esta parte —dijo señalando su bajo vientre y la parte alta de su trasero con las manos—. No con esto —añadió señalando una zona más arriba.

Llevaban varios días practicando unas posturas de lo más vergonzosas para ella y que desde luego intuía que jamás usaría en realidad. Realmente no entendía porqué se sometía a aquello que al principio le daba demasiado pudor y que ahora parecía haber perdido su vergüenza. Se esforzaba por aprender lo que le enseñaban, comenzaba a encontrarse a gusto en aquel lugar, a encajar, a ser realmente aceptada y sorprendentemente con cada día que pasaba sus vestidos los notaba cada vez más sueltos, como si estuviera encogiéndose en sí misma. No se notaba los brazos tan hinchados, ni las piernas, algo estaba mejorando en ella y solo hacía que se sintiera más feliz consigo misma.

—¡Eso es! —gritó de pronto Emma—. Tienes que encontrar el equilibrio sobre ti misma —le indicó—. No puedes apoyarte en ningún

sitio, practica hasta que ese movimiento te salga de forma natural —agregó—, yo tengo que empezar a arreglarme que en dos horas vendrán los primeros clientes —

anunció antes de marcharse.

¿Realmente aprender todo aquello le serviría de algo? No estaba del todo segura de que moviéndose así un hombre cayera rendido a sus pies, pero

¿Qué sabría ella si hasta ahora era completamente ingenua ante todo lo que sucedía en el lecho marital?

Bajo a cenar media hora más tarde. Normalmente las chicas cenaban antes de

abrir las puertas y después tomaban algo a altas horas de la madrugada cuando cerraban el burdel.

—¿Que tal te desenvuelves con Emma? —preguntó *lady* Camelia a Catherine en cuanto la vio aparecer—. Puedo pedírselo a otra en su lugar si no te gusta su forma de enseñarte.

—No hace falta tía, Emma es muy amable y directa, de hecho, es demasiado directa y casi lo agradezco porque de otro modo no aprendería —confesó mordiéndose la lengua—. ¿De verdad que haciendo todo lo que Emma me enseña puedo hacer que cualquier hombre este a mis pies?

Su tía emitió una sonora carcajada en respuesta, no creía que hubiera dicho nada divertido, pero al parecer así era.

—Mi querida sobrina, a veces olvido lo ingenuas que son las damas de buena cuna —le confesó—. Como ya te dije, un hombre siempre se mueve por sus instintos, sus más fieles y bajos instintos —recalcó—. El placer que un hombre encuentra en una mujer es uno de ellos y créeme cuando digo que es capaz de hacer cualquier cosa por obtener ese placer si saben cómo proporcionárselo —le advirtió.

—Entonces, ¿Una esposa no sabe darle ese placer a su marido? —preguntó directa. Quizá era eso por lo que los caballeros tenían siempre amantes…

—Por norma general no, Catherine —respondió sinceramente su tía torciendo el gesto—. En la educación de una dama no entra la lección de cómo complacer a su esposo en su cama, es más, no entiendo

porque muchas de ellas van sin saber que les espera en su noche nupcial, algunas con la incertidumbre, otras con miedo… dime Catherine, ¿Alguien te contó que esperar sobre tu noche de bodas? —preguntó inquisitivamente.

—Bueno… Lilith me había explicado, pero es cierto que, de no ser por ella, las explicaciones de *lady* Elisabeth fueron demasiado ambiguas sin llegar a decir nada en concreto sobre lo que debía esperar —confesó.

—¿Ves? —exclamó corroborando lo que anteriormente había mencionado—, pero contigo mi querida sobrina, no voy a consentir que seas otra de esas pobres e ingenuas damas que callan y aguantan que su esposo haga con ella lo que quiera mientras mantiene a cientos de amantes. —Su tía hablaba como si la situación de Catherine le afectara a sí misma—. Te miro y me veo a mí hace quince años… no dejaré que nadie te manipule, serás tú quien lleve las riendas de tu matrimonio, Catherine y no al revés.

—Pero él jamás me verá bonita, tía… ni tan siquiera se acercará a mi —dijo realista.

—Catherine —dijo su nombre llamando su atención—. Torres más altas han caído —afirmó seriamente—. Si tú eres capaz de creer que eres bella pese a tu aspecto, todos lo creerán.

Catherine la miro sin estar del todo segura, ¿Si ella se lo creía, todos lo harían? Nunca una mentira había sonado tan bien.

—Tuve una vez una chica hará un par de años —comenzó a relatar—. No era hermosa, de hecho, era la menos agraciada de todas las que había tenido hasta ese entonces. La decidí contratar por su carácter, estaba segura de sí misma, decidida y eso me gustó, pensé en ponerla a prueba un par de semanas y si no funcionaba la echaría —Catherine prestaba atención a su tía, parecía que con aquella historia pretendía revelarle algo de suma importancia para ella—. Me demostró que las apariencias engañan Catherine. En dos semanas, tenía a todos los caballeros revolucionados y solo la querían a ella, la preferían sobre las otras chicas, su increíble parlotearía, su seguridad en sí misma, hacía que

un hombre no pudiera dejar de mirarla pese a no ser tan hermosa como las demás.

—¿Y qué ocurrió con esa chica? —preguntó curiosa, le gustaría conocerla.

—¡Oh, se fue a Francia! Realmente vino aquí para hacer dinero y poder marcharse, ese era su sueño.

—Y lo consiguió —afirmó.

—Así es Catherine… así es.

Catherine se quedó pensando si su tía tendría razón con aquello… ¿Tal vez si ella misma dejaba de darle tanta importancia a su aspecto, otros dejarían también de dársela? Lo cierto era que desde que había llegado allí, nadie la miraba mal, nadie cuchicheaba a escondidas sobre ella, es más, todos parecían tratarla como si su aspecto fuera lo más normal del mundo. Si todos lo hacían, ¿Por qué ella no?

La puerta se vio interrumpida de pronto haciendo que tanto ella como su tía se sobresaltaran.

11

—¡Maximiliam! —exclamó de pronto su tía al ver al joven

perfumista algo agitado y con aquellas formas de entrar apresuradamente sin avisar.

—Lo siento Madame, no he podido contenerlo y como es conocido… —dijo disculpándose Giovanni el fornido hombretón que se encargaba de la seguridad del burdel.

—Tranquilo Giovanni —dijo su tía mirando ahora al joven perfumista —.

Annabella está arriba —añadió como si fuera aquello lo que le traía así de agitado.

—No es eso, Madame —dijo ahora recuperando el aliento—. He venido en cuanto lo he averiguado —añadió ahora mirando a Catherine—. ¿Se ha vuelto a aplicar ese aceite que me dejó hace días? —preguntó mientras la miraba como si la estuviera estudiando detenidamente.

Catherine pareció extrañada por el hecho de que la observara así. Ese perfumista era un tanto extraño, pensó.

—No, lo cierto es que le pedí ese perfume porque me había dejado todos los aceites en casa y no traje ninguno conmigo durante el viaje, solo el que le presté —confesó.

—¡Oh, menos mal! —exclamó ahora aliviado.

—¿Por qué?, ¿Qué ocurre? —preguntó su tía ahora sin entender.

—Había un aroma que no conseguí descifrar en el momento que me dejó el frasco, era leve, pero podía apreciar las notas del rastro que dejaba. Pensé que sería alguna flor exótica o menos común… pero no encontré ese olor, aunque me resultaba familiar —comenzó a relatar Maximiliam—. No fue hasta que recordé su aspecto que quizá podría ser un tipo de planta que jamás se utilizaría para realizar un ungüento, perfume o algún tipo de aceite… por eso las había descartado, pero hice varias pruebas y efectivamente, el olor coincide.

—¿De qué se trata? —dijo su tía expectante.

—Es hiedra venenosa —confesó.

—No entiendo nada… —dijo Catherine confundida.

—El veneno de la planta es incoloro y de hecho tampoco tiene olor, pero la hoja sí que lo tiene y para usarlo han macerado las hojas de la hiedra venenosa en el aceite de almendras que usted posee, para que absorba de esta forma el veneno de la planta. Después las han retirado evidentemente, pero el aroma de la hoja permanece en cierta medida. Lo cierto es que han intentado camuflarlo muy bien con el resto de fragancias y si no fuera por mis años de aprendiz, jamás hubiera dado con el matiz que deja casi inapreciable de la hoja de la hiedra…

—¿Está diciendo que lo que mi sobrina tiene en la piel es por usar este aceite venenoso? —preguntó *lady* Camelia.

—Si, su piel corresponde a la típica reacción por hiedra venenosa, es más, tiene un mejor aspecto desde que la vi hace unos días. Sin duda se debe a la falta de aplicación del veneno en pequeñas cantidades. Además, yo mismo me aplique en el dorso de la mano una gota del aceite que me prestó para comprobarlo por mi mismo — dijo enseñando las rojeces que le habían salido exactas a las que había sufrido Catherine durante años.

—¿Quiere decir que todos estos años he estado sufriendo esta enfermedad por culpa de este aceite? —dijo muy alterada casi gritando.

—¿Años? —preguntó confundido el perfumista.

—¡Llevo ocho años sufriendo esto! —gritó apunto del llanto.

—Catherine, ¿Quién te daba ese aceite? —preguntó su tía.

— *Lady* Elisabeth —dijo arrastrando la voz—. La esposa de mi padre —

confesó intentando asimilar porque su madrastra había sido capaz de hacer algo así, ¡Era una niña cuando empezó a hacerlo, por amor de Dios!

—¿Esto puede llegar a matar? —preguntó *lady* Camelia sin contenerse.

Comenzaba a pensar lo peor de la madrastra de Catherine.

—En la cantidad que fue añadido, no —afirmó—. Solo provoca una reacción en la piel muy irritante y molesta por la toxicidad del veneno —respondió amablemente Maximiliam.

—¿Y entonces que pretendía esa mujer sometiéndola a esa tortura durante años? —exclamó sin comprender.

Maximiliam se encogió de hombros sin saber que responder puesto que desconocía las razones para que alguien hiciera una hazaña así durante años.

—Exactamente lo que ha conseguido —dijo de pronto Catherine—.

Apartarme de mi padre —confesó.

—¡Vieja loca! —gritó de pronto su tía—. ¡Juro que si la tengo de frente la dejo calva!, ¿Como se puede ser tan mezquina? —comenzó a maldecir.

Lady Camelia estaba enfurecida, como si se la llevaran los demonios, sus gritos hicieron que Lilith no tardará en llegar para ver que ocurría.

—¿Y cómo no te diste cuenta tú? —gritó al verla aparecer provocando que la expresión de confusión de Lilith se hiciera evidente.

—¡Esa vieja bruja envenenando a mi sobrina!, ¡Juro que en estos momentos iría hasta Londres y le arrancaría las tripas para hacerle un collar con ellas!

—Pero ¿Qué ocurre? —preguntó al fin mirando a Catherine que había permanecido en silencio mientras su tía gritaba, como si intentara asimilarlo, procesar que durante esos ocho años no había tenido ninguna enfermedad como tantas veces había intentado asimilarlo para convivir con ello.

—¿Qué pasa? —gritó *lady* Camelia—. ¡Que, qué pasa! —exclamó y esa vez no era en tono de pregunta—. ¡Pasa que esa arpía de madrastra que tiene mi sobrina la ha estado envenenando todo este tiempo!, ¡Pasa que lo que tiene en su piel es por culpa de esto! —dijo señalando el pequeño frasco de aceite que Maximiliam había traído.

La expresión de Lilith fue de conmoción, como si no procesara lo suficientemente rápido aquella información.

—El contenido de ese aceite contiene hiedra venenosa —afirmó Maximiliam que observaba detenidamente toda la escena expectante.

—¿Hiedra venenosa? —preguntó Lilith ahora sorprendida.

—Si, eso es lo que provoca esa reacción en la piel de la joven tan severa —

afirmó el perfumista.

—¡Oh dios mío! —exclamó ahora Lilith llevándose una mano a la boca comprendiendo aquello—. ¡Oh mi pobre niña! —dijo ahora corriendo con los brazos abiertos hacia Catherine que aún permanecía conmocionada y que reacciono relativamente al abrazo de su nana.

—Pero hay algo que no entiendo —dijo de pronto Catherine al reaccionar—.

Si esto afecta a al aplicarlo, al entrar en contacto con la piel, ¿Por qué Lilith no lo sufría? Ella me lo ha aplicado casi siempre e incluso a veces ella se aplicaba algunas gotas como fragancia.

—Es cierto —confirmó Lilith afirmando las veces que, al aplicarle aquel aceite a Catherine, se aplicaba por el cuello los restos que sobraban en sus manos.

Maximiliam observó a la criada pensativo, estudiando su respuesta

detenidamente.

—He leído sobre algunas personas a las que el veneno de la hiedra no les afecta. Son una gran minoría, pero tal vez su doncella sea una de ellas, de lo contrario no se explicaría que no tuviera la misma reacción que usted en las zonas aplicadas.

—¡Bendita mala suerte! —gritó Lilith—. ¡Si yo también hubiera reaccionado a eso lo hubiéramos descubierto mucho antes!, ¡Nos

habríamos ahorrado años de sufrimiento!

—Ya no se puede hacer nada —terció *lady* Camelia—. Lo importante es que ahora lo sabemos. ¿Se va a curar?, ¿Va a desaparecer por completo esa afección? —preguntó al joven perfumista.

Maximiliam dudó en que debía responder, él era perfumista, no médico, aunque era cierto que conocía muy bien el poder de las plantas y las esencias, alguna vaga idea sí que tenía…

—Su piel ha estado expuesta por años a la hiedra según ha comentado, desconozco hasta qué punto puede estar de dañada —dijo siendo cauto—. Sé que una afección normal, acaba desapareciendo por completo sin dejar daños y la piel afectada vuelve a su estado original. En su caso quizá lleve más tiempo de recuperación si es que es posible —añadió sin dar falsas esperanzas.

—Será así… o de lo contrario mataré a esa bruja —afirmó ahora Lilith.

—¿Hay algo que pueda hacer para que mi piel se recupere más rápido? —

preguntó Catherine.

Aunque llevaba años sufriendo aquello, saber que su piel podría volver a lucir

sin aquellas afecciones por más mínima que fuera la posibilidad, estaría dispuesta a quemarse viva si hacía falta.

—Los remedios tradicionales para la intoxicación por esta planta suelen ser cataplasmas de avena, que ayudan a calmar la piel y baños en leche. No obstante, yo podría conseguir el extracto de una planta asiática, sirve para cicatrizar antes, ayudando a que la piel se regenere mucho más rápido, creo que en su caso sería beneficiosa.

—Consíguela, pagaré lo que sea necesario si funciona —contestó *lady* Camelia.

Maximiliam hizo un gesto afirmativo y se despidió para dejarlas a solas.

—No me puedo creer que esa bruja nos haya engañado todos estos años.

Ahora entiendo la insistencia en esos baños y en utilizar esa esencia para el agua, ¡Seguro que también contenía ese maldito veneno! —refunfuño Lilith.

—Catherine —dijo su tía sacándola de sus pensamientos por un instante—.

¿Por qué crees que esa mujer quería apartarte de tu padre?

Camelia pensaba que, aunque apartara a su sobrina de su propio padre, al fin y al cabo, ella seguiría siendo su hija; su heredera, ¿Qué sentido macabro tendría hacer todo aquello si no era por avaricia? Su experiencia le decía que aquella mujer tenía un fin más oscuro para su sobrina si durante años la había sometido a aquella tortura y nadie se había dado cuenta. Ella estaba segura de que las intenciones de la vizcondesa eran peores de lo que su propia sobrina creía.

—No lo sé tía. Tal vez para que padre mirara a Amelia como su propia hija también —confesó.

Desde que había asimilado que su enfermedad se reducía a ese aceite que con tanta insistencia recordaba que su madrastra le hacía ponerse, solo podía pensar en las razones por las que su madrastra quería que ella sufriera aquel maltrato incesante.

¿Tan mala había sido para que la torturara de esa forma?, ¿Qué mal le había hecho ella a su madrastra para que se lo pagara de aquella forma? No lograba llegar a comprender las razones por las que *lady* Elisabeth la quería en aquel estado, ¿Para qué Amelia la humillara?, ¿Para que su padre no la tratara como una hija?, ¿Para tenerla escondida en casa sin acudir a eventos sociales?,

¿Para torturarla como lo hacía con aquellas dietas estrictas?

Unas lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos por sentirse ingenua, débil y el ser más insignificante del mundo al saber que desde que era una niña; una persona vil y cruel había manejado el destino de su vida.

—Desahógate Catherine— dijo *lady* Camelia que se había acercado hasta su sobrina y la había acogido entre sus brazos para consolarla—. Derrama todas las lágrimas que tengas, porque una vez lo hagas, no vas a llorar más —

añadió. Sonó tan firme y contundente que hasta provocaba que se le erizara la piel a cualquiera—. Confía en mi —dijo mientras acariciaba

su espalda—.

Esa mujer va a pagar con creces lo que te ha hecho y me aseguraré de que no te vayas de aquí hasta que estés preparada para hacerlo.

Los días comenzaron a prolongarse convirtiéndose en semanas y las semanas en meses. Catherine se pasaba el día y la noche envuelta en multitud de gasas impregnadas en avena o en la sustancia pegajosa y transparente que Maximiliam le facilitaba que al principio picaba y luego daba frescor; sea como sea, solo esperaba que aquella tortura china acabara algún día. Tomaba dos baños en leche diarios y solo se quitaba las vendas para poner unas

nuevas. Ni tan siquiera le daba tiempo a ver la evolución de la piel, su tía no le dejaba, probablemente para no crearle falsas esperanzas.

—¡Quiero verme! —exclamó mientras Lilith le cambiaba las vendas como hacía cada mañana.

—Aun no —respondió *lady* Camelia que siempre lo supervisaba, controlando que todo se hacía según las indicaciones de Maximiliam.

—¿Pero por qué? —exclamó compungida—. No puede ser peor de como he estado —contradijo

—A su debido tiempo, Catherine —sentenció su tía.

«A su debido tiempo, a su debido tiempo», refunfuño mentalmente.

Su tía siempre usaba esa frase y ya había perdido la cuenta de los días que llevaba allí empotrada en aquella cama, ¿La estaría buscando *lord* Clayton?

Por supuesto que no lo haría, pensó desechando la pregunta. Después de meter a aquella mujer en su casa intuía que para él debía resultar un alivio haberse deshecho de su esposa, ¿Quizá su padre se preocupara por ella?, ¿Tal vez el vizconde la buscaría? Quizá *lady* Elisabeth le habría convencido para no hacerlo llegado el caso. Hacía un mes que envió una carta a Emily avisando de que estaba bien con su tía y que no pensaba volver por un tiempo, le dio su dirección por si necesitaba contactar con ella y para mantenerla informada, pero pidió que siguiera guardando su secreto.

12

Habían pasado más de cuatro meses y Catherine seguía sin dar señales de vida. David meditaba donde se habría metido su esposa mientras le daba otro sorbo a su vaso de coñac. La había buscado incansablemente, de hecho, hasta se sorprendió a sí mismo por su insistencia en encontrarla, pero era como si la tierra se la hubiera tragado. Debería de alegrarse como le habían dicho sus amigos, había salido ganando con aquel matrimonio; tenía una casa, el dinero de la dote que podía dilapidar con gusto y su esposa le había concedido el beneplácito de desaparecer de su vida no teniendo que

lidiar con ella.

Se había visto en la necesidad de mentir a su familia para no levantar sospechas alegando que su esposa se encontraba en una propiedad campestre de la familia Clayton. Les dijo que el aire puro del campo parecía estar beneficiándola en su enfermedad y por eso había prolongado su estadía. No sabía cuánto tiempo podría aguantar aquella farsa, sobre todo cuando la insistencia de la vizcondesa de Grafton por ver a su hijastra se hacía cada vez más palpable conforme pasaban las semanas.

Intuía que la dama sospechaba algo, puesto que cada vez que aparecía en su casa y lo encontraba era muy perspicaz en intentar sonsacarle la dirección de la propiedad en la que Catherine se encontraba para realizar una visita, él solo podía alegar que su esposa había pedido no ser molestada y que solo respetaba sus deseos. Si Catherine no

aparecía pronto, iban a empezar a sospechar que la había asesinado o algo similar.

Disipó parte de su culpabilidad por lo ocurrido al poco tiempo de que Catherine se marchara, puesto que volvió a su antigua vida o al menos a parte de ella puesto que el ritmo de beber durante toda la noche y acostarse con mujeres distintas le estaba causando estragos. Además, no entendía porqué ya no era igual, no lo disfrutaba de la misma forma o al menos, no lo conseguía satisfacer como antes.

—Mi lord —dijo la voz del mayordomo que hizo que David se girase para prestarle atención—. El señor Benedict está aquí y dice que es urgente.

David frunció el ceño, Robert era un gran amigo, aunque ya no un compañero de juergas como antes, o como lo era Richard y Andrew en la actualidad.

—Hágale pasar —anunció sorbiendo el resto de su copa y dejándola en la

mesa de licores.

—Hasta que te encuentro —dijo Robert nada más entrar en la sala.

—¿Me buscabas? —preguntó confundido David, ¿Qué podría tener tanta importancia?, ¿Sería Catherine?, ¿La habrían encontrado?

—Si, te estado buscando toda la noche, puesto que vine aquí y me anunciaron que no estabas. Supuse por tu historial que estarías con ese par de dos, así que me recorrí todos los burdeles y tabernas principales, pero no logré encontraros. —Su tono de voz sonaba bastante cansado, David no dudo en la verdad de sus palabras.

—¿Que ha ocurrido? —preguntó directamente creyendo que las razones de que Robert estuviera allí eran debido su esposa. No sabía por qué, pero casi podía intuir que tenía que tratarse de ella.

—Es el vizconde de Grafton —dijo con voz seria—. Al parecer estaba muy grave según me contó madre cuando salí a buscarte, lo más probable es que ya haya fallecido —anunció Robert provocando que David le diera la espalda para asimilar la noticia—. Tienes que avisar a tu esposa, debe venir inmediatamente y según *lady* Elisabeth, tu eres el único que sabe dónde está.

Porque sabes dónde está, ¿no? —preguntó dudando de cualquier cosa

que procediera de David.

¡Cielos santo!, ¿Qué iba a hacer ahora?, pensó David llevándose las manos a las sienes para tratar de pensar.

—No — admitió David—. No sé dónde está *lady* Catherine, Robert —

confesó.

—¡Pero como no vas a saber dónde está tu esposa! —le gritó como si fuera el

más inepto de los hombres.

—¡No dijo a donde iba! —respondió en el mismo tono—. ¡Y conste que la busqué para pedir perdón!

—¿Qué hiciste, David? —pregunto ahora inquisitivo—. Porque te conozco…

y me puedo esperar cualquier cosa de ti.

—No te voy a decir lo que hice. No merece la pena —confesó evitando el tema—. Lo importante es averiguar dónde está. Estoy seguro de que se lo debió confesar a alguien, tu hermana era una de sus amigas, ¿Ella no lo sabe?

—No, Julia no sabe nada —contestó—. De lo contrario no me hubiera pasado toda la noche buscándote —le advirtió.

—¿Tal vez a la duquesa de Sylverston? —preguntó con esperanza.

—Se trata de tu esposa, Clayton —dijo mencionando despectivamente su apellido—. ¡Mueve tu trasero para algo y encuentra a tu mujer!

Emily envió una carta aquella misma mañana por correo urgente. Saldría esa misma tarde en el último navío con rumbo a Francia, esperaba que en poco tiempo llegara a manos de Catherine, solo deseaba que su amiga estuviera acompañada cuando leyera el contenido de la carta, sabía que pese a la distancia que mantenía con su progenitor, las palabras que le había escrito le dolerían en el alma.

Después de veinticuatro días, sí, los había contado uno a uno, por fin le permitieron darse un baño en condiciones. Uno que no fuera en leche, sino en agua caliente. Suspiró de alegría cuando vio como metían la bañera en su habitación y comenzaban a llegar los cubos que volcaban sobre ésta.

Cuando Lilith y una doncella de su tía comenzaron a retirar las vendas

lentamente, ella no podía apreciar realmente su piel por aquella gelatinosa sustancia mezclada con la pastosidad de la avena, pero pudo intuir que no había rojez y eso ya era un gran paso. Se hundió en el agua, era todo un deleite después de estar postrada en esa cama o lo que vagamente le permitían caminar aquellas vendas y sintió como sus atrofiados músculos se relajaban. Por unos instantes, se hundió en el agua aguantando por completo la respiración mientras se frotaba la cara para retirar cualquier rastro de mejunje pastoso que le hubiera quedado.

—¿Me pasas un paño seco? —pidió a Lilith para secarse la cara Cuando su doncella se giró para dárselo un quejido de asombro la hizo dar un saltito al verla.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella miedosa de la respuesta.

En ese instante como siempre hacía ante cualquier reacción de su doncella, se miró los brazos, pero por primera vez en su vida desde que aparecieron aquellos ronchones, la nítida y blanca piel relucía como nunca había visto antes en ella.

—¡Un espejo! —exclamó casi sin aliento.

Necesitaba verse, sus piernas estaban igual de blancas y nítidas que sus brazos, cuando Lilith volvió con un espejo y acompañada de su tía, Catherine ardía en deseos de verse.

—Aquí tienes mi niña —contestó la doncella.

Su voz estaba cargada de emoción, de hecho, percibió sus ojos llorosos. No podía ser peor de lo que estaba anteriormente, ¿No? Pensó cogiendo aire mientras se llevaba el espejo frente a ella.

«No puede ser», pensó cuando vio su imagen reflejada. De hecho, se llevó una mano a la mejilla y pellizcar la piel para comprobar que efectivamente era ella.

—¿Soy…? —Ni tan siquiera podía decir una frase coherente ante su asombro

—. ¿Soy yo? —preguntó.

La pregunta podría sonar estúpida, pero definitivamente la mujer del espejo no podía ser ella… ni en sus sueños hubiera imaginado ser así.

—Eres muy hermosa, Catherine —dijo la voz de su tía a sus espaldas.

—Más hermosa incluso que su madre —sentenció Lilith provocando que Catherine comenzara a derramar lágrimas sin controlarlo.

—Todos estos años —hipó—. Pensando que mal habría hecho para que Dios me castigara así y —hipó de nuevo—. Esa malvada bruja…

—Ya Catherine —dijo *lady* Camelia arrodillándose para quedar a su altura.

Le acogió el rostro entre sus manos mirándola fijamente—. Lo pagará, sé una chica lista como te he enseñado Catherine, sabrás darle donde más le duele

—le indicó mientras Catherine se limpiaba las lágrimas y erguía su rostro.

—Por supuesto que lo pagará, tía —dijo por primera vez segura de sí misma

—. No descansaré hasta que lo haga.

Verse por primera vez hermosa le dio la seguridad que necesitaba, esa fuerza de la que siempre había flaqueado creyéndose inferior, débil, una mujer frágil. Ahora comprendía todo lo que su tía le había estado diciendo desde que llegó allí, pero que evidentemente no habían cobrado sentido hasta ese momento. Si ella tenía la seguridad en sí misma, nada ni nadie podrían entorpecer su camino, ya fuera *lady* Elisabeth, Amelia o el mismísimo David,

iba a vengarse de todos… y disfrutaría haciéndolo.

—Ahora vístete, esta noche iremos a la ópera —mencionó *lady* Camelia—.

Es hora de que el mundo te vea al fin como verdaderamente eres.

No recordaba lo que era sentirse así, antes de que *lady* Elisabeth apareciera en su vida provocando aquella afección. Ella era tan solo una niña y no tenía la edad suficiente para acudir a eventos, ni tan siquiera los que se pudieran hacer en su propia casa. Nunca había sentido ilusión por acudir a una fiesta, ni por elegir un hermoso vestido. Sabía que lo único que provocaría eran miradas indeseadas y habladurías poco agradables a su paso, pero en aquella ocasión tenía ilusión. Sí, por primera vez padecía ese sentimiento, esas ganas de que

la miraran tal y como era, como una mujer normal, y no un extraño ser con una enfermedad rara que no tenía cura.

Su tía le había dicho que era hermosa, desde luego el reflejo de aquel espejo era hermoso, pero no terminaba de creerse aún que era el suyo propio, quizás necesitaría un tiempo para acostumbrarse y asimilar lo que eso implicaba.

Ataviada con un lujoso y hermoso vestido plateado de brillantes, fue acompañada por su tía a la ópera. Realmente le agradecía que por fin saliera de aquel burdel después de pasar tantos días encerrada.

—Tengo un palco, querida sobrina —dijo al entrar y darle indicaciones—.

Regalo de un antiguo preceptor —dijo disimuladamente entre ellas mientras caminaban hacia su destino.

A Catherine no le pasaron desapercibidos los saludos y miradas inquisidoras de algunos caballeros.

—Madame Lavender, es un gusto verla por aquí —dijo saludando un caballero.

Catherine observo al caballero en cuestión, rondaría la treintena a juzgar por su apariencia tal vez algunos años más bien llevados. Vestía formalmente, probablemente pertenecía a la nobleza del ducado de Florencia.

—Lo mismo digo señor Barelli —respondió su tía.

Aquel hombre dirigió su mirada hacia Catherine, que en aquellos momentos no supo qué decir.

—¡Oh! Disculpe mi torpeza —dijo su tía con fingido interés—. Le presento a la señorita…

—Brooks —se adelantó Catherine.

—¿Y cómo se llama la joven y hermosa señorita Brooks? —preguntó ahora concentrándose solo en ella y mirándola fijamente.

—Casandra —contestó enseguida, antes de que su tía mencionara su nombre.

Era el nombre de su documentación falsa el primero que se le vino a la mente.

—Hermoso nombre para un hermoso rostro —respondió mientras le daba un delicado beso en la palma de su mano y Catherine no pudo sino sonrojarse.

Fue el primero de muchos otros caballeros que detuvieron a su tía solo para que les presentará a la hermosa joven que la acompañaba, aunque solo uno causó impresión a Catherine, quizá fue por su porte, por su aire seductor, por su innegable belleza y sobre todo por su audacia, pero Gabriele Edmondo sin duda, le había provocado más de una sonrisa esa noche.

Había sido una noche memorable, pensó cuando al fin Catherine se acostó en su cama. Una noche en la que había aprendido una hermosa lección, era una

mujer deseada entre los hombres. Tantos años de burlas y miradas de reproche al fin habían llegado a su final.

13

Aquella mañana despertó sonriente, aún no sabía cuándo volvería a Londres. Tendría que hacerlo sin duda ahora que sabía todo, aparte de vengarse quería que su padre supiera la verdad, que se enterase de la clase de víbora que tenía por esposa.

—Buenos días Catherine —dijo su tía mientras daba un sorbo a su café detenidamente—. Creo que, si te convenciera para ser una de mis chicas, sin duda alguna obtendría bastantes beneficios, lástima que seas mi sobrina de lo

contrario pondría demasiado empeño en hacerlo —confesó sonriente.

—¡Gracias por su consideración entonces! —respondió bromeando por primera vez en mucho tiempo.

—Ha llegado esto para ti —dijo ofreciéndole una carta.

Estaba a nombre de Casandra, por lo que sin duda tendría que ser de Emily al venir desde Londres. La abrió rápidamente y comenzó a devorar las letras de su contenido.

Querida Catherine.

Te escribo esta carta con el deseo y anhelo de que cuando la recibas no sea lo suficientemente tarde, pero me temo no ser portadora de buenas noticias.

Se trata de tu padre. El vizconde de Grafton cayó enfermo hace dos días y su estado ha empeorado considerablemente, es por tanto que envío esta carta con urgencia para informarte de que partas de inmediato hacia Londres cuánto antes con la esperanza de llegar a tiempo para despedirte de él.

Te estima, tu más fiel amiga,

Lady Emily Sylverston.

Catherine se fijó en la fecha, hacía una semana desde que Catherine la había enviado, era muy probable que su padre… que el vizconde… ¡Oh no! Se llevó una mano al pecho y perdió el equilibrio sentándose en la silla más

cercana.

—¿Qué ocurre? —preguntó su tía al verla en aquel estado.

—Mi padre —mencionó— Él… él…

Su tía le arrancó la carta de las manos y devoró rápidamente las letras que contenía el papel.

—Tienes que volver inmediatamente —sentenció su tía.

Catherine se apresuró para partir de inmediato de vuelta a casa, su corazón estaba en un puño y deseaba fervientemente llegar a tiempo. La sola idea de que su padre no la viese una última vez, hacía que se le encogiera el estómago al pensarlo.

Lilith metió sus cosas en el baúl lo más rápido que le fue posible, aunque la mayoría de sus vestidos le quedaban demasiado holgados, porque si algo había descubierto después de todo es que no estaba gorda, sino hinchada por culpa de ese veneno ponzoñoso que su madrastra le obligaba aplicarse.

Pensar en *lady* Elisabeth solo aumentaba su rabia. Esa arpía… su padre tenía que saber lo que esa condenada mujer era capaz de hacer. Tenía que vivir para saberlo, por Jesucristo que llegase a tiempo pese

a que las palabras de Emily en su carta demostraban lo contrario. A su pesar, sentía una mínima esperanza por lograrlo y se apresuraría todo lo que pudiera viajando de noche si era necesario… pero intentaría llegar lo antes posible a Londres… de vuelta a casa.

Se despidió de las chicas que sentían su marcha repentina, pese al poco tiempo que había estado —puesto que solo habían sido unos cuantos meses

—, había trabado amistad con algunas de ellas, incluso podría considerar

amigas tanto a Emma como a Annabella. Aquellas dos mujeres eran sin duda alguna, dignas de admirar por su valentía y esfuerzo para salir adelante como lo habían hecho.

—Catherine —dijo *lady* Camelia—. Te acompañaría si no fuese porque dejo demasiadas cosas atrás —comenzó a decirle cuando llegó el turno de despedirse de su sobrina—. Pero confío en haberte preparado lo suficiente, aunque hubiera necesitado más tiempo para que estuvieras preparada del todo

—añadió.

—No se preocupe tía. Estaré bien — le dijo segura de sí misma—. Gracias por todo lo que ha hecho por mí.

—Si alguna vez me necesitas, aquí estaré. Ésta es tu casa Catherine.

—Lo sé, tía… lo sé.

—Toma —dijo entregándole unos pequeños frascos que parecían de perfume.

—¿Qué es esto? —preguntó extrañada.

—No confío en esa mujer, Catherine. Así que le pedí a Maximiliam que hiciera algo similar a lo que esa víbora utilizaba para que pareciera que seguías padeciendo los síntomas, solo que es mucho menos agresivo para la piel y el efecto dura menos tiempo.

Catherine la miró extrañada, sin saber a qué se refería.

—No creo que…

—Úsalo si crees que corres peligro, por alguna razón esa mujer hacía lo que hacía contigo y mis sospechas tengo de que no descansará hasta

conseguir lo que quiere. Cuando regreses a Londres, no acudas inmediatamente a ella,

infórmate primero de cómo están las cosas y decide si debes o no usarlos.

Esta vez juegas con ventaja Catherine… no le demuestres tus cartas tan pronto.

Catherine hizo un gesto con la cabeza afirmando en respuesta. Ella también había pensado que *lady* Elisabeth tramaba algo, desde luego que tendría que estudiar al enemigo antes de acercarse a él. Iría directamente a la casa de los Sylverston y sería Emily quien le informaría de cómo estaban las cosas, aunque su primer impulso fuera ir a su casa para ver si su padre aún seguiría vivo.

—Madame, hay un señor en la puerta preguntando por la señorita Casandra Brooks —anunció el fortachón de Giovanni.

La tía de Camelia hizo una expresión contrariada, los hombres no acudían a su burdel a esas horas del día, pero sin duda Catherine había causado demasiada buena impresión para saltarse esa norma de la casa.

—Dígale que no son horas, que vuelva más tarde —respondió sabiendo perfectamente que su sobrina no estaría.

—Mi señora, se lo he dicho, pero Gabriele Edmondo insiste en ver a la señorita Brooks y ya sabe que él…—comenzó a decir el hombre.

—Está bien tía —dijo Catherine que pese a estar contrariada por su apresurada marcha, no quiso ser descortés con el apuesto caballero—. Que vayan cargando mis cosas en el carruaje, partiré enseguida —anunció antes de salir de la sala donde se encontraban y ver qué quería aquel caballero de ella.

Definitivamente el señor Gabriele Edmondo era guapo, muy guapo… quizá casi tanto como David, pero con otros rasgos más suaves.

—Señor Edmondo, es un placer recibir su visita, pero no viene en un buen momento —dijo nada más verle.

—Lamento escuchar eso señorita Brooks, pero no pude evitarlo, es usted demasiado hermosa para no alegrar mi hermoso día con solo verla —añadió.

Definitivamente aquel hombre le podía hacer sonreír pese a la gravedad de la situación.

—Agradezco sus cumplidos señor, pero he de partir inmediatamente.

—¿Se marcha? —preguntó al ver como sacaban un baúl y lo colocaban en su carruaje.

—Así es —afirmó—, se trata de un asunto de gravedad que no puedo posponer —comunicó sin entrar en detalles.

—Lamento escuchar eso, solo deseo que el motivo de su partida le permita volver pronto ¿Puedo saber a dónde va? —preguntó con interés.

Catherine pensó que no tendría razones para mentirle también en eso, de todos modos, lo más probable es que no volviera a verlo.

—Vuelvo a Londres, señor Edmondo —dijo mientras comenzaba a dirigirse hacia el carruaje en el que Lilith ya se había instalado.

—Regrese pronto, señorita Brooks o me veré obligado a ir a Londres solo para volver a verla —respondió sonriente.

Catherine tuvo ganas de sonreír, jamás le habían dedicado palabras tan hermosas. Si ese hombre la hubiera visto tan solo unos días atrás, estaba segura de que no le dedicaría tan bellas frases.

—Le esperaré entonces si eso ocurriera —dijo antes de subirse sabiendo

perfectamente que aquel zalamero jamás pisaría tierra inglesa solo por verla a ella.

Tardó cuatro días en llegar a costas francesas para coger el barco que le llevaría de vuelta a Londres, cuatro días sin descanso, sin parar en posadas o tabernas para descansar, recorriendo los largos y angostos caminos en ocasiones y en la oscuridad de la noche. Sabía que se arriesgaba demasiado, que se exponía sustancialmente, pero siempre se cubría el rostro para no ser vista y sus ropas holgadas indicaban que no era una dama de alcurnia o adinerada, de lo contrario podría tener vestidos de su talla, eso le dio la ventaja de ahorrar dos días en su viaje de regreso.

Las horas de espera hasta que el barco zarpó finalmente fueron eternas, al igual que el viaje de dos días hasta ver la costa inglesa…

pero al fin había llegado.

Cubierta con una capa gris con gorro, la misma que la vio partir el último día que había estado en aquella ciudad, ocultando su rostro de personas que paseaban por las calles a esas horas, llamó a la puerta de la casa de los duques de Sylverston.

El mayordomo le abrió la puerta y ella respiró con tranquilidad.

—¿Está la duquesa en casa? —preguntó mientras el mayordomo intentaba verla a través de la oscuridad que reflejaba la capucha de su capa.

—¿Quién pregunta? —preguntó desconfiado.

—Soy su prima, Casandra Brooks —mintió para que la dejara pasar sin revelar su identidad.

No le pasó desapercibido la extrañeza del hombre al mencionar su nombre,

pero era normal. Emily jamás habría mencionado que tenía una prima llamada así.

—Espere un momento —dijo dejándola en el recibidor mientras suponía que le comunicaría a su señora su presencia.

—¿Catherine? —preguntó Emily sin llegar a verla.

Catherine se giró en cuanto escuchó la voz y se bajó la capucha de la capa.

—Así es, Emily —respondió al tiempo que veía a su amiga llevarse una mano a la boca en gesto de sorpresa.

—¡Dios mío Catherine! —No pudo evitar gritar sorprendida—. ¡No pareces tú!, ¡Jamás hubiera imaginado que lo eras!

—Si, yo tampoco me lo creí al principio. No podía creer que la imagen que se reflejaba en el espejo fuera la mía.

—¡Oh!, ¡Eres bellísima! —exclamó acercándose a Emily y abrazando a su amiga.

—¿Como está mi padre, Emily? —preguntó una vez que se separó de su abrazo.

—¿No has ido a su casa?, ¿Aún no lo sabes? Es evidente que no —respondió Emily seguidamente sin darle tiempo a contestar—. Ven, esto es demasiado delicado para hablarlo aquí donde pueden escucharnos —dijo mientras la cogía del brazo y se la llevaba a una salita de té algo apartada donde nadie las escucharía.

Catherine la siguió suponiendo lo peor, pero no le quedaba de otra más que esperar a que su amiga le confesara todo lo que había ocurrido desde su

partida.

Emily la invitó a sentarse y Catherine se retiró la fina capa y la depositó a un lado.

—Aun no me creo que seas tú. Si no fuera por esa capa y el nombre falso que te di, habría jurado que eres una impostora nada más verte… —anunció una vez que se sentaron.

A Catherine no le extrañaron las palabras de su amiga, nadie diría que era la misma, solo seguía estando el color de sus ojos, ahora más grandes gracias a no tenerlos hinchados por el maldito veneno de la hiedra venenosa.

—Bien, comenzaré desde el principio —comenzó a decir Emily ante el silencio de Catherine que evidentemente necesitaba saber lo que había ocurrido—. Cuando te envié aquella carta esa mañana, el vizconde… quiero decir, tu padre, estaba bastante grave-De hecho, los médicos afirmaban que tan solo le quedaban un par de días de vida como mucho. Lamenté no enviártela enviado antes, cuando Julia me comunicó que al parecer el vizconde había caído enfermo de lo que parecía un resfriado común, pero no le di importancia, pensé que no era lo suficientemente grave para avisarte enseguida, espero que me perdones por no haberlo hecho, tal vez hubieras podido llegar antes de haber sido así —dijo haciendo una pausa mientras cogía a su amiga de la mano—. Catherine, tu padre murió hace cinco días —

confesó con nostalgia provocando que ella derramara una lágrima silenciosa.

No había conseguido llegar a tiempo para despedirse, para verlo una última vez.

—Aunque me hubieras avisado dos días antes, Emily, no habría servido de nada, no habría podido llegar a tiempo tampoco igualmente —dijo

excusándola.

Por nada del mundo quería que su amiga se sintiera culpable, si no se hubiera marchado tan lejos, podría haber tenido la oportunidad de despedirse.

—¿Ya ha sido el funeral? —preguntó sabiendo que así debió haber sido.

—Si, fue al día siguiente de su muerte —le comunicó en el mismo tono apacible—. Está enterrado en el panteón familiar, junto a tu madre —añadió para consolarla.

—Está bien —respondió algo estática, sin creerse que ahora era huérfana completamente. Pese a no haber tenido una gran relación con su padre le dolía, más aún de que él no hubiera podido saber la clase de persona con la que se había casado.

—Hay algo más Catherine —añadió Emily con voz dolida, como si le doliese más a ella tener que dar las malas noticias que a la propia Catherine.

—¿Mas? —preguntó sorprendida.

—La muerte de tu padre es cuanto menos sospechosa, Catherine —comenzó a decir con tacto—. Un resfriado común no se agrava tan rápidamente, ni se lleva a alguien con la fortaleza de tu padre en tan corto periodo de tiempo, creo que después de ver la actitud de *lady* Elisabeth tras su muerte, algo tuvo que ver en ello —anunció.

—¿Su actitud? —preguntó contrariada.

Cada vez debería estar menos sorprendida por las dimensiones de las hazañas que cometía esa mujer, ¿Es que era capaz de todo?, ¿Hasta de matar a su padre?

— *Lady* Elisabeth dijo que, en su lecho de muerte, tu padre confesó que a la que consideraba su única y verdadera hija era a su hijastra Amelia. Además, está comenzando a lanzar rumores sobre ti —dijo apesadumbrada—. Dice que, si evidentemente no viniste al funeral de tu padre, ni te preocupaste por él en su lecho de muerte es porque estás muerta o te desentiendes totalmente de su herencia.

—¿Como? —exclamó aturdida.

Eso sí que no se lo esperaba, aunque no le sorprendía, ya nada podría

sorprenderle de esa arpía ingrata.

—Tengo mis sospechas, Catherine, de que *lady* Elisabeth busca la manera de que la herencia de tu padre sea íntegra para ella. Es más, el testamento del vizconde no se puede leer hasta que tu aparezcas, por eso está lanzando esos rumores, incluso ayer comenzó a afirmar que te has internado en un convento de clausura porque no soportabas los desdenes de tu marido. Creo que está buscando la forma de falsificar que renuncias a tu herencia de algún modo.

—¿Como sabes todo eso? —preguntó sorprendida de que *lady* Elisabeth lo dijera abiertamente, era demasiado lista para hacerlo.

—Julia la escuchó hablando con Amelia —confesó—, ella está preocupada por ti. Me tuve que morder la lengua para no decirle que sabía dónde estabas y que vendrías de camino.

—Dios mío —susurró Catherine—. ¿Pero qué clase de víbora hace algo así?

No le bastó con arruinarme la vida todos estos años con sus dichosos aceites envenenados… no, ¡Ahora también quiere quitarme lo que es mío!

—¿Aceites envenenados? —exclamó Emily.

—Si —afirmó—, yo tenía la piel así por su culpa, tuve que irme al fin del mundo para averiguarlo, pero ahora lo sé, es una serpiente venenosa Emily, aunque te aseguro que lo pagará caro —advirtió a su amiga mientras no podía evitar levantarse y andar de arriba a abajo por la pequeña salita.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Emily—. Si yo que soy tu amiga casi no te he reconocido, estoy segura de que ella dirá que eres una impostora que quiere reclamar la herencia de Catherine y créeme que no le faltarán testigos para afirmarlo. Aunque puedes contar conmigo y con Henry por supuesto para apoyarte —afirmó Emily.

—Tienes razón —dijo Catherine deteniéndose de pronto—. Mi tía me lo advirtió y no quise creer que tuviera razón, pero como siempre la tiene. No le daré motivos a esa arpía para que se quede con lo que es mío —dijo seriamente—. Aunque me duela, volveré a ser la antigua Catherine. Soportaré esa picazón y ese desdén con el que me miraban por un tiempo más… si he aguantado años, podré soportarlo unos días y después Emily, te aseguro que no habrá un lugar donde esa mujer pueda esconderse.

—¿La antigua Catherine? —preguntó confusa.

—Si —respondió mientras sacaba de su bolsa uno de los botes que su tía le había dado y comenzó a echárselo por los brazos, el escote y la cara—.

Espero que esto haga efecto rápido —dijo mientras Emily la observaba —.

Porque quiero ver la cara de esa víbora cuando vea que he vuelto.

—¿Dónde dices que has estado? Porque déjame decirte que el cambio de aires parece haberte sentado demasiado bien —dijo una Emily sorprendida al ver el carácter sorprendente de la que ella consideraba su tímida y retraída amiga.

—Si te lo dijera te escandalizarías —aseguró mientras se aplicaba aquel mejunje en la nuca.

—No creo que sea para tanto —contestó ahora intrigada.

—En un burdel, pero no uno cualquiera, sino en el más prestigioso del ducado de Florencia —respondió mientras sonreía vagamente. Sino fuera por las circunstancias que la rodeaban, relatar su experiencia en el extranjero podría resultar fascinante.

—¡En un burdel! —gritó sabiéndose después consciente de que lo había exclamado demasiado alto—. Pero ¿Estás loca?, ¿Que hacías ahí?

—No lo que tú crees —Se adelantó a contestar algo más serena y guardando de nuevo el bote en su bolsa—. Mi tía es una Madame muy conocida, es la dueña y regente del burdel, yo sabía a donde me dirigía cuando me fui de aquí, pero era el único familiar en quien podía confiar y del que nadie se acordaría para buscarme —dijo comenzando a relatar mientras notaba un pequeño ardor en su piel… al parecer iba a ser rápido el efecto.

14

Mientras la reacción en su piel del líquido hacía efecto, le contó a Emily todas sus proezas. Como descubrieron que su enfermedad no era tal sino que era su madrastra la causante de tal agravio hacia ella y de cómo había vivido todos esos años engañada. Le reveló las enseñanzas de su tía, la antigua Catherine lo habría hecho cohibida, tímida y roja de vergüenza, en cambio, la Catherine en la que se había convertido lo contaba de manera usual, como si aquello fuera un tema de conversación común entre damas.

—Aunque ahora no es el momento, creo que te pediré algunas de esas clases en un futuro no muy lejano —advirtió Emily.

—¿Realmente las necesitas? —preguntó Catherine.

Sabía al irse que si Emily tenía una documentación falsa podría ser porque ella quería dejar a su marido, pero tal vez las cosas habrían cambiado en el tiempo que había estado fuera, si su amiga seguía allí sería por algo, aunque tal vez solo fuera por su casa de modas.

—Bueno… entre Henry y yo no hay ningún problema en ese sentido —

afirmó disimulando su vergüenza—. Pero me gustaría sorprenderle —

confesó.

—¡Oh! En ese caso te podré enseñar lo que a mí me enseñaron, aunque desde luego no he podido ponerlo en práctica. Las chicas me

dijeron que la primera vez dolería, pero luego si sabía cómo hacerlo, obtendría un placer infinito.

—Sé que no es el momento de hablar de esto —volvió a decir Emily teniendo presente los acontecimientos—. Pero tienen razón, de hecho, es indescriptible.

Catherine pensó que ella quería descubrirlo, quería saber que placeres se ocultaban en el lecho con un hombre, ¿Tal vez con su esposo? Recordó la última vez que le vio, cuando metió a aquella cortesana en su casa y el rencor volvió de nuevo a ella, aunque en menor grado. Bueno, no adelantaría nada, primero tendría que enfrentarse a su madrastra junto a Amelia y después a David. Tal vez y solo tal vez, él tendría una disculpa hacia ella sobre sus actos.

—Empiezo a ver a lo que te referías cuando mencionaste volver a ser la antigua Catherine —dijo Emily sacándola de sus pensamientos.

Se había abstraído por unos instantes pensando en David. Se miró los brazos y allí estaban de nuevo comenzando a brotar aquellos granos, desde luego no

tan horribles como otras veces, pero su piel volvía a lucir algo hinchada.

—¿Que sabes de *lord* Clayton? —preguntó de pronto, quería saber que había hecho David durante todo este tiempo.

—Poca cosa, la verdad —confeso.

A Catherine no le pasó desapercibido que Emily le ocultaba algo.

—Somos amigas, Emily —la apremió—. No me dolerá. —Se adelantó al golpe que sabía que iba a darle.

—Bueno, no sé si sabrías de las costumbres del marqués de Normanby, pero digamos que… no las ha abandonado del todo.

—Sé que mi esposo es un libertino —dijo por dar una definición suave a todo lo que era David. Un gran bebedor al que le gustaba probablemente el juego y las fulanas… aunque llamar fulanas ahora a las chicas que ejercían la profesión le parecía un insulto después de haber convivido con ellas, más bien cortesanas. Sí, eso sonaba más suave.

—Quizás ahora que has vuelto. Tal vez… —dijo Emily intentando

suavizar la situación.

—Tengo demasiadas cosas en que pensar aún como para catalogar donde meteré a *lord* Clayton entre todas ellas —dijo adelantándose, por no mencionar que el mero hecho de que su esposo no se hubiera cortado seguir realizando sus hazañas en su ausencia no era que le agradase demasiado.

Aunque lo entendía, si con ella presente lo hacía, más razones tendría para seguir haciéndolo si ella misma se había alejado, pero eso no respondía al hecho de que igualmente le desagradara.

—Dale una oportunidad Catherine, te puedo asegurar que Henry tampoco fue

un santo cuando le conocí, no hizo las cosas muy bien al principio, pero me demostró lo arrepentido que estaba.

—Estoy segura de que no metió a una mujer en tu casa, mientras dormías en la alcoba de al lado —afirmó.

—No… desde luego que no, pero quizás hizo algo incluso peor que eso, Catherine —confesó Emily evocando algunos recuerdos.

Catherine la miró de pronto anonadada, iba a preguntar por lo que le había hecho su esposo para que hubiera sido peor que aquello cuando una doncella las interrumpió.

—Mi señora, la joven señorita Benedict desea verla —anunció.

—¡Oh, hazla pasar! —exclamó antes de que la doncella se retirase y mirara a Catherine—. Estoy segura de que se alegrará de verte, estaba muy preocupada porque David te hubiera hecho algo en la luna de miel, yo intenté quitarle esa idea de la cabeza, pero ya sabes cómo es Julia de testaruda —dijo algo sonriente.

Cuando Julia entró y vio a la dama que acompañaba a Emily soltó un grito de alegría.

—¡Dios mío Catherine! —exclamó y se acercó rápidamente para abrazarla—.

Juro que pensé que ese mal nacido libertino te había asesinado o algo peor —

confesó atropelladamente.

—¿Algo peor que asesinarme? —preguntó con cierta ironía.

—Bueno... ya me entiendes. Además, después de que… —comenzó a decir, pero se calló de pronto y miró a Emily, ésta le hizo un gesto afirmativo—.

¡Oh Catherine! Lamento tanto la muerte de tu padre. Sé que no estabais muy

unidos, pero era tu padre después de todo.

—Lo sé —contestó algo apenada al volver a recordarlo.

Le hubiera gustado tanto despedirse por una última vez, que la hubiera visto como era ella realmente, como siempre debió haber sido.

—¡Pero ahora que estás aquí!, ¡La perra de Amelia se tendrá que conformar con las migajas! —gritó y después se colocó una mano en la boca como si hubiera dicho algo malo—. Lo siento… sé que no debería tratar con tanta frivolidad la herencia del vizconde, pero no sabes lo que he tenido que soportar durante toda la semana pensando que esa arrogante sería inmensamente rica.

La sonora carcajada que se le escapó a Catherine hizo que ambas la mirasen sorprendida al principio y que después la acompañaran con las risas.

—Eso desde luego —dijo recuperándose—, no lo voy a permitir —confesó antes de coger su capa y comenzar a colocársela.

—¿Te vas? —preguntó Julia viendo cómo se alistaba para marcharse.

—Si —afirmó—. Y si no es mucho pedir, me gustaría que me acompañaras

—añadió—, solo para tener un escudo ante la víbora de tu tía —confesó sin sentir ni el más mínimo pudor en confesarle a su amiga que ahora no solo era a Amelia a quien le tenía manía, sino que a *lady* Elisabeth también.

—¡Oh dios mío! —gritó una Julia abriendo de par en par los ojos—. ¿Qué le has hecho a la Catherine que yo conocía?

—La abandoné en el ducado de Florencia —dijo guiñándole un ojo y despidiéndose de Emily.

—Pues hiciste bien en dejarla allí, porque ésta desde luego me gusta más —

terció Julia.

—Y a mí —añadió Emily que escuchaba expectante la conversación.

No fue directamente a su casa, la que su padre le dio como regalo de bodas y en la que supuestamente vivía con David, aunque ella solo vivió tres días en ese lugar. Tampoco fue a la casa donde se había criado toda su vida y donde encontraría a su madrastra y la hija que ésta tenía si no habían decidido salir de compras. No… fue directamente al despacho del abogado de su padre, el señor Middleton.

Tenía que decirle que había vuelto y tenía que proceder a la lectura del testamento cuanto antes. Solo esperaba… no, más bien deseaba que, aunque su padre no la hubiera tenido en muy alta estima los últimos años de su vida, la hubiera dejado en una buena posición económica o al menos, en una mejor que a su madrastra y hermanastra.

El señor Middleton era un hombre mayor, gran amigo de su padre y que la había visto crecer desde pequeña Se alegró de verla de vuelta y Catherine solo pudo disculparse por no haber podido volver a tiempo debido a encontrarse fuera del País. Le relató una verdad a medias, dado que su aspecto sin duda era algo mejor que el que solía mantener siempre, el hombre la creyó sin dudarlo. Había decidido inventarse una historia sobre que había tenido que marcharse para tratar de curar su enfermedad debido a que le habían comentado que en el extranjero podría encontrar una cura para lo que ella padecía, nadie pondría en duda su versión, cualquiera aceptaría que, padeciendo aquella aberración en la piel, iría hasta el fin del mundo si hacía falta para curarse. Eso la excusó de preguntas indeseadas y de tener que revelar donde había estado todo aquel tiempo en el que se hallaba

desaparecida.

La lectura del testamento se procedería esa misma tarde a primera hora. El señor Middleton mandó un comunicado a la vizcondesa viuda y a su esposo, el marqués de Normanby. Catherine supuso que debería estar en la lectura por ser su marido y no le extrañó que lo hiciera.

Acto seguido se fue hacia su antigua casa, no pensaba ver a David hasta la lectura del testamento. Cuando el carruaje se apostó en la puerta, respiró profundamente, iba a ver a la causante de todos sus

males, a la misma causante que seguramente habría provocado la repentina muerte de su padre y solo quería que sus demonios no se la llevaran para cometer un error.

Necesitaba estar fría, pensar con claridad como le había enseñado su tía…

«Sé inteligente Catherine», se repitió aquellas palabras. «No hagas nada precipitado, piensa las cosas y actúa después» recitó a su tía.

Subió los peldaños de su antigua casa y llamó a la puerta, afortunadamente para ella Julia la acompañaba y se quedaría junto a ella hasta que hiciera falta tal como le había asegurado su amiga. Además, Lilith también las acompañaba, eso la hizo sentirse más segura de sí misma al tener el apoyo de su nana.

—¡Señorita Catherine! —dijo de pronto al verla una de las doncellas que parecía bastante alegre al verla.

—Ahora *lady* Catherine, Marie —respondió intentando ser algo sonriente a pesar de la situación.

—Es cierto, discúlpeme… la costumbre. —Se disculpó la doncella.

—No tiene que disculparse, es normal. ¿Está *lady* Elisabeth en casa? —

preguntó cambiando de tercio.

—Si, por supuesto —confirmó dejándolas pasar.

La actuación de *lady* Elisabeth al verla aparecer en el comedor fue indudablemente acorde a la situación. Primero puso una cara de espanto, que al pronto cambió a una más que fingida sonrisa de alegría al verla.

—¡Oh dios mío querida! —exclamó al verla con los brazos abiertos y dándole un frío abrazo que Catherine estaba segura de que era por cortesía—.

¡Por fin has llegado! Temíamos lo peor de ti, *lord* Clayton no nos decía dónde estabas, juro que pensé que te había ocurrido algo. —Sus alusiones iban acompañadas de gestos dramáticos—. Estaba tan preocupada por ti… —

añadió mientras miraba hacia Julia al mismo tiempo que lo decía—. Y

Amelia también, por supuesto, ella no dejaba de preguntar por ti

temiendo lo peor —dijo de pronto provocando que una indiferente Amelia se levantara de su asiento.

—¡Oh si, desde luego! —exclamó con una leve sonrisa.

—Estoy segura de que así ha sido —dijo Catherine con un tono de voz seguro—. Pero como podéis ver, me encuentro perfectamente —añadió mientras se quitaba la capa para que apreciaran muy bien que sus ronchas seguían estando por todo su cuerpo, aunque realmente solo estuvieran en brazos, escote y rostro.

—La pérdida de tu padre ha sido tan dolorosa, Catherine —afirmó—, que si tu hubieras estado aquí habría podido sobrellevarlo mejor, estoy segura. —Su voz sonaba demasiado fingida y Catherine no supo cómo no lo había notado otras veces, quizá ahora que la venda de los ojos se la había caído del todo lo percibía de forma distinta.

—Lamento no haber podido estar. He venido en cuanto me informaron sobre ello —dijo apenada.

—Sé que no estabais muy unidos, el vizconde tenía sus manías y era un hombre taciturno —confesó su madrastra a lo que Catherine interpretó como hundir el dedo en la llaga—. Pero en el fondo te quería.

«Si claro… en el fondo», pensó Catherine. «Tú te encargaste de que así fuera», se dijo a sí misma.

—Veo que has mejorado algo tu padecimiento —dijo de pronto su madrastra observándola detenidamente y Catherine supuso que decidió cambiar de tema ante su silencio.

—¡Oh, no lo creas! —mintió—. Fui a un especialista, por eso me alejé tanto tiempo, pero dijeron que es incurable —advirtió— Lo máximo que consiguieron hacer para que mi aspecto fuera mejor es lo que veis, me revelaron que permaneceré así para siempre —añadió fingiendo estar apesadumbrada, haciéndoles creer que habían triunfado en su cometido, que tantos años usando aquel aceite había dado sus frutos estropeándole la piel definitivamente.

—Lo lamento tanto, mi querida Catherine. No sabes lo que me entristece esa noticia.

El abogado llegó y seguidamente lo hizo David que al verla pareció sorprendido y la saludó formalmente, Catherine interpretó que quería hablar con ella, pero la premura del abogado por la lectura del

testamento no les dejó margen para hablar, así que, en el antiguo despacho del vizconde, se reunieron los cuatro. *Lady* Elisabeth, la vizcondesa viuda, la señorita Amelia Barston, la hijastra, *lady* Catherine Clayton la hija legítima y el marqués de

Normanby, el yerno. Solo ellos componían el círculo cercano al fallecido vizconde de Grafton.

—Bien, siéntense —les apremió el señor Middleton que ocupaba la silla que el vizconde había tenido durante tantos años en aquel estudio privado.

—Se procederá a la lectura vigente del vizconde Grafton cuya última voluntad fue rectificada tres días antes de su repentina muerte — comenzó a comunicarles el abogado.

Aquello sorprendió a Catherine, ¿Por qué habría modificado el testamento su padre? Que le habría ocurrido para hacerlo. ¿Eso la beneficiaría o la perjudicaría por el contrario?

El abogado comenzó a decir una retahíla de cosas… leyes, fechas y demás datos que no venían a ser relevantes. Catherine estaba cada vez más nerviosa, temía que su padre no la hubiera dejado en buen lugar y cada vez lo temía más hasta que llegó el momento importante.

—A mi muy amada esposa, la vizcondesa de Grafton le dejo la pequeña casa de campo en los Hamptons y una renta de ochocientas libras al año —

pronunció el abogado e hizo una pausa para cambiar de documento, lo que a Catherine le dio que pensar… ¿Ya está?, ¿Nada más? Se apretó las manos deseando que así fuera.

—A mi querida hijastra, la señorita Amelia Barston, le concedo una dote de mil libras con la esperanza de que encuentre un esposo de su agrado. Sé que con su belleza no necesitará una dote acaudalada para conseguir un buen matrimonio.

El pequeño gemido que sin duda habría procedido de Amelia solo hizo que una vocecilla interna bailara al son de las maracas en la cabeza de Catherine.

Mil libras era una pequeña fortuna, pero desde luego no sería lo que su hermanastra esperara.

—El resto de mis posesiones, todas mis casas incluida la residencia

familiar, empresas y fábricas se las dejo a mi única y verdadera hija legítima, mi dulce y estimada Catherine, a la que quise con todo mi corazón y de la cual me sentí orgulloso pese a no demostrarlo como hubiera debido hacer.

Se sentía orgulloso de ella, su padre la quería… ¡Y no pudo despedirse de él!

Las lágrimas comenzaron a derramarse silenciosamente por su rostro.

15

—Señoras, si me disculpan debo quedarme a solas con el marqués y la marquesa de Normanby —proclamó el abogado a las damas presentes —. Mientras tanto, pueden ir haciendo su equipaje puesto que hoy mismo los legítimos dueños deberán trasladar sus cosas a esta casa — añadió.

—¿Como dice? —preguntó *lady* Elisabeth haciéndose la ofendida.

—Como he mencionado previamente, ésta casa ahora les pertenece a los marqueses de Normanby que se deberán mudar inmediatamente.

—¿Y dónde pretende que me vaya?, ¿A la casa de los Hamptons?, ¡Eso está a dos días de camino! —gritó—. Estoy segura de que mi hija comprenderá la situación y nos dejará quedarnos, ¿No es así querida Catherine? —exclamó dirigiéndose hacia su hijastra como un gato manso.

—¡Oh, por supuesto que lo comprendo! —exclamó Catherine viendo la sonrisa de *lady* Elisabeth. Esa sonrisa fingida que tanto comenzaba a exasperarla—. Por eso se irán a vivir a nuestra casa, como comprenderá

"madre" — dijo asqueándole esta palabra—. Un matrimonio de recién casados necesita privacidad.

—Pero estoy segura de que a tu esposo no le molest…

—Creo que mi esposa tiene razón —añadió David interviniendo y apoyando la decisión de su esposa.

Por nada del mundo iba a soportar a ese par de dos ni un solo día. La voz de Amelia le daba dolor de cabeza a cualquiera, aunque la dama fuera una belleza andante.

—Pero… —intentó insistir *lady* Elisabeth.

—Ya lo ha oído *lady* Elisabeth, acepte la buena disposición de su hija y váyase a la casa que le han ofrecido.

Cuando ambas salieron del despacho Catherine pudo respirar algo más tranquila. En ese momento comprendió que su padre le había dejado toda su fortuna y posesiones a ella, hasta el último penique era suyo.

—Bien, siéntense —volvió a decir el abogado—. Lo que voy a contarles solo puede quedar entre ustedes y yo, que seré su custodio.

—¿Custodio? —preguntó David.

—Para recibir la herencia del vizconde, éste se aseguró de dejar ocho condiciones expresas. El incumplimiento de alguna de ellas provocaría la revocación del testamento y por tanto, la herencia no sería percibida por ninguno de sus familiares, sino que pasaría directamente a donarse al orfanato de las monjas de Santa Teresa —anunció de pronto.

—¿Por qué no ha mencionado esto delante de *lady* Elisabeth y la señorita Barston? —preguntó Catherine agradeciéndolo.

—Porque es algo que sólo les afecta implícitamente—declaró—. En el supuesto caso de que ustedes no cumplieran y no percibieran la herencia, ellas tampoco tendrían derecho alguno a ella.

—¿De qué condiciones se trata? —preguntó hablando por primera vez David.

—Procederé a la lectura —anunció.

—Para percibir la herencia del vizconde de Grafton en su totalidad, mi hija, la marquesa de Normanby, *lady* Catherine Clayton y futura duquesa de Lennox, y su esposo, el marqués de Normanby, *lord* David Clayton, futuro duque de Lennox; deberán comprometerse en aceptar las ocho condiciones que vinculan la herencia, así como llevar a cabo cada una de ellas.

Catherine miró expectante al abogado, ¿Qué podría haber previsto su padre para ellos?

—En primer lugar, el marqués de Normanby, deberá asumir la responsabilidad de todos los bienes como máxima autoridad de las propiedades Wells.

En segundo lugar, los marqueses de Normanby no podrán tener acceso a la fortuna familiar hasta que el marqués de Normanby haya alcanzado un

mínimo del tres por ciento de ganancias sobre el patrimonio Wells.

En tercer lugar, los marqueses de Normanby recibirán en conjunto una asignación anual limitada a mil libras hasta que el marqués de Normanby consiga los beneficios mencionados anteriormente.

En cuarto lugar, los marqueses de Normanby deberán alojarse en la casa familiar Wells, el abandono por parte de alguno de ellos a esta condición supondrá la nulidad inmediata del testamento.

En quinto lugar, la marquesa de Normanby, no podrá abandonar Londres sin la compañía expresa de su esposo, el marqués de Normanby.

En sexto lugar, los marqueses de Normanby deberán acudir juntos a todos los actos de mayor relevancia de las próximas tres temporadas. La causa no justificada de alguno de ellos provocaría la nulidad inmediata de este testamento.

En séptimo lugar, el marqués de Normanby deberá tener un comportamiento decente. Cualquier acto indecoroso, vergonzoso o fuera de contexto provocará la nulidad del testamento inmediatamente.

En octavo lugar, los marqueses de Normanby deberán tener un heredero legítimo en un plazo de tres años desde el momento de esta lectura.

Estas son las ocho condiciones que el vizconde de Grafton impuso para poder heredar su inmensa fortuna. —Terminó por decir el abogado ante *lord* Clayton silencioso y *lady* Catherine anonadada.

—Cuando se refirió a que usted sería nuestro custodio, ¿A qué se refería exactamente? —preguntó David.

La voz de David hizo que Catherine volviera de nuevo a aquel despacho. ¿En

que estaba pensando su padre al mencionar todas aquellas condiciones?, ¡Era ridículo!

—Yo seré quien les vigile para verificar que cumplen sus condiciones, el vizconde fue muy específico con su última voluntad y no seré yo personalmente quien les vigile, sino que tendrán a personas controlando sus movimientos —añadió para que se tomaran en serio aquellas condiciones.

—¡Esto es ridículo! —exclamó David dando un manotazo en la mesa y levantándose.

— *Lord* Clayton, cálmese —dijo el abogado.

—¡Como se le ocurre dejarme a mí al frente de todas las empresas! —gritó

—. ¡Ni tan siquiera tengo idea de cómo se manejan! —exclamó sincero.

—Usted recibió una formación ejemplar en Eton, *lord* Clayton.

Si, él había estudiado y se había formado como buen hijo de noble y tuvo que ampliar sus estudios tras la muerte de su hermano para ser digno del ducado que un día heredaría, pero eso no le daba las directrices del manejo de las empresas que Grafton poseía. ¡Él no tenía ni idea de cómo manejar ese patrimonio! Y mejor ni hablar del resto de las condiciones… de lo más inverosímiles, ¿Aumentar las ganancias un tres por ciento?, ¿Estaba loco? Si lo más probable es que las llevase a la quiebra en dos días… ah, y para más fastidio, ¡Que tuviera un comportamiento decente!, ¡Que acudiera a todos los eventos sociales! Eso podría ser pasable, pero… ¿Tener un hijo con su esposa? No… eso sí que no.

—Creo que necesitaremos procesar la última voluntad de mi padre, señor Middleton —dijo Catherine.

David la observó. Su voz no le hizo reducir su furia, aunque tenía razón, necesitaban procesarlo y saber qué medidas tomar. No habría muchas opciones pensó, ¿Tal vez comprar el silencio del abogado? Prefirió no decir nada en su momento, tenía el vago recuerdo de que el señor Middleton era un viejo amigo de la familia.

—Oh, por supuesto que sí, entiendo que esto ha podido sorprenderles a ambos —anunció el señor Middleton mientras recogía sus documentos y los guardaba de nuevo en su carpeta de piel delicadamente.

—Desde luego no lo esperábamos —dijo tímidamente Catherine intentando excusar el silencio de David ante el abogado.

—Les deseo suerte en cumplir las últimas voluntades del vizconde. Estoy seguro de que serán capaces de conseguirlo, no me cabe la menor duda.

—Gracias señor Middleton —dijo Catherine puesto que David seguía completamente en silencio. Se había limitado a observar a través de la única ventana del despacho y ni tan siquiera parecía querer despedirse.

—Si, gracias —dijo justo antes de que el abogado se marchara, aunque su voz sonó un tanto esquiva.

El señor Middleton hizo un gesto afirmativo con su cabeza y se fue, Catherine se acercó a cerrar la puerta de la biblioteca.

—Tenemos que hablar de esto —terció Catherine.

—Creo que primero tengo que procesarlo —contestó aún sin mirarla.

—No es que tengamos mucho margen de tiempo para procesar, ¿Qué piensas hacer? —preguntó Catherine directamente, necesitaba saber si al menos su marido intentaría llevar a cabo lo que su padre había dejado expresamente

escrito o si estarían condenados desde el principio.

—No lo sé —dijo David volviéndose a mirarla y llevándose las manos a la cabeza.

—Sabes que, si no cumplimos las condiciones, apenas tendremos dinero para sobrevivir —afirmó siendo consciente que esas mil libras no serán suficientes para mantener las posesiones.

—¿Y crees que no lo sé? —dijo en voz alta—. La idea era que las cumpliéramos, por eso nos dejó esa cifra ridícula, para asegurarse de que lo hiciéramos.

—No sé en qué estaba pensando padre cuando decidió elaborar este

absurdo plan —dijo contrariada.

David iba a responder, pero lo cierto es que se calló. Sabía perfectamente las razones del vizconde en trazar aquellas condiciones, supuso que era la única forma de asegurarse de que su yerno, es decir, él mismo, no despilfarrara su fortuna, llevará sus empresas a la ruina y dejara a su única hija desamparada.

Imaginó que habría investigado su trayectoria para realizar semejante disparate y pensó que ponerle entre la espada y la pared sería la única solución.

—¿Dónde has estado todo este tiempo Catherine? —preguntó de repente.

Llamarla por su nombre le pareció algo demasiado personal a Catherine, reconoció que volver a ver a David le había hecho sentirse distinta, sus sentimientos eran contrariados, por un lado, no podía olvidar la última imagen que vio de él, acompañado de esa cortesana, pero por otro lado seguía siendo el hombre más atractivo y guapo que jamás había visto.

—Eso no importa ahora —dijo sin revelarle nada, ¿Que más le daba a él donde se hubiese ido? Había vuelto, aunque suponía que lo había hecho para desgracia de él, puesto que el más perjudicado en esas condiciones que su padre había dejado era David—. ¿Crees que podrás cumplir con la séptima condición? —preguntó de pronto sin darle tiempo a que él asimilara la seca respuesta por parte de ella, ¿Desde cuándo Catherine se había vuelto audaz en sus palabras? Por lo poco que la había conocido cuando se casaron le dio tiempo de sobra para entender que era una joven demasiado tímida y retraída, en cambio, la mujer que tenía delante no parecía ser así… su actitud era *refrescante.*

¿La séptima condición?, pensó David mientras trataba de recordar cuál era…

ah sí; su comportamiento indecente, recordó de pronto. Y su esposa encima tenía que recordárselo, como si tratara de rememorar el motivo de su partida.

—Si lo preguntas por lo que ocurrió antes de marcharte, te aseguró que no se repetirá —admitió sin entrar en detalles, pero consideró que aquello era una disculpa.

Conocer del propio David que no tendría que volver a sufrir semejante

aberración en su propia casa la tranquilizó. Al menos en ese sentido podía respirar tranquila.

—La séptima condición parece que solo me atañe a mí y eso significa que tu quedas libre, querida —dijo de pronto él.

Catherine le miró extrañada, ¿Es que acaso ella había tenido un comportamiento indecente alguna vez como para reprochárselo? Guardó silencio esperando una aclaración de aquella afirmación.

—Lo que significa que podrás encontrar a alguien para cumplir con la octava

condición, porque te aseguro que no seré yo quien lo haga —afirmó.

¿Octava condición?, ¿Cuál era la octava condición?, ¡Oh sí!, ¡Un hijo legítimo! Recordó de pronto Catherine, ¿David le estaba dando permiso para buscar a otro padre como su hijo?, ¿Era cierto lo que sus oídos habían escuchado?

—Me estás dando permiso para ser infiel? —preguntó directa y sin rodeos.

—Así es, querida —afirmó secundando las palabras—. Tienes todo mi permiso para encontrar a otro hombre si es que eres capaz de convencer a alguno —admitió—. Y llevar acabo la petición de tu padre, porque te aseguro que yo no lo haré.

Esas últimas palabras le dolieron a Catherine, hasta el punto de quedarse demasiado grabadas en su frágil corazón.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó queriendo confirmarlo, quería que él tuviera una última oportunidad porque después, no habría vuelta atrás.

—Tan seguro como que soy el heredero al ducado de Lennox —afirmó David.

—¿Me das tu palabra de que le darás tu apellido al hijo que tenga de otro hombre? —preguntó.

Si su tía estaba en lo cierto, no había peor ofensa para un caballero que tocaran lo que consideraba suyo, entendía por tanto que para David ella no significaba nada, solo la fuente que le proporcionaría dinero.

—Te doy mi palabra —aseguró firme.

—Está bien —dijo ella segura de sí misma. Añadiría que se arrepentiría de

sus palabras, ya se encargaría a su debido tiempo de que se arrepintiera, pero dejaría que el tiempo lo pusiera en su lugar—. Yo cumpliré con mi parte, pero tu cumplirás con la tuya —dijo refiriéndose a todas las condiciones que le afectaban a él.

David hizo un gesto afirmativo y Catherine aprovechó que no añadió nada más para salir de aquel despacho. Aún no podía creerse que su propio esposo la incitara a serle infiel, casi se le escapa una carcajada de pensarlo. En teoría tendría que sentirse ofendida de que su propio esposo la rechazara, de que la encontrara tan repulsiva que no sintiera el más mínimo interés en tocarla siquiera.

—Mi querido David —susurró en voz baja cuando se adentró en la que era su antigua habitación—. Voy a hacer que te pesen esas palabras y supliques de rodillas hasta que no te quede aliento —añadió dibujando una sonrisa en sus labios, puesto que nadie la veía—. Y disfrutaré haciéndolo —terminó por decir mientras se dejaba caer en su antigua cama.

16

Catherine asumió que David dormiría en la antigua habitación del vizconde y no trato de contrariar aquella deducción de los criados puesto que ella dormiría en la habitación de al lado, la que en su día perteneció a su madre y que afortunadamente para ella, su padre jamás dejó que *lady* Elisabeth utilizara.

Solo de pensar en dormir en la misma cama que había dormido aquella bruja

le enardecía la sangre. Su padre había sido estricto en cuanto a las peticiones para poder tener acceso a su gran fortuna, pero se alegraba de que les hubiera dejado tan poco a aquel par de víboras. Probablemente Amelia no tardaría en aceptar una propuesta de matrimonio o de lo contrario no podrían permitirse el lujo de afrontar otra temporada.

Después de muchos años, puesto que no recordaba exactamente cuándo fue la última vez que se adentró en los aposentos de su madre y que desde luego sería a escondidas de su padre robando la llave de su despacho, volvió a entrar en aquella habitación.

Olía a polvo mezclado con humedad por permanecer cerrada, por lo que inmediatamente Lilith abrió las ventanas para que se aireara. Su padre no había querido cambiar absolutamente nada de aquella estancia, durante todos esos años. El tiempo había pasado por cada

uno de aquellos objetos, inmortalizando sus recuerdos y a Catherine le invadió la nostalgia por las vagas imágenes que a su mente llegaban de cuando era una niña y entraba a aquella habitación para que su madre la peinara o le leyera algún cuento.

Recordaba como su madre, la hermosa *lady* Isabella Wells, la dejaba sentarse en el pequeño diván a los pies de su cama, con un reluciente brocado dorado que ahora no lucía tan radiante, mientras se preparaba para acudir a un gran baile o una galante cena. Ella adoraba ver como la ayudaban a vestirse, le ajustaban minuciosamente el corsé para lucir aquella hermosa figura, la peinaban delicadamente y finalmente añadía lujosas joyas que su padre le había regalado a sus preciosos vestidos.

Soñaba con poder hacer lo mismo algún día, cuando ella tuviera la edad apropiada, era tan inocente en aquel tiempo que jamás pensó que llegaría alguien para amargar ese sueño, para tirar por tierra todos aquellos dulces

anhelos de una niña inocente.

Pero ahora estaba allí, en aquella habitación de nuevo en la que dormiría, en la que ahora sería ella a la que ayudarían a prepararse, a alistarse para conquistar cada baile y cada galante cena.

Abrió el armario de su madre y vio algunos de sus antiguos vestidos que habían pasado de moda, en su percepción inicial contemplo un brillo azul que llamó su atención, lo sacó de aquel armario donde permanecía colgado y descubrió un hermoso y precioso vestido de un color azul noche, era un azul tan profundo y hermoso que estaba segura de que cuando su madre lo usó debió deslumbrar.

La pedrería del corsé era absolutamente preciosa, dejando destellos de un color casi violeta a la luz del sol y la falda tenía una hermosa caída. Una idea pasó por su cabeza, ¿Tal vez Emily pudiera arreglarlo? Hacerlo un poco más cercano a la época sin aquellas mangas tan pomposas y ese cuello típico de aquella moda.

No tardaron en traer sus pertenencias de la casa en la que vivía con David, aunque apenas vivió en aquella casa todas sus cosas habían estado allí, quizás hubiera sido mejor no haberlas trasladado desde el principio si hubiera previsto como se desarrollarían los acontecimientos.

La vizcondesa demoró todo lo que pudo su partida, ella no pensaba apremiarla a marcharse, le daría el tiempo que quisiera, pero desde

luego, no pensaba permitir que pasara la noche en esa casa, es más, se aseguraría de ello.

Cuando estaba guardando de nuevo el vestido en el armario cuidadosamente, escuchó que alguien entraba en su habitación, dedujo quien sería, tantos años

haciendo lo mismo solo podían significar que era de nuevo ella.

—Veo que después de todo, el vizconde te consideraba su hija, engendro mal nacido —dijo escupiendo sus palabras.

La envidia, el odio y el rencor hacia ella no le pasaron desapercibidos a Catherine.

—Vaya Amelia y yo que creía que todo este tiempo que había estado fuera, te habría ayudado a madurar —contestó.

Era la primera vez que contestaba a su hermanastra, que no se callaba una de sus hirientes frases.

La cara de sorpresa de Amelia que sin duda alguna no esperaba una contestación por su parte hizo que Catherine sonriera dentro de sí misma. No tenía desperdicio alguno, pero sabía que aquello solo iba a enfurecer aún más a esa pequeña bruja.

—Yo soy más madura que tú, gorda sarnosa —respondió mordaz creyendo sin duda que sus palabras hirientes harían que como siempre, Catherine se encerrase en sí misma y en su poca autoestima al creerlas.

—Tal vez yo sea una gorda sarnosa, como bien dices, pero al menos estoy casada, tengo un futuro duque por esposo y una gran herencia que gastar,

¿Que tienes tú, Amelia? Aparte de tu evidente mala educación y tu más que desagradable carácter. Tal vez seas hermosa… pero que yo sepa, eso no te ha dado ningún buen marido, ¿No?

La furia de Amelia que paso de la palidez a la rojez máxima en cuestión de segundos solo hizo que Catherine comenzara a reír en su cara.

—Por si no lo sabes, ¡Tu esposo me desea a mí! —gritó Amelia.

Catherine dejó de reír, no dudaba que David prefiriera a Amelia, ella

era hermosa y cualquier hombre que la viera podría desearla; hasta que la conocía… y en ese preciso instante perdían el interés, porque a diferencia de su madre, Amelia no sabía esconder sus aspiraciones y pretensiones, aparte de su carácter, el de una completa dama mimada y consentida.

—Si —dijo ahora regodeándose Amelia—. Me desea y quiere que sea su amante, me lo ha dicho él mismo.

¿Sería cierto?, lo más probable es que no, David no le pediría a una dama ser su amante, menos aún si ésta aún no estaba casada.

—¿Y crees que me interesa, Amelia? —respondió mordaz—. Sé su amante si te apetece, a mi desde luego no me importa, la que sería duquesa sería yo. No tu —añadió.

Sabía que aquello era lo que le dolería a Amelia.

—¡Haré que anule tu matrimonio, perra sarnosa! —gritó con odio.

—Buena suerte en ello —respondió sin ninguna emoción, consiguiendo que Amelia saliera de su habitación enfurecida, llena de ira y lo más probable es que escuchara en los próximos minutos como se rompía algún jarrón o por el contrario lo que ocurrió, un sonoro portazo de su habitación.

—Primer asalto ganado —se dijo en voz baja mientras sonreía, era la primera vez que se enfrentaba a su hermanastra y debía conocer que comenzaba a gustarle. Debía darle las gracias a la tía Camelia por enseñarle a tener la suficiente confianza en sí misma para lograrlo.

David se había ido después de la lectura del testamento al club, necesitaba beber para asimilar todo lo que había ocurrido, todo lo que a partir de ese día

iba a cambiar en su vida si no quería verse en la más que mísera ruina.

—Vaya hombre, ¿Tan temprano por aquí? —exclamó la voz de su amigo Robert que le hizo alzar la vista de la butaca en la que se encontraba.

Robert iba acompañado de *lord* Sylverston, hacía tiempo que no los veía por allí, claro que sus horarios a la hora de frecuentar el club eran más bien distintos.

—Benedict, *lord* Sylverston —dijo serio con un gesto de cabeza.

Ambos se sentaron frente a él con sus respectivas copas de coñac.

—Hoy ha sido la lectura del testamento del vizconde —añadió David para responder a la pregunta de Robert del porqué estaba allí.

—¿Ha regresado tu esposa? —preguntó sorprendido Robert.

—Si, regresó hoy mismo —afirmó.

—Vaya, me alegro entonces de que no le hubiera ocurrido nada grave y se encontrara bien —contestó.

—Perfectamente al parecer —dijo sin dar detalles.

—Visitó a mi esposa esta mañana —añadió para intervenir en la conversación *lord* Sylverston—. Al parecer estuvo en el ducado de Florencia, de ahí que no llegara a tiempo al entierro del vizconde.

David le miró atónito, hasta un extraño sabía más de su esposa que él, aunque no debía sorprenderle.

—Si —dijo como para dar a entender que no desconocía esa información, aunque desde luego por su cara ambos debieron suponer lo contrario.

—Bueno, ¿Te debemos felicitar entonces por la fortuna heredada del vizconde? —preguntó Robert cambiando de tema—. Porque sin duda su fortuna era bastante cuantiosa según mis cálculos — aseguró. De todos era conocido que el vizconde de Grafton sumaba una inmensa fortuna.

—Desde luego toda su fortuna se la dejó a su única y legítima hija —

respondió dando un sorbo a su coñac.

—No pareces estar contento con ello, ¿Acaso hubo alguna cláusula?, ¿Te impidió el acceso a su fortuna? —preguntó inquisitivo Robert.

—Me dejó al mando de todas sus empresas —respondió evadiendo que no le había dejado una clausula sino ocho para ser más exactos.

—¡Pero eso es para celebrarlo!, ¡No todos los días le llueven a uno negocios que aportan grandes beneficios!

Si era sincero, David no tenía ni la más mínima idea de los beneficios

que aportaban las empresas del vizconde, ni tan siquiera hasta qué punto ascendían las ganancias o cuántas tenía en su totalidad.

—En mi vida he llevado un negocio, Benedict — fue sincero—. No me interesa en absoluto —dijo despectivo.

—Yo podría echarte una mano —intervino *lord* Sylverston—. Tengo un par de sociedades con el vizconde, por lo que te puedo poner al día de las cuentas y enseñarte cómo funciona el negocio.

—Te lo agradezco, pero sería una pérdida de tiempo —dijo apesadumbrado.

—Tienes más que perder si no lo intentas, pero es decisión tuya desde luego

—respondió seriamente *lord* Sylverston

Y tenía razón, pensó David. Malviviría si no era capaz de sacar ese tres por ciento de beneficio que se había estipulado, quisiera o no, tendría que intentarlo al menos y si fracasaba no podría decir que no había hecho lo posible.

—Está bien, *lord* Sylverston. Lo haré —afirmó mientras se acababa el resto de su copa.

—¿Crees que puedes arreglarlo? —preguntó Catherine.

Había llevado el vestido de su madre azul noche a la casa de modas Lynetś que Emily tenía en la ciudad.

Ambas se encontraban en la trastienda donde podrían examinar más detalladamente los detalles de aquel precioso vestido antiguo.

—Si, solo tengo que retocar un poco el corsé, arreglar las mangas y el escote

—afirmó convencida—. ¿Te está bien o tengo que sacarle de las costuras? —

preguntó mientras observaba detenidamente las costuras.

Catherine observó detenidamente la prenda, probablemente ninguna de ambas opciones, sino más bien meterle a juzgar por su cintura cuando dejara de usar aquel líquido que la hacía parecer que tenía sobrepeso.

—Te traeré el único vestido que es de mi talla real —dijo con una sonrisa.

—Así que la verdadera Catherine, esa que solo he podido ver en tan solo una ocasión volverá —anunció Emily sorprendida.

—Si, ya va siendo hora de que todos en esta ciudad vean como soy realmente

—afirmó Catherine pensativa—. ¿Cuándo crees que lo tendrás listo? —.

Necesitaba aquel vestido para la gran velada que tendría lugar en la casa de los Olbrich dentro de dos semanas, para ese entonces ella habría tenido

suficiente tiempo de recuperarse, solo tendría que esquivar cualquier encuentro con David en los días previos al gran baile.

—En diez días estará listo —aseguró Emily—. Imagino que además necesitarás un guardarropa nuevo.

—No puedo permitírmelo por ahora, Emily —dijo apesadumbrada.

La expresión contrariada en su amiga le hizo relatarte la peculiaridad del testamento de su padre y la cantidad limitada que percibirán hasta cumplir las condiciones.

—En realidad encuentro fascinante que tu padre haya previsto algo así —

contestó Emily anonadada—, es algo minucioso y premeditado, desde luego debía conocer el carácter de *lord* Clayton. Ahora entiendo cuando Henry me comunicó esta mañana que tenía una reunión con tu esposo, al parecer cumplirá con su parte y se hará cargo de las empresas del vizconde.

—Si, llegamos a un acuerdo —dijo con desgana recordando esa parte en la que él la rechazaba.

—No pareces muy contenta —afirmó Emily.

—Lo estaré —dijo con una sonrisa—. No te preocupes.

—Bueno, en cualquier caso, te abriré una cuenta y apuntaré en ella todos los vestidos que pienso realizar para ti, ya me los pagarás cuando puedas.

—No puedo aceptar algo así, es demasiado Emily.

—No voy a dejar que la mujer más hermosa de la temporada vista de cualquier manera —dijo Emily negándose rotundamente a que su amiga fuera vestida de cualquier manera.

Esa actitud tan vivaz de Emily era inigualable, pensó Catherine. Quizá por eso tenía tanto éxito en su negocio y lo que estaba aún más segura, su marido estaría profundamente enamorado de ella.

—No soy la más hermosa, de hecho, ahora mismo soy todo lo contrario.

—Ah, pero nadie te ha visto como yo… y créeme, eres la más hermosa —

aseguró—. Te lo dice alguien que ha vestido a casi todas las damas de la ciudad y que se ha fijado muy bien en las que no ha vestido —dijo entre risas contagiando a Catherine.

17

David llevaba días encerrado en el despacho principal de la

empresa de carruajes Grafton enfrascado entre libros de cuentas, pedidos, fechas de entrega de materiales, más pedidos… ¿En serio el vizconde se encargaba de todo eso? Según el duque de Sylverston, que debía reconocer había tenido bastante paciencia al respecto, tenía que estudiar cómo funcionaba la fábrica para poder conocer sus puntos débiles y mejorarlos, esa sería la única forma de obtener beneficios rápidamente.

Mientras estudiaba los otros negocios del vizconde, se dio cuenta de la gran

capacidad que había tenido su suegro para crear aquel imperio y la misma que desde luego tenía Sylverston, ¿Cómo lo hacían? Además, tenían una familia a la que dedicaban tiempo y acudían a los eventos sociales donde desde luego suponía que hablarían de negocios al igual que en los clubs. A él desde luego no le quedaban energías para salir de fiesta por la noche como hacía antes, es más, había recibido varios avisos de Richard preguntando donde se había metido. Aún no había podido ver a sus compañeros de juergas desde entonces e inexplicablemente no es que lo echara mucho en falta, aunque desde luego, la ausencia por la falta de una mujer si comenzaba a hacer mella en él, más aún cuando volvía agotado a casa.

La convivencia con Catherine al menos era cordial, debía reconocer que estaba sorprendido con la nueva actitud que parecía tener su esposa. Parecía bastante independiente, apenas hablaban, pero no le

había reprochado en ningún momento el motivo de su marcha, pese a que le había pedido disculpas cualquier mujer se lo habría echado en cara, sin embargo, Catherine parecía estar conforme al acuerdo al que habían llegado, es más, podría parecer que estaba loco, incluso lo podría achacar al cansancio, pero inexplicablemente comenzaba a ver a su esposa cada vez más tolerable en su aspecto físico, ¿Era eso posible? Tal vez la falta de una mujer podría nublar el juicio de un hombre, pero ¿Tanto como para comenzar a contemplar la posibilidad de acostarse con Catherine? Definitivamente necesitaba una copa.

—Dichosos los ojos que te ven David —dijo de pronto la voz de Richard—.

Así que esto es lo que te tiene tan ocupado para que no te hayamos visto el pelo en más de una semana.

—No es que haya sido elección propia —aseguró.

—¿Entonces por qué no te vienes esta noche? —preguntó con una sonrisa

— No puedo Richard.

—¡Oh venga ya! —exclamó con pesadez.

—Te aseguro que no es por falta de ganas Richard… pero creo que pasaré una larga temporada entre estos muros —admitió apesadumbrado.

—Eso suena aburrido, ¿Acaso te vas a convertir en uno de esos duques serios y trabajadores como Sylverston? —ironizó Richard.

—Como mucho aspiro a cumplir las condiciones que el dichoso vizconde dejó estipuladas y después ya veremos. —Se sinceró.

—¿Condiciones?, ¿Así que el viejo estableció condiciones para heredar? —

preguntó curioso.

—Ocho para ser exactos —dijo mientras le aclaraba algunas de ellas.

—¡Vaya con el vizconde!, ¿Y no hay forma de saltárselas?

—No… se aseguró de que se cumplieran —admitió para su pesar.

—Bueno, pues suerte con tu esposa para darle ese heredero legítimo

que estipula el vizconde. —dijo no pudiendo evitar contener la risa ante la desgracia de su amigo.

—Ah no, de eso se encargará ella sola —admitió—, ya le he dicho que le doy mi permiso para encontrar a quien la embarace y yo me limitaré a reconocer a la criatura —confesó sin pensarlo.

—¿En serio?, ¿Quién crees que iba a ser capaz de tocarla, David? —exclamó dando por sentado que nadie en su sano juicio lo haría.

—Eso es problema de ella —contestó serio, ¿Por qué se lo había tenido que

decir? Sabiendo como era Richard se debería haber callado.

—En fin, supongo que entonces solo te veré en eventos apropiados para la sociedad —dijo mientras se levantaba.

—Tal vez deberías trabajar un poco tú también, quizá se te pegue algo bueno

—dijo en tono bromista.

—¡Ni hablar! —respondió como si fuera la estupidez más grande—. ¡Yo viviré la vida de libertino hasta el fin de mis días!

—Algún día caerás, Richard —afirmó.

Aunque Richard tuviera fortuna propia, a su ritmo tarde o temprano tendría que sentar la cabeza.

—¡Jamás! —respondió sonriente mientras se marchaba.

—Te veré el sábado en la fiesta de los Olbrich —afirmó David.

—Imagino que seducir a una hermosa viuda puede entrar en mis planes —

dijo antes de marcharse confirmando que asistiría.

Catherine fingió unas profundas jaquecas para permanecer encerrada en sus aposentos tres días antes de la fiesta. Afortunadamente el líquido que su tía le había proporcionado requería un menor tiempo de curación y en solo tres días estaría más que recuperada. Había tenido dos semanas para averiguar cuánto duraba el efecto en su piel. Aun así, aprovechó para que su piel se recuperase aún más rápido dándose baños de leche y envolviéndose en vendas de avena como

había aprendido de la primera vez.

Había enviado una carta a Julia, pidiéndole un pequeño favor. Necesitaba que su amiga enviase una carta el mismo sábado por la mañana, requiriendo la

presencia de Catherine para un asunto urgente, asunto que Catherine prolongaría para así evitar tener que ir en el mismo carruaje que David al baile. Aunque Julia desconocía sus planes, sabía que contaría con ella y cuando recibió su respuesta afirmativa, aunque deseosa de saber sus intenciones, Catherine no se lo quiso explicar mediante una carta. Quizás hubiera debido explicarle la verdad de todo aquello, pero pese a que Julia era la primera en no soportar a su tía y su prima, después de todo eran su familia.

Prefirió que no supiese nada hasta que todo Londres se enterase, cosa que ocurriría en pocas horas.

Tal como había previsto David se encontraba aquella mañana fuera de casa cuando recibió la carta por parte de Julia y estando de testigos los criados. Se marchó inmediatamente, más tarde tendría que enviar a Lilith a por su vestido para no levantar sospechas desde el principio.

Cuando llegó a la casa de los Benedict y llamó a la puerta, el ama de llaves la miro con interés, evidentemente no la reconoció. ¿Puede avisar a la señorita Benedict que estoy aquí en respuesta a su carta? —dijo sin dar detalles.

—Si, por supuesto su… —respondió intentando que revelara su nombre.

—Ella sabrá quién soy, ha solicitado mi presencia —dijo Catherine y con un gesto afirmativo el ama de llaves desapareció para lo que parecía avisar a su amiga.

—¿Catherine?, Porqué Olga se refirió a ti como una señ…—Su voz se calló cuando vio el rostro de la mujer que tenía delante de ella—. Tú no eres Catherine —afirmó.

—Si, Julia —dijo elevando su rostro para que fuera más visible a la distancia que las separaba—. Soy Catherine.

—¡No es posible! —exclamó llevándose una mano a su boca para disimular su sorpresa.

—Tengo una historia muy larga de contar, pero si no te importa

preferiría que fuera en un lugar privado y que nadie de tu familia me viera.

—¡Claro que sí!, ¡Por Jesucristo que aún no me creo que seas tú! —repitió mientras subían las escaleras hacia los aposentos de Julia.

—Mi señor el almuerzo está listo —anunció el mayordomo cuando entró en casa ayudándole a acomodar el sombrero y su chaqué en la entrada. Además de la carpeta de documentos que había decidido traerse para repasar esa tarde y matar el tiempo de alguna forma hasta prepararse para ese dichoso baile al que no le apetecía en absoluto asistir.

—Gracias Alfred —dijo cuando al fin se había aprendido el nombre del mayordomo.

David entró al comedor y solo vio que habían preparado un cubierto.

—¿Sigue mi esposa con esas fuertes jaquecas? Lo cierto era que llevaba tres días sin verla y resultaba de lo más extraño. Ni tan siquiera salía para desayunar, solo entraba a su habitación su doncella Lilith para servirle las comidas, ¿Tal vez no estuviera lo suficiente recuperada para asistir al baile?

Eso podría ser un motivo justificado.

—No mi señor —respondió el mayordomo—. Su esposa recibió esta mañana una carta de la joven señorita Benedict, al parecer requería su presencia con urgencia y más tarde informó de que se iba a retrasar, de hecho envió una nota pidiendo que su doncella le llevara su vestido para el baile, según parece asistirá junto a la joven señorita Benedict.

—Está bien, Alfred —asintió mientras se dejaba de preocupar por ello, así no tendría que esperar a que su esposa se arreglara para la dichosa fiesta y podría ir cuando él quisiera—. Que sirvan entonces el almuerzo inmediatamente.

—¡No puede ser!, ¡Será vieja bruja esa mal nacida de mi tía!, ¡No puedo creer que sea mi tía! —exclamó Julia estupefacta cuando Catherine le contó toda la historia; desde su viaje al ducado de Florencia, el burdel de su tía Camelia, el aceite envenenado de *lady* Elisabeth, los desplantes de David y las condiciones del vizconde.

—No importa Julia —dijo mientras le cogía una mano— A partir de esta noche, todos sabrán quien es la verdadera Catherine.

—¡Dios mío Catherine!, ¿Sabes la cara que pondrá David cuando te vea? ¿Y

Amelia?, ¡Se morirá de la envidia! —dijo riéndose ante ello.

—En realidad desconozco sus reacciones, pero espero que desde luego no les será indiferente —mencionó acompañándola entre risas.

—Creo que no serás indiferente para nadie esta noche —admitió.

Se había realizado un recogido bajo haciendo que todo su cabello rubio permaneciera lejos de su rostro y colocó unas diminutas flores blancas alrededor para decorar el recogido.

El vestido de su madre que Emily había arreglado minuciosamente le quedaba como un guante, ajustándose perfectamente a su ahora más que esbelta cintura. Había prolongado el decorado de pedrería en la falda, haciendo que éste luciera como un manto de estrellas en una noche despejada. Sin mangas, sin cuello, luciendo por primera su nítida y blanca piel en su tierra natal. Se enfundó en unos guantes de raso blanco que llegaban por encima del codo, el estrecho corsé hacía que su pecho luciera un

escote deseable y. cuando se observó en el espejo se estremeció de sí misma al contemplar la imagen que éste reflejaba.

—Tengo la certeza de que tendré que apartar las manos a mi hermano de ti durante el trayecto a la mansión de los Olbrich.

—No exageres —rio Catherine contrariada.

— No estoy exagerando, sin duda eres increíblemente hermosa Catherine.

Ahora entiendo por qué mi tía hizo aquello —afirmó segura—. Eres indudablemente mucho más hermosa que Amelia.

—¿Crees que habría hecho todo eso solo para no ser competencia de su hija Amelia? —preguntó no habiendo sopesado esa posibilidad.

—Conociendo a mi tía y el amor que le profesa a esa hija malcriada que tiene; sí, pero no le ha servido de nada—confirmó—. Ahora vayamos que Robert ha de estar desesperado y maldiciendo porque llegaremos tarde.

—¡Julia llegamos tarde! —exclamó la voz masculina al final de la

escalera.

Catherine se paró un instante antes de ser consciente de lo que iba a hacer, respiró profundamente y se recogió la falda para bajar la escalera.

—Si, si, si —decía Julia mientras bajaba mucho más rápido que Catherine—.

Siempre quejándote, si tuvieras que ponerte un vestido entenderías porque tardamos tanto en arreglarnos querido hermano —refunfuñó.

Al no recibir respuesta, Julia miró a su hermano que parecía anonadado observando a la dama que bajaba las escaleras de su propia casa.

—¿Impresionado eh? —susurró cuando llegó a su lado y le puso un dedo en la mandíbula para que saliera de su asombro.

—¿Quién es? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Es *lady* Catherine Clayton —respondió Julia orgullosa de decir aquel nombre.

—¿Qué? —exclamó Robert mirando a su hermana.

Conocía de sobra a *lady* Catherine Clayton y no era esa mujer, ¡Ni de lejos era tan hermosa!

—Hola, Robert —dijo ahora Catherine que ajena a la conversación de los hermanos había llegado hasta el pie de la escalera.

—¿Eres tú, Catherine? —preguntó.

Su voz desde luego sonaba igual y sus ojos… si, el color de sus ojos parecía el mismo, además del color de su cabello.

—Si, soy yo… aunque no lo parezca —sonrió.

—¿No decías que era tarde querido hermano?, ¡Dejad la cháchara para el camino! —apremió Julia mientras se cogía del brazo de Catherine para salir por la puerta después de ponerse sus correspondientes capas para no pasar frío durante el trayecto.

La mansión de los Olbrich estaba algo alejada de la ciudad, a las afueras para ser más exactos, eran famosos por sus inmensos jardines y fuentes de agua, solían dar esa fiesta en unas fechas en las que se

pudiera pasear al aire libre, aunque el baile se desarrollara en el salón principal.

18

Catherine estaba nerviosa, era muy probable que David ya hubiera llegado y que tanto su madrastra como Amelia se encontraran allí. De pronto sus fuerzas y seguridad en sí misma comenzaban a flaquear, ¿Como se le había podido ocurrir que revelar como era realmente en un baile delante de todos era una buena idea?, ¿Y si se volvía a casa? No. No podía porque estar allí era una de las condiciones que debía respetar, ya no había salida, tendría que afrontar las cosas como las había pensado y que fuera lo que Dios quiera.

—Te veo bastante solo, David.

David reconoció la voz de Richard y cuando se giró para observarle vio que estaba con Andrew así que saludó a los dos.

Hacía más de una hora que había llegado, él había sido puntual y solo esperaba que su dichosa esposa apareciera, porque si después de que se estaba partiendo el lomo como un negro para conseguir ese tres por ciento de beneficio ella osaba ni presentarse y echar a perder todo en el primer evento al que debían acudir, la mataría con sus propias manos.

—Si, mi esposa tenía un asunto que tratar y vendrá con los Benedict.

—Aprovechemos mientras tanto su ausencia para observar el mercado, ¿Has visto algo interesante? —preguntó Andrew.

—Lo cierto es que no, aunque puede que la viuda de Astrid sea de vuestro agrado si obviamos su prominente nariz —dijo dando un

sorbo a su copa.

—Tal vez su nariz se compense con sus pechos —dijo comenzando a reír Richard cuando la visualizó con su mirada.

El duque de Sylverston se acercó a él mientras Richard y Andrew seguían analizando el salón en busca de alguna presa que llevarse a los jardines para tener un encuentro a escondidas.

Enfrascados en la conversación observaron que el salón se había quedado más silencioso de lo normal, observó a Sylverston fijar su mirada al frente e inevitablemente David que estaba de lado miró en aquella dirección para encontrarse con la mujer más increíblemente hermosa que había visto en su vida.

¿Quién era esa deliciosa joven? Sus cabellos rubios como a él le gustaban, su delicada piel nítida y blanca como la nieve que pese a la distancia parecía ser

pura seda, aquellas mejillas rosadas, esos labios hechos para el pecado; carnosos y algo enrojecidos. Sus profundos ojos azules que probablemente resaltaban aún más por ese vestido hermoso que acentuaba cada una de sus curvas. Si, indudablemente era la dama más exquisita que había tenido el placer de ver y había visto a muchas damas a lo largo de su vida, debía reconocer.

Cuando vio que iba al lado de Robert, pensó que tal vez sería algún pariente de él, ¿Una prometida?, ¿Una prima? Conforme se acercaban a ellos podía apreciar cada vez mejor la belleza de aquella dama y podía juzgar por sí mismo que lejos de haberse equivocado se había quedado corto en su descripción. Daría lo que fuera por tener aquella mujer, aunque fuera solo una noche en su cama. Algo en su caminar conseguía que nadie dejara de mirarla, su porte era elegante y eso acompañado de su increíble belleza la hacían ser única. Definitivamente esa mujer no era de allí, debía ser extranjera o no habría pasado desapercibida para él.

—Querida, el vestido es precioso, pero en ti luce increíblemente hermoso.

Esta noche estás encantadora Catherine —dijo *lady* Emily Sylverston.

Cuando David escuchó la voz de la duquesa de Sylverston frente a él se quedó estático, ¿Eran imaginaciones suyas? Porque había escuchado el nombre de Catherine perfectamente y se suponía que su esposa iba a llegar acompañada de los Benedict. No, imposible, solo se

trataba de una mera coincidencia.

—¡Oh Emily! Gracias —contestó con una sonrisa Catherine mientras por dentro estaba de los nervios. Tenía a David a tres pasos a su izquierda y no sabía de qué forma debía presentarse, ¿Tendría que hacerlo? Abrazó a su amiga con cuidado por el estado de su embarazo que, aunque no era muy

avanzado ya era más que evidente. No podía evitar pensar si ella se vería así algún día no muy lejano, descartó momentáneamente ese lapsus en su mente y se concentró en aquel instante—. Pero es gracias a tus habilidades que el vestido quedo hermoso. —argumentó alabando la majestuosa virtud que tenía su amiga en la confección de vestidos.

—Sin duda Emily tiene un don para la moda —intervino Julia sonriente.

David se quedó algo silencioso observando la situación mientras la duquesa de Sylverston, la hermana de Benedict y aquella preciosa dama que cada vez la encontraba más hermosa si era posible hablaban sobre banalidades.

—El lunes me pasaré por tu despacho y concretaremos todo —mencionó *lord* Sylverston haciendo que tuviera que dejar de mirar a aquella dama por unos instantes.

—Ah, sí claro —respondió por inercia, si tan siquiera pensar en lo que le había dicho, ¿Que le ocurría?, ¿Desde cuándo una sola mujer había tenido aquel poder de embelesarlo hasta tal punto?

—Querido señor Clayton —dijo de pronto la dulce voz de la duquesa de Sylverston.

David volvió su mirada de *lord* Sylverston hacia la esposa de éste que acababa de llamar su atención y se dio cuenta de que le acompañaba aquella exquisita dama de cabellos rubios.

—Es un placer verla *lady* Emily —respondió educadamente.

—¿No le parece que su esposa luce hoy muy hermosa? —preguntó la duquesa de Sylverston y con un gesto de manos señalo a aquella preciosidad de mujer.

Si no fuera porque mantenía una mano debajo de la copa, habría jurado que se le habría resbalado de los dedos y posteriormente hecho

añicos en el suelo de aquel salón.

Su esposa. La duquesa de Sylverston había dicho literalmente *su* esposa, solo que Catherine no podía ser esa joven de piel nítida y más hermosa que una diosa griega. No es que hubiera visto a muchas diosas griegas precisamente, pero estaba seguro de que debían ser así.

—¿Cómo? —exclamó.

No quiso quedar como un auténtico estúpido delante de las damas, pero ¡Por todos los santos!, ¡Esa no era su esposa!, ¡Mas quisiera él que lo fuese!

En ese momento aquella beldad le miró directamente a los ojos y al fijarse pudo apreciar el color que debía reconocer era muy parecido al de Catherine.

Vino a su mente la imagen de la primera vez que bailó con ella en la mascarada, cuando se dijo a si mismo que con aquella máscara podría decir que la joven detrás de ella era hermosa por sus ojos y sus labios.

—Creo que mi querido esposo no encuentra las palabras apropiadas para decidir si estoy realmente hermosa o no con este vestido —dijo Catherine sin dejar de mirarle, como si le estuviera retando a alguna clase de juego.

—Debo reconocer que yo no… que no…

—¿Esperaba que estuviera tan hermosa esta noche? —añadió Julia como siempre entrometiéndose en todas las conversaciones.

—¿Me permiten un momento a solas con mi esposa? —preguntó a todos dando por sentado que nadie se opondría y cogiendo a aquella hermosa joven de la que aún no se creía que fuese Catherine pese a que todos parecían

afirmar que lo era, se encaminó hacia los jardines que había en el exterior.

—¿Se puede saber quién eres? —preguntó sin rodeos cuando nadie los escuchaba.

—Soy *lady* Catherine Clayton, marquesa de Normanby y tu esposa —dijo con una sonrisa cínica por respuesta.

—Tú no eres mi esposa, ¡Es imposible! —gritó mientras la seguía

prácticamente arrastrando hacia un lugar más lejano de aquella casa.

—¡Suéltame! —respondió tratando de soltarse de su agarre—. ¡Me haces daño! —gritó.

El observó cómo se llevaba una mano al lugar donde él la había agarrado fuertemente, ¿En qué momento había perdido el control de sus actos?

Aquella mujer lo iba a volver loco, fuera o no una impostora estaba seguro de que le volvería loco.

—Quién eres.

No fue una pregunta, era más bien una exigencia.

—Soy *lady* Catherine Clayton — repitió algo cansada—. Hija del vizconde de Grafton y de *lady* Isabella Lavender. Y por si eso no te convence aparte de las personas que has visto que afirman que soy yo —dijo haciendo una pausa para mirarlo directamente a los ojos mientras se cruzaba de brazos—. Mi padre te compró para casarte conmigo, supongo que debiste estar demasiado endeudado para acceder. —-Su tono era un tanto de reproche—. Tal y como bien me dejaste claro desde el mismo momento en que nos casamos, llevaríamos vidas separadas, ¿Lo recuerdas? Así como me dejaste bien claro que debo cumplir con la octava condición por mi cuenta.

—Yo no…

—Antes de que digas nada —dijo interrumpiéndole sin dejarlo hablar —. Te diré que yo cumpliré mi parte como te dije, así que tu dedícate a cumplir con la tuya.

No le dejó hablar, se dio media vuelta y caminó de regreso a la casa donde estarían sus amigos. Las manos aún le temblaban de aquel enfrentamiento, ahora David sabía quién era, ¿La habría encontrado hermosa? Ni siquiera sabía porqué deseaba saberlo.

Catherine volvió junto a Emily y Julia, aunque su vuelta duró solo unos instantes puesto que demasiados caballeros desconociendo su identidad comenzaron a solicitar su permiso para bailar. Ella indudablemente aceptó a todos y cada uno de ellos, no haciendo excepción alguna, incluso cuando aquel tal Richard con mirada lasciva pidió un baile con ella.

David solo tenía ojos para Catherine, para su esposa que para su

desgracia no dejaba de ser cortejada por cada caballero que había en aquel salón.

—Eres un esposo demasiado permisivo, *lord* Clayton —dijo Benedict cuando se acercó a su rincón solitario—. Si yo tuviera a esa preciosidad por esposa no dejaría que se le acercara ni una mosca a su lado.

—Cuidado con tus palabras Benedict —dijo en un tono posesivo.

—¡Vaya!, ahora resulta que te agradará estar casado después de todo…—dijo riéndose mientras se alejaba.

—¿Desde cuándo tu esposa ha pasado de ser la mujer más horrenda de la ciudad a la más hermosa?, ¡No sabes cuánto me alegraré de darte ese heredero, Clayton! —exclamó la voz de Richard mientras le daba una

palmada en el hombro.

David apretó su mandíbula y cerró los ojos pensando en lo que significaba aquello que acababa de decir Richard, pensar en Catherine con cualquier otro hizo que apretara con tanta fuerza la copa que tenía en su mano que ésta explotó haciéndose añicos.

—Si se te ocurre ponerle una sola mano encima a mi mujer, eres hombre muerto — terció y le observó de tal forma que su amigo enmudeció.

—David, estas sangrando —dijo Catherine al verle.

Cuando David se giró y contemplo de nuevo a la que era su mujer, a aquella figura bella, delicada y sencillamente hermosa no supo reaccionar, por primera vez vio a través de su rostro que sí era la Catherine con la que se había casado, enfundada en un delicioso cuerpo lleno de curvas, con una piel sin imperfecciones, pero indudablemente tuvo que reconocer que era ella.

—Nos vamos —contestó firme sin dejar de mirarla.

—Pero aún no ha acabado… yo… —comenzó a decir.

David pensó que le diría que ella se quedaba probablemente para buscar a ese supuesto amante que él le había inducido a tener. Ni hablar, no la iba a dejar sola ni un segundo.

—Eres mi esposa y te vienes conmigo —sentenció mientras la cogía del brazo, esta vez de forma suave y salían de aquella casa sin apenas despedirse de nadie.

Su carruaje quedaba cerca de la entrada por lo que la ayudó a montarse en el mismo con la mano que no le sangraba y subió tras ella mientras golpeaba el techo del vehículo para que se pusiera en marcha.

—Toma —dijo ella ofreciéndole un pañuelo para envolver su mano.

La respuesta de David fue ofrecerle la mano para que ella se la vendara, mientras Catherine cumplía con aquella labor, él no dejó de observarla, ¡Por Jesucristo!, ¿Quién iba a pensar que aquella joven de aspecto horrendo pudiera esconder a una mujer tan increíblemente preciosa?

La idea de que había estado jugando con él todo ese tiempo pasó por su mente y tomó forma, sin duda alguna esa mujer debía tramar algo.

—Quiero saber por qué me has mentido todo este tiempo, es más, exijo saberlo —dijo cuando Catherine le devolvió su mano al terminar de vendar el pañuelo en ella.

¿Había escuchado bien? David le reprochaba que le había estado mintiendo,

¿Acaso creía que aquella tortura durante años era fingida? Bueno…

realmente le había mentido desde que había vuelto al no revelarle que estaba curada, pero ¿A él que más le daba? Si ya la rechazó el día de su boda y posteriormente en la lectura del testamento.

—¿Porque has fingido esa enfermedad Catherine?, ¿Es alguna clase de juego mezquino? —afirmó David probablemente debido a su silencio.

David no entendía la astucia que a veces se gastaban algunas mujeres, pero desde luego la suya debía estar loca para tramar algo así, ¿Con que intenciones lo habría hecho? No le importaba, lo averiguaría tarde o temprano.

—Puedes pensar lo que mejor te convenga —contestó.

David confirmó con aquella respuesta aún más sus sospechas de que su esposa le ocultaba algo.

Catherine determinó que no iba a contarle nada, primero porque no eran formas de exigirlo y segundo porque si realmente por remota que fuera la posibilidad, pero que podía serlo, Amelia tenía razón y David de alguna forma la quería no estaba dispuesta a revelarle lo que su madrastra y ella le habían hecho para que se lo contara. No. Por el momento fingiría que se había recuperado milagrosamente y solo sus más allegados conocerían la verdad.

La noche no había resultado del todo como ella esperaba. Tampoco era que quisiera a un David rendido a sus pies, de hecho, no lo deseaba aún. Quería conseguir que suplicara, pero que lo hiciera de verdad y no por verla hermosa.

Su expresión al verla había sido memorable, aunque todo había cambiado al revelarle quién era, como si no aceptara la realidad y cuando lo hizo pasó del asombro a la estupefacción y después a la decepción o eso creía.

No sabía que podría haberle dicho el señor Richard Hayden para que David hubiera roto el vaso con sus propias manos, pero desde luego debió decirle algo que no le gustó para provocar ese arranque de ira y odio que vio en sus ojos. Lo cierto era que se moría de la curiosidad por saber que habría sido puesto que todo ocurrió después de que bailara con aquel patán de Hayden que lejos de asombrarse al revelarle que era la esposa de su amigo y ser educado, fue un completo libertino tratando de cortejarla con lisonjas y sin andarse con rodeos casi le hizo una proposición que desde luego ella evitó haciéndose la ingenua al tratarse de él.

Richard era apuesto, había que reconocerlo y probablemente tendría a más de una jovencita loca por él, pero desde luego que a ella no. Su orgullo prepotente, sus modales y formas, hacían que el atractivo de aquel hombre se

esfumara al ser opacado por su comportamiento.

Quizás con David debería de haber sido del mismo modo, pero no podía evitar contemplarlo de otra forma, tal vez fuera por el hecho de ser su esposo, porque lo consideraba el hombre más apuesto y atractivo que había conocido o por la simple y llana razón de sentirse enamorada de él y no poder negarlo, aunque sí ocultarlo.

Mientras se desvestía recordó que no había visto a *lady* Elisabeth ni Amelia en el baile, era muy extraño que no hubieran asistido teniendo en cuenta la importancia del evento. Tal vez ella no las vio, pero sí

estaban allí, después de todo se había pasado todo el baile en la pista y ahora que lo recordaba sus pies estaban algo doloridos.

No reclamó la ayuda de ninguna doncella para prepararse, se cepilló el cabello, se puso su camisón de seda y encaje y se deslizó entre las suaves sábanas de su mullida cama con el único pensamiento de que aún no podía creerse que David pensara que todo aquello había sido una estratagema con algún fin inexplicable.

«Llegará el día en que pidas clemencia por todos tus actos David, me aseguraré de que así sea» se dijo mentalmente mientras se colocaba de lado y se abrazaba a su almohada antes de entrar en un profundo sueño.

19

David no podía dormir, definitivamente no podía, ¡Menos aun

teniendo la tentación a una puerta de distancia! Pero tenía que ser frío… esa mujer le había engañado, ¡Tenía que haberlo hecho! De lo contrario no se explicaba ese cambio tan radical en tan poco tiempo, ¿A cuento de qué?

Ahora la intriga de saber dónde había estado todo el tiempo que estuvo ausente comenzó a abrumarlo, ¿Habría tenido amantes?, ¿Habría estado con otros hombres?, ¿Sería aún virgen y pura?

—¡Diablos! —gritó con furia mientras tiraba contra la chimenea apagada el vaso que tenía en su mano no dañada haciéndolo añicos. Era el segundo vaso que rompía aquella noche por no controlar todo lo que estaba sintiendo al mismo tiempo.

Se sentía frustrado, engañado, lleno de ira y de celos. Sí, por primera vez en su vida sentía unos celos atroces por ser consciente de que no quería que nadie tocara algo de su propiedad. Pero si no le importaba hasta hacía unas horas, ¿Por qué ahora sí? Conocía muy bien la respuesta… pensaba que nadie tocaría a la antigua Catherine, por lo tanto ¿Qué celos podría tener de algo que estaba seguro de que nadie desearía? Ahora no era así, todos los caballeros y no tan caballeros de la sociedad la deseaban, ¡Hasta el más patán de ellos la desearía!, ¡Él mismo la deseaba!

No iba a permitir que ningún hombre se acercara a ella,

definitivamente no lo haría así tuviera que contratar a alguien que siguiera sus pasos para asegurarse.

¡Maldito fuera el día en que le dije que reconocería al hijo que tuviera de otro!, ¿En qué estabas pensando, David? Se dijo a sí mismo mientras se desplomaba en el sillón del antiguo despacho del vizconde que ahora era suyo.

Ella había jugado bien sus cartas, pensó. Había conseguido que le declarase formalmente que era libre para estar con otros hombres, pero no le iba a salir bien su jugada… definitivamente no iba a lograr lo que sin duda había ideado desde un principio. Él mismo iba a arruinar cada una de sus conquistas y si tenía un amante, lo mataría con sus propias manos si era necesario.

—¡Arriba niña! —exclamó Lilith.

El inesperado frío hizo que Catherine se removiera entre las sábanas buscando de nuevo el calor que estas le proporcionaban al haber sido arrebatadas.

—Es tarde y debes prepararte para el té que dará la Señora Fernsby.

—¡Ah, es verdad! —exclamó con desgana—. El dichoso té.

Odiaba la idea de encontrarse con un montón de damas refinadas sin que sus amigas estuvieran presentes porque ellas si habían puesto una excusa para no acudir a esa reunión, pero David y ella no tenían excusa, debían cumplir con el testamento.

—¿Que tal fue la velada? —pregunto inquisitiva Lilith.

—Bastante bien, David no me reconoció al principio, pero al final acabo aceptando que era yo.

—Es normal, no creo que muchos de los presentes aceptaran fácilmente que eras tú, pero desde luego hoy se correrá el rumor por todo Londres como la pólvora.

Lilith tenía razón, la gente la observaba y Julia se encargó de decir quién era ella… aunque muchos parecían ser reacios a creerlo.

—Lo cierto es que me extrañó no ver a *lady* Elisabeth y Amelia en el baile.

Fue extraño. Juraría que no se lo perderían por nada del mundo —dijo

mientras se echaba el agua fresca sobre el rostro que acababa de traerle para refrescarse.

—Ah, ¿No fueron? —exclamó la doncella sonriendo maquiavélicamente.

Ese hecho hizo pensar a Catherine que ella sabía la razón.

—No sé por qué intuyo que sabes la razón del porqué no acudieron y casi me atrevo a decir que tuviste algo que ver en ello.

—Bueno… —dijo un tanto distraída la doncella—. Puede ser que sin intención alguna desde luego —reiteró—. Uno de los aceites que se me olvidó llevar con nosotras al ducado de Florencia se colocara accidentalmente en el tocador de la habitación que ocupa la señorita Amelia.

—¡Lilith! —gritó sin poder contener la risa al imaginarse a su hermanastra como la gorda sarnosa que tantas ocasiones le había exclamado a ella.

—¡Se lo merecía! —gritó la doncella—. Además… fue por tu bien —dijo para convencerse a sí misma—. Pensé que *lady* Elisabeth podría dejarte en evidencia delante de todos y ahora en cambio que ya lo saben, no podrá más que aceptar su derrota.

—No voy a discutirlo —dijo mientras dejaba el paño con el que se había secado al lado de la palangana donde estaba el agua—. Es más, te estoy agradecida por ello, Lilith, pero no quiero que asumas riesgos por mi —dijo seria—. *Lady* Elisabeth debe saber que fuimos nosotras y si no lo sabe con certeza, deberá intuirlo… con ese acto le hemos demostrado que sabemos lo que me hizo todos estos años.

—De todos modos, iba a saberlo cuando te viera mi niña, esa mujer no tiene un pelo de tonta. Lo único que lamento es no haber podido verle el rostro a esa niña mimada con el aspecto que le habrá dejado esa hiedra venenosa en la piel.

La risa de Catherine volvió imaginando el aspecto de su hermanastra, además de sufrir los picores que ella había tenido que soportar durante años. Si, desde luego que ver aquello habría sido sin duda alguna una dulce recompensa.

Eligió un vestido en tonalidades verdes para ese día. Gracias a Emily tenía un surtido bastante amplio de preciosos y elaborados vestidos a la última moda que desde luego llamarían la atención. No sabía cómo

lo hacía su amiga para acertar con el gusto apropiado de cada dama, porque desde luego con ella lo hacía a la perfección.

La falda era algo más elaborada que el que había lucido la noche pasada de su madre con una caída recta, en este caso los pliegues al final de la misma le daban un toque distintivo que, en contraste con el bordado del corpiño y los encajes de las mangas lo hacía ser peculiar. El juego de tonalidades verdes junto a los pequeños detalles como los botones, el hilo dorado del corpiño o las puntillas blancas de los encajes combinaban a la perfección de tal manera que se sentía cautivada. Además, se ajustaba perfectamente a su estrecha cintura y se adaptaba a sus formas donde era debido que lo hiciera.

Se hizo un recogido algo bajo puesto que ella no se terminaba de ver con grandes y aparatosos recogidos de pelo postizo que le parecían demasiado ostentosos en algunas damas. Prefirió algo sencillo y teniendo en cuenta que se tendría que poner el sombrero, un recogido alto le estorbaba.

David estaba esperando a su esposa para acudir a aquel dichoso té. No era partidario de ese tipo de eventos, le parecía de lo más aburrido tener que escuchar conciertos musicales y parlotear con las damas y los pocos caballeros que decidían acudir, pero lo organizaba un miembro importante de la sociedad y según el programa que el abogado les había dado al día siguiente de la lectura del testamento, aquella velada formaba parte de los eventos importantes a los que estaban obligados a acudir.

Para su suerte, no tendrían que asistir a ninguna otra velada hasta el viernes próximo, por lo que se podría evadir de tales nimiedades hasta entonces y

concentrarse en los negocios que ahora eran suyos y que después de todo estaba comenzando después de varios dolores de cabeza a entender.

Comprobó la hora en el reloj de bolsillo, si su esposa no bajaba pronto, llegarían tarde. Sinceramente le daba igual llegar tarde o no, por lo tanto, no la apremió a que se diera prisa. No la había visto desde la noche anterior, puesto que había desayunado en su habitación y no había querido almorzar tras haber desayunado demasiado tarde.

Escuchó ruido de puertas en la planta superior y alzó la vista desde el hall de entrada, comprobó lo que parecía ser un trozo de tela de color

verde que tomaba forma y la visión de Catherine apareció ante sus ojos.

¡Virgen santa! Pensó al verla ahora a la luz del día sin ninguna sombra que entorpeciera su visión, era definitivamente hermosa sin lugar a duda.

Su instinto fue sonreír, pero recordó la discusión que habían tenido y la sonrisa se disipó inmediatamente. En cambio, Catherine sí sonreía por alguna extraña razón que a David se le escapaba. Su único razonamiento fue que aquella mujer tenía que ser demasiado insensible y fría para hacerlo después de como lo había engañado todo ese tiempo jugando con su aspecto.

Catherine no pudo evitar sonreír al ver a David y recordar la travesura de Lilith, ¡Si David viera a Amelia ahora mismo estaba seguro de que ya no la desearía! Al igual que no la había deseado a ella cuando estaba en la misma situación. Se fijo en su semblante serio y taciturno, lo que provocó que su sonrisa se apagó, ¿Qué problema tenía ahora?

—Veo que pareces divertirte —dijo en un tono despectivo.

—¿Acaso es un pecado hacerlo? —respondió en un tono sensual.

David tragó saliva para poder asimilar esa respuesta y más aún la forma en la que lo había pronunciado. Observó como su esposa se colocaba aquel sombrero y aprovechó para estudiar su esbelta figura, ¿Cómo había podido adelgazar tanto en tan poco tiempo? Ahora que lo recordaba una imagen de los últimos días le vino a la mente recordando que los vestidos le quedaban algo holgados repentinamente.

—No me has respondido —dijo Catherine sacándolo de sus pensamientos.

—No, no lo es —respondió a su pregunta—. Pero sí lo es engañar.

Catherine que le había dado la espalda para colocarse el sombrero frente al espejo se giró de medio lado y le miró directamente a los ojos.

—Entonces seríamos ambos pecadores, ¿No? —exclamó.

El supo por su mirada a qué se refería exactamente, ¿Le estaba reprochando haber metido a aquella fulana en casa? No se lo había reprochado anteriormente, ¿Por qué lo hacía ahora? Quiso rebatir su

respuesta, pero no tuvo con qué hacerlo, después de todo en eso Catherine tenía toda la razón muy a su pesar.

Tal como había previsto había más damas que caballeros en aquella velada y para su desgracia los pocos que había no le quitaban el ojo de encima a Catherine. Por suerte para él, ella parecía ajena a las constantes miradas y estaba entretenida con algunas damas que parecían sorprendidas tras revelar su nombre. Desde luego el impacto que había tenido en la sociedad su nueva esposa se había convertido en el tema de conversación de todo Londres.

—¿Quién lo diría? —exclamó la voz de un caballero que se acercó a David haciendo que éste tuviera que apartar la vista de su esposa unos instantes para reconocer al duque de Buccleuch.

David le saludo con un gesto cordial de cabeza reconociéndolo sin responder a su pregunta, no era por ser descortés, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Condenadamente rica e insufriblemente hermosa —añadió el duque ante el silencio de David—, creo que en estos precisos instantes eres la envidia de cualquier caballero que busque esposa, *lord* Clayton —se sinceró.

—¿Es usted uno de ellos su excelencia? —preguntó directamente.

—Desgraciadamente si —dijo con seriedad.

El duque de Buccleuch no era un hombre apuesto, aunque las damas le miraban por sus indiscutibles ojos azules y su porte elegante. No solía sonreír y se le consideraba un hombre bastante taciturno. Había tenido dos esposas y las dos habían fallecido sin darle un heredero varón para su condado por lo que sin duda alguna estaba buscando a la tercera esposa que le diera ese heredero.

—Suerte en ello *lord* Buccleuch, aunque esa bella dama me pertenece solo a mi —sentenció.

La posesividad en sus palabras volvió a salir a flote y aún no entendía porque le molestaba tanto que otros caballeros hablaran así de Catherine como alguien deseable, admirable y que le envidiaran a él por ser su esposo. Tal vez no sentiría esa posesividad si ella fuera realmente suya, si le perteneciera de verdad porque, aunque fuera su esposa no podía tocarla, ¿O sí podría?,

¿Qué ocurriría si intentara tocarla?, ¿Hacerla suya? Después de todo

era su esposo y se debía a él…

El concierto de piano estaba siendo bastante aceptable, pensó Catherine.

David estaba sentado a su izquierda y parecía estar bastante interesado en la

joven que manejaba las teclas de aquel instrumento, una bella joven de piel blanquecina y cabellos castaños era bastante hermosa pese a no llegar a la altura de la belleza de su hermanastra Amelia.

Se quitó la idea de la cabeza sobre comparar todas las damas con Amelia como si fuera la mujer más hermosa de toda la ciudad por más que *lady* Elisabeth asegurara que lo era. No lo era, de hecho, ella consideraba aún más hermosa a *lady* Emily y ya que estábamos incluso a sus amigas; tanto Julia cómo Susan le parecían lo suficientemente aceptables como para competir con su hermanastra.

Cuando finalizó el concierto, el té se prolongaba durante un par de horas más para hablar sobre el mismo y seguir teniendo una excusa para tratar asuntos sin importancia. Catherine deseaba marcharse, pero no se le ocurría que excusa dar al respecto para hacerlo.

—Querida, no he tenido ocasión de preguntar estando tan impresionada por tu cambio de aspecto tan favorable, ¿Qué tal se encuentra la señorita Barston?

—preguntó la señora Ferguson, una amiga de *lady* Elisabeth.

—¿Por qué lo pregunta señora Ferguson? —preguntó fingiendo inocencia.

—¡Oh!, ¿No lo sabe? —exclamó la mujer evidentemente emocionada porque tenía un nuevo chisme que contar. Catherine mantuvo silencio para saber que versión habría dado su madrastra sobre no acudir a ningún acto social—. Al parecer la joven señorita Barston ha contraído un resfriado y debe permanecer en cama unos días, es una pena que se pierda gran parte de la temporada y más teniendo en cuenta que es su segunda temporada —dijo aquello dando a entender que era prácticamente su última oportunidad para encontrar marido.

—¡Oh que lastima! —contestó con fingido estupor Catherine para parecer preocupada por su hermanastra—. Precisamente iba a pasar por Kensington para visitarlas antes de volver a casa.

—¿Están viviendo en Kensington?, ¿Ya no viven en la mansión familiar de Park Lane? —exclamó asombrada.

De todos era conocido que el mejor barrio para vivir en la ciudad era Park Lane y donde estaban las mejores casas.

Catherine puso su mejor sonrisa antes de soltar el que sería el próximo chisme que recorrería todo Londres después de su sorprendente cambio.

—¡Oh!, ¡Desde luego que no! —exclamó acompañando con un gesto de mano contrariado como si fuera evidente—. Mi padre nos heredó la mansión a mi esposo y a mí. Evidentemente no podíamos compartirla, somos un matrimonio de recién casados y no estaría bien tener a una joven soltera en casa —añadió con una sonrisa de complicidad—. Aunque por supuesto, fui compasiva y les dejé mi casa de Kensington para que tuvieran un lugar donde vivir, compréndeme, no podía dejar que vivieran en la calle.

La expresión de aturdimiento que contrajo la señora Ferguson no tuvo desperdicio.

—¿Es que el vizconde no las tuvo en consideración cuando repartió su herencia? — preguntó descaradamente.

—¡Oh, si! —dijo mordaz—, le dejó una casita en los Hamptons a *lady* Elisabeth y una modesta renta para llevar una vida tranquila.

—¡Oh!, ¡Bendita seas, querida!, Menos mal que has sido generosa con ellas, eso dice mucho de ti —respondió con una sonrisa.

Catherine sabía que estaría deseosa de contarlo a todas sus amigas, si sus cálculos no fallaban antes de que terminara la velada todos estarían al corriente y si había algo que la sociedad no perdonaba en esos círculos; era ser pobre, mucho más que no poseer belleza alguna.

—Creo que iré a buscar a mi esposo para irnos. Ha sido un placer hablar con usted señora Ferguson —dijo despidiéndose cordialmente.

—El placer ha sido todo mío querida. La llamaré para que venga a tomar el té a mi casa con mi grupo de amigas, sería todo un placer tenerla entre nosotras.

—Por supuesto que aceptaré encantada —contestó sonriendo esta vez de verdad.

Ahí estaba, *lady* Elisabeth iba a pasar a un segundo plano desde ese momento y ella no podía estar más satisfecha con ello.

20

David esperaba ansioso el momento de marcharse, así que cuando vio que su esposa se acercaba a él se despidió formalmente de los caballeros con los que estaba manteniendo una conversación poco interesante y acudió a su encuentro.

—Me gustaría pasarme por nuestra casa de Kensington para visitar a mi hermanastra, según me han comentado no parece encontrarse bien.

Tenía la excusa de la señora Ferguson sobre el padecimiento de Amelia y

aprovecharía las circunstancias a su beneficio, iba a ser todo un deleite si David veía a Amelia en aquel estado.

—Por supuesto —respondió David que entendió que se preocupara de su familia, a pesar de que no fueran parientes consanguíneos.

Cuando llamó a la puerta de la que era su propia casa, aunque apenas había vivido unos cuantos días en ella, comenzó a pensar en que excusas le daría *lady* Elisabeth para no visitar los aposentos de su hija si es que se encontraba allí y pensó que como rebatirlos para que la dejase ver.

Había tenido tan poco trato con el personal de esa casa que apenas la habían conocido, pero desde luego no la iban a identificar menos aún en su aspecto actual, aunque al ir acompañada por David le dejaron pasar de inmediato.

—¿Se encuentra *lady* Elisabeth en casa? —preguntó nada más entrar.

—No, mi señora —contestó la joven doncella que no sabía exactamente quien era ella.

—Es mi esposa, *lady* Catherine Clayton —afirmó David a la joven doncella inquieta.

—Oh disculpe mi *lady*. No la había reconocido, está usted muy... muy…

—Distinta —contestó algo sonriente.

—¿Esta la señorita Barston en casa? —preguntó entonces.

Si Amelia sufría el padecimiento en su piel que en tantas ocasiones había sufrido ella, sin duda no habría salido de casa para que no la descubrieran.

La doncella asintió con la cabeza, pero no respondió.

—Subiré a verla —afirmó Catherine a su esposo al que desde luego no podía invitarlo a acompañarla porque sería un gesto de mala educación. Un hombre no podía entrar en los aposentos de una dama salvo que fuera un pariente muy cercano o su propia esposa.

—Mi *lady* usted no puede… —comenzó a decir algo compungida la doncella.

—Asumiré toda la responsabilidad —dijo cómplice de los miedos de la doncella.

Tuvo claro que *lady* Elisabeth dormiría en la habitación del fondo al ser la habitación principal, así que lo más probable era que Amelia durmiera en la que fue su habitación en esa casa. No llamó previamente, sino que abrió la puerta directamente y se encontró a una Amelia tumbada con las manos vendadas probablemente para no rascarse la piel y llena de granos rojos por toda la cara. Estaba tan hinchada que había aumentado más de la mitad de su tamaño. Tenía un aspecto horrible.

—¡Quien eres! —gritó con su voz chillona que era lo único que no había cambiado—. ¡Fuera de aquí! —gritó tratando de taparse con las sábanas de la cama, pero ella ya la había visto en todo su esplendor.

—¿Quién es ahora la gorda sarnosa, querida Amelia? —dijo

observándola directamente a los ojos y cruzándose de brazos.

—¿Que? —exclamó.

La cara desencajada de Amelia no tenía desperdicio alguno.

—Bueno, *lord* Clayton está abajo esperándote, me gustaría ver de qué forma lo vas a conquistar, es más, ¡Me estoy impacientando por ver cómo lo logras!

—dijo sin poder evitar reírse en su propia cara.

—¡Tú no puedes ser Catherine!, ¡Es imposible! —exclamó completamente asombrada.

—Oh… desde luego que soy Catherine —aseguró firmemente.

—Pero tu… tu… —comenzó a decir sin que le salieran las palabras.

—¿No soy fea?, ¿No soy gorda? —exclamó recriminando sus insultos antes de que pudiera reprocharle nada—. Es evidente que no.

Amelia emitió un grito que se ahogó en la garganta de la impotencia que sentía—. ¡Lárgate de aquí! —gritó.

—¿Debo recordarte que ésta es mi casa? —sonrió cínicamente—. Más vale que no me lo recuerdes Amelia o te echaré de aquí a patadas.

—No harías eso —dijo ahora asustada.

—Dame una sola razón para no hacerlo —afirmó.

—Tu... yo… —balbuceó.

Era evidente que Amelia no encontraba ninguna.

—Ahí lo tienes, así que no juegues con la poca bondad que me queda hacia vosotras porque te aseguro que mi paciencia tiene un límite.

—¿Qué quieres? —dijo ahora más calmada sabiendo a lo que se enfrentaba.

—Si te veo cerca de *lord* Clayton por un instante, os pondré a tu madre y a ti de patitas en la calle.

—¿Eso es todo? —dijo mirando hacia otro lado.

—Por ahora si —respondió mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Te puedo prometer que yo no me acerque a él, pero no puedo prometer que sea al revés —afirmó antes de que se marchara.

—¡Oh!, ¿Te aseguró que al revés no dará lugar, querida hermanastra! —

respondió antes de cerrar la puerta a sus espaldas con una enorme sonrisa.

Había una condición que le prohibiría a David acercarse a ella y a cualquier otra dama en realidad.

Aún no se creía que todo hubiera salido tan bien. No haber encontrado a *lady* Elisabeth en casa había sido toda una suerte porque de lo contrario estaba más que segura de que no la habría permitido ver a Amelia con cualquier excusa, estaba claro que verla era afirmar contundentemente que lo que ella había padecido durante años había sido provocado su aceite maldito.

—No has mencionado nada del estado de tu hermana, ¿Se encontraba bien?

—preguntó David que había notado que Catherine estaba más callada de lo normal, como si estuviera pensando en algo minuciosamente.

—No es mi hermana, jamás he sentido que lo sea —reiteró para que se diera cuenta de ello—. Pero se recuperará en unos días, no es nada grave —dijo restándole importancia y de paso le anuló el hecho de poder seguir iniciando una conversación.

—Me alegro entonces de que se encuentre bien —respondió por cortesía.

—¿Pareces bastante interesado en la salud de la señorita Barston, ¿No? —

preguntó en cierto tono de ironía y casi de reproche.

—Creo que es normal preocuparse por la salud de alguien que se encuentra enfermo —respondió David sincero.

A él no le importaba en absoluto la salud de la señorita Barston, solo quería hablar con ella, le servía perfectamente hablar del tiempo o del absurdo concierto de piano que había tenido que soportar.

—Si, muy normal —contestó en el mismo tono de reproche.

—¿Se puede saber qué ocurre? —exclamó.

¿A que venía aquello? Ella era la menos indicada para enfadarse, más aún después de tener que haber tenido que soportar los celos constantes durante toda la velada porque todos los caballeros no cesaban de mirarla y él podía intuir perfectamente sus pensamientos al respecto.

—Viene, a que sé que te gusta la señorita Barston —confesó.

—¿Y qué si me gusta? —respondió para provocarla.

No sabía de donde se había sacado esa conclusión que desde luego distaba mucho de ser real. No podía decir que la joven señorita Barston era fea, desde luego no lo era, pero de ahí a gustarle había un abismo.

—¡Así que lo admites! —reprochó llena de ira.

David no supo si fue el genio de aquella mujer lo que le encendió, su rojez por el matiz acalorado de la conversación, su increíble belleza, los celos de la velada acumulados durante horas o simplemente que le estaba volviendo loco con aquel comportamiento tan vivaz y elocuente que en lugar de responder a su exigencia no pudo contenerse; sus labios le pedían a gritos ser besados y él no iba a hacerse sordo ante aquella petición. Le colocó una mano en su nuca y acortó rápidamente la distancia que los separaba colocando sus labios sobre los suyos y apresándolos con voracidad. Se había dejado llevar por sus impulsos y debido a ellos la había besado de forma apasionada y ardiente.

Cuando los probó solo pudo enloquecer más aún y se dejó arrastrar por sus instintos de querer anhelar más de ella. Fue consciente de que ante sí tenía a una mujer aturdida por su gesto o inexperta con los besos. No sabiendo cuál de las dos opciones sería su esposa suavizó su intensidad de forma que se concentró en su labio inferior deleitándose detenidamente, provocando que Catherine abriera lentamente su boca con ello.

Catherine no supo cómo reaccionar ante aquel gesto. Jamás pensó que David se lanzaría de aquella forma y apresaría sus labios con aquella voracidad con la que lo hizo, es más, se sintió abrumada ante el gesto tan inesperado y mientras él parecía querer intentar algo con su lengua ella permanecía estática sin saber cómo reaccionar.

Cuando notó los labios de David suaves, apresando su labio inferior una sensación nueva la embriagó; era tan cálida, suave y definitivamente abrumadora que no quería dejar que se escapara. Así que sin saber porqué entreabrió los labios dejándose llevar por su instinto y David pareció aprovecharse de ello, porque al instante se sintió invadida por su lengua tratando de luchar con la suya.

Ante aquella invasión, Catherine le empujó con todas sus fuerzas devolviéndolo al asiento que ocupaba en el carruaje. David parecía confuso, pero un instante después dibujó una gran sonrisa en su rostro.

«Cretino» pensó Catherine. Sin pensar dos veces si sería o no correcto lo hizo.

«¡¡Plaff!!»

La bofetada que le propinó con la mano bien abierta y enguantada a David hizo que su sonrisa desapareciera.

—Ni se te ocurra volver a ponerme un solo dedo encima, ¿Me oíste? —

amenazó.

Ella no era segundo plato de nadie, menos aún después de prácticamente asegurarle que sí estaba interesado en Amelia. A saber, que habrían podido haber hecho esos dos a sus espaldas. Solo con pensar en David besándola su sangre hervía.

—Parecía gustarte —dijo cínicamente con la mejilla aun roja por el golpe.

—Nada más lejos de la realidad —respondió secamente.

Para su suerte el carruaje se paró y unos segundos después la puerta se abría para dejarles salir. Ella se apresuró a descender del carruaje y le dio igual si era apropiado o no hacerlo, al igual que tampoco esperó para entrar en la gran mansión de Park Lane y dirigirse a sus aposentos, tenía demasiado en lo que meditar puesto que David la había besado tal como ella había querido desde un principio, pero no fue ni la forma, ni el momento apropiado para hacerlo.

Las cosas no estaban ocurriendo como ella quería, David parecía interesado de algún modo en la verdadera Catherine, pero solo se sentía atraído por su belleza y aquello era insustancial, tenía que

conocerla de verdad o se cansaría tan pronto de ella como de todas sus conquistas.

Se llevó una mano a sus labios cuando cerró la puerta tras de sí, había sido su primer beso y el primer hombre que había rozado sus labios. Tenía que reconocer que fue bastante brusco al principio, pero luego fue gentil y suave, aunque la abrumó con aquella invasión de su lengua que desde luego no se esperaba a pesar de haber visto como algunas chicas del burdel habían besado a algunos caballeros. Una cosa era la teoría y otra desde luego la práctica.

Si era sincera consigo misma, deseaba repetirlo, quería experimentar de

nuevo esa sensación, conocer hasta donde podía llegar ese hormigueo que había comenzado a tener, pero era demasiado precipitado. No quería solo que David la deseara para destrozarle después el corazón largándose con cualquier mujer que vendiera sus servicios o con la insufrible de Amelia, tenía que conseguir que la quisiera de verdad, que la deseara con ímpetu y solo entonces habría ganado la batalla.

David se dirigió directamente a su estudio, aquella habitación de la casa se había convertido en su pequeño refugio, el único lugar donde comenzaba a sentirlo realmente suyo; más que nada por las horas que solía pasar en él cuándo estaba en casa. Se sirvió una copa de brandy y degustó el primer sorbo, se puso la copa en la mejilla para sentir el frío del cristal, era muy probable que la tuviera roja por la bofetada que su esposa le había dado, menudo genio tenía, sin duda no era la joven inocente que pensaba que era cuando la conoció y bien escondido había tenido su carácter durante todo ese tiempo.

Se sentó en el sillón que daba justo a la única ventana del despacho recordando el sabor de los suaves labios de Catherine, sin duda alguna esos labios de sabor a miel le habían enardecido, deseaba más, mucho más de ella y no veía el momento de tenerla. Sabía que cuando fuera suya se quitaría esa sensación que le embriagaba en aquel momento. Su esposa había sido la primera mujer en rechazarlo y quisiera o no, aquello acababa de convertirse en un reto para él, tarde o temprano ella tendría que ser suya.

Miró la ventana que daba al jardín comprobando que estaba anocheciendo y pronto servirían la cena, ¿Bajaría Catherine a cenar?, ¿Se enfrentaría a él después de lo que acababa de ocurrir? Nada le gustaría más que lo hiciera.

Fue consciente en ese momento de que deseaba estar con ella aunque solo fuera para deleitarse con su presencia, pero quizás tendría que conformarse

con ello por ahora. Además, tendría que estudiar sus intenciones para saber porque su esposa había mantenido aquel engaño todo ese tiempo, que motivos tendría para hacerlo y porque se había descubierto justo ahora.

Le anunciaron que su esposa había bajado para cenar y él afirmó a su mayordomo que iría enseguida. Al final ella sí había bajado. Sonrió para sí mismo antes de salir por la puerta de su despacho y de pronto recordó algo; Catherine había iniciado la discusión porque le reprochaba estar interesado en su hermanastra, ¿Eran aquello celos después de todo?

Catherine estaba a punto de decir que cenaría en su habitación, pero hacerlo era como gritarle que su beso la había puesto nerviosa, así que negándose a sí misma que su esposo pensara aquello se cambió el vestido por un sencillo y nada lujoso vestido azul claro; demasiado sencillo para salir de casa, por lo que le pareció correcto usarlo precisamente en aquel momento. La fina tela era suave y su escote cuadrado era bastante revelador, pero como había dicho en un principio; no iba a salir de casa, por lo tanto sonrió para sí misma y se encaminó escaleras abajo.

Cuando David observó a Catherine con aquel sencillo vestido azul y su cabello casi completamente suelto, no supo cómo no dejó de respirar; si hacía un poco más transparente aquel vestido podría pasar por un camisón para dormir. Definitivamente algo se volvió demasiado duro en una parte de su ser, tanto que le costó caminar hasta la silla para situarse a la derecha de ella donde solían servir siempre su plato a la cabecera de la mesa.

21

¿En qué demonios pensaba aquella mujer al ponerse semejante

prenda para cenar? Él desde luego en lo que menos pensaba era en la cena.

Cada poro de su piel solo quería saltar sobre ella y apresarla entre sus brazos para demostrarle lo que estaba provocando en él.

Ante tal acto de silencio, Catherine no supo si decir algo o no, notaba como David evitaba mirarla y no entendía por qué, pensó que con aquel vestido precisamente haría todo lo contrario, pero parecía haberse equivocado totalmente, ¿Que se debía decir después de la discusión que habían mantenido en el carruaje? Quiso decir que no fuera sobre del tiempo en la

ciudad, ni sonara trivial, quizá debía preguntarle como llevaba las finanzas de la empresa de su padre. Sí. Quizá ese sería un buen tema de conversación ya que ella debería interesarse porque dependía de ello también.

Cuando reunió el coraje necesario para formular la pregunta, el mayordomo interrumpió con premura, parecía bastante nervioso y Catherine no sabía si era por haberles interrumpido.

—Mi *lord*, un joven desea verle —anunció Alfred frotándose las manos con nerviosismo—. Asegura que es urgente y que se trata de un sirviente de vuestro padre.

David frunció el ceño extrañado, ¿Un sirviente a esas horas con un mensaje urgente?

Catherine observó cómo David se limpiaba con la servilleta y se levantaba pidiendo disculpas para desaparecer del comedor. Algo importante debía de haber ocurrido, no sabía mucho del entorno familiar de David, a su boda solo había acudido su padre; el duque de Lennox, y solo la saludo unos instantes antes de dedicarse a hablar con el vizconde. Dedujo por tanto que no tenía madre ni hermanos, puesto que al matrimonio solo acudieron sus amigos y pocos familiares que no le fueron presentados suponiendo la razón; se avergonzaban de ella.

Catherine mareó la cuchara lo que le parecieron unos instantes pensando en el recuerdo de su boda cuando sintió los pasos de nuevo cerca de la entrada y levantó la mirada para descubrir que David había vuelto con el semblante muy serio. Se dirigió de nuevo a su asiento y se sentó colocándose la servilleta para no ensuciarse, esperó a que dijera algo, pero no parecía hacerlo.

Después de un silencio incómodo en el que Catherine se debatía si preguntar o no, David por fin pareció decidirse.

—Ahora eres duquesa —dijo sin mirarla con aquel semblante taciturno.

Catherine dedujo al instante de que el padre de David acababa de fallecer. No supo qué responder, la frialdad de David ante la situación la había dejado anonadada y sin saber cómo reaccionar ante aquello, ¿No se suponía que deberían acudir a la casa familiar?, ¿Preparar todo para el funeral de su padre?

—Lamento tu pérdida, debió ser un gran hombre —dijo sin poder evitar sentir cierta nostalgia, de hecho, la muerte del vizconde había sido reciente y sentía no haber podido llegar a tiempo para despedirse.

—Si… un gran hombre —dijo mientras daba un sorbo a su copa de vino.

Catherine intuyó que David no tendría una relación demasiado estrecha con su padre a juzgar por su comportamiento. Ella misma no había sido un gran ejemplo, pero pensó que sería diferente por tratarse de un heredero, aunque al parecer no era así.

—Si me disculpas voy a retirarme a mi despacho. Que pases una buena noche

—anunció sin esperar obtener una contestación por parte de ella.

Catherine envió a Lilith a la mansión Clayton para obtener información sobre el funeral y velatorio del padre de David. Intuía que él no estaba en condiciones de preguntarle nada y ellos tenían que estar quisiera él o no.

David se sirvió una copa en cuanto entró en aquel despacho, si de por sí bebía para degustar el sabor de la bebida por puro placer, ahora lo necesitaba realmente, es más, probablemente necesitaría todo el contenido de la licorera.

Desde que nació siempre había sido el segundo en todo y como tal, siempre había sido comparado con su hermano mayor siendo David el mediocre, el segundón y desde luego; un don nadie como bien solía decir su padre. No podía quejarse, había podido tener más libertad que su hermano, aunque nunca gozara de las atenciones que su padre le dedicaba en cuerpo y alma a su primogénito; al heredero de su ducado.

David había gozado al menos de las atenciones de su madre hasta que la joven duquesa de Lennox murió de unas fuertes fiebres cuando él cumplió once años. Desde entonces había estado solo, casi inexistente para el duque que incluso lo internó en Eton probablemente para deshacerse de él o eso había pensado siempre porque cuando salía por las festividades de Navidad apenas le dirigía la palabra o simplemente evitaba hablarle.

Nunca lo entendió, jamás pudo comprender porqué el duque lo anuló de su vida más aún tras la muerte de su madre y se dedicó solamente a su hermano Peter. Solo comenzó a existir para su padre en el momento que Peter murió, supuso que se tendría que conformar con el segundo hijo ya que era el único que le quedaba para heredar su ducado, pero en lugar de enseñarle, con cada cosa que intentaba hacer para que su padre se sintiera orgulloso de él, le recriminaba que Peter lo hacía mejor… hasta que se cansó. Llevaba toda una vida de acumular ese rencor y de aquellas malditas comparaciones, de ser anulado por su hermano y después por el recuerdo que éste representaba aun estando muerto, por lo que decidió dar honor a las palabras de su padre de ser bueno para nada dedicándose en cuerpo y alma a la vida fácil, a las fiestas, las mujeres y al juego.

Era su forma de vengarse, si su padre nunca se iba a sentir orgulloso de él, le daría motivos verdaderos para no hacerlo y desde luego lo hizo. Al menos hasta que le puso entre la espada y la pared por lo que

no le quedó más

remedio que casarse con Catherine, pero hasta en eso su padre había tenido que intervenir eligiendo a la que debía ser su esposa, a una apropiada heredera de una fortuna que llenara las arcas del ducado de Lennox.

No sabía cómo se debía sentir, ¿Triste?, ¿Alegre por no tener que volver a escuchar sus discursos? De una u otra forma ahora estaba solo. Primero su madre Anabel por unas fiebres, después su hermano Peter víctima de un naufragio mientras viajaba a las Américas y ahora su padre Albert de una caída a caballo.

Le dio un largo sorbo al vaso acabando su contenido y volvió a servirse otro.

Al menos había podido tener una relación cordial con su hermano Peter que siempre había acatado las órdenes de su padre hasta que se empeñó en realizar aquel viaje a los veintiún años. Quería explorar las Américas, estaba fascinado con la idea y las anécdotas de los que volvían contando fabulosas historias. Aún recordaba cuando llegó la carta avisando del terrible naufragio en el que una tormenta les había sorprendido a su regreso, jamás encontraron los restos mortales de su hermano que probablemente se hallaran en el fondo del océano atlántico.

Pasó el resto de la noche en el estudio y al final acabó dormido en aquel sillón que se estaba convirtiendo en el testigo de todos sus pensamientos.

Catherine envió una nota a todos sus conocidos avisando del fallecimiento de *lord* Albert Clayton, tercer duque de Lennox que al parecer había sufrido un accidente en uno de sus largos paseos a caballo. Había sido una muerte inesperada y eso conmovió aún más a Catherine.

¿Cómo se sentiría David? No había salido de su estudio en toda la noche y aquello le preocupaba. Se levantó temprano puesto que debían acudir de inmediato a la casa familiar donde se procedería el velorio del duque.

Dio un par de golpes a la puerta, pero no escuchó nada así que decidió abrir lentamente para no hacer ruido y no lo vio por ninguna parte. Se giró hacia la derecha donde estaban los sillones en los que su padre solía leer el periódico o tomar su brandy y le encontró profundamente dormido. Miró entonces la licorera y estaba vacía, se había pasado

toda la noche bebiendo, eso significaba que sí le importaba el duque después de todo.

— *Lord* Clayton —susurró suavemente sin conseguir que se despertara así que se acercó hasta él—. David tienes que levantarte —dijo mientras le quitaba el vaso que inexplicablemente no se le había escurrido de las manos y le frotaba el brazo.

David abrió lentamente los ojos escuchando que una suave voz le llamaba, cuando consiguió ver clara la imagen que tenía delante de él contempló a aquella hermosa mujer en la que se había convertido Catherine y deseó apresarla en un rápido movimiento para sentarla en su regazo, pero sus brazos no eran nada ágiles.

—Debemos acudir al funeral de tu padre, debes cambiarte —dijo lo más suave posible provocando que David se incorporara.

—Si, claro —contestó sin pensarlo mientras se levantaba y aguantaba su dolor de cabeza por la resaca—. Me cambiaré enseguida —anunció dirigiéndose a lo que Catherine entendió que sería su habitación.

David permaneció callado todo el viaje en carruaje hasta la mansión familiar de los Clayton. Catherine suponía que tendría mucho en qué pensar, a la cita acudieron amigos y algunos familiares para dar su más sentido pésame por la muerte del duque. Esa misma tarde se realizaría la misa y funeral.

Había conocido algunos familiares que no tuvo el placer de conocer en su

boda y parecieron algo contrariados al verla. Casi tanto como *lady* Elisabeth que para su asombro hizo acto de presencia sin su hija Amelia.

Si las miradas matasen probablemente estaría muerta, pensó Catherine al sentirse así observada por su madrastra que después de todo se acercó y les dio formalmente sus condolencias.

—Me alegra tanto verte así, cuando me lo contaron no podía creerlo ¿Te recuperaste milagrosamente? —apuntilló *lady* Elisabeth en voz baja con ese tono falso lleno de hipocresía que Catherine había aprendido tan bien a diferenciar y sin que David pudiera percatarse de lo que hablaban.

—Todo un milagro de Jesucristo —contestó con cierto aire de ironía.

—Qué extraño, ¿No? —respondió con aire inocente.

¿En serio aún era capaz de intentar no parecer culpable? Catherine pensó que alguna razón tendría que tener para aparentar inocencia en todo aquello, ¿Se trataría de la amenaza que le emitió a Amelia?, ¿De que las echaría a patadas de su casa? Probablemente fuera así.

—No tiene por qué —respondió ella con aire fingido —. No pensaba admitir lo que sabía, aunque sospechaba que *lady* Elisabeth debería intuirlo pero que se desquiciara pensando si lo habría averiguado o no.

—¡Oh! Bueno, en todo caso demos gracias a Dios por obrar este milagro. Es una pena que tu padre no esté aquí para verlo con sus propios ojos, Catherine tuvo que clavarse las uñas en sus manos para no soltarle un par de frescas a la víbora de su madrastra, pero no era el momento, ni el lugar, ni tampoco tenía las pruebas suficientes que necesitaba y eso solo conseguía enfurecerla más, aunque se controló gracias a la intervención de sus amigas

que parecían haber intuido lo que podría estar ocurriendo y formaron un corro a su alrededor.

Gracias a Emily, Julia y una Susan que la veía como realmente era por primera vez pudo deshacerse de su madrastra sin entrar en muchos detalles.

Era un momento de duelo para David pese a estar algo ausente y demasiado extraño, no pensaba hacer nada que llamara la atención y se comportaría como se suponía que debía hacerlo dadas las circunstancias, estaría a la altura de su nuevo estatus, la duquesa de Lennox.

Cuando todo acabó, Catherine estaba más que agotada por la larga jornada de duelo que habían llevado. No le apetecía cenar, su apetito se había esfumado, pero algo en su interior le conmovió al pensar en dejar solo en la cena a su esposo después de haber perdido a un ser querido.

Había sido la primera vez que había considerado a David como parte de ella preocupándose por sus sentimientos, por lo que él debería estar sintiendo, en definitiva; siendo consciente de lo que él suponía para ella.

Catherine se había quedado a mitad de la escalera pensando en aquello cuando sintió la voz masculina de David no muy lejana.

—¿Pido que sirvan la cena? —pregunto abstraído.

Ella se giró apoyada en la barandilla e intentó no demostrar su cansancio.

—Si por favor, voy a refrescarme y enseguida bajo —alegó dándose prisa en llegar a su habitación. Se despojó de aquel vestido para refrescarse un poco y se cambió por algo más liviano.

David estaba bastante sorprendido por la actitud de Catherine, tenía que reconocer que le sorprendió cuando el ama de llaves le había comentado que

su esposa se había encargado de todo y había organizado el funeral de su padre. Estaba gratamente agradecido por ello, porque ni tan siquiera lo había molestado en preguntarle nada, ella había asumido aquella labor y él no había preguntado, es más, ni siquiera pensó en ello la noche en la que el sirviente vino a anunciar la muerte de su padre a su propia casa.

Aquella mujer que tenía por esposa era profundamente extraña. Primero resultó ser la mujer más desagradable a la vista que jamás había conocido llena de aquellos ronchones poco agradables y bastante entrada en carnes, pero tímida además de poco habladora. Después pasó a ser la mujer más bella que había tenido y tenía el placer de conocer con una figura demasiado deseable y un carácter fuerte y decidido, es decir, todo lo opuesto a la mujer con la que se había casado y ahora en ese día una tercera Catherine igualmente hermosa, pero de lo más agradable y buena esposa había salido a la luz… ¿Cuántas Catherine existían? Y lo peor de todo, ¿Cuál de ellas sería la verdadera? Se frotó la sien para despejarse, había sido un largo día y de hecho no tenía apetito alguno, pero le apetecía alargar un momento más con su esposa. Sin duda alguna estaba empezando a interesarse por conocerla más de lo que él mismo llegaba a creer.

Su actitud contrariada, su vitalidad de los últimos días y sobre todo su embriagadora y deleitante a la vez que suculenta belleza lo tenían más que obnubilado.

Catherine apareció ante él como una visión con aquel vestido azul de la misma noche anterior, ¿Es que acaso se había propuesto torturarlo? Quizá ella solo quisiera estar cómoda en su propia casa, pero ¡Por Dios! Aquel vestido había sido creado para tentar a un hombre y eso que tendría que ser pecado pensar en aquello habiendo enterrado a su padre unas horas antes.

Catherine no dudó en ponerse el mismo vestido de la noche anterior dado que David parecía no haberse inmutado en su aspecto, al menos estaría igualmente cómoda después de todo el día. Cuando entró en el comedor notó que él la miró y enseguida aparto la mirada de ella, realmente no supo porque lo hizo puesto que habían sido bastante cordiales durante todo el día.

—He pedido a la cocinera que nos sirva algo ligero, debes estar cansada después de todo el día —dijo David intentando no mirarla, incluso se reprochaba a sí mismo desearla en aquellos momentos.

—Gracias, lo cierto es que ha sido un día largo —contestó por tratar algún tema de conversación.

Después de todo eran unos completos extraños pese a llevar meses casados, pero obviamente era normal dado el poco tiempo que habían pasado juntos.

—Aún no te he dado las gracias por organizarlo todo, ha sido muy amable por tu parte —reconoció mirando hacia su copa de vino en lugar de mirarla a ella.

—No tienes que agradecérmelo, era mi deber.

—Tu deber —respondió él seriamente—. ¿Cuáles son tus deberes exactamente? —preguntó de pronto mirándola ahora fijamente.

—No… no entiendo a qué te refieres —contestó confusa.

—Dijiste que había sido tu deber —repitió mientras daba un sorbo—. ¿Es tu deber porque te debes a mi como esposa?

Catherine intuía hacia donde quería David llevar su conversación y a la clase de juego que la estaba sometiendo.

—Si —respondió afirmativamente cogiendo su copa y saboreando el vino.

—¿Y qué más deberes tienes hacia mí? Porque quizá quiera hacer uso de alguno de ellos en estos momentos.

Catherine pensó en su tía como si estuviera en su subconsciente, ¿Qué haría ella en su lugar?, ¿Fingir inocencia o ser directa? Le costó por cuál decidirse de las dos, pero dada la situación optó por la primera, no quería dañar a David, al menos no en ese día.

—Muchos —contestó evitando una sonrisa—. Tales como asegurar de que estés cómodo en casa, que sirvan la cena u organizar una velada si así lo deseas —confirmó haciéndose la ingenua.

—¿Y cómo te asegurarás de que estoy cómodo, *esposa*? —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

—¿Está sugiriendo *lord* Clayton que no está cómodo en su propia casa? —

respondió con formalismos.

—No, no estoy sugiriendo tal cosa —contestó en un tono ronco—. Pero sí sugiero que podrías hacer algo para que me sintiera mejor —dijo ahora observándola con una intensidad que a Catherine le costó mantener aquella mirada.

—¿Ah sí? —respondió y desvió su mirada a su copa porque la intensidad de los ojos de David parecían devorarla. Se sintió tan intimidada que fue incapaz de seguir observándole.

—Si —contestó en un tono de voz grave con lo que Catherine juraría que era deseo si no se equivocaba.

Catherine le miró de nuevo, no quería que él creyera que se acobardaba, que

era tímida o insulsa como solía ser antes.

—¿Como qué? —preguntó en el instante en que sus ojos se encontraron.

—Bésame —dijo David y cogió con su mano la muñeca de ella comenzando a acariciar la piel interior suavemente.

El cosquilleo que sintió Catherine fue inmediato.

—Te dije que… —comenzó a decir, pero sus palabras murieron en su garganta.

—Solo un beso. Solo te pediré eso —dijo sin dejar de acariciarla.

22

¿Solo un beso? Hubiera jurado que sus intenciones iban mucho más allá de un beso, pero no era quién para cuestionar nada, él era quien se estaba poniendo los límites y no ella, aunque aquello no sabía si le gustaba o no, ¿Con qué intención le pediría aquello? Lo cierto era que Catherine se moría por besarle, en lo más dentro de sí misma deseaba repetir el beso que él le había dado el día anterior, quizá no tan brusco sino más suave…

David se llevó su muñeca a los labios y le dio un beso en ella sin dejar de mirarla provocando un estremecimiento en lo más profundo de su ser, dejándola sin habla y siendo solo una mera espectadora.

—Dime que sí, Catherine —susurró.

Su voz era tan grave que Catherine solo pudo sentir palpitaciones al escucharla, ¿Qué era todo ese calor que de pronto la estaba invadiendo? Y

eso que llevaba el vestido más liviano que poseía. Los besos de David fueron ascendiendo por su brazo al tiempo que la miraba cada vez que le volvía a dar uno, acercándose lentamente hasta su hombro.

Catherine contenía la respiración deleitándose con cada beso nuevo que él le daba a la piel de su desnudo brazo, el contacto de sus ardientes labios con su suave piel era estremecedor. Cuando le dio un beso en el cuello no pudo evitar soltar un leve gemido de placer al sentir aquello, así que giró su cara para enfrentarse a él, sus alientos se mezclaban su nariz rozaba con la suya y sus miradas estaban

entrelazadas.

—Si —jadeó ella de pronto sin poder contenerse y acto seguido David junto sus labios con los suyos, sellando de algún modo su destino o eso pensó ella hasta que perdió el poco sentido de la consciencia cuando se dejó arrastrar por aquel placer.

David la atrajo con un brazo rodeando su cintura colocándola sobre sus rodillas en un solo movimiento mientras que con el otro brazo guiaba su mano por su espalda rozando su cuerpo.

Catherine por su parte rodeó con sus brazos su cuello mientras sus dedos se mezclaban en aquel cabello fino que tantas veces había deseado tocar y acariciar. Los labios de David se deleitaron lentamente acariciando los suyos como si de un melocotón maduro se tratara, gustosamente Catherine entreabrió sus labios y jugueteó con su lengua como si explorase nuevos mundos. A su paso, la lengua de David se unió a la suya formando una batalla campal entre ambos de los que no se sabía quién resultaría vencedor,

ella era inexperta en la materia, pero le estaba gustando la lección, de hecho, le estaba encantando demasiado.

Sin pretenderlo Catherine se abandonó a sus propios deseos y como deseosa aprendiz aumentó la rudeza de aquel deleite de lenguas cuando el placer que le estaba proporcionando aquel gesto comenzó a provocarle un ardor desconocido que de algún modo quería aplacar sin saber cómo hacerlo. ¿Que era esa sensación extraña que la recorría? Era como un calor incesante que bajaba desde su garganta hasta su estómago instalándose en lo más íntimo de sí misma.

Juntó aún más si es que se podía su cuerpo con el de David y notó un bulto en su nalga, era algo duro, firme y en aquel momento no supo que era exactamente, de lo contrario no lo hubiera tocado porque cuando lo hizo David soltó una maldición y se separó bruscamente de ella.

—Creo que será mejor que nos vayamos a descansar. Ha sido un día muy largo —dijo él dándole la espalda.

—Si, será lo mejor —respondió desconcertada sin saber aun lo que había ocurrido.

David desapareció sin girarse y Catherine le vio desaparecer por la puerta que daba al comedor. Ella hizo lo mismo unos segundos después dirigiéndose a su habitación, ¿Por qué había reaccionado

David así? Recordó el momento de pasión que habían mantenido cuando ella tocó aquella cosa dura en su pantalón y…

—¡Oh dios mío! —exclamó en voz alta llevándose las manos a la cara, probablemente estaría roja como un tomate al darse cuenta de qué parte del cuerpo de David había tocado exactamente. ¿Tan duro y firme era? Pensó de

pronto al recordar las palabras de las chicas en el burdel cuando lo habían hablado, pero ¡Qué iba a saber ella que era así de firme!, ¿Le habría hecho daño y por eso se había alejado así? Si hubiera sabido que era aquello lo habría tocado del modo en que le habían enseñado para dar placer a un hombre, pero ¡En que estaba pensando! Se regañó a sí misma. No se entregaría a David tan fácilmente, aunque cualquiera podría decir lo contrario dada la escena que acababa de representar.

David no sabía si estar furioso o increíblemente contento, por el contrario, aunque cualquiera que lo viera se inclinaría más por la primera opción. Había besado a Catherine de la forma que él había querido, deleitándose en cada uno de sus movimientos, provocándola y tanto la había provocado que había podido ver que no era inexperta; para su desgracia su mujer había estado con otro hombre. Ninguna virgen podría moverse así, besar así, ¡Tocarle así!

Podría alegrarse, ¿No? Hasta quizá estuviera embarazada y todo. Se maldijo una y mil veces por su suerte, él la había incitado a aquello, desde el primer día que quiso tener vidas separadas, pero ¡Que narices!, ¡Ella lo había engañado con sus artimañas para parecer horrenda! Aunque reconociera que se había comportado como la duquesa que ahora era, al menos las apariencias las guardaba.

No pudo evitar pensar en los hombres que habría metido en su cama y se martirizó de solo imaginarlo, ¿Por qué le tenía que importar? Pensó llevándose una mano a la sien. Nunca le había importado y ahora no tenía porqué ser diferente, se apremió a pensar.

—No siento nada por ella —se obligó a creer—. Solo es una mujer que lleva mi apellido, nada más.

Cuando Catherine bajo a desayunar aquella mañana con la contrariedad de

enfrentarse de nuevo a David intentando estar lo más calmada posible y evitar avergonzarse después de lo ocurrido la noche anterior, le informaron de que su excelencia ya se había marchado de casa. Al

parecer había madrugado bastante para su afortunada suerte. No obstante, debería enfrentarlo en el almuerzo o la cena después de todo.

Aprovechando la mañana soleada decidió visitar a Emily que ahora con su embarazo procuraba pasar menos tiempo en Lynetś, por lo que pasaría por su casa que tan solo estaba a un par de calles puesto que ambas vivían en Park Lane.

—¡Catherine, que sorpresa! —exclamó con una grata sonrisa la deliciosa y dulce Emily.

—Lamento no haber avisado, quizá te moleste, pero vivimos tan cerca que no pude evitar pasarme a visitarte.

—Desde luego que no es ninguna molestia —decretó—. Estoy muy bien, tranquila —dijo invitándola a sentarse en su pequeña salita donde solía recibir a sus amigas pidiendo que le sirvieran el té—. Henry es el que se empeña en que esté todo el día en casa sin hacer nada —añadió frustrada.

—¿No te deja ir a Lynetś? —preguntó asombrada.

—No es que no me deje —admitió—, sabe que si voy acabaré haciendo algo porque me conoce y es consciente que no puedo estar ociosa, aquí me tiene más controlada —dijo riéndose de la situación lo que provocó una sonrisa también en Catherine no pudiendo evitar sentir algo de envidia por haber conseguido formar ese vínculo con su esposo.

—Eso significa que se preocupa por ti —admitió Catherine.

—Demasiado —contestó suspirando Emily—. No estuve ociosa cuando estaba embarazada de Lynette, pero fue un parto algo complicado y ahora Henry teme pasar por lo mismo de nuevo, ¡Con lo ilusionado que estaba cuando le anuncié que tendríamos otro hijo!

Catherine la miró confundida.

—Tal como lo cuentas parece que hubiera estado en tu primer parto —

ironizó Catherine.

—¡Oh!, ¡De hecho estuvo! —contestó Emily sonriente provocando aún más confusión en Catherine—. Es una historia bastante larga… —dijo

Emily y guardó silencio mientras su doncella dejaba el té sobre la mesita—. Gracias Leila, yo lo serviré —le dijo a la doncella para despedirla mientras se quedaban de nuevo solas—. Solo Julia sabe todo lo que te voy a contar, pero dado que tu confiaste en mí para contarme tu secreto, ahora lo haré yo en ti

—dijo mientras comenzaba a relatarle su historia de amor desde el principio con el duque de Sylverston.

—¡Entonces Lynette es su hija! —exclamó sorprendida.

—Así es —afirmó Emily.

—¡Oh! Pero fue muy romántico… ahora entiendo por qué me pudiste dar la documentación falsa cuando te la pedí, en aquel momento no quise preguntar nada, pero pensé que tu relación con el duque no sería la más apropiada si tenías esos documentos.

—Afortunadamente para mí, Henry vino en mi búsqueda y aclaramos todo.

Ahora soy completamente feliz si no fuera por los miedos constantes de mi querido esposo hacia este embarazo. Primero fueron los celos y cuando consiguió pasar esa etapa vienen esos miedos absurdos porque me pase algo

durante el parto.

—Pero tú tienes ocho hermanas, tienes predisposición para ello por naturaleza —argumentó Catherine como si fuera un motivo de peso.

—¡Ah! No se lo recuerdes —dijo de pronto—. Mi madre murió al darme a luz a mí, así no sirve ese argumento. Ya lo probé en su día —dijo riendo.

—Al menos no pareces preocupada por ello —confirmó.

—No lo estoy —negó sonriente—, reconozco que en ocasiones puede resultar tedioso, pero enseguida encuentro la forma de cambiarle de parecer, aunque supongo que conforme se acerque la fecha no podré hacerlo tan fácilmente —reconoció.

—Me imagino cuál es esa forma de hacerle cambiar de parecer tan fácilmente

—dijo esta vez riéndose Catherine al captar enseguida a lo que se

refería por su tono de voz cambiante.

—Hombres —dijo Emily rodando los ojos—. Siempre pensando en lo mismo.

—Hablando de hombres, anoche me ocurrió algo extraño —comentó.

Ya que Emily se había sincerado tanto con ella, tenía que preguntarle a una mujer experimentada, al menos más que ella desde luego que, aunque tuviera los conocimientos no tenía la experiencia.

—¿Que ocurrió? —preguntó Emily.

—Veras… —comenzó a decir… justo en el momento en que pensó en la situación no supo cómo plantearla sin avergonzarse, pero eliminó por completo su pudor y lo soltó explicándole la situación—. Estaba besando a

David cuando noté algo duro en mi nalga y lo toqué no sabiendo exactamente lo que era en ese preciso momento porque me había dejado llevar por la intensidad de aquel beso.

Las carcajadas de Emily hicieron que ella también riera

—¿En serio no sabías que era después de haber estado viviendo en un prostíbulo? —exclamó cuando recuperó el aliento.

—Juro que no, estaba tan abstraída que…

—Pues sí que debe besar bien tu esposo para no haberte dado cuenta, pero

¿Que querías preguntarme entonces?

—Pues que David me apartó bruscamente cuando lo hice y no entiendo porqué, ¿No se supone que un hombre enloquece cuando le tocan “ahí? —

dijo haciendo hincapié en la última palabra.

—Enloquecer es poco para lo que les ocurre —afirmó serenamente Emily—.

Pero es extraño, ¿No te dijo nada? Es una parte muy sensible, ¿Le pudiste hacer daño?

—No lo sé… solo emitió una especie gruñido y me apartó rápidamente

diciendo que había sido un día largo.

Emily rio de nuevo pero esta vez Catherine la miró confundida.

—Querida, David probablemente te apartó porque si no lo hacía te tomaría ahí mismo —afirmó— Desconozco el motivo de por qué no te arrastraría hasta el dormitorio, pero probablemente fuera porque acababa de enterrar a su padre hacía tan solo unas horas y no le parecería correcto.

Catherine se quedó pensando en ello, ¿Serían esas las razones o quizá otras?

Lo que sí le había quedado claro es que si se apartó de ella no fue porque no le gustara que lo tocase sino por todo lo contrario.

Aquella mañana David recibió una visita; el abogado de su padre se acercó hasta las oficinas de carruajes Grafton. Al parecer el duque de Lennox había dejado estipulado en su testamento que todas sus propiedades pasaran por derecho propio a su heredero legítimo que en este caso tras la muerte de Peter era él por ser el único hijo con vida del difunto *lord* Albert Clayton.

Tras firmar los documentos pertinentes que el abogado le dejó sobre la mesa donde figuraban todas las posesiones y la herencia del ducado ya era oficial, al menos podría decirse que lo era porque realmente no lo sería hasta que los documentos se sellaran por la casa real, pero podría decirse que solo era puro trámite puesto que el ducado pasaba de padre a hijo legítimamente.

Acaba de convertirse en el cuarto duque de la dinastía Lennox a pesar de que desde pequeño jamás soñara con ostentar dicho título puesto que sus oídos no escucharon otra cosa que no fuese que su hermano Peter sería el próximo cuarto duque de Lennox.

Ahora debería acudir a la cámara de los Lores, no sería una opción como hasta ese momento en el que podía decidir no asistir, sino que sería una obligación por poseer dicho título.

Se dejó caer en la silla cuando el abogado salió de su despacho pensando en todas las obligaciones que se le venían encima, si tan solo le hubieran dicho hacía unos meses o incluso unas semanas que pasaría de ser el ocioso *lord* David Clayton; el libertino y juerguista para convertirse en un caballero en posesión de multitud de empresas y además compaginarlo con el ducado de Lennox se habría podido preparar mentalmente para lo que le esperaba. Tenía tanto trabajo que

apenas se podía ausentar del despacho y por si fuera poco,

no sabía en qué situación estaría la fortuna familiar de los Lennox y él no tenía ni un centavo hasta que no cumpliera las condiciones del vizconde de Grafton para poder acceder a la gran fortuna de éste.

Por su mente pasó el duque Sylverston, desde luego ese hombre tenía muchos negocios y era capaz de gestionarlos todos, imaginaba que, si *lord* Sylverston podía hacerlo, él también debería poder lograrlo. Además, no había mejor forma de dejar de pensar en Catherine que mantener la mente ocupada con trabajo.

—Catherine —susurró.

Esa condenada mujer suya que no sabía si le estaba volviendo loco o simplemente desquiciado, porque cada vez que pensaba en ella solo se deleitaba con el beso que habían protagonizado la noche anterior y su entrepierna volvía a ponerse tan firme como lo había estado en aquel instante.

Se reprendía a sí mismo por sentirse carne débil ante aquella mujer que probablemente solo buscaba manipularle como desde luego había hecho desde un principio al privarle de su belleza.

Que diferente habría sido si la hubiera conocido así, desde luego la habría tomado sin contemplaciones en su noche de bodas y la habría hecho suya tantas veces que se habría saciado de ella evitando el sufrimiento que ahora sentía por no tenerla. Solo podía ser eso, puro deseo y pasión contenidos por no haberla hecho suya, pero a pesar de ser consciente de que su mujer habría yacido con otros hombres aún la deseaba por más que le pesara.

¿A santo de que le importaba si su esposa habría tenido amantes o no? Él mismo la incito a hacerlo por lo que no podía reprochárselo ni echárselo en cara. La cuestión era que sí le importaba y por más que quisiera decirse a sí mismo que no, sentía una opresión en su pecho con solo imaginarlo que no

paraba de crecer.

Envió una nota a casa para avisar de que no llegaría a almorzar, probablemente no lo haría en toda la semana debido al cúmulo de trabajo que tenía en la fábrica. Además, tenía varias reuniones que probablemente se alargarían por lo que sería una semana algo complicada.

—Mejor —se dijo a sí mismo—. Cuanto menos la vea menos desearé tenerla.

23

Catherine gozaba de tener demasiado tiempo libre, más aún,

teniendo en cuenta que su marido llevaba varios días sin almorzar en casa y llegaba muy tarde para la hora de la cena por lo que solicitaba en algunas ocasiones cenar solo en su estudio o directamente ya había cenado con algún cliente.

Insatisfecha consigo misma por que David no dejaba de evitarla o eso era lo que interpretaba por su forma de actuar hacia ella, se le ocurrió una magnífica

idea en la que invertir su tiempo en una de sus visitas a su amiga Emily. No era demasiado buena costurera, pero sí entendía de números y contabilidad, así que como Emily no se dejaba caer mucho por Lynetś en su estado avanzado de gestación para satisfacer la tranquilidad de su esposo, le ofreció la posibilidad de ir ella en su lugar y llevar la contabilidad del negocio, puesto que era lo que más le preocupaba a su amiga.

Al principio Emily había dudado cuando se lo propuso porque no quería abusar de su amistad, pero cuando le dio a entender que el favor realmente se lo hacía a ella porque no tenía como ocupar su tiempo y además podría compensarla de alguna forma por los vestidos que le había regalado hasta que pudiera pagarle lo que costaban, terminó accediendo.

El entusiasmo de Catherine fue tal que se le olvidó el estado de Emily

y la abrazó con efusividad.

—¡Oh, lo siento! —exclamó cuando se dio cuenta de la sonrisa de su amiga.

—Espero que tu marido no se oponga —contestó seriamente Emily.

«El dichoso estigma de no poder hacer nada si estabas casada», pensó Catherine.

—No lo creo —afirmó—, está siempre tan ocupado que ni se dará cuenta

—añadió despreocupadamente, no pensaba mencionar nada al respecto, sobre todo porque dudaba que a David fuera a importarle.

Trabajar en Lynetś le dio esa libertad que buscaba, pese a solo llevar un solo día se sentía encantada de poder interactuar con las costureras y las dependientas. Ahora entendía porqué a Emily le gustaba tanto estar allí, era mejor que cualquier almuerzo, té o incluso baile. En un solo día se había reído más que en todos los años de su vida, le recordó tanto a los meses que

había pasado en el ducado de Florencia y a las chicas del burdel de su tía Camelia que sintió cierta melancolía por ello.

—¡Oh, *lady* Catherine! —exclamó Janet—. Tenías que haberla visto, parecía una gallina con tantas plumas y aun así, decía que habíamos puesto muy poca cantidad —afirmó la joven cuyas risas contagiaban al resto de las chicas incluida a Catherine que no paraba de reír, por suerte estaban en la trastienda y nadie las escuchaba.

En aquel momento entró una de las dependientas para recoger un pedido y le pidió a Janet que saliera porque había algunas clientas sin atender. Catherine fue a recoger unos pagarés que solían dejar junto a la caja registradora para llevarlos al pequeño estudio donde se había instalado y tenía los libros de cuentas que había comenzado arduamente a revisar una vez le explicaron cómo funcionaba la tienda.

—¿Señorita Casandra Brooks? —escuchó Catherine.

Llevaba demasiado tiempo sin escuchar ese nombre, más aún con ese acento que sólo podía provenir de una parte de un lugar concreto.

Catherine alzó la vista y se encontró con aquellos ojos verdes que vio por última vez cuando abandonó tan apresuradamente el ducado de

Florencia.

—¿Señor Edmondo? —exclamó sorprendida al verle justamente allí.

—No sabe el placer que me da poder volver a verla —afirmó con una gran sonrisa—, pensé que sería imposible encontrarla en una ciudad tan grande, pero el azar nos ha vuelto a unir —dijo mientras la observaba intensamente.

Catherine no podía apartar la mirada de aquellos ojos verdes que eran tan enigmáticos y además, ese hombre solo sabía decir cosas hermosas. Desde

luego tenía demasiada experiencia en cortejar a una mujer o al menos era la sensación que ella tenía.

—Pero ¿Que hace aquí? —preguntó al fin cuando finalmente reaccionó al ser consciente de que el señor Edmondo estaba frente a ella en la tienda de su amiga.

—Vine para asistir a la boda de un familiar —sonrió—. Estoy acompañando a mi hermana pequeña que necesita comprar algunos vestidos, ¿Trabaja usted aquí? —preguntó observando la tienda con cierto interés.

— *Lady* Catherine —dijo Janet alzando la voz e interrumpiendo la conversación que mantenía con el caballero.

—¿Si? —respondió Catherine aún demasiado confusa por el hecho de que aquel hombre estuviera allí y en ese momento cayó en la cuenta de que no se llamaba Casandra como él creía, ni tampoco era una de las cortesanas del burdel de su tía como habría deducido

¡Oh dios mío! Había escuchado como la llamaban *Lady* Catherine, ¿Lo habría entendido al ser otra lengua?

—Aquella dama no conoce nuestro idioma y señala al caballero que parece hablar con usted, ¿Será que usted entiende su lengua?

—Si Janet —afirmó—. Yo les atenderé, conozco al señor Edmondo personalmente, no te preocupes —añadió con una tranquilidad que no tenía.

—¿ *Lady* Catherine? —preguntó Gabriele confundido una vez se alejó Janet.

—Se lo explicaré en otro momento señor Edmondo. No es el lugar más apropiado para tratar esa conversación —respondió con una sonrisa cómplice.

—Si eso significa volver a verla *lady* Catherine, estoy de acuerdo

—respondió mientras cogía la palma de la mano de la dama y le daba un beso en ella sin dejar de mirarla con esos ojos tan verdes que provocaban más de un suspiro.

Catherine se dirigió hacia la dama en cuestión con cierto rubor en su rostro.

Suponía que sería la señorita Edmondo si se trataba de la hermana del señor Edmondo, era una joven bonita, con un color de cabello castaño oscuro muy similar al de Gabriele. Cuando se acercó a ella pudo comprobar el parecido incluso en el color de ojos, iba a ser una dama muy solicitada si acudía a algún baile dada su belleza.

—Disculpe, ¿Es usted la señorita Edmondo, cierto? —preguntó Catherine con una sonrisa y en un perfecto acento florentino.

—¡Si! —exclamó con cara de felicidad por poder expresarse finalmente en su lengua.

Finalmente, la señorita Rosalie Edmondo encargó tres vestidos para la temporada que pensaban pasar en Londres, probablemente se quedarían hasta finalizar la temporada que después de todo no faltaría mucho para ésta terminara.

—¿La veremos entonces en el gran baile que se dará en Palacio Real el próximo sábado? —preguntó la joven Rosalie esperanzada.

—Allí estaré —afirmó sonriente Catherine sin añadir que también estaría su marido, el duque de Lennox.

—¡Oh!, ¡Al menos podré conversar con alguien que no seas tú, querido hermano! —exclamó eufórica la joven Rosalie.

—Y yo que pensaba que disfrutabas de mi compañía —contesto haciéndose el ofendido.

Rosalie rodó los ojos por toda respuesta y Catherine no pudo evitar dar una carcajada.

Cuando se fueron de la tienda Catherine no supo si el señor Edmondo

iba a suponer una bendición o por el contrario, una maldición con su llegada. Por un lado, ese hombre era apuesto: muy apuesto de hecho debía admitir, y parecía estar interesado en ella, pero probablemente fuera porque pensaba que era una cortesana a la que podría pagar para tener en su lecho, ¿Cómo reaccionaría el señor Edmondo cuando se enterase de que no era una cortesana?, ¿De qué no estaba disponible y que era una mujer casada con duque? En unos días obtendría la respuesta.

No tenía idea de que vestido lucir para el baile que se daría en el Palacio real.

Los reyes asistirían al acontecimiento y las damas lucirían sus mejores galas y sus joyas más caras debido a ello. Catherine no tenía un vestido de tal magnitud para un evento así, pero se pondría el vestido azul de su madre, sin duda ese era el mejor vestido que tenía en su armario.

El sábado pese a que el baile sería esa misma noche, acudió por la mañana a Lynetś debido a la gran demanda que habían tenido para echar una mano en la tienda. Había tenido una cena la noche anterior y no habían terminado muy tarde, así que no estaba muy cansada todavía. Apenas había visto a su marido, *lord* Clayton en toda la semana hasta la noche anterior que debieron acudir juntos a la cena y él estaba bastante ausente, es más, ni tan siquiera se había dado cuenta de que ella llevaba varios días trabajando en Lynetś y se ausentaba de casa durante todo el día al igual que él. No habían vuelto a hablar como lo hicieron aquella noche que acabaron besándose, ni tampoco

había hecho el intento de acercarse a ella, fuera como fuera Catherine lo notaba más distante de lo normal y no entendía las razones.

Cuando se iba a despedir para marcharse a casa, se tropezó con uno de los percheros y cayeron varios vestidos sobre ella, entre ellos, uno de color verde esmeralda le llamó la atención y lo cogió entre sus manos para verlo detenidamente. Recordó al instante cuándo vio ese vestido por primera vez; fue el mismo que lució su amiga Emily el día que la conoció y debía reconocer que en su momento parecía una reina cuando lo llevaba.

—¿Está usted bien *lady* Catherine? —preguntó una de las costureras al verla que seguía en el suelo.

—Sí. Sí… —afirmó doblemente al encontrarse ausente—, es que

estaba contemplando este hermoso vestido y me vinieron algunos recuerdos.

—¡Oh! —exclamó la costurera—. Son los vestidos que la duquesa de Sylverston trajo para arreglar.

—¿Por qué lo iba a arreglar éste vestido si está perfecto tal y como está? —

preguntó extrañada.

—En su estado no puede utilizarlos y según la propia duquesa, no considera conveniente que en su situación deba ponérselo teniendo en cuenta que es demasiado atrevido —confesó la costurera.

—¿Crees que pueda ponérmelo esta noche? Antes de que deje de ser tal y cómo es ahora —confesó esperanzada.

—¡Oh! La duquesa estará encantada de que lo luzca antes de que deje de ser tal y como es mi *lady* — contestó sin dudarlo.

Siendo consciente de lo que iba a hacer, Catherine sonreía en sus aposentos

mientras se daba un largo baño antes de prepararse para el baile. Esa noche iba a ser el centro de todas las miradas como en su día lo fue Emily, de eso estaba segura y además, tanto David como el señor Edmondo serían testigos de ello.

Se había entretenido demasiado con aquel largo baño y el tiempo se le echó encima. Cuando Lilith le avisó de que *lord* Clayton ya la estaba esperando en el hall de entrada, ella aún estaba sin vestir y una de sus doncellas ultimaba los últimos detalles de su recogido colocando el último de los pequeños adornos brillantes. Le ajustaron el corsé mucho más apretado que lo que hacían de costumbre puesto que el vestido de Emily era más estrecho de cintura. Esperaba que mereciera la pena, todo fuera por ver la reacción que causaría esa noche y que esperaba fuera positiva. Sus pechos estaban apretados de tal forma que hacían un escote de lo más revelador y que sumado a la sugerencia, pero a la vez elegancia del vestido, dudaba que pasara desapercibido para cualquier espectador ya fuera hombre o mujer.

«Probablemente mañana seré la mujer más criticada de la ciudad» pensó mientras sonreía porque lo que iba a hacer era una travesura y ella era consciente de ello. Solo esperaba que David reaccionara bien ante aquello, es más, esperaba captar su atención para que no dejase

de observarla en toda la noche al menos esa había sido su intención cuando se llevó aquel vestido de la tienda.

—Mi *lady*, esta noche luce usted radiante —confesó la joven doncella que la asistía junto a Lilith—. Parece una princesa con ese vestido —añadió.

—Gracias Bertha, pero me temo que es el vestido quien hace que lo parezca

—reconoció sonriendo mientras se terminaba de ajustar los zapatos.

—¡Vamos niña que tu esposo lleva esperándote casi media hora!

—interrumpió Lilith mientras cogía el esplendoroso collar de diamantes de la madre de Catherine y se lo colocaba en el cuello.

Era la primera vez que se lo pondría y estaba nerviosa por hacerlo, sobre todo por creerse digna de llevar una joya de tal envergadura y que debía costar una auténtica fortuna, pero que para ella sobre todo tenía un gran valor sentimental.

Se envolvió en su capa plateada tapando toda la revelación del vestido incluido el collar y salió de sus aposentos mientras se encaminaba escaleras abajo a un paso ágil.

—Lamento la tardanza —dijo disculpándose si tan siquiera ver a su marido, pero suponía que estaría allí.

Catherine solo tenía ojos para los escalones no fuese que tropezara y ni tan siquiera salieran de casa.

—Es un baile en palacio real —recriminó David saliendo del comedor con un vaso en la mano—. Se supone que debemos ser puntuales, solo espero que la reina aún no haya hecho acto de presencia o nos mirarán mal por nuestra falta.

Catherine afirmó y entonces alzó su rostro para enfrentarlo. David vestía con su inmaculado traje de gala y ostentaba el escudo real del ducado de Lennox en la solapa de su chaqué. Su corazón se contrajo cuando sus miradas estuvieron a la misma altura y pudo sentir perfectamente esa conexión de nuevo, esa atracción inevitable que sentía por él.

—Démonos prisa entonces —contestó saliendo apresuradamente hacia el carruaje para tratar de eludir esa mirada que la hacía temblar.

Llegaban tarde y David se movió rápidamente para apearse del carruaje cuando este freno en la puerta de entrada de palacio real bajándose de un salto y tendiendo la mano para que Catherine saliera. No le dio tiempo a poner un pie en el pequeño escalón cuando David la cogió de su cintura y de un solo movimiento la depositó en el suelo.

—No hay tiempo, ¿Escuchas eso? —exclamó señalando hacia el cielo mientras sentían la música que comenzaba a sonar proveniente del interior de palacio—. Solo puede significar que la Reina acaba de hacer su entrada,

¡Vamos! —dijo mientras arrastraba a Catherine hacia el gran salón real.

Cuando entraron por el gran arco de entrada Catherine se deshizo del lazo de su capa con la mano libre que le quedaba y se fue quitando la capa como pudo mientras David seguía con la mirada al frente bastante preocupado por llegar tarde ¿Desde cuándo le importaba llegar tarde o no a una velada a su marido? Le dejó la capa a uno de los sirvientes que la miró anonadado y ella sonrió para sí misma hasta que llegaron al gran salón al cuál no fueron anunciaros por llegar excesivamente tarde.

Las miradas se centraron en ellos David pronuncio una maldición inteligible o al menos Catherine no entendió nada, pero había sonado como una maldición.

—Esto era lo que quería evitar —dijo volviéndose hacia ella y viéndola ahora por primera vez.

24

¡Pero qué Diablos!, Por todos los santos, ¿En qué estaba pensando Catherine para ponerse aquel vestido? Y dónde estaba la dichosa capa esa que llevaba porque para ponérsela de nuevo encima y que nadie la mirase. En ese momento solo deseaba echarla sobre su hombro y salir de allí con la misión de encerrarla en su habitación para no salir durante varios días o tal vez semanas de su cama.

—¿David? —preguntó Catherine de pronto al ver la reacción extraña en su

marido.

David reacciono al escuchar su nombre por parte de ella, ¡Dios! Que bien sonaba su nombre proveniente de aquellos deliciosos labios, ¡Esa noche se iba a volver loco!

—¿Si? —contestó confundido.

—No nos podemos quedar aquí en mitad de la escalera, tenemos que bajar,

¡Todo el mundo nos mira! —le apremió.

David cogió a su esposa firmemente del brazo para terminar de bajar los escalones que quedaban, no pensaba soltarla, menos aun viendo como más de un hombre, o mejor dicho todo el salón de baile la miraban con aquellos ojos lujuriosos que desde luego no

contemplaban pensamientos decentes.

¡En que maldita hora se le ocurrió ponerse ese vestido creado para el pecado!

Se maldijo a sí mismo por la tortura que su bendita mujer le iba a hacer pasar aquella noche.

Catherine estaba contenta, la mitad del trabajo estaba hecho, David no había podido disimular su asombro al verla, aún recordaba lo absorto que se había quedado observando fijamente su escote.

Cuando Catherine vio los rostros conocidos de sus amigas Emily, Julia y Susan sonrió al acercarse al grupo y se desprendió del brazo de David para saludarlas, independientemente de que a él le gustara o no.

—Creo definitivamente que ese vestido te sienta mucho mejor que a mí

—dijo Emily nada más acercarse Catherine hasta ella.

—¡Oh, de eso nada! —exclamó Catherine enseguida—, aunque es una pena que quieras modificarlo, tal y como está ahora mismo es absolutamente

perfecto.

—Lo cierto es que, al verlo puesto sobre ti tienes razón, es bastante sugerente y un poco provocador, pero esa era la idea cuando lo diseñé. Pensé que después de convertirme en duquesa y ser madre no sería apropiado llevar algo así, pero me has devuelto el espíritu de William esta noche Catherine y te lo agradezco infinitamente —reveló Emily algo emotiva.

—Por dios no llores —dijo apresuradamente Catherine—. No era esa mi intención —añadió para consolarla.

—Debe ser el embarazo —contestó riendo—. Últimamente paso del llanto a la risa muy a menudo.

—Sea como sea lo cierto es que tu esposo no es capaz de quitarte la vista de encima —dijo ahora Julia con una sonrisa de complicidad hacia Catherine—.

Hasta me extraña que te haya dejado salir de casa sabiendo lo que iba

a ocurrir.

—Lo cierto es que no me ha visto hasta llegar aquí —respondió en el mismo tono de complicidad que provocó las risas de sus tres amigas.

—¡Por todos los dioses! —exclamo la voz de Julia demasiado elevada pasar desapercibida—. He muerto y estoy en el cielo, ¿Quién es ese caballero? Y lo peor de todo, ¿Por qué no le conozco? —preguntó creando gran interés entre sus amigas que se giraron para ver al que, sin duda, debería ser un apuesto caballero dada la expectación de ella.

Catherine se giró para encontrarse con el rostro de Rosalie bastante sonriente que se dirigía en su dirección seguida muy de cerca por su hermano el señor Edmondo. A su pesar debía reconocer que esa noche estaba más apuesto de lo habitual ya fuera por las luces de la sala o por el ambiente en general, pero

sin duda alguna Julia tenía razón en sus palabras.

—¡ *Lady* Catherine!, ¡ *Lady* Catherine! —exclamó la voz de Rosalie.

Catherine dejó de observar al galán apuesto para sonreír a la joven señorita Edmondo que lucía un sencillo vestido rosa pastel, aunque estaba adorable.

—Rosalie —dijo el señor Edmondo reprendiendo a su hermana por su exhibición que había provocado que un círculo de personas les observaran detenidamente.

—¡Oh Gabriele!, ¡Yo quiero un vestido así! —exclamó expectante.

Nadie salvo Catherine les entendió, lo que provocó que solo ella riera ante sus palabras y el resto se quedaran simplemente observándoles.

Gabriele no respondió al comentario de su hermana, se limitó a observar y a lo que Catherine entendió como devorarla con la mirada, porque el recorrido que hizo con sus ojos a toda su figura la hizo sin duda alguna estremecerse.

—Me alegro de volver a verlos —respondió sonriente—. ¿Como es que me han podido encontrar entre tanta gente? —exclamó abrumada por la intensa mirada del señor Edmondo.

—Cómo no hacerlo *lady* Catherine —respondió él con aquella suave voz—.

Está usted sencillamente radiante.

—¡Oh! Es solamente el vestido —contestó algo alterada.

—El vestido podrá ser muy hermoso, pero la dama que lo ostenta es realmente arrebatadora —confesó Gabriele que se acercó lo suficiente y cogió la mano de Catherine para darle un suave, cálido y extremadamente largo beso en ella.

David observaba a cierta distancia como aquel mequetrefe y la dama que lo acompañaba se acercaban hasta Catherine, creyó en un principio que serían un matrimonio, pero sin duda alguna no lo eran, ¡Ese idiota estaba cortejando a su mujer en sus propias narices! Lo que era peor, se conocían para haberse acercado a ella y Catherine no dejaba de sonreírles, ¡Maldita fuera su estampa! Se apretó los puños porque de lo contrario sabía que irían en la dirección de la cara de aquel tipo sin ningún tipo de escrúpulos.

Cuando se acercó disimuladamente escuchó que hablaban en otra lengua No era francés y no supo acertar si se trataba español o algo similar, pero lo sorprendente fue saber que su esposa estaba dotada en idiomas y él ni tan siquiera lo sabía. ¿Qué más cosas sabría hacer su esposa que eran desconocidas para él?

— *Lord* Clayton, debo agradecerle la ayuda que *lady* Catherine le está prestando a mi esposa —dijo el duque de Sylverston.

David no entendió a qué se refería *lord* Sylverston, pero probablemente sería hacerle compañía dado su estado de gestación o algo similar puesto que era lo que solían hacer las damas en esa situación.

—No debe dármelas a mi —contestó sin darle importancia, ¿Quién era él para impedirle a su mujer que visitara a una amiga?

—Bueno, son pocos los caballeros que acceden a que su esposa trabaje ostentando un título —admitió el duque de Sylverston

Aquellas palabras provocaron en David un cambio brusco de reacción,

¿Trabajar?, ¿Había oído trabajar? En ese instante se volvió hacia Catherine para encontrarse con que se dirigía hacia la pista de baile agarrada del brazo de ese... ese… ¡patán! Que para más agonía tenía el rostro hermoso

tratándose de un caballero y no supo si sentía más furia porque

bailara con aquel tipo o por lo que le acababa de decir Sylverston sobre ella. Cuando vio como rodeaba con aquellas manos por su cintura y la apretaba contra él para iniciar el baile, sintió unas irrefrenables ganas de ir hasta allí y arrebatársela a ese arrogante estúpido. Sin duda alguna sintió más rabia por lo primero.

Catherine se dejó llevar por el apuesto señor Edmondo hacia la pista de baile, pensó en negarse en un primer instante, pero si era sincera consigo misma le apetecía bailar con el apuesto joven de aquella magnífica sonrisa y ojos profundamente verdes. ¿Quién podría negarse? Tal vez si lo hubiera hecho Julia habría saltado para ofrecerse ella misma por lo interesada que parecía estar en el apuesto extranjero.

No volvió la vista atrás para ver si su esposo la estaría observando o no, aunque en aquel momento se centró en disfrutar del baile y de la compañía del señor Edmondo que no cesaba de enseñar sus blancos dientes con aquella sonrisa.

—Creo que esta noche soy la envidia de todos los caballeros *lady* Catherine

—afirmó Gabriele una vez se situaron en la pista de baile mientras rodeó con su mano su cintura.

—Tiene razón —terció ella sonriente—. Es el único que habla otra lengua y se libra de las interminables charlas absurdas de algunas personas. Hasta yo le envidio señor Edmondo.

El emitió una sonora carcajada que indudablemente más de uno debió pensar cuál sería el motivo de semejante comportamiento.

—Muy oportuno, pero dista mucho de ser esa la razón por la que me tendrían envidia —afirmó.

—Hay algo que no le he mencionado, señor Edmondo —dijo Catherine con una voz suave y aterciopelada preparándose para lo que iba a confesar.

—Si me va a decir que le preocupa el hecho de cuente a alguien cómo nos conocimos, no debe preocuparse. Su razón tendría para relacionarse con la gente que lo hacía, yo mismo lo hago y no es de incumbencia de nadie.

—Reconozco que eso me tranquiliza y dice mucho de usted señor Edmondo

—comenzó a decir—. Aunque también quería decirle que soy una dama respetablemente casada y que mi estadía en el ducado de Florencia no era otra que la de visitar a un familiar.

—¡Oh es una lástima! —confesó sin perder la sonrisa—. Podría decirse que me ha roto mi pobre corazón *lady* Catherine, pero confieso que no soy un hombre celoso y que usted no sería ni la primera, ni la última mujer casada con la que he tenido el placer de intimar.

Si tenía alguna duda, ésta se había disipado completamente con aquellas palabras. El señor Gabriele Edmondo la quería y no con el corazón precisamente. La deseaba realmente y sentirse así por aquel caballero la hacía llenarse de placer, tenía la libertad de acceder a lo que él le proponía con su mirada puesto que David le había dado permiso, aunque eso fuera antes de saber cómo era realmente ella. Al pensar en su propio esposo no pudo evitar darse cuenta de que Gabriele no era él, aunque fuese muy apuesto ella seguía deseando y anhelando a su marido por encima del señor Edmondo.

—Salgamos a tomar el aire —advirtió Gabriele—, hace una noche espléndida para pasarla aquí encerrados —anunció con una cómplice sonrisa que daba demasiado a entender y a Catherine no se le ocurrió una excusa aceptable antes de que él la guiara entre las parejas de baile hacia la terraza exterior.

David iba por su tercera copa, pero era la única forma de asegurarse no ir hasta donde estaba su mujer y separarlos formando un escándalo. Incluso hasta él escuchó la sonora carcajada que había emitido aquel patán, ¿Es que Catherine estaba coqueteando con él? Era evidente que sí. La muy… no podía ni pronunciarlo. Catherine se atrevía a dejarle en ridículo delante de toda la sociedad al coquetear con un extranjero delante de sus narices y él en cambio, como perfecto caballero andante debía lejos de recriminárselo apremiarla por ello puesto que él mismo la había incitado a hacerlo en su día,

¡Estaba harto! Más que harto estaba celoso, si, ¡Celoso por ese arrogante extranjero! Porque tenía las atenciones de Catherine y él no.

Le daba igual porque le importaba Catherine, la cuestión era que lo hacía, así que en cuanto los vio dirigirse hacia la terraza que daba a los jardines de palacio no dudo en seguirles. Si les arruinaba la fiesta lo sentía mucho, pero a aquel tipo le iba a quedar claro de quién era Catherine.

Catherine no estaba segura de que fuera una buena idea salir a tomar

el aire con el señor Edmondo, pero quería averiguar muy dentro de su ser en qué acababa aquella travesura. Quiso volver la vista hacia atrás para ver si alguien los veía, pero solo atino a dar con su grupo de amigas que parecían bastante entretenidas, no obstante, pronto las perdió de vista cuando las siguientes parejas de baile comenzaron a danzar.

Hacía una noche fresca pero agradable ideal para estar al aire libre, de hecho, la velada habría tenido lugar en el exterior si no hubiera sido por la ligera lluvia que hizo a media tarde. Cuando atravesaron los grandes ventanales la oscuridad les invadió arropados únicamente por unos candelabros y la luz de la luna, en la oscuridad Catherine sintió como el señor Edmondo entrelazaba sus dedos con los suyos y los apretaba fuertemente antes de tirar de ella para bajar a los jardines.

—¡Señor Edmondo!, ¡No! —exclamó en voz alta tratando de frenarle mientras él seguía llevándola tras él.

Ella intentaba no ir, pero él era más fuerte. Sabía sus intenciones, conocía perfectamente lo que quería y que probablemente esa había sido su intención durante toda la noche y ella había tenía la culpa por no haberlo frenado, ¡Era una estúpida!

Cuando llegaron lo suficientemente lejos la rodeó con sus brazos apresándolos entre ellos y pese a la oscuridad Catherine vio que sonreía igualmente.

—Sé lo que quieres. Lo deseas tanto como yo —dijo antes de unir sus labios a los suyos en un candente beso.

Catherine notó los labios sobre los suyos y no sintió lo que su propio esposo le hacía sentir, aunque Gabriele besara bien ese mariposeo no existía, ni ese calor inquietante, ni esas palpitaciones, ni ese… David, él no era David.

Intentó apartarse de él y consiguió deshacerse de su beso, pero no de sus brazos.

—Déjeme señor Edmondo —dijo tratando de esquivarle—. No lo ha entendido yo no quiero, no…

—Sera un secreto. Nadie lo sabrá —afirmó en voz baja cómplice del delito—. Desde que la vi supe que tenía que hacerla mía, es usted demasiado hermosa para dejarla escapar…

—No lo entiende. No puedo, estoy…

—Creo que la dama ha dicho que no —interrumpió la voz grave que se escuchó en la oscuridad.

Gabriele apartó rápidamente las manos de Catherine, provocando la inestabilidad de ella que la hizo tambalearse y casi acabar de bruces en el suelo.

Cuando la figura se acercó lo suficiente Catherine ahogó un gemido en su garganta, David no la miraba a ella directamente sino al señor Edmondo y además, lo hacía con un gesto que cualquiera hubiera creído que se trataba de un tigre estudiando a su presa.

—Disculpe señor —comenzó a decir Gabriele en un inglés algo extraño por su acento

—Excelencia —corrigió David sin dejar de mirarlo—. Soy *lord* David Clayton, cuarto duque de Lennox y esposo de la dama aquí presente.

La expresión de Gabriel pasó del gesto de inocencia al lívido en solo un instante y puso la mejor de sus sonrisas.

—Un placer, su excelencia —dijo cordialmente—. Solo estaba acompañando a su bella esposa a tomar el aire —añadió inocentemente.

—¿Tan lejos de palacio? —respondió serenamente.

—Es una noche espléndida para pasear, ¿no cree? —preguntó de forma ingenua.

—¿Quién es usted? —preguntó David.

— *Lord* Gabriele Edmondo de Guicciardini —respondió altivamente.

David conocía ese apellido y eso que nunca había estado en el ducado de Florencia, pero sabía quién era la familia más influyente aparte de la realeza, esos eran los Guicciardini. Si los rumores no le fallaban, uno de sus

miembros iba a casarse con la sobrina de la reina y la ceremonia se celebraría la próxima semana, ¿De qué conocía su esposa a la segunda familia más influyente del ducado de Florencia?

—Que disfrute de la velada *lord* Guicciardini, tengo asuntos que tratar con mi esposa —respondió mientras cogía del brazo a Catherine y se encaminaba hacia palacio.

Catherine no sabía si David estaba enfadado o no, por su aspecto casi diría que no.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó de pronto al verse tratada del mismo modo que anteriormente lo había hecho *lord* Edmondo que por otro lado acababa de descubrir que pertenecía a una familia importante y no sabía porqué razón había ocultado esa información hasta ahora, seguramente por su seguridad.

—Salvarte del ridículo al que nos expondrías a ambos —afirmó tajante.

—¿Y por eso tienes que llevarme de ese modo? —preguntó con ironía.

—¡Podrías darme las gracias en lugar de actuar como una cualquiera y provocar ese tipo de situación! —dijo frenando en seco y mirándola directamente a la cara con evidente falta de aliento producida por la caminata y por la inmensa frustración que había acumulado durante toda la noche.

—¿No fuiste tú quien me dijo que buscara a alguien para la octava condición?, ¿Que tú no estarías dispuesto a hacerlo? Me afirmaste que no me pondrías ni un solo dedo encima —afirmó.

Le había dolido que la llamara así cuando ella no había actuado de esa forma, pero si él iba a reprochárselo le recordaría sus palabras.

—¡Eso fue antes de que…! —exclamó quedándose callado.

—¿Antes de qué? —exclamó enfrentándose a él descaradamente para ver si era capaz de decirlo.

David vio como el pecho de ella se hinchaba bajo aquel ajustado corsé y se deleitó mirándola casi al punto de perder la noción de la discusión.

—De convertirte en la mujer más bella que he conocido —confesó en un susurro.

Ella iba a responder algo sin pensarlo creyendo que volvería a atacarla hasta que procesó sus palabras y aquello que iba a decir murió en su garganta. No se esperaba que David le confesara algo así e inesperadamente antes de que ella dijera algo, la cogió del brazo y rodearon los jardines hasta salir a la entrada sin tener que pasar por el salón de baile.

—¿Dónde vamos? —preguntó confundida, pero sin dejar de seguirle.

—A casa —afirmó sin dudarlo.

—¿Como que a casa? —respondió de pronto—. ¡No podemos irnos sin despedirnos! —gritó contrariada.

David llegó al carruaje y ayudó a subir a Catherine que pese a todo accedió.

Cuando él también estuvo dentro y dio un par de golpes para que el carruaje iniciara la marcha de un movimiento cogió a su esposa y la sentó en su regazo pese a la reacción inesperada del gesto por parte de ella.

—Esta noche vas a ser mía, Catherine —dijo mirándola fijamente y antes de que pudiera contradecirle besó sus labios para acallar cualquier tipo de reclamo.

25

Los labios de David rozaron los suyos y aquello fue como probar el cielo de nuevo, al menos eso pensaba Catherine que se atrevió a estrecharse entre sus brazos y abrazarlo por los hombros para aumentar aquella sensación que comenzaba a deleitarla.

Le había dicho que era bella, no solo eso sino la mujer más bella que él había visto jamás y quisiera ella o no, había logrado ablandar su corazón con aquellas palabras, porque si para alguien ella deseaba ser hermosa; era para

él. Aunque en el fondo supiera que solo la querría por eso, esa noche quiso acallar a su conciencia y guiarse únicamente por lo que sentía. Aquella noche sería para ellos y que él la anhelara solo hacia incrementar su deseo por David, aunque supiera que su marido solo la deseara por ser hermosa prefería conformarse con ello en lugar de que la apartara de su lado y la evitase a toda costa.

Cuando David notó como el cuerpo de ella se estrechaba junto al suyo sintiendo cómo sus pechos rozaban su piel pese a estar apretados por ese más que atrevido vestido, solo podía provocarle aún más deseo por ella si es que podía ser. Se sintió enfebrecido y con sus manos comenzó a palpar los pliegues de aquella maldita falda que se empeñaba en no tener fin para meter sus manos por debajo de ella y encontrar sus deliciosas piernas.

El trote del carruaje solo hacía que los pequeños saltos del camino empedrado unieran el cuerpo de Catherine al suyo provocando que su

erección fuera más descomunal de lo normal. Si no llegaban pronto estaba casi seguro de que la tomaría mismamente en el carruaje, porque no creía que aguantase mucho más tiempo sin hacerla suya. Catherine había comenzado a darle pequeños mordiscos por su oreja mientras bajaba por su cuello, síntoma de toda una amante experta que en aquel momento solo le pudo hacer enloquecer de placer.

Finalmente, David encontró el borde de su falda y cuando pudo tocar sus suaves medias comenzó a ascender con sus dedos rozando su pierna hasta encontrar el fin de la misma y empezar a tocar la carne de su piel; era tan suave que solo deseaba posar sus labios sobre ella para besarla. En ese momento tuvo claro que la deseaba desnuda en su cama para lamer cada recóndito trozo de piel de su delicado cuerpo.

Catherine ahogó un gemido cuando notó los dedos de su esposo rozando su piel desnuda y como éstos seguían ascendiendo buscando definitivamente el centro del placer de ambos sin duda alguna. En aquel momento ella buscó su boca desesperadamente para darle un profundo beso cargado de pasión contenida que David respondió gustosamente deleitándose con un juego de lenguas que solo podría acabar en un empate por el ardor de ambos y cuando los dedos de David empezaban a abrirse paso entre sus enaguas a punto de alcanzar aquel recorrido incestuoso y aquel momento el carruaje dejó de moverse.

Antes de que el cochero abriera la puerta, Catherine se separó del cuerpo de David bruscamente dejándole confuso por aquel hecho, probablemente no se habría dado cuenta del detalle de que habían llegado a su destino y sin previo aviso bajó del carruaje y alzándose el vestido hasta las rodillas volvió su vista hacia atrás dándole la mejor de sus sonrisas traviesas y echó a correr hacia sus aposentos.

David solo interpreto aquel gesto como una invitación y para asombro de sí mismo accedió a su juego con una sonora carcajada y comenzó a correr tras ella dejando al personal que esperaban su llegada atónitos ante el comportamiento de sus señores.

Catherine llegó a su habitación y cerró la puerta justo a tiempo para que él no la alcanzara riéndose ante aquel juego de niños, para su asombro David no llamó a la puerta y cuando se dio la vuelta y se recostó en ella pensando que haría su esposo la puerta que comunicaba a los aposentos de él se abrió en aquel momento.

¡Se había olvidado de aquella puerta! Razonó inmediatamente al ver la sonrisa de él conforme se acercaba a ella.

—David tengo que decirte… —comenzó a pronunciar—. Tengo que avisarte de que yo…

—No quiero saber nada —respondió cortando su frase.

Le daba igual lo que tuviera que decirle en aquel momento, no quería saber de sus amantes, ni del tal Guicciardini que por alguna extraña razón ella le había rechazado, porque pese a no saber de qué hablaban, el "no" de Catherine fue plausible pese a estar en otra lengua.

—Pero tienes que saber que…

Las palabras de Catherine murieron en su garganta cuando él volvió a apresar sus labios y ella se dejó arrastrar de nuevo. Quería avisarle de que sería su primera vez, de que ella no era una cualquiera como él pensaba, ni había tenido amantes, pero se olvidó de todo aquello en el momento que él la alzó entre sus brazos y quedó apresada entre su cuerpo y la pared de su alcoba.

Sintió las manos de David deshaciendo los botones de su vestido y sólo se percató de ello cuando se sintió libre de la opresión a la que había estado sometida todo ese tiempo. Su liberación no vino solo para ella, sino también para sus pechos cuando notó las manos de él apresando uno de ellos. Su cuerpo instintivamente se arqueó hacia él queriendo más de aquella sensación que provocaba aquel deleite maravilloso en lo más profundo de su ser, ese calor incesante y ardiente que comenzaba a recorrerla desde su garganta.

Los labios de David bajaron por su cuello abandonando su boca y finalmente apresaron uno de sus pezones con la boca. Catherine notó sus dientes, como éstos jugueteaban a la vez que con su lengua lamía y absorbía aquel pezón rosado provocando una frustrante sensación en ella demasiado inquietante de la que solo podía emitir gemidos de placer al respecto por experimentar aquel

cúmulo de experiencias nuevas para ella.

David terminó por deshacerse del vestido que quedó tirado en el suelo mientras la alzó para depositarla sobre cama sin dejar de besar sus labios. Ella consiguió deshacerse de su chaqué y comenzó a desabotonar su camisa para deslizar sus ágiles dedos entre la tela y tocar su pecho duro y firme.

Cuando se deshizo de la última prenda que separaba a Catherine de la desnudez completa, David se alejó de ella solo para deleitarse con la

belleza de aquella mujer. Había soñado infinidad de veces con tenerla así sobre su lecho y ahora que la tenía no podía evitar pensar si se trataba solamente de un sueño, aunque a juzgar por la estrechez de sus calzones podía asegurar lo contrario. Necesitaba urgentemente hundirse en ella y hacerla suya, acabar con aquella posesiva obsesión que ella ejercía sobre él.

«Es más hermosa aún de lo que creía» pensó David sin expresarlo en voz alta. Por alguna razón no quiso que ella fuera consciente del poder que ejercía sobre él, aunque con sus hechos demostrara lo contrario.

Catherine se sintió algo avergonzada estando desnuda bajo la atenta mirada de David, pero pronto se deleitó con la desnudez de él y lejos de asustarse su instinto fue tocarlo, quería tocarlo por todas partes y poder probar con sus propias manos en un hombre todas aquellas lecciones.

David comenzó a bajar lentamente sobre ella, sintiendo el roce de sus cuerpos ahora tocándose piel con piel. Catherine sentía su contacto, su calor y la increíble sensación que aquello provocaba en ella la hizo arquearse para él, invitándole a tomar lo que quisiera de ella porque desde luego estaba más que dispuesta a dárselo. Necesitaba imperiosamente sentirlo, sentir todo aquello que se suponía que solo podía traer experiencias placenteras y más aún de alguien que le provocaba todas aquellas sensaciones de las que únicamente

deseaba más.

Los movimientos de Catherine arqueándose para él solo provocaron que perdiera el poco juicio que aún conservaba, quería deleitarse en su cuerpo, saborearlo y rememorar cada parte de su ser en sus recuerdos, pero definitivamente se volvería loco si no la tomaba así que sin poder controlarse se deslizó dentro de ella de una sola estocada provocando un grito en su esposa aterrador de dolor y una profunda sorpresa por respuesta en él.

Catherine sintió como él se hundía dentro de ella sin previo aviso y provocó un dolor agudo del que fue imposible reprimirse, era como si le clavaran una aguja afilada en lo más profundo de su ser, pero para su asombro el dolor solo fue instantáneo y su cuerpo pareció adaptarse a la invasión mientras ese dolor remitía hasta casi desaparecer.

—Eres virgen —afirmó David confundido aún con ella en brazos viéndola ahora por primera vez de verdad.

Catherine abrió los ojos y se encontró con la mirada azul de David, observándola detenidamente sin ejercer movimiento alguno.

—Lo era —respondió ella cálidamente ahora que el dolor había pasado sin dejar de mirarlo.

David bajó lentamente sin dejar de mirarla dándole el beso más dulce que hasta ahora le había dado, como sin con aquel beso tratara de disculparse. Fue tan suave, cálido y placentero que ella se sintió de alguna forma completa en ese instante.

—No sabes lo feliz que acabas de hacerme —susurró David en su oído —, esposa mía —añadió antes de comenzar a moverse dentro de ella lentamente y cuando Catherine comenzó a notar aquella sensación extraña que se

apoderaba por completo de sí misma se unió a sus movimientos tal y como le habían enseñado a hacer.

No supo si fue por el hecho de saber que era el primer hombre para Catherine o porque ella lo volvía completamente loco, tal vez fuera por los movimientos de ella que lo convirtieron en una bestia enfebrecida de pura pasión o verla como se deshacía entre sus brazos alcanzando su propia satisfacción proporcionada por él mismo, pero fuese lo que fuese, lo único cierto es que aquella mujer virgen acababa de darle el mayor placer que en todos sus años de vida libertina jamás le había dado ni la más experimentada de las fulanas con las que había estado.

«No» pensó David. «No se iba a cansar de Catherine por poseerla, sino que sería, más bien al contrario, aquella mujer definitivamente le había hechizado».

Una cálida sensación placentera despertó a Catherine aquella mañana y con un gemido profundo nacido en su garganta abrió los ojos para encontrarse con la inigualable sonrisa de David que parecía demasiado alegre de verla.

—Buenos días —susurró antes de hundir sus labios en su garganta para besarla y mordisquearla en aquella zona mientras sus dedos jugueteaban entre sus muslos provocando una sensación extraordinaria.

—Buenos días —gimió ella ahogadamente.

En ese momento Catherine se incorporó y sorprendiendo a David se

abalanzó sobre éste para dejarlo tumbado sobre la cama y aprovechar para colocarse a horcajadas sobre él.

Catherine aprovechó la sorpresa para echarse hacia delante y apresar los labios de su esposo como si una fiera salvaje se hubiera apoderado de sí

misma aquella mañana y a la misma vez que introducía su lengua en su boca hizo que David se adentrara en ella provocando un fuerte alarido por parte de él debido a su asombro por verla tomar aquella iniciativa.

Haciéndose con el control de la situación Catherine se abandonó a sí misma y a su propio placer experimentado recientemente. Quería volver a obtener ese pequeño trozo de cielo que había probado hacía tan solo unas horas, tal y como le habían enseñado comenzó a mover sus caderas hacia delante y atrás balanceándose en su propio peso y en sus piernas.

David observó como su esposa de movía sobre él y definitivamente aquello fue como estar en el mismísimo paraíso junto a Eva, ¿Cómo demonios podía moverse así una virgen? Fuese como fuese solo deseaba que no parase jamás y fundirse con ella así fuera en el infierno o en el cielo, pero siempre junto a ella.

Colocó sus manos en sus caderas apremiándola a continuar con su ritmo y verla como disfrutaba dándole placer a él y a sí misma solo hizo desearla aún más si es que aquello era posible. En ese instante se dio cuenta de que no solo tenía a la mujer más hermosa de todo Londres y quizá de todo el País, sino que además era toda una proeza en el lecho como ya había intuido la noche anterior y le estaba demostrando en aquel preciso momento. Si no fuese porque era consciente de que era virgen, estaría martirizado pensando en los incontables amantes que habría tenido su esposa para lograr darle tanto placer con aquellos movimientos. No sabía que más inhóspitas sorpresas le esperaban de su mujer, pero definitivamente estaba deseoso de averiguarlas absolutamente todas.

Catherine se dejó caer sobre el pecho de David cuando ambos alcanzaron el clímax saboreando el momento y juntando su cuerpo sudoroso por el esfuerzo

sobre el de él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó David con voz aterciopelada provocando que Catherine alzara la vista sin separarse de él.

—Estupendamente, ¿Por qué? —contestó sonriente.

Llevaba tanto tiempo deseando saborear aquel placer, soñando desde hacía años y pensando que sería imposible para ella. Leyendo en los libros lo que definitivamente era impensable imaginarse hasta que lo había experimentado y ahora se sentía florecer, como si estuviera en una nube y definitivamente quería más, mucho más de aquella nueva sensación de la que seguramente jamás se cansaría.

—Se supone que eras doncella y deberías estar "dolorida" —dijo acariciando su mejilla sin dejar de observarla.

—Me encuentro perfectamente bien, aunque reconozco que tengo bastante hambre —confesó pensativa.

David emitió una carcajada por respuesta lo que provocó que ella también riera, era agradable verlo así y no tan serio o distante como había estado últimamente, aunque siempre había sido así con ella.

—Reconozco que yo también estoy hambriento —admitió.

Aunque David había dicho aquello mirándola tan fijamente que por un instante Catherine pensó que no se refería precisamente a comida. ¿Cuán insaciable podría ser David en asuntos referentes al lecho? Aunque para ella no sería un problema saciar su apetito, pero ¿Se conformaría solo con ella?

Las dudas comenzaron a embargarla de pronto sintiéndose repentinamente vulnerable.

—Tal vez debamos bajar a desayunar, ¿O prefieres que nos sirvan el desayuno aquí? —respondió Catherine evitando el contacto de su mirada.

—A estas alturas todo el personal de la casa debe saber lo que hemos estado haciendo durante la noche y parte de la mañana, quizá deberíamos bajar para hacerles creer que somos personas civilizadas —respondió acercándose a ella—. Y porque si nos quedamos aquí un minuto más me aseguraré de que no salgas de esta cama en todo el día.

Catherine se estremeció al escuchar aquello y más aún en el tono cargado de erotismo con el que lo había dicho. La deseaba sin ninguna duda, la cuestión era si era algo más que deseo o de lo contrario pronto se cansaría de ella.

26

David se perdió en su habitación para vestirse puesto que la única vestimenta que allí tenía era el traje de gala que llevó la noche pasada y ella aprovechó para refrescarse. Cuando alzó la vista vio las sábanas manchadas de sangre y se llevó el dorso de la mano a su boca reprimiendo una sonrisa. Tenía que reconocer que había dolido en un principio, pero fue algo maravilloso y más aún con el hombre que ella quería, con su esposo y no solo eso sino, que David la había tratado con delicadeza y le había asegurado

lo feliz que se sentía. Quizá ahora las cosas irían bien entre ellos, tal vez a partir de ese momento todo cambiaría.

Cuando entró en el comedor donde comenzaban a servir el desayuno pese a ser casi la hora del almuerzo ella sonrió a su marido, que la esperaba en el marco de la puerta. Resultaba extraño después de haber compartido tanta intimidad instantes antes buscar un tema que tratar fuera del lecho, aunque David lo encontró rápidamente hablándole de la fábrica.

—Tal vez yo podría ayudarte —dijo Catherine instintivamente alegrándose de la implicación que David parecía tener con los negocios de su padre.

Aquello la hacía de alguna forma hasta sentirse orgullosa de él.

—¿En qué podrías ayudarme?, ¿Eligiendo los colores de los tapices tal vez?

—contestó con cierta ironía.

—Creo que podría hacer algo más que eso —contestó seriamente—. He estado ayudando estos días en la casa de modas de Emily y me encargaba de…

—En referencia a eso —contestó repentinamente David interrumpiéndola—.

Se ha acabado —afirmó—, y da gracias porque no recibas una reprimenda al ocultarme que estabas trabajando si tan siquiera pedirme permiso para hacerlo. Cuando *lord* Sylverston me lo comentó anoche no supe de qué me estaba hablando. No voy a permitir que la duquesa de Lennox sea una vulgar dependienta de una casa de modas por más prestigio que ésta tenga. No es tu lugar, ni tu cometido; así que te prohíbo que trabajes allí.

—¿Que me prohíbes que trabaje? —respondió alzando la voz.

—Si —contestó firme.

—Voy a trabajar allí tanto si me lo prohíbes como si no, querido esposo

—respondió cruzándose de brazos firmemente.

—Me obedecerás quieras o no, Catherine —afirmó seriamente en un tono de regaño.

—¡No pienso quedarme en casa sin hacer nada durante todo el día! —gritó.

—He dicho que no vas a trabajar en la casa de modas y es mi última palabra

—insistió.

—Ya lo veremos —dijo ella mientras se levantaba y tiraba la servilleta sobre la mesa antes de salir de allí sin terminar siquiera de tomarse el té.

¿A qué venía tanto empeño por trabajar en la tienda que tenía la duquesa de Sylverston? Algo le ocultaba y averiguaría de qué se trataba. ¿Tal vez fuese allí donde habría conocido a *lord* Guicciardini?

Si era así y su empeño de trabajar en aquel sitio era ese, que Dios se apiadara de ella, porque desde luego él no lo haría. Ahora que había probado el suculento bocado de su esposa y sabía que era el único en haberla catado, no permitiría que nadie más lo hiciera. En su vida había sentido celos, ni tan siquiera de su hermano pese a saber que él jamás tendría el ducado, pero lo que sentía por Catherine iba más allá de la racionalidad. Ella era suya y no iba a permitir que nadie que no fuera él tocara lo que consideraba suyo.

Catherine entró en su habitación y cerró con fuerza la puerta, estaba enfadada y si él tomaba aquello como un gesto de comportamiento inadecuado le daba absolutamente igual, quería demostrarle que no pensaba obedecerle. Si había creído que se había casado con una esposa amante, fiel, tímida y tonta que le esperaría en casa fervientemente mientras estaba todo el día fuera; que se buscara a otra porque ella no era ociosa, nunca lo había sido, incluso a veces

su padre le había dejado repasar algunos libros de cuentas como estudio de las clases que el señor Smith le impartía.

Fue la única ventaja que obtuvo de ser hija única y no tener hermanos varones. El vizconde había enseñado a su hija ciertas lecciones propias de un hombre que solían estar vetadas para la mujer. Ni tan siquiera *lady* Elisabeth lo sabía ya que pensaba que el profesor Smith venía para repasar sus clases de su lengua materna; el florentino, pero David no había querido ni escucharla, ni tan siquiera le había permitido decirle que no era una vulgar dependienta cosa que tampoco lo consideraba vulgar ahora que lo pensaba, era un trabajo tan digno como otro cualquiera fuese o no una duquesa.

Se tiró sobre el lecho deshecho aún, y al respirar el aroma que David había dejado impregnado en la almohada no ayudó en absoluto a dejar de pensar en él. Enfadada se levantó y comenzó a quitar las sábanas con ardua rapidez y cólera, queriendo desprenderse de aquello para alejarlo por la rabia que la consumía al tratarla de aquel modo.

—¿Pero que estás haciendo? —pregunto la voz de Lilith.

Catherine siguió estirando con fuerza para arrancar aquellas sábanas de su lecho y tirarlas al suelo con ímpetu.

—¡Deshazte de ellas! —gritó—. O mejor aún, ¡Quémalas! —dijo una vez que dejó solo el mullido colchón desnudo sin ropa de cama que lo cubriera.

—¿Y se puede saber que te han hecho unas pobres sábanas querida niña? —

exclamó con cierto aire de inocencia.

—Huelen a él —afirmó—. Y en estos momentos no lo quiero cerca de mí

—respondió altivamente dirigiéndose al ventanal de sus aposentos para tranquilizarse con las vistas.

—Así que pasaste la noche con él —dijo Lilith como si lo supiera, pero no lo afirmara del todo mientras recogía las sábanas formando un gran bulto para cogerlo con facilidad.

—No te hagas la ingenua, con el espectáculo que dimos anoche se han debido de enterar todos los criados —contestó cruzando los brazos con evidente enfado.

—¿Y se puede saber que ha pasado para que estés así? Porque yo creía que estarías contenta —afirmó la doncella.

—Y lo estaba, al menos lo estuve hasta que ese energúmeno abrió la boca —

contestó con evidente enfado.

—¿Patán?, ¿Así hablas de tu esposo? —recriminó Lilith.

—¡Me prohibió trabajar! Es un patán por hacerlo —insistió.

—Ya te advertí que no estaba de acuerdo con esa idea de trabajar —afirmó la doncella haciendo ademán de irse—, eres una duquesa y las duquesas no trabajan. Te debes a un título y a tu esposo. No puedes tirarlo por tierra porque simplemente te aburres en casa.

—¡Pero Emily trabaja y también es duquesa! —gritó con evidente razón.

—Eso es distinto, ella diseña vestidos hermosos y es como pintar un cuadro, al fin y al cabo, está creando una obra de arte.

—Pues yo también creo arte —dijo con energía—, ¡Solo que lo hago con los números! —recriminó.

—Maldita sea la hora en la que al vizconde se le ocurrió que sería buena idea que aprendieras contabilidad —refunfuño Lilith.

—Quizá fue lo único bueno que supo hacer —respondió mientras se dirigía hacia su armario para sacar un vestido.

—¿Es que piensas salir? —preguntó con confusión.

—Si —afirmó—. No aguanto estar aquí un minuto más, iré a dar un paseo por Hyde Park.

Catherine envió una nota a casa de los señores Benedict para invitar a Julia y otra a casa de los señores Brandon para invitar a Susan a dar un paseo.

Afortunadamente para ella, ambas acudieron.

No quiso importunar a Emily en su estado, menos aun teniendo en cuenta que la noche anterior habían acudido a la fiesta de palacio real y estaría cansada, en cambio Julia y Susan eran almas frescas y gozaban de la libertad de ser solteras, aunque no sabía si el yugo de tener que cazar marido era aún peor que estar casada ahora que lo pensaba. Una mujer de su época siempre se debería a un hombre, primero a su padre, después a su marido y si enviudaba y tenía hijos varones posteriormente a estos.

Hijos… ella debía tener un hijo y lo debería tener en un plazo de tiempo estimado, ¿Podría haberse quedado embarazada con la noche apasionada que habían tenido David y ella? No, probablemente en una noche no se podría concebir un hijo, pero la posibilidad era existente.

—¡Ya puedes contarme todo sobre ese caballero extranjero de anoche!

—exclamó Julia nada más ver a su amiga Catherine.

Ni tan siquiera un; Buenas tardes, ¿Que tal estas? No, Julia era así de directa siempre y aquello era desde luego es lo que más le gustaba a Catherine de su amiga. Comenzó a reírse ante su pronto interés en el caballero extranjero y sus risas contagiaron a Susan que justo había llegado unos instantes antes de

Julia.

—Así que tus ganas de asistir a dar un paseo solo son debidas al señor Edmondo —dijo recordando al instante lo que había ocurrido la pasada noche

—. O más bien debería decir a *lord* Guicciardini —dijo antes de que sus amigas intervinieran.

—¿De qué me suena ese apellido? —terció Susan.

—¡De que pertenece a una familia importante del ducado de Florencia! De hecho, ¡A la más importante después de la familia real! —exclamó Julia entusiasmada como si estuviera hablando del mismísimo príncipe.

—¿Y de qué lo conoces? —preguntó con curiosidad Susan.

—Era un conocido de mi tía Camelia. Le conocí cuando me fui al ducado de Florencia.

—¿Al ducado de Florencia?, ¿Por qué yo no me entero nunca de las cosas emocionantes? —exclamó Susan con interés.

—Es culpa tuya —respondió Julia pícara—. Has estado ausente las últimas dos semanas.

—Mejor no me lo recuerdes, si he venido es precisamente para evitar pensar en ello.

Julia y Catherine la miraron extrañadas. Susan siempre se había mostrado despreocupada y sonriente, nada que ver con la joven que tenían delante.

—Vaya… ¿Qué ocurre? —preguntó Julia esta vez preocupada.

—Prefiero no decirlo por ahora, si lo hago será real y prefiero pensar que no lo es, así que si no os importa preferiría deleitarme con las aventuras de

Catherine para no tener que pensar en mis propias preocupaciones.

Catherine pensó que algo grave debería de ocurrirle a Susan, pero si no era el momento de hablarlo ya lo haría cuando estuviera preparada así que comenzó a relatar su estadía en el ducado de Florencia.

—¿Entonces *lord* Guicciardini creía que tú eras una… una…

—¿Cortesana? Sí —respondió a Susan.

—¿Y sabe ya quién eres? —preguntó Julia entusiasmada con la historia.

—Si, es más, mi esposo nos sorprendió anoche cuando Gabriele me besó

—confesó algo avergonzada.

—¿Te beso? —exclamó Julia saltando del asiento.

—¿Os vio? —preguntó sorprendida Susan al mismo tiempo.

—Sí y sí —respondió Catherine alternativamente.

—¿Y no le retó a duelo? —preguntó Susan como si de una novela romántica se tratara.

—No, más bien le dijo que no me volviera a tocar y me llevó directamente a casa. Por esa razón desaparecimos anoche de forma tan apresurada.

—¿Fue dura la reprimenda que recibiste? —preguntó Julia curiosa.

—¡Oh sí! Muy dura… —Comenzó a reír Catherine—, creo que ver a *lord* Clayton celoso fue la mejor satisfacción de toda la noche. Hasta confesó que yo era la mujer más bella que había conocido.

—¡Oh que romántico! —exclamó Julia apesadumbrada—. Ojalá tuviera yo una historia así por la que suspirar.

—La tendrás —afirmó Catherine—. Aunque no es oro todo lo que reluce.

Ésta mañana discutimos porque me prohibió volver a trabajar en Lynetś.

—Emily nos dijo anoche que te estabas encargando de la contabilidad, ¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Julia.

—Eso díselo al patán de mi esposo, aunque él cree que soy una vulgar dependienta, ¿Sabéis que os digo?, Que lo crea, es más, voy a trabajar de dependienta además de llevar la contabilidad solo por fastidiarle.

—¿Estás segura? La gente hablará —terció Susan.

—Me da igual —afirmó—. Llevo toda la vida soportando que hablen de mi y de mi enfermedad, créeme que esto será más tolerable que lo otro.

David apretó los puños como síntoma de enfado cuando le comunicaron que su esposa había salido. Tras la discusión de aquella mañana él decidió encerrarse en el estudio para tratar de aclarar su mente. Aquello solo hizo que se autoconvenciera aún más de que el

empeño de trabajar que ponía su esposa no era otro que el de ocultar algo, ¿Por qué sino iba a querer trabajar una mujer? Nacían para deberse a su marido, gestionar la administración de la casa y darle hijos. Las únicas mujeres que trabajaban eran las que su estatus social no les permitía poder no hacerlo y sin embargo Catherine se empeñaba como si fuera pobre o no tuvieran dinero.

Su esposa, la duquesa de Lennox era una vulgar dependienta atendiendo a las damas de la alta sociedad para venderles vestidos… No. No iba a ser el hazmerreír de toda la sociedad para que creyeran que eran pobres o tenían necesidad y menos aún después de dejarse los sesos en sacar adelante las empresas del vizconde ahora que había empezado a coger el ritmo de trabajo.

Precisamente iba a aclarar las cosas por si su rabieta aún seguía en pie cuando

le habían comunicado que su bella esposa había decidido salir de paseo hacía tres horas y aún no había regresado, ¿A dónde diantres había ido ahora?

27

—¡Quiero saber dónde está! —gritó David. ¿Es que era tan

difícil que le contestaran a una maldita pregunta?

—Ya se lo he dicho mi *lord*, la duquesa solo dijo que iría a dar un paseo. No dijo nada más —contestó algo tímida la joven doncella.

—¡Llama a Alfred! —contestó malhumorado. Ahora no solo hacía lo que quería a sus espaldas, sino que también salía y entraba a sus anchas, aunque

¿De qué se sorprendía? Era lo que había estado haciendo hasta ahora y no

entendía por qué justo en esos instantes le fastidiaba cuando antes no le había importado.

—¿Mi *lord*? —preguntó el sirviente cuando llegó hasta él.

—Quiero que ensillen mi caballo, voy a salir —atajó seriamente.

—Por supuesto su excelencia —respondió con un gesto afirmativo.

Si Catherine había ido a dar un paseo tendría que haber sido a Hyde Park, pero sin duda ya era tarde para estar paseando, más le valía que la encontrara o no respondía de sí mismo.

Después de despedirse de Julia y Susan, Catherine se encaminó de

vuelta hacia su casa, habían estado demasiado tiempo hablando y se les había hecho algo tarde, es más, ya estaba oscureciendo. Quizá no llevar doncella ahora le parecía una mala idea cuando comprobó lo solitarias que estaban las calles a esas horas. Nunca había tenido miedo, aunque por otro lado tampoco había salido nunca sola de casa y aquella sensación era extraña. Solo quedaban un par de cuadras para llegar a su destino y estaba en la mejor zona de Londres, no le tendría porque pasar nada, ¿Verdad?

—¡Vaya, vaya, vaya! —escuchó Catherine que pronunció alguien que permanecía escondido en un callejón por el que ella pasaba y apresuró el ritmo de sus pisadas—. ¿Dónde va con tanta prisa señora? —añadió y ella aceleró aún más el paso.

—No corra, solo queremos divertirnos un rato —dijo otra voz—, seguro que es lo que también desea cuando camina sola a estas horas de la noche y por estas calles solitarias —añadió comenzando a reír.

Las risas a espaldas de Catherine la pusieron nerviosa, en aquellos momentos

deseó tener esas horribles manchas rojas que la afeaban y que la hacían ser indeseable. Sintió como un brazo se cernía al suyo para detenerla y a empujaba hacia atrás.

—¡No me toques! —gritó Catherine alterada.

—Vale, vale —dijo alzando las manos uno de ellos.

Al verlos detenidamente, para sorpresa de Catherine eran caballeros bien vestidos que parecían pertenecer a su clase social. Había imaginado que serían vulgares ladrones o algo peor.

—¿Qué hace una preciosidad como usted por estas calles tan sola?

—preguntó el sujeto número uno con una sonrisa macabra.

—No es de su incumbencia y si no le importa, tengo prisa —respondió tajantemente tratando de deshacerse de aquellos caballeros que la retenían.

No era correcto, eso era más que obvio y desconocían sus motivos, pero habrían reconocido que ella era una dama y según la etiqueta social, debían dejarla marchar.

—No tan deprisa… —advirtió el sujeto número dos reteniéndole el

paso—.

No irás a creer que la dejaremos ir después de apreciar de cerca su rostro. Un hermoso melocotón como usted hay que saborearlo.

A Catherine le temblaron las piernas y en su cabeza la palabra “huir” se hacía cada vez más fuerte, así que intentó forcejear para soltarse del amarre de aquel sujeto que la mantenía presa. Sabía que tenía pocas posibilidades de escapar tratándose de dos individuos que tenían una fuerza muy superior a la suya, pero debía intentarlo. ¿Dónde había quedado la moralidad de un caballero? Todas sus creencias se rompieron en el mismo momento en el que uno de ellos intentó rasgarle el vestido y ella gritó con todas sus fuerzas

rezando porque alguien la escuchara.

—¿Está usted bien? —preguntó una voz que Catherine supo reconocer al instante. No conseguía ver bien el rostro de su salvador por la distancia que le separaba de él, pero indudablemente el acentuado acento tan marcado solo podía ser de un hombre.

—Jamás he tenido tantas ganas de volver a verle *lord* Guicciardini —contestó Catherine en su lengua materna mientras se acercaba a él. Tal vez fuera por la situación, el horror por el que se había visto obligada a pasar o porque lo necesitaba que sin pensarlo se abrazó a su salvador.

—¡ *Lady* Catherine! —respondió estupefacto porque fuese ella la joven damisela en apuros.

Catherine estaba temblando sin poder evitarlo, sentir los fuertes brazos de Gabriele sabiendo que la había salvado de aquellos malhechores que sin duda alguna pretendían violarla en plena calle la hizo sentirse vulnerable. Había gastado todas sus fuerzas en tratar de huir de ellos, con gran rudeza la habían zarandeado y sin duda alguna podía percibir como su cuerpo la abandonaba al sentirse ahora a salvo.

—¿Le hicieron algo?, ¿Se encuentra bien? —preguntó Gabriele preocupado mientras ella sin poder resistirlo escuchaba sus palabras como si estuviera en un lugar muy lejano—. ¡ *Lady* Catherine!, ¡Catherine! —gritó finalmente olvidándose de los modales.

Catherine escuchaba cómo la llamaba, pero era imposible responder… en algún momento perdió el atisbo del último rastro de conciencia que le quedó con el rostro de *lord* Guicciardini y aquellos ojos verdes que

la observaban preocupados antes de desmayarse entre los brazos que para su fortuna, la

sostenían firmemente.

David dio otra vuelta a caballo por Hyde Park, pero no quedaba ni un alma y ya había oscurecido. No había rastro alguno de Catherine, además de que a esas horas comenzaba a ser peligroso estar por las calles de Londres sin compañía, cosa que su estimada esposa había cometido la osadía de hacer.

¿Habría vuelto a casa? Un sentimiento de preocupación comenzó a instalarse en su pecho hasta ahora desconocido para él, pero que se hizo cada vez más persistente. Solo esperaba que no le hubiera ocurrido nada porque de lo contrario… no. No quería ni pensar en que algo le hubiera ocurrido a su esposa.

—¿A vuelto? —preguntó nada más entrar en casa mientras respiraba agitado por la cabalgata y la rapidez con la que había desmontado para entrar.

—No mi *lord* y ya es muy tarde —respondió Alfred nada más abrir la puerta.

—¿No la ha encontrado?, ¡Ay Dios mío, ha debido de ocurrirle algo!

—exclamó Lilith acongojada y comenzando a llorar cuando les escuchó.

—¿Dónde fue?, ¿Con quién fue? —preguntó David suponiendo que aquella mujer al ser de la confianza de su esposa debería saberlo.

—Quiso dar un paseo, le envió una nota a la señorita Benedict y a la señorita Brandon para visitar Hyde Park, por eso no quiso que la acompañara y solo fui con ella hasta la entrada del parque y la dejé junto a la señorita Brandon y la doncella de ésta. No debí haberle hecho caso… debí haber insistido, pero es tan cabezota a veces y estaba enfadada… —gimoteo entre sollozos.

David apretó sus puños con fuerza. Saber que la imprudencia de su esposa se debía únicamente por su culpa no justificaba su falta, pero por alguna razón le hizo sentirse aún peor de lo que se sentía… si no hubiera discutido esa

mañana con ella, si no le hubiera impuesto de aquella forma tan brusca, ella no se habría marchado.

—¿Tal vez esté en casa de los señores Benedict?, ¿O de los señores Brandon?

—preguntó Alfred.

—Enviaré una nota a casa de los Brandon urgentemente y me presentaré en casa de los Benedict que es la más cercana. Solo espero que por su bien haya tenido la inteligencia de quedarse allí y no pasear sola sin compañía por las calles a ciertas horas sabiendo que era una imprudencia. —Su tono era de preocupación y de enfado al mismo tiempo por la impotencia de no saber si Catherine estaría bien.

Desmontó su caballo de nuevo para llamar a la puerta de los Benedict, el alma se le cayó a los pies cuándo le comunicaron que hacía más de dos horas que *lady* Catherine se encaminó hacia casa, confirmando entonces que tampoco encontraría a su esposa en casa de los señores Brandon.

—Tranquila Julia, seguro que *lady* Catherine bien —mencionó Robert tratando de dar consuelo a su hermana que había entrado en estado de pánico.

—Le dije que no era buena idea que fuese sola, pero ella insistió porque decía que estaba muy cerca —contestó sollozando en una lengua algo ininteligible.

—Deberíamos realizar una partida de búsqueda, David —dijo seriamente Robert—. Daremos parte a los alguaciles y la encontraremos —añadió tratando de reconfortar a su amigo.

David sintió un crack por dentro que no sabía de dónde procedía, pero un sentimiento de miedo atroz acababa de penetrarlo por completo Tener constancia de que algo le había sucedido a Catherine y con toda probabilidad no debía tratarse de nada bueno, le partía por completo el alma.

Se juntaron más de veinte hombres entre amigos y conocidos para buscar a la duquesa de Lennox o alguna pista que les pudiera indicar su paradero. Julia les dijo desde qué punto exacto la había perdido de vista y recorrieron el camino que les llevaba hacia la mansión donde vivía con lámparas de aceite para poder iluminar las zonas más oscuras de las calles. Cuando los leves rayos de sol comenzaron a indicar el amanecer de un nuevo día, David comenzó a temer lo peor… ahora solo le parecía completamente absurdo haberle prohibido trabajar como dependienta, es más, si lo deseaba con tanto fervor, estaba más que dispuesto a permitírselo.

Se escucharon unos cascos de jinete galopando rápidamente cerca de ellos capturando la atención de todos por la premura con la que lo hacían.

— ¡Traigo noticias de palacio! —gritó una voz que llegó hasta el grupo de hombres que se encontraba allí concentrado. A David no le importaban en aquel instante lo que hubiera ocurrido en palacio, ya se podría haber muerto la mismísima reina que él solo podía pensar en Catherine—. Al parecer un extranjero rescató ayer a una dama en apuros que estaba siendo asaltada por dos caballeros de dudosa reputación —confirmó—, según la descripción de la dama podría tratarse de la duquesa de Lennox.

David alzó los ojos mirando fijamente al portador de dicha información con cierto atisbo de esperanza. En aquel instante un rayito de esperanza se instaló dentro de él y solo esperaba por lo más sagrado que de verdad fuese Catherine esa dama y que se encontrara bien.

—¿Han comunicado que tal se encuentra la dama? —preguntó Robert al ver que *lord* Clayton estaba mudo por la impresión.

—Según parece aún no ha despertado, por eso no han podido comunicar a nadie de quién se trata —afirmó.

—Iré enseguida a palacio para salir de dudas —dijo seriamente David a la vez que montaba rápidamente y espoleaba su caballo saliendo a toda velocidad.

Tras llegar a palacio comunicó la desaparición de su esposa y su posible relación con la dama que allí se encontraba. Mientras se dirigía hacia los aposentos donde supuestamente estaría la mujer que había sido rescatada de un asalto la noche anterior, solo rezaba porque fuera Catherine, deseaba con todo su ser que fuese ella porque al menos tendría respuestas a lo que habría sucedido y el hecho de reconocer que deseaba que fuera ella lo asustaba horripilantemente, porque acababa de descubrir unos sentimientos hacia su esposa que para él habían pasado totalmente inadvertidos. No sabía en qué momento ella le importaba hasta el punto de sufrir por la desesperación de su ausencia y la preocupación que se juntaba con su agonía de no tener noticias sobre su esposa.

—Un invitado de palacio la encontró anoche siendo asaltada por dos caballeros que aún están siendo buscados, mi *lord*. Por esa razón, *lord* Guicciardini se encuentra con la guardia real buscando a los dos

malhechores. —Comenzó a relatar el criado que acompañaba a *lord* Clayton hasta los aposentos donde estaba la dama en cuestión.

—¿ *Lord* Guicciardini? —preguntó David alzando una ceja extrañado.

—Si, ¿Le conoce, mi *lord*? Al parecer *lord* Guicciardini conocía a la dama, aunque no supo de quién se trataba hasta que se desmayó en sus brazos.

—Ya puede pasar mi *lord* —dijo una joven criada que salía con una especie de palangana de agua llena de paños interrumpiendo la conversación que mantenía con *lord* Clayton con el criado.

David entró en la habitación que permanecía con cierta penumbra y vio a un médico junto a otra doncella que permanecían vigilando a la persona que se situaba en el lecho. Fijó su vista en ella y sus cabellos rubios le hicieron volver a respirar cuando seguidamente pudo apreciar el hermoso rostro de Catherine. Aceleró el paso hasta la cama y se sentó en el borde de ésta para verla bien.

—Catherine —susurró con voz quebrada.

—¿Es su esposa entonces? —preguntó el médico.

—Si, es mi esposa. Ella es la duquesa de Lennox —confirmó ahora que la opresión mantenida en su pecho parecía darle un cierto alivio.

No podría saber nada hasta que Catherine despertara, ¿La habrían violado?

Por lo más sagrado solo esperaba que ella no hubiera sufrido daño alguno a pesar de haber tenido que padecer un asalto. La puerta se abrió en aquellos instantes y se giró para volver a reconocer a *lord* Guicciardini.

Supuestamente debía darle las gracias a aquél patán que justamente había besado a su esposa a la fuerza la noche anterior, ¿Que se supone que hacía ese caballero a esas horas y tan lejos de palacio?, ¿Habría ido a un encuentro con su esposa? Tal vez fuera esa la razón por la que Catherine no quiso llevar compañía, lo más probable era que se hubiera citado con *lord* Guicciardini a escondidas y saberlo solo le hizo querer odiar con más intensidad a ese hombre.

28

—¿Aún no ha despertado? —preguntó *lord* Guicciardini al médico.

David notó que, por la voz de aquel hombre, parecía notablemente preocupado.

—No, su excelencia —respondió el médico.

La respuesta del médico no pasó inadvertida para David, si lo había llamado excelencia es que aquel patán tenía título y en lo más profundo de su ser

deseó que fuera un simple barón o vizconde, pero que no superase su ducado.

Catherine comenzó a removerse inquieta en el lecho captando la atención de todos, especialmente la de David que se acercó para ver si su esposa despertaba de lo que parecía una pesadilla.

—Catherine despierta — susurró cerca de su rostro.

—Gabriele… —susurró Catherine algo desorientada.

—Aquí estoy —dijo pronunciándose el aludido consiguiendo que David apretara los puños con fuerza para controlarse. Su esposa despertaba después de ser atacada por unos asaltantes y le llamaba a él, ¡A ese extranjero! Sin duda tenían que ser amantes, ¡Su esposa

tenía una aventura con ese patán arrogante!—. Está a salvo *lady* Catherine —susurró Gabriele en su lengua.

David no entendía que le estaría diciendo y se levantó ofuscado para no decir algún improperio, aunque reconoció el nombre de su esposa en esa lengua extranjera y eso hacía que se enfureciera aún más, pero ¿Qué se supone que debía hacer, era su marido y allí estaba él; presenciando una escena de dos…

amantes ¡O lo que fuera que fuesen!

—¿Dónde están?, ¿Dónde estoy? —preguntó de pronto siendo consciente de todo y viendo los rostros del médico y la doncella que no conocía.

—Está en el palacio de Buckingham, la traje aquí porque no sabía dónde llevarla después de que se desmayase.

Catherine suspiró algo más tranquila y observó la figura que estaba algo alejada de su cama de medio lado.

—¿David? —preguntó sorprendida, ¿Le habrían avisado de que estaba allí?,

¿Tanto tiempo había estado desmayada? Cuando se fijó en su semblante se

estremeció por completo. A su rostro serio y taciturno, le había añadido una mirada de furia que hasta ahora no había visto nunca en él y no supo cuál sería la razón.

—¿Pueden dejarnos a solas? —preguntó David con su voz de forma tan contundente y autoritaria que nadie puso objeción alguna a ello, aunque el último en salir fue Gabriele.

—Estaré al otro lado de la puerta —dijo Gabriele en su lengua justo antes de salir y de que Catherine asintiera.

Catherine miró a David temblorosa, no sabía porqué, pero aquel semblante no presagiaba nada bueno.

—¿Te han ultrajado? —preguntó directo.

Catherine bajó los ojos sintiéndose completamente vulnerable en aquel momento e indiscutiblemente indefensa, la misma sensación que había sentido en el momento en que fue atacada y del que se había

salvado gracias a *lord* Guicciardini.

—No —susurró—. Afortunadamente Gabriele llegó justo a tiempo —afirmó sin darse cuenta de la familiaridad con la que había llamado a *lord* Guicciardini.

David pudo respirar porque una parte del peso que comenzaba a cargar sobre sus hombros se había liberado, pero aun sentía esa rabia e impotencia porque su esposa le estuviese engañando o tuviera las intenciones de hacerlo solo un instante después de pasar aquella magnífica noche juntos en la que había sido una amante espléndida y que no estaba dispuesto a compartir.

—¡Y se puede saber en qué diantres pensabas para no ir acompañada!

—recriminó enfurecido—. ¿Es que acaso temías que si te acompañaba alguien me podría informar?, ¿Es eso?

Catherine le miró confusa sin saber que responder, ¿Qué por qué no había llevado compañía? No lo creyó necesario en su momento y desde luego había sido todo un error por su parte, pero a que venía eso de que él fuera informado, ¿De qué se tenía que informar?, ¿De lo que pensaba sobre él y de su forma de prohibirle las cosas? Recordó la discusión de aquella mañana y la causante de todo su desastre.

—¡Me da igual que te enteres o no de lo que digo o dejo de decir sobre tu persona! —exclamó con todo el ímpetu que en su estado pudo aunar.

Aún no se podía creer que la estuviera regañando como a una niña pequeña por una travesura, ella mejor que nadie había aprendido la lección e incluso debía dar las gracias de que no hubiese ocurrido lo que aquellos dos hombres

—porque no se merecían llamarles caballeros—, pretendían hacerle.

—¡No cambies de tema! —incriminó David.

—¡No he cambiado de tema! —gritó Catherine alterada.

—¿No?, ¿Y qué me dices de *lord* Guicciardini?, ¡Ah no, perdona! Se me olvidaba la familiaridad con la que le trataste, para ti es simplemente *Gabriele* —dijo en cierto tono de ironía atrevida—. Que casualmente te besaba anoche y mira tú por donde apareció para salvarte por un barrio de la ciudad donde no tiene nada que hacer y a altas horas de la noche —añadió mordaz de forma que ella

comprendiera que había comprendido absolutamente todo.

—No es lo que piensas —dijo con voz calmada.

—Lo que pienso —susurró—, ¿Que no es lo que pienso? —exclamó en un tono de voz fuerte poseído por los mil demonios que le carcomían por dentro—. ¡Me he pasado toda la noche temiendo lo peor!, ¡Pensando que jamás te encontraría y que te había ocurrido… —No pudo terminar la frase y se giró para no revelar su rostro.

En ese momento Catherine intentó alzarse, pero sus músculos no le permitieron hacerlo rápidamente.

—¡Para descubrir que tienes algo con ese… ese extranjero! Y que probablemente ya os habíais citado anoche. —Siguió diciendo sin pensar detenidamente en lo que decía porque su mente solo trazaba teorías sobre esa relación que mantenía su esposa con *lord* Guicciardini—. ¡Que fuiste capaz de ser tan irresponsable de no llevar compañía solo para encontrarte a escondidas con él!, ¡De que pretendes ser su amante! —le recriminó finalmente enfrentándola.

—No pretendo ser nada para *lord* Guicciardini —contestó Catherine en el tono más calmado posible.

—Pero no te lo voy a permitir. —Prosiguió David sin haberla escuchado siquiera—. ¿Me has oído?, ¡Te prohíbo que lo veas!, ¡Ni tan siquiera que hables con él!

Catherine le miró ahora enfadada, ¿Otra prohibición? Como siempre pensando lo peor de ella y estaba cansada… harta de esa actitud errante que probablemente solo fuera fundada porque él mismo había sido así. ¿Que decía el refrán? Dícese del ladrón que todos son de su condición. Pues bien, David aquí va tu primera lección de realidad.

—Hablaré y veré a *lord* Guicciardini cuando y donde me apetezca —contestó

con una mirada directa y firme sin temblor alguno—. Te recuerdo y cito lo que me dijiste el día de nuestra boda; “No esperes encontrar amor por mi parte, *lady* Catherine, ya que jamás lo he sentido y jamás lo sentiré. No voy a entrometerme en sus actos, sois libre de hacer lo que os plazca, al igual que tampoco intervendréis en lo que yo haga o deje de hacer. Solo seremos un matrimonio en apariencia”. —Tenía tan marcadas esas palabras que las recordaba grabadas en su memoria de las veces que las había recitado—.

Ahora no puedes tratar de exigirme algo que tú mismo quisiste, David.

Tuviste tu oportunidad y no la supiste aprovechar.

«Maldita fueran las palabras que le dijo en su día y maldita la hora en la que Catherine se había vuelto una obsesión para él» pensó David.

—Hazlo y dejare de cumplir con mi parte de las condiciones que exige el testamento de tu padre —afirmó rotundo—. Sabes de sobra lo que eso significa, que todo el dinero de tu padre irá a parar al orfanato y tú mi querida esposa, serás tan pobre como yo, así que tú decides.

Nada como decirle a una mujer que su fuente de ingresos sería mermada para que hiciera cuanto quisiera, al menos sabía eso por experiencia.

—¿Es una amenaza? —preguntó altivamente.

—Tómalo como quieras, pero ya sabes lo que ocurrirá si decides contradecir mi decisión.

A Catherine le importaba un cuerno el dinero, pero no quería ver como todo el imperio que había creado su padre era diezmado y reducido a la más triste insignificancia. Le entristecía tener que perder lo que su padre había conseguido con su propio esfuerzo y dedicación, aunque le doliera tener que aceptar su amenaza lo haría, pero David le estaba demostrando una

irracionalidad de la que ella no era capaz de comprender. ¿A santo de qué venían esas prohibiciones cuando él mismo siempre había insistido en hacer vidas separadas?, ¿Es que debía volver a convertirse en la antigua Catherine para que el sentido común de su esposo volviera a emerger? No sabía qué prefería si al David sumamente celoso que tenía ahora o el anterior que la trataba con completa indiferencia.

El silencio de Catherine le hizo creer que había aceptado su destino. Ni tan siquiera él mismo se entendía, ¿Por qué ella le volvía irracional y le sacaba de sus casillas? No sabía la razón, pero lo único que su fuero interno le gritaba a voces era que si veía a *lord* Guicciardini cerca de su esposa iba a cometer un crimen. No podía soportar literalmente la idea de que otro hombre la tocase porque él estaba completa y obsesivamente loco por ella, más aún después de la noche que habían pasado y de lo absolutamente placentera que había sido.

—Nos iremos ahora mismo de aquí —ordenó con un gesto indicando

que se levantara de la cama.

Catherine trató de levantarse y se mareó, por lo que tuvo que aferrarse a uno de los postes de la cama para evitar caerse.

David vio cómo se tambaleaba y pese a su frustración no pudo obviar el hecho de ayudarla, así que llegó hasta ella y la sujetó entre sus brazos.

—No es nada, es solo que llevo muchas horas sin probar bocado —confesó sin saber porqué le estaba dando explicaciones al tozudo de su esposo.

—Apóyate sobre mí. Te llevaré en brazos hasta el carruaje —afirmó serio.

Sorprendida por su reacción no le quedaban fuerzas para discutir, ni tampoco podía ir por sí misma de eso estaba segura, así que se dejó caer en su pecho respirando el embriagador aroma de David que solo hizo que sintiera ganas

de llorar por desear a un hombre que la trataba de aquella forma pensando lo peor sobre ella. Notó los fuertes brazos de su marido alzándola y cobijándola entre ellos para llevarla en volandas.

Al salir les comunicó a los presentes incluido a *lord* Guicciardini que se llevaba a su esposa a casa para que se terminara de recuperar. Se disculpó por las molestias ocasionadas y agradeció que hubieran cuidado tan bien de ella.

Catherine escuchó todo aquello sin decir nada, con la cabeza apoyada en el pecho de David y agazapada entre la vergüenza de que la sacaran así de palacio y el hecho de que con toda probabilidad aquellas personas habrían escuchado como discutían a voces. Utilizaron un carruaje de alquiler y David enganchó su caballo a éste para no dejarla sola, aunque por unos instantes casi prefería que lo hiciera. Necesitaba estar sola, pensar en todo lo que había ocurrido y sobre todo, recuperarse del gran susto que se había llevado y que desde luego no podría olvidar durante un buen tiempo.

Para su conmoción cuando llegaron a casa David la volvió a coger si tan siquiera mencionar palabra alguna, escuchó varios gritos de conmoción y pudo reconocer incluso la voz de su nana Lilith con una parlotearía de alabanzas hacia su marido por haberla devuelto a casa. Le produjo una sensación extraña saber que se habían preocupado por ella y ahora que lo pensaba: David también lo había hecho. Pese a que

le recriminara que tuviera una aventura con *lord* Guicciardini solo en su imaginación, él se había pasado toda la noche buscándola porque estaba preocupado por lo que le podría haber ocurrido y había temido lo peor.

Inconscientemente quiso abrazarlo, pero el recuerdo del trato recibido por parte de él la hizo contenerse, más que el recuerdo de su supuesta aventura fue el de su amenaza. No podía demostrarse débil, proclamar lo que sentía por él y dejar ver que el único hombre para ella era él. No después de que él

siempre pensara lo más bajo y ruin sobre ella.

David la depositó sobre la cama y tuvo que reconocer que lo hizo con suma delicadeza. Ella atesoró el último instante de su contacto aspirando su aroma para recordarlo posteriormente y en cuanto lo hizo observó como salió de su alcoba dejándola completamente sola.

Quiso llorar, ¿Por qué tenía que ser todo así?, ¿Por qué no podía existir un punto medio entre ellos? Había probado el paraíso y ahora estaba en el infierno… quizá algún día consiguiera mantener el equilibrio con David, pero por ahora estaba en constantes tierras movedizas.

Lilith entró con una bandeja en la habitación al poco tiempo de estar sola, traía lo que parecía ser varios alimentos que a ella le parecieron de lo más apetecible dada la hambruna que padecía; fruta, panecillos con mantequilla, algo de queso y unos sándwiches que a ella le encantaban.

—Su excelencia dice que debes comer. Ha pedido que te preparen algo caliente, pero mientras tanto te traigo esto para que abras apetito —dijo dulcemente Lilith.

—¿Mi esposo ha pedido que me subas esto? —preguntó algo sorprendida por la rapidez de actuación de su esposo.

—Si, también ha pedido que te preparen el baño en cuanto termines de cenar.

Debe estar agotado, puesto que lleva toda la noche buscándote niña, ¿Se puede saber dónde te habías metido? —exclamó reprochándole el alboroto que se había formado en torno a su ausencia.

—¿No os ha contado nada? —respondió dando un bocado a uno de los sándwiches.

—No —afirmó—, está dando órdenes a diestro y siniestro, justo cuando yo subía las escaleras ha vuelto a salir sin decir a donde iba, pero nos advirtió que si te sucedía cualquier cosa o notábamos algo extraño le enviáramos un aviso urgente a la fábrica.

A Catherine le extrañó que David se fuese de aquella forma. Si había estado toda la noche buscándola, ¿Por qué razón no se iba a descansar? Le relató a su nana todo lo que había ocurrido, excluyendo la discusión que había mantenido con David y sus reproches, de algún modo no quería que la influencia de Lilith la afectara. Por más confianza que tuviera con ella, su nana era demasiado tradicional, de las que creen que una dama solo está para servir a su marido y no hacer nada más. Lo respetaba, pero no lo compartía y por esa misma razón lo mejor era no contarle nada al respecto.

Pese a ser de buena mañana una vez terminó de comer y de darse un largo baño se quedó dormida de nuevo pensando únicamente en el objeto del que se había convertido definitivamente su inquietud… David y sus indiscutibles celos, porque después de mucho meditarlo y pensarlo no le entraba en la cabeza que hiciera todo aquello por el escándalo que podría ocasionar si alguien se enterase de que su mujer lo engañaba. No, definitivamente no podía ser eso cuando él mismo se lo había propuesto en un principio precisamente. Solo podían ser unos celos enfermizos los que le llevaran a actuar así, pero si tenía celos significaba que de algún modo la quería solo para él, no deseaba compartirla con nadie y ahora solo tendría que averiguar si solo era una obsesión o se trataba de algo más…

29

David iba por su tercera copa, no había ido a la fábrica para trabajar precisamente sino para aclarar sus ideas. Llevar en brazos a Catherine solo le había hecho sentir ese deseo de nuevo incontenible por ella y lo que es peor, un instinto de protección inaudito hasta entonces que jamás había sentido por nadie.

—¿Estás aquí? —preguntó *lord* Sylverston provocando un sobresalto en David, que desechó sus pensamientos para prestarle atención.

—Si —afirmó. Debía venir a por unos documentos importantes para llevarlos

a casa —mintió descaradamente.

—Estupendo, simplemente pasé para verificar que todo estuviera en orden creyendo que hoy no acudirías dada la situación —confesó algo preocupado—. ¿Se trataba de Catherine? Emily está muy preocupada y no he querido darle falsas esperanzas en su estado.

—Si —respondió enseguida—. Era ella —afirmó—, al parecer fue asaltada por dos indecentes rufianes que no tenían buenas intenciones, pero por suerte un caballero pasaba por allí y escuchó sus gritos de auxilio.

—¿Se encuentra bien después del asalto? Me imagino la conmoción que habrá supuesto para ella, si se tratara de mi Emily los mataría con mis propias manos —confesó poniéndose en su lugar.

—Se desmayó y ha estado inconsciente durante toda la noche, el médico dijo que era normal en su situación, ahora está en casa descansando tranquilamente —dijo sin emoción alguna.

—¿Y qué haces aquí?, ¡Vamos!, ¡Ve con tu esposa que lo más probable es que esté asustada y no quiera estar sola! —Le apremió.

—¿Puedo hacerte una pregunta absurda? —preguntó de pronto algo conmocionado.

Llevaba tiempo conociendo a *lord* Sylverston y sabía que era un caballero leal, de los que no le contaría una conversación privada absolutamente a nadie como lo haría Richard, por ejemplo.

—Por supuesto —contestó firme.

—¿Estás enamorado de tu esposa? —preguntó directamente. Le sorprendía la devoción que ese hombre tenía por su esposa, aunque era normal puesto que

era una dama bellísima, pero para él Catherine era incluso más bella aún que *lady* Emily.

—Aunque suene increíblemente inaudito y espero que quede entre tú y yo porque también va a sonar patético —afirmó—, Amo profundamente a mi esposa con tanta locura que no podría ni sabría vivir sin ella, más bien no querría hacerlo —confesó abiertamente—. ¿Por qué quieres saberlo? No es que me importe ocultarlo, de hecho, a estas alturas toda la sociedad debe saber que estoy completamente enamorado de mi esposa.

—Es solo que me parece increíble. Soy de los que subestiman ese sentimiento.

—Intuyo por tus palabras que no amas a *lady* Catherine, aunque déjame decirte que anoche te encontré demasiado afectado por su desaparición —

contestó con seriedad.

—Reconozco que ella me provoca demasiadas emociones contrariadas y no puedo negar que es hermosa, la mujer más hermosa que he conocido.

—Amigo mío —dijo *lord* Sylverston—, porque creo que puedo considerarte un amigo a estas alturas —añadió entre risas Henry—. Tú

estás tan enamorado de tu esposa como yo lo estoy de la mía.

Lord Sylverston comenzó a reír mientras se servía una copa para acompañar a David.

—¿Enamorado? —exclamó pensando en el significado de esa palabra—.

¡No!, ¡Por supuesto que no! —respondió enseguida.

—¿Has experimentado celos?, ¿Preocupación por ella?, ¿Inquietud por saber dónde está?, ¿Deseo incontrolable?, ¿Anhelo por verla y estar a su lado?,

¿Ganas de tocarla constantemente y no dejar de besarla ni un solo segundo?

David sabía que la respuesta a todo eso era afirmativa y aun así no respondió.

—Ahí lo tienes —dijo *lord* Sylverston tragándose el contenido del vaso de un trago—. Estás perdidamente enamorado de tu esposa, pero alégrate de ello, porque cuando yo me di cuenta de que amaba a *mi* Emily ella se había casado con otro, así que ya tienes terreno ganado —añadió antes de marcharse.

Enamorado. Estaba locamente enamorado de Catherine, aunque él jamás hubiera considerado ese sentimiento, pero ¿Qué sino iba a ser aquel instinto de protección que había tenido?, ¿De preocupación?, ¿De anhelo?, ¿De deseo?, ¿De celos absolutamente incontrolables?

Se había enamorado de su esposa y ella solo pensaba en irse con el patán ese de *lord* Guicciardini. Aunque se había asegurado de que no volviera a verle, tenía que hacer algo, no tenía ni la más mínima idea, pero iba a conseguir que su esposa se enamorase de él.

Catherine supo por Lilith que su esposo había regresado, pero que había permanecido en su estudio el resto de la mañana. Tomo el almuerzo en su habitación y estar durante tantas horas postrada en la cama sin hacer nada la tenía entumecida, así que decidió ir a por una de esas novelas para entretenerse, solo que todos los libros estaban en la biblioteca que había en el despacho de su padre justo donde se suponía que David estaba. Aun así, salió despacio y con paso firme de su habitación bajando lentamente los escalone, pese a encontrarse mejor no quería correr riesgos. Llamó suavemente a la puerta, pero no obtuvo respuesta así que presionó suavemente la manivela y abrió

ligeramente con cautela, al no encontrar a David en la mesa del despacho supuso que estaría en el sillón, el momento le recordó al día que entro de la misma forma en aquel estudio y se lo encontró dormido solo que

esta vez cuando no lo estaba, sino que parecía estar leyendo detenidamente unos documentos.

—Lo siento… yo… he llamado —dijo tratando de disculparse. Aún tenía esa sensación de que entrar en aquel despacho era algo prohibitivo por la autoridad que su padre había ejercido sobre esa habitación de la casa en concreto.

—No lo escuché —contestó estudiándola con la mirada, algo que hizo a Catherine sentirse pequeña ante él.

—Solo vine a por un libro. No molestaré —dijo avanzando hacia la estantería que estaba justo a la derecha de él.

—No molestas —respondió en el mismo tono de voz.

Catherine sentía de alguna forma la mirada de él sobre ella y un calor comenzó a invadirla por tener esa sensación, aunque probablemente sólo serían imaginaciones suyas y él ya estaría metido de nuevo en aquel documento que estaba leyendo tan detenidamente cuando entró. Cogió un libro al azar de la zona que estaba mirando para no alargar la tortura, pero no pudo evitar girar levemente su rostro para quitarse aquella sensación y descubrir que no solo era producto de su imaginación, sino que David la miraba de forma intensa. Cuando su mirada conectó con la de su marido que parecía observarla como un felino a su presa, un escalofrío la recorrió haciéndola sentirse vulnerable y las piernas comenzaron a flaquearle. Apartó la vista rápidamente y se agarró a la estantería para sostenerse o de lo contrario estaba segura de que se caería al suelo sin poder evitarlo, enseguida notó su calor en su espalda, su innegable cercanía y su aliento en su cuello por no mencionar del aroma varonil y único en él que comenzaba a invadir sus fosas nasales.

—Será mejor que te sientes, parece que aún estás algo débil y necesitas descansar —afirmó.

El tono de preocupación en David solo la hizo sentirse aún más vulnerable por él y desearlo con mayor frenesí. Tenía que esforzarse por recordar al David que no era así, que era un bruto inconsciente y sin razón, pero en aquel momento adoraba que se preocupara por ella pese a la discusión que habían tenido hacía unas horas.

—No quiero molestarte, será mejor que vuelva a mi habitación inmediatamente —contestó evitando mirarle.

No quería que descubriera que la única razón de su temblor era él y no otra cosa.

—Puedes leer “Enamorando a mi esposo” aquí —contestó David en un tono de lo más formal.

Catherine enrojeció, estaba segura incluso de que su tono de piel blanquecino habría cambiado de color a un rojo como la grana. Se quedó muda, estática y casi quiso que la tierra la tragara cuando bajó la vista para ver que efectivamente el libro que había cogido se titulaba “Enamorando a mi esposo”, ¿De entre todas las novelas había tenido que coger justamente esa?

David observó a su esposa y cómo ésta se enrojecía cuando mencionó el título del libro, probablemente no sabía ni qué libro había escogido. No entendía porque se mostraba nerviosa, pero su gesto de timidez y vergüenza solo provocó que su ardor por ella creciera y unas ganas de tocarla y abrazarla nacieron de él apoderándose por completo de esa idea pese a tenerla sujeta del brazo. La tenía tan cerca y sus labios eran tan deseables que sólo debía bajar unas pulgadas más y los rozaría con los suyos propios.

—No deseo importunarte con tu… tu trabajo —consiguió pronunciar Catherine al fin después de un silencio demasiado prorrogado.

«Quédate» deseó susurrarle al oído David.

Quería que se quedara, poder verla cada vez que levantara la vista y saber que estaba allí, a salvo y sobre todo podría deleitarse con su belleza.

—Tal vez te venga bien estirar un poco las piernas y yo podré terminar de leer los documentos mientras tu lees.

Catherine no podía negarse, habían sido dos veces los intentos de marcharse y él parecía insistir en que se quedara, aquello solo podía conseguir que su corazón palpitara con más fuerza, pero por otro lado podría deleitarse cada vez que alzara la vista del libro para contemplarle. Asintió y finalmente se acomodó en el sillón que había justo al lado de donde estaba David y observó por el rabillo del ojo como él se sentaba en el suyo y recogía los documentos que había dejado sobre la mesilla auxiliar.

Catherine intentó concentrarse en la lectura, pero era incapaz de leer nada, no conseguía pasar de las tres primeras frases de cada página porque si, cambiaba de página cuando se daba cuenta de que llevaba una infinidad atascada en la misma hoja y evidentemente sería incapaz de leer algo estando David allí presente.

David era incapaz de concentrarse en aquel contrato que debía firmar al día siguiente con unos clientes donde se habían redactado unas cláusulas bastante ajustadas. Si ya de por sí le costaba un poco hacer el cálculo de contabilidades ajustadas a los presupuestos, peor aún sería con Catherine allí presente que le suponía la mayor de las distracciones. Ella parecía ensimismada en aquel libro que de alguna forma esperaba o más bien deseaba

que pusiera en práctica con él. Se hubiera pasado todo el tiempo observándola, deleitándose en aquel rostro tan dulce de ojos azules y labios carnosos que tanto deseaba besar.

Los golpes fuertes en la puerta hicieron que su suplicio hubiera finalizado, aunque comenzaba a reconocer que disfrutaba de la compañía a pesar de ser silenciosa de su esposa y pensó en cómo lograr volver a quedare a solas con su esposa tal como había sucedido en más de una ocasión.

—Adelante —pronunció firme.

—Mi *lord*, la cena está lista ¿Dónde prefiere su excelencia que la sirvan? —

preguntó el mayordomo.

—Mi esposa y yo cenaremos aquí —contestó sin dudarlo. No quería que ella se marchara de nuevo a la cama y el sillón era mucho más cómodo que la silla del comedor. Además, le parecía que el ambiente era más cercano en aquél despacho y la última vez que usaron el comedor terminaron discutiendo.

—Sí su excelencia, enseguida —contestó Alfred saliendo del despacho.

—¿Vamos a cenar aquí? —preguntó Catherine cerrando el libro que apenas había leído.

—Si —afirmó—, te resultará bastante cómodo cenar en ese sillón

—respondió tratando de darle alguna lógica para no admitir que lo que lo que en realidad quería era seguir disfrutando de su presencia.

No le dio tiempo a contestar porque en un instante una de las doncellas entraba con un carrito y Alfred venía con los servicios para instalarlos en la mesa auxiliar que era algo bajita, pero al ser alargada daría cabida a los

platos. Cuando instalaron la mesa con los dos servicios de platos y cubiertos la doncella les sirvió el primer plato; se trataba de un estofado de carne y patata que olía deliciosamente bien. Aunque la mesa estaba algo baja lo cierto es que era bastante cómodo aquel sillón y Catherine terminó por coger el plato entre sus manos, aunque le pareciese un acto incorrecto mientras comía.

—¿Ha sido interesante la lectura? —preguntó David.

Catherine casi se atraganta con una de las patatas cuando escuchó aquello, pero finalmente consiguió tragar y se acercó para coger el vaso de vino de la mesa que para su alivio al no llegar lo suficientemente bien, David se lo acercó haciendo que su mirada con un cierto toque de brillo, la embriagara.

—Si, ha sido… interesante —confesó sin tener la más mínima idea de si lo sería en realidad o no, aunque por el título intuía que sí.

—¿Entonces pondrás en práctica alguna de las tácticas que menciona? —

preguntó seriamente.

Catherine enrojeció, ¿Como era posible que él le preguntara aquello con esa calma y seriedad?

—Tal vez sea demasiado pronto para hacerlo —dijo entrando al juego.

—Tendré que leer entonces ese libro —respondió mientras dejaba el plato sobre la mesa.

¿David leyendo una novela de amor? No… eso sería digno de ver.

—¿Por qué razón invertirías tu valioso tiempo en una novela románica?

—preguntó aun sin mirarlo.

—Me gustará saber cuándo mi esposa ponga en práctica una de esas tácticas

—afirmó.

Su voz ahora era distinta, Catherine notó que era más grave, e incluso más ronca.

—¿Qué emoción tendría entonces? —preguntó Catherine, no sabía en qué iba a terminar aquella conversación, ¿Estaba en lo cierto si pensaba que David la estaba invitando a seducirlo?, ¿A enamorarlo?, ¿O simplemente se trataba de un juego?

David estaba insólitamente excitado, estaba seguro de que si se incorporaba su más que evidente erección sería visible, pero solo Catherine podría ser capaz de provocar algo así en él con una simple conversación, ¡Por todos los Dioses!, ¡Sí que estaba enamorado de ella y hasta lo más profundo de su ser!

Fuese cierto o no el juego de sus palabras, se moría literalmente de ganas porque de alguna forma tratara de conquistarlo, aunque si decidía hacerlo tuviera la batalla más que ganada.

Terminaron de tomar el postre y para su sorpresa David no permitió a su esposa que caminara hasta su alcoba, sino que la cogió en brazos y ella se aferró a su cuello para no caerse. Catherine escondió su cabeza por encima de su hombro para que no descubriera su nerviosismo y guardó silencio durante todo el trayecto hasta que volvió a depositarla sobre su lecho de la misma forma que había hecho en la mañana, suave y lentamente, como si se tratara de una delicada flor que sin duda alguna había que tratar delicadamente.

Perder el contacto del calor del cuerpo de David hizo que se le creara un nudo en el estómago, le necesitaba cerca de ella con aquella calidez que él le transpiraba y no solo con su cuerpo sino con aquella actitud nueva y desconocida para ella que solo conseguía que se enamorase aún más de él.

Ese era el David que ella quería, el que anhelaba y el que desde luego cualquier mujer añoraría tener; un hombre delicado, suave, tierno y que la mirase con aquellos ojos que parecían transmitir más allá de cualquier sentimiento o culpa. Era a ese hombre al que amaba y al que había sabido ver incluso antes de que comenzara a demostrarlo, ella sabía que ese David existía bajo aquella fachada de frialdad y despreciable de los primeros días en que lo conoció. No había estado ciega, sólo había sabido ver bajo todo aquello, pero aún le quedaba mucho más por descubrir de él, por hacerle ver que ella no era una mujer sumisa e inútil que se quedaría siempre en casa.

Ella quería demostrarle que valía mucho más que eso y hasta que no

lo consiguiera y se enamorara de la ella, no le confesaría sus sentimientos.

—Buenas noches, querida —dijo David mientras se alejaba de ella lentamente sin dejar de mirarla.

—Buenas noches, David —contestó en un tono de voz anhelante, pero no pudo evitarlo. Todo su cuerpo vibraba por él y aquello era innegable.

30

Cuando David se marchó de su habitación, se quitó el sencillo vestido que se había colocado tras el baño para estar cómoda en la cama y se quedó solamente con la camisa fina y algo transparente que llevaba debajo.

Se levantó para refrescarse un poco porque sentía un calor incesante por aquellos sentimientos que solo David conseguía aflorar en ella, habían sido demasiadas horas a su lado controlando sus deseos y se sentía más que ardiente, aunque su ardor era interno. Cogió el paño y lo hundió en la palangana de agua fresca estrujándolo y pasándoselo por su cara, cuello y

escote notando aquel alivio momentáneo que le hizo respirar de nuevo. Se metió en la cama y sopló la única vela que quedaba encendida en su mesilla de noche provocando que la extensa oscuridad se cerniera sobre su habitación.

«No hay por qué temer nada» se repitió mentalmente una y otra vez. Estaba en la seguridad de su casa, al lado estaba la habitación de David, pero no podía quitarse aquella sensación de miedo que de pronto había comenzado a apoderarse de ella tras recordar su asalto justo al anochecer.

No supo si tardo horas o solamente minutos, pero finalmente acabó durmiéndose pensando una y otra vez en mil cosas absurdas como en la contabilidad de Lynetś que pensaba poner pronto al día cuando volviera a la casa de modas de su amiga o en los magníficos labios de

David, aunque eso no fuera absurdo… solo supo que su último pensamiento fue recordar a *lady* Elisabeth y su posible implicación en la muerte de su padre, era algo que aún debía indagar y que de alguna forma tendría que tratar de averiguar.

David tardó en dormirse pese a estar más que agotado puesto que salvo un par de horas en la mañana que se dejó caer en el sillón del despacho no había dormido absolutamente nada, pero ¿Cómo hacerlo? Cuando la mayor revelación de su vida había tomado forma y aún estaba incrédulo a pensar que él, justamente él, se hubiera quedado prendado de su esposa de aquella forma. Era consciente de que intentaba engañarlo con *lord* Guicciardini, también era consciente de que le había engañado desde el principio inventándose aquella enfermedad y aún desconocía las razones por las que lo habría hecho, lo único innegable para él es que no había estado con ningún hombre anteriormente y que su carácter junto a su belleza le tenían completamente obnubilado.

Unos gritos provenientes de la habitación de Catherine le despertaron y sin dudarlo corrió hasta su habitación atravesando la puerta que conectaba ambas alcobas.

—¡No!, ¡Soltadme! —gritaba Catherine que se removía entre las sabanas en las que se había quedado atrapada entre ellas y evidentemente parecía estar teniendo una pesadilla—. ¡Ayuda!, ¡No! —Sus gritos empezaban a ser gimoteos y David se acercó a la cama de ella sentándose para tratar de ayudarla y apartarla de las sábanas en las que estaba enredada.

—¡Catherine, despierta!, ¡Es una pesadilla! —dijo alzando la voz. Catherine abrió los ojos repentinamente en ese momento y se topó con una figura oscura que le tapaba la poca luz de la ventana, se asustó echándose hacia atrás—. Solo era una pesadilla, estás en casa —añadió de forma suave.

Las suaves palabras de David hicieron que Catherine le reconociera y no le importó nada más, sencillamente se abrazó a él. Necesitaba un sitio donde refugiarse del miedo. David sabía que podría estar mal, pero ¡Qué demonios!

Notaba perfectamente los pechos de Catherine a través de la tela tocando su propia piel y solo podía pensar en meter las manos bajo aquella fina prenda para tocarlos deleitándose en ella, aunque no podía hacerlo cuando ella estaba como un flan por el miedo de la que sin duda había sido una pesadilla rememorando el asalto que había

sufrido.

Aunque él jamás se hubiera parado a pensar en los sentimientos de una mujer, —en otra ocasión le hubiera importado un infierno lo que ella hubiera dejado o no de sentir para satisfacer su deseo—, ahora para él primaba más el deseo de consolarla que el hecho de poseerla. Se alejó de ella lentamente porque no estaba seguro de poder controlarse.

—¿Te podrías quedar conmigo? —susurró Catherine—. Solo por esta noche

—confesó avergonzada, pero tenía la necesidad de sentirse segura entre los brazos de David.

Nada le gustaría más a él que aquello pese a que iba a ser una terrible tortura.

—Está bien —dijo en un tono de voz ronco y casi roto de deseo.

David se posicionó al lado de Catherine mientras ésta se ajustaba a su pecho y podía notar el calor de su cuerpo, rodeó con su brazo su cintura y aspiró profundamente su olor, ¡Por todos los dioses que bien olía esa mujer! A flores, a deseo, a lujuria, a pasión, a excitación… iba a ser una noche larga, muy larga pero no lo cambiaría por nada.

Catherine abrió los ojos cuando la tenue luz se filtraba a través de su ventana, por unos momentos no supo ubicarse hasta que el entorno de la habitación le resultó ciertamente familiar y recordó la pasada noche, ¿Había dormido con David?, ¿Tan asustada estaba que hasta le había pedido quedarse con ella?

No sabiendo si había sido un sueño o no se giró lentamente, pero estaba sola en el lecho, no había ni rastro de su esposo, aunque algo evidenciaba que él había dormido allí y que no había sido un sueño, su olor volvía a impregnar la almohada y las sábanas.

Aspiro su aroma embriagándose de esa masculinidad poderosa que solo él tenía y se preguntó porqué no se habría despertado cuando él se marchó.

Recordó lo bien que se había sentido protegida entre sus brazos y lo conciliador que había sido ese sueño reparador, no había vuelto a despertarse con otra atemorizante pesadilla y además, el calor de David lejos de incordiarla le agradaba.

Se levantó rápidamente para ver si era lo suficientemente temprano como para verle antes de que se marchase a la fábrica, inexplicablemente quería

estar radiante y hermosa para él. Vistiéndose con un escotado y elegante vestido para ser de día, se apresuró a bajar los escalones y dirigirse hacia el comedor, pero su desilusión fue evidente cuando no le encontró.

—Mi *lady*, me alegra que se encuentre lo suficientemente bien como para tomar el desayuno en la sala —dijo la voz de Alfred que le hizo dar un saltito del susto.

—Gracias, Alfred —respondió ahora calmada—. ¿Está su excelencia en casa?

—No mi *lady* —contestó con otra reverencia—. Salió en la mañana temprano, al parecer tenía varios asuntos urgentes que atender y una reunión que tuvo que cancelar ayer y que no podía posponer por más tiempo.

—Entiendo —respondió algo desilusionada, pero evidentemente los negocios eran prioritarios—. Tomaré el desayuno en la sala de té —añadió puesto que no le apetecía estar en el comedor, era una sala demasiado grande si iba estar ella sola.

—Por supuesto mi *lady* —contestó el mayordomo. Catherine hizo ademán de marcharse cuando Alfred la interrumpió—. Ha recibido correo esta mañana mi *lady*. —Catherine observó al mayordomo dirigirse hacia la entrada y coger las cartas de la mesa del recibidor para posteriormente dárselas.

—Gracias, Alfred —repitió de nuevo llevándose las cartas hacia su sala de té.

Tenía cartas de Julia, Susan y Emily algo preocupadas por su estado, al parecer iban a venir a visitarla a lo largo de la mañana. Catherine pensó en las buenas amigas que eran y la suerte que había tenido de que Julia fuera sobrina de *lady* Elisabeth, después de todo había podido sacar algo bueno de aquella bruja.

Vio otra carta, pero no tenía ningún remitente y eso era algo extraño, estaba sellada sin escudo por lo que tampoco podría intuirse de quién se trataba.

Abrió la carta lentamente y su cara se quedó lívida al leer el

contenido: *El asalto de la otra noche no fue casualidad, sino sumamente premeditado.*

Hay alguien que desea ver mancillada su reputación y si es necesario usará los medios posibles para eliminarla.

Tenga cuidado lady Catherine y vigile sus espaldas.

Atentamente.

Alguien que la tiene en alta estima.

Sus manos temblaban, ¿Quién podía enviarle aquello y por qué lo hacía de forma anónima?

—¿Catherine, estas bien? —Cuando la aludida alzó la vista se encontró con los cálidos ojos color bronce de Julia y dos figuras más se hicieron presentes en la salita.

—No… —negó temblándole el pulso mientras extendía la carta hacia ella y leían el contenido. Definitivamente no se encontraba bien, nadie podría encontrarse bien si le decían que su intento de violación no había sido fortuito, sino que había sido planificado y la habían asaltado justo en el momento preciso en que fue más vulnerable.

—Hay que avisar a las autoridades —dijo Susan.

—¿Pero quién puede desear que te mancillen?, ¿Con qué intención?

—argumentó Emily pensativa.

—Tienes que decírselo a tu esposo —afirmó de pronto Julia.

¿A David?, ¿Cómo reaccionaría él ante la idea de que su asalto había sido planificado? En ese momento estaba hecha un mar de dudas y no podía razonar con claridad. ¿Estaría *lady* Elisabeth detrás de todo aquello?, ¿Y si fuera así, con qué razón? pero de ser así, ¿Quién le enviaría entonces esa carta? Tenía que ser alguien que sabía exactamente las intenciones de la persona que quería perjudicarla y ella aparte de las tres amigas que tenía allí y no conocía a nadie en Londres que quisiera ayudarla previniéndola de aquella forma.

—Creo que iré a la fábrica para enseñarle la carta a mi esposo, será lo

más conveniente —dijo levantándose del asiento.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Emily.

Lo que menos podía hacer Catherine era implicar a alguna de sus amigas, no iba a hacer que ellas también corrieran riesgos, por culpa de esa mal nacida de *lady* Elisabeth que cada vez estaba más segura de que tendría algo que ver en aquello.

—No —negó—, iré con alguien del servicio, no os preocupéis— contestó firme.

—¿Estás segura? —preguntó ahora Julia.

—Si, os prometo que os enviaré una nota más tarde. Ahora id a casa, yo estoy bien y David me protegerá, él sabrá lo que hacer al respecto —afirmó. Al

menos era lo que ella esperaba, tendría que confiar en que su marido supiese cómo actuar.

A David le había costado un infierno abandonar aquel cálido lecho en el que había pasado la noche y aún más, el suntuoso y apetecible cuerpo de Catherine que se había ajustado perfectamente al suyo. Sentir sus curvas bajo aquella finísima tela le había mantenido en tensión constantemente y de hecho apenas había dormido nada, estaba casi seguro de que su estado era lamentable después de dos días sin apenas descansar, sus ojeras casi llegarían a la mitad de sus pómulos.

—Menuda cara tienes amigo mío, desde luego trabajar no te sienta nada bien

—irrumpió en su despacho la voz inconfundible de Richard que le provocó una sonrisa al llevar tiempo sin verlo.

—Yo también me alegro de verte, Richard —contestó dejando de lado los documentos que estaba intentando sin éxito revisar.

—Confieso que las noches sin ti ya no son lo mismo —dijo quitándose el sombrero y sentándose en una de las sillas frente a su mesa.

—Vaya, no pensé que mi compañía fuera lo que buscaras al frecuentar esos lugares —dijo refiriéndose a los tugurios en los que siempre solían acabar lleno de prostitutas y mujeres fáciles.

—Si, pero apostar quién se llevaría a la más bonita era lo más divertido de la noche —afirmó éste.

—Sabes que siempre te elegían a ti, eras quien más dinero les terminaba ofreciendo —respondió David con una carcajada.

—Cierto —admitió sonriente—. Moriré rodeado de mujeres que solo alaben

mi abundante cartera.

—¿Ese es tu sueño? —preguntó David con cierto tono irónico, porque a pesar de que para él aquello hubiera sido su meta en la vida hacía tan solo unos meses, ahora no se podría imaginar a otra que no fuera Catherine la que estuviera en su cama cada noche.

—¡Oh sí!, ¿Por qué conformarse con una sola mujer pudiendo tenerlas a todas? —exclamó como si fuera incomprensible pensar lo contrario.

—Rezaré entonces porque tu cartera siempre permanezca llena amigo mío

—contestó con una vaga sonrisa.

Richard era rico, pero a su ritmo conseguiría dilapidar su fortuna si no cambiaba de actitud.

—Eso es algo que no me preocupa, lo que sí quiero saber es si asistirás al viernes negro que de este año. No me puedes decir que no. Nunca hemos faltado desde que nos invitaron por primera vez.

El viernes negro era la fiesta de la perversión, un día en el que solo los miembros exclusivos que han sido invitados bajo estricta selección podían asistir al evento. Una fiesta en la que solo estaba garantizado el placer, la diversión y las orgías por doquier. Se trataba de un evento oculto a la sociedad solo para los miembros de los más bajos instintos carnales.

—No iré —se negó rotundamente. Ni tan siquiera se había preocupado por esa fiesta que nunca se sabía cuándo era, solo que siempre era un viernes y que se realizaba en el periodo comprendido de la temporada de ese año para asegurar que los miembros invitados asistirían.

—Será el próximo viernes, ¡Vamos David!, ¡Invéntate una excusa para

asistir! —exclamó Richard pensando que ese sería el problema.

¿Cómo decirle a Richard que aquella fiesta carecía de sentido para él? Que increíblemente para su propia expectación no sentía el más mínimo deseo de asistir.

—O mejor aún, tráete a tu esposa, seguro que de allí sale embarazada

—añadió tranquilamente.

David cambió su semblante de pronto, no le gustaba ni un pelo el matiz de aquella conversación.

—Catherine es solo mía, ¿Entendido? —exclamó seriamente—. Y la próxima vez que trates a mi esposa despectivamente seré el primero en partirte la cara.

—Vale, vale —comentó Richard—. Cualquiera diría que bebes los vientos por tu esposa.

—¿Algún problema si así fuera? —preguntó autoritario.

—Bueno… no me extrañaría por lo increíblemente hermosa que ha resultado ser, pero no te hacía hombre de una sola mujer. No a ti que precisamente eres como yo.

—Y no lo soy —mintió David, pero odiaba ser objeto de burla de Richard y si tenía que mentir al respecto lo haría—. Me gustan demasiado las mujeres para conformarme sólo con una.

—¡Ahí está el David que conozco! Entonces te espero en la fiesta del viernes negro.

—No te prometo nada —dijo sabiendo de sobra que inventaría alguna excusa para no acudir.

Catherine había llegado justo en ese momento para escuchar el final de la conversación, cuando más expectante estaba pensando que David sí sentía algo por ella, éste acabó confesando que él jamás sería hombre de una sola mujer, ni tan siquiera por ella. En aquel momento se había olvidado hasta de lo que había venido a hacer allí, solo el ruido de la silla al incorporarse la hizo reaccionar a tiempo para esconderse y no ser vista por ninguno de los caballeros.

Iba a marcharse a casa una vez que vio a Richard alejarse, esperaría pacientemente a que llegara el viernes y ver que excusa daba su esposo para permanecer fuera de casa esa noche, aunque sabía de sobra que si le seguían ya podían despedirse de la herencia, ¿Se

arriesgaría? Probablemente no lo haría, pero únicamente por esa razón y no por ella. Así que con ese gesto de rebeldía del que arremetía últimamente y un descaro que se había apoderado de ella, entró en el despacho cuya puerta permanecía abierta y dio un sonoro portazo al cerrarla lo que hizo que David la mirase de pronto sorprendido tanto por el estruendo, como por ver allí a su esposa y más con aquel gesto de furia.

—¿Catherine?, ¿Qué ocurre? —exclamó preocupado.

—¡Así que me prohíbes ver a *lord* Guicciardini cuando tu intención es claramente tener más de una amante! —exclamó fuera de sí.

—¿A qué te refieres? —preguntó David confuso.

—¡Hablo del viernes negro!, ¡Hablo de que no te conformas con una sola mujer!, ¡Y hablo de que te he escuchado! —gritó completamente furiosa.

«¡Maldito fuera Richard!» pensó David al instante de quedarse lívido por saber que Catherine estaba tras aquella puerta.

—¿Es que no piensas decir nada? —exclamó de brazos cruzados ofuscada.

David analizó a su esposa, incluso enfadada estaba increíblemente bella.

Recordaba perfectamente cuando la había abandonado por la mañana en el lecho y lo que le había costado hacerlo sin tocarla, sin poseerla, sin besarla.

Verla ahora allí, en aquella pose de furia y podría decirse que ¿Celosa? Nada le gustaría más que ver a Catherine celosa para saber que sentía algo por él.

—No voy a asistir a esa fiesta —respondió tranquilo.

La seguridad con la que dijo aquellas palabras confundió a Catherine, no parecía molesto por no acudir y eso le resultó extraño.

—Por supuesto que no acudirás, sería un incumplimiento de una de las condiciones —respondió ávidamente.

—Sí, sería un incumplimiento —afirmó con tesón—, pero tampoco me apetece ir —confirmó y Catherine le observó contrariada—. Me he

dado cuenta de que ese tipo de fiestas ya no me atraen —confesó acercándose a ella.

—No hace mucho parecía que si te atraían —insistió.

—Eso era antes de saber que obtendría mucho más en mi propia casa

—respondió mirándola fijamente.

Catherine en ese momento sintió sus piernas temblar, su carne era débil ante aquella mirada. No había previsto ese final, no. Había entrado para ponerle las cosas claras no para ser una presa del cazador.

—Olvidas lo que acabas de decir. No eres hombre de una sola mujer —dijo retrocediendo lentamente.

—Csshh —susurró acercándose ahora peligrosamente hasta ella—. Olvida lo que escuchaste, a veces decimos cosas que en realidad no sentimos —confesó con una voz suave.

—¿Y por qué habrías de…

Catherine no pudo terminar su frase porque los labios de David ya estaban apresando los suyos, si ese hombre no besara tan condenadamente bien le daría un rodillazo en la entrepierna y se alejaría de él. Llevaba tanto tiempo deseando esos labios, tocar ese cuerpo que se estremeció cuando David rodeó su cintura y la estrechó contra él.

31

—Te deseo fervientemente Catherine —susurró al tiempo que le besaba el cuello, justo debajo de su oreja provocando una oleada de placer—.

Y me enferma pensar que puedas estar con otro hombre que no sea yo.

—Volvió a susurrarle mientras apresaba el lóbulo de la oreja y lo mordía lentamente—. Así que llámame egoísta, llámame celoso, llámame como quieras, pero te quiero solo para mí —dijo finalmente dejando a una Catherine extenuante y anhelante por más de aquello.

Catherine quería más confesiones, más que deseo… ella quería amor, pero le necesitaba; su cuerpo le reclamaba a gritos como el sol a la mañana. Rodeó con sus brazos su cuello y apoyó sus brazos en sus hombros para acercarse a él.

David tomó aquello como una invitación y apresó de nuevo sus labios ardientemente con fervor, sacando todo el jugo de los labios de Catherine que le fue posible. Apoyándola en la pared, David le subió las faldas a tientas sin dejar de besarla, encontrando por fin el punto de acceso que buscaba, lo que tanto había anhelado hacer durante toda la noche conteniéndose y controlándose lo iba a obtener ahora en su propio despacho. Estaba seguro de que ya no lo volvería a ver igual después de aquel momento.

Catherine notó los hábiles dedos de David metiéndose entre los pliegues de sus enaguas y ni corta ni perezosa se dispuso a

desabotonar el pantalón de su esposo provocando leves jadeos en éste por respuesta. Cuando David la tocó en el punto más íntimo de su ser, se volvió loca de deseo y metió su mano en sus calzones, tocando su más que firme y erecto miembro varonil.

Los movimientos de la mano de ambos solo conseguían provocar un jadeo incesante en el otro y acercarse a una unión devastadora.

David no sabía dónde habría aprendido Catherine a mover la mano así, pero bendita sea la hora… iba a explotar allí mismo de placer.

—Moriré si no te hago mía —jadeó al tiempo que la alzaba sorprendiendo a Catherine que tuvo que soltarle y agarrarse a él del movimiento y segundos después se sintió placenteramente invadida.

—No pares —advirtió Catherine ahogada de placer, quería más, mucho más de esa sensación placentera.

David sonrió al tiempo que salía lentamente de ella para volver a embestirla y ambos se abandonaron al más oscuro de sus deseos: satisfacerse mutuamente otorgándose placer.

Nunca habría imaginado que hacer el amor de pie fuera tan satisfactorio, al menos eso fue lo que pensó Catherine cuando gritó por alcanzar aquel infinito paraíso momentáneo.

—Catherine —gimió en su oído aun estrechándola entre sus brazos y deleitándose con su aroma. La respiración agitada de David era igual de acompasada a la suya que aún trataba de recuperarse de aquel asalto.

Escuchar su nombre de aquella manera ronca, cariñosa y suave al mismo tiempo la hizo sonreía.

—¿Si? —susurró invitándole a hablar mirando fijamente aquellos ojos grises.

David la observó perdiéndose en aquellas profundidades de mar azul que tenía su esposa como color de ojos, era tan increíblemente arrebatadora que no creía que se cansara jamás de admirarla así de cerca, solo quería atesorar aquel instante en sus recuerdos.

—Yo… quería decirte que… —comenzó a confesar.

La voz de David sonaba extraña, casi parecía que iba a confesar sus más oscuros secretos cuando golpearon la puerta del despacho.

—Excelencia el señor Rubens está aquí —gritó una voz masculina al otro lado de la puerta.

—¡Arg!, ¡La citación! —exclamó David extenuado echando la cabeza hacia atrás.

No parecía estar muy conforme con tener que separarse de Catherine, pero lo hizo y se recolocó su vestimenta al igual que ella lo hacía con su vestido.

—Supongo que debo marcharme —anunció Catherine alisando los pliegues del vestido.

—Se trata de un potencial cliente muy importante y debo conseguir que firme el contrato —contestó tratando de disculparse de algún modo por la premura con la que debía dejarla.

—Lo comprendo —respondió sabiendo que no era oportuno mencionar justo en ese momento la carta que había recibido esa mañana. Si la reunión era importante, sería mejor no preocuparlo y que tuviera la mente despejada para aquel trato.

—Espérame en casa —anunció David—, estaré ansioso por repetir lo que acabamos de hacer aquí, pero en un lugar más confortable —añadió acercándose a ella y dándole un casto beso en los labios sin profundizar.

Catherine cerró los ojos ante sus palabras. Si era sincera consigo mismo ella también quería aquello, aunque ardiera en las llamas del infierno lo deseaba con todo su ser.

—Está bien, te esperaré en casa… pero primero pasaré por Lynetś —dijo dándole la espalda.

—Catherine, recuerda lo que hablamos —dijo David tratando de advertirla, pero su tono no fue tan firme como en otras ocasiones.

—Lo recuerdo perfectamente —respondió con la mejor de sus sonrisas.

David no sabía porqué no podía enfadarse en aquel momento. Si, seguía detestando la idea de que trabajase como dependienta en la casa de modas,

pero ¡Qué demonios! Verla sonreír así solo había conseguido hacerlo sentirse feliz… ya buscaría la forma de que se le quitara aquella idea de la cabeza, es más, cuando acabase lo que tenía pendiente en la

fábrica se pasaría por Lynet ś personalmente para ver si aún estaba allí o sonsacar información a las trabajadoras. Tal vez pudiera sobornar a alguna para que evitaran que Catherine estuviera de cara al público, si a ella le hacía feliz estar en aquella casa de modas, con gusto permitiría que estuviera, pero se aseguraría que nadie lo supiera y sobre todo, de que el *lord* Guicciardini no apareciera.

Catherine se encerró en el pequeño despacho de Emily y abrió el libro de cuentas. Llevaba varios días sin pasarse por allí y aún le quedaba bastante trabajo por hacer, así que le vino bien despejar la mente con los números para quitarse de la cabeza aquella nota infernal. Tenía una mayor preocupación por averiguar de quién se trataba la persona que habría corrido el riesgo de avisarla, que del individuo que pretendía dañar su reputación con un acto tan atroz como el que se había producido. ¿Quién la tenía en tanta estima para correr el riesgo de avisarla y ser descubierta? Aún más… alguien cercano a *lady* Elisabeth —porque estaba segura de que debía ser ella la culpable de todo aquello—, que la apreciara lo suficiente para avisarla de que tuviera cuidado. A su mente solo venía Julia y ella evidente que no había sido.

David entró en Lynetś algo cohibido, era la primera vez que entraba en una casa de modas para mujer. Lo cierto es que no tenía nada de malo el hacerlo, puesto que muchos de los caballeros acompañaban a sus mujeres, hijas o incluso amantes a ese tipo de lugares, pero en su caso él jamás había tenido esa necesidad.

Al no encontrar a su esposa tras aquellos mostradores, pensó por un instante que lo más probable sería que ella se hubiera marchado a casa, o mejor aún, que simplemente su comentario solo fue para provocarle y realmente no

pensaba acudir a Lynetś en realidad.

—¿En qué puedo ayudarle caballero? —preguntó una de las dependientas que parecía ser la más joven de las que se encontraban atendiendo.

—Soy el duque de Lennox, ¿Me podría indicar quien es la encargada de este lugar? —preguntó en un tono suave y muy bajo.

—Es un placer recibirle en nuestra casa de modas, su excelencia —respondió Janet—. Yo soy la encargada cuando la duquesa de Sylverston no se encuentra aquí —dijo sin ningún tipo de cohibición—. ¿Desea encargar un precioso vestido para *lady*

Catherine? —añadió sonriente.

La sonrisa de la joven vendedora indicó a David su honestidad.

—En realidad no, aunque puede que lo haga en alguna otra ocasión. Me gustaría tratar un tema delicado con usted si no le importa —afirmó seriamente

Janet frunció el ceño confundida, no entendía que podría querer tratar con ella el esposo de Catherine.

—Por supuesto, su excelencia. Puede decirme de que asunto se trata —

respondió siendo cordial.

—Sé que a mi esposa le gusta trabajar aquí. —Comenzó a decir delicadamente David estudiando cada una de sus palabras.

—Si, *lady* Catherine nos ayuda muchísimo y más ahora que *lady* Emily no puede pasar aquí tanto tiempo debido a su estado avanzado de gestación.

—Se adelantó a responder Janet.

—Cómo le decía, no es que pretenda negarle a mi esposa algo que le aporta

tanto placer, pero como usted comprenderá una duquesa no puede permitirse estar en esa posición, atendiendo a personas que precisamente están por debajo de su posición y siendo el tema central de las habladurías que se puedan generar por ello —concluyó David satisfecho. Había conseguido expresarlo de un modo suave y nada despectivo hacia el trabajo de una vendedora o eso le había parecido.

—No le entiendo mi *lord* —contestó Janet confundida.

¿Qué es lo que no había entendido? Se lo había explicado bastante bien e incluso había sido específico.

—Lo que trato de decirle es que no es conveniente que la duquesa de Lennox trabaje como dependienta —respondió directamente. Tal vez siendo aún más claro la joven consiguiera comprenderlo mejor.

—Si, eso no lo pongo en duda mi *lord*, pero *lady* Catherine no trabaja como dependienta —dijo Janet como si fuera lo más evidente.

¿No era dependienta?, ¿Y entonces a que se dedicaba allí?, ¿Era costurera?

—¿No? —exclamó David sin poder evitarlo a pesar de parecer estúpido al hacerlo.

— *Lady* Catherine lleva toda la contabilidad de la casa de modas, excelencia.

Es muy buena con los números —respondió Janet sonriente.

¿Números?, ¿Contabilidad? A ninguna mujer se le otorgaba las enseñanzas de esas materias… ¿Cómo era posible que su esposa tuviera esos conocimientos? Hasta a él mismo le costaba estudiar la contabilidad de la fábrica, no podía ser que su propia esposa disfrutara haciendo aquello.

—¿David?, ¿Qué haces aquí?

En ese momento la voz de Catherine interrumpió sus pensamientos y efectivamente, allí estaba ella con un libro que indudablemente era de contabilidad por la tapa roja que los caracterizaba en las manos.

—Yo vine a… —David trató de buscar una excusa y se quedó pensativo intentando pensar en algún pretexto que no le hiciera sentirse el hombre más inútil del mundo.

—Su excelencia quería darle una sorpresa mi *lady* —contestó Janet de pronto sacándolo de su más absoluta incoherencia.

—¿Una sorpresa? —exclamó Catherine frunciendo el ceño. Si precisamente él no quería verla allí, le había prohibido expresamente trabajar.

—Pensé que después de la otra noche no sería sensato que volvieras sola a casa —improvisó David.

—No volvería sola, Luca me ha acompañado toda la tarde y me espera pacientemente en el carruaje —contestó mientras se acercaba.

—¿Luca? —preguntó sorprendido David. Ese crío de dieciséis años era el hijo de la cocinera, pero era bastante robusto para su edad gracias al buen comer del chico y a las dotes culinarias de la madre—. Está bien, pero me sentiré más seguro si te acompaño yo mismo —insistió.

—Voy a dejar esto en el despacho un momento y regreso en seguida

—advirtió Catherine mientras desaparecía de nuevo a la trastienda.

David se quedó pensativo tratando de asimilar el hecho de que tenía una esposa increíblemente habilidosa en el arte de los números, ¿Hasta dónde llegarían sus conocimientos? Anonadado por la sorpresa de saber este hecho, no fue consciente de que Catherine había regresado de nuevo ataviada con su

fina capa para marcharse, hasta que no estuvo a su lado.

—Hasta mañana Janet —dijo Catherine para despedirse de ella, puesto que era la única dependienta que en aquellos momentos no estaba ocupada con algún cliente.

La joven se despidió de ellos y salieron inmediatamente de Lynetś.

—¿Dónde has dejado el carruaje? —preguntó David una vez que estuvieron en la puerta.

—Allí. —Señaló Catherine a tan solo unos cuantos pasos de donde se encontraban.

—Espérame en mi carruaje, voy a avisarles de que vendrás conmigo para que regresen a casa.

Catherine asintió y montó en el carruaje de David, tener una fábrica de carruajes les daba ciertos privilegios como el de tener carruajes de una calidad excepcional. El carruaje de Catherine era de un bello blanco roto, con bordados en marrón oscuro y dorado, por dentro estaba revestido de un estampado floral muy a la moda; ese carruaje había sido un regalo de cumpleaños de su padre hacía dos años y lo tenía en muy alta estima. En cambio, el carruaje de David era de un sobrio negro sin ningún tipo de bordado, aunque todo su interior era de suave terciopelo azul noche, en realidad era el último carruaje que el vizconde hizo para sí mismo y que David había heredado en su lugar. David regresó interrumpiendo así el recuerdo que estaba manteniendo de su padre abriendo la portezuela y subiendo ágilmente al carruaje. Con el bastón que había en su asiento vio como le daba un par de golpes al techo y en un instante escucharon el relinchar de los caballos seguido del movimiento.

—¿Cuándo pensabas decirme que poseías conocimientos de contabilidad?

—preguntó directamente David a su esposa.

—No creía que fuese algo que te interesara saber —contestó sincera.

—Pues me interesa —confesó curioso.

—Desde los catorce años un profesor me daba clases de contabilidad en casa

—afirmó saciando la curiosidad de su esposo.

—¿Tu padre lo permitió? —preguntó sorprendido. Seguramente solo debió ser un capricho de su esposa por aprender la materia.

—No solo lo permitió, sino que fue él quien me impuso aprender la materia

—contestó recordando el día en el que el vizconde le dijo que quería que ella tuviera esos conocimientos e iba a aprender la materia.

David la miró anonadado, ¿El vizconde la obligó a dar clases de contabilidad?, ¿Con qué finalidad?

—¿Sabes por qué razón tu padre quiso que aprendieras sobre una materia que está prohibida para las damas? —preguntó con cierta intriga.

—Lo desconozco, pero puedo afirmar que di clases tres días por semana durante cuatro años —contestó seria.

—¿Cuatro años? —exclamo—. ¿Tanto tiempo?

—Si, hasta que aprendí contabilidad avanzada —aseguró.

—¿Contabilidad avanzada? —volvió a exclamar y sus ojos se abrieron de par en par, ¡Ni siquiera él había llegado a ese nivel!

Catherine no pudo evitar sonreír por la expresión de la cara de David.

—Me gusta mucho, por eso disfruto llevando la contabilidad de Lynetś, aunque es demasiado fácil para mí —advirtió sonriente.

—¿Demasiado fácil? —exclamó en un estado atónito. No entendía como a Catherine podía gustarle si los números llegaban a ser una auténtica tortura.

—Si, solo es llevar las cuentas, los pedidos, los pagarés… no hay complicaciones, pero al menos consigue distraerme.

Justo en ese momento el carruaje se paró, acababan de llegar a casa y David no supo que responder. Su principal razón por la que no había querido que Catherine trabajara en Lynetś era porque pensaba que quería esconder su aventura con *lord* Guicciardini y el hecho de que además se expusiera públicamente le hacía tener una excusa para prohibírselo. Ahora no solo había errado con la profesión que creía ejercer en aquella casa de modas, sino que empezaba incluso a dudar de que estuviera allí por ese patán extranjero.

Tal vez no se podría negar a concederle esa gracia si era feliz haciendo aquello.

David descendió del carruaje y tendió la mano a Catherine para ayudarla a bajar, parecía haber aceptado de buen grado que hubiese recibido lecciones de contabilidad en su infancia y ahora las aplicara trabajando en Lynetś puesto que no había mencionado objeción alguna después de saberlo…

parecía que las cosas comenzaban a estar en calma entre ellos.

La cena estaba a punto de ser servida y tomaron asiento, por primera vez estaban teniendo una cena agradable, Catherine se había entusiasmado contando anécdotas de sus clases y el esfuerzo que le había costado aprender ciertas fórmulas y variaciones hasta que fue interrumpida por el mayordomo.

—Su excelencia, lamento interrumpir, pero la señora Gertrudis está

preocupada por su hijo —anunció Alfred.

—¿Luca no ha vuelto? —preguntó Catherine preocupada por el joven.

—No mi *lady*, su carruaje no ha regresado aún —afirmó con semblante serio.

—¡Si salieron antes que nosotros! —exclamó David.

—¡Oh dios mío!, ¿Y si les ha pasado algo? —exclamó Catherine temiéndose algo grave.

—Lo más probable es que se haya roto el eje de una de las ruedas o que hayan parado para prestar servicio —contestó David intentando ser cauto.

En aquel momento Luca, el joven hijo de la cocinera y Jonás, el cochero del carruaje de Catherine, aparecieron. Habían entrado por la

puerta del servicio y se aproximaban hacia sus señores, aunque, en sus rostros se apreciaba agotamiento.

—¿Que ha pasado? —preguntó David a los empleados.

—Su excelencia —contestó Jonás —, sufrimos un asalto cuando veníamos hacia aquí.

—¿Pero estáis bien?, ¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó Catherine.

—Si mi *lady*, nosotros estamos bien, pero no era a nosotros a quienes buscaban, sino a usted.

—¿Cómo dice? —preguntó David ahora confundido.

—Nos asaltaron tres hombres mi *lord*, dos de ellos nos agarraron mientras un tercero entraba en el carruaje y gritaba que la dama no estaba allí, que se encontraba vacío. Todo el mundo sabe que ese carruaje tan singular es de

lady Catherine Clayton su excelencia.

—Oh dios mío —susurró Catherine acongojada—. La carta tenía razón…

—volvió a susurrar.

—¿La carta? —exclamó David—. ¡Qué carta! —inquirió ahora exaltado.

32

Catherine observó su semblante serio que la hizo temblar…

ahora se arrepentía de no habérselo mencionado por culpa de aquella reunión tan importante.

—¡Que carta! —gritó desesperado David ante el silencio de su esposa.

Si… ahora tendría que enfrentarse a la furia de David y con toda la razón, se regañó mentalmente.

—Esta mañana recibí una carta —dijo casi sin mirarlo con voz baja.

—¿Dónde está esa carta?, ¿Y que se supone que menciona para que tenga algo que ver en esto? —preguntó ágilmente.

Catherine fue hasta la entrada para coger su minúsculo ridículo donde había guardado la dichosa carta que tantos quebraderos de cabeza le había dado y más aún parecía querer darle. Volvió al comedor y se la entregó a David delante de los empleados que parecían bastante curiosos por saber más sobre aquello que estaba sucediendo.

—¿Has sabido esto todo este tiempo y aun así te has atrevido a salir de casa?

—recriminó David a su esposa habiendo leído rápidamente el contenido.

—Acudí directamente hasta la fábrica para decírtelo, pero luego… —Se calló porque su rostro se volvió rojo como la grana, tenían delante testigos que no tendrían porqué saber los detalles de su discusión y menos aun lo que había sucedido en la intimidad de aquel despacho.

—¡Me da igual lo que pasara!, ¡No debiste salir! —gritó furioso.

—¡Pero iba acompañada de Luca y…

—¡Basta! —gritó—. Ve inmediatamente a mi despacho y espérame allí

—concluyó un poco más calmado, pero igualmente su voz sonaba exasperada.

Catherine se enfurruñó, pero le obedeció. Si le había dicho que fuera a su despacho era porque quería hablar a solas con ella sin testigos, al menos era lo que suponía.

—Alfred quiero que acudas junto a Jonás y Luca a las autoridades para denunciar lo ocurrido, tomad mi carruaje para llegar cuanto antes —dijo David en cuanto su esposa desapareció del comedor.

—Si, mi *lord* —contestó el mayordomo.

David asintió y comenzó a avanzar hacia su estudio, pero se volvió hacia su mayordomo—. Alfred —dijo llamando su atención—, quiero que alguien se presencie aquí y tome declaración a mi esposa.

—Por supuesto mi *lord* —aseguró el mayordomo y David se encaminó a enfrentar a su pequeña fiera testaruda de la que estaba seguro de que acabaría con su paciencia.

Catherine se paseaba de brazos cruzados nerviosa pensando en que David no podía reprocharle nada, ¡Precisamente fue por su culpa por lo que no le dijo nada! Ella había ido con toda su buena intención para contárselo y…

Escuchó como la puerta se abría y se volvía a cerrar suavemente, entonces se giró sin descruzar sus brazos y se enfrentó a David

—¡Es tu culpa que no te lo dijera!, ¡Si tu no hubieras dicho lo que le dijiste a Richard yo te lo habría contado!

—¿Así que por eso es mi culpa? —respondió alzando una ceja.

—¡Si! —gritó enfurruñada. Lo cierto es que estaba teniendo un

comportamiento algo infantil al respecto, pero la situación era más grave de lo que pensó en un principio y no sabía cómo reaccionar al respecto.

—Ven aquí —contestó David en un preocupado.

Catherine le miró y observó que no parecía enfadado, su voz no fue grotesca, ni de reproche, sino que abrió los brazos invitándola y no lo dudó, corrió a sus brazos aferrándose a su cuerpo.

—No quiero pensar en lo que habría ocurrido si no llegas a venir en mi

carruaje —susurró David con la voz rota mientras acariciaba el cabello de Catherine—. Pero entiende que no puedo permitir que te ocurra nada malo.

—¿No puedes permitirlo? —preguntó ella mientras alzó ligeramente la vista hacia David.

—No —negó rotundamente—. Te necesito en mi vida Catherine Clayton

—confesó.

En ese momento el pulso de Catherine se aceleró con tal magnitud que casi sentía como se le iba a salir del pecho, ¿Era aquello una declaración? Por favor que así fuera, suplicaba y deseaba que David la quisiera de verdad y no por conveniencia para obtener el dinero de la herencia.

—¿Por qué me necesitas David? —preguntó con esperanza. Su respuesta le daba miedo, pero necesitaba saberlo por más dura que fuera la realidad.

—Porque te quiero —respondió justo antes de acortar la distancia que le separaba de sus labios y darle un tierno y cálido beso.

—¡Oh David! —exclamó Catherine con lágrimas en los ojos y alzó los brazos para que la estrechara entre los suyos mientras volvía a besarlo.

—Sé que no me merezco que me quieras, que soy celoso y posesivo en cuanto a ti se refiere, pero te prometo que intentaré ser más comprensivo.

—Te quiero —contestó sonriendo ante sus palabras provocando que el discurso de David que parecía ser aún más largo finalizara.

—¿Me quieres? —preguntó sorprendido.

Catherine asintió con una sonrisa de felicidad pese a las circunstancias, algún día le confesaría incluso que se enamoró de él prácticamente con solo verlo.

David expresó una sonrisa sincera de felicidad mientras la rodeaba de su cintura y la estrechaba entre sus brazos.

—No pienso permitir que te hagan daño mi amor —dijo en un tono de preocupación.

—Lo sé —respondió confiando plenamente en él. La amaba, ¡David la amaba!

—Así que me prometerás que no vas a salir de casa salvo que yo mismo te acompañe.

Catherine podía entender la preocupación de él, después de dos asaltos fallidos, uno de ellos gracias a *lord* Guicciardini y otro a David, no podía correr el riesgo de que hubiera un tercero, quizá no tendría tanta suerte una próxima vez.

—¿Tendré que encerrarme en casa de por vida? —preguntó apenada.

—Solo hasta que a averigüemos quien quiere causarte daño y porqué motivo

—afirmó.

—Yo sé de quién se trata —confesó Catherine siendo consciente de lo que iba a decir—, pero no tengo pruebas para demostrarlo.

—¿Quién desearía perjudicarte? —exclamó asombrado.

— *Lady* Elisabeth —confesó al tiempo que recordaba que David y su hermanastra habrían podido protagonizar tenido una aventura.

—¿ *Lady* Elisabeth? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué motivo iba esa dama a querer perjudicarte? Es como una madre para ti.

Catherine resopló en cuanto David dijo aquello.

—No. *Lady* Elisabeth jamás ha actuado como una madre para mí, al

menos no lo hacía salvo que padre estuviera presente en la sala —confesó abiertamente.

—Aun así, creo que no tiene motivos para…

—¿Recuerdas cómo lucía mi piel cuando me conociste? Ella es la causante de que durante años padeciera esa horrible afección que tanto me hizo sufrir

—puntualizó.

—¿Cómo estás tan segura de ello? Son acusaciones muy graves.

—Me proporcionaba un aceite envenenado que provocaba esa reacción en mi piel y lo hizo durante años sin tener el menor escrúpulo en hacerlo. Yo tan solo era una niña... sufrí un verdadero infierno por los picores, ardores y fiebres que aquella reacción me daba. Recorrí con mi padre casi todo el país buscando algún experto que pudiera dar con el remedio y mientras tanto ella seguía envenenándome.

—Tal vez ella no fuera consciente de que fuera esa la razón de tu afección

¿No crees? —preguntó incrédulo.

—¿Por qué la defiendes? —le incriminó Catherine.

—No la defiendo, es solo que no encuentro la justificación para sus acciones.

Ella era la esposa de tu padre y tenía acceso a su fortuna, aunque tu hayas heredado absolutamente tod…

David guardo silencio en ese momento dándose cuenta de la situación.

Efectivamente el vizconde de Grafton no había sido benevolente con su esposa y su hijastra, es más, recordaba que le sorprendió en la lectura del testamento que le hubiera dejado tan poca fortuna a las damas y en cambio

hubiera otorgado toda su inmensa riqueza a su hija legítima.

—Ahí tienes la razón de porqué soy una molestia para ella, pero no entiendo porqué quiere mancillarme, ¿Por qué no me mata directamente como hizo con mi padre?

—¿ *Lady* Elisabeth mató al vizconde? —exclamó asombrado.

—No lo puedo asegurar, pero pondría la mano en el fuego y no me quemaría porque fue así. Mi padre gozaba de buena salud y algunos testigos me confirmaron que la actitud de *lady* Elisabeth tras la muerte de mi padre fue de lo más reveladora.

—Por aquel entonces yo te estaba buscando como un loco tratando de encontrarte, puesto que todos daban por hecho que sabía dónde encontrarte…

algo que por cierto jamás me confesaste.

—Ni te confesaré —añadió con cierta diversión.

—Algún día lo harás mi bella Catherine —afirmó seguro de sus palabras.

—Ya lo veremos —respondió ésta de forma altiva.

David sonrió y cernió las manos sobre la cintura de su esposa acercándola más a él.

—Si estás tan segura de que es *lady* Catherine y por lo que me has contado, con toda probabilidad lo sea; hay que informar a las autoridades para que tomen cartas en el asunto.

—No tenemos pruebas, ¿Crees que no lo he pensado? Ella es una dama respetable y denunciarlo solo hará que sea aún más precavida si decide actuar.

—No voy a exponerte como un cebo de pescar para que te ocurra algo o termines dañada. Simplemente me niego en rotundo, Catherine —dijo firme.

—Pero algo tendremos que hacer para que revele sus intenciones.

—Prefiero optar por echarla de nuestra casa en Kensington y que se vaya a su casa de los Hamptons, así se acabará todo —sentenció.

—Conozco a mi madrastra, ella debe tener un plan retorcido, ¿Por qué sino solamente quiere dañarme y no quitarme del medio?

—Me da igual sus planes, Catherine. Tú te quedarás en casa y yo podré respirar tranquilo —aseguró.

—Pero puedo tener cuidado, no me gustaría dejar el trabajo que hacía

en Lynetś, me servía de distracción. Aquí solamente me volveré loca pensando que es lo que pretende hacer esa bruja conmigo.

David se quedó pensativo guardando silencio durante unos minutos.

—¿Te gustaría probar con la fábrica de carruajes Grafton? —David sabía que era un riesgo exponer a Catherine saliendo de casa, pero si estaba junto a él, se sentiría más seguro que pensando en que ella podría salir en un momento dado sin su consentimiento.

—¿A qué te refieres? —preguntó Catherine confundida.

—No voy a dejarte ir a Lynetś, mira lo que ha ocurrido esta noche. Primero fueron dos, hoy tres… ¿Quién no me asegura que en un próximo asalto sean seis?, ¿O diez? Solamente si estas a mi lado estaré tranquilo y aun así aumentaremos la seguridad cuando salgamos.

—¿Quieres que trabaje en la contabilidad de la fábrica de carruajes Grafton?

—preguntó ilusionada.

—Si crees que eres capaz de hacerlo, sí. Así te tendré cerca todo el tiempo, aunque seas más una distracción para mí que otra cosa.

—¿No te molesta que trabaje? —insistió.

—No es un trabajo cuando disfrutas haciéndolo y en la fábrica hay muchos trabajadores, por lo que estarás más segura incluso allí que aquí en casa.

—¡Oh David! —exclamó feliz—. ¡Te quiero tanto!

—Y yo mi amor, y yo —respondió mientras le daba un casto beso que pronto comenzó a dejar de serlo por la intensidad con la que ella le respondió.

Catherine se despertó lentamente abriendo los ojos y adaptándolos a la luz tenue que había en la habitación. Sintió como unos brazos cálidos la tenían rodeada y sonrió al recordar la noche de pasión que había tenido junto a David, rememorando que habían terminado exhaustos a altas horas de la madrugada y ahora sus cuerpos desnudos se entrelazaban piel con piel sintiendo el roce de su contacto. Había sido una noche de muchas confesiones, pero sobre todo lo que más atesoraba era el hecho de saber que David la quería, la amaba. Su sueño se había hecho realidad, aunque aún no pudiera disfrutarlo todo

lo que quisiera por culpa de aquella maldita bruja y su codicia. Sintió un suave roce en su hombro y dedujo que eran los labios de David dándole un beso que poco a poco fue subiendo hacia su cuello.

—Buenos días mi amor —dijo éste mientras ella no podía dejar de sentirse como en una nube al escuchar esas palabras de cariño.

—Buenos días esposo mío —respondió mientras se giraba sobre sí misma para verlo de frente.

—Eres aún más hermosa recién despierta —afirmó David mientras se acercaba a ella para robarle un beso haciendo que Catherine se sintiera en el paraíso.

—¿Iré contigo hoy a la fábrica? —preguntó expectante.

—Si, aunque preferiría que vinieras cuando hubiéramos contratado más seguridad, pero hoy siento que no podré apartarme de tu lado —confesó mientras se colocaba sobre ella y apresaba de nuevo sus labios evitando que pudiera darle cualquier contestación.

Catherine se ubicó en una sala junto al despacho de David que servía de almacén donde colocaron una vieja mesa y una silla para poder trabajar. Su esposo tenía demasiadas reuniones y tendría que recibir a bastantes clientes como para poder instalarse en el mismo despacho de él. La contabilidad de los carruajes Grafton era mucho más compleja que la casa de modas de Lynet ś, así que le llevaría mucho más tiempo ponerse al día sobre ello, pero le satisfacía sentirse realmente útil y aún más poder ayudar a su marido y estar orgullosa de la empresa familiar.

David se encargó de contratar a dos hombres fornidos que se encargarían de la seguridad de su esposa, lo cierto era que esto haría que sus gastos se redujeran aún más de lo que de por sí eran, pero no le importó. Estaba dispuesto a gastarse toda la fortuna familiar con tal de que ella estuviera a salvo.

Afortunadamente el resto de semana fue tranquila, Catherine creía estar en una nube de tanta dicha, ella jamás había sido tan feliz en toda su vida y de alguna forma sentía que todo se desplomaría. Nunca había gozado de privilegios o de ser realmente feliz y ahora que lo era vivía con el miedo de que se lo arrebataran, era un sentimiento que se había instalado en su pecho,

como una sensación extraña de que algo malo iba a ocurrir.

33

El sábado, Catherine acudió temprano a casa de Emily para

visitarla puesto que su amiga apenas salía de y ya no acudía a ningún evento social, conforme se acercaba la fecha de parto, el duque de Sylverston estaba cada vez más nervioso y Emily no deseaba contrariarlo aún más evitando así cualquier acontecimiento o salida por si le ocurría algo. Según su amiga tenía la esperanza de que cuando su esposo viera que el parto se produciría sin complicaciones perdería el miedo y todo volvería a la normalidad.

Contarle a Emily lo feliz que era ahora en su matrimonio la hizo sentirse vibrante y llena de vida, ahora entendía la complicidad que Emily mantenía

con su esposo y si era la mitad de lo que ella estaba viviendo con David no le extrañaba la preocupación del duque por su esposa.

Pese a llevar la contabilidad de la fábrica Grafton, Catherine también se ocupaba de la contabilidad de Lynetś puesto que significaba poco esfuerzo para ella, solo que lo hacía desde el despacho de carruajes Grafton cuando una de las trabajadoras le llevaba los informes con las cuentas y todo el papeleo necesario.; era lo que menos podía hacer después de marcharse inesperadamente y a ella no le suponía ningún esfuerzo.

Le relató el segundo atentado que gracias a David se había evitado y Emily se preocupó como era totalmente esperado.

—Solo espero que por fin desenmascares a *lady* Elisabeth si es ella quien está detrás de los atentados, debes tener cuidado Catherine.

—Lo sé, David ha contratado a dos hombres para que me protejan todo el día.

—Si yo estuviera en tu lugar, creo que Henry me hubiera puesto a diez y no me dejaría salir de casa bajo ningún concepto por más excusas que intentara darle —sonrió y Catherine lo hizo con ella.

—Lo creo, pero lo cierto es que lady Elisabeth nunca se delatará por sí misma, buscará la forma de que otros lo hagan por ella para no perjudicarse.

Por eso será muy difícil encontrar pruebas de que ella está detrás de todo esto además de la muerte de mi padre.

—Tal vez tu hermanastra pueda ayudarte —dijo Emily valorando esa opción.

—No, Amelia es casi peor que su madre. Solo que ella sí demuestra su envenenado carácter a diferencia de *lady* Elisabeth y no oculta sus

intenciones.

—Sé que encontrarás la forma, Catherine. Estoy segura de ello y cuando llegue el momento podrás disfrutar plenamente de tu amor con *lord* Clayton.

—Yo también lo espero, porque quiero quitarme esta opresión en el pecho que me hace creer que algo malo va a ocurrir tarde o temprano.

Pese a que le había mencionado a David que volvería mucho más tarde, la insistencia de Emily porque no volviera tarde debido a su propia seguridad, hizo que abandonara pronto su visita y volviera temprano a casa. Para su sorpresa David no se encontraba en el comedor, ni tampoco estaba en el salón, ni en su despacho una vez que lo había comprobado. Supuso que habría salido de casa hasta que una de las doncellas le mencionó que se encontraba arriba sin especificar exactamente dónde y lo hizo de una forma que a ella le extrañó demasiado.

Había entrado tan apresuradamente por ver a David que no se había quitado su sombrero y cuando lo hizo reconoció sobre el perchero de la entrada un sombrero que no era suyo.

—¿Tenemos visita? —preguntó con el corazón acelerado.

—Si, mi *lady*. Su hermana, la señorita Barston ha venido a visitarla

—respondió la misma doncella.

—¿Sola? —preguntó cortés.

—Así es, mi *lady* —afirmó la empleada azorada.

—¿Y dónde se encuentra? —exclamó a pesar de saber la respuesta. Entendió perfectamente porque la doncella había respondido como lo hizo cuando pregunto por su esposo, pero aun así quiso preguntar.

—Arriba, mi *lady* —afirmó no pudiendo sostener la mirada hacia su señora y fijándola en el suelo.

Con paso decidido subió las escaleras y se dirigió hacia la habitación de David que comunicaba con la suya. No se escuchaba nada, pero aun así respiró hondo antes de girar la manivela y abrir la puerta. La habitación estaba iluminada por la luz que se filtraba desde la ventana y las cortinas no habían sido corridas. Cuando entró y dio un portazo notó como uno de los dos cuerpos que yacía sobre la cama se incorporaba con un gesto de fingida sorpresa.

—¡Catherine! —exclamó la muy zorra con cara de sorpresa fingida como si lo último que pensara fuese que alguien apareciera.

El otro cuerpo junto al de Amelia se movió y Catherine escuchó lo que parecía un leve quejido.

¿David había tenido la indecencia de dormirse tan tranquilamente después de yacer con su hermanastra en su propia casa?, ¡En su propio lecho!

—No te bastó con acaparar las atenciones de mi padre, también tenías que tener a mi marido, ¿No? —recriminó Catherine mordazmente mirando fijamente a su hermanastra.

—Yo… —Comenzó a balbucear Amelia.

—No, mejor no digas nada —negó Catherine que se dio media vuelta porque no aguantaba más aquella situación y necesitaba pensar con la cabeza fría—.

Te lo advertí Amelia, así que ya puedes hacer las maletas porque te quiero fuera de mi casa esta misma noche.

—¿Catherine? —susurro David.

Su voz parecía casi un quejido y Catherine le miró con los ojos vidriosos llenos de ira por la traición que acababa de cometer.

—Debí estar ciega para creer que habías cambiado —escupió con dolor antes de salir dando otro portazo y esta vez sí derramando lágrimas amargas por su corazón roto.

Montó en el carruaje de nuevo y estuvo dando vueltas por la zona durante dos horas, pensando qué hacer, a donde ir y que opciones serían las más convenientes en su situación.

Si abandonaba Londres o su casa perdería la herencia pese a que en aquellos momentos fuese lo que más quisiera para condenar a su marido. Un resquicio de su fuero interno no quería que el imperio de su padre se desvaneciera en la nada, era lo único que le quedaba de él de verdad aparte de su recuerdo. Si volvía a casa de nuevo tendría que enfrentar a David y no tenía fuerzas para mirarlo a la cara, mucho menos para admitir su traición ahora que era más que evidente que la aventura que mantenía con su hermanastra no se había acabado, sino que probablemente la habían estado engañando durante todo este tiempo sin ella saberlo y riéndose de su ingenuidad.

Lo más probable es que David solo hubiera tratado de engatusarla para que no sospechara, de tenerla contenta para cumplir con todas las condiciones y heredar la herencia de su padre. Tal vez hasta él mismo fuera cómplice de los asaltos que había recibido… en ese momento se esperaba cualquier cosa de su esposo.

No sabía que pensar, sus sentimientos por David la confundían y hacían que no pudiera determinar nada con claridad. Su decepción hacia él era tan grande que su corazón ahora destrozado solo esperaba pensar lo peor de él.

Lo había intentado, con todas sus fuerzas había intentado que aquello funcionara, que David se fijara en ella ahora que era hermosa. Había pasado por alto sus celos infundados e incluso olvidado que él siempre imaginara lo peor de ella, porque había creído fielmente que la amaba, pero era evidente que no y debió imaginarlo cuando confesó a Richard aquel día sus verdaderos sentimientos: “No soy un hombre de una sola mujer” recordó. Al igual que también recordó la reacción de David para hacerla callar cuándo se enfrentó a él… se había entregado tan fácilmente, cayendo presa en sus redes sin poder evitarlo.

Tal vez no debería haber sido hermosa jamás, quizá descubrir que lo

que tenía no era una enfermedad no había sido tan bueno como creía. Prefería mil veces aguantar los picores, el ardor y el intenso dolor físico antes que sentir aquel nítido dolor que se centraba en su pecho.

No deseaba importunar a Emily con su embarazo, pero era la única de sus amigas que tenía casa propia y no vivía con sus padres. No tenía otra opción más que mendigar cobijo, al menos por esa noche a los duques de Sylverston.

—Catherine, ¿Que ha pasado?, ¿Has sufrido un asalto? —preguntó Emily cuando la vio en aquel estado de conmoción teniendo en cuenta que cuando la dejó solo desbordaba felicidad.

—No —respondió Catherine mientras empezaba a llorar sin control.

—Enviaré una nota a *lord* Clayton —dijo la voz seria de Henry llegando hasta los oídos de Catherine.

—¡No! —exclamó entre sollozos—. Por favor no lo haga —suplicó.

—Pero estará preocupado por ti, dinos que ha pasado —dijo Emily acercándose hasta ella.

—Es demasiado bochornoso admitirlo —aclaró mirando a Emily que enseguida supo interpretar las palabras de Catherine.

—Mi amor, ¿Puedes pedir que nos sirvan el té? —exclamó Emily mirando hacia su esposo.

—¿El té? Pero si es casi la hora de cenar —respondió confundido *lord* Sylverston.

—Por favor. —El tono de Emily hizo que Henry entendiera que sobraba en aquella conversación y debía irse.

—Ahora puedes contármelo tranquilamente —sentenció.

—Les encontré en la cama… ¡En mi propia casa! —exclamó entre lágrimas—. Pero ¡Cómo puede sorprenderme si ya trajo en su día a una prostituta! Eso me dolió menos que encontrármelo con ella…

—¿Con quién? —exclamó Emily atónita.

—Con Amelia —confesó derramando más lágrimas.

—¡Ay Dios santo!, ¿Con tu hermanastra? —pregunto boquiabierta.

—Si —gruño entre lágrimas.

—Pero si hace unos instantes me acababas de confesar que te amaba, que se había declarado al fin… no lo entiendo, ¿Qué ha hecho él cuando te ha visto?

—Evidentemente no me ama lo suficiente o directamente no me ama y todo fue un engaño de ambos. Sé que ya eran amantes desde antes —confesó Catherine recordando cuando se lo reprochó en su día y él respondió con evasivas—. No me ha dicho nada porque estaba plácidamente dormido y la

única que ha visto que los he descubierto ha sido Amelia.

—Sobra decir que puedes quedarte a pasar la noche aquí y cuantas necesites.

—Gracias, aunque si lo hago perderé la herencia, ¡Estoy vinculada a ese cretino y a esa dichosa casa por culpa de esas malditas condiciones!

—exclamó ahora malhumorada—. Aunque… —comenzó a decir pensando una estratagema para evadir esa cláusula—. ¿Me podrías prestar papel y pluma además de un sirviente para llevar un recado urgente?

—Si, por supuesto —afirmó enseguida Emily.

Catherine envió un mensaje urgente al abogado de su padre donde relataba que su vida corría peligro tras sufrir dos asaltos. Además de mencionar la carta donde la ponía en alerta de que habían sido intencionadamente. Por tanto, se había visto en la necesidad de abandonar su casa puesto que no era un lugar extremadamente seguro ya que estaría vigilada por su agresor y se había recluido en casa de unos amigos. Adjuntó la dirección de la casa de los duques de Sylverston y esperaba confidencialidad puesto que su vida peligraba si se conocía su paradero. Catherine selló la carta y la envió con uno de los sirvientes a la espera de respuesta, tal vez aquella treta le valiera durante algunos días en los que pudiera convertir su frágil corazón en una bola de hielo de la que protegerse cuando tuviera que enfrentarse a David.

David despertó con un dolor de cabeza inmensurable, no recordaba haber bebido, al menos no más de lo habitual. Lo último que recordaba era tener que recibir a la hermanastra de Catherine en casa que se había presentado sin avisar.

Hubiera dejado a la dama sola, pero le pareció una descortesía así que acudió a recibirla para invitarla a marcharse puesto que su excusa era ver a a su

hermanastra Catherine y no se encontraba en ese momento. La señorita Barston insistió en esperar puesto que según ella tenía que tratar un asunto de extrema importancia con su hermanastra por lo que David se sintió obligado a pedir el té mientras tanto. Nada le incordiaba más que una voz chillona y aquella dama en concreto tenía una que penetraba en los oídos haciendo que uno quisiera suicidarse. No le extrañaba que aún no se hubiera casado, era indudablemente bella, pero al mismo tiempo su talante y semblante hacían querer alejarse lo más lejos posible. Se notaba a leguas que era una trepadora social y lo peor de todo es que no trataba de ocultarlo.

Sirvieron el té y después de dos preguntas de cortesía hacia la dama no recordaba nada más, ¿Que hacía en su habitación?, ¿Ya era de noche? Se incorporó y vio que solo llevaba puesta su vestimenta de cintura para abajo,

¿Quién lo había desvestido y dejado a la mitad? Aún le dolía la cabeza cuando bajo las escaleras y vio que en el comedor no había nadie, tampoco estaban colocados los servicios, ¿Sería demasiado tarde para cenar?

—Alfred, ¿Dónde está mi esposa? —preguntó al mayordomo que justamente estaba encendiendo unos candelabros.

—Se ha marchado mi *lord* —contestó firme.

—¿Que se ha marchado? —exclamó confundido—, ¿Cómo que se ha marchado? —preguntó sin entender absolutamente nada.

—Después de descubrir a la señorita Barston en su alcoba junto a su excelencia, se marchó precipitadamente —afirmó el mayordomo.

Las palabras de Alfred fueron directas, precisas e hirientes como si estuviera molesto con su señor.

—¿La señorita Barston estaba en mi alcoba? Eso no puede ser cierto… yo

jamás pensaría ni tan siquiera en…

Pero en ese momento se calló, porque vagos recuerdos le comenzaban a llegar a la mente, tales como los susurros de esa joven víbora y su

voz chillona que le decían que subieran a su habitación y él tenía esas vagas imágenes obedecerla sin poder siquiera evitarlo.

—¡Voy a matar a esa víbora!, ¡Juro que le arrancaré la garganta si es preciso como no confiese la verdad! —gritó completamente enfurecido.

—¿Que verdad mi *lord*? —preguntó el mayordomo—. Todos le vimos subir con ella.

—Te garantizo que algo me echó en ese asqueroso té, ¡Yo jamás me atrevería a hacer tal cosa!, ¡Y menos aún en mi propia casa! —exclamó furioso y en un tono que podría hacer temer hasta al más cruel y despiadado de los hombres.

34

—Mi *lord*, no es a mí a quien debe convencer de lo sucedido

—contestó Alfred en un tono algo más amigable que el anterior.

En realidad, David no sabía porque le estaba dando explicaciones al servicio, puesto que le debería de importar bien poco lo que Alfred pensara o dejase de pensar sobre él, pero sí que le importaba, si su mayordomo era reticente a creerle, ¿Como demonios iba a hacerlo su propia mujer? Lo haría, Catherine le quería y confiaría en sus palabras, es más, ella misma sospechaba que *lady*

Elisabeth estaba detrás de los atentados, sin duda creería que su hermanastra le había tendido una trampa, aunque desconociera el propósito de tal finalidad.

Buscó a su mujer en todas y cada una de las pensiones que había en los alrededores y el centro de la ciudad, pero no la encontró en ninguna de ellas.

¿Dónde se habría metido? Visitó a los señores Benedict y a los señores Brandon, pero tampoco estaba alojada con ninguno de ellos, ¿Estaría en casa de los duques de Sylverston? Era demasiado tarde para preguntar, pero no podría volver a casa sin ella, necesitaba verla y aclararle lo sucedido.

El mayordomo de los duques de Sylverston tardó en abrirle la puerta iluminado únicamente con un pequeño candil y cuando lo hizo le

observó extrañado.

—Lamento las molestias, soy el duque de Lennox y necesito saber si mi esposa *lady* Catherine está alojada en esta casa.

—Lo siento mi *lord*, pero no son horas de…

—¿Quién es Tomas? —preguntó *lord* Sylverston.

David escuchó la voz de Henry y se apresuró a abrir la puerta.

—¿Está ella aquí? Por favor dime que está aquí o me volveré loco

—preguntó esperanzado.

—Está aquí —terció Henry reconociendo a David.

David suspiró aliviado, al menos su esposa se encontraba bien. Solo de pensar que podría haber sido víctima de otro de aquellos asaltos le hacía casi rozar la desesperación.

—¿Ella está bien? Necesito verla. —Comenzó a decir atropelladamente—.

Necesito aclararle lo sucedido, que no fue lo que ella piensa.

—Creo que no tiene mucho que pensar, David —contestó Henry—. Te vio. O

mejor dicho, os vio —aclaró.

—¡Pero esa víbora me echó algo en la bebida. ¡Yo jamás me acostaría con ella! —exclamó enfurecido.

—¡Oh vamos, David! —dijo Henry en un tono de cierta complicidad entre caballeros—. ¿Quién se va a creer semejante absurdez?

—¿Qué razones tendría para no admitirlo? —preguntó tajante. El hecho de que Henry no le creyera no era un buen augurio.

—La herencia por supuesto —afirmó rotundamente.

¡Por Cristo!, Henry tenía razón… una de las condiciones era precisamente aquello. Negarlo hasta la más absoluta evidencia era algo más que obvio, pero no era ese el caso.

—Yo quiero a Catherine —confesó—. Me importa un comino esa

maldita herencia, aunque me haya devanado los sesos en la fábrica, ella es lo único que me interesa.

Henry cambio el semblante y le miro como si estuviera estudiando sus palabras.

—Aunque te creyera y conste que solo lo hago porque he visto un ligero cambio en los últimos meses de tu forma de actuar, tu historial habla por ti mismo amigo mío —dijo mientras colocaba una mano en el hombro de David y le invitó a pasar a su despacho que estaba en la planta baja.

—Déjame verla, Henry. Sólo déjame intentarlo —insistió.

—No puedo permitirte que veas a Catherine esta noche, Emily me mataría

—contestó mientras cerraba la puerta y encendía un par de velas—, pero puedo ofrecerte una copa que creo que la necesitas más que yo y escuchar tu versión de los hechos.

David le contó vagamente lo que recordaba y lo seguro que estaba de que aquella condenada dama le había echado algo en el té para perpetrar su crimen.

—Hay algo que no entiendo —afirmó Henry pensativo—, si todo sucedió como lo cuentas, ¿Con qué intención haría la señorita Amelia Barston algo así? La más perjudicada sería ella si la sociedad llegase a enterarse.

—No lo sé —contestó David mientras se levantaba de la butaca y comenzó a pasearse por el despacho inquieto—. Tal vez las mismas por las que quieren dañar a Catherine. Ese par de codiciosas no parecen tener límites, pero te aseguro que esa arpía confesará… me encargaré de que así lo haga.

—No me gustaría estar en tu pellejo amigo mío —confirmó Henry seriamente.

—A mí tampoco me gusta estarlo —confirmó—. Cuando por fin las cosas nos iban bien entre Catherine y yo. tiene que pasar esto.

—Por lo que me ha contado mi esposa, no lo tienes nada fácil David —

advirtió *lord* Sylverston.

David suspiró se bebió de un trago el resto de su copa.

—Gracias por escucharme, Henry. Me voy sabiendo que Catherine está en buenas manos, pero mañana vendré a verla y me dejarás hablar con ella.

—Mediaré para que así sea, aunque no te puedo prometer nada.

A primera hora de la mañana David se presenció en su propia casa, porque en el fondo era su casa, aunque ya no viviera allí y ahora la ocupara la víbora que la había metido en aquel maldito lío y su madre. Se había asegurado de esperar a que *lady* Elisabeth saliera, aunque de buen gusto la hubiera enfrentado a delante de ella, pero si Catherine tenía razón en cuanto a las intenciones de su madrastra creía que sonsacaría más información solo de la hija.

Una de las doncellas le abrió la puerta y le dejo pasar informándole de que la señora de la casa había salido, pero al mencionar que venía a visitar a la señorita Barston le hizo pasar al salón principal.

— *Lord* Clayton —exclamó la joven al verlo.

Al parecer no lo esperaba y lo más extraño de todo es que David casi juraría que no tenía esa voz chillona de siempre, tal vez solo lo había imaginado o era debido a la sorpresa. Solo con verla ya le hacía que su sangre se alterase de furia, si por él fuera le apretaría el pescuezo hasta que dejara de respirar, pero de momento la necesitaba viva.

—Va a venir conmigo y le va a confesar a mi esposa toda la verdad si quiere seguir con vida —dijo con un semblante de lo más serio.

—No sé de qué me habla mi *lord* —respondió algo alterada.

—Sabe perfectamente de qué le hablo —afirmó tajante.

—No puedo hacerlo —contestó en un hilo de voz del que David casi tuvo que leerle los labios para comprender lo que decía.

—¿Es que no me ha oído? —gritó—. ¡No te doy otra opción!

—No podemos hablar aquí —contestó Amelia en un tono muy bajo y David alzó una ceja—. Ella tiene oídos en todas partes.

—¿Ella? —exclamó atónito.

—Mi madre —volvió a susurrar sin aquella voz chillona que parecía como si la hubiera perdido en solo unas horas.

—Me da igual sus artimañas, va a venir ahora mismo a confesar lo que hizo ayer tarde.

—Reúnase conmigo en Hyde Park dentro de dos horas —dijo de nuevo en ese hilito de voz. Se escucharon entonces unos pasos cerca de la sala como de alguien que se acercaba—. Me alegro de que se preocupe por nosotros su excelencia —añadió Amelia.

Ahí estaba de nuevo la voz chillona de aquella pequeña arpía que hizo que David la mirase confundido. En ese momento observó a una mujer entrar con porte serio, demasiado arrogante para tratarse de una sirvienta por su atuendo.

Un instinto hasta ahora desconocido en él le hizo seguirle la corriente a la hermanastra de Catherine. Allí había gato encerrado y más le valía presenciarse en Hyde Park como le había mencionado o prendería fuego a la casa y la quemaría viva allí dentro.

Catherine se había levantado temprano, pero teniendo en cuenta que apenas había podido dormir tampoco era de extrañar. Estuvo paseando por los jardines de la casa de los duques de Sylverston durante algunas horas. Se sentía demasiado agobiada por todo lo sucedido y tuvo la necesidad de salir, quería asegurarse de que tanto Amelia como su madre abandonasen su casa, no iba a tolerar que vivieran a su costa ni un solo día más.

Cuando el carruaje paró y se asomó por la ventanilla pudo ver perfectamente

el inconfundible carruaje de David y solo unos instantes después observó como éste salía de la casa. No sólo había metido a Amelia en su cama, sino que incluso la buscaba en su propia casa; su indecencia sobrepasaba los límites del decoro, sin duda alguna se arrancaría a David de su corazón así le costara sudor y lágrimas hacerlo.

David llevaba casi quince minutos paseándose por la entrada de Hyde Park de un lado a otro esperando a que la señorita Barston hiciera su aparición.

Cómo se le ocurriera alguna de sus sucias tretas o simplemente no apareciese, él mismo se encargaría de acabar con ella, eso sí, primero que confesara sus crímenes ante Catherine.

Hacía tan solo un día desde la última vez que había visto a su esposa y ya la echaba inmensurablemente de menos, no sabía cómo era posible querer tanto a una mujer, pero él sin duda amaba incondicionalmente

a esa dama rubia de ojos azules absolutamente preciosa que tenía la fortuna de tener por esposa y estar lejos de ella le mataba lentamente.

La señorita Amelia Barston que bajo su punto de vista no se merecía ni ser nombrada señorita después de meterse en su cama bajo sucias tretas hizo su aparición acompañada de una de las doncellas que él recordaba de la época en la que vivió en aquella casa cuando se casó con Catherine, es más, recordó que fue la que le miró con reproche cuando metió a aquella prostituta sin ser consciente de ello en casa y probablemente ahora pensaría que tenía una aventura con la hermanastra de su esposa; nada más lejos de la realidad.

—Lamento la demora mi *lord*, pero he tardado en convencer a mi madre para que me dejase venir sola.

—No está sola —respondió secamente David observando a la doncella.

—Ginger no dirá nada, se alejará cuando se lo ordene —dijo de forma que la doncella no la oyera.

—Usted dirá, es la que me citó aquí y más le vale tener una explicación si no quiere que ahora mismo la estrangule aquí mismo porque le aseguro que no es por falta de ganas.

—Paseemos —dijo mientras comenzaba a caminar y para desesperación de David la siguió. Más le valía que no fuera otra de sus tretas o pronto cumpliría condena por matar a una mujer con cientos de testigos presentes.

—Sabía que Catherine le amaba, pero desconocía que usted también la amase a ella —afirmó la señorita Barston.

David se extrañó al volver a apreciar ese tono calmado y normal en la pequeña arpía, ¿Dónde estaba la voz chillona que la caracterizaba?

—¿Que tiene eso que ver? —contestó secamente.

—Realmente nada, lo habría hecho de igual manera a pesar de haberlo sabido, pero me alegro de que por fin Catherine se merezca a alguien que la quiera de verdad.

—No la comprendo —dijo David aturdido.

David vio como la señorita Barston miraba a su alrededor para verificar que no había nadie cerca y comprobaba la distancia que la doncella mantenía con ellos, aun así, habló en un tono de voz muy

bajo.

— *Lady* Elisabeth siempre la ha humillado, de hecho, me ha obligado a mi durante años a hacerlo. Ella es cruel y despiadada... es capaz de hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya y junto a madre, ambas son como un arma letal.

David la observó detenidamente, ahora sí que estaba realmente confundido.

Aquella pequeña arpía estaba admitiendo lo que Catherine le había advertido, pero ¿Por qué hablaba de una madre y de *lady* Elisabeth por separado?

¿Acaso no eran la misma persona?

—He tenido que fingir que odiaba a Catherine durante toda mi vida para no sufrir su temperamento… mi espalda es testigo de ello —afirmó en un tono de voz melancólico.

—¿Por qué razón cree que voy a creerla después de lo que ha hecho?

—preguntó intrigado.

Si era sincero, le importaba bien poco lo que aquella mujer hubiera sufrido o no, seguro que se lo tenía bien merecido.

—Porque si ayer hice lo que hice, solo fue para que no mataran a Catherine

—verificó con los ojos brillantes de emoción.

—¿Qué? —exclamó David con voz chillona a pesar de ser un caballero.

—Bajé la voz —susurró—. Mi madre tiene oídos en todas partes, nunca te puedes fiar, una vez pensé que no me escuchaba y no sé cómo lo hizo. Me quedé postrada en cama tres días fingiendo un constipado después de eso.

—¿ *Lady* Elisabeth la maltrata físicamente? —preguntó directamente. Le sorprendía que aquella mujer que parecía tan refinada y distinguida le pusiera una mano encima a su propia hija.

— *Lady* Elisabeth no es mi madre, ella solo finge serlo —admitió volviendo a comprobar que nadie estaba lo suficientemente cerca de ellos. Tenía miedo, mucho miedo.

—No entiendo nada —confirmó David encogiéndose de hombros.

—Mi madre es simplemente una criada y yo la hija bastarda de un noble.

Lady Elisabeth necesitó fingir un embarazo para casarse con su anterior esposo y de ahí que llegara a un acuerdo con mi verdadera madre; ella tendría un hijo y a cambio yo dejaría de ser una simple bastarda.

—¿Por qué me cuenta todo esto?, ¿Qué razones cree que tendría para no hacerlo público y desprestigiarlas a ambas?

—Hágalo —afirmó—, yo no puedo hacerlo. Vivo en una cárcel desde que nací, solo el miedo y la falta de recursos me impiden huir. Todo ha empeorado desde que el vizconde murió, al menos esos años pese a no poder tener una hermana como tanto hubiera querido tener, pude estar tranquila. Mi madre y *lady* Elisabeth pensaban que, si el vizconde desprestigiaba lo suficiente a su hija, acabaría dejándome la herencia solamente a mí, que debía ganarme su favor. Para una niña es muy fácil conseguir que el propósito se convierta en un verdadero sentimiento, a veces incluso creí que odiaba de verdad a Catherine por tener el favor de su padre, pero con los años descubrí que todo había sido fomentado e incluso no entendía como ella a pesar de su maltrecha situación por culpa de los ungüentos de madre, ni tan siquiera se defendía de todos los insultos que le profesaba.

—¿Entonces es su madre y *lady* Elisabeth las que están detrás de los asaltos hacia *lady* Catherine? —preguntó abiertamente.

—Así es —confesó—. Intenté poner en sobre aviso a Catherine con una nota anónima. Desconozco si finalmente fue entregada puesto que tuve que hacerlo rápidamente en un descuido de madre —confirmó.

—Yo mismo leí esa nota —afirmó David sabiendo ahora de quién procedía aquella advertencia.

—Quise advertirla porque *lady* Elisabeth tenía la convicción de que, si Catherine era violada, su excelencia la repudiaría y entonces yo conseguiría captar su atención y se casaría conmigo, de forma que podría recuperar la herencia que cree pertenecerle del vizconde.

—Yo jamás le haría eso a Catherine —afirmó tajante.

—Lo sé. Se dieron cuenta cuando vieron que Catherine comenzó a visitar frecuentemente la fábrica de carruajes Grafton para

permanecer bajo su protección, es entonces cuando decidieron que debían aniquilarla. De esa forma, usted heredaría toda la fortuna del vizconde y estaría libre para mí.

—Y entonces porqué me drogó ayer, ¿Por qué fingió que éramos amantes?

—preguntó sin comprenderlo.

—Yo le dije a Catherine en su día que usted me amaba. Madre me obligó a hacerlo para dañarla como en tantas otras ocasiones— comenzó a decir—.

Ella me amenazó con echarnos de su casa si me acercaba hasta usted, pensé que, si fingía que éramos amantes, ella cumpliría con su amenaza de enviarnos lejos y ni *lady* Elisabeth, ni madre podrían hacerle daño.

—¿Y qué pasaría si no decidieran irse? —exclamó no pareciéndole convincente esa explicación.

—No tienen recursos para mantener el nivel de vida que *lady* Elisabeth desea.

No tendría más remedio que marcharse a la casa que el vizconde le heredó en los Hamptons.

—¿No pensaste que antes de marcharse acabarían logrando su cometido para evitar precisamente su marcha?

—Lo pensé, pero dado el odio que Catherine debe sentir por mí en estos

momentos, supuse que no sería ella quien lo hiciera, sino que enviaría a alguien. Incluso también consideré la posibilidad de que se marchara de nuevo, de estar lejos de ellas.

—Todo esto es demasiada información que asimilar —confirmó David mientras se sentaba en un banco y se pasaba una de las manos por el cabello,

¿En qué mundo se había criado Catherine? Rodeado de mujeres conspiradores y malvadas que solo la habían hecho sufrir—. ¿Por qué no le has contado todo esto a Catherine?, ¿Por qué me lo cuentas a mí?

—Contárselo a Catherine no serviría de nada, somos damas y no tenemos potestad. En cambio, usted sí puede cambiar las cosas, puede darme la libertad que tanto ansío.

—¿Testificará contra *lady* Elisabeth y su madre? —preguntó convencido de que tenía que denunciar los crímenes de aquellas mujeres.

—Si —afirmó sin reparos.

—Necesitaremos pruebas de sus crímenes —dijo pensando en todo lo que aquello conllevaba.

— *Lady* Elisabeth envenenó al vizconde. Aún tiene más de ese veneno en su baúl de ungüentos y pociones.

—¿Sabes por qué razón lo hizo? —preguntó sin sorprenderle la afirmación, puesto que la propia Catherine ya se lo había advertido.

—El vizconde averiguó que ella y madre eran las culpables de la enfermedad de Catherine y las quiso echar de casa.

—Catherine corre realmente serio peligro —afirmó David más para sí mismo que hacia la señorita Barston.

—Tiene que protegerla *lord* Clayton, ella se lo merece —apremió Amelia emocionada.

David miró ahora a la señorita Barston con otros ojos, vio en ella una dama frágil, hermosa y no entendía porqué no se había casado para librarse de aquellas mujeres que la atormentaban.

—¿Por qué no se casó para escapar de ellas? —preguntó a pesar de que le daba igual la respuesta, pero sintió curiosidad.

—Tengo heridas profundas, heridas que me atormentan y me recuerdan de dónde vengo y que no soy merecedora del amor que ningún hombre pueda brindarme —contestó pesar en sus palabras.

—Pero habrás recibido infinidad de peticiones de matrimonio, ¿Como has conseguido poder negarte a todas ellas?

—Actuaba para conseguir que mi belleza exterior quedará ensombrecida por mi personalidad, de esa forma no resultaba ser interesante para ningún caballero. He tenido que soportar más de un latigazo por culpa de ello —

afirmó consciente de lo que estaba diciendo.

La dama tenía razón, él mismo podía constatar ese hecho y saber que la habían maltratado por ello le apenaba.

—Debo marcharme o se preguntarán dónde estoy —dijo apresurándose—.

Necesito que me prometa que cuidará de Catherine.

—Con mi vida si es necesario —dijo sin dudarlo.

David vio como la joven señorita Barston se alejaba junto a la doncella y con paso decidido se encaminó hacia su destino, la casa de su amigo *lord* Henry Sylverston. Estaba esperando en el recibidor de la casa duques cuando Henry

apareció con un semblante serio.

35

—No quiere verte —dijo antes de saludarlo.

—Soy su esposo, me verá quiera ella o no —afirmó. Podía entender su empecinamiento, pero era más importante lo que tenía que decirle que la testarudez de Catherine.

—¿Por qué no le das un par de días para que la situación se apacigüe? Te aseguro que conseguirás más que en el estado en que se encuentra ahora —

contestó Henry tratando de convencer a su amigo.

—No puedo esperar —admitió—, es de suma importancia lo que tengo que

decirle —insistió David.

Henry suspiró, realmente se encontraba entre la espada y la pared porque si David había sido franco la noche anterior, él en su misma situación estaría igualmente desesperado.

—Espera aquí —dijo antes de marcharse a lo que parecía ser una salita de té.

David se acercó lentamente para saber si allí se encontraba Catherine e intentó escuchar tras la puerta disimuladamente.

—Tú has visto como estaba cuando ha vuelto esta mañana, no creo que pueda soportar enfrentarlo Henry. —Se trataba de la voz de *lady*

Emily David escuchó a la duquesa de Sylverston hablar sobre Catherine por lo que supuso que allí no se encontraba así que aprovechó la situación para subir las escaleras y revisar todas las habitaciones. Encontró a la pequeña hija de los Sylverston jugando con una joven doncella y se disculpó por la intromisión.

Cuatro puertas después, dio con una habitación de invitados bien iluminada y la silueta de una mujer observando por la ventana que sin duda era Catherine.

Cuando Catherine escuchó el sonido de la puerta cerrarse se giró rápidamente para observar a David, ¿Que hacía él allí?, ¿Cómo la había encontrado?

David observó a su esposa con unas ojeras visibles, la cara hinchada por el llanto y se maldijo a sí mismo porque su esposa sufriera de aquella forma por culpa de aquellas víboras asesinas.

—Lárgate de aquí —dijo Catherine en un tono de voz despreciativo.

—Sé lo que viste y sé que es difícil de creer, pero te juro que la señorita Barston no es mi amante, ni jamás lo ha sido.

Catherine alzó una ceja de incredulidad.

—Entonces debo pensar que solamente estabais durmiendo desnudos en la misma cama porque sois muy buenos amigos, ¿Es eso? —preguntó con cierta ironía más que evidente.

—Amelia me drogó —confirmó dando respuesta a su pregunta.

—Invéntate otra excusa más creíble —le recriminó—. Sé que erais amantes antes. Tú mismo no negaste en su momento el interés que tenías hacia ella.

—Jamás he tenido interés alguno en la señorita Barston, siempre la he detestado —confirmó. Necesitaba relatarle todo lo que su hermanastra le había contado, hacerla ser consciente del peligro en el que estaba y salvaguardarla hasta alejar esa amenaza de ella.

—No te creo, siempre me has mentido, incluso nuestro matrimonio fue una vil mentira —le reprochó echándoselo en cara.

—No Catherine —se negó—, puede que al principio no lo deseara, es más, deteste la idea de casarme incluso antes de saber quién sería mi prometida, pero eres lo mejor que me ha pasado en mi vida y no voy a

dejar que nada, ni nadie te separe de mí.

—Pues ya no hace falta que hagas nada porque tú mismo te has encargado de ello.

—Catherine —insistió—, te prometo que entre Amelia y yo jamás ha habido nada, pero lo que hizo fue por un motivo.

—Veo que ni tan siquiera niegas la familiaridad que hay entre vosotros, aunque claro, esta mañana salías de su casa o más bien de mi casa —contestó airada—. Pero le puedes decir que se marche, no quiero que esté en mi casa

ni un solo minuto más.

—Amelia no es como tú crees, ella…

—¡Fuera! —gritó sin dejarle terminar de hablar.

—¡Pero tienes que escucharme! —exclamó autoritario.

—Largo de aquí o empezaré a gritar —insistió Catherine.

—¡Grita!, ¡Me da igual! —exclamó exasperado—. ¡Tú eres lo único importante para mí y no pienso permitir que ninguna de esas malnacidas te haga daño!

—¿Que ocurre aquí? —pronunció Henry que había escuchado los gritos y se presenció para ver lo que estaba sucediendo.

—Nada, David ya se marchaba —afirmó Catherine.

—Catherine, prométeme que no saldrás de esta casa —dijo observándola detenidamente—. Henry, solo me iré de aquí si me aseguras que ella no abandonará esta casa hasta que el culpable de los asaltos hacia mi esposa esté detenido.

—No habrá lugar más seguro en toda la ciudad para ella que aquí —contestó Henry intentando mediar entre ambos.

Emily apareció en la habitación de Catherine en cuanto David se hubo marchado.

—¿Debo suponer que no ha ido tan mal cuando no estás llorando?

—preguntó mientras se sentaba en la cama aparatosamente debido a su enorme vientre.

—Ha negado que tenga una aventura con Amelia, dice que ella le drogó, pero al mismo tiempo intentaba defenderla… ¿Qué hombre puede contradecirse de esa forma?

—Resulta extraño —confirmó Emily.

—O la ama —contradijo Catherine.

—Pero Henry me dijo que anoche le confesó que te amaba a ti.

—¿Anoche? —preguntó Catherine girándose para mirar a Emily.

—Vino de madrugada, al parecer te estuvo buscando por toda la ciudad antes de llegar aquí en última instancia. Evidentemente Henry no le dejó despertarte y estuvieron conversando hasta altas horas de la noche —contestó Emily.

—¿No estuvo entonces con Amelia? —preguntó Catherine más para sí misma que para su amiga.

—No, pero sí que le dijo que iría a su casa hoy mismo y si era preciso la arrastraría hasta aquí para confesar delante de ti que le había drogado

—afirmó Emily—. Si soy sincera, no me extrañaría que la señorita Barston hiciera algo así después de todo lo que me has contado sobre ella y su madre.

—¿Y si David ha dicho la verdad? —preguntó Catherine esperanzada. Lo cierto es que cuando entró en la habitación de David él no estaba consciente, ella creyó que dormía plácidamente, pero quizá estaba realmente sujeto a alguna sustancia que lo hacía no poder reaccionar para saber lo que estaba ocurriendo, en cambio Amelia sí que parecía estar esperándola y su voz era demasiado ensayada.

—¿Qué razones crees que pueda tener la señorita Barston para hacer algo así?

—preguntó Emily pensativa.

—¿Hacerme daño como lo ha hecho toda su vida? —contestó Catherine.

—Ella podría ser la más perjudicada si esa situación en la que fue encontrada se hiciera pública. Nadie la querría, jamás se casaría, ni conseguiría un matrimonio ventajoso —contestó contrariada.

—Tal vez solo intenté quedarse con David, siempre ha querido todo cuánto yo tuviera —afirmó Catherine.

—Engañarlo con esa treta no funcionaría. Tal vez con un hombre soltero, pero David está casado y tiene la excusa idónea para negarse a ella —volvió a contradecir Emily.

Catherine llevaba tres días encerrada en la casa de los duques de Sylverston.

Al principio ni tan siquiera había intentado salir puesto que tenía demasiado en lo que pensar desde la conversación que mantuvo con Emily tras la marcha de David. Le había hecho recapacitar y pensar si él podría ser inocente de aquello, lo cierto es que necesitaba hablar con él, pero primero enfrentaría a su hermanastra Amelia y sonsacarle su versión de los hechos, aunque sabía de sobra como se las gastaba Amelia esperaba poder encontrar la verdad o la falsedad en sus palabras. Se vistió adecuadamente para salir, era algo temprano por lo que intuía que *lady* Elisabeth habría salido a dar su habitual caminata como hacía cada mañana para conservar su esbelta figura

—según ella— y sería la oportunidad perfecta para encontrar sola en casa a su hermanastra Amelia.

Salió silenciosamente de su habitación tratando de ocultarse para que nadie la viera y avanzó sigilosamente hacia la escalera de forma precipitada antes de que alguien la viera.

—¿Dónde crees que vas? —exclamó Emily en voz alta.

Catherine se giró para ver a su amiga Emily con su vientre abultado de brazos cruzados al final de la escalera.

—Tengo que salir —dijo sincera—. Debo hablar con Amelia, necesito que saber la verdad de lo que sucedió o me desquiciaré aquí encerrada.

—Sabes que es peligroso Catherine, no te dejaré salir. Si te ocurre algo no me lo perdonaré jamás —contestó preocupada.

—No me pasará nada —respondió tratando de convencer a su amiga—.

Nadie sabe que estoy aquí, utilizaré tu carruaje y volveré en seguida. Apenas tardaré una hora en regresar.

—No, menos aún si Henry no está aquí para poder acompañarte —negó rotundamente.

—Por favor, Emily —suplicó—. No tardaré, tengo que aprovechar que *lady* Elisabeth estará ausente para enfrentar a solas a mi hermanastra.

Catherine observó como Emily dudaba y se aprovechó de ello.

—Solo serán unos instantes y enseguida volveré. Te lo prometo —insistió con voz apenada.

—Entiendo tu dilema Catherine, créeme que lo entiendo, pero si te ocurriera algo yo…

—Sé que me aprecias y te estoy eternamente agradecida, pero esto es algo que debo de hacer por mí misma. Se trata de mi felicidad, de mi futuro.

Emily suspiró y Catherine supo que había tocado el corazón generoso de Emily lleno de bondad, por lo que ella terminaría accediendo a su petición.

—Está bien, pero yo te acompañaré —afirmó seriamente.

—¿Qué? —exclamó Catherine sorprendida.

—Solo si te acompaño podré estar tranquila y en mi situación no querrás que me ocurra algo, ¿no?

—No, por supuesto que no —negó Catherine—. No puedes acompañarme.

—¿Por qué no? Tú misma dijiste que sería solo un momento y nadie te vería, que en mi carruaje nadie podría reconocerte.

—Pero yo no puedo... si te pasara algo *lord* Sylverston me mataría y yo no me lo perdonaría.

—Solo saldrás de aquí conmigo, Catherine —advirtió desafiándola—. Así que tu decides; o decides ir en mi compañía o te quedarás aquí.

Catherine valoró la situación, realmente no tendría porqué correr peligro y Emily se podría quedar en el carruaje cuando llegaran a su casa de Kensington. No tendría de qué preocuparse puesto que ella estaría a salvo en su propio carruaje, regresarían enseguida y ni tan siquiera el duque de Sylverston sabría de su salida a menos que Emily optara por contárselo cosa que dudaba que hiciera si no quería

ganarse una reprimenda de su esposo.

—Está bien, démonos prisa —contestó Catherine apremiándola para ponerse en marcha cuanto antes.

Llegaron en cuestión de unos minutos a su casa en Kensington donde residían *lady* Elisabeth y su hermanastra, algo que iba a cambiar inmediatamente porque no pensaba tolerar su presencia ni un solo día más.

—Espérame aquí. No tardaré —advirtió Catherine a su amiga que volvió a

desafiarla con la mirada.

—De eso ni hablar. No voy a dejarte sola en esa casa enfrentándote a esas…

—Las palabras no salían de su garganta—. ¿Qué ocurriría si *lady* Elisabeth está presente?, ¿O regresa pronto? Prefiero asegurarme de que estés bien, así que te acompañaré.

Catherine supo que Emily era aún más tozuda que ella misma —si es que eso era posible—, así que como debía darse prisa aceptó que la acompañara de mala gana. Tal vez incluso temieran alzar la voz debido a las consecuencias que el esposo de la duquesa de Sylverston podría tener sobre ellas si a su querida esposa le ocurría algo. Llamó a la puerta y una joven doncella abrió enseguida, si mal no recordaba su nombre era Ginger, la misma que había sido testigo de su desastroso matrimonio cuándo vivía allí.

—Mi *lady* —saludó al reconocerla.

—¿Se encuentra *lady* Elisabeth en casa? —preguntó Catherine con precaución.

—No, *lady* Elisabeth salió a dar un paseo como hace cada mañana mi *lady*, pero la señorita Barston si se encuentra, ¿Desea que avise de su llegada?

—Si, dígale que la estaré esperando en el comedor —contestó mientras entraba sin quitarse los guantes, ni el sombrero y se dirigía a la sala mencionada que tan bien conocía dónde se encontraba seguida por Emily.

—Tu viviste aquí, ¿Cierto? —preguntó Emily mientras esperaban.

—Si —afirmó—, aunque realmente lo hice solo unos días, por lo que apenas disfruté de esta casa. No sabría decirte si resulta cómoda o no —contestó algo nerviosa sabiendo que tarde o temprano su hermanastra aparecería por esa

puerta y debía ser fuerte para enfrentarse a ella.

—Desde luego la mansión Wells es mucho más grande que esta pequeña casita —respondió Emily mirando a su alrededor observando detenidamente el salón principal que debía ser una cuarta parte del tamaño del salón de su propia casa.

—¿Catherine?, ¿Qué haces aquí? —exclamó Amelia nada más verlas.

Catherine y Emily se giraron tras escuchar la voz de Amelia que lucía con una tez más pálida de lo normal y sus cabellos estaban sueltos y desordenados, parecía que aún no había podido arreglarse adecuadamente.

Jamás en su vida Catherine había visto a su hermanastra lucir con un aspecto tan demacrado ¿A qué se debería?

—Te advertí que te marcharas de esta casa, veo que has decidido no seguir mis indicaciones —contestó altivamente Catherine.

—Le advertí a *lord* Clayton que debías esconderte, es peligroso que estés aquí —dijo en un tono de voz bajo mientras cerraba las puertas tras de sí.

Cuando Amelia se giró, tanto ella como Emily pudieron apreciar leves manchas de lo que se podía intuir como sangre en la espalda, atravesando parte de su vestido. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Emily miró entonces a Catherine que igualmente le devolvió la mirada sin comprender absolutamente nada, pero ambas estaban completamente estupefactas.

—Debéis marcharos antes de que ella descubra que estáis aquí o de lo contrario… —comenzó a decir.

— *Lady* Elisabeth no está en casa —terció Emily.

—No hablo de *lady* Elisabeth —respondió mirando hacia los lados asustada.

—¿Entonces a quién os referís? —contestó Emily.

Catherine observaba a Amelia aturdida y además, ¿Dónde estaba aquella voz chillona y repelente que siempre tenía.

Unos golpes en la puerta hicieron que las tres dieran un pequeño salto por la tensión acumulada.

—Mi señora, traigo el té —pronunció la joven doncella, se trataba de Ginger que entró en el salón para depositar la bandeja sobre la mesa auxiliar.

—Yo he pedido que nos sirvieran el té, Ginger. Además, las damas ya se marchaban —respondió en su altivez habitual que Catherine reconoció enseguida.

—Pero doña Hortensia me ha dicho que lo sirva —respondió la doncella confundida.

—Está bien —respondió Amelia dejando que la criada sirviera el té ofreciéndoles una taza a cada una de ellas—. No debiste haber venido Catherine… solo espero que no nos hayas condenado a las tres.

En ese momento Catherine observó como su hermanastra se levantó del asiento y tiró el contenido de las tazas al suelo para evitar que lo bebieran.

—¡Zorra ingrata! —exclamó una voz que se abalanzó sobre Amelia justo en el momento que dijo aquello emergiendo como una sombra negra atravesando el salón.

—¡Corred!, ¡Deprisa, corred y no miréis atrás! —gritó Amelia antes de que un golpe seco en la mejilla la hiciera tambalear y caer al suelo.

36

Emily asustada retrocedió sin perder un segundo la escena de aquella horrible mujer de negro que se había abalanzado sobre la señorita Barston propinándole una bofetada y ahora las observaba con una especie de odio y malicia inexplicable.

—Nadie saldrá de aquí —afirmó aquella mujer con una voz autoritaria inapropiada para su estatus social.

—Soy la duquesa de Lennox y exijo una explicación —habló Catherine

colocándose delante de Emily para protegerla. No entendía con qué derechos la sirvienta personal de *lady* Elisabeth pegaba a Amelia sin miramientos.

—Se perfectamente quien eres mocosa mal nacida. Por tu culpa mi hija no tiene lo que le corresponde.

Emily dejó escapar un gritito y Catherine le cogió la mano para calmarla.

Solo esperaba que el bebe estuviera bien, sacaría a Emily del lio en la que la había metido por su culpa, aunque fuese lo último que hiciera.

—No sé quién es su hija, ni tampoco me interesa saberlo, pero ahora mismo la quiero fuera de mi casa —advirtió en el tono más autoritario que pudo conseguir decir pese a que debía admitir para sí misma que por sus venas corría un miedo atroz. En los ojos de aquella mujer se

podía apreciar el matiz carente de sentido común y de honorabilidad por el que no se podía esperar que les aguardara ningún tipo de respeto.

—Usted no me da órdenes, no es nadie —admitió—. Debí haberla matado hace tiempo como maté a vuestra madre en vez de dejarme convencer para dejarla con vida.

Catherine tembló en aquellos momentos ¿Su madre fue asesinada? No podía ser…

—Madre… déjelas marchar por favor —pronunció la voz débil de Amelia que hizo que Catherine abriera aún más los ojos de la impresión.

—Tú cállate, estúpida —contestó de mal agrado—. Por tu culpa no la violaron y ahora sería una mujer repudiada por su marido ante tal agravio,

¡Podrías haberlo tenido todo!, ¡Todo! Y decidiste ser una pobre inútil enviando esa maldita nota anónima para advertirla creyendo que no iba a descubrirte… —añadió con evidente odio en sus palabras—. Y en cuanto a

vosotras dos, lamento comunicarles que tendrán un fatídico accidente de carruaje hoy mismo.

—Nadie lo creerá —contestó Emily reaccionando ante sus palabras—. Todos saben que Catherine sufrió dos asaltos, lo investigarán y sabrán que usted está detrás de todo esto.

—Ocurren accidentes todos los días. No encontrarán pruebas para incriminarme, jamás lo han hecho.

—No conoce a mi marido —advirtió Emily—. Si nos deja irnos le aseguro que seremos clementes con usted.

—¡Usted no me da órdenes, nadie lo hará! —gritó ida de furia.

—¿Pero qué tenemos aquí? —La inconfundible voz de *lady* Elisabeth se escuchó tras ellas—. ¿Dónde están los modales que te enseñé, perra inútil? Al final no me has servido para nada, solo para quedarte con toda la fortuna de tu adorable padre. Todo lo que hice… todos esos años soportando a ese asqueroso hombre para que después no me dejase absolutamente nada… pero eso va a cambiar. Cuando estés muerta, Amelia se casará con ese petimetre de Lennox y el dinero

volverá a nosotras.

— *Lord* Clayton jamás se casaría con Amelia —contestó Catherine intentando tener seguridad en sus palabras.

—Eso ya lo veremos —respondió *lady* Elisabeth con voz fría y autoritaria—.

Mátalas Hortensia y asegúrate de que parezca un accidente.

Catherine aún tenía la mano entrelazada con la de Emily que la apretaba fuerte como si con ello se fortaleciera. Vio el miedo en los ojos de su amiga y su mano en el vientre como si con ello tratara de transmitir seguridad a la

pequeña vida que se gestaba en su interior.

—Su plan no funcionará —alegó de pronto Catherine—. Mi padre fue muy estricto con el testamento y dejó cláusulas que impiden heredar su fortuna.

—¿Qué quieres decir? —preguntó levantando una ceja.

—Estableció una serie condiciones y el dinero no podrá tocarse salvo que se cumplan absolutamente todas ellas —afirmó sincera.

—Eso no importa, cuando mueras tu esposo heredará toda la riqueza del vizconde de Grafton y esas condiciones de las que hablas se anularán.

—No. El único en poder heredar será un hijo legítimo de *lord* Clayton y mío, de lo contrario toda la fortuna irá a parar a un orfanato elegido por mi propio padre.

—No puede ser… ¡Mientes! —gritó fuera de sí.

—Puede averiguarlo si quiere —contestó altiva—. Sabe que el abogado se reunió a solas con nosotros tras la lectura para tratar algo en privado, era para advertirnos de las condiciones. Hasta que no tenga un hijo legítimo la herencia permanecerá intocable y si no llega a suceder en un plazo de tres años desde la lectura jamás tocaremos su fortuna.

—No podemos matarla si dice la verdad, ¡Esa herencia es de Amelia! —gritó la criada de *lady* Elisabeth que le recriminaba a ésta mientras parecía pensar en las opciones que tenía.

—Tendremos que procurar entonces que te embaraces y ha de ser pronto.

—Su sonrisa fue cínica y malvada—. Hortensia, llévalas a la casa del lago, ya me ocuparé de encontrar a varios hombres que estarán más que dispuestos a dejarla en cinta.

Catherine tragó en seco, el nudo que en aquellos momentos tenía en la garganta no la dejaba hacerlo con normalidad. La maldad de aquella mujer no tenía límites.

—No hará falta, *lady* Catherine ya está embarazada —dijo en ese momento Emily cogiendo con fuerza la mano de su amiga haciendo que Catherine no rebatiera sus palabras.

—Menos problemas entonces y en cuanto a ti… —advirtió *lady* Elisabeth mirando a la duquesa de Sylverston fijamente—. Supongo que te dejaremos con vida por si tu hijo nos fuese de utilidad.

—No dejaré que toque a mi hijo, vieja arpía y…. —su voz se apagó mientras se desplomaba al suelo.

—¡Emily!, ¡Emily, no! —gritó Catherine—. ¿Qué le ha hecho?

—Solo duerme, como lo harás tú ahora —contestó Hortensia justo antes de colocarle un paño en la nariz a Catherine que pese a luchar con todas sus fuerzas se vio abducida por la más negra oscuridad.

Cuando Catherine abrió los ojos intentó adaptarlos a la penumbra del lugar en el que se encontraba. Estaba tumbada sobre algo duro y frio que tras tocarlo, comprobó que se trataba del suelo de piedra, se giró a su alrededor y vio a Emily que aún estaba inconsciente y justo al lado identificó a su hermanastra Amelia intentando abrir la puerta de la habitación en la que se encontraban encerradas.

—¿Amelia? —gimió. Su tono de voz era algo ronco aún debido a su somnolencia.

—Tenemos que escapar —dijo volviéndose hacia ella—. Puede que os dejen

vivas para conseguir su objetivo, pero nada os librará de los latigazos de madre.

—¿Hortensia es tu madre? —preguntó Catherine con tacto.

—Si —afirmó sin ningún pudor.

—¿Por qué no me lo dijiste?, ¿Por qué nunca me contaste lo que te estaban haciendo? —exclamó intentando incorporarse.

—¿Revelar que *lady* Elisabeth era una impostora?, ¿Decir que soy la hija bastarda de un noble cuyo nombre desconozco y de una simple sirvienta?

—contestó con cierta ironía—. Lo intenté, pero madre siempre tenía oídos en todas partes y se aseguró de que jamás pensara en hacerlo porque las consecuencias serían mucho peor.

—Tu espalda… está sangrando —advirtió viendo las manchas del vestido que ya habían traspasado del todo el tejido.

—Descubrió que te envié esa nota anónima, no sé cómo lo hizo, pero lo averiguó —afirmó desistiendo de su empeño en abrir aquella puerta cerrada con llave.

—¿Por qué me la enviaste? Debiste venir en persona a decírmelo en lugar de enviarme esa simple nota —contestó creyendo que de esa forma las cosas podrían haber sido distintas.

—No me habrías creído. Además, no podía correr ese riesgo si me atrevía a visitarte —dijo acercándose a ella—. Catherine, jamás hubo algo entre *lord* Clayton y yo, le drogué para que nos encontraras en su lecho y así cumplieras tu amenaza de echarnos de casa porque ellas iban a hacerte daño, las escuché planificando tu asesinato —confesó —. Le advertí al duque que te mantuviera

a salvo, que te alejara de ellas hasta que consiguiera las pruebas que delataban sus crímenes, entre ellos… la muerte de tus padres.

—¡Dios mío! —exclamó llevándose una mano a sus labios atónita—. David me lo dijo, pero estaba tan furiosa que no le creí, ni tan siquiera hice por escucharlo —contestó ahora arrepentida—. Debí haber confiado en él, si lo hubiera hecho nada de esto habría pasado y no habría puesto en peligro a Emily y a su bebé.

—¿Sabe alguien que vinisteis? Cuando os echen en falta os buscarán y *lord* Clayton sabe lo ocurrido, estoy segura de que sabrá quienes son las culpables de vuestra desaparición. No cesará en buscarte porque él te ama Catherine, te ama de verdad.

Catherine miró a su hermanastra y por primera vez no la vio como la

dama consentida, cruel y despiadada que siempre había pensado que era, había estado tan ciega todo este tiempo, si tan solo se hubiera dado cuenta de la realidad del infierno que Amelia vivía en su propia casa…

—Todo lo que hiciste, todas las cosas que me decías para hacerme daño… —

dijo Catherine.

—Madre me obligaba a hacerlo… no espero que me perdones Catherine, puesto que fui demasiado cobarde para asumir las consecuencias de mi castigo si no lo hacía, en un acto de egoísmo y supervivencia, preferí que fueras tú la desdichada en lugar de enfrentarme a madre y dejar que me lastimara.

—Viviste un infierno en mi propia casa y jamás lo supe —afirmó a pesar de saberlo.

—Tú no tienes la culpa, fuiste otra víctima más de ellas, como lo fue también

tu padre.

—¿Por qué?, ¿Por qué le asesinaron? —exclamó con dolor.

—No les bastó con separarlo de ti, que cuando el vizconde descubrió que *lady* Elisabeth era la culpable de tu enfermedad la enfrentó y lo hizo enfermar.

—¡Dios mío! —gritó Catherine que pese a sospecharlo tanto tiempo ahora que se lo confirmaba su hermanastra no sabía cómo asimilarlo.

—¿Cómo lo descubrió mi padre?, ¿Cómo lo supo? —preguntó ávida por obtener respuestas.

—Lo desconozco —contestó apesadumbrada—. Yo le tenía estima al vizconde, él siempre me trató bien y lamento no haber podido hacer nada para salvarlo —confesó triste.

—Tú no tienes la culpa Amelia, cuando salgamos de aquí me aseguraré de que jamás vuelvan a ponerte la mano encima —aseguró siendo consciente de sus palabras.

—¡Oh Catherine! —exclamó mientras las lágrimas de Amelia saltaron de sus ojos y se abrazó sobre Catherine como si estuviera necesitada

de ese abrazo desde hace demasiado tiempo. ¡He deseado tantas veces poder tenerte como una verdadera hermana! —exclamó entre sollozos.

—Y la tendrás… —afirmó abrazándola por primera vez con cariño.

—¿Cómo que no están en casa? —vociferó de tal manera el duque de Sylverston que su voz resonó en toda la casa.

—Mi *lord*, *lady* Emily salió junto a la duquesa de Lennox esta mañana sin

decir a donde se dirigían y el carruaje aún no ha regresado.

—¡Arg! —gruñó Henry con furia contenida—. ¡Como le pase algo!, ¡Juro que si…! —empezó a vociferar, pero evito soltar una sarta de improperios que no servirían de nada puesto que conociendo como conocía a su mujer, su mayordomo no habría podido evitar su salida, aunque sí podría haberlo avisado a tiempo.

—¡Haz que ensillen mi caballo inmediatamente! —gritó mientras se dirigía hacia el salón, necesitaba tomarse una copa de coñac para tratar de calmar la ansiedad que sentía.

¿En qué demonios estaba pensando Emily para acompañar a Catherine? Y

peor aún, ¡En qué infiernos pensaba la duquesa de Lennox al exponerse de esa forma! Cómo le hubiera pasado algo a Emily... no respondía de sus actos, es más, cómo le hubieran tocado un solo pelo de su cabeza; mataría a quien se pusiera por delante sin tener miramiento alguno.

—Ya está listo mi *lord* —Henry se apresuró a tomar el resto de su copa de un solo trago y cogió su capa al mismo tiempo que salía por la puerta en dirección a la caballeriza donde su caballo estaría ensillado y preparado para salir.

Cabalgó a toda prisa hacia la mansión Wells donde se alojaba el duque de Lennox pensando en cómo diablos se le había podido ocurrir salir a su esposa sabiendo el peligro que acechaba a la *lady* Catherine, ¿Es qué esas damas no tenían ningún sentido de la prevención? Aporreó la puerta bruscamente, lo que menos tenía ahora era sentido del decoro o del deber estando desaparecida su esposa, si se trataba de Emily, perdía todo razonamiento coherente, más aún en el estado de gestación avanzado en el que se encontraba precisamente ahora.

En cuánto el mayordomo abrió la puerta entró si tan siquiera anunciarse.

—Estoy buscando a su excelencia *lord* Clayton —dijo con paso decidido hacia el conocido despacho de David.

—Está... en su despacho mi *lord* —escuchó Henry la voz del mayordomo que terminaba justo al mismo tiempo en que él abría la puerta del despacho de David y le encontraba perdido entre papeles.

—Han desaparecido —afirmó captando toda la atención *lord* Clayton.

—¿Qué? —exclamó este alzándose de pronto.

—Salieron esta mañana a primera hora y cuando volví hace un momento descubrí que aún no habían regresado —contestó tratando de ser cauto.

—¿Llevan todo el día fuera?, ¡Demonios Henry!, ¡Me aseguraste que estaría a salvo en tu casa! —le incriminó David.

—¡No me vengas con acusaciones David, porque mi esposa también está desaparecida! —gritó en el mismo tono.

—¿Has preguntado en casa de los señores Benedict? Tal vez estén allí, quizá fueron porque…

—¡Como le haya pasado algo a mi esposa te juro que…! —vociferó Henry…

no era capaz ni de terminar la frase, se mesó el cabello al tiempo que daba zancadas de un lado a otro—. No les ha pasado nada. No puede haberle pasado nada —susurró más para convencerse a sí mismo.

—Estarán bien —afirmó David para tratar de consolar a su amigo y quizá, también a él mismo.

Visitaron la casa de los señores Benedict donde Julia admitió que no tenía

noticias de sus amigas desde hacía varios días atrás cuando las visitó por última vez. Robert se ofreció para acudir a Lynetś donde cabía la posibilidad de que estuvieran las damas solo por precaución.

En casa de los señores Brandon obtuvieron la misma respuesta por parte de Susan y sus padres que corroboraron no saber nada de las damas.

—¿Qué motivos tuvieron para salir?, ¿Qué razón las pudo llevar a salir?

—preguntó Henry desesperado pensando en que su esposa podría haber sido asaltada por unos malhechores sin escrúpulos y ahora mismo estaría desprotegida, vulnerable y a saber qué clase de cosas le habrían podido hacer... solo de pensarlo hacía que su estómago se revolviera.

—Creo que sé dónde pudo ir —dijo David mientras espoleaba su caballo y Henry le seguía de cerca.

David llamó a la puerta de su antigua casa, pero nadie abrió. Eso hizo que se extrañara, puesto que era ilógico que las damas de la casa no estuvieran a esas horas y menos aún, el servicio que aún dado el caso de que se hubieran ido permanecería en el lugar. Forzó la puerta y ambos entraron en la casa que permanecía completamente a oscuras.

—¿Hola? —preguntó David alzando la voz.

Henry se adentró y encendió un candil para iluminar el estrecho recibidor.

—¿Se han ido? —preguntó *lord* Sylverston extrañado.

David no sabía que pensar ¿Podría haber cumplido Catherine su amenaza de echarlas de su casa de forma que lo habrían aceptado de buen agrado y se habrían ido? Por alguna razón lo dudaba.

—¡Cielo santo! —exclamó alzando Henry la voz.

David acudió enseguida al lado de donde se encontraba el duque de Sylverston y pudo visualizar varios cuerpos tendidos en el suelo iluminados por la leve luz del candil que su amigo tenía en la mano. Estaban inertes, como si estuvieran inconscientes o sin vida, pudo reconocer a simple vista desde aquella distancia a la doncella que había acompañado a la señorita Barston y a su antiguo mayordomo, pero había dos cuerpos más. Con cierta expectación y un temblor que le recorría el cuerpo, se acercó junto a Henry hasta que comprobaron que no se trataba de ninguna de sus esposas.

—Es el cochero de Emily —afirmó Henry mientras se agachaba y le intentaba tomar el pulso para saber si estaban vivos, pero al tocar su fría piel dedujo que no era así.

—Han estado aquí, de eso ya no hay duda —asimiló David.

—Si han matado a todo el personal de la casa y a mi cochero es porque indudablemente no quieren dejar testigos—. Hay que avisar a las autoridades

—dijo Henry—. Si no están aquí es porque quieren algo de ellas y deben estar con vida —suspiró esperanzado.

—Pero ¿Qué? —preguntó David intentando analizar todo lo que sabía para averiguar la razón.

—Eso es lo de menos, lo único que nos puede importar es que sea el tiempo suficiente para lograr encontrarlas.

Lady Elisabeth parecía que se había desvanecido, incluso fueron hasta la casa de los Hamptons en la que obviamente no la habían encontrado, tampoco había ni rastro de la señorita Barston y la desesperación en el rostro de *lord* Sylverston y *lord* Clayton empezaba a hacer mella por la falta de sueño, aunque sobre todo de preocupación. No iban a descansar hasta encontrarlas y

que ellas regresaran sanas y salvas a casa.

37

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Catherine a su

hermanastra.

—Si, es una casa antigua que está a tres horas de la ciudad. *Lady* Elisabeth y madre guardan aquí sus plantas y pociones. Aquí es donde cultivan todas las especias poco comunes que necesitan.

—Pero ¿Alguien sabe que existe?, ¿Pueden encontrarnos? —preguntó Emily que hacía unos instantes se había despertado y no dejaba de sujetarse el

vientre para tratar de calmarse.

—No, nadie conoce su existencia. Era de mis abuelos, la casa donde madre se crio de pequeña —afirmó compungida.

—No nos encontrarán —dijo Emily abatida—. Mi hijo nacerá entre estas mugres paredes sin ver a su padre, ¡No! —exclamó no pudiendo evitar derramar las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos—. Esta vez tenía que ser distinto, Henry tendría que ver nacer a su hijo... no puede ser así, tenemos que salir, él tiene que…

—Csshh —siseó Catherine al escuchar pasos que se acercaban y oyeron una llave que giraba en la puerta para después ver como ésta se abría y aparecía la verdadera madre de Amelia que con su rostro serio no parecía presagiar nada bueno.

—¡Os tiene que durar hasta mañana! —gritó mientras les lanzaba una onza de pan al suelo y dejaba una jarra de barro en el suelo.

—¡Madre!, ¡Por favor madre, déjalas irse! —gritó Amelia acercándose a la puerta en un tono de súplica.

—¡Tu cállate!, ¡Malnacida! —gritó Hortensia atestándole un guantazo provocando que Amelia se cayera al suelo de bruces—. ¡Todo esto es por tu culpa! —habló señalándola con el dedo—. Si hubieras hecho las cosas como tenía planeadas para ti, ¡Nada de esto habría pasado! —volvió a gritar.

—¡Yo no quería nada de esto!, ¡No era mi deseo…

—¡Cállate! —Su voz era atronadora y alzó la mano para volver a propinarle otro golpe.

—¡No! —gritó Catherine metiéndose por medio y llamando su atención.

—¡Tú no te entrometas o te llevarás sus latigazos! —Le recriminó haciendo que a Catherine se encogiera el corazón por temor a Amelia.

Vio como aquella mujer se acercaba a Amelia y la cogía de sus cabellos mientras estiraba de ellos para sacarla a rastras del lugar. Catherine no pudo contenerse y se abalanzó para evitarlo, pero aquella mujer le propinó un puñetazo en la mejilla haciendo que se tambaleara. En ese momento escuchó los gritos de Emily de fondo, los quejidos de Amelia, pero solo podía notar lo frio que estaba el suelo y la pesadez de su cuerpo en aquellos momentos.

—¡Después vendré por ti!, Así aprenderás a saber dónde estás y quién debes temer —dijo presagiando su amenaza a pesar de no ser consciente si la estaría escuchando o no debido al golpe.

—Catherine…. Catherine… —La dulce voz de Emily hizo que Catherine sintiera que estaba despierta a pesar del dolor.

—Estoy bien —mintió, pero en el estado en el que Emily se encontraba preocuparla no era beneficioso.

—¿Qué vamos a hacer? Esa vieja loca nos matará y nos torturará —exclamó atemorizada.

—Tranquila. Vamos a salir de aquí —dijo convenciéndose más a sí misma que otra cosa.

—¿Y cómo? En mi estado no soy de gran ayuda y esa bruja nos encierra con llave.

Unos golpes acompañados de unos gritos hicieron que Catherine se callara aquello que iba a decir y agarrara fuertemente a Emily de la mano.

—No sé cómo lo haré, pero te juro que esta noche te sacaré de aquí Emily

—afirmó Catherine. Era su culpa, por su entera culpa Emily se había metido en aquella historia y la sacaría sana y salva junto a su bebe a como diera lugar.

Cuando Amelia volvió apenas podía caminar, en cuanto aquella mujer la soltó para cerrar la puerta, cayó de rodillas al suelo y Catherine fue corriendo para sostenerla.

—¿Qué clase de madre le hace algo así a su propia hija? —dijo indignada.

Ella no era madre, pero desde luego no era amor lo que esa mujer sentía por su hija.

—Solo lo hace para corregir mis malos hábitos —contestó Amelia.

—Ni se te ocurra defenderla —le advirtió Catherine a su hermanastra—. Su trato no tiene defensa alguna, ni perdón Amelia. Es completamente injustificable.

—Se me pasará en unos días… —respondió restándole importancia—, esta vez no ha echado sal en la herida —añadió con un hilito de voz.

—¡Dios santo! —exclamó Emily consternada con lágrimas en sus ojos por la crueldad de la situación.

—Esta noche nos iremos, ¿Me oyes? Necesito que descanses porque en unas horas escaparemos de aquí.

—No hay escapatoria Catherine, no con madre estando aquí.

—La habrá. Créeme que la habrá —dijo acariciándole el cabello mientras ideaba el plan que se le acababa de ocurrir para llevar acabo.

El señor Richard Hayden llegó inmediatamente hasta donde se encontraba su

amigo *lord* Clayton. Le habían llegado rumores sobre la posible desaparición de la esposa de su amigo y la duquesa de Sylverston, por lo que se implicó en la búsqueda para ayudarles.

—He conseguido cierta información —afirmó a los presentes—. No es muy fiable, pero al menos puede ser una pista.

—¡Vamos, habla! —exclamó *lord* Sylverston casi desesperado.

—Uno de mis contactos me avisó de que el carruaje de la duquesa de Sylverston se vendía en el mercado negro, así que acudí para comprobarlo.

—¿Era el carruaje de mi esposa? —preguntó impaciente.

—Si, lo era, llevaba incluso sus iniciales —contestó serio—. Pero eso no es lo importante, averigüe dónde lo habían encontrado y al parecer estaba abandonado a dos horas de aquí en el camino de Riddano Creals.

—¿Crees que huyeron en el carruaje con ellas? —preguntó *lord* Clayton a su amigo Richard.

—Es lo que no he podido averiguar porque lo encontraron ayer por la tarde.

—Debieron huir inmediatamente o no les habría dado tiempo de deshacerse del carruaje, así que lo más probable es que tomaran ese camino —terció David meditando la situación.

—Registraremos cada casa del camino si hace falta, nos lleve a dónde nos lleve —aseguró Henry.

—Tendrán que estar en un lugar apartado, donde nadie las pueda ver ni tampoco localizar si piden auxilio —mencionó David—. Por lo que han de

estar en un lugar lo suficientemente apartado del camino.

—Pongámonos en marcha entonces, no hay tiempo que perder —concluyó *lord* Sylverston mientras le daba una palmada en el hombro a Richard que pareció agradarle haber podido servir de ayuda.

—Reuniré una partida de caballeros para que os den alcance lo antes posible

—dijo antes de que partieran rumbo a Riddano Creals

—¿Lo tenéis claro? —preguntó Catherine para asegurarse.

—Lo sospechará —terció Amelia en voz baja—. Ella siempre se lo sabe todo, es como si tuviera un sentido especial para detectarlo.

—No —aseguró—- Saldrá bien, confía en mi —respondió mientras apretaba su mano.

—Está bien —respondió Amelia abatida pero aun así intentó sonreír.

—Emily, colócate junto a la puerta y tu Amelia túmbate como hemos dicho

—dijo al tiempo que ambas se posicionan en sus puestos.

—Que empiece el espectáculo —susurró mientras le guiñaba un ojo a ambas para tratar de darles ánimos—. ¡Amelia despierta! —Comenzó a gritar Catherine junto a Emily que gritaba como una poseída junto a la puerta—.

¡No!, ¡Despierta por favor!

Tal como estaba previsto la puerta se abrió al poco tiempo de sus fingidos gritos y la escena que representaban para doña Hortensia —la madre de Amelia—, fue la del cuerpo inerte de Amelia en los brazos de Catherine.

—¡La has matado! —gritó con furia Catherine haciendo que el semblante de aquella mujer cambiara por unos instantes, aunque incrédula se agachó para

comprobarlo.

—No... —susurró al notar como no tenía pulso.

En ese momento Catherine empujó a doña Hortensia que cayó al suelo ante el golpe inesperado. Emily ya se había escapado por la puerta y Catherine había incorporado a Amelia mientras corrían.

—¡Ah! —gritó Amelia haciendo que Catherine se volviera en su ayuda.

Emily buscó a su alrededor algo para utilizar como arma, pero no había nada punzante a la vista.

—¡No irás a ninguna parte! —exclamó aquella mujer que se había aferrado con las manos a la pierna de Amelia.

—¡Suéltala o lo tiraré! —gritó amenazante Catherine con un candil de aceite en la mano.

—¡No serías capaz de hacerlo! —contestó doña Hortensia con una risa malvada en su rostro de autosuficiencia.

—No tiene idea de lo capaz que soy por mi hijo —aseguró antes de soltar el candil sobre ella, provocando que estallara en mil pedazos y el aceite se esparciera por los ropajes de la madre de Amelia, provocando que el fuego se propagara rápidamente por las prendas que llevaba puestas.

Los gritos de la mujer resultaban aterradores, pero Catherine agarró con fuerza la cintura de su hermanastra y estiró de ella hasta que pudo verse libre de las garras de su madre.

—Tenemos que irnos, antes de que *lady* Elisabeth venga y se de cuenta de que hemos escapado —aseguró Catherine fríamente, sin pensar en que

estaban dejando a una mujer en una habitación ardiendo viva por más cruel que fuera el hecho. Se lo merecía o eso quería pensar para calmar su buen juicio.

—La puerta está atrancada —advirtió Emily.

—¿Cómo que está atrancada? —preguntó con desesperación Catherine.

—¡Ay! —exclamó Emily en respuesta colocándose una mano en el vientre.

—¡No! —gritó Catherine al verla. Lo que le faltaba, Amelia sin apenas poder caminar, encerradas en aquella casa sin salida comenzando a incendiarse y Emily a punto de dar a luz… no podía ponerse ahora de parto…

¡Simplemente no podía!

—He roto aguas —afirmó cerrando los ojos.

38

—No voy a darme por vencido Henry —dijo David mientras

salían de otra casa donde se habían asegurado de que no estaban sus esposas.

—Ni yo, daría hasta el último de mis alientos antes de dejar de buscarla

—contestó este volviendo a montar en su caballo.

Llevaban casi cinco horas en aquel camino registrando cada casa que

encontraban en alguno de los desvíos. La búsqueda era frustrante por no dar resultados, pero aquello era mejor que quedarse a la espera de noticias que nunca llegarían.

David solo esperaba que Catherine estuviera bien, ¡Por el amor de Dios!, ¡No le podía haber ocurrido nada! Su vida sin ella carecía de sentido, ella lo era todo para él y bastante miedo había pasado sabiendo que corría peligro que ahora debía sumar la incertidumbre por saber qué daño le podrían haber causado. Tenía que encontrarla, su desesperación no podía ser mayor. Debía encontrarla incluso por su propio bien porque sin ella estaba seguro de que moriría.

—¿Es mi imaginación o allí hay una columna de humo? —exclamó David al ver a lo lejos detrás de unos grandes árboles lo que parecía

un denso humo negro.

—Yo también la veo, eso indica que debe de haber una casa o refugio detrás de aquellos árboles —aseguró Henry mientras se dirigían hacia ella.

Catherine trató de calmarse sin obtener resultado alguno, pero aparentemente debía estarlo para tratar de que su amiga no entrara en pánico absoluto.

—Bien —sentenció mientras dejaba a Amelia sobre una de las pocas sillas que había en aquella casa—. Calmémonos —dijo en realidad para calmarse ella, pero mirando a Emily. No podía ocurrir nada peor, ¿No? Sabía que sí; la inminente llegada de *lady* Elisabeth cuya incertidumbre porque apareciera le hacía estar así de nerviosa.

—¡Duele!, ¡Maldita sea, duele! —gritó Emily que se dejó apoyar en la mesa.

—Respira, tu céntrate en respirar —contestó Catherine.

El humo de la habitación donde *lady* Emily había prendido fuego a doña Hortensia se adentraba en la casa, así que Catherine corrió para cerrar la puerta. El fuego había comenzado a prenderse por toda la habitación y comenzó a abrir las ventanas para que el humo no las asfixiara.

—¡Maldita sea!, ¿Dónde hay agua? —exclamó mientras tosía y se rasgaba el vestido para liárselo en la cabeza tratando de no respirar humo y haciendo lo mismo con Amelia y Emily.

—El pozo está fuera —susurró Amelia intentando incorporarse.

—¡Tiene que haber una llave!, ¡Eso es! —exclamó ahora encontrando soluciones. Pero de haberla la tendría esa bruja que ardía en aquella habitación a la que no podría entrar, aunque era la única alternativa y tenía que hacerlo.

—Yo la cogeré —respondió Amelia como si le hubiera leído el pensamiento.

—¡No! Es demasiado peligroso —respondió Catherine.

—Si no lo hago, moriremos todas —aseguró firme Amelia a pesar de estar malherida.

En eso Catherine tenía que darle la razón, si no cogían las llaves morirían las tres, pero aceptar que Amelia lo hiciera y más aún en el estado en que se encontraba, simplemente no podía permitirlo.

—No puedo dejar que vayas, estás malherida… iré yo —contradijo a Amelia.

—Catherine no —se negó rotundamente Amelia—. Emily te necesita, y yo no seré útil en mi estado si a ti te pasa algo. Tengo que ser yo, debo ir yo —

afirmó doblemente consciente de la situación.

Catherine tuvo que aceptar la dureza de la realidad. Emily la necesitaba, su hijo iba a nacer y no podían permitirse el lujo de perder más tiempo.

—No te dejaré sola, Amelia —aseguró mientras la agarraba de la mano y cogía una manta para apagar el fuego que pudiera prenderse en su hermanastra.

Amelia abrió la puerta y el humo inundaba toda la habitación que ahora salía hacia el exterior. Contempló cómo las llamas devoraban el cuerpo de su madre y se extendía a su alrededor devorando todo aquello que podía atrapar en el camino, incluyendo algunas mantas, ropajes y enseres de madera.

Catherine supo que Amelia aguantó el dolor que la abrasaba mientras rebuscaba entre el cuerpo de su madre las malditas llaves hasta que finalmente las encontró y vio entonces la jarra de barro con agua, no dudando un instante en volcarla sobre las manos de su hermanastra provocando un leve alivio instantáneo en ella, puesto que podían apreciarse las quemaduras por las cuáles le temblaba el pulso. Seguía sosteniendo a Amelia que apenas podía mantenerse de pie, el humo hacía que apenas pudieran respirar oxígeno y cuando estaban saliendo de la habitación escuchó a Amelia gritar de dolor, cuando había soportado hasta el momento sin quejarse un solo instante.

—Tú vas a morir conmigo —exclamó la aterradora y a la vez agonizante voz de doña Hortensia.

En ese momento alguien aporreó la puerta y Emily soltó un grito de angustia probablemente debido a una contracción o al susto debido a que con toda probabilidad se tratara de *lady* Elisabeth.

—¡Emily! —gritó una voz masculina que se escuchó desde el exterior.

—¿Henry? —respondió esta con lágrimas en los ojos reconociendo la voz de

su esposo.

El golpe que se sintió después era un intento de derribar la puerta que evidentemente no cedía.

—¡Hay un incendio!, ¡La puerta está atrancada! —gritaba Emily.

—Te voy a sacar de ahí, ¿Me oyes? —exclamó *lord* Sylverston seguro de sí mismo mientras se abalanzó de nuevo contra la puerta para tratar de derribarla.

Catherine notó cómo en esos momentos Amelia se desvanecía y a ella apenas le quedaban fuerzas para sostenerla, con un ágil movimiento alcanzó a tientas

—porque el humo apenas le dejaba ver—, la jarra de barro que había usado y la estampó en lo que esperaba fuera la cabeza de doña Hortensia. Fuera como fuera cuando estiró de Amelia para sacarla de allí, no tuvo impedimento alguno.

Los golpes en la puerta no cesaban y eran seguidos, daba la impresión de que *lord* Sylverston no estaba solo.

Catherine cogió el manojo de llaves mientras le temblaba el pulso y fue probando una a una, a pesar de los golpes que seguía recibiendo la puerta para tratar de derribarla y de no dejar de toser por el humo que comenzaba a expandirse por todo el salón. Finalmente, una de las llaves giró y en ese momento el cuerpo de un hombre se abalanzó entrando en el salón.

—Catherine —susurró David—, ¡Oh dios! —exclamó abrazándola de pronto y estrechándola fuertemente entre sus brazos.

Jamás en su vida Catherine había sentido tanta alegría por escuchar la voz de David que la apretaba con fuerza.

—Tenía tanto miedo —confesó Catherine con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó *lord* Sylverston a su esposa que lloraba sin poder parar mientras éste la acogía en brazos para sacarla de allí.

—¡No!, ¡No estoy bien! —gritó compungida mientras se abrazaba a su esposo—. ¡No quiero que mi hijo nazca aquí! —refunfuñó al tiempo

que volvía a gritar de dolor por otra contracción.

Henry alzó a su esposa y desapareció enseguida con ella abandonando aquella casa.

—¡Amelia! —gritó Catherine de pronto corriendo hacia el cuerpo que aún permanecía en el suelo de su hermanastra.

David la cogió en brazos y también salió del mismo modo que había hecho instantes antes Henry con su esposa.

—¿Dónde están? —preguntó David mirando preocupado a su alrededor.

—No sé dónde se encuentra *lady* Elisabeth, no la vimos cuando despertamos aquí —respondió Catherine interpretando la pregunta—. La señora Hortensia es quién nos tenía encerradas en esta casa, ella era la madre de Amelia, pero espero que esté bien muerta ahí dentro —añadió sin sentir lástima alguna y menos aún por ser testigo del sufrimiento que Amelia había padecido por culpa de esa mujer.

Un grito de dolor reprimido captó la atención de ellos que se giraron hacia Emily. Permanecía apoyada contra un árbol mientras Henry que lucía bastante desesperado y sin saber cómo calmar a su mujer deseaba consolarla.

—¡Dime que hago! —exclamó desesperado—. ¡Por Dios dime qué debo hacer! —insistió.

—Tranquila Emily —terció Catherine situándose a su lado mientras le cogía de la mano y sacaba a *lord* Sylverston de su apuro.

—Vamos a hacer esto juntas, ¿Vale? —apremió en el tono más firme que le fue posible.

Sabía que Emily estaba asustada y más aún porque deseaba que ese parto fuera bien para eliminar el miedo que *lord* Sylverston sentía por su esposa al hacerla pasar por ese trance de nuevo.

—Vale —contestó con un poco de ánimo.

—¿Podéis traerme agua limpia, paños y un cuchillo? —pidió a los presentes.

—¿Un cuchillo? —exclamó alarmado Henry con la cara pálida.

—Tranquilo, solo es para cortar el cordón umbilical —contestó con

una calma que en su vida creía que jamás había poseído.

Catherine le levantó las faldas a Emily mientras le palpaba el vientre no sabiendo muy bien para que, pero su instinto le hizo hacerlo.

—Cuando el dolor venga, debes empujar. Hazlo con todas tus fuerzas —dijo mientras David depositaba un cuenco con agua a su lado y *lord* Sylverston volvía con un cuchillo que había sacado de una de las alforjas del caballo.

—No hay paños —aseguró David.

—No pasa nada —contestó Catherine levantándose y subiéndose el vestido para posteriormente rasgarse sus enaguas que le servirían de paños.

David observó a su esposa, quedando obnubilado por su reacción y coraje, sintiéndose interiormente el más orgulloso de los hombres por tener a alguien con tanta entereza, fuerza y valor para hacer frente a lo que se avecinaba.

Catherine colocó las enaguas bajo las piernas de Emily, se enjuagó las manos para lavárselas en el agua que David le había traído. Se concienció para lo que acontecía, aunque no tuviera la más mínima idea de hacerlo salvo las veces en las que Lilith le había contado como asistió a su propia madre en sus numerosos partos ya que habían sido doce hermanos y ella era la mayor.

Esperaba que los relatos de Lilith tan detallados le sirvieran de utilidad ahora.

—Vamos, ¡Empuja! —gritó cuando notó que Emily comenzaba a reprimir otro dolor de lo que sería una contracción.

Catherine se agachó y aunque no veía aun la cabecita del bebé, supuso que no debía faltar mucho porque los dolores de Emily eran seguidos y según Lilith, cuando eran muy seguidos significaba que el bebé iba a nacer enseguida.

—Ya no puedo más —susurró Emily agotada.

—Sí que puedes, ¡Tienes que empujar!, ¿No tienes ganas de ver su carita?

—exclamó Catherine apremiándola mientras su amiga asentía.

— *Lord* Sylverston, ¿Puede colocarse tras ella? —advirtió al duque que perdía de vista la escena a pesar de no saber qué hacer para tratar de ayudar a su esposa.

—Si, por supuesto —dijo colocándose tras su esposa y poniendo a Emily en su regazo.

—Cuando le diga que empuje, debe presionar aquí con las manos suavemente, ¿Entendido? —dijo indicándole el punto exacto y colocando sus manos en la parte superior del vientre abultado de Emily.

—¿Pero cuanto debo apretar?, ¿Mucho?, ¿Poco?, ¿Como lo sabré?

—preguntó confuso.

Catherine no pudo evitar sonreír pese a la situación, aquel caballero estaba realmente asustado y ahora entendía porque Emily quería complacerlo.

—Sabrá exactamente cómo hacerlo —afirmó Catherine. Ni tan siquiera ella sabía cómo, pero estaba segura de que saldría bien.

Henry asintió y cuando Emily apretó los dientes por el dolor que le invadía Catherine le gritó que apretara y *lord* Sylverston comenzó a presionar su vientre.

—¡Si! —gritó emocionada—. ¡Ya veo su cabecita!, ¡Vamos Emily!, ¡Un poco más! —siguió apremiándola hasta que la criatura salió lo suficiente como para que ella pudiera cogerlo entre sus manos y estirar de él para sacarla por completo.

—¡Mira que preciosa es! —exclamó llena de lágrimas mientras la depositaba en brazos de Emily que ahora lloraba y Henry no tenía ojos sino para la pequeña hija que acababa de tener.

—Es una niña, una pequeña *lady* Sylverston —dijo Henry emocionado.

Catherine cogió el cuchillo y cortó el cordón umbilical.

—Gracias —dijo Emily algo conmovida hacia Catherine que aún permanecía de rodillas contemplando la escena.

Emily se quejó de nuevo y Henry se asustó.

—Tranquilo —dijo de pronto Catherine acordándose—. Es la placenta, debe expulsarla también.

—No tengo con qué vestirla… con toda la ropa que le he preparado ¡Y no tengo que ponerle! —exclamó Emily en la ironía de la situación.

David se acercó y se quitó la camisa dejando su torso desnudo a la vista de todos y sorprendiendo a Catherine que no pudo sino deleitarse con el varonil cuerpo de su esposo.

—Toma —dijo entregándosela a Henry que asintió agradecido y Emily envolvió el cuerpecito desnudo de la pequeña Sylverston entre ella.

—¿Cómo se llamará? —preguntó Catherine mientras se levantaba y se acercaba hasta David.

—Catherine —afirmó Emily.

—¿Si? —contestó Catherine.

—No —sonrió Emily—. Se llamará Catherine, por su madrina que la ayudó a venir al mundo.

En ese momento a Catherine le saltaron las lágrimas de la emoción que sintió y también de pura felicidad.

—¿En serio? —preguntó anonadada.

—Es lo menos que puedo hacer —contestó Emily agradecida.

—Seré la madrina más orgullosa y probablemente consentidora que jamás haya existido —contestó sincera, porque desde el momento en el que esa niña había venido al mundo se había quedado prendada de ella.

—¡Catherine no! —gritó en ese momento Emily con un sonido aterrador, pero fue demasiado tarde. Un dolor agudo la había penetrado desde atrás y en ese momento el frio más punzante la atravesó de arriba abajo, únicamente tuvo ojos para mirar a David que la observaba intensamente con los ojos abiertos y pudiendo ver el terror a través de ellos.

—Si no es para mí, tampoco lo será para ti.

39

Catherine escuchó el susurro de aquella voz desquiciada cerca de su oído, pero que infiniblemente reconocía por haberla oído durante tantos años.

—Lady Elisabeth —susurró mientras sus piernas flaqueaban e inevitablemente caía al suelo volviéndose todo oscuro… negro… de pronto tenía sueño, mucho sueño.

David vio como Catherine se desplomaba y se abalanzó sobre aquella mujer

que había clavado un cuchillo en el costado a su esposa. La ira que sentía en aquel momento por el daño que aquella mujer había provocado a su esposa no era únicamente debido a ese instante, sino por toda la maldad de la que estaba seguro de que Catherine había tenido que sufrir durante todos esos años. Le apretó tanto el brazo que estaba seguro de haberlo fracturado y aquello hizo que aquella mujer gritara de dolor y de paso el arma punzante cayó al suelo.

La risa de *lady* Elisabeth a pesar del dolor que le había provocado era casi maquiavélica y fría. Tanto que deseó matarla y le daba absolutamente igual las consecuencias de que ella fuera una dama, tenía que pagar por sus crímenes e iba a acabar con su vida.

—No sé porqué se enfada —dijo con sorna aquella mujer que no se merecía considerar ni dama—. Después de todo, le he librado de ella.

¿Librarse de ella?, ¿De Catherine? Por nada del mundo querría vivir sin su mujer.

David llevó su mano al cuello y apretó con rabia, podía jurar que era lo que esa mujer deseaba. Tal vez solo estuviera buscando la muerte.

—No… —susurró—. Te mereces algo peor que la muerte —dijo al tiempo que dejaba de apretar sin soltarla.

—Yo me encargo —intervino Henry llegando hasta su lado—. Tu esposa te necesita.

—Catherine —dijo de pronto corriendo hasta ella, había demasiada sangre en su vestido y se estremeció—. Te pondrás bien —dijo al tiempo que la alzaba y le daba un beso en los labios a pesar de la inconciencia de ella.

Con cuidado la colocó sobre su caballo y montó rápidamente acunándola entre sus brazos—. Enviaré ayuda —dijo justo antes de espolear su caballo y salir galopando tan rápido como lo permitía el animal.

A mitad del camino encontró a los caballeros que Richard mencionó que reuniría y les explicó de forma breve pero concisa donde se hallaba Henry.

Siguió la marcha casi sin detenerse, tenía que llegar cuanto antes a la ciudad para encontrar ayuda. Catherine necesitaba un médico y lo necesitaba urgentemente.

—Tienes que vivir, tu eres mi razón para vivir amor mío —le susurró cuando vislumbró la gran ciudad a tan solo unas millas de distancia. Ya casi había llegado, pero la palidez de Catherine y su herida no auguraba nada bueno.

David entró en la ciudad con gran velocidad dirigiéndose hacia un punto concreto. Sabía dónde encontrar al mejor médico de la ciudad, el único capaz de obrar milagros con sus métodos y al que necesitaba justo en aquel momento. Con Catherine malherida y desangrada en sus brazos y siendo consciente de su desnudez de cintura para arriba, llamó a altas horas de la noche a aquella casa particular donde vivía el señor Jonas Stanton.

Un sirviente abrió la puerta y por su expresión David dedujo que ofrecía una digna estampa de la que hablar en la comidilla de la sociedad, pero aquello no le importaba en absoluto en aquel instante.

—¿Dónde está el señor Stanton? —exclamó. Su voz era prominente rozando la exigencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien y por suerte para David era la voz del médico.

—La han herido gravemente—respondió con voz rota y desesperada.

El señor Stanton se colocó mejor su óculo y se aproximó a él viendo la sangre. Colocó sus dedos en la muñeca.

—Su pulso es débil, tendremos que darnos prisa si desea que ella viva. ¿Qué tipo de arma ha sido? —preguntó mientras caminaba y David le seguía.

—Un cuchillo —afirmó David.

—¿Sabría decirme de qué clase? —preguntó el médico tratando de especificar.

—¿Que importa eso ahora?, ¿Puede salvarla? —exclamó aturdido.

—Eso dependerá de las heridas internas que tenga, de ahí que le pregunte por las dimensiones del arma que usaron.

—No lo sé… —dijo David de pronto.

Apenas se fijó, su ira se volvió contra aquella bruja que había herido a su esposa.

—Está bien, déjela aquí —advirtió el médico indicando una especie de cama alta, estaban en algo parecido a un consultorio donde había bastantes muebles con botes de cristal etiquetados—. Hierve agua, prepara los utensilios, probablemente tenga que inspeccionarla así que prepara mi instrumental de cirugía —mencionó a su criado que asintió y se marchó inmediatamente—.

No voy a darle falsas esperanzas, Señor… —dijo sin saber su nombre.

— *Lord* Clayton, soy el duque de Lennox —contestó David.

—Haré todo cuanto esté en mi mano para que la dama se recupere, pero su situación es muy grave. Ha perdido demasiada sangre.

—Tiene que salvarla —susurró—. No puedo perderla —exclamó rompiendo

la voz por la agonía.

—Si quiere ayudarme, tráigame el arma con la que fue herida. Me ayudará a determinar sus lesiones internas.

David se acercó al cuerpo de Catherine, parecía dormida, aunque demasiado pálida. No quería que aquello fuera una despedida, ¡Por el amor de Dios!,

¡Catherine debía vivir!

—Volveré enseguida —susurró a su oído antes de darle un beso en sus labios tan dulce que esperaba atesorar hasta su vuelva. Podía notar que no tenían la calidez que siempre habían tenido y unas lágrimas cayeron de sus ojos—.

Vive —dijo cogiendo una de sus manos y llevándola a su propio rostro para besarla—. Prometo que lucharé incansablemente y haré que cada uno de tus días sea hermoso. Te juro que te haré ser la mujer más feliz de este mundo así tenga que morir en el intento para conseguirlo, pero no quiero vivir sin ti Catherine, no puedo… no me abandones. Te amo demasiado para seguir sin ti.

En aquel momento el sirviente entró con todos los utensilios preparados y David se separó pese a no querer hacerlo de su esposa, observó como la colocaba de lado para tener mayor acceso a la herida causada por el arma y comenzaba a cortar el tejido del vestido. No pudo seguir mirando, el dolor era insoportable, así que salió rápidamente y sin prestar atención al frío de la noche o a la mención de que no llevaba ropa alguna encima que cubriera su torso, volvió a cabalgar para traer aquel maldito cuchillo con el que habían herido a Catherine. Para su suerte se encontró con la partida de caballeros que habían llegado hasta el lugar. Richard portaba a *lady* Amelia que parecía haber recuperado la conciencia, aunque estaba demasiado desorientada.

Henry llevaba a su esposa que acunaba a la pequeña Catherine entre sus

brazos y Robert se había encargado de llevar a *lady* Elisabeth que al parecer estaba bien maniatada de brazos y piernas, hasta lucía una mordaza en su boca.

—¿Como está Catherine? —preguntó Emily de pronto al verlo.

—Necesito el arma con la que fue herida —respondió David sin dar

detalles.

—¡Aquí esta! —gritó Richard señalando sus alforjas.

David no podía creer en su suerte, no tendría que llegar hasta aquella maldita casa y podía volver esperando que fuera lo suficientemente pronto como para que Catherine pudiera salvarse.

Catherine abrió los ojos de pronto, reconoció enseguida su antigua habitación, aquellos tonos pasteles y el tapiz que colgaba en su pared izquierda. Le pareció extraño encontrarse de nuevo en la estancia donde tantos años había pasado durante su infancia.

—Buenos días dormilona —exclamó la voz de Lilith que la hizo sonreír.

Hacía tiempo que no la escuchaba decir aquello al despertar, le recordaba al tiempo en el que vivía allí antes de casarse o siquiera conocer a David, de saber lo que era la verdadera felicidad. Comenzó a incorporarse con lentitud y entonces sintió su cuerpo pesado, se miró el brazo y vio de nuevo aquellas manchas rojas que le cubrían todo el cuerpo.

—Parece que hoy tienes mejor aspecto —dijo Lilith observándola mientras ella se miraba todo el cuerpo viendo que estaba de nuevo con el aspecto que tantos años había tenido.

—¡No! —gritó.

—¿Qué ocurre mi niña? —exclamó Lilith sin comprender.

—¡No puede ser!, ¿Por qué vuelvo a tenerlas? —preguntó y en ese momento el picor volvió a invadirla de nuevo y aquella sensación de escozor que venía acompañada junto al picazón.

—¿A tener que? —respondió su nana sin entender.

—Esto —dijo señalándole los brazos—, la reacción por la hiedra venenosa de *lady* Elisabeth.

—Pero ¿Qué dices niña? —respondió ahora un tanto confundida—. Anda vístete antes de que la señorita Amelia venga con su mordaz lengua.

—¿Amelia?, ¿Ella está bien? —preguntó recordando a su hermanastra herida por las quemaduras.

—Demasiado bien para mi gusto —refunfuñó Lilith.

—¿Y David? —dijo de pronto acordándose de él.

—¿David?, ¿Quién es David?

—¿Quién va a ser?, Mi esposo —afirmó seria.

—¡Ay mi niña! Yo creo que tú estás soñando todavía —exclamó Lilith riendo—. Espero que ese señor David fuera guapo al menos.

—No puede ser… —gimió—. ¡David! —empezó a gritar—. ¡David!

Catherine comenzó a buscarlo por toda la casa, gritando su nombre desesperada, no podía ser un sueño, no podía haberlo soñado todo. David existía, ¡Estaba enamorada de él!, ¡Tenía que existir!

—¡Que son esos gritos! —exclamó la voz de *lady* Elisabeth haciendo que un

frio interior la recorriera por dentro, dejándola gélida y sin poder mover un músculo.

—¡Tu! —gritó—. ¡Me apuñalaste! —exclamó echándoselo en cara.

Una risa maquiavélica salió de la garganta de aquella arpía.

—Si, te apuñalé —contestó mientras se acercaba lentamente a ella—. Y

puesto que no acabé contigo, ahora pienso hacerlo. No vas a tener ese hijo que esperas, no dejaré que tengas ninguno.

Catherine observó como sacaba un cuchillo de su falda y se acercaba a ella, pero no podía moverse, por alguna razón permanecía inmóvil y sus músculos no respondían.

—¡David! —empezó a gritar—. ¡David! —ahora lo hacía con desesperación mientras notaba como se acercaba más y más.

Cerró los ojos con fuerza, no queriendo ver como aquella mujer acababa con su vida sin poder hacer nada por impedirlo.

—¡Despierta! —escuchó de pronto y cuando Catherine abrió de nuevo los ojos vio aquellos pozos grises que tanto había anhelado ver—. Sabía que volverías conmigo —susurró David mientras no pudo evitar sonreír, algo que hizo que el corazón de Catherine dejara de estar

acelerado.

No había sido un sueño. David era real, tan real como el amor que sentía por él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Catherine algo contrariada. Desconocía el lugar en el que se encontraba y sentía su cuerpo demasiado pesado, casi como en la pesadilla que acababa de tener.

—¿No recuerdas nada? —preguntó David.

—No… —comenzó a decir Catherine intentando hacer memoria de cuál era su último recuerdo—. Recuerdo a Emily… a su pequeña niña —sonrió levemente al recordar a esa preciosidad de criatura que ayudo a traer al mundo—. Y después sentí dolor, un dolor frío e intenso antes de la oscuridad

—dijo acordándose de pronto.

—Ya pasó mi amor —respondió David acariciando su rostro.

—¿Emily está bien?, ¿La pequeña Catherine está bien? —preguntó al recordar la voz de *lady* Elisabeth justo antes de perder la consciencia.

—Si, todos están bien y deseando que te recuperes para celebrar el bautizo.

—Gracias a Dios —dijo serenándose.

— *Lady* Elisabeth está en los calabozos de palacio, a la espera de juicio, pero según mencionó *lord* Sylverston, lo más probable es que su destino final sea la horca o pasar el resto de sus días en un manicomio si consigue hacer creer que perdió la cordura.

—Sinceramente no siento lástima por ella, es lo que se merece después de cómo me trato a mí y también a Amelia todos estos años, aunque nunca supe de su situación hasta ahora.

—Me alegro de que al menos puedas tener a la señorita Barston después de todo —dijo con franqueza David.

—Yo también me alegro —contestó afligida.

A David no le pasó desapercibido su tono, casi lastimoso y de nostalgia.

—Aunque también me tienes a mí, por supuesto —afirmó con total

seguridad.

—Si, también te tengo a ti. —Catherine miró directamente a los ojos de David y vio como éstos brillaban transmitiéndoles seguridad y cierto sentimiento que deseaba fervientemente que fuera amor; un amor tan inmensurable como el que ella le profesaba a él.

40

David intuía que a Catherine le ocurría algo, pero quizá solo fuera la confusión del momento. Había pasado cuatro días inconsciente, esperando que despertara y ahora que lo había hecho la recompensaría por todo lo mal que se comportó con ella desde un principio. Se aseguraría de cuidarla, mimarla y demostrarle cuanto la amaba durante el resto de su vida porque ahora que Catherine estaba fuera de peligro no deseaba nada más que no fuese su bienestar.

—¡Vamos mujer!, ¡Alegra esa cara, por fin todo ha terminado! —exclamó Julia.

Catherine ya estaba en casa, en su propia habitación y para ser exactos en su propia cama. Debía guardar reposo por unos días según prescripción médica, pero su cabeza estaba en otra parte… pese a que todo había terminado al fin, que ya no tenía una constante amenaza al acecho, que en cuánto se recuperase podría ser libre y salir sin tener que preocuparse de sufrir algún tipo de asalto o ir constantemente custodiada, su cabeza solo pensaba una y otra vez en lo mismo.

—Lo sé, es simplemente que aún estoy algo resentida —dijo para no preocupar a Julia que había venido a visitarla.

—Bueno, debes recuperarte pronto para ser la madrina más hermosa y mejor vestida de toda la ciudad —afirmó y Catherine rio ante aquel comentario.

El bautizo de la pequeña *lady* Catherine Sylverston sería en tres

semanas; tiempo más que suficiente para recuperarse del todo, aunque estaba segura de que en unos días ya podría caminar y los puntos no le estirarían tanto. Emily había creído oportuno darle tiempo suficiente para recuperarse porque tenía que lucir más hermosa que nunca y de hecho, le había realizado un vestido del cual desconocía absolutamente todos los detalles y del que no sabría nada hasta la fecha del acontecimiento aunque conociendo a su amiga, sabía que sería absolutamente precioso.

—Creo que estaré más que recuperada para esa fecha —contestó sonriente. Si había algo que la ilusionaba era precisamente aquello. Después de haber perdido a su madre, a su padre y de pensar que estaba sola en el mundo, ahora iba a formar parte de la vida de una pequeña niña que de por sí ya amaba por haberla ayudado a nacer.

—Bueno, he de marcharme. Padre no se encontraba bien esta mañana y no quiero dejar a madre sola tanto tiempo —dijo Julia mientras se levantaba.

—Vaya, no lo habías mencionado, ¿Es grave? —preguntó preocupada.

—No lo creo, se quejaba de un dolor de brazo y que le dolía levemente el pecho, aun así, madre se pone muy nerviosa cuando alguno de nosotros no se encuentra bien y se altera demasiado, por lo que prefiero no ausentarme demasiado teniendo en cuenta que Robert no está en la ciudad.

—No te preocupes, yo estaré entretenida con la lectura. Mis bendiciones para tu padre —dijo antes de que Julia se marchara.

—Gracias, vendré mañana a visitarte para hacerte compañía —contestó sonriente y se marchó.

Catherine pasó el resto de la tarde leyendo, pero sin leer en realidad, no dejaba de darle vueltas a lo mismo, aunque no quería que la idea se formara en su mente y se convirtiera en algo con lo que no pudiera convivir.

—Tendré que vivir con ello —susurró cerrando el libro de golpe puesto que llevaba demasiado tiempo sin avanzar en la misma página.

Intentó incorporarse, pero en aquel momento David entró en la habitación.

—No, no, no —dijo mientras la detenía—. Ya sabes lo que ha dicho el médico —advirtió.

—Pero estoy cansada de estar aquí —se quejó.

—Dime dónde quieres ir y te llevaré en brazos —contestó rápidamente.

—¿Harías eso por mí? —preguntó mirándole directamente a los ojos grises de David.

—Haría cualquier cosa por ti, Catherine.

En ese momento su corazón dio un vuelco y se aceleró de pronto.

—¿Cualquier cosa? —preguntó sonriente.

—Lo que me pidas. Tus deseos serán órdenes para mí —afirmó sonriente.

—Ámame —le pidió.

—Ya te amo, con todo mi ser —contestó rozando suavemente la piel de su brazo.

—Demuéstramelo —dijo al tiempo que se acercaba a él y le besaba con voracidad.

David respondió a su beso con anhelo, nada deseaba más que hacer el amor con su esposa, pero debía ser responsable consigo mismo y sabía que aquello podría perjudicarla. El médico le había asegurado que su esposaba estaba viva milagrosamente teniendo en cuenta la gran pérdida de sangre que había tenido y que no podía hacer ningún movimiento brusco, por lo que, aunque le doliera en el alma, no correría ningún riesgo innecesario. Tenía que agradecer que ella se había salvado y por tanto ahora no podía amar a su esposa de la manera en la que ella deseaba y que desde luego él también, por lo que lamentándolo con todo el dolor de su corazón separó lentamente sus labios de los de ella.

—No puedo —dijo con la voz rota—. El médico ha dicho que debes tener cuidado…

—Tendré cuidado —gimió Catherine mientras intentaba robarle otro beso candente.

—No voy a correr riesgos. La herida podría abrirse. —dijo David serio y Catherine le miró con cierta desilusión—. Casi muero pensando que te perdía, creyendo que no podría volver a tenerte entre mis brazos,

volver a hacerte el amor, reír, discutir, gritar e incluso soñar con nuestro futuro juntos

—dijo casi con la voz rota de dolor—. Ahora que sé que te pondrás bien, no pienso correr ningún riesgo.

—Pero…

—No —dijo colocándole un dedo en sus labios—. En cuánto estés recuperada me aseguraré de que no desees abandonar esta cama en semanas.

Pienso tenerte entre mis brazos día y noche e incluso no te dejaré dormir. —

Sus palabras estaban cargadas de deseo contenido—. Y hasta entonces, solo puedo asegurarme de que coges las fuerzas suficientes para que llegue ese momento que te aseguro que ansío más que nada en el mundo. Se acercó a Catherine y devoró sus labios en una promesa contenida de que todo lo que le había confesado era más que cierto, hundió su lengua entrelazándola con la de ella y justo cuando iba a gemir de puro placer se separó de ella antes de que las cosas se le fueran de las manos y no pudiera contenerse—Recupérate pronto mi amor… porque hasta entonces voy a sufrir una auténtica tortura —

mencionó antes de marcharse y Catherine sonrió inevitablemente.

Llevaba casi una semana empotrada en aquella cama y aunque no podía quejarse de las constantes atenciones sobre todo por parte de Lilith puesto que David había vuelto a retomar el trabajo en la fábrica en serio a pesar de que procuraba traerse gran parte del papeleo a casa, era inevitable que le robara demasiado tiempo.

Podía entender que todo el patrimonio que su padre les había heredado y del que sumaba una cifra de elevado valor era al mismo tiempo un martirio por la

cantidad de tiempo que requería mantenerlo. En esos días de soledad se había dado cuenta de que el carácter de su padre que en un principio había creído conservador, autoritario y algo ausente de la familia no era sino culpa de aquel trabajo que lo tenía absorbido, aquello le llevaba a pensar si deseaba que David se volviera igual que su padre y la respuesta no tardó en llegar; no.

Era evidente que prefería tener menos posesiones, aunque conllevara ser más pobre antes que un esposo ausente y apartado de ella por

culpa de los negocios como lo fue su padre.

—Ayúdame a levantarme nana —mencionó a Lilith aquella mañana.

—Aún es pronto, niña. ¿Por qué no esperas un par de días? —contestó la doncella.

—No voy a esperar más, tengo demasiadas cosas que hacer y una vida demasiado corta que vivir —dijo ansiando verdaderamente comenzar a disfrutar de la suya y no pasarla empotrada en una cama.

—Está bien —accedió a pesar de no estar conforme, pero entendía que llevar una semana en cama para Catherine era demasiado, más aún cuando durante toda su vida había guardado cama por aquellas veces en que tuvo que pasarse tumbada días enteros para calmar el dolor y la picazón de aquel aceite envenenado.

—Necesito tomar un baño, así que ordena que lo preparen y me pondré el vestido lavanda —advirtió.

—¿Es que piensas salir? —preguntó sorprendida.

—Si, voy a salir —afirmó sonriente.

Se tomó un baño con sumo cuidado, Lilith lavó su cabello delicadamente y

después lo secó minuciosamente para peinarlo en un recogido bajo. Se vistió con calma para no perjudicar su herida a pesar de que había cicatrizado muy bien y después se perfumó con aquella fragancia que tanto le encantaba y que Maximiliam había fabricado para ella sin la hiedra venenosa. Quizás debería de traerle malos recuerdos, pero en cambio pensó que pasar por todo aquello la había convertido en la mujer que era, la llevó hasta el ducado de Florencia junto a su tía —a la cuál debería escribir para contarle todos los detalles— y desde luego la había convertido en alguien fuerte, capaz de tomar sus propias decisiones, aunque se equivocase en ellas.

Aunque tuviera que convivir el resto de sus días con ese sentimiento que llevaba días embaucándola había tomado la decisión de no darle importancia, disfrutaría del amor que David le ofreciera fuese o no real. Decidió pasar primero por casa de los duques de Sylverston para visitar a Emily y a su pequeña ahijada, no las había podido ver desde la única visita que le hizo Emily que aún se estaba recuperando del parto y aun así no había podido coger a la pequeña debido a su herida, por lo que ansiaba poder acunarla en sus brazos y de algún

modo imaginó si en un futuro próximo podría poder hacer lo mismo con sus propios hijos, con los que tendría algún día con David.

David había acudido a la casa de los duques de Sylverston para reunirse con *lord* Sylverston, que desde que su esposa había dado recientemente a luz, era el lugar propicio para localizarlo y necesitaba tratar las reformas que pensaba realizar en la fábrica Grafton; quería la aprobación de Henry puesto que no sabía si aquello podría ser una auténtica locura o en cambio sería la idea de un visionario.

—¿Entonces te parece bien? —preguntó David a Henry que parecía meditarlo detenidamente.

—Me sorprende que esta idea se te haya ocurrido a ti, cuando hace poco menos de un año jamás habría pensado verte tras una mesa de un despacho

—confesó con una sonrisa.

Ahora que David y Catherine iban a convertirse en los padrinos de su pequeña hija, la amistad con ellos se había vuelto aún más estrecha, eso sin tener en cuenta que ambos habían pasado por la misma situación buscando a sus esposas y lo cierto era que pese al miedo que tuvo inicialmente, agradeció tener a David a su lado en aquellos momentos de angustia. Tal vez pensar en el hecho de que no era el único que agonizaba por la incertidumbre que sufrían ambas damas lo convertía en una carga menos pesada.

—Cuando Catherine estuvo inconsciente durante esos cuatro días, pensé que la perdería y pese a no perder la esperanza jamás hubo un momento en el que creí que no saldría de allí junto a ella —dijo con pesar en sus palabras recordando los momentos vividos tan intensamente—. Me dije a mi mismo que si Catherine se recuperaba, si ella volvía a mí de nuevo; le dedicaría todo mi tiempo, el tiempo que verdaderamente se merece por todo el daño que le he podido causar, todo el sufrimiento que le generé desde un principio.

—Eso dice mucho de ti, David —confirmó Henry.

—Ella es única, Henry. Aún no creo en la suerte que he tenido y por primera vez pienso disfrutar verdaderamente de esa suerte.

—Me alegra saberlo —contestó sonriente.

—¿Y entonces? —respondió David refiriéndose al tema de las reformas.

—Creo que es arriesgado, pero si sale bien, será toda una revolución que desde luego te dejará mucho margen de beneficios y poco tiempo de inversión.

—Creo que Catherine se merece que corra ese riesgo.

—Si, tienes mi apoyo. Y tienes razón, ella es una mujer única —reconoció Henry. Él más que nadie estaba agradecido por la tranquilidad y eficacia con la que se hizo cargo de la situación cuando su esposa estaba de parto y él se volvió un completo inútil en un momento tan crítico. Catherine había conseguido quitar sus miedos ante la idea de que Emily tuviera que volver a pasar por otro parto, ¡Si hasta se estaba planteando la posibilidad de tener más descendencia y todo!

David se despidió y dejó a Henry sumido en papeles, otra de las cosas que él también haría y copiaría de su amigo para estar siempre lo más cerca posible de su familia.

“Familia” pensó un instante, ¿Tendrían hijos pronto? No es que le corriera especialmente prisa, pero la idea de tener un hijo con Catherine comenzaba a tomar forma y no precisamente por obligación como tenían estipulado en las condiciones del testamento, sino porque tener a una pequeña niña con los cabellos rubios y los ojos azules de su madre sería lo más perfecto que podría existir.

—¿Y entonces porque no eres feliz? —escuchó David mientras iba por aquel pasillo de camino a la salida de la casa de los duques de Sylverston.

Se trataba de la voz de *lady* Emily que al parecer estaría reunida con alguien, probablemente una de sus amistades más próximas que habrían venido a conocer a la pequeña, aunque la familiaridad de sus palabras indicaba que debía ser una de sus íntimas amigas.

Tuvo una corazonada sin saber porqué y ralentizó su paso.

—No es que no sea feliz —escuchó la voz de la que sin duda era Catherine,

¿Qué demonios hacía Catherine fuera de la cama? Es cierto que habían pasado varios días, pero aún consideraba demasiado pronto que hubiera salido de casa.

Estuvo a punto de interrumpirlas para raptar a su esposa y llevarla de vuelta a casa cuando esta habló y le dejó helado.

—Es solo que no puedo dejar de pensar que David solo me ama porque soy hermosa.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Emily sorprendida.

—Cuando nos casamos él me detestaba —dijo recordando las palabras que le mencionó tras la ceremonia—, me dijo cosas demasiado hirientes y pese a todo yo me había enamorado perdidamente de él casi sin ser consciente de que lo había hecho —confesó en voz alta.

—Fue un matrimonio impuesto para ambos, tal vez a él le costó un poco llegar a conocerte y por aquél entonces con esa irritación en la piel para él debió ser difícil aceptar la situación Catherine. —Emily trató de suavizar un poco sus palabras. Era cierto que David no se había portado bien en un principio, pero ahora amaba profundamente a su esposa y de eso no le quedaba la menor duda por lo que había podido apreciar ella misma.

—Si, sé que es algo con lo que deberé vivir el resto de mi vida, pero siempre me quedará la espinita clavada de que, si no hubiera descubierto que el aceite de *lady* Elisabeth era el causante de mi irritación, él jamás se habría fijado en mí y eso solo me lleva a creer que solo me aprecia por mi belleza, no por las cualidades que pueda poseer.

—Yo no creo que sea así Catherine, eres una mujer valiente, decidida y muy tenaz cuando te lo propones, además de inteligente. *Lord* Clayton ha visto

todo eso en ti y creo que por eso mismo te ama aparte de apreciar lo obviamente hermosa que eres.

—¿Tú crees? —preguntó insegura de sus palabras.

—No lo creo. Lo sé. Todos hemos visto como aquella muchacha solitaria e insegura se convirtió en una bella mariposa, no solo cambiaste físicamente Catherine, volviste a ser tú. Tu personalidad salió a relucir al igual que tu belleza y eso es algo que jamás hubiera ocurrido de no ser porque descubriste que no padecías una enfermedad.

—Tal vez tengas razón y no deba pensar en ello más, disfrutar de la felicidad que ahora puedo gozar junto a David, olvidar el pasado y nuestros comienzos.

—Eso está mejor —respondió sonriente Emily mientras se levantaba y

con cuidado dejaba en el regazo de Catherine a la pequeña que llevaba su mismo nombre.

—Es tan bonita —aseguró Catherine observándola detenidamente.

—Es preciosa —dijo con los ojos brillantes Emily.

—Es igual que tu —respondió sonriente.

—Lo cierto es que sí —afirmó riéndose—, Lynette al menos tenía los ojos de Henry, pero Catherine tiene los ojos verdes de padre, los míos.

—Será un honor ser tu madrina pequeña —dijo Catherine con voz aniñada hablando a su ahijada.

41

David se acercó para observar la escena y cuando Emily alzó la cabeza al verlo se sorprendió, pero rápidamente David le hizo un gesto para que guardara silencio mientras contemplaba a Catherine acunar entre sus brazos a su ahijada sin perder la sonrisa. Un sentimiento acogedor se instaló en su pecho, él quería ver esa escena de Catherine con su propio hijo… lo quería más que nada en el mundo, pero antes acabaría con las dudas de su esposa, una incertidumbre que en el fondo tenía su razón de peso, pero que desde luego estaba más que dispuesto a demostrarle que la amaba por encima

de todo.

Catherine pasó por la fábrica, pero sorprendentemente David no estaba allí, así que volvió a casa y efectivamente estaba en su despacho.

—Hola —saludó al verlo revisar papeles detenidamente sin levantar la vista de ellos.

—Hola —respondió sonriente y a Catherine le sorprendió, parecía como si estuviera tramando algo.

—Sabes que he salido, ¿Verdad? —preguntó ella algo sorprendida porque no la reprendiera.

—Si, lo sé —dijo él mientras se separaba de la mesa y la invitaba a sentarse sobre su regazo.

—¿Y no vas a decirme nada?, ¿A regañarme por mi osadía? —preguntó extrañada por su reacción tranquila.

—No —respondió mientras rodeaba con sus manos su cintura y la apretaba contra su cuerpo para saborear aquel cuerpo.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Catherine colocando una mano en su frente como si sufriera fiebre.

—Entiendo que te sentías lo suficientemente bien como para levantarte y que probablemente estarías deseando ver a la pequeña Catherine ya que es tu ahijada.

Catherine sonrió y le miró fijamente.

—Adoro a esa pequeña. —Su voz denotaba que así era.

—Serás una gran madre —respondió sin dejar de mirarla.

—¿De veras lo crees? —preguntó sorprendiéndole que David pudiera decir aquello.

—No lo creo. Lo afirmo —contestó seguro.

—Lo cierto es que la pequeña Catherine me ha despertado en mí el deseo de ser madre —confesó mientras sus ojos se perdían en los de David.

—Entonces deberemos hacer algo al respecto, ¿No crees? —contestó con picaresca.

—¿Te hace ilusión tener hijos, David? —preguntó seriamente a pesar de haber entendido las intenciones de él, necesitaba saber si él quería tenerlos por voluntad propia o solo porque era una de las condiciones del testamento.

—Todo lo que tiene que ver contigo me hace ilusión Catherine, pero adoro la idea de convertirme en padre. —En ese momento acercó sus labios a los de ella para robarle un beso, era dulce y lleno de promesas.

Catherine se acercó a él colocando sus brazos sobre los hombros mientras se deleitaba con aquellos suaves labios hasta que unos golpes en la puerta les obligaron a separarse.

—Adelante —respondió David sin soltar a su esposa de su regazo.

—Excelencia —dijo Alfred—. ¡Oh disculpe! —exclamó avergonzado al ver en la situación tan cercana en la que se encontraban sus señores.

—Tranquilo Alfred, ¿Qué quería? —respondió David sin soltar a su esposa.

—El almuerzo está listo, ¿Dónde quiere que lo sirva? —preguntó avergonzado y mirando hacia el suelo.

—¿Dónde te apetece almorzar mi amor? —David miró a Catherine para que eligiera.

—En el jardín —sonrió ella ante su ocurrencia.

—Ya lo has oído Alfred —respondió éste sin dejar de mirar a su esposa.

—Si excelencia, así será.

Después de un almuerzo tranquilo y sin preocupaciones, probablemente el primero desde que estaban casados, David la invitó a retirarse a su habitación para descansar, porque según le había susurrado al oído le esperaba una noche larga y más que memorable noche de pasión. Con aquella promesa de los labios de David se acostó y por primera vez desde que se había recuperado del secuestro y ataque de *lady* Elisabeth durmió plácidamente.

Notó unos dedos por su cuerpo rozando lentamente su piel con alguna especie de líquido que suavemente la masajeaban de forma placentera.

Catherine abrió los ojos y se encontró con la mirada oscura de David que se deleitaba con su cuerpo. Bajó su vista y vio que estaba casi desnuda mientras él masajeaba su piel con algún tipo de aceite, pero lo que indudablemente la conmovía era su forma de hacerlo, rozando sus manos delicadamente por todo su cuerpo.

Inevitablemente gimió cuando casi rozó su pecho en uno de sus movimientos, tenía especial cuidado en no pasar sus manos por los puntos clave, sino que la provocaba deseando que lo hiciera.

—David —susurró de deseo.

—Espero que puedas perdonarme algún día por esto —susurró en el oído de su esposa.

Catherine en ese momento frunció el ceño confundida.

—¿Perdonarte? —preguntó confuso.

—Era el único modo… la única manera de demostrártelo. —Su voz

era rota y no de deseo precisamente sino de dolor—. Lamento tener que volver a hacerte pasar por esto —dijo al tiempo que la besaba con ardor y con un profundo sentimiento de amor—. Volveré más tarde y te demostraré cuanto te amo, Catherine.

David salió dejando a Catherine confusa, ¿Qué había querido decir con aquello? Y entonces vio el frasco sobre la mesilla de noche, el mismo frasco que su tía Camelia le había dado fabricado por Maximiliam.

—Pero ¿Qué has hecho, David? —exclamó al coger el frasco completamente vacío y se dejó caer sobre la almohada abatida.

«Es la única forma» Se decía una y otra vez David en su despacho mientras se paseaba cruzado de brazos sin poder estarse quieto. Le dolía tener que hacer pasar por aquello de nuevo a Catherine, pero más le dolería aún que ella tuviera que sufrir en silencio por creer que no la amaba completamente, que jamás la amaría salvo por su aspecto cuando indudablemente no era así.

Aunque su esposa volviera a tener aquellas manchas en la piel y esa hinchazón, la amaría igualmente y pensaba demostrárselo esa misma noche y todas las que hiciera falta.

Lo único que le disgustaba del proceso era el sufrimiento que la doncella de Catherine le había asegurado que tendría que pasar, pero que sería menor que el que sufrió con *lady* Elisabeth. Él mismo se había echado aquel líquido en la espalda para sufrir parte lo que ella tendría que soportar.

Después de demostrarle que la quería a pesar de su aspecto, se aseguraría de

eliminar aquel maldito aceite para siempre, pero primero tendría que hacer que no le quedara duda alguna de su amor hacia ella y después podrían ser ellos mismos por y para siempre.

Catherine notó como su piel comenzaba a reaccionar ante el aceite y aún no se podía creer que David le hubiera hecho aquello, ¿Por qué?, ¿Con qué razón? Tres horas después, David apareció con el semblante algo ensombrecido. Probablemente pensaría que ella iba a soltarle más de un improperio, pero en cambio más que enfadarse con él, quería saber sus intenciones porque su última frase no paraba de repetirse una y otra vez en su cabeza.

“Volveré más tarde y te demostraré cuanto te amo, Catherine.” Y

justamente acababa de volver tal y como se lo había prometido, solo que ella ahora no lucía hermosa, estaba lejos de ser así.

David se acercó a ella que se incorporó de la cama para observarle detenidamente.

—¿Te duele mucho? —preguntó con suavidad.

—No, solo es un leve picor —contestó observando las manos de David que estaban igual que su propia piel. Las tocó levemente acariciándolas.

—¿Por qué? —preguntó intuyendo su respuesta.

—Porque te amo, Catherine. Y será la única forma de demostrarte que no solo lo hago porque eres bella o hermosa, significas mucho más para mí —

dijo mientras acariciaba su rostro algo hinchado con cuidado.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó confusa. David no se había ausentado y ella solo había revelado su miedo a Emily.

—Te escuché esta mañana por casualidad mientras hablabas con *lady* Emily.

—¡Oh! —exclamó Catherine, si le había escuchado entonces habría oído sus inseguridades respecto a él—. Pero también dije que aceptaría convivir con ello —susurró mirándole a esos ojos grises y brillantes con los que él le respondía.

—No quiero que lo hagas, lamento volver a hacerte pasar por esto una vez más y espero que me perdones, pero es la única forma en la que puedo demostrarte que, aunque volvieras a ser así durante el resto de tus días, te amaría igualmente.

—¿De verdad? —dijo sonriendo.

—Sé que fui un estúpido, no hice nada bien desde el principio y tu tuviste que pagar las consecuencias, pero reconozco que en el fondo ya me importabas. Fui consciente, aunque tarde de que formabas parte de mi vida y te quisiera o no, debía preocuparme de ti —admitió recordando sus inicios—, aunque reconozco que tu inseguridad es fundamentada, cuando volviste convertida en la hermosa mujer que eres me volví loco de deseo en un principio y loco de amor después. Era un suplicio ser consciente de que me pertenecías y al mismo

tiempo no podía tenerte, eso me hizo ver la gran mujer que eras, fijarme en ti y descubrir lo tonto que había sido por no darte la oportunidad que merecías desde un principio.

—David yo… —comenzó a decir.

—Csshh —siseó David colocando uno de sus dedos en sus labios—. Pero te recompensaré, te recompensaré por todo cada uno de mis días y te prometo que trataré de que toda la felicidad que te fue arrebatada la vivas a partir de hoy, a partir de ahora… de este instante. —David se acercó a ella y acarició

sus labios lentamente.

—David, no tengo que perdonarte —respondió con lágrimas en los ojos—.

Soy la mujer más feliz del mundo y aunque vuelva a pasar por esto, has conseguido que esa incertidumbre desaparezca —respondió lanzándose a sus labios y él le respondió con gran fervor.

David la desnudó con cuidado, deshaciéndose de la única prenda que le había dejado antes de embadurnarla con aquel aceite. Había sido cuidadoso para no echar el líquido en las zonas donde se aseguraría de dar placer a su esposa sin dolor, así que aquella noche le hizo el amor a Catherine suavemente, con lentitud y amando cada célula de su ser, no solo físicamente sino desde el corazón.

Catherine despertó somnolienta y entre los fuertes brazos de su esposo. Se sorprendió al ver la espalda de David cubierta de la misma afección que sufría ella y se conmovió al ver que él quería sufrir también como lo hacía ella, pero lo cierto es que después de padecer tantos años el aceite envenenado de *lady* Elisabeth, aquello que Maximiliam había fabricado era mucho más soportable y en unos días con los paños de avena estaría más que curada de nuevo.

—Buenos días —dijo David mientras ella acariciaba su espalda con suavidad.

—Buenos días, amor mío —respondió sonriente.

—¿Te duele? —preguntó preocupado David.

—No, solo podría dolerme el corazón —afirmó seria.

—¿El corazón? —exclamó ahora preocupado de verdad y con

semblante serio.

—Si, de tanta felicidad que siento en este instante —contestó sonriente.

David sonrió y la acercó de nuevo a él para estrecharla aún más entre sus brazos.

—Pues prepárate entonces, porque pienso disfrutar de proporcionarte esa felicidad.

Catherine rio a carcajadas y se aprovechó para montar sobre él a horcajadas.

Ahora agradecía aquel tiempo que pasó en el ducado de Florencia y del que algún día contaría a David con detalle.

Lord Clayton observó cómo su mujer se movía sobre él, proporcionándole más placer del que ninguna otra mujer había conseguido. Y pensar que en su día había odiado la idea de acostarse con una mujer virgen, ¡Santo Dios!

Nada más lejos de la realidad.

—Eres magnifica —susurró al tiempo que la abrazaba—. Eres única —

repitió al tiempo que cerraba los ojos dejándose arrastrar por aquel placer sin igual que su mujer le proporcionaba.

—Algún día te contaré lo que hice para tratar de que te enamoraras de mi —

susurró al oído.

—Fuera lo que fuera, te aseguro que funcionó —contestó—. Te amo, Catherine.

—Te amo, David.

Y tal como David había prometido, no salieron de aquella habitación durante días…

42

—No sé a qué viene tanto misterio —dijo Catherine que ahora

volvía a lucir su piel normal después de utilizar el aceite que David le había echado y del que por cierto se había deshecho al día siguiente de todos los frascos que quedaban.

—Ya lo verás —contestó Emily sonriente.

Había ido a vestirse a la casa de Emily para el bautizo que por cierto se

celebraría allí mismo y en el que todo estaba preparado para regresar después de la ceremonia en la iglesia.

Lilith volvió sonriente trayendo contigo una especie de tela en la que probablemente estaría envuelto su vestido.

—Te quedaste sin poder lucirlo en su día y creo que hoy es el día perfecto para poder hacerlo —contestó Emily al tiempo que Catherine desenvolvía la tela y podía apreciar el vestido que Emily había diseñado para su boda, ese que nunca pudo lucir pero que ahora estaba modificado e incluso parecía más hermoso si podía ser.

—¡Emily! —gritó con lágrimas en los ojos, últimamente se emocionaba por cualquier cosa.

—Si lo hubieras podido lucir el día de tu boda habrías estado hermosa, pero hoy, Catherine… hoy estarás increíblemente preciosa.

—Cuando David te vea, morirá —afirmó Julia que acababa de llegar.

—¡Julia! —exclamó Catherine con alegría, mientras se acercaba a ella y la abrazaba. El padre de Robert y Julia había fallecido finalmente hacía un par de semanas y llevaba tiempo sin verla porque entendía que debía superar la muerte de su padre, más aún, teniendo en cuenta que la relación con su padre era bastante buena.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Emily con algo de nostalgia—. Te dije que no ocurriría nada si no podías venir.

—Debía estar en un momento como este, además, la distracción me servirá.

Tal y como dice Robert, la vida continua… por más que me duela debo seguir con mi vida.

—Me alegra saber que ya te encuentras mucho mejor, pero si te sientes mal, puedes irte cuando gustes —comentó Emily agradecida.

—¡Oh Catherine!, ¡Pareces una princesa! —gritó Amelia que acababa de entrar en la habitación e hizo que Catherine se abalanzara para abrazarla.

Había estado convaleciente de todo lo sucedido, sobre todo aceptando el hecho de que su madre había muerto y de que *lady* Elisabeth se había alejado de sus vidas.

—¿Qué tal estas? —preguntó viendo sus manos, las que aún llevaba vendadas.

—Mejor, el médico dice que podré quitarme la venda en unos días.

—¡Eso es estupendo! —contestó Catherine alegrándose por ella. Pese a la insistencia en que regresara a casa junto a ella, puesto que era el hogar que ambas habían compartido siempre, Amelia insistió en quedarse en la casa de Kensington, no quería importunar más a su hermanastra.

—Catherine, voy a marcharme —confesó.

—¿Marcharte?, ¿A dónde? —contestó confundida.

—He aceptado un trabajo de institutriz al norte —afirmó dubitativa.

—¿De institutriz? —exclamaron las tres al mismo tiempo sorprendidas ante este hecho.

—Si, necesito valerme por mí misma y no depender de ti, Catherine. Aunque te lo agradezco necesito hacer esto por mí, ser libre e independiente por primera vez.

Catherine lo entendió, aunque le dolía tener que alejarse de ella ahora que

había descubierto la verdadera identidad de Amelia, pero tenía que dejarla marchar para que hiciera su vida si era lo que deseaba y encontrara su felicidad.

—Siempre me tendrás, estaré aquí para lo que necesites —confesó con los ojos brillantes.

—Lo sé, tú también me tendrás para lo que necesites Catherine, pero tengo que hacer esto.

—Te echaré de menos, hermana —dijo con cierta nostalgia.

—Te enviaré cartas y vendré a verte, aunque yo también te echaré mucho de menos querida hermana —sonrió al tiempo que volvía a abrazarla.

Cuando David vio a Catherine descender las escaleras hubiera jurado que parecía una princesa, más que una princesa… una reina.

—Estás preciosa —dijo cuando llegó hasta él.

—Bueno, ya estamos todos —anunció Henry—. ¿Vamos?

Solo los más allegados a la familia de los duques de Sylverston acudieron la celebración. La ceremonia fue preciosa y Catherine sostuvo en sus brazos todo el tiempo a la pequeña *lady* Catherine Sylverston mientras Henry mantenía en brazos a su hermana mayor Lynette que observaba todo con mucha atención.

Cuando la ceremonia terminó Henry anunció que todos acudieran al refrigerio que se ofrecería en su propia mansión. Catherine supuso que ellos debían permanecer un rato más por algún compromiso al ser los padrinos de la criatura.

—Catherine —apremió David llamándola para que le mirase.

Cuando Catherine se volvió David estaba arrodillado ante ella, en la iglesia solo permanecían sus amigos que sin saber porqué se habían quedado y no se habían marchado aún.

—¿David? —exclamó confusa.

—Te amo —exclamó—. Y quiero comenzar una vida a tu lado de nuevo, desde el principio y qué mejor principio que aceptándome como tu esposo porque es tu deseo, sin presiones, sin coacciones y sin condiciones.

Catherine sollozó de la emoción.

— *Lady* Catherine Clayton y duquesa de Lennox, ¿Quieres casarte conmigo?

Aquí, ahora y delante de todos estos testigos.

Catherine tenía lágrimas en los ojos que amenazaban con salir de ellos y un nudo en la garganta debido solo a la felicidad extrema que sentía.

—¡Si!, ¡Por supuesto que sí! —exclamó entre lágrimas que no pudo contener más al tiempo que David la alzaba y ella se abalanzaba a sus brazos con el sonido de algunos aplausos de los presentes.

El mismo sacerdote que había oficiado la ceremonia de bautizo, renovó los votos de matrimonio de David y Catherine que no cesaban de mirarse en ningún momento y entrelazar sus manos, hasta que los volvió a declarar marido y mujer.

—Ahora sí tendremos luna de miel —aseguró cuando terminó de oficiar el sacramento.

—¿Dónde iremos? —preguntó curiosa, aunque le daba absolutamente igual a

donde fuesen.

—Es una sorpresa —contestó guiñándole un ojo.

Después del refrigerio ofrecido en casa de los duques de Sylverston, el carruaje estaba preparado para iniciar su viaje. Se despidió de Amelia que saldría en pocos días hacia su destino y la cual no volvería a ver a la vuelta de su viaje, pero había prometido contárselo todo por carta y aunque la echaría de menos entendía que ella necesitaba alejarse, conocer el mundo por sus propios medios y ser libre.

—¿En serio no me dirás a donde iremos? —preguntó después de llevar casi una hora de viaje.

—No —contestó David, pero sonrió al hacerlo.

Cuando montaron en barco Catherine supo que viajarían fuera de Inglaterra, pero ¿Dónde irían? Descubrió que no partía hacia las Américas, así que el barco viajaría hacia costas francesas o eso creía.

—¿Falta mucho? —preguntó impaciente después de llevar días viajando a pesar de que se habían parado en diferentes hostales durante el trayecto.

—No, impaciente —sonrió mientras le robaba un beso—. Pero puedo hacer que sea más entretenido si lo deseas. —David comenzó a besarla ardientemente, su lengua jugaba con la suya mientras que con el vaivén de los baches del carruaje ajustaba el cuerpo de Catherine al suyo.

—¿Y cómo harás que sea más entretenido? —preguntó sugerente mientras comenzaba a abrir la camisa de David y acariciaba su pecho desnudo.

—De un modo atrevido —comenzó a decir mientras levantaba su falda y acariciaba su pierna—, sugerente… —siguió besando su cuello mientras se

abría paso con los dedos por sus enaguas—. Y eficaz —dijo llegando al centro de su feminidad donde Catherine gimió de placer al tiempo que él la torturaba con movimientos lentos y mágicos a la vez que la embriagaban de puro ardor.

—David, te deseo —gimió Catherine en sus labios.

—¿Qué deseas mi amor? —respondió con la voz rota de deseo contenido por su esposa.

—A ti.

—Soy tuyo, ahora y siempre Catherine.

—Demuéstramelo —dijo al mismo tiempo que notaba como David se abría paso entre sus muslos y gozaba de la exquisitez plena de tenerlo dentro de ella mientras el vaivén de los baches le ayudaba a moverse sobre él hasta que alcanzó el paraíso de la mano de su esposo.

En ese preciso instante el carruaje se paró.

—Parece que hemos llegado a nuestro destino —dijo sonriente

mientras Catherine ahora avergonzada se apresuraba a bajarse la falda e intentar arreglar el completo desastre que probablemente sería ahora después de haberse dejado llevar por el placer carnal que su marido le otorgaba ¡Y

bendito placer!, se dijo a sí misma.

Cuando la puertezuela se abrió reconoció al instante donde estaban.

—¡No puede ser! —gritó.

—Sabía las ganas que tenías de volver a verlas… así que pensé que podríamos hacer un alto en el camino.

—¿Cómo lo has sabido? —exclamó completamente atónita.

—Tengo mis métodos —contestó encogiéndose de hombros.

—¡Catherine! —gritó una voz llamando la atención de la duquesa de Lennox.

Catherine se volvió al escuchar su nombre.

—¡Oh Tía Camelia! —exclamó mientras corría para abrazarla.

Pasaron dos días en el ducado de Florencia, Catherine pudo despedirse de las chicas que les encantó volver a verlas y en especial de su tía Camelia.

—Tía, te doy infinitamente las gracias por todo lo que hiciste —confesó Catherine en un momento que estuvo a solas con ella—. Ahora soy feliz, infinitamente feliz.

—No sabes cuánto me alegro mi querida niña —contestó lady Camelia sonriente—, más aún de ver como tu esposo te ama verdaderamente.

—Bueno… gran parte de que me ame te lo debo a ti —sonrió cómplice.

—No Catherine —admitió lady Camelia—. No te olvides de que yo solo hice que descubrieras quien eras y me siento muy orgullosa de ti, conseguiste todo cuánto anhelabas y en el camino, te convertiste en una auténtica mujer.

Catherine se abrazó a su tía conmovida… era cierto, llegó allí siendo prácticamente una niña tímida e inocente y ahora en cambio era una mujer madura.

Le hizo gracia ver a *lord* Guicciardini de nuevo en el teatro, David pareció celoso al principio, aunque Catherine tuvo que reconocer que el florentino aceptó el hecho de que ella había elegido a su esposo antes que a él porque lo amaba y es que solo hacía falta verlos para saber cuánto amor se profesaban.

—Y yo que pensaba que eráis amantes —susurró David al oído de su esposa mientras acariciaba su oreja con la nariz.

—Nunca hubo nadie más que tu mi amor —confesó Catherine sonriente.

—Lo sé y así espero que siga siendo —admitió mientras la besaba.

Pasaron el resto de su luna de miel en una casa solariega con vistas al mar que estaba bastante aislada de forma que les proporcionaba la intimidad que deseaban. Catherine guardaría el recuerdo durante el resto de su vida de aquellos días en los que apenas habían salido de aquella casita solariega en mitad de la nada.

—Tengo una buena noticia que confesarte y de la que espero que te alegres

—advirtió David.

Hacía dos semanas que habían vuelto de su luna de miel y Catherine se había dedicado a remodelar parte de la casa, iba a ser una sorpresa para David o eso esperaba.

—¿Qué ha pasado? —contestó sonriente. Ella también tenía una noticia que esperaba recibiera incluso mejor que lo que él tenía que decirle.

—Ya hemos superado el índice de ganancias que tu padre estableció en el testamento.

—¿Ya? —exclamó—. ¿Tan pronto? —dijo sorprendida por la rapidez.

— *Lord* Sylverston me prestó el dinero necesario para implementar mejoras y eso ha hecho que el crecimiento sea rápido —sonrió—. Y además me permitirá estar más tiempo contigo y pasar menos horas en la fábrica —

susurró mientras se acercaba y la abrazaba.

—Me alegró —afirmó—, entonces pronto podremos reclamar la

herencia —

dijo sin más.

—Bueno, aún nos falta la Octava Condición —admitió David.

—¿Ah sí? —exclamó—, ¿Cuál era? —respondió haciéndose la inocente.

—Cuál va a ser —bufó David—, tener un heredero —contestó como si fuera evidente.

—Bueno…, ese ya viene en camino —dijo al tiempo que le miraba a los ojos y le colocaba una de sus manos en su vientre.

La reacción de David fue pasar de un gesto de sorpresa a una risa eufórica.

—¿De verdad? —preguntó casi incrédulo.

—De verdad —contestó sonriente.

—¡Oh Catherine!, —exclamó con la mejor de sus sonrisas—. ¡No hay palabras en el mundo para describir cuanto te amo! —gritó mientras se arrodillaba y pegaba su cabeza a su vientre como si de esa forma pudiera estar más cerca de su futuro hijo.

—No hacen falta palabras, mi amor. Yo también te amo y me has dado la mayor felicidad de este mundo —contestó mientras David alzaba la mirada.

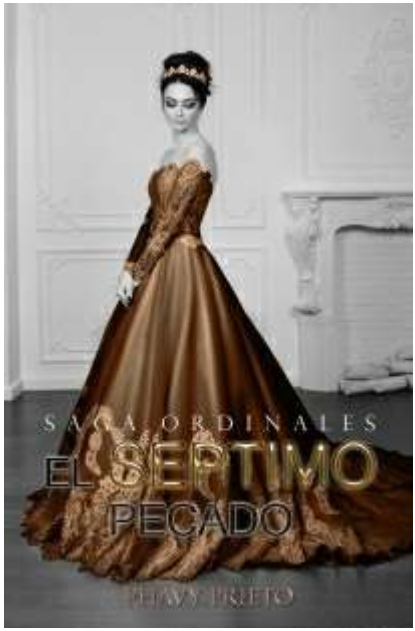
—¿Eres feliz? —preguntó observando a su preciosa esposa.

—Muy feliz —contestó mientras Catherine se inclinaba para besarlo.

—Me alegro —admitió David—. Porque un día prometí que te haría feliz cada día durante el resto de tu vida y pienso cumplir mi palabra.

Fin.

Sigue leyendo…



PROXIMA ENTREGA

EL SÉPTIMO PECADO

La señorita Julia Benedict es una joven brillante llena de cualidades que no cualquier hombre sabría apreciar. Su picaresca, audacia y su intrépida personalidad son algunas de ellas, pero lo que hace que Julia sea especial sin duda alguna, es la devoción que siente por ayudar a los demás.

Es consciente muy a su pesar, de que jamás se casará por amor; puesto que el hombre del que siempre ha estado enamorada nunca pondría sus ojos en ella, es más, no los pondría en ninguna joven respetable porque el señor Richard Hayden nunca osaría contraer matrimonio.

El primer error de Julia fue pedirle un beso, un solo beso que atesorar en el más infinito y recóndito de sus pensamientos, pero aquella maldita petición trajo consigo consecuencias desastrosas y tras ser descubierta por su hermano

junto a media sociedad londinense solo podía terminar de una forma para salvar su reputación.

Si había algo que detestaba Richard Hayden, era el matrimonio. Preferiría morir antes que atar su vida a una misma mujer, pero si no le quedaba más remedio que hacer a la señorita Benedict su esposa, se aseguraría de que se arrepintiera de ello y de que su vida fuera un auténtico infierno.

Avance de El Séptimo Pecado

—Es tu tercera temporada Julia —aseguró Robert Benedict con semblante serio—, sabes perfectamente lo que eso significa.

Las palabras de Robert martilleaban en la cabeza de Julia una y otra vez en repetidas ocasiones.

Desde la muerte del señor Benedict, Robert había tomado el relevo como cabeza de familia y Julia podía entender su preocupación por ella, pero no era tan necesario que se lo recordara en cada instante. Era la tercera vez que lo decía en esa semana y sabía perfectamente lo que aquello significaba: debía casarse. Tendría que obtener un matrimonio sin amor, sin deseo, sin sentimientos, sin… absolutamente nada.

Llevaba años siendo consciente de que sería así, que sin lugar a duda sus opciones eran esa o la de ser una solterona rodeada de gatos y adorando a sus sobrinos —si es que Robert llegaba algún día a casarse y tener hijos— o en todo caso adorar a los hijos que tenían y tendrían en un futuro próximo sus amigas.

Ellas sí habían sido afortunadas en el amor, tanto *lady* Emily como *lady* Catherine habían tenido la suerte de enamorarse de sus esposos y sobre todo, lo más importante para ella; ellos respondían con sinceridad a ese amor.

Nunca tendría lo que en tantas ocasiones leyó en esos libros que mantenía a escondidas ocultos en su habitación bajo su cama. Jamás podría sentir qué se

sentía al besar con pasión, con lujuria, con… ese frenesí que describían aquellas páginas provocando que su sangre se alterase y que el mundo a su alrededor se desvaneciera ante la intensidad del momento.

Su madre no cesaba en su empeño de presionarla para aceptar la petición de matrimonio del conde de Ashbury que su hermano Robert

tenía sobre la mesa de su despacho.

¡Es un conde! Exclamaba su madre como si con aquello se solucionara todo.

No mencionaba que tenía casi veinte años más que ella, ni que había estado casado en tres ocasiones y en todo caso ella sería su cuarta esposa… todo parecía quedar eclipsado porque simplemente tenía un título nobiliario y ella no.

¿Para qué demonios iba a desear un título si no tenía amor? Simplemente para nada.

Esa mañana pasaría por Lynetś para encargar un nuevo vestido puesto que ya podría ir de medio luto en lugar de luto completo por la muerte de padre.

Apenas tenía un par de vestidos que cumplían esa función y necesitaba rellenar su guardarropa.

En un par de meses quedaría libre del yugo del luto para contraer matrimonio según las estrictas normas morales marcadas por la sociedad. Nunca hubiera pensado que podría echar de menos las fiestas y los bailes, al menos en ellos podía distraerse, pero en el fondo era consciente de la razón por la que echaba de menos algunas de esas fiestas y la razón era verle a él, al único hombre que podía conseguir que su pulso se acelerase solo con mencionar su nombre.

Hacía varios meses desde la última vez que había coincidido en el mismo lugar deleitándose con su presencia, exactamente desde el bautizo de la hija

de los duques de Sylverston, la pequeña *lady* Catherine que al tratarse de una celebración íntima, su luto le permitió acudir.

El recuerdo de su hermoso rostro hacía que sus mejillas se volvieran sonrosadas y más aún cuando evocaba los recuerdos de aquella fiesta de máscaras de la que ya había transcurrido más de un año…

«Flashback»

Julia llevaba observándole toda la noche, ni siquiera sabía porque había acudido él a ese baile de máscaras, aunque más tarde conocería por la propia Catherine, que lo hizo para acompañar a su fiel amigo

lord Clayton.

Podía distinguir aquellos ojos verdes en cualquier parte del mundo, así que cuando observó como eludía a las jóvenes damas para no tener que bailar con ellas —algo muy típico en él—, se atrevió a seguirlo por el salón de baile sin perder detalle de su presencia.

Notaba las miradas disimuladas de algunas señoras ya casadas que le observaban —descaradas— meditó en ese momento. Sin duda alguna él podía conseguir que cualquier mujer detectara su presencia, tenía un magnetismo que ni ella misma se lograba explicar para hacerlo posible, es más, era consciente de que estaba completamente rendida a sus pies, aunque su propio orgullo no quisiera reconocerlo, ni tan siquiera se lo había confesado a sus amigas a pesar de la confianza que tenía con ellas. No, un secreto así debía seguir solamente en su interior, en lo más profundo de su corazón.

Siguió observándole mientras atravesaba aquel pasillo en penumbra donde algunas damas paseaban en compañía. Agradeció en esos momentos llevar

máscara para no ser reconocida, de lo contrario, su madre se lo reprocharía durante el resto de su vida por lo fiel y estricta que era ante las normas de sociedad al respecto.

Se giró para ver si precisamente alguien la seguía y cuando volvió la vista al frente, él no estaba. ¿Dónde se había metido?

En ese instante sintió el fuerte estirón de su brazo y unos brazos firmes la apresaron. Ni tan siquiera pudo reaccionar cuando observó esos ojos verdes a tan solo un palmo de distancia o aquellos labios tan apetecibles que estaban tan próximos a los suyos.

—¿Me estaba siguiendo jovencita? —replicó con sorna—. ¿Es que no sabe quién soy y lo que supone para mí su invitación?

—No le seguía —susurró tan levemente que probablemente sería imposible que la reconociera por su voz.

—Yo apostaría lo contrario, puesto que lleva persiguiéndome desde que salí del gran salón y ambos sabemos porqué lo hacía. —Su voz era sensual, atrayente… como casi todo él en sí mismo.

Julia no contestó, no podía hacerlo.

—Es usted un delicioso manjar del cual me veo peligrosamente

tentado a probar —admitió en un tono de voz tan masculina y a su vez ronca.

¡Dioses!, ¿Le estaba diciendo que le resultaba atractiva? Pero ¿Qué mujer no era atractiva para él? Tal vez aquella idea de seguirlo había sido mala, peor que mala, ¡Había sido una estupidez! Estábamos hablando de él, del amigo irresponsable de su hermano, del libertino más endiabladamente guapo de todo Londres, del hombre que había dicho con sus propias palabras

ante todo el mundo y jactándose de ello que jamás se casaría por principios.

Él no deseaba una esposa, no deseaba una familia y mucho menos podría ser alguien fiel.

Cerró los ojos para asimilarlo y no verlo al mismo tiempo. Lo sabía, ella lo sabía y a pesar de ello deseaba besarlo, aunque fuera una única vez.

Escuchó la voz de alguien que se aproximaba y cuando abrió los ojos, él ya no estaba.

«Fin del Flashback»

Habían podido besarse, estaba completamente segura de que la habría besado si alguien no les hubiera interrumpido y desde entonces no había tenido la oportunidad de volver a perseguirle, de volver a coincidir a solas con él a pesar de que nunca supo que se trataba de ella.

Quería ese beso. Lo deseaba más que nada en el mundo. Si debía pasarse el resto de su vida al lado de un hombre al que no amaba, necesitaba al menos ese recuerdo al que aferrarse; vivir esa sensación por una sola vez en su vida.

Lo tendría, aunque fuera lo último que hiciera conseguiría que el señor Richard Hayden, el amigo de su hermano, la besara de verdad.

Julia estuvo en Lynetś casi toda la mañana porque habían llegado tejidos nuevos desde la fábrica y aprovechó para elegir las telas que conformarían el guardarropa cuando abandonase el luto por su padre y volviera a los salones de baile.

Echaba de menos a padre, de todos sus familiares, él era quien mejor la comprendía a pesar de ser un caballero. Le enseñó a tener juicio propio ante

los acontecimientos y le había permitido poder elegir, en lugar de imponerle un matrimonio forzado, solo que él nunca sabría que su corazón pertenecía a alguien nada apropiado para ella. Robert estaba cumpliendo sus funciones como dueño y señor de la casa administrando las propiedades que había heredado en nombre de papá y los pequeños negocios que generaban la pequeña fortuna que poseía la familia, pero desde que había asumido ese papel, parecía más hostil y menos cercano.

Aún quedaba tiempo suficiente hasta la hora del almuerzo por lo que, en el transcurso hacia su casa, decidió visitar a su amiga Catherine a pesar de no haber advertido de su presencia, pero sus amigas estaban demasiado habituadas a su imprudencia e impulsividad. Gracias a dios la querían igualmente pese a ello.

—¡Mi querida Julia! —exclamó una embarazadísima Catherine después de que el mayordomo la guiara hasta la salita de té donde habitualmente reposaba su amiga mientras leía plácidamente un libro.

Debido a su estado avanzado de gestación, Catherine apenas salía de casa salvo por necesidad. Tenía un embarazo tan voluptuoso que podría parecer incluso que esperaba más de un bebé, de ahí su miedo y el de la comadrona de que se adelantara el parto y no estuviese en casa en el preciso momento cuando tal acontecimiento llegara a pesar de que aún faltaran más de dos meses.

—Siento no avisar. —Se disculpó Julia, aunque en realidad no lo sentía porque casi nunca lo hacía, pero en el fondo era una señorita educada, se dijo mentalmente—. Pasaba por aquí y decidí hacerte una pequeña visita.

—¡Pues me alegra que lo hicieses! —exclamó Catherine estirándose para dejar el libro sobre la mesita sin apenas mover el cuerpo—. David lleva toda

la mañana reunido, primero con *lord* Sylverston, para tratar algunos asuntos y después con el señor Hayden que no sé de querrá para llevar más de una hora encerrados en ese despacho.

¿Richard estaba allí? Pensó Julia rápidamente y los nervios hicieron que las palmas de sus manos comenzaron a sudar. Llevaba demasiados meses sin verlo, aunque si lo veía nada cambiaría, bueno… sí que

cambiaría porque había tomado una determinación solo que tenía que prepararse para ello y ahora no estaba en absoluto preparada.

—Me alegró entonces de no haber importunado —contestó algo nerviosa.

Todo lo que pensaba hablar con Catherine se había esfumado al nombrar a Richard. Nunca había dejado que nadie sospechara de sus sentimientos hacia él y desde luego no iba a empezar a confesarlos ahora. En el fondo sabía que, si sus amigas se enteraban solo la compadecerían puesto que de todos era conocido que un hombre como el señor Hayden, jamás formalizaría un compromiso, puede que ni lo hiciera aunque se viera forzado a ello.

—¿Aún te sientes mal por la muerte de tu padre? —preguntó Catherine al verla silenciosa.

Probablemente su amiga pensara que su tristeza se debía a ello y en parte después de todo así era.

—Es difícil hacer frente a su pérdida y desde que él murió, todo ha cambiado

—admitió.

—Es normal, yo sufrí la muerte de mi padre y por circunstancias que ya conoces no estaban tan unida a él como tú, pero el tiempo hará que cicatrice y cuando te cases y formes una familia, el dolor no será tan fuerte porque habrá otras motivaciones que lo anulen.

—Eso sería si amara a mi esposo, cosa que dudo que haga —contestó tenaz.

—¿Por qué dices algo así Julia? Te recuerdo que yo no amaba a David cuando nos casamos y te puedo asegurar que me enamoré perdidamente de él

—admitió Catherine.

—Sé que no me enamoraré de mi esposo, es algo que ya asumí hace años.

Nunca tendré esa pasión que relatan los libros, ni ese ardor de deseo contenido —confesó algo nostálgica.

—Julia… —El tono de voz de Catherine era de preocupación.

—No te preocupes Catherine, de todos modos, no creo que tarde en aceptar alguna proposición.

Tenía que admitir que Robert la presionaba con apropiada razón, si no se casaba esa misma temporada, entraría en el llamado circulo de las no deseadas y a las que solo le llegaban ofertas de viudos encarecidamente detestables, ancianos o pobres. Ella ya no era una jovencita de diecisiete años que debutaba en sociedad por primera vez.

—¿Tienes alguna proposición formal? —preguntó Catherine entusiasmada.

—Si, el conde de Ashbury —respondió casi en un susurro.

—¡Pero ese hombre es casi un anciano! —exclamó.

—Pero es conde —contestó taciturna—. Al menos es la explicación de madre para considerar y aceptar su propuesta.

—Te mereces alguien mejor Julia. Alguien que aprecie tu entusiasmo, tu enorme belleza y tu inteligencia. No un vil conde que solo querrá que le des descendencia.

—Eso es muy fácil decirlo cuando mi dependencia económica está completamente ligada a mi hermano Robert. Me quedaría siendo una vieja solterona el resto de mis días si no fuera porque sería una carga para él.

—¡No digas estupideces! —exclamó Catherine—. Tu nunca serías una carga para nadie, además yo misma te acogería si fuera necesario.

Saber aquello hizo que los ojos de Julia se empañaran ligeramente en lágrimas al comprender que al menos en su amiga tenía un gran apoyo.

—Me alegra saberlo, pero debo hacer mi vida Catherine —afirmó con pesar.

—¿Alguna vez te has enamorado Julia? —preguntó intrigada. La pregunta la sorprendió a Julia por la forma directa en la que Catherine se lo había preguntado y en aquel momento no sabía si confesarlo para liberarse de alguna forma o simplemente seguir callando aquel sentimiento de por vida—.

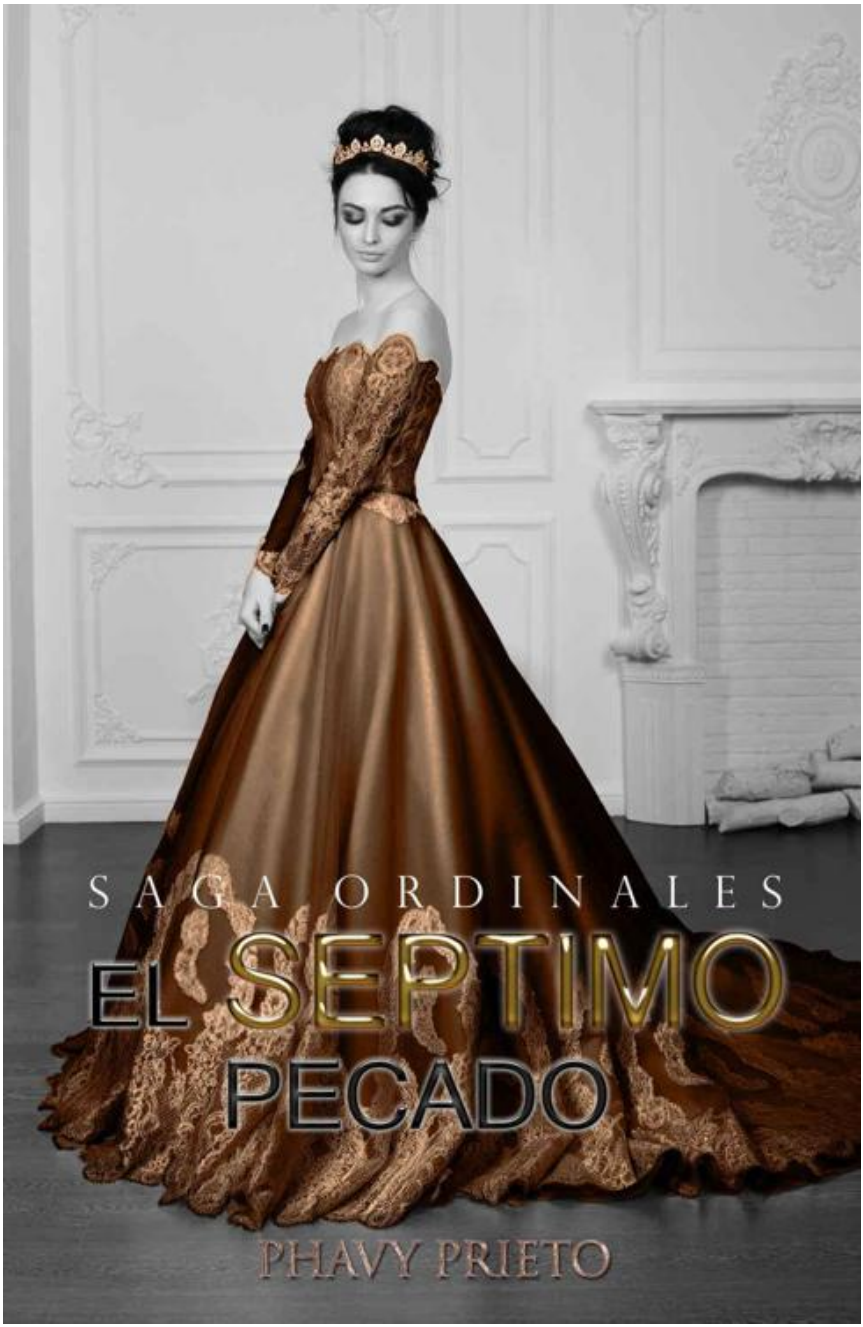
Intuyo que sí por tu silencio, ¿De quién se trata?, ¿Tal vez es alguien

que no pertenece a los círculos altos de la sociedad? Conociéndote no me sorprendería —añadió Catherine algo sonriente.

—Es de la alta sociedad. —Negarlo era absurdo ya que después de todo se había delatado a sí misma.

—¿Te enamoraste del *lord* Guicciardini? —exclamó Catherine recordando el entusiasmo de Julia ante el caballero del ducado de Florencia que le traía tantos recuerdos.

—Yo… —comenzó a balbucear Julia—. Yo no… —Unos golpes en la puerta la salvaron de confesarle a Catherine quién era el caballero que robaba sus más íntimos y ardientes deseos.



A mi tía, Inmaculada Expósito.

Una flor hermosa de increíbles ojos azules y sonrisa preciosa.

Gracias por tu incondicional apoyo y convertirte en una gran fanática de mis historias. Eres una mujer maravillosa y fascinante.

Te quiero tita.

Agradecimientos.

A mi querido amigo, José Domingo Seco Cuenca,

por la maravillosa edición de las portadas

y por estar siempre ahí,

¡Gracias!, Sin ti no hubiera sido lo mismo.

A mis bellas florecillas de Wattpad, por apoyarme cada día y hacer que esta historia se convirtiera en el número uno de las listas de Género Histórico.

Sois increíbles, siempre os lo digo,

miles y miles de GRACIAS

“Es mejor perder tu orgullo por la persona que amas,

que perder a la persona que amas por orgullo”

John Ruskin

1

7 de septiembre de 1923

—Es tu tercera temporada Julia —aseguró Robert Benedict con semblante serio—, sabes perfectamente lo que eso significa.

Las palabras de Robert martilleaban en la cabeza de Julia una y otra vez en repetidas ocasiones.

Desde la muerte del señor Benedict, Robert había tomado el relevo como

cabeza de familia y Julia podía entender su preocupación por ella, pero no era tan necesario que se lo recordara en cada instante. Era la tercera vez que lo decía en esa semana y sabía perfectamente lo que aquello significaba: debía casarse. Tendría que obtener un matrimonio sin amor, sin deseo, sin sentimientos, sin…absolutamente nada.

Llevaba años siendo consciente de que sería así, que sin lugar a duda sus opciones eran esa o la de ser una solterona rodeada de gatos y adorando a sus sobrinos —si es que Robert llegaba algún día a casarse y tener hijos— o en todo caso adorar a los hijos que tenían y tendrían en un futuro próximo sus amigas.

Ellas sí habían sido afortunadas en el amor, tanto *lady* Emily como *lady* Catherine habían tenido la suerte de enamorarse de sus esposos y

sobre todo, lo más importante para ella; ellos respondían con sinceridad a ese amor.

Nunca tendría lo que en tantas ocasiones leyó en esos libros que mantenía a escondidas ocultos en su habitación bajo su cama. Jamás podría sentir qué se sentía al besar con pasión, con lujuria, con…ese frenesí que describían aquellas páginas provocando que su sangre se alterase y que el mundo a su alrededor se desvaneciera ante la intensidad del momento.

Su madre no cesaba en su empeño de presionarla para aceptar la petición de matrimonio del conde de Ashbury que su hermano Robert tenía sobre la mesa de su despacho.

¡Es un conde! Exclamaba su madre como si con aquello se solucionara todo.

No mencionaba que tenía casi veinte años más que ella, ni que había estado casado en tres ocasiones y en todo caso ella sería su cuarta esposa… todo parecía quedar eclipsado porque simplemente tenía un título nobiliario y ella no.

¿Para qué demonios iba a desear un título si no tenía amor? Simplemente para nada.

Esa mañana pasaría por Lynetś para encargar un nuevo vestido puesto que ya podría ir de medio luto en lugar de luto completo por la muerte de padre.

Apenas tenía un par de vestidos que cumplían esa función y necesitaba rellenar su guardarropa.

En un par de meses quedaría libre del yugo del luto para contraer matrimonio según las estrictas normas morales marcadas por la sociedad. Nunca hubiera pensado que podría echar de menos las fiestas y los bailes, al menos en ellos podía distraerse, pero en el fondo era consciente de la razón por la que echaba de menos algunas de esas fiestas y la razón era verle a él, al único hombre que podía conseguir que su pulso se acelerase solo con mencionar su nombre.

Hacía varios meses desde la última vez que había coincidido en el mismo lugar deleitándose con su presencia, exactamente desde el bautizo de la hija de los duques de Sylverston, la pequeña *lady* Catherine que, al tratarse de una celebración íntima, su luto le permitió acudir.

El recuerdo de su hermoso rostro hacía que sus mejillas se volvieran sonrosadas y más aún cuando evocaba los recuerdos de aquella fiesta de máscaras de la que ya había transcurrido más de un año…

«Flashback»

Julia llevaba observándole toda la noche, ni siquiera sabía porque había acudido él, a ese baile de máscaras, aunque más tarde conocería por la propia Catherine, que lo hizo para acompañar a su fiel amigo *lord* Clayton.

Podía distinguir aquellos ojos verdes en cualquier parte del mundo, así que cuando observó como eludía a las jóvenes damas para no tener que bailar con ellas —algo muy típico en él—, se atrevió a seguirlo por el salón de baile sin perder detalle de su presencia.

Notaba las miradas disimuladas de algunas señoras ya casadas que le observaban —descaradas— meditó en ese momento. Sin duda alguna él podía conseguir que cualquier mujer detectara su presencia, tenía un magnetismo que ni ella misma se lograba explicar para hacerlo posible, es más, era consciente de que estaba completamente rendida a sus pies, aunque su propio orgullo no quisiera reconocerlo, ni tan siquiera se lo había confesado a sus amigas a pesar de la confianza que tenía con ellas. No, un secreto así debía seguir solamente en su interior, en lo más profundo de su corazón.

Siguió observándole mientras atravesaba aquel pasillo en penumbra donde algunas damas paseaban en compañía. Agradeció en esos momentos llevar máscara para no ser reconocida, de lo contrario, su madre se lo reprocharía durante el resto de su vida por lo fiel y estricta que era ante las normas de sociedad al respecto.

Se giró para ver si precisamente alguien la seguía y cuando volvió la vista al frente, él no estaba. ¿Dónde se había metido?

En ese instante sintió el fuerte estirón de su brazo y unos brazos firmes la apresaron. Ni tan siquiera pudo reaccionar cuando observó esos ojos verdes a tan solo un palmo de distancia o aquellos labios tan apetecibles que estaban tan próximos a los suyos.

—¿Me estaba siguiendo jovencita? —replicó con sorna—. ¿Es que no sabe quién soy y lo que supone para mí su invitación?

—No le seguía —susurró tan levemente que probablemente sería

imposible que la reconociera por su voz.

—Yo apostaría lo contrario, puesto que lleva persiguiéndome desde que salí del gran salón y ambos sabemos porqué lo hacía. —Su voz era sensual, atrayente…como casi todo él en sí mismo.

Julia no contestó, no podía hacerlo.

—Es usted un delicioso manjar del cual me veo peligrosamente tentado a probar —admitió en un tono de voz tan masculina y a su vez ronca.

¡Dioses!, ¿Le estaba diciendo que le resultaba atractiva? Pero ¿Qué mujer no era atractiva para él? Tal vez aquella idea de seguirlo había sido mala, peor que mala, ¡Había sido una estupidez! Estábamos hablando de él, del amigo irresponsable de su hermano, del libertino más endiabladamente guapo de todo Londres, del hombre que había dicho con sus propias palabras ante todo el mundo y jactándose de ello que jamás se casaría por principios.

Él no deseaba una esposa, no deseaba una familia y mucho menos podría ser alguien fiel.

Cerró los ojos para asimilarlo y no verlo al mismo tiempo. Lo sabía, ella lo sabía y a pesar de ello deseaba besarlo, aunque fuera una única vez.

Escuchó la voz de alguien que se aproximaba y cuando abrió los ojos, él ya no estaba.

«Fin del Flashback»

Habían podido besarse, estaba completamente segura de que la habría besado si alguien no les hubiera interrumpido y desde entonces no había tenido la oportunidad de volver a perseguirle, de volver a coincidir a solas con él a

pesar de que nunca supo que se trataba de ella.

Quería ese beso. Lo deseaba más que nada en el mundo. Si debía pasarse el resto de su vida al lado de un hombre al que no amaba, necesitaba al menos ese recuerdo al que aferrarse; vivir esa sensación por una sola vez en su vida.

Lo tendría, aunque fuera lo último que hiciera conseguiría que el señor Richard Hayden, el amigo de su hermano, la besara de verdad.

Julia estuvo en Lynetś casi toda la mañana porque habían llegado tejidos nuevos desde la fábrica y aprovechó para elegir las telas que conformarían el guardarropa cuando abandonase el luto por su padre y volviera a los salones de baile.

Echaba de menos a padre, de todos sus familiares, él era quien mejor la comprendía a pesar de ser un caballero. Le enseñó a tener juicio propio ante los acontecimientos y le había permitido poder elegir, en lugar de imponerle un matrimonio forzado, solo que él nunca sabría que su corazón pertenecía a alguien nada apropiado para ella. Robert estaba cumpliendo sus funciones como dueño y señor de la casa administrando las propiedades que había heredado en nombre de papá y los pequeños negocios que generaban la pequeña fortuna que poseía la familia, pero desde que había asumido ese papel, parecía más hostil y menos cercano.

Aún quedaba tiempo suficiente hasta la hora del almuerzo por lo que, en el transcurso hacia su casa, decidió visitar a su amiga Catherine a pesar de no haber advertido de su presencia, pero sus amigas estaban demasiado habituadas a su imprudencia e impulsividad. Gracias a dios la querían igualmente pese a ello.

—¡Mi querida Julia! —exclamó una embarazadísima Catherine después de que el mayordomo la guiara hasta la salita de té donde habitualmente

reposaba su amiga mientras leía plácidamente un libro.

Debido a su estado avanzado de gestación, Catherine apenas salía de casa salvo por necesidad. Tenía un embarazo tan voluptuoso que podría parecer incluso que esperaba más de un bebé, de ahí su miedo y el de la comadrona de que se adelantara el parto y no estuviese en casa en el preciso momento cuando tal acontecimiento llegara a pesar de que aún faltaran más de dos meses.

—Siento no avisar. —Se disculpó Julia, aunque en realidad no lo sentía porque casi nunca lo hacía, pero en el fondo era una señorita educada, se dijo mentalmente—. Pasaba por aquí y decidí hacerte una pequeña visita.

—¡Pues me alegra que lo hicieses! —exclamó Catherine estirándose para dejar el libro sobre la mesita sin apenas mover el cuerpo—. David lleva toda la mañana reunido, primero con *lord* Sylverston, para tratar algunos asuntos y después con el señor Hayden que no sé de querrá para llevar más de una hora encerrados en ese despacho.

¿Richard estaba allí? Pensó Julia rápidamente y los nervios hicieron que las palmas de sus manos comenzaron a sudar. Llevaba demasiados meses sin verlo, aunque si lo veía nada cambiaría, bueno…sí que cambiaría porque había tomado una determinación solo que tenía que prepararse para ello y ahora no estaba en absoluto preparada.

—Me alegró entonces de no haber importunado —contestó algo nerviosa.

Todo lo que pensaba hablar con Catherine se había esfumado al nombrar a Richard. Nunca había dejado que nadie sospechara de sus sentimientos hacia él y desde luego no iba a empezar a confesarlos ahora. En el fondo sabía que, si sus amigas se enteraban solo la compadecerían puesto que de todos era conocido que un hombre como el señor Hayden, jamás formalizaría un

compromiso, puede que ni lo hiciera, aunque se viera forzado a ello.

—¿Aún te sientes mal por la muerte de tu padre? —preguntó Catherine al verla silenciosa.

Probablemente su amiga pensara que su tristeza se debía a ello y en parte después de todo así era.

—Es difícil hacer frente a su pérdida y desde que él murió, todo ha cambiado

—admitió.

—Es normal, yo sufrí la muerte de mi padre y por circunstancias que ya conoces no estaban tan unida a él como tú, pero el tiempo hará que cicatrice y cuando te cases y formes una familia, el dolor no será tan fuerte porque habrá otras motivaciones que lo anulen.

—Eso sería si amara a mi esposo, cosa que dudo que haga —contestó tenaz.

—¿Por qué dices algo así Julia? Te recuerdo que yo no amaba a David cuando nos casamos y te puedo asegurar que me enamoré perdidamente de él

—admitió Catherine.

—Sé que no me enamoraré de mi esposo, es algo que ya asumí hace años.

Nunca tendré esa pasión que relatan los libros, ni ese ardor de deseo contenido —confesó algo nostálgica.

—Julia… —El tono de voz de Catherine era de preocupación.

—No te preocupes Catherine, de todos modos, no creo que tarde en aceptar alguna proposición.

Tenía que admitir que Robert la presionaba con apropiada razón, si no se casaba esa misma temporada, entraría en el llamado circulo de las no deseadas y a las que solo le llegaban ofertas de viudos encarecidamente

detestables, ancianos o pobres. Ella ya no era una jovencita de diecisiete años que debutaba en sociedad por primera vez.

—¿Tienes alguna proposición formal? —preguntó Catherine entusiasmada.

—Si, el conde de Ashbury —respondió casi en un susurro.

—¡Pero ese hombre es casi un anciano! —exclamó.

—Pero es conde —contestó taciturna—. Al menos es la explicación de madre para considerar y aceptar su propuesta.

—Te mereces alguien mejor Julia. Alguien que aprecie tu entusiasmo, tu enorme belleza y tu inteligencia. No un vil conde que solo querrá que le des descendencia.

—Eso es muy fácil decirlo cuando mi dependencia económica está completamente ligada a mi hermano Robert. Me quedaría siendo una vieja solterona el resto de mis días si no fuera porque sería una carga para él.

—¡No digas estupideces! —exclamó Catherine—. Tu nunca serías una carga para nadie, además yo misma te acogería si fuera necesario.

Saber aquello hizo que los ojos de Julia se empañaran ligeramente en lágrimas al comprender que al menos en su amiga tenía un gran apoyo.

—Me alegra saberlo, pero debo hacer mi vida Catherine —afirmó con pesar.

—¿Alguna vez te has enamorado Julia? —preguntó intrigada. La pregunta la sorprendió a Julia por la forma directa en la que Catherine

se lo había preguntado y en aquel momento no sabía si confesarlo para liberarse de alguna forma o simplemente seguir callando aquel sentimiento de por vida—.

Intuyo que sí por tu silencio, ¿De quién se trata?, ¿Tal vez es alguien que no pertenece a los círculos altos de la sociedad? Conociéndote no me

sorprendería —añadió Catherine algo sonriente.

—Es de la alta sociedad. —Negarlo era absurdo ya que después de todo se había delatado a sí misma.

—¿Te enamoraste del *lord* Guicciardini? —exclamó Catherine recordando el entusiasmo de Julia ante el caballero del ducado de Florencia que le traía tantos recuerdos.

—Yo… —comenzó a balbucear Julia—. Yo no… —Unos golpes en la puerta la salvaron de confesarle a Catherine quién era el caballero que robaba sus más íntimos y ardientes deseos.

2

—Adelante —dijo Catherine en un tono de voz alto.

La criada pareció algo acongojada por tener que molestar a su señora o al menos esa es la impresión que le dio a Julia.

—Mi *lady*, el almuerzo está listo.

—¿Tan pronto? —exclamó Catherine contrariada.

—Mi *lady*, ya es la hora y su excelencia invitó al señor Hayden a quedarse.

Julia observó como Catherine rodaba los ojos y le causó cierta gracia que lo

hiciera, suponía que no le agradaba en cierta medida la presencia del amigo de *lord* Clayton.

—Julia por favor, ¿Podrías quedarte? —rogó Catherine.

En ese momento Julia se sintió tentada de hacerlo, de esa forma podría tener una excusa válida para verle después de haber pasado tanto tiempo, pero no podía quedarse.

—No puedo Catherine, madre me mataría —aseguró con cierto pesar.

—Envía a tu doncella con una nota en la que adviertas que no me encontraba bien y que requiero de tu compañía —contestó con cierta sonrisa—. Seguro que lo entenderá. —Catherine estaba sacando la

artillería pesada—. Sabes que no tolero demasiado al señor Hayden, aunque colaboró con la búsqueda cuando mi madrastra nos secuestró a Emily a mí, sigue siendo igual de…

de… —balbuceó no encontrando las palabras exactas.

—¿Libertino? —contestó Julia como si esa fuera la palabra adecuada que Catherine estaba buscando.

—Si —admitió—. Supongo que se trata de eso. Sé que no tengo que preocuparme porque jamás arrastraría a David a sus peculiares fiestas libidinosas, pero detesto su inmadurez, ¿Es que no se da cuenta de que la propia sociedad lo acabara rechazando si sigue así? —exclamó Catherine en un susurro.

—No sé lo que puede pasar por la cabeza de semejante caballero para que piense así. Tal vez sea como has mencionado, su falta de madurez —admitió Julia. Había determinado que era mejor no revelarle nada a Catherine, menos aún ahora, que era consciente de la opinión que le profesaba al señor Hayden.

—Tú le conoces desde hace tiempo, ¿Verdad? —preguntó Catherine

insistiendo en el tema.

—Muy poco en realidad —fingió Julia haciendo creer que no le importaba en absoluto—. Le he visto relacionarse con mi hermano Robert, pero entre el señor Hayden y yo nunca hubo más que algún saludo cordial, nunca hemos mantenido una conversación si quiera que yo recuerde —mintió.

Habían mantenido alguna que otra conversación, aunque fuera escasa o limitada, de hecho recordaba en su memoria demasiado bien cada una de ellas porque las solía rememorar con bastante asiduidad, pero no pensaba sacarlas a relucir puesto que tampoco habían sido de gran importancia y lo que menos deseaba en aquel instante era que Catherine siguiera hablando sobre el señor Hayden.

—Yo creo que una adecuada esposa le haría cambiar —refunfuñó Catherine pensativa.

—Tengo la sensación de que el señor Hayden no es como tu esposo, Catherine —respondió Julia intentando ser imparcial.

—Soy la primera en reconocer que mi esposo no era precisamente un santo antes de conocerme e incluso de recién casados tampoco es que

lo fuera —

admitió—. Pero le enseñé a darse cuenta de que su vida de casado era infinitamente mejor —admitió con una pícara sonrisa.

Por un instante Julia sintió que tal vez podría ocurrirle lo mismo a ella, que si lo deseaba lo suficientemente fuerte tal vez podría ser verdad. A su mente llegaron de nuevo aquellas palabras que escuchó una vez en un baile dichas por el propio Richard a su hermano; "Preferiría clavarme una daga en el corazón, antes que tener que contraer matrimonio con una insípida, torpe, y virgen debutante que lo único que espera del lecho matrimonial es concebir un hijo"

Tal vez ella podría demostrarle que no era insípida, ni torpe, aunque virgen sí que era, pero desde luego no esperaba del lecho únicamente concebir hijos…

esperaba más, mucho más. Había leído demasiados libros que, pese a no ser detallados, dejaban poco a la imaginación y ella estaba ávida y deseosa por sentir todo lo que su imaginación albergaba.

—Tal vez un día debas contarme "en detalle" como fueron esas enseñanzas

—contestó Julia algo risueña.

—Tal vez cuando estés casada, aunque algo me dice que sabes demasiado para tu supuesta inocencia —contestó Catherine riéndose mientras se incorporaba torpemente con aquella abultada barriga de embarazada.

Julia envió finalmente a su doncella con una misiva para avisar a su madre de que se quedaría a almorzar en casa de los duques de Lennox al no encontrarse del todo bien la duquesa. Estaba nerviosa por ver al señor Hayden de nuevo,

¿Sabría él que ella estaba allí? Probablemente daba igual puesto que para Richard, ella era la hermana pequeña de Robert, una señorita virgen, insípida y torpe debutante, que por a esas alturas, más que debutante empezaba a pertenecer al grupo de las solteronas no deseadas al no haber encontrado pretendiente aún después de varias temporadas.

Lord David Clayton, cuarto duque de Lennox, llevaba casi una hora tratando de convencer a su amigo Richard Hayden, de que, si seguía a ese ritmo, iba a dilapidar su fortuna en cuestión de poco tiempo.

—¿No hay forma entonces de convencerte? —insistió David.

—Me parecen muy buenos tus argumentos David, aunque no lo comparto probablemente porque no son de mi interés, pero admito que has sabido manejarte muy bien en los negocios amigo mío, solo que yo no lo necesito.

—Richard, has gastado casi el setenta por ciento de tu herencia en menos de siete años —insistió.

—De aquí a que se agote el último de mis peniques, mi tío Thomas habrá muerto y por lo tanto heredaré el ducado de Sheraton y toda su enorme fortuna —admitió sonriente.

Richard era consciente de que su tío no tendría un heredero a su edad, así que, si la fortuna deseaba sonreírle de esa forma, ¿Quién era él para contrariarla?

—Y cuando heredes esa enorme fortuna, ¿Harás exactamente lo mismo que ahora? —exclamó David con pesar—, ¿Gastarla en prostíbulos, fiestas y juegos de azar?

—Por supuesto —admitió rotundamente—. ¿Para qué quiero una vida si no es para disfrutarla? A mí no me atrae el matrimonio, ni tener hijos, ni crear ningún absurdo imperio para que otro lo herede… —admitió. Su voz denotaba que todo aquello incluso le asqueaba ante la repulsión que le generaba el simple hecho que conllevaba aquella responsabilidad.

—Solo espero que el día que te arrepientas, porque sé que lo harás, no sea demasiado tarde —aseguró David con el ceño fruncido. Era consciente de que él mismo pensó de la misma forma que su amigo no mucho tiempo atrás y ahora en cambio, no podía concebir una vida que no fuera junto a su esposa y asegurar el porvenir de sus futuros hijos.

—Te aseguro que el arrepentimiento no forma parte de mis actos David.

Planeo realizar pronto un viaje por Europa, es una lástima que no puedas acompañarme, así que tendrás que consolarte con tu querida esposa y tu futuro hijo. —El sarcasmo en su tono de voz era plausible.

—El día en que pierdas la cabeza por una dama amigo mío…seré yo quien me ría de esas palabras —contestó David con una sonrisa sin sentir lástima alguna de sí mismo. Prefería mil veces quedarse allí

junto a su esposa que estar lejos de ella.

—Puedo afirmar que ese día nunca llegará. —contestó Richard riéndose—.

Es más, apostaría todo lo que resta de mi fortuna y te aseguro que no perdería un centavo.

—Te lo recordaré cuando eso suceda —confesó David—. Mientras tanto vayamos a almorzar, puesto que con toda probabilidad mi esposa esté deseando ahorcarme por dejarla tantas horas sola.

La risa de Richard no se hizo esperar y se levantó para acompañar a su amigo hasta el comedor donde almorzarían.

—Esa es una de las ventajas de no tener esposa —dijo Richard antes de salir por la puerta—. No hay que rendir cuentas a nadie.

—¡Querida! —exclamó David en cuanto vio a su esposa aparecer acompañada de la joven señorita Benedict, ambas venían charlando en una animada conversación, por lo que las interrumpió para besar a su esposa.

—¿Ahora te acuerdas de mí? —refunfuño Catherine mientras Julia permanecía a su lado.

— *Lady* Catherine, señorita Benedict —saludó Richard formalmente e inclinando la cabeza.

Su voz de por sí grave, hizo que a Julia le temblasen las piernas al escucharle y alzó la vista para mirarle a los ojos, aquellos ojos verdes de un color tan intenso que con tanto magnetismo la atraían cada vez que los observaba.

—Señor Hayden —contestó intentando aparentar normalidad, ¿Por qué demonios su ímpetu quedaba ausente cuando él estaba presente? Tal vez fuera cierto aquello de que el amor volvía torpe a una persona y extremadamente vulnerable, porque así se sentía ella cada vez que estaba en la misma habitación que el señor Hayden.

—Será mejor que nos sentemos o terminaremos almorzando la sopa helada

—intervino David hablando a todos los presentes—. Señorita Benedict, me alegro de volver a verla y es un placer que se quede para acompañarnos.

La comida comenzó siendo bastante tranquila centrándose sobre todo en el futuro hijo que los duques de Lennox iban a tener próximamente. Hasta a Julia comenzaba a aburrirle el tema de conversación monótono en el que se habían centrado.

—Señor Hayden, ¿Asistirá a la cena de los Brandon en su casa familiar dentro de dos semanas? —preguntó directamente Julia para cambiar de tema.

Los padres de su amiga Susan darían una cena acompañada de un posterior baile en su mansión de la ciudad, y por lo que ella sospechaba, probablemente anunciarían algo de lo que su amiga no parecía estar muy contenta, pero que tampoco había conseguido hacer que hablara sobre ello.

En lo más profundo de su ser, Julia sospechaba que los padres de Susan habían concertado su matrimonio, quizá el mismo destino que sufriría ella dentro de poco.

—Lo dudo mucho, señorita Benedict. Ese tipo de fiestas no suele atraer mi atención —admitió Richard restándole importancia.

—Nosotros iremos —anunció Catherine de pronto tocándose el vientre abultado.

—Yo no estoy de acuerdo con esa aceptación, querida. —contradijo David en aquel momento observando a su esposa.

—Hazte a la idea de que vamos a ir, querido —concluyó Catherine—. Así se quede la comadrona aguardando en el carruaje, asistiré a esa cena.

En ese momento Julia comenzó a reír y observó disimuladamente al señor Hayden que la miraba fijamente. Eso hizo que sus mejillas con toda probabilidad se sonrojaran ante tal hecho.

«¿En qué maldito momento había aceptado almorzar en aquella casa?» pensó Richard. Desde que David se había casado había dejado de ser él mismo para convertirse en una marioneta que bailaba al compás de su esposa. Ni por todo el oro del mundo deseaba un destino similar al de su amigo, apreciaba demasiado su libertad sin tener que dar explicaciones y menos aún, tener que guardar las apariencias para poder tener una amante diferente cada noche.

Y ahora estaba allí, aguantando aquella conversación sobre el futuro hijo de su amigo, cuando el mero hecho de tener hijos le daba pavor y

cada vez que alzaba la vista la tenía a ella delante de sus ojos, con esa mirada brillante y llena de lujuria, esos labios carnosos hechos para ser besados con fiereza y aquel rostro que le invitaba al pecado. Solo le faltó que ella se sonrojara para que sus alarmas saltaran y determinaran que tenía que salir de allí, él precisamente evitaba a todas las jóvenes como la señorita Julia Benedict y en especial "a ella" que no solo era soltera y en busca de un esposo, sino que era hermana pequeña de su amigo de Robert.

Richard no podía creer que aquella noche su amigo Andrew también asistiera a aquella velada que con total seguridad sería aburrida y que habían organizado los Brandon en su mansión familiar.

Todos sus amigos estarían en esa cena y lo cierto es que, aunque no

necesitaba a nadie para divertirse, saber que todos estarían allí le hacía barajar la posibilidad de dejarse caer por dicha velada, aunque solo fuera unos instantes haciendo acto de presencia y tratar de convencer a alguno de sus amigos para que le acompañara el resto de la noche.

¿Desde cuándo él se dejaba seducir por fiestas de ese talante? Pensó mientras desechaba la idea.

Sus amigos estaban empezando a caer en las redes del matrimonio uno a uno y sospechaba que se trataba de una epidemia.

El primero en caer fue David, creyó en su momento que no lo perdería pese a estar casado, pero nada más lejos de la realidad. Seguidamente fue Michael el que terminó comprometido con una joven de alcurnia y recientemente Andrew que acababa de comprometerse con una damisela cuya dote era demasiado tentadora para evadir las redes del matrimonio. Solo quedaban Robert y él… y por el talante de su amigo Robert dudaba que pasara mucho tiempo antes de que se comprometiera, incluso era probable que tuviera a la candidata idónea rondando en su cabeza. Una vez que Robert cayera se quedaría solo y rodeado de amigos casados cuya atención primaria serían sus esposas e hijos.

De solo pensarlo le entraban escalofríos, él no deseaba esa vida tal y como su propio padre no la deseó, pero se vio obligado a casarse con su madre y aquel matrimonio no fue bueno para ninguno de los dos. Por eso él jamás se casaría, se quedaría soltero para siempre, como su tío Thomas.

Llamó a la joven que se encontraba paseando sus curvas por aquel

prostíbulo que solía frecuentar. Lo cierto es que no la recordaba, tal vez era nueva y a él le gustaba probar siempre la mercancía nueva como ávido curioso en experimentar sensaciones desconocidas.

Conforme la joven se fue acercando el color castaño de sus ojos le hizo recordar a la joven señorita Benedict.

¿Por qué demonios pensaba en aquella joven con tanta frecuencia? Intentó desechar la imagen de hacía unos días en casa de David cuando aquellas mejillas se sonrojaron al descubrir que él la observaba fijamente. Esa joven tenía algo…era como si bajo aquella capa de ingenuidad y virginal apariencia, se escondiera una fiera deseosa de salir. Cada vez que veía el brillo de aquellos ojos color bronce, podía ver fuego en ellos y tenía que admitir que le tentaba hasta el punto de salir huyendo de ella despavorido.

Aún recordaba vez en la que ella le siguió por aquella fiesta de máscaras. Tal vez creyó que no la reconocería, pero podría reconocer esos ojos en cualquier parte, había estado a punto de besarla si no hubiera sido por la inoportuna interrupción, de hecho, tenía que reconocer que le habría gustado probar aquellos labios con la excusa de llevar máscaras para desaparecer después sin que hubiera consecuencias haciendo como si nada hubiera ocurrido.

—¡Richard! Qué extraño encontrarte aquí, ¿No? —exclamó la voz socarrona de Robert.

Richard no supo reaccionar momentáneamente. Había estado pensando en su hermana mientras miraba a la cortesana acercarse y aquello de algún modo le coaccionó.

—Al que me sorprende ver aquí, es a ti, ¿No se suponía que irías a la maldita velada de los Brandon? —exclamó finalmente cuando se sobrepuso.

—Iré, solo que prefiero hacerlo más tarde. —Sonrió Robert mientras pedía que le sirvieran una copa de coñac—. Alegué un compromiso para poder evitar la tediosa cena, así podré acudir directamente cuando pueda charlar libremente durante el baile.

—Buen punto —contestó Richard coincidiendo en ello.

Dos horas más tarde, Richard aún no sabía cómo se había dejado engatusar por Robert, pero antes de que se pudiera dar cuenta, en lugar de estar gozando en la planta de arriba del burdel con aquella joven de cabello oscuro, estaba en la casa familiar de los Brandon

donde todos habían pasado del comedor donde se organizó la cena, al gran salón de baile y algunos invitados ya se encontraban de hecho, bailando.

Julia estaba disfrutando de la velada, más aún después de estar tantos meses sin acudir a una recepción. La distracción era bastante refrescante, más aun sabiendo que allí estaban todas sus amigas que no la dejaban ni un segundo a solas.

Había estado pensando desde el almuerzo en casa de Catherine, las razones por las que Richard la podría estar mirando fijamente y porqué decidió marcharse tan inesperadamente justo después. Llegó a la conclusión de que probablemente se preguntaría porque no se habría casado a esas alturas, cuando su edad casadera empezaba a rozar el límite peligroso en dejar de serlo y cada día que pasaba era más consciente de ello, tal vez la presión que Robert y su madre influían en ella, ayudaba a creerlo.

Alzó la vista para ver las siluetas de los caballeros que entraban en el salón de baile. Su hermano Robert se estaba retrasando más de lo normal y se quedó completamente paralizada y sin aire cuando le vio aparecer sonriente junto a su amigo, el señor Hayden.

¡Había venido! Pese a que le negó en rotundo que asistiría a aquella velada,

¡Estaba allí! En aquel momento su pulso se aceleró sin pretenderlo y su garganta comenzó a resecarse. Podía ser la oportunidad que deseaba, aquella fiesta podría ser el momento indicado para obtener lo que se había propuesto

de él. El tiempo se le agotaba y dudaba que el señor Hayden volviera a dejarse caer por una fiesta tan formal como aquella en la que pudiera coincidir con él. Tal vez, el hecho de que hubiera venido era una señal del destino para cumplir su propósito.

Rechazó las pocas ofertas de baile que le solicitaron. Lo cierto es que no le apetecía en absoluto bailar, pero además estaba el medio luto que aún guardaba por la muerte de su padre y si no llega a ser por la gran amistad que mantenía con los Brandon, no podría haber acudido a aquella pequeña fiesta, que desde luego no era tan pequeña como había creído que lo sería en un principio.

Observó a Susan bailando con el duque de Buccleuch, le pareció que era la segunda pieza que compartía con su excelencia y resultaba extraño teniendo en cuenta la seriedad que siempre mantenía aquel

caballero. Más aún le sorprendió que Susan no sonreía en ningún momento mientras bailaba con él, sino que parecía casi asustada. En ese momento sin saber porqué, buscó con la mirada a los señores Brandon que sin duda observaban con cara de felicidad a su hija mientras bailaba con el duque, sobre todo la señora Brandon… lo supo, en ese momento supo la razón de aquella velada y sobre todo porqué su amiga Susan Brandon no sonreía mientras bailaba.

En cuanto la pieza de baile terminó, el señor Brandon comenzó a llamar a la atención de los asistentes mientras hacía sonido con su copa y una cucharilla de metal consiguiendo captar la atención de todos los presentes.

—Queridos amigos, agradezco vuestra asistencia a nuestra magnifica velada.

Esta noche, mi esposa y yo queremos compartir una gran noticia que estoy seguro de que os llenará a todos de felicidad igual que a nosotros. Tengo el enorme placer de anunciar oficialmente el compromiso de mi única hija, la

señorita Susan Brandon con su excelencia, el duque de Buccleuch. ¡Un gran brindis por el futuro matrimonio! —exclamó mientras alzaba su copa y observaba a la pareja de recién prometidos.

3

A pesar de que Julia lo había intuido instantes antes, la presión que en ese momento sintió en su pecho fue tan descomunal que no pudo sino escabullirse para buscar el desasosiego que le transmitía el aire exterior de la terraza en la que por fortuna para ella estaba desolada.

Necesitaba respirar, no podía ser verdad… su amiga Susan, aquella a la que tantas peticiones de matrimonio había rechazado en la búsqueda de un matrimonio por amor y que su padre lo había permitido, acababa de comprometerse con un caballero del que de todos era sabido que lo único que pretendía del matrimonio era obtener un heredero y llevaba tiempo buscando

una tercera esposa para ello. No solo Susan no estaba enamorada del duque de Buccleuch…sino que con toda probabilidad sería completamente desdichada con aquel caballero tan serio y taciturno.

—¿Se encuentra bien señorita Benedict? —escuchó Julia a su espalda que se volvió rápidamente al sentir aquella voz masculina y quedó completamente enmudecida al contemplar los ojos verdes de Richard observándola fijamente.

—Yo… —Fue todo lo que su garganta pudo articular.

—Observé que salió apresuradamente y me pregunté si le habría ocurrido algo grave —aseguró Richard.

—Gracias señor Hayden, en realidad solo necesitaba un poco de aire fresco

—admitió Julia agradecida.

—Está bien, entonces dejaré a solas —concluyó Richard haciendo ademán de marcharse.

—¡No! —gritó entonces Julia dejando a su acompañante algo confuso y frunciendo el ceño—. Quiero decir… no tiene porqué irse, agradezco su compañía señor Hayden.

—¿Por qué salió tan apresuradamente del salón cuando anunciaron el compromiso de la señorita Brandon? —preguntó Richard curioso acercándose a ella.

Lo cierto es que no había pasado desapercibido ante sus ojos la reacción de ella en cuanto el padre de la señorita Brandon anunció el compromiso de su hija. ¿Estaría la joven Benedict enamorada del duque Buccleuch? Lo dudaba, pero la curiosidad le carcomía.

—Porque ella no desea ese matrimonio —contestó Julia siendo sincera.

—¿Y eso es relevante? —preguntó confuso.

—¡Por supuesto que lo es!, ¡Ella no le ama! Y me atrevería a decir que el duque de Buccleuch ni siquiera tiene en cierta estima a la que será su tercera esposa —exclamó atormentada.

—Aun no comprendo porque le sorprende. No conozco ningún matrimonio que no sea así o que al menos, comience de esa forma —concluyó Richard.

Julia observó al señor Hayden y la verdad de aquellas palabras le dolieron en el alma. Era así, era la triste realidad de su amiga Susan y muy pronto también sería la suya.

—Le envidio señor Hayden —confirmó Julia mirándole fijamente—. Usted puede decidir, nosotras en cambio, no.

—¿Eso quiere decir que usted está comprometida? —preguntó Richard intrigado.

—Aún no, aunque no tardaré en estarlo. —contestó apesadumbrada esquivando su mirada—. Si le pidiera hacer algo por muy absurdo que para usted pareciera y extremadamente inadecuado, ¿Lo haría? —preguntó atreviéndose a enfrentarse a sus propios miedos.

Solo la palabra “inadecuado” ya le hicieron saltar las alarmas a Richard, y aun así, siguió allí sin marcharse, ¿Por qué demonios no se iba? Aquella mujer le tenía completamente intrigado.

—Eso dependerá de lo inadecuado que sea, supongo —afirmó.

—Béseme. —contestó Julia como única respuesta mientras alzó la vista para perderse en aquellos ojos verdes.

Richard sabía que tenía que irse, que tenía que salir corriendo de allí inmediatamente. Él huía despavorido precisamente de jóvenes como ella que representaban un peligro para su amada libertad, pero no cesaba de darse excusas a sí mismo para no marcharse y todo porque deseaba probar esos labios desde la primera vez que la vio.

Las voces eran lejanas, estaban solos en aquella terraza y nadie lo sabría.

Nadie le recriminaría después lo sucedido, ella había confirmado que pronto se casaría, ¿No? Entonces sería ahora o nunca. Antes siquiera de pudiera razonar que estaba pisando un terreno pantanoso, de un solo movimiento la agarró de la cintura y sus labios estaban sobre los suyos agonizantes de placer contenido.

Julia no podía creerse que el señor Hayden, lejos de rechazarle y salir huyendo despavorido fuera no solo a besarla, sino a hacerlo de aquella forma.

Cuando sintió el tirón de su agarre firme en su cintura para acercarla a él, casi no reaccionó, menos aun cuando sintió aquellos labios candentes fundirse sobre los suyos y sin siquiera ser consciente de la propia reacción de su cuerpo, gimió cuando sintió aquellas oleadas de placer que tanto había deseado descubrir al leerlas en sus libros. ¡Por todos los dioses!, ¡Eso era el paraíso!

La lengua de Richard se abrió paso a través de sus labios mientras comenzaba a juguetear con la suya propia, que lejos de asustarse, salió para hacerle frente y saborear los placeres que estaba por descubrir. Subió sus manos rozando sus brazos para tocar su cabello y notó como el señor Hayden la apretaba más aún contra su firme cuerpo musculoso si es que aquello era posible.

—¡Julia!

El profundo grito aquel nombre les hizo a ambos separarse repentinamente

como si en aquel preciso instante se hubieran dado cuenta de que habían perdido completamente el control de sus actos dejándose arrastrar por la pasión que habían experimentado mutuamente.

Julia miró entonces a la persona que acababa de pronunciar su nombre y que a pesar de la situación reconoció perfectamente porque la había escuchado desde que tenía uso de razón, su hermano Robert, que en aquellos momentos parecía enfurecido y tenía los ojos fijos en el señor Hayden que ni tan siquiera se había atrevido a mirar a los presentes que acababan de verlos besarse de una forma completamente inapropiada para las estrictas normas de sociedad y probablemente demasiado vergonzosa para incluso mencionarlo.

—¡Tu!, ¡A casa! —gritó Robert enfurecido señalando a Julia—. ¡Y tú, conmigo inmediatamente! —exclamó mirando a Richard que por fin se había atrevido a levantar la vista.

Julia no se lo podía creer, ¿Cómo había podido pasar?, ¿En qué momento habían perdido el tiempo y la noción de donde se encontraban para que les descubrieran de aquella forma? Se quería morir literalmente de la vergüenza, su nombre debía de ser la comidilla en aquellos momentos, aunque no sabía que era lo peor; si que la hubieran descubierto besándose con un hombre o que ese hombre fuera el señor Richard Hayden.

—¡No sé porqué no me sorprende! —gritó exasperada la señora Benedict.

La madre de Julia levaba soltando una retahíla de improperios desde que habían salido de la casa familiar de los Brandon. El beso que había protagonizado ella con el señor Richard Hayden probablemente habría obnubilado el anuncio del matrimonio de su amiga Susan, más aún si tenía en cuenta que le pareció ver entre la multitud que les observaba atentamente a la señora Copper, una chismosa de mucho cuidado.

«Susan» meditó Julia. Ni tan siquiera había podido hablar con ella después del anuncio de compromiso y necesitaba saber cómo se encontraba.

—Y ni siquiera se ha cumplido un año para guardar el luto de tu padre, ¡Que van a pensar! —gimió de nuevo la señora Benedict que parecía estar a punto del colapso—. Mas vale que Robert vuelva con una proposición formal de matrimonio o vas derechita al convento jovencita, ¡Pero qué clase de hija he criado dios mío!, ¡No gano para

disgustos!, ¡Qué escándalo! Si tu padre estuviera en su gloria…

—¡Ya madre! —gritó Julia exasperada—. No creo que haya sido la única y desde luego no seré la última en haber sido descubierta en una situación

“algo” comprometida —contestó firmemente.

—¡A mí no me interesan lo que hagan las otras damas! —contestó fehaciente la señora Benedict amenazando con el dedo a su hija—. ¡Has puesto el apellido de tu padre en boca de todos!

«Como si eso fuera lo peor» Gimió Julia para sus adentros y dejó que su madre volviera a su retahíla de amenazas e improperios.

Sabía lo que Robert iba a hablar con el señor Richard Hayden. Le exigiría que cumpliera con su deber de solicitar su mano en matrimonio y la preocupación la tenía con el alma en un vilo, era consciente de que el señor Hayden se negaría, eso lo tenía muy claro, lo que verdaderamente le preocupaba es si su hermano cometería la imprudencia de retarle a un duelo por negarse a casarse con ella para salvar su honor. Esperaba que no, solo deseaba que Robert no fuera tan estúpido creyendo que ese sería el único modo de restablecer el honor de la familia ante tal desagravio. Su cabeza ya divagaba sobre qué excusa dar para desaparecer una temporada de la ciudad o resignarse a aceptar la proposición del viejo conde antes de que el rumor se

extendiera por la ciudad como la pólvora.

No podía irse a dormir hasta que su hermano volviera, así que mientras que su madre fue a su habitación para cambiarse y prepararse, ella se quedó esperando en el hall de entrada de la casa dando vueltas mientras sus uñas disminuían ante la tensión de la espera. Nunca había tenido paciencia, menos aún la tendría aquella noche puesto que había sido su culpa por pedirle aquel beso el que su familia tuviera que pagar las consecuencias además de ella.

Reconocía que era demasiado impaciente y enérgica como para matar el tiempo dando vueltas así que decidió prepararse un vaso de leche caliente, aunque realmente no le apeteciera, pero más que nada lo hacía por tener una ocupación que hacer hasta la llegada de Robert. No quería irse a la habitación por si no escuchaba llegar y ella necesitaba obtener respuestas a sus preocupaciones.

Richard se maldijo a si mismo por su estupidez, ¿En qué bendita hora

se le ocurrió salir a aquel balcón al verla salir completamente sola?, ¿En qué maldito momento no supo ver las alarmas cuando le pidió que la besara?

Estaba claro que todo había sido orquestado adrede para cazarlo, para encontrarles en una situación demasiado comprometida como para poder negarse a saldar el honor de la dama, puesto que el suyo propio le importaba bien poco a esas alturas. Si no hubiera sido la hermana de Robert…, si hubiera sido cualquier otra se habría marchado de allí inmediatamente asumiendo las consecuencias.

¡Maldita Julia Benedict y malditos aquellos labios! Gimió para sus adentros mientras seguía a su amigo Robert hacia el estudio del señor Brandon que había tenido la amabilidad de concederles tras el desafortunado incidente.

—Te mataría con mis propias manos si no fuera porque con ello no

reestablezco el honor de mi hermana —gimió Robert nada más cerrar la puerta del estudio—. ¡Como se te ocurre Richard! —vociferó—. ¡Es mi hermana!

—Ella me lo pidió —confesó con franqueza—. No me tomé libertades que no me corresponden.

—¡Serás cretino! —gritó mientras le cogía del cuello amenazante—. Te vas a casar con ella Hayden, me da igual que no te guste el compromiso o las veinte mil excusas que quieras formular. Te casarás con ella o te juro que no vuelves a ver la luz del sol en tu vida —aseguró Robert con tanta intensidad y firmeza que sus palabras podrían asustar hasta al más valiente de los mortales.

Richard no esperaba una amenaza de tal magnitud, había esperado que su amigo Robert no estuviera contento, eso lo daba por sentado, pero no que lo condicionara de aquella forma, ¿Tan desesperado estaba por casar a su hermana?

—Sabes que no deseo este matrimonio, pero no voy a ser yo quien se oponga

—decretó mirándole fijamente. No, desde luego que no sería él, porque ya se encargaría de que la señorita Benedict le rechazara y se opusiera a ese matrimonio ella misma.

—¿Te casarás con Julia? —preguntó casi sorprendido Robert pensando que le costaría más que una severa amenaza convencer a

Richard para que aceptara.

—Si ella desea casarse, sí —admitió—. No me opondré —aseguró para que quedara bien claro que no sería él quien dijera que no.

—Te aseguro que querrá —contestó mientras se ajustaba la chaqueta para

salir de aquel estudio—. La boda será en dos meses, justo cuando termine el luto de mi difunto padre, hasta entonces te tendré vigilado Richard —añadió con voz ruda.

—Te he dicho que no seré yo quien se oponga al matrimonio —repitió con pasividad, pero la mirada de Robert indicaba que no le creía en absoluto—.

Te doy mi palabra de que, si ella me acepta, será mi esposa.

Robert asintió algo más convencido y salió de aquel despacho dejándole a solas.

«Solo que no me aceptará, de eso también puedes estar seguro.» pensó Richard tras marcharse Robert dibujando una sonrisa maliciosa en su rostro.

Era bien entrada la madrugada cuando Julia escuchó la puerta de entrada y salió con el alma en vilo hacia el hall.

—¡Robert! —gritó al verle en la oscuridad.

—¿Julia?, ¿Se puede saber qué haces despierta a estas horas? —le regañó Robert contrariado por encontrarla allí y aún vestida con el traje que había llevado puesto.

—¿Crees que podía irme a dormir tan tranquila? —contestó airada como si fuera lo más normal—. ¿Qué ha pasado? Le has retado a un duelo, ¿Verdad?

—preguntó convencida.

—¿Un duelo? Pero ¿De qué hablas?, Ve a dormir, mañana hablaremos seriamente tu y yo, aunque ya debes saber que estás castigada por tu comportamiento indecente de esta noche. Nos has defraudado a todos, Julia.

—¿Indecencia?, ¡Yo! —exclamó Julia atónita.

—¿Y cómo piensas calificar lo de esta noche? Como me digas que no es la

primera vez que lo haces juro que no llegarás viva al altar —amenazó con el dedo índice Robert a su hermana.

—¿Altar? —preguntó Julia frunciendo el ceño algo confusa.

—Vas a casarte con el señor Hayden, ¿Acaso esperabas otra cosa?

—¿Qué? —exclamó completamente anonadada.

—La boda será en dos meses, justo cuando acabe el luto de padre y se terminen los formalismos —confirmó Robert.

—Pero él… quiero decir, el señor Hayden, ¿No se ha negado al matrimonio?

—preguntó asombrada.

—No. Y ahora vete a tu habitación ahora mismo —advirtió Robert mientras él también se dirigía hacia la escalera.

Se casaría con Richard. La incredulidad no dejaba conciliar el sueño a Julia, no podía ser cierto, ¿Cómo era posible que él no se hubiera negado? De pronto, recordó aquel beso que dado todo el revuelo posterior apenas había podido rememorar en su memoria y se deleitó en el recuerdo de aquellos labios apresando los suyos, reviviendo de nuevo aquel sentimiento de estremecimiento que la recorría y la embriagaba en sensaciones indescriptibles… ¿Tal vez él habría sentido lo mismo?, ¿Quizá por eso había accedido a casarse con ella?, ¿Y si existía una mínima posibilidad de que Richard tuviera sentimientos hacia ella?

Deseó con todas sus fuerzas que así fuera y se aferró a esa posibilidad antes de caer en los brazos de Morfeo y en su oscuridad.

4

Julia se levantó aquella mañana sin recordar que ahora era una mujer comprometida, solo fue consciente de ello cuando entró en el comedor para tomar el desayuno y su hermano estaba leyendo inquisitivamente el periódico mientras su madre sonrió de ojera a oreja.

—Buenos días, madre. —anunció a pesar de saber que la había visto.

Después de la reprimenda de anoche, ¿Ahora irradiaba felicidad?

—Parece que has dormido bastante bien, ¿No? —respondió la señora Benedict mientras le daba un bocado a su pasta.

—Como siempre —contestó Julia sin darle importancia.

—Tu hermano ya me dio las buenas nuevas —sonrió de nuevo—. Aunque sigo enfadada contigo, dos meses es demasiado poco tiempo para organizar una boda y más aún con el luto de tu padre presente. No puedo creer tu inconsciencia, pero al menos, terminarán las habladurías sobre tu soltería. Tu padre te consentía demasiado, debiste haberte casado en tu primera temporada, como hice yo. El señor Hayden no es un conde, pero será duque algún día… —sugirió —. Mi hija una duquesa… —añadió en un tono soñador.

—¿Duquesa? —exclamó Julia confusa.

—El señor Hayden es el siguiente en la línea sucesoria al ducado de Sheraton, querida —aclaró la señora Benedict.

La noticia de que tal vez pudiera ser duquesa no le afectó en nada a

Julia, pero supuso que esa era la principal razón del porqué su madre estaba contenta, al fin se casaría y dejaría de preocuparse por tener una hija solterona, y no solo eso, sería una duquesa.

—Madre —dijo Robert en ese momento—. Si ya está contenta porque uno de sus hijos va a casarse, puede dejar a Julia desayunar tranquila.

—¡Oh!, ¡Ya lo entenderás cuando tengas hijas! —exclamó la señora Benedict

—. Bueno, he de irme. Tengo que contarle a la tía Marguerit que por fin tu hermana va a casarse puesto que no fue al baile de los Brandon anoche —

añadió alzándose de la mesa para marcharse.

—Gracias —dijo Julia nada más irse su madre y quedarse a solas con Robert.

—Suficiente tendrás con los rumores sobre tu futuro esposo y la forma de contraer matrimonio como para tener que aguantar los sermones de madre —

respondió Robert mientras cerraba el periódico y lo depositaba sobre la mesa

—. Eso no implica que no estés castigada, Julia. No vas a salir de casa hasta que contraigas matrimonio.

—¿Qué? —exclamó atónita.

—Lo que has escuchado. Te vas a casar y no voy a permitir que, en una de tus locuras, te dé por esconderte, huir o formar otro escándalo aún peor que el que protagonizaste anoche.

—¿Ni siquiera puedo ir a visitar a mis amigas? —preguntó contrariada.

—No, pero te permito tener correspondencia o que ellas vengan a visitarte si gustan de hacerlo —aclaró.

Robert no añadió que lo que trataba de evitar a toda costa es que se negara al compromiso que había formalizado con Richard. No era idiota, se olía que las intenciones de Richard que serían sin duda alguna las de provocar a su hermana para que se negara a dicho compromiso y que asumiera ella toda la culpabilidad de su deshonor.

No iba a consentirlo, incluso se negaría que tuvieran una cita si era necesario para que aquel matrimonio se celebrara. No permitiría que el honor de su hermana y el de su propia familia, quedase mancillado.

Julia se había quedado a solas en casa. Su hermano se encontraba fuera haciendo a saber qué cosa que siempre le mantenía ocupado y su madre seguía probablemente avisando a todo el mundo de que su hija iba a casarse con un futuro duque, estaba segura de que esa última coletilla no se le olvidaría mencionar tan fácilmente.

Casarse…y con el hombre del que estaba enamorada ni más ni menos. Se tuvo que pellizcar dos veces para creérselo porque aún era reacia a asumir

que el señor Richard Hayden hubiera accedido al compromiso.

—¡Julia!

El grito de Catherine la sacó de su ensoñación y le extrañó que no había sido anunciada previamente.

—Lo lamento señorita, pero es que la duquesa de Lennox entró atropelladamente y en su estado no quise alterarla aún más. —dijo la doncella avergonzada.

Julia rio sin poder evitarlo ante la situación.

—No te preocupes Sibil, *lady* Catherine es siempre bienvenida. Sírvanos el té por favor.

En cuanto la doncella asintió y desapareció Catherine casi se abalanzó sobre su amiga Julia.

—¿De verdad vas a casarte con el señor Hayden? Oí los rumores en la fiesta y casi no pude creérmelo, pero todo pasó tan rápido y justo después del anuncio de compromiso Susan con el duque de Buccleuch, casi no pude reaccionar hasta que esta mañana David me lo ha confirmado tras hablar con el propio señor Hayden.

—Si, voy a casarme según parece —contestó Julia mientras la ayudaba a sentarse.

—¡Pero estamos hablando del señor Hayden! —gritó como si con eso dijera todo—. No sé muy bien lo que sabrás de su reputación, pero no sé si es peor casarse con él o pasar el trance del bochorno por haber sido descubierta entre sus brazos en un inocente beso.

—O no tan inocente… —susurró.

—¿Te sedujo? —preguntó contrariada.

—Más bien fue al revés —confesó Julia sincerándose.

—¿Es que te gusta el señor Hayden, Julia? —Ahora Catherine parecía extrañada.

—¡Oh Catherine! —exclamó al fin creyendo que le podría contar a alguien aquello que durante tanto tiempo había escondido—. ¡Estoy enamorada de él desde hace años!

—¡Ay dios! —exclamó Catherine llevándose una mano a la frente como para secarse una sudoración inexistente.

—Nunca creí que pudiera tener una oportunidad con él, yo solo quería…solo deseaba un beso Catherine, algo que atesorar si debía casarme con otro caballero, pero jamás pensé que él me correspondería con tanta intensidad y menos aún que tras ser descubiertos aceptase el compromiso.

—Hasta a mí me cuesta creer que haya aceptado, la verdad. —Meditó Catherine.

—Siempre negué mis sentimientos por él, pero solo lo hacía porque nunca creí que podría convertirme en su esposa —afirmó con pesar.

—¿Y crees que él pueda sentir algo por ti, Julia? —preguntó preocupada Catherine.

—No lo sé… pero desearía que así fuera. Lo deseo con toda mi alma Catherine y haría lo que fuera para que él me correspondiera —confesó impaciente.

—Imagino que pronto lo descubriremos —aseguró Catherine mientras posaba una mano sobre la de su amiga para tratar de darle consuelo.

Richard había estado bebiendo hasta altas horas de la madrugada, por lo que su intención de ir a primera hora a visitar la casa de los Benedict para persuadir a la joven con la que acababa de comprometerse se había frustrado por su propia inconsciencia, pero tenía que beber hasta olvidar, al menos es lo que se dijo así mismo cuando iba por la séptima copa. No podía pensar en esos labios ardientes de puro fuego con los que ella le había correspondido, ni menos aún en aquel susurro gemido por respuesta al comprobar los

placeres carnales… ella le había tendido una trampa; era igual que todas. Una arpía mimada y consentida que se pensaba que cazaría a un futuro duque, porque con toda probabilidad sabría que era heredero al título por su hermano Robert.

Le daba absolutamente igual que los rumores hubieran empezado a correr como la pólvora, para él eso era insustancial, la joven señorita Benedict iba a romper ese compromiso quisiera ella o no.

Envió una misiva de que visitaría la casa de los Benedict esa misma tarde, pero cuál fue su sorpresa cuando el mismo Robert le respondió indicando que la joven señorita Benedict se encontraba indispuesta y no podría recibirle.

¿Indispuesta?, ¿Desde cuándo una mujer estaba indispuesta si había pasado de ser una solterona a la prometida de un futuro duque de un momento a otro? Lo que debía estar con toda probabilidad era eufórica y él se iba a encargar de apagar dicha felicidad.

Le parecía una absurda excusa, y arrugó el papel que había recibido como respuesta. No sabía si Robert también estaba compinchado con su hermana, pero le importaba bien poco que así fuera porque si tenía algo claro es que se negaba a casarse quisieran ellos o no.

Pasaron dos semanas en las que Richard hizo todo lo imposible por tratar de

ver a escondidas a la joven Benedict, incluso se apostaba con su carruaje frente a la mansión familiar esperando que ella saliera a alguna parte, pero ésta permanecía recluida siempre en casa y según Robert, seguía indispuesta.

¿Es que se iba a quedar sin prometida antes de casarse? No podía soportar más la espera, incluso estaba pensando la posibilidad de entrar a escondidas en la mansión y colarse en su habitación si era necesario, tenía que hablar con su supuesta prometida antes de que albergara más esperanzas de que ese matrimonio fuera a celebrarse.

Julia no soportaba más estar encerrada en casa, su único contacto con el exterior era el pequeño paseo que podía dar por el jardín interior de su propia casa. ¡Ni tan siquiera podía haber hablado con Susan! Y necesitaba saber cómo se sentía su amiga respecto al matrimonio. Por lo que Emily y Catherine le habían contado mediante carta no lo estaba pasando nada bien, de hecho, estaba resignada y había aceptado el compromiso por obligación, aunque eso ya lo sospechaba. Susan y ella eran como hermanas, se conocían desde pequeñas y saber

que no podía estar a su lado en un momento así la llenaba de pesar.

Por otro lado, había algo que la preocupaba y a lo que no dejaba de dar vueltas. Desde que se había comprometido con el señor Hayden no había vuelto a saber nada de él, ni tan siquiera había solicitado reunirse con ella, invitarla a dar un paseo o hacer al menos un intento por verla. ¿Era aquello normal? Según los cánones establecidos de un supuesto noviazgo, no. Pero Richard no era normal, y él no iba a acatar esos cánones, empezaba a creer que su hermano Robert le habría impuesto aquel matrimonio de una forma a la que no se pudo oponer bajo ningún concepto porque en el fondo sí tenía algo de honor, pero que realmente el matrimonio no significaba nada para él y desde luego pensaba seguir haciendo su vida sin ella. Necesitaba saberlo,

aunque ya lo supiera en lo más infinito de su conciencia solo que no quisiera aceptarlo, tenía que saber por palabras de él que su matrimonio sería así.

Tenía que trazar un plan para encontrarse casualmente con Richard o mejor aún, citarle en algún lugar para conversar. Podría resultar atrevido proponérselo ella misma, pero al fin y al cabo estaban prometidos, se supone que con eso bastaría para tomarse el atrevimiento de querer verle. Después se preocuparía en como saltarse el castigo o escabullirse un par de horas sin que su hermano Robert se enterase, aunque sabía de sobra que había mencionado al servicio que la tuviera bien vigilada en todo momento, le parecía demasiado excesivo, pero suponía que su hermano la conocía demasiado bien para saber que ella y los castigos no se llevaban bien, por eso su padre jamás la castigaba.

Unos golpes en la puerta le hicieron dejar de dar vueltas por su habitación, probablemente ya tendría la alfombra demasiado desgastada por lo mismo.

—Adelante —dijo nada más escuchar los toques.

—Señorita Julia, su madre me ha encargado decirle que esté preparada dentro de una hora, deben ir a realizar la prueba del vestido de novia.

—¿El vestido de novia? —contestó estupefacta, pero si ni siquiera había elegido tejidos o algún modelo en concreto en el que basarse, ¿Cómo iba a probárselo?

—Si señorita, irán a Lynetś.

—Emily… —susurró.

Probablemente su amiga le habría diseñado el vestido basándose en sus gustos y ni tan siquiera había elegido el tejido o corte que deseaba llevar, pero ¿Cómo? No le había dado tiempo a pensar en el vestido que debería

llevar para su boda, estaba demasiado ocupada reflexionando sobre Richard y su inexistencia como para percatarse de ello.

—Enseguida bajaré Sibil —contestó a la criada que volvió a cerrar la puerta.

En aquel momento Richard observó a cierta distancia salir de la casa familiar a la joven señorita Benedict. Ese día como tantos otros atrás, estaba apostado a una distancia prudencial para no ser visto y a la espera de poder dar caza a la joven si ésta por fin se decidía a salir. La vio salir junto a su madre la señora Benedict y una joven doncella. Lo cierto es que no le pareció demasiado indispuesta, al menos a esa distancia, pero por una vez en dos semanas su fortuna parecía sonreírle, así que las siguió desde su carruaje y esperando o más bien rezando para que se diera una oportunidad de interceptarla.

El vestido que había confeccionado *lady* Emily para el matrimonio de Julia resultó ser un precioso tejido de color bronce con reflejos anaranjados cubierto de un encaje finísimo en el mismo tono. Julia pensó que probablemente su amiga no habría elegido ese color solo porque se asemejaba al de sus ojos, sino porque habría tenido en cuenta que tras la reciente muerte de su padre no era oportuno llevar un tono claro a la ceremonia a pesar de haber pasado el periodo de luto. Sin duda era precioso, y cuando se lo probó, lo fue aún más. En ese momento fue consciente de que realmente iba a casarse y de que verdaderamente lo haría con el único hombre que había amado y probablemente amaría el resto de su vida.

—¿Te gusta entonces? —insistió Emily una vez más—. Aunque aún no puedas verlo bien del todo porque apenas está hilvanado.

—Es precioso Emily, creo que ni yo misma hubiera podido realizar una mejor elección —afirmó Julia sonriente.

—Tenía ese tejido reservado para confeccionarte un vestido especial si se presentaba la ocasión, recordé lo bien que el bronce te sienta y cuando supe de la noticia me tomé la libertad de comenzar a diseñarlo suponiendo que sería tu modista y quien te diseñaría el vestido de un acontecimiento tan importante para ti. —dijo Emily con una gran

sonrisa dibujada en su rostro.

—Me encanta. Aunque aún no sé cómo logras sacar el tiempo para realizar los diseños con tus dos pequeñas que reclaman tanto tu atención para que estés con ellas —admitió Julia.

—Yo tampoco lo sé —contestó con una carcajada mientras le pedía a una de las costureras que le retirara el vestido para realizar las modificaciones oportunas y proceder a coserlo debidamente con puntadas finas.

La señora Benedict se ausentó parcialmente para seleccionar parte del ajuar mientras que Julia se quedó a solas con Emily en el probador, eso les daba cierta libertad para hablar.

—Emily… —susurró Julia en voz baja.

—¿Sí? —preguntó Emily una vez que tenía el vestido en sus manos.

—Cuando te casaste con *lord* Sylverston, al principio no os llevabais bien,

¿Verdad? —preguntó a pesar de que conocía bastante bien la historia.

—Nada bien —contestó riéndose—. Pero eso lo sabes tú prácticamente mejor que ninguna porque lo viviste muy de cerca, incluso Catherine desconoce algunos detalles.

—Pero en vuestro caso ambos os amabais… ¿Crees que un matrimonio puede funcionar si solo uno de los dos ama al otro? —preguntó indecisa.

—¿Dudas de que el señor Hayden sienta algo por ti? Ten en cuenta que te

besó y por lo que me contaron… —dijo arrastrando la palabra en un breve silencio—. No fue un beso casto precisamente —añadió con retintín.

—Yo se lo pedí, pero probablemente el señor Hayden bese así a todas las damas…

—Dudo que un hombre bese de esa forma a todas las damas, pero si es cierto una cosa, el hecho de que te desee no implica que también te ame. Aunque es un paso muy importante para lograr que lo haga —afirmó.

—¿Crees que podría llegar a amarme, aunque ahora no lo haga?

—Bueno…aceptó casarse contigo. Es cierto que no tenía otra opción, pero por lo que me ha contado Catherine sobre el señor Hayden, bien podría haberse negado al compromiso —aclaró Emily.

—No lo sé, Emily —contestó Julia algo apesadumbrada—, desde aquella noche no he vuelto a saber nada de él y se supone que el compromiso es formal. Tengo mis sospechas de que no quiere saber nada de mí y solo accedió por la amistad que mantiene con mi hermano o porque vio que no tenía otra elección. Tal vez incluso crea que todo fue un plan premeditado para que nos descubrieran y que se tuviera que casar conmigo…le he dado tantas vueltas.

—Sea como sea ya no hay vuelta atrás Julia. Todos saben lo que ocurrió y ni tú, ni el señor Hayden podrían evadir el matrimonio.

La señora Benedict decidió hacer unas visitas después de las compras, aprovechando que *lady* Emily volvía también a su casa, pidió a la duquesa de Sylverston que llevara a su hija Julia a casa. Justo en el momento en el que Julia se despedía de Emily mientras veía su carruaje marcharse calle abajo, otro carruaje apareció frente a su casa y el destello de unos ojos verdes

capturaron su atención.

—Sube.

Fueron las únicas palabras que salieron con voz autoritaria del que iba a convertirse en su futuro esposo.

Miro hacia ambos lados de la calle y no vio a nadie, después observó que ninguno de sus sirvientes había salido aún a recibirla porque probablemente esperarían escuchar el carruaje entrar al establo. Sabía que estaba mal, que era una locura, así que, sin pensarlo dos veces, cogió la mano que el señor Hayden le ofrecía y subió junto a él mientras el carruaje se ponía en marcha.

5

Richard pensó que se negaría, que se excusaría en decir que no era apropiado e incluso ya había planeado cogerla por la fuerza aprovechando que no pasaba nadie en aquel momento por la calzada, pero para su innata sorpresa, aquella joven de ojos bronce no lo dudó y observando que nadie se aproximaba, le cogió la mano que él le había ofrecido para subir entrando así en el carruaje.

Inmediatamente Richard indicó a su cochero que iniciaran la marcha sin

rumbo fijo, únicamente darían vueltas a la manzana para decirle aquello que no podía esperar ni un solo día más, pero al observarla fijamente, no pudo sino pensar en qué clase de mujer era la joven señorita Benedict para subir a un carruaje lanzándose a la aventura. ¿Tal vez estuviera equivocado y en realidad no era una joven tan inocente como aparentaba?

—¿Sueles subir con frecuencia a carruajes de caballeros sin la apropiada compañía? —preguntó mientras notaba el cierto nerviosismo que guardaba la joven a pesar de que intentaba no aparentarlo. Ni tan siquiera sabía porqué le había preguntado aquello

—No —respondió rápidamente—. Por supuesto que no. Es la primera vez que…

—Eso no importa en realidad —contestó tajante Richard dándose cuenta de que le daba absolutamente igual si la joven era inocente o

no. Él no se iba a casar con ella de cualquier forma, es más, no se casaría con nadie y punto—.

Tu hermano alega que estás enferma, por lo que veo, solo es una absurda excusa para evitar que hablemos.

—¿Cómo dice? —exclamó sorprendida.

Julia estaba nerviosa, aunque era la segunda vez que estaba a solas con Richard, la primera ni tan siquiera había sido consciente de ello debido a la contrariedad que había supuesto el anuncio del matrimonio de Susan, ahora no solo era consciente, sino que estaba a solas en un carruaje junto a él y con el convencimiento de que pronto serían marido y mujer.

Richard pesó que probablemente la joven sería consciente de que su hermano solo había puesto excusas para no verla y solo actuaba para parecer inocente así que se exasperó aún más. Ella debía de estar al tanto cuando se había pasado días encerrada en casa precisamente para fingir ese malestar y no

verle.

—Le advertí a su hermano que no me opondría al matrimonio, pero usted en cambio sí lo hará —afirmó observándola con intensidad.

Julia le miró con los ojos muy abiertos, ¿Había escuchado bien? Aquel caballero le estaba ordenando que ella se opusiera al matrimonio, ¿Estaba loco?

—¿Cómo ha dicho? —preguntó para estar segura.

—Me da absolutamente igual las razones que alegue para ello, como si quiere fugarse con el primero que pase a Gretna Green para casarse. No voy a ofenderme, pero esta farsa de matrimonio entre usted y yo no va a celebrarse.

—¿Qué me fugue con el primero que pase? —gimió Julia desconcertada.

En aquel momento comprendió lo poco importante que era ella para el caballero que tenía delante de sus ojos. Había sido una ilusa al creer que podría tener alguna esperanza con el señor Hayden. Había creído que en el fondo podría gustarle e incluso sentir por ella algo más que deseo o pasión para aceptar casarse, pero si a él le daba absolutamente igual que se fugase con cualquiera, era porque

definitivamente no significaba nada para él, absolutamente nada.

—No puedo oponerme —contestó sincera e intentando aparentar que no estaba completamente abatida al descubrir que él no la quería.

—Creo que no me ha entendido señorita Benedict. —Las palabras de Richard eran rudas y directas—. Usted no va a salirse con la suya y si este matrimonio se lleva a cabo, se arrepentirá hasta el fin de sus días y haré de su vida un completo infierno —reiteró para que le quedara aún más clara su posición.

Los ojos de Julia brillaban, al igual que todo su cuerpo temblaba ante aquellas palabras, pero no lloraría, por lo más sagrado que no le daría el gusto a ese arrogante caballero que tenía enfrente. Podía entender que estaban en esa situación prácticamente por su culpa, porque ella fue quien le pidió aquel beso, pero él podría haberse negado, ¿No?

—Creo que ya ha dejado lo suficientemente clara su posición, señor Hayden.

—Se atrevió a decir sin mirarle—. Haré todo lo posible para que este matrimonio no se celebre, algo que desde luego nunca debió ni tan siquiera llegar proponerse.

—En eso estamos de acuerdo —afirmó Richard satisfecho.

Julia se bajó del carruaje a cierta distancia de su casa y caminó con premura, pero sin evidenciar la prisa que albergaba por llegar de una vez a casa. Entró aparentando normalidad ante el servicio hasta que subió la escalinata que conducía a su habitación y alegando que iba a descansar debido a que se sentía agotada para que nadie la molestara durante bastante tiempo, se encerró en su alcoba para dar rienda suelta a las lágrimas que había estado conteniendo hasta ese momento.

Richard no la quería, jamás la amaría y menos aún deseaba estar con ella.

Tenía que anular ese matrimonio, aunque Robert pusiera el grito en el cielo debía cancelarlo.

Se dejó caer en la cama mientras hundía su rostro entre las almohadas para tratar de apaciguar su llanto, en realidad no sabía que le dolía más; si la ruptura de las esperanzas que había puesto en creer que tenía una posibilidad con el señor Hayden o darse cuenta de que él era realmente como ella había creído siempre, un patán arrogante y

egoísta. Fuese como fuese cualquiera de las dos opciones, dolía… dolía en su pecho y en su alma de igual modo.

Decidió hablar con su hermano aquella misma noche. Cuanto antes lo hiciera, mejor puesto que era algo que no debía posponerse.

Era consciente de cancelar ese matrimonio sería otro escándalo que ensuciaría aún más su reputación, puesto que los rumores no se acallarían, pero pensaba aceptar la proposición del conde de Ashbury. Sería infeliz, también desdichada, pero al menos lo sería indudablemente en menor medida que si se casaba con el señor Hayden y éste la odiaba. Le había asegurado que haría de su vida un completo infierno si lo hacía, y, de hecho, no tenía duda alguna de que probablemente cumpliera su promesa si así procedía.

Llamó al despacho de su hermano mientras esperaba que éste contestara. No había mencionado nada durante la cena mientras su madre parloteaba sobre sus amigas y la noticia de que su hija iba a ser duquesa algún día no muy lejano, incluso había perdido la cuenta de tantas veces como lo había mencionado. Ella ni siquiera se lo había planteado, es más, no le importaba en absoluto. De hecho, no sabía que el señor Hayden era el heredero al ducado de Sheraton hasta que su madre lo mencionó por primera vez, a ella le gustaba el hombre que había bajo toda aquella apariencia insolente, riquezas o títulos. Ni tan siquiera sabía porqué se había enamorado de él, teniendo en cuenta que sus cualidades distaban mucho de ser caballerosas. Quizás fuera por eso, quizás por aquellos ojos profundamente verdes, o quizás por su forma de mirarla, fuera como fuera, ella había entregado su corazón a pesar de que su sensatez quisiera negarse a ello.

—Adelante —escuchó la voz de su hermano al instante.

Julia entró en el que hasta hacía escasamente nueve meses y medio había sido el despacho de su querido padre. Cómo le echaba de menos y cómo él hubiera comprendido esa situación mejor de lo que probablemente iba a entender su hermano.

—¿Tienes un momento? —preguntó Julia cerrando la puerta al entrar.

Observó como Robert la miraba extrañado, probablemente no esperaba que fuera ella, sino alguien del servicio.

—Por supuesto —contestó rápidamente—. Aunque no has mencionado nada durante la cena que me llevara a pensar que deseabas hablar conmigo en privado, de hecho, has estado demasiado silenciosa ahora que lo pienso —

añadió.

—No deseo casarme Robert. Simplemente no quiero —dijo directa y sin rodeos reiterando el hecho.

—¿A qué viene eso ahora? —exclamó Robert tratando de no alzar la voz, sino de mantener en cierta forma la calma.

—Me he dado cuenta de que apenas conozco al señor Hayden. Ambos sabemos que alguien como él no me conviene y…

—Te conviene, va a ser duque —contestó Robert interrumpiendo el discurso de su hermana.

—Pero un título no lo es todo y está el hecho de que…

—Hoy día lo es. Hablamos de un duque Julia, así que sí te conviene. Pero principalmente está el hecho de que, si no te casas con él tu honra y la de tu apellido nos desprestigia a todos, no solo a ti.

—Por eso iba a decir que aceptaré la propuesta del conde de Ashbury, me casaré con él y nadie recordará el desliz ocurrido en la velada de los Brandon.

—Ambos sabemos que no es así —contestó Robert—. ¿Crees que voy a creerme que rechazas al señor Hayden alegando que no le conoces porque quieres casarte con el conde de Ashbury que es veinticinco años mayor que tú

y solo le has visto en dos ocasiones? Busca una excusa mejor Julia. —añadió manteniendo la misma calma.

—¡No quiero casarme con el señor Hayden! —gritó algo desesperada.

—¿Has hablado con él? —inquirió mirándola fijamente.

—¿Cómo? —exclamó Julia sorprendida ante la pregunta.

—No importa. No hay excusas Julia, vas a casarte con el señor Hayden y lo harás te guste o no. No solo has puesto en peligro tu reputación, sino la nuestra, y no voy a permitir que hagas o deshagas a tu antojo. Padre te consintió demasiado y es hora de que aprendas a afrontar las responsabilidades de tus actos.

—¡Papá me habría entendido!, ¡No era tan obstinado como tú! —Volvió a gritar Julia.

—Tal vez y desde luego no soy él, ni pretendo serlo. Pero si miraré por lo que es mejor para ti cómo responsable de esta familia que soy ahora.

—No voy a casarme. —Amenazó de nuevo Julia tajantemente.

—Lo harás —afirmó Robert—. Y si debo obligarte a ello, lo haré. Recuerda que tú fuiste la imprudente en todo esto, toda la ciudad conoce tu desliz con el señor Hayden y si no quieres que todos seamos repudiados y padre se revuelva en la tumba por haber desprestigiado su apellido, más te vale aceptar tu destino y tratar de hacer feliz a tu futuro marido.

«Feliz», ¿Hacer feliz a Richard? Él haría de su vida un infierno cuando se casaran…

—Algún día te recordaré esta conversación y te reprocharé que pudiste haberlo evitado, Robert —dijo antes de salir sin permitir que su hermano le

respondiera.

Julia cerró la puerta dando un portazo. Robert no le permitiría cancelar el compromiso, no tendría más remedio que casarse con el señor Hayden. ¿Tan verdaderamente malo podría ser?, ¿Y si se estaba precipitando?, Después de todo *lord* Clayton, el marido de Catherine tampoco deseaba en absoluto casarse y ahora estaba completamente enamorado de su esposa… Tenía que hablar con Catherine, necesitaba hablar con ella para calmar esa agonía que comenzaba a ahogarla y oprimirla.

Julia había intentado salir de casa para visitar a Catherine, pero se había encontrado con la negatividad de Robert en cuanto a pisar un pie fuera de la casa familiar, aunque se tratara de una simple visita cordial a una amiga.

Según Robert, estaba castigada por su imprudencia y no pensaba tolerar ni una burla más hacia el apellido Benedict, una vez casada ella pasaría a tener otro apellido y a estar bajo la vigilancia y supervisión de su esposo, por lo que podría hacer cuánto quisiera al no ser su responsabilidad.

Cada vez más ofuscada con su hermano y desesperada porque el tiempo se le agotaba, había escrito a Catherine por carta para informarla de su preocupación. No se fiaba de que Robert, dado su comportamiento, se llegara a extralimitar hasta el punto de revisar su

correo, él no era así, ella sospechaba que le escondía algo y por eso estaba actuando de aquel modo, aunque también era cierto que, tras la muerte de su padre, Robert se había convertido en alguien demasiado sobreprotector y autoritario.

—Madre, ¿No podría hablar con Robert? —exclamó Julia llamando la atención de su madre a pesar de que su hermano también estaba presente—.

Mantenerme encerrada hasta que se celebre mi matrimonio es absurdo y además, completamente inadmisible.

—Tu hermano solo está velando por tu bien, querida —contestó la aludida dando un sorbo de té.

—¿Por mi bien? —exigió—. ¡Ni tan siquiera deja que visite a mis amistades!, ¡No estoy pidiendo acudir a un evento!, ¡Ni tan siquiera a un té o ir de tiendas!, ¡Se trata de visitar a una amiga!

—Deberías haberlo pensado mejor antes de exponerte públicamente a un escándalo —respondió Robert a pesar de que la acusación era directamente para él y su hermana estuviera hablando con su madre.

Robert sabía que, si dejaba salir a Julia el impertinente de Hayden estaría al acecho. Es más, sospechaba que de alguna forma se habría puesto en contacto con ella para que se retractara del compromiso y ahora de repente no quisiera casarse cuando desde el primer momento no había puesto objeción alguna.

Ese astuto de Hayden lo expresó claramente cuando dijo que él no se opondría al matrimonio y todo porque tenía pensado que fuera su propia hermana quien asumiera la culpa, quien desprestigiara el apellido y a saber que más… pero se iba a dar con un canto en los dientes si esperaba que él iba a permitir tal cosa. Hayden se casaría con su hermana, ella recuperaría su honor y además sería duquesa. Hasta entonces no permitiría que Julia pudiera salir, menos aún visitar la casa de los duques de Lennox donde sabía de sobra que Hayden solía acudir debido a su amistad con el duque.

—Robert tiene razón Julia —habló su madre—. Hasta que contraigas matrimonio y tu honor sea restablecido, será mejor que permanezcas en casa.

Julia bramó enfurecida mientras daba un golpe en la mesa. Nunca se había sentido tan oprimida y sin poder hacer nada al respecto. Hablaría con Catherine, aunque tuviera que saltar desde la ventana de

su habitación si era necesario.

—Señorita Benedict, ha llegado una carta para usted. —La voz de la sirvienta la sacó de sus pensamientos referentes al plan que ya estaba trazando para escapar de casa.

—Gracias Ninet —contestó mientras cogía la carta de la bandeja de plata en la que se la ofrecía la sirvienta y leía el nombre de su amiga *lady* Catherine en el reverso.

Sin siquiera despedirse, arrastró la silla maleducadamente para reiterar su enfado y salió del comedor mientras su madre gritaba sobre la falta de educación de su hija frente a la mesa. Le daba igual, ella podía ser educada cuando quisiera, en aquellos momentos solo quería ser totalmente lo contrario, ¿No se daban cuenta de lo injustos que estaban siendo con ella?

Corrió literalmente a su habitación hasta cerrar la puerta y observó de nuevo aquella carta. Había esperado que Catherine la visitara tal y como hizo cuando al día siguiente de la noticia de su matrimonio, pero tal vez por su estado no hubiera podido hacerlo a pesar de que en la carta que le envió le rogaba que lo hiciera puesto que ella tenía prohibido salir de casa.

La abrió rápidamente rompiendo el sello de cera con el símbolo del ducado de Lennox impreso en el anverso y sacó el contenido para devorar rápidamente las líneas.

Querida Julia,

Lamento que no te permitan visitarme, aunque puedo llegar a comprender en cierta medida a tu hermano el señor Benedict y su decisión. Probablemente crea que es lo mejor para ti debido al escándalo que se formó en cuánto al porqué de tu compromiso con el señor Hayden, es normal que solo quiera ser

precavido, de hecho, es lo mejor para conseguir que los rumores cesen y después solo se hable del matrimonio.

Quisiera disculparme por no poder visitarte en estos días, el embarazo no me permite salir de casa, ahora además de mi enorme voluptuosidad que apenas me permite caminar sin sentir que todo mi cuerpo resulte pesado, siento náuseas a cada instante. Es extraño, puesto que no las había sufrido durante todo el embarazo hasta ahora, pero los médicos dicen que puede

ser completamente normal, así que trataré de eliminar tus dudas mediante correspondencia por si no tengo la oportunidad de poder hacerlo en persona, de esta forma trataré de calmar tu preocupación.

Como bien recordarás, cuando contraje matrimonio con mi esposo, ambos habíamos sido obligados a ello por nuestros padres y puedo asegurarte que lord Clayton era contrario al mismo, y asumo que sus razones eran las mismas que las que puede tener el señor Hayden en estos momentos.

Desconozco el carácter del señor Hayden, pero si algo puedo confirmarte al menos en mi caso y probablemente en el de tu futuro esposo, es que esa reacción de negación al matrimonio solo es miedo al compromiso y a perder la libertad que posee. No debes preocuparte, en cuanto el señor Hayden se dé cuenta de la espléndida mujer que tiene por esposa, caerá rendido a tus pies, es más, te diré lo que me dijo mi tía Camelia cuando me escapé para visitarla…

"Te enseñaré a tener al hombre que desees, comiendo en la palma de tu mano".

Espero verte pronto mi querida amiga.

Lady Catherine, duquesa de Lennox.

Julia respiró hondo. No había sido tan explícita en su carta dirigida hacia Catherine como para citarle que había mantenido un encuentro con el señor Hayden en el que él la amenazaba directamente, sino que se había limitado a decir que, debido a la ausencia de noticias de su prometido, dudaba que él quisiera casarse y que más que dudarlo era casi una sospecha certera de que él no deseaba ese matrimonio.

Pese a todo, Catherine había conseguido aliviar en parte su agonía, esa opresión que sentía cernirse alrededor de su cuello como si pretendiera ahogarla debido a la amenaza del señor Hayden y no poder hacer nada por evitar el compromiso. Si era sincera consigo misma, seguía deseándolo, ¡A pesar de todo lo amaba! Sólo quería verdaderamente creer en las palabras de su amiga, deseaba creer que lo que el señor Hayden sentía solo era miedo al compromiso y a perder su libertad, miedos que no tardarían en irse a otra parte cuando la conociera y le demostrara que aquel matrimonio podría funcionar y que le podría dar todo cuanto él deseara.

Richard no se podía creer que aquella mocosa de ojos bronce no hubiera sucumbido a su amenaza, ¡Si le había prácticamente

asegurado que anularía el compromiso!

Después de la conversación que habían mantenido en su carruaje hacía más de un mes, se había confiado plenamente, hasta que las semanas comenzaron a pasar y no tenía ninguna noticia de Robert respecto a la anulación del matrimonio, únicamente para informarle de los últimos cambios respecto al mismo, algo a lo que él no podía negarse tras haber dado su palabra de que no sería quien se opondría a ello.

—¡Maldita dama insolente! —gimió en voz baja mientras le daba un sorbo a su quinta copa.

Deseaba ir borracho, aunque en realidad solo iría con resaca, pero no deseaba sentir nada en el día en el que le rodearían con una soga el cuello y prácticamente lo lanzarían al vacío.

Iba a casarse, tan solo faltaban horas para que se celebrara aquella maldita boda y encima debía recibir felicitaciones por ello. ¡Al cuerno!, Había intentado colarse en la casa familiar de los Benedict, pero no encontró ninguna de las ventanas abiertas. Trató de acecharla, pero aquella endemoniada mujer no se atrevía a salir de su gran morada, suponía que consciente de que si lo hacía volvería a amenazarla… chica lista, desde luego.

Ni tan siquiera visitaba a su gran amiga la duquesa de Lennox, y lo sabía porque él acudía muy frecuentemente a la casa de su amigo David para comprobarlo.

Nada, ya no podía hacer absolutamente nada para cancelar ese matrimonio, pero lo que tenía por seguro es que pensaba cumplir plenamente su promesa.

Iba a hacer de la vida de la señorita Julia Benedict un infierno.

—Te equivocaste de hombre, Julia Benedict —susurró—. Debiste haber elegido a otro inútil para tu propósito, pero la ambición te pudo… y ahora haré que te arrepientas. —Volvió a susurrar para sí mismo mientras volvía a vaciar el contenido de la copa y después pedía que le sirvieran otras dos.

6

Los últimos arreglos del vestido de novia de la señorita Benedict, los habían realizado en la propia casa familiar, desplazándose el personal de Lynet's hasta allí por el expreso deseo del señor Robert Benedict.

Julia pensaba que era increíble que ni tan siquiera para realizarse las pruebas del vestido le hubiera permitido salir de la mansión. Tal era el atosigamiento que estaba comenzando a sufrir por parte de Robert que se había limitado a no dirigirle la palabra, ni a cruzar una mirada con él; menos aún pensaba pedirle permiso o rogarle cuando sabía de sobra su negación.

Nunca había visto a Robert tan taciturno, pero se había cansado de intentarlo, si al castigo de su hermano le sumaba que su propia madre lo apoyaba e incluso hasta su propia amiga Catherine admitía que su encierro era considerado normal tenía; poco que hacer. Todos estaban en su contra y porque no admitirlo, en el fondo, muy en el fondo de sí misma, deseaba realmente que aquella boda se celebrara. Tal vez fuera mejor así, impidiendo que el señor Hayden pudiera hablar con ella de nuevo para volver a atormentarla e infundirle esos miedos. Quizás después de que se celebrara el matrimonio, podría conseguir persuadirlo de tal modo, que acabara enamorándose tal y como ella lo estaba de él.

Estaba nerviosa a tan pocas horas para dar el «Sí, quiero» en aquella iglesia, frente al sacerdote y delante de todos sus seres queridos, al único hombre que la había hecho sentir... suspirar... anhelar... e incluso había llegado a fingir interés por algunos caballeros de gran porte y talante para que nadie sospechara de su predilección por el

señor Hayden pensando que jamás tendría una posibilidad de un acercamiento a él.

Su incipiente nerviosismo se reducía a la reacción de él cuando la viera.

Quizá lograra comprender que ella no había podido hacer nada al respecto para negarse, tal vez las amenazas solo fueran para causarle el miedo necesario que indujera romper compromiso, pero no sería capaz de hacerle daño alguno. Además, si tanta repulsión le provocaba el matrimonio, se podría haber opuesto al mismo en lugar de pretender que lo hiciera ella.

Se había ataviado con su camisón de noche para irse a la cama, a pesar de que dudaba que apenas pudiera lograr dormirse porque su mente no la dejaría hacerlo. Alguien llamó a su puerta en ese momento y se colocó rápidamente la bata para cubrir parte de su cuerpo antes de anunciar que entraran.

—¿Robert? —exclamó extrañada de que su hermano se atreviera a ir hasta su propia habitación en lugar de mandarla llamar si es que quería hablar con ella. Además, hacía días que no se hablaban y que él fuera hasta allí le resultaba de lo más extraño.

—Siento la intrusión, pero probablemente mañana no podamos hablar por la ceremonia y después te marcharás de aquí —confirmó con talante serio.

Julia sintió cierta nostalgia. En tan solo unas horas no solo sería una dama casada que cambiaría de apellido, sino que su vida pertenecería a la de su esposo y dejaría de vivir allí, tendría otra casa, otra familia...todo cambiaría y dejaría de ver a su hermano o a su madre a diario. Quizá debería alegrarse por ello, pero tal vez lo hiciera si la situación fuera distinta, si su compromiso hubiera sido de otra forma.

—Si —admitió Julia sin añadir nada más.

Realmente no sabía que pretendía Robert entrando a su habitación, quizá quisiera decirle algo importante.

—Julia, sé que he sido bastante severo contigo todo este tiempo, pero solo quiero que sepas que lo hice por tu bien, algún día lo comprenderás —afirmó Robert con ese deje taciturno que le caracterizaba últimamente.

Julia observó detenidamente a su hermano, en cierta forma podía casi

palpar su preocupación por ella.

—Quizás. —Se atrevió a responder—. Pero quiero que me prometas algo, Robert.

Robert alzó una ceja algo intrigado sin pronunciar palabra alguna y esperó a

que su hermana Julia dijera aquello que quería que él le prometiera.

—A partir de mañana no te entrometerás en mi vida y respetarás sean cuales sean mis decisiones. Como bien dijiste solo responderé ante mi esposo —

añadió Julia seriamente.

—Por supuesto —contestó sin un atisbo de duda.

Julia se quedó tranquila. No sabía lo que le depararía su futuro con Richard, pero de un modo u otro, Robert no interferiría en este tal y como había hecho para que aquel compromiso se llevara a cabo. Aquella misma noche, su madre acudió a su habitación momentos después de que su hermano se marchara, trató de contener la risa cuando su madre intentaba explicarle lo que un hombre y una mujer hacían en el lecho la noche de bodas.

Tuvo que reprimir las ganas de decirle a su madre que ella ya sabía perfectamente lo que ocurría y que tenía unos libros muy ilustrativos al respecto justo debajo de donde permanecían sentadas, pero el sonrojo de su madre contando tales proezas se quedaría grabado en su mente durante el resto de su vida, aunque aquella conversación solo le hacía pensar hasta dejar volar su imaginación, visionando el momento en el que Richard y ella se quedarían a solas en la próxima noche después la boda y donde por fin viviría esos momentos mágicos que tanto había leído una y otra vez en sus libros.

—Tan solo unas horas —susurró justo antes de cerrar los párpados imaginando como sería ser desnudada por Richard y estar completamente entre sus brazos.

—¡Arriba señorita!, ¡Despierte! —Las voces de Sivil la despertaron abrumada—. ¡Hoy es el día de su boda!, ¡Y debemos prepararla

debidamente!

—¿Qué hora es? —gimió Julia aún adormilada.

—Son las seis —contestó la criada mientras se paseaba por la habitación y abría las cortinas dejando pasar la leve luz que conseguía filtrarse.

—Faltan casi cinco horas Sibil, déjame dormir un poco más —volvió a gemir Julia entre las sábanas.

—Su madre ha dicho que debe tomar un largo baño para que la fragancia penetre en su piel así que no queda tanto tiempo.

Por suerte, Julia pudo dormitar mientras se daba aquel baño caliente cuya fragancia olía a orquídeas y jazmines. Era exquisito y lo cierto es que aquel olor hacía parecer que estuviera en el paraíso.

Emily llegó para dar los últimos repasos y retoques al vestido, asegurándose de que le quedaba absolutamente perfecto y por suerte para ambas pudo quedarse a solas unos minutos con ella.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Emily emocionada.

—Mucho —contestó Julia retorciéndose las manos ya que las sentía sudorosas a pesar del frío. En breves instantes Robert aparecería para partir hacia la iglesia donde todos debían de estar esperando la llegada de la novia.

—Tranquila, yo no tuve un gran comienzo de matrimonio, recuérdalo..., aunque eso no quiere decir que a ti te pase.

—Lo sé. —Julia intentó sonreír.

Ni Emily, ni Catherine habían tenido un buen comienzo, así que ella no se dejaría amedrentar si en su caso era similar. Iba más que preparada para enfrentarse a la *ira* de Richard, pero también pensaba demostrarle que aquello podía funcionar.

—Probablemente el señor Hayden se dé cuenta de lo especial que eres y si no es así, muéstraselo —aseguró Emily acariciándole la mano—. Te veré en la iglesia Julia —advirtió antes de marcharse mientras Julia asentía aún algo ausente.

—Vamos —pronunció la voz de Robert.

Julia salió de su ensoñación y vio el brazo que su hermano le ofrecía y al que se aferró siguiéndole hasta el carruaje donde montaron y el trayecto fue demasiado breve.

En cierto momento llegó a creer que tal vez el señor Hayden no estaría en la iglesia, que se retractaría y partiría muy lejos de Londres para escapar de aquel compromiso, pero cuando entró en aquella capilla del brazo de Robert y observó la figura al final del pasillo esperándola, su anhelo creció. Él estaba allí, no se había marchado, no había huido y no pudo evitar sonreír para sus adentros por ello. En lo más profundo de su ser lo consideró como una oportunidad para demostrarle que ella era la esposa que necesitaba.

Cuando Robert la dejó frente al altar y el señor Hayden se giró hacia ella para contemplarla, un estremecimiento la recorrió y su lividez sería palpable al notar el odio en la mirada del que iba a convertirse en su esposo. Aquellos ojos verdes que tanto había anhelado parecían advertirla de que estaba cometiendo el mayor error de su vida, pero ya era demasiado tarde, no podía hacer nada, simplemente no podía negarse y salir corriendo, ¿Qué opciones

tenía?

Rezó... sólo rezó porque cuando aceptó al señor Richard Hayden como su esposo, aquella no fuera su sentencia hacia el infierno que le había amenazado con convertir su vida si se casaba con él...

—Espero que esté preparada, querida, porque pienso cumplir mi promesa —

susurró Richard cerca del oído de la señorita Benedict cuando le dio un beso en la mejilla para sellar su matrimonio.

A Julia se le heló la piel. En cierta forma lo esperaba, en sus pensamientos hasta cierto punto lo imaginó. Sólo que escucharlo por parte de sus labios era demasiado doloroso.

—No he podid... —Comenzó a defenderse, pero Richard ni tan siquiera la escuchó. Le dio la espalda para saludar a sus conocidos que se acercaban a ellos.

Tras saludar a gran parte de los invitados pese a ser una ceremonia bastante íntima, los invitados se fueron retirando para ir hacia la casa de los Benedict donde se ofrecía un pequeño refrigerio. Julia sintió la mano que se cernía en su brazo y se giró para encontrarse con los ojos verdes del que ahora era su esposo.

—Tenemos que firmar —Su tono de voz no denotaba ningún tipo de entusiasmo.

—Por supuesto —alegó Julia guardando las apariencias ante los invitados.

Tras firmar los documentos y pagar la comisión al sacerdote, Richard volvió a agarrarla del brazo mientras tiraba de ella hacia el carruaje.

—¿Podría ir un poco más despacio? —gimió Julia al comprobar que sus pasos no eran tan largos como los de él y no podía seguir su ritmo.

—No —respondió taciturno.

—¡Entonces suélteme! —exigió ella mientras intentaba soltarse de su agarre, pero éste la tenía demasiado bien sujeta.

—No está en condiciones de pedir o exigir nada, ¿Entiende? —Le reprendió Richard—. Le advertí que cancelara esta pantomima y no le dio la gana de hacerlo, así que ahora atentase a las consecuencias.

—¡No podía! —exclamó Julia.

—Excusas —contestó sin prestarle atención—. No le convenía porque usted misma orquestó todo esto, pero debió haber elegido mejor, porque le aseguro que haré que se arrepienta cada día durante el resto de su vida de su mala elección. —Su voz denotaba furia, como si tuviera una rabia contenida que no podía evitar expresar.

—¡Yo no le pedí que me siguiera! —gritó Julia evocando aquel encuentro desafortunado que les había llevado a esa situación.

No tenía ninguna lógica, si ella hubiera orquestado todo tal y como él decía,

¿Cómo iba a prever ella que le seguiría?

—Pero aprovechó bien la oportunidad, ¿no? —exclamó contraatacando.

—Hasta donde yo sé, solo soy culpable por pedirle que me besara, ¡Usted podría no haberlo hecho! —gritó enfurecida.

—Solo estaba haciendo una obra de caridad, pero que resultó ser la más cara de todas —dijo arrastrando las palabras—. No pienso ir a su ritmo, la esperaré en el carruaje y se puede olvidar de que la llame esposa, porque yo no la consideraré jamás mi esposa —añadió antes de marcharse y dejarla completamente boquiabierta.

¿Qué él no la consideraría su esposa?, ¿Y cómo demonios la pensaba

considerar entonces?

El viaje en carruaje de regreso a la mansión de los Benedict fue silencioso, de hecho, Julia se apreciaba como el señor Hayden solo se dedicaba a observar por la ventanilla de la puerta de acceso al coche de caballos para evitar cualquier conversación.

Fue el viaje más incómodo, silencioso e incluso detestable de su vida. Por suerte la iglesia no estaba demasiado lejos de su casa, aunque el trayecto logró ser casi eterno, pero había podido procesar las palabras de su esposo, era evidente que estaba enfadado por haber tenido que casarse con ella, pero

¿Decir que solo estaba haciendo una obra de caridad?, ¡Y un cuerno! Él la había besado con ansía y con una pasión que no se podía fingir por mucho que hubiera dicho lo contrario. No era tan inexperta en el tema a pesar de no haber besado jamás a ningún caballero salvo a él, como para no haber podido sentirlo durante aquel fatídico beso.

No le pasó desapercibido que ni se molestó en ayudarla a bajar del carruaje cuando finalmente llegaron, sino que fue el propio cochero quien lo hizo. Su falta de respeto hacia ella solo hizo acrecentar sus palabras; no la trataría como su esposa, pero por lo que parecía con su actitud, tampoco la consideraba como a alguien cercano a ella por el que mostrar cierto respeto o interés.

«Está enfadado» Se repetía Julia constantemente. Tal vez cuando pasaran unos días, aceptaría que no podía simplemente evitarla y que ella ahora era su esposa quisiera él o no. Quizá era una necia por intentar convencerse a sí misma de que así sería, pero de lo contrario tendría que asumir que su matrimonio estaba condenado al fracaso desde un inicio. Le dejaría desahogarse… pero después, quisiera el señor Hayden o no, aceptaría que era su esposa.

—¡Susan! —gritó Julia al verla en el salón de invitados.

Julia no había visto a su amiga en la iglesia, y tampoco había podido hablar con ella desde que anunció su compromiso y acto seguido se vio envuelta en aquel escándalo.

—¡Oh Julia!, ¡Tenía tantas ganas de verte! Pero mi madre no me dejó debido a mi reciente compromiso y al verte envuelta en ese escándalo justo cuando lo anunciamos… ¡Me costó un mundo convencerla para dejarme asistir a tu boda! —exclamó tan sincera como siempre.

—Lamento haber fastidiado tu compromiso Susan, ¿Por eso no

contestaste a mis cartas? Sólo sabía de ti por lo que Emily y Catherine me contaban, me habría gustado visitarte…

—¿Qué cartas? —exclamó Susan extrañada.

—Te escribí… —respondió Julia sorprendida—. Varias veces de hecho por no obtener respuesta.

—Lo siento Julia, pero no recibí ninguna tus cartas —contestó apesadumbrada—. Probablemente madre creyó que no sería oportuno recibir correspondencia, perdónala Julia, estaba algo enfadada por arruinar mi compromiso con el duque.

—Eso no importa ahora, pero cuéntame, ¿Estás bien?, ¿De verdad vas a casarte con el duque de Buccleuch? —preguntó Julia no importándole que la señora Brandon hubiera manipulado la correspondencia de su hija, era malgastar el tiempo puesto que por suerte podía hablar ahora con ella.

—Si —afirmó sin ningún entusiasmo—. Voy a casarme con el duque dentro de diez meses, será un noviazgo formal según las estrictas normas.

—Pero…él ya ha estado casado anteriormente —susurró Julia recordando el hecho—. En dos ocasiones…

—Lo sé. Créeme que lo sé —afirmó Susan cabizbaja.

—Y no le amas —afirmó Julia.

—No —respondió sincera.

Susan era demasiado abierta como para poder fingir sus sentimientos.

—Susan… —dijo Julia con cierto pesar.

—No te preocupes por mí, Julia. Yo lo he aceptado y sé que tendré que enfrentarme a ello cuando llegue su momento, pero dime, ¿Qué hacías besándote con el señor Hayden? Sabes perfectamente que…

—Lo sé, pero siempre le he amado Susan, solo que nunca creí que podría tener una sola oportunidad tratándose de él….

—¿De verdad? —exclamó sorprendida.

—Aunque él no siente lo mismo por mi…de hecho casi afirmaría que siente todo lo contrario en estos momentos por obligarlo a casarse.

—Pero te besó… eso tiene que significar algo, de lo contrario no lo habría hecho —confesó Susan con esperanza.

—Puede ser, el tiempo lo determinará. —Julia no deseaba adelantar las cosas, era mejor no soñar demasiado y ser bastante realista.

Julia se sintió bastante arropada durante la celebración gracias a Emily y Susan, puesto que Catherine solo estuvo un breve instante solo por el compromiso y la amistad que las unían ya que debido al embarazo le resultaba demasiado incómoda la velada, pese a todo, agradeció la molestia de pasarse para felicitarla y darle su apoyo.

La ceremonia estaba llegando a su fin y el equipaje de Julia ya estaba cargado en el carruaje con destino a su nuevo hogar. Ni tan siquiera sabía dónde viviría, sabía que su esposo tenía varias propiedades que heredó tras la muerte de su padre por lo poco que había escuchado alguna vez hablar a su hermano y en la ciudad estaba la mansión familiar. Suponía que sería allí donde se dirigían, pero desconocía si viajarían a alguna otra propiedad como solían hacer los recién casados en su luna de miel.

Julia montó en el carruaje y seguidamente lo hizo el señor Hayden. Sintió como carraspeaba, pero no dijo nada, así que ella guardó silencio momentáneamente, hasta que no aguantó más debido a la incertidumbre.

—¿Dónde iremos? —preguntó cordial.

—A mi casa —contestó secamente.

Julia comprendió que había mencionado dicha posesión como suya propia no incluyéndola a ella. Tal vez fuera la costumbre, llevaban demasiado poco tiempo casados como para que él entendiera que ahora compartirían todo, también las posesiones.

—¿Y viajaremos después? —preguntó con tacto.

—No. No pienso moverme de la ciudad —contestó tajante—. Pero eres libre

de irte al campo si lo deseas, no seré yo quien me oponga precisamente.

Julia observó la casa de su esposo y su ahora hogar, era bastante más pequeña que la mansión familiar donde ella había crecido, aunque parecía algo descuidada, como si se notara que faltaba una mano

femenina que le diera ese toque de hogar. La ausencia de flores, cuadros, tapices y decoración floral era palpable. Todo era sobrio, austero e incluso bastante oscuro.

—¡Margaret! —gritó Richard nada más llegar.

—¿Sí señor? —preguntó la sirvienta.

La doncella era el ama de llaves y rozaba la cincuentena. Algo regordeta y con algunas canas incipientes en su cabello pulcramente recogido.

—Lleve a la señora a su habitación —afirmó Richard.

—Si señor —contestó enseguida—. Cuando desee señora Hayden.

Julia pensó que al menos el señor Hayden había mencionado al servicio que volvería con una esposa, de lo contrario aquella doncella no la habría llamado por su nuevo nombre.

—Me marcho —anunció Richard justo cuando su esposa daba un paso para subir la escalera que conduciría a las habitaciones.

—¿Cómo? —exclamó Julia anonadada.

—Será mejor que no me esperes despierta *querida*, porque quizá no vuelva antes del amanecer.

Y con un gesto en forma de saludo, desapareció por la puerta dejando a Julia muda por primera vez en su vida.

«No iba a llorar, no iba a llorar, no iba a llorar» Se repetía mientras se

paseaba por la alfombra de la habitación en la que la habían instalado.

Habitación que no era desde luego la de su esposo, sino la que en su día fue de la madre de éste.

Si aquello se trataba de un castigo, Richard lo estaba haciendo demasiado bien, habían pasado varias horas desde que se había marchado y ella era incapaz de conciliar el sueño pensando donde se hallaría en su noche de bodas, tal vez solo se había marchado a alguna de sus propiedades o simplemente estaría alojado en alguna pensión a las afueras de la ciudad.

Fuera como fuera, no pensaba dejar que aquello mermara su

propósito. En cuanto pasaran unos días, su enfado disminuiría, como le había dicho Catherine, solo era el miedo al compromiso, tenía que ser eso y por lo que actuaba así.

Se despertó algo tarde, pero lo suficientemente temprano si tenía en cuenta que tardo demasiado en dormirse. Se vistió apropiadamente y bajó al comedor. Realmente no sabía cómo actuar al no ser aquella su casa y más aún, teniendo en cuenta la ausencia de su esposo que quizás habría vuelto mientras ella dormía.

—Buenos días mi señora, ¿Por qué no me avisó para que la ayudara a vestirse? —exclamó el ama de llaves.

—No lo vi necesario —confirmó Julia sincera, puesto que se había puesto uno de los vestidos sencillos que eran para estar por casa.

—Pediré entonces que le sirvan el desayuno —anunció la doncella.

—¿Ha regresado mi esposo? —preguntó Julia.

Era tan extraño llamar a al señor Hayden esposo en voz alta…

—No mi señora, el señor Hayden no ha regresado desde anoche. —El tono de

voz del ama de llaves denotaba cierto nerviosismo, como si sintiera cierta pena por ella. Y no era de extrañar, él había dejado bien claro lo que pensaba de aquel matrimonio a los sirvientes de la casa marchándose en su noche de bodas; la había dejado completamente en ridículo ante ellos.

Ni tan siquiera había dado el primer sorbo a su té cuando anunciaron que la duquesa de Sylverston solicitaba verla.

—¿Emily? —exclamó Julia dejando la servilleta sobre la mesa y fue corriendo hacia la entrada. ¿Le habría ocurrido algo a Catherine?, Tal vez ya estuviera de parto, pero no podía ser… ¡Era muy pronto aún!

—¡Catherine! —gritó al verla de pronto también allí.

—¿Estás bien? —preguntó Emily adelantándose impidiendo que Catherine contestara.

—¿Quién?, ¿Yo? —preguntó Julia sin entender nada.

—No lo sabe —gimió Catherine en voz baja hacia Emily.

—¿Qué ocurre?, ¿Le ha pasado algo a mi madre?, ¿Se trata de mi hermano Robert? —exclamó sin obtener respuesta—. ¿Es el señor Hayden?, ¿Le ha ocurrido algo? —siguió preguntando, pero seguían sin responder.

—Julia no sé cómo… —comenzó a balbucear Emily.

—Pero ¡Qué ocurre! —gritó al ver sus caras de preocupación.

Sabía que debía ser algo grave si Catherine había ido hasta allí y entonces vio aparecer a David con el rostro algo sombrío… fuera lo que fuera, tenía que ver con su esposo.

—¿Está vivo? —exclamó pensando que había sufrido un accidente.

—Para tu desgracia si —bramó Catherine.

Julia se llevó una mano al pecho por el alivio, por un momento creía que él…

que él…

—Anoche se exhibió por todos los lugares públicos de Londres con una renombrada bailarina exótica —gimió Emily casi susurrante.

—¿Qué? —exclamó Julia abriendo los ojos de par en par no pudiendo procesar aquella información.

—Todo Londres no habla de otra cosa Julia, de que tu esposo prefirió a esa cortesana de piel oscura antes que a su propia esposa en su noche de bodas —

concluyó Catherine—. Tienes que marcharte, debes irte hasta que haya otro escándalo que silencie la noticia que se extiende como la pólvora, aunque ningún escándalo sea jamás sea de tal magnitud.

Julia sintió que el aire no llegaba a sus pulmones. No podía respirar, lo intentaba, pero simplemente no podía… y en un momento dado la oscuridad la atrapó, solo escuchaba a lo lejos los gritos de Emily y Catherine llamándola.

7

El olor a sales devolvió a Julia a la realidad. Abrió los ojos lentamente mientras la claridad del día hacía que el rostro de Emily dejara de ser borroso.

—¿Julia?, ¿Me escuchas? —exclamó Emily cuya voz sonaba para Julia lejana y preocupada.

—Si… si… —confirmó Julia mientras se incorporaba del sillón donde se encontraba. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero no le importaba.

—¿Te sientes bien? Te has desmayado —intervino la voz de *lord* Clayton.

—Y cómo no iba a desmayarse con una noticia así —aclaró Catherine airada.

Julia la miró y estaba sentada en una postura extraña debido al abultado embarazo.

—Pediré que preparen tu equipaje. —Mencionó en ese momento Emily incorporándose—. Te vendrás de momento a mi casa, después puedes decidir a donde ir cuando…

—No —susurró Julia interrumpiendo el discurso de su amiga.

Salir corriendo era lo que probablemente el señor Hayden querría que hiciera.

Huir… escapar tan lejos de él para dejarle el camino libre y hacer lo que quisiera. Además, ¿No le había dicho que haría de su vida un infierno? Eso era precisamente lo que Richard Hayden, su *esposo*, estaba haciendo.

Acababa de convertir su vida social en un auténtico infierno, pero no pensaba desaparecer como una estúpida esposa repudiada a la que su esposo no había tocado en su noche de bodas. No era ninguna cobarde y mucho menos le daría la satisfacción de sentir que había ganado la partida.

No, definitivamente no le daría ese gusto al señor Hayden, prefería tragarse su propia dignidad.

—¿No? —repitió Emily.

—No voy a irme —repitió dando voz a sus pensamientos—. No voy a huir, no voy a darle lo que él quiere…no me marcharé de ésta casa.

—Sabes que lo que el señor Hayden acaba de hacer os ha condenado a ambos, ¿verdad? —habló Catherine—. No recibirás invitaciones, ni estarás en las listas de sociedad y probablemente cuando pises un pie fuera de ésta casa, todos te mirarán con desprecio y hablarán… Julia, no te mereces eso —

añadió.

—Tal vez no me lo merezca, pero es mi realidad lo quiera o no. No voy a darles el gusto de hacer lo que todos esperan, que huya lejos de la ciudad hasta que lo olviden —aclaró decidida.

—¿Estás completamente segura? —preguntó Emily mientras le cogía una mano dulcemente.

—Si, muy segura —confirmó—. Se que os preocupáis por mí, pero me gustaría estar a solas, por favor.

Necesitaba procesar lo que su esposo acababa de hacerle, no solo a ella, también a sí mismo exponiéndose de aquel modo. El dolor tras saber que había realizado aquello solo para perjudicarla era demasiado grande, tanto, que no sabía cuánto tiempo podría aguantar más la compostura sin que las lágrimas finalmente se derramasen.

Catherine se fue primero acompañada por su esposo que la ayudaba a montar en el carruaje para regresar a su hogar.

—Hablaré con él —dijo el duque de Lennox antes de marcharse, pero Julia fue incapaz de decirle nada, hasta el propio *lord* Clayton era consciente que su amigo se había extralimitado con creces.

—Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti, Julia. Tenlo siempre presente —dijo Emily después de que los duques de Lennox se marcharan y permanecieran a solas unos minutos.

—Lo sé, Emily… pero necesito hacer esto por mí misma. Sé que si huyo no me lo perdonaré y me reprocharé haber sido una cobarde —atajó.

—A veces eres demasiado obstinada mi querida amiga, pero no serías tu si no lo fueras —dijo Emily antes de abrazarla y se marchó inmediatamente.

El apetito de Julia se había esfumado, ni tan siquiera sabía si el señor Hayden sería capaz de volver a casa, y si lo hacía ¿Con qué cara pensaba mirarla?,

¿Sabría que ella ya se había enterado del escándalo que había formado?

Debía ser un idiota si creería que tal hazaña no llegaría a sus oídos en pocas horas… una noticia así corría como la pólvora, es más, probablemente habría salido en los periódicos si habían cogido la noticia a tiempo, de lo contrario, no se salvaría de estar en los de mañana.

Richard abrió los ojos lentamente, el dolor de cabeza era descomunal y entonces recordó las dos botellas de brandy que se había bebido él solo la noche anterior para hacer lo que tenía planeado…

Giró su cuerpo dolorido, ¿Por qué demonios le dolían absolutamente todos sus músculos? Gimió ante el dolor al intentar incorporarse en aquella cama de sábanas blancas y vio el cuerpo desnudo de la mujer que tenía al lado boca abajo. Su tez era oscura y entonces se acordó de la bailarina con la que pretendía dejarse caer por el teatro para que todos le vieran.

Se incorporó de la cama para vestirse, desconocía que hora sería, si era demasiado tarde o no, aunque eso nunca le había importado. Dejó unos billetes sobre el lecho donde seguía aquella bailarina exótica, de algún modo le atraía la forma que tenían de seducir mediante el baile aquellas mujeres que venían de países lejanos, más incluso que el propio placer que podían proporcionar en el lecho. Después de años

de placer carnal, buscaba algo más en una mujer que la propia satisfacción, buscaba el erotismo y la seducción que le proporcionaban, por eso eran sus favoritas.

Salió de aquel burdel en el que se alquilaban habitaciones y tomó un carruaje para volver a su propia casa. En ese momento fue consciente de que su esposa estaría allí, de algún modo no sabía cómo tratarla cuando llegara,

aunque ella no se hubiera enterado de nada aún y quizá tardara días en enterarse por los rumores que llegarían a sus oídos cuando saliera de casa o cuando tomara conciencia de que no recibía tantas invitaciones a los eventos sociales. La había condenado socialmente, era consciente de ello y aunque a su debido momento había pensado lo satisfecho que se sentiría consigo mismo tras castigarla de aquel modo, en aquellos momentos no estaba tan seguro de ello.

—Ella se lo buscó —murmuró para sí mismo—. Le advertí que cancelara el matrimonio y no quiso hacerlo…

Sabía de sobra que solo eran justificaciones para lo que acababa de hacer pero, de todos modos, ¿Qué le importaba a él? Sólo era su esposa porque un sacerdote lo había determinado así, nada más.

El señor Robert Benedict llamó con vehemencia a la casa donde hacía tan solo unas horas se había trasladado a vivir su hermana tras casarse con el señor Hayden.

—¡Donde está ese desgraciado! —exclamó nada más abrirse la puerta.

Julia cerró los ojos al escuchar la voz de su hermano prorrumpiendo en el que ahora era su hogar.

—¿Qué haces aquí? —Se encaró Julia ante su hermano.

—¿Qué hago aquí?, ¿Me lo preguntas?, ¡Donde está ese mal nacido porque juro que pienso matarle con mis propias manos! —exclamó en voz alta Robert como si pretendiera que toda la casa le escuchara.

—No está aquí y te aseguro que no vas a hacer nada al respecto —aclaró Julia.

—¿Es qué piensas permitir que te deshonre de esa forma? —preguntó alterado Robert.

—No, Robert. Tú lo has permitido —le recriminó—. Te pedí que

anularas la boda, te rogué que lo hicieras y te negaste. Ahora asume las consecuencias por ello.

—Pero… —Robert se había quedado sin palabras, ¿Cómo iba a saber él que Hayden haría algo así? Aunque lo debió haber supuesto conociéndole cómo le conocía.

—Me prometiste que no te entrometerías en mi vida una vez contrajera matrimonio, así que no lo harás —recordó Julia a su hermano.

Lo que Julia menos necesitaba en aquellos momentos es que su esposo creyera que le importaba lo suficiente como para ir con reclamos a través de su hermano. No, iba a demostrarle que le importaba un cuerno lo que hiciera, aunque estuviera muy lejos de la realidad.

—Sé lo que te prometí, pero no puedes pedirme que lo deje estar, ¡Toda la ciudad piensa que una fulana es mejor opción que mi propia hermana!

Julia cerró los ojos ante el dolor que provocaban aquellas palabras.

—Lo harás —insistió—. Tal como me prometiste.

Robert apretó los puños con fuerza conteniendo su ira.

—Está bien —confirmó Robert a pesar de no estar en absoluto de acuerdo con Julia—. Pero quiero que recurras a mi si te hace daño, si no te sientes segura en esta casa o si necesitas mi ayuda.

Ahí estaba el Robert protector, su hermano mayor… el que siempre velaba por ella.

—Lo haré —afirmó.

Aunque esperaba no tener que hacerlo nunca. El señor Hayden había dejado claro cómo sería aquel matrimonio, así que, si él pensaba hacer su vida, ella también haría la suya.

Richard hizo su aparición un poco más tarde de que Robert se marchara, Julia estaba en el saloncito haciendo como que leía un libro cuando le escuchó llegar y hablar con el ama de llaves.

—Buenos días —saludó Richard al entrar en casa y ver a la que se había convertido en la señora Hayden leyendo apaciblemente un libro.

En ese momento Julia alzó la mirada apartando la vista de la lectura,

de la cuál desde luego, era incapaz de seducirla porque su mente no dejaba de darle vueltas al mismo tema, quería saber porqué una bailarina exótica extranjera, necesitaba saber que veía de atractivo el señor Hayden en ellas.

—Buenos días —contestó Julia observándole un segundo y volvió la al libro al comprobar su aspecto desaliñado.

No le pasó desapercibido sus ropajes desarreglados, como si se hubiera vestido rápidamente y desde luego arrugadas, como si hubieran estado tiradas por el suelo. Saber que había pasado su noche de bodas revolcándose con una cualquiera solo hizo que se le revolvieran las entrañas. ¿Tan repulsiva era para que prefiriera a una fulana en lugar de a ella?, ¿O sólo se trataba de un castigo?

La indiferencia de la señora Hayden solo hizo confirmar a Richard que su ella era completamente ajena a lo que había sucedido y cuando la vio allí sentada, con aquel rostro angelical, sintió un nudo en la garganta. Deseó por un instante que no se enterase, pero después se obligó a sí mismo a que le diera

absolutamente igual si lo hacía o no. Después de todo ella le había tendido una trampa para casarse, era merecedora de aquello le ocurriera.

Dos días fueron suficientes para que Julia se diera cuenta de que en aquella casa no había control alguno sobre las tareas, ni orden en las comidas, ni absolutamente nada establecido.

Cómo su esposo campaba completamente a sus anchas sin sentido alguno de la responsabilidad, el orden, o simplemente costumbres horarias. Julia estableció al servicio unas pautas que buenamente su esposo podía acatar o no si así lo decidía, pero no pensaba seguir esperando a que el señor Hayden viniera para el almuerzo, cuando podía ser que simplemente que decidiera almorzar en el club o en casa de algún amigo, por lo que dio órdenes al servicio sobre la hora a la que se serviría el desayuno, almuerzo y cena cada día independientemente de si estaba o no el señor en casa.

Si en algo había salido favorecida de la infidelidad de su esposo en su noche de bodas, es que el servicio de su propia casa parecía tenerle más empatía a ella que a su propio señor al que llevaban sirviendo probablemente años. De hecho, incluso pudo notar como Margaret, su ama de llaves casi veneraba cada decisión que tomaba, en cualquier otra situación habría jurado que la pobre mujer necesitaba recibir

órdenes, en lugar de tener que tomar decisiones propias.

Julia se encontraba tomando la sopa caliente como primer plato, justo a la hora a la que había solicitado el día anterior que establecieran los almuerzos, cuando el señor Hayden entró por la puerta sin saludar por lo que ella siguió tomando la sopa caliente de carne sin prestarle atención, a pesar de que se encontraba sola en el comedor.

—¿Se puede saber porqué han servido el almuerzo sin esperar a que el señor

de la casa llegase? —exclamó Richard de forma autoritaria.

Richard nunca llegaba antes de la una de la tarde, ese día había sido una excepción y le extrañó ver almorzando a su esposa completamente a solas.

Tampoco es que habría esperado que lo hiciera siempre, porque solo había compartido con ella una comida desde que se habían casado y había resultado algo incómodo ya que no tenían nada de lo que hablar.

—A partir de ahora el almuerzo se servirá a las doce y media, esté o no el señor de la casa —aclaró Julia sin mirarle.

—¿Y eso quién lo decide? —contestó con altivez.

—Yo —afirmó Julia—. Soy la señora de esta casa y decido esas cuestiones.

—No te he dado permiso para tomar decisiones que no le conciernen, señora

—respondió molesto.

—Si el señor de ésta casa piensa hacer y deshacer a su antojo, ni siquiera avisa cuando viene o no para almorzar, cenar o pasar la noche fuera de casa aludiendo que es asunto suyo, ahora no pretenda que los demás pensemos bailar a su son, porque ni usted es el sol para que todos giremos a su alrededor, ni yo pienso concederle semejante placer, le guste o no. —Acto seguido se llevó otra cucharada de sopa.

Richard la observó boquiabierto sin saber que responder. Jamás hubiera creído que ella le respondería con tal descaro. Todo en él, le hacía querer gritar que se debía a él porque era su esposa, pero se negaba a decírselo, ¡No admitiría que era su esposa en voz alta jamás!

—Señor. —La voz de Margaret les distrajo a ambos—. ¿Desea que le sirva el almuerzo?

—No, Margaret. El señor se iba. —Se adelantó a decir Julia dejando a al señor Hayden algo anonadado.

Aunque Julia trataba de estar lo más calmada posible, como si aquello fuera lo más normal, realmente estaba casi temblando. Por primera vez se estaba enfrentando a él, le estaba demostrando que ella iba a tener su lugar, aunque él siguiera con su vida.

—Si, señora —contestó Margaret mientras dejaba el pan recién horneado y volvía a salir del comedor.

—¡Que sea la última vez que contestas al servicio en mi lugar! —rugió Richard enfurecido.

—Si no le importa, me gustaría almorzar tranquila. —Fue toda la respuesta que Julia le dio.

Richard dio un golpe fuerte sobre la mesa provocando que el sonido de los platos revotaran sobre ésta y salió de allí hecho una furia.

¡No se lo podía creer!, ¡Esa mujer le había echado de su propia casa!, ¡Y su propio servicio acataba sus órdenes! Ver para creer…

Pensaba ir a visitar a su amigo David esa tarde, pero quizá fuera más oportuno visitarle en aquel preciso instante para mendigar una buena comida casera. No le apetecía comer en el club algo frío y grasiento, puesto que casi había saboreado el sabor de aquel pan recién hecho con tan solo olerlo que habían servido en la propia mesa de su casa y que había provocado que sus tripas refulgieran dándose cuenta del hambre voraz que tenía.

Cuando llegó a la casa de los duques de Lennox, estos se encontraban almorzando. Fue ahora consciente en aquel preciso instante de que no era desconsiderada la hora que su esposa había determinado para el almuerzo,

solo que él llevaba tanto tiempo sin seguir las normas establecidas que casi lo había olvidado. Quizá las únicas veces que había comido a una hora decente era cuando lo hacía en casa de David y porque casualmente había coincidido en que había visitado a su amigo.

Pensó que tal vez David le invitaría a unirse a pesar de que el almuerzo había comenzado.

—Richard, ¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas? —exclamó David cuando salió a recibirle cuando fue informado de la presencia de Richard en su casa.

Richard pensó que en parte tenía razón, era la primera vez que les interrumpía por llegar a esa hora. Siempre lo hacía más temprano o más tarde ahora que recapacitaba.

—Pensé que querías hablar conmigo —contestó como excusa. Intuía las razones de David para hablar con él y por eso no le había visitado con anterioridad.

—Si, pero ahora estamos almorzando y no puedo hablar en privado. Nos vemos más tarde en el club —concluyó David.

—¿En el club? —preguntó sorprendido Richard.

—Richard, después de lo que le has hecho a tu esposa, no esperes ser bien recibido en esta casa por parte de la mía. Si no te han prohibido la entrada es por la amistad que nos une, pero a partir de ahora, no eres bien recibido en la mansión Lennox.

—¿Qué? —exclamó atónito.

—Mejor márchate, nos vemos en un par de horas en el club —insistió.

Richard no pudo decir nada, su amigo directamente le invitó a marcharse y no pudo hacer otra cosa que aceptarlo.

¡Qué demonios!, ¿Su amigo le prohibía la entrada en su casa porque su esposa así lo decretaba?

¡Al infierno todas las malditas mujeres!

8

La comida del club era insípida, por algo no le gustaba comer en ese lugar a menos que fuera absolutamente necesario o tuviera una resaca tan descomunal que ni tan siquiera su apetito fuera exquisito para saborear la comida, pero ese no era el caso, estaba allí porque no había otro lugar al que poder ir.

Aún no daba crédito a que su propio amigo le hubiera prohibido la entrada a su casa, ni de que su mujer le hubiera echado prácticamente de la suya…

¿Acaso el mundo se estaba volviendo loco?

Aquel cordero asado estaba frío y sin sabor, sin contar con que no estaba hecho al punto y eso añadido a la falta de compañía, hacía que aquella comida fuera completamente insatisfactoria.

Había terminado de comer pronto, principalmente porque su hambre al probar aquel plato casi había desaparecido y prefería entumecer sus músculos con coñac, cuando David apareció en el club. Le observó buscándole con la mirada hasta que le encontró y se acercó a él, su ceño era fruncido, sin llegar a emitir ninguna expresión al verle y eso no podía significar nada bueno, aunque tampoco era necesariamente malo.

—David —dijo sin entusiasmo.

Saber que su amigo acataba las órdenes de su esposa sin imponerse a ésta le hacía pensar que en esa casa quien mandaba era su esposa y no

él.

—Richard, ¿En qué demonios estabas pensando para hacer lo que hiciste? —

Fue toda la respuesta de David.

—No creo que fuera para tanto. —Era consciente de que quizás y solo quizás, no había calculado las consecuencias de sus actos, pero en aquel momento pensar sobre las repercusiones que tendría su fechoría era lo último que hizo.

—¿Qué no era para tanto? —exclamó—. No sólo has denigrado tu apellido al exponerte de esa forma que incluso tu propio tío puede que sea capaz de desheredarte si llegara a enterarse, quizás tu suerte es que está en la casa familiar de campo y tal vez no lleguen hasta allí los rumores, pero la peor parte se la llevará tu esposa. No podrá poner un pie fuera de esa casa sin ser señalada con el dedo durante el resto de su vida.

—Creo que exageras, solo me paseé por la entrada del teatro con Sheila, la bailarina exótica y después pasé la noche con ella —contestó sin entrar en

detalles sobre lo que hizo o no, principalmente porque ni él mismo lo recordaba.

—Richard, ¿Recuerdas exactamente lo que hiciste esa noche?

—Vagamente la verdad —confesó.

El bufido de David hizo que Richard se tensara, de algún modo intuía que lo que su amigo le iba a contar no le agradaría.

—No te paseaste por la entrada del teatro aquella noche, sino que acudiste a una actuación completa acompañado de esa bailarina exótica cómo tú dices.

Además, fuiste a Almackś y cómo te prohibieron la entrada, te colaste por una de las puertas de atrás e incluso tuviste la indecencia de bailar una pieza hasta que os invitaron a marcharos por la fuerza y para terminar, por si aún parecía poco, fuiste al baile que organizaban los Melton aquella noche en su casa.

—No… —susurró Richard negándose.

—¿Te das cuenta del agravio que hiciste? No sé cómo Julia no quiso marcharse de la ciudad…

—Pero ¿Es que ella lo sabe?, ¿Sabe todo eso? —exclamó contrariado.

—Si, ¿Crees que algo así se podía esconder? Se enteró en la misma mañana antes de que regresaras a casa.

Saber que Julia era consciente, saber que todo había sido mucho peor de lo que creía…le dio dolor de cabeza. Él jamás se arrepentía de sus actos, nunca se retractaba, tampoco lo haría ahora porque todo había sido por su culpa, pero era consciente de que se había extralimitado, aunque jamás lo reconociera.

—¡Joder! —exclamó dando un golpe en la silla ante su impotencia.

—Richard, lo que has hecho no se arregla con una disculpa, ni aunque te claven como a cristo en un crucifijo en mitad de la plaza para expiar tu culpa te librarías. Lo que has hecho jamás será olvidado por la alta sociedad.

—La culpa es de ella. Le dije que anulara este maldito matrimonio y no lo hizo —se excusó.

—Hasta donde yo sé. Tú la besaste —le recriminó David.

—¡Porque ella me lo pidió!, ¿No te das cuenta de que todo fue una maldita trampa para engatusarme y hacer precisamente esto?, ¡Qué no me quedara más remedio que casarme! —rugió Richard.

—¿No la seguiste tú sin que ella lo pidiera? —preguntó David alzando una ceja.

—¡Eso no tiene nada que ver! —exclamó contrariado.

—¡Mira que eres obstinado! Tienes tanta culpa como tu esposa de que os descubrieran en aquella velada, solo que tú le has echado toda la culpa a ella para no asumir la parte que te corresponde.

—Tu esposa te ha absorbido el cerebro —declaró Richard—. Estás del lado de ella y por eso la defiendes.

—No pienso discutir con alguien que no atiende a razones. Tú solo has cavado tu propia tumba Richard, a partir de ahora vas a encontrar todas las puertas cerradas, así que tú sabrás si te conviene o no conservar las pocas amistades que te quedan.

Richard no contestó, únicamente se limitó a ver como David se marchaba y sus últimas palabras se repetían una y otra vez en su cabeza. No era idiota,

sabía que los protocolos de la sociedad eran estrictos.

Él podía hacer todo cuanto quisiera siempre que fuera de puertas para adentro, el problema es que se había expuesto demasiado, mucho más que demasiado para ser exactos. ¿Cómo era posible que Julia no se hubiera marchado? Cualquiera en su situación habría huido. Probablemente jamás la invitaran a ningún acto público a menos que quisieran que fuera el centro de las habladurías para burlarse de ella.

La había jodido a base de bien, había querido que ella escarmentara, pero no tanto… ¡Joder, joder, joder! ¿Qué diablos iba a hacer ahora para arreglar lo que no tenía solución alguna?

Unos días más tarde Julia acudió a Lynetś aquella para hablar con Emily sobre algo que llevaba tiempo dando vueltas.

—¿Estás loca? —exclamó Emily susurrante en la trastienda de la tienda de moda.

—No. De hecho, creo que es la primera vez que estoy segura de saber qué hacer —respondió Julia mientras jugueteaba con las muestras de los tejidos que Emily había colocado en una tabla de madera para enseñar a sus clientas en lugar de entrar a la trastienda y pasarse horas eligiendo entre el muestrario.

—¡Pero es una auténtica locura! —volvió a exclamar Emily—. Si alguien se entera…

—No creo que caiga más bajo aún, Emily —respondió abatida—. No he recibido invitación para ningún evento en los próximos días y dudo que la cosa cambie en las próximas semanas.

—Puedes venir con nosotros, nadie dirá nada si eres la protegida de los duques de Sylverston.

—Lo agradezco de verdad y probablemente lo haga si no quiero terminar desquiciada, pero eso no cambia lo que te acabo de mencionar —aclaró.

—Sigue pareciéndome una locura Ésta vez Emily no alzó la voz, sino que parecía ir haciéndose a la idea que había tenido su amiga a pesar de ser una auténtica locura.

—Necesito hacerlo —insistió Julia.

—¿Por qué? No creo que ganes nada con ello, en todo caso, denigrarte aún más si cabe.

—No lo veo así, Emily —contestó Julia alzándose de su asiento, tenía la necesidad de estar en movimiento—. Tengo que saber que le atrae de ella —

confesó.

—Solo es una bailarina exótica que vende sus favores. Una mujer lo suficientemente vulgar como para prestarse a lo que tu esposo hizo. Porque hasta una cortesana sabe dónde están sus límites y ella parecía no saberlo.

Julia pensó que en eso debía darle la razón a Emily. Hasta la más vulgar cortesana sabía el lugar que le correspondía. Ninguna se prestaría a dejarse ver entre la nobleza inglesa. Sabían dónde estaba su lugar, tras las cortinas de un burdel o una fiesta privada donde jamás se mezclarían con las damas de la alta sociedad. Las normas eran claras, así como las damas sabían que no podían hacer nada en contra de lo que las cortesanas significaban, siendo conscientes de que la gran mayoría de caballeros usaban sus servicios y ellas debían mirar hacia otro lado, incluido su esposo para su desgracia.

—Aun así, quiero verla —alegó firme.

Había tomado una determinación y no iba a cambiar de idea. Necesitaba ver con sus propios ojos a la mujer con la que su esposo había preferido pasar su

noche de bodas y exhibir ante toda la ciudad como predilección a ella, a su propia esposa.

—Sabes que no puedo acompañarte, aunque quisiera hacerlo —habló Emily

—. Henry me mataría si me descubre haciendo algo así.

—Jamás te pediría que me acompañaras a un lugar así —contestó de pronto Julia—. Además, esto es algo que sólo me concierne a mí, pero necesitaba contárselo a alguien…

—Necesitabas que alguien supiera donde te vas a meter por si de pronto desapareces. —concluyó Emily poniendo palabras a los

pensamientos de Julia.

Julia no tenía idea alguna de cómo era el lugar donde se iba a adentrar, solo había descubierto los sitios que frecuentaba esa bailarina exótica y ella se camuflaría aquella noche para adentrarse en uno de ellos de incógnita.

No se consideraba una persona miedosa, jamás lo había sido, pero estaría más tranquila si su amiga Emily sabía lo que pretendía hacer, por lo que le contó donde pensaba ir por si algo le sucedía algo o muy a su pesar la descubrían.

—Enviaré a mi cochero a las once en punto a tu casa —habló Emily antes de que Julia se marchara—. Si viene sin respuesta, daré la voz de alarma.

—Está bien, te prometo que las once habré vuelto a casa —confirmó Julia.

Era tiempo más que suficiente para realizar sus planes, solo necesitaba verla con sus propios ojos, quería verla *bailar*.

Para su sorpresa el señor Hayden estaba en casa cuando volvió de hablar con Emily, algo extraño teniendo en cuenta que ningún día solía estar a esa hora desde que le echó prácticamente de casa durante aquel almuerzo hacía varios

días, es más, había esperado por su parte una reprimenda después de aquello, algo que le diera motivos de enzarzarse en una discusión y pudieran al menos recriminarse el uno al otro los hechos, pero nada de aquello había sucedido porque él básicamente la evitaba como se evita la peste. Desconocía si se quedaría a almorzar o no, pero cuando entró al comedor vio que habían colocado dos servicios en la mesa y eso significaba que sí se quedaría a comer con ella. Justo en ese instante escuchó las pisadas que sin duda debían ser de él acercarse y pasar por su lado.

—Buenas tardes —dijo Richard en un tono serio.

—Buenas…tardes —contestó Julia algo extrañada de que la saludara con lo ausente y silencioso que había estado los últimos días desde que le echó de casa.

—¿Podemos almorzar? —preguntó Richard mientras le señalaba el asiento que ella solía utilizar.

Julia asintió aún más extrañada y tomó el asiento que le correspondía.

¿Era su imaginación o el señor Hayden estaba siendo civilizado?

Margaret comenzó a servir el primer plato en cuanto ambos se encontraron sentados a la mesa.

—¿Hoy no se encontraba demasiado ocupado para permitirse el lujo de almorzar en casa? —preguntó Julia mientras acomodaba su servilleta en su regazo.

Sabía de sobra que su esposo no mantenía ninguna ocupación que no fuera la de su propio placer, por lo que se denotaba la ironía de sus palabras.

—¿Debo acaso dar explicaciones de cuando vendré a almorzar en mi propia

casa? —contestó repitiendo el mismo gesto.

—Por supuesto que no —añadió airada—. Pero tal vez me gustaría saberlo para poder ausentarme —afirmó—, ambos sabemos que ha estado evitando mi presencia todo este tiempo porque no soporta mi compañía, por lo que sería beneficioso para ambos si coincidimos lo menos posible. No es que me resulte precisamente placentera su compañía.

Julia no pensaba hacerle creer que sería una esposa mártir que soportaría los desaires de su marido. Por más que le doliera, iba a hacerle creer a Richard Hayden que le importaba un cuerno lo que él hiciera.

¿Cómo podía decir que la evitaba porque no soportaba su compañía? En el fondo no debería extrañarle puesto que era lo que había estado haciendo desde que se casó con ella y de algún modo aquello le debía contentar, o eso se suponía. Había conseguido hacerle creer que no la soportaba mientras solo trataba de evitarla porque temía que le recriminara lo que le había hecho.

Si, él. Richard Hayden temía las represalias de una mujer, de su mujer para ser exactos. Sólo porque se había dado cuenta de la magnitud de la gravedad de sus hechos, unos hechos de los que su esposa no podría escapar y que, de algún modo, no se sentía satisfecho consigo mismo por ello.

—A partir de ahora, vendré a almorzar siempre a casa —contestó

Richard firmemente.

—¿Siempre? —exclamó anonadada.

—Si —afirmó sin mirarla.

Lo cierto es que estaba harto de no comer decentemente durante días.

Deseaba fervientemente una buena comida caliente así que cuando le sirvieron el consomé, su boca se hizo agua.

—Está bien —sentenció Julia antes de llevarse la primera cucharada a la boca.

Habían guardado silencio durante el resto del almuerzo, pero a Julia no le pasó desapercibido que él evitaba mirarla y no sabía exactamente porqué lo hacía.

Richard apreció el olor a lavanda que desprendía su esposa y que era notable a la distancia que se encontraban, empezó a ser un olor familiar que podía reconocer cuando estaba cerca de ella, como si le transmitiera tranquilidad.

Ni tan siquiera sabía porqué pensaba en esas cosas, se debería limitar a comer y evitarla, pero allí estaba, pensando en aquel sutil olor que de algún modo le hacía querer anhelarla.

9

Julia salió de casa mucho antes de la hora que tenía pensada en un principio, pero tampoco había contado con que el señor Hayden estuviera por allí y si salía más tarde podría parecer sospechoso. Mencionó que iría a tomar el té a casa de los duques de Sylverston tal y como tenía pensado mencionar en cualquier caso y tomó un carruaje de alquiler al no disponer de carruaje propio desde que se había casado.

En cierta manera le había venido bien para su propósito que el señor Hayden ni tan siquiera hubiera pensado en la comodidad de ella, lo más lógico es que hubiera adquirido un carruaje para su esposa, pero era evidente que su esposo

pensaba cumplir su palabra cuando mencionó que nunca la consideraría de esa forma.

Era la primera vez que Julia se cambiaba de ropajes dentro de un carruaje.

Había cogido la vestimenta propiamente masculina de su hermano Robert, sin que éste se diera cuenta, aunque él era mucho más alto que ella, había arreglado las costuras de los bajos para que no lo pareciera que le estaba grande a escondidas y de esa forma, podría pasar desapercibida envuelta en la capa.

Se había informado el día anterior que la famosa bailarina exótica actuaría esa noche en un burdel conocido de la ciudad. Había contratado a un chico de calle para que recabara esa información

pagándole un buen precio. Se colocó la capa en cuanto bajó del carruaje para ocultar su rostro y tomó entonces otro carruaje de alquiler para perder su rastro a mitad de camino dando vueltas por los alrededores mientras se acercaba la hora en la que aquella bailarina actuaba. Había anochecido cuando entró en el burdel camuflada entre la sombra que le proporcionaba la capucha de la capa y se ocultó tras una columna del fondo para pasar desapercibida, para su suerte, había más hombres que llevaban aquella capa para tratar de ocultar su identidad a los demás, eso le daba cierto margen de ocultarse sin que pudieran decirle nada.

El sonido de un instrumento desconocido captó la atención de Julia, se fijó entonces en un hombre que daba golpes sobre unos barriles pequeños o algo similar. Era tan diferente a lo que conocía que quedó completamente enamorada del sonido.

La cortina que había sobre una pequeña plataforma fue apartada y escuchó el vitoreo de los caballeros allí presentes al tiempo que la joven mujer que estaba subida en aquella tarima se movía de una forma provocativa con una

vestimenta extraña y muy atrevida.

Julia jamás estuvo preparada para lo que vería, se había imaginado infinidad de cosas; un baile vulgar, una mujer extremadamente hermosa a pesar de su piel oscura o quizá una combinación de ambas, pero lo cierto es que ninguno de esos pensamientos era lo que vislumbraban sus ojos. Aquella mujer no era excepcionalmente hermosa, aunque poseía rasgos exóticos y peculiares, pero desde luego distaba mucho de la imagen que había pensado que tendría, pero lo que más le sorprendía era aquel movimiento sensual de su cuerpo al ritmo de aquel extraño sonido que producían esos tambores.

La bailarina llevaba un vestido de color verde que consistía en una falda larga que ocultaba sus piernas y rozaba el suelo, aunque al moverse parecía abrirse ligeramente mostrando algo de su bronceada piel, llevaba una especie de gasa para ocultar parcialmente su vientre, pero lo suficientemente transparente para poder apreciar su piel perfectamente y el movimiento que hacía de su cintura. Cubría su pecho con una especie de camisa ajustada del mismo color de la falda y una tela se entrelazaba entre sus hombros y brazos para ocultar parcialmente la piel. No sabía ni cómo definirlo al no haber visto jamás una prenda similar. Además, de la cintura de la falda colgaban unas medallas pequeñas que hacían sonido entre sí, algo parecido a las monedas o similar ya que debido a la distancia a la que se encontraba

no era del todo apreciable.

No supo cuánto tiempo duró aquella exhibición, pero sí que se había abstraído totalmente del lugar porque fue presa de toda su atención. En el momento en el que la bailarina saludaba agradeciendo a su público, a Julia no le pasó desapercibido que hizo un movimiento en cierta dirección, como si le estuviera haciendo una especial mención a alguno de los caballeros.

Instintivamente siguió esa mirada y su corazón se contrajo al encontrar a su propio esposo allí sentado, ¡Él estaba allí!

—¿Qué le traigo señor? —Una mano rodeó la cintura de Julia mientras ella dio un pequeño respingo al no esperarlo—. Lo siento, no era mi intención asustarlo. Parecía muy abstraído durante la actuación, ¿Qué desea tomar? —

preguntó una de las taberneras del local.

—No, nada —comenzó a decir tratando de marcharse. Tenía que irse de allí, su esposo no podía verla a pesar de que estuviera oculta bajo la capa.

—Espera… —respondió la mujer cuyo atuendo inapropiado le decía a Julia que además de servir, también sería una de las que ofrecería sus servicios a los allí presentes.

Miró hacia donde estaba el señor Hayden y vio que éste se levantaba y se dirigía hacia donde ella se encontraba.

—No puedo yo… —comenzó a decir Julia.

—¡Eres una mujer! —exclamó en voz baja la mujer.

—Cshh —siseó Julia alterada para que aquella mujer no la delatara.

—¡Martha!

La llamada de atención distrajo momentáneamente a la tabernera que se giró para ver quien la llamaba.

Julia se dio un paso atrás, de ningún modo deseaba que él se acercara a ella lo suficiente o que estableciera conversación alguna. Así que aprovechando la situación comenzó a apartarse lentamente sin que se percataran de ello hasta que se coló por una de las puertas internas que usaba el personal del local.

Tal vez así pudiera encontrar otra salida, una que diera a la parte de atrás o algo similar, pero solo se encontró con una escalera.

Recorrió varios pasillos antes de escuchar las voces lejanas y trató de huir de

ellas. Cuando por fin divisó otra escalera que llevaría de nuevo a la planta inferior para salir, la bailarina exótica que había visto actuar minutos antes salió de una de las estancias, no se había cambiado de ropajes aún, ni tan siquiera trataba de cubrirse y esa facilidad para exhibirse sin ningún pudor le resultaba fascinante.

—¿Es usted quien ha solicitado mis servicios? —exclamó sin entusiasmo alguno aquella mujer de piel bronceada.

Unos pasos se escucharon, como si alguien se acercara y Julia pensó que iban a descubrir que no debía estar allí en aquel momento o peor aún, quizá se dieran cuenta de quién era ella realmente y al traste su plan de pasar desapercibida.

—Si —afirmó con la voz más grave que pudo obtener.

—Sígame entonces —mencionó la bailarina mientras se daba la vuelta y se adentraba justo en la misma estancia de la que había salido instantes antes.

Julia la siguió y cerró la puerta tras de sí.

—¿Desea un baile privado? —preguntó sin un atisbo de emoción.

Se podía apreciar por su acento que aquella mujer no habría nacido en Inglaterra, aunque probablemente llevara bastantes años viviendo allí.

—Si —repitió Julia.

Aquella mujer le indicó donde sentarse sobre unos cojines que había acomodados en el suelo. No sabía si bailaría en silencio, pero la sorprendió cuando un sonido agudo procedente de algo en sus dedos hizo que prestara atención.

El baile sensual comenzó de nuevo y ahora Julia sí podía apreciar de cerca

sus movimientos. El erotismo con el que al bailar aquella mujer envolvía cada uno de sus movimientos hizo que en aquel momento deseara fervientemente aquello, anhelaba poder transmitir justamente

lo mismo bailando de esa forma.

Y tras un impulso se quitó la capucha revelando completamente su rostro.

—¡No grite! —exclamó Julia al ver la conmoción de aquella bailarina.

—No pensaba gritar —contestó pausadamente—. Solo estoy realmente sorprendida de verla aquí señora Hayden —afirmó revelando de esta forma que conocía su identidad.

—¿Sabe quién soy? —preguntó contrariada Julia.

No entendía como aquella mujer podría conocer su identidad cuando ella no se mezclaba con ese tipo de gente.

—Después de lo ocurrido, ¿Cree que no lo sabría? —exclamó como si fuera evidente.

—Tiene razón, toda la ciudad sabe quién soy a raíz de lo que hizo mi marido

—atajó Julia con cierto pesar.

—¿Qué hace aquí?, ¿Sabe el peligro al que se expone acudiendo a un lugar como éste? —exclamó la bailarina.

—Sólo quería verla bailar —contestó sincera—. Sentía curiosidad.

—¿Sólo eso?, ¿Curiosidad?, ¿Ningún deseo de matarme? —preguntó conmocionada.

—Usted no tiene la culpa de que mi marido hiciera lo que ambas sabemos que hizo. Él solo la utilizó para su finalidad, si no hubiera sido usted, habría

terminado siendo otra —afirmó Julia sin ningún rencor.

—Me sorprende que una dama pueda pensar así, menos aún después del daño que le he causado. Usted parece diferente —afirmó estudiándola detenidamente la bailarina.

—Soy diferente —afirmó Julia—. De hecho, quiero que me enseñe a bailar así.

—¿Cómo dice? —exclamó de pronto abriendo los ojos de par en par aquella mujer de piel bronceada.

—Ahora que la he visto bailar, deseo aprender a moverme como usted lo hace. Le pagaré por ello si es necesario —respondió Julia.

—Pero ¡No puede!, ¡Usted es una dama! —exclamó contrariada.

—Nadie lo sabrá —insistió Julia.

—¿Sería capaz de confiar en mí?, ¿Tendría la suficiente capacidad de creer que no lo contaría? —exclamó la bailarina.

—¿Me da alguna razón para que no deba hacerlo? Usted es una mujer acostumbrada a no revelar la identidad de sus clientes y como dije, no la culpo de lo sucedido, el único culpable de lo sucedido fue mi esposo.

—Sigue pareciéndome insólito que una dama de sus costumbres desee aprender este tipo de danza —afirmó—. Es lo que denominarían… vulgar y poco inapropiado —concluyó la bailarina.

—Yo no soy como el resto de las damas, le dije que era diferente —atajó Julia—. Dígame un precio, el que sea. Se lo pagaré.

—¿Está realmente segura? —insistió aquella mujer.

—Completamente —afirmó sin duda alguna Julia.

—Está bien, si es lo que desea, le enseñaré —concluyó finalmente—. Nunca estuve de acuerdo con lo que el señor Hayden hizo aquella noche a pesar de su insistencia, pero me fue imposible detenerle.

—No deseo hablar de mi esposo —dijo Julia tratando de detenerla—. Sobra decir que él jamás puede enterarse, menos aún que estuve aquí esta noche.

—Como usted ha dicho me debo a mis clientes y ahora usted es uno de ellos señora Hayden.

Julia aún no podía creerse que aquella mujer hubiera accedido a enseñarla bailar de aquella forma, pero había logrado convencerla y lo cierto es que le entusiasmaba la idea de poder aprender a moverse de esa manera tan sensual.

Cualquiera podría haber pensado que estaba completamente loca, es más, era cierto que con toda probabilidad sus amigas creerían que había perdido completamente el juicio si llegaban a enterarse, pero desde el instante en que vio los movimientos de aquella bailarina

exótica, pudo palpar esa sensualidad que transmitía aquella mujer y de la cuál no le extrañaba que pudiera volver loco a cualquier hombre, incluido su marido.

No deseaba aprender a bailar para conquistar a su esposo, ni mucho menos seducirle. Deseaba algo de aquella sensualidad, necesitaba poder sentirla en sí misma para sentirse deseada por una vez en su vida. Tendría que encontrar un lugar adecuado para sus furtivos encuentros con la bailarina, de ningún modo podría ir de nuevo a ese burdel donde había estado a punto de que su esposo la descubriera, aunque si no hubiera sido por el acercamiento del señor Hayden a ella, no habría tenido aquel encuentro a solas con Sheila, que así era como se llamaba la bailarina y no estaría en la tesitura que ahora se encontraba para su propio beneficio.

Volvió de nuevo a cambiar de coche de alquiler para llegar a casa y justo cuando este la dejó en la puerta, llegó el cochero de la duquesa de Sylverston para preguntar por ella. Afortunadamente ella misma pudo recoger el mensaje que le enviaba su amiga como excusa, lo abrió rápidamente leyendo la breve nota. El cochero tenía la orden de esperar una respuesta por su parte.

—Dígale a la duquesa que estaré encantada de asistir —respondió ante la citación de Emily.

Tan solo se trataba de un formalismo para no levantar sospechas, pero de ese modo, su amiga se aseguraba de que ella estaba de regreso sana y salva en casa.

A pesar de ser tarde, pidió que le preparasen un baño. Necesitaba quitarse el olor a perfume barato y alcohol que se había impregnado en su piel procedente de aquel antro. Esa vez no se preguntó a sí misma donde estaría su esposo, porque sabía a ciencia cierta donde se encontraba, aunque no podía evitar pensar el destino final que tendría en el lugar donde se hallaba.

¿Contrataría los servicios de Sheila? No quería pensar en ello, pero era impensable no hacerlo. Se imaginaba a la mujer de piel bronceada entre los brazos de él y su angustia crecía inevitablemente.

Tenía asimilado el carácter de su esposo, sabía que él frecuentaba ese tipo de mujeres y aun así su corazón había decidido amarlo... pero eso era antes de saber que se convertiría en su esposa, quizá lo que más le dolía era tener la seguridad de que su esposo jamás la vería con otros ojos que no fueran los de resentimiento y malestar.

La lavanda era su olor favorito, además de conseguir relajarse con el perfume

de las flores secas que éstas desprendían, era tan agradable que por esa razón lo utilizaba para sus baños. Vertió las flores sobre el agua caliente en la bañera que el personal había preparado y se sumergió una vez que se despojó de las ropas que llevaba puestas. Se sintió relajada; entre el cansancio acumulado y la tensión que había tenido en todo momento pensando que la descubrirían, no fue consciente de lo rígidos que estaban sus músculos hasta ese momento. Había despedido al servicio puesto que no necesitaría ayuda para secarse y ponerse el camisón de dormir tras el largo baño, así que decidió leer uno de sus libros mientras tanto, adentrándose así en aquel mundo ajeno e imaginario... hasta que sus párpados comenzaron a pesar tanto que finalmente se quedó dormida mientras respiraba el aroma a lavanda de las flores secas que pululaban por el agua cubriendo parcialmente su cuerpo.

Richard había acudido para ver la actuación de Sheila como era habitual.

Esperaba que el baile sensual que protagonizaba aquella bailarina le hiciera olvidar las sensaciones que le había transmitido su esposa. No deseaba sentirla, es más, se negaba a hacerlo por lo tanto decretó que no había nada como un vaso de coñac rodeado de mujeres que alegraran su vista dispuestas a satisfacerlo para olvidarse de ese sutil aroma dulce y embriagador de lavanda que tanto le embriagaba. Pero por extraño que pareciera, había apreciado por primera vez en su vida, el aroma rancio que desprendían aquellas cortesanas. Distaba de ser sutil, mucho menos embriagador... más bien parecía que pretendiera camuflar la falta de higiene y vulgaridad de aquellas mujeres.

Nunca se había parado a pensar en ello antes, quizá porque jamás había tenido una dama cercana con quien poder compararlo, o tal vez porque no se había sentido atraído anteriormente por el simple olor que desprendía una mujer. Fuera cual fuera la razón, lo cierto es que aquella noche ninguna de las

presentes había conseguido llamar su atención y por primera vez, regresó a casa sin haber disfrutado del placer carnal que siempre obtenía tras visitar un burdel.

Era completamente insólito, al menos eso se decía a si mismo mientras subía las escaleras hacia su recámara. Había vuelto relativamente

pronto a casa para lo que venía siendo habitual en él, más aún si tenía en cuenta que casi siempre llegaba después del amanecer, pese a ello, todos estaban acostados por eso le sorprendió ver la luz que se filtraba bajo la puerta de la habitación de su esposa.

¿Qué hacía ella despierta a esas horas? Era tarde para que no estuviera durmiendo y aquello le extrañó, ¿Qué podría estar haciendo?

Se acercó hasta su puerta y todo estaba absolutamente silencioso, pese a sentir una gran curiosidad iba a retirarse a su dormitorio sin darle mayor importancia cuando escuchó un golpe seco, pero de nuevo el silencio embriagó el lugar, ¿Le ocurriría algo a su esposa? No sabía si debía simplemente marcharse o comprobar que ella estaba bien, pero algo en él le empujaba a que abriera la puerta, aunque se arrepintiera más tarde de ello.

Abrió la puerta delicadamente sin hacer ruido, si Julia dormía, simplemente volvería a cerrarla. No se había planteado como sería verla dormir apaciguadamente, despojada de aquellos recogidos y con su cabello castaño esparcido por la almohada. Se preparó mentalmente para ver la escena de ella sobre la cama arropada, pero lo que sus ojos vieron le provocó un ataque cardiaco directo al corazón, su garganta se secó hasta no quedar ni rastro alguno de saliva y su pulso se aceleró completamente...

Ella estaba dormida, sí. Pero tenía ante él una visión de la propia Venus en aquella bañera llena de agua con flores secas que flotaban sobre ella que

tapaban parcialmente su desnudez. Su cabello caía suelto por sus hombros ligeramente húmedo, Julia parecía un ser etéreo, una ninfa de los bosques, una diosa que le enardecía de deseo sin ser consciente siquiera de ello. No podía apartar la vista de ella, simplemente se había quedado allí, impertérrito contemplando a su esposa.

—Mi esposa —susurró.

10

Fue consciente del olor a lavanda por toda la habitación y que las flores en el agua eran precisamente de esa planta que empezaba a nublar sus sentidos. Inexplicablemente sintió ganas de acariciarla, como si de antemano fuera consciente de que la piel de su esposa sería tan suave como la más pura seda. Deseaba sacarla de aquella bañera, contemplar detenidamente su desnudez y extasiarse por completo de ella y con ella al mismo tiempo.

¡Maldita sea! En aquellos momentos se sintió oprimido por su propio juicio mental. Deseaba a su esposa con ferocidad, pero se recriminaba a sí mismo

por hacerlo. Por su culpa habían contraído matrimonio, ella le había tendido una trampa para convertirse en duquesa algún día, solo era una interesada en ascender en el escalafón social. Aunque en aquel momento mientras la contemplaba, empezaba a importarle bien poco si era una interesada o no, todas las damas lo eran sin excepción alguna. Él deseaba lo que sus ojos veían, lo anhelaba con fiereza y su propio cuerpo se lo demandaba a gritos.

Era mejor salir de allí, antes de que perdiera completamente la razón y su deseo le ganara la batalla a su raciocinio de forma que terminara cometiendo una locura como la de hacer realidad sus deseos.

El leve movimiento de ella en el agua activo su sentido común para huir de aquella habitación. No podía verle allí, de lo contrario tendría que dar demasiadas explicaciones que sinceramente no sabía cómo darlas porque ni él mismo entendía porqué había entrado para

empezar, si lo hizo conmovido por la curiosidad o la preocupación que había sentido.

Julia entreabrió los ojos y un quejido profirió de su garganta cuando intentó moverse y se dio cuenta del dolor de cuello que tenía. Se había quedado dormida mientras tomaba el baño. Si era sincera consigo misma no era la primera vez que le ocurría, pero normalmente su doncella la avisaba porque estaba pendiente de ella, ¿Cuánto tiempo hacía que se había dormido? Divisó la vela que había sobre el aparador y contemplo que estaba casi consumida y cuando se metió en aquella bañera estaba por encima de la mitad, al parecer se había pasado varias horas en el agua, de hecho, su piel estaba algo reblandecida debido a ello.

Salió de la bañera y se secó cuidadosamente acercándose a las brasas que Margaret le había llevado junto al baño para calentarse, aunque de éstas apenas emanaba calor alguno a esas alturas.

Su cabello estaba mojado, no podría acostarse así o terminaría por coger un resfriado, así que, tras colocarse el camisón y su bata de dormir, bajó las escaleras hasta el salón principal donde aún permanecían las ascuas del fuego que había estado ardiendo toda la tarde para caldear la casa. Se acercó decidida y comenzó a frotar su cabello frente al calor que este le proporcionaba a pesar de estar apagado. Removió las brasas para que éstas produjeran más ardor y se inclinó hacia abajo para que el cabello no hiciera contacto con su piel mientras seguía secándolo. De un solo movimiento lo giró hacia atrás con fuerza y escuchó el quejido de alguien por respuesta.

—¡Ah! —gritó Julia dando un salto al asustarse y enfrentarse a la silueta entre la oscuridad de la habitación—. Lo siento, me he asustado—mencionó al ver que se trataba de su esposo el señor Hayden, aunque su corazón seguía acelerado.

—¿Esperaba que se tratara de un ladrón? —gimió Richard.

Richard la había visto entrar, parecía un ángel vestida de blanco y se mantuvo en silencio al darse cuenta de que ella no se había percatado de su presencia para observarla mejor. Había bajado a servirse una copa de brandy, puesto que la necesitaba para conciliar el sueño después de la imagen que se había grabado en su memoria a fuego sobre su esposa en aquella bañera, iba a tardar en olvidarla, de hecho, comenzaba a pensar que jamás la olvidaría.

—No esperaba nada—confesó sincera—. Pero ahora que lo dice, usted

parece un ladrón ahí escondido sin mencionar palabra alguna a pesar de que ha debido de escucharme entrar.

—En todo caso la debería acusar yo, puesto que la vi entrar sigilosamente como si tratase de esconder algo —respondió provocándola.

—Trataba de no despertar al personal de la casa que debe estar descansando

—contestó altiva.

—¿Y qué hace aquí a estas horas? —preguntó Richard.

—Yo… bueno…—comenzó a decir Julia. No quería parecer tonta si confesaba que se había quedado dormida mientras se daba un baño—. Tenía frío y vine a calentarme.

—¿No le pusieron brasas en su habitación? —preguntó Richard.

En la suya siempre las ponían y le extrañaba que con lo bien que se llevaba con el personal no lo hicieran.

—Si, pero ya están consumidas, por eso bajé —afirmó Julia mientras se seguía frotando el cabello.

Aquella era la conversación más larga que estaban manteniendo, además de la más absurda si había que reconocerlo.

—Vaya a su habitación, yo mismo le llevaré unas nuevas —contestó Richard autoritario.

La sorpresa de su ofrecimiento hizo que Julia permaneciera muda momentáneamente, ¿Estaba el señor Hayden siendo amable o eran imaginaciones suyas? Asintió antes de marcharse y subió las escaleras de nuevo a su habitación, donde cogió un paño seco para seguir quitando la humedad a su cabello.

Richard entró con el cuenco de hierro que portaba las brasas calientes minutos más tarde, ella estaba de pie al otro extremo de la puerta y le indicó

donde dejarlas. Si ella supiera que hacía unos instantes había estado allí mismo contemplándola desnuda en la bañera… Todo seguía exactamente igual que cuando abandonó esa habitación, salvo porque ahora ella estaba vestida con aquel camisón que para su desgracia no

era translúcido, pero daba lo mismo, él había visto lo que aquellas ropas escondían y por mucho que su esposa lo ocultara su imaginación volaba fugazmente.

—Gracias —mencionó Julia una vez que las dejó en el suelo y se incorporaba.

—No… —Richard la miró y se quedó sin habla, estaba tan cerca de ella, con el cabello suelo a un lado del hombro, observándolo fijamente con esos ojos brillantes de color bronce y aquellos labios tan prometedores. Recordó su beso, ese beso nada casto que se habían dado y que muy a su pesar debía confesar que le había gustado, deseaba besarla… lo deseaba ahora.

Julia observó al señor Hayden pensando que éste se marcharía una vez dejara el cuenco en el suelo, pero en lugar de eso, se quedó con la mirada fija en ella y se le heló la sangre, ¿Por qué debía ser tan endemoniadamente apuesto?

Esos ojos verdes la hacían sentir su carne débil, blanda y desde luego; febril, porque su cuerpo le deseaba, aunque su mente no quisiera hacerlo. ¡Él la había engañado y desprestigiado ante toda la sociedad! Ahora era prácticamente una paria, alguien que no era deseado en ningún círculo social y desde luego jamás invitado a un evento de relevancia. Él había destruido su vida y su futuro con sus actos.

Richard no pudo evitarlo e inconscientemente sus labios fueron a buscar los suyos solo que no contó con que ella se apartara y mirase hacia otro lado, interrumpiendo así su contacto.

—Buenas noches señor Hayden—dijo Julia sin volver su mirada.

Acababa de dejar muy claro que le rechazaba.

Aunque el señor Hayden se había marchado de su habitación, sus rodillas aún temblaban. No se terminaba de creer que hubiera intentado besarla después de lo que le había hecho y más aún, llegar a altas horas de la noche porque había estado en un burdel, ¿Pretendía besarla después de haber pasado la noche con una fulana? Ni hablar. Tenía un mínimo de dignidad y además, había sido él quien dejó claro que aquello no sería jamás un matrimonio.

Aunque fuera consciente de que no le resultaba indiferente a su propio marido le colmase, puesto que si él había intentado besarla era porque se sentía atraído hacia ella, acababa de delatarse, solo que lo había hecho demasiado tarde.

Después de lo que su esposo había provocado con sus actos en la noche de bodas, Julia no se había parado a pensar sobre su futuro, sino más bien, intentar no lamentarse sobre lo ocurrido en el presente, pero ahora empezaba a ser consciente de la repercusión que sus actos habían tenido y a plantearse seriamente sobre cómo actuar ante ello. No sabía que rumbo tomar, pero se negaba a ser la esposa complaciente de un hombre que no la deseaba como tal, que la había rechazado públicamente y desprestigiado moralmente. Iba a negarse a sí misma el deseo que sentía hacia él, frenaría sus sentimientos y si era necesario, se lo arrancaría de su propio corazón, pero no permitiría que él jugara con ella o simplemente la usara a su propio antojo. Tal vez habría sido más sensato alejarse de allí como mencionó su amiga Emily, pero eso habría supuesto que él venciera. No, si permanecía en esa casa solo era por dejarle ver que, en aquella batalla, la vencedora sería ella.

Richard se contuvo para no dar un portazo cuando entró en su recámara. ¡Le

había rechazado!, ¡A él! Intentó besarla y ella simplemente giró la cara negándose a ello… No sabía realmente que le enfurecía más, si el hecho de que ella le rechazara o que él no se hubiera podido controlar a sí mismo.

—¡Maldita sea! —gimió en voz baja mientras comenzaba a desabotonarse la camisa y el pañuelo que parecían ahogarle por momentos.

La deseaba con tal fervor que ni él mismo se reconocía, nunca había deseado a una mujer que no pudiera tener… jamás le había ocurrido, y ese sentimiento de desear poseerla cuando al mismo tiempo no podía hacerlo era desconcertante, aunque si lo analizaba detenidamente sí que tenía derecho a poseerla; ella era su esposa, suya y de nadie más.

Nadie podría ver con malos ojos que exigiera sus derechos maritales, ni tan siquiera su propia esposa, pero se había jurado a sí mismo no tocarla, ¡Ella era una manipuladora!, ¡Por su culpa estaban casados! Aquél debate moral entre su razón y su deseo iba a acabar consigo mismo.

A la mañana siguiente Julia se fue temprano a casa de Emily, necesitaba evitar a toda costa a su esposo, aún no estaba segura si el intento de besarla de la noche anterior había sido fruto de una excepción o por el contrario volvería a hacerlo de nuevo, así que le

pediría a su amiga el pequeño favor de que le permitiera pasar allí todo el día.

—¡Que temprano has llegado! —mencionó Emily nada más ver aparecer a Julia—. Siéntate con nosotros.

Los Sylverston aún se encontraba desayunando cuando ella llegó, aceptó la invitación de Emily y dejó que le sirvieran el té caliente que agradecía enormemente dado el frío que hacía aquella mañana.

—Espero no haber interrumpido nada —dijo observando la complicidad de la

pareja. Se podía apreciar cómo se amaban sólo con observarles.

—Por supuesto que no, las niñas aún duermen así que solemos alargar este momento de la mañana todo lo que nos sea posible —contestó Emily sonriente guiñando un ojo a su marido.

—Me temo que yo si debo marcharme —anunció Henry levantándose y acercándose a su esposa para robarle un beso—. Los asuntos de estado me reclaman —añadió antes de despedirse dejándolas completamente solas.

—Y bien, ahora dime, ¿Qué tal fue? —preguntó curiosa Emily.

—La vi —susurró.

—Eso ya lo imaginaba —contestó intrigada.

—Fue bastante extraño y al mismo tiempo cautivador. Además, el señor Hayden estaba allí —confesó algo abstraída.

—¡No puede ser!, ¿Te vio? —Emily se llevó una mano a la boca asombrada.

—No, no… yo iba vestida de hombre y además oculté mi rostro, pero eso me permitió poder hablar con la bailarina —contestó sin pudor.

—¿Cómo? —exclamó Emily—. ¿Te atreviste a hablar con ella?

—Si, y debo decir que me reconoció. Sabía perfectamente quién era —afirmó Julia.

—¡Dios mío!, ¡Se lo contará a tu esposo! —gimió Emily consternada.

—No lo hará, me prometió que no lo haría —confirmó Julia.

—¿Y te vas a fiar de la palabra de una mujer que se vende así misma? —

preguntó aturdida—. Estarías loca si la creyeras.

—La creo, tengo motivos para hacerlo —se sinceró.

—¿Cuáles?, ¿Qué razón puedes tener para creer en la palabra de una mujer que fue cómplice de tu desdicha? —exclamó Emily aturdida.

—Ella no tiene la culpa —atajó Julia—. Jamás la culpé porque de no ser ella habría sido otra en su lugar, solo se limitó a cumplir con los servicios que él contrató.

—Está bien —contestó Emily algo más serena—. En ese punto te doy la razón, toda la culpa la tiene él, pero aun así, ¿Cómo vas a fiarte?

—Porque la contraté. Ahora soy también su cliente —contestó con una vaga sonrisa.

—Pero ¿De qué estás hablando Julia?, ¿Cómo que la contrataste?, ¿Para qué?

—Es evidente —confesó sincerándose porque en realidad, iba a necesitar que su amiga le hiciera un favor—. Me enseñará a bailar.

—No… —susurró Emily sin habla.

—Tu no la has visto Emily, su danza es… indescriptible —afirmó con un tono de ensoñación evocando sus recuerdos.

—Pero ¿Es que te has vuelto completamente loca?, ¿Qué van a pensar si te descubren?, ¡Y encima con la mujer que ha supuesto tu ruina!

—Nadie tiene porqué enterarse —contestó Julia tranquila.

—¿Y cómo pretendes ocultarlo si vas a ese burdel? Puede que anoche tuvieras suerte, pero te aseguro que en algún momento alguien te verá y supondrá tu fin, más aún de lo que de por sí es ahora —afirmó Emily.

—No iré a ningún burdel Emily.

—¿No?, ¿Y dónde pretendes que te enseñe?, ¿En tu casa? —ironizó Emily.

—En realidad más bien venía a pedirte un pequeño favor…

—¡Ay no! —exclamó haciéndose aire con la palma de la mano como si estuviera sulfurada.

—Necesito un lugar en el que ensayar Emily y en el que si me ven entrar no puedan malinterpretarlo de ninguna forma. Había pensado que quizás… tal vez podrías.... —comenzó a sugerir Julia.

—No voy a permitir que esa mujer se pasee por Lynetś por más aprecio que te tenga Julia —afirmó tajante.

—No hablaba de Lynetś, sino de la casa que *lord* Barnes tenía a las afueras de la ciudad en Penthouse y que ahora imagino le pertenecerá a Linette —

afirmó Julia.

—¿Cómo sabes que esa casita era de William? —preguntó Emily contrariada.

—Porque perteneció a mis bisabuelos y fue mi padre quien se la vendió al suyo —confirmo Julia.

—¡Vaya!, lo desconocía completamente —contestó Emily asombrada.

—Fue hace mucho tiempo, yo no había nacido siquiera, pero mi padre lo mencionó un día que pasábamos por allí y siempre he sentido curiosidad por ver cómo sería —dijo Julia.

—No lo sé Julia… ¿Estás segura de esto? —preguntó dubitativa.

—Si no lo estuviera, no te lo pediría —afirmó.

—Está bien, puedes contar con la casita de Penthouse, pero prométeme que tendrás cuidado para que no te descubran —contestó Emily con una mirada

severa.

—¡Te lo prometo! —exclamó Julia mientras se lanzaba sobre Emily para abrazarla—. Eres la mejor.

—Espero estar ayudándote y no ser partícipe de tu destierro social al fin del mundo —argumentó Emily recibiendo aquel abrazo de su amiga.

Julia ya tenía un lugar donde ensayar, es más, tenía un sitio donde refugiarse siempre que lo necesitara y no solo para compartir los

encuentros que pudiera tener a escondidas con la Sheila. Aquella casita en Penthouse le daría su pequeña libertad.

11

Richard era consciente que, de algún modo su esposa le evitaba.

Comenzó la ausencia al día siguiente de que intentara besarla desapareciendo durante todo el día, al parecer había decidido pasar el día en casa de los duques de Sylverston, posteriormente comenzó a pasar algunas mañanas fuera de casa y en más de una ocasión también se ausentaba durante el almuerzo que se prolongaba hasta tarde.

No quería reconocerlo, pero era consciente de que le fastidiaba porque sentía que lo hacía solo para no verle, para tratar de evitar su compañía… ¿Tendría ella miedo de que él volviera a intentar besarla?, ¿Por qué? Si precisamente

fue ella quien le pidió en su día que le besara.

Fueran cuales fueran las razones, se justificó así mismo que le daba igual que su esposa se ausentara, aunque en el fondo le molestase. Sería peor tenerla siempre en casa e incluso llegando a reprocharle sus actos, algo que, a decir verdad, no había hecho por más insólito que pareciera.

Desde luego ella no era como pensó en un principio, desconocía como debía ser una esposa, pero podía asegurar que todo lo que había esperado de ella no se había cumplido. No hubo reproches, ni exigencias, tampoco reclamos…

realmente no hubo nada. Era como si ella se hubiera apartado a un lado y le hubiera dejado hacer su vida sin involucrarse en ello como él

conocía perfectamente que hacían las esposas de sus amigos.

Julia llevaba una semana ensayando a escondidas con la bailarina Sheila. Lo hacían durante la mañana, para levantar menos sospechas y que no entorpeciera en el trabajo de ésta. Los primeros días había estado con los nervios a flor de piel, primero por la incertidumbre de lo desconocido, segundo por el hecho de ser descubierta y tercero por no saber si podría ser capaz de aprender ni tan siquiera un movimiento de aquella sensual danza.

Para su sorpresa, la paciencia con la que Sheila le enseñaba los movimientos la entusiasmó. Le costaba perder la rigidez a la que años de sometimiento y aprendizaje para caminar erguida como una señorita correcta le habían inculcado, descubriendo así que su elasticidad era casi nula, pero Sheila insistía en que todo estaba en su mente y allí, ella era completamente liberal.

—No, cierra los ojos —terció la bailarina de nuevo.

Llevaban dos horas aquella mañana sin descanso, mientras Julia se encontraba frente a un espejo apoyado en la pared. Sheila la contemplaba justo al lado del espejo sentada en una pequeña butaca sin apartar su vista de

ella.

Julia obedeció y escuchó el movimiento de los pasos de la bailarina acercarse hasta ella.

—Olvídate de todas esas normas absurdas que te han inculcado, en la danza solo estas tú. Únicamente tú eres la dueña de cada movimiento, eres tú quien domina tu cuerpo y le dicta que debe hacer… libéralo de las ataduras a la que está sometido —susurró a su oído.

Aquello provocó cierto nerviosismo en Julia.

—Lo intento —contestó con calma.

—Estás rígida —contestó directamente Sheila mientras apoyaba sus manos en las caderas de Julia—. Los movimientos son siempre suaves y aterciopelados —siguió susurrando—. Deben salir de forma natural desde dentro… como si fueran etéreos, sublimes y deben incitar el deseo que provoca su movimiento.

Sheila le había contado el primer día que esa danza se enseñaba en su país con el único objetivo de complacer al esposo, de ahí que los

movimientos estuvieran cargados de aquella sensualidad y cuyo objetivo fuera el de incitar a un hombre.

—Inspira profundamente y reserva el aire aquí —tocó su piel sobre la tela—.

La respiración es tan importante como el movimiento y debe acompañarla en todo momento, de lo contrario la fluidez no será la misma.

La voz de aquella mujer era tan melodiosa que Julia con los ojos cerrados y siguiendo los movimientos que indicaban las manos de ella se deshizo de aquella rigidez que oprimía su cuerpo.

—Bien… así —dijo Sheila alejándose de ella—. Eso es —volvió a confirmar

—, tenemos mucho trabajo por delante, pero al menos has entendido la base y puede que incluso llegues a ser una buena bailarina.

—¿De verdad? —preguntó intrigada.

—De verdad lo creo —confirmó—. Tienes algo fundamental a tu favor.

—¿El qué? —preguntó cuando vio que no pensaba decírselo.

—Eres demasiado persistente y no haces esto por él como pensé en un principio, sino por ti misma —confirmó mientras se colocaba su abrigo para marcharse—. Lo que me lleva a pensar que necesitas descubrir y liberar una parte de ti oculta que está reprimida y cuando lo hagas, vas a llevarte una grata sorpresa —contestó sonriente mientras sin esperar respuesta se marchó.

Julia no pudo preguntar qué clase de sorpresa iba a llevarse porque no le dio opción a hacerlo, pero si era sincera consigo misma esa mujer había visto más en ella que sus propias amigas en las que más confiaba. Sheila tenía razón, necesitaba liberarse a sí misma de su opresión.

Fue directamente a Lynetś para evitar volver a casa, Emily le había mencionado que pasaría el día allí puesto que tenía que supervisar los últimos retoques de una nueva colección. Cuando llegó vio a su amiga algo nerviosa y contrariada, tanto, que ni tan siquiera la vio llegar.

—Buenas tardes Janet —saludó Julia a la encargada con la que tenía

un trato amigable—. ¿Qué le ocurre a la duquesa? —preguntó antes de acercarse.

—Buenas tardes señora Hayden —contestó algo inquieta Janet—. Mañana es la presentación de la nueva colección aprovechando el baile en palacio y la baronesa de Hallbury no entra en el vestido, al parecer estaba embarazada cuando le tomaron las medidas hace unos meses y era consciente de ello,

ahora no hay tela de donde sacar para el vestido.

—¡Julia! —exclamó en ese momento Emily consiguiendo que se sobresaltara que veía como se aproximaba hacia ella.

—Janet ya me ha contado la situación, ¿Qué harás? —preguntó a su amiga.

—No lo sé, es tarde para volver a realizar un nuevo vestido, tendré que encontrar a una dama que pueda llevarlo en su lugar y que posea la misma figura esbelta, pero sinceramente no se… —respondió Emily y se detuvo en el momento en el que se quedó observando a Julia.

Julia apreció como Emily la miraba de arriba abajo estudiándola y sonreía.

—No… —susurró Julia.

—¡Pero solo tendré que ajustar un poco más la cintura y será perfecto! —

exclamó Emily.

—Sabes que no estoy invitada —contestó como excusa.

—Eso es lo de menos, vendrás como nuestra protegida. Además, me lo debes

—exigió.

Julia sabía que no podría rechazarlo, solo esperaba estar preparada mentalmente para el ahogamiento social al que sería sometida cuando todos la vieran en aquella fiesta. Si sobrevivía a los comentarios pertinentes de los que estaba segura harían con malicia más de una dama, podría darse por satisfecha.

12

—No sé cómo no había pensado en ti antes —dijo Emily mientras terminaba de supervisar los últimos retoques del vestido que luciría esa noche Julia.

La prenda era de color ocre cuyos hilos en tonalidades ámbar hacían resaltar aún más el color y esplendor del conjunto.

—¿Tal vez porque puede que aporte una mala imagen a tu casa de modas? —

contestó Julia.

Aún no se había hecho a la idea de que acudiría a palacio en unas horas, ni

tan siquiera se lo había mencionado al señor Hayden, apenas se hablaban o más bien había que añadir que ella lo evitaba siempre que podía.

—Tu decidiste quedarte en la ciudad cuando te ofrecimos la posibilidad de marcharte, ahora no vengas con excusas —recriminó Emily recordando el momento—. Además, estarás con nosotros y no debes hacer caso de lo que puedan decir de ti esas cotillas sin vida propia, tu disfruta de la velada y del baile que ésta ofrece.

—Gracias —contestó Julia fingiendo una sonrisa.

—¿El señor Hayden vendrá? —preguntó Emily con tacto.

Su amiga sabía que apenas tenía trato con él, por lo que realmente ella

se había dado cuenta de que tanto Catherine como la propia Emily, evitaban preguntarle directamente sobre su esposo o algo concerniente a su matrimonio.

—Ni tan siquiera le mencioné que asistiría —contestó firme—. Quizá le deje una nota, o más bien lo mencione al servicio por si le da por preguntar dónde estoy. Aunque lo más probable es que llegue tarde, ebrio y lo suficientemente inconsciente como para percatarse de mi ausencia.

—Julia... —comenzó a decir Emily con calma—. ¿El señor Hayden y tú no...? —quiso preguntar, pero le daba vergüenza hacerlo—. ¿Ya sabes?, en vuestra noche de bodas... él... tu...

—No —contestó sabiendo perfectamente a lo que se refería—. Sigo siendo tan virgen como cuando me casé —confirmó Julia.

Emily suspiró y la miró fijamente a los ojos.

—¿Has pensado en la posibilidad de anular el matrimonio Julia? Aunque te sometas a un nuevo escándalo, eso podría darte una oportunidad lejos de él.

Sé que el corazón no manda en la razón, pero ahora eres desdichada y corrígeme si me equivoco, no creo que tu esposo cambie. Sería engañarte a ti misma si piensas lo contrario, pero tal vez puedas encontrar la felicidad lejos de él, en los brazos de otro caballero —dijo con voz suave.

Las palabras de Emily eran sinceras y en el fondo Julia sabía que su amiga quería lo mejor para ella. Ni tan siquiera había sido consciente de la posibilidad de anular el matrimonio tras someterse a un examen médico en el que pudiera alegar que no había sido consumado. ¿Estaba dispuesta a hacerlo?, ¿Denunciar a su esposo por su incompetencia en el lecho marital?

Todos llegarían a la misma conclusión que ahora mismo, que su marido prefería los favores de una fulana a los de su ella; su propia esposa.

No cambiaría su situación, solamente sería constatar un hecho verídico.

—Yo... no me había planteado esa posibilidad —confesó.

—No estoy diciendo que debas hacerlo Julia, pero sí que seas

consciente de que puedes optar por esa opción. Contarás con mi apoyo y estoy segura de que Catherine e incluso Susan también lo harán si decidieras hacerlo —

constató Emily.

—Gracias Emily, eres una gran amiga, pero debo pensarlo —contestó pensando en que podría opinar el señor Hayden al respecto, ¿Le daría igual?,

¿Se alegraría? No obstante, él saldría mal parado también si decidiera hacerlo puesto que su hombría se vería afectada al no haber consumado su propio matrimonio, pero tal vez su esposo fuera capaz de soportar aquello con tal de ser libre de nuevo.

Aun así, tenía que meditarlo demasiado bien, por una parte, su esposo la había decepcionado. Aunque reconocía que esperaba por su parte cierto castigo debido a sus amenazas nunca se le habría ocurrido que la denigraría tanto como lo había hecho Tampoco había esperado que dejara de un día para otro sus aventuras con otras mujeres de los bajos fondos a pesar de haber podido albergar la esperanza en lo más profundo de su ser, quizás era eso lo que sentía ahora mismo... decepción acompañada de una profunda desilusión.

Había perdido la ilusión de enamorarlo que tuvo días antes de la celebración de su boda, esa convicción de luchar por su matrimonio, esa devoción con la que pensaba entregarse a él para demostrarle quién era la mujer con la que se había casado. Ya no lo deseaba y se daba cuenta de ello ahora, cuando el dolor por la falta del señor Hayden había dado paso a una tremenda calma de la que no lograba saber que rumbo debía tomar en su vida.

No deseaba ser una buena esposa, ni mucho menos una buena amante para él,

¿Contestaba eso a la pregunta de Emily para optar por anular su matrimonio?

Tenía la posibilidad de hacerlo, su virginidad estaba intacta y aquello lo podría corroborar un médico, pero ¿Qué haría después?, ¿Dónde se suponía que iría?, ¿Qué debía hacer con su vida? Si daba ese paso tendría que tener respuestas para todas esas preguntas.

Decidió no dejar ninguna nota, después de todo él no estaba en casa y probablemente llegaría bien entrada la madrugada cuando ella hubiera regresado. Aun así, dejó dicho al servicio que acudiría al baile

que se daba en palacio aquella noche por si él regresaba antes de tiempo por alguna causa desconocida.

Llegaron en el carruaje de los duques de Sylverston a palacio, a Julia no le pasó desapercibido como el duque miraba embelesado a su esposa,

¿Encontraría ella alguna vez un caballero que la mirase así? Se había pasado años soñando con que ese hombre fuera el señor Hayden, anhelando que aquellos ojos verdes la miraran con pasión, con lujuria, con veneración... y era doloroso saber que pese a ser ahora su esposo, ese momento jamás llegaría.

Lord Sylverston ayudó a las damas a bajar del carruaje y se adentraron en Palacio con paso firme, tras ser anunciados, el caos se apoderó de Julia cuando todas las damas del salón se volvieron hacia ellos en cuanto su nombre fue nombrado en voz alta.

—No debí venir—gimió en un susurró para que solo Emily la escuchara.

—Calma —contestó Emily—. Estás con nosotros y en nuestra presencia, no se atreverán a decir nada, tú no te separes de mí y todo estará bien.

Fue muy fácil durante la primera hora, pero Julia era consciente de que no podía ser la sombra de su amiga y en un momento dado se vio arrastrada hacia un círculo de damas de la alta sociedad cuyo rango más bajo era el de condesa y donde ella parecía no encajar en absoluto.

—Es sorprendente que haya tenido el descaro de venir a palacio, ¡Qué desfachatez! —escuchó decir de la que reconoció como la voz de Grettell Whitman. Aquella dama impertinente había intentado ser su amiga para llamar la atención de su hermano Robert y desde el momento en el que ella le dejó claro que no deseaba su amistad, la había odiado.

—No sé cómo la duquesa se atrevió a traerla, es indignante —terció otra voz que no reconoció, pero sería alguna de las amigas de la señorita Whitman.

No iba a llorar, se había prometido a sí misma no hacerlo, ella era fuerte, decidida, capaz y podría afrontar todo aquello, ¡Pero que la quemaran en el infierno si no sentía rabia!, ¿Por qué tenía ella que afrontar los desaires de su esposo?, ¿Qué culpa tenía? No había hecho

nada... ¡Nada!

Estaba a punto de marcharse de allí, no lo soportaba ni un minuto más. Sabía que nadie se acercaría a ella, ni la invitarían a bailar y mucho menos a conversar, tal vez debiera hacer tiempo en el carruaje o fingir que se encontraba mal para volver a casa, pero se iría de allí en ese preciso instante.

No había dado ni dos pasos cuando la llamaron.

—¿Señorita Benedict?

Esa voz... ese acento... ¡No podía ser cierto!

Volvió la vista y allí estaba aquel caballero que le pareció tan apuesto cuando le conoció meses atrás gracias a Catherine.

— *Lord* Guicciardini, ¿Qué hace usted aquí?

—Si se refiere a la razón que me ha traído hasta esta ciudad, le diré que es debido a un cambio de aires—respondió Gabrielle sin perder la sonrisa mientras miraba fijamente aquellos ojos de color bronce.

—¿Un cambio de aires? Cualquiera diría huye de algo si le profesa tanto amor a su tierra como me consta que hace, *lord* Guicciarcini —contestó perspicaz Julia.

—Tal vez no se lo niegue, señorita Benedict —respondió sincerándose.

—Me temo que ahora soy la señora Hayden, *lord* Guicciardini —corrigió

Julia.

—Mi más sincera enhorabuena entonces para el señor Hayden, imagino que estará en esta sala y probablemente tendrá la vista fija en usted, tratándose de una dama tan hermosa —concluyó Gabrielle.

—Lo dudo. Mi esposo no acudió al baile, de hecho, evita cuanto puede estos actos sociales —respondió Julia con cierto pesar.

—Lamento escuchar eso entonces, señora Hayden. —En ese momento *lord* Guicciardini realizó una inclinación hacia Julia—. ¿Tendría el honor de concederme la siguiente pieza?

¿Qué?, ¿Le estaba pidiendo bailar?, ¿Es que quería suicidarse socialmente?

—Sinceramente, no creo que sea conveniente que baile con usted, lo digo por su propio bien *lord* Guicciardini —alegó Julia en voz baja.

—Nunca había recibido una excusa tan extraña para negarme un baile, reconozco que me siento rechazado —contestó alzando una ceja.

—No se trata de una excusa *lord* Guicciardini, sino más bien de su suicidio social si lo hace, aunque tal vez por ser extranjero y no conocer lo ocurrido, se lo perdonen —afirmó Julia.

—¿Cómo dice? —preguntó Gabrielle intrigado.

—No creo que deba contarle esto, pero en estos momentos no soy un miembro muy apreciado de la sociedad, ¿No se ha dado cuenta de cómo nos observan? —exclamó Julia tratando de no mirar a su alrededor para ver cómo la gente les miraba de reojo.

En ese momento Julia apreció la sonrisa de *lord* Guicciardini que ni tan siquiera intentó desviar la mirada de ella a su alrededor para comprobar que

era cierto.

—Siempre adoré los escándalos sociales —reiteró—. Así que, si no le importa, bailemos.

Julia no se negó una segunda vez. Con una declaración así ¿Cómo hacerlo?

Lo cierto es que gracias a ese caballero de origen Florentino, su velada fue no solo placentera, sino la más divertida hasta el momento de todas cuántas había tenido en su vida.

Richard llegó a casa más temprano de lo normal, esperaba poder cenar con su esposa aquella noche, si era sincero había tratado de evitarla todo cuanto había podido a pesar de que ella le había puesto fácil dicha tarea. Aún no estaba seguro de poder controlarse teniendo en cuenta que era incapaz de olvidar esa imagen de su esposa en la bañera como una relevación.

—¿Desea que le sirva la cena en el comedor, señor? —mencionó Margaret en cuanto Richard dejó su gabardina, el sombrero y los guantes en la entrada.

—Si Margaret —contestó entrando en el comedor y le sorprendió no

ver la mesa preparada teniendo en cuenta la hora que era—. ¿Dónde está la señora?

—preguntó esperando que Margaret le contestara que habría decidido cenar en su habitación.

—La señora acudió a un baile en palacio, mi señor —contestó sin darle la mayor importancia el ama de llaves.

¿Qué?, ¿Cómo que a un baile?, ¿Y qué le importaba a él? Se dijo enseguida, pero lo sabía muy bien; le importaba… le fastidiaba que ella se estuviera divirtiendo cuando él era incapaz de lograrlo últimamente, ni tan siquiera Sheila con sus bailes era capaz de satisfacerlo, aunque lo intentaba, todas aquellas mujeres le parecían demasiado poco en comparación con *ella*.

Estaba allí porque deseaba estar con su esposa, con Julia y en cambio se había ido, ni siquiera le había pedido permiso para asistir a ese dichoso baile en palacio.

Por un momento pensó él mismo en ir hasta palacio y sacar a rastras de allí a su esposa, demostrarle quien era él. Pero ¿Quién era él? Se preguntó en ese instante.

No quería una esposa, nunca la quiso y no iba a quererla ahora. ¡Que hiciera lo que le viniera en gana! Aunque sabía que una cosa era decir aquello y otra bien distinta sentirlo. Por mucho que se lo negara a sí mismo, Julia le gustaba pese a no querer admitirlo.

13

Julia sonreía mientras entraba en casa, gracias a *lord* Guicciardini la velada había sido más que agradable, podría definirla como divertida. Hacía tanto tiempo que no se lo pasaba tan bien… casi le había hecho olvidarse de sus propias desdichas, es más, él había insistido tanto en verla al día siguiente para dar un paseo por Hyde Park que le fue imposible negarse.

—¿Lo has pasado bien, querida? —exclamó Richard nada más verla entrar.

En su tono podía denotarse cierta ironía oculta.

Su voz asustó a Julia, puesto que no le había podido reconocer al estar oculto en la oscuridad a pesar de que la que la luz rojiza de la chimenea iluminaba parcialmente el salón. Apreció su rostro parcialmente en la oscuridad y atenuado sutilmente por aquellos reflejos anaranjados, todo su cuerpo tembló al conectar con aquellos ojos verdes que brillaban de una forma espléndida y tuvo que cerrar los ojos para no ser presa de sus propios delirios.

—Muy bien, gracias —contestó en el tono más neutro que le fue posible.

—Me alegro, porque será la última vez que acudas a un evento sin mi permiso —concluyó Richard.

A pesar del tono formal en el que lo había mencionado, su fulgor por

dentro solo deseaba cruzar rápidamente los pasos que le separaban y estrecharla entre sus brazos, pero su razón ganaba la batalla al impulso de su cuerpo, al menos momentáneamente.

—¿Cómo? —exclamó Julia. Su voz era aguda, al mismo tiempo que recriminatoria.

—Me has oído. No asistirás a ningún evento sin mi permiso —reiteró.

—¿Y desde cuando le importa lo que haga o deje de hacer? —contestó altiva y cruzándose de brazos.

Richard no se esperó aquella respuesta, es más, la altivez de ella solo hacía imaginársela con el rubor en sus mejillas enmarcando su rostro y la imagen de Julia desnuda en aquella bañera como una diosa invadió de nuevo sus pensamientos. Al menos era un alivio que se encontrara vestida en ese instante, aunque ahora que se fijaba a pesar de la tenue luz, estaba increíblemente preciosa.

—Desde que acudes sola a un acontecimiento estando casada —atajó.

Richard sabía que realmente no tenía motivos para recriminárselo, sus argumentos eran pobres a pesar de tener derecho sobre ella y sin lugar a duda que ella se debía a él y por lo tanto obedecerle.

—Mire señor Hayden, escúcheme con atención porque se lo diré solo una vez

—Comenzó a decir Julia arrastrando las palabras conforme se paseaba y se acercaba más hacia donde él permanecía sentado. Su rostro era altivo, después de aquella noche y quizás gracias a *lord* Guicciardini, su autoestima había resurgido como el ave fénix y no se pensaba dejar amedrentar por aquel patán por muy enamorada que estuviera—. Haré y desharé cuanto me plazca, como bien dijo usted y recalcó para que quedara constancia, yo no soy su esposa y no me consideraría como tal, así que ahora no pienso serlo para lo que a usted le convenga, ¿He sido lo suficientemente clara?

Si en ese momento a Richard le tiran un cubo helado, hubiera sido la misma expresión que mantenía en su rostro perplejo y fascinado al mismo tiempo,

¿De dónde demonios había salido aquella mujer altiva y descarada?, ¿Esa había sido realmente ella?, Siempre vio a la señorita Benedict como una joven alegre y divertida, pero sin duda jamás habría pensado que podría tener tal ímpetu y derrochar tanta seguridad en sí

misma. ¡Por todos los Demonios si la deseaba incluso más ahora!

—Ya veo que sí. Buenas noches señor Hayden —añadió Julia justo cuando se daba media vuelta igual de altiva emprendiendo camino hacia su habitación.

Estaba cansada de tanto bailar y deseaba con todas sus fuerzas quitarse aquellos zapatos que le habían provocado rozaduras. Además, no pensaba admitirlo, pero su cuerpo aún temblaba por aquel enfrentamiento con el señor Hayden, aunque parecía haberle quedado bien claro que ella no pensaba ser una sombra que podría tratar a su antojo. No, ella iba a ser dueña y señora de su vida.

Justo cuando iba a abandonar el salón notó una mano ceñirse a su brazo impidiendo que pudiera avanzar. Se giró esperando una amenaza, algún tipo de frase que produjera el miedo en su cuerpo como lo hizo justo antes de casarse o el mismo día de su boda.

—No. No te considero mi esposa —susurró Richard.

Jamás lo admitiría ante ella, sería como deshonrar su propio juicio mental.

Observó aquellos ojos bronce que brillaban con la tenue luz y no lo resistió un instante más, acortó la distancia que le separaba y apresó sus labios con tal ímpetu que ni el mismo entendía su propio descontrol ante ella.

Julia se vio apresada por aquellos labios tan inesperadamente que no supo reaccionar, se quedó bloqueada hasta que apreció la tenacidad con la que él intentaba hacerse hueco con su lengua demandando profundizar aquel beso que su cuerpo traicionero comenzó a responder sin ser consciente de ello.

Notó como la estrechaba entre sus brazos acercándola a él y en ese momento el olor a perfume barato que tan bien conocía por Sheila y porque había estado en aquel burdel la invadió. De un solo movimiento le golpeó el pecho provocando que la soltara y al parecer lo hizo con la suficiente fuerza porque se separó de ella con el golpe.

«Plaff»

Antes de que Richard pudiera siquiera reaccionar de porqué se había visto arrancado de aquel suculento manjar, la bofetada que le había propinado Julia en la mejilla hizo que fuera consciente de la realidad.

—Me das asco Richard Hayden. —Ni tan siquiera le llamó señor, no lo merecía—. Vuelve con tus sucias rameras a las que debiste dejar no hace mucho, puesto que aún hueles a ellas —añadió arrastrando las palabras y sin

siquiera esperar una respuesta, subió las escaleras apresuradamente y se encerró en su habitación con llave. Lo que menos necesitaba era que él viniera tras ella y entrara en su habitación o peor aún, que reclamara sus derechos maritales.

Realmente no sabía que le dolía más, si saber que él la deseaba, pero que primero había buscado el favor de una ramera antes que ella para satisfacerse lo que la hacía ser manjar de segundo plato, o que hubiera reiterado que no la consideraba su esposa. Fuese como fuese dolían ambas cosas, pero como que se llamaba Julia y que era una Benedict que no lloraría más por ese hombre.

¡Maldición! Se dijo Richard una vez que ella se había escapado de sus brazos para huir al refugio de su habitación.

Aquella mujer iba a hacerle perder su cordura, quizá ya había comenzado a perderla. Le había rechazado porque creía que había estado con alguna fulana cuando no era así, pero su olor de delataba. ¡Maldita sea! Gimió mientras estampaba haciendo añicos la copa de coñac que había estado degustando en su larga espera.

Se dejó caer apoyando los brazos sobre la balda de madera que revestía la parte superior de la chimenea y posaba la mirada pérdida en el fuego… ¡Que el diablo se la llevara! A ella y a su temperamento repentino. No la quería, él era feliz con su vida antes de que ella le tendiera aquella trampa para amarrarlo a ese condenado matrimonio infernal. Apretó sus puños enfadado, pero ¿Por qué estaba realmente enfadado? Lo sabía, sabía que todo aquel resentimiento solo era porque la deseaba y no la podía tener así como así.

Tenía que hacer algo, no sabía qué, pero debía hacer algo. Fue consciente de que hasta que no hiciera suya a su propia esposa, no saciaría aquellas ansias incontrolables que de pronto sentía por ella y una vez la tuviera en su lecho,

por fin podría pasar página y volver a su condenada vida de libertino como hasta ahora.

Aquella mañana lucía un sol espléndido a pesar del frío. Julia estaba envuelta en su chaquetilla de pelo de ciervo sobre su abrigo de lana para darle un mayor lujo a la simpleza de éste.

—Tengo la sensación de que está en otra parte, señora Hayden —dijo sin perder la sonrisa Gabrielle.

La noche anterior en la que Julia había accedido a pasear con *lord* Guicciardini por Hyde Park, no pensó que después ocurriría lo que precisamente ocurrió al llegar a casa. Le había parecido un mal gesto enviar una nota aquella mañana para disculparse, además pensó que aquello la distraería, aunque desde luego no estaba siendo así.

—¿Cómo?, ¿Perdone? —exclamó Julia siendo consciente de que sus pensamientos estaban en otra parte, en otro lugar recóndito de su mente, justo en la noche anterior y en los labios del señor Hayden. Apenas había podido dormir por la opresión en su pecho, la sensación ahogada de querer y no poder y finalmente había llegado a una conclusión… una que por muy dolorosa que fuera, comenzaba a tomar forma y cada vez se hacía más factible.

Richard no iba a cambiar, jamás lo haría y ella no podría ser feliz al lado de un hombre que nunca la consideraría su esposa y que no posaría sus ojos únicamente sobre ella porque jamás se conformaría con una sola mujer.

—¿Es posible que mi dominio sobre su lengua no sea del todo correcto y por eso la aburra señora Hayden? —preguntó captando la atención de Julia.

—¡Oh no!, ¡Por supuesto que no! Solo estaba distraída. Además, su acento

resulta encantador —contestó rápidamente.

—Entonces, ¿Le preocupa algo? —preguntó delicadamente a *lord* Guicciardini.

—Tal vez no sea preocupación, pero no me parece oportuno agobiarle contándole mis problemas —confesó con una sonrisa.

—¿Qué le parecería si hacemos un trato señora Hayden? —exclamó con semblante serio.

—¿Un trato? —respondió Julia frunciendo el ceño.

—Si —afirmó *lord* Guicciardini —. Yo le contaré de qué estoy huyendo, si usted me relata que le preocupa, ¿Qué le parece?

Julia observó que los ojos verdes de aquel hombre estaban fijos en los

suyos, eran hermosos; sin duda lo eran, pero jamás se parecerían al verde que ella tan bien conocía y anhelaba.

—Yo… —comenzó a decir Julia.

—Se trata de confianza mutua —añadió Gabrielle antes de que ella contestara.

—Aceptaré con una única condición —respondió mordaz.

Lo cierto es que tal vez una visión desde otro punto de vista que no fuera el de sus amigas le pudiera despejar las dudas y si era sincera consigo misma, jamás tendría una oportunidad de confesarle aun caballero lo que sucedía para que pudiera darle su percepción

—Soy todo oídos —afirmó esperando su respuesta.

—Comenzará usted por revelar su confesión. —Si iba a confiarle sus

pensamientos a *lord* Guicciardini, necesitaba al menos saber qué asunto peliagudo le había traído hasta Londres huyendo de su amado ducado de Florencia.

—Está bien —resopló—. Le garantizo que será la primera dama y también la única persona a la que voy a confesar esto. —A pesar de parecer seguro, se evidenciaba su contrariedad, como si estuviera nervioso.

Julia observó cómo se ajustaba el pañuelo de su camisa y el chaqué en un acto de nerviosismo.

—Le prometo que no le juzgaré —dijo Julia para darle ánimo a que revelara su confesión. En realidad, no sabía cómo había llegado hasta ese punto con *lord* Guicciardini, apenas se conocían a pesar de que lo habían pasado muy bien y de hecho su compañía era más que grata.

—Jamás he estado enamorado. No realmente. —Comenzó a confesar *lord* Guicciardini—. Siempre me han atraído las mujeres hermosas, estuvieran casadas o no —dijo con una leve sonrisa de complicidad—. Lo sabrá por su propia amiga la duquesa de Lennox.

—Me consta *lord* Guicciardini —contestó Julia mordiéndose levemente el labio para evitar sonreír.

Sabía por Catherine que aquel hombre era un auténtico mujeriego, podría ser incluso parecido a Richard, tal vez por eso se estaba

atreviendo a confiar en él. Quizá podría darle una respuesta sobre la actitud de su esposo.

—Si, creo que nunca lo he ocultado, al contrario, me he vanagloriado en ello y jamás me ha importado que me vieran del brazo de una dama hermosa, como por ejemplo de usted. —En ese momento la miró fijamente sonriendo.

—¿A dónde quiere llegar *lord* Guicciardini? Porque no me parece que esos

sean motivos suficientes para huir —concluyó Julia.

—Creo que me he enamorado —confesó Gabrielle desviando la mirada.

—¿Y eso es horrible? Quiero decir, ¿Tan malo es encontrar el amor en una bella joven? —añadió extrañada.

¿Pero qué tenían los hombres en contra del amor y de enamorarse? Como le contestara algo referente a la pérdida de la libertad, sería capaz de darle un guantazo similar al que le propino a su esposo anoche.

—No es bella. No lo es en absoluto —respondió tajante.

—¿Qué? —exclamó Julia.

Había esperado tanto otro tipo de respuesta, que hasta su mano estaba preparada para abofetearlo, pero se quedó sin habla tras su confesión.

—Que ella no es bella, ni hermosa, ni tan siquiera tiene algo que pueda vanagloriarse para presumir de ella, salvo por un temperamento enérgico que consigue desquiciarme.

—Por su descripción no parece que la ame precisamente —contestó Julia con cierta ironía.

—Cierto. Tal vez porque yo mismo deteste mencionarlo, es más, usted es a la primera persona a la que se lo he confesado. Admito que, lo que siento por esa dama jamás lo he sentido por ninguna otra, es sorprendente y a la misma vez aterrador.

—¿Y qué importa si no es bella? Sería un necio si dejara a un lado sus sentimientos solo por lo que puedan opinar los demás.

—Es… complicado —confesó abstraído.

—Sólo si usted lo complica —respondió Julia tenaz.

—Ahora es su turno señora Hayden, confieso que tengo cierta curiosidad por saber que la mantiene constantemente abstraída.

—Está bien, ¿No le han llegado los rumores sobre sucesos ocurridos en mi noche de bodas? —preguntó para saber el punto exacto de partida.

—No, ¿Es que ha ocurrido algo que se deba saber en su noche de bodas? —

preguntó confuso.

—¡Oh sí! —exclamó—. Que mi esposo paseó a una bailarina exótica por toda la ciudad —comenzó relatando los hechos.

—Lo lamento —contestó Gabrielle—. Ahora entiendo todo y déjeme decirle que es usted valiente por quedarse en esta ciudad y afrontar un hecho así, más aún teniendo en cuenta que su reputación se ha visto completamente expuesta y anulada. Confieso que, en estos momentos, retaría a su esposo a un duelo por mancillarla con tal descaro, aunque imagino que eso no cambiaría el hecho de que su honor siga afectado.

—Tiene razón, no cambiaría nada. Es por eso que voy a anular mi matrimonio —confesó completamente convencida.

14

Lo había decidido la pasada noche, por más dolor que implicara el hecho de alejarse de su lado, lo haría. En su determinación estaba segura de que su propia familia quizás no la ayudaría o más bien debería decir “su madre”. Aunque Robert la obligó a casarse, es cierto que le prometió no intervenir en sus propias decisiones respecto a su matrimonio y aquello era una decisión que había tomado ella misma.

Desde que Emily colocó la idea en sus pensamientos no había cesado en repetirse los inconvenientes y las consecuencias si llevaba a cabo la anulación. Ella no saldría beneficiada con aquello y lo sabía, es más, debería

desaparecer de la ciudad cuando lo hiciera porque si ahora mismo su nombre no constaba en ninguna lista debido a ser una persona indeseada, después de aquello directamente sería el destierro total y absoluto hasta la posterioridad.

Había pensado en desaparecer igualmente sin dar explicaciones. Alejarse de allí y comenzar una nueva vida a pesar de que sus amistades, su familia y todo cuanto conocía se encontrara en Londres… pero no deseaba seguir atada a él y que pudiera seguir reprochándoselo en algún momento. No. Necesitaba empezar de nuevo y quizá ser feliz, o al menos que uno de los dos, lo fuese.

Agradeció que el propio *lord* Guicciardini le ofreciera su residencia de verano en el ducado de Florencia si estaba decidida a irse. No pudo evitar sonreír al recordar la confesión de aquél hombre tan apuesto, tan libertino, tan mujeriego… y arduamente enamorado de una joven

poco agraciada según él, pero cuyo temperamento había conseguido cautivarle de tal forma que ni él mismo entendía.

¿Por qué Richard era el único hombre incapaz de amar? Tal vez no fuera el único, solo que ella había anhelado tanto que lo hiciera, que no hallaba consuelo consigo misma. Por eso necesitaba alejarse de allí, la distancia conseguiría hacer que lo olvidase, arrancarlo de su corazón y por fin, comenzar a vivir.

—¿Estás realmente segura? —preguntó Emily cuando confesó sus planes.

—Si, lo he pensado detenidamente y sé que aquí no seré feliz junto a él. Me dará tristeza no estar cerca de ti, de tus pequeñas… de Catherine, de mi querida Susan o de mi familia, pero…

—Tienes que pensar en ti —intervino Emily terminando su frase.

—Si, debo hacerlo. De lo contrario sé que el resentimiento y la amargura

consumirán mi alma —concluyó Julia.

—No diré que me alegre Julia. No será fácil, pero quizás encuentres de esa forma la felicidad que mereces y sabes que puedes alojarte en alguna de nuestras propiedades si lo necesitas, tanto tiempo como sea necesario; inclusive si es el resto de tu vida —afirmó Emily.

No tendría vida suficiente para agradecer la bondad de su amiga.

—Primero tendré que buscar un médico con la suficiente discreción que esté dispuesto a ayudarme y después, vendrá todo lo demás —suspiró Julia.

—El médico de la familia de los Sylverston es muy discreto; estoy segura de que podrá realizarte el informe y si verifica que el matrimonio no ha sido consumado; la anulación será rápida —respondió Emily.

Julia se dejó caer en el sillón desplomándose casi abatida.

—No me estoy equivocando, ¿Verdad? —Dudó por un instante.

—Solo tú tienes la respuesta Julia, desafortunadamente eres tú quien debe tomar la decisión —contestó Emily sentándose junto a ella.

Richard había ido temprano a la fábrica de Carruajes Grafton para ver

a su amigo David, aunque quizá no estuviera allí debido al estado avanzado de gestación de su esposa, la misma que le había vetado la entrada en casa de su amigo y por lo tanto si no se encontraba allí, no podría visitar su hogar para encontrarle. Tuvo suerte cuando preguntó por el duque de Lennox, al parecer estaba reunido, pero se quedó a esperarle.

—¿Richard? —exclamó David al ver entrar en su despacho a su viejo amigo

—. Mis ojos no dan crédito, ¿Tú, despierto a estas horas? —añadió entre risas.

—Que no te visite en horas tempranas no significa que no madrugue nunca.

—Mintió.

Realmente su amigo era consciente de que siempre se acostaba demasiado tarde como para estar cuerdo en horas decentes de la mañana.

—Quizás la vida de casado haya servido para algo después de todo —

determinó David.

La respuesta de Richard fue un gruñido. En realidad, estaba allí precisamente por eso; su matrimonio.

—¿No hay quejas sobre tu matrimonio?, ¿Debo pensar que empiezas a aceptar que tener una esposa no es tan grave? —preguntó David ante el silencio de su amigo.

—No te equivoques —contestó rápidamente—. Sigue sin agradarme tener esposa y no voy a discutir las razones por las que se produjeron aquella encerrona… pero sí que estoy aquí precisamente por eso, por *mi* esposa —

contestó haciendo énfasis en la palabra “mi”.

—¿Has dicho *tu* esposa? —preguntó David en el mismo tono de énfasis.

—Si —respondió como si la propia aceptación se atragantara en su garganta.

—Está bien, soy todo oídos, ¿Qué ocurre? —preguntó David intrigado.

—¿Qué se supone que debo hacer para que ella me acepte de buen agrado en su cama? —confesó directamente.

Richard jamás había tenido que "conquistar" a una mujer. Siempre había pagado sus servicios o directamente se había entregado de buen agrado a él.

Con Julia no era así, jamás sería así y estaba demasiado perdido por primera vez en su vida.

—¿Es que la has tomado de mal agrado Richard? —preguntó David preocupado.

—No. Jamás la he tocado —admitió y vio cómo su amigo se relajaba.

—Richard, tu esposa no es como las rameras a las que estas acostumbrado o las mujeres fáciles con las que siempre te has rodeado —contestó David en tono serio.

—Lo sé —admitió Richard rápidamente como si sus pensamientos se hubieran tomado voz propia evocando aquella imagen de ella como una diosa cuando la descubrió dormida en su habitación, era incomparable a la cortesana más deseada de toda la ciudad. No, desde luego que Julia no podía asemejarse, era como intentar comparar el día con la noche.

—Una dama quiere seguridad, respeto, honorabilidad, sentirse protegida…

—Comenzó a recitar David—. Todo aquello de cuanto huyes Richard.

—No creo que sea tan complicado fingir un poco de eso —determinó Richard.

—¿Fingir? —exclamó David conmocionado.

—Por supuesto. Aunque admita que deseo a mi esposa, no significa que quiera estar solo con ella —confesó—. Quiero que ella venga de buen agrado a mi lecho, nada más.

—Después de lo que hiciste Richard, déjame dudarlo… es más, por lo que Catherine me ha contado del carácter de tu esposa, lo tienes bastante difícil.

Ya podrías hincarte de rodillas suplicándole perdón y regalarle rosas cada día, que aun así no lo tendrías nada fácil —contestó David.

—¿Pedir perdón y regalar rosas? —preguntó retóricamente.

Quizá esa sería una buena forma de empezar…

Richard habría llevado rosas rojas, pero sería demasiada insinuación para sus pretensiones, en cambio optó por llevar unas rosas de color rosado claro.

Caminaba pensando en su discurso, ¿Cómo se pedía perdón sin llegar a decirlo explícitamente? Cruzó por Hyde Park, él no solía prestar atención a las parejas que paseaban a esas horas por la ciudad, siempre le había parecido una pérdida de tiempo pasear del brazo de una dama por el simple hecho de su compañía o mantener una conversación aburrida e insignificante a horas tempranas. Ahora se preguntaba si a su esposa le podría gustar tal hecho, probablemente sí, en cuanto alzó la vista obtuvo su respuesta al contemplar a su propia esposa, del brazo de otro caballero.

Se abstuvo de ir hasta ella para arrancarla del brazo de aquel caballero con el que paseaba y se escondió rápidamente para que no pudiera verle, aunque a juzgar por la forma en la que hablaba con aquel hombre desde la distancia a la que se encontraba podría decir que para ella no existía otra distracción que no fuera la del caballero.

¿Quién era? Tuvo que fijar su vista un poco más para reconocerlo y se maldijo a sí mismo cuando lo hizo porque supo perfectamente de quién se trataba. El maldito de Guicciardini. Sabía quién era por David, al igual que también conocía las intenciones que ese hombre tendría con respecto a su esposa.

¿Serían amantes?, ¿Por eso ella acudió al baile en palacio? Conocía de sobre el parentesco de l *ord* Guicciardini con la familia real y sin duda, la pasada noche estaría en aquel baile.

Una furia incontrolable se apoderó de él. Era una sensación nueva, extraña y de lo más inexplicable… lo supo instantáneamente; eran celos. Unos malditos

celos que no sabía porqué razón los sentía.

Julia decidió visitar a Catherine aquella misma tarde después de almorzar en casa de los duques de Sylverston. Necesitaba contarle sus planes, en el fondo de su alma sabía que necesitaría el apoyo de sus amigas para lo que planeaba hacer.

—¡No!, ¡Debes haber perdido el juicio completamente! —exclamó Catherine en cuanto confesó sus planes.

—Ya lo he decidido Catherine —afirmó Julia—. No pienso dar marcha atrás y Emily me apoya. Solo deseo que tú también lo hagas, no te pido nada más

—añadió con esperanza.

—Sabes que te apoyaré, aunque no comparta tu decisión. Confieso que fui la primera en detestar a tu esposo cuando hizo lo que hizo, pero con esto que piensas hacer, tu saldrás igualmente perjudicada. Tendrás que irte lejos Julia… muy lejos de aquí —respondió Catherine.

—Lo sé, pero seré libre Catherine. No tendré que soportar más su sucio olor a perfume de burdel cada noche cuando regrese a casa. —suspiró Julia.

—¡Ay dios! —gimió Catherine—. Lo siento tanto por ti…

—Tú no debes sentirlo Catherine, en todo caso lo siento yo —afirmó con pesar—. Por creer que sería diferente, por tener la esperanza de que cambiaría, por ser la ingenua que fui al pensar que él, ilusamente me amaría.

—Estabas enamorada, no puedes culparte de tener esperanza. Cualquier mujer en tu lugar habría hecho lo mismo —respondió Catherine y Julia no lo rebatió.

Volvió a media tarde de regreso a casa. Aunque por más que quisiera llamarlo hogar no lo consideraba así. Desde que salió por la mañana a pasear con *lord* Guicciardini aún no había regresado y lo cierto es que le apetecía enormemente tomar un baño, relajarse y dormir para tratar de calmar sus incesantes pensamientos sobre su futuro inquietante.

No esperó que Richard se encontrara en casa tan temprano, menos aún que se quedara a cenar o al menos es lo que parecía por la mesa preparada para dos comensales.

—Buenas tardes querida —pronunció Richard.

A pesar de que se había pasado maldiciendo medio día hasta que ella llegase preguntándose donde demonios estaría, se había autoconvencido de que no le importaba, por más que sabía que solo

fuese una mentira hacia sí mismo.

—Buenas tardes —respondió Julia a secas.

—¿Cenamos? —preguntó cordial—. Te estaba esperando —añadió.

—Si, por supuesto. —Aunque Julia iba a negarse, pretendió aparentar normalidad. No dejaría que él la acobardase o que pensara que huía de él por ser incapaz de soportarle.

—¿Dónde has pasado el día? —preguntó Richard a su esposa.

Julia le miró contrariada. Era la primera vez que él se interesaba por ella o donde había estado, aunque no le estaba exigiendo nada como la noche anterior, sino que se lo preguntaba como tema de conversación.

—He visitado a algunas amistades —dijo sin darle importancia.

—¿La duquesa de Lennox, quizá? —insistió Richard. Podría saber si habría estado con ella.

—Si, pasé la tarde junto a ella —contestó sin entender aquel repentino afán de Richard de querer saber dónde había estado.

—Bien… bien —contestó contrariado.

La cena transcurrió en silencio y cuando Julia hizo amago de levantarse para marcharse a tomar su merecido baño, Richard la retuvo cogiéndole su mano.

—Lamento lo que hice —declaró sin especificar exactamente que era lo que realmente lamentaba.

Julia se quedó atónita, casi sin habla, ¿Estaba pidiendo perdón?, ¿Él?,

¿Richard Hayden?

—¿Qué es lo que lamenta exactamente? —preguntó directamente.

—Todo —confesó Richard.

Más valía pedir perdón por todo ya que había empezado a hacerlo.

—Está bien —contestó haciendo amago de marcharse, pero él no la dejó hacerlo.

—No volverá a suceder —insistió Richard en un último intento.

Julia iba a preguntar que sería exactamente lo que no sucedería, pero en cambio asintió y se marchó a su habitación. Huía de él porque estaba segura de que los latidos de su corazón podrían apreciarse debido a su pulso acelerado. Entró rápidamente en su recámara y cerró la puerta dejándose caer en ella y respirando profundamente para calmar su respiración agitada.

15

Richard le había pedido perdón, pero lo que era aún más insólito era que le había confesado que no volvería a suceder, ¿Qué no volvería a suceder exactamente?, ¿Exponerse con una ramera en lugares públicos?, ¿Visitar un burdel?, ¿Qué?

Se moría por saberlo, pero al mismo tiempo se negaba a sí misma hacerlo puesto que sería admitir el deseo por creerle y si lo hacía, estaría de nuevo completamente perdida.

El olor a rosas la embriagó y se fijó en las preciosas rosas que había sobre su

tocador, ¿Qué hacían esas rosas allí?

En ese momento alguien llamó a la puerta y dio un respingo asustada.

—Señora, traigo el agua para la tina —escuchó Julia decir a su ama de llaves y criada.

Abrió la puerta enseguida y en pocos minutos su bañera estaba lista para hundirse en un baño humeante de agua caliente.

—¿De quién son las rosas Margaret? —preguntó a la criada.

—Las trajo el señor para usted, mi señora —admitió recogiendo los últimos cubos mientras dejaba otros de agua caliente para añadir conforme el agua se fuera enfriando.

—¿El señor?, ¿Para mí? —repitió consternada.

—Si mi señora —insistió Margaret—. Pidió que las colocara en su habitación expresamente.

Julia asintió y la doncella se marchó. Mientras se desnudaba no dejaba de pensar porqué Richard habría traído aquellas rosas para ella, ¿Y porqué no se las había dado él mismo?

Dudo un instante en si estaría haciendo bien o no pidiendo la anulación de su matrimonio, ¿Y si él realmente se arrepentía? Pero una cosa era arrepentirse de sus actos y otra que aceptara que ella fuera su esposa. Hacía tan solo una noche que había vuelto a recordarle que jamás la consideraría como tal y dudaba que hubiera cambiado de parecer en unas horas.

En los días siguientes las mejoras de las clases de baile que Julia daba habían dados pasos casi agigantados. Según Sheila, se debía a que había perdido el prejuicio para realizar aquellos sensuales movimientos con su cuerpo y se

estaba encontrando a sí misma.

—Si sigue aprendiendo así de rápido señora Hayden, empezaré a pensar que desea robar mi fama de bailarina exótica en la ciudad —dijo Sheila con un tono de voz divertido.

—Agradezco tu halago Sheila, pero ni en mis mejores sueños sería una tercera parte de lo buena que eres tú —contestó Julia igualmente risueña.

Había llegado a tener la confianza suficiente para tutear a la bailarina.

—No es solo un halago, Julia. Sorprendentemente aprendes rápido, mucho más rápido que yo misma cuando comenzaron mis enseñanzas. Si practicaras más horas, los resultados serían sorprendentes —añadió convencida.

—Gracias, aunque realmente con lo que me has enseñado me siento más que satisfecha… jamás llegué a creer que conseguiría siquiera mover un poco mis rígidas posaderas —contestó sin evitar reír a carcajadas.

Cuando salió de aquella casa esperando un tiempo prudencial después de que Sheila se hubiera marchado, no pudo evitar sonreír durante gran parte del camino. Necesitaba refrescarse puesto que en aquella ocasión había sudado más de lo normal y cuando se disponía a coger un coche de alquiler quien menos esperaba la interrumpió antes de

poder hacerlo.

—¿Vas a coger un carruaje de alquiler sola? —preguntó la voz de Richard en un tono serio y casi se podría decir que de enfado.

—¿Algún inconveniente? —contestó sin volver la vista hacia su esposo. No hacía falta girarse para saber que era él. Podría reconocer esa voz en cualquier parte.

—¿Qué haces en esta parte alejada de la ciudad? —exclamó aturdido de encontrarla allí.

Richard sabía que por allí no había ningún interés para su esposa, además se acababa de dar cuenta que ella parecía contrariada y estaba alterada, como si se hubiera estado ejercitando. Así lo atestiguaban sus pómulos sonrosados y el leve sudor de su frente. Era como si… ¡No!, ¡No podía ser!

—Tenía asuntos que hacer por aquí. Ahora me disponía para regresar a casa

—contestó Julia haciendo amago de marcharse, pero él la detuvo.

—No. No vas a ninguna parte sola —dijo taciturno.

—¿Ahora va a preocuparse por eso?, ¿Después de varias semanas de matrimonio le preocupa lo que me pueda ocurrir? —preguntó con cierta ironía en sus palabras.

—Mi carruaje está dos calles más abajo. Vamos. No cojeras ese coche tu sola

—insistió apretando la mano en torno a su brazo para asegurarse de que la acompañaba mientras emprendía camino junto a ella.

No podía ser… por más que intentaba convencer a su mente de que no era así, tenía las pruebas ante sus ojos. Julia debía tener un amante dado el estado en el que la había encontrado y aún más, estando tan alejada de la ciudad. Si se trataba del maldito de Guicciardini, lo mataría con sus propias manos. ¡Esa mujer lo estaba volviendo loco!, ¡Él no podía estar celoso!, ¡Jamás lo había estado en su vida!

Richard no dejaba de poner en orden sus pensamientos. ¿Qué demonios haría con ella? No tenía idea alguna de cómo se trataba a una esposa. Menos aun cuando no quería considerarla su esposa. Y para colmo tenía un amante. Apretó los puños clavándose las pocas

uñas en su carne mientras la observaba mirar por la ventana del carruaje, como si tratara de evitarle probablemente porque si lo hacía podría descubrirse a sí misma con su engaño.

¿Por qué le molestaba? En su momento no pensó que ella podría buscarse a alguien con quien saciar sus instintos. Aunque no lo hizo porque no se le ocurrió pensar que pudiera tenerlos y al parecer los tenía. No sabía que le sentaba peor; que ella no lo eligiera a él o que era un cornudo.

—Quiero saber qué estabas haciendo exactamente en esa parte de la ciudad

—volvió a exigir autoritario—. Te recuerdo que te debes a mí y si es mi deseo, me darás las debidas explicaciones.

Julia miraba por la ventanilla del carruaje todo el tiempo. La situación era chocante. Richard casi la descubre saliendo de aquella casa que le había prestado temporalmente Emily para sus ensayos y de hacerlo, ¿Qué excusa podría alegar que fuera convincente?

—Tu silencio solo demuestra que escondes algo, ¿Tal vez un amante? —

preguntó directamente y en ese momento ella le miró fijamente.

—¿Amante? —rio con desgana—. ¿Y qué si así fuera? —exigió—. Dudo que te importara, ¿No?

Richard la agarró del brazo para atraerla hacia él. Estaban sentados uno frente al otro, pero al hacerlo sus rodillas chocaron contra las de ella y su boca quedó demasiado cerca de la suya obnubilando su poco juicio ante su presencia.

—¿Reconoces que lo tienes? —exigió cerca de sus labios.

Julia estaba perdida entre su olor y aquella cercanía. Tiempo atrás habría deseado tanto aquel acercamiento que de haberse producido casi se desmayaría, en cambio ahora, prefería que no lo hiciera. Era débil ante él, su

carne era demasiado vulnerable en su presencia.

—Piensa lo que quieras. No admitiré ni negaré tal acusación contra mi —

respondió firme.

Dudaba que a él le importara, pero al menos que se martirizase en el intento de averiguarlo. Pensó que la soltaría o tal vez la reprendería con otra falsa acusación, pero lo que menos esperaba es que la agarrara de la cintura con tanta fuerza que antes de darse cuenta estaba sentada sobre su regazo y al instante siguiente la boca de él demandaba la participación de la suya con tal voracidad que notaba la ausencia de oxígeno.

El aroma masculino de Richard embriagó a Julia con tal magnitud que todas sus defensas cayeron y en ese momento él la apretó aún más, aferrándola con intensidad. Un gemido escapó de sus labios y de pronto sintió como la lengua de él se abría paso para juguetear con la suya propia. Aquello era ambrosía para sus sentidos y deseaba más de aquella sensación que anulaba sus sentidos.

Notaba las manos de Richard recorriendo su cintura de forma ascendente; rozando sobre la tela de su vestido su abdomen... su pecho... su garganta. En el momento en el que su boca abandonó la suya para comenzar una ristra de besos hacia su garganta, se arqueó instintivamente para facilitarle el acceso, como si de forma natural se tratara.

Cuando sintió los hábiles dedos de su esposo intentando aflojar su corsé para liberar sus pechos, fue consciente de lo que estaba sucediendo en aquel carruaje, de lo que le estaba permitiendo que Richard le hiciera.

—No... —susurró.

Richard estaba tan sumamente abstraído obteniendo el néctar de aquella mujer que se sentía completamente ajeno al lugar donde se encontraban. Era incapaz de ver más allá de la suave piel de Julia. Del increíble sabor de sus labios. De ese olor a lavanda que le volvía increíblemente loco sin saber exactamente porqué razón lo hacía.

—¡No! —gritó Julia esta vez con fuerza mientras le daba un empujón.

En ese instante Richard la miró contrariado, pero en ese momento el carruaje paró y ella salió corriendo como si huyera del mismísimo demonio. Había escuchado sus gemidos; ella le deseaba, podía notarlo y la próxima vez que la besara sería suya. ¡Iba a quitarse aquella infernal obsesión con su esposa de una maldita vez!

No la siguió. En su lugar se fue al club. Necesitaba tomarse una copa y

quizás distraerse con los problemas de otra persona antes que entrar en aquella casa de la que no estaba seguro de controlarse para no saltar sobre ella y tomarla de una maldita vez. ¿Qué tenía ella para hacerlo sentir de aquel modo? Sabía que solo se debía a esa imagen de ella desnuda en la bañera. Solo era eso, un simple encaprichamiento que saciar, pero como todos ellos; terminaría cansándose una vez lo obtuviera.

Se sentó en una de las mesas del club algo apartada, no había reconocido a nadie al entrar por lo que casi prefería beber solo momentáneamente. Los asientos de aquellas mesas apartadas eran circulares con una pequeña mesa central. Entre ellos se alzaba un separador de madera para dar cierto carácter de privacidad a cada asiento. No estaba concurrido, probablemente se debiera a la hora puesto que era bastante temprano para que el club fuera frecuentado.

— *Lord* Sylverston —escuchó Richard.

No reconoció la voz que pronunció el nombre del duque, pero no le dio importancia.

—Lamento el retraso Doctor Legrad. Agradezco que aceptara concertar aquí el encuentro tratándose de un tema tan sumamente delicado —contestó *lord* Sylverston.

En ese momento Richard prestó atención. No era una persona chismosa, pero

¿A quién no le intrigaban los temas peliagudos?

—Me sorprendió que no me dijera sobre que trataría la cuestión en su carta excelencia, admito que estoy intrigado —contestó el doctor.

—Entenderá porqué le cité aquí cuando le planteé la situación. Doy por hecho que tendré su palabra de confidencialidad como médico y tratándose de un tema tan delicado, este asunto quedará entre usted y yo —atajó Henry.

—Por supuesto su excelencia. Sabe que jamás diría una palabra referente a usted o a su familia —respondió el doctor Legrad.

—No se trata de mi o de mi familia en este caso doctor Legrad, sino más bien de una querida amiga de mi esposa que necesita su ayuda —afirmó Henry.

—¿Mi ayuda?, ¿Debo suponer que se encuentra enferma? —preguntó

el señor Legrad

—No está enferma. —Hubo una prolongada pausa por parte de Henry —.

Desea anular su matrimonio y necesita como bien sabe, un médico de confianza que realice el examen que certifique que su enlace no fue consumado.

Richard frunció el ceño. ¿Desde cuándo *lord* Sylverston se dedicaba a ese tipo de tejemanejes?, ¿Quién sería la dama que desearía anular su compromiso sabiendo lo que ello implicaba?

—¿Entiende su querida amiga las consecuencias de su acusación? —

preguntó el doctor bastante interesado.

—Si. Las conoce perfectamente y está decidida —afirmó Henry.

—Le seré franco *lord* Sylverston. Sabe que respeto a su familia y que siempre ha podido contar con mis servicios y los de mi padre antes de mí, pero si debo poner mi nombre y prestigio ante la acusación, debo saber quién es la dama en cuestión —contestó el doctor seriamente.

—Lo entiendo. Será su nombre el que esté en juego ante la validez del documento, pero contará con mi apoyo en todo momento y la señora Hayden se lo agradecerá —afirmó Henry revelando así el nombre de la dama a su interlocutor.

En ese momento a Richard se le olvidó respirar. En su cabeza solo se repetía

“señora Hayden” una y otra vez con la voz de *lord* Sylverston. ¿Para qué iba a querer anular su matrimonio si precisamente le había tendido una trampa para convertirse en duquesa? No tenía sentido… a menos que…

¡Guicciardini!, ¡Quería ser libre para largarse con el maldito florentino!

«Eso habrá que verlo querida esposa» susurró para sus adentros mientras apuraba de un solo trago la copa y se marchaba echando humo del club por el lado contrario al que se encontraban el Doctor Legrad y *lord* Sylverston, para no ser descubierto.

16

—Cálmate. —Se decía Julia una y otra vez mientras daba vueltas por su habitación—. Solo ha sido un beso, solo eso —repitió en voz baja.

Pero qué beso… tuvo que admitir. Casi había olvidado por un momento todo, dejando a un lado los desplantes de Richard y sus humillaciones públicas.

¿Por qué tenía que amar a ese hombre?, ¿Por qué su corazón no pudo elegir a otro? Le deseaba, su cuerpo traicionaba su corazón y estaba segura de que él se había dado cuenta.

Aún no se creía que él creyera que tenía un amante, ¿Ella? Dudaba que

aquello le importara a Richard, tal vez lo único que le molestase de creer que ella pudiera tener un amante era que alguien más lo supiera. ¿De dónde habría podido sacar esa idea? No creía que fuera por encontrarse alejada de la ciudad, fuera como fuese, no le daría explicaciones al igual que él no se las daba a ella, pero tenía que admitir que en los últimos días había notado a Richard diferente, no sabía si solo era su imaginación, pero el hecho de lamentar sus actos, las rosas y la escena de celos protagonizada la otra noche y quizás incluso la que vivió hacía unos instantes podrían ser razón para indicar que en el fondo, no le era tan indiferente a su esposo.

¿Podría existir una posibilidad?, ¿Podría olvidar todo lo que él le había hecho si cambiaba? Tal vez… tal vez se estaba precipitando con la anulación, aunque jamás fuera feliz junto a Richard, su corazón le

decía que nunca amaría ni sería feliz con otro hombre que no fuera él.

Aquella noche no se atrevió a salir de su habitación, es más, pidió que le sirvieran la cena en ella alegando encontrarse con un fuerte dolor de cabeza, pero solo se debía a que su pulso se aceleraba con la sola idea de volver a ver a Richard. Su cuerpo anhelaba que la besara de nuevo y al mismo tiempo se lamentaba por de serlo.

Se acostó temprano, aunque tardó en conciliar el sueño debido a la encrucijada en la que se encontraba. No quería tomar una decisión de la que arrepentirse durante el resto de su vida, ¿Y si tras la anulación se arrepentía?

No quería perder la más mínima esperanza de estar junto a Richard si él le demostraba que sí estaba arrepentido. Tal vez pudiera hacer algo, aunque en el fondo tardara en perdonar y olvidar lo que le hizo aún le quería… le amaba y reconocerlo solo le hacía tener esa esperanza que siempre se había guardado en su interior.

Richard cenó solo y en silencio. No le extrañó que su esposa no compartiera la mesa con ella y cuando Margaret le comunicó que Julia sufría una fuerte jaqueca asintió, más no la creyó. Ella no deseaba verle, ¿Quizá temiera que volviera a abalanzarse sobre ella?, ¿Tal vez temiera ser presa de sus deseos?

Julia le deseaba y esa noche iba a ser consciente de hasta cuánto lo hacía.

Esperó pacientemente en el salón observando el fuego hasta que toda la casa se mantuvo en completo silencio. No permitiría que ella anulara el matrimonio, aunque con ello le diera la libertad que tanto ansiaba. Le importaba un comino las razones de porque no quería que ella se marchara, tal vez solo fuera el deseo de venganza —sí, miéntete a ti mismo—, pero no permitiría que se fuera con *lord* Guicciardini. No permitiría que fuera de otro, ella era suya y de nadie más.

Tomó el último sorbo de su copa y la dejó sobre la licorera, mientras subía los escalones fue aflojándose la camisa y quitándose el pañuelo que oprimía su garganta. Con cuidado de no hacer ruido se deslizó en la habitación de su esposa, estaba completamente a oscuras, con una leve luz de luna que se podía filtrar a través de la cortina, la justa para no tropezar con los muebles de la habitación.

Observó el pequeño bulto de la cama embelesado, ella dormía plácidamente cual ninfa de los bosques. Mientras se deleitaba en sus

labios semiabiertos y su rostro inmaculado se desvistió completamente para posteriormente deslizarse entre las sábanas junto a ella con tacto, sin despertarla.

Julia sentía un calor que la rodeaba, era tan placentero que solo quería pegarse aún más a esa fuente de calor y lo hizo. De pronto sintió como una mano acariciaba su muslo interior y subía ascendentemente, ella anhelaba que lo hiciera y de su garganta nació un gemido en lugar de una súplica. En el

momento en que aquellos dedos cálidos tocaron el centro de su ser, su boca fue presa del calor de un beso exigente que inevitablemente respondió con vehemencia.

Parecía un sueño tan real… era como vivir uno de sus libros.

Rodeó el cuello para atraer más aquellos labios y devorarlos exigentemente, quería más de aquello, mucho más. Las sensaciones que aquella mano que masajeaba en círculo su parte más íntima le hacía desearlo y de pronto notó como masajeaban uno de sus pechos, gimió de puro placer. ¡Dioses!, ¡Eso solo podía ocurrirle en un sueño!

Richard no se había esperado que ella le respondiera tan fieramente, estaba enloquecido ante su respuesta, él había pensado que le costaría trabajo excitarla para que no se negara a recibirle, pero le sorprendió lo húmeda y preparada que de por sí estaba… ¡Hasta en eso aquella mujer era diferente!

Su ninfa de los bosques le tenía completamente abducido. No podía esperar más, por primera vez en su vida se sentía vulnerable ante una mujer y necesitaba poseerla tan ansiosa mente que, si no lo hacía la agonía le mataría.

Julia notó la presión y aun así se arqueó más hacia aquel hombre de sus sueños mientras la poseía, pero en el instante en el que lo hizo el dolor la poseyó de tal forma que abrió los ojos inmediatamente siendo consciente del momento, de la realidad, de que estaba en los brazos de Richard que la miraba con tal ardor y deseo en sus ojos que la abrumó consiguiendo que aquel pinchazo que había atravesado su cuerpo se disipara.

Sin dejar de observarla él comenzó un movimiento lento que provocó que ella abriera aún más los ojos expectante, ¿Qué era esa sensación? Tal vez debería haberse enfadado, debería haberlo apartado, debería haberse enfurecido, pero lo único que pudo hacer fue dejarse arrastrar por su instinto

y elevarse para apresar los labios de Richard que, tras hacerlo se hundió más en ella mientras gruñía de placer y ella gemía por respuesta.

Sus embestidas se fueron convirtiendo cada vez más raudas y con cada una de ellas Julia creía que rozaba el paraíso, aquello era como estar en el cielo, como tantas veces pensó que sería y se estaba haciendo realidad precisamente con él, con el único hombre que había amado en su vida. Allí no había espacio para el pasado, no existía lugar para todo el daño causado; aquello debía ser el principio y ella estaba más que dispuesta a perdonarlo todo… y cuando notó como sus manos agarraban sus nalgas y se hundió profundamente en ella, simplemente se desvaneció y gritó del puro placer que aquello le proporcionó.

—¿Creíste que te permitiría anular el matrimonio? —ironizó Richard mientras aún seguía sobre ella—. ¿Creíste que te permitiría que me convirtieras en el hazmerreír de toda la ciudad?

La rigidez que inundó el cuerpo de Julia ante aquellas palabras fue evidente porque sintió como él se separaba de ella.

—Te advertí que haría de tu vida un infierno y solo acabo de empezar —

siguió hablando Richard sin esperar respuesta—. Después de todo, no ha estado mal, pero nada comparable a una noche de placer que proporciona una ramera que sabe bien lo que hace.

Julia fue incapaz de decir nada. Toda su ilusión, su esperanza, su más que evidente amor, Richard acababa de aplastarlo, pisotearlo y aniquilarlo haciendo que se evaporara la magia que les había envuelto hacía tan solo unos instantes, o al menos a ella, porque era evidente que para él no había sido así.

Observó como Richard se vistió de nuevo y salió de la habitación sin volver

la vista atrás. Solo en ese momento fue consciente de las lágrimas que se derramaban por sus mejillas. Se había aprovechado de ella mientras dormía y aunque luego fue consciente, se entregó a él porque pensó que algo había cambiado en su esposo, pero no podía estar más lejos de la realidad, no sabía cómo él se había enterado, pero solo la había poseído para quitarle la única posibilidad que tenía de alejarse de él y rehacer su vida.

La odiaba, Richard la odiaba y se lo acababa de demostrar

plenamente. En aquel momento solo deseó desaparecer, quería irse muy lejos para nunca volver… y así, en el silencio de la madrugada, escapó sin más equipaje que su propio dolor en lo más profundo de su alma.

Julia no había querido molestar a nadie, así que se había ido a la casa que Emily le había ofrecido para sus ensayos con Sheila. Era el único lugar en el que sabía que podría estar a solas sin que la atosigaran a preguntas sobre lo sucedido dado que era consciente del rostro enrojecido por las lágrimas que tendría y las cuales no paraban de brotar de sus ojos por más que se empeñara en no hacerlo.

Había sido una imbécil, una completa idiota por creer que él había cambiado.

¿En qué mundo Richard iba a desearla?, ¿A quererla? Eso jamás ocurriría por más que doliera en su alma, porque ella si le amaba. Pero ya no, había fragmentado tanto su corazón que ahora lo único que sentía era haberse entregado a él, aunque hubiera sido la experiencia más placentera de su existencia.

El dolor había conseguido anular casi por completo sus sentimientos hacia él y al tercer día de permanecer allí encerrada su rabia y frustración habían dado paso a la venganza. Apenas había dormido durante aquellos tres largos días que a pesar de no haber probado bocado alguno y de permanecer únicamente

tirada en aquella cama, en su mente solo se había formado una sola idea: iba a conseguir esa anulación, aunque le costara sudor, esfuerzo y sangre, iba a conseguir que el propio Richard anulara voluntariamente su matrimonio.

—¿Julia?, ¿Julia?

Era la voz de Emily la que buscaba con desesperación.

No hizo falta que se levantara de la cama puesto que la duquesa de Sylverston entró atropelladamente.

—¡Dios mío Julia! —exclamó al verla tirada allí con los labios secos de no haber bebido apenas agua en aquellos tres días.

—Lo conseguiré… —gimió Julia casi sin voz—. Lo conseguiré… —repitió antes de perder la conciencia.

Richard no dejaba de dar vueltas por el salón. Se había marchado.

Julia se había marchado y aunque no quisiera reconocerlo, se sentía culpable porque era consciente de que lo había hecho por él.

No pensó que aquellas palabras pudieran afectarle, pero necesitaba alejarla de él porque jamás había sentido lo que sintió cuando la hizo suya. De hecho, aún se negaba a admitirlo, preferiría pegarse un tiro antes que ser el títere en manos de su propia esposa. No. Él no estaba hecho para el matrimonio, su propio padre se lo había repetido una y otra vez desde la infancia, él era un Hayden y los Hayden jamás aman a una sola mujer, sino que son de todas ellas. Por eso jamás se planteó tomar una esposa, no le deseaba a ninguna mujer las lágrimas que tuvo que soportar su madre durante el matrimonio.

No, no lo permitiría, pero ¿Acaso no lo estaba haciendo ya con Julia?

Era distinto. Su madre se casó porque así se lo impusieron, en cambio Julia le había tendido una trampa para llevarlo hasta el altar con engaños y artimañas,

aunque en lo más profundo de su conciencia comenzaba a dudarlo. Aun así, no iba a dejar que ella anulara el matrimonio exponiéndole a él públicamente y dejando su hombría a la altura del betún. Él, que precisamente gozaba de más mujeres y tenía la mayor fama de libertino de toda la ciudad. Ni hablar.

Pero ¿A dónde diablos habría ido? No había acudido a la casa de los duques de Lennox, tampoco a la de los duques de Sylverston, ni siquiera a su propia casa familiar, ¿Dónde se había metido aquella maldita mujer?

Deseaba no estar preocupado, de verdad que lo deseaba, pero su conciencia no le dejaba estar tranquilo y aquella misma tarde había puesto en alerta a las amigas de su esposa que habían puesto el grito en el cielo al no revelar antes la desaparición de Julia, es más, tuvo que soportar las amenazas de *lady* Emily mientras lo hacía.

Ni ese día, ni los siguientes obtuvo noticia alguna de ella. Habían pasado casi dos semanas desde que ella se había marchado ¿Y si se había ido con *lord* Guicciardini?, ¿Y si se había fugado con él?

La rabia que sintió volvió a regar sus venas, que se apaciguó al saber que el florentino aún se encontraba en palacio alojándose como invitado y su esposa no se encontraba allí. No podía volver a su casa, algo en él había cambiado y la culpabilidad le carcomía. Empezaba a preocuparle, ¿Qué sucedería si no la volvía a ver? Por primera vez en su vida sentía un leve vacío que necesitaba llenar y aunque estaba

seguro de que no lo conseguiría acudiendo al burdel donde Sheila solía actuar… aun así fue, esa opción era mejor que volver a aquella solitaria casa que ahora solo le recordaba a Julia.

Por petición expresa de Julia; ni Emily, ni Catherine habían dicho palabra alguna sobre ella, ni donde ésta se encontraba. Hacía días que ya estaba recuperada y aunque sus amigas no habían conseguido que contara lo que

había ocurrido, se podía detectar por su expresión y más que evidente dolor que debió ser algo grave, quizá por esa razón habían decidido por una vez, dejar el asunto entre ellas y ni tan siquiera revelar a sus respectivos esposos la localización de dónde se encontraba.

—Agradezco que vengas a visitarme Catherine, pero en tu estado no quiero que te expongas a un sobreesfuerzo. No lo hagas por mí, te prometo que estaré bien —dijo Julia con su tono de voz apagado, el mismo que llevaba días teniendo desde que permanecía en aquella casita a las afueras de la ciudad.

—Me preocupas Julia y no puedo quedarme tranquila en casa sabiendo que estas aquí tan sola, sin siquiera la compañía de una doncella.

—Es mejor así, cuanta menos gente lo sepa, mejor —afirmó.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Emily puesto que en sus visitas siempre acompañaba a Catherine.

—Hasta que por fin sea libre —reveló Julia.

—¿Libre? —exclamó Catherine.

Julia sopesó hasta cuanto revelar a sus amigas… en todo el tiempo que llevaba allí, pensó como Richard podría haberse enterado de sus intenciones sobre la anulación del matrimonio. Solo había tres personas que lo sabían; Emily, Catherine y *lord* Guicciardini. Confiaba en sus amigas, quizá no tanto en sus respectivos esposos, más bien en el duque de Lennox en concreto, y dudaba que *lord* Guicciardini fuera a contárselo precisamente a Richard después de confesarle a ella su secreto. No pensaba revelarle a nadie su venganza, no pensaba decirle a sus mejores amigas cuáles serían sus intenciones. En aquella ocasión no le dejaría escapatoria alguna a Richard…

es más, él mismo caería en su propia trampa.

—Si, hasta que sea libre me ocultaré aquí y mientras eso sucede, necesito que ni tan siquiera vuestros maridos lo sepan. Dentro de dos días Emily recibirá una carta en la que dirá que decidí retirarme a la tranquilidad de la casa de campo de la residencia familiar de los Benedict. Mi madre no irá porque odia el campo, mi hermano tiene demasiados deberes en la ciudad y en el caso de que decida ir, podré alegar alguna excusa y en cuanto a mi esposo será un alivio que me haya marchado.

—¿Estás segura de que no te buscará? —preguntó Emily.

—Completamente —refutó Julia segura de sus palabras.

Porque justo en esos dos días, el cebo estaría expuesto y dudaba que Richard se resistiera a abandonar la ciudad.

17

Richard se encontraba sentado en una de las mesas del burdel que solía frecuentar para ver bailar a Sheila. Aquella bailarina solía apaciguar su apatía, pero ni en ese momento estaba seguro de que lo hiciera. Aún no se podía desprender de aquella sensación de culpabilidad que le embriagaba y necesitaba la ingesta de alcohol, sumada a la distracción para olvidarla.

Por primera vez, ni el espectáculo de la exótica bailarina le atrajo. Como era habitual, la joven de piel morena se acercó hasta él cuando finalizo su actuación como normalmente hacía con una de sus sonrisas radiantes.

Probablemente esperaría saber si había concertado un espectáculo privado, pero de nada le serviría en su estado.

—Hace tiempo que no solicitas uno de mis bailes privados —dejó caer la exótica mujer.

—Tal vez porque estoy esperando a ver algo nuevo —contestó apático. Lo cierto es que estaba cansado de lo mismo, prefería ser franco. Probablemente la novedad de Sheila se había pasado, como solía ser habitual con cada nuevo tesoro que encontraba.

—¿Enserio?, Podría ofrecerte algo nuevo, pero tal vez sea demasiado exigente para alguien como tú —aseguró la bailarina.

Su respuesta atrajo la atención de Richard enseguida.

—¿Cómo de exigente? —preguntó interesado.

Necesitaba algo que le hiciera evadirse, que le hiciera olvidar por completo a Julia de una maldita vez.

—Muy exigente —susurró Sheila provocativa.

—¿Contigo? —preguntó Richard frunciendo el ceño.

—No. Se trata de mercancía nueva pero tu podrías ser el primero, sé de buena tinta que llegará en dos días a la ciudad —Dejó caer mientras miraba a su alrededor para parecer más creíble.

—¿De qué se trata? —empezaba a estar interesado y eso de por sí, era una buena señal.

—Tendrás que descubrirlo, eso sí. Las normas son estrictas —aseguró Sheila.

—¿Normas? —gimió contrariado.

—Solo se te permite ver… hasta que ella decida lo contrario —afirmó.

Por un segundo Richard pareció perder el interés, pero de pronto supuso que no perdía nada con intentarlo.

—Está bien —contestó al fin—. Quiero ser el primero en ver ese espectáculo.

Julia sopesaba una y otra vez lo que haría justamente esa misma noche. Si había algo que le había sobrado desde que se marchó de casa, era tiempo. Las horas eran tan largas y el sueño tan escaso que había trazado perfectamente cuales serían los siguientes pasos a dar respecto a su futuro.

Tenía algo muy claro; lo quisiera Richard o no, él iba a concederle la anulación, aunque ella saliera igualmente perjudicada en el proceso, pero no le importaba. Iba a conseguirlo, e iba a hacerlo de un modo que ni él mismo fuera consciente de ello cuando lo hiciera.

—Si no te sientes segura lo cancelamos —habló Sheila.

Sheila llevaba días acudiendo bajo la petición expresa de Julia porque necesitaba ensayar y aprender mucho más rápido de lo que había estado haciendo en las últimas semanas.

—No voy a cancelar nada. Él ha aceptado, ¿no? —pregunté.

—Si, sabe cuáles son las condiciones. No puede tocarte, solo puede observar

—refutó la bailarina.

—Muy bien —asintió Julia complacida.

Tal vez Richard creyera que obtendría un gran espectáculo, pero si algo sabía ella después de leer tantos libros, es que lo que un hombre más desea no es solo obtener el placer de una mujer, sino el misterio que la envuelve hasta que lo logra. Quizá su plan aún tuviera ciertas lagunas, pero como que una

vez se llamó Julia Benedict que pensaba pisotear el orgullo de Richard así fuera lo último que hiciera en esa vida.

En una pequeña casa de dudosa reputación alquilada por Sheila, Julia actuaría por primera vez, cuyo único público sería su esposo. Reconoció que los nervios inexistentes durante aquellos días la embriagaron repentinamente durante el instante previo en el que su maestra de baile comunicaba que ya estaba todo preparado.

Había acudido hasta aquella casa previamente vestida con el disfraz de velos cuyas medallas chocaban al caminar produciendo así el sonido que la delataba. Se había colocado uno de esos pañuelos sobre su rostro para ocultar de esta forma su identidad, bien sujeto para que no se soltara, porque lo que menos necesitaba era que Richard la descubriera precisamente ahora. Tenía que aparentar que no era la primera vez que hacía aquello, así que, aferrándose a su odio, se armó de valor para salir al pequeño salón donde debía encontrarse su esposo en cuanto escuchó el sonido del instrumento que tocaba un hombre contratado por Sheila.

Al principio se concentró en la danza, estaba segura de que si le miraba el rostro se enfurecería de rabia contenida, pero después fue consciente de que, si no le miraba, sino advertía lo que deseaba en él, no conseguiría su propósito y en cuanto alzó la vista pudo ver como Richard la observaba, aunque parecía estar en cierta forma alejado de allí, como si sus pensamientos le transportaran a otro lugar y realmente no la estuviera observando bailar.

Aunque Richard observaba a la joven bailarina que lo hacía bastante bien, no terminaba de encontrar el encanto o la fascinación que se suponía debería sentir ante algo nuevo. Ciertamente se sorprendió que la tez de su piel fuera tan blanquecina. Sin saber porqué se había esperado a alguien como Sheila,

aunque la respuesta ante aquello fue positiva. Hubo un momento en el que se alejó de allí, sin poder evitar volver a recordar ese momento que había compartido junto a Julia cuando la hizo suya, el ardor que había experimentado junto a ella. Iba a levantarse, a marcharse de allí y dejar de perder el tiempo en lugar ir a buscarla a aquella casa de campo en la que supuestamente se había escondido cuando divisó los ojos de color bronce de aquella joven bailarina mirándole fijamente.

En ese momento el mundo se detuvo, la música procedente de aquella habitación permaneció ajena y la conexión que mantuvo con aquella joven le conmovió. Tal vez fuera porque aquellos ojos le recordaban a su esposa lo que hizo que se interesara en el espectáculo que aquella joven le ofrecía.

Julia fue acercándose hasta él lentamente mientras sus movimientos eran cada vez más sensuales y provocadores tal como Sheila le había enseñado.

Provocativamente le alzó uno de sus pies revelando la piel de toda su pierna ante él, que no dejaba de observarla fijamente. Tenía su atención, justo lo que deseaba. En el momento en el que una de sus manos casi rozó su rostro notó como repentinamente él la apresaba del brazo acercándola hasta él, dejando sus bocas casi unidas sino fuera por la tela que cubría su rostro.

Gritó ante el repentino contacto creyendo que había sido descubierta antes de golpearle fuertemente el pecho y salir huyendo.

—¡No! —gritó Richard intentando incorporarse—. ¡Espera! —gimió a pesar de que ya era tarde y la joven había huido.

Olía a lavanda… como ella. ¡Dios!, ¿Se estaba volviendo realmente loco?

Fuese como fuese deseaba volver a ver a aquella joven bailarina de nuevo.

Tal vez no pudiera tener a Julia, pero sí podría tener a alguien que le recordaría a ella.

La había descubierto, pensó Julia. Seguro que sabía que era ella, ¿Por qué sino iba a tomarse esa libertad de atraerla de aquella forma y con tal descaro?,

¡Casi la había besado! Incluso pudo notar su aliento y rozar sus labios a través del fino velo que cubría su rostro y que pese a no

transparentarse en absoluto la había reconocido. La miró con tanta intensidad que todos sus músculos se tensaron y no pudo sino salir huyendo lejos de él.

Había salido con tanta premura que ni tan siquiera avisó a Sheila de que se marchaba, es más, solo cogió la capa que la cubría y se montó en el carruaje de alquiler que la esperaba para llevarla de nuevo a casa, o más bien, a la casa que Emily le había prestado en Penthouse.

Por suerte, Richard desconocía aquel lugar y no podría encontrarla, de lo contrario, no quería ni pensar en su reacción al enfrentarla y reclamarle exponerse de aquella forma frente a él. No podría soportar más humillaciones por su parte, ¡Había superado el límite!

Los golpes en la puerta sonaron dos horas después de que sus nervios habían dado paso a la calma por tener un nuevo plan que seguir. Había pensado en marcharse a Florencia y aceptar la proposición *lord* Guicciardini, incluso tenía planificado como conseguir un pasaje sin levantar sospechas, una vez lejos de tierras inglesas, comenzaría una nueva vida con un nuevo nombre y simplemente se olvidaría de todo y de todos por más que le doliera abandonar a sus amigas.

Se acercó a la puerta con paso suave y sigiloso para que nadie pudiera escucharla, ¿Podría ser Richard?, ¡Dios mío que no lo sea!, suplicó en lo más profundo de su ser.

—¡Soy Sheila! —escuchó Julia tras la puerta y volvió a respirar con cierto nerviosismo.

—Tenías razón —gimió Julia nada más abrir—. Fue una mala idea, no estaba preparada. Seguro que sabe que soy yo —bufó con pesaren cuanto dejó que la mujer de piel bronceada se adentrara en aquella pequeña casa.

Probablemente ella le contaría lo que ya sospechaba, que él se había dado cuenta de quién era realmente la “nueva bailarina”.

—No le has revelado que estoy aquí, ¿Verdad?, ¿Crees que te habrá seguido?

—preguntó Julia mientras se escondía tras la puerta y la cerraba rápidamente.

Aunque las cortinas de las ventanas estaban echadas, se aseguró tocándolas de que seguían permaneciendo así.

—¿Cómo le iba a contar tal cosa? —preguntó extrañada Sheila—. Vine porque saliste tan apresuradamente que no supe que ocurrió — confirmó la joven.

—Pero ¿No hablaste con él cuando me marché? —preguntó Julia confusa.

—Si, aunque en realidad lo hice porque él me buscó para solicitarme otra actuación privada, de hecho, parecía muy interesado y quería que fuera mañana mismo — contestó sonriente Sheila.

—¿Cómo? —exclamó Julia atónita. ¿Sería una estratagema de Richard para volver a verla y entonces enfrentarse a ella?

—Al parecer le gustaste. De hecho, le vi mucho más interesado que de costumbre, ¿Qué hiciste? —preguntó ahora con cierto interés.

—No hice nada, es más, pensé que había descubierto que era yo porque me cogió del brazo para acercarme a él y por eso salí huyendo sin despedirme —

confesó sincera y con cierta incomodidad.

—Ahora entiendo porqué pidió disculpas por no cumplir las normas. Me

advirtió que no volvería a suceder. Supongo que debió creer que huiste por eso —afirmó Sheila.

—¿De verdad crees que no supo que era yo? —preguntó de nuevo Julia.

Si se paraba a pensarlo detenidamente, ¿Qué interés podría tener Richard en verla bailar a ella sabiendo que era su esposa? Eso no sería humillante, lo que de verdad denigrante sería echárselo en cara por haberla descubierto.

—Por el interés que parecía tener en verte de nuevo, me atrevería a decir que no —sugirió Sheila—. De lo contrario no hubiera parecido tan… fascinado

—admitió la bailarina.

No, sin duda Richard no debió saber que era ella ahora que lo pensaba, solo tenía al descubierto los ojos y estos estaban maquillados. Era imposible que la hubiera descubierto, es más, ¿En

qué mundo su esposo iba a creer que ella bailaría para seducirlo después de lo ocurrido? Era completamente impensable.

—¿Fascinado? —preguntó Julia cuándo reaccionó a la respuesta.

—Lamento tener que admitir que lo conozco bastante —se sinceró—. Y es de los que suelen tardar días en volver a solicitar un espectáculo en privado con la misma mujer, así que debió ver algo en ti que le atrajo, incluso me atrevería a decir que demasiado —afirmó Sheila.

—Si esperas que me sienta halagada, no lo estoy. Eso solo implica que voy por buen camino, nada más —admitió Julia ahora renegada.

Sabía que Richard era un bastardo de mala sangre que frecuentaba los burdeles y a las mujeres de dudosa reputación. Pero de saberlo a confirmarlo había un trecho, aunque no entendía porque aún le molestaba… tal vez porque la fascinación que su esposo sentía era hacia una ramera y no hacia sí

misma. Pero ¿No era esa la intención desde el principio? Debería estar contenta por el resultado y no maldiciéndose por ello.

Richard decidió no ir aquella noche a ninguna parte, como las noches anteriores sabía perfectamente que no encontraría ni diversión, ni distracción y mucho menos entusiasmo. Aunque al menos había conseguido algo aquel día; una mujer que quizá le serviría momentáneamente para sacarse a Julia de la cabeza, aunque por sí misma le recordara a ella con aquellos ojos y ese perfume a lavanda que desprendía y que tanto le atraía.

Desconocía si muchas mujeres utilizaban esa fragancia, él solo la había conocido por su esposa y únicamente la identificaba con ella, es más, ahora que lo pensaba jamás se había percatado de como olían las mujeres más allá de lo que no resultara repulsivo. Tal vez se debiera porque nunca había visto a una mujer como otra cosa que la de satisfacer sus instintos y ahora… ahora ella lo había cambiado todo.

¿En qué mundo iba él a creer que preferiría conformarse con observar a una ramera bailar solo por el hecho de recordarle a ella? Tal vez la joven se asustara pensando que le haría daño por su forma impulsiva de capturar su brazo, pero solo quiso aspirar su aroma y deleitarse mientras lo hacía.

Aunque no entendía bien porqué ella se había asustado, quizás era nueva, pero dudaba que fuera virgen, ese tipo de mujeres no duraban mucho tiempo manteniendo su virtud intacta, algo que a él desde

luego le traía sin cuidado.

Aun así, podría incluso hasta ser paciente con la muchacha, probablemente porque no tenía opción. Era eso, o montar en su caballo y emprender e rumbo hasta aquella casa de campo familiar de los Benedict en la que se había refugiado su esposa. Eso sería lo último que haría, tenía demasiado orgullo para hacerlo.

Jamás iría con el rabo entre las piernas para admitir que sentía algo por Julia, que indudablemente, ardía en deseos de volver a poseerla muy a su pesar, menos aún admitir que lo que había dicho tras hacerla suya era tan falso como su intento de creer que la olvidaría en unos días, ¡Esa maldita esposa suya le había embrujado! No solo le había engañado y tendido una trampa para convertirse en la futura duquesa de Sheraton, sino que cuando vio que probablemente podría obtener más rango y título social con el florentino, pensó que anular su matrimonio sería lo conveniente para ser libre junto al extranjero. Sin duda debía ser eso, no podía tener otra explicación que no fuera aquello, era una interesada, todas las mujeres lo eran tal y como su padre siempre le había dicho desde que tenía memoria. Incluso su propia madre lo fue puesto que ya se casó estando embarazada. Según su propio padre, había intentado cazar a su tío Thomas por ser el futuro duque de Sheraton y al no lograrlo, se metió bajo las sábanas del hermano menor para cazar un marido de buena familia y posición.

Si… desde luego que todas las mujeres eran unas interesadas, solo que al menos las rameras lo admitían de frente y no por la espalda.

18

Julia no iba a bailar de nuevo tan pronto para él. Si tanto interés tenía que esperase, tal vez así lo deseara con más fervor. Aunque en realidad lo que ella necesitaba es mentalizarse, esclarecer su estrategia y, sobre todo tener siempre presente su objetivo final.

Llevaba días sin comer nada caliente, solamente los platillos fríos que la criada de Emily le traía cada mañana, además de fruta, pan y queso con los que lo complementaba y lo cierto es que se moría de ganas por un buen caldo calentito. Aquella mañana Catherine fue a visitarla a pesar de la enorme barriga con la que apenas podía moverse debido al poco tiempo que le

quedaba para dar a luz.

—¡No te tendrías que haber venido Catherine! —la reprendió Julia por su atrevimiento.

Ya le había advertido que no se dejara caer por allí, pero intuía que la preocupación de su amiga era superior a su condición física.

—Me preocupas Julia —dijo Catherine mientras se sentaba en una de las butacas antiguas para relajar su espalda—. Y aproveché que David estaría fuera todo el día para que no pudiera recriminarme que hubiera salido de casa.

—No tienes que preocuparte por mí, te advertí que estaría bien —insistió a su amiga.

—Pero no nos has contado porqué estás aquí escondida y dios sabe qué habría pasado si Emily no hubiera sospechado que algo raro ocurría cuando llevabas días sin pasar por Lynetś, ¡Casi te mueres Julia! —gritó enfurecida.

—No puedo decirlo Catherine, Richard se enteró de algo que solo Emily y tú sabíais e intuyo que fue tu esposo quien se lo reveló —afirmó Julia con pesar.

—¿Qué?, ¿Mi David? —replicó extrañada.

—No te culpo Catherine, entiendo que la confianza que tienes con tu marido te haga revelarle ciertos asuntos, por eso no puedo revelarte nada, solo espero que no le hayas mencionado que me encuentro aquí tal como te pedí —

contestó igualmente con cierto pesar por no poder revelarle a su amiga sus planes.

—No le he contado a David nada sobre ti precisamente porque el señor Hayden es su amigo y puedo comprender su dilema a la hora de querer

contárselo, tal como yo lo haría al revés por ser tu amiga. ¿De qué se supone que se ha enterado tu esposo?, ¿Tan grave es? Acaso…

—Si —afirmó Julia adelantándose—. Supo mis intenciones de anular el matrimonio y tomó las medidas necesarias para que no pudiera llevarlo a cabo —anunció con los ojos vidriosos recordando aquella escena tan trágica y bochornosa para ella, aunque trágico solo había sido el final puesto que hasta llegar ese momento incluso a su pesar, lo disfrutó enormemente.

—No me digas que… —dijo Catherine sobresaltada poniendo el grito en el cielo.

—No —susurró Julia—. No me forzó, de hecho, yo se lo permití, ilusa de mí que pensé que sus intenciones serían buenas, pero nada más lejos de la realidad. Me advirtió que jamás permitiría que le dejase en vergüenza con una acusación así y después me comparó con una de sus rameras —añadió escupiendo sus palabras.

—¡Ay dios mío Julia! —gimió Catherine intentando incorporarse para abrazar a su amiga—. Y yo que creía que no era buena idea que anularas el compromiso, pero es que ahora… ¡Ahora mismo deseo patearle y enviarle al mismísimo infierno!, ¡De verdad que no

entiendo como David puede tener a ese mequetrefe por amigo!, ¡No lo entiendo!

—Pero tú le revelaste a tu esposo que yo planeaba anular el matrimonio,

¿No? —preguntó Julia a pesar de saber que había tenido que ser el duque de Lennox quien lo revelara.

—No —contestó secamente—. Te puedo asegurar que no se lo dije. No sé de qué otra forma pudo haberlo descubierto pero mi David no tenía constancia de tus planes, es más, ni tan siquiera se lo revelé porque, aunque confiaría mi vida a mi esposo, sé que su amistad con el señor Hayden podría jugar a su

favor en este caso tratándose del interés de su amigo.

—Pero si no fue por tu esposo, ¿Cómo pudo saberlo? —exclamó Julia.

—¿Quién más lo sabía?, ¿Estás segura de que no se lo comentaste a nadie más?, ¿Sólo a Emily y a mí? —insistió Catherine.

—Si, Emily me dijo que *lord* Sylverston le pediría a su médico personal el favor de hacer el informe que podría presentar para la anulación, así que nadie más lo sabía —afirmó Julia convencida.

—¿Te podría haber escuchado algún sirviente? —preguntó Catherine.

Julia lo pensó detenidamente pero no creyó que fuera así, aunque podría existir una posibilidad.

—¿Podría tener la suficiente confianza el señor Hayden con tu servicio?, ¿Por qué cuando te lo mencioné estaba en tu casa? —preguntó Julia directamente a Catherine.

—Es imposible… —comenzó a decir Catherine, pero se calló inmediatamente por no querer implicar a su personal en vano.

—Lo cierto es que no importa, ya no importa —afirmó Julia.

—No te preguntaré como vas a hacerlo, no porque no confíes en mí, sino porque quizás no deba saberlo. Sólo prométeme que tendrás cuidado, no deseo que termines aún más dañada que ahora —dijo Catherine mientras le cogía de la mano y la miraba fijamente a los ojos.

—En realidad voy a necesitar tu ayuda Catherine —añadió Julia—.

Necesito que me enseñes todo lo que aprendiste con tu tía.

—¿Para qué? —exclamó atónita—. Mejor no pregunto para qué… —añadió

inmediatamente.

—Exacto, mejor no preguntes —contestó Julia con una sonrisa.

—Pues será un poco difícil con semejante tamaño en mi vientre, pero haré lo que pueda —respondió antes de comenzar a reír.

—¿Estás segura de que no son dos o quizá tres? —preguntó Julia con talante serio observándole el tamaño de la panza.

—Lo cierto es que el médico nos ha dicho que existe la posibilidad de que sean dos debido al tamaño —aseguró Catherine mientras trataba de incorporarse—. Y yo lo único que deseo es que se pasen estas últimas semanas para poder moverme con facilidad —sonrió—. Bien, aprovechando que estoy aquí, será mejor que empecemos que después con el bebe o los bebés no creo que tenga demasiado tiempo de hacerlo.

A pesar de que Julia había leído infinidad de libros con cierto matiz indecente o quizá debiera decir demasiado indecente. No pudo evitar volverse roja como la grana cuando Catherine comenzó a decirle como debía moverse en el lecho. No pensaba ser la amante de su propio esposo, ni mucho menos permitirle tocarla, no era su idea, pero tenía que saber cómo seducirlo si quería lograr su objetivo.

—¿Te sientes preparada para enfrentarte de nuevo a él? —preguntó Sheila una vez había terminado con el ensayo del día.

Había estado evitando el encuentro unos días más, quizás porque necesitaba la seguridad suficiente para hacerlo sin anteponer sus sentimientos, esos que siempre la habían acompañado durante tantos años, por delante de la prioridad que ahora se imponía a sí misma.

La vez anterior no había sido capaz de soportarlo y salió huyendo, en parte

porque creyó que él la había reconocido. Ahora sabía que no era así y jugaba con esa ventaja de saber que estaba interesado en esa bailarina desconocida por alguna razón o tal vez no tan desconocida teniendo en cuenta los gustos de Richard, pero que pensaba aprovechar. La insistencia con la que Sheila le decía que deseaba verla de nuevo, le

hacían pensar que su marido ansiaba una sustituta para su mentora, ¿Tal vez se había cansado de la tez morena de Sheila y deseaba algo nuevo?

Fuera como fuese, tenía que aprovecharse de la situación, pero debía de ir con cuidado, despacio y sobre todo, tenía que hacer que su esposo la deseara como a ninguna otra mujer. Solo así podría conseguirlo, solo así tendría la posibilidad de su ansiada libertad y darle donde más le dolía a Richard, en su propio orgullo.

—Sí, reconozco que la vez pasada me precipité, quizá no esperaba que él fuera a reaccionar de aquel modo y me asusté —reconoció Julia mientras descansaba un momento y bebía un vaso de agua que se acababa de servir de la jarra de barro.

—Las condiciones son las mismas, hasta que tú decidas cambiarlas, Julia —

advirtió Sheila.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que se canse de observar sin poder tocar? —pregunté.

Sabía que Richard no tendría la paciencia suficiente como para enloquecerse solo mirando bailar a una mujer, más aún si tenía en cuenta que ella no era tan buena bailarina como lo era su mentora que además ofrecía sus favores, pero contaba con dos factores sorpresa por los cuales podría ser un aliciente más; que Catherine le había enseñado numerosos trucos de seducción y que ella no ofrecía sus servicios a cualquiera, era muy selectiva, algo que él

conocía de antemano porque así se lo había dejado claro Sheila.

—Creo que eso dependerá del entusiasmo que tenga —comentó arrastrando las palabras Sheila—. Verás… si rozas demasiado el límite, perderá el interés y pondrá sus ojos en una nueva presa o por el contrario enloquecerá y hará cualquier cosa que le pidas que haga.

Y a ese punto quería llegar precisamente, donde Richard con tal de tenerla, estuviese dispuesto a aceptar cualquier cosa que le pidiera.

—He visto hombres hacer locuras por poder pasar una noche con una mujer… —confesó Sheila.

—¿Locuras?, ¿Cómo cuáles? —preguntó Julia queriendo saber más.

—Cómo perder toda su fortuna o llegar incluso a contraer matrimonio con ella —sonrió vagamente.

—¿De verdad? —exclamó con entusiasmo.

Lo cierto es que sus teorías estaban mayoritariamente basadas en libros, porque... ¿Qué iba a saber ella de hombres fuera de sus novelas? Pero si ahora Sheila se lo confirmaba, su seguridad se hacía cada vez más fuerte.

Había tenido la convicción de que Richard solo encontraba deseable a una mujer que vendía de alguna forma sus servicios, tal vez fuera por su largo historial de amoríos con ese tipo de mujeres lo que le había llevado a creer tal convicción. Tenía la certeza de que ésta clase de mujeres eran las únicas capaces de capturar su atención y atraerle por lo que representaban, por tanto, entendía que solo una mujer que vendía su cuerpo sería la única por la que él podría llegar a perder la cabeza y estaba dispuesta a todo con tal de lograrlo.

—No sabes lo que puede llegar a hacer un hombre cuando de verdad desea algo —contestó Sheila y comenzó a reír contagiando a Julia al mismo tiempo.

—Empiezo a hacerme una idea —respondió Julia con malicia—. Te agradezco que hagas esto por mí, Sheila.

—No me des las gracias, ya te advertí que en realidad te debía un favor y te deseo la mejor de las suertes… —dijo Sheila en un tono amable dejando atrás las risas.

—Pero no crees que lo consiga —afirmó Julia.

A pesar de que Julia le había revelado a Sheila parcialmente sus intenciones pese a que no hiciera falta revelarlo todo para que ésta fuera consciente de lo que pretendía conseguir con aquello, por alguna extraña razón apoyaba su decisión de anular el matrimonio. Quizá fuera el hecho de ser una mujer libre y ver que en cambio ella estaba oprimida en un matrimonio que le había llevado más desgracias que virtudes o tal vez porque era consciente del destierro social al que Richard la había sometido siendo participe sin desearlo, fuera como fuese… allí estaba aquella mujer de piel bronceada ayudándola a lograr su propósito y en el fondo, debía agradecérselo porque sin su ayuda, no podría tener ni aquella mínima posibilidad de escapar de él.

—No he dicho eso —contestó rápidamente—. Solo quiero que tengas presente que quizá debas implicarte mucho más de lo que crees y aún

así, no sé si él sería capaz de estar dispuesto a ello por tenerte.

—Creo que si juego bien mis cartas lo hará —contestó Julia firmemente.

Porque llegado el momento Julia le daría el golpe de gracia, solo esperaba que llegara ese momento.

Richard estaba ansioso. Demasiado para ser exactos, porque había estado soñando con oler de nuevo esa fragancia desde el último contacto que tuvo con Julia, incluso se había atrevido a entrar en la habitación de su esposa

ahora vacía para tratar de rememorar ese olor, solo que para su desgracia habían cambiado las sábanas y ventilado la habitación de tal manera que no había rastro alguno de fragancia a lavanda por ninguna parte.

Por eso anhelaba ver de nuevo a esa joven bailarina, le importaba un comino que bailara bien o mal, eso era lo de menos; él solo quería deleitarse en su olor e imaginar que era Julia por unos instantes por muy breves que éstos fueran. Muy a su pesar tenía que admitir que echaba de menos no ver a Julia y esperaba cada noche sentado en la butaca del salón mientras observaba el fuego de la chimenea crepitar a que ella regresara, dando así por finalizado su retiro en la casa de campo. Si ella volvía quizá pudiera tener algún tipo de excusa para… ¿Para qué exactamente? Le había dejado tan claro que solo la había tomado por represalias hacia lo que ella pretendía hacer que ninguna excusa sería válida. Estaba tan enfurecido cuando escuchó a *lord* Sylverston confirmando que ella iba a solicitar la anulación del matrimonio que su juicio se esfumó por completo, quería que demostrarle quien mandaba sobre ella, quien dominaba la situación, pero en cambio estaba siendo él dominado y manipulado por ella que ni tan siquiera estaba allí para hacerlo.

En la batalla interior que mantenía consigo mismo en su cerebro, Julia la estaba ganando con creces. La deseaba… esa imagen de ella desnuda en su cama, el ardor con el que la hizo suya que no dejaba de repetirse una y otra vez de nuevo cada noche en sus recuerdos sin conseguir que se esfumara.

Definitivamente estaba volviéndose loco y probablemente terminaría en un sanatorio por haber perdido el juicio completamente, ¡No podía estar enamorándose de su mujer!, ¡Simplemente no podía! Aquello no podía ser amor, solo debía ser obsesión.

19

Aquella noche Julia sería de nuevo una bailarina, pero en aquella ocasión dejaría a un lado a la parte de ella que todos conocían, para concentrarse en un único propósito; captar la atención de Richard.

Quizá el primer contacto fue fortuito, en parte por la novedad y en otra gran parte por la curiosidad de su esposo, pero esa noche se determinaba la decisión de que él quisiera seguir jugando hasta lograr quemarse, por lo que a pesar de dejar claros sus límites debería incitarle y muy a su pesar, tenía que admitir que aquellos ojos verdes la tentarían hasta llegar a su límite, solo que en esta ocasión su resentimiento era aún más fuerte que lo que él le hacía

sentir.

—Todo está listo Julia —escuchó como decía Sheila que la estaba ayudando a prepararse y lo cierto es que se había convertido prácticamente en una amiga y confidente por las horas que habían pasado juntas.

—Estoy preparada —anunció cogiendo su bolsa y saliendo por la puerta de aquella casita con aquel abrigo de capucha que ocultaba su rostro a pesar de que ya llevaba puesto ese velo que ocultaba sus rasgos dejando a la vista únicamente sus ojos.

Nadie podía saber que allí vivía ninguna de las dos mujeres en las que se había convertido; ni la bailarina que representaba, ni la señora Hayden.

—Necesitas un nombre —dijo Sheila de pronto mientras estaban en el carruaje—. Lo preguntará.

—¿Qué nombre debe tener una bailarina? —preguntó Julia en voz alta, aunque en realidad lo pensaba en su cabeza, porque ni tan siquiera se le había ocurrido que debía tener un nombre al que se refirieran los demás cuando hablaran para referirse a ella.

—No tiene que ser tu nombre real, puede ser uno artístico, así que puedes elegir algo exótico que te guste, tal vez una flor, una piedra preciosa…

—Ágata de fuego —exclamó Julia casi por inercia.

Era la gema preciosa con la que su padre siempre la comparaba, decía que el reflejo que tenía esa piedra era igual que el destello de sus ojos.

—De acuerdo —sonrió Sheila—. Ágata de fuego, espero que ésta noche hagas justicia a tu nombre.

El salón estaba preparado con los pocos muebles despejados salvo por el

sillón en el que permanecería el espectador. La chimenea prendía crepitante aportando calidez al ambiente además de una suave y tenue luz que acompañado por el resto de velas que estaban situadas en el suelo alrededor colocadas estratégicamente en forma de círculo harían que su cuerpo levemente cubierto por aquellos ropajes de fina seda casi transparente brillara en todo su esplendor.

—Ofrécele un buen espectáculo y estará comiendo de tu mano —susurró Sheila una vez que volvió para advertirla de que Richard ya había llegado y estaba esperando pacientemente.

—Lo haré —respondió firme para convencerse más a mi misma que a Sheila.

De fondo se escuchaba el ruido que Sheila hacía con aquel timbal como así lo llamaba para acompañar el ruido de las decoraciones del vestido que de por sí hacían con el movimiento. No observó directamente a Richard cuando entró, sabía que si lo hacía la pondría aún más nerviosa, así que se concentró en el baile, pero sobre todo en que sutilmente se pudiera apreciar la piel de sus desnudas piernas y brazos conforme me movía.

Lentamente fue acercándose de lado, dándole parcialmente la espalda

y cuando estaba a tan solo unas pulgadas estiró los brazos acariciando levemente el rostro de Richard con la yema de sus dedos. Solo en ese instante se permitió mirarle fijamente y notó el brillo intenso en su mirada, tan penetrante que la hizo arder. En el momento en que bajó sus dedos observó como Richard cerraba los ojos y se ajustaba al roce de sus dedos girando la cabeza, era como si la buscara, la deseara, pero no mencionó nada, ni intentó tocarla como la otra vez, solo se limitaba a degustar lo que ella le ofrecía.

Siguió el recorrido alrededor de aquel sillón bordeándolo y cuando terminó aquel circulo se sentó en uno de los laterales arqueándose hacia atrás al ritmo

de la música y quedando su espalda en el regazo de Richard, proporcionándole así una vista más que apreciada de sus generosas cualidades femeninas.

Richard apretó fuertemente las manos para evitar tocar a aquella mujer que lo tentaba hasta la saciedad, pero no podía hacerlo muy a su pesar, era una de las normas fijadas para el espectáculo. Solo aquella bailarina tenía el privilegio de cambiarlas y incumplía las normas tocándola estaba seguro de que huiría de nuevo como hizo anteriormente. No podía permitírselo, ver a esa Ágata de fuego que así había dicho Sheila que se hacía llamar, era como ver a Julia, ¡Hasta olía de la misma forma! Si se lo decía las veces suficientes pensaría que de verdad era ella. Además, con esa bailarina se podría desfogar como estaba seguro que no lo podría hacer con su propia esposa.

—¿Cuánto? —preguntó Richard sin poder evitarlo.

Necesitaba un precio, el que fuera, pero un precio para meterla en su lecho de una vez.

Julia notó la tirantez de su voz, como si estuviera casi desesperado por algo.

Se levantó de su regazo y le dio la espalda. No podía hablar, ¿Y si él se daba cuenta de que era ella por el tono de su voz?

—Dime cuál es tu precio por dejarme entrar en tu cama —insistió Richard.

—No podrías pagarlo —contestó Julia con una voz mucho más grave que la suya, pero no pudo evitar responder a su pregunta y al hacerlo esperar a ver su reacción.

—Dime cuánto. Pagaré lo que sea —respondió Richard con aparente desesperación.

—Cuando estés preparado, te diré cuál es el precio —anunció antes de

marcharse de nuevo lejos de él.

¿Cuándo estuviera preparado?, ¡Maldita sea!, ¡Estaba más que preparado!,

¡Estaba dispuesto a pagar una fortuna por tenerla, aunque fuera una sola noche e imaginarse que era Julia!

Julia había actuado para Richard en tres ocasiones más, tres veces en las que él le había vuelto a insistir que fijara un precio y las mismas tres respuestas que ella le había dado diciendo que aún no estaba preparado, aunque en su lugar, sí había permitido que la tocara parcialmente para darle un aliciente.

Lo más curioso de todo es que ella había creído que en algún momento le pediría que se descubriera por la curiosidad de ver su rostro, incluso tenía la excusa oportuna para cuando eso ocurriera alegando que éste se encontraba desfigurado tras sufrir quemaduras y por tanto no lo podría mostrar.

Cualquier excusa sería válida para no revelar su identidad y delatarse ante él.

La cuestión es que para su sorpresa, Richard no parecía en absoluto interesado en ver su rostro, ni tan siquiera se lo había sugerido o intentado descubrirla. Resultaba insólito que no quisiera ver el rostro de la mujer con la que tan ardientemente parecía desear meter en su lecho, ella no lo comprendía y probablemente jamás lo hiciera por más que trataba de entender su razonamiento, pero sin lugar a duda aquello en el fondo la beneficiaba para su propósito.

—Se lo ruego… dígame cuál es su precio —dijo Richard denotando la desesperación en el tono de su voz.

Era su quinto encuentro con aquella bailarina llamada Ágata de fuego y se estaba volviendo loco. Cada vez que la tenía cerca, rozaba su piel y aspiraba su aroma imaginándose a Julia allí mismo, bailando para él, seduciéndolo y era un inmenso fervor el que recorría su cuerpo de tan solo pensarlo. Hacía

que su deseo creciera con tanta ansia y ahínco que le costaba

mantener su propio autocontrol con aquella joven bailarina de piel blanquecina y suave como el terciopelo.

No deseaba que aquella mujer se descubriera el rostro para no perder la magia, esa magia que le hacía creer que ella era su esposa, que era Julia, aunque en el fondo sabía perfectamente que solo era un engaño a su conciencia, pero resultaba más fácil mentirse que aceptar la realidad.

Había insistido una y otra vez que la deseaba en su lecho sin pensar en cuanto dinero o fortuna costara. Su necesidad se anteponía a su razón y no le importaba en absoluto derrochar media fortuna por tenerla, por saborear aquella carne que tanto le recordaba a Julia sin tener que rebajarse a buscarla y pedirle perdón.

—No puede permitírselo —contestó Julia con aquella voz grave que incluso había ensayado desde la primera vez que le contestó. Llevar el velo ayudaba a que su voz fuera distinta y eso le daba cierta seguridad.

—Poseo una pequeña fortuna y pronto tendré una herencia cuantiosa, dígame su precio y con gusto lo pagaré —atajó Richard dispuesto a todo.

—Mi precio no consiste solo en el dinero, señor Hayden —respondió Julia sin mirarle, puesto que se había dado la vuelta y se paseaba alejándose de aquella butaca en la que Richard permanecía sentado y desde la que observaba atentamente la función.

—¡Entonces dígame de una vez lo que desea! —exigió Richard desesperado.

—Jamás consentiré ser la amante de un caballero casado —contestó Julia en el tono más tranquilo y seguro que pudo.

—Pero ¡Qué clase de estupidez es esa! —gritó Richard incorporándose e

irguiéndose en toda la plenitud de su altura.

Julia le observó detenidamente. Resultaba imponente, al menos eso debía reconocerlo.

—Le dije que no podría permitírselo y no quiso escucharme —dijo Julia sin responder directamente a sus palabras—. Usted está casado señor Hayden, por lo tanto, jamás me tendrá en su lecho —añadió

antes de marcharse sin esperar a que él contestara.

Richard le dio una patada a la butaca justo cuando ella se marchó. Sabía que seguirla era inútil porque no conseguiría nada; ni la haría cambiar de opinión, tampoco quería parecer que estaba tan desesperado, ¿Qué clase de ramera exigía una petición así para sus clientes?, ¡Que le condenaran! No podía tener ni a su esposa, ni a la amante que supuestamente vendía sus favores por culpa de la anterior por más irónica que pareciera la situación. Los astros se habían confabulado contra él para castigarlo. Sí, definitivamente debía ser eso.

Dos días más tarde Julia estaba algo nerviosa porque temía que le hubiera confesado demasiado pronto su precio, pero no lo podía alargar más tiempo, solo temía que no volviera a pedir otra actuación porque si no lo hacía es que evidentemente habría perdido todo el interés en la joven bailarina.

Necesitaba que Richard mostrara cuan interesado estaba en ella para darle el golpe final de gracia, ese que haría que la liberase de las ataduras del matrimonio y fuera una mujer completamente independiente para hacer lo que quisiera.

Había redactado una carta para Catherine, puesto que al fin su amiga había entrado en razón y tomado conciencia de que no podría arriesgarse a salir de casa en su estado. Aquella misma mañana, la doncella personal de Catherine se había acercado con una cesta de fruta acompañada de una carta de su

amiga y aprovechó el regreso de la doncella para entregársela. Esa carta era demasiado importante, en ella Catherine jugaría un papel fundamental en el que, si todo salía bien, haría que Richard enfureciera hasta límites insospechados.

Richard estaba parcialmente fatigado, tan solo faltaba una hora más a caballo para llegar a aquella dichosa casa de campo de la familia Benedict.

¿Por qué los Benedict tenían que tener una casa tan alejada de la ciudad? No le pareció extraño que solo la utilizasen en verano teniendo en cuenta el largo viaje. Él odiaba el campo y por esa razón llevaba años sin visitar a su tío, el duque de Sheraton que vivía retirado en su enorme villa palaciega en mitad de la nada y sin ningún burdel cercano.

Debería haber asistido antes a aquella casa para buscarla y no perder

el tiempo tratando de olvidarla, creyendo que otra la sustituiría. Ni siquiera sabía que excusa le daría cuando la viera, quizá simplemente diría que su familia la echaba de menos y le habían obligado a traerla de vuelta a la ciudad. ¿A quién quería engañar? Eso sonaría completamente absurdo e insustancial, ya podría ocurrírsele una mejor excusa porque en breve llegaría y algo tendría que decirle a su esposa para que no se resultara evidente su desesperación por verla y tenerla de nuevo a su lado.

Le había embrujado. Sí. Definitivamente esa mujer de cabellos oscuros, de ojos bronce, con aquella lengua mordaz y ese peculiar olor a lavanda le tenía hechizado.

Se apeó del carruaje cuando llegó al fin a la dichosa casa de campo de la familia de su esposa y un sirviente salió a su encuentro algo extrañado. A Richard le pareció normal puesto que no avisó de su llegada y sin duda, no esperaban recibir visitas.

—Buenas tardes caballero, ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó amablemente el que supuso sería mayordomo del lugar.

—Vengo a ver a mi esposa, la señora Hayden —contestó Richard con aparente normalidad.

—¿Cómo dice? —exclamó extrañado el sirviente.

—La señora Hayden —repitió Richard—. Imagino que son conscientes de que la señorita Benedict se casó —añadió. Aunque sería una estupidez pensar que el servicio no estaría al tanto del reciente matrimonio de la hija de sus señores.

—¿La señorita Benedict se ha casado?, ¡Enhorabuena! —Exclamó alegre y sonriente el mayordomo—. La familia no se deja caer por la mansión desde este verano pasado e imagino que no lo hará hasta dentro de varios meses.

—Gracias —respondió Richard por cortesía—, ¿Dónde está entonces mi esposa? —preguntó contrariado.

—¿La señorita Benedict? Es decir, la señora Hayden ahora —preguntó.

—Así es, ¿Dónde está la señora Hayden? —preguntó de nuevo.

—No lo sé señor. Como le dije la familia no ha estado aquí desde este verano pasado —afirmó el sirviente.

—¿Mi esposa no ha estado aquí en este último mes y medio? —gritó Richard sin poder evitarlo.

—No señor, ¿Se suponía que debía estar aquí?, ¿Le habrá pasado algo? —

preguntó preocupado por su señora.

—¡Por el amor de Dios espero que no! —exclamó Richard llevándose las

manos a la cabeza.

Si le había pasado algo a Julia, si había sido asaltada en los caminos… ¡Iba sola!, ¡Ni tan siquiera tenía compañía porque no le dio una doncella, al igual que tampoco adquirió un carruaje para ella!

Ni en todos sus años de vida se había sentido tan culpable como lo estaba en ese momento. Nunca. Jamás. Y ahora se sentía el ser más ruin y despreciable, porque si algo le había ocurrido… admitía que había sido por su culpa, por su íntegra y entera culpa.

20

El regreso a Londres fue casi eterno para Richard. Fue parando durante el camino para preguntar en los pueblos cercanos por si se había escuchado algo acerca de un asalto a un carruaje en las últimas semanas, pero se encontró con una negativa en cada uno de los sitios en los que preguntó.

Estaba desesperado, era como si Julia se hubiera esfumado y nadie sabía nada sobre ella. A nadie le constaba que se hubiera producido ningún altercado, ¿Y

si había sido secuestrada para dios sabe qué razones?, ¿O violada?, ¿O

asesinada?

¡Dios! Era incapaz de no pensar en las atrocidades de las que podía haber

sido víctima. Con toda probabilidad habría viajado sola y para su desgracia en algún coche de alquiler de dudosa reputación.

¡ *Lady* Catherine! Gimió Richard en sus adentros. Quizá la duquesa de Lennox le había prestado un carruaje a Julia, tal vez ella podría saber algo más, una sola pista que le ayudara a encontrarla.

Con esas fuerzas renovadas y sin apenas aliento puesto que no había descansado desde que emprendió su viaje hacia aquella casa de campo donde se suponía que debía estar alojada su esposa, desmontó de su caballo una vez que llegó hasta la mansión de los duques de Lennox

entregándole la correa de la montura al empleado que se encontraba cuidando de los carruajes.

—No tardaré —le advirtió al joven mientras subía los escasos escalones hasta la puerta y éste asentía.

No pensaba entretenerse mucho tiempo, tendría que organizar una partida de búsqueda y probablemente avisar a Robert Benedict de la desaparición de su hermana para que le ayudara a encontrarla.

¡Por Jesucristo que esté bien! Se dijo justo antes de aporrear la puerta con intensidad debido a la ansiedad que lo había consumido por completo desde que supo que ella estaba desaparecida. Aquel sentimiento le ahogaba hasta el punto de sentir que se estaba muriendo lentamente y al mismo tiempo se decía lo increíblemente estúpido que había sido. Más aún, le decía lo infinitamente cobarde que era por no asumir antes que la quería a su lado.

—Señor Hayden —mencionó el mayordomo al abrirle la puerta—. Sabe que usted no puede…

—Dígale al duque de Lennox que se trata de un asunto altamente delicado —

contestó rápidamente.

Sabía que tenía la entrada vetada, precisamente por ser un cretino con su esposa.

—¿Richard? —exclamó David en cuánto escuchó la voz de su amigo en la puerta.

—¡David!, ¡Solo será un momento y me iré! —gimió adelantándose esquivando al mayordomo que parecía intentar prohibirle la entrada sin mucho éxito.

—Sabes lo que opina al respecto la duquesa de Lennox —contestó David refiriéndose a su esposa—. No desea que te reciba aquí.

—¡Se trata precisamente de Julia! —gritó alterado.

—Alfred, déjelo pasar —contestó David con el ceño fruncido—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó en voz baja, probablemente para que nadie les escuchara.

—Ha desaparecido —mencionó Richard abatido—. No está. Ni tan

siquiera llegó a la casa de campo familiar… durante todo este tiempo jamás se me ocurrió pensar que ella pudiera estar corriendo peligro, no me preocupé en ofrecerle una doncella, ni tan siquiera un carruaje propio, ¡Soy un completo cretino David! —gritó desesperado.

—Pero ¿Cómo se te ocurre dejarla así de desprotegida? —recriminó David a pesar del sentimiento de culpa de su amigo—. ¿En qué demonios pensabas?

—exclamó.

Richard escuchó a su amigo y se sintió aún más culpable. Por más que había deseado vengarse de ella por obligarlo a casarse, no tenía justificación para su comportamiento. Menos aun cuando la tomó y la hizo suya únicamente cegado por los celos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Catherine que probablemente habría escuchado las voces y decidido salir para ver qué ocurría.

—Querida, será mejor que subas a descansar —contestó David atento con su esposa.

—No —dijo ella—. ¿Qué ocurre? —preguntó mirando hacia el señor Hayden que tenía signos evidentes de fatiga y cansancio.

Catherine no sabía lo que estaba ocurriendo, pero probablemente debía ser algo grave por el rostro del señor Hayden. No creía que se tratara de Julia…

pues, aunque hacía dos días que no tenía noticias suyas por la última carta que recibió de ella, Emily la visitaba frecuentemente y la mantenía informada.

—Julia ha desaparecido —intervino Richard arrastrando la voz.

—¿Cómo que ha desaparecido? —fingió Catherine con cierta consternación.

—No está en la casa de campo como mencionaba la carta que le envió a la duquesa de Sylverston. Ni tan siquiera llegó a su destino, algo debió ocurrirle en el camino —contestó abatido.

—¿Y entonces desde donde escribió esa carta? —preguntó Catherine en un tono de interés que nada dejaba entrever su preocupación.

Richard en ese momento abrió los ojos enormemente.

—Mintió —susurró Richard convenciéndose de ello.

Habían pasado días desde que Julia se había marchado cuando la duquesa de Sylverston mencionó haber recibido esa carta.

—Podría ser —contestó Catherine sin un atisbo de preocupación.

—¡Donde está! —gritó entonces Richard furioso—. ¡Donde demonios se ha metido esa condenada mujer! —añadió ahora enfadado.

Si había mentido debía ser por que ocultaba algo, y le enardecía la sangre lo que en aquellos momentos estaba imaginándose sobre ella.

—¿Ahora le interesa saberlo? —Inquirió Catherine—. ¿Un mes y medio después de que se marchara? —le reclamó—. Mejor lo hubiera pensado antes de tratarla como lo hizo señor Hayden.

—¡Exijo saber dónde está mi esposa! —Richard se acercó más aún a la duquesa de Lennox—. Dígame ahora mismo donde está o…

—¿O qué Hayden? —preguntó David metiéndose entre ambos y encarándose a Richard que en ese momento lo miró y no supo exactamente qué hacer.

Había perdido los estribos, los había perdido completamente porque era incapaz de controlar la situación, se escapaba completamente de sus manos y no poder dominarlo le desquiciaba.

—¿Está con él verdad? —exclamó—. ¡Está con el condenado de Guicciardini! —gritó llevándose las manos a la cabeza.

—Lo ha dicho usted, no yo —contestó Catherine firmemente.

Aquello le confirmó lo que de por sí esperaba y se había imaginado en el momento que supo que ella no había sido asaltada en los caminos. Se había fugado con él… era su amante. Muy probablemente no huyó al principio junto al florentino para no levantar sospechas, ¡Qué estúpido por su parte no haberlo vigilado días después!, ¡De esa forma habría obtenido las evidentes pruebas que necesitaba para confirmarlo! Aunque ya no necesitaba prueba alguna, la propia amiga de su esposa lo había confirmado.

Ni tan siquiera tuvo la fuerza suficiente para añadir algo más. No dijo nada, ni se despidió de los duques, sino que salió de aquella casa deshecho, sintiéndose peor que un despojo. Era un cornudo; su esposa le había abandonado para entregarse a los brazos de otro.

—Catherine, ¿Es eso cierto? —preguntó David una vez Richard se había marchado y ambos se habían quedado sumidos en un completo silencio.

—Mejor pregúntamelo en otro momento David, porque acabo de romper aguas —contestó nerviosa.

—¿Qué? —exclamó alterado—. ¡Pero faltaban aún dos semanas para que te pusieras de parto! —gritó aterrado—. Cómo te pase algo por culpa de Hayden lo mato, juro que lo mato —añadió ante la sorprendente sonrisa nerviosa de su esposa.

Richard no se lo podía creer. Definitivamente eso no podía ser real. Tras marcharse de casa de David, se informó de que efectivamente, *lord* Guicciardini había abandonado Londres hacía semanas y no le quedaba el menor atisbo de duda, de que lo hizo junto a su esposa.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras estrellaba su copa en la chimenea que hacía horas que observaba en silencio mientras acababa con las existencias de alcohol que tenía en la licorera.

Dolía… dolía saber que le había cambiado por otro y que probablemente yaciera entre los brazos de ese florentino en aquellos momentos, en las manos de ese maldito perro extranjero. Tal vez fuera mejor no pensarlo, de lo contrario se martirizaría aún más. Definitivamente ella solo se movía por interés, ¿Qué otra razón tendría para haberse ido? A pesar de entregarse a él como lo hizo aquella noche justo antes de marcharse, habría podido jurar que incluso disfrutó estar entre sus brazos y en la que desde luego no opuso

resistencia alguna para entregarse a él, ¿Fueron sus palabras las culpables de que ella se fugara con *lord* Guicciardini?, ¿Tal vez la hirió hasta tal punto que por eso tomó la decisión de fugarse con él?

No podía ser, ella ya tendría previsto irse, de lo contrario para qué querría la anulación si no era para ser la amante de bastardo. No pensaba quedarse allí sentado lamentándose por su desdicha. Ni mucho menos pensaba ir a buscarla para reclamarle haberse fugado con otro. Debía haber seguido su instinto desde el primer momento cuando pensó que se fugó con él, creer que aquella carta que *lady* Emily había recibido solo era una patraña para conseguir tiempo hasta su marcha sin levantar sospechas. Bien, ella lo había decidido con sus actos. Probablemente cuando el maldito de Guicciardini se cansara de ella, la devolviera de regreso a Londres, volvería de nuevo con el rabo

entre las piernas creyendo que él la aceptaría sin más, como si nada hubiera pasado, pero se llevaría una enorme sorpresa cuando lo hiciera.

¿No deseaba su esposa la anulación? Pues la obtendría. Cuando Julia volviera sin un solo penique con el rechazo de su familia y el de la sociedad, se encontraría sin dinero y sin un esposo que la protegiera. Veríamos quien de los dos habría ganado, tal vez incluso considerara la posibilidad de hacerla su amante si obviaba el hecho de que había estado con otro. Al menos ganaba algo de todo aquello, tendría mientras tanto a la bailarina. Ágata de fuego calentaría su cama hasta que Julia volviera y sería una perfecta sustituta de su esposa.

Habían pasado varios días desde que Julia había tenido su último encuentro con Richard. Definitivamente empezaba a asumir que no volvería a citarla, que habría perdido su interés cuando le confesó que no sería su amante estando casado e indudablemente debió encontrar otra distracción que le mantuviera ocupado.

«Era demasiado pronto» se recriminó Julia a sí misma castigándose por su imprudencia. Por su culpa había echado sus planes a perder y la única oportunidad de ser libre.

Había tenido la esperanza de que a pesar de sus condiciones él la hubiera citado igualmente para verla bailar, pero la decepción vino al tercer día cuando Sheila le confirmó que no tenía noticias del señor Hayden y que de hecho, había abandonado la ciudad según algunos rumores de varias personas que le habían visto partir a caballo.

Lo había estropeado todo. Tantos ensayos minuciosos, tantos quebraderos de cabeza y manteniéndose escondida para no ser descubierta solo para fastidiarlo en el último momento.

—¡Julia!, ¡Julia! —escuchó la misma Julia a la que sin duda era la voz de su amiga Emily que entró atropelladamente en la casa. Además, ella era la única que tenía llave y podía entrar sin llamar.

—¿Qué ocurre? —exclamó Julia saliendo a su encuentro debido a la ansiedad que se reflejaba en sus gritos y al ver su cara, denotaba la evidente consternación en su rostro.

—¡Catherine tuvo gemelos! —gritó sonriente.

En ese momento Julia exclamó un grito de felicidad y se abrazó a su amiga.

—¡Se han adelantado!, ¿Cómo está ella?, ¿Se encuentra bien?, ¿La has visto?, ¡Me muero por ir a visitarla! —gimió en última instancia.

—Tranquila —dijo Emily más calmada—. Ha sido un parto largo porque duró casi seis horas al ser primeriza y traer dos criaturas al mundo, pero ella está bien, tras descansar unas horas se encontró mucho mejor, han sido un niño y una niña… ¡Oh!, ¡Son preciosos! —exclamó con cariño.

—¡Oh!, ¡Menos mal que todos están bien! —respondió Julia llevándose una mano al pecho—. Iré a visitarla ahora mismo, después de todo ya no tiene sentido alguno que esté aquí. Es mejor que vuelva a casa y finja que he regresado de la casa de campo.

—No —dijo Emily ahora con un semblante serio.

—¿No? —preguntó Julia contrariada.

—Justo antes de recibir la noticia de que Catherine había tenido a los gemelos, llegó un comunicado para Henry en el que debía presenciarse en la cámara de lores hoy mismo.

Julia la miró de forma extraña, ¿Qué tenía eso que ver con ella?

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó preocupada por su amiga.

—Al parecer, el señor Hayden, es decir tu esposo —señaló—. Ha solicitado esta mañana a primera hora la anulación de tu matrimonio por adulterio y abandono del hogar.

—No… —susurró Julia tras escucharlo.

En esos momentos no sabía cómo sentirse, había esperado eso con tanto anhelo que ahora no sabía reaccionar.

—Era lo que querías, ¿no? —preguntó Emily—. Tal vez no en la forma que pensaste, pero al fin y al cabo serás libre a pesar de que sobre ti caiga el peso de ser una adultera.

—Tal vez mi familia jamás me perdone, pero tienes razón —contestó —. Seré libre y no le deberé explicaciones a nadie —sentenció.

21

Aunque a Julia le habría gustado visitar a Catherine para conocer a sus pequeños, los cuáles desconocía sus nombres aún, era consciente de que no podría hacerlo momentáneamente. Nadie podría verla y mucho menos exponerse socialmente ahora que había conseguido lo que pretendía. Ni tan siquiera podía creérselo puesto que se había martirizado los últimos días pensando que todo había sido una absoluta pérdida de tiempo y que Richard jamás anularía el matrimonio por una simple bailarina exótica como mero capricho de ésta. La había acusado de adulterio y abandono de su hogar…

¿Tal vez? Pensó por un instante si solo eran acusaciones falsas o se habría

basado en algún fundamento para acusarla de aquello.

—No… —susurró Julia en voz alta para sí misma puesto que estaba completamente sola en aquella casita—. Es imposible que haya ido hasta la casa de campo familiar para saber si estoy allí —sentenció.

Los golpes en la puerta sacaron de su ensoñación a Julia. Probablemente se tratara de la doncella de Emily que venía a traerle las viandas como hacía cada día sobre esas horas, pero para su sorpresa cuando abrió la puerta era Sheila la que venía a visitarla a pesar de no haber acordado ningún ensayo de baile.

—Hoy no teníamos ensayo —dijo extrañada nada más verla.

—No estoy aquí por eso, sino porque ha solicitado verte esta noche y

no desea hacerlo donde siempre, sino que él mismo ha dado la dirección donde tendrá lugar el encuentro —afirmó Sheila.

No hacía falta preguntar de quien hablaba porque era más que obvio. ¿Sabría Sheila algo sobre la anulación del matrimonio?

—Te ha comentado algo más? —preguntó Julia sin entrar en detalles.

—No, solo eso —contestó la bailarina—. Aunque desea que acudas completamente sola, es decir, sin ningún acompañante incluyéndome a mi —

añadió Sheila.

—¿Sin ti? —exclamó Julia consternada—. ¿Y quién tocara mientras bailo?

—preguntó extrañada.

—Tengo la sensación de que su principal interés no es precisamente el baile esta noche, lo que me lleva a pensar en que debe tener una propuesta sobre la mesa de la que está completamente seguro que aceptarás —aseguró Sheila.

—Lo cierto es que la tiene —confesó Julia revelando así parte de la información que le había traído Emily.

—¿La tiene? —preguntó ahora confundida Sheila.

—Al parecer ha solicitado la anulación esta misma mañana —aclaró.

—Entonces ya está —afirmó Sheila—. Lo has conseguido. No hace falta que acudas puesto que eres libre para marcharte lejos de aquí y no mirar nunca más hacia atrás.

—Tengo que ir —aseguró Julia—. Debo ir.

—¿Para qué?, Te expondrás sin motivo alguno, ¿Es que pretendes decirle quién eres? —exclamó intrigada.

—Por supuesto que no. Jamás debe saber que Ágata de fuego era yo, pero tengo que saber cuáles son las razones por las que ha anulado el matrimonio.

Necesito saber si lo hizo únicamente cegado por el deseo que de poseer a Ágata o es que realmente me detesta a mí, a su esposa. Me ha acusado de adulterio y abandono del hogar, aunque ya no me importe

que mi reputación quede mancillada puesto que no era bien recibida en ningún lugar por su actuación en la noche de bodas, quiero saber hasta qué punto me odia para acusarme falsamente de algo así.

Necesitaba saber cuán indiferente era para Richard. Aunque debería darle no importarle y marcharse de allí inmediatamente, tenía la necesidad de saberlo y esa noche, encontraría las respuestas a sus preguntas.

—¿Es que quieres martirizarte a ti misma? —exclamó Sheila—. No voy a tratar de convencerte de lo contrario Julia, estoy muy lejos de hacerlo, pero que ocurrirá cuando compruebes que él desea a Ágata y no a ti, su esposa.

—Que siempre tendré la certeza de que hice lo correcto —confirmó segura de sus palabras—. Cuando pasen los años y extrañe la ciudad en la que nací, me vio crecer y convertirme en una dama, no me arrepentiré de la decisión que tomé puesto que fue la correcta a pesar de abandonar a mi familia y sobre todo, mis buenas amigas —añadió Julia con pesar.

—Está bien, supongo que en cierta forma te comprendo y creo que necesitas saberlo para calmar tu inseguridad —afirmó Sheila.

—Gracias por todo Sheila. Lo cierto es que no lo habría podido lograr sin ti

—aseguró Julia.

—Imagino que esto es una despedida —contestó Sheila apenada.

—Sí —afirmó Julia—. Pase lo que pase esta noche, me iré al amanecer muy lejos de aquí.

—¿Dónde irás? —preguntó Sheila en parte preocupada.

—Prefiero no contárselo a nadie. Cuando pase un tiempo prudencial y me adapte a la que será mi nueva vida, quizás decida informar de mi paradero —

contestó prudentemente.

Había pensado en pedirle alguna propiedad a Emily como pequeño favor durante un tiempo, pero bastante había hecho involucrándose al prestarle aquella casita. Por eso, con el poco dinero que tenía, se iría a Florencia.

Aceptaría la propuesta que le hizo *lord* Guicciardini y durante un tiempo pondría tierra de por medio para tratar de olvidarse de todo.

Julia llegó horas más tarde a la dirección que Sheila le había facilitado completamente sola. Se trataba de una casa bien acomodada en una zona relativamente buena de la ciudad, el lugar idóneo donde los caballeros mantenían alojadas a sus amantes. ¿Se trataría de eso?, ¿Serían esas las

intenciones de Richard para Ágata de fuego? Pronto lo descubriría.

Se apeó del carruaje de alquiler y se acercó envuelta en aquella capa que ocultaba su vestimenta a la puerta. Reconoció al sirviente que le abrió, se trataba de uno de los que servían en casa de Richard habitualmente y tras indicarle que el señor la esperaba en el salón, ser marchó en cuanto ella dio un paso al frente. ¿Estaría completamente a solas con Richard en aquella casa o habría alguien más del servicio para su disposición?

Dio unos pasos desde el hall de entrada hasta que las puertas abiertas a su derecha dejaban ver un salón bastante grande que probablemente ocuparía casi toda la planta baja. Allí, junto a la chimenea, en una butaca de estampados florales en tonos verdes y dorados se encontraba Richard que en aquellos momentos parecía tener la mirada fija en el fuego pensativo. A Julia no le pasó desapercibido la copa que pudo apreciar en su mano derecha casi vacía, probablemente llevaba tiempo bebiendo mientras la esperaba.

—Debe preguntarse porque la he hecho venir hasta aquí esta noche Ágata de fuego —dijo Richard sin desviar la mirada.

Julia notó por su tono de voz que estaba serio, aunque aparentaba una calma y serenidad que por algún motivo la aterraban. Su cuerpo tembló, como si por un instante presintiera que él sabía quién era ella realmente, pero eso era imposible, ¿no?

—Imagino que desea que baile para usted —contestó Julia tratando de ocultar que su voz temblaba.

—No… —gimió—. No solo deseo que bailes para mí.

En ese momento se giró y Julia pudo apreciar sus ojos verdes ahora oscurecidos. En su semblante se podía apreciar que sus facciones estaban

fatigadas, además de que no había ni un solo atisbo de alegría en su

mirada, esa chispa que siempre había visto en él simplemente se había desvanecido.

—A partir de hoy será mi amante —afirmó Richard sin ninguna emoción en su tono de voz.

—Ya le advertí que no… —comenzó a responder Julia.

—Anulé mi matrimonio, ahora no podrá negarse a complacerme puesto que he dejado de ser un hombre casado —contestó Richard interrumpiendo a la joven bailarina—. Los documentos están sobre la mesa por si no me cree, puede leerlos por sí misma, si es que sabe leer, claro.

Julia no necesitaba leerlos porque sabía que era cierto, la propia Emily se lo había confirmado.

—Le creo —contestó Julia sin moverse del lugar donde se encontraba a tan solo unos pasos de distancia de él.

—Entonces baile para mi… —dijo Richard acercándose a ella y con una mano agarró su cintura para atraerla hacia su propio cuerpo y poder aspirar el aroma que emanaba aquella joven mujer, rozando su nariz sobre el tejido del disfraz que vestía ella—. Esta noche necesito olvidar… necesito que me hagas olvidar —añadió en un tono de voz más íntimo.

Julia sintió como los brazos de él la rodeaban atrayéndola hacia su cuerpo, notando el calor que desprendía y embriagándola por todo lo que él representaba. Tenía que marcharse de allí, quedarse solo suponía un peligro para su integridad y para sí misma. Debía poner una excusa e irse para siempre sin mirar la vista atrás.

—Me gusta tu olor —siseó Richard mientras seguía aspirando su aroma al mismo tiempo que ascendía con sus manos bordeando su cuerpo, tocando su

piel a través de la fina tela que cubría su abdomen el cual se transparentaba y subiendo hasta llegar al velo donde comenzó lentamente a subirlo.

—¡No! —gimió de pronto Julia.

—No deseo ver tu rostro, —Se excusó Richard—. Soy el primer interesado en no querer hacerlo.

La confusión le invadió a Julia, ¿Por qué no le interesaba?

—Solo deseo besarte —susurró de nuevo Richard.

«Besarla» pensó Julia. Un último beso antes de irse y desaparecer para siempre. Solo sería un beso de despedida, uno que atesorar en sus recuerdos, un último beso del hombre que a pesar de todo amaba, pero que jamás la haría feliz. Con ese pensamiento arrancó el pañuelo del cuello de Richard y mientras él la observaba detenidamente y lo dobló.

—Deberá perder entonces uno de sus sentidos esta noche para poder hacerlo

—dijo Julia mirándole fijamente.

Por alguna razón a Richard le pareció más que oportuna aquella idea, solo por la simpleza de que sin verla se podría imaginar de mejor forma que era ella, que era Julia.

Se sentó para facilitarle la tarea y sintió como le anudaba fuertemente el pañuelo en los ojos sin poder ver absolutamente nada. Justo en el momento que sintió que apartaba las manos la cogió de la cintura de tal forma que la sentó en su regazo e instintivamente estiró del velo que llevaba suavemente hasta que este cedió y se acercó lo suficiente a ella como para que sus alientos se entremezclaran.

Julia rozó los labios de Richard y acto seguido él los devoró con ansiedad

contenida. Como si estuviera saboreando un manjar cuando llevaba días sin probar bocado alguno. Era tanta la desesperación que notó en sus labios que solo pudo jadear al sentirlo y con ello apreció las manos de él bajando por su cintura mientras se introducían entre las aperturas de su falda para tocar su piel sin delicadeza alguna. Se podía palpar su ansía cuando la atraía hacia él

—Voy a tomarte aquí y ahora… no lo soporto más —jadeó Richard en el momento en el que la alzaba para acomodarla en su cintura y que fuera ella quien lo montara desde esa posición.

—Antes necesito saber algo —susurró Julia en un momento de lucidez —.

Quiero saber si anulaste tu matrimonio solo para convertirme en tu amante —

preguntó cerca de sus labios—. No deseo esa carga sobre mis hombros —

insistió Julia.

—No —contestó Richard sin rodeos—. Solo quiero que seas mi amante porque precisamente me recuerdas a ella —afirmó—. Tu olor… el tacto de tu piel y hasta tus ojos son similares —confesó—. Así que únicamente te deseo por tu ferviente parecido al de mi esposa, a la misma que no puedo tener —

susurró.

En ese momento a Julia se le derrumbaron las pocas defensas que quedaban.

Ese muro inquebrantable que se estaba tambaleando cayó por su propio peso en el momento en el que Richard acababa de confesarle que si quería estar con "Ágata de fuego" solo era porque le recordaba a ella ¡A su esposa!

En aquel momento notó como las manos de Richard se perdían hacia el centro de su feminidad y le provocaron un pequeño grito de conmoción al no esperarlo.

—Ven aquí —jadeó Richard provocándola para que volviera a besarle.

Julia perdió la poca voluntad que le quedaba ante aquel ruego y se entregó a él, fue desabotonando la camisa de Richard mientras acariciaba su pecho sin dejar de devorar aquellos labios que parecían no querer despegarse en ningún momento de los suyos. Cuando llegó al cierre de su pantalón las manos de él salieron a su encuentro para ayudarla a deshacerse de la prenda y en cuanto lo hizo, la protuberancia de su entrepierna resurgió en todo su esplendor tal como pudo comprobar al rozarla con sus manos.

Ante la desesperación de Richard de tomarla, de hacerla por fin suya recordando la escena en la que de verdad había yacido junto a Julia, se adentró en aquella joven de un solo movimiento guiándola a horcajadas sobre él y ambos jadearon ante dicho encuentro.

Julia tardó en adaptarse a acogerlo, aunque la sensación de molestia duró un instante, recordó los movimientos que había practicado con Catherine y comenzó a imitarlos poniéndolos en práctica. Sintió las manos de Richard ayudándola para guiarla y provocando que el ritmo de sus caderas fuera aún más audaz tratando de alcanzar su

liberación.

Richard fue delineando con sus dedos la piel de la joven desde su vientre hasta a su pecho, donde la aferró con fuerza como si con ello pretendiera expresar de algún modo la pasión que en esos momentos les consumía a ambos.

En el preciso momento en el que Richard la apretó con fuerza y gimió de placer, Julia sintió como unas olas de calor la conducían al abismo, notando una especie de líquido recorrerla de arriba abajo que la transportaba sin duda alguna al paraíso dejándose arrastrar hacia el cuerpo de él en el que se dejó caer abatida.

Cuando fue consciente de la realidad, escucho la respiración agitada de

Richard que permanecía aún con la venda puesta. Por un segundo se le pasó la idea de quitársela, de revelarle que era ella… que no tendría porqué que buscar una sustituta que le recordara a su esposa porque tenía a la auténtica en carne y hueso allí mismo, pero se olvidaba de algo; ya no era su esposa.

¿Si la deseaba porque había anulado entonces su matrimonio?, ¿Tal vez fuera porque era lo que ella deseaba?, ¿Se habría dado cuenta de que ella intentó anularlo y lo había hecho solo por satisfacerla? Pero la había dejado en mal lugar. No, eso no tendría sentido porque entonces habría ido a por ella y habría tratado de recuperarla de algún modo, pedirle perdón o… ¿Y si Catherine había dejado entrever lo que le mencionó que hiciera en aquella carta?

Julia observó a Richard en ese momento, como él llevaba sus manos a la venda que le cubría los ojos y ella tapó rápidamente su rostro con el velo.

—Debo irme… —dijo Julia de pronto alzándose.

Necesitaba hablar con Catherine para averiguar porqué Richard había decidido anular su matrimonio realmente si la deseaba a ella.

—Te deseo en exclusividad —contestó Richard frunciendo el ceño.

—¿En exclusividad? —preguntó Julia contrariada.

—Sí —afirmó Richard—. Al menos hasta que ella regrese —confesó.

—¿Hasta que ella regrese? —preguntó sin entender nada ahora.

—Cuando regrese la que hasta ahora ha sido mi esposa, dejaré de necesitar tus servicios —contestó sincero—. No te preocupes, recibirás una buena compensación económica cuando eso ocurra, pero mientras tanto permanecerás en esta casa y estarás siempre disponible cuando lo requiera.

—No es que me importe, pero ¿Qué tiene que influir tu anterior esposa para que deje de ser tu amante si anulaste el matrimonio? —preguntó Julia intrigada.

—Porque la convertiré en mi amante —afirmó rotundamente—, tendré a la verdadera y dejaré de imaginarme que tú eres ella —añadió con una ligera sonrisa.

En ese momento Julia agradeció llevar un velo para ocultar casi todo su rostro o de lo contrario habría notado la palidez del mismo. ¿Richard había anulado su matrimonio acusándola de adulterio solo para que a su regreso pudiera convertirla en su amante en lugar de su mujer y humillarla más aún?,

¡No podía ser más vil y más rastrero! Y pensar que… ¡Al infierno con él!

—Como desees entonces, pero esta noche tengo otros compromisos que no puedo eludir —contestó Julia secamente.

Maldito el momento en el que no lo hizo antes. Se había entregado a él como una ilusa, creyendo que no todo estaba perdido en su relación con Richard.

Nada más lejos de la realidad, él había encontrado una forma de atormentarla y de vengarse de ella incluso sin ser su esposa.

—Está bien, pero a partir de mañana yo seré tu único cliente —contestó Richard.

—Por supuesto —dijo Julia antes de salir literalmente huyendo de aquella casa y con las lágrimas al límite de brotar de sus ojos.

22

Cuando Julia llegó a la casita en la que había estado viviendo las últimas semanas, sus ojos estaban hinchados por el llanto que no había podido evitar derramar en el carruaje de regreso y aunque se sorprendió al ver a Emily allí, fue inevitable echarse a llorar aún más fuerte si cabe mientras se abrazaba a su amiga que ante la incomprensión de verla vestida con aquellos trapos y semejante llanto solo trató de consolarla sin hacer preguntas.

Tras revelarle entre hipos y sollozos todo lo que había estado haciendo aquellas semanas para conseguir la anulación. Emily trató de escucharla sin juzgar sus actos, algo que Julia agradeció.

—Si aún le amabas a pesar de todo lo que te hizo, no debiste acudir Julia —

dijo Emily tras escucharla—. Descubrir que prefiere a “otra” en lugar de a ti ha debido de ser muy duro —añadió pensando que a eso se debían las lágrimas de su amiga.

—No prefiere a otra —contestó Julia cuándo al fin las lágrimas habían cesado—. Es más, incluso reveló que solo estaba con la bailarina que fingía ser solo porque le recordaba a mí, a la verdadera Julia; a su esposa.

—¿Qué? —exclamó Emily asombrada.

—Confesó que sus únicos motivos de convertir a Ágata de fuego en su amante solo eran por el parecido y similitudes que encontraba con su

esposa.

Por eso no deseaba que revelara mi rostro y prefería mantener la incertidumbre —afirmó Julia.

—Si eso es así, ¿Por qué anulo el matrimonio? —preguntó Emily contrariada.

—Probablemente porque me odia. Su intención es convertirme en su amante cuando regrese a Londres, puesto que habiendo sido repudiada por mi esposo y sin un lugar donde acudir, no tendría más remedio que aceptar la propuesta de ser su amante —constató Julia segura de que esos eran los planes de Richard para ella.

—¡Será cretino! —bufó Emily alzándose indignada.

—En estos momentos me siento una estúpida, una completa y miserable tonta por haber creído que podría existir una ínfima posibilidad antes de entregarme de nuevo a él —confesó abochornada —. Pero se acabó Emily, a primera hora cogeré el primer barco que zarpe hacia Francia y me iré al ducado de Florencia. *Lord* Guicciardini me ofreció su ayuda si lo necesitaba y pienso aceptarlo de buen grado —añadió a pesar de que no quería revelarle

a nadie su paradero, pero estaba tan cegada por el dolor que ni tan siquiera fue consciente cuando mencionó.

—No puedes irte a Florencia, menos aún si es para alojarte en casa de *lord* Guicciardini —contestó Emily nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó Julia frunciendo el ceño.

—Tu hermano se ha enterado de la acusación y va a enfrentarse a Richard —

afirmó Emily mientras se frotaba las manos—. Sabe que no puede hacer nada en contra de la nulidad del matrimonio, pero piensa limpiar tu nombre porque no cree que hayas cometido adulterio, dice que te conoce lo suficiente para saber que no harías algo así. En cambio, Richard sí que estaría dispuesto a acusarte para deshacerse del matrimonio. Si te encuentran alojada en casa de otro caballero, estarás confirmando sus acusaciones falsas —aclaró Emily.

—Le supliqué a Robert en su día que no permitiera que este matrimonio abocado al fracaso se celebrara y no me escuchó — susurró Julia—. No tengo a donde ir Emily. No voy a quedarme en

Londres, no lo puedo soportar un día más.

—Tranquila —dijo apresuradamente Emily—. No te quedarás en Londres, es más, irás a un lugar que te encantará —añadió sonriente y aunque Julia intentó imitarla, solo consiguió un vago intento.

Richard estaba en el club esperando a David. Le había citado aquella tarde y suponía que pretendía contarle algo, a esas alturas, toda la ciudad debería estar informada de que volvía a ser un hombre soltero y esta vez, seguiría así durante el resto de sus días.

Tomó un sorbo de su copa degustándola lentamente. No es que estuviera satisfecho de su soltería muy a su pesar, habría preferido mantenerla como

suya; de su única propiedad, pero no pensaba darle el gusto de que hiciera y deshiciera lo que quisiera a su antojo, que le tuviera por un cornudo y después, cuando el imbécil de *lord* Guicciardini la desechara o cuando él heredase el ducado de Sheraton tras la muerte de su tío Thomas, ella regresara como si no hubiera ocurrido nada. No, desde luego que no.

Aceptaba que ella le obsesionaba, le volvía loco hasta límites que ni él mismo entendía, pero no iba a dejar que lo manipulara como había hecho para enredarlo en el matrimonio.

En el momento en el que estaba tragando un sorbo del licor, un golpe en su mandíbula le hizo girar el rostro de forma que tanto el líquido como el vaso que lo contenía salieran volando hasta estrellarse contra el suelo rompiéndose en mil pedazos. No lo vio venir, ni tan siquiera fue del todo consciente hasta que escuchó la voz que le gritaba.

—¡Mal nacido hijo de perra! —gritó en pleno salón Robert—. ¡Acusarla de adulterio!, ¡A ella!, ¡A mi hermana!, ¡Cuando precisamente tú te has paseado por toda la ciudad con una fulana del brazo en su noche de bodas! —siguió gritando—. ¡Cuando ella misma ni tan siquiera te lo reprochó!, ¡Cuando aguantó todos los insultos por tu miserable acción!, ¡Y ahora encima la acusas falsamente de adulterio y de fugarse con otro! —exclamó cogiéndole del cuello de la camisa mientras por los ojos desbordaba furia.

—¡No la acusé falsamente! —gritó Richard—. Fui yo mismo a buscarla donde ella dijo que estaba, ¡Y ni siquiera hizo el amago de ir hasta allí para obtener una coartada! —exclamó—. ¡Toda una vil mentira para ocultar su fuga con ese extranjero! —confesó arrastrando las palabras.

—No te creo —siseó Robert—. No te creo ni una sola palabra Hayden. Ella sería incapaz de hacer algo así, pero en cambio tú… tú ni tan siquiera tendrías

escrúpulos en acusarla de semejante barbarie para tu propio beneficio.

—Si no me crees, ve tu mismo a buscarla, estará en el ducado de Florencia y probablemente en la cama de ese florentino —contestó seguro de sus palabras.

—Ten por seguro que iré —contestó Robert con la mirada fija en los ojos de Richard—. Aunque solo lamento el día en que la obligué a casarse con semejante bastardo. Debí escucharla cuando se negó a casarse contigo, hasta ella supo ver la clase de hombre que eras mejor que yo. Jamás me lo perdonaré, pero al menos limpiaré su nombre y el de mi familia de un bastardo como tú —añadió arrastrando sus palabras con dolor y mirándole con repulsión.

—¿La obligaste a casase conmigo? —exclamó Richard contrariado.

—Si —contestó sin dudarlo—. Y de haber castigado a alguien, debía ser a mi Hayden. No a ella—añadió—. Prepara tus armas, porque cuando regrese del ducado de Florencia y compruebe que no son ciertas tus acusaciones, tu y yo tendremos un duelo pendiente —afirmó justo antes de darse media vuelta y marcharse dejando a Richard aparentemente silencioso.

«No puede ser… no es posible» Se decía Richard una y otra vez.

Todos sus actos estaban justificados porque ella le había enredado para casarse, solo porque era una interesada que querría convertirse en duquesa, que probablemente al saber que se quedaría solterona ideó cazar un esposo y que… ¿A quién demonios pretendía engañar? Fue él quien la siguió hasta aquella terraza exterior. Fue él quien no se negó a besarla cuando se lo pidió.

Fue él quien se arrastró por la pasión que sintió en aquel beso y fue él quien no se negó a casarse cuando Richard se lo ordenó en aquel despacho después de que le hubieran descubierto.

Julia era inocente, al menos en ese sentido lo era y todos los actos que había cometido para vengarse de ella, para dañarla públicamente no tenían perdón alguno. Aunque eso no la libraba de cometer adulterio, algo de lo que sí era culpable. Al menos en eso sí tenía razón y de alguna forma, saberlo calmaba su culpabilidad.

Julia debía reconocer que aquella casa en la playa propiedad del duque de Sylverston era preciosa. Cuando Emily le habló sobre las preciosas vistas, la suave brisa constante y el perfumado olor a sal, supo que lo hacía para que cambiara de opinión con respecto a viajar al ducado de Florencia y lo cierto es que lo consiguió. Es más, teniendo en cuenta que desconocía completamente el idioma florentino y que debía viajar sin compañía, era mejor opción visitar la magnífica propiedad de los duques al norte de Inglaterra que fugarse del país para aventurarse a lo desconocido.

Habían pasado dos semanas desde que se marchó de Londres y no dejaba de pensar en todo lo sucedido, ¿Qué excusa le habría dado Sheila a Richard para su desaparición? De todos modos, ya no importaba, puesto que jamás volvería y probablemente nunca volviera a saber nada de él. Aunque ahora su vida se encontraba en un periodo de transición en el que no sabía qué hacer o a donde ir después de pasar un tiempo indeterminado allí, ni tan siquiera era buena en algo como lo eran sus amigas; Emily era la mejor diseñando vestidos e incluso haciéndolos ella misma y Catherine era magnífica llevando la contabilidad de cualquier negocio, en cambio ella no destacaba en nada, ni tan siquiera en los breves relatos que escribía para amenizar su tiempo le iban a dar lo suficiente para mantenerse. Tal vez terminara en un burdel de mala muerte bailando como lo hacía Sheila, mejor eso que ser la amante de ese mal nacido que había sido su marido y que tanto la odiaba.

—¿Es que hoy tampoco piensa comer señora? —exclamó la señora Harmony.

Julia observó a la mujer que la observaba con semblante preocupado. Había perdido el apetito completamente, es más, hasta le sentaba mal la comida hasta el punto de tener náuseas y suponía que era por la preocupación que representaba su futuro. No quería ser una carga para Emily el resto de su vida por más que su amiga pudiera afrontar sus gastos, ni tampoco deseaba volver bajo el techo de su familia a la que había deshonrado con su apellido; era mejor para ellos que desapareciera. Ahora se daba cuenta de que había obtenido su ansiada libertad, estaba lejos de Richard, pero… ¿A qué precio?,

¿Qué debía hacer ahora?, ¿Qué se supone que podría hacer sin no tenía ni un solo penique?

—No tengo apetito señora Harmony —contestó algo apenada.

—Sé que igual me meto donde no me llaman, pero una mujer tan

bonita, sola y tan lejos de su ciudad solo puede significar que ha sufrido mal de amores

—mencionó la mujer captando su atención.

—¿Mal de amores? —contestó Julia irónicamente—. Ojalá fuera solo eso señora Harmony. Si tan solo fuera eso…

—Al menos coma algo, me quedaré más tranquila —insistió la mujer.

—Quizá más tarde, esta mañana me levanté con el estómago revuelto y creo que si pruebo un bocado terminaré vomitando todo —afirmó Julia sincera.

—Lleva varios días así señora, cualquiera diría que está usted… —dijo la señora Harmony dejando entrever lo que pensaba—. ¿No estará usted en cinta y por eso anda como alma en pena? —preguntó finalmente sin rodeos.

—¿Qué? —exclamó Julia—. ¡Por supuesto que no! —bufó de pronto y en ese momento palideció.

No podía estarlo, ¿verdad? Era imposible… quizá no tan imposible, pero ¡Por

dios, no!, ¡Te lo ruego señor! Exclamó en sus adentros, ¡No puedo tener un hijo ahora! Ni tan siquiera puedo saber que haré con mi futuro como para tener que preocuparme por el de una criatura inocente.

«Definitivamente no puedo esperar un hijo de Richard», se repetía una y otra vez por la simple y llana razón de que no podía permitírselo en aquellas circunstancias.

Los días comenzaron a pasar de forma lenta para Julia y sus nauseas matutinas terminaron convirtiéndose en vómitos cada mañana. Tuvo que hacerse a la idea de que era más que probable que estuviera embarazada de Richard y sus sospechas crecían cada día con más fuerza debido al retraso en su periodo por más que se intentara engañar a sí misma. En el instante que se sentó sobre la cama pasándose un paño frío por el rostro para aliviar su malestar, se tocó instintivamente el vientre y un sentimiento afloró en ella.

Esa criatura no tenía la culpa de nada, es más, solo podría ser una bendición a su vida, aunque no viniera en el mejor momento y desde luego, en las mejores condiciones; puesto que no tendría un padre,

pero ella le daría todo el amor por ambos.

—Tú no te preocupes —susurró al aire—. Todo va a estar bien pequeño.

Y así sería, aunque no tuviera ni idea de cómo, pero de algún modo se aseguraría de que a su pequeño no le faltara nada.

Los golpes en la puerta la sobresaltaron.

—¿Si? —preguntó Julia esperando escuchar la voz de la señora Harmony.

La puerta se abrió y en efecto apareció ella.

—Hay un hombre que pregunta por usted, señora —dijo con cautela la mujer.

—¿Un hombre? —exclamó Julia aterrada—. ¿Ha mencionado su nombre?,

¿Qué aspecto tenía? —preguntó temiendo lo peor porque nadie salvo Emily conocía de su paradero.

—Dice que es un tal William Archivald y viene en nombre del duque de Sheraton —contestó la señora Harmony tratando de recordar una a una las palabras.

—¿El duque de Sheraton?, ¡Oh dios mío! —gimió Julia—. ¿Ha venido solo?

—preguntó para asegurarse.

—Si señora —afirmó—. Ha llegado en caballo y se aprecia que ha estado cabalgando durante días por el barro en sus botas.

—Está bien —contestó—. Dígale que bajaré enseguida —añadió Julia algo más calmada sabiendo que no era Richard quién estaba abajo esperándola.

El duque de Sheraton, ¿Vendría ese tal Archivald en nombre del tío de Richard o del propio Richard porque su pariente más cercano había muerto?

Aun así no entendía como habrían podido dar con su paradero, salvo que Emily por alguna razón de peso lo hubiera debido revelar. No le gustaba la idea, pero no le quedaba más opciones que enfrentarse a su

visita para averiguarlo.

Cuando bajó la escalera divisó al hombre que lucía con aspecto cansado y efectivamente, por el barro de sus botas se podía apreciar que había estado viajando durante bastante tiempo. Las lluvias de los últimos días probablemente habrían hecho los caminos más angostos y eso hacía el viaje más pesado.

—Buenos días señor —saludó Julia cuando llegó al salón.

—Buenos días, ¿Es usted la señorita Benedict? —preguntó seriamente.

—Eso dependerá de quien pregunte por ella —contestó Julia evadiendo la pregunta.

—¿Cómo dice? —contestó el hombre algo contrariado por la evasiva respuesta.

—La señora Harmony dice que usted viene de parte del duque de Sheraton —

mencionó Julia.

—Así es. El duque desea conocerla y me envía expresamente para escoltarla hasta la mansión de Norwest de los Hayden donde reside actualmente.

—¿Su excelencia desea conocerme? —gimió Julia.

—Sí. Hace exactamente veintitrés días que me envió en su búsqueda señorita Benedict y debo asegurarle que no ha sido fácil dar con usted.

—¿Veintitrés días?, pero ¿Cómo me ha encontrado?

—Soy bueno en mi trabajo —contestó sonriente—. Supongo que por tal motivo me contrató el duque de Sheraton.

—¿Y qué pasará si no voy?, ¿Qué ocurre si decido no ir? —preguntó Julia precavida.

—No la obligaré, pero antes de negarse, debo entregarle esto por petición expresa de su excelencia —contestó el señor Archivald entregándole un sobre sellado del ducado de Sheraton.

Julia abrió lentamente la carta bajo la mirada escrutadora de aquel

hombre que aguardaba la espera y leyó el contenido.

Querida señorita Benedict,

He sido informado de su infortunio en relación con mi sobrino, el señor Hayden, respecto a la anulación de su matrimonio.

Es por tanto mi expreso deseo de conocerla y ofertarle una propuesta que creo será conveniente para usted.

Atentamente.

T. Hayden, duque de Sheraton.

¿Una propuesta? Pensó Julia mientras releía de nuevo la breve carta hasta en tres ocasiones puesto que no descifraba más allá de su expreso deseo en conocerla, pero no sabía si aquella propuesta sería para favorecerla o, todo lo contrario. Desconocía el carácter de su excelencia, lo poco que sabía era por su hermano ya que Richard no tenía una buena relación con su tío, es más, ni tan siquiera lo mencionó en alguna ocasión o le había escuchado hablar de él salvo para mencionar su herencia. Así que lo único que conocía del duque de Sheraton era que no había tenido hijos y que, a su muerte, su sobrino sería quien heredaría el ducado que ostentaba su nombre.

—Iré con usted —determinó Julia asegurándose que no tenía nada que perder por escuchar cuál sería esa propuesta que quería ofrecerle.

Peor de lo que ya estaba no podía ser, ¿verdad? Al menos por su hijo y por el futuro del mismo si es que se confirmaban sus más que evidentes sospechas, debía intentarlo.

—¿Cuándo desea partir? —preguntó el señor Archivald.

—Lo mejor será no hacer esperar al duque —contestó Julia rápidamente—.

Podemos partir inmediatamente.

—Por supuesto —respondió sonriente.

23

El trayecto hasta la mansión de campo en Norwest de la familia Hayden duró aproximadamente dos días debido al barro de los caminos.

Durante todo ese tiempo Julia no cesó en imaginar cómo sería el duque de Sheraton y que sería lo que querría de ella para hacerle ir hasta su propia casa y ofrecerle una propuesta.

Cuando comenzó a divisar los jardines de la propiedad, se sorprendió ver la magnitud y belleza de los mismos, así como cuando el señor Archivald que viajaba junto al carruaje de alquiler desde su propio caballo, se colocó a su altura para avisarla de que ya se podía visualizar la mansión en todo su

esplendor.

«Es una casa enorme» pensó nada más verla desde aquella distancia. Era de un tamaño colosal, erguida por aquellas enormes columnas de mármol blanco que causaban una esplendorosa impresión y todos aquellos detalles en las molduras, terrazas y ventanales que se podían apreciar desde aquella distancia, estaba tan impresionada que su aliento se cortó al visualizarla.

Desconocía cuan inmensa podía llegar a ser la fortuna del duque de Sheraton, pero a juzgar por aquella propiedad, imaginaba que debía ser cuantiosa, lo suficientemente alta como para poder mantener un lugar así.

Uno de los sirvientes salió a recibirles y subieron la escalinata hasta la puerta principal dándoles la bienvenida. Julia vio asombrada los techos altos abovedados con molduras, todo era inmenso… grandioso… majestuoso. Les hicieron pasar a un gran salón mientras esperaban a su excelencia que en breves instantes vendría para recibirles.

Julia encontró un retrato enorme que se erguía sobre la chimenea de aquel salón, era un hombre joven de facciones serias, con porte elegante y que sin duda… tenía los mismos ojos verdes que Richard, aunque desde luego no era él, pero no cabía duda de que eran familiares por sus rasgos similares.

—Es una tradición familiar —escuchó de pronto Julia la voz masculina grave a su espalda y se giró rápidamente.

El hombre se apoyaba sobre un bastón para caminar y a pesar de su edad, podía apreciarse al mismo hombre del retrato que colgaba sobre la chimenea en él. Sin duda alguna, debía de tratarse del duque de Sheraton.

—¿Cómo dice? —preguntó Julia desconcertada.

—Parecía interesada en el retrato —señaló el cuadro—. Se trata de una

tradición familiar que el retrato del actual duque de Sheraton siempre esté sobre esa pared de la casa.

—Excelencia —dijo de pronto el señor Archivald.

—Imagino que es ella —respondió dirigiéndose solo a él.

—Así es, excelencia. Me ha costado encontrarla, pero le prometí que la traería —confirmó Archivald.

—Gracias por tu trabajo Archivald. Puedes dejarme a solas con la señorita Benedict, después hablaremos en mi despacho—confirmó el duque de Sheraton.

—Por supuesto, excelencia —contestó antes de marcharse y dejarles a solas.

—Imagino que debe estar preguntándose porqué la he hecho venir hasta aquí

—dijo directamente sin rodeos.

—Confieso que si —contestó Julia sincera—. Usted es familiar de mi esp…

el señor Hayden —se corrigió rápidamente—, y no puedo entender su deseo de conocerme precisamente ahora.

—Tiene razón —confesó el duque—. Debí haber mostrado mi interés en conocerla previamente a pesar de que mi sobrino no me invitara a su enlace, puesto que como habrá observado mi relación es completamente nula, muy a mi pesar.

—¿Cómo supo que su sobrino anuló el matrimonio? Si lo sabe también le habrán comunicado cuales fueron sus acusaciones —susurró Julia.

—Siempre he seguido cada uno de los pasos de mi sobrino, señorita Benedict

—confesó el duque mientras se dirigía a uno de los sillones y la invitaba a sentarse—. Esta historia es lo suficientemente larga como contársela

apresuradamente, así que será mejor que se siente y comience desde el principio, puesto que presiento que usted debe conocerla.

Julia guardó silencio y asintió intrigada.

—Hace unos cuantos años, cuando aún era un joven sin las ideas lo suficientemente claras, conocí a una dama de la que debo reconocer que me enamoré perdidamente —comenzó relatando el duque—. Lo suficiente como para no volver a sentir lo mismo por ninguna otra dama el resto de mi vida.

Por aquella época yo estaba finalizando mis estudios en Eton, formándome para ser el futuro duque de Sheraton y asumo parte de la culpa, porque pasé demasiado tiempo sin volver a casa. Cuando finalicé mis estudios y volví de nuevo, pensaba proponer matrimonio a dicha dama en cuestión, pero me enfurecí y entré en cólera cuando descubrí que no solamente no podría hacerlo, sino que ella había contraído matrimonio con mi propio hermano.

—¿Usted estaba enamorado de la madre de Richard? —exclamó Julia atónita.

—Así es, señorita Benedict. Ella fue la única mujer que amé en toda

mi vida

—afirmó el duque.

—¡Oh dios mío! —exclamó—. ¿Ella no le amaba lo suficiente para esperar su regreso?, ¿Tal vez no tenía constancia de sus sentimientos? —preguntó atreviéndose pese a no tener la confianza suficiente.

—Me amaba —confesó su excelencia llevándose una mano a su frente como si sufriera dolor de cabeza—. Pero estaba embarazada de mi hijo —confesó

—. Y debía contraer matrimonio antes de que pudieran darse cuenta y ser una deshonra para la familia, por lo que cuando mi hermano mostró interés en ella tal y como hacía con todo lo que yo poseía, no tuvo más remedio que salvar su reputación y aceptar casarse con él cuando no pudo contactar conmigo para comunicármelo.

—¡El señor Hayden es su hijo! —exclamó Julia atónita.

—Así es —confirmó su excelencia el duque de Sheraton.

—¿Él lo sabe? —preguntó Julia—. ¿Sabe que usted es su verdadero padre?

—Por supuesto que no —aseguró el duque—. Su madre y yo acordamos no revelarle la verdad, pero como hijo mío que es, decidí no tener ningún heredero para que el ducado que le correspondería por derecho legítimo, realmente le pertenezca.

—Usted se ha sacrificado no casándose, ni teniendo hijos solo para que él herede el título, para que su único y verdadero hijo lo suceda —dijo Julia más para sí misma que para confirmar sus sospechas.

—Si —contestó el duque con pesar—. Aunque siento vergüenza por los actos que mi propio hijo ha generado, sobre todo a usted señorita Benedict.

—Usted no es culpable de…

—Lo soy —la cortó en su respuesta—. En cierta forma siento que lo soy porque no evité que mi hermano hiciera lo que hizo con mi hijo y cuando quise darme cuenta fue demasiado tarde.

—No le entiendo —replicó Julia.

—Mi hermano se enteró de que Richard no era su hijo —contestó en

un tono que evidenciaba pesar en sus palabras—. Publicar que su único hijo era en realidad un bastardo no resultaba beneficioso para nadie, ni tan siquiera para él mismo. Por tanto, decidió que su venganza sería fomentar el odio en él hacia sus verdaderos padres, es decir, hacia mi querida Amanda y hacia mí, algo que, a pesar de todos mis vanos intentos por tratar impedirlo, consiguió lograrlo —dijo haciendo una pausa—. Desde pequeño le creó la idea de que

todas las mujeres eran interesadas, incluida su propia madre que se había embarazado para cazar un marido, de esta forma trató de justificar sus incesantes aventuras que no se dignó en esconder y le inculcó a Richard unos valores impropios de un caballero de su posición. A pesar de mi poder y mi estatus social, no podía hacer nada porque él era legítimamente su hijo pese a que llevara mi sangre. Tuve que resignarme a ver cómo era manipulado y corrompido, estando cada vez más alejado de su madre y de mí. Cuando murieron en aquel accidente, me dispuse a tratar de enmendar los errores que mi hermano había creado en mi propio hijo, pero ya era tarde… demasiado tarde para hacerlo cambiar de opinión Desde entonces solo me limito a vigilar sus pasos, de alguna forma me consuela saber que está bien a pesar de que no lleva la vida que yo desearía que tuviera, sé que no puede ser feliz así. Por eso cuando me dieron la noticia de que se había casado, me alegré infinitamente a pesar de saber la razón de la ceremonia. Creí que tal vez al lado de una señorita respetable como lo era usted, él cambiaría, se daría cuenta de todos esos ideales falsos creados por mi hermano que tanto han arraigado en él desde pequeño y a pesar del daño que le causó en su noche de bodas, reconozco que no perdí la fe en creer que usted lo cambiaría porque de algún modo creo que le ama o al menos… le amaba.

—Parece que está muy bien informado a pesar de vivir lejos de la ciudad, su excelencia —confirmó Julia no negando nada.

—El señor Archivald es muy bueno en su trabajo, diría que el mejor. Aunque le perdió la pista de un día para otro y no supo donde se estuvo escondiendo durante algún tiempo. Puede llegar a ser un tanto escurridiza en algunas ocasiones señorita Benedict —contestó con cierta sonrisa cómplice.

—Siempre lo fui desde pequeña —confirmó Julia cómplice.

—Creo que le debo una disculpa en nombre de mi hijo —dijo el duque mirándola a los ojos—. De algún modo me siento responsable de sus actos y tal vez incluso culpable por no tratar de avisarla o apoyarla cuando debí hacerlo.

—Usted no debe disculparse excelencia —aseguró Julia—. No puede hacerse responsable de los actos de su hijo aunque se sienta culpable, es más, compadezco que la vida haya sido injusta con usted y con la madre de su hijo por no ofrecerles el destino que se merecían, pero eso no justifica los actos del señor Hayden, él podría haberse negado al matrimonio y no lo hizo, prefirió acusarme injustamente, torturarme ante la sociedad y desprestigiarme por puro placer. Aunque usted culpe a su hermano de fomentar esas creencias, no justifican sus atroces actos. No tuvo ningún pudor en hacer lo que hizo sin pensar en las consecuencias y a pesar de que incluso llegué a plantearme perdonarle, sé que jamás podría ser feliz con alguien que no siente un ápice de empatía hacia mí y que solo anhela mi desdicha. Tal vez por eso, a pesar de que la más perjudicada sea yo en esta situación, me alegro de que haya anulado el matrimonio.

—Admiro sus palabras —contestó el duque—. Siendo sincero, lamento que mi hijo la haya perdido por ser un completo estúpido, pero pienso reponer su falta. Al menos, espero que me permita hacerlo.

—No le entiendo —contestó Julia alzando una ceja confundida, ¿Cómo pensaba reponer su falta?, ¿Tal vez con una compensación económica?

—Solo puedo ofrecerle una cosa que restaure su posición y buen nombre señorita Benedict —dijo en un tono tan formal y serio que no dejaba lugar a duda—. Una proposición que estoy seguro necesitará pensar por las consecuencias que pueda traerte, pero es lo mínimo que podría hacer para

compensarla por todo lo que ha debido pasar.

—No entiendo que puede ofrecerme, le aseguro que ni toda la fortuna de…

—Le ofrezco matrimonio señorita Benedict —dijo de pronto dejándola estupefacta—. Le propongo ser la duquesa de Sheraton como debía serlo en un futuro cuando yo no existiese.

—No… —susurró Julia.

—Es su decisión, no pienso obligarla, ni por supuesto condicionarla a que acepte—advirtió el duque—. Mi proposición es oficial y usted puede aceptarla o declinarla cuando lo deseé puesto que no tendrá fecha de caducidad, al menos… hasta mi muerte.

—Es usted un hombre honorable excelencia —confesó Julia pensando

que Richard habría sido muy diferente de haberlo tenido como ejemplo a seguir.

El duque era su verdadero padre y no se parecía en nada a él, salvo en aquellos ojos verdes y su aspecto a pesar de la diferencia de edad—. Pero no puedo aceptarlo, de hacerlo estaría desfavoreciendo sus deseos.

—¿Cómo dice? —preguntó el duque sin entender su respuesta.

—Usted mismo confesó que no se había vuelto a casar para no tener descendencia porque deseaba que su hijo heredara el ducado. Si me caso con usted estaré incumpliendo sus deseos puesto que yo estoy gestando en mi vientre a su nieto —aseguró Julia dejando al duque perplejo.

—Esto cambia la perspectiva de las cosas —contestó llevándose una mano al mentón pensativo—. Voy a ser abuelo —afirmó levantándose con algo de esfuerzo y apoyándose en su bastón.

—Así es —confirmó Julia a pesar de no haberlo corroborado con ningún

médico la afirmación de su estado, pero tenía la seguridad plena de que lo estaba, solo sería mentirse a sí misma no creerlo.

—Que dios me perdone, pero no dejaré que mi nieto nazca fuera de esta familia —aseguró el duque—. Antes de saber esto le ofrecía una propuesta, ahora se lo ruego señorita Benedict —añadió mirándola fijamente—. Le ruego por ese vástago que lleva en su vientre que honre a mi familia y sea la nueva duquesa de Sheraton. Le prometo que aquí la trataran como usted merece, como realmente mereció que la trataran desde el principio.

—Yo… —susurró Julia sin saber que contestar.

—No solo debe decidir por usted querida, sino por el futuro del ser que lleva en su vientre —dijo el duque interrumpiéndola.

Julia sabía que su excelencia tenía razón, al igual que sabía que no tendría más alternativa que la de aceptar aquella propuesta para asegurar el bienestar de su hijo.

24

Richard se encontraba saboreando una copa de coñac en el burdel donde bailaba Sheila, el mismo al que acudía cada noche desde hacía más de tres semanas. Exactamente el tiempo desde que anuló su matrimonio y desde que, para su mala suerte, la que iba a convertirse en su amante desapareció dejándole con esa sensación de vacío que de alguna forma pensó que llenaría o al menos, parte de ella por la ausencia de Julia.

Desde entonces se pasaba por allí cada noche para preguntarle a Sheila si

sabía cuándo regresaría Ágata de fuego, puesto que, según la bailarina, se encontraba cuidando a unos familiares enfermos… empezaba a no creer en aquella excusa, sobre todo porque dudaba que alguien en su situación pudiera permitirse el lujo de no trabajar durante tanto tiempo. Por más que insistía, Sheila no le daba el paradero de la muchacha y él no tenía ningún otro medio de contacto para localizar a la joven que no fuera a través de ella.

¡Maldita fuera su mala suerte! Gimió para sus adentros. La espera estaba siendo una tortura porque para su desgracia, ninguna de las mozas que intentaban provocarle con sus encantos le atraía. No tenían los ojos de ese peculiar bronce, ni esa mirada chispeante, ni esa tersa piel, ni ese olor a lavanda…

En los días venideros probablemente regresaría Benedict desde el ducado Florencia, puesto que solo en ir y volver ya tardaría

aproximadamente cuatro semanas, no sabía si el tiempo que pasara allí le demoraría. No obstante, no le preocupaba en absoluto porque estaba completamente seguro de que encontraría a su hermana allí, junto al bastardo de Guicciardini y muy probablemente en su propio lecho.

Ni tan siquiera quería pensar en esa escena porque le enardecía la sangre y se ponía aún peor de lo que de por sí estaba. Aunque se negara a sí mismo el hecho de creer que no le importaba, en realidad lo hacía, y mucho. De hecho, en más de una ocasión se había arrepentido de haber anulado su matrimonio, de no hacerlo podría incluso haberla arrastrado de nuevo con él, tener la posesión de ella, aunque solo fuera de su cuerpo y quitarse esa maldita sensación de ahogo que sufría desde que se marchó.

¿En qué estaba pensando cuando lo hizo? Lo sabía perfectamente, quería arruinarla, vengarse, hacerle pagar por serle infiel, pero no estaba disfrutando

en absoluto de esa venganza, sino que estaba incluso aún más mortificado que al principio. Seguía siendo un cornudo y encima no la tenía, al menos no hasta que él se cansara de ella y tuviera que volver cabizbaja para poder ser suya de nuevo.

—¿Dónde demonios te metes? —rugió una voz a su lado que sobre salía entre la música y el ruido del burdel.

—¿David?, ¿Se puede saber qué haces tú aquí? —preguntó confundido.

Había estado bebiendo bastante, pero no hasta el punto de perder la cordura aún. De hecho, llevaba tiempo sin beber hasta ese punto, tal vez se estaba volviendo aburrido como su amigo.

—¡Llevo buscándote dos días!, ¡No apareces por el club y tampoco te encuentro en tu casa! —le gritó.

Era cierto, se había instalado en la casa que había alquilado para alojar a su amante manteniendo la esperanza de que ella volviera en cualquier momento.

—Ya me has encontrado, ¿Qué es eso tan urgente que tienes que contarme?

—preguntó sin interés—. Te pediré una copa mientras…

—El duque de Sheraton se ha casado —contestó David sin siquiera sentarse o fingir interés en hacerlo.

—¿Qué? —exclamó Richard atónito.

—Que tu tío se ha casado con una joven dama —repitió David sin mencionar quién era la dama en cuestión.

—¿Para qué iba a casarse a estas alturas? —preguntó extrañado sin llegar a creérselo—. ¿Quién es ella?

—Lo desconozco, salvo porque ahora ostenta el título de la duquesa de Sheraton, pero conociendo el poco contacto que mantienes con tu tío, supondría que no te habría dado a conocer la noticia, ni invitado a sus nupcias.

—No. No puede ser… —susurró de pronto alzándose y colocándose la capa.

—¿Dónde vas? —preguntó David.

—¿Dónde voy a ir? A la mansión de Norwest de los Hayden, pienso averiguar quién es esa dama y que intenciones tiene mi tío para haberse casado a estas alturas cuando no lo ha hecho con anterioridad.

—Richard, dudo que puedas hacer algo al respecto —mencionó David con pesar.

—Pienso hacer que anule ese matrimonio, tenlo por seguro —afirmó sin un deje de duda.

Hizo el camino a caballo para llegar antes, de hecho, solo paró una vez para cambiar de caballo al tenerlo fatigado y así poder llegar poco después del amanecer. No se lo podía creer, ¿Por qué razón se iba a casar su tío a esas alturas de su vida?, ¿Con casi sesenta años? Dudaba que fuera por tener un heredero, aunque todo podía ser posible, ¿Tal vez se había enterado de que él mismo anulo su matrimonio y por eso habría decidido casarse él? No le importaba, pero a como diera lugar se aseguraría de anular ese matrimonio como fuera, así tuviera que seducir a la dama para demostrarle a su tío que era una adúltera, pero no iba a renunciar al ducado de Sheraton o a su herencia. De ninguna manera pensaba compartir la casa con una viuda cuando su tío falleciera… probablemente no tendría que preocuparse, si se trataba de una dama joven, la habrían vendido sus padres solo por convertir a su hija en duquesa y era más que seguro que la dama no amaría a su

tío.

Su vestimenta no era la más adecuada para presentarse ante su tío después de estar años sin verlo, puesto que las salpicaduras de barro del camino le cubrían hasta la mitad de su abrigo, pero no pensaba esperar más tiempo.

—Señor —mencionó el sirviente que salió a recibirlo.

—Soy el sobrino del duque de Sheraton, el señor Hayden y deseo hablar con mi tío ahora mismo —mencionó bruscamente.

—Su excelencia se encuentra desayunando en este momento. Le acompañaré para que pueda asearse y el duque podrá recibirle en su despacho.

—¡No! —rugió Richard—. Lléveme inmediatamente con su excelencia.

—Como desee —contestó el mayordomo que se limitó a darse la vuelta y Richard le siguió.

—Excelencia —mencionó el mayordomo tras pasar las puertas del comedor donde se encontraba desayunando el duque—. Su sobrino el señor Hayden solicita verle de inmediato.

—¿Mi sobrino?, ¿Está aquí? —preguntó sorprendido.

—Si —contestó el propio Richard entrando y divisando a su tío a la cabecera de aquella gran mesa mientras sostenía el periódico en sus manos—. Estoy aquí —añadió en un tono seco que no indicaba ningún tipo de emoción.

—Vaya… has crecido desde la última vez que te vi —mencionó el duque—.

Ahora eres todo un hombre.

—Han pasado más de diez años —contestó secamente.

En ese momento las puertas que había detrás del duque se abrieron y Richard se quedó sin habla.

—Julia —susurró al verla.

Julia se quedó parada al verlo allí, ¿Qué demonios hacía él allí?, ¿Se había enterado?, ¿Tan pronto? No podía ser…

—Excelencia —mencionó el sirviente mientras le apartaba la silla que había junto al duque para que se sentara.

—Querido sobrino, déjame presentarte a mi esposa, la duquesa de Sheraton

—mencionó el duque—. Aunque tengo entendido que ya os conocéis,

¿cierto? —preguntó a su sobrino que permanecía en la puerta estático y sin creerse lo que estaban viendo sus ojos.

—¡Qué clase de broma es esta! —bramó Richard adentrándose en el comedor mientras se acercaba a los comensales—. ¡Porque desde luego debe ser una maldita broma! —rugió enfurecido.

No podía ser real, ¡Julia no se podía haber casado con su propio tío!

—No sé a qué te refieres querido sobrino —contestó el duque en tono calmado—. Te invitaría a sentarte con nosotros, pero debes estar fatigado del largo viaje y por tu atuendo no creo que sea conveniente que te sientes a la mesa de mi esposa —añadió—. Peter, acompaña al señor Hayden a su recámara.

—No pienso ir a ninguna parte hasta saber qué está ocurriendo aquí —terció Richard dando un golpe en la mesa mirando fijamente a Julia que provocó que esta cerrara los ojos y mirase hacia otro lado que no fuera él.

—Irás —respondió el duque—. Es una orden.

—¿Ahora me da órdenes? Creo que hace tiempo que le dejé claro que no estoy bajo sus…

—Estás en mi casa y harás lo que te ordeno o puedes marcharte inmediatamente.

Richard gruño apretando los dientes intentando mantener su autocontrol. Por más que le fastidiara el viejo tenía razón y si quería respuestas iba a tener que acatar sus órdenes por ahora.

Salió atropelladamente de allí, aunque por sus leves refunfuños se podía intuir que estaba más que furioso.

—Thomas… —susurró Julia al duque una vez que Richard se había marchado y cerraron la puerta del comedor—. Creo que es mejor que me vaya. ¿Has visto su rostro al verme aquí? No sé cómo se ha podido

enterar tan pronto, pero no quiero enfrentarme a él… dudo que sea capaz de soportar sus reproches —afirmó Julia siendo consciente de las barbaridades de las que Richard la acusaría.

—Tú eres ahora la duquesa de Sheraton y por más que se enfurezca no va a cambiar ese hecho. Es hora de que aprenda que sus actos albergan consecuencias y de qué su comportamiento distaba mucho de ser el adecuado. Aunque me duela en el alma por ser mi hijo, no toleraré que os haga daño a ti o a mi nieto —confirmó acariciando el dorso de la mano de Julia comprensivo.

—Gracias Thomas —susurró Julia con los ojos vidriosos.

Julia subió las escaleras de forma silenciosa hasta su recamara. La habitación de la duquesa de Sheraton cuya última ocupante fue la mismísima abuela de Richard, de quien aún conservaba parte de sus joyas en su antiguo tocador.

Thomas, que así es como le había pedido el duque que le llamara desde que se habían casado apresuradamente dado que ya poseía en sus manos una

licencia especial de matrimonio incluso antes de que ella misma llegara a la mansión de los Hayden, la había tratado con tanta amabilidad desde el mismo momento en el que atravesó las puertas de aquella casa, que comenzaba a sentirse verdaderamente en un hogar. A pesar de saber que su posición solo era de título, puesto que solo había hecho aquello pensando únicamente en el futuro de su pequeño y después muy en el fondo, por el de ella misma junto a su familia.

Haberse casado con el actual duque de Sheraton le devolvería el estatus y la posición de los que Richard la había arrancado. Ahora era una duquesa y solo por el título que ostentaba, las puertas hacia la sociedad londinense se abrirían solas si decidía volver a la ciudad, sin tener en cuenta su pasado, por muy ruin, cruel y despiadada que así hubieran sido con ella, ahora su fortuna y posición priorizaban ante los actos de su primer marido en el pasado.

Aunque volver a Londres sería lo último que haría en aquellos instantes.

Inexplicablemente se sentía vulnerable, tal vez solo se debiera a su estado, o quizá a que aún no asumía su nuevo estatus social en el que se había tenido que ver arrastrada en parte por su propia culpa, por haberse entregado a Richard creyendo que existía una última posibilidad entre ellos, aferrándose a una esperanza que jamás tendría

lugar, pero de la que al menos saldría algo bueno. Su hijo sería lo único honorable que obtendría de él, puesto que la decepción había aniquilado cualquier rastro de amor que una vez pudo haber sentido.

Richard no podía dejar de maldecir mientras se daba aquel baño en el que se había visto obligado a tomar. De buen agrado en otro momento lo habría gozado con gran placer, pero en aquellos instantes solo tenía la necesidad de matar a alguien, de ahogarlo entre sus propias manos por no darle la información que precisaba. En lo más hondo de sí mismo presentía que era

real, que Julia era ahora la esposa de su tío, pero ¿Cómo podía haber ocurrido semejante barbaridad? Era insólito, inconcebible, ¡Se suponía que ella debía estar en el ducado de Florencia con *lord* Guicciardini!

Salvo que ella se hubiera enterado de la anulación y habría acudido a su tío con falsas acusaciones y calumnias para convertirse en la duquesa de Sheraton como deseó desde un principio. Aquello solo le daba la razón de que Julia se habría casado con él por el ducado, aunque eso no coincidiera con que Robert la hubiera obligado a casarse.

Desconocía cuál era la verdad, pero pensaba averiguarla de un modo u otro.

Necesitaba saber quién era realmente esa mujer que había tenido como esposa, para aprovecharse de un anciano solo por ostentar el título de duquesa.

Bajó las escaleras aseado y vestido con ropas que no eran suyas, pero sí de su talla que probablemente habrían pertenecido a su tío. Inexplicablemente tenía su altura, a pesar de que su padre había sido mucho más bajo que él, en cambio, siempre había notado que su apariencia era más similar a la del tío Thomas, incluso hasta sus ojos eran del mismo color verde tan característico en los Hayden.

—Su excelencia le espera señor Hayden —mencionó el mismo sirviente que momentos antes le había acompañado desde el comedor hasta su recámara asignada.

Richard entró en aquel salón que llevaba tantos años sin pisar, donde el retrato del actual duque de Sheraton se erguía sobre aquella gran pared y el cual siempre soñó verse algún día cuando se convirtiera en el actual duque, más aún cuando conforme fue pasando el tiempo vio que su sueño se haría realidad algún día al ser el descendiente directo de su tío Thomas. Jamás

entendió porqué no decidió casarse, ni tener hijos como le obligaba su título a hacer, según le confesó su propio padre, carecía de hombría… de ahí que no pudiera tener un heredero. Algo que durante años le persiguió por creer que, si era cierto, él sería el sucesor al ducado y hasta la fecha así había sido y así seguiría siendo.

—Quiero que me diga ahora mismo que hace ella aquí —bramó en cuanto se acercó al sillón donde permanecía su excelencia divisando el fuego de la chimenea prendido.

—Está donde le corresponde —respondió el duque seriamente—. Este es su lugar, su casa y su hogar.

—¿Es qué no sabe que era mi esposa? —gritó como si con eso dijera todo.

—Estoy al corriente si es lo que te preocupa, es más, yo mismo solicité su mano e insistí en que aceptara mi propuesta.

—Está usted loco —gimió Richard—. ¡Es que no ve que solo se ha casado por su título! —bramó.

—¿Es eso lo que te molesta querido sobrino?, ¿Qué una joven hermosa como evidentemente lo es ella, solo desee casarse con este vejestorio por su título?

—Ni siquiera le molesta —contestó Richard con rabia observando la pasividad de su tío.

—No —contestó secamente—. No me molesta en absoluto.

—¡Le engañará!, ¡Incluso fingirá que está embarazada solo para quedarse con el ducado!

—Así que tu preocupación es no heredar el título —contestó su excelencia arrastrando las palabras—. Por eso estás aquí.

—Yo… —comenzó a decir Richard—. ¡Eso no tiene nada que ver ahora! —

bramó—. ¡Ella es una adúltera!, ¡Se fugó al ducado de Florencia con su amante! —gritó.

—Tu acusación es muy grave Richard, más aún teniendo en cuenta la falsedad de la misma puesto que ella ha permanecido aquí todo el tiempo que estuvo alejada de Londres —confirmó seriamente el duque

para dar credibilidad a sus palabras. Estaba mintiendo, pero eso su sobrino lo desconocía.

—No… ella se fue con él, ¡La duquesa de… —pero no pudo terminar la frase porque en realidad, la duquesa de Lennox no le dijo que se había fugado con *lord* Guicciardini sino que simplemente le aseguró que lo había dicho él y no ella… ¡Dios! Pensó llevándose las manos a la cabeza, ¡Había anulado su matrimonio acusándola de adulterio cuando ella jamás se fugó con otro!—.

¿Por qué? —exclamó.

—Creo que sabes la respuesta, Richard —confesó el duque—. Tú la obligaste a que huyera de tu lado.

—No… —susurró Richard admitiendo que por mucho que no quisiera reconocerlo, él la había alejado de su lado. La había humillado públicamente, destruido su reputación y todo por unas convicciones que ahora empezaban a tambalearse y desmoronarse como castillos de arena.

—Ella es ahora mi esposa —afirmó tajante el duque—. Por lo tanto, está bajo mi protección y la del ducado, donde no podrás volver acercarte a ella.

—Eso está por verse —contestó Richard con rabia.

No aceptaba que no fuera suya, simplemente no lo aceptaba.

—Es tarde para ti, querido sobrino. Tuviste tu oportunidad y la

desperdiciaste, ahora ella tendrá el lugar que le corresponde, como duquesa.

—¡No! —rugió sin poder controlarlo—. Ella tenía que ser mía, debía ser mía

—susurró en voz alta, aunque lo decía para sí mismo.

Ella tenía que ser suya, ese era su plan, su intención desde un principio; tener a Julia como su amante, pero ahora se daba cuenta de lo estúpido que había sido al anular su matrimonio, ¡Ella podría seguir siendo suya si no lo hubiera hecho!, ¡Maldita sea!

—Es mejor que te marches de esta casa Richard. No quiero que tu presencia afecte a mi esposa en su estado —aseguró Thomas.

En ese momento Richard levantó la vista hacia su tío que mantenía el semblante serio y por su mente se cruzó la imagen de Julia yaciendo en aquella cama cuando la hizo suya. En ese instante ni tan siquiera dijo nada, sino que salió corriendo de aquel salón en una dirección exacta.

—¡Detenedle!

Richard escuchó el gritó su tío mientras él corría con más premura subiendo los escalones de tres en tres hacia su destino, hacia ella.

Julia se encontraba en el viejo escritorio de la antigua duquesa de Sheraton que seguía haciendo muy bien su utilidad. En él había encontrado papel, una vieja pluma y le habían surtido de tinta para poder escribir a su familia y amistades. Aún no se había atrevido a contarle a su propia familia las buenas nuevas, pero viendo que no pensaba salir de sus estancias hasta asegurarse de que Richard abandonaba aquella casa y volviera a sentirse segura, quizás era un buen momento para informarles.

Apenas iba por el cuarto párrafo cuando su puerta se abrió provocando un golpe al chocar contra la pared de la habitación y se pudieron apreciar voces

lejanas. En ese instante Julia se volvió rápidamente para ver lo que ocurría y vio a Richard cerrando la puerta con llave para que nadie entrara.

—¡Salga inmediatamente de mi habitación! —gritó Julia incorporándose del asiento.

—¿Es mío? —Fue toda la contestación de Richard.

Julia le miró confundida, frunciendo el ceño extrañada, ¿A qué demonios se refería? Si era suyo, ¿qué?

—¿Soy el padre? —preguntó Richard directamente.

Richard observó su vientre, no parecía abultado, pero apenas habían pasado tres meses desde que… ¡Dios! Parecía que había pasado una eternidad. Notó su característico color a lavanda y se embriagó en él, la observó detenidamente allí de pie, mirándole fijamente enmudecida, era preciosa, estaba absolutamente preciosa con aquel vestido de color salmón que hacía que su piel se viera más suave y apetecible.

—Már… márchate —pudo decir al fin Julia con la voz entrecortada.

—No me iré hasta saberlo —le aseguró Richard.

En ese instante Julia notó como él se acercaba a ella, pero no retrocedió. No lo haría más, estaba cansada de huir, de sus reproches, de sus venganzas.

Estaba cansada de él.

—Saberlo no cambiará nada —contestó Julia alzando el mentón para enfrentarlo.

—Lo cambia todo —contestó.

—No —dijo sin ningún tipo de emoción—. Tu ya no tienes ningún poder

sobre mí, ya no te pertenezco. No soy tuya… de hecho nunca lo fui. Me dejaste claro desde el principio que jamás me considerarías tu esposa, pues bien, ya no lo soy. Ahora márchate.

—¡No me marcharé hasta saberlo! —rugió Richard.

—¡Es tu hijo! —gritó Julia con todas sus fuerzas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exigió—. ¿Por qué no viniste a…

—¡Me humillaste!, ¡Me deshonraste!, ¡Me comparaste con una fulana!, ¡Me juraste que jamás me tratarías como tu esposa!, ¡Me acusaste de adulterio!,

¡Me insultaste de todas las formas posibles en las que se le puede insultar a una mujer!, ¿En qué mundo creíste Richard Hayden que me rebajaría aún más después de tanta humillación? —gritó Julia enfurecida. Estaba llena de rabia, de ira… no sabía si era por su estado o porque Richard había colmado su paciencia, pero no se pensaba dejar humillar más y menos aún, sufrir ahora sus reproches.

Richard la observó con enmudecido, sintiendo como cada uno de sus reproches ahondaba en lo más profundo de él, apreciando la culpa en ellos, notando como las injusticias que había cometido hacia ella le estallaban en su propia cara.

—Creía que…

—¡Creías! —gritó Julia—. ¡Tú siempre crees todo! —siguió diciendo

sin control—. No quiero tus lamentos, ni tus excusas… ya no los necesito, quizá los quise en otro momento de mi vida, pero tú te encargaste de que ya no los desee. Vete, márchate… ya tienes lo que querías, eres libre, mi hijo tendrá el apellido que le corresponde; tu apellido, así que sigue con tu vida y déjame en paz.

—Julia…

—Ya la ha escuchado señor Hayden —se escuchó una voz tras ellos que Julia apreció rápidamente como la del señor Archivald.

—Haz que salga de mis aposentos Archivald —rugió Julia y el hombre se acercó a Richard, pero antes de que pudiera siquiera tocarle éste dio media vuelta y se marchó.

Ya está, pensó Julia. Todo había terminado.

25

Hacía tres días del suceso que, con toda probabilidad, marcaría el resto de su vida, los mismos tres días que Richard llevaba encerrado en su casa sin salir. Se había aventurado hacia la casa de su tío, el duque de Sheraton pensando que tendría que lidiar con una jovenzuela de vulnerable carácter para descubrir que la nueva duquesa no era ni más ni menos que la mujer que le volvía completamente loco y que por más que lo había intentado, le había resultado imposible sacarla de su cabeza. Aunque eso no era lo peor, sino el hecho de saber que iba a ser padre, ¡Padre! Y ni tan siquiera podría proclamarlo, no tenía ningún derecho sobre ese hijo que Julia llevaba en su

vientre porque él mismo lo había alejado de su lado anulando su matrimonio.

—¡Imbécil! —se maldijo a sí mismo.

—Soy un completo bastardo, un maldito egoísta… —susurró apretando su puño en señal de rabia.

Asumía su culpa, porque era toda suya y ahora debía pagar las consecuencias de sus actos, de acusarla injustamente de todo lo que precisamente ella le había echado en cara antes de que partiera.

Verla así, en ese estado de rencor hacia él, le había hecho comprender que no le gustaba, no deseaba su odio y en cambio era lo único que obtendría de ella porque era lo que había provocado con sus actos de venganza. ¿No fue él quien le advirtió desde el principio que se

arrepentiría de casarse?, ¿Qué se aseguraría de hacer su vida un infierno? Por ironía de la vida ahora era él, quien estaba viviendo ese infierno porque la quería a su lado, deseaba que estuviera junto a él y sabía perfectamente que jamás la tendría.

Escuchó que llamaban a la puerta. No esperaba visitas, es más, tampoco las deseaba. No quería ver a nadie y por ilógico que pareciera, lo que menos le apetecía era ir a un burdel para olvidarse de ella. No. El dolor que sentía en su pecho era lo único que conservaba de Julia y era a lo que se aferraría para recordarla, para tener una parte de ella.

—Mi señor, preguntan por usted —informo Margaret en la penumbra del salón únicamente iluminado por el fuego de la chimenea.

Había pedido que mantuvieran las cortinas echadas, no deseaba luz, solo quería oscuridad, la misma negrura que él había creado en su interior.

—No estoy esperando a nadie —rugió.

No le apetecía ver a nadie en ese momento y probablemente en los próximos meses venideros.

—Se trata del señor Benedict mi señor —insistió el ama de llaves.

—Está bien —contestó sabiendo a lo que venía Robert—. Dígale que pase.

Richard ni siquiera hizo ademán de levantarse, sino que observó como Robert galantemente entraba en el salón con su sombrero en la mano. Estaba serio, con el ceño fruncido y su semblante contrariado.

—Imagino que has regresado de tu viaje. —Se adelantó a decir Richard con la mirada algo cabizbaja.

—Así es —confirmó—. Y como bien advertí, mi hermana no se fugó con *lord* Guicciardini como la acusasteis, es más, traigo una carta del mismísimo duque de afirmando mis palabras.

—Está bien —contestó Richard sin añadir que ya sabía dónde había estado Julia todo ese tiempo y que no había sido precisamente en el ducado de Florencia como él había supuesto—. Supongo que querrás que el duelo tenga lugar al amanecer —añadió.

No pondría excusas, ni pediría disculpas, asumía su culpa y aunque

fuera tarde, lo haría como un caballero debe hacerlo.

—A las seis en punto —respondió Robert sin un ápice de sentimiento en sus palabras—. En los terrenos de *Great Russell*. Más te vale asistir, Hayden.

—Allí estaré —confirmó Richard sin apartar la mirada del fuego—. El duque de Lennox será mi padrino.

—No hay nada más que añadir pues —contestó Robert haciendo un deje a modo de saludo que Richard ni se molestó en ver y salió de aquella casa.

Por primera vez en su vida no le importaba morir, no le importaba en absoluto, porque si no la tenía a ella, la vida carecía de sentido. No existía aliciente, sabía perfectamente que lo que él había hecho era imperdonable,

¿En qué mundo él podría compensarla de todo el daño que había provocado?

Tal vez fuera mejor así. Si no podía estar a su lado, al menos moriría y su honor sería vengado.

Envió una nota urgente a la casa de su amigo David, advirtiendo que necesitaba un favor por su parte. Quizá el último, pensó. Y a pesar de que le había citado a las seis de la mañana en el lugar donde se realizaría el duelo, su fiel amigo no tardó en presentarse instantes después de recibir aquella nota en su propia casa.

—¡Estás loco!

Richard escuchó la voz de su amigo interrumpiendo en la calma y el silencio que albergaba aquel salón. Ni tan siquiera había sido anunciado por Margaret, sino que se había colado literalmente en cuanto le abrió la puerta el ama de llaves.

—Buenas noches David —dijo Richard calmadamente no haciendo caso a la acusación.

—¡Sé perfectamente lo que va a pasar en este lugar y más aún a esta hora!,

¿Con quién se supone que te vas a batir en duelo? —exclamó.

—Benedict —contestó arrastrando las palabras que hasta le dolían por

lo que en su día detestó ese apellido al tener que casarse con Julia y que ahora le dolerían aún más por no haber sabido valorar lo que tenía.

—¿Robert? —gimió David.

—Desea vengar el honor de su hermana y no seré yo quien se lo impida.

—¡Maldito seas Richard! —exclamó David—. ¿Cuándo vas a aprender que tus actos tienen consecuencias?

—Créeme. Lo estoy aprendiendo —contestó apenado—. Aunque demasiado tarde para mi desgracia.

David lo miró confundido, ¿Es que se había perdido algo?

—¿No vas a decir que lo que hiciste era justificado? —gimió David esperándose que Richard jamás confesaría estar equivocado. Era demasiado orgulloso para ceder, para aceptar su culpa.

—Ella es inocente y yo debo asumir las consecuencias —afirmó.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó David ahora asombrado.

—Porque todo este tiempo estuvo en casa de mi tío —contestó seriamente—.

Y ahora es la nueva duquesa de Sheraton —añadió a su confesión.

—¿Julia es la esposa de tu tío? —exclamó atónito.

—Si… —susurró Richard porque aceptarlo dolía.

—¡Dios santo! —gritó David.

—Y está esperando un hijo mío —confesó Richard con amargura levantándose y colocándose frente a la chimenea donde David podía apreciar su perfil—. La obligué a que tuviera que casarse con él, ¿No lo entiendes? —

gimió con evidente culpabilidad—. La eché a la calle, la humillé sin importarme en absoluto lo que le ocurriera y ella estaba esperando a mi hijo,

¡Mi hijo! —gritó.

—Richard… —susurró David acercándose a él—. ¿Ella te importa de verdad? —preguntó en un tono de voz preocupado.

—La quiero, ¡Por dios que la quiero con toda mi alma! —rugió—. Y me tuve que dar cuenta cuando supe que jamás volvería a ser mía.

—¡Pues haz que se anule ese matrimonio y reclama lo que es tuyo!, ¡Reclama a tu hijo! —exclamó David—. Admitiré que obraste mal. Yo mismo te lo advertí Richard, pero todos tenemos derecho a una oportunidad y más aún si ella está esperando un hijo… tu hijo.

—No David —confesó Richard—. Es tarde para mí.

—¿Es que piensas dejar matarte? —preguntó confundido.

—Tal vez sea mejor así. Nunca la tendré, jamás me perdonará lo que le hice,

¿Para qué seguir viviendo sabiendo que no podré estar cerca de ella? —

preguntó con amargura.

—¡No es esta la solución Richard! —gritó David—. Eso es rendirse, ¡Lucha por ella!

—No David —contestó apático—. Si tú hubieras visto lo que yo vi en sus ojos, el reproche, el resentimiento, el odio hacia mí, comprenderías que no hay lucha en una batalla perdida.

—No puedes pretender que me quede de brazos cruzados mientras veo como dejas que te maten —replicó con sentimiento—. Además, me parece absurda la celebración del duelo puesto que tu tío ha solucionado la deshonra de la dama.

—No dirás nada —contestó severamente Richard—. Júrame que no dirás nada hasta que el duelo no termine.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—Benedict necesita vengar el deshonor de su familia y yo también necesito

que lo haga para quitarme parte de esta culpa. Así que solo te pido que si hablas, lo hagas cuando se haya terminado.

—Querrás decir cuando no tenga solución alguna porque te dejes

matar a manos de Benedict —decretó David.

—Es mi decisión. Solo a mí me corresponde hacerlo —afirmó Richard seguro de sus palabras.

—¿Aunque sea una decisión errada? —replicó.

—Aun así —sentenció Richard.

—No creo que gane nada persuadiéndote —confesó David—. Al menos permíteme llevar a un médico.

Richard asintió e instantes después el duque de Lennox se marchó dejándole sumido en sus pensamientos. Desconocía lo que ocurriría al día siguiente, tal vez todo terminara para él y por inconsciente que pareciera, lo aceptaba.

Mejor una muerte digna tratando de devolver de algún modo el honor a la mujer que amaba, que vivir durante el resto de sus días con ese remordimiento en su conciencia.

Con esa idea, se dirigió hacia su escritorio. Llevaba años sin escribir una carta, es más, ni tan siquiera recordaba cuándo fue la última puesto que jamás había querido asumir responsabilidades y su correspondencia se limitaba a breves notas de aviso hacia sus amigos, pero en aquel momento quería escribir una carta, tal vez una despedida, una confesión… un adiós.

Y con aquel pensamiento y un futuro incierto, se atrevió a decir todo lo que jamás pensó que podría hacer si la tuviera en aquellos momentos delante de él. A confesar sus miedos, su pesar y su orgullo.

Eran las seis en punto. Apenas estaba amaneciendo y él no había dormido absolutamente nada. No quería desperdiciar ni un solo segundo que no fuera recordando el bello rostro de Julia, quería que ella fuera lo último que sus pensamientos vieran. Si pudiera dar marcha atrás, si pudiera volver a hacer todo de nuevo… si tuviera otra oportunidad, pero no la tendría.

Lamentablemente ya era tarde para él, aunque no para ella que podría ser feliz lejos de él y junto a otro hombre.

—Quiero que le des esto a la duquesa de Sheraton si no sobrevivo al duelo —

dijo Richard entregándole la carta que había escrito esa misma noche

a David con cuidado.

—¿No puedo persuadirte para que desistas? —insistió David de nuevo.

—No —contestó serio—. Está decidido.

En ese momento llegaron dos caballos y Richard pudo apreciar tanto la figura de Benedict como la del duque de Sylverston que traía un semblante serio y taciturno.

—Buenos días caballeros, excelencia —anunció Henry.

—Será mejor que comencemos —anunció Richard que quería acabar con aquello de una vez.

—Las armas —contestó Robert mirando a Henry que colocó un estuche de plata sobre la palma de su mano y lo abrió, apreciándose dos preciosas pistolas cargadas exactamente iguales.

—El señor Hayden elegirá primero —dijo Henry mirando al aludido.

Richard observó el estuche y cogió una de las armas sin prestar gran atención. No le importaba en absoluto cuál de ellas le tocase, puesto que no

pensaba disparar.

—Contarán treinta pasos y después se dan media vuelta —añadió Henry cerrando el estuche cuando Robert cogió la otra pistola.

Tanto Richard como Robert se colocaron de espalda. La tensión podía respirarse y un silencio atroz invadía el lugar solo acallado por el sonido de algunos pájaros que poblaban los árboles más cercanos.

—¡Uno! —gritó Henry mientras ambos oponentes daban una zancada alejándose el uno del otro—. ¡Dos! —prosiguió contando pausadamente—.

¡Treinta! —gritó a su pesar y en ese entonces se pudo observar que Robert se daba rápidamente la vuelta algo que Richard hizo después y de pronto se escuchó un disparo que rompió la barrera del sonido provocando que se escuchara atrozmente e instantes después Richard caía al suelo.

26

—¡Richard! —gritó David corriendo hacia él—. ¡Richard! —insistió David viendo que su amigo se encontraba desvanecido en el suelo por lo que le abrió la capa en busca de una herida que no encontró.

—Tiene pulso —verificó el médico que se encontraba a su lado.

—¡Despierta! —gritó entonces David palmeándole la cara.

—Me duele el brazo —gimió.

Richard notó como le cortaban la ropa, estaba algo desorientado por el golpe que se había dado en la cabeza al caer tras recibir el disparo.

—Le ha dado en el hombro —dijo el médico—. Tiene orificio de salida, pero debe ir inmediatamente a mi consulta para ver si no se ha quedado ningún perdigón dentro.

—Por supuesto —atajó David—. ¡Vamos! —le gritó a Richard estirando de él e hizo de apoyo caminando hacia donde se encontraban sus caballos y donde también permanecían Robert junto a Henry que hasta el momento no se habían marchado a pesar de poder hacerlo.

—¿Por qué no te has defendido? —exclamó Robert cuando llegaron a su altura—. ¿Por qué? —volvió a gritar.

—Déjalo estar Robert —habló Henry serio sin dejar de observar a Hayden que por su expresión se denotaba el dolor que debía estar sintiendo con cada paso.

—¡Quiero saberlo! —gritó—. ¡Quiero saber por qué después de acusar a mi hermana injustamente aceptó este duelo y ni tan siquiera osó defenderse!

—Me equivoqué —gimió Richard.

—¿Sabes dónde está ella? —preguntó Robert.

—Si… —susurró—. Es la duquesa de Sheraton.

—¡Eso es imposible!, ¡Tu anulaste el matrimonio y de no hacerlo no habrías tenido porqué venir! —exclamó Robert confundido.

—No soy el duque de Sheraton y jamás lo seré —confirmó Richard.

—¿Quieres decir que ella…

—Se casó con mi tío.

—¡Oh dios mío! —exclamó Robert llevándose las manos a la cabeza.

—Eso restaura el honor de tu hermana, Robert —confirmó Richard.

—Si ya sabías eso, ¿Por qué no me lo dijiste?, ¡Podrías haber evitado esto! —

gritó.

—Porque me lo merecía… merezco morir por lo que le hice a tu hermana —

contestó seriamente dejando a todos en silencio sin saber qué decir.

Julia había establecido una rutina diaria para hacer su estancia en aquella casa más amena. Cada mañana se levantaba a tomar el desayuno junto Thomas, su esposo a pesar de no considerarlo así y por su parte, el duque tampoco la trataba realmente como a una esposa, sino más bien como a una hija. Era bueno con ella, amable y quizás demasiado considerado puesto que al descubrir su pasión por la lectura había hecho que actualizaran la biblioteca y le trajeran todos los ejemplares de sus escritores favoritos. Había llegado un punto en el que casi no se atrevía a hablar, puesto que el duque se tomaba tan enserio sus palabras que temía que, si decía lo que le apasionaba el chocolate, le trajeran cantidades industriales de éste. Después del desayuno daba un paseo por los jardines y pasaba gran parte de la mañana leyendo al aire libre si el tiempo lo permitía. Las tardes las dedicaba a pintar o escribir sus relatos inacabados. Recientemente

había enviado cartas a sus amigas para contarles las buenas nuevas, tanto su boda con el duque de Sheraton como su reciente descubrimiento de que sería madre. El médico había confirmado sus más que evidentes sospechas y en su vientre crecía la semilla viviente de Richard.

Richard… por más que quería evitar pensar en él, era imposible. Sabía que con el tiempo terminaría olvidándole por completo, tal vez todo estaba demasiado reciente para hacerlo y por eso aún podía notar el dolor en su pecho, ese dolor de un corazón destrozado.

—Mi *lady* —escuchó Julia a su espalda y se giró para ver a la doncella que la

llamaba.

—¿Sí? —respondió inmediatamente. Probablemente fuera a preguntarle algo relacionado con el menú del día.

—Un caballero pregunta por usted —contestó la doncella.

—¿Un caballero? —gimió confundida—. Nadie la buscaría allí a menos que se tratara de alguna de sus amigas si es que habrían recibido su correspondencia, pero era demasiado pronto y en todo caso, las mencionaría a ellas y no a un caballero.

—¿Ha mencionado su nombre? —preguntó intrigada.

—Si mi *lady* —contestó algo sonrojada la sirvienta—. Dice ser el señor Benedict.

—¡Robert! —exclamó de pronto Julia mientras salía con premura de sus aposentos y se dirigió hacia la escalera donde desde la gran altura divisó el gran porte e inconfundible cabello castaño de su hermano mayor—. ¡Robert!

—volvió a gritar llamando su atención y se remangó el vestido mientras bajaba las escaleras con rapidez hasta llegar a sus brazos donde se sintió protegida de nuevo, ¡Oh dios!, ¡Cuánto había necesitado ese abrazo de su hermano!

—Pequeña… —susurró Robert—. Siento todo esto, de verdad que lo siento con todo mi ser —gimió—. Ha sido mi culpa. Todo esto ha sido por mi culpa, yo te obligué a pesar de que me lo advertiste.

—No Robert —susurró Julia en respuesta—. Tú solo cumplías con tu

deber como mi tutor, ni siquiera yo pensé que sería capaz de hacer lo que hizo.

—Eso no me hace sentir mejor… —terció.

—Por favor Robert —gimió Julia rozándole la mejilla—. Ahora soy la duquesa de Sheraton y te aseguro que el duque me recuerda en parte a padre, es tan bueno conmigo que compensa todo lo que su hij…quiero decir sobrino me ha hecho.

—¡Pero te tuviste que casar con él para arreglar lo que ese canalla te hizo! —

gritó no pareciendo haber entendido la confusión de Julia.

—En realidad lo hice para que mi hijo fuera reconocido —confesó Julia.

—¿Tu hijo? —escupió Robert—. ¿Tu hijo? —gritó más alto—. ¡Debí matar de verdad a ese mal nacido y no herirle en el hombro como hice!

—¿Herirle? —preguntó Julia.

—Si… me enfrenté a duelo con él —contestó como si fuera lo más habitual del mundo.

—¿Un duelo? —exclamó Julia—. ¡Oh dios mío!, ¿Por qué hiciste eso?

—¡Porque ese canalla te acusó de algo que no hiciste! —gritó enfurecido—.

¿Esperabas que me quedara sentado de brazos cruzados?, ¡Incluso fui al ducado de Florencia donde él aseguraba que estarías!

—¿Al ducado de Florencia?, ¿Por qué debería estar allí? —preguntó intrigada.

Era cierto que había pensado en irse allí en un principio, pero eso Richard no podría saberlo, era imposible que lo supiera.

—Hayden aseguró que tu amante era el forastero, *lord* Guicciardini, pero después reconoció su error cuando volví para enfrentarme de su falsa acusación contra ti, fue él mismo quien propuso llevar a cabo el duelo para saldar tu honor. De hecho, ni tan siquiera se atrevió a decir que eras la esposa

de su tío hasta que el combate terminó.

—¡Te podía haber matado! —gritó Julia propinándole un golpe en el hombro.

—Ni siquiera se defendió —susurró observando a su hermana.

—¿No lo hizo?, ¿Es que quería morir? —preguntó llevándose una mano a su vientre sin saber porque razón lo hacía.

—Aseguró que era lo que se merecía por el daño que te había causado.

—Un poco tarde para arrepentirse —contestó Julia tratando de creerse sus mismas palabras y no revelar que en cierta forma, conseguían pellizcarle el corazón.

—De todas formas, no volverá a molestarte —dijo Robert con cierto tacto.

—¿Te advirtió que no lo haría? —preguntó contrariada consigo misma.

—No —contestó serio—. Pero dudo que en la marina real británica tenga mucho tiempo libre.

—¿La marina real? —exclamó Julia consternada.

—Si —afirmó Robert—. Admito que me sorprendió cuando recibí su nota asegurándome que se marcharía lejos de la ciudad. Creo que fue una forma de decirme que desaparecería de nuestras vidas.

En ese momento Julia no supo que responder, era como si su lengua se hubiera quedado dormida y apenas pudiera balbucear palabra alguna. De todas las situaciones en las que había imaginado a Richard, jamás se le ocurrió pensar que él se alistaría en el ejército. Se iría… se marcharía lejos de allí para siempre.

¿No era eso lo que deseaba?, ¿Lo que había querido con todas sus fuerzas? Se

preguntó a sí misma. Si. Lo era, pero eso no cambiaba el hecho de que en el fondo fuera incapaz de no sentir un ahogo incompresible en su pecho. Solo que no se dejaría arrastrar por esa sensación de nuevo. Si era el camino que él había elegido, mejor para ella y mejor para su hijo.

—Es mejor así —afirmó Julia observando a su hermano que parecía

estudiar sus movimientos y aparentando normalidad—. Ven —dijo de pronto—, quiero que conozcas al duque de Sheraton.

—Querrás decir a tu esposo —aclaró Robert.

—Sí, aunque nunca me dirija a él de ese modo —contestó con una vaga sonrisa.

Tal como había imaginado Julia, su hermano quedó bastante satisfecho con el trato del duque hacia ella. Tal vez siguiera sintiendo esa culpa de la que había suplicado su perdón momentos antes, pero nadie podía cambiar el pasado, ni tan siquiera ella previó que las cosas sucederían de aquella forma y que Richard estaría dispuesto a llegar tan lejos. Quizá su destino había sido siempre ser la duquesa de Sheraton, solo que jamás pensó que lo sería de la mano del propio padre de Hayden y que la angustia que sentía hacía tan solo unas semanas por su futuro y el de su pequeño, se solventaría de aquella forma tan fortuita para todos. Al menos para todos los presentes menos para Richard.

—Querida —habló el duque durante la cena mientras conversaba con Robert que había aceptado quedarse unos días en la mansión familiar de los Hayden.

—¿Sí? —habló Julia cuando fue consciente de que la reclamaban. Su mente no podía dejar de imaginarse a Richard en uniforme. Richard combatiendo.

Richard luchando… Richard muerto en combate.

—Le preguntaba a tu hermano si cree conveniente que invitemos a la señora Benedict —aclaró.

—¿A madre? —exclamó aturdida mirando a Robert que en ese momento se encogió ligeramente de hombros.

—Tarde o temprano ha de enterarse de las buenas nuevas —anunció Robert

—. Quizá le venga bien una buena noticia después de tantos disgustos.

—Entonces no se hable más —aclaró el duque—. Mañana mismo pediré a uno de mis lacayos que vaya hasta la ciudad con una invitación.

—En realidad se encuentra en Bath tomando sales —aclaró Robert—.

Tras la noticia de la anulación del matrimonio comenzó a sentirse mal y decidí que lo mejor era enviarla lejos de Londres.

—Muy conveniente —contestó tranquilo su excelencia—. Entonces enviaremos la invitación directamente a Bath.

—¿Crees que madre me perdonará algún día? —preguntó Julia sabiendo el discurso que debería soportar cuando cruzara aquellas puertas.

Ella no era una mujer que se dejara amedrentar, pero lo cierto es que temía la reacción de su madre hasta el punto de que ni tan siquiera sabía cómo no la había repudiado.

—A pesar de lo que crees, madre sabe que no fue tu culpa —aclaró Robert—.

Aunque jamás lo admita y te culpe de los errores de tu matrimonio, ella fue la primera en defenderte cuando Sylverston vino a darnos de la noticia.

—¿En serio? —gritó Julia asombrada.

—Deberías haberla visto —respondió Robert—. Yo mismo tuve mis dudas porque incluso llegué a pensar que dado el comportamiento de Hayden, sería

una acción de rebeldía por tu parte, pero cuando madre comenzó a decir que su hija jamás osaría a hacer algo así, todas mis dudas se despejaron.

—Tal vez cambie de opinión cuando sus amigas comiencen con sus habladurías sobre mí y más aún cuando descubran que tendré un hijo pronto

—susurró Julia.

—No te debes preocupar por eso ahora. Además, nadie en la ciudad supo de la anulación. Nosotros lo supimos por Henry puesto que, al ser el presidente de la cámara de lores, debía estar presente en representación de la cámara, pero en realidad no se hará público hasta varias semanas después de que el juez lo inscriba en acta.

—Creo que definitivamente no volveré a pisar Londres jamás —confesó Julia no queriendo formar parte de las miradas, burlas y comentarios malintencionados como ya le había ocurrido cuando lo

hizo por última vez.

—Jamás osarían decirte nada ahora que eres duquesa —intervino su excelencia que hasta ahora había permanecido en silencio—. Es más, con toda probabilidad fingirán que no ocurrió nada, pero en tu estado… te recomendaría permanecer aquí alejada del bullicio y la concurrencia de la ciudad.

—Gracias Thomas —sonrió Julia en agradecimiento—. Lo cierto es que me gusta estar aquí y es mi deseo que mi hijo nazca en esta casa, en el lugar que le corresponde.

Richard se había deshecho de casi todas sus pertenencias. Las pocas de valor las había vendido, incluso su propia casa la había rentado para no tener una excusa a la hora de volver. Se iría. Se había prometido a sí mismo que se marcharía si salía con vida de aquel duelo y así lo haría. Se había alistado en la marina real para asegurarse de que apenas pisaría suelo londinense. Pasaría

largas estadías en alta mar y si era necesario, lucharía en combate y afrontaría la muerte dignamente. Lo que fuera para no estar allí porque de lo contrario era consciente de que la buscaría, rogaría por un perdón que jamás llegaría y se lamentaría de su existencia hasta su propia consumición.

—El ama de llaves me ha confirmado que partirás esta misma tarde. Ni tan siquiera tienes el hombro curado, ¿No crees que te estés precipitando? —

aseguró David que había ido a visitar a su amigo para tratar de persuadirlo de su siguiente locura.

—El médico dijo que no sería un problema si no dejo que se infecte y cambio adecuadamente el vendaje —contestó Richard—. Además, el navío de la guardia marina zarpa esta misma tarde y no se sabe cuándo será el próximo.

No tengo nada que hacer aquí —afirmó muy seguro de sus palabras.

—Si es por dinero yo puedo ofrecerte un trabajo en la fábrica. —Habló David

—. O prestártelo para abrir tu propio negocio —insistió.

—Ambos sabemos que no soy un hombre de negocios —confirmó Richard cogiendo la bolsa y cargándola al hombro que no tenía

dañado. A pesar de eso un gesto de dolor se evidenció en su cara, aún le dolía hacer cualquier ligero movimiento, pero al menos el dolor le haría sentirse vivo—. Y además ambos también sabemos que si me alisté en la marina real es por alejarme de aquí, no podría quedarme y ver como ella sigue su vida lejos de la mía.

—¿Volverás? —preguntó David aturdido por no saber exactamente qué decir. Quizás aquel momento no era solo una despedida momentánea, sino un

“hasta siempre” de los que jamás volverían a verse.

—No lo sé —confesó—. Tal vez no… —se sinceró.

No creía que volviera, no cuando no había razón alguna para volver teniendo

en cuenta que lo único que deseaba jamás sería para él.

27

Julia jugueteaba con los pies descalzos en el borde de aquel pequeño arroyo. Vivir alejada de la ciudad tenía sus partes buenas. No existía el bullicio de la gente y en cambio se podía respirar la tranquilidad y el aire puro que acompañaba el lugar. Podía cerrar los ojos y sentir el canto de los pájaros, la suave brisa en su rostro o el olor de la hierba fresca que la rodeaba.

Como cada tarde, pasaba al menos dos horas junto a aquel arroyo mientras dejaba su imaginación vagar, escribiendo todo aquello que se le ocurriera.

Todo había comenzado como una distracción para evitar pensar en él de

nuevo y con los días y meses había ido tomando forma hasta el punto de que estaba terminando de escribir su primera novela al fin y no aquellos relatos incompletos que siempre dejaba a medias, pero debía reconocer que cada palabra escrita en aquella historia era una forma para desahogarse de ese sentimiento aferrado que mantenía su alma en vilo.

¿Por qué no podía simplemente desaparecer de sus pensamientos?, ¿De su corazón?, ¿De cada parte de su ser? A pesar de no haber tenido noticia alguna desde que Robert le dijo que se alistó en la marina real y posteriormente Thomas lo confirmó alegando que había partido de Londres, una parte de ella que siempre la acompañaba y la tenía presente cada día desde que se levantaba hasta que se acostaba, le hacía recordarlo.

Su enorme y abultado vientre ahora de casi ocho meses le hacía rememorar el rostro de Richard cada uno de sus días y ni tan siquiera era incapaz de no sentir preocupación por él a pesar de todo el daño que le había causado, de humillarla y demostrarle de mil maneras que la detestaba, que la odiaba y que jamás la había querido.

Quería odiarlo, deseaba detestarlo y por alguna razón no podía hacerlo por más que quisiera. Tal vez fuera su embarazo el culpable de sentir aquella nostalgia constantemente. La misma que cada noche hacía abrazarse a su almohada y derramar esas lágrimas por él y por la vida que pudo haber tenido a su lado si hubiera sido de otro modo.

Era una ilusa, una completa y absoluta ingenua por añorar algo que de sobra fue consciente que nunca tendría. Ella siempre había perseguido sus deseos, sus sueños… y con Richard todo salió al revés. Si jamás le hubiera pedido aquel beso ahora estaría casada con alguien a quien detestaba, pero probablemente no tendría el corazón destrozado. Únicamente añoraría un

amor que jamás tuvo, pero desconocería como era realmente el hombre al que había amado sin llegar a decepcionarla.

Aunque algo bueno sí que le había dado a pesar de todo. Iba a obtener algo de Richard, algo único que jamás le podría arrebatar y por insólito que pareciera, cada vez que acariciaba su vientre deseaba que se pareciera a él, lo deseaba con tanto ahínco que podía hasta soñar con sus ojos verdes, los mismos ojos que veía en Thomas cada día. Probablemente se debía a eso, a Thomas. De algún modo ella quería compensar con su hijo todo el cariño que le fue privado con Richard, deseaba que, de alguna forma, el duque se deshiciera de esa espina que aún permanecía clavada por la culpabilidad y sobre todo, por no poder llamar a su hijo como le correspondía, viviendo con la conciencia de que éste le detestaba.

—Mi *lady*

Julia escuchó la voz tras ella y se giró levemente para reconocer a su doncella.

—¿Ya es la hora? —preguntó extrañada fijándose en el sol que aún permanecía demasiado alto para ser la hora de la cena, pero habían sido tantas ocasiones en las que había perdido la noción del tiempo que no lo dudaba.

—No mi *lady*, son los duques de Lennox, ya han llegado —contestó sonriente.

—¡Oh! —exclamó Julia—. ¡Qué ganas tengo de conocer a los pequeños! —

gritó levantándose sin demorar más de lo necesario a pesar de que ya no poseía la agilidad que tenía hacía tan solo unos meses con su abultado vientre. Al menos no iba a tener gemelos, eso seguro, porque no gozaba de tanta anchura como en su día la tenía Catherine.

Julia entró en el gran salón divisó a Catherine sentada con uno de los pequeños en brazos y la estampa la conmovió. Dentro de solo unas semanas ella se vería exactamente igual y en cierta forma le daba pavor enfrentarse sola a esa situación. Vio a David junto a ella y como observaba a su esposa acariciar a su pequeño. Jamás tendría aquello y saberlo le dolía en el alma, pero en cambio fingió una sonrisa porque se alegraba de que su amiga sí lo tuviera.

—¡Por fin voy a conocer a estos hermosos pequeños! —exclamó sonriente acercándose a ella y viendo al pequeñín sonriente, le acarició levemente la mejilla y sonrió aún más—¿Dónde está la más hermosa de las criaturas? —

preguntó entonces, pero solo tuvo que alzar la vista para ver a la doncella sonreír mientras sostenía a la pequeña en brazos y se acercó a ella. Podía distinguirse por los bordados azul y rosa quien era quien.

—Lamento no haber podido venir antes Julia. —Comenzó a excusarse Catherine—, pero David no podía ausentarse de la fábrica y no me atreví a venir sola siendo un viaje tan largo.

—Tranquila —se adelantó Julia—. Es comprensible, yo tampoco habría venido en tu lugar y en mi estado tampoco me atrevía a viajar.

—Ahora que la temporada ha terminado, todo está mucho más tranquilo en la ciudad —intervino David permaneciendo de pie junto a su esposa.

—¿Cómo se llaman? —preguntó deleitándose en la hermosa pequeña que permanecía completamente dormida.

—Darren y Amelia —contestó sonriente Catherine.

—La llamaste como ella… —gimió Julia sorprendida.

—Quiero que sea tan fuerte y tan valiente como su tía —respondió Catherine

con cierto brillo en los ojos que le causó nostalgia a Julia

—¿Y qué tal está todo?, ¿Cómo está Susan?, ¿Está muy nerviosa por la proximidad de su boda? —preguntó para cambiar de conversación porque no deseaba formar un reguero de lágrimas, más aún por la facilidad que tenía últimamente para que éstas salieran. Además, hacía tiempo que no tenía noticias de su amiga que se casaría en pocas semanas y ni tan siquiera sabría si podría asistir a la ceremonia debido a su embarazo.

—Sí. Lo cierto es que su madre no la deja sola ni a sol, ni a sombra, es como si creyera que Susan pudiera fugarse o algo similar —contestó Catherine airada—. Cuando vino a visitarme para conocer a los gemelos quise hablar un momento a solas con ella y me resultó imposible por más que insistí en que quería enseñarle unos tapices como excusa, su madre se pegó a nosotras como y no hubo forma alguna de conseguirlo —suspiró Catherine.

—Tal vez tenga motivos para sospechar que podría hacerlo —contestó Julia

—. Susan me confesó que no amaba al duque de Buccleuch y aunque no me contó las razones, es lógico pensar que la están obligando a ese matrimonio puesto que ella prefería permanecer como una solterona, antes que casarse con un hombre al que no amaba.

—Pero el duque es un hombre apuesto —terció Catherine ante la mirada asombrada de su esposo—. Tranquilo mi amor, tú eres mucho más apuesto que el duque de Buccleuch. A lo que me refiero es que podría haber sido mucho peor dado que comenzaba a ser una solterona después de más de tres temporadas sin éxito.

—Ha rechazado numerosas propuestas de matrimonio, por lo que no se podría considerar como un fracaso —contestó Julia.

—Lo que cuenta es que sigue soltera Julia. A pesar de que la aprecie por ser

mi amiga, la triste realidad es otra —respondió Catherine.

—Lo sé… —susurró—. Sé muy bien cuál es la realidad y lo que implica la sociedad —añadió siendo consciente de su situación.

—¡Perdóname! —gimió entregando a su pequeño que se había quedado dormido a David, mientras veía que la pequeña seguía en brazos de la doncella y se acercaba a Julia—. Mi visita debía aportarte

felicidad y distracción, no recuerdos que probablemente no deseas rememorar.

—Estoy bien Catherine, de verdad —mintió—. Ha pasado bastante tiempo y ya lo he superado. Tengo a mi hijo y eso es lo único que importa —añadió acariciándose el vientre y notó la caricia de su amiga en su mano.

—Verás que te aportará una dicha tan enorme, que ni siquiera sabrás que podrías llegar a amar tanto —dijo Catherine en voz baja.

Julia sonrió e iba a añadir unas palabras de agradecimiento cuando fueron interrumpidos.

—Mi *lady*. Disculpe la intromisión, pero hay un mensajero urgente que desea entregarle una carta a su excelencia —anunció el mayordomo.

—¿Un mensajero urgente?, ¿Te ha mencionado de parte de quién viene? —

preguntó extrañada Julia.

—No mi *lady*, no ha sido necesario —anunció el mayordomo—. Lleva uniforme de la armada real.

¡Richard! Gimió Julia en sus adentros y se levantó en cuanto vio al esposo de Catherine apresurarse hacia la entrada. Cuando al hall divisó al hombre debidamente uniformado aguardando.

—Señor, mi *lady* —saludó el hombre uniformado—. Traigo órdenes de

entregar un mensaje urgente para el duque de Sheraton y su familia.

—El duque no se encuentra en este momento, pero yo soy su esposa, la duquesa de Sheraton —afirmó Julia con cierto temblor en su voz.

—Lo lamento, mi *lady* —dijo entonces entregando la nota.

Julia no entendió a qué se refería así que rompió el sello que mantenía cerrada la carta y devoró ávidamente las palabras:

La guardia marina inglesa, lamenta tener que informarle de que el Teniente Hayden ha sido declarado muerto en combate. Su familia recibirá los honores por los que…

No pudo seguir leyendo, su visión se volvió borrosa, el aire no llegaba a sus pulmones y de pronto todo daba vueltas a su alrededor.

—No ha muerto… —susurró Julia—. No ha podido morir…—insistió mientras se llevaba una mano a su vientre—. ¡Aaaaahhhhhhhh! —gritó entonces de dolor, pero no por el dolor que sentía su pecho que también era fuerte, sino de un dolor real atravesaba su cuerpo.

—¡Dios mío Julia! —exclamó Catherine al ver la sangre que había traspasado las capas de su vestido—. ¡Deprisa David!, ¡Trae a un médico! —gritó a todo pulmón mientras cogía a Julia por la cintura que permanecía acongojada por el dolor que debía estar sufriendo.

—¡Sí!, ¡Claro!, ¡Sí!, Voy enseguida —comenzó a responder sin saber que hacer David que estaba atónito por la noticia de la muerte de su amigo y al mismo tiempo acongojado por la situación de la amiga de su esposa. Dejó al

pequeño que sostenía en brazos con una de las doncellas que enseguida se prestó a cogerlo y salió velozmente de aquella casa bajo las directrices del mayordomo que le indicaba donde localizar al médico del pueblo más cercano.

—Julia escúchame —hablo Catherine calmada. Después de todo ya había asistido el parto de Emily, aunque por la sangre intuía que aquello no iba a ser muy fácil para su desgracia.

—No ha muerto… no ha muerto… no ha podido morir —decía una y otra vez Julia.

—¡Julia tu bebe viene de camino! —gritó Catherine para que reaccionara.

—Mi bebé… ¡Es muy pronto aún! —exclamó y seguidamente se volvió a torcer de dolor mientras gritaba de nuevo y Catherine trataba de sostenerla para que no se desplomara en el suelo.

—¡Ayúdenme! —gritó Catherine no pudiendo sostenerla ella sola y enseguida dos de los sirvientes llegaron hasta ella sujetando a la duquesa de Sheraton—. Hay que llevarla arriba, a su habitación. ¡Preparen paños limpios y agua hervida! —gritó—. Esto no va a ser nada fácil —añadió en un susurro.

Solo esperaba que David no se demorase mucho en llegar con el

médico porque los partos prematuros, no eran nunca un buen presagio.

—Mi *lady*, la duquesa está perdiendo mucha sangre… —susurró una de las doncellas en voz baja a Catherine.

—Lo sé, debe tener ya al bebé o ninguno de los dos tendrá posibilidades de vivir —terció Catherine preocupada. No hacía falta ser médico para ver la cantidad de sangre que su amiga estaba perdiendo y que algo andaba mal.

—Probablemente el bebé ya nazca muerto mi *lady*. No podemos esperar a

que llegue el médico —añadió la mujer preocupada.

—Está bien —contestó Catherine asustada. No se podía permitir que Julia muriera y tener la culpa a sus espaldas de poder haberlo evitado si hubiese actuado antes—. Escúchame Julia —dijo acercándose a su amiga—. Tienes que empujar, aunque te duela muchísimo, debes hacerlo ¿Lo comprendes?

—Si —afirmó Julia empapada de sudor y Catherine detecto que comenzaba a tener fiebre cuando palpó su frente.

—¡Vamos!, ¡Empuja! —la apremió.

—¡Aaahhhhhhhhh! —gritó con todas sus fuerzas aferrándose al cabecero de madera de la cama en la que estaba tumbada.

—¡Con más fuerza! —volvió a decir Catherine.

—¡No puedo! —sollozó—. ¡No puedo hacerlo!

—¡Puedes!, ¡Y lo harás! —le gritó Catherine decidida—. Eres la mujer más terca que conozco y no pienso dejar que te mueres, ¿Me oyes?, ¡Tu hijo te necesita!, ¡Así que empuja!

Julia apretó los dientes, se incorporó y volvió a gritar de nuevo al mismo tiempo que sentía un dolor perforándola mientras la abrasaba.

—¡Eso es!, ¡Sí! —gritó Catherine—. ¡Otro más y todo habrá terminado Julia!

—insistió.

—No puedo más… —susurró ahora sin fuerzas.

—Hazlo por él Julia… tu hijo debe vivir por él… —dijo acariciándole la mejilla.

Richard… su hijo era de Richard y debía vivir para continuar su linaje. Con

la imagen del único hombre que había amado en su vida, aunó las pocas fuerzas que le quedaban y empujó hasta que la última gota de aliento que le quedaba la expulsó en ese instante, después todo fue negro y se abandonó a aquella oscuridad.

28

Richard abrió los ojos lentamente, los párpados le pesaban y la claridad que se filtraba le hacía no poder ver nítidamente lo que sucedía a alrededor.

Tardó largos minutos en poder acostumbrarse a la luz del lugar, notaba todo su cuerpo dolorido y al mismo tiempo adormecido.

Escuchó unas voces lejanas, ¿Dónde estaba?, ¿Qué ocurría? No reconocía en absoluto el lugar y menos aún había estado allí con anterioridad. Rememoró entonces la batalla, al igual que recordaba haber caído al agua cuando le hirieron en la pierna y pensó que no sobreviviría, sus últimos pensamientos

fueron para rememorar la imagen de aquel rostro inmaculado de ojos bronce que estaba grabado a fuego en su alma.

—¡Teniente Hayden! —escuchó de pronto una voz acompañada de unos pasos y divisó a un oficial que se acercaba—. ¡Veo que al fin ha despertado!

—¿Dónde estoy? —preguntó llevándose una mano a la cabeza para tratar de paliar el dolor que sentía.

—A salvo —contestó el oficial—. Uno de los barcos mercantes le

rescató del agua y le trajo hasta esta isla, su herida se infectó, ha estado varias semanas inconsciente y delirando. Afortunadamente para usted, la gente de aquí es bastante hospitalaria y le prestaron ayuda. Hace tan solo unos días que nos comunicaron de su existencia mi teniente, pensábamos que había muerto.

—Yo también lo pensé —susurró Richard.

—¿Dónde está el comandante Hook? —preguntó Richard una vez que se había habituado a la luz que comenzaba a dejar de cegarle.

—Murió junto al resto de marines mi teniente —confirmó el oficial.

Richard contrajo el ceño, debía haberlo imaginado cuando sus fuerzas menguaban a cada instante durante el combate. Es más, él mismo no sabía cómo había sobrevivido cuando su último recuerdo fue caer al agua y sentir el golpe.

—¿Hubo supervivientes? —se atrevió a preguntar.

—Apenas veinte que tengamos constancia. Entre ellos un suboficial mayor y usted —contestó el oficial.

¡Dios santo!, ¡Eran más de doscientos los marines que había en su barco!

—¿Quién está al mando del ataque? Necesito hablar con un superior, no hay tiempo que perder. —confirmó Richard intentando levantarse.

—Tengo órdenes de acompañarlo en cuanto se sintiera dispuesto mi teniente.

—Estoy más que dispuesto —verificó Richard incorporándose lentamente para no tambalearse después de llevar tantos días postrado en aquel camastro.

Por suerte para él, el capital Hertford no le hizo esperar, sino que le recibió inmediatamente.

—Capitán —habló Richard cuadrándose en su saludo en cuanto entró en aquel improvisado despacho.

—Teniente, descanse —contestó el capitán Hertford respondiendo a su saludo y sentándose en una silla tras aquella mesa que hacía las funciones de escritorio.

El lugar en el que se habían instalado parecía unas ruinas

abandonadas, desde allí dirigían la operación que se les habían encomendado mientras recolectaban víveres.

—Es usted el oficial de rango más alto que ha sobrevivido a su navío teniente Hayden —comenzó a hablar el capitán mientras apartaba una documentación como si buscase algo—. Y el que queda entre nosotros exceptuándome a mí, por supuesto —añadió con pesar.

—Estoy a sus órdenes capitán —terció Richard.

—Necesito que vuelva a Inglaterra teniente y que lleve un informe detallado de lo que realmente está sucediendo aquí.

—¿Inglaterra? —preguntó Richard estupefacto—. ¿No sería mejor tenerme aquí al frente de sus tropas capitán?

No deseaba volver… no porque sabía lo que eso implicaría. Querría verla, una última vez, aunque fuera.

—Es una orden teniente —rebatió Hertford—. Aquí tiene la misiva, partirá en tres días. Esté preparado.

—Sí capitán —mencionó Richard cuadrándose de nuevo y saliendo de aquel improvisado despacho.

Iba a volver a Inglaterra después de estar casi ocho meses fuera. Había contado cada uno de los días a pesar de desear no hacerlo y por sus cálculos, su hijo habría nacido y ni siquiera sabía cómo se llamaba. Sintió pesar,

¿Cómo sería una criatura que llevaba su misma sangre?, ¿Tendría el color de ojos de su madre? Daría lo que fuera por poder ver a Julia de nuevo, por no tener que imaginarse cómo sería la imagen con su hijo en brazos, sino poder hacerlo con sus propios ojos.

Julia despertó intentando estirar sus músculos entumecidos y sintió como le dolía todo el cuerpo.

—Ha despertado.

Escuchó el susurro y giró su rostro para ver las tres figuras sonrientes que se acercaban hasta sentarse a su alrededor.

—Buenos días dormilona —dijo Susan sonriente.

—¿Me he muerto? —pronunció Julia con voz pesada.

Emily fue la primera en echarse a reír de las tres.

—No —pronunció Catherine—. Pero me diste un susto —añadió.

—Yo pensé que me había llevado la peor parte con el parto de Linette, pero

al parecer tú me has ganado querida —dijo Emily mientras sonreía con cierta nostalgia y acariciaba su rostro para apartarle el cabello.

—¿Qué ha pasado?, ¿Me desmayé? —preguntó Julia recordando imágenes durante el parto y el dolor punzante que la atravesaba al mismo tiempo que notaba como las fuerzas la abandonaban.

—Perdiste mucha sangre. Según el médico sufriste un desgarro y estuviste a punto de morir por la pérdida de sangre tan abundante. Nos has dado un buen susto querida —volvió a decir Catherine que era la que había sufrido en carnes propias toda la angustia hasta que Susan y Emily llegaron tras enviarles una misiva urgente.

—¿Y mi hijo?... ¿Él no… —No se atrevía a preguntarlo.

Era consciente que en los partos prematuros pocos niños sobrevivían, si Catherine le confirmaba que su hijo había muerto, su vida se habría acabado.

—Tranquila —contestó Catherine sonriente y le cogió la mano—. El pequeño se encuentra sano y fuerte, sobre todo para ser un bebe prematuro.

—¡Oh dios!, ¿Es un niño? —gimió entre lágrimas—. ¡Quiero verlo!, ¡Quiero ver a mi pequeño! —dijo ahora tratando de incorporarse y haciendo caso omiso al dolor que sentía en cada poro de su piel.

Le daba igual cuánto dolor tuviera que soportar si con ello veía a ese ser que había llevado dentro de ella ocho meses, que había soñado con que fuera tan parecido a su padre como fuera posible y sobre todo, que había rezado cada día para que tuviera sus mismos ojos.

—Yo misma lo traeré —se adelantó a decir Emily mientras la veía marcharse de la habitación.

—El médico temía que enfermaras debido a tu debilidad y siendo un bebé prematuro no estimó conveniente que estuviera cerca, así que una nodriza ha estado alimentándolo estos días —dijo Catherine para explicar la situación.

—¿Días? —exclamó Julia.

—Has estado inconsciente durante siete días Julia —confirmó Catherine.

—¿Tanto tiempo? —susurró anonadada.

—Emily y yo llegamos hace tres días en cuanto Catherine nos avisó de la situación grave en la que te encontrabas.

—Debí estar realmente mal si tu madre te dejó venir —contestó Julia.

—En realidad ni siquiera se lo pregunté. Dejé una nota diciendo que me marchaba con los duques de Sylverston inmediatamente hacia aquí porque estabas muy grave y no me importó lo que opinara —dijo con una sonrisa cómplice.

—¡Puedo confirmar que Henry me ha propuesto secuestrar a este pequeñín!

—exclamó Emily nada más entrar en la habitación mientras se reía—. Dice que un niño no puede ser tan hermoso —añadió mientras caminaba hacia la cama para depositar al pequeño que estaba algo inquieto entre los brazos de su madre por primera vez.

—¿De verdad es él? —preguntó Julia con los ojos llorosos de la emoción que estaba sintiendo en ese momento.

—Creo que, con esos inconfundibles ojos verdes, no hay duda alguna de que es tu hijo —respondió Emily sonriente.

Pero Julia ya no estaba en esa habitación… sino que estaba perdida en las esmeraldas de color verde de su pequeño bebe y en la sensación que sentía

tan increíblemente inexplicable.

—Richard —susurró en un tono de voz tan bajo, que si no fuera porque todas estaban en silencio no la habrían escuchado.

Tanto Catherine como Susan y Emily permanecieron en silencio, porque eran conscientes de que él había muerto y que precisamente la noticia había desatado su parto prematuro.

—Querida… —comenzó a decir Emily con tacto.

—Se llamará Richard como su padre —terció Julia que seguía en su

propio mundo, a años luz de allí.

—Es un nombre precioso —contestó Emily irrumpiendo el silencio que las rodeaba a todas y miró con inquietud a Catherine.

—¡Si!, ¡Por supuesto! —añadió rápidamente Catherine haciéndole un gesto en complicidad.

Era evidente que no sabían qué decir, teniendo en cuenta el fallecimiento tan reciente del teniente Hayden y de lo que este hecho había afectado a Julia como para precipitar su alumbramiento de aquella forma. Era como si temieran mencionarlo por su propio bienestar.

—¿Cómo se encuentra Thomas? —preguntó Julia saliendo de su ensoñación por un instante y pensando en cómo se debería sentir el duque tras conocer la noticia del fallecimiento de Richard.

Debía reconocer para sí misma que si no estaba derramando una lagrima en ese momento era únicamente porque la felicidad de tener a su hijo en brazos igualaba su sensación de nostalgia por conocer su pérdida, pero era imposible no sentir esa opresión en el pecho, esa angustia de saber que jamás volvería a

verlo, aunque fuera una única vez… de ecirle demasiadas cosas a pesar de saber que eso no cambiaría los hechos, ni le harían cambiar a él. Se había marchado para siempre y ni tan siquiera supo cuánto le había amado, que aún le amaba.

—Estaba muy preocupado por ti y por bebé —contestó Susan con calma—.

Ha estado muy pendiente de tu evolución y no había día que no se pasara a visitarte.

—Me gustaría verle —contestó Julia—. Debe haber sido un golpe para él la muerte de…

No pudo terminar de decirlo porque ni ella misma deseaba asimilarlo aún.

—Iré a avisarle de que has despertado y deseas verlo —habló Catherine levantándose y saliendo de la habitación.

—¿Crees que podrías llegar a amar al duque de Sheraton algún día, Julia? —

preguntó con voz ida Susan.

—Aprecio al duque, pero solo le amaría como a un padre. En realidad, es la función que desempeña desde que me casé con él —aclaró Julia a su amiga

—. Solo me propuso matrimonio para reconocer a mi hijo.

—Lo sé —afirmó Susan—. Catherine y Emily me lo contaron cuando llegué aquí. Al principio casi no podía creerlo, pero en realidad le concedo el honor a ese hombre por salvar tu reputación y la de tu hijo que no tiene la culpa de que su padre… —Susan guardó silencio por no querer ahondar más aún en la herida.

—Que su padre ya no esté no cambia lo que hizo, pero no modifica el hecho

de que lo amase con todo mi corazón a pesar del sufrimiento que me causó por juzgarme antes de intentar conocerme —contestó con una templanza que ni ella misma era capaz de saber que la tenía—. Mi hijo es lo único que me quedará de él.

—¿Le has perdonado? —preguntó Emily con tacto.

—No lo sé… —confesó acariciando las mejillas de su pequeño que se había quedado dormido y respiraba con tanta calma que su propia paz se la transmitía conseguía transmitírsela a ella misma—. Siento dolor por lo que me hizo, pero también lo siento al saber que no volverá. Es… confuso.

— *Lady* Emily, su esposo me envía para decirle que requiere de su presencia.

Una de sus hijas está demasiado inquieta —anunció una de las doncellas entrando en la habitación que mantenía la puerta abierta.

—Enseguida voy —contestó Emily levantándose—. Eso es una forma sutil de decir que Catherine está pataleando en el suelo y llorando por algo de lo que se ha debido encaprichar —añadió con una sonrisa divertida mientras apretaba la mano de Julia y se marchaba.

—¿Te preocupa tu enlace con el duque de Bucleauch? —preguntó Julia en cuanto Emily salió por la puerta.

—No puedo negarlo. Me conoces demasiado para saber que no deseo ese matrimonio porque no amo al duque —afirmó Susan.

—Te conozco lo suficiente como para saber que preferirías quedarte siendo una solterona rodeada de gatos y cuya única ocupación sea el jardín, antes que casarte con un hombre por el que no sientes absolutamente nada.

—Negarme a una treintena de peticiones dice mucho de mí —contestó con ironía.

—¿Por qué te casas con él Susan? Sobre él pesan dos esposas que murieron precisamente alumbrando a un hijo suyo, razón por la que desea contraer matrimonio de nuevo.

—¿Crees que no lo sé?, Soy consciente de que el duque solo me quiere como su yegua de cría y realmente no sé qué me da más miedo, si ser madre o saber que solo me quiere para eso —sollozó

—¿Entonces por qué no te has negado a ese matrimonio? —insistió Julia.

—Me negué —confirmó—. ¿Crees que no iba a negarme después de rechazar tantas peticiones? Pero mi padre ya lo había aceptado antes de decírmelo siquiera. Había aceptado su propuesta sin siquiera consultármelo.

—No puede ser. Tu padre siempre ha respetado tu decisión —dijo asombrada.

—Todo esto es por culpa de mi madre —contestó—. Le ha llenado la cabeza de ideas sobre mi futuro siendo una solterona, que estaré sola al ser hija única y que entonces que será de mí. Le ha metido una sarta de mentiras solo porque oyó que el duque de Buccleuch estaba buscando esposa y le habían llegado rumores de que pensaba solicitar mi mano en matrimonio.

—Pero puedes hablar con tu padre. Convencerle para cancelar ese matrimonio, ¡Tú no le amas! —exclamó en voz baja para no despertar al bebé.

—Lo hice. Pero está tan convencido de que al final se lo agradeceré que no

atiende a razones. Mi madre se ha obsesionado con la sola idea de que seré duquesa que no le importa si soy feliz o no. Ya he asumido que tendré que casarme y darle ese heredero que tanto desea.

—¿Y cómo es él? Tal vez te trate bien, sea bueno contigo… no todos

los matrimonios por conveniencia terminan mal. Mira a Catherine y a David —

dijo Julia con esperanza.

—Es el ser más frío que he conocido jamás Julia. Casi han pasado los diez meses de cortejo y ni siquiera se ha dirigido a mí para decirme más de una frase. Me evita. No habla. Ni tan siquiera me mira…

—Lo lamento Susan. Me entristece oírte decir eso —contestó con gran pesar.

—No. Soy yo quien lo lamenta por desahogarme contigo cuando precisamente eres tú quien necesita mi apoyo —dijo Susan tratando de sonreír.

Unos golpes interrumpieron la conversación y cuando Julia alzó la vista se encontró con Thomas. El cansancio se notaba en su rostro. Probablemente había envejecido diez años en esos días en los que se había debido de enfrentar a la terrible muerte de un hijo y quizás también a la de su esposa y su nieto.

—Adelante excelencia —contestó Susan mientras se alzaba—. Les dejaré a solas y me pasaré más tarde a ver como sigue la duquesa.

—Gracias Susan —contestó Julia mientras Thomas caminaba hacia ella con la ayuda de aquel bastón que nunca abandonaba.

—¿Cómo te encuentras querida? —preguntó en cierto tono de preocupación.

—Algo dolorida, pero estoy bien Thomas, gracias —sonrió Julia.

—Me alegro. Todos temimos lo peor y si soy sincero, no estaba preparado para otro golpe así —confirmó.

—¿Es cierto Thomas? —preguntó.

Solo si Thomas le confirmaba que era cierto, creería que Richard habría muerto. Sabría que el duque movería cielo y tierra para saber qué le ocurrió a su hijo.

—Eso parece —contestó cabizbajo con los ojos vidriosos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó—. Quiero saber qué le paso —insistió.

—No creo que saberlo te ayude en algo querida —contestó con cierto

pesar.

—Aun así —insistió Julia—. Necesito saberlo.

—Está bien —contestó sentándose en una de las butacas—. Hubo un enfrentamiento a unas millas de la costa. Apenas quedaron supervivientes y los que lo hicieron confirmaron que vieron como el teniente Hayden caía al agua después de recibir un disparo. No se supo más de él por lo que con toda probabilidad se da por muerto en combate.

Julia guardó silencio imaginándose por un momento la escena. Richard no podía morir así, simplemente no se podía dejar morir de aquella forma.

—No está muerto —contestó Julia rompiendo el silencio que se había creado y mirando a su hijo—. Es demasiado terco para morir de esa forma —afirmó.

29

Richard entregó la petición que traía en mano a su superior en la comandancia naval y aguardó nuevas órdenes. Para su desgracia, esas órdenes fueron dos semanas sin servicio de descanso debido a su situación y a la comunicación hacia sus familiares de su fallecimiento.

¿Habrían comunicado a todos sus amigos y conocidos que había muerto en combate? Ni tan siquiera era capaz de pensar como se podrían tomar la noticia. Tal vez incluso algunos se alegrarán de que al fin hubiera desaparecido de sus vidas para siempre. Sería de suponer que el primer lugar

donde la noticia llegaría era a la casa familiar de los Hayden, por lo que presuponía que Julia ya sabía de su supuesto fallecimiento.

El primer lugar al que se dirigió nada más salir, fue hacia la casa de su amigo el duque de Lennox. Teniendo en cuenta que su casa la había alquilado, tendría que alojarse en alguna pensión durante esas dos semanas puesto que la idea de acudir a la mansión de su tío era tentadora, pero no sabía si estaría preparado para soportarlo.

Llamó a la puerta y esperó. Se sentía algo extraño con el uniforme de teniente por las calles de la ciudad, de su ciudad.

—Buenos días señor —escuchó cuando el mayordomo de David abrió la puerta.

—Buenos días, ¿Se encuentra su excelencia en casa? —preguntó pensando que quizá hubiera sido mejor pasar primero por carruajes

Grafton.

—Señor. Su excelencia no se encuentra en estos momentos —anunció.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó impaciente.

—Se encuentra fuera de la ciudad señor, en la casa de campo familiar. Si lo desea puedo hacerle llegar su mensaje.

—No —contestó vagamente—. Yo mismo iré.

No tenía planes de salir de la ciudad, pero teniendo en cuenta que tenía demasiados días y poco que hacer, pensó que sería una buena oportunidad hacerles una visita.

La distracción de los caminos le sirvió para pensar detenidamente que podría

haber sentido Julia tras conocer la noticia de su muerte. Lo reconocía.

Reconocía que en lo más profundo de su ser esperaba que ella hubiera sentido algo, porque eso indicaría que sentía más que odio hacia él, pero pensarlo no cambiaba los hechos. Ella era ahora la esposa de su tío y su hijo o hija que probablemente ya tendría vida sería el futuro heredero al ducado.

Todo habría sido muy distinto si no hubiera estado tan obcecado con la idea de que ella era la culpable de todo. Suponiendo que Julia sería una dama tan interesada como todas las demás, como incluso su propia madre tal y como había decretado tantas veces su propio padre.

Pasó la noche en una pensión cerca de la casa de campo de los duques de Lennox, pero prefirió hacerlo así para no irrumpir entrada la noche teniendo en cuenta que llegaría tarde. Después de todo, pensarían que sería un fantasma el que aparecería y no él mismo, sería mejor llegar con luz del día.

A la mañana siguiente madrugó más de lo comúnmente normal. Tantos meses en el servicio le habían cambiado su forma de vida, cuando anteriormente jamás se había preocupado por levantarse antes de media mañana, ahora lo hacía al alba y sin necesidad de que nadie le despertara.

Se adentró en la propiedad de su amigo y tras dejar su caballo en las caballerizas donde le sorprendió no encontrar a nadie, se dirigió hacia

la casa.

Le extrañó que tampoco nadie saliera a su encuentro teniendo en cuenta que el personal estaría pendiente por la presencia de sus señores en casa. Llamó a la puerta pensando si quizá era demasiado temprano, aunque lo desechó teniendo en cuenta que el servicio trabajaba para poner la casa a punto desde primera hora, aunque sus señores durmieran.

—Buenos días señor —dijo el mayordomo tras abrir la puerta.

—Buenos días. Soy el teniente Hayden y me gustaría hablar con su excelencia el duque de Lennox.

—Lo lamento teniente, pero el duque no se encuentra —respondió amablemente.

—Vengo de la ciudad, donde me han informado expresamente que su excelencia hace días que vino hacia aquí —contestó serio.

—Así es teniente Hayden —confirmó el mayordomo—, pero antes de venir avisó de que haría un alto en la casa familiar del duque de Sheraton.

—¿Entonces los duques se encuentran allí? —terció Richard contrariado por los cambios de planes.

—Sí. Al parecer hubo una contrariedad y eso les hizo retrasar su partida hacia aquí —confirmó el mayordomo.

—¿Una contrariedad?, ¿A qué se refiere? —preguntó con cierta intriga y preocupación.

—Al parecer una amiga de la duquesa no se encontraba bien y por lo que uno de los sirvientes mencionó cuando vino a traer algunas pertenencias de los duques, su muerte era casi un hecho debido a la gravedad de su situación.

—¡No! —gritó Richard dando un fuerte golpe en el portón de madera debido a la noticia.

¡No podía ser Julia!, pero ¿Quién sino iba a ser?

—Disculpe, no… —comenzó a susurrar el mayordomo algo acongojado.

—¿Sabe el nombre de ella?, ¿Sabe de quién se trata? —insistió.

—Lo lamento teniente, desconozco más allá de lo que le he relatado, pero si lo desea puedo enviar a uno de los sirv…

—¡Iré yo mismo! —gritó dándose la vuelta sin despedirse.

No iba a perder el tiempo, iría él mismo a comprobar que no se trataba de Julia. ¡Por dios ella no!, ¡Llévame a mí!, ¡Haz conmigo lo que quieras!,

¡Mátame si tienes que sesgar una vida, pero déjala a ella! Se repitió Richard mientras de un movimiento saltó sobre su caballo y lo espoleó con tanto ahínco que salió cabalgando atropelladamente como si las patas del animal caminaran sobre las brasas.

Para su suerte, la casa de su tío no quedaba muy lejos de allí, tan solo dos horas hicieron falta para llegar, aunque habían sido las dos horas más largas de su vida y eso que no le dio tregua a su caballo por lo que el animal llegó más que fatigado.

Saltó del caballo en cuanto pasó por la escalinata, importándole muy poco a dónde éste fuera después. Ya lo encontraría alguien del servicio que se ocuparía de llevar el animal a los establos, tenía demasiada premura en esos instantes para preocuparse por banalidades como aquella. La puerta permanecía abierta y en ese instante vio salir a una de las doncellas que se le quedó observándole atónita, pero Richard no dijo nada, sino que se adentró en la casa y se dirigió hacia las voces que provenían del gran salón. Incluso escuchó algunas risas, ¿Cómo podían reír cuando Julia estaba a punto de morir?

—¡Richard! —bramó una voz justo antes de que entrara y se giró para contemplar a David que le miraba pálido, como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Dónde está ella?, ¿Está viva?, ¡Por dios, dime que está viva!, ¡Que ella y mi hijo están bien! —exigió sin siquiera pararse a pensar en que todos allí creían que él estaba muerto.

—¿Cómo? —exclamó David contrariado.

—¿Dónde está Julia? —volvió a exigir.

La reacción en el semblante de David pareció relajarse al percatarse de la preocupación de Richard, aunque esto no le hizo salir de su asombro al no estar contemplando a un fantasma.

—¡Ven! —exigió David rápidamente antes de que alguien más de la

casa se percatara de la presencia de Richard y se desarmara cierto caos.

—¡No iré a ninguna parte hasta que no me digas si está viva! —terció Richard obcecado.

—Está viva —susurró—. Y ahora ven antes de que te vea alguien.

—¿Dónde está? —exclamó Richard ahora más relajado sabiendo que ella no estaba muerta, aunque tal vez podría estar grave pese a no haber muerto—.

¿Cómo está?, ¿Por qué está enferma?

David cerró las puertas del despacho al que había llevado casi a rastras a su amigo. Lo cierto es que le impresionó verlo con el uniforme de oficial y más aún, vivo.

—Recibimos una noticia de tu muerte Richard —contestó con cierta calma.

—Estuve inconsciente varias semanas y me dieron por muerto, pero eso ahora no importa. Dime cómo está ella, dime que ha sucedido, ¿Mi hijo está

vivo? —inquirió como si eso fuera lo único importante.

—Tuvo un parto complicado —aseguró—. Perdió mucha sangre y lo cierto es que todos pensamos que no sobreviviría, pero tanto ella como tu hijo están bien. Los dos están bien.

En ese momento Richard se dejó caer sobre la pared más cercana, como si le hubieran quitado un peso muerto de encima y pudiera respirar de nuevo.

—¿Es un niño? —preguntó con cierta emoción.

—Sí. Tienes un hijo Richard —contestó David con pesar por saber que no podría decir que era suyo, solo unos pocos lo sabrían, para la sociedad era el hijo de *lord* Thomas Hayden, duque de Sheraton—. Te felicito a pesar de las circunstancias y me alegro de que estés vivo amigo mío —añadió mientras le daba un ligero abrazo.

—Quiero verlo —dijo casi en un tono de súplica—. Quiero verlos a los dos

—anunció refiriéndose tanto a la madre como al pequeño.

—No sé si sea una buena idea Richard —contestó David intentando ser suave

—. Ella ahora está descansando, tuvo un parto prematuro y precipitado por la noticia de tu fallecimiento cuando recibió la notificación de tu supuesta muerte, de ahí vinieron todas las complicaciones.

—¿Casi muere por mi culpa? —Se recriminó.

Ni tan siquiera alejándose de ella podía dejar de perjudicarla.

—No fue tu culpa Richard —atenuó David siendo consciente del dolor que debía sentir su amigo—. Tu ni siquiera eras consciente y menos aún estabas

aquí, nadie podía estar preparado y evidentemente a todos nos cogió por sorpresa el anuncio, aunque ella fue la más afectada.

—Necesito verla. No la molestaré, solo necesito ver su rostro y me marcharé de nuevo.

—Ve —susurró David—. Me encargaré de que nadie suba a verla en los próximos minutos. Todos están en el salón.

Richard giró el pomo de aquella puerta que tan bien conocía desde pequeño, puesto que había sido la habitación de su abuela la duquesa de Sheraton.

Recordaba cuando era pequeño y entraba sin llamar encontrándose a su abuela sentada en el tocador escribiendo. Por un momento se imaginó a Julia haciendo exactamente lo mismo y la escena le conmovió. Él habría tenido eso si no hubiera sido un auténtico canalla. Ella habría sido su duquesa y esa habría sido su habitación tal como lo era ahora, la diferencia estaba en que seguiría siendo su esposa, algo que por su idiotez ya no podía reclamarla de ese modo.

La luz era suave, perfecta para poder apreciarla tal como lo hizo al observar el bulto en la cama y conforme se acercó a paso firme a la vez que pausado vio al pequeño que arropaba con su brazo cerca de ella, protegiéndolo como solo una madre podría hacer con su hijo.

El tiempo se congeló, su respiración se paró y todo dejó de existir en el instante en que contempló la escena más increíblemente hermosa que había visto en toda su vida.

Era la mujer que amaba y ese era su hijo, su sangre… la sangre de ambos. Se acercó a ella sin dejar de observar su rostro y del increíble desasosiego que

sentía estando en su presencia. Había pasado tanto tiempo rememorando cada uno de los detalles de su innata belleza que ahora que la contemplaba le parecía irreal. Justo cuando llego a su lado, se hincó de rodillas ante ella, como si de alguna forma suplicara su perdón, algo que sabía que nunca llegaría.

— No tenerte obnubila mi juicio y cuando te tuve, jamás supe apreciar lo que tenía ante mis ojos para valorarlo como debí hacerlo en su momento. Me cegué. No quise razonar. No quise ver. No quise escuchar. No quise sentir y mucho menos amar, pero me enamoré perdidamente de esos ojos chispeantes de color bronce, de ese olor a lavanda con el que me embriagabas y de esa dulzura de tu carisma, además del derroche de carácter que te personifica. Ni siquiera supe el momento o el preciso instante en que lo hice, quizás fue cuando descubrí la increíble bondad que había en ti. A pesar de todo el daño que te causé no te marchaste, no me abandonaste, ni tan siquiera te quejaste y ni siquiera ahora sé porqué no lo hiciste. Eso me hace sentir una mayor culpa y un mayor pesar. No existirá vida alguna para pedir perdón. Sé que es tarde, el daño está causado y por más que me arrepienta de ello no podría retroceder el tiempo para recompensarte. Por eso te dejaré libre, dejaré que seas feliz aunque eso signifique que no esté a tu lado, porque aunque fuera demasiado tarde, comprendí que el egoísmo no es amor, sino todo lo contrario —susurró mientras ella dormía y acto seguido se inclinó hacia el pequeño, dando un beso en su cabecita y posteriormente acercó sus labios a los de Julia, aspirando su aroma, ese aroma embriagador a lavanda que le hacía enloquecer y le dio el beso más tierno que probablemente había dado en toda su vida.

Era una despedida, sabía que era un adiós para siempre… Salió de la habitación tan silenciosamente como había entrado y se dispuso a marcharse

de allí.

—¿Te vas? —escuchó Richard a su espalda cuando estaba montando en su caballo.

Le daba igual no saludar a nadie, no ratificar que no estaba muerto sino, para su desgracia, demasiado vivo. No pensaba volver, tenía claro que no lo haría.

—Tengo que irme, tengo que alejarme de ella porque no soporto estar a su lado sabiendo que lo fastidié todo —contestó con rapidez—. Solo tú y una de las sirvientas me ha visto, nadie más sabe que he estado aquí y quiero que siga siendo así.

—¿Quieres que todos crean que has muerto? —exclamó David como si creyera que su amigo estaba loco.

—Sí —afirmó Richard—. Si ella cree que he muerto, rehará su vida lejos de mí y será feliz. Tal vez cuando eso pase, podré decir que no morí.

—No tiene porqué ser así, no tienes porqué marcharte Richard. Te lo ofrecí una vez y vuelvo a hacerlo, tienes un sitio a mi lado en la fábrica, incluso te apoyaría para abrir tu propio negocio —insistió David.

—Mi sitio está en la marina. Probablemente me asciendan pronto a capitán

—afirmó—. Nunca seré el duque de Sheraton, pero al menos tendré algo honorable que poner en mi lápida cuando muera de verdad.

—No estoy de acuerdo con todo esto. Ese es tu hijo Richard —insistió David señalando la casa.

—Ese es el futuro duque de Sheraton. Y desde luego será merecedor del título mucho más de lo que lo fui yo —aclaró—. Debo irme David, me

pondré en contacto pronto, solo confío en ti para informarme de todo lo que ocurra en sus vidas —alegó antes de espolear su caballo y salir a galope.

— *Lord* Clayton —escuchó David justo cuando entraba de regreso en la mansión familiar de los Hayden sin aceptar la decisión de su amigo y debatiéndose interiormente entre respetarla por la amistad que les unía o por el contrario revelar a todos que no había muerto.

— *Lord* Hayden —contestó al ver a su excelencia el duque de Sheraton que se aproximaba a él con su bastón.

—¿Ese que acaba de salir por la puerta era un fantasma de mi sobrino o realmente era mi sobrino? —preguntó alzando una ceja.

—Era su sobrino excelencia —alegó David tratando de disculparse por

lo innegable.

—Venga a mi despacho inmediatamente *lord* Clayton, creo que usted y yo tenemos asuntos que tratar de suma importancia que cambiarán la vida de ese necio que tengo por hijo.

—¿Cómo dice? —exclamó atónito.

—Venga conmigo, tengo muchas cosas que contarle —contestó Thomas mientras le palmeaba el hombro a David.

30

Julia se despertó cuando notó como el pequeño bulto que tenía entre sus brazos se movía e instintivamente sonrió al contemplar esos preciosos ojos verdes.

—Hola mi amor —susurró acercándolo más a ella y poniéndolo en contacto con su pecho—. ¿Sabes una cosa? —siguió hablando—, he soñado con tu padre y ha sido un sueño tan real que habría jurado que estaba aquí mismo, susurrándome palabras tan hermosas que casi serían imposibles que él mismo las dijera, por eso sé que solo era un sueño —suspiró—. Al menos te tengo a ti en compensación, él me dio el regalo más grande que podía darme —siguió

susurrando mientras vio como el pequeño comenzaba a succionar leche de su pezón y una pequeña lagrima se deslizaba de los ojos de su madre.

Habría dado lo que fuera porque esas palabras que rezumbaban aún en sus oídos fueran reales, quizá Richard estuviera muerto de verdad y no como en lo más profundo de su ser lo sentía, pero lo cierto es que él jamás sentiría algo por ella y ni en cien años de vida sería capaz de decir lo que acababa de soñar hacía unos instantes.

Habían pasado dos semanas desde que el médico le había permitido levantarse de la cama y comenzaba a tener una vida normal, aunque ahora esa vida se centraba principalmente en su pequeño que era en quien se había centrado para sobreponerse.

—Querida —escuchó Julia mientras se hallaba en una de sus salidas a

media mañana junto al pequeño arroyo disfrutando del paisaje y mientras su hijo dormía, ella escribía dando rienda suelta a sus relatos. Emily la había animado a presentarlos bajo un nombre falso para que fueran publicados. No se consideraba tan buena, pero probarse a sí misma comenzaba a causarle cierta ilusión.

—¿Sí Thomas? —preguntó alzando la vista desde su postura.

—Lamento tener malas noticias, pero no podré acompañarte al matrimonio de la señorita Brandon. Han surgido ciertos asuntos que requieren mi asistencia inmediata, por lo que me ausentaré algunas semanas —anunció el duque apoyado sobre el bastón que siempre le acompañaba.

Julia se había fijado en que llevaba aquel bastón porque su rodilla derecha le fallaba con frecuencia. Lo notó por el leve quejido que hacía en algunas

ocasiones sin que el propio duque se diese cuenta.

—¿Es algo grave? —preguntó por ser cortés.

En realidad no le importaba asistir a la boda de Susan ella sola, puesto que estaría rodeada de sus amigas y eso le serviría de distracción.

—No lo creo. No obstante he enviado una carta a los duques de Lennox, informándoles de mi partida para que viajes con ellos a la ceremonia y no debas hacerlo sola.

—Gracias Thomas —contestó con una vaga sonrisa apreciando lo atento que siempre era el duque con aquellos gestos.

—Me recuerda tanto a él… —anunció de pronto Thomas observando al pequeño que dormía.

—A mi también —contestó Julia sin ocultar cierto atisbo de emoción.

—Sé que no es asunto mío a pesar de que seas mi esposa, siempre he respetado tu posición y sabes que te aprecio como si fueras una hija para mí, pero que le hayas dado su nombre me hace creer que aún le amas, ¿Me equivoco al pensar así? —preguntó de forma tan natural que ni a la propia Julia le pareció una pregunta demasiado personal.

—Nunca dejé de amarlo realmente —confesó—. Obtuve decepción, rechazo y sobre todo desilusión, pero una no puede mandar en los dictados del corazón y a pesar de todo, no puedo odiarlo, aunque

quisiera hacerlo.

—Al menos nos dejó algo digno de él —sonrió Thomas.

—Sí, así es —afirmó Julia colocando una mano en el cuerpecito del bebé que seguía durmiendo apaciblemente.

La ceremonia entre Susan y el duque de Buccleuch fue realmente preciosa.

Como toda ceremonia preparada con tanto tiempo de antelación, la madre de Susan había encargado enormes ofrendas florales repartidas por toda la iglesia y el vestido de novia diseñado por la propia Emily era absolutamente precioso en un tono claro lleno de pétalos anaranjados en el mismo tono del cabello de Susan que lo llevaba recogido en un tocado sofisticado apreciándose aún más lo hermosa que era.

A pesar de no casarse por amor, Julia pudo apreciar que el duque era un caballero bastante apuesto a pesar de ser un hombre maduro y viudo en dos ocasiones. Deseó que Susan encontrara la felicidad que ella misma no encontraría y sobre todo, que fuera feliz, como lo eran Emily o Catherine a las que solo podía envidiar sanamente su suerte por tener a un esposo que se desvivía por ellas.

—¿Te encuentras bien Julia? —preguntó Emily que se encontraba junto a ella.

—Sí, si —susurró—. Es solo que el viaje ha sido largo y ahora la ceremonia, solo es algo de cansancio nada más —mintió para no preocuparla.

—Podemos marcharnos si lo deseas —intervino Catherine en ese momento

—, la ceremonia ya ha terminado y el refrigerio no durará mucho más.

Además, los novios se retirarán en breve hacia la mansión del duque y no me apetece quedarme a socializar con mis pequeños esperando.

—En eso estoy completamente de acuerdo —añadió Emily puesto que

ninguna de las tres había llevado a sus hijos a la ceremonia como era habitual y ahora Julia comprendía en carnes propias lo que era separarse, aunque fuera unas horas de su hijo.

—Entonces despidámonos de Susan y… ¿Señor Archivald? —exclamó Julia atónita al verle acercarse a ellos, ¿Qué hace usted aquí?, ¿No debería estar con su excelencia?

—Temo que le traigo malas noticias mi *lady* —contestó apenado.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿Es que le ha pasado algo a Thomas?

—Si mi *lady* —dijo con la mirada en fija en el suelo—. Me temo que el duque de Sheraton ha fallecido.

—¿Está usted seguro de eso? —contradijo David—. ¿Cómo ha sido?

—Así es su excelencia. Aunque no han encontrado sus restos, dejó su capa y una carta de despedida antes de precipitarse al vacío por uno de los acantilados que hay en la colina de la residencia en la que se encontraba.

No. No podía ser… Thomas no podía haberse quitado la vida, pensó Julia con el corazón encogido. Las lágrimas silenciosas salían de sus ojos sin poder evitarlo, sabía que al duque le había afectado la noticia de la muerte de Richard, lo podía notar en su fatiga, su cansancio y su más que evidente pesadumbre de la que no se había repuesto desde entonces. Si era sincera ella también la tenía, pero en lo más profundo de su ser, prefería pensar que él seguía vivo lejos de allí, era la única forma de asimilarlo día tras día cada vez que veía a su pequeño que indudablemente le recordaba a su padre.

Era inaudito que Thomas se hubiera suicidado. Él era un hombre fuerte,

sabio, inteligente, capaz y el caballero más honorable que había conocido en su vida, aparte de su padre. Alguien como él jamás se quitaría la vida, era una deshonra.

¿Tan afectado estaba por la muerte de Richard para hacer algo así? Solo esperaba encontrar respuestas en esa carta, pero si la noticia era cierta, si Thomas se había quitado la vida, iba a sentir un vacío enorme en su pecho.

Le había cogido cariño al abuelo de su pequeño, gracias a él, su pequeño tendría un futuro prometedor. La había acogido en su casa otorgándole un rango y posición lo suficientemente dignos para rectificar los errores de su propio hijo, pero sentía tanta pena por todo lo que Thomas había sufrido a lo largo de su vida… primero por amor al no poder estar con la mujer que amaba, después por lealtad al no

casarse o tratar de encontrar su propia felicidad para darle a su hijo el lugar que le correspondía y finalmente por honor, al no revelarle a Richard que él era su verdadero padre.

—No te dejaremos sola Julia —alegó Catherine mientras la abrazaba levemente en el carruaje de vuelta a la mansión de los duques de Lennox donde se hospedaba temporalmente y en el que se encontraba su hijo al cuidado de su niñera.

—¿Cómo pudo hacer algo así Catherine? —gimió Julia e inevitablemente su mirada fue a parar a la del esposo de su amiga que permanecía en silencio.

Lord Clayton era un caballero, él podría saber mejor que nadie el deshonor que había en arrancarse la vida para alguien de su posición que además, ni tan siquiera estaba embargado por las deudas o arruinado como solía ser dicha justificación.

—No lo sé —contestó apesadumbrada—. ¿Notaste si estaba diferente antes

de marcharte?

—Seguía triste por la muerte de Richard, pero no pensé ni por un momento que pudiera hacer algo así —contestó sincera—, ¿Qué voy a hacer ahora? —

preguntó al imaginarse sola en aquella enorme mansión y la melancolía la invadió de pronto.

—No estarás sola —terció Catherine—. Si lo deseas puedes mudarte con nosotros una temporada, hasta que lo necesites… aunque tal vez prefieras estar con tu familia —añadió.

—No sé si la compañía de mi madre o de Robert es lo que necesito en estos momentos —contestó Julia abatida y siendo realista.

Su madre probablemente no pararía de hablar con la mera intención de darle distracción y aunque podría contar con Robert como apoyo, no podría desahogarse y revelarle sus verdaderos sentimientos a su propio hermano.

—Mi oferta seguirá en pié decidas lo que decidas —insistió Catherine mientras acariciaba su brazo para tratar de reconfortarla.

—Gracias —susurró Julia—. Aunque primero tengo que saber que ha

pasado, necesito leer esa carga que dejó para entender lo que ha ocurrido.

El señor Archivald había explicado que en el reverso de la carta estaba escrito el nombre del abogado del duque, el señor Campbell. Las últimas palabras de Thomas habían sido para su abogado, Julia solo esperaba que en esa carta explicara también sus motivos para hacer aquello, además de sus voluntades.

Primero Richard, ahora Thomas… era como si todos los hombres Hayden quisieran alejarse de su vida. En cuanto llegó a la mansión de los duques de

Lennox casi corrió hasta la habitación donde estaban los pequeños y se abrazó a su hijo apretándolo en su pecho, llenando ese vacío que sentía.

—No pasa nada mi amor —susurró más para sí misma que para el pequeño puesto que este no le entendía —, mamá siempre estará contigo y nunca se irá de tu lado.

Richard se encontraba en el despacho que le habían asignado de la milicia, a pesar de haber insistido en querer marcharse con el primer barco que zarpara lejos de Inglaterra, aún seguía allí esperando órdenes nuevas.

—Teniente Clayton, tiene una misiva urgente —escuchó y levantó la vista del informe que debía rellenar.

—¿Es del capitán? —preguntó extrañado.

Extendió la mano para coger la misiva, no esperaba que le dieran la orden de marcharse tan pronto puesto que la había solicitado hacía escasos días.

—No mi teniente, es personal —comunicó el oficial entregándole la nota sellada y en ella Richard leyó perfectamente su nombre con la letra de su amigo David.

Alzó la ceja confundido, ni tan siquiera le había enviado una carta aún, no pensaba hacerlo hasta saber a dónde le destinaban. Se preocupó por Julia,

¿Tal vez había empeorado?, ¿Habría pasado algo fatídico? Con angustia la abrió devorando su contenido y contuvo la respiración al leer las trágicas palabras de su amigo.

Querido Richard.

Lamento tener que escribirte para relatarte malas noticias amigo mío. Tu tío Thomas, el actual duque de Sheraton, ha desaparecido y con toda probabilidad se cree que ha fallecido.

Hallaron su capa y una carta sellada al borde de los acantilados donde se prevé que se ha podido precipitar al vacío.

Sé que tus intenciones no eran las de volver, pero la lectura del testamento no se podrá realizar sin tu presencia al ser un miembro de la familia Hayden, por tanto, espero tener noticias tuyas pronto.

Lord Clayton, duque de Lennox.

No podía ser verdad. Su tío no era capaz de hacer algo así, ¿Por qué? En la nota que le había enviado David no explicaba las razones, aunque dejaba entrever que había sido un suicidio al existía una carta de despedida, tendría que averiguar qué había pasado. Nunca le había tenido gran estima al duque, lo cierto es que ni él mismo sabía porqué, pero ahora que el hombre había muerto sentía cierta nostalgia por él. Siempre había creído que se alegraría de su muerte porque eso significaría que heredaría el ducado y ahora en cambio era lo que menos le importaba, lo que realmente deseaba era… ¡Dios! No podía evitar pensarlo a pesar de la reciente muerte de su tío. Julia sería ahora una mujer libre, completamente libre y accesible para él.

¿En qué mundo ella iba a aceptarle? Pensó de pronto. Jamás le perdonaría.

—¡Marine! —gritó.

—¡Sí mi teniente! —respondió al segundo.

—Tengo que salir inmediatamente por un asunto grave familiar. Dígale al capitán que estaré ausente y puede encontrarme en la siguiente dirección —

dijo escribiendo rápidamente el nombre de la mansión de los duques de Lennox.

31

Richard se bajó del caballo en el que había llegado hasta la puerta de la mansión de los duques en la ciudad y subió los escalones con toda la calma que pudo aunar en su interior. Si era sincero no sabía que se encontraría dentro, lo que sí sabía con toda seguridad es que tarde o temprano volvería a ver a Julia y esta vez, ella sabría que no había muerto. Desconocía que supondría para ella saberlo teniendo en cuenta que su supuesta muerte la había afectado, estaba seguro del odio que sentía hacia él totalmente comprensible pero tal vez sentía algo… tal vez inexplicablemente le tenía cierta estima.

Tenía un debate emocional inexplicable. Por un lado, deseaba aferrarse a esa

posibilidad, a la idea de que Julia tuviera una pizca de estima hacia él del que poder agarrarse para demostrarle cuánto la amaba, pero después recordaba cada uno de los actos que había cometido en su contra sabiendo que jamás le perdonaría y la clase de hombre que siempre había demostrado ser y del que ni él mismo estaba seguro que pudiera hacerla feliz.

—Buenas tardes —habló Richard—. ¿Se encuentra l *ord* Clayton en casa?

—Si señor —proclamó el mayordomo al que conocía lo suficiente como para saber quién era —. Me anunció personalmente que si llegaba, le acompañara inmediatamente a su despacho privado.

Richard asintió siguiendo al mayordomo por el largo pasillo hasta que abrió la puerta del despacho de David que tan bien conocía, puesto

que desde que contrajo matrimonio con su esposa y se mudaron a esa mansión le visitaba con frecuencia.

Esperó de pie pacientemente, algo que había conseguido interiorizar en su breve instrucción militar y se acercó a la ventana del despacho que daba a los jardines, justo donde había unos sillones junto a la biblioteca.

—Richard —proclamó David y el aludido se dió la vuelta para ver a su amigo.

—Recibí tu nota —contestó secamente.

—Me alegro de que no te encontraras fuera de la ciudad. Esta noticia nos ha cogido a todos por sorpresa, en especial a *lady* Julia que está completamente consternada con el suceso.

—¿Es cierto lo que insinuaba tu nota?, ¿Mi tío se suicidó? —No pudo evitar

preguntar Richard.

—Realmente no lo sé, pero todo parece indicar que lo hizo —contestó con pesar.

Richard seguía sin saber qué razones habría tenido el anciano para hacer algo así. Incluso a pesar de no tener una buena relación con él, sabía de sobra que era un hombre honorable, a la vista estaba que se había casado con Julia solamente para arreglar el honor de la familia y que su hijo fuera reconocido,

¿Podía haber un acto más honorable que ese?

—Supongo que si me has citado, es porque ella sabe que estoy vivo para la lectura del testamento —afirmó Richard cambiando de tercio.

—En realidad aún no lo sabe —confirmó David—. Ha estado demasiado ausente desde que fuimos informados de la noticia y no he tenido la ocasión de decírselo, sobre todo porque no sé qué reacción tendrá al enterarse.

Además, hasta que no me entrevisté personalmente con el señor Campbell, el abogado de tu tío, no supe que se requeriría de tu presencia. Esta misma tarde se reunirá con ella para comunicarle el requerimiento y la próxima lectura del testamento.

—¿Y por qué razón se requiere de mi presencia si para todos estoy supuestamente muerto? —alegó extrañado.

—Se requieren a todos los familiares del difunto duque de Sheraton y al parecer, el señor Campbell por razones que desconozco, se ha informado debidamente y sabe que no has muerto. De hecho, te llegará una citación formal para la lectura, aunque me adelanté al abogado para informarte.

En ese momento alguien llamó a la puerta y David ordenó que entrara. Por un momento Richard se tensó, ¿Y si se trataba de Julia? No supo porqué razón sus músculos se encogieron de cierto temor. Sí. Tenía miedo de ver el rechazo en los ojos de ella, pero al parecer no le quedaría más remedio que enfrentarse a sus miedos.

—Mi *lord*, el señor Campbell ha llegado y espera en el salón tal y como usted me dijo que hiciera.

—Gracias Alfred. Avise a *lady* Julia de que el señor Campbell está aquí. Yo iré enseguida —contestó David formalmente.

—Por supuesto mi *lord* —confirmó el mayordomo volviendo a cerrar la puerta.

—No se requiere de tu presencia Richard, pero puedes estar presente si lo deseas —dijo David.

—Lo mejor es que espere aquí —contestó Richard creyendo que no sería una buena idea, sobre todo porque ella no lo esperaría.

David asintió y salió del despacho dejando a solas a su amigo, demasiado pensativo y con la tentación constante de volver a verla, aunque ese encuentro iba a producirse tarde o temprano y en parte, se lo debía agradecer a su tío.

Julia se encontraba en la que habían designado su habitación mientras permanecía alojada en la casa de Catherine. Apenas habían pasado dos días desde que se conociera la noticia del fallecimiento de Thomas y para ella seguía siendo insólitamente extraño. Tal vez a lo largo del transcurso de la

tarde, por fin resolviera las dudas y preguntas que tanto se hacía a sí misma una y otra vez, puesto que el señor Campbell vendría a reunirse con ella.

Desconocía los motivos de la visita, porque no había sido muy claro

cuando anunció que solicitaba audiencia con ella esa misma tarde, imaginaba que no sería para realizar la lectura del testamento puesto que la habría informado de ello y también a los demás herederos si es que éstos existían.

No se había parado a pensar en la herencia al no considerarla suya, sino en todo caso, de su hijo Richard. De cualquier modo, la herencia era lo que menos le importaba en esos momentos, sino saber las razones del porqué Thomas había sido capaz de hacer algo así. Podía estar triste por la pérdida de su hijo, pero también tenía un nieto que le necesitaba… no se lo explicaba, era incapaz de comprenderlo, ¿Tal vez se cansó de sufrir? Porque a pesar de no haberlo hablado con él, sabía cómo le dolía el rechazo de su propio hijo fomentado por su hermano. Quizás el hecho de ser consciente de que jamás podría confesarle la verdad, de arreglar las cosas con él, propició su suicidio.

—Mi *lady*, el señor Campbell ha llegado y la espera en el salón —anunció su doncella cuando entró en su habitación después de llamar a la puerta.

—Gracias Sibil, enseguida bajo —contestó sin ningún atisbo de emoción.

No le agradaba tener que hacer aquello por lo que significaba, pero entendía que debía hacerlo. Se acercó a la pequeña cuna en la que el pequeño Richard dormía y acarició la piel de su mejilla. Era tan suave que se podría pasar la vida haciéndolo. Hizo un gesto a Sibil que significaba que no perdiera de vista al pequeño y ésta asintió con cierta sonrisa. Tal vez no fuera común que su propio hijo durmiera en su habitación, de hecho, los gemelos de Catherine tenían su habitación propia, pero era tan pequeño aún y necesitaba tanto su cercanía, que era imposible alejarlo de sí misma.

—Buenas tardes señor Campbell —anunció Julia nada más entrar en el salón.

—Buenas tardes *lady* Julia —contestó el hombre levantándose para saludarla

—. Lamento enormemente su pérdida y que es al mismo tiempo el motivo de mi visita —añadió apesadumbrado.

—Gracias señor Campbell, aunque usted solo hace su trabajo —dijo nostálgica.

—Buenas tardes —anunció en ese momento David haciendo su

aparición y Julia le miró extrañada.

—Buenas tardes *lord* Clayton. Bien, ahora que estamos todos, podemos proceder —comentó el señor Campbell volviendo a sentarse.

Julia no sabía porque el esposo de Catherine se encontraba allí presente, ¿Qué tenía que ver él en todo aquello? No tenía relación con el duque de Sheraton, para que estuviera en aquella reunión. No es que tuviera nada en contra y tampoco tenía necesidad alguna de ocultar lo que allí se relatara, solamente le pareció extraño aunque en el fondo, se sentía más segura de que estuviera, por eso no dijo nada.

—El motivo de mi visita *lady* Julia, es anunciarle como se procederá la lectura del testamento del duque de Sheraton y en qué situación se encuentra actualmente. Según la carta cuyo sello del ducado y letra verifican que son del puño y letra del duque, solicita que el aquí presente *lord* Clayton, duque de Lennox sea testigo de todas las reuniones y lecturas que procedan.

¿Testigo? Pensó Julia aún más extrañada. ¿Testigo de qué?

—Así mismo —siguió hablando el señor Campbell—. Se solicita

expresamente que en la lectura del testamento estén todos sus herederos que implican a su esposa, su hijo y su sobrino, puesto que son sus parientes directos.

—Entiendo —dijo Julia algo ausente puesto que el señor Campbell le estaba confirmando que Thomas sí se había quitado la vida cuando mencionaba todo aquello.

—¿Cuándo se procederá a la lectura del testamento? —preguntó David.

—En cuanto tenga noticias del teniente Clayton —contestó sin un atisbo de duda.

—Pero… el teniente Clayton falleció —dijo Julia a pesar de no querer creerlo, aunque ella misma le dijera a Thomas que no creía que hubiera muerto solo porque no deseaba que lo hubiera hecho. Observó la expresión contrariada del señor Campbell y no supo interpretar su gesto, aunque probablemente fuera porque desconocía la noticia, pero vio como su mirada se dirigía a *lord* Clayton en una especie de complicidad.

—Lo cierto es que… —comenzó a decir David con tacto.

—¿Qué ocurre? —exclamó aturdida.

—El teniente Clayton no murió en combate como se supuso en un principio.

Sino que, por fortuna, fue rescatado. No lo descubrieron hasta que habían pasado varias semanas después de enviar la misiva sobre su fallecimiento.

¿Vivo?, ¿Richard estaba vivo? En ese momento Julia no sabía cómo sentirse.

Tenía tantas emociones al mismo tiempo que simplemente sus ojos se empañaron sin previo aviso con unas amenazantes lágrimas intentando

escapar de ellos.

—¿Eso es cierto? —preguntó incrédula aún.

—Es cierto —afirmó una tercera voz que hasta ahora no había estado allí presente.

Todo el cuerpo de Julia se estremeció. Conocía esa voz, la conocía tanto que hasta incluso había soñado vivamente con ella. Él no solo estaba vivo, sino que estaba allí y por un momento tuvo miedo de girarse, de creer que no sería real, pero lo hizo. Se volvió hacia su izquierda y vio la impresionante figura de Richard ataviada con el uniforme de la marina real.

Si alguna vez creyó que Richard era apuesto, ahora resultaba absolutamente imponente además de apuesto. Todo su cuerpo tembló incontrolablemente y su garganta se secó quedando absolutamente muda ante su presencia.

Estaba vivo. El hombre al que había amado, que amaba y probablemente se moriría amando, estaba vivo.

32

—Richard —susurró Julia en un leve aullido que casi se quedó en su garganta por la impresión.

En ese momento Richard solo deseaba una cosa. Dar dos zancadas que era la distancia exacta que la separaban de él, estrecharla entre sus brazos y devorar esos labios, pero en su lugar apretó con fuerza los puños clavándose las uñas en la palma de su mano aguantando la tentación.

—Señor Campbell, le presento al teniente Hayden —intervino David ante la aparición de Richard que los había convertido a todos en mudos.

—¡Oh! —exclamó sorprendido levantándose de su asiento—. No esperaba que estuviera presente teniente Hayden. Imagino que *lord* Clayton le habrá puesto al corriente de todo puesto que dudo que haya podido recibir mi carta ya que la envié esta misma mañana, pero en vista de que usted se encuentra aquí entre nosotros, podremos proceder a la lectura del testamento cuando dispongan.

—Lo mejor es que este asunto se resuelva cuanto antes —sentenció Richard.

—¿Qué tal mañana a primera hora señor Campbell? —preguntó David suavizando el tono brusco de su amigo.

—Si a *lady* Julia le parece bien, no tendré inconveniente —contestó satisfecho.

—S… si por supuesto —contestó Julia cuando escuchó su nombre. Aún seguía demasiado anonadada para estar en plenas facultades.

—Entonces volveré mañana a primera hora para proceder a la lectura del testamento —dijo levantándose el abogado y haciendo una reverencia hacia *lady* Julia, posteriormente hacia *lord* Clayton y finalmente al teniente Hayden

—. Que tengan una buena tarde —dijo antes de marcharse acompañado por el mayordomo que le dirigía hacia la puerta.

—Mi *lord* —intervino de pronto el mayordomo dirigiéndose hacia su señor ante la impasibilidad de los tres y el silencio sepulcral que había invadido el salón.

—¿Sí, Alfred? —preguntó David.

—Su esposa requiere su presencia de inmediato —alegó.

—Sí, desde luego —contestó caminando hacia la puerta—. Vuelvo enseguida

—anunció dejándoles a solas.

—Lamento que nos volvamos a ver en estas circunstancias —habló Richard sin saber que decir exactamente. Querría decirle tantas cosas, había pensado infinidad de veces qué le diría si volviera a verla a pesar de negarse a sí mismo tal posibilidad, pero por circunstancias del destino allí estaba de nuevo junto a ella, aunque fuera por breves instantes.

—Más lo lamento yo —contestó con lágrimas en los ojos dándose cuenta la inutilidad de la muerte de Thomas. Se había quitado la vida pensando que su hijo había muerto y en cambio estaba vivo.

—Julia yo… —comenzó a decir.

—Thomas murió pensando que… creyendo que… —pero se calló. No le correspondía a ella decirlo—. ¿Por qué no enviaste una misiva?, ¿Una carta?,

¡Algo que rectificara el error! —gritó.

—No creí que saberlo fuera a cambiar mucho las cosas —contestó sincero—.

Era mejor así para todos.

—¡Era mejor así para ti! —le echó Julia en cara—. ¡Siempre pensando únicamente en ti!, ¿Y el resto qué?, ¿Acaso no importamos? —le exigió.

Realmente hablaba desde el encogimiento de corazón que sentía porque la muerte de Thomas había sido en vano.

Richard estaba perdiendo la poca voluntad que le quedaba, verla así no hacía más que reafirmar sus sentimientos de enloquecimiento por esa mujer. ¡Por Jesucristo!, Esa vitalidad, ese brillo en sus ojos, ese ímpetu; alababa todas las

cualidades de Julia y sin siquiera ser consciente fue acercándose a ella lentamente mientras le seguía gritando y echando cosas en cara que estaba dispuesto a aceptar con tal de permanecer un solo segundo más a su lado.

—¿A qué has venido exactamente Richard? —preguntó después de gritar toda su perorata y con los ojos aún más vidriosos.

La pregunta de Julia le dejó desorientado, ¿A qué había ido? Se suponía que estaba allí porque se requería de su presencia, pero si era sincero consigo, solo había deseado verla a ella.

—Estás aquí porque crees que heredarás el ducado, ¿Verdad? Dirás que Richard es tu hijo y no el hijo de Thomas para deshacerte de nosotros —

alegó echándoselo en cara.

—¿Richard? —preguntó a pesar de las atrocidades de las que le estaba acusando y de las cuales no se sorprendía que hiciera porque en otro momento, con otra mujer, sería probable que se atreviera a hacerlo.

—Tu hijo —afirmó ella.

—¿Llamaste a mi hijo Richard? —preguntó totalmente cegado ante lo que eso significaba para él.

—Si —contestó Julia arrepintiéndose de habérselo revelado.

—No reclamaré el título —contestó serio—. Ni diré que es mi hijo para hacerlo. Tienes mi palabra de que no lo haré —añadió mirándola fijamente a los ojos.

—¿Y cómo puedo confiar en ti? —exclamó con cierta ironía.

«Porque eres la única persona que he amado en mi vida y que estoy seguro de que amaré» pensó Richard con la ferviente necesidad de decirlo en voz alta.

Sería un necio si lo hacía, ella lo odiaba y no la culpaba, aunque había llamado a su hijo como él.

¿Por qué lo habría hecho? En su fuero más interno cosechó la esperanza de que hubiera un atisbo de estima hacia él, aunque quizá todo se debiera a que le daba por muerto, pero si le odiaba.

¿Por qué poner su nombre a su hijo si este hecho le haría recordarle cada día?, ¿Significaría eso que Julia sentía algo por él? Jamás se le pasó por la cabeza que ella tuviera algún tipo de sentimiento hacia él, sobre todo porque nunca le importó lo más mínimo si así era y decretó que solo era interés lo que a ella le convenía obtener de él, en cambio ahora que sabía que jamás fue así, se preguntaba si ella le habría amado.

No. ¿En qué mundo iba a amarle si jamás tuvo un detalle hermoso hacia ella?

Lo único que había obtenido de él fueron desplantes, injurias, calumnias y sobre todo desfavorecerla ante la sociedad hasta dejarla en el abismo más oculto. Ninguna mujer podría amar a un hombre como él, y en la mínima posibilidad de hacerlo, tenía por seguro que había matado ese amor.

Antes de que Richard pudiera contestar a su pregunta fueron interrumpidos por una de las doncellas de la casa.

—Mi *lady*, disculpe mi intromisión —habló la sirvienta aprovechando el silencio en el que se encontraban los señores.

—No pasa nada Sibil —contestó con el tono más apacible que pudo a la criada—. ¿Qué ocurre?, ¿Es Richard? —añadió algo preocupada.

—Sí mi *lady* —confesó algo avergonzada—. Es que ha despertado y está demasiado inquieto porque la necesita —dijo en un lenguaje que solo entre ellas se entendían y todo se debía a que Julia, siguiendo el ejemplo de su amiga Emily, había decidido darle el pecho personalmente a su hijo.

Entendía que Catherine no pudiera hacerlo teniendo dos, pero ella se había perdido demasiado tiempo con su hijo después de estar inconsciente durante días tras el parto y necesitaba formar ese vínculo

con su pequeño.

—Por supuesto, voy enseguida —contestó dando un paso en dirección hacia la puerta que era donde se encontraba la doncella—. Confiaré en ti —añadió antes de marcharse—. Aunque no tenga motivos para hacerlo, creeré que al menos lo harás por tu hijo.

Julia no esperó una respuesta por su parte, sino que salió del salón y se dirigió directamente hacia su habitación donde conforme se acercaba, sentía el llanto desesperado del pequeño Richard.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó David instantes después de que Julia se marchara mientras Richard parecía desorientado y ausente en su pensamiento.

—Quizá demasiado bien para lo que me esperaba —confesó.

Teniendo en cuenta que la última vez que la vio estando ella consciente le había echado en cara tantas verdades como puños que le hicieron querer desangrarse del dolor que aquello le provocó. Al menos ahora había sido diferente, es más, casi se había esperado más recriminaciones por su parte y en cambio hasta le sorprendía que ella le hubiera dado la oportunidad de hacer las cosas bien. Después de todo el daño que le había causado, ella decidía creer en él.

Era consciente de que cualquier otra mujer le hubiera mandado directamente al infierno y echado a patadas de aquella casa. En cambio, Julia, le dejaba desarmado y completamente a su merced con cada uno de sus actos.

—Eso son buenas noticias, ¿no? —preguntó con cierta intriga.

—Le ha puesto mi nombre a nuestro hijo —susurró Richard todavía sorprendido por tal acto de… ni sabía exactamente de qué.

—A todos nos sorprendió que lo hiciera —contestó David.

—¿Por qué? —preguntó intrigado—. ¿Por qué lo hizo?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella amigo mío —contestó—. Lo único cierto es que no puedes negar que sea tu hijo, porque el parecido es tan evidente que resulta innegable.

En ese momento un sentimiento extraño se apoderó de Richard. Era suyo…

suyo ante él y ante todos a pesar de no poder gritarlo como le gustaría.

—Confieso que ardo en deseos de verlo, pero no quiero presionar las cosas.

Imagino que cuando vuelva mañana y se aclare todo este asunto de la herencia de mi tío, quizá pueda llegar a una especie de acuerdo con ella para visitarle, aunque yo para él solo sea su *primo* en vez de su padre —contestó con un tono de amargura por la realidad de lo que le esperaba.

—Es tu hijo Richard, y aunque no me pidas mi opinión te diré que él se merece conocer la verdad, aunque crea que su padre fue un canalla por hacer lo que hizo.

—¿Y dejar que me odie por lo que le hice a su madre? —exclamó—. No. Me niego a considerarlo —atajó seriamente.

—También podrías reconocerlo y que fuera un bastardo para heredar el título, cosa que más de uno se esperaría de ti.

Tuvo que volver a admitir que el Richard de antes lo haría sin dudarlo.

¿Cómo había llegado a ser un hombre tan sumamente pueril y desgraciado?

Se daba asco a sí mismo.

—Admito que ella pensó lo mismo y no tuvo reparos en creer que sería lo que haría —contestó con pesar.

—Pero no lo harás, ¿cierto? —preguntó David solo por afirmarlo.

—¡Por supuesto que no! —vociferó—. Reconozco que quizá lo hubiera hecho en otro momento, pero… sabes de sobra porqué razón no podría hacerlo —aseguró y casi pudo notar como su amigo se calmaba al saberlo—.

Creo que será mejor que me vaya, me hospedaré en una pensión esta noche y estaré aquí por la mañana.

—Puedes quedarte en una de las habitaciones, pediré que la preparen inmediatamente —dijo enseguida.

—Reconozco que es una tentación demasiado grande David, pero

prefiero irme o de lo contrario seré capaz de hacer algo de lo que después quizá me arrepintiera.

David entendió perfectamente a qué se refería y con un amago de sonrisa palmeó su hombro comprendiendo perfectamente su situación mejor que nadie. Él en su día lo pasó francamente mal teniendo a Catherine tan cerca y reprimiendo sus deseos de tenerla en su lecho.

—Te veré mañana entonces —contestó David.

—Aquí estaré —dijo Richard comenzando a marcharse—. Por cierto, hay algo que no entiendo, ¿Por qué razón mi tío te nombró a ti como testigo? —

preguntó extrañado.

La relación de su tío Thomas con su amigo era nula, al menos hasta que había contraído matrimonio con Julia y por la amistad con la esposa de David se habrían conocido. Era insólito que depositara tanta confianza en él de pronto.

Lo más lógico sería que fuera el señor Archivald que siempre había estado a su lado.

—Desconozco las razones —contestó con notable nerviosismo y algo dubitativo—. Imagino que debió hacerlo por la amistad de mi esposa hacia *lady* Julia.

—Si… —contestó Richard dudoso—. Tal vez fue esa razón por la que te eligió —reiteró no muy convencido, pero aun así se marchó.

David jamás le había ocultado nada. No iba a hacerlo ahora, era su amigo, de hecho, era su mejor amigo y la persona en quien más confiaba.

33

Julia se encontraba en sus aposentos mientras observaba como su pequeño succionaba del pezón la leche materna que le alimentaba. Su amiga Emily tenía razón al mencionar que no se podía describir aquella sensación de conexión que se producía, era simplemente única. Le daba absolutamente igual que el servicio considerase inapropiado amamantar a un futuro duque, pero ¿Por qué razón debía hacerlo una nodriza y no ella misma? No tenía eventos a los que acudir y no esperaba concebir otro hijo, motivo por el cual muchas damas de la alta sociedad no amamantaban a sus hijos. No. A pesar de que su madre pondría el grito en el cielo si la viera, era una experiencia

que no iba a permitir que se la arrebataran.

Vio como el pequeño abrió los ojos y le sonrió. Esos ojos… los mismos de Thomas, idénticos a los de Richard.

—Tu padre está vivo mi amor —susurró acariciándole el rostro.

Aún sentía el nudo en su estómago tras aquel encuentro. Jamás se hubiera imaginado que él podría estar allí, que apareciera de la nada y sin previo aviso cuando todos le daban por muerto en combate. No estaba preparada para ese encuentro a pesar de haber imaginado hasta la saciedad que no había muerto, por más que fuera un simple modo de protegerse ante la nostalgia de que se hubiera marchado para siempre. En cambio, estaba vivo y tenía que admitir que más apuesto que nunca. Su pulso acelerado y el flaqueo de sus rodillas lo habían indicado tras verle con el uniforme de la marina real.

La puerta de su habitación se abrió de pronto y miró asustada, pero se relajó al ver que se trataba de Catherine, aunque por la palidez de su rostro se asustó.

—David me lo acaba de confirmar —dijo acercándose a ella—. ¿Cómo estás?

Ha debido de ser impactante verle, hasta me sorprende que no te hayas desmayado de la impresión.

En ese momento Julia supo a qué se refería su amiga.

—Si soy sincera poco faltó para que lo hiciera cuando le vi —confesó.

—Es increíble —gimió Catherine aún sorprendida—. Yo misma aún no me lo termino de creer, supongo que no lo haré hasta que lo vea con mis propios ojos.

—Lo cierto es que… —comenzó a decir para después silenciarse a sí misma

—, no me hagas caso.

—Esto debe ser traumático para ti Julia —dijo Catherine acercándose hasta Julia y cogió su mano—. Sé cómo te afecto la noticia de su muerte y saber que sigue vivo imagino que es difícil de asimilar después de todo lo que ha ocurrido entre vosotros.

—Sería una necia si no admitiera que siento algo por él a pesar de todo, que por más que luché contra ese sentimiento, soy incapaz de negarlo, aunque me duela —suspiró reconociéndolo.

—A veces el amor no lo elegimos — contestó Catherine comprensiva —, sino que nos elige a nosotros.

—En mi caso eligió mal —gimió con pesar Julia—. Mi destino es estar sola junto a mi pequeño. Solo espero que una vez que mañana quede todo aclarado, cada uno siga por su camino y él siga con su vida.

—¿Y qué hay de ti Julia? —preguntó preocupada.

—No hay nada —aclaró—. Sé que nunca seré feliz casándome con un hombre al que no ame, prefiero ser viuda durante el resto de mi existencia.

—Eres joven, te mereces algo más que esto —insistió Catherine.

—Tal vez —fue sincera—. Pero ya sufrí la decepción una vez y no volveré a hacerlo.

Eran las nueve en punto de la mañana cuando Richard tocó el timbre de la puerta de la mansión de los duques de Lennox. Esperaba no llegar demasiado temprano y le había costado un sobreesfuerzo refrenarse para no ir antes, puesto que llevaba despierto desde las cinco con la única intención de regresar de nuevo a la casa de su amigo para verla una vez más.

Necesitaba volver a respirar ese olor, regodearse en sus mejillas sonrosadas, recrear el tacto de su suave piel que evocaba el recuerdo de aquella imagen en la bañera completamente desnuda cuál ninfa de los bosques con sus cabellos flotando, pero sobre todo anhelaba el contacto de sus ojos cuando le miraban, porque le hacían sentirse vivo como si su sangre refulgiera con ímpetu. Tal vez solo fuera la respuesta por su pulso acelerado estando en su presencia, pero a como diera lugar, quería verla… y aquella excusa de la lectura del testamento le daba la oportunidad.

Sabía que tras aquello se tendría que marchar, tendría que alejarse de ella y reconocerlo le dolía en el alma, más aún cuando ahora nada le impedía estar cerca de ella, solo su autocontrol y la certeza de saber que ella le detestaba.

Se había pasado toda la noche pensando en qué razón tendría para ponerle su propio nombre a su hijo. ¿Tal vez fuera cosa de su tío Thomas? En ese caso David se lo habría confirmado y no fue así. Necesitaba creer que no, que había sido ella quien hizo la elección por alguna razón y que fuera porque le consideraba muerto no era de mucha ayuda. Quería creer que sentía algo por él, por mínimo que fuera, pero necesitaba aferrarse a una pequeña esperanza para darle sentido a su mísera vida.

El mayordomo le hizo pasar al comedor, donde David se encontraba leyendo el periódico mientras desayunaba junto a su esposa.

—Buenos días *lady* Catherine, es un placer volver a verla —habló formal mientras permanecía erguido en su postura.

—¡Oh dios mío! —exclamó Catherine atragantándose con el té mientras devolvía la taza a su plato.

—Querida, ya te advertí de los acontecimientos —intervino David mientras doblaba el periódico y lo dejaba sobre la mesa—. Vamos, siéntate —animo a

Richard con un gesto de mano para que se sentara a la mesa.

—Lo lamento señor Hayden —contestó aún sorprendida Catherine, más aún por verle ataviado con aquel uniforme—. Perdón, teniente Hayden, ¿Verdad?

—alegó disculpándose.

—Así es —afirmó—. Aunque pronto seré ascendido a capitán —añadió sin un atisbo de sonrisa.

Lo cierto es que la noticia de su ascenso por los honores concedidos en la batalla no le satisfacía como debiera. Tal vez fuera porque no tenía con quien compartirla o porque simplemente su carrera militar no le llenaba, solo la eligió por la sencilla razón de que sería la única forma de apartarse de Julia obligadamente.

—Eso es una buena noticia —habló David con una sonrisa.

Richard iba a contestar cuando percibió ese olor a lavanda inconfundible y se apartó de la puerta sabiendo quien aparecería ante ella. Notó los latidos apresurados de su corazón, como las palpitaciones se aceleraban produciéndole cierto nerviosismo incontrolable y que al mismo tiempo su garganta se resecara debido a la anticipación de los acontecimientos. Vio su perfil asomándose, aquella nariz perfecta sobre un rostro esculpido por el mismísimo Miguel Ángel de piel radiante, unas pestañas largas, tupidas y oscuras casi tanto como el color de sus cabellos junto a unos labios rosados creados para ser venerados.

¿De dónde salía todo aquello? Él jamás había tenido pensamientos así. Nunca en todos sus años de vida se le habría ocurrido mirar de aquella forma a una mujer.

En ese momento reparó en el pequeño bulto que traía en su regazo y que

parecía observarle detenidamente comprendiendo lo que David le había confirmado el día anterior. No. Definitivamente no podía negar que era su hijo sin lugar a duda y en consecuencia sintió un instinto paternal que hasta ahora le había sido sumamente desconocido.

No quería marcharse. Mejor dicho; no sabía cómo iba a poder alejarse de ellos cuando todo en él le pedía a gritos permanecer a su lado.

—Buenos días —dijo Julia algo cohibida al sentir la mirada de

Richard sobre ella.

Al entrar no se había percatado de su presencia hasta que el rojo llamativo del uniforme fue inconfundible.

El desayuno fue algo silencioso. Por suerte David intentó amenizarlo cuando le pidió a Richard que relatara todo lo sucedido en la batalla en la que le dieron por muerto, obviando los detalles más agudos para no dañar la moral de las damas presentes.

El señor Campbell no tardó en llegar y todos salvo Catherine acudieron al despacho del duque de Lennox para proceder a la lectura del testamento de Thomas.

El señor Campbell tomó asiento tras la mesa del despacho con el permiso de *lord* Clayton, que se quedó de pie a un lado mientras el teniente Hayden y *lady* Julia, que eran los posibles herederos de la fortuna, lo hacían en las sillas frente al abogado.

—Bien… comencemos —sentenció el señor Campbell mientras sacaba de su portafolio los documentos y los abría con tranquilidad—. Tras la petición formal de *lord* Hayden, cuarto duque de Sheraton, en la lectura del testamento estarán aquí presentes sus herederos, *lady* Julia junto a su hijo,

como esposa e hijo del difunto fallecido y el teniente Hayden, sobrino del mismo tras comprobar que no murió en batalla como se pensó inicialmente.

También estará presente en calidad de testigo por petición expresa del duque; *lord* Clayton, duque de Lennox quien confirmará que todo lo aquí citado fue expreso deseo del fallecido.

Hubo un silencio sepulcral en el que Richard miró brevemente a David, como si tratara de averiguar que sabía su amigo, pero no pareció encontrar respuestas.

—Prosiga —habló David bastante sulfurado.

—Si —confirmó el señor Campbell—. En esta carta —dijo señalando un sobre—. El cuarto duque de Sheraton renuncia a su título a favor de su heredero, que en este caso se trata de su único hijo, *lord* Hayden, actual duque de Sheraton. Así como toda su fortuna y posesiones estén estos ligados o no al ducado le pertenecen a su único heredero legítimo. No obstante, hasta que el actual duque cumpla su mayoría de edad para hacerse cargo de la fortuna y ducado, *lord* Clayton

administrará su fortuna, salvo en la excepción de que su sobrino, el teniente Hayden, se halle con vida, en cuyo caso será él quien administre dicha fortuna en beneficio del actual duque de Sheraton.

—¿Cómo dice? —exclamó Julia completamente atónita.

—El teniente Hayden —habló el señor Campbell señalando a un impertérrito Richard que no reaccionaba—. Será el administrador de su hijo y velará por sus bienes hasta su mayoría de edad.

—¿Eso qué significa? —habló ahora Richard.

—Según estipuló el duque fallecido, deberá renunciar a su rango en la marina real y convivir en el mismo lugar donde lo hará el actual duque. Usted no

solo será su administrador, sino también su tutor según dejo estipulado en su testamento el anterior duque.

¿En qué estaba pensando su tío Thomas cuando estipuló aquello como sus últimas voluntades? Fuera como fuera solo había una cosa que no dejaba de cruzar por su mente; allá donde estuviera, así fuera el cielo, el infierno o el abismo. Su tío le estaba ofreciendo una oportunidad de estar junto a su familia, una ocasión que sería un necio si se negaba a aceptar.

Julia permanecía completamente atónita y sin poder creerlo. No podía ser cierto, era impensable que Thomas hubiera estipulado algo así, ¿Es qué no era plenamente consciente de la irresponsabilidad de su hijo? Es más, ¿Cómo se le ocurría obligarle a estar a su lado después de todo lo que le había hecho?

No lo entendía, buscaba la explicación, pero no la encontraba. Tal vez…

quizá todo se debiera a que Thomas pensaba que su hijo había fallecido y veía razonable que el tutor de su pequeño fuera *lord* Clayton, ¿Pero qué razones había para modificar esa parte si Richard resultaba estar vivo? Quizá solo fuera una forma de darle todo lo que no pudo estando con vida a pesar de quitarle el título.

¿Cómo iba a poder estar constantemente en su presencia? Eso teniendo en cuenta de que Richard aceptara. Tal vez no lo hiciera. Quizá había encontrado su lugar en la marina real.

—¿Qué ocurriría si renunciara? —preguntó Richard.

—Si decide renunciar a ser el tutor del duque de Sheraton, el aquí presente *lord* Clayton asumirá la posición.

Richard miró en ese momento a su amigo David, que parecía negar con la cabeza como si creyera que rechazaría la proposición.

—Antes de que el teniente Hayden responda, ¿Me permitiría hablar en privado con él? —preguntó David al señor Campbell.

—Si usted lo estima conveniente, podemos hacer un inciso y posteriormente proseguir —afirmó el señor Campbell.

Richard siguió a David hasta una pequeña sala de té que con toda probabilidad sería de uso exclusivo de la duquesa de Lennox, pero era el lugar oportuno para hablar en privado. Nada más entrar en aquel pequeño habitáculo de paredes floreadas y sillones estampados en florituras, David cerró la puerta con cuidado.

—Debes aceptar Richard. No hay discusión, tienes que hacerlo.

34

Richard había tenido un atisbo de duda al respecto y por eso había preguntado qué ocurriría si lo rechazaba, solo para asegurarse de que igualmente su hijo estaría en buenas manos, pero realmente siendo egoísta, su instinto le decía que aceptara, que esa oportunidad era la única posible para estar junto a ellos. Ahora que David casi se lo imponía, preveía que su amigo escondía algo, sin duda él era consciente de algún tipo de información desconocida para ellos.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—¡Porque es la única forma de estar junto a tu familia! —exclamó.

—No David —afirmó Richard seguro de lo que sospechaba—. Quiero saber qué está pasando. En ese momento vio cómo su amigo parecía dudar. Era como si estuviera pensando si podía revelar algún tipo de información—.

Dime ahora mismo por qué debo aceptar y no me des las razones que ya sé.

Sé que ocultas algo y quiero saber de que se trata.

—Ella es tu esposa aún —afirmó David sopesando sus palabras.

—¿Qué? —exclamó totalmente abrumado Richard.

—El juez nunca inscribió tu anulación. Tu tío se encargó de que no lo

hiciera y el matrimonio de tu esposa y él nunca existió realmente. Jamás la perdiste Richard y tu hijo es legítimamente tuyo.

—No puede ser… —susurró llevándose las manos a las sienes—. No es verdad… Todo este tiempo… —comenzó a pronunciar frases inconclusas—.

Me dieron un documento donde decía que mi matrimonio fue anulado —

alegó aun no creyéndolo.

—No tiene validez si el Juez no inscribe en acta la anulación —afirmó.

—¿De verdad? —exclamó con los ojos brillantes—. ¿Ella sigue siendo mi esposa? —preguntó deseando con todo su ser que así fuera, por más que pareciera un sueño, uno casi irreal, necesitaba que lo fuese.

—Si Richard. Yo mismo lo he comprobado, pero ella no sabe nada. No sé cómo pueda encajar la noticia —afirmó David.

—No debe saber nada —gimió de pronto Richard y por extraño que pareciera sonriendo al mismo tiempo.

Aunque nada le gustaría más que gritar a los cuatro vientos que era suya, prefería hacer las cosas bien por una vez en su vida. Su tío no solo le había dado una segunda oportunidad, sino que se había asegurado de enmendar cada uno de sus errores, incluso después de muerto. Empezaba a sentir cierta nostalgia por él y sobre todo, a creer que no era el hombre que siempre había creído por las ínfulas que su padre le contaba sobre él.

—¿Por qué te contó todo esto a ti, David? —preguntó Richard justo antes de que volvieran al despacho.

—No lo sé. Imagino que porque soy tu amigo y él solo buscó lo mejor para ti

—afirmó David sin revelar toda la información.

Richard guardó silencio y acto seguido volvieron al despacho donde Julia parecía frotarse las manos nerviosa y el señor Campbell revisaba unos documentos.

—Disculpad la espera, podemos proseguir —afirmó David mientras Richard tomaba su asiento de nuevo junto a Julia.

—¿Ha decidido el teniente Hayden si acepta la voluntad de su tío *lord* Hayden? —preguntó el señor Campbell curioso.

—Si —afirmó Richard—. Acepto ser el tutor del duque de Sheraton.

En ese momento Julia sintió un leve mareo y sintió todo su contraerse al mismo tiempo que su pulso se aceleraba. Había aceptado, iba a convivir con él, a verle cada día durante… ¿El resto de su vida?, ¿Cómo iba a poder sobrevivir a eso? No sabía si sería lo suficientemente fuerte para soportarlo.

Thomas, ¿Por qué me hiciste esto? Se preguntó Julia antes de que el señor Campbell comenzara a nombrar todas las repercusiones que tendría ser el tutor de su hijo y el procedimiento de cómo sería aquella convivencia entre

ambos.

Había pasado una semana desde la lectura del testamento y Julia aún no asimilaba la idea de que Richard fuera a ser el tutor de su hijo, de su propio hijo. Si analizaba la situación en retrospectiva desde un punto de vista externo era inverosímil. Él había sido su esposo, era el padre de su hijo y el heredero al ducado, en cambio su matrimonio se había anulado, él ahora era ejercería de tutor y no de duque con su propio hijo y a pesar de estar separados vivirían juntos por obligación. ¿Eran ironías del destino? No. Con toda probabilidad no lo eran puesto que Thomas había trazado todo ese plan y solo había algo que escapaba a su conocimiento. ¿Sabría que Richard estaría vivo o sería solo una vaga esperanza?

Se había estado preparando mentalmente para su inminente partida. En tan solo unas horas Richard llegaría y juntos emprenderían el viaje hacia la mansión de campo de los Hayden, donde habían decidido permanecer hasta adaptarse a la nueva situación. En realidad, había sido idea de *lord* Clayton y ella no había planteado ningún inconveniente puesto que lo que menos le apetecía era permanecer en la ciudad bajo las atentas miradas de la nobleza.

—Querida, ¿Ya tienes todo preparado? —preguntó Catherine sin llamar a la puerta puesto que ésta permanecía abierta mientras el servicio entraba y salía con sus pertenencias.

—Sí. Ya está todo —afirmó.

Había aprovechado esa semana para realizar compras las compras necesarias sobre todo para su pequeño, puesto que al marcharse no

tendría la oportunidad de adquirir cierto tipo de tejidos que solo se encontraban en la ciudad.

—¿Vendrá tu familia a despedirse? —preguntó Catherine para estar

informada.

—No —contestó con seguridad Julia—. Robert no se encuentra en la ciudad puesto que debía atender unos asuntos en referencia a un tema familiar y ayer me despedí ayer de madre, aunque tuve que persuadirla para que no tratara de acompañarme puesto que evité mencionarle que el teniente Hayden será el tutor de su nieto. Además, por alguna razón ella trata de evitar mencionar ese tema y todo lo referente a la anulación, imagino que porque no debe ser fácil para ella que su hija sea el centro de atención de las habladurías.

—Ya verás que con el tiempo todo se olvida, no hay nada que un nuevo chisme para que se olviden del anterior —aseguró Catherine sonriente.

—No creo que olviden tan fácilmente que fui repudiada por mi primer esposo, aunque al menos nadie ha tenido la indecencia de restregármelo en cara cuando me felicitaban por el nacimiento de Richard a pesar de saber que era la nueva duquesa de Sheraton.

Julia aún podía recordar las caras de adulación de aquellas damas con las que había compartido en más de una ocasión largas charlas en los salones de baile, mientras se dirigían a ella como duquesa de Sheraton y la felicitaban por tener un hijo tan hermoso. Entendió las palabras de Thomas cuando dijo que, tras convertirse en duquesa, la nobleza volvería a aceptarla y la prueba la tenía en aquellas damas. Se había preparado para afrontar algún comentario sobre la anulación de su matrimonio y probablemente lo obtendría de alguna dama descarada en el futuro, pero de momento pensaba retirarse, no tendría vida social mientras su hijo fuera tan pequeño y tampoco la deseaba por el momento.

—Todos terminan olvidando Julia. No ha pasado tanto tiempo desde aquella joven que fui una vez, a la que todo el mundo repudiaba porque pensaban que

mi afección era contagiosa, incluso mi esposo lo creía y mírame ahora —

aseguró—. Nadie lo recuerda siquiera, incluso a mí me parece tan lejano que a veces creo que solo fue una pesadilla.

—Tal vez —sonrió Julia acercándose a ella—. Aunque yo nunca te rechacé ni pensé que fuera contagioso —añadió abrazándola.

—Lo sé —afirmó—. Eras mi única amiga, la única que me aceptaba y no me juzgaba por mi aspecto.

—Mi *lady*, el teniente Hayden ya está aquí y la espera —anunció la doncella.

—Gracias Sibil, enseguida bajamos —contestó Julia mientras cogía a su pequeño en brazos—. Parece que ha llegado la hora.

Cuando Julia llegó al final de la escalera junto a Catherine le sorprendió no ver a Richard por ninguna parte, hasta que las voces comenzaron a aparecer por el pasillo que conducía al despacho privado de David y entendió que debían estar hablando en privado.

—Buenos días —anunció Richard cuando la vio en el hall de entrada, tan hermosa como siempre y con su pequeño hijo en brazos.

Probablemente tardaría en acostumbrarse a esa sensación de plenitud que sentía cuando les veía. Era un sentimiento de orgullo inexplicable.

—Buenos días teniente Hayden —contestó Julia guardando las distancias.

Incluso le sorprendió ver que Richard aún vistiera el uniforme, ¿No se suponía que debía abandonar la marina real al asumir ser el tutor de su hijo?

—¿Está todo listo? —preguntó Richard—. Será mejor que partamos enseguida o se nos echará la noche encima antes de llegar a la posada —

añadió sin esperar contestación a su prima pregunta.

—Sí. Podemos partir inmediatamente —contestó Julia no queriendo ser consciente de lo que ello implicaba.

Se despidió de su amiga Catherine y de su esposo que partirían al día siguiente hacia su mansión campestre y habían prometido visitarles pronto, al igual que había hecho Emily días previos antes de marcharse también al campo.

Para su tranquilidad o al menos para la de sus nervios, Richard hacía el camino a caballo y no compartiendo su carruaje como pensó en un

principio que haría. No sabía que era peor, si ver su silueta cada vez que miraba por la ventana del carruaje puesto que las cortinas permanecían abiertas debido al calor del verano o que en su lugar él hubiera permanecido dentro del carruaje porque al menos podía fingir distracción en el exterior.

Había comenzado a admirar el porte que mantenía mientras cabalgada junto al carruaje manteniendo una distancia prudencial en la delantera, como si de algún modo les estuviera dando servicio de protección. Desde luego aquel uniforme le quedaba demasiado bien, tanto, que ya empezaba a desconocer si el calor que sentía era producto de la temperatura ambiente o de su propio cuerpo al tener pensamientos demasiado lascivos muy a su pesar.

Pasaron la noche en una posada que estaba a unas millas de la mansión familiar de campo de los Hayden, si salían temprano al día siguiente, llegarían antes del almuerzo. Como era de esperar, ella dormiría en una de las habitaciones junto a su doncella que la acompañaba y su pequeño, mientras que Richard permanecía en la habitación de al lado.

Apenas habían cruzado palabra alguna y por alguna razón, Julia no se atrevía ni tan siquiera a hacerlo, ¿Qué iba a decirle? Aunque había una pregunta que no cesaba de repetirse una y otra vez, pero no era momento ni lugar para

formularla. Así que tras la cena y una formal despedida, se fue a su habitación a pesar de que Richard permaneció en el salón de la posada mientras se terminaba una jarra de vino.

Julia trataba de dormir, pero el desvelo de sus pensamientos la mantenía despierta. Sentía tanta confusión en sus sentimientos que era incapaz de encontrar la calma a ellos. Por un lado le amaba, reconocía que a pesar de todo lo hacía y por otro lado se negaba a perdonar todas las hazañas que él había cometido en su contra. No podía simplemente eliminarlas y hacer que desaparecieran, era incapaz de evitar cierto resquicio de rencor que aún permanecía dentro de ella a pesar del deseo, a pesar del amor que indiscutiblemente seguía sintiendo hacia él. De todos modos eso daba igual.

Richard jamás la había querido, nunca había sentido el más mínimo sentimiento o atisbo de cariño hacia ella y probablemente seguiría siendo siempre así.

En ese momento escuchó como alguien trataba de abrir la puerta y

posteriormente forzarla. Miró a su doncella que permanecía dormida sobre su camastro en el suelo, la única luz proveniente de la habitación era la de la chimenea y veía como el pomo de la puerta se movía mientras alguien parecía querer entrar. Se levantó y cogió uno de los atizadores que se usaban para la leña mientras se preparaba para lo que pudiera suceder.

—¡Mujer!, ¡Abre la puerta! —gritó un hombre al otro lado mientras daba un golpe en la puerta.

En ese momento su doncella se despertó y dio un pequeño grito asustada al verla, pero Julia se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio.

—¡Mujer!, ¡Abre la puerta o la tirare abajo! —amenazó de nuevo.

Por un instante pensó en si podría ser Richard, pero no era su voz. Sabía

perfectamente que no se trataba de él y eso por alguna razón, la asustó aún más.

Pensó que al no obtener respuesta el individuo se marcharía, pero nada más lejos de la realidad, sino que, tras un silencio momentáneo, la puerta se abrió y un enorme hombre con signos de embriaguez cruzaba el umbral de su habitación.

—¡Ven aquí mujer! —gritó aquel hombre mientras se dirigía hacia ella y su doncella comenzó a gritar.

—¡Lárguese de aquí inmediatamente! —gritó Julia mientras alzaba el atizador dispuesta a darle, pero antes de poder hacerlo aquel tipo la cogió del brazo con el que lo sujetaba con tanta fuerza que tuvo que soltarlo mientras gemía de dolor.

—Suéltala ahora mismo o aprieto el gatillo —susurró Richard con una voz tan fría que podría helar el aire.

Julia escuchó aquella voz y hasta a ella se le congeló la sangre con la frialdad que lo había dicho, notó como aquel hombre la soltaba y en cuanto lo hizo, Richard le propinó un golpe con el arma en la nuca de forma que cayó desplomado sobre el suelo mientras la doncella exclamaba un grito de horror.

—¿Estás bien? —exclamó Richard acercándose a ella.

Julia le observó y estaba completamente enmudecida. ¿Bien?, ¿Estaba bien?

—S… si —dijo al fin.

—Baje inmediatamente al salón e informe al tabernero de lo sucedido en la habitación —dijo Richard dirigiéndose hacia la doncella que asintió y salió con premura dejándoles a solas—. ¿Te ha hecho daño? —preguntó mientras

se acercó más a ella y sus ganas por tocarla eran abrumadoras, pero se contuvo puesto que no quería asustarla. No se perdonaría que estando a su lado, un borracho inútil la hubiera agredido.

—Yo… —comenzó a decir Julia perdiendo cualquier rastro de razón. Parecía preocupado por ella, ¿Lo estaba de verdad? En ese momento el pequeño comenzó a llorar y salió de su trance mientras se acercaba para acogerlo en brazos.

—Vamos, te acompañaré a mi habitación. No voy a permitir que pases la noche en esta habitación con esa puerta rota.

—¿Y tú? —preguntó Julia contrariada.

—No voy a apartarme de tu lado —contestó dando por sentado que dormiría en la misma habitación que ella.

El silencio reinaba en la habitación. La respiración acompasada del pequeño Richard junior calmaba los nervios de Julia, esos infundados por la terrible seguridad de que el padre de su hijo la observaba minuciosamente desde la butaca en la que se hallaba sentado. No le hacía falta siquiera mirar en aquella dirección para saberlo. Podía sentir sus ojos fijos en ella mientras fingía dormir a pesar de que era imposible lograrlo en semejante situación.

Tal vez no debería sentirse tan avergonzada teniendo en cuenta que habían estado casados en el pasado, pero jamás había compartido el lecho con Richard, nunca habían dormido juntos ni tan siquiera en las dos ocasiones que había yacido con él. Resultaba irracional que precisamente ahora, que no eran marido y mujer, durmieran en la misma habitación a pesar de no compartir la misma cama.

Julia notó el movimiento inquieto de su pequeño y supo al instante que

buscaba incluso antes de que comenzara el llanto. Así que se bajó el

camisón holgado que llevaba acercando de esta forma su pezón al pequeño que enseguida comenzó a amamantarlo. Fue un movimiento tan natural que había hecho en tantas ocasiones que ni siquiera fue consciente de que Richard debió verla. En ese instante sus mejillas se tiñeron y agradeció la parcial oscuridad de la habitación con la poca claridad que iluminaba el fuego de la chimenea para que no lo detectara. Inevitablemente alzó la vista y miró en su dirección, encontrándose con aquellos ojos verdes que no perdían detalle alguno de la escena. Richard ni tan siquiera apartó la vista cuando ella le observó, sus miradas bastaban para decirlo todo, no era necesario romper la barrera del silencio. Vio el deseo en sus ojos, pero también vio ternura y casi se podía atrever a decir que incluso había algo más en aquella forma de observarla, pero pensarlo era engañarse a sí misma.

Richard permanecía en aquella butaca mirando hacia la cama de la habitación, otorgándole una vista completa de la misma y de los ocupantes de aquel lecho; su mujer —porque era su mujer— y su hijo.

Tras una semana de auténtica locura ocupándose y dejando todo en orden conforme al ducado, puesto que él era ahora el duque de Sheraton a ojos de la cámara de lores y de todos los presentes a excepción de su esposa.

A pesar de saber por David que su petición de anulación no había sido inscrita y por tanto no era válida, comprobarlo por sí mismo fue una sensación de paz gloriosa. Oficialmente seguía siendo su esposa, nunca había dejado de serlo y saberlo solo le incitaba aún más la necesidad de demostrarle que la amaba, que la quería y que deseaba pasar el resto de su vida junto a ella. No iba a contarle que su matrimonio no fue anulado hasta que fuera absolutamente necesario, no la condicionaría a estar a su lado, él quería que ella tuviera la oportunidad de elegir e incluso sería capaz de alejarse de ella si

así se lo pedía, aunque haría todo cuanto estuviera en su mano por evitarlo.

En aquellos momentos no podía dejar de observar su hermoso rostro del que resultaba imposible apartar la vista mientras aparentemente dormía, porque su respiración a pesar de ser suave no era acompasada y por lo tanto sabía de sobra que estaba fingiendo. Tal vez fuera por culpa de aquel incidente del que si le llegara a ocurrir algo jamás se perdonaría o quizás fuera por el simple hecho de que no se fiara de él, algo que si era sincero, lo esperaba dado su largo historial y que precisamente había concebido a su hijo allí presente porque

prácticamente se metió sin permiso en su lecho a pesar de no forzarla en ningún momento.

Notó el movimiento del pequeño y pensó que probablemente despertaría en llanto, pero lo que jamás pensó que ocurriría es que Julia se deslizara aquel camisón dejando su pecho a la vista y amamantara a su propio hijo ella misma. Ni tan siquiera había pensado hasta ese momento en que no llevaban a una nodriza con ellos y ahora entendía las razones. No la necesitaba.

El cúmulo de sensaciones que sentía al mismo tiempo se agolpaba de tal forma que era incapaz de darle sentido. Sentía deseo y lujuria por la mujer que fervientemente anhelaba y de la que le había permitido ver parte de su desnudez, pero también sentía un cariño y ternura infinita por ser ella misma quien alimentaba a su pequeño demostrando cuánto lo amaba.

En ese momento aquellos ojos bronce se fijaron en los suyos y ni tan siquiera podía apartar la vista de ellos. Quería decirle tantas cosas…

«Te deseo tanto, que mi juicio se desboca»

«Te aprecio tanto, que sufro si no te tengo cerca»

«Te amo tanto, que daría mi vida por ti si fuera necesario»

«Eres mía y sufro por no poder tenerte como quisiera»

Y con aquella mirada fija de cada uno puesta en los ojos del otro, entre aquel silencio solo roto por el ruido de la madera quemándose, Julia supo que él estaba allí para darle su protección y que su intención no era otra sino la de quedarse junto a ellos precisamente para que nada, ni nadie les hiciera daño.

Era la primera vez que aquel hombre al que seguía indudablemente amando, hacía un gesto hacia ella que no era puramente egoísta y saberlo solo le hizo creer que quizás, solo quizás, Richard Hayden sí había cambiado.

35

Richard apenas pudo dormir en toda la noche, tal vez únicamente fuera su intento de atesorar aquel recuerdo porque no sabría cuando volvería a tener la oportunidad de estar junto a ella, de verla dormir y sobre todo de regodearse con aquel instante. Observarla dormir placenteramente era expectante, pero él quería más, mucho más. Deseaba poder estar en ese mismo lecho, al otro lado junto a ella y abrazarla, protegerla y hacerle sentir que era suya, porque así era.

Con los primeros rayos de sol decidió despejarse, así que aviso a la doncella para que se mantuviera despierta en la habitación mientras él fue a comprobar que todo estaba en orden para reemprender el camino de vuelta a casa "su casa". Por ironías del destino iba a tener una vida familiar, una de la que durante toda su vida había rehuido y de la que ahora no podía anhelar más tener.

Cuando Julia despertó y comprobó que Richard no estaba en la habitación, sintió un cierto pellizco de sentimiento nostálgico. Le hubiera gustado verle, le habría apetecido por una vez en su vida, verlo despertar, pero quizá sería pedir demasiado. Su doncella se encontraba allí preparando el desayuno que, al parecer, había sido ordenado en la habitación y tuvo que agradecer la comodidad de no tener que prepararse para bajar a aquel salón con su pequeño de nuevo donde el ruido le mantenía intranquilo.

—Buenos días mi *lady*, el teniente Hayden dice que cuando lo desee podremos emprender el camino —dijo la doncella.

—Gracias Sibil, puedes decirle al teniente Hayden que iré enseguida. Estoy deseando llegar a casa y darme un largo baño —contestó mientras se levantaba y como el pequeño seguía durmiendo se acercó a la mesa donde su doncella le había servido el té caliente con leche como a ella le gustaba.

—Por supuesto mi *lady*, enseguida subiré para ayudarla a vestirse.

En aquel momento en el que se quedó a solas, Julia se acercó al asiento donde había permanecido gran parte o incluso toda la noche Richard mientras la observaba. Pasó sus dedos por le piel que cubría el sillón como si de algún modo pudiera tocarlo a él. Su aroma aún estaba parcialmente impregnado en aquella habitación, tan varonil y tan masculino que la embriagaba por completo llenándola de frenesí.

No tenía ni idea de cómo conseguiría lograr no sucumbir a su propio deseo por él, tal vez la mejor forma sería evitarlo, tratar de no coincidir con él salvo lo mínimamente imprescindible y aun así… era incapaz de negarse a sí misma que lo deseaba, que todo su cuerpo vibraba por su esencia.

Apenas llegaron a la mansión, fueron recibidos por el servicio y para su sorpresa, Richard desapareció durante el resto del día, aunque estaba tan cansada de aquel tedioso viaje que no le importó. Además, ¿No se había planteado que quizá era mejor evitarle?

Recibió el aviso de Sibil que la cena estaba lista y bajó las escaleras convencida de que cenaría en solitario a pesar de tener un pequeño presentimiento de que él la acompañaría. Cuando entró en el comedor, no le pasó desapercibido que no había uno, sino dos servicios en la mesa y antes siquiera de poder preguntarle a su mayordomo si disfrutaría de la compañía del teniente Hayden, éste apareció.

—Disculpe la espera —dijo de manera formal—. He llegado hace tan solo unos instantes de inspeccionar la finca a caballo y apenas he tenido tiempo de cambiarme.

Julia asintió algo cohibida, entendiendo entonces los motivos de la desaparición de Richard durante todo el día. Y ella que había pensado que probablemente estaría durmiendo por haber pasado casi toda la noche despierto.

—¿Qué tal la ha encontrado? —preguntó.

Si iban a vivir juntos, más valía tener una relación de cordialidad.

—Hay un par de asuntos que requieren de mi atención mañana, pero nada que no pueda esperar —contestó complaciente y para sorpresa de Julia

observó cómo le ofrecía la silla para que se sentara en lugar de esperar que lo hiciera el servicio.

Anonadada por aquella acción se sentó y él lo hizo justo a su lado, a la cabecera de la mesa en el mismo lugar que semanas antes lo hacía su padre.

Era extraño que Thomas ya no estuviera, tenía la sensación de que en cualquier momento entraría por la puerta para dedicarle una sonrisa y desearle un buen día.

—Sé que todo esto debe ser difícil para ti, tampoco es fácil para mí, pero creo que es importante para nosotros y para nuestro… para el duque de Sheraton que tratemos de llevarnos cordialmente como si esta situación fuera normal

—habló Richard una vez les habían servido el primer plato que consistía en un consomé de verdura.

—¿Vas a quedarte? —No pudo evitar preguntar Julia—. ¿De verdad vas a quedarte y no te marcharás en cuanto puedas deshacerte de nosotros?

Aún le sorprendía las razones de porqué había aceptado aquello, es más, se moría de ganas por preguntarle cuales habían sido sus motivos para aceptar ser el tutor de su propio hijo renunciando así a su ducado tan preciado.

—No me iré —afirmó—. No a menos que tú desees que me marche. —La retó Richard.

—Yo voy a respetar la voluntad de Thomas —afirmó no reconociendo que, en el fondo, ella deseaba que él estuviera allí a pesar de que su juicio le dijera lo contrario—. No seré yo quien te pida que te marches.

—Yo también —afirmó Richard no reconociendo que realmente estaba allí por ella, para recuperarla, para tratar de ser de verdad una familia.

La cena terminó tranquila y prácticamente en silencio. Tal vez era demasiado

pronto para ambos y más aun teniendo en cuenta que casi eran unos completos desconocidos.

—Debo terminar de leer unos documentos, estaré en el despacho si me necesitas para cualquier cosa —anunció una vez que terminaron de recoger los platos del postre.

Julia se retiró a su habitación, pero lo cierto era que no podía dormir. Saber que Richard estaba en aquella casa y bajo aquel techo, la hacía estar nerviosa.

Se deslizó descalza hasta la planta inferior, suponía que al ser bien entrada la noche, él ya se habría retirado a dormir, más aún teniendo en cuenta que apenas había dormido en las últimas horas y debía estar rendido, por lo que no lo pensó cuando abrió la puerta del estudio sin llamar pero para su sorpresa encontró la tenue luz del candil sobre la mesa iluminando el rostro de Richard que estaba completamente dormido en la silla y apreció los documentos que tenía delante sobre la mesa.

No se había despertado, así que hubo un instante en el que no supo si marcharse antes de que él se diera cuenta de que ella estaba allí, pero la tentación le pudo y entornando la puerta sin llegar a cerrarla se acercó hasta él. Era la primera vez que le veía dormido, parecía tranquilo y tan increíblemente guapo como solo él lograba serlo a sus ojos.

Sus dedos le quemaban por tocarlo, por apartarle esos pequeños mechones que caían sobre su frente y antes de poder siquiera refrenar su instinto lo hizo… tocando aquella piel ahora en parte curtida por el sol. Justo en el momento en que sus dedos rozaron su rostro, Richard abrió los ojos y le cogió la mano por la muñeca instintivamente como si estuviera alerta.

Julia contuvo la respiración mientras aquellos ojos verdes la miraban fijamente inspeccionándola y su corazón se aceleró. ¿Qué excusa tenía para

hacer lo que estaba haciendo?

Richard estaba preparado para todo, incluso para que intentaran asesinarlo, pero no para que ella estuviera allí en cuanto abrió los ojos tras quedarse dormido mientras leía aquellos documentos sobre las cuentas de la propiedad.

¿Qué hacía ella allí?, ¿Y qué hacía tocándole? La observó

detenidamente, vestida con aquel camisón fino que a pesar de estar envuelta en aquella bata lucía igualmente hermosa, con aquellos ojos bronce algo cohibidos por haberla encontrado en una situación que probablemente ni ella misma sabía cómo había llegado y esos labios entreabiertos queriendo emitir una disculpa.

Acarició suavemente la suave piel de la muñeca de su mano por donde la había sujetado en un principio creyendo que se trataba de un atentado a su persona y ante su contacto, un leve gemido se escapó de sus labios.

No lo soportó más. Era demasiado tiempo intentando apartarse de ella, incontables días alejándola de sus pensamientos sin obtener resultados, ni tan siquiera le dio opción, de un solo tirón la acercó a ella y se lanzó sobre aquellos labios carnosos que incitaban al pecado.

Tal vez se arrepentiría de ello mañana, quizá era aún muy pronto, pero no podía luchar un solo instante más contra ese sentimiento de puro instinto carnal que sentía sobre ella en aquel instante.

Julia se sintió abrumada ante aquel contacto de sus labios entrelazándose con los suyos en un vaivén sin sentido que provocaba que su juicio quedara completamente anulado ante el ímpetu del deseo que se apoderaba de ella y del que inevitablemente se adueñó de su voluntad respondiendo aquel beso.

Aquellos dulces labios que emanaban fuente de calor y le hacían sentirse llena de nuevo eran completamente embriagadores, hasta el punto de que

cuando Richard traspasó con su lengua aquella barrera un leve jadeo producto de la emoción que sintió tras hacerlo escapó de su garganta y ante aquello él la atrajo hasta su cuerpo estrechándola entre sus brazos, donde notó cada músculo de su cuerpo al mismo tiempo que su calor la apresaba.

Las manos de Richard fueron deslizándose lentamente hacia abajo, recorriendo suavemente su cuerpo mientras su lengua hacía maravillas en su boca provocando que perdiera cada vez más la razón de sus actos y se abandonara al abismo de lo que aún sentía por él.

En el momento en el que Richard apartó los labios de su boca descendiendo por su garganta, ella abrió los ojos como si de pronto fuera consciente de lo que estaba ocurriendo, de lo que ocurriría si no refrenaba aquello y aunque lo deseara, aunque realmente lo quisiera, no podía permitirlo.

—No —susurró suavemente y Richard detuvo repentinamente aquel camino de besos que le estaba proporcionando—. No puedo —añadió mientras se zafaba de su abrazo antes de arrepentirse.

Tenía que marcharse de allí. Debía irse antes de arrepentirse de lo que estaba haciendo porque todo su cuerpo le reclamaba quedarse para descubrir el placer carnal de nuevo, ese placer que indudablemente él le brindaba a pesar del dolor que había tras él.

—Julia —gimió Richard tratando de decir demasiadas cosas sin llegar a decir nada.

—Esto no puede ocurrir —contestó sin mirarle, puesto que, si observaba aquellos ojos verdes, sería mucho más difícil creerse sus propias palabras—, jamás debió pasar —añadió haciendo ademán de irse.

—No… espera… Jul…

Pero ella no se quedó a escucharle, sino que salió apresuradamente porque sabía que, si se quedaba, buscaría la excusa perfecta para su conciencia y finalmente sucumbir al deseo que él le proporcionaría a pesar de que después todo fuera dolor y lágrimas.

Tras marcharse Richard dio un golpe a la mesa ruda del escritorio de madera de su tío. Su escritorio ahora que lo pensaba detenidamente puesto que era su heredero.

¡Maldita fuera su estampa y maldito el momento que la había besado!

Sabía que se iba a arrepentir de ello, pero aún así había sido una tentación inevitable cuando la observó tan cerca, mirándole y con su mano acariciándole el rostro. ¿Qué hacía ella allí viéndolo dormir?, ¿Por qué se había acercado tanto? Desconocía las razones, pero lo que sí tenía claro era que la había asustado y que ahora sería más complicado conseguir un acercamiento hacia ella.

Solo había avanzado medio paso para retroceder otros cinco. No tenía ni idea de cómo reprimir su deseo, sus ganas, sus sentimientos hacia Julia que hasta le salían por cada poro de su piel y que estaba seguro era inevitable que nadie se diera cuenta, incluso la propia Julia.

No tenía ni idea de cómo se conquistaba a una mujer, él jamás se había visto en esa necesidad y ni tan siquiera sabía cómo debía empezar. Todo lo que sabía era que le gustaban las joyas lujosas, los vestidos caros, las flores… y que suspiraban por los poetas callejeros

que proclamaban versos al aire.

«¡Eso es!» Gimió internamente mientras cogía un trozo de pergamino nuevo colocándolo sobre los documentos de cuentas que había estado revisando y mojando la pluma en aquel bote de cristal de tinta fresca comenzó a deslizarla sobre el pergamino nuevo.

—¡Buenos días mi *lady*! —exclamó Sibil cuando se adentró en la habitación y vio a su señora despierta con su pequeño en brazos.

—Buenos días Sibil —contestó sin mirarla puesto que su mente aún seguía sin procesar como había podido dejar que Richard la besara, ¡Y más aún de aquella forma tan… tan… demasiado placentera para su desgracia!

—¿Ha descansado del viaje de ayer?, ¿Desea que le preparen un baño? —

preguntó la doncella amablemente mientras sacaba del armario el vestido que su señora se pondría para ese día.

—Lo cierto es que aún estoy algo cansada —aseguró Julia, aunque su cansancio no fuera precisamente por no descansar, sino porque sus pensamientos no la habían dejado dormir lo suficiente.

—Tal vez le venga bien un paseo por los alrededores como le gusta hacer por las mañanas —contestó Sibil siguiendo su tarea.

—Si… puede que… ¿De quién son esas flores? —preguntó Julia de pronto cuando alzó la vista y vio aquel enorme jarrón con aquellas flores silvestres.

Había estado tan distraída que ni tan siquiera había percibido el olor que ahora le llegaba.

—Me han solicitado que se las trajera a su habitación mi *lady* — contestó la doncella.

Julia las miró extrañada. Eran flores silvestres y no del jardín, ¿Quién iba a…? Entonces divisó un papel entre ellas y su corazón se aceleró.

Levantándose con cierta premura a pesar de llevar al pequeño en brazos, se acercó hasta el jarrón y cogió el pequeño papel que se encontraba albergado entre las flores. No estaba sellado, ni tan siquiera contenía un sobre, sino que

lo desdobló para encontrar con una impecable letra unas palabras que le hicieron que su respiración se contrajera, su pulso dejara de latir y definitivamente sus rodillas flaquearan hasta el punto de que si no fuera porque su razón le decía que llevaba a su hijo en brazos, se habría caído al suelo desplomada.

"Son tus labios locuaces los que hacen que pierda la cordura, anulen mi juicio y me rinda ante la veracidad del anhelo de tus besos"

No había firma. No estaba firmado, pero indudablemente sabía de quien era, aunque no entendía porqué hacía aquello.

Bien. Le estaba dejando claro con aquella nota que él la deseaba, que fervientemente la deseaba y no sabía si era peor conocer ese deseo, puesto que ahora lo tendría presente cada vez que estuviera a su lado, no podría evitar el hecho de que ella también anhelaba lo mismo, aunque no quisiera expresarlo.

Aquello era peor que un castigo… ¿Por qué el destino se empeñaba en martirizarla?, ¿Acaso no había tenido suficiente?, ¿Debía tropezar tres veces con la misma piedra para entender que Richard siempre le haría daño?

Tal vez sí. Tal vez era lo que necesitaba.

36

—Sibil, creo que saldré a dar un paseo por los alrededores, ¿Puedes quedarte con el pequeño Richard mientras me ausente? —preguntó Julia a pesar de no estar en la necesidad de hacerlo, puesto que solo debía emitir una orden y su doncella la acataría sin rechistar. No obstante, no le gustaba hacerlo, prefería que la doncella se predispusiera de buena gana teniendo en cuenta que le dejaba al cuidado su bien más preciado.

—Por supuesto mi *lady*, sabe que para mí es un placer estar con su excelencia

—contestó con una sonrisa—. No obstante, no se aleje. Antes de venir hacia aquí la señora Hoffman dijo que le dolían sus rodillas y eso significa en esta casa que caerá una buena tormenta —la advirtió.

—¿Tormenta con ese sol? —ironizó Julia observando la luz que traspasaba a la habitación.

No es que dispusieran de muchos días soleados precisamente, aunque estaban en verano y las peores tormentas caían precisamente en ese tiempo al ser repentinas, pero dudaba que precisamente ese día hubiera una, puesto que no se podía apreciar ni una sola nube en el cielo despejado.

—Hágame caso mi *lady*, la señora Hoffman nunca se equivoca en esas cosas

—insistió la doncella.

—Está bien Sibil, no me alejaré —contestó para no preocuparla.

Tampoco es que pensara hacerlo, pero necesitaba poner distancia entre aquella casa y ella o más bien entre Richard y ella.

Para su propia desgracia no cumplió la promesa que le hizo a su doncella y se alejó más de la cuenta por ir ensimismada en sus pensamientos. Ya debía llevar probablemente más de una hora caminando sin rumbo y si era sincera consigo misma, no tenía ni idea de cómo volver. Había seguido el arroyo en el que siempre se había sentado a escribir cuando Thomas aún seguía con vida aquellas tardes soleadas y había llegado hasta una arboleda gigantesca en la que maravillada por su esplendor se había adentrado.

No había tenido tiempo de visitar las tierras, puesto que al estar en estado no era recomendable montar a caballo por peligro de perder a la criatura, por tanto, no tenía conocimiento alguno de donde se encontraba y para empeorar las cosas, tenía que darle la razón a Sibil y a su cocinera; la señora Hoffman,

porque efectivamente el cielo se estaba volviendo cada vez más gris, se había levantado un aire nada agradable y comenzaba a tener algo de frío.

Decidió no separarse del arroyo cuando las primeras gotas comenzaron a caer empapándola por completo, hasta que posteriormente empezó el diluvio y desde lejos comenzaban a escucharse los truenos de la tormenta. Estaba asustada y probablemente cogería un catarro por su estupidez, pero ahora lo único que deseaba era encontrar el camino de vuelta a la mansión Hayden, donde sin duda alguna su pequeño la estaría extrañando.

«No iba a tener miedo… no pasaba nada, todo saldría bien» Se intentaba decir a sí misma para tratar de creérselo, aunque en realidad la desesperación comenzaba a rozar su locura.

—¡Julia! —escuchó el grito de pronto acompañado del relinchar de un caballo después del sonido atroz de un trueno.

—¡Estoy aquí! —gritó sin ver absolutamente nada, pero aliviada de haber oído la voz de Richard no muy lejos de allí.

Cuando la sombra negra que apareció frente a ella se acercaba y de un solo movimiento la alzó montándola en aquel caballo mientras la

apresaba entre sus brazos, las lágrimas comenzaron a derramarse de sus ojos, fruto de la desesperación por sentir el alivio de no estar sola.

—¡Por dios!, ¡Estás helada! —exclamó mientras la apretaba contra sí y la envolvía en su capa mientras espoleaba el caballo y este salía a todo galope tan rápido como el viento.

Julia no dijo nada, pero casi le pareció que había pasado apenas un instante cuando el caballo se detuvo y sintió cómo Richard se apeaba y posteriormente la cogía entre sus brazos para bajarla.

—N…no est…tamos en…en cas…a —habló tiritando de frío tratando de ver el lugar.

—Estamos a media hora de caballo y bajo esta tormenta en tu estado no voy a permitir que te enfermes más aún. Tienes que entrar en calor y cuando amaine la tormenta, volveremos a casa.

Julia asintió. Precisamente no estaba para replicar después de su imprudencia.

Entraron en aquella casita, parecía que no había nadie como si estuviera abandonada y tras ver la gran cantidad de leña que había dentro, entendió que debía ser la casita donde alojaban la leña y que estaba preparada para que pudiera resguardarse en noches frías de invierno.

—Debes despojarte de todos esos ropajes —dijo Richard quitándole la capa que estaba empapada. Se desabrochó la chaquetilla y se sacó la camisa blanca que llevaba quedando su pecho completamente desnudo—. Ponte esto —

añadió ofreciéndosela a Julia y con cierto titubeo ella la cogió.

Julia se apartó de Richard lo suficiente para tener privacidad, a pesar de que él estaba demasiado entretenido encendiendo el fuego de la chimenea. Se deshizo de toda su ropa empapada, incluso sus enaguas puesto que el agua había calado todas las prendas y se colocó la camisa de Richard que al ser corta, hacía que sus piernas estuvieran desnudas desde sus pantorrillas hasta los pies.

—Gracias —susurró Julia acercándose a la chimenea donde el fuego comenzaba a prender y Richard se volvió a mirarla.

—Ven aquí. —Fue toda su respuesta mientras la sentaba en el suelo sobre una vieja manta algo roída, pero que al menos no permitía que

traspasara el frío de aquel suelo de piedra y la envolvió entre sus brazos.

Julia sintió como la abrazaba sintiéndose apresada en aquellos fuertes brazos y se encogió sobre sí misma porque de alguna forma necesitaba aquella protección sin saberlo. La había necesitado como el aire para respirar.

—No lo vuelvas a hacer —gimió Richard—. No vuelvas a desaparecer así.

Creí que moriría si no te encontraba —añadió antes de apretarla aún más contra él y aspirar su aroma.

—Richard… —jadeó Julia anonadada por aquella confesión.

—No pido que me perdones. Sé que no me lo merezco. Tampoco rogaré que me aceptes, sé que no soy merecedor de ti, pero eso no cambia lo que siento… lo que deseo…

—¿Qué deseas Richard? —Se atrevió a preguntar como si su voluntad se hubiera quedado fuera de aquella cabaña bajo la lluvia.

—A ti… —contestó mientras su nariz ascendía por su cuello—. Solo te deseo a ti —sentenció antes de acercarse a sus labios y Julia acortó la distancia que quedaba entre ellos.

Le necesitaba. Aunque solo fuera una noche, necesitaba a Richard. Sentirse por una vez querida como se estaba sintiendo en ese momento y después si debía afrontar las consecuencias, lo haría. No podía soportarlo más, no podía reprimirse a sus caricias por más tiempo, negarse a sí misma lo que sentía a pesar de todo el daño que él le había hecho.

Los labios de Richard jadearon entre los suyos cuando descubrió cómo respondía a ellos y sus manos se apretaron en su cintura provocando que el espacio entre ellos fuera inexistente.

Julia subió sus manos recorriendo aquel pecho desnudo que emitía un calor corporal que la llenaba por completo y acarició con sus dedos el cabello de

Richard mientras devoraba con frenesí aquella boca de la que emanaba el producto de sus delirios. Había soñado tantas veces con que Richard la besara de aquella forma que ahora no podía descifrar si se trataba únicamente de un sueño.

No era Ágata de fuego… era ella misma a la que estaba besando Richard.

Los dedos de Richard comenzaron a recorrer su espalda, acariciando su piel y deleitándose en cada palmo hasta llegar a sus nalgas desnudas donde la apretó contra él como consecuencia del deseo que sentía y pudo notar la dureza de su hombría.

Richad se deshizo de la camisa que llevaba puesta y que era suya, dejándola completamente desnuda para su deleite. Había deseado tantas veces tenerla así, entre sus brazos, siendo de él, entregándose en cuerpo y alma a él, y ahora estaba completamente a su merced. Tenía tanta ansia por su cuerpo que temía no poder controlarse.

—Eres absolutamente hermosa —gimió mientras apresaba uno de sus pechos entre sus dientes teniendo cuidado de no rozar su sensible pezón por la lactancia y la escuchaba gemir de puro placer.

—Richard… —gimió.

—Eres mi diosa… mi ninfa de los bosques —siguió diciendo sin dejar de acariciarla mientras su boca seguía deleitándose entre sus pechos y su mano descendía ligeramente hasta su entrepierna.

La había tumbado sobre aquella manta algo roída y con cuidado la cubría parcialmente con su cuerpo, proporcionándole el placer que solo ella se merecía.

Julia no era consciente de sus propios deseos. Estaba sintiendo un placer

inigualable. Jamás lo había sentido tan delicado, tan sumamente atento con ella como ahora a pesar de que solo había tenido dos encuentros junto a él, ninguno había sido igual al anterior.

—Te deseo tanto… —gimió Richard en su oído justo antes de sentir como sus dedos se abrían paso entre sus nalgas acariciándola—. Que duele.

—Yo tampoco puedo soportarlo más —gimió Julia en un arrebato de sinceridad y en ese instante notó como Richard se adentraba en ella invadiéndola, llenándola por completo y haciéndola de nuevo suya.

El vaivén de sus embestidas era tan placentero y embriagador al mismo tiempo que Julia sentía que iba a explotar en cualquier instante. Podía notar como una vibración la recorría intensamente y

para sorpresa de Richard, comenzó a moverse de un modo insólito bajo él, acudiendo al encuentro de cada uno de sus movimientos y entrelazando sus piernas alrededor de su cintura.

En ese momento él la alzó y ella siguió moviéndose mientras él la ayudaba con sus manos sin dejar de mirarla… sin dejar de mirarse. En el instante en que Richard acercó su frente a la de ella, Julia notó que su explosión se acercaba, que su plenitud iba a ser alcanzada…

—Eres mía… sólo mía —gimió Richard en un acto posesivo justo antes de que ella se arqueara hacia atrás dejándose arrastrar por aquel placer que la envolvía.

Julia apenas fue consciente de lo que sucedió después, el sueño la arrastraba hacia la oscuridad, pero sí que notó como la fuente de calor no se alejaba de ella manteniéndola entre sus brazos y que Richard pareció taparles a ambos con algo.

—Descansa mi bella ninfa de los bosques —susurró Richard acogiéndola entre sus brazos—. Yo estaré aquí y no pienso alejarme de ti nunca más.

37

Julia abrió los ojos y escuchó el silencio que reinaba en la estancia entre la oscuridad que se cernía ante ella. Justo enfrente tenía la chimenea de donde aún se podían apreciar las ascuas y al moverse ligeramente percibió el calor en su espalda siendo consciente de los brazos que la rodeaban y le proporcionaban protección.

Sus mejillas se tiñeron de rojo al recordar lo sucedido. ¿Qué iba a pasar ahora?, ¿Cómo se suponía que debían tratarse después de lo que había ocurrido? En ese instante sintió sus pechos llenos y recordó a su pequeño,

¡Dios santo!, ¡Debía volver enseguida a la mansión! Intentó zafarse del

abrazo de Richard que debía estar dormido y tras su movimiento despertó.

—¿Qué ocurre? —gimió Richard algo somnoliento.

—Debemos volver inmediatamente —alegó Julia mientras se alzaba cubriéndose con la capa de Richard para tapar su desnudez a pesar de que él ya la había visto completamente desnuda y se acercó hasta sus ropas que aún permanecían algo húmedas.

—Está bien —contestó Richard con cierto temor ante la premura de ella por volver rápidamente.

No era ese el despertar que había ansiado Richard, mucho menos esperado.

Habría deseado despertarla colmándola de besos, pero la realidad le había estallado en la cara. La alzó sobre su caballo en cuanto estuvieron una vez fuera y montó tras ella. No era lo habitual, pero prefería tenerla entre sus brazos y como ella no opuso objeción alguna se aprovechó de ello.

Julia guardó silencio durante todo el camino. Realmente no sabía que decir después de lo sucedido. Tal vez deberían tener una conversación, aclarar en qué situación se suponía que estaban, pero sobre todo dejarle bien claro que ella no se convertiría en su amante.

Anhelaba su contacto, deseaba su cercanía, pero no iba a consentir convertirse en su querida como buenamente él confesó que era lo que deseaba de ella tiempo atrás.

—¡Mi *lady*!, ¡Mi *lady*! —gritó una de las doncellas cuando le vieron llegar

—. ¡Alabado sea el señor que el teniente la encontró sana y salva!

—¿Cómo está mi pequeño? —Fue lo primero que preguntó nada más bajarse del caballo.

—Demasiado inquieto mi *lady*. Sibil ha estado proporcionándole manzanilla e incluso el marido de la señora Hoffman ha ido al pueblo en busca de una nodriza viendo que usted no volvía.

—Iré inmediatamente —contestó Julia mientras se perdía por las puertas sin volver la vista atrás, en parte porque su hijo la necesitara y otro tanto porque no quería enfrentarse a sus miedos.

Mientras su hijo estaba en su regazo y con la plena tranquilidad de que se encontraba bien. Julia no dejaba de pensar una y otra vez en lo sucedido.

Echó la cabeza hacia atrás recostándose en aquel sillón hasta que sintió como el pequeño Richard junior se dormía y se levantó para depositarlo en su cuna.

Unos golpes suaves en la puerta la alertaron, pensado que se trataría de su doncella habló en voz baja para no despertar a su hijo dándole permiso para entrar.

—¿Se encuentra bien? —pronunció la voz de Richard que provocó que Julia se girara inesperadamente.

—Si —afirmó—. Solo estaba hambriento —añadió mientras sonreía vagamente debido en parte a su nerviosismo, aunque no sabía porqué razón debía estar nerviosa.

Richard se acercó hasta ella que permanecía de pie junto a la cuna y se detuvo tras ella observando a su hijo dormir plácidamente.

—He pedido que te preparen un baño caliente y suban la cena. Imaginaba que estarías cansada como para cenar en el salón —dijo en tono formal.

—Lo estoy. Gracias —contestó tensa.

Richard no sabía cómo afrontar el tema. Por primera vez las palabras no

salían o más bien, no sabía cómo empezar su discurso para llegar al punto donde quería.

—Yo… —comenzó a decir sin saber cómo continuar.

—No seré tu amante Richard —afirmó de pronto ella dejando clara su postura.

—No deseo que seas mi amante —contestó rápidamente sacándola de su error, ¿De dónde había sacado ella que esas podrían ser sus intenciones? Tal vez solo había que mirar su historial para hacerse a la idea.

¿No deseaba que fuera su amante? Si justamente era eso lo que pretendió en su día, ¿Qué había cambiado?

Lo sabía muy bien. No hacía falta que nadie contestar a su pregunta, ella tenía posición y título; él no. Ahora ella estaba mejor posicionada que él a pesar de que fuese quien administraba la fortuna de su hijo.

—Entonces está todo dicho —contestó sabiendo que lo que había ocurrido solo había sido fruto del momento, que Richard solo pretendía saciar su deseo con ella.

—No —contestó para sorpresa de Julia—. No hay nada dicho. De hecho, ese es el problema —reiteró.

—No entiendo a qué te refieres —alegó confusa.

—Quiero volver a repetir lo de esta tarde y sé que tú también lo deseas al igual que yo. Vamos a vivir bajo este mismo techo durante

muchos años.

Podría estar dispuesto a reprimir lo que siento si fuera indiferente para ti, pero no puedo hacerlo sabiendo que tú sientes lo mismo que yo.

—¿Y si lo de hoy solo fue un desliz?, ¿Y si te confirmo que no volverá a

suceder? —se atrevió a decir Julia.

—Te estarías mintiendo a ti misma porque sabes tan bien como yo que ninguno de los dos podrá negar esto —afirmó Richard.

—Eso no cambia el hecho de que acepte ser tu amante —insistió Julia.

—Te dije que no deseo que seas mi amante —reiteró de nuevo Richard.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —preguntó confundida.

—No deseo que seas mi amante, porque quiero que seas mi esposa —

contestó Richard en un tono tan serio que daba a entender la formalidad de su afirmación.

Julia no se podía creer lo que Richard acababa de decir, ¿Su esposa?, ¿De nuevo? Aunque su corazón palpitaba aceleradamente ante el hecho de lo que acababa de confesar, no demostró que aquello le afectara.

—Ya lo fui una vez por si lo has olvidado y no terminó bien para ninguno de los dos —contestó Julia con las lágrimas en sus ojos.

—Déjame demostrarte lo equivocado que estaba. Esta vez haré las cosas bien. No voy a separarme de tu lado… aceptes o no, estaré siempre aquí —

respondió Richard con un tono esperanzador.

—Richard… —dijo una vez que sintió como se acercaba a ella hasta rozar su cuerpo.

—Quiero ser un padre para mi hijo, quiero tenerte en mi lecho cada noche siendo mía teniendo la seguridad de que me perteneces.

Julia cerró los ojos mientras trataba de que el aire llegara a sus

pulmones,

¿Cuántas veces había deseado una confesión así de Richard? Aunque la

palabra amor no estuviera implicada en su discurso, era más, mucho más de lo que siempre había esperado.

—No puedo… —susurró Julia con pesar.

No podía sufrir de nuevo otra decepción de él. Era demasiado.

—Tú lo has querido —contestó cerca de su oído—. Cada día te pediré que seas mi esposa y por cada negación que obtenga por tu parte, insistiré con vehemencia hasta que finalmente aceptes.

¿Qué clase de propuesta era esa? Pensó Julia confundida.

—¿Es una advertencia? —exclamó no terminando de creerlo.

—Es un hecho —afirmó Richard—. Solo que hasta que llegue ese momento tu nos condenarás a ambos.

Julia no pudo contestar porque vio como Richard salió de su habitación e inmediatamente su doncella entró con una bandeja para servirle la cena. No podía ser, ¿Acababa Richard de decirle que iba a pedirle que fuera su esposa cada día hasta que aceptara? Por más que trataba de buscar una justificación para sus actos, no la encontraba.

No podía ser interés, él ya manejaba todas las pertenencias del ducado, ¿Por qué entonces quería que fuera de nuevo su esposa? No podía amarla, él solo se podía amar a sí mismo, ¿Era su deseo por ella tan grande como para desear que fuera su mujer? Para eso no necesitaba convertirla en su esposa, bastaba con convencerla en aceptar ser su amante. Había algo más, algo que de un modo u otro descubriría tarde o temprano.

«Ser su amante» pensó Richard mientras saboreaba aquella copa de coñac que acababa de servirse.

Sí, quería que fuera su amante, su esposa y la madre de sus hijos, porque no solo deseaba tener el que ya tenía sino más… muchos más. Quería poder disfrutar de todo el proceso que se había perdido la primera vez y anhelaba estar rodeado de pequeños que se parecieran a ese rostro hermoso de ojos bronces. Incluso era capaz de visualizarse junto a ella mientras tres o cuatro pequeñas correteaban a su

alrededor, porque nada anhelaba más que tener al menos una hija con el rostro de su madre en la que poder deleitarse.

¿Desde cuándo él quería todo aquello? Lo desconocía, pero fuera el momento que fuera, lo único cierto es que lo deseaba más que nada. ¡Él!, ¡Quien había huido eternamente del compromiso!, ¡De los hijos!, ¡De tener una esposa! Ni tan siquiera había mantenido a una sola amante creyendo que jamás podría ser fiel a una sola mujer y ahora no deseaba solo serle fiel, sino que la amaba con todo su ser hasta tal punto que provocaba el miedo en sí mismo.

El pavor que había sufrido tras no encontrarla cuando el personal demandó su preocupación fue tal, que casi podía sentir aún como su corazón estaba en vilo mientras la buscaba desesperadamente y cuando al fin la tuvo entre sus brazos después de sentir que la podía haber perdido no tuvo precio, menos aun cuando notó como ella se abrazaba a él con ímpetu.

La había hecho suya de nuevo, le había demostrado como tuvo que ser realmente su primera vez y no siendo un canalla como lo fue en su día.

Necesitaba eliminar ese recuerdo en ella, hacer desaparecer esa estúpida y más que falsa comparación que le hizo nada más poseerla y que jamás se perdonaría. ¿En qué mundo iba Julia a compararse a una fulana? Ella era dulzura, pasión y sin duda alguna era una ninfa… su bella y hermosa ninfa de los bosques, porque nunca podría deshacerse de aquella imagen por más tiempo que pasara.

Iba a compensarla y desde luego que iba a cumplir su promesa ahora que sabía que no era indiferente para ella, que incluso podía notar cómo le deseaba por alguna razón que desconocía.

—Tal vez… —comenzó a decir en voz alta queriendo darle voz a sus pensamientos—. No… —se arrepintió de decirlo.

Pero era incapaz de no desearlo, de no anhelar que Julia le amara al menos una décima parte de lo que él sentía por ella.

Aquella noche fue difícil conciliar el sueño para Julia. Sus pensamientos solo iban y venían constantemente al momento en el que Richard le había realizado aquella propuesta. Aun obviando el hecho de que tuviera o no un propósito, aunque se dejara guiar por sus sentimientos y aceptara, ¿Estaría dispuesta a sufrir lo mismo de nuevo?, ¿A padecer sus desplantes, sus desaires, sus idas y venidas de los prostíbulos? Estaba claro que no, pero algo dentro de su fuero

interno le decía que había una diferencia demasiado obvia entre el Richard del pasado y el Richard del presente que deseaba ese matrimonio y era él quien rogaba que ella lo aceptara incluso advirtiéndola que no pararía hasta conseguirlo. ¿Es que ese hombre solo tenía extremos?

Con aquel pensamiento finalmente terminó conciliando el sueño.

Aquella mañana cuando bajó a desayunar, pensó que se encontraría con Richard, pero le advirtieron de que había salido temprano para ver que daños había causado la tormenta. No sabía si sentirse aliviada o por el contrario preocupada porque él repentinamente hubiera cambiado de opinión.

¡Ni ella misma se comprendía! No era capaz de apartar sus sentimientos y pensar fríamente. Su único anhelo al despertar había sido volver a verle. Se encerró durante el resto de mañana en su recámara, necesitaba de algún modo darle voz a sus pensamientos y no encontró otra forma que expresarlo con

palabras. Así fue como la pluma tomó forma y antes de darse cuenta había terminado uno de sus relatos. Desconocía que hora debía ser, pero estaba segura de que con toda probabilidad tendría que ser la hora del almuerzo.

Sibil se había llevado al pequeño para entretenerlo mientras ella escribía, así que cuando encontró a su doncella arreglando un jarrón floral se sorprendió.

—¿Qué haces aquí?, ¿Dónde está Richard? —preguntó con el corazón en vilo al ver a la persona que debía estar cuidándolo estaba tan tranquila.

—Mi *lady*, el teniente Hayden se lo llevó a dar un paseo por los jardines aprovechando el buen tiempo —dijo disculpándose—. ¿Debía haberme negado? —añadió preocupada.

—No… —contestó contrariada Julia—. Por supuesto que no —añadió disculpándose con la doncella.

Jamás privaría a su hijo de las atenciones de su propio padre. Es más, siempre deseó que el propio Richard se interesara por hijo e incluso rogó porque lo hiciera a pesar de no tener esperanza alguna en ello.

La escena que vio al doblar la esquina de la casa que daba acceso al jardín fue acogedora y al mismo tiempo emotiva. Richard llevaba a su

hijo, —cuyo nombre era el mismo precisamente porque así ella lo había deseado— en su regazo, mientras parecía estar recogiendo flores y se las enseñaba como si el pequeño le estuviera dando su aprobación. Ante aquello fue incapaz de acercarse, quedándose en la retaguardia observando aquella escena sin que la viera, siendo consciente del cariño con el que él trataba a su hijo mientras sonreía y desconocía que era lo que estaba haciendo, pero sin lugar a duda supo que quería a ese hombre tanto como al principio.

Las lágrimas por aquel cúmulo de sentimientos encontrados querían aflorar en sus ojos y a pesar de tratar de contenerse, no consiguió evadir más de una.

Conforme se acercaban, podía escuchar lo que le decía al pequeño.

—¿Y qué me dices de esta?, ¿Crees que le gustará? —preguntaba Richard a su hijo—. Yo creo que el rojo en su piel debe ser un deleite de admirar.

Una vaga sonrisa llegó a los labios de Julia, riéndose por las ocurrencias que le decía a su pequeño. Presuponía quien sería la afortunada de recibir aquella ofrenda floral y en parte se sintió avergonzada por lo que acababa de decir a pesar de ser o no real.

—Buenas tardes —dijo Julia cuando ya era casi inevitable poder esconderse sin que la vieran puesto que ya habían llegado casi al límite del jardín donde bordeaba la casa.

—Buenas tardes —contestó Richard sonriente—. Espero que no te importe que lo haya secuestrado unos momentos, pero necesitaba un ayudante.

—¿Un ayudante? —fingió Julia tratando de que su sonrisa no apareciera.

—Por supuesto, él mejor que nadie conoce a su madre y sabe qué flores le deben gustar más —contestó seriamente—. Mira, todas las ha elegido para ti

—añadió ofreciéndole un pequeño ramito de colores diversos donde predominaba el rojo, naranja y amarillo.

—¡Vaya!, ¡Es precioso!, ¡Muchas gracias mi pequeño! —contestó acercándose para darle un beso en la frente mientras el pequeño sonreía sin entender absolutamente nada al respecto.

—¿Y para mí no hay beso? Yo también ayudé a escogerlas, aunque hice la menor parte —alegó esperanzado.

—¿Quieres un beso? —preguntó algo atrevida.

—Quiero mucho más que un beso, pero podría conformarme solo con eso por

ahora —jadeó roncamente.

A Julia le temblaron las rodillas ante aquella confesión inaudita.

—¿Qué quieres Richard? —preguntó mirándole a los ojos directamente, tratando de ver la verdad en ellos.

—A ti. De la forma en la que tú lo elijas, pero solo te quiero a ti— confesó sin dejar de mirarla.

—¿Por qué ahora?, ¿Por qué después de todo lo ocurrido? —se atrevió a preguntar Julia.

—Porque te amo… te amo como jamás pensé que podría amar a nadie.

38

¿Amarla?, ¿De verdad había escuchado eso o solo era producto de su imaginación?, ¿Realmente Richard acababa de confesar que la amaba?

Richard observó el silencio que obtuvo por respuesta y su conclusión no fue otra sino la de que ella no le correspondía y probablemente no sabría que decir en semejante situación, pero él ya había dado el paso, había confesado sus sentimientos y no tenía ni la más mínima intención de retractarse por ello.

—Yo… —comenzó a balbucear Julia completamente anonadada.

—Sé que no lo merezco, soy plenamente consciente de ello, pero dame una

oportunidad —alegó interrumpiéndola—. Solo una y prometo compensar todo el daño causado, no sé cómo, pero juro que lo haré —añadió seguro de sí mismo.

—Es difícil poder confiar en ti después de todo lo que hiciste.

Richard desvió la mirada. No podía verla y afrontar al mismo tiempo que jamás le perdonaría, era demasiado difícil de digerir y de aceptarlo.

—¿Qué tengo que hacer para que lo hagas? —preguntó con desesperación—.

¿Qué debo hacer para demostrarte que te amo y que mi único deseo es hacerte feliz?

—Márchate —contestó segura de sus palabras—. Aléjate de nosotros.

Por más que le amara no podría confiar en él, menos aún después de todo lo que le había hecho y la única forma de hacerlo sería aquella.

—Me iré —dijo con tristeza en sus palabras—. Si es lo que deseas que haga me marcharé hoy mismo —añadió sin poder mirarla, de hacerlo sabía que no podría detenerse en estrecharla en sus brazos para demostrarle lo equivocada que estaba pidiéndole aquello, pero respetaría sus deseos.

Se había prometido que no volvería a hacerle daño y lo cumpliría. Si Julia quería que se fuera lejos, que desapareciera de su vida, así lo haría.

—Es lo que quiero —contestó Julia mientras alzaba a su pequeño llevándolo a su regazo y completamente decidida a lo que estaba por hacer—. Adiós Richard —añadió mientras se daba la vuelta y le dejaba allí de pie probablemente observándola caminar hasta perderse tras el portón de la casa.

Subió las escaleras hasta su recámara donde afortunadamente para ella encontró a su doncella personal limpiando su habitación. Por suerte había

terminado de arreglar aquellos jarrones florales.

—Sibil, necesito que prepares uno de mis baúles con algunos vestidos y que en la más absoluta discreción pidas que preparen el carruaje para salir cuando lo disponga.

—Por supuesto mi *lady* —contestó la sirvienta algo extrañada, pero sin atreverse a preguntar.

—Es de vital importancia que el teniente Hayden no sospeche —dijo con total confianza en su doncella.

—Perdone mi atrevimiento, pero ¿Ha ocurrido algo mi *lady*? —preguntó la doncella preocupada.

—Debo solucionar un asunto pendiente —dijo con una vaga sonrisa.

Si aquello no salía como esperaba iba a sentir la mayor decepción de su vida, pero si no lo hacía jamás podría lograr ser feliz porque siempre tendría el resquicio de la duda en su fuero interno apresándola y aterrándola detrás como si fuera una sombra.

Richard no se despidió, aunque hubiera querido hacerlo no se atrevió por miedo a no respetar la decisión de Julia, porque en el fondo era consciente de que lo que le había pedido lo hacía porque jamás podría volver a confiar en él y perdonarlo.

Sus pecados en el pasado, su prepotente orgullo era ahora el culpable de que jamás pudiera encontrar su felicidad junto a ella. Él y solo él había sido el causante de aquello y quizás se había apresurado precipitándose a confesarle sus sentimientos, pero no había podido evitarlo… dentro de sí mismo supo que, aunque hubiera esperado, ella no podría superar nunca todo el daño que le hizo sin razón en el pasado.

Llegó a la ciudad al anochecer, pensó en alojarse en la mansión de la familia Hayden que llevaba años sin que nadie viviera allí desde que su tío se retiró a vivir al campo, pero desechó la idea no queriendo recordar que él era ahora el duque de Sheraton tras la muerte de su pariente. Para él ya formaba parte de un pasado que debería empezar a olvidar, tenía que desvincularse de ese título que jamás había reconocido y del que renunciaría legalmente en favor de su hijo para darles plena libertad.

Lo mejor que podía hacer era volver a la marina real, que le dieran una misión suicida y acabar con su vida de una vez por todas para no sufrir más por ese sentimiento no correspondido.

El amor dolía… dolía profundamente y amargamente.

Llevado por ese sentimiento se alojó en una pensión a la que en otras ocasiones había frecuentado cuando solicitaba los servicios de las cortesanas de la ciudad. Sin duda era lo que menos necesitaba en esos momentos, la sola idea de poner sus manos en un cuerpo que no fuera el de Julia le repugnaba.

Julia se presentó sin anunciarse en la casa de los duques de Lennox. Esperaba que su amiga Catherine la acogiera sin hacerle demasiadas preguntas puesto que no vio oportuno volver a aquella casita donde se alojó en el pasado debido a que no era el lugar más oportuno para tener a su pequeño que había llevado consigo misma.

— *Lady* Julia Hayden —anunció el mayordomo al verla—. Su excelencia el duque de Lennox y la duquesa no se encuentran en estos momentos, puesto que partieron hacia la casa de campo poco después de que usted se marchara.

¡Cierto! Se había olvidado completamente de que partirían al día

siguiente de que ella marchara, ¡Qué insensatez!

—Qué contrariedad —contestó—. Es demasiado tarde para tratar de buscar alojamiento en la ciudad y aunque sea abusar de la hospitalidad de los duques, requeriría poder pasar la noche aquí —añadió preocupada.

—Mi *lady*, usted siempre es bienvenida en esta casa —contestó el mayordomo servicial—. Su excelencia la duquesa de Lennox estaría más que disgustada si le negara alojarse en su casa.

—¡Oh!, ¡Gracias! —exclamó Julia respirando con tranquilidad.

Julia pensó que debía haber tomado todo con más calma, pero el tiempo apremiaba.

—Le prepararán enseguida su habitación —anunció el mayordomo servicialmente.

—Debo escribir una nota con urgencia, estaré en el despacho de su excelencia hasta entonces —contestó Julia al mayordomo mientras le indicaba a su doncella que esperara en el salón y ella se dirigió hacia el despacho que tan bien conocía puesto que fue donde se produjo la lectura del testamento de Thomas para encontrar papel y tinta.

Estuvo revisando sobre la mesa tras encender una lámpara de aceite que arrojara luz a los documentos sobre la mesa para tratar de encontrar algún papel en blanco que pudiera servirle de utilidad. No encontró nada, así que se dispuso a revisar los cajones y rebuscando entre los papeles del esposo de Catherine encontró un sobre cuya letra le hizo dar un vuelco al corazón y más aún cuando leyó su nombre en el remitente.

Era la letra de Richard, ¿Qué hacía un sobre cerrado en el despacho de *lord* Clayton cuyo remitente decía para Julia Hayden?

Titubeó sobre si debería o no abrirlo puesto que estaba sellado, pero algo

dentro de ella le hizo decidirse y lo abrió a pesar de temer su contenido. No estaba preparada para lo que leería en aquellas páginas…

A mi querida y hermosa esposa,

He pecado de sentimiento, palabra y oración. Por mi culpa, por mi gran pesar es que estoy sumido en la desesperación y si lees estas palabras, significará que me he ido, que me he marchado y no volveré a dañarte de nuevo nunca más porque habré muerto.

No tenerte obnubila mi juicio y cuando te tuve, jamás supe apreciar lo que tenía ante mis ojos para valorarlo como debí hacerlo en su momento.

Me cegué. No quise razonar. No quise ver. No quise escuchar. No quise sentir y mucho menos amar, pero me enamoré perdidamente de esos ojos chispeantes de color bronce, de ese olor a lavanda con el que me embriagabas y de esa dulzura de tu carisma además del derroche de carácter que te personifica.

Ni siquiera supe el momento o el preciso instante en que lo hice, quizás fue cuando descubrí la increíble bondad que había en ti. A pesar de todo el daño que te causé no te marchaste, no me abandonaste, ni tan siquiera te quejaste de ello, ni siquiera ahora sé por qué no lo hiciste y eso hace que sienta una mayor culpa y un mayor pesar.

No existirá vida alguna para pedir perdón, sé que es tarde, el daño está causado y por más que me arrepienta de ello, no podría retroceder el tiempo para recompensarte. Por eso te dejaré libre, dejaré que seas feliz, aunque eso signifique que no esté a tu lado. Aunque tarde comprendí que el egoísmo no es amor, sino todo lo contrario.

Siempre tuyo.

Richard Hayden.

—No fue un sueño. Fue real —gimió con lágrimas en sus ojos recordando ese momento que creyó haber soñado poco después de dar a luz, dándose cuenta de que Richard la amaba desde hacía demasiado tiempo.

Salió precipitadamente en busca del mayordomo con aquella carta en la mano. Algo en ella le decía que esa carta debió escribirla antes de alistarse en la marina real, ¡Richard la amaba desde mucho antes de marcharse!

El mayordomo le aseguró que el teniente Hayden no había estado por allí desde la última vez que ambos partieron, por lo que sus sospechas fueron afirmadas. Esa carta escrita por el puño y letra de Richard, fue

escrita hacía meses y recitada cuando ella dormía porque de eso sí que estaba más que segura ahora. Él había ido a verla, había estado allí y se había marchado para dejarla ser feliz porque la amaba.

¡Y ella le volvía a pedir que lo hiciera!, ¡Por todos los dioses! No podía perderlo. No podía perderle ahora que sabía que sus sentimientos eran de verdad sabiendo cuanto correspondía a ellos.

No había tiempo para escribir notas, enviaría a uno de los sirvientes para que buscara a Sheila, necesitaba encontrar a Richard con urgencia, antes de que él se marchara y eso contando con que su intuición no hubiera fallado y él se encontrara en la ciudad.

Richard llevaba dos días en la ciudad, aquella era su segunda noche y necesitaba beber hasta perder la conciencia. Quizá así el dolor se iría para siempre.

—Esa mujer me ha marcado para siempre —bufó mientras daba un sorbo más a su copa de coñac.

—¿Hayden? —exclamó una voz femenina y Richard rodó los ojos para dar con la piel bronceada de Sheila.

—El mismo —contestó taciturno sin querer participar en ninguna conversación con su antigua amante.

—Vaya… no te ves muy bien —contestó la bailarina mientras se acercaba sentándose a su lado.

—Preferiría no tener compañía esta noche, gracias —contestó secamente.

—¿El señor Hayden no desea compañía? —exclamó—. Jamás pensé escuchar algo así de tu parte —concluyó Sheila.

—Yo tampoco y ya ves, lo acabo de decir —alegó volviendo a dar otro sorbo.

—Escuché que te alistaste en la marina real, muy heroico por tu parte, aunque me costó imaginarte con uniforme —dijo Sheila intentando dar conversación.

—No estoy de humor para hablar Sheila. Casi prefiero pagarte para prescindir de tus servicios si con eso consigo estar solo —respondió taciturno.

—Veo que dejé de ser una tentación para ti, pero tal vez aún quieras un último encuentro con Ágata de fuego —dijo sutilmente la bailarina.

Richard abrió los ojos de golpe recordando a aquella bailarina exótica que tanto le recordó en su día a Julia y que desapareció como por arte de magia.

No era Julia, pero en su día fue una suplente lo bastante decente para tratar de superar su ausencia.

—No —se negó.

Por más que le recordara a Julia, simplemente no era ella.

—¿No? —contestó extrañada.

—La única mujer que yo deseo, no me la puedes ofrecer —dijo vaciando la copa de un solo trago y dejando un billete justo al lado justo antes de marcharse sin decir adiós.

—Eso ya lo veremos —contestó Sheila una vez que él se había alejado de forma que no podía escucharla y con una vaga sonrisa en sus labios.

Julia había acudido al encuentro con Sheila donde ésta le había indicado que se encontraría Richard.

—¿Estás segura de que se encuentra allí? —gimió Julia ocultándose tras aquella capa con capucha para que nadie pudiera reconocerla, aunque desde luego, nadie osaría hacerlo al estar hablando con Sheila, la bailarina exótica y amante exhibida por su primer marido ante toda la ciudad.

—Sí, estoy completamente segura —admitió Sheila—. Yo misma le seguí hasta allí y entré minutos después. Suelo frecuentar a menudo el lugar, por lo que me dijeron sin ningún inconveniente cuál era su habitación creyendo que iría a visitarle.

—¿Crees que tendrá compañía? —preguntó Julia asustada y en parte inquieta por lo que podría encontrar al presentarse sin anunciar en aquella habitación.

—Por increíble que parezca lo que voy a decir; no —contestó con una sonrisa vaga—. Me rechazó y también declinó la oferta que le hice sobre Ágata de fuego diciendo que ninguna mujer le complacería.

Julia meditó unos segundos esa afirmación sin llegar a creerlo del todo.

¿Richard había rechazado los servicios de otra mujer?, ¿Incluso los que tanto había deseado tiempo atrás? Desde luego ese había sido su mayor miedo, creer que volvería a sufrir sus desplantes con infidelidades y avergonzándola ante todos de nuevo.

—Tal vez opine lo contrario cuando me vea —dijo creyendo que, en el fondo, Richard caería ante la tentación en cuanto la viera. Debía ponerle a prueba, saber si realmente la amaba solo a ella o no.

—Eso solo lo sabe el destino, lo único cierto en este asunto es que por lo que pude ver esta noche, ese hombre ya no es libre, sino que su orgullo fue derribado por los lazos del amor de una mujer y me atrevería a decir que esa mujer eres tú —contestó la bailarina antes darse media vuelta—. Una última cosa… —dijo mientras comenzaba a caminar alejándose de ella—… déjate llevar por lo que de verdad sientes y obtendrás lo que realmente deseas de él.

¿Dejarse llevar por lo que realmente sentía? Pensó Julia, ¿Podría enfrentarse a sus inseguridades y hacerlo?

39

Richard se había retirado a aquella habitación modesta en solitario.

Aunque se arrepentía de no haberse llevado consigo una botella de coñac que acompañara su lamento y le ayudara a olvidar de alguna forma su amargura.

Por más que su tío le había ofrecido en bandeja una posibilidad de arreglar sus errores, fue en vano. Era consciente de que la magnitud de dichas faltas eran demasiado graves para ser olvidadas y el arrepentimiento no iba a servir en ese caso, puesto que él mismo entendía que ella fuera incapaz de creerle,

de confiar en él y mucho menos de amarle. Lo único que podía hacer es aceptar que la había perdido y ofrecerle lo que ella deseaba, si le quería lejos, que así fuera. Aquella sería su última noche en la ciudad antes de partir de nuevo hacia la marina real donde esperaba que volvieran a admitirle puesto que en su momento le dejaron la puerta abierta al expresar que sus responsabilidades como el nuevo duque de Sheraton le obligaban a alejarse.

Escuchó como llamaban a la puerta y no le importó su media desnudez tras haberse deshecho de la camisa y el chaqué debido al insoportable calor que hacía en aquel infierno de ciudad. Cómo iba a echar en falta el frescor del campo con ese aire de olor floral a pesar de haberlo detestado años anteriores,

¿En qué sano juicio él prefería pasar el verano en la ciudad antes que en la paz y tranquilidad que ofrecía la casa de campo? Menuda

insensatez la suya, tal vez podría haber compartido tiempo con su tío, llegar a conocerle ahora que sabía que desde luego no era la persona que todo ese tiempo creyó que sería.

Abrió la puerta abruptamente esperando encontrar a un inútil borracho que se había equivocado de habitación, sería lo más sensato a pensar, pero no esperó encontrarse con *ella*.

—¿Qué haces aquí? —rugió al reconocer esos ojos castaños de color bronce que era lo único apreciable tras el velo rojo que ocultaba su rostro—. Le dije a Sheila que no quería a nadie —atajó.

Ver a esa bailarina le recordaba a Julia y eso al mismo tiempo le hacía que su amargura fuera aún peor.

—Me fui sin dar una explicación, así que te debo un baile —contestó en el tono de voz más grave que pudo pronunciar Julia—. Un último baile.

—Pues no lo deseo, puedes irte —contestó Richard despectivamente tratando

de echarla de allí.

—Te prometo que solo será un baile y me iré si es tu deseo —insistió.

Richard suspiró y se llevó las manos a las sienes mientras se peinaba el cabello hacia atrás como si pareciera desesperado. Olía a lavanda, a esa maldita planta floral que para su desgracia le incitaba al pecado, pero no por desearla a ella, sino porque le recordaba lo que no volvería a tener.

—Si así consigo que te marches, adelante —sentenció mientras se apartaba de la puerta y la dejaba pasar.

Julia entró con paso decidido, aunque había pasado tanto tiempo que no hacía aquello que estaba nerviosa, más aún bajo la presión de saber que él no la quería allí, pero el hecho de reconocer que Richard no deseaba a la mujer que representaba la hizo sentirse más fuerte y segura en su empeño.

—Supongo que te debo una explicación del porqué me fui sin…

—Ahórrate tus explicaciones —dijo Richard interrumpiendo su discurso—.

Preferiría que no hablaras y te limitaras a bailar si es lo que viniste a hacer.

Julia hizo un gesto con la cabeza mientras le observó sentarse en la cama dejando caer su rostro con la mirada perdida en el suelo. Parecía abatido y en cierta forma sintió nostalgia, ¿Estaba así por ella?

Dejó caer su capa al suelo de pronto y el tintineo de los adornos que colgaban de aquel vestido rojo comenzaron a sonar provocando que Richard alzara la vista para verla. Sus ojos brillaban, pero de un brillo acuoso y no del brillo del deseo que esperó encontrar Julia en ellos. Movió sus caderas mientras se giraba sobre sí misma y se acercó lentamente a él, con movimientos certeros como si intentara capturar a su presa, llegando a estar frente a él que la observaba sin llegar a verla. Cogió las manos de Richard delicadamente y las

posó en su cintura, donde el calor de su piel la hizo enardecer sintiendo su contacto.

Richard tocó esa piel suave y carnosa entre sus dedos sintiendo su delicadeza,

¡Hasta en eso tenía que parecerse para su propio martirio!

—Márchate por favor —gimió con pesar cerrando los ojos.

No quería verla, no quería que le recordara a ella porque sería tener una visión errónea de la mujer que amaba y no deseaba compararla con una simple bailarina exótica. Ella no era su mujer, por más que lo deseaba en ese instante, no lo era.

—¿Por qué? —preguntó Julia en un susurro aprovechándose del momento y sentándose a horcajadas sobre sus piernas dejando la piel desnuda al alcance de las manos de Richard.

—No eres ella, por más que te parezcas sé que no lo eres —contestó a la bailarina, aunque también lo hacía para repetírselo a sí mismo.

—¿Quién no soy? —volvió a preguntar susurrante cerca de su oído como si estuviera poseída.

—Mi esposa —afirmó Richard posesivo porque Julia era eso, su esposa.

¿Aún la consideraba su esposa? Los sentimientos de Julia estaban a flor de piel y así lo podía notar en cada roce de su cuerpo con el suyo.

Sus manos volaron hasta el pecho desnudo de Richard acariciándolo.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó con su propio tono de voz sin fingir un ápice y vio como en un movimiento veloz Richard volvía su vista cabizbaja hacia ella mirándola directamente a los ojos.

—¿Qué has dicho? —preguntó ahora completamente anonadado.

—Que quiero ser tu esposa—susurró.

Por un instante habría jurado que era la voz de Julia, por un solo instante creyó que Ágata de fuego podría ser su esposa y la decepción le embriagó hasta el punto de sentir su amargura en todo su esplendor.

—Yo ya tengo una esposa —dijo con pesar porque la tenía, aunque no le quisiera cerca de ella la tenía.

—¿De verdad? —gimió Julia sonriendo a pesar de que él no pudiera verlo—.

¿Entonces porqué tu insistencia en rogar que te aceptara de nuevo?

Richard alzó una ceja completamente confundido. Aquella mujer se había vuelto loca, completamente loca.

—Creo que se ha acabado la actuación —sentenció Richard—. Ya hiciste lo que viniste a hacer, ahora vete.

¿Tan ciego estaba? Pensó Julia, ¿Tan sumamente obcecado estaba como para no darte cuenta de quién era ella a pesar de darle todas las pistas?

—Cierra los ojos —contestó mientras se aferraba a él—. Te prometo que merecerá la pena y después me iré para siempre si así lo deseas.

Richard lo hizo, todo fuera porque aquella mujer se fuera de una maldita vez de su vida y dejara de obsesionarle con el recuerdo de su esposa, aunque para eso, ni siquiera necesitaba su presencia.

Julia se abrazó a él de forma que, aunque abriera los ojos no pudiera verle y se deshizo de aquel velo que ocultaba su rostro.

—Me enamoré de ti en el mismo instante que contemplé esos ojos verdes.

Creí que jamás sería correspondida, que nunca pondrías tus ojos en mí

y desde luego no imaginé ni tan siquiera que pudieras sentir un atisbo de amor

por mí. Aun así, te amé, te amé profundamente con cada parte de mi ser… —

hizo una pausa apretándose aún más fuerte a él—. A pesar del dolor, a pesar de la decepción y a pesar de todo el sufrimiento que tuve que afrontar; nunca dejé de amarte, simplemente no puedo hacerlo, aunque lo intente. Te entregué mi corazón Richard Hayden y cuando lo hice no esperé que jamás me fuera devuelto.

—Julia —jadeó Richard abrazándola siendo consciente de que era ella y de lo que aquella confesión implicaba.

—Si —susurró mientras se separaba de él y le miraba ahora a los ojos con su rostro descubierto—. Soy yo.

Richard acarició su rostro titubeante, como si temiera que no fuera real, que se tratara de un sueño.

—¿Me amas?, ¿De verdad amas a este necio orgulloso que no merece tu perdón? —pregunto con una media sonrisa como si aún le pareciera irreal que fuera ella.

—Si —afirmó con una sonrisa—, nunca dejé de amarte —volvió a confesar.

—¡Oh dios! —exclamó Richard acortando la distancia y apresando sus labios con desesperación—. Juro que me haces el hombre más feliz de todo el continente —susurró—, Te amo… te amo… te amo y te… amo.

Richard volvió a apresar esos labios con intensidad, la deseaba con desesperación, la tenía ¡Y le amaba! Nunca había sentido tanta felicidad en toda su vida.

—Lo sé —afirmó Julia apartándose de sus labios por un instante—. Leí tu carta y te escuché ese día cuando pensabas que dormía, aunque hasta ayer mismo no supe que no se trataba de un sueño, pero tenía miedo Richard… —

confesó—. Miedo de que no fuera real y no podía soportar de nuevo el dolor de la decepción, de saber que nunca sería suficiente para ti.

—Eres todo para mi Julia —contestó mirándola directamente a los

ojos—.

Por ti descubrí la clase de persona egoísta en la que me había convertido, el orgullo con el que te traté me cegó por completo y te culpé por algo de lo que yo fui el único responsable. Me hiciste sentir, creer y a pesar de todo me diste el mejor regalo que podías darme… un hijo y lo llamaste por mi nombre.

—Quería que él me recordara a ti cada vez que lo mirase, lo llamara o simplemente dijeran su nombre.

—Sé mía Julia… sé completa y únicamente mía —dijo Richard jadeante.

—Nunca dejé de ser tuya un solo instante —contestó acercando sus labios a los de él de forma que su aliento se entremezclaba con el suyo propio—.

Nunca —jadeó en sus labios.

40

Richard no lo soportó más y apresó esos labios que le hacían perder completamente el juicio de forma arrolladora mientras sus manos recorrían esa piel suave y blanquecina que tanto anhelaba.

—No quiero cerrar los ojos —susurró Richard mientras comenzó a repartir besos desde sus labios partiendo hacia su cuello—. Temo que al hacerlo solo seas un sueño.

—No voy a irme, ni dejaré que tú te marches —sentenció Julia mientras

dejaba que la desnudara lentamente deshaciéndose de aquel traje rojo formado por telas de seda que cubrían su piel.

—Desde luego que no me iré —advirtió deleitándose con la vista en los pechos abundantes de Julia—. Mi ninfa… mi hermosa ninfa de los bosques

—jadeó depositando un beso en el centro del pecho de ella con suma delicadeza al hacerlo.

—¿Ninfa? —exclamó asombrada.

—Si… —susurró—. Entré en tu habitación una noche al poco tiempo de casarnos porque escuché un ruido, jamás pensé que tendría la mejor visión de toda mi vida y de toda mi existencia —aseguró—. Te vi dormida en aquella bañera rodeada de flores cubriendo tu desnudez, con el cabello suelto flotando sobre el agua y supe que eras

un ser mágico, que no podías ser real porque eras demasiado bella, demasiado hermosa para serlo y te apodé como mi ninfa de los bosques. Esa imagen fue la que me salvo la vida, a la que me aferré cuando creí que moriría, he soñado tantas veces con ese recuerdo que llegué a pensar que era irreal.

—¡Oh Richard! —exclamó Julia—. Yo estaba dispuesta a perdonarlo todo, te amaba tanto que solo quería que me dieras una oportunidad y a pesar de la decepción, anhelaba tener una posibilidad de salvar nuestro matrimonio —

confesó.

—Fui un estúpido, un completo y absoluto necio para no ver lo que tenía delante a pesar de en lo más profundo de mi ser, sí lo sabía, pero olvidemos el pasado, vivamos el presente… el futuro; solo nosotros, confiando el uno en el otro.

—Confío en ti Richard… ya no tengo miedo. Siempre supe que tú eras el único hombre que podría darme la felicidad, el único al que sería capaz de

amar.

—He anhelado tanto tiempo escuchar eso… —siseó Richard—. Creo que, si te amo más, simplemente me desvaneceré porque no creo que se pueda amar más a una mujer de lo que te amo, Julia y aunque no me considere merecedor de tu amor, la parte egoísta que hay en mí lo desea fervientemente y se aferra al hecho de que sin ti no puedo vivir. No quiero. Ni deseo vivir.

—Entonces ámame… —jadeó—. Demuéstrame cuánto me amas Richard —

pidió jadeante Julia y su deseo no se hizo de rogar.

Richard recorrió con su lengua saboreando cada trozo de piel que encontró a su alcance, se esmeró en deleitarse… tenían toda la noche para ellos, para amarse, por lo que delicadamente fue posando sus labios desde las muñecas de sus brazos hasta el empeine del pie pasando por cada punto central de su cuerpo.

Julia solo podía estremecerse con cada roce de la incipiente barba sin afeitar de Richard que lejos de molestarle, solo suponía un deleite más para sus caricias. Cuando sus labios volvieron a los de ella para darle un cálido beso lleno de amor, sintió la dulzura completa en ellos, el

amor infinito que él le profesaba y al mismo tiempo, se sintió de nuevo llena al notar como él se adentraba llenándola por completo.

Ella era de él, él era de ella, juntos formaban un único vínculo de unión fruto del sentimiento puro que ahora sabía que se profesaban. Aquel era el comienzo de una nueva etapa para ellos, una en la que por fin serían felices.

—¿Me contarás algún día como se te ocurrió convertirte en Ágata de fuego?

—preguntó Richard mientras la tenía entre sus brazos desnuda sin poder dejar de acariciar la piel de su desnudo brazo.

Habían hecho el amor de nuevo y le parecía tan irreal que ella estuviera allí, que Julia fuera aquella bailarina exótica por la que perdió el juicio precisamente por el gran parecido con su esposa ¿En qué mundo iba a pensar que era la mismísima Julia quien se escondía bajo aquellos ropajes? De solo saberlo su cuerpo enardecía de placer.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó ella sonriente.

—No quiero que existan secretos entre nosotros, quiero que confíes en mí —

se justificó—. Pero siempre respetaré aquello que no desees contarme por alguna razón.

—Quise conocer a Sheila —contestó Julia—. Quería saber cómo era para haberla elegido esa noche y cuando la vi bailar me cautivó hasta el punto de que le rogué que me enseñara a hacerlo.

—¿Le rogaste a una bailarina exótica que vende su cuerpo por dinero que te enseñara a bailar? —gimió Richard y comenzó a reír—, ahora entiendo muchas cosas…

—Nos hicimos amigas o algo parecido —contestó entre risas Julia.

—No sé de qué me sorprendo, aún recuerdo cuando en aquél baile de máscaras te atreviste a seguirme a pesar de que podrías perder tu reputación por hacerlo —contestó Richard recordando el momento.

—¿Sabías que era yo? —exclamó irguiéndose para enfrentarlo directamente.

—Por supuesto que sabía que eras tú, podría reconocer esos ojos

chispeantes en cualquier parte, aunque admito que me engañaste con ese atuendo de bailarina por la simple y llana razón de que jamás esperé que mi esposa se atreviera a hacer algo así —admitió aún incrédulo.

—En realidad admitiste que Ágata de fuego te recordaba a mi —le recordó.

—Desde luego que si —afirmó Richard—. Tus ojos y tu perfume a lavanda que me vuelve loco es completamente inconfundible, solo la deseaba a ella porque si cerraba los ojos era fácil creer que eras tú.

—Ya no tendrás que cerrarlos nunca más —susurró Julia.

—No… nunca más. Desde ahora los tendré bien abiertos porque no querré perderme ni un instante a tu lado, menos ahora que has aceptado ser de nuevo mi esposa —dijo sonriente.

—¿He aceptado? —le miró extrañada Julia y por un instante Richard palideció hasta que ella sonrió y se acercó para depositar un suave beso en sus labios—. Definitivamente tendremos que irnos de la ciudad, porque nos desterraran para siempre —admitió, aunque aquello no le importaba en absoluto, no si tenía a Richard junto a ella.

—¿Por qué? —preguntó él estrechándola entre sus brazos.

—¿Cómo que porqué?, ¿Crees que aceptarían que nos volviéramos a casar?,

¿Después de anular el matrimonio, que contrajera nupcias con tu tío y ahora de nuevo un casamiento contigo? —exclamó siendo consciente de todo el lío que suponía —Me dolerá en el alma no estar cerca de mis amigas, pero imagino que es el precio a pagar por obtener la felicidad —contestó con una sonrisa algo triste.

—No, mi querida y bella esposa —contestó Richard—. No tendrás que dejar a tus amigas atrás porque nunca dejaste de ser mi mujer.

—¿Qué? —exclamó aturdida.

—Nuestro matrimonio nunca fue anulado, para todos aún seguimos casados

—afirmó Richard muy sonriente.

—No puede ser… tú me enseñaste el documento aquel día —dijo Julia

recordándolo.

—Así es —afirmó—, pero mi tío Thomas hizo algo de lo que le estaré eternamente agradecido —admitió con pesar—. Consiguió de alguna forma que esa anulación jamás se inscribiera en acta, ni fuera oficial.

—¡Oh dios mío! —exclamó Julia abrazándose a Richard mientras las lágrimas saltaban de sus ojos y comenzaba a llorar pensando en la bondad de Thomas y en que les había devuelto la felicidad a sus vidas sin siquiera estar presente—. ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó ahora Julia tras procesarlo.

—David me lo dijo el día de la lectura del testamento —afirmó sin dudarlo.

—¡Sabías que tú eras el duque de Sheraton y aun así no dijiste nada!, ¡Me hiciste creer que era nuestro hijo! —exclamó asombrada.

—Necesitaba que me aceptaras de nuevo, quería que me perdonaras sin la presión de sentir que aún era tu esposo. Tenías que elegirme libremente o de lo contrario, me iría y te dejaría ser feliz —contestó Richard acariciando su rostro.

—Eres el hombre del que me enamoré —admitió Julia—. Sabía que bajo toda esa fachada de orgullo y apariencia existía el hombre que eres ahora.

—Tu viste en mi lo que nadie más pudo ver… y sí, por ti descubrí quién quería ser realmente, me hiciste darme cuenta de mis errores y mi inmadurez

—admitió Richard mientras cogía la mano de Julia y se la llevaba a los labios para darle un dulce beso.

—Te amo Richard, esposo mío —sonrió llena de felicidad.

—No más que yo Julia; mi amante, mi bailarina, mi ninfa, mi querida y más que deseada esposa. Te amo.

Richard pasó la noche prácticamente en vela, no creyéndose que aquello fuera real, pensando que tal vez si se dormía, todo fuera producto de su imaginación y Julia se desvaneciera con sus sueños, porque aún no dejaba de creer que aquello fuera precisamente un sueño.

—Buenos días hermosa dama —dijo Richard en cuanto vio como

aquellos orbes preciosos se abrieron ante su presencia.

—Buenos días —contestó Julia sonriente y siendo consciente de su desnudez y el leve roce con el cuerpo desnudo de su esposo.

—Creo que jamás me cansaré de observarte, pero sobre todo de admirarte mientras duermes —anunció Richard acariciando su rostro con los dedos—.

Es una lástima que debamos abandonar este lugar inmediatamente antes de que sea más tarde y alguien nos descubra saliendo de aquí —terció mientras se acercó a los labios de su esposa y le robaba un cálido y dulce beso que ella le devolvió tenazmente.

Julia se vistió con aquellos ropajes que llevaba de bailarina y se sintió algo avergonzada al llevarlos a plena luz del día delante de él, aunque se ocultara bajo aquella capa.

—¿Bailarás para mí en alguna ocasión? —preguntó Richard apreciando la tela roja que se dejaba ver bajo la capa en la que se hallaba envuelta mientras volvían en carruaje hacia la mansión de los duques de Lennox.

—Es posible… —contestó vagamente.

—¿Posible? —ironizó Richard.

En aquel momento la agarró de la mano y estiró de ella ya que estaba sentada frente a él, de forma que cayó sobre su regazo para apresarla entre sus brazos.

Julia no se esperó aquella acción por parte de su esposo… «Esposo» era extraño volver a pensar en Richard de aquel modo, pero desde luego no podía estar más agradecida a Thomas por haber evitado que su matrimonio se anulara. Su pérdida era ahora más dolorosa debido a que tenían demasiadas cosas que agradecerle. Tal vez su partida había sido un punto clave para que ellos volvieran a unirse, pero echaría en falta su sabiduría, su bondad y su increíble gentileza… por no decir que hubiera deseado que Richard supiera quién era realmente su padre y que fuera el mismísimo Thomas quien lo confesara.

—¿Cómo que posible? —repitió Richard sacándola de su leve ensoñación.

—¿Te gustaría? —replicó ella con un ademán de sonrisa.

—Me encantaría —confesó—. Debo admitir que no hay nada más sensual que verte bailar para mí…

—Tal vez lo haga —contestó perdiéndose en aquellos ojos verdes—. Pero nunca sabrás en qué momento y jamás será cuando lo desees…

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Porque entonces dejaría de ser excitante para ti —contestó segura de sí misma.

—Entonces anhelaré la llegada de cada uno de esos instantes en los que decidas bailar para mí —dijo Richard mientras depositaba un casto beso cerca de la comisura de sus labios—. Hasta entonces me conformaré con tenerte en mi lecho cada noche y admirarte cada amanecer.

—Richard… —jadeó—. Haces que desee que llegue la noche —añadió mientras buscaba instintivamente sus labios.

—Yo también lo deseo mi amor… yo también…

Decidieron no perder más tiempo en la ciudad y emprender el camino de regreso a la mansión de campo para terminar de pasar el verano, el pequeño Richard junior estaba demasiado intranquilo debido al sofocante calor de la ciudad y era lo más conveniente.

En cuanto llegaron, Richard se encargó de mencionar la nueva situación al mayordomo de la mansión para que informara al resto del personal de la casa, decretando que él era el verdadero duque de Sheraton y que *lady* Julia era su esposa a pesar de lo que todos habían creído. Para su sorpresa no hubo consternación como había creído en un principio y finalmente el mayordomo termino admitiendo, que todos en aquella casa, sabían la condición real de *lady* Julia y que el matrimonio con *lord* Thomas nunca fue verídico, solo que su antiguo señor les habló de la importancia de que todos actuaran frente a su señora como si realmente lo fuera.

Con ese concepto volvió hacia sus aposentos, los mismos que ahora compartiría con su esposa sin dejar de pensar en la astucia de su tío y en cómo había hecho posible todo aquello.

—Gracias tío Thomas —susurró casi para sí mismo deseando haber podido darle las gracias realmente en persona.

Nunca había tenido un trato acorde con él y si era sincero, se

arrepentía. Él era el único familiar que le había quedado tras la muerte de sus padres y en lugar de acercarse, lo alejó aún más de su vida cuando en el fondo, ahora sentía por algún motivo inexplicable que siempre había velado por su bien.

Giró la manivela de la puerta y entró en la recámara que correspondía a su esposa, la imagen que instantáneamente tuvo le dejó completamente paralizado. Allí estaba de nuevo su ninfa de los bosques, ésta vez era real, sin necesidad de imaginarla en sus pensamientos o evocarla en sus recuerdos de alguna forma. Allí estaba ella completamente desnuda bajo el agua, con sus cabellos flotando y rodeada de aquellas flores que proporcionaban un asombroso olor a lavanda que se esparcía por toda la habitación.

—Eres absolutamente preciosa —gimió mientras se cruzaba de brazos y se dejaba apoyar en la puerta tras cerrarla.

No quería perderse ni un solo instante de aquella imagen, quería absorberla, retenerla y procesarla para que durase siempre grabada en su mente.

Julia alzó la vista y le miró fijamente. En aquellos ojos brillantes podían insinuarse demasiadas cosas; deseo, pasión, admiración, pero sobre todo amor.

—¿Era así cómo recordabas a tu ninfa de los bosques? —preguntó en aquel tono cargado de un evidente deseo.

—Sin duda alguna, ahora es mucho mejor —contestó mientras comenzaba a deshacerse de la camisa y se acercaba hasta ella lentamente.

—¿Mejor?, ¿Por qué ahora es mejor que antes? —preguntó Julia contrariada.

—Porque ahora sé que me amas, porque ahora sé que te amo y porque ahora sé que siempre permanecerás a mi lado —sentenció mientras introducía sus manos bajo el agua y la alzaba completamente empapada en sus brazos para apresarla cerca de él.

—Por toda la eternidad —gimió Julia acortando la distancia que la separaban de sus labios.

—Ni la eternidad es suficiente si tú estás a mi lado —sentenció Richard justo antes de besar aquellos labios y depositarla sobre aquella cama que sería testigo de las tantas noches de pasión que les

esperaba a ambos.

41

Hacía dos semanas que estaban en aquella mansión y podría decirse que se había asemejado a la luna de miel que nunca tuvieron, puesto que no se habían separado el uno del otro bajo ningún concepto. De hecho, las noches en las que Julia se desvelaba para amamantar a su pequeño, Richard era quien se levantaba en cuanto escuchaba el quejido de su hijo para acercarlo hasta su madre. La faceta paternal que había podido apreciar Julia en su marido no dejaba de impresionarla y sobre todo, enternecerla hasta el punto de desear convertirse de nuevo en madre.

—Mi *lady*, ha llegado esta carta para usted —anunció el mayordomo

entrando en el comedor donde estaban tomando el desayuno.

Era la primera vez desde que habían vuelto que bajaban formalmente, puesto que hasta la fecha decidieron pedir que lo sirvieran en su habitación para no tener que abandonar tan temprano el lecho.

—¿Quién es? —preguntó Richard curioso.

—Probablemente se trate de mi madre… o de Emily —anunció sin estar preocupada mientras giró la carta y vio la pulcra letra de Catherine—. Es de Catherine —sonrió mientras la abría.

Había escrito días atrás a sus amigas y a su familia relatándoles brevemente los últimos acontecimientos, sobre todo, para advertirlas de que no concebía tanta dicha y felicidad por sí mismas.

—Tal vez podríamos hacerles una visita —dijo Richard mientras le daba un sorbo a su taza de té.

—Precisamente Catherine nos invita a pasar este fin de semana en su casa —

contestó sonriente tras leer las palabras de su amiga y guardar la carta cuidadosamente en el bolsillo de su vestido—. Le contestaré inmediatamente para decirle que asistiremos —añadió con los ojos ligeramente empañados y una excitación ferviente.

—Claro —contestó Richard ausente y en ese momento se giró para ver a su esposa con los ojos brillantes—. ¡Ey! —advirtió antes de que se marchara y cogiéndola delicadamente de la mano—. ¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

—No —negó sonriente mientras se acercó a él y le dio un cálido beso en los labios no importándole si alguien del servicio les veía—. Solo estoy feliz —

añadió—. Y supongo que compartir con los demás mi felicidad me llena de

alegría —mintió esperando que él no se diera cuenta.

—A mí también me hace feliz —sonrió mientras le dio otro cálido beso y después dejó que se marchara momentáneamente de su lado.

El camino hasta la casa de campo de sus amigos no estaba lejos, por lo que decidieron salir a media mañana para llegar a la hora del almuerzo y así hacer el viaje más liviano al pequeño Richard junior.

—¿Estás bien? —preguntó Richard acercándose a la ventanilla del carruaje.

Richard hacía el viaje a caballo para que en el mismo carruaje fuera la doncella personal de su esposa y tuvieran espacio suficiente de maniobrar con el pequeño. Julia había estado algo extraña en los últimos días y no se explicaba las razones, de hecho, tampoco sabía explicar el motivo de esa extrañeza, pero lo cierto es que parecía demasiado entusiasta con aquella visita hacia sus amigos. Tal vez fueran cosas de mujeres y la necesidad de confesarse secretos entre ellas…

—Si —contestó sonriente y con un brillo de felicidad inexplicable—.

¿Cuánto falta para llegar? —preguntó algo nerviosa.

—Poco —contestó alzando la vista hacia el frente—. De hecho, ya se

ve a lo lejos la casa —añadió.

«Minutos… estaban simplemente a escasos minutos de que por fin pudiera revelarle aquel secreto que llevaba días carcomiéndole por dentro» pensó mientras volvía a emocionarse con solo pensarlo.

Catherine y David les recibieron personalmente y les hicieron pasar al gran salón hasta hacer hora para el almuerzo.

—Así que casados —dijo Catherine sonriente—. Juro que estuve a punto de

desmayarme cuando David me lo confesó —confesó.

—¿Tú también lo sabías? —exclamó Julia.

—Le hice prometerme que no contaría nada —intervino David a su lado mientras le cogía la mano a su esposa y le daba un casto beso.

—En mi defensa diré que me hizo prometerlo antes de revelar el secreto —

admitió Catherine.

—Lo cierto es que alegro que haya sido así. —Sentenció Julia y en ese momento miró a Richard que solo parecía tener ojos para ella.

—Si no hubiera sido así, nunca habría podido saber si solo me aceptabas porque no te quedaba otro remedio que hacerlo o como en este caso, porque realmente deseabas estar junto a mi —admitió Richard.

—Me alegro de que por fin las cosas se hayan terminado aclarando entre vosotros —admitió David con una gran sonrisa.

—No más que yo, amigo mío. En parte debo agradecértelo —contestó Richard delante de todos—. Aunque al que más debería agradecerle ya no esté, pero me alegro de que depositara su confianza en ti.

—¿Estás seguro? —ironizó David con una gran sonrisa.

—¿Cómo que si estoy seguro? —preguntó algo extrañado.

—Quizás sí puedas agradecérselo después de todo —contestó sonriente y en ese momento las puertas del gran salón se abrieron para dejar a un sonriente Thomas apoyado en su bastón.

—¡Oh Thomas! —exclamó Julia mientras perdía las formas y se abalanzaba sobre él para abrazarlo.

—Querida… —susurró mientras le daba palmaditas en su espalda.

—¡No sé si pueda perdonarte lo que nos hiciste! Aunque admito que en estos momentos siento tanta dicha que por el momento no pienso reclamártelo.

—Me alegro —contestó divertido—. Pero tenía que hacerle ver a este necio

—dijo señalando con el bastón a Richard—, lo equivocado que estaba y que no debía cometer el mismo error que yo cometí.

Richard estaba completamente mudo observando a su tío. Estaba vivo, ¡Vivo!

—Tío Richard —susurró sin saber qué decir.

Nunca había sido de expresar sentimientos y lo cierto es que salvo recientemente con Julia, estaba absolutamente contrariado al respecto.

—Por favor —dijo Thomas dirigiéndose hacia los presentes—. Podrían dejarme a solas unos minutos con mi… *pariente*.

—Por supuesto —contestó David mientras animaba a las damas a salir de aquel salón y Julia sonrió justo antes de salir.

—Realmente no sabría por dónde comenzar… —dijo Thomas mientras empezó a caminar acercándose a uno de los sillones.

—No tiene nada que explicarme tío, en realidad soy yo el que debería agradecerle todo lo que hizo por mi debido al comportamiento inaceptable que…

—No muchacho —contestó interrumpiéndole—. En parte yo tengo la culpa por permitir que te convirtieras en el hombre que eras.

—Que sea mi único pariente no significa que deba asumir la culpa de mis errores —admitió Richard no comprendiendo porque se echaba su tío las

culpas de su actitud en el pasado.

—Un padre asume todos sus errores, hijo —suspiró.

—Pero usted no es mi padre —afirmó Richard pensando que tal vez, al no tener hijos, su tío lo consideraría como al hijo que nunca tuvo.

—Lo soy —contestó serio—. Yo soy tu verdadero padre, Richard.

—Eso no puede ser… no es posible —gimió Richard llevándose una mano a las sienes—. Mi padre es…

—Tu madre se casó con mi hermano menor porque estaba embarazada y yo no estuve aquí para impedir ese matrimonio —dijo antes de que se hiciera conclusiones erróneas—. Tu madre y yo estábamos enamorados, Richard. Lo suficiente como para haber sido felices durante el resto de nuestras vidas si no hubiera sido porque el destino y nuestros padres nos separaron.

—¿Por qué no me lo dijo nunca? —exclamó Richard sentándose y tratando de asimilar la noticia.

Siempre había detestado al padre que tuvo. Le quiso por la única razón de que era su padre, pero sabía que nunca fue un hombre ejemplar, no era alguien respetable y jamás trató bien a su madre.

—No quise que tuvieras un concepto erróneo de tu madre —admitió Thomas

—. Le prometí que serías mi heredero y siempre me mantuve fiel al amor que sentí por ella, no quería que cometieras el mismo error que yo y que perdieras a la mujer que estaba seguro de que amabas, al igual que hice yo.

—¿Cómo podía saber que la amaba? —preguntó aceptando los hechos a pesar de no ser aún consciente de ello.

—Soy tu padre, Richard —sonrió—. Que no me hayas permitido estar cerca

de ti no significa que no te conozca. He seguido siempre tus pasos y me he mantenido informado en todo momento.

—Así es como supo de mi decisión en anular el matrimonio —afirmó Richard.

—Si —contestó firme—. Y por suerte el juez de inscripción es un gran amigo mío —sonrió cómplice.

—No sé cómo podré agradecerle todo lo que hizo por mi —admitió

Richard sentándose frente a él.

—No necesito tu agradecimiento. Solo me conformo con que me dejes pasar algún tiempo con mis nietos —sonrió vagamente.

—No —dijo negando con la cabeza y Thomas le miró apenado—. No quiero que solo pase algún tiempo con sus nietos, deseo que siempre esté junto a ellos —admitió—. Sé todo lo que hizo por mi esposa, todo lo que ha hecho por mí y me gustaría que viviera con nosotros, padre.

En ese momento el anciano alzó la mirada con los ojos brillantes. No había esperado aquello, pensó que quizá con el tiempo podría tener un acercamiento, pero nunca que le pidiera que se mudara a vivir con ellos.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, hijo mío —admitió mientras se levantaba y le daba un abrazo.

—Quizá deba contarme cómo era ella de verdad —confesó Richard apenado

—. Los recuerdos que poseo siempre son de padre y me atrevería a confesar que ella no era realmente así.

—Ella era la mujer más hermosa, buena e increíblemente bondadosa que pudieras haber conocido —contestó con el rostro completamente iluminado

mientras comenzaba a relatarle quién era en realidad la su madre.

Richard aún no podía creerse que su tío Thomas fuera en realidad su padre.

Lo cierto es que una parte de él comenzó a sentirse aliviado sin saber porqué, en realidad sí que lo sabía, tenía un padre que no era vil y cruel, que no era un déspota. Su padre, su verdadero padre le había demostrado con creces lo importante que era para él y saber que había renunciado a casarse, a tener descendencia solo para que el ducado fuera de su único hijo legítimo le hacía ver el sacrificio que había hecho durante años por amor hacia él y hacia su madre.

—Me alegro de que le hayas aceptado de buen agrado —confesó Julia cuando Richard le relató que Thomas era su verdadero padre—. Y más aún de que esté realmente vivo, ¿No estás enfadado porque no te lo hubiera contado? —preguntó con pesar.

—No —negó—. Creo que es algo que nunca habría aceptado de la misma forma si me lo hubiera revelado otra persona —admitió Richard.

—Ahora somos una familia —sonrió—. Una familia de verdad —sonrió mientras le abrazaba.

—No hace mucho tiempo, pensar en familia me habría causado pánico, repulsión y en parte miedo —sonrió Richard—. Ahora no hay nada que más que tener una familia contigo.

—Ámame Richard —susurró cerca de sus labios.

—Siempre Julia… nunca lo dudes, te amaré por siempre.

La felicidad existe y los deseos, cumplen… al menos era lo que pensaba Julia ahora que su dicha era completa.

Fin

Sigue leyendo…

PROXIMA ENTREGA

EL SEXTO SENTIDO

La señorita Susan Brandon es una joven de gran belleza que sueña con encontrar el verdadero amor desde que era pequeña y a pesar de recibir numerosas propuestas de matrimonio, se ha negado a todas ellas por su creencia en ese sentimiento conmovedor. Prefiere ser una solterona, antes que permanecer junto a un caballero por el que no sienta nada, aunque sus deseos no coinciden con los de su padre, que la ha prometido en matrimonio al ser más frío y calculador que jamás ha conocido.

El duque de Buccleuch ha perdido dos esposas, las cuáles han muerto en circunstancias atroces mientras daban a luz a sus hijas. Esa era la razón por la que debía volver a casarse, necesitaba un heredero para el ducado y la hija de su vecino, el señor Brandon, le parecía una candidata tan válida como otra cualquiera. Después de perder a dos esposas, no estaba dispuesto a volver a sentir algo por otra dama. Solo necesitaba que su nueva esposa le diera un hijo y era lo único que iba a obtener de ella.

Avance de El Sexto Sentido

Inglaterra 1823. Londres 6 de mayo

La señorita Susan Brandon se encontraba en su habitación peinando sus largos cabellos de aquel color rojizo cuyo rasgo la caracterizaba entre el resto de sus amigas. Aquella tarea era una de sus favoritas al terminar la jornada del día, quizá porque era el momento en el que se abandonaba a sus ensoñaciones y se recreaba frente al espejo mientras dejaba su imaginación volar en la búsqueda de un apuesto caballero que vendría a demostrarle que el amor existía, del que se enamoraría perdidamente y al fin se casaría, sobre todo para terminar el tormentoso discurso diario de su madre sobre el matrimonio, que no la dejaba ni a sol ni a sombra cada día desde que hizo su aparición en sociedad hacía ahora dos años.

Era consciente de que con su edad corrían ciertas habladurías al no haber contraído aún matrimonio, de hecho, había rechazado tantas peticiones que incluso había perdido la cuenta por su ansiada búsqueda del amor y es que ninguno de sus pretendientes había conseguido que sintiera mariposas en su estómago o que al menos pudiera tener una posibilidad de enamorarse en un futuro de él.

Al menos contaba con el apoyo de su padre que deseaba verla feliz, muy al contrario que su madre que no dejaba de recriminar que iba a quedarse solterona a ese paso, a pesar de que la buena mujer, sabía que prefería estar sola antes de casarse con un caballero por el que no sentía absolutamente nada.

Alguien llamo a su puerta e inmediatamente abrió antes de que respondiera, intuyó que sería su madre puesto que era la única que siempre entraba así en su habitación

—Querida, ¿Tienes un momento? —preguntó la señora Brandon.

—Por supuesto madre —contestó Susan dejando el cepillo sobre el tocador y alzándose de su asiento.

—Mañana vendrá a cenar a casa el duque de Buccleuch —afirmó la madre de Susan—. Como bien sabes se acaba de mudar hace poco a nuestro vecindario y es un caballero de gran renombre, por eso tu padre le ha invitado a cenar formalmente —concluyó.

—Está bien madre —sonrió Susan.

No era la primera vez que tenían invitados en casa, tampoco entendía la importancia. Era cierto que su casa no solía ser frecuentada por duques, pero imaginaba que sirviendo una cena que estuviera a la

altura de las circunstancias, el caballero quedaría satisfecho.

—Quiero que te pongas el vestido en tonos naranjas que recogimos ayer de Lynetś —añadió la señora Brandon.

—¿No cree que es demasiado para una cena en casa? —preguntó extrañada Susan.

Su madre había encargado aquel vestido ciertamente lujoso entre su colección para una ocasión especial en la que debiera lucirlo.

—Por supuesto que no, es una cena formal y nuestro invitado es de alta nobleza, desde luego que no está fuera de lugar.

—Madre… —refunfuñó Susan entendiendo lo que pretendía conseguir.

—¿Qué? —exclamó—. Solo quiero causar una buena sensación al duque de Buccleuch, nada más —añadió marchándose.

Si… nada más, seguro que solo sería eso lo que su madre pretendía, no tendría nada que ver con que el duque de Buccleuch era viudo por partida doble y que de ambos matrimonios había tenido una hija en cada uno de ellos, es más, existían rumores de que buscaba una tercera esposa que le diera el heredero a su ducado, pero ella desde luego, no iba a serlo.

Susan no había conocido al duque de Buccleuch salvo por los rumores y habladurías que habían mencionado sobre él. Lo cierto es que cuando bajó a la noche siguiente por aquella escalera y entró al salón donde tendría lugar la cena y en la que ya se encontraba su excelencia, jamás esperó que fuera un hombre apuesto debido a su edad.

Su cabello de tez negra contrastaba con aquellos ojos de un profundo verde aguamarina que resaltaban en su rostro. Lo cierto era que debía admitir que le resultaba el hombre más atractivo que sus ojos habían tenido el placer de contemplar a pesar de ser unos cuantos años mayor que ella.

—Excelencia, permítame presentarle a mi querida hija, la señorita Brandon

—dijo el señor Brandon.

Susan observó como aquel hombre la contemplaba sin emitir emoción

alguna, simplemente la miró a los ojos un segundo para saludarla.

—Es un placer conocerla, señorita Brandon —dijo en un matiz sin emoción que a Susan le pareció demasiado frío e insustancial.

—El placer es mío *lord* Buccleuch —contestó Susan sonriente tratando de ser cordial, a pesar de que su sonrisa solo fue fingida ante el evidente desinterés del duque hacia ella.

Al menos podría tatar de ser más amable, pensó Susan.

La cena transcurrió en silencio para Susan, puesto que el tema central de conversación fue político entre el duque y su padre salvo por alguna excepción en la que intervenía su madre. Ni tan siquiera sabía porqué hacía acto de presencia si nadie podría notar su ausencia teniendo en cuenta que no se le había pedido su opinión bajo ningún concepto.

Tenía la ligera sensación de que aquel hombre tan serio y taciturno era infeliz, o al menos desdichado. Quizá las dos muertes de sus esposas tenían algo que ver en ello, pero no recordaba quién le había comentado que el duque de Buccleuch siempre había sido bastante frío y calculador, por esa razón era un hombre acaudalado, sabía manejar muy bien sus negocios y no le temblaba el pulso impartir órdenes. Tras finalizar el postre, tanto el duque como su padre se retiraron al salón para fumar uno de los puros que su padre le había ofrecido a su excelencia provenientes de América y que aceptó gustosamente.

Si era sincera, no sabía porqué razón aquel caballero había aceptado la invitación a cenar de su padre, es más, dudaba que alguien como él se mezclara con otros caballeros que no estuvieran en su mismo círculo social.

Su padre era un hombre de negocios hecho así mismo y que había amasado su propia fortuna con la fábrica de muebles de diseño, dudaba que aquello fuera del interés de un hombre así, pero tal vez se equivocaba.

—¿Qué te ha parecido el duque de Buccleuch? —pregunto su madre en cuanto se quedaron a solas.

—Me parece un hombre bastante serio —contestó sincera.

—¡Oh Susan!, ¡Pon un poco de tu parte! —exclamó la señora Brandon.

—¿Qué ponga de mi parte en qué, madre? —preguntó alzando una ceja.

—Sabes que tienes que casarte este año, si termina la temporada sin que tengas al menos un compromiso formal, todos hablarán de que serás una solterona, algo que desde luego ya se comenta por tu terquedad.

—¿Y cree que el duque de Buccleuch es una buena opción para mí? Ha estado casado dos veces, madre. Tiene dos hijas —añadió Susan para dar más énfasis al hecho.

—¿Y qué? El pobre caballero solo ha tenido mala suerte con sus anteriores esposas, pero está buscando una duquesa.

—No cuente con que yo lo sea, madre —dijo Susan mientras se levantaba de la mesa y subía las escaleras sin despedirse.

No le importaba ser una maleducada, desde luego dudaba que aquel caballero se fijara en ella después del desplante que le había hecho al saludarla sin siquiera mostrar interés por ella, tal vez había aceptado la invitación por los rumores de que su padre tenía una hija en edad casadera, pero su decepción al verla le había llevado a tener que soportar la cena por compromiso.

No era digna del duque de Buccleuch, ¿Y qué? Pensó tras meditarlo detenidamente. Había rechazado a docenas de pretendientes sin pensarlo,

¿Por qué le molestaba que aquel caballero no se interesara por ella?

Era la primera vez que la opinión de un hombre le afectaba, pero no iba a dejar que aquello le martirizara, probablemente no volvería a coincidir con el duque de Buccleuch en meses… hasta que recordó que ahora eran vecinos.

Había pasado una semana desde aquella cena en la que su padre había invitado a su nuevo vecino, una semana en la que por alguna razón Susan había soñado en más de una ocasión con aquellos ojos verdes del duque y

muy a su pesar tuvo que admitir que deseaba volver a verle aunque no había cruzado palabra alguna con su excelencia.

—Querida, ¿Tienes un minuto? —preguntó el señor Brandon.

Susan cerró el libro que estaba leyendo junto a la ventana que daba al jardín donde tenía más claridad y al mismo tiempo mayor tranquilidad, puesto que su madre no la solía molestar en aquella parte de la casa.

—Sí padre —contestó bajando las piernas del asiento y colocándose de una forma más adecuada.

—Verás… no sé muy bien como decirte esto… —dijo titubeando el señor Brandon.

—¿Ocurre algo padre?, ¿Se trata de madre?, ¿Es algo referente a la fábrica?

—preguntó Susan algo preocupada porque nunca había visto a su padre dudar de algo cuando hablaba con ella. Además, no la miraba a ella, sino que evitaba mirarla fijando la vista en el suelo.

—No, no es eso —negó el señor Brandon—. Tu madre se encuentra perfectamente y los negocios van bien.

—¿Entonces qué ocurre? —insistió Susan.

—Se trata de ti —terció el señor Brandon—. Sé que hasta ahora siempre he accedido a tus peticiones, pero he recibido una propuesta de matrimonio de cierto caballero que no he podido rechazar.

—¿Cómo que no ha podido rechazar? —exclamó Susan abriendo los ojos más aún de lo que ya los tenía abiertos.

—He hecho lo que he considerado más conveniente para ti, Susan. No podía permitirme que le rechazaras y sé que lo harías si te lo preguntaba, por eso he

aceptado la propuesta —dijo el señor Brandon con cierto pesar en sus palabras.

—¡Cómo ha podido hacerlo padre! —exclamó Susan con los ojos brillantes

—. Si sabe que le rechazaría ¿Cómo pudo hacerlo? —añadió alterada dando por hecho que el caballero no sería de su agrado.

—Tu madre tiene razón Susan, no puedo permitir que termines la temporada sin un pretendiente y ésta era sin duda la mejor oportunidad para asegurarme de tu bienestar y de que no te falte nada

en el futuro cuándo yo no esté para protegerte.

—¿Y qué hay de mi felicidad padre? —preguntó Susan—. ¿No se ha parado a pensar en ello? —exclamó al borde de las lágrimas.

—Sé que podrás ser feliz junto a tu futuro esposo, estoy seguro de que te hará feliz.

—¿Quién es? —preguntó Susan airada—. ¿A quién le ha concedido mi mano en matrimonio?

—Al duque de Buccleuch —contestó el señor Brandon.

En aquel momento Susan solo pudo pensar en dos cosas; que aquel hombre no la haría feliz y que su padre acababa de decepcionarla.

A mi tía, Antonia Checa

Una flor amable, divertida y risueña.

Gracias por estar siempre presente en mi vida, por cada sonrisa y tierno

recuerdo que me acompañarán toda la vida. Eres una mujer única y deslumbrante.

Te quiero, madrina.

“A veces el corazón ve lo que es invisible para los ojos”

H. Jackson Brown Jr

1

6 de Mayo de 1923

La señorita Susan Brandon se encontraba en su habitación peinando sus largos cabellos de aquel color rojizo cuyo rasgo la caracterizaba entre el resto de sus amigas. Aquella tarea era una de sus favoritas al terminar la jornada del día, quizá porque era el momento en el que se abandonaba a sus ensoñaciones y se recreaba frente al espejo mientras dejaba su imaginación volar en la búsqueda de un apuesto caballero que vendría a demostrarle que el amor existía, del que se enamoraría perdidamente y al fin se casaría, sobre todo para acabar con aquel tormentoso discurso de su madre sobre el matrimonio al que la sometía diariamente y que no la dejaba ni a sol ni a sombra desde que hizo su aparición en sociedad hacía dos años.

Era consciente de que con su edad corrían ciertas habladurías al no haber contraído aún matrimonio, de hecho, había rechazado tantas peticiones que incluso había perdido la cuenta por su ansiada búsqueda del amor y es que ninguno de sus pretendientes había conseguido que sintiera mariposas en su estómago o que al menos pudiera tener una posibilidad de enamorarse en un futuro.

Al menos contaba con el apoyo de su padre que deseaba verla feliz, muy al contrario que su madre que no dejaba de recriminar que iba a quedarse solterona a ese paso, pero tampoco podía decirle que prefería mil veces estar sola que junto a un caballero por el que no sentía absolutamente nada.

Alguien llamo a su puerta e inmediatamente abrió antes de que respondiera, intuyó que sería su madre puesto que era la única que siempre entraba así en su habitación

—Querida, ¿Tienes un momento? —preguntó la señora Brandon.

—Por supuesto madre —contestó Susan dejando el cepillo sobre el tocador y alzándose de su asiento.

—Mañana vendrá a cenar a casa el duque de Buccleuch —afirmó la madre de Susan—. Como bien sabes se acaba de mudar hace poco a nuestro vecindario y es un hombre de gran renombre por eso tu padre le ha invitado a cenar formalmente —concluyó.

—Está bien madre —sonrió Susan.

No era la primera vez que tenían invitados en casa, tampoco entendía la importancia. Era cierto que su casa no solía ser frecuentada por duques, pero imaginaba que sirviendo una cena que estuviera a la altura de las

circunstancias, el caballero quedaría satisfecho.

—Quiero que te pongas el vestido en tonos naranjas que recogimos ayer de Lynetś —añadió la señora Brandon.

—¿No cree que es demasiado para una cena en casa? —preguntó extrañada Susan.

—Por supuesto que no, es una cena formal y nuestro invitado es de alta nobleza, desde luego que no está fuera de lugar.

—Madre… —refunfuñó Susan entendiendo lo que pretendía conseguir.

—¿Qué? —exclamó—. Solo quiero causar una buena sensación al duque de Buccleuch. Nada más —añadió marchándose.

Si… nada más, seguro que solo sería eso lo que su madre pretendía, no tendría nada que ver con que el duque de Buccleuch era viudo por partida doble y que de ambos matrimonios había tenido una hija en cada uno de ellos, es más, existían rumores de que buscaba una tercera esposa que le diera el heredero a su ducado, pero ella desde luego, no iba a serlo.

Susan no había conocido al duque de Buccleuch salvo por los rumores y habladurías que habían mencionado sobre él. Lo cierto es que cuando bajó a la noche siguiente por aquella escalera y entró al salón donde tendría lugar la cena y en la que ya se encontraba el duque, jamás esperó que fuera un hombre apuesto.

Su cabello de tez negra contrastaba con aquellos ojos de un profundo verde aguamarina que resaltaba en su rostro. Lo cierto era que debía admitir que era el hombre más atractivo que sus ojos habían tenido el placer de contemplar a pesar de ser unos años mayor que ella.

—Excelencia, permítame presentarle a mi querida hija, la señorita Brandon

—dijo el señor Brandon.

Susan observó como aquel hombre la contemplaba sin emitir emoción alguna, simplemente la miró a los ojos un segundo para saludarla.

—Es un placer conocerla, señorita Brandon —dijo en un matiz sin emoción que a Susan le pareció demasiado frío e insustancial.

—El placer es mío *lord* Buccleuch —contestó Susan sonriente tratando de ser cordial, a pesar de que su sonrisa solo fue fingida ante el evidente desinterés del duque hacia ella.

Al menos podría tatar de ser más amable, pensó Susan.

La cena transcurrió en silencio para Susan, puesto que el tema central de conversación fue político entre el duque y su padre salvo por alguna excepción en la que intervenía su madre. Ni tan siquiera sabía porqué hacía acto de presencia si nadie podría notar su ausencia teniendo en cuenta que no se le había pedido su opinión bajo ningún concepto.

Tenía la ligera sensación de que aquel hombre tan serio y taciturno era infeliz, o al menos desdichado. Quizá las dos muertes de sus esposas tenían algo que ver en ello, pero no recordaba quién le había comentado que el duque de Buccleuch siempre había sido bastante frío y calculador, por esa razón era un hombre acaudalado, sabía manejar muy bien sus negocios y no le temblaba el pulso dar órdenes. Tras finalizar el postre, tanto el duque como su padre se retiraron al salón para fumar uno de los puros que su padre le había ofrecido a su excelencia provenientes de América y que aceptó gustosamente.

Si era sincera, no sabía porqué razón aquel caballero había aceptado la invitación a cenar de su padre, es más, dudaba que alguien como él se mezclara con otros caballeros que no estuvieran en su mismo círculo social.

Su padre era un hombre de negocios hecho así mismo y que había amasado su propia fortuna con la fábrica de muebles de diseño, dudaba que aquello fuera del interés de un hombre así.

—¿Qué te ha parecido el duque de Buccleuch? —pregunto su madre en cuanto se quedaron a solas.

—Me parece un hombre bastante serio —contestó sincera.

—¡Oh Susan!, ¡Pon un poco de tu parte! —exclamó la señora Brandon.

—¿Qué ponga de mi parte en qué, madre? —preguntó alzando una ceja.

—Sabes que tienes que casarte este año, si termina la temporada sin que tengas al menos un compromiso formal, todos hablarán de que serás una solterona, algo que desde luego ya se comenta por tu terquedad.

—¿Y cree que el duque de Buccleuch es una buena opción para mí? Ha estado casado dos veces, madre. Tiene dos hijas —añadió Susan para dar más énfasis al hecho.

—¿Y qué? El pobre caballero solo ha tenido mala suerte con sus anteriores esposas, pero está buscando una duquesa.

—No cuente con que yo lo sea, madre —terció Susan mientras se levantaba de la mesa y subía las escaleras sin despedirse.

No le importaba ser una maleducada, desde luego dudaba que aquel caballero se fijara en ella después del desplante que le había hecho al saludarla sin

siquiera mostrar interés por ella, tal vez había aceptado la invitación por los rumores de que su padre tenía una hija en edad casadera, pero su decepción al verla le había llevado a tener que soportar la cena por compromiso.

No era digna del duque de Buccleuch, ¿Y qué? Pensó tras meditarlo detenidamente. Había rechazado a docenas de pretendientes sin pensarlo,

¿Por qué le molestaba que aquel caballero no se interesara por ella?

Era la primera vez que la opinión de un hombre le afectaba, pero no iba a dejar que aquello le martirizara, probablemente no volvería a coincidir con el duque de Buccleuch en meses… hasta que recordó que ahora eran vecinos.

Había pasado una semana desde aquella cena en la que su padre había invitado a su nuevo vecino, una semana en la que por alguna razón Susan había soñado en más de una ocasión con aquellos ojos verdes del duque y muy a su pesar tuvo que admitir que deseaba volver a

verle, aunque no había cruzado palabra alguna con su excelencia.

—Querida, ¿Tienes un minuto? —preguntó el señor Brandon.

Susan cerró el libro que intentaba leer junto a la ventana que daba al jardín donde tenía más claridad y al mismo tiempo mayor tranquilidad puesto que su madre no la solía molestar en aquella parte de la casa.

—Sí padre —contestó bajando las piernas del asiento y colocándose de una forma más adecuada.

—Verás… no sé muy bien como decirte esto… —dijo titubeando el señor Brandon.

—¿Ocurre algo padre?, ¿Se trata de madre?, ¿Es algo referente a la fábrica?

—preguntó Susan algo preocupada porque nunca había visto a su padre dudar

de algo cuando hablaba con ella, además, no la miraba a ella, sino que evitaba mirarla fijando la vista en el suelo.

—No, no es eso —negó el señor Brandon—. Tu madre se encuentra perfectamente y los negocios van bien.

—¿Entonces qué ocurre? —insistió Susan.

—Se trata de ti —terció el señor Brandon—. Sé que hasta ahora siempre he accedido a tus peticiones, pero he recibido una propuesta de matrimonio de cierto caballero que no he podido rechazar.

—¿Cómo que no ha podido rechazar? —exclamó Susan abriendo los ojos más aún de lo que ya los tenía abiertos.

—He hecho lo que he considerado más conveniente para ti, Susan. No podía permitirme que le rechazaras y sé que lo harías si te lo preguntaba, por eso he aceptado la propuesta —dijo el señor Brandon con cierto pesar en sus palabras.

—¡Cómo ha podido hacerlo padre! —exclamó Susan con los ojos brillantes

—. ¡Si sabe que le rechazaría cómo pudo hacerlo! —añadió alterada dando por hecho que el caballero no sería de su agrado.

—Tu madre tiene razón Susan. No puedo permitir que termines la temporada sin un pretendiente y ésta era sin duda la mejor oportunidad para asegurarme de tu bienestar y de que no te falte nada en el futuro.

—¿Y qué hay de mi felicidad padre? —preguntó Susan—. ¿No se ha parado a pensar en ello? —exclamó al borde de las lágrimas.

—Sé que podrás ser feliz junto a tu futuro esposo, estoy seguro de que te hará

feliz.

—¿Quién es? —preguntó Susan—. ¿A quién le ha concedido mi mano en matrimonio?

—Al duque de Buccleuch —contestó el señor Brandon.

En aquel momento Susan solo pudo pensar dos cosas; que aquel hombre no la haría feliz y que su padre acababa de decepcionarla.

—¿Al duque de Buccleuch? —exclamó consternada—. ¡A ese hombre cuya frialdad puede hacer competencia a una piedra!, ¿De verdad cree que me podría hacer feliz?

—Sé que te no te faltará de nada estando a su lado, Susan.

«Dinero» pensó Susan en ese instante.

Aquello era algo que al duque de Buccleuch le sobraba y en el fondo su padre solo creía que necesitaba a un hombre rico para ser feliz, pero sabía de sobra que aquel hombre jamás le daría lo que tanto ansiaba; amor.

—No puedo casarme con el, padre… ¡No puedo! —gritó Susan tirando el libro al suelo.

—Ya le di mi palabra y te casarás con él —afirmó el señor Brandon seriamente—. He consentido cada uno de tus caprichos y he accedido a todas tus demandas, ya es hora de que por fin tengas un marido porque no voy a consentir que mi única hija sea una solterona, será una duquesa; la duquesa de Buccleuch.

—Papá… —instó Susan en último recurso con los ojos algo brillantes.

—Si no creyera que fuese un buen hombre, no habría aceptado su mano, así que, aunque sea lo último que haga, te casarás con él y

hasta que no se realice el anuncio oficialmente, nadie sabrá nada sobre este compromiso.

En el momento que el señor Brandon desapareció por la puerta de aquel salón, Susan se dejó caer de nuevo sobre aquella bancada de madera que había bajo la ventana que siempre había sido su lugar favorito para leer o simplemente pensar debido a las vistas y a la claridad que por ella traspasaba, pero ahora ni aquello podía reconfortarla o consolarla, así que unas lágrimas silenciosas comenzaron a caer de sus ojos al percatarse de cuál iba a ser su futuro próximo y el hecho de no poder confesarlo a sus amigas para tratar de encontrar consuelo en ellas le hacía sentirse aún peor…

No podía ser real… ¿Por qué el duque de Buccleuch iba a solicitar su mano si ni tan siquiera había hablado con ella? Hasta el momento había creído que la detestaba, que no era de su agrado y de hecho, incluso saber aquello en cierta forma le había molestado al creer que no estaba a su altura, en cambio había solicitado su mano, se convertiría en su esposa o más bien su tercera esposa y sería la madre de sus dos hijas, hijas a las que aún no había conocido ni tenía la más mínima idea de como eran.

«No me casaré con ese hombre» pensó Susan convencida. «Aunque sea el hombre más apuesto que jamás haya conocido sé que no sería feliz a su lado»

meditó justo después.

—¡Oh querida!, ¡Estás aquí! —exclamó la madre de Susan entrando en el salón como si la buscara por toda la casa—. Tu padre ya me ha comentado que te ha dado la grandiosa noticia, ¡Duquesa!, ¡Mi hija será una duquesa! —

añadió entusiasmada… el anuncio será oficial en tres meses, organizaremos un gran baile aquí en casa y así podremos dar la noticia…

¿Tres meses?, ¿Solo tres meses? Eso era muy poco tiempo… Tendría que hacer hasta lo imposible para evitar que aquel compromiso se hiciera oficial, tendría que conseguir que el propio duque lo anulase si no quería dejar a su familia en mal lugar, pero ¿Qué podría hacer? Nunca se le habían dado bien

—Me voy a mi habitación —anunció Susan recogiendo el libro que había en el suelo y no queriendo escuchar más de aquella supuesta boda con el duque.

Cuanto más oía sobre aquel asunto, más real le parecía.

—Susan… —dijo la señora Brandon deteniendo a su hija antes de que abandonara el salón—. Tu padre no ha querido mencionarte nada al respecto para no presionarte, pero el duque es una persona muy influyente y aunque la fábrica va bien, no pasa por uno de sus mejores momentos… y aunque tu padre insiste en que todo va bien, no es así.

—¿A que se refiere exactamente madre? —preguntó Susan frunciendo el ceño.

—A que el duque ha prometido invertir capital en la fábrica en cuanto se formalice el compromiso. Algo que para nosotros sería mucho más que conveniente dada la situación.

—Creo que me ha quedado bastante claro, madre —terció Susan con un evidente tono de enfado mientras subía las escaleras hasta llegar a su habitación.

Tras entrar cerró fuertemente la puerta no importándole en absoluto el ruido que pudiera escucharse por toda la casa. Estaba enfadada, cabreada y se sentía vendida al mejor postor que en este caso había sido su propio vecino.

No podía creer que aquel hombre fuese finalmente el elegido y que en tan solo unos meses no solo anunciaría su compromiso ante todos. Ni tan siquiera

había sido amable, lejos estaba de ser atento, mucho menos agradable, ¿Qué destino le esperaba entonces junto a ese hombre?, ¿Qué clase de persona era el duque de Buccleuch? Sus ojos verdes inspiraban demasiado, pero su talante dejaba claro que él era como un muro de piedra “impenetrable”.

2

El actual duque de Buccleuch tenía sus pensamientos sumergidos en aquel cuaderno de cuentas que revisaba cada noche para no perder detalle alguno de todas sus ganancias. Aquella tarea era algo que le ayudaba a conciliar el sueño y también a evitar pensar en otros menesteres como la presión a la que estaba sometido de tener que volver a casarse por tercera vez para engendrar al fin un heredero digno de la dinastía Buccleuch.

Su mala suerte le había llevado no solo a tener dos hijas, que por muy hermosas que éstas fueran; no eran varones, sino a perder a ambas esposas en el proceso. La primera vez que contrajo nupcias no estaba enamorado, la bella *lady* Sarah tenía una dote y alcurnia adecuada digna para convertirse en duquesa y por tanto solicitó su mano. No tardó en concebir la que ahora era su hija mayor *lady* Madeleine, que apenas acababa de cumplir los seis años, pero perdió demasiada sangre durante el parto y al tercer día desgraciadamente murió, por suerte la señora Edna que era la madre de *lady* Sarah se había quedado en la mansión para cuidar de su nieta ante la evidente

falta de su madre y aquello era algo que el duque había aprobado de buen agrado.

Un año más tarde contrajo nupcias de nuevo con *lady* Rebecca, su dulce rostro y cabellos rubios le convencieron —además de aquella suculenta dote

—, para ver si finalmente podía obtener después de aquel trágico suceso con su primera esposa: un heredero, pero después de tardar casi dos años en concebir un hijo, su segunda esposa al igual que la primera también murió en el parto justo después de alumbrar a su hija *lady* Diane, de tan solo tres años.

Había tardado justamente eso, tres años en plantearse la idea de volver a contraer matrimonio, incluso barajó la posibilidad de estar propiamente maldito tras dos esposas muertas mientras alumbraban a sus hijas, pero era consciente de que necesitaba tener un heredero y

esta vez quería a una esposa de temperamento fuerte. No le importaba en absoluto ninguna dote, ni que fuera irrefrenablemente bella, lo único que deseaba era no ser el responsable de otra muerte más a su espalda.

Todas las jóvenes le parecían demasiado similares a sus anteriores esposas, tanto era así que no se había decidido por ninguna, de hecho, comenzaba a pensar que no encontraría a ninguna candidata idónea hasta que la vio a ella… a la joven hija de los señores Brandon.

La señorita Brandon era sin duda hermosa, pero no tan joven como el resto de candidatas a las que había descartado. No deseaba una prometida tan joven como lo fueron sus anteriores esposas, quizá la edad tendría algo que ver, pero saber que la dama probablemente quedaría solterona tras aquella temporada fue el factor decisivo para inclinarse por interesarse en ella y su decisión al rechazar anteriores pretendientes le daba la seguridad de la determinación de aquella joven. De hecho, había podido comprobar esa

determinación durante aquella cena cuando el señor Brandon le había invitado formalmente a su casa, esa misma noche, al ver de cerca a la joven se había convencido a sí mismo que era la indicada, no deseaba encariñarse con su nueva esposa, menos aún tenerla en la misma estima que había tenido a las dos anteriores pese a no haberlas amado fervientemente porque apenas había tenido tiempo de hacerlo, pero si el infortunio volvía a cernirse sobre él, deseaba al menos no llorar su pérdida y con la señorita Brandon podría conseguir aquello.

—Su excelencia. —La voz del ayuda de cámara del duque llegó hasta Aaron.

—¿Sí, Sebastián? —exclamó alzando la vista al frente.

—Su baño ya está listo excelencia, cuando guste le estaré esperando.

—Por supuesto, iré enseguida —afirmó con alevosía.

Lord Aaron Bucleuch, quinto duque de Buccleuch era un hombre de costumbres antiguas; metódico, autoritario, quizá frío y calculador para algunas personas, pero solamente trataba de perseverar lo que sus antepasados habían conseguido con esfuerzo y constancia, por eso debía tener un heredero y debía conseguirlo al precio que fuera.

En cuanto se sumergió en aquella bañera de agua caliente cerró los ojos dejándose arrastrar por la sensación placentera que aquel baño le aportaba.

Quizá era uno de los pocos momentos en los que verdaderamente dejaba atrás las preocupaciones, sus propios deseos e incluso su deber para abandonarse a sí mismo. A su mente llegó entonces el rostro de la joven Brandon con aquel cabello rojo fuego siempre recogido e inevitablemente no pudo evitar pensar en cómo se vería suelto mientras caía por aquellos hombros, cómo sería tocarlo…

«Tal vez lo descubriera pronto» pensó el duque mientras estiraba el cuello para relajar sus músculos.

Desechó aquella idea, aún quedaba demasiado hasta que aquella boda se celebrase, el padre de la joven había insistido en tener un noviazgo tradicional y eso implicaba nueve meses tras el anuncio de compromiso que tendría lugar en aproximadamente otros tres más hasta que finalizaran los preparativos. Si había esperado tres años para encontrar una tercera esposa, podría esperar casi otro año más para obtenerla y que ésta fuera solo suya.

Si había algo que *lord* Aaron Buccleuch detestara más que la escoria social era precisamente los eventos sociales donde tener que soportar a dichas personalidades.

La vanidad de algunas personas con o sin alcurnia que pretendían aparentar lo que en realidad no eran le hacían hervir la sangre y por eso solía evitar a toda costa aquellos bailes.

Se había jurado a sí mismo dos veces —justo cuando buscaba esposa —, que una vez casado los evitaría a toda costa, pero tal parecía que el destino había jugado en su contra teniendo que volver a soportar aquella infernal velada.

Muy a su pesar tendría que aguantarlo una tercera vez hasta que aquel matrimonio fuera oficial y hasta entonces, —según la propia decisión del padre de su prometida—, tendrían que mantener las apariencias para que la sociedad creyera que aquel noviazgo se había producido de forma casual y no premeditado.

«Como si alguien en su sano juicio fuera a creer que no la había comprado»

pensó el duque mientras se ajustaba el chaqué y cogía el sombrero que le ofrecía su fiel ayuda de cámara antes de salir de su alcoba.

—Que pase una buena velada *lord* Buccleuch —terció Sebastián.

—Me conformaría con que solo fuera decente —contestó el duque sin

un ápice de sonrisa evidenciando claramente lo poco que le gustaba tener que asistir a aquel dichoso baile aquella noche.

Antes de salir de casa se aseguró de que sus hijas estuvieran debidamente en la cama y en efecto, cuando entró en aquella habitación decorada en tonos malva, observó entre la tenue luz que proporcionaba una sola vela, los rostros dormidos de sus hijas pequeñas.

No solía pasar largo tiempo con ellas porque entre otros menesteres no lo tenía. Sus quehaceres le llevaban demasiado tiempo y lo cierto es que tampoco sabía cómo pasar el tiempo con ellas, para eso estaba la señora Edna, que era la propia abuela de Madeleine y que mejor que esa amable mujer para criar a sus hijas y enseñarle todas las cosas que supuestamente le deben enseñar a unas damas de su alcurnia, después de todo, ella había educado perfectamente a su hija así que se había acomodado a que la buena mujer se hiciera cargo de ellas.

En cuanto dio dos golpes en el carruaje para que iniciara la marcha hacia el sitio donde tendría lugar la velada, pensó que después de todo, no le vendría mal darle una madre a sus hijas, aunque no era la principal razón por la que deseaba una esposa y además, tampoco le hacía especial ilusión que sus hijas se encariñaran de una mujer que quizá podría correr la misma suerte que sus anteriores esposas… No. Una tercera vez sería prácticamente una maldición, aunque tenía que reconocer que el temor existía.

Aquella noche Susan llevaba el cabello debidamente recogido como siempre hacía, lo cierto es que en más de una ocasión le habría gustado llevar un

recogido con bucles sueltos como había observado a más de una joven hacerlo, pero su madre se había negado en rotundo a que pareciera pretenciosa, así que se limitaba a llevarlo completamente pegado sin un atisbo de rebeldía.

Su vestido de color champagne en tonos claros hacía competencia con su tez blanquecina, de hecho, si no fuera por el color de su cabello casi podría camuflarse en aquel tono. Desde luego no era un color que ella hubiera elegido, pero claro estaba que no había sido ella quien lo había escogido de entre todos aquellos tejidos que su amiga Emily les había ofrecido.

Probablemente en otra joven habría lucido mejor que en ella, pero al menos el diseño moderno y entallado a la cintura le daba la gracia que

el color en sí no lograba lucir. Aquellas mangas de gasa en las que se dejaba entrever la piel de sus brazos y un sinuoso pero limitado escote en barco, casi se atisbaba un ápice de piel en sus hombros, algo que sin duda le había parecido hasta extraño que su madre no criticara.

«Tal vez ahora que estoy comprometida piense que puedo enseñar más piel que antes» pensó Susan observando a su madre abanicarse en aquel concurrido baile.

Ni tan siquiera sabía porque estaba allí cuando sus amigas no habían podido acudir a la velada, pero en cuanto vio aproximarse al duque de Buccleuch supo exactamente porque habían asistido.

Debía reconocer que era un hombre imponente, de hecho, ahora que sabía que era su prometido se deleitó aún más observándole detenidamente. Su altura era considerable, probablemente ella no le llegaría ni a los hombros a pesar de llevar un leve zapato de tacón. Con aquel cabello negro de leves ondas y algún rastro blanquecino le daba cierto carácter de madurez que de

sobra sabía que poseía. ¿Qué edad tendría el duque? Probablemente pasaba la treintena por su aspecto, pero su rostro era jovial, demasiado jovial y atractivo muy a su pesar.

Lo más impresionante de aquel hombre sin duda eran aquellos ojos, unos ojos que expresaban tanta frialdad que lograban estremecerla. No sabía que era lo que tenía aquel caballero para que pudiera hacerle sentir aquello con tan solo una mirada, quizá solo eran imaginaciones, tal vez solo fuera un vago presentimiento, pero lo cierto es que no sentía por aquel hombre lo que se suponía que Emily o incluso la propia Catherine sentían por sus esposos y comenzaba a temer que jamás lograría tener, —aunque solo fuera un poco—

aquel sentimiento que con tanto ahínco siempre había anhelado.

—¿Me concede este baile señorita Brandon? —pronunció aquella voz profunda que le hizo alzar la vista para observar aquellos profundos ojos verdes.

Susan le observó atentamente, buscando en aquella mirada algo más que aquel muro impenetrable y durante un segundo, solo un mísero segundo lo encontró-En el fondo de aquella mirada casi logró apreciar cierta calidez a la que quiso aferrarse con todas sus fuerzas.

3

—Desde luego que lo hará —terció la señora Brandon antes de su propia hija ni tan siquiera pudiera contestar.

Susan trató de disimular ese resentimiento hacia su madre que sentía cada vez que trataba de manipular y controlar su vida.

«Susan ponte este vestido», «Susan, haz esto», «Susan, debes llevar siempre el cabello recogido» Se preguntaba si algún día dejaría de sentir esa opresión a la que era sometida y si no hubiera sido por la libertad que le había ofrecido su padre hasta ese momento, probablemente habría terminado fugándose de casa al no resistirlo.

A pesar de sentirse afortunada, no dejaba de preguntarse si habría podido gozar de otro tipo de libertad de no haber pertenecido a una familia pudiente.

¿Habría sido más feliz siendo una simple doncella? Probablemente jamás obtendría la respuesta, pero tenía claro que, de ser así, ella misma habría podido tener esa libertad de elegir a su propio esposo, algo que hasta hacía

escasos días pensaba que podría hacer.

El destino juega sus cartas, cambia a su favor y ahora el suyo pertenecía a ese hombre. Ese caballero de ojos verdes penetrantes que al mismo tiempo que podía sentir su mirada fría, deseaba encontrar ese atisbo de calidez que había notado durante un solo instante.

Colocó su mano sobre la de él que aún permanecía en el aire esperando una respuesta y a pesar de parecer un hombre distante y frío, su cuerpo expresó todo lo contrario ya que al contacto notó aquel ardor embriagándola por completo.

Jamás había sentido esa calidez en ningún otro caballero a pesar de haber bailado con una larga lista de ellos. Quizá solo fuera un mero reflejo de lo que aquel contacto implicaba, “le pertenecía”, a pesar de que aún no se hubiera formalizado el compromiso y de que se había

convenido un noviazgo largo. Sabía de sobra que su destino era darle un heredero al duque, a ese caballero que en cuanto sintió su contacto apartó la mirada hacia otro lado y se encamino de la mano hacia el gran salón de baile.

El silencio durante las dos primeras partes de la pieza era inaudito y no porque en aquella sala no se pudieran escuchar los murmullos de la gente, la música inundando todo el salón o el constante repiqueteo de los zapatos sobre aquel fino suelo, sino más bien la absoluta mudez de el duque de Buccleuch mientras bailaban.

¿Iba a ser siempre así? Susan prácticamente había olvidado cuando fue la última vez que había bailado con un caballero sin que mencionara siquiera algo sobre el tiempo para ser cortés.

—¿Es usted siempre así de silencioso? —preguntó Susan no soportando más

aquella tensión.

—No tengo por costumbre hablar mientras bailo —contestó con voz vibrante y ruda al mismo tiempo mientras trataba de mirar hacia otro lado.

—Está bien —respondió y trago saliva para tratar de aliviar el nudo que permanecía en su estómago debido a la tensión que estaba manteniendo en todo momento.

¿Para qué le habría pedido entonces que bailara con él? Pensó Susan determinando cuál era la respuesta a su pregunta. Quizá la respuesta estaba en que indudablemente era conveniente que los vieran juntos y nadie sospechara de lo insólito que sería aquel compromiso en cuanto se anunciase, más aún teniendo en cuenta que sería el tercero para él.

—Aunque podría hacer una excepción si usted lo prefiere —añadió el duque en última instancia quizá solo para parecer cortés.

—Se lo agradezco, pero no es mi deseo condicionarle cuando usted prefiere no hacerlo —contestó Susan siendo escueta en su respuesta de forma que se produjo un largo silencio hasta que finalmente acabó aquella pieza de baile.

—Imagino que su padre ha debido informarla debidamente sobre nuestro acuerdo. —Pronuncio el duque firmemente con aquella voz grave.

Susan sabía a que se refería así que inclinó la cabeza en un gesto afirmativo.

Aún no podía expresar en voz alta que sería la futura duquesa de Buccleuch, menos aún al propio duque en cuestión. De hecho, no poder revelar a sus íntimas amigas que iba a casarse le resultaba atroz. Necesitaba confesar su más profundo temor respecto a ese matrimonio que no era otro que la sola idea de que aquel caballero al que apenas conocía y que desde luego no

amaba en absoluto; acudiera a su lecho.

—¿Esta conforme entonces con ser la nueva duquesa de Buccleuch? —

insistió esperando una respuesta por parte de ella.

—Si, *lord* Buccleuch —afirmó Susan a pesar de no desear hacerlo.

—Me complace saber que no difiere en el acuerdo que tengo con su padre señorita Brandon —contestó inclinándose para llevar la mano de Susan hasta sus labios y proporcionar un cálido beso en el dorso de esta justo antes de llevarla de nuevo hacia el lugar donde se encontraban los padres de la joven.

Durante el resto de la velada el duque permaneció junto al señor Brandon como si hablasen algo referente a asuntos de negocios, para consternación de Susan, tuvo que permanecer sentada al lado de su madre durante el resto de la velada y rechazar a cada pretendiente que se acercaba alegando que había sufrido una leve torcedura de tobillo mientras bailaba.

—Tengo sed, madre —terció Susan levantándose de su asiento.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó la señora Brandon impidiendo que se alzara.

—Solo iré a pedirle a padre que me traiga un poco de limonada —mintió Susan descaradamente, pero al parecer sirvió para que su madre la dejara alejarse.

En cuanto se acercó a la zona de caballeros torció hacia la izquierda para alejarse por uno de los pasillos que sabía que darían a los jardines exteriores.

Necesitaba respirar aire puro, hacer mas liviana aquella velada que no solo estaba resultando tediosa e insípida sino profundamente

inquietante al saber que ahora estaba comprometida.

Nunca se había alejado en solitario de sus amigas o de sus propios padres, jamás había osado hacerlo por lo que aquello podría acarrearle a su reputación, pero tal vez la idea de saber que su futuro ya estaba planificado le había dado alas de osadía para que le diera absolutamente igual lo que aquello significase.

En cuanto salió al jardín no solo se encontró con una aplastante oscuridad aliviada por tenues candelabros colocados en varios postes además de la propia luz que proporcionaba aquella luna creciente. Paseó hasta uno de los bancos de piedra y se sentó en este para abrazarse a sí misma por el frescor de la noche.

—¿Puedo hacerle compañía a tan hermosa dama? —preguntó una voz a espaldas de Susan provocando que esta se girase casi asustada para encontrarse con el rostro de un caballero que indudablemente conocía de vista, pero que en aquel instante no recordaba.

—Disculpe… yo… —comenzó a balbucear.

—No se disculpe, soy yo quien la he asustado, pero he visto como se encaminaba hacia aquí y no me he podido resistir a importunarla. Es usted increíblemente hermosa, señorita Brandon —insistió aquel caballero sin dejar de mirarla.

Sabía quien era ella, aquel caballero lo sabía y sonreía de una forma que incluso le resultaba inquietante, ¿Quién era? Había algo en ese rostro, en esa mirada y en esa sonrisa que le hacían no estar tranquila.

Susan sintió la imperiosa necesidad de salir corriendo, pero al mismo tiempo no quería aparentar que aquel caballero la ponía nerviosa con su comportamiento o que incluso pudiera sospechar de que le producía cierto

desconcierto.

—Debo volver —anunció Susan contrariada—. Seguramente me están buscando y yo… —siguió diciendo mientras caminaba hacia los escalones por los que había bajado y pasaba junto al caballero.

—¿Por qué tanta prisa? —exclamó aquel caballero deteniéndola a su paso provocando que Susan se girase para observarlo más de cerca.

En ese momento supo quien era, se trataba de uno de los amigos del esposo de Catherine, del duque de Lennox y ninguno de ellos tenía

muy buena fama con las damas. Aquel hecho la hizo sentirse aún más nerviosa por encontrarse a solas con aquel caballero del que no recordaba su nombre.

—¡Suélteme! —exclamó decidida en voz alta intentando deshacerse de su agarre.

—Está bien —afirmó aún sin soltarla—. La soltaré si me concede un beso.

—¿Qué? —exclamó Susan aturdida.

¿Había escuchado realmente bien lo que aquel degenerado acababa de proponerle?

—Hace tiempo que ardo en deseos de probar esos labios y no perderé esta oportunidad ahora que la he encontrado a solas.

—¡Es usted un canalla! —gritó sin importarle quien la escuchara—.

¡Suélteme ahora mismo o le…

—¡Suelte ahora mismo a la señorita, señor Hampton! —bramó una voz a sus espaldas provocando que ambos se girasen.

Susan suspiró aliviada al saber que alguien había escuchado sus gritos y se volvió casi agradecida hacia el rostro del caballero que sin duda iba a convertirse en su salvador. En el momento que se encontró con esos ojos verdes de nuevo el corazón casi se le encogió, pero al mismo tiempo agradeció infinitamente que la hubiera rescatado.

—Lo lamento excelencia. —Habló el señor Hampton soltando el brazo de la joven—. Solo estábamos discutiendo un asunto sin importancia —aseguró antes de inclinar la cabeza y desaparecer del lugar.

—Grac… graci… gracias —dijo finalmente Susan costándole pronunciar aquella palabra.

—Que sea la última vez que se aleja en solitario de una velada, ¿Ha quedado claro? —bramó el duque con el ceño fruncido como si estuviera enfadado.

—Solo quería…

—No me importa lo que quisiera —la interrumpió—. No consentiré que el nombre de mi prometida se ponga en entredicho si estará vinculado a mi título.

—¡Mi reputación es intachable *lord* Buccleuch! —exclamó Susan retándole con la mirada.

—Y así pretendo que siga siendo, pero su comportamiento esta noche deja mucho que desear al respecto.

Una vez, ¡Solamente había cometido una imprudencia en toda su vida y justo él tenía que descubrirla!

—Si es lo único que le preocupa le garantizo que no volverá a ocurrir. Y

aunque no le importe en absoluto, me encuentro bien, gracias. —Advirtió airada antes de llevarse las manos a la falda para alzarla levemente y no tropezar por la hierba del jardín, pero sintió un brazo ciñéndose a su cintura y se vio obligada a retroceder hasta rozarse con algo fuerte… firme… duro…

casi tanto como una piedra hasta que entendió que se trataba del pecho de su excelencia.

—Sé que está bien —susurró levemente el duque—. Yo siempre cuido de lo que me pertenece, téngalo presente señorita Brandon —añadió antes de soltarla.

Aquellas palabras se filtraron bajo la piel de Susan provocando que por primera vez en su vida no pudiera contestar nada. Ni siquiera tenía una respuesta que darle porque simplemente no se había imaginado que alguien como su excelencia el duque de Buccleuch pudiera confesar algo similar. ¿La consideraba suya?, ¿A pesar de no estar aún casados? Ni tan siquiera habían anunciado su compromiso y ya pensaba que le pertenecía. Su piel estaba erizada y sentía un mariposeo en el estómago ante la realidad de aquellas palabras hasta ahora inexplicable.

¿Qué significaba aquel cúmulo de sensaciones?, ¿Qué se suponía que eran?

No tenía respuestas porque nunca había sentido nada parecido, pero tampoco ningún caballero le había confesado algo ni remotamente similar.

—Será mejor que vuelva al salón junto a su madre. Yo la seguiré y me aseguraré de que no sufre ningún altercado en el camino —dijo su excelencia sacándola de su ensoñación particular.

—Por supuesto —confesó Susan antes de iniciar el camino de regreso junto a su madre.

Lord Buccleuch seguía de cerca la silueta de aquella mujer de cabellos rojos que tenía delante. Por primera vez en años había sentido un irrefrenable deseo de enfrascarse en una pelea solo para partirle la cara a ese cretino de Hampton por intentar propasarse con su prometida, ¡Con algo que era suyo!,

¡Porque aquella dama ya era suya, aunque no fuera oficial!

Aún no podía entender como se le había ocurrido a la joven aventurarse a salir sola de aquella casa en la que se celebraba el baile, ¿Es que no era consciente de las consecuencias? Lo primero que pensó es que probablemente la joven habría acudido a una cita concertada con algún joven, pero fueron precisamente sus reclamos lo que le hicieron encontrarla y en cierto modo se sentía satisfecho de que no fuera así. No quería volver a buscar otra joven con la que casarse, se había hecho a la idea de que sería ella y lo cierto es que comenzaba a desarrollar cierto instinto carnal sobre la joven Brandon… un instinto que cuando había contemplado aquel carácter en ella casi logró obnubilar su juicio.

Probablemente necesitaría ser más distante de lo que de por sí era con la joven. No quería involucrarse demasiado, ni encariñarse con su prometida a pesar de que fuera a convertirse en su esposa. No. Se negaba a hacerlo por temor a tener que pasar otra vez por lo mismo una tercera ocasión.

«Yo siempre cuido de lo que me pertenece» rememoró Susan una vez más mientras divagaba sentada en aquel diván que era de sus favoritos tratando de amenizar el tiempo con un libro que no conseguía captar su atención.

Habían pasado tres semanas desde que el duque había mencionado aquellas palabras en aquel baile. Tres largas semanas en las que no había vuelto a verle, ni tan siquiera coincidir cuando había salido a realizar sus quehaceres y lo cierto es que en cierta forma, era extraño lo que sentía al recordar aquellas

palabras, pero al mismo tiempo distante puesto que no tanía ningún trato con el que se suponía era su prometido.

Todas las parejas que se comprometían solían verse asiduamente, ¿Tal vez el duque esperaba un compromiso oficial para hacerlo? Siempre había soñado con pasear por Hyde Park de la mano de su prometido

cuando realmente lo estuviese y ahora no tenía muy claro si deseaba o no hacerlo. Nunca había tenido un pretendiente que le gustara lo suficiente para aceptar tal proposición, de hecho nunca había pasado de aquellos bailes por más que hubieran insistido, ¿Tal vez aspiraba a algo que no existía?, ¿Quizá estaba demasiado obcecada con encontrar el amor y simplemente no tenía cabida para ella?

Tal vez él no fuera la peor opción de todas después de todo. El duque era apuesto, sensato y aunque demasiado frío y distante para su gusto tenía que reconocer que gracias a él había evitado un mal mayor. La había protegido o más bien; rescatado, y aunque le había caído una leve reprimenda por ello, era consciente que debía agradecérselo.

«Yo siempre cuido de lo que me pertenece» volvió a recitar aquellas palabras.

¿Hasta qué punto él la consideraba suya teniendo en cuenta que no habían anunciado formalmente su compromiso y que éste incluso podría romperse?

Tenía sentimientos encontrados con saber que él iba a cuidar de ella como finalmente había hecho en aquel baile y empezaba a resignarse más de lo normal a su destino, como si de algún modo comenzase a sopesar que quizá el duque no fuese un hombre tan frío como aparentaba ser.

Aquella tarde tenía cita en Lynetś para encargar un vestido nuevo, ese

vestido que sería el de la fiesta de compromiso y sería la excusa perfecta para ver a su amiga *lady* Emily ya que ella era la propietaria y diseñadora de la casa de modas si es que tenía la oportunidad de coincidir con ella.

Los señores Brandon habían enviado invitaciones a todos los amigos y conocidos de la sociedad para que acudieran a un grandioso baile, esa era la excusa para dar la noticia, incluso a la señora Brandon le fue imposible evitar mencionar que darían una noticia sensacional durante el baile y decir eso en Londres era casi afirmar que pronto habría una boda a la vista.

—¡Susan, que alegría verte! —exclamó Emily nada más verla.

—¡Oh, no sabía que estarías aquí! Aunque reconozco que tenía esperanzas en que estuvieras —contestó Susan observándola detenidamente.

A pesar de no hacer demasiado tiempo que *lady* Emily había tenido a su segunda hija, lucía una espléndida figura y estaba increíblemente hermosa.

Susan Envidiaba esa inquietud, libertad y sobretodo aquel don hacia la moda que su amiga desbordaba.

—Me escapé unas horas porque tenía varios asuntos que tratar personalmente, pero dime, ¿Has venido a recoger algún vestido?

—En realidad queríamos encargar uno —intervino la señora Brandon acercándose hasta ellas.

—¡Oh por supuesto! —exclamó Emily sonriente—. Han llegado unos tejidos nuevos que encargué hace varias semanas, seguro que te encantarán, ¿Es para algún evento en concreto?

—Es para el baile que daremos en casa —susurró Susan justo cuando su madre se alejó inspeccionando varios modelos que lucían en algunos

maniquís.

—¡Cierto!, ¡Me llegó la invitación hace unos días! Debo decir que nos sorprendió bastante y estaremos encantados de asistir.

—Lo cierto es que hace años que mis padres no organizan una cena acompañada de un baile en casa.

—¿Y a qué se debe si es que puedo preguntar? Porque he oído rumores sobre que habrá un anuncio durante la velada… —concluyó Emily intrigada.

En ese momento Susan observó recorriendo con la mirada la estancia para asegurarse de que nadie pudiera escucharla, incluida su madre.

—No debe enterarse nadie —susurró en una voz tan baja que para Emily fue casi imposible escucharlo, pero asintió—. Mi compromiso —añadió con aquella imperiosa necesidad de revelárselo a alguien.

Emily abrió los ojos sorprendida y evocó una sonrisa.

—¡Eso es estupendo! —exclamó sin poder contenerse—. Me alegro muchísimo por ti —añadió en un tono mucho más bajo.

—Gracias —contestó Susan verificando que su madre permaneciera aún lo suficientemente lejos de ella para no escucharla.

—¿Y quien ha sido finalmente el afortunado caballero? —preguntó Emily.

—Creo que eso sí que no podré revelarlo —confirmó justo antes de que su madre volviera junto a ellas.

—¿Has pensado en algún color? —preguntó entonces Emily cambiando de conversación para no levantar sospechas.

—Yo creo que lavanda o quizá melocotón suave —dijo la señora Brandon.

—Verde —confirmó Susan sin previo aviso—. Me gustaría que fuera verde

—insistió pensando en cierto matiz que tenían aquellos ojos del duque de Buccleuch.

4

Susan se miraba al espejo mientras su doncella trataba de desenredar aquel largo cabello rojo para realizar uno de esos recogidos elaborados que estaban tan de moda y que ella desde luego detestaba sin lugar a duda, sobre todo por el enorme tiempo que tardaba en realizarlo debido a la longitud de su cabello y los alfileres que después debía quitarse antes de acostarse.

El vestido verde que Emily había diseñado para ella lucía sobre su cama. Se trataba de un verde claro a pesar de que a ella le habría gustado que fuera un poco más oscuro, pero su madre se había negado rotundamente a que llevase un tono con ese matiz antes de estar debidamente casada. Lo mismo sucedió con el escote, que era rigurosamente pudoroso sin enseñar un ápice los hombros, solo la parte del cuello que la camisola blanca que luciría debajo no permitía cubrir.

A veces deseaba casarse solo para no tener que acatar todas las órdenes de su madre, pero entonces recordaba que debería someterse a las de su esposo y

con el carácter frío del duque de Buccleuch no sabía quien sería peor de los dos. Quizá era mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Llevaba semanas sin ver al duque, según su propio padre por los negocios que este tenía fuera de la ciudad ya que se trataba de un hombre muy ocupado además de rico y noble. Las pocas veces que habían tenido la oportunidad de coincidir ni tan siquiera habían hablado, siempre había sido en presencia de su padre y la conversación se había ceñido rigurosamente a la empresa de muebles que tenía su familia.

Aquella noche sus peores temores se harían realidad, su compromiso sería oficial y ya no habría vuelta atrás de cara a toda la sociedad. Aunque aún faltara un noviazgo largo según las normas que establecía el protocolo, empezaba a dudar que en todos esos meses antes del

matrimonio pudiera llegar a conocer verdaderamente al duque.

Había llegado a pensar que la evitaba por culpa de aquel encuentro desafortunado la última y única vez que estuvieron a solas, pero no había roto el compromiso, ni tampoco había vuelto a mencionar el tema ni tan siquiera a sus padres, algo que en un primer momento había temido que hiciera.

—¿Aún está así? —exclamó la señora Brandon reprendiendo a la doncella que estaba atendiendo a Susan—. ¡Rápido! Los invitados comenzarán a llegar en un ahora.

Era evidente que estaba nerviosa, llevaba días inquieta por la incertidumbre de que todo saliera absolutamente perfecto durante la cena y el baile para que todos hablaran durante días de la gran fiesta que se había celebrado en casa de los Brandon y del compromiso que se había anunciado durante la velada.

—Gladys hace lo que puede, madre —confesó Susan con una aparente

tranquilidad que desde luego no tenía.

Por suerte para Susan su madre cerró la puerta y las dejó en paz, probablemente estaba tratando de incordiar a algún otro empleado de la casa porque no habría colocado las flores en el lugar adecuado o un cubierto en la mesa no brillaba lo suficiente.

Cuando se contempló en el espejo finalmente ataviada con aquel vestido verde claro que le recordaba a los ojos de su futuro esposo y el broche a juego que le había prestado Emily porque decía que combinaría a la perfección con el vestido, se sintió nerviosa y no pudo evitar pensar que impresión causaría a su prometido, al que cada vez estaba más segura que le resultaba indiferente.

—Señorita, luce espléndida esta noche —confesó su doncella.

Lo cierto es que no sabía que el verde resaltara tan bien el color de su cabello a pesar de tener los ojos azules y con la cintura tan ceñida que marcaba su esbelta figura hacía que pareciera aún más delgada de lo que en realidad era.

A pesar de no tener escote, teniendo en cuenta que el vestido era en tono claro, había algo en aquel diseño que lo hacía impecable. Tal vez fuera la caída de la tela, o los retazos de gasa en las mangas que dejaban entrever su piel, pero sin duda alguna hizo que se sintiera algo más segura de sí misma y de su supuesta belleza, esa que ella aún

no conseguía ver en el reflejo de aquel espejo.

En el momento que Susan alzó la vista mientras bajaba por aquella larga escalinata hasta llegar al recibidor de entrada, pudo divisar que ya habían llegado los primeros invitados. Instintivamente no pudo evitar buscarle con la mirada, debía estar allí teniendo en cuenta lo sumamente puntual que siempre

era.

—¡Susan!, ¡Estás preciosa! —exclamó Julia al verla.

—¡Has venido! —contestó Susan sonriente y en ese momento levantó la vista para encontrar aquellos ojos verdes que la dejaron instantáneamente sin aliento.

El duque de Buccleuch la observaba fijamente y estaba increíblemente apuesto, más apuesto de lo que incluso podía recordar en sus vagos recuerdos. Por un momento pensó que se acercaría a saludarla formalmente, que volvería a escuchar su voz ruda y seria al mismo tiempo que aspiraba aquel aroma que desprendía y que había tratado de evocar, pero simplemente se dio la vuelta y se adentró en el gran salón donde estaba colocada la gran mesa.

Estratégicamente la señora Brandon había colocado a *lord* Buccleuch frente a su hija, de forma que ambos se encontraran cada vez que alzaban la mirada y aquello solo hizo que Susan permaneciera en tensión durante toda la velada porque notó como en cada ocasión que se ofrecía la posibilidad de conversar con el duque, éste la evitaba.

¿Qué ocurría?, ¿Por qué *lord* Buccleuch la evitaba?, ¿Tal vez había algo malo en ella?

La actitud del duque la tenía en tensión y a pesar de repetirse a sí misma que no le importaba, que ella podría hacer exactamente lo mismo, lo cierto es que deseaba su atención, quería saber cómo era *lord* Buccleuch, conocer al que iba a convertirse en su esposo y cada vez tenía la impresión que él se alejaba aún más de ella.

—Señorita Brandon, déjeme decirle que luce espléndidamente hermosa esta noche —terció el caballero que se encontraba al lado de la joven.

—Gracias señor Arched —respondió Susan—. ¿Qué tal se encuentra su hermana?

—¡Oh muy bien! Gracias por interesarse —contestó inmediatamente —. Solo es cuestión de días que vuelva a retomar la temporada.

—Me alegro entonces de que su salud no se haya visto tan perjudicada —

atenuó Susan mientras se llevaba una cucharada de caldo a la boca.

En aquel momento alzó la vista y se encontró con unos ojos verdes contemplándola, el temblor en sus dedos hizo tener que dejar la cuchara sobre el plato y coger la servilleta de tela para limpiar las comisuras de sus labios en un gesto de impaciencia para calmar sus nervios.

¿Por qué la miraba de aquella forma intensa?, ¿Qué estaba ocurriendo?

—Le hubiera complacido enormemente poder asistir a la velada, pero el médico insistió que necesitaba unos días más de reposo absoluto.

—Si —afirmó Susan contrariada—. Ya se sabe que los resfriados en esta época son muy traicioneros.

—¿Me concederá el primer baile si aún no está comprometida? —preguntó el joven Arched provocando que Susan dejara sobre su regazo de nuevo aquella servilleta y mareara algo nerviosa el plato.

—Me temo que me adelanté a su petición, señor Arched —confirmó aquella profunda voz haciendo que Susan alzara la vista para visualizar aquellos ojos tan nítidamente verdes como un prado soleado.

¿Desde cuando evocaba visiones con el matiz de los ojos del duque?

—En ese caso, espero que me reserve el segundo —contraatacó el señor Arched sin amilanarse.

—Por supuesto —afirmó Susan tratando de apartar la mirada—. Será un placer.

En cuanto la cena terminó y comenzaron a despejarse los comensales para iniciar el baile. Susan observó como el duque de Buccleuch se dirigió hacia ella y sin mencionar palabra alguna ofreció su mano dando por sentado que ella le complacería en aquel gesto para iniciar aquel baile.

La escasez de palabras en ese hombre le hacía sentirse inquieta, expectante y por insólito que pareciera; intrigada por ese peculiar hombre. Desde un principio había pensado en que era frío, sin un ápice de sentimiento y probablemente incapaz de lograr amar a alguien, pero ahora no dejaba de imaginar que todo era debido a sus anteriores esposas por más que todo el mundo mencionara que siempre había sido así de estricto. Tal vez solo fuera una forma de engañar a su mente, una peculiar forma de sobrellevar aquel sinsentido matrimonio al que estaba sometida, fuera como fuera solo podía admitir que algo en lo más profundo de su ser se sentía ligeramente atraída hacia el duque por mucho que no quisiera reconocerlo.

Probablemente él jamás la hiciera feliz, sería la mujer más desdichada de todo Londres, pero lucharía incansablemente por hacerse un hueco en su mente y si podía; también en su corazón. Si iba a tener que casarse con ese hombre, quería al menos intentar ser feliz de alguna forma.

—¿Por qué le has concedido un baile al señor Arched? —preguntó *lord* Buccleuch en cuanto la música comenzó a sonar para apaciguar su voz.

Susan le miró extrañada, ¿No decía él precisamente que no hablaba mientras bailaba a menos que fuera absolutamente necesario?

—Parecía muy insistente y me pareció correcto aceptar —confesó tenaz.

—Tu padre anunciará nuestro compromiso en cuestión de minutos, ¿En qué momento te pareció correcto aceptar la invitación de otro caballero que no será tu prometido? —exclamó en un tono ciertamente furioso.

—Lo siento —contestó algo acongojada—. No sabía que fuera inconveniente, ciertamente pensé que sería una distracción.

—Tu complicidad con ese señor es un tanto inquietante. ¿De qué le conoce?

—insistió el duque.

—¿Complicidad? —exclamó Susan—. Me llevo muy bien con su hermana, la señorita Arched y frecuentemente la visito en su casa ya que es una muchacha delicada de salud, únicamente está agradecido porque mantenga la amistad con su única hermana.

—Pues eso se acabará cuando seas mi esposa —terció bruscamente.

—No entiendo, ¿Me prohibirá conservar mis propias amistades? —exclamó Susan atónita.

—Cuando sea la duquesa de Buccleuch aprenderá a rodearse de las personas adecuadas.

—Dos de mis mejores amigas son duquesas, *lord* Buccleuch —contestó con tenacidad Susan—. No creo que deba darme lecciones sobre la elección de mis propias amistades-Visitaré a la señorita Arched le guste o no a mi esposo, sea éste usted o el mismísimo rey de Inglaterra —añadió con tanto

ímpetu que ninguno de los dos se había percatado de que la música se había acabado.

5

En aquel momento el rostro de Susan se enrojeció al percatarse de que varias parejas de baile les observaban detenidamente. ¿Hasta qué punto habrían podido escuchar su reproche? Su temperamento la había delatado y estaba a punto de alejarse cuando el sonido de una copa de cristal siendo golpeada por algo de metal comenzó a llamar la atención de los invitados. Divisó la figura de su padre acercándose hasta ellos y supo que el momento había llegado y de que a partir de ese instante ya no sería libre, aunque realmente llevaba meses sin serlo verdaderamente.

—Queridos amigos. —Comenzó a decir el señor Brandon y el corazón de Susan se aceleró drásticamente al mismo tiempo que su pulso temblaba y sus manos comenzaban a exudar inexplicablemente—. Agradezco vuestra asistencia a nuestra magnifica velada. Esta noche, mi querida esposa y yo queremos compartir una gran noticia que os llenará de felicidad tanto como a nosotros. Tengo el placer de anunciar oficialmente el compromiso de mi única hija, la señorita Susan Brandon —mencionó señalando a la joven

nerviosa—, con su excelencia el duque de Buccleuch. ¡Un gran brindis por el futuro matrimonio! —exclamó alzando la copa al aire y observando a la pareja recién comprometida.

Era oficial, lo había anunciado su padre. Ahora todas y cada una de las personas de aquella sala eran testigos de que sería la tercera esposa de aquel hombre y que únicamente se casaba con ella porque deseaba un heredero a su ducado. No había amor, ni emoción, ni mucho menos atracción. Lo único que aquel hombre deseaba de ella era un hijo.

Antes de darse cuenta las felicitaciones comenzaron a agolparse a su alrededor y solo pudo fingir una sonrisa por respuesta cuando supuestamente la abalaban por convertirse en la nueva duquesa.

—Jamás lo habría adivinado —confesó Emily en cuanto llegó hasta ella—, pero en su defensa debo decir que es increíblemente apuesto.

No como mi Henry, desde luego, pero indudablemente apuesto.

—Gracias, Emily —sonrió delicadamente Susan porque sabía que perfectamente que su amiga debía suponer la razón de aquella unión.

Emily se había casado por amor, y desde luego envidiaba sanamente aquello que tenía su amiga con su esposo hasta el punto de desearlo de igual forma.

Por eso se había negado a todas y cada una de las peticiones que había recibido durante sus anteriores temporadas.

—No tienes porqué dármelas. Además, el duque es un gran conocido de Henry, por lo que no puedo estar más feliz de esta unión al saber que estaremos aún más unidas.

En aquel momento Susan escuchó la voz del duque de Sylverston sonriente

mientras felicitaba a *lord* Buccleuch por el compromiso y le pareció extraño no haberlos visto con anterioridad juntos, pero teniendo en cuenta que su futuro esposo no solía frecuentar actos sociales no le pareció extraño.

Probablemente el esposo de Emily y *lord* Buccleuch fueran socios.

La música comenzó a sonar de nuevo y los presentes se alejaron para dejar a la recién pareja comprometida iniciar el baile. Resultaba extraño para Susan ser observada por todos los presentes y aún tenía ciertos vestigios de temblor en sus manos, pero por suerte para ella los pasos del duque eran firmes, y la guiaba con tanto tesón por la pista de baile que tenía la convicción de que, aunque desfalleciera, él no permitiría que se cayese.

Los dedos firmes en su cintura le aseguraban que la agarraba con firmeza y sostenía su mano con tanta delicadeza que incluso lograba estremecerle.

Nunca se había parado a analizar de aquella manera a su pareja de baile, pero quizá el silencio que ambos mantenían le propiciaba hacerlo.

—¿Son usted y el duque de Sylverston buenos amigos? —preguntó Susan tratando de romper aquel inquietante silencio. Tal vez de aquella forma se olvidara de que estaban siendo observados.

—Si —afirmó el duque alzando la vista y mirándola directamente a los ojos

—, mantenemos varios negocios desde hace años que han prosperado gratamente.

—Debo suponer entonces que mi amistad con la duquesa de Sylverston es de su agrado —replicó Susan retándole con la mirada.

—Desde luego —afirmó complacido—, y lo sería la de la señorita Arched si no fuera porque su hermano parecía querer cortejarla.

Susan le miró extrañada y contemplo su semblante tan taciturno hasta el punto de tener la frente arrugada.

—¿Qué es lo que realmente le molesta *lord* Buccleuch? —exclamó curiosa.

Antes de que el duque pudiera responder se escucharon varios gritos de consternación por la sala y Susan se giró para ver que estaba ocurriendo.

—¡Qué vergüenza! —exclamó una señora—, ¡Y aún de luto por la muerte del pobre señor Benedict! —añadió otra.

—¿Que ocurre? —exclamó Susan—, ¿Se trata de Julia, madre? —insistió tratando de acercarse al tumulto que se había formado alrededor del acceso a la terraza del salón.

—¡Ni se te ocurra salir! —exclamó la señora Brandon—, la reputación de tu... de la joven Benedict ha quedado en entredicho.

«No puede ser» pensó Susan mientras se llevaba una mano a los labios y se preguntaba quién había podido ser el afortunado...

Ni tan siquiera pudo hablar con Julia debido a la prohibición de su madre, menos aún despedirse de ella, pero al menos pudo enterarse por Catherine, que el hombre con el que habían descubierto a Julia besándose no era ni más ni menos que el señor Hayden. Su mente no dejaba de dar vueltas por saber si él la habría presionado dada su reputación o si en el fondo a su amiga le habría gustado.

¿Se sentiría Julia atraída hacia el señor Hayden? De ser así incluso podía envidiarla. No había nada en el mundo que quisiera más que sentir ese sentimiento de ardor y emoción por otra persona. Esa agonía y desesperación por estar entre sus brazos hasta el punto de no

importar el lugar, el momento

o lo inadecuados que estos fuesen. Jamás tendría eso con el duque de Buccleuch, ni tan siquiera una vaga aspiración de ello. Saberlo la consumía y resignarse nunca había formado parte de su temperamento.

—Creo que será mejor que me marche —anunció *lord* Buccleuch a los presentes que aún se habían quedado a pesar de que después de conocer la noticia del inminente matrimonio que tendría lugar entre Julia y el señor Hayden, la gran mayoría se habían marchado probablemente para difundir el cotilleo.

—Nosotros también deberíamos irnos —mencionó *lord* Sylverston que estaba al lado.

—Querida —susurró Emily mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie nos observaba—, espero que no le guardes rencor a Julia por arruinar el anuncio de tu compromiso, estoy segura de que no era lo que ella pretendía esta noche.

—Jamás pensaría algo así de ella —respondí en el mismo tono—, simplemente estoy preocupada por la situación.

Emily acarició su mano suavemente y sonrió levemente.

—Creo que tienes demasiadas cosas de las que preocuparte primero —

contestó haciendo una leve inclinación hacia *lord* Buccleuch que aún seguía hablando con el esposo de Emily.

—No… —comenzó a responder—. Quizá en algún momento necesite tu consejo.

—Para lo que necesites, siempre estaré ahí, te espero pronto por Lynetś para elegir la tela de tu vestido de novia, porque no dejaré que nadie más te vista

en ese día tan especial.

En cuanto los duques de Sylverston se fueron, *lord* Buccleuch solicito su abrigo y sombrero para marcharse.

—Buenas noches su excelencia —mencionó Susan haciendo una reverencia cordial. Sorprendentemente sus padres se habían alejado dejando a la pareja prácticamente a solas, quizá era una particular

excepción concedida por el compromiso.

—Buenas noches señorita Brandon —saludó ajustándose el sombrero y se dio la vuelta para marcharse mientras ella le observaba curiosamente estudiando su esbelta figura. Debía reconocer que no solo era apuesto, sino también galante y digno de admiración—. En referencia a su pregunta le debo confesar que no siento ninguna molestia hacia usted, sino al interés que parece despertar en ciertos jóvenes a pesar de que ahora me pertenece.

Susan no espero tal confesión, y menos aún que lo dijera con aquella seriedad observándola directamente a los ojos con aquella mirada inescrutable cuyo color parecía haberse oscurecido. Ni tan siquiera de su garganta pudo proferir un leve sonido o una negación, sino que se limitó a observar como se marchaba tras decir aquello.

El inesperado compromiso de Julia en circunstancias insólitas había eclipsado la noticia del compromiso, por lo que la señora Brandon tenía un humor lo suficientemente agrio aquella mañana como para poder ni tan siquiera hablar sobre la velada. Por su parte, Susan aún seguía demasiado absorta con las últimas palabras que había proferido el duque hasta el punto debque ni tan siquiera había dormido lo suficiente y así lo atestiguaban sus ojeras.

—Desde luego, no permitiré que te relaciones con ella hasta que esté debidamente casada, aunque debido a su falta en nuestra propia casa

deberíamos romper todo contacto con los Benedict.

—Querida, ¿Olvidas que él será duque? —contestó el señor Brandon captando la atención de Susan que en aquel momento fue consciente de que verdaderamente Julia sería algún día duquesa como ella.

—¡Oh cierto!, ¡Muy cierto! —exclamó la señora Brandon—. En ese caso podrás retomar tu amistad con ella cuando pase el tiempo prudencial después de la ceremonia, pero no toleraré tales comportamientos en las amistades de mi propia hija.

—¿Y no ha pensado por un instante que bien pudo ser el señor Hayden quien la abordara? —exclamó Susan enfadada.

—Una señorita como dios manda, jamás se quedaría a solas con un caballero.

¡Por supuesto que fue culpa de ella! —gritó enfurecida dejando la taza sobre la mesa—. Siempre pensé que esa muchacha tenía un carácter

rebelde... por suerte tú...

—¡Basta! —gritó Susan acallando de pronto a su madre que la miraba atónita

—. Conozco a Julia desde la infancia y no voy a tolerar que denigre su imagen sabiendo que en estos momentos estará preocupada por su prematuro enlace. Pienso ir a visitarla inmediatamente.

—¡De ninguna manera jovencita! —exclamó airada la señora Brandon —.

Podrás gritar o maldecir cuanto quieras, pero no voy a permitir que tu reputación se vea empañada relacionándote con la señorita Benedict como mínimo hasta que esté debidamente casada. ¿Verdad señor Brandon? —

preguntó como apoyo hacia el padre de Susan.

—Por mucho que me pese negarlo, tu madre tiene razón. No es conveniente que te vean en casa de los Benedict en estas circunstancias.

—¡Esto es inaudito! —gritó Susan dejando la servilleta sobre la mesa provocando que la taza de té se derramase y haciendo caso omiso a los gritos de su madre ante su comportamiento salió enfurecida hacia su habitación.

—¡No te he enseñado modales de granjera Susan!, ¡En mi casa te comportarás...

—¡Tranquila madre! —exclamó Susan desde la puerta—. Pronto dejaré de vivir en esta casa, ¿Recuerda? —Y sin esperar respuesta se marchó subiendo los peldaños hasta encerrarse en su habitación.

Era increíble que no pudiera salir de casa para visitar a Julia y lo peor de todo es que debido a su rabieta, se había quedado completamente recluida durante las siguientes semanas como castigo a su comportamiento. Al menos tenía sus libros como entretenimiento. El duque Buccleuch parecía estar demasiado ocupado con sus negocios y varios viajes fuera de la ciudad, por lo que tampoco había coincidido en ninguna cena social o visita cordial, era como si después del compromiso se hubiera olvidado que tenía una prometida.

Susan sabía cuando sería la ceremonia de Julia porque Emily se lo había confirmado en una de sus visitas a Lynetś. A pesar de que al

principio su madre se había negado rotundamente a mantener el contacto con Julia, finalmente accedió a que asistiera a la ceremonia por la amistad que siempre habían mantenido hacia la familia Benedict.

Para su sorpresa, jamás había podido imaginar que Julia estuviera enamorada del señor Hayden en secreto, de hecho, envidiaba que a pesar de las circunstancias y sus dudas, al menos se casaba de alguna manera por amor.

Todas sus amigas habían sentido por un caballero ese palpitar que tanto anhelaba encontrar. ¿Por qué ella no?, ¿Qué mal le había hecho al mundo para tener que resignarse a no tenerlo jamás? Había buscado insaciablemente

sin obtener el más mínimo deseo o anhelo por un hombre... ¿Tal vez era problema de ella?, ¿Quizá había algo que estaba mal en su interior? Fuera cuál fuera la respuesta ahora solo le quedaba la resignación por un caballero que no sabía explicar lo que le hacía sentir, pero que desde luego no era amor. Lo único que el duque de Buccleuch le inspiraba era intriga y sobre todo curiosidad. Deseaba saber porqué él tenía ese comportamiento frío y distante, pero al mismo tiempo parecía bastante protector con lo que consideraba suyo y a ella, la consideraba como una de sus posesiones. No sabía si preciada o no, pero posesión al fin y al cabo.

Solo faltaban diez meses para que unión fuera oficial. Tiempo que era más que probable que pasara tan fugaz como un instante y sin darse cuenta. Días que volaron tan rápidos como el caballo de carreras más veloz y a pesar de creer que habría podido tener tiempo de conocer con una mayor profundidad al duque de Buccleuch, lo cierto es que le resultaba tan desconocido como al principio. Ni tan siquiera le había presentado a sus hijas porque nunca había sido invitada formalmente a su casa. Solo conocía el lugar que sería su hogar desde la distancia que separaba la fachada de la calle en la que podía pasear.

Asustada era una palabra demasiado pequeña para lo que sentía la noche anterior a la ceremonia, más bien pavor cuando su madre acudió a su lecho para informarla sobre los derechos maritales que su marido tendría sobre ella.

Un leve discurso sobre “dejarse hacer” y “no formar ningún escándalo”

fueron los puntos claves para determinar que no estaba segura de

encontrar placer sin amor en el lecho conyugal.

Ni tan siquiera había podido consultar a sus experimentadas amigas al respecto porque desde su escapada a visitar a Julia cuando dio a luz prematuramente, su madre no la había abandonado ni a sol, ni a sombra pensando que podría volver a cometer otra locura. Por suerte, *lord* Buccleuch

no pareció estar al tanto de su ausencia, señal evidente de que ni tan siquiera la había visitado en todo ese tiempo. Quizá la sensación inicial de que de alguna forma se preocupaba por ella solo había sido un acto reflejo del compromiso que habían adquirido, pero parecía que por alguna razón lo había perdido, porque no había vuelto a ver ningún signo de interés alguno respecto a ella en el hombre que sería a partir de ese día su esposo.

—¡Despiértala inmediatamente! —escuchó Susan tras la puerta la inconfundible voz de su madre.

Lo cierto es que no había que despertarla porque definitivamente no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Estaba demasiado preocupada, inquieta, nerviosa y todos los adjetivos posibles para indicar que era un manojo de nervios por mucha pasividad que exteriormente reflejara.

—Buenos días señorita Susan —dijo suavemente la doncella más sonriente de lo habitual, probablemente porque ese era su día. El día de su boda. De su infernal y fatídico matrimonio.

Susan se limitó a sonreír incapaz de expresar palabra alguna. Le dolía la cabeza de no dormir y aún era capaz de imaginar que en el último momento algo que inexplicablemente ocurriría, haría que aquel matrimonio no se celebrara.

—Enseguida le subiré el desayuno y pronto tendrá el baño listo. Su madre insiste en que debe estar al menos una hora en remojo para que la piel se impregne muy bien con la esencia de orquídeas.

—Desde luego —contestó resignada mientras se bajaba de la cama y haciendo caso omiso del frescor repentino que hacía, no fue capaz siquiera de coger su bata para taparse, sino que se dirigió hacia la ventana para observar detenidamente lo que ocurría en el exterior.

Siempre había imaginado que aquel día sería especial. Que tendría tanta ilusión porque llegara, por comenzar una nueva vida junto al hombre que amaba, que probablemente no vería ni el momento, ni el

lugar para que el tiempo pasara. Había tenido la certeza absoluta de que sería feliz, tan dichosa que probablemente no le importaría nada que no fuera el hombre que la esperaría junto al altar. Y ahora solo deseaba que no estuviera, o que por algún motivo se desvaneciera. El pánico la paralizaba cuando se imaginaba a solas con ese hombre.

6

Para *lord* Buccleuch no era nueva aquella rutina que tendría aquel día. Se había levantado con el mismo ánimo de siempre, solo cambiaba el hecho de que ese día estrenaría un traje confeccionado a medida nuevo, le parecía demasiado agorero utilizar el que había usado las dos anteriores ocasiones, por lo que había decidido cambiar para su tercer matrimonio. Su fiel ayuda de cámara le había traído el desayuno junto al periódico a su habitación, puesto que le había parecido más oportuno tomarlo allí sin la constante parlotería de la señora Edna sobre cómo sería la nueva duquesa e incluso de su ama de llaves Eloise que parecía algo nerviosa por agradar a la nueva señora de la casa y deseaba que todo estuviera en perfecto estado.

A él todas esas nimiedades no le importaban, en realidad lo único que deseaba era que finalizara de una vez aquella formalidad y al fin la señorita Brandon fuera su esposa. Había tenido que esperar demasiado tiempo al tratarse de un compromiso tan sumamente largo y lo cierto es que estaba bastante ansioso por tenerla para él, aunque se recriminaba que aquellas ansias se debían probablemente a la presión para dejarla en cinta de su

heredero, al fin y al cabo, esa era la única razón por la que se desposaba de nuevo.

—Mi *lord*, su baño está preparado cuando guste —mencionó Sebastián, su gran confidente además de ayuda de cámara.

—Por supuesto —contestó con una mera formalidad mientras se deshacía del batín y se dirigía hacia el cuarto adjunto que había en su habitación donde estaba instalada la bañera de hierro fundido únicamente para su servicio y pronto también para el de su esposa.

Sus músculos se relajaron en cuanto entró en contacto con aquella agua caldeada y la tensión que llevaba acumulada de los últimos días comenzó a evaporarse, aunque era consciente de que no se iría del todo hasta que la ceremonia finalizase. En cierto modo tenía dudas respecto a la mujer que había elegido, había algo en ella que la hacía

parecer tenaz y con demasiada opinión propia. No le gustaba eso en una mujer, probablemente porque estaba demasiado acostumbrado a dictar órdenes y que éstas se cumplieran así fuera a sus sirvientes o a sus propias hijas o esposas. Nunca había tenido ningún problema en ese sentido con sus dos esposas anteriores y esperaba por el bien de la joven no tenerlos ahora. Intentó que sus pensamientos no fueran en ese sentido, más aún teniendo en cuenta que ella había accedido al matrimonio de buen agrado y que en ningún momento le había expresado dudas u oposición al mismo. Probablemente la joven estaba encantada de convertirse en duquesa y haría cualquier cosa por tratar de agradarlo.

—¿Ya está preparada la recámara de la futura duquesa? —preguntó a Sebastián que a pesar de no verle sabía que estaba preparando su traje de boda minuciosamente.

—Desde luego mi *lord*. Ayer mismo llegaron sus baúles y las criadas

organizaron todas sus pertenencias debidamente.

Se alegraba de que todo estuviera en orden, deseaba que la joven estuviera cómoda en la que sería su casa a partir de ese día.

—¿Y las sábanas? —preguntó el duque enjabonándose los brazos en un tono de despreocupación.

—De seda blanca, como usted solicitó mi *lord*.

El duque asintió complaciente. Deseaba una novia virgen y esperaba tenerla esa noche. La sola idea de ver aquellos cabellos rojos esparcidos entre aquellas sábanas de seda era toda una tentación a la que trataba de resistirse cada vez que su imaginación le jugaba una mala pasada. No quería encapricharse, mucho menos enamorarse, solo deseaba hacerla suya y después centrarse en su trabajo que era lo más importante.

Susan se contemplaba ante el espejo que tenía en su habitación y casi no se reconocía a sí misma. Aquel vestido de un blanco nítido cubierto por pétalos de rosa en tonalidades rojizas era absolutamente precioso, único y casi un sueño hecho realidad.

—¿De verdad te gusta? —preguntó Emily algo preocupada—. No pareces muy entusiasmada, la verdad...

—Es precioso —corroboró Susan—. De hecho, es mucho más bonito de lo que imaginé —confesó con una sonrisa.

—Entonces puedo respirar —alegó Emily con una gran sonrisa y se acercó a su amiga para abullonarle la falda aún más—. El duque de Buccleuch tiene más suerte de lo que él cree.

—¿Tú crees? —preguntó indecisa.

Había estado demasiado ausente mientras se bañaba, mientras la peinaban e incluso mientras la vestían hasta que finalmente se había visto reflejada en aquel espejo. Su mente no podía dejar de pensar en si estaba haciendo o no lo correcto quedándose allí en lugar de huir muy lejos.

—No solo eres hermosa Susan, sino increíblemente inteligente y bondadosa.

Estoy segura de que serás muy feliz junto al duque —contestó Emily abrazándola por detrás.

—Tengo miedo... —confesó al fin.

—Todos tememos algo Susan, pero sabrás enfrentarte a ello y superarlo porque eres fuerte y decidida. Sé que probablemente el duque de Buccleuch sea el hombre más reservado que he conocido, pero Henry le tiene en alta estima y es un hombre íntegro que jamás te pondrá una mano encima.

—No se trata de ese miedo Emily —contestó Susan suspirando—. Tengo miedo de no enamorarme, de no llegar a quererle, de pasarme toda la vida resignada al lado de alguien con el que nunca logre conocer el amor.

—El amor puede manifestarse de muchas formas Susan —terció Emily cogiendo sus manos suavemente—. Desde el cariño más profundo, la atracción más sublime o la bondad más encantadora.

En aquel instante la señora Brandon entró en la habitación y contemplo a su hija que lucía espléndidamente hermosa. Sus ojos se empañaron de lágrimas llevándose el pañuelo de bolsillo al rostro para tratar de secarlas.

—Mi niñita... hoy al fin se casa —logró decir con cierta nostalgia.

—¡Oh mamá! —exclamó Susan dando por finalizada la conversación

con Emily porque no podría seguir exponiendo sus miedos con su madre allí

presente—. Deberías estar feliz de que al fin me vaya de esta casa y de que tu deseo de convertirme en duquesa se haga realidad —añadió con cierto tono de diversión que no pasó desapercibido a ninguno de los presentes.

—¡Y estoy más que feliz! —exclamó airosa—. Mi hija una duquesa... ¡Al igual que todas sus amigas! —añadió para consternación de las presentes que comenzaron a reír.

Al menos aquel instante le había dado la oportunidad de abandonar esa melancolía que la había acompañado toda la mañana. En el fondo tenía que reconocer que su destino podría haber sido peor, podrían haberla casado con un hombre demasiado mayor o lo suficientemente inepto para provocarle repulsión, en cambio el duque de Buccleuch le podría provocar muchas cosas, pero repulsión precisamente no era una de ellas

El carruaje se detuvo frente a la iglesia donde se celebraría la ceremonia.

Comprobó que sus amigas; tanto Julia como Catherine estaban esperándola en la puerta y a ellas se unió Emily que había salido de casa momentos antes que ella.

Las tenía a ellas, sus tres mejores amigas siempre estarían en los momentos de flaqueza, probablemente serían sus aliadas y aunque envidiaba que todas ellas hubieran encontrado el amor en sus maridos, sabía que en el fondo siempre tendría su amistad pasara lo que pasara.

Con ese pensamiento entró en la iglesia y la música de violines comenzó a sonar desde el piso superior. En aquel momento todos los presentes se alzaron de sus asientos en las bancadas y se volvieron para contemplarla, todos menos él, aquel caballero que permanecía mirando al frente de espaldas a ella con un impecable traje marrón oscuro, ¿Por qué no se volvía a mirarla como lo hacían todos?

En aquel momento deseó marcharse, dar media vuelta y salir corriendo a pesar de que si lo hacía se convertiría en alguien repudiada por la sociedad, pero quizá eso sería mejor que condenarse a sí misma al fracaso matrimonial, pero justo cuando dudaba, en el momento que sopesó cuales serían las ventajas, el duque de Buccleuch se dio la vuelta y contemplo aquel rostro serio de ojos verdes que

provocó que dejase de respirar.

Sencillamente era un rostro demasiado hermoso a pesar de su seriedad. Allí estaba de nuevo esa pequeña intriga que le incitaba a descubrirle de verdad, a conocerle, a convencerse a sí misma de que al menos podría intentarlo en lugar de abandonar sin siquiera probar.

Ni el largo y tedioso discurso del sacerdote saludando a los presentes y haciendo mención a las sagradas palabras de matrimonio que recogía la biblia fueron suficientes para calmar los nervios de Susan, que evitaba constantemente mirar hacia su derecha donde la figura autoritaria del duque de Buccleuch permanecía impasible. No le había cogido la mano un solo momento, sino que se había limitado a asentir como si diera su aprobación cuando llegó al altar junto a él. Sabía que ya era tarde para huir y en solo unos instantes formalizaría la que probablemente sería su pena de muerte.

En cuanto el sacerdote formalizó su bendición concediéndoles la gracia de dios en el sagrado matrimonio, Susan escuchó los sollozos inconfundibles de su madre que intuía que provenían de la emoción. En ese momento se atrevió a mirar hacia su derecha y se encontró con la solemne figura del duque que seguía sin dar señal alguna de felicidad. ¿No se suponía que debía estar contento por haber conseguido una tercera esposa? Quizá para él aquello fuera más tedioso aún que para ella misma ahora que lo pensaba. El duque había pasado por aquella situación en tres ocasiones, y aunque para ella fuese la primera, desde luego él estaría deseando que terminase de una vez toda esa

parafernalia.

En cuanto el duque le ofreció el brazo a su joven esposa, ésta se apoyó en él sin mediar palabra alguna dejándose arrastrar por el pasillo de la iglesia hacia la salida. El banquete se celebraba en la casa de los Brandon, pero a pesar de que Susan volvería por última vez a la que siempre había sido su casa, no sería igual, en aquella ocasión ya no era dueña de sí misma y además estaría por primera vez a solas con su esposo en el carruaje, teniendo este derecho sobre ella.

El silencio sepulcral la aterraba, lo cierto es que no sabía que decir o sobre qué hablar que resultara interesante y no estuviera fuera de lugar.

—Mi padre me ha comunicado que ha estado bastante ocupado éstas últimas semanas —susurró Susan mientras miraba por la ventanilla

del carruaje que daba un rodeo mucho más extenso por la ciudad para permitir así que todos los invitados llegaran antes que los novios al banquete.

—Si. Soy un hombre de negocios muy ocupado, pronto se dará cuenta de que no suelo frecuentar demasiado durante el día la casa familiar.

—¡Oh! —exclamó Susan entendiendo que le vería más bien poco—. Lo entiendo —admitió con cierto pesar.

—Aunque eso no me librará de mis deberes conyugales —advirtió el duque con tanta frialdad y serenidad que a Susan se le tiñeron las mejillas por hacer de tal mención una banalidad.

—Claro… —susurró aturdida sin saber que responder exactamente.

—Sabe que deseo concebir un heredero lo más pronto posible, por lo que si tiene suerte, no la molestaré demasiado en ese asunto, si tanto le aturde.

No se lo podía creer, ¿De verdad estaba diciendo lo que su mente procesaba

incrédulamente en ese instante?, ¿De verdad la dejaría en paz en el lecho si le concedía un heredero? No sabía si anhelar o no ese momento, suponía que no lo sabría hasta que no llegase la noche.

—Lo sé perfectamente. Tengo muy presente de que esa es la única razón por la que se ha casado conmigo, *lord* Buccleuch.

—Me alegra saber que sabe cuáles son sus funciones, puesto que no tolero la indisciplina ni la desobediencia en mi casa. Por lo tanto, espero que permanezca lo suficientemente condescendiente.

¿Condescendiente? Eso era lo último que podría ser… aunque ¿Tenía realmente otra salida? Él era su esposo y tenía pleno derecho marital sobre ella, por más que le dolieran aquellas palabras, tenía que resignarse y aquello comenzaba a asfixiarla lentamente.

Susan no respondió, si asentía a aquellas palabras significaría que debía obedecerlas y no estaba preparada aún para precisamente resignarse ante su apremiante futuro. Por suerte el carruaje llegó hasta la puerta de la que había sido su casa tantos años y aunque precisamente viviría casi al lado, tenía que comenzar a dejar de verla de ese modo infantil y maternal, puesto que a partir de ese día debería ocupar su lugar como señora de la casa en el hogar del duque de

Buccleuch.

Al menos tendría su propia casa, sus propios criados y solo tendría que rendir cuentas ante su esposo que precisamente había admitido que permanecería frecuentemente ausente. Eso le daba esperanza, podría tener su pequeña libertad durante el día y él jamás se enteraría, podría hacer lo que siempre había deseado hacer desde pequeña... meterse en las cocinas para aprender como se hacía todos esos suculentos pasteles o leer a placer hasta devorar cientos de libros.

Las felicitaciones por parte de todos los presentes incluyendo a sus amigas, hicieron menos tediosa la velada del banquete. Las hijas del duque no estaban presentes, por ser demasiado pequeñas y *lord* Buccleuch no había requerido oportuna su presencia.

A Susan le extrañó que aún no las hubiera conocido, ¿No sería más lógico que se las hubiera presentado con anterioridad para no parecer demasiada brusca su presencia a partir de ese día en la casa como su nueva madrastra?

La sola idea de ser un ejemplo para esas pequeñas la asustaba, sobre todo porque deseaba caerles bien y que le cogieran cariño teniendo en cuenta que sería lo más parecido a una madre que tendrían.

—Es hora de marcharnos, querida —pronunció el duque de Buccleuch cuando habían saludado a todos los invitados e incluso habían brindado por la felicidad de su matrimonio junto a los presentes.

Sus amigas Julia y Catherine se habían marchado tras recibir una espantosa noticia sobre la muerte repentina de *lord* Sheraton, el esposo de Julia según la había informado Emily. A pesar de que Julia se había casado con el duque para salvar su reputación marginada por culpa de su anterior esposo fallecido el señor Hayden, sentía cierta nostalgia de que tuviera que enfrentarse a ello y además, habiendo sido madre recientemente. Lamentaba no poder estar a su lado en aquella situación acompañándola, pero al menos Catherine sí lo estaría en todo momento y eso la tranquilizaba.

—Por supuesto —admitió Susan siendo consciente de lo que aquellas palabras implicaban.

A pesar de la corta distancia que había desde su antigua casa hasta la mansión Buccleuch, lo hicieron de nuevo en carruaje, por lo que cuando Susan notó de nuevo aquellos dedos cálidos en la palma de su mano, el contacto la incitó a

desear acercarse en lugar de alejarse.

¿Sería gentil el duque? Esperaba con fervor que lo fuese, puesto que, a diferencia de él, sería completamente nuevo para ella.

En cuanto el cochero les abrió la puerta hizo ademán de bajarse, pero *lord* Buccleuch se lo impidió bajando este primero y ofreció gentilmente su mano para ayudarla.

—A partir de ahora esperarás siempre dentro del carruaje cuando viajes conmigo hasta que te de permiso de bajar.

Comenzaba a notar ciertos matices que no le gustaban. Quizá no era exactamente un matiz, sino más bien una especie de autoridad excesiva o dominación sobre los demás y a pesar de que se convenció que solo era una pequeñez, le molestó lo suficiente como para no dar su consentimiento.

—Siempre y cuando el tiempo de espera me parezca adecuado, no tendré ningún inconveniente —contestó sorprendiendo a un duque que la miró fijamente.

—¡Padre! —exclamó una voz infantil que distrajo a ambos provocando que mirasen hacia la puerta de entrada.

Allí permanecían dos figuras pequeñas, ataviadas con trajes de dormir y caras sonrientes. Indudablemente Susan sonrió y cogió la mano tendida del duque a pesar de que éste no la miraba para bajar del carruaje.

—¿Por qué no están acostadas? —preguntó *lord* Buccleuch con el ceño fruncido.

—Lo siento mucho mi *lord*, pero han insistido tanto en querer conocer a la nueva duquesa que...

—No importa —mencionó Susan sonriente acercándose a las pequeñas —.

Tenía tantas ganas de conocerlas —añadió con una espléndida sonrisa inclinándose para estar a la misma altura—. ¡Que hermosas sois!, ¿Cuáles son vuestros nombres?

La timidez de las pequeñas se hizo presente y solo contestó la mayor de ellas

—. Yo soy *lady* Madeleine y ella es mi hermana pequeña *lady* Diane.

—¡Que nombres tan bonitos! Yo soy la señorit... quiero decir *lady* Susan —

rectificó sabiendo que ahora ostentaba el titulo de *lady* al casarse con el duque.

—¿Donde está la señora Edna? —preguntó contundente el duque.

—Tenía fuertes dolores de cabeza mi *lord*. Se acostó muy temprano —

admitió la doncella algo inquieta.

—Está bien. Llevaos a las pequeñas a su habitación inmediatamente, mi esposa y yo necesitamos descansar. Ha sido un día demasiado largo.

La doncella asintió acogiendo a las pequeñas y apremiándolas a subir por las escaleras a pesar de que no cesaban de volver la vista atrás para seguir contemplando a su nueva madrastra.

—Son unas jovencitas muy hermosas —admitió Susan algo menos preocupada respecto a las niñas. Estaba absolutamente convencida de que se llevaría muy bien con ellas y el pequeño temor que había tenido inicialmente, comenzaba a desaparecer rápidamente.

—Les falta disciplina —contestó el duque justo antes de inclinarse sobre su joven esposa y cogerla en brazos.

Aquel gesto sorprendió a Susan al principio, pero momentáneamente entendió que solo se trataba de una tradición ancestral, una que jamás había

visto pero si oído. Aquella cercanía solo fue el inicio de un leve cosquilleo en su vientre que no entendía. El aroma que desprendía a madera e incienso contrastaba duramente con las facciones serias del duque, provocando que sus nervios florecieran de nuevo ante lo que le esperaba en aquel lecho.

Tras subir la escalera el duque se dirigió por un angosto pasillo hasta llegar a una puerta doble y la abrió con facilidad. Definitivamente debía estar lo suficientemente en forma para llevarla con tanta agilidad pareciendo que no pesaba más que una pluma y en cuanto la depositó en el suelo de aquella enorme alfombra se volvió para cerrar aquella puerta doble con llave. Nadie osaría entrar, pero con aquel

gesto se aseguraría de que absolutamente ninguna persona les interrumpiera.

Susan contempló la maravillosa habitación en tonos cálidos con el mobiliario de madera oscura. El dosel de la cama era completamente tallado a mano y sumamente ostentoso. Ella entendía de muebles, puesto que su padre poseía una fábrica y sabía que todos eran de una calidad sublime. No eran muebles antiguos, es más, casi podría afirmar que alguno de ellos formaba parte de una de las últimas colecciones que había sacado su propio padre.

—¿Te gusta? —preguntó *lord* Buccleuch observando como la joven repasaba cada detalle de aquella habitación.

—Si —afirmó—. Es mucho mejor que mi antigua habitación — reconoció.

—Dormirás siempre aquí. Yo estaré en la habitación de al lado y esa puerta

—dijo señalando una puerta que hasta entonces Susan no se había percatado de que existía al estar al fondo y casi escondida tras un gran armario—, permanecerá siempre abierta para mi, pero jamás serás tú quien pase al otro lado.

—¿Tengo prohibido el acceso a sus aposentos *lord* Buccleuch? — preguntó

algo sorprendida.

—Completamente. Nadie salvo mi ayuda de cámara entra en mis aposentos.

—Comprendo —asintió Susan.

De todos modos ¿Para qué desearía ella entrar en la habitación del duque?

—Ahora desnúdate. Estoy cansado y quiero terminar ya con esto. — Sus palabras sonaron tan directas y poco entusiastas que de hecho Susan lo sintió como una orden, pero lentamente se llevó sus dedos a los minúsculos botones que abrochaban su vestido.

—No puedo hacerlo sola —admitió tras intentarlo y entonces notó como él se acercó a ella e instintivamente se giró para facilitarle el acceso.

A pesar del roce de sus dedos que la ponía completamente tensa, no sintió que *lord* Buccleuch tratara de acariciarla o besarla en ningún momento, sino que se limitó a desabotonar el vestido y posteriormente aflojar el corsé y sacárselo por encima quedando únicamente con la camisola como única prenda de vestir que impedía su desnudez.

—Espérame en el lecho —aseguró el duque con voz firme y tras quitarse las medias y los zapatos Susan se subió a aquella cama comprobando que el tejido de las sábanas era de la seda más fina que jamás había tocado.

Cerró los ojos dejándose arrastrar por esa agradable sensación y respiró profundamente concentrándose para evitar ese resquemor que no dejaba de perseguirla en todo momento. Al fin iba a conocer el supuesto placer carnal que existía en el lecho, por fin podría tener una opinión propia al respecto,

¿Entonces porqué existía ese miedo del que era incapaz de desprenderse?

—No gritarás. —En cuanto escuchó su voz y sintió las manos de aquel hombre ceñirse a su cintura abrió los ojos sorprendida y contemplo esa

mirada verde indescriptible, ese rostro firme, serio e inexpresivo y antes siquiera de saber qué estaba ocurriendo puesto que notó como alzaba sus nalgas sin saber porqué, se sintió completamente invadida y un dolor profundo la atravesó hasta límites insospechados.

Quiso gritar. Lo deseó con todas sus fuerzas porque aquel hombre definitivamente la había roto por dentro. Así que hundió su cabeza levemente en la almohada para tratar de evitar que aquel sonido que deseaba salir de su garganta verdaderamente lo hiciese, pero no pudo controlar las lágrimas que salían sin cesar de sus ojos descontroladamente.

Nadie la había advertido de que aquello sería una terrible tortura. Ni tan siquiera sus amigas le habían mencionado que sería tan terriblemente doloroso y se sentía engañada, ultrajada e infinitamente decepcionada.

El dolor remitió levemente hasta ser simplemente soportable, pero molesto, demasiado molesto... y solo deseaba que aquello de un modo u otro terminase. En el instante que sintió como aquella presión e invasión que tenía en la parte central de su feminidad la abandonaba, notó un alivio sublime.

—Ya sois oficialmente la duquesa de Buccleuch —pronunció el duque con tanta solemnidad que a Susan le dio casi escalofríos.

Tras decir aquello observó como se alejaba de ella y su figura semidesnuda cubierta con una camisola blanca lo suficientemente larga para tapar su desnudez hasta medio muslo, desapareció tras la puerta que comunicaba con los aposentos del duque.

—No podré soportar esta tortura cada noche —susurró Susan hundiendo su rostro entre las almohadas—. Es imposible que sobreviviese a ello...

7

Susan apenas era consciente de donde se encontraba cuando comenzó a abrir los ojos y la poca claridad de la estancia hacía que el lugar le resultara completamente desconocido. Inmediatamente observó la figura de una de las sirvientas que parecía portar un jarrón de porcelana fina previsiblemente con agua fresca y lo depositaba junto al tocador, al lado de un enorme jarrón de flores frescas... ese olor era lo que la había despertado y en cuanto se movió despedazándose por aquella enorme cama, fue consciente del atisbo de dolor que había entre sus piernas y se quejó levemente.

—¡Buenos días mi *lady*!, ¿Se encuentra bien? —exclamó la doncella siendo consciente de que su señora estaba despierta.

—Si... estoy bien. —Mintió Susan cuando se volcó sobre su mente todos los recuerdos de la noche pasada y de donde procedía esa leve molestia.

Ni tan siquiera recordaba en qué momento de la noche se quedó dormida después de lamentar su desgracia y ser consciente de que aquel matrimonio solo sería una tortura para su propia existencia.

—¿Quiere que la ayude a levantarse? —proclamó la joven doncella

acercándose hasta las cortinas de la habitación y abriéndolas completamente para que la claridad del día inundase la estancia.

—¿Dónde está mi doncella Gladys? —preguntó Susan extrañada de que no fuera ella quien estuviera allí en lugar de aquella joven.

—¡Oh!, ¡Lo siento mi *lady*! Al parecer la señora Brandon requería de su presencia en la casa y aún no ha llegado —contestó la joven algo afligida.

En aquel momento Susan rodó los ojos. Era típico de su madre hacer y deshacer a su antojo, probablemente pensaría que ahora que su hija era la nueva duquesa de Buccleuch, no le faltaría doncellas en casa que pudieran atenderla.

—Es una gran consideración haberse ofrecido a ayudarme, solo estoy un poco desconcertada por tantos cambios de forma repentina y aún no estoy habituada, pero estoy segura de que pronto entablaré una buena relación con todos ustedes. —La sonrisa de Susan convenció a la joven doncella que se inclinó en una reverencia mucho más complacida e incluso con cierto atisbo de rojez en sus mejillas.

—Su llegada era muy esperada por parte de todos los sirvientes de la casa, mi *lady*. Para mi es un honor poder servirle. Mi nombre es Anny.

Saber que los sirvientes de la mansión Buccleuch esperaban ansiosos su llegada, solo hacía que sus ansias de huir se vieran algo apaciguadas.

Recordó en aquel instante aquellas pequeñas niñas que se habían quedado despiertas solo por la curiosidad de conocer a su nueva madre y no podía negar que tenía demasiada inquietud por ver como podría desenvolverse en la gestión de su propia casa... pero con el temor de la noche acechando a su espalda, todo aquel fulgor casi se esfumaba.

Se incorporó de la cama y al hacerlo contempló la enorme mancha de sangre

que yacía en el lecho. En ese instante la doncella la observó y posteriormente se acercó a ella con cautela.

—He traído paños nuevos para que pueda limpiarse y si se siente lo suficientemente fuerte, puede bajar a desayunar junto a la señora Edna y las pequeñas que arden en deseos de volver a verla —dijo con suma delicadeza la joven.

—¿Sentirme fuerte? —exclamó Susan algo contrariada.

—Bueno... algunas damas no pueden levantarse del lecho al día siguiente de su noche de bodas —contestó directa bajando la mirada.

—¡Oh! Entiendo... —susurró dando por hecho que todos en la casa sabían lo que había ocurrido entre ella y el duque y aquello la avergonzaba infinitamente, aunque por otro lado, no solo era previsible que lo supusieran, sino que además daban por hecho que había sentido dolor en dicha consumación—. Me siento lo suficientemente fuerte para bajar a desayunar y conocer al resto de empleados de la casa.

—Es usted una mujer fuerte —contestó Anny sonriente y vio como

vertía el agua en el cuenco de porcelana y le facilitaba los paños nuevos para que se limpiara—. Cuando guste, pueden prepararle un baño de agua caliente. Así se sentirá aún más aliviada.

—Quizá antes de acostarme —dijo inconsciente ya que era el momento de mayor disfrute para ella, puesto que después podía dormir más relajada.

—Por supuesto mi *lady* —contestó la doncella mientras comenzaba a retirar las sábanas de seda blanca de aquella enorme cama.

Susan había elegido un vestido en color burdeos. Si había algo de lo que estar agradecida debido a su nueva condición de casada, era poder abandonar

aquellos colores pasteles que tanto la habían limitado y perjudicado a su color de cabello. Desde muy joven había deseado llevar colores intensos que resaltaran ese color de su cabello tan peculiar y que la sociedad imponía que solo era accesible para damas casadas.

—Buenos días —pronunció inquieta, pero esbozando una sonrisa tímida cuando entró en el comedor donde las pequeñas aún estaban terminando su desayuno acompañadas por una señora de edad avanzada, cuyo cabello grisáceo estaba recogido en un moño alto bien repeinado. Aquella señora algo rechoncha lucía un aspecto neutro que no era capaz de descifrar si se convertiría en una enemiga o aliada, pero debía ser la institutriz de las pequeñas hijas del duque.

—Buenos días *lady* Susan —sonrió la mujer y por alguna razón Susan sintió que era algo forzada, pero probablemente solo era la inquietud que podía sentir una desconocida y más aún teniendo que presentarse ella misma puesto que no existía rastro alguno de la presencia del duque, aunque eso en cierta medida era de agradecer, teniendo en cuenta que aún no sabía como enfrentarse a su esposo después de lo ocurrido la pasada noche.

—Usted debe ser... —comenzó a decir Susan.

—La señora Edna —contestó la aludida inclinando la cabeza—. Soy la abuela de la hija mayor del duque, *lady* Madeleine. Aunque me encargo de la educación de las dos pequeñas.

—Me alegra saber que podré disfrutar de la compañía de otra dama en la casa, ¿El duque no nos acompañará? —contestó Susan tratando de ser amable. Probablemente aquella señora podría informarla de todas las costumbres del duque y las gestiones sobre la casa para tratar de

no comenzar con mal pie.

—Su excelencia jamás desayuna en compañía. Siempre lo hace en solitario mientras lee el periódico en su despacho —contestó en un tono formal aquella mujer dejando claro que el duque era un hombre de costumbres y ni el hecho de haberse casado recientemente iba a modificarlas.

—Por supuesto —contestó Susan acercándose a la mesa y tomando asiento frente a la señora Edna que se llevó la taza de té a los labios delicadamente.

—¿A podido descansar adecuadamente? Todos teníamos la incertidumbre de si finalmente bajaría a desayunar ésta mañana, puesto que su excelencia pidió que no la molestaran.

¿El duque había tenido esa consideración con ella? Probablemente era consciente del dolor que le había afligido para solicitar aquello.

—Si —afirmó con una sonrisa algo forzada—. Estoy perfectamente.

No pensaba dar lástima, menos aún pena o resentimiento por parte de alguno de los miembros de aquella casa. Así se estuviera muriendo por dentro nadie de aquella casa sabría realmente lo que sentía por dentro. Además, era lo suficientemente fuerte para soportar aquella leve molestia que aún sentía entre los muslos y que infinitamente era menor que el dolor que había padecido en el momento de la consumación donde creía que se había roto por dentro.

Durante aquel desayuno averiguó que las pequeñas salían todas las mañanas a pasear por Park Lane durante una hora para que les diera el aire. Además, daban clases de francés, piano y costura a pesar de ser tan pequeñas. Siempre se acostaban a las siete en punto y la cena se servía a las ocho, por lo que Susan dedujo que el duque no solamente no desayunaba junto a sus hijas, sino que tampoco compartía la cena. ¿Cuándo las veía siendo un hombre tan ocupado? Dudaba que almorzase todos los días en casa, su propio padre solía

saltarse más de un almuerzo a la semana por trabajo, pero siempre estaba en la cena.

La señora Edna le enseñó pacientemente cada una de las estancias de la casa y le presentó a todo el personal que albergaba. Se sentía especialmente acogida por aquellas personas y en su fuero interno casi apreciaba que esperaban algo por parte de ella, ¿Esperanza? Tal vez eran imaginaciones suyas o quizá todo era por la misma razón por la

que el duque había contraído nuevos esponsales; que ella trajera el heredero que tanto ansiaba el linaje Buccleuch.

A la hora del almuerzo, el duque les deleitó con su presencia y al verlo, Susan recordó todo lo ocurrido la pasada noche provocando que retirase inmediatamente su mirada. Se mantuvo en un silencio sepulcral durante casi toda la velada. Al parecer las pequeñas almorzaban antes porque según le había contado la señora eran demasiado pequeñas para compartir la mesa con el resto de comensales y no lo harían hasta alcanzar los doce años que sería cuando estarían lo suficientemente educadas para ello. A pesar de que era algo habitual en las grandes familias ilustres de la nobleza, Susan sintió cierta nostalgia, sobre todo porque ella jamás había sido sometida a esa disparidad y desde muy pequeña había compartido en privado el gozo de estar junto a sus padres en la gran mesa.

—Señora Edna, ¿Le ha enseñado la casa y sus funciones a la nueva duquesa de Buccleuch? —preguntó el duque sin un atisbo de emoción en su voz.

Aaron Buccleuch había pasado la mayor parte de la noche algo inquieto y no se había despertado de mejor humor. Sabía perfectamente que su joven esposa debía estar dolorida e incluso probablemente resentida como lo habían estado sus dos anteriores esposas. Debía estar acostumbrado a ese hecho, pero lo cierto es que se sentía por alguna razón, molesto consigo mismo.

Había evitado tocarla no queriendo prolongar aquella consumación, esperando que una vez terminara con aquel dolor virginal, todo fuese normal.

A diferencia de las anteriores duquesas, ella no había gritado, ni tampoco se había quejado, quizá todo se debía a que se lo había solicitado expresamente con la única razón de no asustar a las pequeñas, pero por el contrario había contemplado esas lágrimas saliendo de sus ojos con las que fue consciente del dolor que le debía haber afligido. A pesar de ello no parecía estar resentida, ni afligida y eso era lo suficientemente reconfortante para saber que en esa ocasión, había realizado una buena elección. Ella era más fuerte de lo que creía.

—Si, su excelencia —contestó la señora Edna tan cordial como siempre—.

Estoy segura de que pronto realizará sus funciones debidamente.

Aaron contempló a la joven, que mantenía la mirada baja en el plato y parcialmente le conmovió su postura, parecía algo ausente y probablemente él fuera la causa de ello.

— *Lady* Susan, ¿Ha encontrado algo que no resulte de su agrado? — Quiso preguntar a la joven, en el fondo se sentía algo agradecido por su presencia, después de esperar que no se dejara ver en tres días como lo hizo su última esposa.

Nunca había comprendido el razonamiento de una dama, tampoco se había esforzado por aprenderlo, pero sabía que su carácter era más dócil cuando eran complacidas con joyas, vestidos o simplemente se les daba ciertas atribuciones de responsabilidad.

—No —respondió Susan sin mirar al duque—. La casa es encantadora y estoy segura de que me sentiré muy bien aquí.

Aquello era suficiente para conformarse. Había esperado que la joven

quisiera redecorar la casa o remodelar parcialmente alguna cosa y hasta cierto punto estaba dispuesto a concederlo con tratar de contentarla, pero si todo estaba bien para ella, era aún mejor.

—Le he comentado a la duquesa, que la biblioteca se encuentra en su despacho, mi *lord* —dijo la señora Edna con cierta serenidad.

—¿La biblioteca? —exclamó el duque absorto.

—Soy una gran aficionada a la lectura y poseo una gran colección de libros con la que me gustaría complementar su biblioteca. —Admitió Susan.

Aaron estaba algo extrañado ante aquella información. Normalmente las jóvenes eran diestras en música, pintura o costura, jamás había pensado que su nueva esposa tuviera tanta pasión por el conocimiento.

—Si —afirmó—. Puede dárselos a mi ayuda de cámara para que los coloque en los estantes del despacho.

—Si no le importa a su excelencia, me gustaría hacerlo personalmente —

contestó sin un atisbo de duda—. Así podré contemplar sus adquisiciones por si alguna me resulta interesante.

—Desde luego, pero tendrá que esperar a que esté presente mientras lo hace.

—No pensaba permitir que la joven convirtiera su despacho en un desastre o peor aún, que trastocara sus cosas o perdiera algún documento importante.

El resto de la tarde Susan lo pasó en una de las salitas de té donde la señora Edna la acompañó mientras las pequeñas recibían su clase de francés y a pesar de la pequeña soledad que había percibido a ratos, había logrado reconfortarse pensando que tal vez, ese dolor infligido la pasada noche no se repetiría. Quizá solo era un simple engaño a su mente para tratar de evitar salir corriendo o quizá solo era la excusa razonable para creer que debía

existir algo más que dolor en aquel acto.

Después de tomar un largo baño que la había reconfortado lo suficiente, volvió a su habitación envuelta en un camisón de seda. Durante la cena el duque había estado ausente, por lo que únicamente cenó acompañada de la señora Edna y empezó a sentir que, si así era el día siguiente a su matrimonio, no quería imaginar como sería el resto de su vida. Tal vez debía hacerse a la idea de que jamás lograría conocer al duque y de que probablemente él no sintiera deseo alguno de conocerla.

En cuanto entró en sus aposentos contemplo la imponente figura su esposo allí presente. Estaba de espaldas a ella, cerca del fuego que habían prendido para caldear la habitación. Aún no había llegado el frío invierno, pero ya se podía notar al caer la noche los primeros resquicios de éste.

Aaron había sopesado la posibilidad de acudir o no al lecho de su esposa, pero se había convencido finalmente de que no debía importarle lo que sentía o no la joven, sino concebir ese heredero que tanto pesar le afligía. Aquella mujer despertaba en él ciertos sentimientos que reprimía constantemente y que seguiría reprimiendo hasta el fin de sus días. No iba a permitir encariñarse con ella como le había sucedido con anterioridad y menos aún pensaba hacerlo porque sabía que en el fatídico caso de que ella muriese durante el parto, volvería a culparse de ello y una tercera vez sería demasiada carga que soportar.

Cuando entró en la habitación de su esposa, notó que aún no había regresado de tomar su baño, aunque lo haría de un momento a otro.

Escuchó el sonido de la puerta abrirse y posteriormente cerrarse, así que se volvió lentamente y la imagen que contempló le dejó debidamente impresionado.

Se había imaginado demasiadas veces cuando aún era la señorita Brandon

para él, cómo sería aquel cabello rojo cayendo sobre sus hombros y moldeando su silueta. Mil veces había imaginado en como se verían esos cabellos esparcidos sobre aquella sábana de seda blanca y lo cierto es que verlo era peor que imaginarlo y deseaba resistirse tanto a ello que inconscientemente apretó con fuerza sus puños para no lanzarse sobre su esposa en un arranque de posesividad y causarle daño.

Era consciente de que su brusquedad y sus ansias habían causado temor a sus anteriores esposas que trataban de rehuir de él y, finalmente se había retirado de sus aposentos en cuanto éstas se habían quedado embarazadas. No cometería el mismo error con *lady* Susan, no deseaba que rehuyera de él de la misma forma, por lo que se limitaría a consumar el matrimonio sin ningún tipo de preámbulos, tal y como lo había hecho la noche anterior en su noche de bodas.

—Quítate la bata y tumbarte sobre la cama —dijo el duque después de observarla detenidamente

Susan asintió, pero por mucho que aparentemente pareciera estar tranquila, por dentro su pulso se había acelerado y una infinita tensión la sobrecogía.

No lo deseaba y a pesar de ello, la voz no podía salir de su garganta para negarse. Ella era su esposa, ¿Podría siquiera negarse a tener relaciones maritales? Lo dudaba, su deber para con él era darle ese heredero que tanto deseaba y probablemente debería soportar esa tortura de nuevo. Con los nervios a flor de piel se deshizo de la bata y se tumbó sobre aquella cama tal y como él le había pedido que hiciera, cerrando los ojos y tratando de respirar profundamente para concienciarse sobre lo que estaba por venir, agarrándose fuertemente a las sábanas para soportar de nuevo aquel dolor. Notó el peso sobre el mullido colchón de su esposo que indicaba que había acudido a su encuentro, entonces abrió los ojos y vio como se acercaba a ella, sus manos

se deslizaban sobre la piel de sus piernas subiendo levemente su camisón hasta las caderas y por un instante el calor al sentir los dedos

en su piel la embriagó. Probablemente esa sensación hubiera sido distinta y placentera de no ser por el dolor que sabía que le iba a implicar instantes después. Se preparó mentalmente para lo que sucedería, para volver a sufrir aquel intenso dolor insoportable que la flagelaría, pero cuando notó como el duque volvía a adentrarse dentro de ella solo pudo notar una infinita molestia.

¿Dónde estaba ese dolor que había sufrido la otra noche? La sensación no era agradable, estaba muy lejos de serlo puesto que era demasiado molesto e incluso un poco doloroso, pero era soportable; infinitamente mucho más soportable que aquel dolor infernal de la pasada noche.

8

Tres meses. Ya habían pasado tres meses desde que Susan se había casado con el duque de Buccleuch y aún no se había quedado embarazada a pesar de que cada noche él la visitara en su lecho y tuviera que soportar que la tomara.

Tres meses en los cuales había rezado cada día de su vida porque finalmente se quedase en cinta para que él la dejase en paz. Tres meses en los cuales se había podido acostumbrar a los sirvientes de la casa que solo deseaban favorecerla, a las propias hijas del duque e incluso a la señora Edna, pero que no le habían permitido un mínimo acercamiento a él, que parecía desear evitarla constantemente salvo en la noche, cuando acudía a su habitación para tomarla.

Esa tarde al fin volvería a ver a sus amigas juntas. Apenas había podido verlas porque todas estaban en sus fincas de campo, algo que el duque de Buccleuch no hacía porque según él; tenía demasiado trabajo en la ciudad.

Tampoco había gozado de luna de miel por esa misma razón, por lo que eso le había impedido estar más tiempo a solas junto a él y conforme más pasaba el tiempo, comenzaba a sentirse cada vez más resignada al matrimonio que le había tocado vivir. Sentía como algo dentro de ella se estaba apagando poco a

poco sin saber qué era exactamente, aunque en el fondo sí lo sabía… era la ilusión por amar, por descubrir la magia del amor que había sentido en sus libros y ese sentimiento al que toda su vida se había aferrado que de pronto veía como sencillamente no existía, ni jamás existiría para ella.

Apenas se apeó del carruaje divisó la casa de los duques de Sylverston. Emily las había invitado a todas para reunirse. Lo cierto es que hasta el momento no había sabido cuánto necesitaba salir de aquella casa, aunque por otro lado no sabía si estaba preparada para escuchar las alabanzas de sus amigas respecto a sus esposos. Sabía que ahora incluso Julia era feliz, había arreglado su matrimonio junto a Hayden

que finalmente no había muerto como creían inicialmente y él la amaba casi tanto o puede que incluso más que ella a él.

Definitivamente la única desgraciada y condenada de las cuatro iba a ser ella, porque ni aunque ocurriese un milagro, podría enamorarse del duque de Bucceluch y mucho menos aún; que éste lo hiciera de ella.

—¡Susan! —exclamó Julia nada más verla y fue corriendo a sus brazos para abrazarla.

Al parecer Susan había sido la última en llegar y todas se encontraban en aquella sala de té, mientras sus pequeños estaban a buen recaudo en la habitación de juegos con sus niñeras.

—Que alegría veros a todas, estos meses han sido demasiado largos en la ciudad con vuestra ausencia —contestó Susan tratando de sonreír.

—¿Estás bien? Te noto un poco pálida —preguntó Emily tan atenta como siempre.

—No. No —negó algo avergonzada—. Estoy muy bien gracias. Todo lo bien que puede estar una recién casada —admitió fingiendo una sonrisa, pero ninguna de sus amigas mencionó nada al respecto.

Mientras tomaban el té, Emily mencionó algo sobre una nueva colección de vestidos que lanzaría para esta temporada y que había diseñado mientras se encontraba en la casa de campo. Catherine hablaba sobre como trataría de gestionar su maternidad con el trabajo de contabilidad en la fábrica y Julia mencionó que su esposo la había convencido para publicar su primera novela bajo un seudónimo. Susan solo podía pensar en cómo todas ellas parecían satisfechas con su vida, siendo felices en su matrimonio y además habían logrado hacer lo que más les satisfacía. ¿Tal vez había algo malo en ella?

—Y por cierto… —dijo Emily—. ¡Estoy embarazada!

—¡Oh dios mío que felicidad! —exclamó Catherine—. Yo estoy deseando que los gemelos tengan un poco más de edad para volver a tener otro.

—¡Es estupendo Emily!, Espero que al fin le des al ducado de Sylverston su heredero —mencionó Julia—. La verdad que yo estoy muy contenta con Richard, pero también quiero darle muchos hermanitos más —añadió con una sonrisa cómplice y todas rieron salvo Susan.

Aquello fue la gota que colmó el vaso y ya no lo soportó más.

—¿Cómo podéis? —exclamó—. De verdad que trato de intentar entenderlo, pero no puedo. ¿Cómo podéis soportarlo?

—¿Soportar el qué? —preguntó Julia que fue la primera en hablar después de un prolongado silencio ante aquellas palabras de su amiga.

—Si te refieres al dolor del parto, te puedo asegurar que todo se olvida en cuanto tienes a tu bebé en brazos —dijo Catherine con un tono de ensoñación.

—No. No me refiero al parto, me refiero a que os toquen cada noche en el lecho, a tener que soportar como… como… ¡Es vergonzoso! —exclamó

finalmente sin saber explicar exactamente lo que quería decir y casi al borde de las lágrimas.

—Susan… —La voz de Emily era calmada, de hecho, parecía sumamente dulce—. ¿No disfrutas cuando estás en el lecho con tu esposo?

La pregunta era osada, pero después de todo estaban en confianza y prácticamente ella había sacado el tema.

—¿Disfrutar?, ¿Es que se puede disfrutar de ese acto? Desde luego está muy lejos de ser agradable.

—¡Menudo patán! —exclamó Julia dando un golpe con sus manos en las rodillas—. ¡Por supuesto que se puede disfrutar!

Susan la observó con los ojos abiertos expectantes y miró hacia Catherine que hizo un gesto afirmativo y después hacia Emily que, aunque estaba contrariada también asintió.

—No es posible… si hasta todos dijeron que… —No podía ser, básicamente hasta se habían sorprendido de que se levantase al día siguiente de su noche de bodas porque sabían cuanto dolor había debido padecer—. ¿Hay algo malo en mí, entonces?

—En ti no hay nada malo cariño —susurró Emily—. ¿Puedes contarnos exactamente como te trata el duque cuando estáis a solas?

—¿Cómo me trata? —exclamó—. No entiendo a qué te refieres. El simplemente me pide que me acueste sobre el lecho, o ya estoy

tumbada cuando él… hace eso y se va.

—¡Lo que yo he dicho!, ¡Un patán! —volvió a gritar Julia exasperada —.

¡Menuda desconsideración por su parte tratarla así!

Susan las observaba atónita sin saber exactamente qué preguntar o que decir.

—Creo que la mejor para explicarte esto es Catherine —sugirió Emily con calma y todas miraron a la aludida.

—A ver… cómo te explico esto para que puedas entenderlo sin ser demasiado tosca —Comenzó a decir Catherine—. Cuando una mujer no goza en el lecho con su esposo, es porque no está lo suficientemente preparada para él —dijo de un modo suave y directo —. En algunas ocasiones se necesita más preparación que en otras dependiendo de las circunstancias. Por ejemplo, la pérdida de virginidad suele ser dolorosa, pero con la preparación adecuada llega a ser muy soportable y prácticamente no se siente dolor.

—¿No se siente dolor? —recitó atónita Susan—. ¡Si fue horrible! —gritó extrañada.

—En tu caso evidentemente no estabas preparada, pero eso solo hará que tengas aún más temor a compartir el lecho con tu esposo y fomentará que no sientas ningún deseo hacia él. Ten presente que las cortesanas lo practican con hombres que no desean y no sufren porque ellas mismas saben como paliar esa molestia.

—Desde luego se han ganado con todo mi respeto su valía por soportar algo así —jadeó Susan cruzándose de brazos.

—Lo que te quiere decir Catherine —intervino Emily—, es que tú puedes hacer que tu esposo logre satisfacerte en ese acto.

—¿Yo? —exclamó—. ¿Qué iba a poder hacer yo? —insistió extrañada.

—Todo… —susurró Catherine—. Tu puedes lograr que haga absolutamente todo.

—No lo entiendo —susurró atónita—. Sigo sin entender qué puedo hacer yo.

¿No se supone que solo me tengo que dejar hacer? —insistió un tanto

avergonzada.

La pequeña sonrisa de Catherine, hizo que Susan dudara de sus propias palabras.

—Entiendo que tu educación quizá no te permita ver más allá, pero hay mucho más en el lecho matrimonial que lo que has aprendido hasta ahora —

musitó con calma.

—Si es que ha aprendido algo… —añadió Julia—. Yo tengo unos cuántos libros bastante ilustrativos para la mente…

—Julia no la abrumes —soltó Emily con una sonrisa cómplice y la aludida guardó silencio.

¿Existían libros que hablaran sobre ese tema? Todos los libros que hasta ahora había leído Susan que eran de carácter romántico se basaban en el amor y en detalles referentes a la conquista de un caballero hacia una dama, pero jamás osaban decir algo referente a asuntos de cama. Como mucho, los protagonistas osadamente se besaban y eso para ella ya era demasiado abrumador.

—Lo que quiero decir es que una mujer también participa y goza de ese acto Susan. Aunque algunas damas de alta sociedad puedan considerarlo osado y desvergonzado puesto que es lo que hacen las amantes con sus maridos, yo prefiero que el mío me considere su esposa y su amante al mismo tiempo.

—¡Exacto! —ratificó Julia—. Si él no te da placer, haz que te lo dé.

Los seis pares de ojos volvieron a ceñirse sobre Julia y ésta se encogió de hombros.

—¿Tu amas al duque, Susan? —preguntó con cautela Emily.

—No… —negó cabizbaja—. Lo he intentado. He tratado de forzar a mi corazón para que le ame, pero es tan frío…

—¿Le encuentras al menos apuesto?, ¿Hay algo en él que te atrae?, ¿O por el contrario le encuentras repulsivo? —terció Julia.

—No puedo negar que es apuesto —admitió Susan algo avergonzada —. Y

que en ocasiones desearía que él me prestara atención puesto que casi

parece odiarme.

—No creo que te odie —terció Catherine—, pero probablemente después de perder dos esposas, se ha acostumbrado a tener una vida demasiado solitaria.

¿En vuestra luna de miel también fue distante?

—No hubo luna de miel —admitió con pesar—. Tenía que atender sus negocios y no podía abandonar la ciudad.

—Tal vez sea ese el problema, que es un hombre demasiado ocupado —

contestó Emily.

—Hasta donde yo sé querida, tu esposo es un hombre ocupado y no tiene ese problema —ratificó Julia.

—Julia, si solo vas a fomentar el odio de Susan hacia su esposo más vale que estés en silencio o te marches, porque así no eres de ayuda —dijo Emily con toda la suavidad que fue posible.

—¡Es que no puedo evitarlo!, ¡Si hasta mi Richard que a pesar de su deshonestidad cuando quiso tomarme siendo virgen por puro egoísmo hizo que me sintiera plena!

—Pero no todos los hombres son iguales, ni tampoco tienen un largo historial de amantes —sentenció Emily provocando que Julia entendiera a qué se refería y se callase.

—¿A qué te refieres con un largo historial de amantes? —preguntó Susan directamente.

—Me consta que el duque de Buccleuch es un hombre recto e íntegro de costumbres antiguas. Jamás se le ha conocido ninguna amante, ya sabes que en esta ciudad pocos pueden salvarse de esconder a una amante. En el caso de él, que incluso hubiera sido comprensible después de perder a dos esposas, nunca se le ha conocido ninguna y menos aún es un hombre que frecuente burdeles según me ha contado Henry.

—¿Y eso es bueno o malo? —insistió Susan.

—Bueno para la moral e integridad de una esposa, aunque también puede ser malo debido a que probablemente no ha aprendido a

complacer a una dama

—contestó Catherine.

—Pero ha tenido dos esposas… —susurró Susan sin comprenderlo.

—Que probablemente han sufrido el mismo destino que tu y como eran unas damas respetables, jamás osaron decir nada. ¿Crees que estaríamos hablando de este tema ahora si tu no lo hubieras confesado al estar en confianza?

Probablemente si osaras mencionarlo a tu madre, te diría que una dama no habla de ciertos temas porque es pecado y que lo que ocurra en el lecho solo es competencia de tu esposo —terció Julia.

—En realidad ella solo me dijo que debía dejar que él me hiciera lo que quisiera. Ni si quiera me habló del dolor que ello implicaría…

—Pobrecita —susurró Catherine—. Debiste haber hablado con nosotras.

Tenías que habernos confesado esto antes…

—¡No estabais! —exclamó—, aunque reconozco que tal vez no lo habría hecho tampoco porque me daba vergüenza admitirlo.

—No podemos cambiar lo ocurrido —sentenció Emily—, pero sí lo que ocurrirá de ahora en adelante.

—Yo puedo enseñarte a darle tanto placer a tu esposo en el lecho que se enamorará de ti perdidamente… —aseguró Catherine.

—Yo te enseñaré a seducirle con movimientos para que deseé acudir a tu lecho cada noche —indicó Julia.

—Y yo me aseguraré de que luzcas impresionante en cada encuentro y pierdas el miedo que hasta ahora te ha cegado respecto a este tema —decretó Emily.

Susan observó a sus tres amigas que la miraban fijamente. Estaba infinitamente agradecida, de verdad que lo estaba, pero en lo más profundo de su ser; creía que nada de lo que ellas decían podría hacer que el duque cambiara. Que ese ser frío, indómito y serio se fijara en ella, menos aún todavía iba se enamoraría de ella.

—Os lo agradezco, pero no creo que funcione. Vosotras no conocéis al duque… él es… es…

—Creo que la que no lo conoce eres tú —dijo Catherine cogiéndole una mano para que la mirase—. Todo hombre es capaz de desvivirse por una mujer si está enamorado. Y nosotras conseguiremos que él se enamore de ti.

No solo porque eres absolutamente preciosa, bondadosa y generosa, sino porque tú le seducirás hasta que pierda el sentido como ninguna otra mujer lo ha conseguido.

—A menos que tú no lo desees —indicó Emily provocando la atención de todas—. Hemos supuesto que deseas que tu matrimonio funcione, pero igual estamos dando por sentado algo que tú no deseas.

—Yo desearía que funcionara, aunque no tuviera amor como vosotras, aunque no me enamorase… pero al menos podría tener el cariño de un hombre que me cuidara y respetara —admitió Susan con pesar.

—Hagamos algo —dijo Catherine—. Nosotras te enseñaremos cada una por separado nuestros mejores talentos para seducir y tú los pondrás en práctica con tu esposo. Si transcurridos unos meses tu vida al lado del duque sigue siendo un infierno, te ayudaremos a escapar de él si ese es tu deseo a pesar de lo que ello implicaría para tu familia, por no decir que tu reputación quedaría manchada para siempre.

—¿Escapar de él?, ¿Hablas de fugarme? —exclamó aturdida.

—Si ese fuera tu deseo, si —insistió Catherine.

Ser libre… escapar de aquella insulsa vida que llevaba junto a un hombre que no la amaba y poder así encontrar el amor en otro caballero. Una parte de Susan le gritaba internamente que era lo que deseaba, pero otra… esa parte racional, segura y ecuánime que había en su interior, le decía que tampoco sería plenamente feliz abandonando todo cuanto conocía y más aún, sabiendo lo que aquello perjudicaría a su familia a pesar de que la habían obligado a casarse con ese hombre que ahora era su esposo.

—Está bien. —Aceptaría aquello. De todos modos no le quedaba más remedio que poner todo de su parte para que al menos la convivencia con el duque de Buccleuch fuera algo más armoniosa de lo que de por sí era; inexistente.

—Creo que me voy a divertir con esto… —susurró Julia con una sonrisa cómplice.

—Julia, ¡Que esto no es un juego! —exclamó Emily con una cierta

sonrisa cómplice—. Para Susan es bastante serio.

—Está bien, está bien —mencionó alzando las manos la joven aludida —. Es solo que me divierte pensar cómo va a enloquecer su esposo.

—Dudo mucho que pueda hacer algo para que enloquezca —susurró Susan aún incrédula por lo que sus amigas decían. Tal vez ellas hablaban desde la voz de la experiencia con sus esposos, pero el duque era distinto, probablemente no existía un resquicio de amor en su corazón. Solo había que ver cómo trataba a sus hijas para descubrirlo.

—Eso nos lo dirás cuando hayamos terminado contigo… —sentenció Catherine también con una sonrisa pícara.

9

De regreso a casa, Susan estaba lo suficientemente pensativa en todo aquello que le habían contado sus amigos que ni tan siquiera fue consciente cuando al fin el carruaje se detuvo en la puerta de la mansión Buccleuch. Tuvo que ser su propia doncella quien la sacara de su estado de trance para advertirle que finalmente habían llegado a su destino. Había decretado pasar dos mañanas a la semana con Emily en la casa de modas, dos tardes con Catherine en su propia casa y otras dos mañanas con Julia también en su casa, por lo que iba a estar lo suficientemente ocupada las próximas semanas que esperaba que su marido no fuera consciente de su ausencia, aunque a juzgar por el tiempo que pasaba en casa lo dudaba.

En el momento que entró en casa le pareció escuchar un alarido procedente del piso superior y unas voces lejanas. Le extraño demasiado y subió las escaleras deprisa si tan siquiera quitarse el abrigo y el sombrero que aún llevaba puestos ante la incredulidad de su doncella que la acompañaba. Todo estaba en silencio hasta que volvió a escuchar ese golpe seco y el grito del que sin duda ahora comprendió que era una de las niñas. Fue entonces cuando se dirigió hacia la habitación de juegos y abrió la puerta sin pensar

para encontrarse a la señora Edna con una vara de madera y azotando a la pequeña de las hijas del duque.

—¿Qué se supone que está haciendo? —gritó Susan enfurecida con el estómago casi descompuesto al ver a la pobre pequeña en paños menores y con el rostro inundado en lágrimas.

—Solo estoy dándole su castigo por desobediencia —contestó autoritaria como si no estuviera haciendo nada malo.

—¿Y no le parece que es demasiado pequeña para someterla a un castigo tan severo?, ¿Qué se supone que ha hecho para que la castigue de tal modo? —

exclamó acercándose hasta ella y cogiendo a la pequeña entre sus brazos a pesar de la resistencia inicial que le opuso aquella señora.

—Cuánto antes aprendan la disciplina de una dama, será mucho mejor para ellas.

—Me da igual lo que el duque opine respecto a su conducta disciplinaria, pero no toleraré que le vuelva a poner una sola mano encima a ninguna de estas niñas en mi presencia, ¿Lo ha entendido? —gritó llena de furia.

—¡Soy su abuela! No hay nadie mejor que yo para educarlas —exclamó llena de rabia.

—Como si es usted la mismísima reina —contestó con testarudez y acto seguido tendió la mano a la otra pequeña para que se acercara a ella que finalmente lo hizo y salió con ellas de aquella habitación.

—¡El duque la reprenderá por esto! —escuchó a su espalda Susan, pero le dio absolutamente igual lo que él pudiera decirle. Si era capaz de aprobar que castigaran así a sus hijas, se negaba a darle un heredero. No pensaba darle un hijo a un hombre que consintiera que maltrataran brutalmente a sus propios

hijos de aquella manera.

—Ya está pequeña… —Susurró acunando a la niña entre sus brazos—. Te prometo que no volverá a pegarte.

Realmente no sabía si estaba haciendo una promesa sin fondo, pero así tuviera que amenazar al duque o coaccionarlo negándose a darle un heredero, ninguna de esas dos pequeñas volvería a saber lo que era ser castigada de esa forma.

Se llevó a su habitación a ambas niñas porque realmente no sabía a que lugar acudir para que se sintieran seguras y mientras las metía en su cama y las arropaba, se colocó en el medio y se dedicó a contarles un viejo cuento que aún recordaba de memoria para calmarlas. Cuando sintió aquellos pequeños brazos rodearla para abrazarla, algo dentro de ella se estremeció y por un momento comprendió que no podría marcharse de aquel lugar, acababa de descubrir que existía alguien que la necesitaba. En algún momento se quedó dormida y cuando abrió los ojos se encontró con una mirada que la observaba fijamente. El duque estaba apoyado en la cornisa de la chimenea que había frente a la gran cama sin decir ni una sola palabra, sino contemplando la imagen que tenía delante de él en completo silencio.

— *Lord* Buccleuch —susurró Susan algo desorientada y cuando fue a moverse se dio cuenta de que las dos hijas de él estaban abrazadas a

ella—.

Lo siento… les leí un cuento para calmarlas y se quedaron dormidas.

—La señora Edna me ha contado lo que ha ocurrido —decretó con semblante serio.

—¿Y aprueba usted sus procedimientos? —preguntó en voz baja Susan.

—Una educación estricta convierte a una niña en una verdadera dama. —Fue toda su respuesta.

—¿Eso quien lo dictamina?, ¿Usted?, ¿O ella? —ironizó Susan—, porque le aseguro que se puede conseguir exactamente lo mismo sin necesidad de marcar la piel de una pobre criatura indefensa.

En ese momento Susan juraría que vio como el semblante del duque cambiaba, incluso giró el rostro hacia la chimenea desviando su mirada.

Aprovechó aquel instante para liberarse del agarre de las pequeñas y deslizarse por la cama hasta tocar el suelo y ponerse de pie sin despertarlas.

—La señora Edna ha criado a varias hijas y se puede decir que la educación y reputación de todas ellas ha sido intachable —contestó fijando la mirada en las brasas que aún quedaban de la chimenea.

—¿Es eso lo único que quiere de sus hijas?, ¿Qué sean respetables y educadas al precio que sea?

—¿A qué se refiere? —preguntó alzando la vista hacia ella.

—Jamás vi a ninguna de esas damas sonreír o ser feliz —decretó Susan siendo sincera—. ¿Es eso lo que desea para sus hijas? Porque si es eso lo que desea, le advierto que no seré participe de ello y me negaré a darle ese heredero que tanto quiere.

En aquel momento la cara del duque pasó a una tez roja inusual y Susan habría jurado que podría estrangularla allí mismo si quisiera.

—¿Quién se ha creído que es para negarse a concederme tal cosa? —exclamó acercándose a ella y la agarró de los brazos lo suficientemente fuerte para que no se escapara.

Susan sabía que le había enfurecido y no se le ocurría nada para que,

en lugar de empeorar las cosas, éstas se arreglasen. En ese momento le miró fijamente y pensó que a pesar de aquel semblante sobrio y sombrío era un hombre

increíblemente apuesto e hizo lo último que probablemente se le habría ocurrido hacer si no hubiera tenido aquella conversación con sus amigas esa tarde.

—Su esposa… —susurró antes de colocarse de puntillas e inclinar la cabeza lo suficiente para unir sus labios a los suyos.

Era su primer beso y no tenía ni la más remota idea de qué hacer.

Probablemente él la apartara, la desechara a un lado y saliera hecho una furia de su habitación, pero no pensó jamás que le devolvería aquel beso y que para su sorpresa pudiera ser tan sumamente placentero.

Los brazos del duque la rodearon mientras que sus labios comenzaron a besarla con ardor provocando que finalmente ella entreabriera la boca y en ese momento sintiera como la lengua de su esposo se abría paso para abordarla hasta un lugar hasta ahora desconocido. Por inusual que fuera en lugar de causarle miedo alguno, solo le provocó un placer infinito por querer descubrir más de aquella sensación y cuando sintió que la alzaba entre sus brazos sin darse cuenta colocó sus manos alrededor del cuello del duque para aferrarse a él y seguir aquel deleite que le provocaba su boca.

Susan fue consciente tras varios segundos después que estaba prisionera entre la dureza de algo frío a su espalda que probablemente fuera la pared y el cuerpo de aquel hombre que la sujetaba. No era consciente de lo que estaba ocurriendo, pero si lo era de un ardor que sentía en lo más profundo de su ser provocado por aquellos besos incesantes. Escuchó un gruñido procedente de la garganta del duque y entonces notó que la alzaba de nuevo, en ese momento separó su boca de la de ella y vio como se dirigía hacia la puerta que comunicaba su habitación con la de su esposo e incrédula observó como éste la abría y entraba con ella en la recámara que hasta ahora le había sido prohibida su entrada. Nada más cerrar la puerta sintió como volvía a tener la

dureza en su espalda de algo firme y antes de poder protestar, sus labios fueron de nuevo llenados por los suyos que respondieron fervientemente a su cálido beso.

Notó como los dedos del duque se abrían paso entre su falda

levantándola para permitirle un mayor acceso y por insólito que fuera ella bajó sus manos hasta encontrar el tejido del pantalón del duque rozando su entrepierna y sintió como las manos de él apretaban sus nalgas acercándola aún más hacia su protuberancia. No supo porqué lo hizo, pero aquel gesto provocó que se le escapara un gemido de su garganta, ¿Qué demonios era aquello?, ¿Por qué sentía tanto calor de pronto? Se preparó para lo que sería una invasión molesta como lo era cada noche que él acudía a su lecho cuando notó que iba a poseerla y en el momento que comenzó a sentir que se abría paso dentro de ella, una sensación extraña la poseyó. Aquello no era dolor, no era molestia, ni tampoco era un suplicio o una tortura… aquello simplemente era placentero. Ante su estupor se abrazó más fuerte a él y acercó sus labios a su cuello mientras sentía una sensación recorrerla inexplicable hasta ese momento, era como si estuviera rozando el cielo pero sin llegar a tocarlo y no podía evitar gemir de forma susurrante a su oído con cada una de sus embestidas que le provocaban una mayor oleada de placer. Pensó que iba a romperse en mil pedazos, que simplemente explotaría de puro placer cuando notó de pronto el cese de los movimientos del duque y simplemente fue consciente del jadeo y su respiración agitada momentos después.

—Será mejor que regrese a su habitación, mis hijas podrían despertar en cualquier momento —dijo el duque cuando su respiración se volvió menos agitada.

—Por supuesto —contestó Susan sin saber qué decir en un momento así.

En cuanto cruzó la puerta dio dos pasos y se dejó caer sobre la pared de la

habitación llevándose una mano a los labios incrédula ante lo que acababa de suceder.

¡Dios santo! Sus amigas tenían razón, había placer en aquel acto y de hecho estaba segura de que aún le quedaba mucho más por descubrir, de que aquello que le había parecido estar incompleto debía ser sencillamente maravilloso.

Algo dentro de ella le hizo desear que volvieran a pasar todas aquellas horas que faltaban para la próxima noche, quería experimentar de nuevo aquella sensación, necesitaba fervientemente descubrir que era eso que no había logrado alcanzar. ¿Cómo era posible pasar de detestar algo a desearlo con tanto ahínco? No sabía qué era lo que había ocurrido en ella o si simplemente habían sido aquellos ardientes

besos, pero fuera lo que fuera volvería a repetirlo de nuevo. Ahora estaba deseosa de ser la aprendiz de sus amigas y que ellas le otorgaran todo su conocimiento para ponerlo en practica, al igual que estaba deseosa de preguntarles demasiadas cosas.

Aaron no podía creer que aquella mujer pudiera besar de aquella forma. Era puro fuego para sus cinco sentidos y su juicio se había ido al mismísimo infierno desde el instante en que ella se había inclinado para rozar sus labios o más bien desde el momento en el que la señora Edna le había comunicado que la duquesa se había enfrentado a ella defendiendo a capa y espada a sus dos hijas.

Al principio le había molestado la osadía de interferir en la educación severa de sus hijas, pero cuando estaba dispuesto a encararla, a enfrentarla para dictaminarle quien ponía las normas en esa casa, sus defensas se habían ido al mismísimo copetín cuando vio aquella escena; sus dos hijas abrazadas a su esposa como si fuera su verdadera madre. En lo más profundo de su ser algo le indicó que no era bueno que se encariñasen con Susan, le daba pavor

pensar que pudieran hacerlo para después también perderla tal como perdieron a sus respectivas madres, pero debía reconocer que aquella escena había movido algo en su interior y de hecho se había quedado allí de pie observándolas siendo consciente de que le gustaba demasiado contemplar dicha imagen, como si deseara grabarla en su retina para siempre.

Se tumbó sobre el lecho y respiró profundamente mientras en su mente no dejaba de evocar una y otra vez lo sucedido. Se había dejado arrastrar por el deseo hacia ella, su autocontrol se había esfumado como la pólvora para dejar paso solamente a su instinto carnal y por sorprendente que pareciese, ella no se había quejado, aunque en cierta manera, su esposa jamás lo había hecho hasta el momento solo que en esa ocasión… la había sentido de verdad y eso le provocaba un miedo atroz.

En aquel momento solo quería desnudarla y volver a poseerla de la misma forma en su lecho, ese era su instinto primitivo y con el que habría de luchar constantemente porque debía repetirse una y otra vez que solo debía obtener algo de ella; su heredero. El hijo que por alguna razón el destino le negaba a conceder, pero no podía obviar que hasta que eso sucediera, hasta que finalmente su esposa concibiera, el deseo que sentía por ella parecía ir en aumento.

—¡Buenos días pequeñas bellas durmientes! —exclamó Susan a las

pequeñas en cuanto despertaron porque su doncella había traído agua fresca y paños limpios para que se asearan.

—¿Hemos dormido aquí? —preguntó Madeleine, la pequeña de seis que era la mayor de las hermanas.

—Si. No quise despertaros —contestó Susan sonriente.

—¿Y no nos castigará la abuela? Padre no aprobaba que entráramos en su

habitación, cuando se entere de que pasamos la noche aquí seguro que nos azotará…

—No —negó ante el estupor de la pequeña Diane que parecía acongojada por si las palabras de su hermana se convertían en realidad—. Os prometo que ninguna será castigada, aunque lo de anoche será una excepción que no podremos convertir en costumbre. —Pensó siendo consciente de que hasta que no quedase embarazada, el duque la seguiría visitando en su lecho cada noche y ese no era lugar para unas niñas.

—¡Oh gracias! —exclamó la mas mayor de las dos bajándose de la cama para ir corriendo hacia ella y abrazarla.

Cuando bajaron para tomar el desayuno, ninguna de las tres se esperó encontrar en la cabecera de la mesa al duque de Buccleuch con el periódico abierto y lo suficientemente concentrado para no percatarse de su presencia.

—Buenos días —anunció Susan algo cohibida. Solo al verlo un rubor se había apostado en sus mejillas siendo consciente de lo sucedido la noche anterior y ni ella misma se sentía con fuerzas suficientes para mirarle directamente a los ojos y que le recordase todo ese ardor que hubo entre ellos.

—El desayuno se sirve a las nueve en punto y son las nueve y cuarto —

proclamó la señora Edna mirando al frente y en ese instante Susan dirigió la vista hacia el duque que acababa de apartar la mirada del periódico hacia ella.

—Creo que por hoy podremos hacer una excepción, señora Edna — contestó Aaron sin mirarla y observando ahora a sus hijas que parecían estar medio escondidas detrás de las faldas de su madrastra.

¿En qué momento le habían cogido tanta estima sus hijas a su esposa? Sin pretenderlo, una especie de sentimiento sobreprotector le invadió.

—Ya habéis escuchado a vuestro padre, no pasa nada. Ahora vamos a desayunar, ¿verdad? —dijo Susan animándolas.

Aaron escuchó la voz melodiosa y con un atisbo de tono infantil con la que su esposa se dirigía hacia sus hijas y le sorprendió que fuera tan sumamente gentil. Acababa de darse cuenta de que no conocía en absoluto a esa dama y desde luego era así porque jamás le había interesado conocerla hasta ahora, a pesar de que aún oponía resistencia.

En cuanto tomaron asiento, el duque dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Tomó la taza de café que aún tenía a medias y degustó un sorbo lentamente mientras observaba como servían el desayuno tanto a su esposa como a sus hijas. No era habitual que las pequeñas estuvieran en la mesa principal a sus edades, pero por conveniencia según había decretado la señora Edna, cuánto antes aprendieran los modales en la mesa sería mucho mejor para ellas, por eso solo lo permitía durante el desayuno puesto que él jamás estaba presente y en aquel instante cuando observó que por primera vez estaba reunido con la que representaba su familia se sintió fuera de lugar, ni tan siquiera sabía qué decir o sobre qué hablar porque se sentía un completo extraño respecto a todas ellas.

—¿Qué tal le van sus negocios *lord* Buccleuch? —preguntó Susan llevándose una taza a los labios.

La pregunta sorprendió al duque, tanto que tardó varios segundos en responderla.

—Bastante bien, no tiene porqué preocuparse —respondió con el semblante algo más relajado.

—Ciertamente no me preocupo. Sé que usted es un hombre que siempre cuida de lo que le pertenece. —Recitó Susan las propias palabras que en su

día él mismo le dijo a ella.

Al duque de Buccleuch no le pasaron desapercibidas aquellas palabras que desde luego llevaban un doble sentido y que se las hubiera dicho de forma directa solo le daba aún más valor si cabe a ellas.

—Si. Ciertamente lo hago —contestó y Susan habría jurado que torcía

el gesto hacia otro lado pensativo—. Quisiera aprovechar este momento para comunicarle que la espero en mi despacho después de que termine de tomar su desayuno. Tengo algo que decirle en privado.

En aquel momento Susan sopesó que probabilidades había de que aquello que tuviera que decirle fuese malo para ella y se quedó pensativa unos instantes.

—¿Querida, hoy no tomas té para desayunar? —preguntó la señora Edna sacando a Susan de su ensoñación.

—No gracias —contestó con un amago de sonrisa—. Hoy me apetece tomar café —añadió cogiendo otro de los bollitos de leche recién hechos que estaban sumamente deliciosos.

Mientras las hijas del duque se dirigieron hacia la habitación donde una institutriz venía para darle sus lecciones diarias, Susan se fue con paso cauteloso hacia el despacho del duque. Ni tan siquiera había colocado aún sus libros porque tenía cierto miedo de quedarse a solas junto a él y el temor a que tratara de tocarla la asustaba, aunque ahora ese miedo por sorprendente que pareciese no era más que un pequeño atisbo que aún no había perdido del todo, pero si disminuido lo suficiente para no tener tanto temor de cruzar el umbral de aquella puerta.

Llamó dando tres golpes secos en la madera y escuchó su prominente voz al otro lado de la puerta diciéndole que entrase.

—Cierra la puerta y siéntate —escuchó Susan en aquel tono de seriedad que podía llegar a ser escalofriante.

Susan cerró con cautela la puerta y se dirigió hacia una de las sillas que había frente a aquella enorme mesa. En cuanto lo hizo alzó la vista y vio que él la observaba.

—¿Para qué me ha citado aquí? —preguntó siendo consciente de que sus manos comenzaban a exudar por la tensión del momento.

—Quería comunicarle personalmente que he decidido hacerla responsable de la educación de mis hijas —contestó en un tono neutro que no dejaba atisbo a descubrir si aquellas palabras las decía como una orden que no podría rechazar o porque realmente sentía que en sus manos las pequeñas estarían mejor.

—No entiendo —contestó Susan anonadada—. ¿Quiere que yo eduque a sus hijas?, ¿Qué ocurrirá entonces con la señora Edna? —preguntó

sorprendida.

—La señora Edna se quedará como compañía y supervisará que hace bien su función. Usted misma dijo anoche que podría conseguir los mismos resultados en la educación de una joven sin necesidad de ser tan estricto, por lo que le concederé seis meses para ver si es capaz de lograrlo.

—¿Y qué pasará si no lo consigo o no considera que mis formas sean adecuadas? —exclamó atónita.

—Entonces creeré que la señora Edna tenía razón y dejaré que ella las eduque bajo sus estrictas normas incluyendo sus severos castigos —contestó sin observarla.

El pulso de Susan se aceleró y casi quiso gritar que era un hombre insensible y sin corazón. Se levantó de un solo movimiento y dio un manotazo sobre la

mesa captando su atención.

—¡Le aseguro que eso no sucederá! —rugió Susan con tanto ímpetu que apenas fue consciente de que había inclinado su rostro hacia el duque acercándose lo suficientemente a él para sentir ese olor a masculinidad que emanaba.

—Todo lo que suceda dependerá únicamente de usted —contestó observándola detenidamente y en aquel instante Susan vio que él miraba fijamente sus labios por lo que la vista se fue directamente también a los suyos.

10

La respiración de Susan era agitada debido a la cólera que había acumulado y el silencio que ambos estaban manteniendo mientras se observaban mutuamente, comenzó a ponerla nerviosa.

—Si no necesita nada más, me marcho. Tengo mucho trabajo por hacer ahora que me ha hecho responsable de la educación de sus hijas —terció Susan tratando de controlar sus impulsos. Esos impulsos que no eran otros sino los de acortar la distancia que le separaban del duque para sentir de nuevo la misma sensación que había tenido la noche anterior probando sus labios.

—Desde luego. La veré esta noche —contestó *lord* Buccleuch con un tono demasiado grave en la voz y Susan miró directamente sus ojos tratando de adivinar lo que trataba de decir—. Para la cena, por supuesto.

—Desde luego —respondió atropelladamente justo antes de salir de aquel estudio y subir inmediatamente las escaleras para encerrarse en su habitación tratando de serenarse.

¿Qué le estaba pasando?, ¿Por qué de pronto la presencia del duque le afectaba tanto? Y sobre todo su cercanía, esa aproximación en la que solo

podía ser consciente de lo que era capaz de hacerle sentir la tenía demasiado presente.

—Creo que me estoy volviendo loca —susurró en voz baja mientras se llevaba una mano a la frente como si se sintiera demasiado acalorada.

Aaron se había marchado hacia una de sus empresas en cuanto habló con la señora Edna para aclararle la nueva situación. Dudaba que hubiera tomado demasiado bien la noticia a pesar de que sabía perfectamente que acataría sus órdenes, pero el semblante serio y taciturno de aquella mujer le indicaba que no estaba conforme. Era de suponer que la que había sido su suegra tiempo atrás no tomase de buen agrado la noticia. Si finalmente se disponía a prescindir de sus

servicios, no tendría cabida en aquella casa, aunque se aseguraría del porvenir de aquella mujer, puesto que no podía olvidar de toda la ayuda que le había prestado durante aquellos años, más aún cuando su segunda esposa nunca se hizo cargo, ni había mostrado interés alguno en su primera hija como en cambio lo estaba haciendo *lady* Susan.

Esa mujer que ahora era su esposa le provocaba sensaciones contrarias que jamás se había planteado hasta el momento. Debería haberla reprendido por plantarle cara, incluso le había acusado de ser demasiado estricto hasta el punto de negarse a darle un heredero, ¡A él!, ¡Cuando esa era la única razón por la que se había casado! En cambio, le había dado lo que ella deseaba.

Solo al verla entrar hacía unas horas en el comedor acompañada de sus hijas algo temerosas de recibir un castigo por su parte, le había mostrado que no deseaba infundir temor en las pequeñas. Había sopesado las palabras de Susan sobre la educación de las niñas y por alguna razón deseó darle una oportunidad, ver qué era capaz de hacer esa mujer de cabellos rojos que había despertado algo sumamente dormido desde hacía demasiado tiempo en lo más profundo de su ser.

Los golpes en la puerta de madera de su despacho captaron su atención, no recordaba tener que reunirse con alguien durante la mañana, pero probablemente se tratara de alguna visita improvisada.

—Buenos días, *lord* Buccleuch. —La voz profunda de *lord* Sylverston atravesó la pequeña estancia y se levantó a recibirle—. Espero no molestarle.

— *Lord* Sylverston —contestó estrechando la mano de alguien a quien podía considerar amigo—. Solo estaba realizando unas gestiones sin importancia, aunque no esperaba su visita. ¿Ha ocurrido algo en la fábrica? —preguntó con semblante serio. Tenía varias inversiones en común con su excelencia el duque de Sylverston y habitualmente sus reuniones se ceñían a esos negocios.

Aunque en alguna esporádica ocasión se habían contado pequeñas confidencias sin apenas importancia.

—No —negó rápidamente mientras tomaba asiento —. En realidad, el asunto que me trae hasta aquí es otro.

Aaron miró extrañado a su amigo. Normalmente solían ceñirse a hablar de sus negocios y solo recordaba vagas situaciones en las que le había confesado que estaba buscando una nueva esposa y le estaba

resultado complicado encontrar una candidata adecuada, a lo que *lord* Sylverston le había confesado que era bueno elegir adecuadamente a la dama correcta, pero que no demorase demasiado tiempo cuando la encontrara, dándole la vaga impresión de que quizá él había cometido ese error en el pasado.

Lord Sylverston era uno de esos pocos hombres que conocía personalmente y sentía cierta devoción por su esposa. Teniendo en cuenta lo bella que era la dama en cuestión; no lo ponía en duda, pero en ocasiones se preguntaba que podía hacer perder de tal forma el juicio a un hombre para tener ese comportamiento. Nunca había sentido devoción por ninguna de sus anteriores

esposas, ni tan siquiera la tenía por Susan, a pesar de que ella le estaba empezando a provocar serias contrariedades al respecto, pero jamás perdería la cordura hasta el punto de anteponerla frente a sus prioridades como en cambio sí hacía Henry Sylverston.

—Espero que no sea nada grave, por tu semblante me atrevería a decir que vienes a pedirme dinero y si no fuera consciente de que tu fortuna es equiparable a la mía, me atrevería a cuestionar tu situación económica —

contestó Aaron tratando de estudiar el comportamiento de su excelencia.

Una vaga sonrisa en *lord* Sylverston hizo que el duque de Buccleuch se relajara. Conocía una estimación aproximada de la gran fortuna de los Sylverston, que incluso se había incrementado en los últimos años con el éxito de su esposa en el sector de la moda. Le resultaba extraño que precisamente fuera esa la causa de que estuviera en su despacho.

—Un buen amigo mío, del que puedo asegurar que es alguien en quien se puede confiar, necesita inversores para un negocio. En realidad, más que capital, lo que realmente necesita es la repercusión que tendrá si cuenta con el apoyo de varios miembros de la alta sociedad —dijo tratando el tema con toda la seriedad que requería.

—¿Y donde está ese buen amigo suyo? —preguntó Aaron asombrado de que no le hubiera acompañado.

—Se encuentra fuera de la ciudad. No obstante, es alguien a quien ya conoce de alguna reunión que hemos mantenido en común. Se trata del señor Benedict

—Si. Le conozco. No he tenido un trato muy cercano con él, pero

conozco a la familia desde hace años —admitió *lord* Buccleuch.

—No le pediría esto si no fuera por la confianza que tenemos después de

tratar varios negocios y la confianza que me genera el futuro negocio del señor Benedict, del que cuenta con todo mi apoyo —afirmó Henry.

—¿De qué se trata en cuestión? —preguntó por curiosidad. Sabía que *lord* Sylverston era muy bueno en los negocios y que no sería capaz de apostar por algo que estaba destinado al fracaso, pero si decidía invertir capital, lo mínimo era saber de qué se trataba.

—Tendrá en propiedad varias fincas de viñedos para la elaboración de coñac.

La idea es expandir el negocio para que se haga potencialmente conocido. —

Henry no podía dar demasiados detalles aún. Todavía no era oficial.

—Supongo que las gestiones de esas fincas de viñedos están en proceso de compra por la forma en que lo dice, ¿O me equivoco? —preguntó Aaron tratando de comprender la situación. Por alguna razón no terminaba de ser claro y eso era extraño en el duque.

—Se trata de una herencia. Digamos que solo faltan las cuestiones pertinentes para que estén oficialmente a su nombre, pero puedo asegurar que esos viñedos le pertenecen por derecho propio.

—Es extraño, no conocía que la familia de los Benedict poseyera viñedos —

meditó pensativo—, imagino que será por parte de algún familiar lejano.

—¿Ha oído hablar del duque de Savegner? —preguntó Henry sabiendo que estaba dando más información de la debida.

—Desde luego —confirmó Aaron—. Hace unos años su coñac era el más apreciado entre la alta sociedad, pero ocurrió algo en la familia si no recuerdo mal que hizo que se dejase de fabricar.

—Exacto, una desgracia familiar que le dejó sin herederos —afirmó Henry

—. El duque de Savegner era primo segundo del padre del señor

Benedict.

Tras fallecer el heredero más cercano a la familia de los Savegner, Robert Benedict se ha convertido en el siguiente en la línea de sucesión.

—Eso es una buena noticia para el señor Benedict —afirmó Aaron—.

Valorando ahora la situación, puedo asegurar que cuenta con mi apoyo, así que le puede transmitir al futuro duque de Savegner mis más sinceras felicitaciones y si le apetece le ofrezco una copa para celebrarlo.

—Me alegro. Estaré encantado de transmitirle que cuenta con su apoyo en cuanto regrese a la ciudad —alegó Henry ahora más calmado—. Y por supuesto que acepto esa copa.

Susan se había ausentado mientras las hijas del duque daban sus respectivas lecciones con la institutriz que venía a casa. Sabía que ese sería el único tiempo que contaba para ausentarse y acudir a Lynetś para estar con su amiga.

Ardía en deseos de verla para contarle todo lo sucedido la noche anterior y tener una versión de los hechos por parte de una dama mucho más experimentada que ella. Emily había sido la primera de sus amigas en casarse y ser madre, nadie mejor que ella para tratar esos asuntos en la más estricta confidencia.

—¡Querida Susan! —exclamó Emily tan atenta como siempre—. Creí que no vendrías porque te habría surgido algún imprevisto, pero me alegra que finalmente hayas podido acudir. Ven, pasemos a mi despacho para estar más tranquilas.

A pesar de ser bastante pequeño, sorprendentemente estaba muy bien ordenado, salvo por algunos diseños y papeles que tenía amontonados en una esquina del suelo.

—Por favor, mejor no mires hacia ese lado, porque aún no sé si utilizaré esos

bocetos para alguna colección o simplemente optaré por quemarlos —

advirtió Emily mientras la invitaba a sentarse en el pequeño sofá que había en aquel estudio donde apenas cogían dos personas.

—Seguro que son diseños muy buenos, como todo lo que haces —

contestó Susan evocando una sonrisa—. Siento la tardanza, pero esta mañana surgió algo demasiado inesperado para mi que hizo que me retrasara más de lo que pensaba.

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó Emily por cortesía.

—No, no. Nada de eso. Es solo que el duque ha relevado de sus funciones a la señora Edna. No se si sabías que era ella quien se encargaba de la educación de sus hijas. En su lugar me la ha otorgado a mi.

—¿Me estás diciendo que el duque de Buccleuch te ha convertido en la institutriz de sus hijas? —exclamó sorprendida.

—¡No! —negó Susan—. Solamente supervisaré todo cuanto a ellas les afecte como lo haría una madre, como imagino que lo harás tú con tus hijas —

añadió algo tímida.

—¡Eso es estupendo! —chilló con algo de euforia—. Lo que me extraña es que no lo hubiera hecho antes, ahora que lo dices. Lo normal hubiera sido que tras casaros, te hubiera puesto al mando de esas pequeñas como corresponde.

—A veces no entiendo como funciona la mente de ese hombre. Hasta ahora se ha mostrado tan frío, tan solitario y apartado de su familia que me llegué a cuestionar porque razón buscaba un heredero, si apenas mantiene relación con sus hijas. Anoche discutí con él justo por esa razón y… y… —Las palabras no salían de su garganta.

—¿Y? —preguntó Emily incitándola a hablar.

—Esto es un poco vergonzoso para mi decirlo en voz alta, Emily — admitió algo sonrojada.

—¿Te pegó? —preguntó con suavidad.

—¡En absoluto! —contestó rápidamente—. Más bien hizo todo lo contrario…

—Creo que no comprendo nada en absoluto —determinó Emily completamente confusa.

—Vi a la señora Edna castigar a una de las pequeñas con una vara de madera, así que a pesar de las consecuencias se lo prohibí y me las

llevé. Por eso discutí con el duque, le recriminé que me negaría a darle un heredero si ello implicaba que se le castigara del mismo modo que a sus hijas. A mi jamás me han castigado de ese modo y no concibo como se puede maltratar a una pobre criatura tan pequeña cuando su crimen está más que justificado. Se enfureció de tal manera que lo único que se me ocurrió para calmarle fue besarle y él…

¡Oh dios Emily! —gritó ahora emocionada—. ¡Besa tan bien! Había algo en él diferente, no parecía frío como otras veces, sino todo lo contrario.

—Y disfrutaste de vuestro encuentro —afirmó Emily sonriente.

—No puedo negar que si, disfruté hasta el punto de desear volver a repetirlo, sobre todo porque tuve la sensación de que me faltó algo… ¿Se considera eso pecado?

—Si se considera pecado, creo que hace tiempo que estoy condenada al infierno —contestó rompiendo a reír y Susan hizo lo mismo—. Cuánto me alegro de que haya ocurrido esto, facilitará muchísimo las cosas para que tu matrimonio funcione realmente. Creo que de algún modo, has conseguido

romper ese muro de perfección que el duque suele mostrar en todas sus facetas. Lo que no entiendo es cómo no había surgido antes, ya que no era vuestro primer encuentro, quizá con el tiempo lo averigüemos.

—¿Y como se supone que debo comportarme cuando vuelva a verle esta noche?, ¿Debo también besarle yo? Porque él jamás se había atrevido a hacerlo.

—Te daré un consejo, luego serás tú quien decida aplicarlo o no, pero si él no es capaz de tomar la iniciativa en algo que desees; no te avergüences y pídele que lo haga, te aseguro que probablemente estará deseando que lo hagas—.

Emily aún recordaba las veces en las que su esposo le había preguntado que quería y ella cohibida era incapaz de pedírselo, por eso sabía que realmente a un hombre le gustaba complacer.

—No sé si seré capaz de hacerlo, pero te agradezco tu consejo —respondió Susan meditando las palabras de su amiga.

—Bien, y ahora ven conmigo puesto que tengo algunas cosas para ti —

mencionó Emily levantándose de aquel asiento y saliendo del despacho.

Susan no sabía de qué hablaba su amiga, pero aún así la siguió por aquel pasillo hasta llegar al almacén donde solían guardar las prendas ya finalizadas a la espera de ser recogidas.

—No he encargado ningún vestido recientemente —admitió viendo la gran cantidad de prendas que allí había terminadas.

—Lo sé, pero tengo algo que hace meses debía ser recogido y más tarde supimos que la dama en cuestión tuvo que marcharse de la ciudad inesperadamente. Es de tu talla o eso creo. No obstante, creo que es perfecto para ti —contestó sacando un paquete envuelto en papel marrón y lo depositó sobre una mesa abriéndolo delicadamente.

En cuanto el papel dejó vislumbrar lo que contenía, Susan emitió un pequeño sonido de aclamación que contuvo al instante. Se trataba de una prenda de encaje, absolutamente todo el tejido que la componía era de un fino encaje blanco que insinuaba a lo largo del vestido la piel que cubriría la persona que lo vistiera.

—No me puedo poner eso. Es demasiado… demasiado…

—Solo va a verte tu esposo, al fin y al cabo, ya te ha visto desnuda. No creo que sea tan descarado —contestó Emily con calma.

¿Desnuda?, ¿Verla desnuda? El duque jamás la había visto completamente desnuda.

—El duque jamás me ha visto desnuda —dijo tratando de sincerarse, después de todo había confiado en su amiga.

—¡Oh vaya! Que contrariedad —sopesó Emily—, imagino que entonces causará un mayor efecto de lo que pensaba.

A pesar de la contrariedad, aunque no estaba del todo convencida, finalmente volvió a casa con aquella prenda sin saber si finalmente la usaría. A pesar de que *lord* Buccleuch le había mencionado que se verían durante la cena, algo le mantenía cierta opresión en el pecho al pensar que quizá podría aparecer de un momento a otro por aquella puerta y decidirse finalmente a almorzar en casa. Después de todo aquella mañana había hecho acto de presencia durante el desayuno, algo nada habitual en él.

—¿Las hijas del duque compartirán también el almuerzo con nosotras?

—

preguntó la señora Edna sacándola de su ensoñación.

—Si —afirmó Susan rápidamente—. Almorzarán con nosotras para aprender etiqueta si el duque no está presente, de lo contrario lo harán en su habitación

como viene siendo costumbre.

No quería importunar a su excelencia hasta que las pequeñas no tuvieran un comportamiento decente a la mesa. No es que le importaran las costumbres o tradiciones, simplemente haría lo que ella estimaba conveniente.

—Se hizo una excepción con ellas durante el desayuno porque su excelencia siempre lo tomaba en su despacho, creo que el mismísimo duque desaprobaría semejante barbaridad si…

—Creo que ha sido informada esta mañana de que la educación de sus hijas será de mi entera competencia. Así que asumiré yo misma cualquier consecuencia —contestó justo antes de dirigirse hacia las cocinas para supervisar el menú de la cena antes de que sirvieran el almuerzo.

Había algo en la señora Edna, no sabía explicar qué exactamente y tal vez solo fueran imaginaciones suyas, pero algo le decía el semblante de aquella mujer que no era de fiar.

«Quizá solo es una dama asustada que ve peligrar su posición en aquella casa» pensó Susan. Tal vez de alguna forma, la señora Edna creyera que la apartaría de su nieta.

11

Susan pasó el resto de la tarde junto a las pequeñas en la habitación de costura. Había denominado de esa forma aquel pequeño saloncito de paredes en tonos azul pastel con cuadros de jarrones de flores pintados a mano por algún artista poco conocido y viejos sillones de estampados florales que indudablemente tenían más años que ella misma, pero que por alguna razón no habían sido modernizados. Quizá ninguna de las anteriores esposas del duque había hecho uso de aquel pequeño saloncito o tal vez, habían preferido no modernizar esa área de la casa, aunque lo más probable era que jamás hubieran vivido en aquella casa. La cuestión es que, en aquel habitáculo, la luz era la idónea para dicha función y ella se había propuesto enseñar a esas dos jovencitas desde edad muy temprana el noble arte de la costura. No es que ella misma se pudiera alabar ser alguien experta con la aguja, de hecho, sabía lo justo y necesario como cualquier otra dama, pero jamás había destacado en ésta habilidad como mismamente lo hacía su amiga Emily, pero si sabía lo suficiente para adiestrar a sus jóvenes discípulas sobre la materia.

Al parecer ninguna de las pequeñas tenía noción alguna sobre costura, probablemente se debería a que las consideraban aún demasiado jóvenes, en

cambio ella creía que cuanto antes se iniciaran en la práctica, mejores bordados harían a muy temprana edad. La costura se consideraba una cualidad además de un pasatiempo entre las damas. Todas las jovencitas de buena sociedad sabían leer, escribir, tocar un instrumento, dibujar y bordar.

Aparte de aquello podían dar clases de canto si tenían buena voz, aprender a bailar para exhibirse en los bailes de sociedad o ejercitarse montando a caballo para mantener la figura, pero esas nobles artes eran algo menos comunes y ella debía empezar por lo primordial.

Estuvo muy pendiente de cada una de ellas, enseñándoles a enhebrar una aguja sin que se hicieran daño a pesar de haberles vendado previamente los dedos y utilizar una agujar algo vieja que no pinchaba

lo suficiente. No esperaba tener progresos pronto, pero pasar tiempo con ellas haciendo tareas propias de una dama era fundamental para la buena educación de aquellas pequeñas.

—¿Es cierto que la señora Edna ya no estará más tiempo con nosotras? —

preguntó Madeleine que era la mayor y su hermana pequeña dejó lo que estaba haciendo para escuchar atenta la respuesta de su nueva madre.

—Vuestro padre ha estimado que es conveniente que sea yo misma quien esté a cargo de vuestra educación —contestó Susan de forma dulce mientras guiaba la mano de la pequeña Diane entre el tejido de encaje algo roído para enseñarle a hacerlo.

—¿Tú estarás siempre con nosotras? —Insistió Madeleine.

—Si —afirmó Susan—. Seré yo quien esté con vosotras todo el tiempo que no estéis con la institutriz.

La pequeña sonrisa que emitió Diane hizo que a Susan se le encogiera el corazón. De alguna forma esas pequeñas niñas le transmitían una nostalgia

inaudita, una preocupación que jamás había tenido por ningún ser, tal vez solo se debía al hecho de que era consciente que sus vidas no debían haber sido nada fácil hasta ahora. Sin una madre por la cual guiarse y con el único ejemplo de una abuela dictadora y demasiado estricta en sus normas.

—¿Tú también nos azotarás si nos portamos mal? —preguntó algo dubitativa Madeleine.

—No. Eso jamás ocurrirá. —Negó Susan. Su mano se acercó inevitablemente hacia la mejilla de la pequeña niña de seis años que por ser la mayor intuyó que debía haber soportado más castigos severos que su hermana pequeña por parte de su abuela materna—. Os prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que nadie vuelva a trataros de esa forma. Os doy mi palabra.

—Si eres la esposa de padre, ¿Te podemos llamar madre? —La pregunta por parte del inocente rostro con cabellera rubia de Diane cogió por sorpresa a Susan.

—¡Diane! —exclamó Madeleine—. Disculpe a mi hermana *lady* Susan.

Sabemos que no le debe agradar que la llamemos madre.

—¿Por qué no debería de agradarme? —preguntó aturdida. Realmente no se había planteado esa opción, pero… ¿No eran en el fondo sus hijastras?

Prefería que la llamasen madre, antes que madrastra.

«Madre» susurró mentalmente. Realmente para esas chiquillas ella era lo más cercano a una madre.

—A *lady* Rebecca no le gustaba que la llamase madre y la señora Edna me explicó que una dama solo quería que la llamaran de ese modo sus verdaderos hijos, así que yo nunca podría llamar madre a la esposa de padre, ni tampoco Diane después de que muriese *lady* Rebecca.

No podía negar que era cierto lo que aquella pequeña decía y tal vez no podría cambiar el pasado, pero si el presente y por ende el futuro de aquellas dos inocentes niñas. Ella no era como esas damas remilgadas, jamás se había acercado mínimamente a serlo. No le importaban tanto las normas, las etiquetas o lo que pudieran decir, a la vista estaba que había estado a punto de no casarse por tal de esperar a que llegara el amor a su vida y jamás le había importado ser una solterona el resto de su existencia.

—Probablemente la señora Edna os advirtió porque hay algunas damas de la alta sociedad que prefieren esperar a tener sus propios hijos para ser llamadas madres —contestó tratando de suavizar sin perjudicar el honor de *lady* Rebecca que después de todo era la madre de la pequeña Diane—. Estoy segura de que eso fue lo que le ocurrió a *lady* Rebecca —añadió con dulzura mirando a la más pequeña de las dos hijas del duque—, pero yo me sentiré orgullosa de que desees llamarme madre, y tú también si lo deseas —dijo mirando entonces a Madeleine.

Eran tan pequeñas, tan frágiles, tan susceptibles, tan sumamente inocentes, que le daba tristeza como aquella mujer había intentado manipularlas con viejas costumbres odiosas. Lo más bonito y dulce de un niño era que explorase esa inocencia y dulzura hasta que llegase la edad donde verdaderamente las normas comenzasen a imponerse. Jamás habían tenido una figura materna real. Las dos habían corrido la desgracia de perder a sus madres nada más nacer, ¿Qué era para ella darles al menos un atisbo de ese sentimiento al que jamás podrían tener acceso? Nunca podría suplir la identidad de sus verdaderas madres, pero sabía que haría cuanto pudiera por acercarse, aunque

solo fuera un poco, a ese amor que le habrían profesado de seguir con vida.

—¡Te dije que ella era diferente! —exclamó sonriente la pequeña Diane.

—¿Padre estará de acuerdo en que la llamemos madre? —preguntó entonces Madeleine como si aún no terminase de creerlo.

Quizá era la más precavida de las dos porque había pasado más tiempo con su abuela y ésta había conseguido influir más en ella.

¿Porqué debería enfadarse el duque por aquello? Realmente lo dudaba y lo cierto es que su opinión al respecto le daba absolutamente igual puesto que ella era su esposa y, por tanto; la madre de sus hijas.

—Por supuesto que lo estará —afirmó Susan sin ser realmente consciente que aquello pudiera afectar de algún modo a su matrimonio.

Eran las ocho en punto cuando entró al salón donde tendría lugar la cena. Le sorprendió no ver a la señora Edna clavada como las agujas del reloj que colgaba de aquella enorme pared, sin embargo, quien sí estaba en su lugar era su excelencia el duque de Buccleuch, al parecer había cumplido su palabra cuando le dijo que se verían en la cena.

—Buenas tardes excelencia —anunció Susan llamando su atención mientras se dirigía hacia su asiento.

Buenas tardes *lady* Susan —contestó en un tono tan formal que Susan no supo definir si estaría contento o no de volver a verla. Ella por su parte, estaba algo nerviosa, aún mantenía muy presente el recuerdo de esa acalorada discusión en la mañana y peor aún, el encuentro que habían mantenido la pasada noche que solo la hacía contar los minutos hasta que él regresara de nuevo a su habitación.

—¿La señora Edna no cenará con nosotros? —preguntó por cortesía, aunque realmente le extrañaba que no estuviera presente.

—No. Al parecer no se encontraba de buen ánimo y ha solicitado que le

sirvan la cena en su habitación —contestó sin un atisbo de emoción.

—¿Tiene algo que ver la destitución de sus funciones con su estado de ánimo? —preguntó Susan sin poder evitarlo.

—No lo creo —dijo despreocupado—. Acepto de buen agrado mis órdenes, por tanto, no creo que esas sean las razones.

Su comentario le dejo lo suficientemente claro que ese hombre no conocía en absoluto los pensamientos de una mujer. Era más que evidente que la señora Edna habría aceptado de buen agrado las órdenes porque no tenía otra opción, pero resultaba obvio que no le había sentado nada bien que la relegaran a un simple mueble más de la casa. Alguien que viviría con ellos como si estuviera mendigando cobijo en aquel lugar, puesto que las razones por las que hasta ahora había estado ya no existían. Esa mujer debía de estar indignada y posiblemente enfadada, por eso no estaba allí presente.

—Me alegro entonces de que haya tomado de buen agrado la noticia —

contestó Susan sin revelar sus sospechas y acto seguido se llevó la copa de vino a los labios dando un pequeño sorbo. Aún no estaba demasiado acostumbrada a tomar alcohol en las comidas.

—¿Se han portado bien mis hijas? —La pregunta del duque hizo que casi se atragantara. Posiblemente era la primera vez que le escuchaba interesarse verdaderamente por ellas.

—Si —afirmó rápidamente—. Son unas niñas estupendas. Lo cierto es que debe sentirse orgulloso de ellas, tienen una gentileza que poseen pocas damas de alta alcurnia.

—Me sentiré más orgulloso de ellas el día que tenga un heredero que continúe el apellido Buccleuch —afirmó severamente.

Susan alzó la vista y miró directamente esos ojos verdes que comenzaban a provocarle cierto nerviosismo en la boca de su estomago cada vez que los observaba sin saber porqué.

«Tal vez Dios prefiera castigarle otorgándole únicamente hijas, hasta que se de realmente cuenta de que ellas serían tan dignas como lo sería su heredero»

—A veces olvido que eso es lo único que le interesa, *lord* Buccleuch —

aseguró Susan con cierto tono de ironía que no debió pasar inadvertido al duque.

—Es vital para el ducado, creo que debería saber lo que significa — contestó en un tono lo suficientemente serio para que Susan no se

atreviera a responder, sino que guardó silencio por un prolongado tiempo.

La cena transcurrió tranquila a pesar de aquel incómodo silencio que se había instalado en la sala y que para ella resultaba tedioso, aunque seguramente para el duque fuera lo más habitual. Ni tan siquiera la señora Edna era una gran conversadora.

—He pensado en visitar su casa de campo este fin de semana, creo que tanto a *lady* Madeleine, como a *lady* Diane les vendría bien respirar el aire libre lejos de la ciudad durante unos días. —Se atrevió a decir finalmente Susan.

Era algo que llevaba tiempo pensando, aunque realmente lo había pensado cuando quería alejarse de él para no tener que soportar que la tocara, ahora no estaba tan segura de desear aquello, pero si era consciente que necesitaba aclarar sus ideas y también le apetecía pasar tiempo con las hijas del duque.

—Este fin de semana no podre. Tengo algunas reuniones pendientes, tal vez el siguiente —contestó sin mirarla.

—Pensé… —comenzó a decir Susan—. Bueno, creí que no vendría, que el

viaje solo sería para nosotras.

En aquel momento Susan notó que el duque alzaba la vista para mirarla fijamente.

—¿Está intentando alejarse de mi, *lady* Susan? —preguntó directamente como si tratase de averiguar la verdad a través de sus ojos—. ¿Está tratando de huir de mi lado? —insistió ante su mudo silencio.

¿Huir?, ¿Alejarse? Quizá lo segundo podía ser verdad, pero realmente no estaba pensando en huir de su lado, tampoco quería alejarse con la intención de no volver, pero la forma en la que se lo preguntaba era como si él verdaderamente creyera que era así.

—Yo… —titubeó—. Usted me dijo que era un caballero demasiado ocupado para viajar y por eso no pensé que podría acompañarnos. Creo que a las pequeñas le haría muy bien pasar unos días en el campo, pero jamás pretendí alejarme de su excelencia.

—Demuéstremelo entonces —aseguró con voz potente.

—¿Cómo? —exclamó estupefacta. ¿De qué modo se supone que le iba a demostrar que no pretendía alejarse de él?

—Iré a su habitación dentro de diez minutos. Demuéstreme que no me tiene miedo y tal vez la deje ir —contestó antes de levantarse para salir del salón dejándola con la boca abierta y con demasiadas incógnitas en su cabeza.

¿Quería que le demostrara que no le tenía miedo? No era miedo precisamente lo que le inspiraba el duque en el lecho, sino más bien todo lo contrario según los últimos acontecimientos.

12

Susan subió las escaleras algo nerviosa mientras se frotaba las manos para tratar de calmar esos nervios irrefrenables que era incapaz de controlar. Era consciente de lo que ocurriría dentro de unos instantes y más aún lo era teniendo presente la afirmación en las palabras del duque.

No tenía miedo, estaba lejos de tenerlo, pero lo que sí poseía era una inquietud inaudita y una sensación extraña recorriendo su cuerpo que se concentraba en una especie de mariposeo en el estómago al cuál no sabía poner nombre.

Nada más entrar cerró la puerta suavemente y se dejó caer sobre ella. Nunca había estado tan nerviosa como en ese momento, quizá lo estuvo en su noche de bodas por lo desconocido de la situación, pero ahora entendía de sobra lo que ocurriría y su inquietud se debía básicamente a que lo deseaba, instintivamente lo anhelaba después de la noche pasada y como había conseguido de alguna forma aflorar esas sensaciones demasiado maravillosas.

¿Se suponía que debía desnudarse?, ¿Esperarle con el camisón de dormir como lo había hecho en tantas ocasiones? De pronto vio aquel paquete

envuelto sobre su lecho, el mismo que Emily le había regalado y que ella había dejado allí sin saber muy bien qué hacer con el. Se acercó a la prenda y la estiró adecuadamente sobre la cama para contemplar la delicadeza de aquel encaje bordado. No tenía ni idea de qué impresión tendría el duque al verla con ese vestido tan poco discreto, pero mientras se desnudaba sin la ayuda de su doncella, algo que solía hacer pocas ocasiones, no dejaba de imaginar que indudablemente le demostraría que no le tenía ningún miedo si le recibía de aquella manera, donde saltaría a la vista que le ofrecía su cuerpo descaradamente.

Las transparencias eran mucho más que obvias a pesar de que el encaje disimulaba ciertos atributos de su cuerpo sutilmente. Sin duda

era osado incluso para una cortesana o eso pensaba Susan mientras se observaba en aquel espejo, aunque no tenía ni la menor idea de como vestía o dejaba de vestir una cortesana en la intimidad.

Escuchó el sonido de la puerta e inmediatamente se subió la bata que cubría aquella prenda sobre los hombros envolviendo por completo su cuerpo. Fue un acto tan reflejo que casi lo hizo de forma apresurada, como si tratara de esconder algo.

—Espérame en el lecho —pronunció con una voz algo ronca mientras giraba la llave de la puerta para evitar que nadie entrase.

Susan iba a obedecer, había escuchado tantas veces esa frase que ya era casi un impulso de su propio cuerpo el que amenazaba con cumplir dicha orden, cuando dio dos pasos se detuvo. No era lo que deseaba, sin ninguna duda no era lo que quería.

—Puedo… —titubeó. Su voz denotaba que no tenía la suficiente confianza para atreverse a decir lo que realmente deseaba. Alzó la vista y observó que

el la miraba fijamente con ese rostro indudablemente serio y aquel semblante de rudeza que tanto le caracterizaba—. ¿Puedo ayudaros a desvestiros? —

añadió finalmente tratando de mantener su mirada fija en la del duque.

Aaron observó a aquella mujer que era su esposa y la petición que acababa de hacerle le cogió completamente desprevenido. Jamás ninguna de sus esposas le había propuesto semejante hazaña, menos aún habían deseado mantener el contacto con él a menos que fuera indispensable puesto que así se hacía respetar una dama y en cambio aquella joven de cabellos rojos como el fuego se ofrecía de buena voluntad. No sabía si aquella reacción solo era fruto de su petición minutos antes donde le había referido que le demostrara que no le tenía miedo para dejarla ir de excursión al campo con sus hijas, lo cierto es que no tenía ni la menor idea de porqué le había mencionado aquello, tal vez solo era ese deseo imperioso de que la joven *lady* Susan no tuviera temor de él, no deseaba infundir miedo alguno en ella y lo cierto es que no tenía ni la menor idea del porqué no lo deseaba cuando hasta ahora apenas le había importado. Todo había cambiado la noche anterior, todas y cada una de sus percepciones estaban comenzando a desmoronarse como un castillo de arena y solo le apetecía descubrir la clase de esposa que tenía al lado, tal vez solo

era curiosidad lo que tanto anhelaba de ella.

—Si es lo que os place, podéis hacerlo —contestó recorriendo el cuerpo de su esposa con la mirada. Estaba envuelto en una fina bata blanca de lo que podía apreciar sin duda que debía ser seda.

Unas incontenibles ganas de tocarla con sus manos, de recorrer aquellas delicadas curvas con sus dedos le hicieron apretar los puños para contenerse ante el deseo que ella le inspiraba. Le había pedido que le demostrara que no tenía miedo de él, pero no deseaba hacer nada para darle razones de ello.

Todas y cada una de las veces que había yacido con su esposo, Susan no

había podido apreciar su torso desnudo. ¿Sería musculoso?, ¿Tendría unos brazos fornidos? La curiosidad por deleitar su mente hizo que deseara hacer aquello y tras quitarle el chaqué y desabotonarle la camisa lentamente y con cuidado bajo la atenta mirada del duque sin apenas rozar su cuerpo, la camisa interior, esa que jamás se había quitado quedó a su vista.

—¿Me permitís tocaros? —preguntó algo indecisa.

¿Tocarle?, ¿De verdad deseaba tocarle? Pensó Aaron. Tal vez si que ardía en deseos de realizar esa excursión con sus hijas para representar ese papel o verdaderamente no le tenía ningún miedo. Independientemente de cuál de las dos fuera la respuesta, sacó la camisa interior de sus pantalones y se la quitó dejándola tirada en el suelo sin ningún miramiento puesto que no deseaba perder ni un solo segundo de su tiempo evaluando el rostro de esa joven que tenía por esposa.

Susan observó el pecho del duque ahora desnudo, sus músculos se marcaban ligeramente en la parte inferior. Lentamente fue acercando su mano derecha hasta que posó la palma de esta por completo en el pecho de su esposo. Era cálido, algo áspero en comparación con la suavidad de su propia piel, ligeramente bronceado si también lo compraba con su nitidez y sorprendentemente firme, de hecho, más que firme era dureza lo que poseía.

Recorrió con sus manos todo el pecho, cubriendo incluso las zonas de vello que poseía y cuando deslizó sus dedos hacia abajo, rozando levemente la cinturilla del pantalón donde el cinturón sujetaba firmemente la prenda notó la presión en las muñecas de las manos del duque.

—Ya es suficiente. —Determinó con una voz tan rota, que a Susan le costó trabajo comprender, era como si él estuviera realmente sufriendo con aquello.

—¿A su excelencia no le agrada que le toquen? —preguntó algo cohibida.

Por un momento Aaron pensó en mentir descabelladamente. Si respondía que no, aquella tortura se acabaría para siempre, pero si no decía la verdad, probablemente jamás volvería a sentir el roce de aquellos dedos en su piel.

—Me agrada —admitió—, pero enloquece mis sentidos y no deseo haceros daño.

—¿Hacerme daño? —exclamó Susan dando un paso hacia atrás—. ¿De qué forma me haríais daño?

—Os terminaría tomando de forma brusca y posesiva, como…

—¿Cómo hicisteis anoche? —Se atrevió a pronunciar en voz alta.

—Si —afirmó—. Como hice anoche.

—Pero eso es lo que yo deseo —susurró casi en un leve aullido mientras deshacía el lazo del cinturón de su bata revelando ahora su cuerpo donde se podía apreciar parcialmente su desnudez—. Es lo que realmente deseo —

reiteró dando a entender que precisamente lo que deseaba revivir era esas sensaciones que había tenido la pasada noche.

¿Eso era lo que ella deseaba?, ¿Qué fuera brusco?, ¿Qué la tratara con rudeza? No entendía como podía desear aquello, pero el poco juicio que aún mantenía presente se disipó completamente cuando su esposa se deshizo de aquella bata de seda blanca y dejó a relucir una silueta absolutamente arrebatadora. Quiso adentrarse en ese cuerpo de una forma tan arrolladora que no estaba seguro de poder dar dos pasos sin que sus pantalones definitivamente estallaran. ¿De donde diantres había sacado esa prenda?

Debía estar prohibida, es más, probablemente lo estaba porque jamás habría imaginado que una mujer se pudiera vestir de semejante forma.

En tan solo una zancada el duque se había posicionado frente a Susan y de un

movimiento la alzó para cogerla entre sus brazos y después soltarla sobre la cama sin delicadeza alguna, pero la sola impresión de aquel gesto hizo que Susan se mordiera el labio ante la imagen que observaba. Aquellos ojos verdes se había oscurecido de tal forma que podía apreciar el deseo revelador que inspiraban. Notó el peso sobre el mullido colchón acentuarse cerca de ella y antes de darse cuenta tenía su cuerpo sobre el suyo, de forma que se acercaba peligrosamente hacia su rostro.

—Tú lo has querido, esposa —susurró cerca de su oído justo antes de notar como sus manos se ceñían a sus muslos y sintió los dedos apretando su carne de un modo primitivo, como si el deseo fuera palpable.

Susan hundió las uñas en la carne del pecho del duque por respuesta y éste torció la cabeza hasta dirigirse hacia uno de sus pechos, donde lo apresó con la boca por encima de la tela y el gemido por parte de ella se escapó de su garganta.

—¡Oh, Dios! —exclamó mientras arqueaba su cuerpo ofreciéndose a él, siguiendo el más puro instinto que le indicaba su deseo.

Las manos del duque fueron subiendo lentamente la prenda que llevaba puesta mientras que con su boca realizaba maravillas recorriendo su pecho y ascendiendo ligeramente hacia su cuello donde el roce con aquella incipiente barba lejos de molestarle, le agradaba.

—Moriré de agonía si no te hago mía ahora mismo —jadeó la voz ronca de Aaron en una especie de súplica interior antes de deshacerse de las prendas que le quedaban y volver de nuevo la vista hacia aquella mujer que acababa de volverle completamente loco.

Lejos de apartarse, Susan se acercó aún más a él, probablemente lo necesitaba casi tanto como su esposo. Era inconcebible, inaudito, probablemente si se lo

hubieran mencionado dos días atrás habría decretado que esa persona no estaba cuerda, pero lo que durante tantos días, semanas e incluso meses le había martirizado, en aquellos momentos no encontraba el momento de que culminara. Estaba al borde del abismo, casi rozaba la desesperación porque la hiciera suya y cuando sintió como se adentraba en su interior, no pudo resistirlo, se irguió de tal manera que hizo que ambos encajaran a la perfección.

El duque atrapó las manos de Susan, como si quisiera de alguna forma evitar que ésta le empujara, como si en el fondo aún tuviera miedo de

que quisiera apartarle de ella, pero cuando Aaron sintió como entrelazaba sus dedos, cuando notó que alzaba sus piernas y las enroscaba a su alrededor, se rindió a lo que ya había estado notando todo ese tiempo… ella le deseaba casi tanto como él a ella. Fue consciente del sonido que emitía la garganta de su esposa con cada una de sus embestidas; aquello no era rechazo, sino placer.

Susan sentía de nuevo esa sensación crecer en su interior, notaba como cada movimiento la transportaba hacia un lugar desconocido al que estaba deseosa de llegar, tenía la imperiosa necesidad de alcanzar ese clímax, esa cima y culminar esa extraña sensación. Como si algo la hubiera prevenido, abrió los ojos y vio como el duque la observaba fijamente, no había palabras, quizá no hacían falta, pero en aquel momento él acortó la distancia que les separaban y volvió a sentir de nuevo sus labios en un beso tan arrebatador, tan sumamente arrollador que aquella sensación creciente que estaba sintiendo estalló por completo y la embriagó hasta el punto de dejarla anonadada.

«Aquello debía ser más que atracción, definitivamente ese hombre le inspiraba mucho más que simplemente deseo» pensó Susan en cuanto volvió a ser consciente de sí misma.

El sonido de la respiración agitada era plausible entre ambos y Susan fue

consciente del notorio peso que el cuerpo de su esposo mostraba sobre el suyo propio. La sensación de tenerle de aquella forma; tan íntima y cercana al mismo tiempo, lejos de abrumarla podía incluso llegar a colmarla por ilógico que pareciera. Tenía tantas preguntas sin respuesta, aquellas sensaciones inauditas que de pronto la embriagaban necesitaban saciar su imperiosa curiosidad. No podía ver el rostro del duque, pero el roce de su aliento aún agitado rozaba su cuello de una forma delicada provocando un leve cosquilleo. Paseó sus dedos de forma delicada por la espalda desnuda de su esposo hasta llegar a su nuca, donde comenzaron a perderse entre su cabello lo suficientemente sedoso para no desear apartarlos.

—¿Os encontráis bien?, ¿Os habéis lastimado? —preguntó Susan tras el prolongado silencio.

—Debería ser yo quien os hiciera esa pregunta —contestó inmediatamente apartándose de ella y observándola detenidamente.

Por un momento Aaron se detuvo a contemplar esa imagen de su esposa que lucía aún más hermosa que antes. Sus mejillas eran

sonrosadas y aquella rojez le abrumaba casi tanto como esa nítida piel de su cuerpo que se perdía bajo el encaje de aquel camisón que casi no dejaba nada a la imaginación, incluso podía apreciar a través de la fina y suave tela sus pezones rosados…

¡Dioses!, ¡Esa mujer lo había embrujado!

—¿Por qué? Me encuentro perfectamente tal y como podéis apreciar, esposo.

—mencionó Susan.

Era la primera vez que se refería a él de ese modo en su presencia, aún no le había llamado por su nombre de pila ya que no le había mencionado que pudiera hacerlo y tampoco había sentido la necesidad de dirigirse a él de forma tan cercana hasta ahora. Llamarle *esposo* era un modo de dirigirse

hacia él que implicara cierta intimidad entre ambos.

—Me complace saberlo —contestó apartándose y sentándose sobre el lecho de espaldas a ella—. Que pase una buena noche, *lady* Susan. La veré mañana en el desayuno —añadió antes de levantarse y dirigirse directamente hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones sin molestarse siquiera en recoger las prendas que había dejado al desnudarse en la habitación de su esposa.

¿Ya está?, ¿Eso era todo? Pensó Susan tras tapar su cuerpo con la sábana de la cama donde aún permanecía impasible ante lo que acababa de ocurrir. Él también lo había debido sentir, era imposible que no hubiera percibido esa…

esa… ¡Ni siquiera sabía que nombre ponerle! Aunque tal vez solo había sido ella, quizá todo ese clamor y sensaciones nuevas que había percibido habían sido únicamente para ella.

—No… —susurró en voz baja mientras se dejaba caer de nuevo sobre la almohada.

Algo en él también había cambiado. Esa actitud salvaje, ese modo de tocarla, de besarla, de acariciarla, aunque no fuera en la forma más delicada indicaba que él también debía sentir algo por ella. Aunque solo fuera meramente deseo. No podía conciliar el sueño, ¿Cómo hacerlo después de lo que acababa de experimentar? Sencillamente se levantó de la cama y con la vela que aún prendía de su mesita de noche se dirigió hacia su escritorio donde tenía tinta y papel para

escribir su correspondencia. Enviaría una carta a primera hora a su amiga Emily, quizá ella tuviera las respuestas a sus preguntas, probablemente cualquiera de sus amigas las tendría, pero por alguna razón *lady* Emily le daba más seguridad y firmeza en sus palabras. Además, tenía una petición especial que hacerle puesto que al duque no parecía haberle disgustado su atuendo esa noche, quizá no vendría nada mal encargar a su amiga un nuevo guardarropa de prendas para dormir tan estimulantes como la

que llevaba en aquel instante.

Tras varios intentos fallidos mientras trataba de describir lo que sentía a su amiga, finalmente desechó el contenido, ¿Cómo iba a enviar una carta contando detalles tan íntimos? No. Definitivamente no podía hacerlo. ¿Qué ocurriría si en lugar de abrirla ella lo hiciera otra persona aunque estuviera sellada?, ¿O si lo hacía en presencia de su esposo? No podía arriesgarse, así que finalmente optó por decirle que le preparase un guardarropa similar a la prenda que le había dado esa tarde y que esperaba poder verla pronto para concretar algunos detalles.

—¡Madre!, ¡Madre! —exclamó la más pequeña de las hijas del duque en cuanto Susan entró en el comedor aquella mañana y antes de poder divisar su cabellera rubia sentada a la mesa observó como la pequeña corría hacia ella.

Tanto su hermana mayor, como la señora Edna y el duque de Buccleuch permanecían a la mesa, aunque no ajenos a las palabras que pronunciaba la pequeña.

—¿Qué ocurre Diane? —contestó llamando a la pequeña por su nombre con tanta familiaridad que incluso lo hacía de forma innata sin percatarse de ello.

—Padre dice que iremos este fin de semana a la casa de campo, ¿Puedo llevarme mi cuaderno de dibujo? —exclamó la pequeña esperanzada.

—Por supuesto que si —respondió Susan sonriente mientras alzó la vista y se encontró con la inescrutable mirada del duque que la observaba detenidamente.

Aquella información parecía afirmar que le había demostrado no tenerle miedo. No sabía si sentirse satisfecha con haber logrado su propósito puesto que ello conllevaba alejarse de él durante unos días. Por muy extraño que le pareciera, no deseaba hacerlo, precisamente

ahora no quería alejarse de él,

aunque quizá al hacerlo pudiera aclarar sus ideas, pero siendo sincera consigo misma, no veía la hora de volver a estar de nuevo a solas junto a él.

—¿Es eso cierto, excelencia?, ¿Visitaremos la casa de campo este fin de semana? —preguntó Susan mirando directamente hacia su esposo que aún no había apartado la mirada.

—Si —afirmó con rotundidad mientras cogía la taza que tenía delante y daba un largo sorbo—. Saldremos este viernes por la tarde, así que prepare el equipaje para varios días.

—¿Saldremos? —preguntó completamente absorta.

—Yo mismo las acompañaré —dictaminó levantándose y caminando hacia la puerta de entrada—. Me marcho. Tengo asuntos pendientes que acabar antes del viaje. Que tengan un buen día.

Susan se quedó muda, sin poder articular una sola palabra ante lo que acababa de conocer. Iría. Él iría a ese viaje a pesar de haber mencionado de antemano que no podía hacerlo por su trabajo, ¿Por qué había cambiado de opinión?, ¿Qué había podido influir en él para decidir acompañarlas si estaba tan ocupado? En ese momento fue consciente de que había mencionado que las acompañaría, tal vez eso no implicaba quedarse teniendo en cuenta que la casa de campo estaba a un día de viaje. Si. Definitivamente él solo las acompañaría y después regresaría de nuevo a la ciudad, a ese trabajo que tanto le absorbía cada día según había podido comprobar desde que se habían casado.

13

Aaron se marchó inmediatamente hacia el despacho de una de sus empresas más relevantes y donde solía pasar la mayoría de su tiempo puesto que allí solían encontrarle sus socios o clientes con mayor facilidad al tratarse de una tabacalera, donde la mayoría de las veces sabían que obtendrían dicha mercancía de forma gratuita. A pesar de no ser fumador, debía reconocer que era un vicio que dejaba numerosos beneficios teniendo en cuenta el poco margen de dedicación en comparación con otros negocios. Incluso se había planteado la posibilidad de expandirlo si no fuera por el tiempo que le tendría que dedicar a frecuentar otra ciudad y no deseaba alejarse de Londres.

¿Cuánto tiempo hacía que no viajaba por placer? Probablemente demasiado, casi tanto como el de su última luna de miel y esa fue la de su segunda esposa, porque a la tercera la había privado de dicho beneficio.

Su esposa. Esa que estaba desquiciándole, volviéndole loco o sencillamente embrujándole. Esa mujer de cabellos rojos que lo enloquecía, enfebrecía y definitivamente le hacía perder el juicio como lo había hecho definitivamente anoche.

¿Cómo era posible? Susan era la primera y única mujer a la que había visto comportarse de semejante modo descarado en el lecho y en lugar de estar enfurecido o indignado, solo podía contar las horas hasta que tuviera la excusa perfecta de volver a meterse de nuevo en su cama con un pretexto claro.

Se había planteado la posibilidad de dejarla marchar sola con sus hijas tal como tenía intención en un principio, pero la sola idea de apartarla de su lado, de no tenerla, no poseerla durante días, le había llevado a tomar la determinación de acompañarlas y permanecer durante los días que estuvieran en el campo junto a ella.

Jamás había tomado una decisión en su vida que fuera influenciada por una mujer y de hecho le estaba costando asimilar que así lo fuera

a pesar de que la mujer en cuestión no tuviera ni la menor idea, pero solo con pensar en esa carne suave y blanquecina que envolvía ese cuerpo que había tenido el placer de contemplar bajo esa prenda que no dejaba nada a la imaginación; enardecía.

—Necesito una copa —susurró mientras se dirigía hacia la licorera que siempre tenía bien abastecida y pensó que jamás había sentido la necesidad de tomar una copa a horas tan tempranas.

Susan era diferente, eso estaba claro y lo sabía incluso antes de casarse con ella, precisamente por eso la había elegido, porque no era la típica joven remilgada y de carácter dócil a la que habitualmente estaba acostumbrado.

No. La había elegido por su tenacidad y fiereza que desprendía en sus ojos, desde luego jamás pensó en el fuego que podría arder en ella y de hecho, no lo había sospechado en los tres meses que habían pasado desde que contrajo matrimonio y se había limitado a tomarla tratando de no tocarla, pensando que detestaría que lo hiciera y repentinamente de un día para otro; deseaba

que lo hiciera.

Se había pasado toda la noche pensando cómo era posible que a su esposa le gustara que la tratara de aquella forma, admitiendo para sí mismo que parecía gozar de su contacto y recriminándose a sí mismo no ser lo suficientemente fuerte para que aquello no le importase, porque realmente le importaba.

No deseaba encariñarse de ella, no deseaba necesitarla y menos aún tenerle estima alguna, pero por alguna razón le era imposible apartarse por más que tratase de engañarse de que solo acudía a su lecho para tener su aclamado heredero. No había pensado ni por un solo instante en su futuro vástago cuando la había tomado tan fervientemente la noche anterior, ni tampoco pensó en ello cuando determinó que finalmente acompañaría a su esposa e hijas a esa casa de campo, ni tampoco cuando aseguró que saldrían después del almuerzo para que de esa forma tuvieran que hacer noche en el camino y poder tenerla junto a él con ese pretexto. No. Definitivamente no deseaba a su esposa solo por el futuro hijo que ésta pudiera darle, sino que la deseaba por lo que le ofrecía y lo que llegaba a proporcionarle.

Nada estaba saliendo según lo había planeado, incluso su propia hija le había llamado *madre*, esa mañana y había sido incapaz de

prohibírselo porque muy a su pesar, Susan era la madre de sus hijas. La idea de que volviera a suceder lo mismo no se apartaba de sus pensamientos, era como un pequeño ronroneo que no dejaba de estar presente, una vocecilla que le susurraba cada vez que se permitía el lujo de fantasear junto a ella.

Tragó el contenido del vaso vaciándolo de un solo gesto y sacudió la cabeza como si de esta forma todos sus pensamientos se esfumasen.

—Un heredero. Solo necesito de ella un hijo —susurró antes de dejar el vaso sobre el mueble y sentarse en su asiento.

No necesitaba ni deseaba nada más de su esposa que aquello, al menos eso era lo que deseaba sentir, solo que por alguna razón que escapaba a su juicio sus sentimientos estaban comenzando a fugarse de su implacable determinación.

Partirían en dos días y lo cierto es que el viaje mantenía nerviosa a Susan.

Aunque tenía la mayor parte de su equipaje listo teniendo en cuenta que solo pasarían lejos de la ciudad apenas tres o cuatro días, metió varios vestidos de sobra por si el tiempo cambiaba o por si las excursiones al campo hacían que el barro ensuciara demasiado el bajo de sus faldas. El frescor del otoño ya era bastante notable y lo cierto es que era la temporada perfecta para pasar varios días al aire libre antes de que llegase el frio invierno y los caminos se hicieran intransitables. Le apetecía enormemente alejarse de Londres, del bullicio que siempre transitaba por las calles y contemplar la naturaleza en todo su esplendor más allá de Hyde Park, puesto que parecía convertirse en el núcleo central de la sociedad donde pasar la tarde dando un paseo. No.

Definitivamente tenía muchísimas ganas de respirar otra clase de aire, más aún teniendo en cuenta que desde que tenía uso de razón apenas había viajado, su familia no poseía casa de campo como en cambio si lo hacían sus amigas ya que su padre siempre debía permanecer en la ciudad por temas de trabajo. Los únicos viajes que había realizado eran visitas familiares a sus tías que vivían en pequeños pueblos no muy lejos de Londres, pero infinitamente mucho más tranquilos que la gran ciudad. No se sentía oprimida, pero lo cierto es que estaba llena de ilusión por tener aquella pequeña aventura aunque solo fuera por pocos días. No aspiraba a grandes viajes, ni a descubrir lejanos mundos o continentes. Envidiaba a su amiga Catherine por haber podido viajar tan lejos o a Emily que de vez en cuando se iba con su

esposo a descubrir nuevos géneros textiles en otros países de oriente medio, incluso Julia se había alejado por un tiempo y viajado lejos de Londres… en cambio

ella siempre había estado allí, en permanente estado de letargo y esperando a que llegase su oportunidad cuando se enamorase perdidamente de un noble caballero que la amase.

Al final no había sido como ideó su plan ni de lejos. No hubo amor, tampoco viajes y menos aún fantasear con alguna de las dos posibilidades, pero saber que el duque le había concedido una gracia y que además él personalmente custodiaría que llegasen a su destino en perfectas condiciones le entusiasmaba casi tanto como si realmente fuera a descubrir las Américas.

—Gladys, ¿Podrías quedarte un par de horas con las pequeñas mientras salgo a hacer algunos recados? —preguntó Susan a su doncella.

Prefería cien mil veces antes que otra doncella le acompañase a sus quehaceres antes de dejar a las niñas con alguien que no fuera de su completa confianza como lo era Gladys que la conocía desde que era casi una niña.

—Por supuesto mi *lady*, pero no puede salir sola de casa puesto que ahora es una dama de alta reputación y no está su madre para…

—Tranquila Gladys, le pediré a alguna de las doncellas que me acompañe. Iré a visitar a *lady* Catherine y la casa de modas Lynetś. Volveré antes del almuerzo. —Al menos eso esperaba si no se le hacía demasiado tarde la visita en casa de los duques de Lennox.

Decidió ir primero a la tienda de su amiga Emily antes de pasar a visitar a Catherine puesto que era más probable encontrarla a esa hora por la trastienda ultimando detalles que luego más tarde. En efecto, cuando Susan entró en el despacho de la trastienda, *lady* Emily estaba a punto de marcharse a juzgar por la pila de carpetas que tenía acumuladas bajo su brazo.

—¡Que sorpresa, Susan! No sabía que vendrías, ¿Puedo ayudarte en algo?

Justo estaba por marcharme ya que aprovecharemos este fin de semana para

salir de la ciudad con las niñas, Henry dice que me vendrá bien

respirar aire puro en mi estado.

—Me alegra saberlo, de hecho, le doy la razón a tu esposo, puesto que yo tuve la misma idea.

—¿También os vais de la ciudad? —preguntó Emily extrañada—. Jamás creí que el duque de Buccleuch se alejara por unos días de Londres —confirmó aún no convencida.

—Lo cierto es que no sé si mi esposo solo nos acompañará o decidirá quedarse, casi me inclino por la primera opción, pero tenía que venir a visitarte por si decidiera permanecer junto a nosotros en la casa de campo.

—No entiendo. ¿Qué razones tendrías para visitarme ante ese hecho?

—Verás… anoche utilicé ese camisón que me diste justo ayer y…

—Y quieres más —dijo Emily terminando la frase.

—Si —admitió Susan enrojecida porque con la sorpresa de que finalmente irían de viaje se le olvidó enviar la carta que había preparado y decidió en cambio presenciarse allí mismo.

—No hay problema, solo que no nos quedan más prendas disponibles ahora mismo de ese estilo en la trastienda, tendría que fabricarlas expresamente a medida para ti.

—Suponía que algo así me dirías, pero no quise perder la oportunidad de pasarme para comprobarlo. —Se tendría que conformar con esa única prenda hasta su regreso.

—¿Por qué no pasas por la mansión de los Lennox? Te aseguro que Catherine tiene un guardarropa de lo más extenso en ese tipo de prendas.

—¿Catherine? —exclamó Susan pensando en su amiga y en que precisamente se pasaría por allí justo después.

—Si. No creo que le importe prestarte alguna de sus prendas, no es que vaya a usarlas todas en los próximos días… seguro que estará encantada de hacerlo.

—No se si me atrevería a pedirle algo así. Es demasiado íntimo hasta para mi.

—Solo es ropa de dormir Susan. Que no sea convencional es otra cosa,

pero no deja de ser un camisón de dormir.

¿Camisón de dormir? Más bien serviría para hacer todo lo contrario.

—Visto de esa forma supongo que tienes razón. Anda, déjame que te ayude que en tu estado no deberías cargar con tanto peso —terció Susan quitándole las carpetas que Emily había acumulado bajo el brazo.

—Es que estoy completamente segura de que Henry me hará permanecer durante varias semanas en esa dichosa casa de campo y quiero asegurarme de llevar todo lo indispensable para no retrasar el trabajo.

—Probablemente estés gestando al futuro duque de Sylverston en tu vientre y tú solo piensas en trabajo, ¿Porqué no mejor piensas en descansar para variar? —exclamó Susan observando a su amiga.

—Descansar… ¡Te aseguro que ya descansaré de trabajo cuando nazca! —

dijo en un pequeño gritito antes de sentarse—. Sé que este embarazo es muy importante tanto para Henry como para mi. Si al fin tengo un heredero, probablemente no vuelva a tener más hijos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Susan acercándose hasta su amiga y apoyando la mano en su brazo.

—Después de dos partos nada fáciles por distintas situaciones y con un marido un tanto escéptico cada vez que me quedo embarazada, creo que no sería sano para mi salud mental tener más hijos. Sé que Henry es plenamente feliz con nuestras hijas y la verdad es que si estoy embarazada de nuevo solo es por mi obstinación a que el linaje de los Sylverston no muera con mi esposo, pero en el momento que le de un hijo, no volveré a quedarme embarazada.

—¿Y eso como vas a controlarlo? —preguntó Susan completamente inocente al respecto.

—Hay bastantes formas; desde hierbas hasta enjuagues… ¿O como crees que las cortesanas logran no permanecer en cinta todo el tiempo? —contestó sonriente. Aunque Henry no parezca preocupado sé que lo está y si me pongo en su situación le entiendo, yo en su lugar también lo estaría puesto que mi madre murió dándome a luz, pero bueno… no deseo agobiarte con mis propios dilemas.

—No lo haces, sabes que puedes hablar conmigo cada vez que quieras. Lo cierto es que lo entiendo, precisamente mi marido perdió a sus dos esposas en el parto.

—¡Es verdad! Pero no debes temer nada al respecto, seguro que cuando tengas a tu hijo en brazos, al duque se le irán todos sus miedos.

—¿Crees que tenga miedo? Yo creo que no. Un heredero es lo que más desea en este mundo, por encima de que yo pueda morir o no en el parto.

—Pues yo creo que si lo tiene. Es más, probablemente esté aterrado, solo que es consciente de su deber respecto al ducado y no puede mostrarlo. Te aseguro que ningún hombre desea algo así para su esposa, menos aún cuando ya le ha sucedido dos veces anteriormente, es casi seguro que sienta algo de

culpa respecto a lo sucedido.

—Hay tantas cosas en Aaron que me gustaría saber y no sé como lograr averiguarlas… —sugirió Susan meditando sobre aquello.

—Así que ya le llamas por su nombre, imagino que entre vosotros ha debido existir un gran avance —terció Emily con una pequeña sonrisa cómplice que provocó que Susan también sonriera del mismo modo.

—Estos dos últimos días han sucedido cosas que no logro explicar. He sentido nuevas sensaciones que ni imaginaba que podría lograr alcanzar, pero sobre todo he percibido una parte de él que hasta ahora desconocía y que por más irracional que sea… me fascina.

—Creo que ese es un gran logro teniendo en cuenta como estabas hace tan solo unos días.

—Pensé que era frío, distante y autoritario… pero en la intimidad ha tenido un comportamiento tan diferente las dos últimas noches que deseo creer que no es así verdaderamente, sino que detrás de esa fachada se esconde otro hombre. ¿Crees que estoy loca?, ¿Qué solo son imaginaciones?

—Querida. Casi todos los hombres de esta sociedad son así, solo hay que saber cómo interactuar con ellos. Seguramente ninguna de las difuntas esposas del duque lograra calentar ese corazón helado que aún posee, pero algo me dice que tu podrías hacerlo si te lo propones.

—Si te refieres a conseguir que mi esposo me ame creo que es más probable que nieve en agosto. No. Realmente no aspiro a que me ame, pero tal vez sí que desearía ganarme su cariño e incluso su devoción si fuera posible.

—Mi querida Susan… aún te queda demasiado por aprender en cuanto a hombres se refiere.

En la mansión de los duques de Lennox parecía que el caos había sucumbido cuando uno de los gemelos lloraba de forma desconsolada porque el otro le había quitado algún juguete.

—Hazme caso Susan, ni se te ocurra tenerlos de dos en dos. Reza a Dios para que no te ocurra algo así porque te aseguro que es agotador —gimió Catherine desesperada.

—Empiezo a conformarme con que solo fuese uno. ¿Es normal que tras varios meses después de haberme casado aún no esté embarazada?

—La naturaleza de cada mujer es muy diferente… lo cierto es que yo tardé casi ocho meses en quedar embarazada, pero cuando lo hice decidieron venir dos al mismo tiempo como si quisiera el destino que recuperase todo ese tiempo perdido —contestó riéndose.

Esa información tranquilizó a Susan, al menos no tenía porque preocuparse de que algo malo ocurriera con ella por no quedar embarazada, tal vez solo tendría que relajarse para que finalmente concibiera ese heredero que tanto ansiaba su marido a pesar de que al hacerlo, probablemente él se alejase porque habría cumplido su función.

No entendía porque tenía ese temor a que la despreciara si ya concebía de antemano que únicamente se había casado con ella por dicho propósito,

¿Porqué le molestaba? Tal vez la respuesta es que ella no quería ser únicamente su yegua de cría o el medio necesario para obtener su fin, sino que quería significar algo más para su esposo por más que a este le pesara.

No. Susan Brandon no había nacido para conformarse con las migajas que otros le dieran, sino que trazaría su propio destino.

—Siento pedirte esto Catherine y lo cierto es que me da un poco de vergüenza hacerlo, pero creo que lo necesito.

—Me estás asustando. ¿Me vas a pedir que te ayude a fugarte o algo así?

Según tenía entendido no era tu primera opción y eso me recuerda a que debo iniciarte en un peculiar aprendizaje…

—No. Nada más lejos de querer fugarme —susurró Susan en voz baja —. En realidad, solo he tenido tiempo de contárselo a Emily, pero lo cierto es que las cosas entre el duque y yo… quiero decir entre mi esposo son un poco distintas.

—¿A qué te refieres con distintas?, ¿Habéis llegado a algún tipo de acuerdo matrimonial?, ¿Es eso?

—Podría decirse que hemos logrado entendernos un poco mejor en… el lecho.

—Quizá llego tarde para esas clases —rio Catherine—, pero me alegro enormemente por ti.

—Me encantaría que me enseñaras todo lo que aprendiste en ese prostíbulo, porque… bueno, creo que en cierta forma siento que por ahora es la única forma que logro de acercarme a él de algún modo.

—Has logrado captar su atención y prender la llama, imagino que ahora lo que pretendes es mantener vivo el fuego, ¿Me equivoco?

—En absoluto, es exactamente eso y estoy completamente perdida en cuanto a mantener ese fuego se refiere —aseguró Susan.

—Ven conmigo, te enseñaré unos cuantos trucos antes de que te marches solo que más vale hacerlo en privado si no queremos escandalizar al servicio en caso de que nos interrumpieran.

Tras un par de horas donde Susan pasaba de la más absoluta nitidez a la rojez que casi podía hacer competencia a su cabello en el rostro, había aprendido

dos cosas; que una mujer podía montar a un hombre y que efectivamente Emily se había quedado corta cuando se refirió a que su amiga tenía un guardarropa de prendas de dormir, más bien tenía todo un armario repleto de ese tipo de prendas de lo más variopintas. No quería ni imaginarse como debía ser la intimidad de los duques de Lennox, pero después de ver aquello, no le extrañaba que los hijos vinieran de dos en dos.

14

—Ya está todo cargado mi *lord*. —Anunció Sebastian, el ayuda de cámara de duque de Buccleuch.

—Gracias Sebastián, enseguida iré —contestó Aaron terminando de cerrar el cuaderno y guardándolo en su maletín. Probablemente volvería a repasar las cuentas en cuanto llegaran a la casa de campo y se instalaran, aún no estaba seguro de si permanecería más de dos días alejado de la ciudad, pero al menos lo intentaría.

Cuando salió de su despacho observó a sus hijas algo impacientes con sus abrigos de otoño ya puestos y dando pequeños saltitos como si la emoción de salir de la ciudad para dirigirse a una de sus propiedades fuese toda una aventura. En ese momento cayó en la cuenta de que ninguna de ellas había salido jamás de la ciudad, siempre habían permanecido en casa, resguardadas tras toscos muros a pesar de que se habían mudado recientemente, pero solo para abandonar la mansión familiar que tantos malos recuerdos le procuraba.

—Sebastián ya me ha confirmado que está todo cargado, así que si que pueden ir subiendo al carruaje, yo las seguiré a caballo durante el camino.

—¿La señora Edna no nos acompaña? —preguntó Susan algo incrédula.

—No. Se ocupará de la gestión de la casa mientras estamos fuera de la ciudad.

No vendría. Susan no sabía como encajar la noticia porque aquello significaba una cosa; ella quedaba fuera de la familia, porque al fin y al cabo aquello era una escapada familiar. ¿Se lo habría tomado bien? Lo dudaba, por alguna razón se atrevía a imaginar que el odio de esa mujer contra ella se hacía cada vez más plausible conforme pasaban los días.

Mientras el carruaje iniciaba su marcha y su doncella Gladys iba junto a la mayor de las pequeñas; Madeleine y a su lado aferrada a ella se

encontraba la pequeña Diane, no pudo evitar inclinar la cabeza por la ventanilla para observar el porte con el que el duque de Buccleuch cabalgaba completamente erguido y con la mirada al frente. Sin duda su figura era elegante y porqué no decirlo; sumamente atractivo ahora que lo observaba. Nunca había dudado de la belleza que irradiaba su esposo, sobre todo en lo que transmitía su mirada con esos profundos ojos verdes, pero sí que no había sentido lo que se suponía que se debería sentir cuando amas a alguien a pesar de no tener ni idea de qué se suponía que reflejaba ese sentimiento en uno mismo. Lo que sí era cierto es que no quería alejarse de él, al contrario, cada vez que le observaba le apetecía permanecer más tiempo a su lado para descubrir esas partes que él con tanto empeño trataba de ocultar o que inconscientemente por su forma de ser no las revelaba.

Había tratado de intentar leer algo para apaciguar la ociosidad que ofrecía un viaje medianamente largo, solo que su mente era incapaz de concentrarse.

Las pequeñas habían terminado dormidas cuando su doncella les canto varias canciones y ahora su único entretenimiento era observar el paisaje y como no… el jinete que caminaba unas pulgadas por delante del carruaje.

—¿Cuánto crees que faltará para que lleguemos? Está anocheciendo y no sé si será peligroso estar por estos caminos cuando oscurezca —preguntó a su doncella tratando de calmar sus inquietudes con alguien de confianza.

—No lo sé mi *lady*. Es la primera vez que voy tan lejos hacia el este, pero si el duque nos acompaña no tiene nada que temer —contestó sonriente.

Solo unos instantes después de que le hiciera esa pregunta a su doncella sintió los cascos del caballo cercanos al carruaje y cuando miró por la ventanilla del carruaje observó que su esposo estaba al lado.

—¿Están todas bien? —preguntó Aaron acercándose hacia el carruaje y dirigiendo la vista hacia su esposa.

—Si. Hace tiempo que las pequeñas se durmieron, ¿Es seguro viajar de noche por estos caminos? Pensé que habríamos llegado antes de que se pusiera el sol.

—Hace tiempo que no realizo este recorrido, pero para no correr riesgos haremos un alto en el camino y pasaremos la noche en una

posada que está a mitad del recorrido.

¿Estaban a mitad de camino? De algún modo pensó que estaría más cerca, pero tal vez solo fuese porque no estaba acostumbrada a viajar. Tras llegar a la posada y subir sus cosas a las habitaciones, cenaron apaciblemente y Gladys se llevó a las pequeñas a la habitación ya que estaban algo cansadas.

—Quizá debería subir para comprobar que están bien —dijo Susan apagando el silencio que se había creado entre ellos.

—Se preocupa demasiado por ellas a pesar de que no es su madre y del poco tiempo que llevamos casados, ¿Por qué lo hace? Ninguna dama en su situación lo haría, de hecho, mi segunda esposa no lo hizo —preguntó el

duque intrigado.

Su voz denotaba curiosidad, como si quisiera averiguar el trasfondo de aquel comportamiento.

—Porque soy lo más parecido a una madre que jamás tendrán y si algún día yo tuviera un hijo y desafortunadamente no pudiera estar a su lado para cuidarlo, me gustaría que alguien le inculcase el amor y valores que una madre debería darle a sus hijos. ¿Contesta eso a su pregunta? —contestó Susan con firmeza.

—Lo siento. No dudaba de sus buenas intenciones, solo estaba extrañado por su comportamiento, eso es todo. Si le sirve algo, me siento complacido por su interés hacia ellas.

¿Estaba complacido? Pues hasta el momento no parecía haberlo demostrado lo suficiente, aunque bien era cierto que al poner a las pequeñas a su cuidado algo sí que había demostrado de esa complacencia.

—¿Regresará a la ciudad en cuanto nos deje en la casa de campo? —preguntó Susan tratando de cambiar de tema.

—¿Tanto desea perderme de vista, querida esposa? —ironizó el duque.

—Yo… por supuesto que no. Solo lo preguntaba porque sería una lástima que no decidiera acompañarnos —admitió siendo sincera.

—Debo suponer entonces por el contrario que desea que permanezca a su lado.

—En realidad desearía que permaneciese a nuestro lado y que sus hijas disfrutaran unos días junto a su padre, puesto que con su trabajo me temo que es algo que no suele permitirse hacer. —La respuesta mordaz de Susan hizo que el duque de Buccleuch cambiara su semblante.

—Soy un hombre ocupado —contestó tajante con el ceño fruncido.

—Me consta que así es, pero imagino que sus negocios y fábricas seguirán de pie cuando regrese tras unos pocos días, ¿verdad?

Aaron miró fijamente a esa jovencita de ojos azules con mirada noble. pero al mismo tiempo perspicaz y se recriminó a sí mismo por aquello que iba a hacer.

—¿Qué es lo que usted desea *lady* Susan?

Susan observó esos ojos verdes algo oscurecidos y sabía muy bien cual era su respuesta, solo que una cosa era pensarlo en lo más profundo de su ser y otra bien distinta revelarlo en voz alta.

—¿Acaso importa lo que yo desee excelencia?, ¿O es que mi respuesta cambiaría su parecer en este asunto? —preguntó con perspicacia.

—Tiene razón. Nada me haría cambiar de parecer —decretó seriamente—.

Me tomaré una copa de coñac mientras se acomoda en la habitación, subiré dentro de un rato.

—¿A mi habitación? Pensé que dormiría junto a las niñas… pidió solamente dos habitaciones cuando llegamos.

—Pues erró en sus conclusiones. Una habitación es para su doncella y mis hijas mientras que la otra será para nosotros.

Susan no contestó, sino que se limitó a asentir con la cabeza mientras emprendía camino hacia las habitaciones con la firme idea de que aquella noche sería la primera vez que dormiría junto a su esposo.

En cuanto subió las escaleras comprobó que en la habitación de las hijas del duque todo estaba conforme lo establecido, de hecho su doncella corroboró

que no tenía nada de lo que preocuparse puesto que pasaría la noche junto a las pequeñas. Seguidamente entró en aquel cuarto de

huéspedes similar al anterior que había entrado, lo suficientemente tosco y rural para saber en primera instancia que no se trataba de una posada lujosa. El mobiliario era reducido constando únicamente de una cama amplia, dos butacas y una mesilla con una palangana de agua limpia para refrescarse. La inexistencia de una mesa auxiliar no pasó desapercibida para Susan que paseó la mirada hasta encontrar su bolsa de viaje junto a una de las butacas donde había metido lo indispensable para la primera noche antes de deshacer el pequeño baúl que había llevado consigo. En la bolsa había metido pequeños artilugios de lujo como el peine con el que se cepillaba cada noche, su perfume con esencia de azahar y naranjo, además del set de polvos que casi nunca utilizaba y uno de los camisones que le había prestado Catherine aquella mañana.

En aquel momento no le pareció conveniente usarlo en un lugar tan rural, menos aún sabiendo que su esposo pasaría allí la noche en el mismo lecho junto a ella, aunque aún le extrañaba que decidiera pasar toda la noche a su lado. No había más opción, su baúl aún estaba en el carruaje y no pensaba enviar a ningún lacayo o sirviente de la posada a que se lo subiera a esas horas de la noche. Se deshizo de su vestido de viaje y lo colocó con delicadeza sobre una de las butacas puesto que sería su vestimenta al día siguiente y completamente desnuda sacó de la bolsa aquella finísima prenda de color azul oscuro tan intenso como la noche. La prenda dejaba sus brazos y hombros casi al descubierto, aunque al contrario de la prenda que había usado la noche anterior, ésta no tenía ni una sola transparencia, solo que la generosidad de su escote era incluso más reveladora que las propias transparencias de su camisón blanco de encaje. Aquel pronunciado escote llegaba más abajo del pecho, tapando parcialmente este de forma indiscreta y

por detrás dicho escote era aún más generoso puesto que llegaba hasta su cintura. Sin duda podía sentir el frescor de estar casi desnuda, salvo por las piernas, puesto que aquel camisón llegaba hasta sus pies tapando sus piernas hasta rozar el suelo. Afortunadamente tenía casi la misma estatura de Catherine y aunque ésta sin duda alguna gozaba de un cuerpo más esbelto que el suyo la prenda le quedaba más ajustada, pero esperaba causar el mismo efecto.

Se soltó el cabello dejando todas las horquillas cuidadosamente en una bolsita de tela bordada donde solía almacenarlas y roció perfume en el cabello, algo que normalmente solo hacía esporádicamente, pero que en aquel momento le pareció conveniente para quitarse la sensación de olor a polvo del camino.

Seguidamente comenzó a cepillar el cabello desde las puntas hasta la raíz del mismo y empezó a trenzarlo para que no se enredase durante la noche.

Normalmente solía hacerlo cuando el duque abandonaba sus aposentos, pero teniendo en cuenta que esa noche no lo haría, creyó conveniente hacerlo en ese momento, sobre todo para tratar de no estar ociosa mientras esperaba que aquella puerta se abriera de un momento a otro.

Cuando estaba terminando de trenzar el ultimo tramo de cabello que llegaba hasta su cintura, escuchó el ruido de la puerta abrir para después cerrarse con calma y aunque la tentación de girarse para comprobar que se trataba de su esposo era enorme, calmó su ansia y no alzó la mirada hasta que sintió el sonido de la llave bloqueando dicha puerta para que nadie entrara. La sola idea de estar encerrada en aquella habitación durante horas con su esposo la alteraba hasta el punto de no saber qué hacer o como comportarse al respecto.

Normalmente, la idea de que él permaneciera a su lado durante más tiempo, aunque solo fuera para conversar y después marcharse para dormir en su habitación —cosa que jamás había ocurrido—, había sido suplantada por la certeza de que dormiría a su lado y probablemente sentiría su calor

embriagando su cuerpo cada minuto de aquella larga noche.

Notó la intensa mirada que le profesaba aunque estuviera al otro lado de la habitación, observó detenidamente como se deshacía de la gabardina que había llevado mientras cabalgaba y la chaqueta dejándolas sobre la butaca vacía que ella no había utilizado. Se acercó sigilosamente hasta ella y Susan se percató de que recorría sin ningún pudor su cuerpo envuelto en aquella prenda. A pesar de que el silencio era embriagador deseó que dijese algo que rompiera aquella tensión, que no tuviera que ser ella quien lo hiciera puesto que la incomodidad de su mudez era demasiado apabullante.

—¿Tenéis frío? —preguntó el duque acercándose hasta la chimenea que no estaba prendida con la intención de hacerlo.

—No demasiado excelencia —contestó Susan tratando de ser cordial a pesar de la situación.

—¿Utilizáis también ese tipo de prendas para dormir durante el frío invierno?

—preguntó ahora sin mirarla, mientras hincaba la rodilla en el suelo para encender el fuego que caldease la habitación durante toda la noche.

Susan no supo que responder, ¿Qué si usaba ese tipo de prendas? Realmente jamás las había usado hasta hacía dos días por lo tanto su respuesta podría ser negativa, pero se armó de valor a pesar de la vergüenza que aquello le suponía.

—Es posible —dijo en cierto tono de despreocupación—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Es mi deber informar al personal de la casa de asegurarme que su habitación esté lo suficientemente caldeada para que no pase frío si su deseo es llevar prendas livianas.

Susan tuvo que morder su labio para evitar sonreír ante aquella respuesta. Así que el duque sí se preocupaba por ella, es más, con aquella afirmación no solo llegaba a la conclusión de que parecía estar conforme con su guardarropa de cama, sino que daba su absoluta aprobación al respecto.

¿Significaría eso que le agradaba?

—¿Preferís gastar más leña para calentar mi habitación a que decida abrigarme expresamente, excelencia? —La pregunta era determinante, pero Susan deseaba fervientemente su respuesta.

—Creo que sabéis de sobra que mi fortuna no es moderada, mi *lady*. Es un lujo que puedo permitirle a mi esposa —contestó con calma irguiéndose ahora que el fuego parecía haber prendido la leña seca previamente preparada

—. Aunque debo reconocer que no lo hago únicamente solo por complacerla, sino que mis motivos tienen un fundamento egoísta y es que debo admitir que me gusta contemplar su belleza.

El abrasador fulgor de aquellas palabras hizo que Susan se estremeciera desde los pies hasta la cabeza. Lo había admitido, el gran *lord* Aaron Buccleuch había admitido que la deseaba. Quizá no lo había expresado claramente con dichas palabras, pero asegurar que le gustaba contemplar su belleza era el modo más suave de referirse a que le gustaba lo que veían sus ojos y que la deseaba ver así cada noche.

—Me alegra que os agrade, excelencia —admitió Susan sosteniendo

esa mirada verdosa que la contemplaba ahora brillante por las llamas del fuego que prendía—, porque me visto así para vos.

Tal vez aquella confesión solo hiciera que el duque se engrandeciera aún más en su absoluto poder y control, pero Susan esperaba que de alguna forma él entendiera que deseaba que aquel matrimonio funcionara, que aquello que

fuera lo que le impedía llegar hasta él por fin se derribara y finalmente lograra traspasar esa capa hielo que cubría a su esposo impidiéndole llegar hasta su corazón.

Tal vez una mujer experimentada no hubiera revelado tales confesiones, sino que hubiese tratado de jugar a las adivinanzas o con toda probabilidad trataría el asunto con misterio manteniendo siempre la intriga hasta el final como bien le había mencionado Catherine, pero ella no era ninguna mujer experimentada, siempre había sido alguien clara y desde luego; sincera.

—¿Por qué? —Fue la simple respuesta del duque mientras sus ojos se perdían en la garganta de su esposa para perderse en aquel majestuoso escote revelando demasiada piel para su pecaminoso corazón.

Aaron sintió el ferviente deseo de acariciar esa suave piel que se perdía tras aquella fina tela que marcaba cada curva del sinuoso cuerpo de su esposa y antes de poder darle forma a sus deseos de manera que le diera la orden a su cuerpo de ejecutarlo, fue consciente de que éste se había adelantado y las yemas de sus dedos rozaban esa delicada piel en la garganta de Susan mientras que ella parecía estremecerse con su contacto.

¡Por todos los dioses!, ¿Por qué esa mujer tenía que ser sumamente ardiente?

La idea de que fuese una dama experimentada pasó fugazmente por su mente y trato de desecharla igual que había llegado. Recordaba perfectamente que era virgen cuando consumó su matrimonio la noche de bodas y siendo sincero, no había demostrado dicha maestría hasta muy recientemente lo que le llevaba a pensar que algo había cambiado en ella, pero ¿Qué?

15

La respuesta para Susan no era sencilla, pero algo en su interior le decía que tal vez era conveniente ser sincera antes de inventar cualquier pretexto absurdo que asegurara su anterior respuesta. Aunque aquello quizá no sirviera de nada, tal vez solo consiguiera que el duque se alejase más de ella por temor a su cercanía, pero tenía bastante claro que no había mantenido una relación cercana con sus anteriores esposas, es más, sospechaba que sus anteriores matrimonios habían sido meramente cordiales y aunque estimara a las anteriores duquesas, lo que veía en el rostro del duque de Buccleuch no era dolor por la perdida de alguien a quien amaba, sino resentimiento por culpabilidad de lo sucedido. No. Estaba casi completamente segura de que Aaron Buccleuch nunca había amado realmente a sus esposas, quizá porque amó a una mujer en el pasado con la que no pudo casarse o quizá porque no había encontrado el amor en sus matrimonios y aunque no aspiraba a que él la amase como siempre había soñado que un caballero lo hiciera, sí que ansiaba con toda su alma que la apreciase.

—Porque soy vuestra esposa y mi único deseo es complaceros —admitió—.

Y porque cada noche aguardo fervientemente vuestra visita en mis aposentos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Aaron torciendo el gesto y alzando una ceja contrariado. Aún era incapaz de asimilar que ella le deseara, que estuviera complacida de sus obligaciones en el lecho marital, pero a pesar de que los hechos se habían revelado ante él, sus experiencias previas de anteriores matrimonios le pesaban manifestando que aquello no podía ser real, que alguna razón oculta en todo aquello debía existir—. ¿No me teméis?

—Creo que ya os demostré que no os tenía ningún temor excelencia, aunque puedo demostrároslo las veces que sea necesario —contestó Susan aunando todo su valor para mirarle mientras le decía aquello y con toda la seguridad que mantenía en si misma y que ciertamente era

escasa, subió sus manos hasta los tirantes de aquella prenda y los deslizo por sus brazos dejando caer el vestido, quedando completamente desnuda ante la presencia de su esposo.

Era la primera vez que alguien que no fuera su doncella la veía desnuda y el pudor que comenzaba a sentir era tan grande que casi eclipsaba su propia vergüenza. Ni tan siquiera sabía como había sido capaz de haber hecho aquello, pero lo había hecho y ahora se encontraba con la incuestionable mirada de su esposo que la miraba de forma despiadada.

Cuando la prenda se deslizó suavemente por las sinuosas curvas de su esposa, Aaron pudo apreciar que aquellos senos voluptuosos eran aún más apetecibles de lo que su imaginación y previa apreciación habían tenido. Sin duda aquellos pezones sonrosados y ahora erguidos clamaban ser besados a gritos. La delicada piel de su cuerpo era igual de sedosa por su vientre… su ombligo… hasta perderse en aquella mata de pelo rojizo que había entre sus piernas. ¡Diablos! Si esa mujer de por sí ya le enloquecía antes, ahora sencillamente no podría borrar esa imagen de la mismísima venus desnuda que tenía delante.

Lady Susan era una diosa celestial que había venido a enloquecerlo. Si.

Definitivamente iba a enloquecer viendo aquello. Sin contenerse un segundo más la alzó en volandas apretándola contra su cuerpo mientras la dejaba caer en la pared más cercana de aquella habitación. No le importó carecer de delicadeza, ni tampoco si le había hecho algún daño, porque al rozar sus labios junto a los suyos, supo que estaba completamente perdido y obcecado en hacerla suya de nuevo.

Susan sintió como los dedos del duque la recorrían sigilosamente por su piel desnuda. Eran cálidos, suaves y delicados al mismo tiempo que la hacían arder allá por donde pasaban. Mientras ella se deshacía con sus besos nada tiernos, sino más bien todo lo contrario porque parecía expulsar fuego por la boca cada vez que su lengua la abrasaba por completo, intentó meter sus manos bajo la fina camisa que aún llevaba puesta su esposo.

Aaron pareció notar las intenciones de su esposa y cogiéndola de nuevo en alzas se dirigió con ella hacia el lecho, donde la depositó suavemente mientras se tumbaba parcialmente sobre ella y se sacaba la camisa quedando completamente desnudo de cintura para arriba.

Susan se deleitó de nuevo contemplando aquella piel ligeramente bronceada y curtida en comparación con la suya y antes de que él

volviera a besar sus labios depositó un cálido beso en su pecho que hizo detenerse a su esposo provocando que la mirase sigilosamente. Decidió aprovechar la ocasión y fue dejando un rastro con sus labios de forma descendente hasta que llego al borde de la cintura del pantalón, donde pacientemente desabotonó la prenda ante la atenta mirada del duque y cuando éste le ayudó a deshacerse del resto de su vestimenta, el prominente miembro de su excelencia quedó frente a ella. Más ávida de curiosidad que de otra cosa —puesto que era la primera vez que lo contemplaba en todo su esplendor—, Susan lo tocó ligeramente y sintió como el duque maldecía mientras cerraba los ojos y echaba la vista

atrás. No entendía si aquello era bueno o malo, pero a juzgar por la falta de acción en él, intuía que demasiado malo no sería o de lo contrario le habría impedido que siguiera haciendo lo que hacía. Deslizó su mano explorando aquel trozo de carne erecto y cuando movió los dedos con cierta agilidad sintió cómo las manos de su marido la apresaban en un solo gesto y volvía a estar tumbada sobre el lecho con el rostro del duque a pocos centímetros del suyo.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —exigió con voz ronca mientras aquella mirada oscurecida la devoraba por completo.

—¿Hacer qué, mi *lord*? Solo sentía curiosidad por…

Sus mejillas enrojecidas la delataban y Aaron no pudo resistirse a eso, sin piedad alguna se adentró en ella no pudiendo resistirse más a hacerla suya. El esplendoroso jadeo que escuchó de sus labios solo hizo que se rindiera aún más ante su joven esposa, provocando que sus labios fueran directos a devorar esos pezones rosados que clamaban a gritos ser besados. Notó como ella se inclinaba en respuesta, como si le invitara a seguir haciéndolo y eso definitivamente le enloqueció aún más de lo que ya estaba. La tomó sin piedad, sin contemplación, sin control alguno… y para su sorpresa solo descubrió que ella parecía encantada de que así lo hiciera.

—Perdóneme padre, porque he pecado y no me arrepiento en absoluto de hacerlo —susurró Aaron en voz tan baja que estaba completamente seguro de que su sonido apenas sería inteligible para su esposa.

Cuando se echó a un lado con el ritmo de su pulso aún acelerado, escuchó que la respiración de su esposa también era algo agitada. En otras circunstancias se levantaría y se marcharía de aquella habitación puesto que sería lo que se esperaba, pero aprovechándose de las circunstancias sabía que

pasaría toda la noche en aquel lecho junto a ella y que incluso podría volver a tomarla a media noche si así le complacía. Tener esa certeza le satisfacía, pero lo que más le colmaba de todo aquello era estar cerca de ella, sentir ese aroma a azahar mezclado con alguna fruta cítrica que comenzaba a identificar como su aroma, le complacía. Lo sabía. Esa esposa suya estaba logrando traspasar la barrera infranqueable que se había autoimpuesto cuando decidió casarse y estaba haciendo nada para impedirlo a pesar de saber que era lo adecuado dado su historial.

—¿Puedo pediros una gracia, excelencia? —preguntó Susan en voz baja, dado que acababa de notar que se sentía agotada.

—Si está en mi mano poder concedérosla, pedídmela —contestó Aaron creyendo que probablemente le pediría algo de elevado valor, probablemente alguna joya, un guardarropa nuevo, quizá algún capricho que hubiese visto en alguna tienda, pero fuese cual fuese aquella gracia seguramente terminaría concediéndosela.

—¿Me permitiríais llamaros por vuestro nombre? —preguntó con cierto tacto, esperando que la pregunta no le ofendiera.

De todas las posibles peticiones, ¿Le pedía aquello? Nada le gustaría más que escuchar su nombre proveniente de aquellos labios.

—Solo si me permitís a mi también hacerlo, Susan.

—Gracias, Aaron —contestó sonriente mientras tapaba su desnudez con la ropa de cama y descartaba la posibilidad de levantarse para vestirse de nuevo con aquel camisón que le había prestado Catherine.

Cuando Susan abrió los ojos repentinamente, supo que aún era de noche, el fuego de la chimenea se había apagado y sus pies estaban fríos, así que se acercó a la fuente de calor que había en su cama siendo consciente de quien

era.

—Estas congelada… —susurró Aaron con voz dormida—. Ven aquí —

aseguró abrazándola mientras la atraía a su cuerpo apretándola contra su firme pecho y Susan no pudo evitar contener la respiración tras descubrir que éste parecía acogerla de buen agrado entre sus brazos.

No sabía si podría volver a dormir de nuevo, pero desde luego la sensación de calor que le ofrecía el cuerpo de su esposo sin duda

alguna era demasiado placentera.

El sonido procedente del exterior de aquella habitación desveló a Susan.

Pudo apreciar que la luz matinal que se filtraba a través de la ventana indicaba que hacía horas que debía haber amanecido y a pesar de ser aún bastante temprano, el ruido externo comunicaba que el lugar había despertado y con él a sus huéspedes. En el momento que se movió despedazando sus músculos notó el roce de ese cuerpo que la rodeaba y recordó plenamente donde se encontraba exactamente en aquella cama; entre los brazos del duque o, mejor dicho de Aaron, su esposo.

Notó su respiración más agitada y la certeza de que con sus movimientos le había despertado, aunque aún no sabía como él no se había levantado si normalmente solía madrugar bastante para atender sus negocios desde primera hora de la mañana. Lo cierto es que la idea de verlo dormir apaciblemente hizo mella en ella, ¿Se vería tan regio y poderoso mientras dormía? Quizá no, quizá perdería ese semblante taciturno que le acompañaba a todas partes y luciría su rostro más relajado y suave.

La idea de levantarse en mitad de la noche para infiltrarse en su lecho y contemplarle mientras dormía comenzó a coger forma, pero desde luego era desechada por la incertidumbre de que fuera descubierta en aquella travesura

sin justificación alguna. Probablemente pensaría que tendría intenciones de matarle antes de creer que sencillamente sentía curiosidad por verle dormir.

¿Qué era lo que ocurría en ella para que quisiera esa clase de cosas? Hasta ahora no había sentido ese tipo de anhelo y mucho menos ese deseo, necesidad o como quiera que se llamara aquello. Definitivamente las cosas estaban cambiando para ella, era más que evidente que así era cuando aún la tenía sujeta por la cintura mientras movía ligeramente sus dedos y no se había quejado ni pronunciado palabra alguna porque deseaba permanecer en esa postura por más tiempo. Quería sentir su calor, también su protección, pero sobre todo deseaba sentir que él la necesitaba, que una parte de él la deseaba tanto como ella a él y quizá esa era la razón de todo aquel torbellino de emociones; quería formar parte de su vida no solo porque un papel firmado así lo estipulara.

—Debería levantarme y bajar para ver cómo están los caballos. También debería ordenar que prepararen el carruaje y sirvan el desayuno para partir cuanto antes. Y desde luego debería verificar que mis hijas se encuentran en perfecto estado —mencionó Aaron con cierto tono de voz aún somnoliento.

Susan notó que parecía hablar consigo mismo más que con ella, dudó por un momento que sopesara la posibilidad de creer que ella estaba dormida, pero cuando aquellos dedos que hasta ahora se habían posado relajados sobre su vientre comenzaban a hacer círculos de forma ascendente supo que él sabía que estaba despierta. ¿Cómo? Ni idea, pero era obvio que lo sabía y él estaba plenamente seguro de ello.

—Por supuesto —afirmó Susan—. Es lo que deberías hacer, Aaron.

Llamarle por su nombre era extraño, demasiado íntimo… incluso más íntimo aún que el mero hecho de estar desnudos bajo aquella cama rozando sus

cuerpos por más inverosímil que pareciera.

—La cuestión es que no es lo que deseo hacer ahora —terció con voz ronca mientras finalmente sus dedos apresaban uno de sus pechos abarcando toda su mano.

Su afirmación contrajo a Susan dejándola completamente sorprendida y casi extasiada. ¿No era lo que deseaba?, ¿Y desde cuando anteponía el duque el deseo antes del deber? Quizá lo hiciera a partir de ahora.

—¿Y qué es lo que deseas hacer ahora? —preguntó dándose la vuelta para tratar de ver su rostro, necesitaba verle a plena luz del día puesto que siempre que habían estado juntos en una cama solo había podido estudiar su rostro con la vaga luz que emitía el fuego al prenderse.

Cuando Susan observó aquel rostro claramente entumecido por el sueño, aquellos ojos verdes que emitían una luz especial, como si resplandecieran con fulgor y el roce de su incipiente barba otorgándole un aspecto desaliñado al igual que su cabello se rindió ante tal muestra de cercanía. Jamás había visto a su esposo tan notoriamente humano como lo estaba en aquel momento y se estremeció deseando que sus ojos revelasen aquella imagen cada día al despertar, solo que era consciente de que aquello solo podría quedar en una vaga ilusión, nunca en una realidad.

—Perderme en tu cuerpo. —Fue toda la respuesta que Aaron

pronunció antes de acercarse lo suficiente a ella para besarla mientras la estrechaba contra su cuerpo de forma inesperada.

Los golpes en la puerta interrumpieron en el momento menos preciso y oportuno, de hecho, el duque grazno un profundo alarido de desconsuelo cuando se produjo, pero con todo el control que pudo aunar se apartó del cuerpo de su esposa y embutiéndose en el pantalón de cabalgar y su camisa

interior de lino se aproximó hacia la puerta mientras Susan cubría su cuerpo con la ropa de cama para que nadie la descubriera.

La doncella de Susan advirtió que las pequeñas estaban algo inquietas y solicitó permiso para bajar al comedor e iniciar el desayuno. Tras una clara afirmación por parte del duque, volvió a cerrar la puerta y suspiró. En aquel momento no sabía si estar aliviado de aquella interrupción o molesto por no encontrarse ahora mismo gozando en aquel lecho junto a su esposa, algo que buenamente podría hacer, pero que era más que inadecuado. ¿Desde cuando él hacía aquel tipo de menesteres a plena luz del día? Cierto era que había sido la primera vez que dormía en la misma cama junto a su esposa, incluso en sus lunas de miel había pedido camas separadas mientras viajaban, no tenia ni la menor idea de porqué no había hecho lo mismo en aquella ocasión, aunque en el fondo si que lo sabía; deseaba verla dormir apaciblemente, contemplar ese bello rostro al despertar… solo que jamás pensó que se desnudaría completamente para él y que definitivamente le volvería aún menos cuerdo de lo que comenzaba a estar.

—Será mejor que baje a comprobar como están los caballos y ordene que sirvan el desayuno —dijo sin mirarla, sino que comenzó a vestirse lo más apuradamente posible de forma automática como si por alguna razón, con el simple hecho de verla desestimara su determinación de cumplir sus funciones principales.

Primero el deber, después el placer, aunque… ¿No era deber engendrar un heredero?, ¿No era ese su principal deber? Se preguntó tratando de auto-engañarse a sí mismo. Empezaba a creer que aquel viaje quizá no había sido una buena idea…

El camino hacia la casa de campo se inició tras un breve desayuno. Tal como habían hecho la primera mitad del recorrido, las damas viajaban en el

carruaje y el duque proseguía su marcha a caballo. Cuando finalmente

llegaron a la majestuosa casa de campo, por alguna razón Susan había creído que se trataría de una pequeña casa pintoresca en mitad del campo algo ruinosa y abandonada, pero aquella mansión con toscas y grandes columnas de mármol blanco, ventanales enormes de los que podría asegurar que sus grandes salones estarían gratamente iluminados y los jardines que anunciaban las primeras hojas caídas del otoño, aún conservaban parte del colorido que había dejado atrás.

—¡Es preciosa! —gimió sin poder contenerse nada más bajar del carruaje.

—Hace algunos años que no vengo por aquí, pero sigue estando como siempre, aunque la mejor época para venir es en primavera —contestó aproximándose a ella el duque—. Vamos, seguramente nos estén aguardando puesto que advertí de nuestra llegada hace un par de días.

Efectivamente el personal de la casa aguardaba la llegada y habían provisto la casa de las necesidades oportunas para satisfacer a los duques. El ama de llaves era una señora afable llamada Nanet que acompañó expresamente a Susan hasta su habitación esperando que todo estuviera dispuesto a su gusto.

—Mi *lady*, no sabe cuánto me complace que esté usted aquí, ¡Por fin el duque nos deleita con su visita! —exclamó provocando una pequeña sonrisa cómplice por parte de Susan—. No sabe las veces que nos hemos preguntado porque decide mantener esta enorme mansión como si fuera habitada cuando ni tan siquiera decide pasar un solo fin de semana al año en ella…

—Tal vez su excelencia crea que podrá escaparse de la ciudad en alguna oportunidad y al final dicha ocasión jamás se presenta —contestó Susan tratando de excusar en vano a su esposo.

—Ese hombre trabaja demasiado, yo siempre lo he dicho. —La familiaridad

con la que le trataba sorprendía a Susan. No parecía una mujer que apenas conociera a quien servía, al contrario, más bien parecía saber demasiado sobre el.

—¿Conoce usted a mi esposo desde hace tiempo? —preguntó con cierta curiosidad, pero sin tratar de parecer ansiosa por la respuesta.

—¡Oh mi *lady*!, ¡Le vi nacer! Con eso se lo digo todo… —dijo la buena mujer mientras abría las ventanas para que la habitación ventilase. La temperatura era agradable, aún no hacía frío salvo quizá en las

noches, pero el bochornoso calor del verano al fin se había ido dejando paso a un placentero frescor otoñal—. Nació justo en esa cama —señaló entonces el lecho donde dormiría Susan—, su madre estuvo seis largas horas de parto hasta que finalmente nació el heredero al ducado Buccleuch —añadió sonriente como si estuviera evocando aquel recuerdo.

Así que aquella era la casa en la que Aaron había nacido, ¿También se habría criado allí?, ¿Tal vez pasara sus primeros años en aquel hogar? Desde luego aquella mansión no parecía haber sido construida solo para pasar unas cuantas semanas al año, sino que parecía absolutamente perfecta para vivir todo el año.

—Que curioso… —Admitió Susan—. Supongo que su madre decidió retirarse al campo para dar a luz como suelen hacer la mayoría de damas.

—¡Oh no! —Negó la señora Nanet con un gesto de cabeza mientras colocaba el bolso de mano de Susan sobre el pequeño diván que había a los pies de la cama, por alguna razón aquella mujer no podía estar parada, quizá al hacerlo se sentiría ociosa—. *Lady* Astrid y su esposo decidieron venirse a vivir al campo para llevar una vida apacible cuando contrajeron matrimonio. Fueron muy felices en esta casa, yo creo que aún se puede respirar esa magia que

ellos tenían…

—¿Estaban enamorados? —La pregunta salió con tanta emoción de los labios de Susan que ni tan siquiera fue consciente de que lo había pronunciado en voz alta.

—Desde luego. *Lady* Astrid se enamoró profundamente de su esposo nada más verle y debo reconocer que él se desvivía por ella. Es una pena que el *lord* Buccleuch no se educara en ese ambiente, quizá de haberlo hecho no tendría ese ceño fruncido siempre.

—¿Cómo dice?, ¿ *Lord* Buccleuch no vivió junto a sus padres?

—Me resulta extraño que nadie la haya informado al respecto, mi *lady*. —

Esta vez la señora Nanet la miró directamente como si estuviera estudiando la posibilidad de meterse en problemas si hablaba más de la cuenta.

—Desafortunadamente para mi, el duque no es una persona muy

habladora, menos aún si se trata de algo relacionado sobre sí mismo. Le agradecería enormemente que pudiera darme cualquier detalle de su excelencia que pudiera servirme para conocerle. Eternamente agradecida señora Nanet —

insistió Susan.

—Supongo que la entiendo querida, aunque lo cierto es que lo que le voy a contar no es ningún secreto y a mi me encanta hablar más aún teniendo en cuenta que todos los días veo las mismas caras en esta casa que se nos cae encima a los pocos que trabajamos aún en ella — contestó restregándose las manos—. Los padres del duque murieron de forma inesperada en un trágico accidente cuando su excelencia apenas tenía tres años de vida. Aún recuerdo aquel fatídico día… nadie pudo imaginar lo que ocurriría, pero ambos murieron ahogados en el río que hay cercano a la casa. Nadie vio nada, pero sus cuerpos aparecieron al día siguiente río abajo…

—¡Es horrible! —gritó Susan consternada.

—Se cree que probablemente decidieran refrescarse como en tantas otras ocasiones habían hecho, pero aquel día hubo una tormenta inesperada y probablemente no fueron cuidadosos, de forma que la corriente les arrastró provocándoles la muerte.

Susan pensó en aquel pobre niño huérfano de apenas tres años, justamente la edad de la pequeña Diane y se contrajo al saber que había debido crecer sin padres, sin un ejemplo a seguir de devoción como el que de hecho habría podido tener si aquel accidente no hubiera sesgado aquellas inocentes vidas.

—En aquel momento el actual duque de Buccleuch, es decir, el abuelo de su excelencia se hizo cargo de su educación. Era un hombre estricto, de costumbres severas y aunque trato de educar a su nieto de la mejor forma posible, lo cierto es que yo jamás vi sonreír a ese niño que después heredaría su ducado.

Mientras Susan digería toda aquella información tomándose un baño de agua caliente que habían tenido la amabilidad de subir a su habitación tras la cena, no dejaba de valorar la situación una y otra vez. Su esposo no tenía ese carácter por mero capricho del destino. No. Simplemente no conocía otra cosa, por más triste que aquello fuese había tenido que sufrir la falta de cariño de unos padres como en su caso sí lo había tenido ella, probablemente habría debido asumir demasiadas responsabilidades a edades muy tempranas teniendo en

cuenta que si heredó el título tras la muerte de su abuelo, éste probablemente moriría cuando él apenas era un joven sin experiencia.

Definitivamente Aaron Buccleuch se habría hecho a si mismo y la soledad le habría acompañado a lo largo de toda su vida. Lo extraño de todo aquello es que no hubiera encontrado alivio en sus anteriores esposas, ¿Qué clase de damas serían ellas?, ¿Qué tipo de mujer habría escogido Aaron para desposar

que considerase adecuada? Tal vez debería averiguarlo, de algún modo quería llegar a la raíz de todo aquello, pero por sobre todas las cosas lo que ahora más le sorprendía es que no juzgaba de la misma forma que antes al que era su esposo, sino que incluso empezaba a comprender esa actitud distante que casi siempre mantenía.

El almuerzo había sido tranquilo y lo cierto es que había pasado toda la tarde junto a las pequeñas explorando cada rincón de la casa como si de un juego de aventuras se tratara. Lo había pasado fantásticamente bien y sentía que aquel lugar albergaba demasiados secretos por descubrir, quizá en el breve tiempo que estuviera por allí pudiera desvelar alguno, de hecho, el inhóspito descubrimiento de los padres de Aaron había sido el primero de muchos.

En el momento que secaba cuidadosamente su cabello mojado frente al fuego de la chimenea escuchó la puerta de su habitación abrirse y se percató que no había sido la principal la que se había abierto, sino la secundaria, esa que también comunicaba con la habitación de su esposo y que casi siempre utilizaba para marcharse en lugar de entrar.

—Pensé que ya habríais terminado de daros el baño… —dijo con evidente señal de desconcierto.

—Lo cierto es que he terminado, pero aún tengo el cabello mojado, aunque agradecería tu ayuda… mi doncella estaba demasiado cansada del viaje y ocupándose de las pequeñas así que no deseaba molestarla.

—Se supone que es tu doncella, no debe estar nunca cansada.

—¿Tú nunca lo estás? —preguntó directamente Susan y su esposo pareció sopesar la pregunta como si estuviera estudiando la respuesta.

—Es una sirvienta, esa es su labor —contestó ciñéndose a la doncella.

—También es una persona que tiene sus limitaciones Aaron. Si no deseáis ayudarme puedo hacerlo sola, lo he hecho en otras ocasiones —aseguró Susan con una sonrisa como si su terquedad no le molestase

y haciendo caso omiso de su presencia se inclinó hacia abajo pasando un paño por el cabello para eliminar la humedad.

—¿Qué se supone que debo hacer? —Su voz sonaba suave, casi aterciopelada, como si tratara de disculparse.

—Solo debes coger mechones pequeños y pasarlos delicadamente sobre el paño para eliminar el exceso de agua, de esa forma se secará antes…

Tenerle tan cerca comenzó a abrumar a Susan, tal vez no era una buena idea que le ayudase teniendo en cuenta que él la alteraba de sobremanera, sobretodo cuando inconscientemente era dulce sin apenas darse cuenta, precisamente como lo estaba siendo ahora.

Con suma delicadeza Aaron fue cogiendo cada mechón de aquel cabello rojizo y pasándolo por aquel paño seco que poco a poco comenzaba a humedecerse. La tarea no tenía ninguna complejidad y a pesar de que aquella labor fuera propiamente de una de sus doncellas, sintió la cercanía de su esposa con más fuerza e ímpetu que nunca, como si esa simple acción le hiciese estar más cerca de ella a pesar del silencio que les embriagaba.

—¿Es verdad que naciste en esta habitación?, ¿En ese lecho? —preguntó Susan iniciando una conversación para romper aquel mutuo silencio.

—Supongo que fue Nanet quien te dijo eso.

—Quizá le pareció un detalle que tu esposa lo supiera, desde luego fue toda una sorpresa porque creí que esta era una propiedad que habías adquirido con el paso del tiempo y no una reliquia familiar —admitió cogiendo otro mechón de cabello.

—Esta casa ha pertenecido a mi familia desde hace más de cuatro generaciones y yo la reformé antes de mi primer matrimonio, solo que finalmente jamás estuve en ella más de dos días seguidos.

—¿Por qué? —preguntó alzando la vista para descubrir su respuesta.

—A mi primera esposa no parecía agradarle la idea de pasar todo el verano aquí, menos aún vivir en ella y desde luego no tenía ninguna intención de dar a luz en mitad del campo sin la presencia de buenos médicos que la atendieran —contestó en un tono carente de emoción alguna—. Lo irónico de todo ello es que ni los mejores médicos pudieron salvarla.

Así que él había tenido intenciones de traer aquí a su esposa, incluso parecía haberla reformado solo para que la disfrutara su familia y eso jamás había ocurrido.

—Lo siento…

—No tienes nada que sentir, no fue tu culpa. Además, tampoco hubiera podido pasar demasiado tiempo en ella teniendo en cuenta que tengo mucho trabajo en la ciudad del que preocuparme.

—Si yo quisiera… —Susan dejó la pregunta en el aire, tal vez no era oportuno mencionar ahora lo que acababa de ocurrírsele inesperadamente.

—¿Qué? —preguntó ante su silencio.

—Nada. No era nada —Negó no creyendo que fuese la ocasión adecuada para decir aquello cuando apenas llevaba horas en aquel lugar al que consideraba más hogar que esa casa en Londres en la que llevaba más de tres meses viviendo—. Supongo que ya está lo suficientemente seco —advirtió tocándose el cabello y notando que estaba húmedo pero lo justo para ser trenzado.

—¿Estás lo suficientemente cómoda en esta habitación?, Tal vez pueda…

—No —Interrumpió sus palabras colocando uno de sus dedos en sus labios

—. Así es absolutamente perfecta, incluso guarda esa esencia que probablemente debió impregnar tu madre en ella —admitió Susan.

Antes de que pudiera contestar, se aproximo al duque colocando sus manos en el pecho de este, cubriendo el tejido de la tela de su camisa que aún llevaba puesta y esperó que esa noche no se marchase, que se quedase junto a ella para volver a envolverla entre sus brazos como lo había hecho en aquella posada perdida a mitad de camino entre Londres y el lugar donde ahora se encontraban.

Cuando Aaron la alzó llevándola consigo hacia aquella cama y entregándose por completo a él con cada una de sus caricias, descubrió que de alguna forma que eximía a su dominio y control, sentía demasiadas emociones en cuanto a su esposo se refería. A pesar de sus deseos, de mantener la esperanza de que él se quedase tras aquel encuentro, permaneció en silencio sin mediar ninguna palabra cuando él se levantó tras recuperar su aliento y con paso decidido se

dirigía hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

—Que tengas una buena noche —mencionó Aaron dándole la espalda.

—Hasta mañana —contestó Susan con la voz algo entrecortada debido a la sequedad de su garganta.

¿Por qué no le pedía que se quedase?, ¿Por qué sencillamente era tan complicado hacerlo? Sabía la respuesta, no quería escuchar su rechazo, tampoco que le diera alguna excusa solo para no afirmar que no deseaba dormir a su lado, ¿Tan detestable había sido la pasada noche para que no repitiera? Lo cierto es que por su reacción esa misma mañana habría podido

afirmar sin equivocarse que se trataba de todo lo contrario, pero tal vez había algo que se le escapaba, quizá todo se reducía a que el duque era un hombre de costumbres de antaño. Fuese como fuese, para Susan el hecho de que él se marchara solo significo un claro rechazo y sin pretenderlo derramó una pequeña lágrima de sus ojos por el desconsuelo que aquello le suponía. Esta vez no lloraba por dolor, ni tampoco por compasión, sino que lo que sentía era una sensación de anhelo demasiado grande que no podía ser consolada más que por los brazos del duque.

16

A pesar de no saber cuánto tiempo permanecerían en aquella casa de campo, Susan quiso aprovechar al máximo lo poco que este fuese, así que decidió organizar un picnic para almorzar aprovechando que haría buen tiempo.

Con esa idea bajó a desayunar algo más animada de lo que se había despertado tras recordar la noche pasada. No es que estuviera disgustada en sí, puesto que incluso casi podía afirmar que había sido incluso más dulce con ella que en otras ocasiones y eso de algún modo le encantaba… pero el simple hecho de que se fuera de aquel modo cosa que en anteriores ocasiones no le había supuesto ninguna repercusión en su estado, en ese momento sin saber porqué le disgustaba enormemente, le oprimía el pecho hasta el punto de casi dolerle.

—¡Buenos días! —exclamó entrando en el comedor con una sonrisa radiante que ocultaba realmente ese desasosiego que sentía.

La decepción llegó cuando compró que solo estaban las hijas del duque, pero ni rastro alguno de él en aquella mesa.

—Buenos días mi *lady*, no quise importunarla porque pensé que necesitaba descansar del viaje.

—Gracias Gladys, lo cierto es que me encuentro estupendamente y dado que hoy hace un día espléndido he pensado en organizar un picnic al aire libre,

¿Qué os parece? —preguntó ahora mirando a las niñas.

—¿Un picnic? —preguntó la mayor de ellas.

—¿Qué es un picnic? —exclamó la menor.

—Un almuerzo al aire libre, donde nos sentaremos en el suelo y comeremos cosas muy ricas. —Le explicó a la pequeña.

—¡Si!, ¡Yo quiero un picnic! —gritó entonces con evidente ilusión.

—Bien Gladys, prepara sus cuadernos de dibujo y algunos cuentos, en cuanto termine el desayuno saldremos a dar un paseo y después almorzaremos. Tal vez incluso podamos aprovechar algo de tarde para dar algunas clases sobre botánica.

No es que tuviera un amplio conocimiento al respecto, pero desde luego sí que había estudiado algunas plantas.

—¿Padre nos acompañará? —preguntó la pequeña Diane y Susan observo como las niñas la observaban preguntándose probablemente si su padre invertiría tiempo en ellas, algo que solía escasear.

—Probablemente vuestro padre tenga otros menesteres que hacer en la finca, pero le propondré que se una a nosotras si le complace y tiene tiempo —

contestó suavizando de algún modo la negativa respuesta del duque que con toda probabilidad le daría.

¿Lord Aaron Buccleuch sentado en un mantel de cuadros blanco y rojo bajo

el increíble sol otoñal en mitad del campo al aire libre? Dudaba que alguien con su porte y categoría se rebajase a realizar algo sumamente trivial a pesar de que incluso las damas más reputadas de la alta sociedad lo hacían.

Mientras Gladys y las niñas subían a las habitaciones para organizar su excursión al campo, Susan ordenó que la cocinera de la casa se presenciara ante ella de inmediato.

—Mi *lady*, ¿Me ha hecho llamar?, ¿Hay algo que no es de su agrado? —

preguntó con evidente preocupación la buena señora.

—En absoluto —contestó con una sonrisa Susan que consiguió calmar a la señora—. La hice llamar porque quiero que organice una cesta de comida para el almuerzo. No tengo mucha idea de que se suele comer en un picnic, pero siempre había leído que suele haber quesos, bocadillos, panecillos recién hechos, suculentos pastelitos rellenos, tartaletas de carne, fruta y pastelitos de crema. ¿Sería posible? —preguntó completamente emocionada sabiendo el rostro que pondrían las pequeñas a ver aquellos deliciosos platos.

—Mi *lady*, no tendría ningún inconveniente en hacerlo, pero necesitaré algunas horas si quiere que prepare todo eso.

—No habrá ningún problema siempre y cuando algún sirviente nos lleve la cesta. No nos alejaremos mucho de la propiedad, estaremos en los alrededores de la casa. —Alegó Susan llevándose la taza de té a los labios.

—Como guste entonces, mi *lady*. ¿Para cuántas personas debo preparar?

No contaba con que finalmente Aaron acudiera, pero en el fondo descartarle antes de tiempo le parecía de mal gusto.

—Prepare para cuatro personas, dos adultos y dos niñas, si sobra algo ya lo tomaremos durante la cena —contestó pensando que tal vez si Aaron decidía

no acudir, podría almorzar Gladys junto a ellas a pesar de que fuera poco conveniente.

En cuanto terminó su desayuno decidió buscar a su esposo antes de prepararse para salir, aunque únicamente pensaba recoger su sombrero y un chal por si tenía algo de frío durante el picnic.

Visitó varias estancias de la casa esperando que alguna de ellas fuera el despacho del duque, pensó que quizá estaría metido entre esas paredes repasando algún libro de cuentas o evaluando gastos como solía hacer su padre que también era un hombre de negocios. Cuando había perdido la cuenta del número de puertas a las que había entrado estando todas ellas desocupadas, preguntó a uno de los sirvientes que pasaba por la ubicación del despacho y al parecer se encontraba en una puerta bajo la escalera, un lugar por el que desde luego ella había pasado pero que no había reparado. Cuando llegó a la puerta en cuestión notó que el color era tan similar al de la madera que cubría aquella pared que casi era inapreciable, como si se integrase de forma que así fuera difícil encontrarla. Supuso que debía ser una excentricidad de su esposo, una más de tantas otras…

Llamó a la puerta pacientemente esperando una respuesta hasta que la profunda voz del duque se percibió al otro lado y Susan abrió con delicadeza.

Nunca, jamás de los jamases pensó que se encontraría con un despacho similar a ese. ¡Dios bendito! Si parecía salido de uno de sus libros…

Las estanterías colmadas de tomos inundaban aquella sala por todas las paredes salvo en la que unos grandes ventanales que llegaban casi hasta el techo le daban luz a toda la biblioteca, porque aquello era más una biblioteca que un despacho. La altura era tan inmensa que existía un piso superior para llegar a los ejemplares más altos de aquellos magníficos estantes. En mitad de todas aquellas paredes enormes repletas de libros se encontraba una mesa de

madera, con diferentes documentos encima y tras ella una silla igualmente robusta en la que estaba sentado observándola atentamente su esposo.

—Esto es… es… —Susan no encontraba las palabras para describir aquello, jamás había visto algo así en todos sus años de vida y desde luego por más que hubiera soñado con tener una biblioteca de tales dimensiones, no habría podido describirla de mejor forma.

—Mi padre mandó construirla para mi madre. Me limité a mantenerla para conservar todos los libros, algunos de ellos son primeras impresiones o ediciones únicas en el mundo.

—No puede ser real… —susurró Susan dirigiéndose hacia uno de los estantes

—. Dime que no es un sueño —jadeó aún absorta.

Aaron la observaba detenidamente, ninguna de sus anteriores esposas había mostrado interés alguno por aquella biblioteca, es más, ni tan siquiera hicieron mención alguna sobre ella, ¿Por qué parecía Susan tan interesada?,

¿Qué era lo que tenía aquel sitio de diferente ahora? No había modificado la estancia solo por preservar el recuerdo de su madre en ella, era la única parte de la casa que no había cambiado absolutamente en nada. Aquella era la mesa en la que su padre trataba la correspondencia, la silla en la que se sentaba a observar a su madre mientras leía en uno de los sillones frente a la ventana.

Por ilógico que pareciera era el único recuerdo que tenía de ellos, un recuerdo que en ocasiones creía que solo eran vagas imaginaciones, pero tenía esa imagen grabada en su mente como la única que evocaba su recuerdo antes de que fallecieran repentinamente y de eso hacía ya tantos años que ni llevaba la cuenta. Había tenido el deseo de repetir esa imagen, de que por alguna razón sin fomentarlo sencillamente surgiera, pero ninguna de sus anteriores esposas había mostrado deseo alguno por permanecer en ese lugar mientras él

estaba, es más, casi parecían detestar la idea de estar en aquella casa tan apartada de

todos los lugares que solían frecuentar y donde permanecían sus amistades.

—¿Te agrada? —preguntó aún extrañado.

—¿Agradarme? —exclamó Susan—. Esa palabra se queda muy corta para lo que significa este lugar.

La simple idea de que a ella le gustase fue como si algo en él se prendiera, de repente sintió una calma y una paz hasta ahora inexistentes, como si un fuego que parecía estar muriéndose de pronto se avivase con tanta fuerza que estuviese a punto de abrasarle. Susan era diferente… lo había sabido casi desde el principio, incluso en los últimos días la certeza de que así era se hacía cada vez más presente, pero sin duda alguna eran tantas cosas juntándose una tras otra que de pronto había explotado y se habían revelado de un solo golpe dándole de lleno en toda la cara.

Lord Aaron Buccleuch acababa de darse cuenta de que admiraba profundamente a esa joven que se había convertido en su esposa.

Había obras de todo tipo en aquel lugar, desde las *Odas de Horacio* en latín hasta manuscritos de origen francés que probablemente fueran versiones casi inéditas. Aquello debía haber costado una fortuna, una fortuna inmensa, pensó Susan.

Era incapaz de despegar la vista de cada tomo, periódico o manuscrito que encontraba a su paso. Ya solo el olor que desprendían aquellos tomos la embriagaba hasta el punto de sentirse en un lugar mágico, más aún si tenía en cuenta que podría tener acceso a ellos cada vez que viniera. Entonces recordó que no estaría allí demasiado tiempo, que probablemente al día siguiente o como muy tarde al otro, regresarían a la ciudad de nuevo y la idea de alejarse de todos aquellos ejemplares fue casi ensordecedora.

—Si te gustan, son tuyos… puedes venir cuando quieras para leer junto a la

ventana. —Determinó Aaron mientras se levantaba para observarla recorriendo los estantes. No había razonado ni meditado aquellas palabras, pero habían salido de sus labios con tanta naturalidad que lo cierto es que no se arrepentía de haberlas mencionado.

Esa biblioteca había sido construida para la futura duquesa de Buccleuch y siempre había imaginado que de algún modo le pertenecían a su esposa, solo que hasta ese momento no había creído oportuno mencionarlo, de hecho, no lo habría dicho de no ser por el profundo interés que ella mostraba en aquel lugar.

—¿De verdad son míos? —exclamó completamente apabullada—. ¿Todos míos? —El rostro de Susan pasaba desde el más absoluto desconcierto hasta la felicidad extrema. Sentía un cúmulo de sensaciones de lo más variopinto que finalmente concluía en no saber definirlo exactamente. Jamás nadie le había hecho un regalo así. Ella tenía una pequeña colección de libros y aún así creía que estaba bastante satisfecha pudiendo tener acceso a ellos… nunca habría imaginado que algo así podría aguardarle en aquel lugar.

—Todos tuyos si así lo deseas. —Insistió el duque.

—¡Por supuesto que lo deseo! —exclamó Susan y por un arrebato de la emoción que sentía en aquel momento se acercó hasta él y se abrazó rodeándolo con sus brazos—. ¡Lo siento! —mencionó segundos después cuando se dio cuenta de hasta donde había llegado su atrevimiento al notar que éste no correspondía su efusividad—. No pretendía… discúlpame, es solo la emoción de ver tantos libros y pensar que puedan ser míos y… —

Susan era incapaz de terminar ninguna frase de forma coherente hasta que finalmente se sonrojó.

Aaron no había esperado aquella reacción por parte de su esposa, es más, aún

seguía completamente absorto de que se hubiera abrazado a él con tanta efusividad simplemente por regalarle… ¿libros? Era cierto que eran un bien muy preciado y costoso, pero en menor medida que una gran joya y aunque desde luego intelectualmente la comparación era incuestionable. Sabía que Susan era aficionada a la lectura, ya mencionó en su día que deseaba añadir su pequeña colección a los estantes que tenían en casa y que aún no había hecho porque le aseguró que debía estar él mismo presente cuando lo hiciera.

Ya habían pasado más de tres largos meses y todavía no le había concedido esa gracia, es más, prácticamente lo había olvidado hasta ahora que le demostraba con creces su interés en esa área. Siempre había pensado que el hecho de que una dama cultivara su mente con la lectura era toda una proeza y a la vista estaba que las

conversaciones de mayor relevancia que había tenido si comparaba todas sus esposas, eran sin duda con Susan. Verla allí, inquieta, sonrojada, nerviosa y probablemente tan entusiasmada como si hubiera recibido el regalo más grande que podían darle le complació.

—No tienes que disculparte. Me satisface que sea de tu agrado.

Susan entendió entonces, que quizá aquella muestra de efusividad que había tenido sin apenas darse cuenta no le había molestado, es más, casi pareciera que incluso en cierta forma le había agradado. En ocasiones como esa se planteaba seriamente si no se había configurado una forma de ser errónea de él, si la simpleza en aquel comportamiento tan regio solo radicaba en que jamás había conocido el cariño de otra persona hacia él. Con aquel sentimiento ahondando en su interior y deseando explorarlo inquisidoramente alzó una mano hasta colocar la palma de esta sobre la mejilla del duque, él parecía observarla completamente quieto, como si estudiase su siguiente movimiento pero sin decir absolutamente nada al respecto.

—Gracias —susurró Susan acariciando aquella mejilla ahora suave

probablemente porque le abrían afeitado recientemente.

—Puedes pasar aquí todo el tiempo que desees, no me molestará que lo hagas.

Aquello devolvió a Susan el recuerdo de que había ido precisamente para invitarle al picnic, aunque ahora mismo aquello le pareció de lo más trivial en comparación con las miles de aventuras que estaba segura de que aguardarían aquellos libros.

—Lo cierto es que vine hasta aquí para comunicarte que saldré con las pequeñas a explorar los alrededores de la casa y he organizado un picnic durante el almuerzo.

—¿Un picnic? —Por el tono de voz del duque se entreveía que aquello era inusual y probablemente le parecía una nefasta idea—. ¿No hace demasiado fresco para algo así?

—Todo lo contrario —aseguró Susan—. Hace un día espléndido, hará más fresco que en verano pero lo suficiente para que sea mucho más agradable que en esa estación calurosa, ¿Deseas acompañarnos? —preguntó poniendo palabras a sus pensamientos.

Hasta el momento había creído que sencillamente se negaría y casi había tomado la aceptación de tal hecho hasta el punto de no contar

con su presencia, pero ahora estaba entusiasmada con la idea de que él viniera. No le apetecía en absoluto perderlo de vista, por alguna razón deseaba verle en una faceta mucho más cercana, familiar y directa.

—¿Yo? —exclamó frunciendo el ceño—. ¿A un picnic? —volvió a exclamar sorprendido.

—Solo será un almuerzo al aire libre y tal vez estaría bien para las pequeñas

que su padre viniera. Fue idea de ellas el que te invitase —admitió esperando que aquello le presionara lo suficiente para aceptar.

—¿Ha sido idea de mis hijas el que participe en ese picnic? —La pregunta no parecía dirigirse hacia Susan, sino más bien era un propio dilema que mantenía consigo mismo.

—Me atrevería a afirmar sin equivocarme que desean pasar más tiempo con su padre y si pudieras ausentarte solo unas horas de tus libros de cuentas todas te lo agradeceríamos.

—Está bien —concluyó finalmente—. Iré solo si aceptas cabalgar conmigo mañana —añadió como condición—. A solas —insistió para ser precisos.

Susan observó aquellos ojos verdes preguntándose que razones tendría para desear que diera un paseo a caballo con él a solas, de hecho, habría aceptado con sumo gusto si se lo hubiera propuesto así que desde luego estaba más que complacida con aquella petición.

—Estaré encantada de hacerlo —contestó sonriente —, aunque hace algún tiempo que no monto a caballo por lo que puede que esté algo oxidada —

admitió haciendo ademán de marcharse…

—Espera un momento —dijo el duque antes de que ella se marchase cogiéndola del brazo para detenerla.

Susan se giró para enfrentarle, pensando qué sería lo que tendría que decirle y resultaba indeciso en decir aquello que le atormentara lo suficiente para no atreverse a revelarlo.

—Sea cual sea tu pregunta la responderé. —Se atrevió a revelar Susan antes de que él hablase.

—No se trata de ninguna pregunta sino más bien de una petición. —Afirmó

contrariado—. Deseo que esta noche vistas ese camisón blanco de encaje que llevabas hace tres noches…

Susan se quedó parcialmente sin palabras, nunca había creído que él le pediría algo así y menos aún tan pronto. ¿Tanto le gustaba? A la vista estaba que era así.

—Si gustas así lo haré —contestó sin añadir nada más mientras se volvía de nuevo hacia la puerta caminando con paso firme y mordiéndose el labio para oprimir una sonrisa que se dibujaba en su rostro a pesar de que él no lo viera

—, pero antes te estaré esperando para almorzar dentro de unas horas. No lo olvides —añadió justo antes de abrir la puerta sin esperar su respuesta y se marchó de allí.

En cuanto comenzó a subir las escaleras que subían a las habitaciones y de fondo se escuchaba el clamor de emoción de las niñas queriendo llevarse todos sus juguetes, no reprimió más esa sonrisa que había tratado de ocultar e incluso comenzó a reírse llevándose una mano al pecho para calmarse. Tras entrar en su habitación se dejó caer unos segundos mientras intentaba serenarse y pensaba al mismo tiempo que había logrado cierto acercamiento que nunca creyó que fuera posible. De algún modo… su esposo y ella eran compatibles en ese sentido y tal vez si que el cariño mutuo llegase con el tiempo, al menos empezaba a sentir la gentileza por parte de él, esos pequeños detalles que marcaban grandes pasos en su relación, pero sobre todo y lo que más satisfacción le daba era el evidente interés que parecía tener en ella y la sola idea de saber que no le era indiferente casi la abrumaba.

Cogiendo su sombrero y el chal, salió en busca de sus pequeñas pensando que aquel almuerzo iba a resultar muy interesante, aún no podía imaginarse a dicho duque descansando al aire libre con su rostro relajado y sin un atisbo de preocupación. Lo más probable es que se sintiera incómodo todo el tiempo y

seguramente buscase una excusa rápida para marcharse, pero al menos haría acto de presencia y desde luego a las pequeñas les haría muchísima ilusión que su padre compartiera ese pequeño espacio de tiempo junto a ellas.

17

Pasaron gran parte de la mañana estudiando las hojas que caían de los arboles y recolectando las más hermosas para pegarlas en sus cuadernos de aprendizaje. Susan les explicó pacientemente algunos de los árboles y como se podía averiguar los años que tenía en los anillos que podían encontrarse en su tronco cuando vieron que uno de ellos había sido cortado. Se entretuvieron bastante tiempo jugando en una pequeña charca donde había varios renacuajos y finalmente uno de los sirvientes apareció con la gran cesta de comida y una caja en la que llevaba los enseres.

Extendieron el gran mantel en un terreno cubierto de hojas secas que sirviera para aislar la humedad del terreno por las recientes lluvias y mientras las pequeñas se acomodaban algo impacientes, Susan observó la gran figura que se aproximaba a ellas con ese indiscutible porte elegante que siempre mantenía.

—Gladys, puedes marcharte a almorzar y descansar tranquilamente, no creo que te necesite hasta que regresemos a casa después de unas horas —anunció Susan para que la doncella se marchara y así se quedarían a solas junto a las

niñas.

—Buenas tardes, ¿Qué es eso que huele tan bien? —preguntó el duque nada más llegar al lugar y saludar a la doncella de Susan que se marchaba.

—Debe ser sin duda alguna los pastelitos de crema —terció Susan con una gran sonrisa mientras comenzaba a sacar toda la comida debidamente envuelta en paños limpios.

Para sorpresa de Susan, su esposo no solo se sentó sobre aquel mantel, sino que tuvo la delicadeza de quitarse los zapatos previamente y colocarse a su lado, consiguiendo que percibiera su cercanía e incluso su perfume tan de cerca que no pudo evitar que le temblase el pulso.

—¿Habíais estado alguna vez en un picnic, padre? —preguntó

Madeleine algo inquieta.

—Una vez hace muchos años estuve en uno, aunque hacía mucho más calor que ahora y era menos agradable. Vuestra madre tenía razón, hace un día espléndido para un picnic —contestó cogiendo uno de los panecillos y llevándoselo a la boca ante la incredulidad de las dos pequeñas que le miraban atónitas. Probablemente jamás de los jamases habrían esperado que su padre afirmara que *lady* Susan era ahora su madre con tanta naturalidad, pero la reacción de ellas fue imitar a su progenitor y coger uno de los panecillos para probarlo.

Mientras las niñas relataban todo lo que habían hecho durante la mañana y Aaron parecía prestar atención atentamente mientras les relataba historias sobre el lugar o que pronto comenzaría la temporada de ciervos y sería mucho más fácil verlos por la zona, Susan no dejaba de observar la situación en perspectiva preguntándose porqué ese hombre no era así todo el tiempo.

Al final no sobró tanta comida como había esperado y cuando las pequeñas se

fueron corriendo a jugar de nuevo con los renacuajos, ella comenzó a meter de nuevo todo en la cesta.

—Tu cabello se ve aún más rojo cuando le incide esta luz, se ve mucho más hermoso. —Escuchó Susan a su lado y se sonrojó debido a tal cumplido—, y aún puedo percibir ese aroma a azahar con…

—Naranjo —susurró Susan despacio mientras notaba como él se aproximaba.

—Si, eso es —afirmó el duque rozando su nariz con la mejilla de ella de forma delicada—, me embriaga…

—¡Padre!, ¡Un ciervo!, ¡He visto un ciervo! —gritó una de las pequeñas.

Aquella magia que parecía haberse creado entre ellos por un momento en el que Susan casi abría afirmado que iba a besarla de un instante a otro, se apagó de repente.

—Reúnete conmigo esta tarde en la biblioteca, quiero enseñarte algo —

afirmó antes de apartar la mirada.

Tras decir aquello Aaron se incorporó y calzándose de nuevo las botas, Susan observó como se aproximaba hasta el lugar donde estaban sus hijas preguntándose si no sería la primera vez que hacía algo similar con ellas dedicándole ese tiempo del que estaba segura que disfrutarían.

La emoción le pudo y contrajo una sonrisa cómplice cuando él volvió la vista hacia ella e hizo un amago de sonrisa. Probablemente era la primera vez que le dedicaba aquel gesto, al menos que ella lo recordase y definitivamente esperaba que no fuese el último. Pudo ver como se acercaban sigilosamente hasta quedar lo suficientemente lejos sin asustar a una cría de ciervo y la que seguramente era su madre que lo acompañaba. Le profirió infinita ternura como por los gestos que hacía su esposo parecía indicarles que no debían hacer ruido alguno, pero en el momento que se aproximaron demasiado y las

hojas secas crujieron bajo sus pies, tanto aquella madre como su cría salieron despavoridas ante los profundos jadeos de frustración de las pequeñas.

—¡Era tan bonito! —exclamó Diane mientras volvían.

—Tal vez podríamos ir a visitar la camada de cachorros que ha tenido la vieja perra según me contó esta mañana la señora Nanet —mencionó el duque como opción alternativa y al parecer funcionó frente a la desilusión que tenían las pequeñas.

—¿Estás seguro de eso? —susurró Susan, porque te advierto que corremos el riesgo de tener que llevarnos un cachorro a la ciudad.

—¿De verdad? —preguntó asombrado como si no lo hubiera considerado cuando lo mencionó, solo pensó en la felicidad que parecían tener sus hijas explorando aquellos animales.

—Si supieras la cantidad de veces que yo rogué por tener un cachorro te sorprenderías. —Siguió susurrando Susan para que no la escucharan las hijas del duque—. Se enamorarán…

—Tal vez nos venga bien tener una mascota en casa si ese es el caso —

susurró tan cerca de su oído que Susan se estremeció—. Desde luego estarán entretenidas y te dejarán descansar cuando lleves a mi hijo en tu vientre.

El tono de su voz fue tan ronco que la abrumó y de alguna forma no

pudo contestar, lo que hasta ahora le había supuesto casi una obligación comenzaba a ser un deseo, uno muy ferviente.

Tal como había predicho Susan, se enamoraron perdidamente de los cachorros hasta el punto de que desearon pasar el resto de la tarde jugando con ellos y tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencerlas de que era la hora del baño antes de cenar y después tendrían que irse a la cama tras un día

intenso. Subió a refrescarse mientras su doncella personal se ocupaba de las pequeñas y recordó que el duque la había citado en la biblioteca así que bajo apresuradamente y llamó a la puerta abriéndola sin esperar una respuesta.

—Aquí estoy tal y como me pediste —dijo cerrando la puerta tras ella.

—Pensé que no vendrías, casi es la hora de que sirvan la cena, pero me alegro de que lo hicieras.

—¿Se trata de algo importante? Dijiste que querías mostrarme algo… —citó Susan de forma precisa.

—Si. Me gustaría enseñarte algo de lo que formarás parte —contestó con cierto misterio indicándole que le siguiera hasta el fondo de aquella sala donde existía un gran tomo antiguo sobre una mesa de roble probablemente de bastantes años de antigüedad—. En este libro se encuentran todos y cada uno los miembros de mi familia desde que se fundó el ducado de Buccleuch hace casi doscientos años. Es una línea directa sin interrupción que ha mantenido legítimo el linaje desde entonces vigente y pese a saltarse una generación porque mi padre nunca llegó a ser duque, yo debo continuarlo sobre todo en su honor.

Susan comprendió lo importante que era para él tener un heredero más que nunca. Lo supo desde el principio, siempre lo había tenido presente, pero desde luego con aquel gesto quería mostrarle lo imprescindible que era para él.

—Siempre mencionaste que esa era tu prioridad, el único motivo por el que te casabas de nuevo. —Afirmó Susan—, y espero poder darte algún día ese heredero.

—¿No me amenazarás diciendo que no tendrás un hijo mío para criarlo como lo estaba haciendo con mis hijas? —preguntó entonces en un tono mucho

más jovial del que solía emplear habitualmente.

—Me hiciste cargo de su educación, eso me hizo pensar que en el fondo sabías que tenía parte de razón —afirmó Susan.

—Y yo recuerdo advertirte que, si no conseguías los mismos o mejores resultados, te quitaría dicha tutela —contestó en el mismo tono jovial de antes.

—Ambos sabemos que no harás tal cosa por lo que pude ver hoy allí fuera.

Sé que aprecias lo suficiente a tus hijas para saber que están mejor conmigo que con la señora Edna.

Comenzaba a dudar que finalmente cumpliera dicha amenaza, además de que él mismo se debía dar cuenta del apreciable cambio que existía en las pequeñas. Quizá consiguiera erradicar todas las costumbres antiguas de aquella casa antes de lo que pensaba.

—Vayamos a cenar, probablemente se estén preguntando que llegamos tarde.

Era una de las pocas ocasiones en las que cenaron solos y se limitaron a hablar del tiempo hasta que finalmente el duque comenzó a hablar sobre las reformas que le hizo a la casa para mejorarla.

Cuando Susan se adentró en su habitación, se desvistió colocándose aquel camisón blanco que el duque le había pedido que se colocara esa noche y que ella casualmente había metido en su pequeño baúl de viaje entre varios otros que Catherine le había prestado. En ese momento recapacitó no siendo aún consciente de cuando partirían pese a que esperara que lo hicieran en los próximos días. La paciente espera mientras aguardaba a su esposo, algo que era muy inusual por parte del duque ya que nunca se retrasaba, incitó a Susan a querer bajar hasta la biblioteca ansiosa por tomar uno o dos tomos prestados aunque solo fuera para ojearlos si su esposo decidía de nuevo abandonar los

aposentos tras su encuentro. Sería muy rápido, apenas tardaría unos minutos y probablemente nadie en aquella enorme casa se percatara de ello.

Sigilosamente bajó la escalinata y con suma suavidad se coló en el despachó tratando de no hacer ningún ruido.

—¿Soléis entrar a hurtadillas en las habitaciones, querida? —preguntó aquella voz ronca a su espalda aunque parecía bastante lejana y Susan emitió un quejido hasta que notó la presencia de Aaron con la luz de aquel candil que tenía sobre la mesa

—Yo… —jadeó tratando de respirar de nuevo ante el susto y con su mano colocada en su pecho tratando de aliviar así la fuerte presión de sus latidos—,

¡Pensé que no habría nadie aquí y solo quería coger algunos libros para ojearlos!

—Tenía que terminar algunas cartas para que sean enviadas mañana a primera hora y como teníamos una cita acordada para cabalgar, quise dejar el asunto zanjado esta misma noche antes de acostarme.

Algo más relajada, Susan se acercó lentamente hasta la mesa donde su esposo se encontraba, viendo con mayor nitidez ahora su rostro. La oscuridad rodeaba todo el lugar salvo en aquel sitio y mientras se acercaba bajo aquella atenta mirada sentía como el calor de sus ojos la embriagaban.

Observó ese rostro curtido, aquel mentón que se iluminaba débilmente bajo el candil que iluminaba los documentos que había sobre la mesa y algo se removió en su interior, como si su instinto le dijese que se acercara a él, que tomara la iniciativa para rozarle, pero detuvo aquellos pensamientos y decidió dejarle trabajar. Sabía de sobra que para él sus negocios eran una prioridad.

—Te dejaré trabajar entonces, mientras selecciono algunos libros y regresaré a mi habitación —dijo dando un paso hacia atrás para dirigirse hacia la

estantería donde habría suculentos libros románticos de los cuáles eran su género favorito.

—Espera —contestó deteniéndola y levantándose de la silla para colocarse a su altura o más bien, sobre su altura, le había agarrado el brazo para detener su paso—. ¿Cómo conseguirás ver sin luz?

Susan notó como sus rodillas temblaron cuando sintió el roce de su pierna con la suya en un gesto íntimo y cercano, aunque no significase nada para él, lo cierto es que ella sentía ese mariposeo en el estómago que solo se lo provocaba su esposo.

—Yo…, simplemente seleccionaré al azar algún libro y así será una

sorpresa

—mencionó algo ausente porque era incapaz de pensar razonablemente.

—Estás temblando, ¿Tienes frío? —pronunció en cierto tono de preocupación y a Susan le pareció dulce que se preocupara por su bienestar.

—¡No! —exclamó porque no era frío por lo que sentía ese temblor, sino más bien nervios de que se aproximara tanto a ella—. Es solo que… yo… —. El olor tan próximo del duque la embriagaba siendo incapaz de decir algo coherente.

Jamás le había pasado algo similar, estaba tan acostumbrada a tener una relación cercana a él solo en la intimidad de su habitación que no sabía como reaccionar fuera de esos muros si se acercaba tanto a ella y menos aún con aquella oscuridad que les cernía y que le incitaba tener demasiados pensamientos impuros.

—¿Me temes? —preguntó Aaron—. Pensé que a estas alturas no…

—No es temor. —Se atrevió a asegurar Susan antes de que sacara conclusiones precipitadas—. Sino todo lo contrario.

Sus palabras fueron arrolladoras para Aaron que se acercó aún más a ella rodeándola por la cintura.

—¿Me deseas? —preguntó esta vez acercando su rostro, rozando su nariz con la suya.

—Si —jadeó Susan rindiéndose a él. ¿Iría al infierno por tener pensamientos impuros con su esposo?

Antes de contestar a su propia pregunta, notó como los labios del duque rozaban los suyos y se inclinó para obtener más de aquel dulce prohibido.

Gimió en sus labios queriendo más, deseando más y su gesto pareció surtir efecto puesto que pronto notó como era alzada hasta que quedó sentada sobre aquella mesa llena de documentos sin abandonar los labios de su marido.

Sobre el camisón llevaba una bata de seda debidamente anudada que no dejaba rastro alguno de la prenda que ostentaba debajo, así que cuando las manos habilidosas del duque deshicieron aquel nudo y

abrió la prenda, su cuerpo dejó relucir aquel encaje blanco que cubría su cuerpo entre transparencias.

—Déjame admirarte… —susurró Aaron apartando sus labios para coger el candil que había a su izquierda y aproximarlo al cuerpo de su esposa admirando cada palmo de su cuerpo, viendo como aquellos sinuosos pechos se escondían tras ese tejido. Era tan suave, delicada y al mismo tiempo salvaje, hermosa… Susan era única en su especie y no podía creer que fuera solo suya.

Los dedos del duque se paseaban sobre aquel camisón de encaje blanco mientras Susan sentía como exploraban su cuerpo y contenía la respiración por lo que acontecería después. En el momento que alzó su mirada de nuevo para apreciar sus ojos, fue consciente del increíble gozo que era sentirse

deseada bajo aquella mirada oscura y aproximó su mano hasta tocarle el pecho, donde agarró la tela de la camisa e hizo que se aproximara hasta ella para rozar de nuevo sus labios ansiando sus besos.

Mientras la chaqueta y camisa del duque se perdían en el suelo entre gemidos y jadeos cada vez más incesantes, el estrecho vestido de Susan no le permitía abrir lo suficiente las piernas para acogerle entre ellas, así que cuando escuchó la tela crujir bajo sus manos supo que su esposo había desgarrado la prenda por pura desesperación y segundos después sentía como era invadida con aplomo sin poder evitar morderle un hombro ante el abrasador fuego que la consumía. Aaron no era delicado, nunca lo había sido y aunque en el pasado lo detestaba, ahora sencillamente lo necesitaba. Necesitaba que él fuera tal cuál era; un hombre pasional. Se aferró a él con ímpetu en cada una de sus embestidas, gimiendo al compás, sintiendo como la llenaba y era colmada.

Susan se arqueó hacia atrás dejándose llevar por el placer que estaba sintiendo y apreció que las manos de su esposo agarraban firmemente su pecho sobre la delicada tela hasta que en otro arrebato aferró el escote del vestido y lo rasgó como hizo previamente para liberar sus pechos y ahora sintió sus dedos sin ningún impedimento provocando que gimiera con mayor fuerza.

Aaron estaba enloquecido. Solo tenía que ver a esa mujer semidesnuda gozando junto a él para volverse completamente fuera de sí. Ella le anulaba el juicio, perdía cualquier vestigio de razón humana y lo convertía en una bestia salvaje sin control, pero al diablo si no lo deseaba con todas sus fuerzas, si cada vez que no estaba al lado de su

esposa la deseaba con toda su alma.

No había querido encariñarse con ella, ni desearla, ni apreciarla y mucho menos fomentar esa intimidad que tenían entre ambos, pero… ¡Al cuerno!

No soportaba la sola idea de estar lejos de ese cuerpo y de esa belleza un solo segundo más. Su prioridad era tener un heredero legítimo, que ella le diera un hijo, solo que Susan se estaba convirtiendo en mucho más que eso y aunque no le gustase había decidido acallar su conciencia al menos durante unos cuantos días. Tal era su grado de enloquecimiento que estaba allí mismo, en su biblioteca, sobre su mesa de escritorio, tomando a la mujer que era su esposa en lugar de esperar hasta llegar al lecho. No. Definitivamente Susan estaba haciendo algo en él inexplicable puesto que jamás habría osado cometer una locura similar.

—Bésame… —jadeó Susan tratando de buscar su mirada.

Aaron alzó los ojos para posarlos sobre aquellas gemas azules y su corazón le dio un vuelco cuando contemplo aquel rostro embriagado de anhelo y deseo.

¡Dioses!, ¿Cómo podía ser esa mujer tan hermosa? Era como contemplar a una diosa griega. Sin decir una sola palabra acató su deseo, él más que nadie deseaba probar de nuevo esos labios de los que probablemente jamás se cansaría de besar por mucho que nunca lo admitiera.

En el momento que Susan rozó los labios de su esposo volvió a aferrarse a él y notó como su lengua la penetraba entrelazándose con la suya mientras sentía que rozaba aquel placer exquisito. En el momento que el roce de los dedos del duque rozaron suavemente aquella parte íntima de su anatomía al mismo tiempo que se hundía en ella profundamente, sintió que todo su alrededor se desmoronaba explotando en mil pedazos y se sumergió en el más profundo deleite de pleitesía.

—Lamento lo del camisón —susurró Aaron ahora que estaba recuperando el aire y casi era incapaz de mirar el rostro de su esposa por vergüenza a su comportamiento.

—Yo no —contestó para sorpresa del duque y éste se apartó rápidamente para verla de frente—. Anhelo que me desees, Aaron —confesó sin reservas.

Susan no sabía si era bueno o no confesarle aquello, pero deseaba tanto su contacto que sencillamente las palabras habían salido sin control de sus labios.

—Te deseo más que a nada —contestó mirándola fijamente—. Tú has provocado que pierda todo mi control cuando estoy contigo…

Sin pretenderlo Susan sonrió. Aquella respuesta la colmaba, hacía que tuviera esperanzas, no sabía exactamente de qué, pero las tenía. Para su sorpresa notó como se dibujaba una pequeña sonrisa en el rostro de su esposo y eso hizo que se abrazara a él.

—Me gusta que pierdas ese control. —Se atrevió a decir algo sonriente.

Aaron no dijo nada, solo se limitó a acariciarle el cabello delicadamente mientras meditaba esa respuesta. En sus planes no estaba que Susan fuera así cuando se caso con ella. Había trazado unas pautas, se había marcado unos límites y hasta la fecha ella había logrado quebrantarlos todos a pesar de que durante los tres primeros meses de su matrimonio pensó que todo iría como planeaba. No sabía que había cambiado en ella, lo cierto es que a esas alturas comenzaba a darle absolutamente igual porque aunque su juicio estuviera dividido en dos, era innegable que estaba disfrutando como nunca lo había hecho de su matrimonio y en cambio a Susan no le había dado absolutamente nada de lo que se suponía que debería darle a una esposa. Ni tan siquiera le dio una alianza que estuviera a su altura, ni una luna de miel o un regalo digno de una duquesa. Todo lo había hecho mal con ella y en cambio jamás se quejó por nada.

—Será mejor que te lleve a tu habitación sin que nadie vea este desastre… —

susurró acomodándose la ropa por encima y cuando Susan se anudó la bata que llevaba abierta, la acogió entre sus brazos de un movimiento y emprendió camino con ella hasta su habitación.

Susan se aferró al cuello de su esposo para no caerse y sintió que flotaba entre sus brazos mientras aspiraba silenciosamente su agradable aroma a toques de madera y alguna esencia que le recordaba a hierbabuena. Era fresco y suave al mismo tiempo, adoraba ese olor proveniente de él tan característico. En el momento que sintió de nuevo el suelo bajo sus pies supo que la abandonaría de nuevo, que se marcharía a su habitación.

—Buenas noches, Susan…

Aunque ella hubiera querido decirle que se quedara, que no deseaba pasar la noche sola porque ese era su deseo, las palabras no lograron salir de sus labios y sencillamente acalló su pensamiento.

—Buenas noches. —Se limitó a decir mientras veía como la figura de su esposo asentía y se marchaba de nuevo dejándola sola en su habitación con aquel camisón destrozado tras el fulgor de la pasión que les había hecho arder a ambos allí abajo.

Antes de apagar el candil que prendía sobre su mesita de noche y cerrar los ojos esperando que el sueño la atrapara, Susan tuvo un último deseo… tener la seguridad suficiente para pedirle que se quedara con ella a pasar la noche la próxima vez que lo deseara. Conseguir aunar las fuerzas suficientes para no tener miedo de la respuesta negativa que él pudiera ofrecerle, pero sobre todo deseaba que por alguna razón, él también quisiera dormir a su lado aunque no fuese de forma frecuente. Quizá no lo conseguiría la noche siguiente o tal vez sí, pero en cualquier caso cada vez estaba más segura de que sentía algo por ese hombre que no dejaba de crecer en su interior, un sentimiento extraño que

nunca había explorado y era demasiado sobrecogedor para llegar a plantearse que quizá y solo quizá, podría tratarse de amor.

18

Aquella mañana hacía más fresco que el día anterior, lo cierto es que no parecía que fuera a lucir el sol, pero era un tiempo igualmente agradable. Con un vestido que no era de montar, pero sí lo suficientemente cómodo para moverse sobre el caballo, Susan se terminó de alistar para bajar a desayunar e inevitablemente bajó las escaleras sonriente recordando lo sucedido la noche anterior y pensando que pasaría gran parte de la mañana a solas con su esposo. La sola idea de hacerlo provocaba un rubor en sus mejillas como si de algún modo supiera que en aquella cabalgata podría intimar y conocer más cosas sobre él que hasta ahora desconocía.

Tenía tantas preguntas, demasiadas incógnitas por resolver y sobre todo, unas ganas irrefrenables de que se abriera a ella y tuvieran cierta confianza mutua como la que sus amigas tenían con sus respectivos esposos. Si.

Definitivamente eso era lo que deseaba tener con Aaron, una afinidad que con solo una mirada supiera que algo no estaba bien, algo que ni tan siquiera sus propios padres habían tenido, pero lo que más deseaba en el mundo era tener ese amor romántico que se describían en los libros…

En cuanto apareció en el comedor, sus ojos azules se posaron sobre aquel rostro perfectamente curtido y moldeado que tenía la mirada distraída en algún documento como si lo estuviera leyendo con sumo interés. Estaba solo, no había rastro alguno de las niñas y pensó que no deberían tardar en bajar, quizá había madrugado más de la cuenta pero la impaciencia la había hecho no aguardar la espera.

—Buenos días, Aaron —pronunció acentuando su nombre para que se diera cuenta de su presencia.

—Buenos días… Susan —terminó de pronunciar Aaron tras observarla y perder la vista en aquella trenza que bajaba sobre los hombros de su esposa y que llegaba hasta la cintura. Nunca la había visto de aquella forma, en alguna ocasión había gozado de verle el cabello suelto en la

intimidad de su habitación, pero no a plena luz del día, no luciendo tan brillante como lo veía ahora.

Aaron se fijó en aquellas mejillas sonrosadas, en la dulzura de su rostro y en aquella piel nítida y suave de su cuello que quedaba expuesta. Era preciosa.

Joven, afable, dulce, apasionada… y era suya. Su esposa. Únicamente de él.

Nunca pensó que aquella mujer que tenía en frente le hiciera sentirse tan diferente, mucho más jovial y lo cierto es que en las últimas horas podía afirmar que había gozado demasiado bien de su compañía, de hecho, estaba deseando de volver a quedarse a solas junto a ella para tener la oportunidad de volver a tocarla sin reservas.

—¿Aún no han bajado las pequeñas a desayunar? —preguntó Susan mientras tomaba asiento y comenzaban a servirle el desayuno.

—Si —afirmó el duque—. Lo hicieron hace unos minutos, pero tal era su deseo de ver de nuevo a los cachorros que les di permiso para que fueran a

visitarlos en cuanto terminasen de desayunar.

—¿Ya terminaron? —exclamó Susan abriendo los ojos sorprendida.

—Creo que fue el desayuno más veloz que jamás he contemplado —contestó con una sonrisa sincera y observó a Susan que le contemplaba fijamente.

Era la primera vez que ella le veía sonreír de aquella forma, quizá la primera que lo hacía de verdad y sin reservas. En ese momento sin pretenderlo Susan sonrió con complicidad y tuvo unas irrefrenables ganas de tocarle la mano, de acariciarle, de tener una simple muestra de cariño… solo que el momento mágico que ambos mantenían fue roto cuando la sirvienta entró con una bandeja de dulces recién horneados y la depositó sobre la mesa.

—¿Pastelitos de crema para desayunar? —exclamó Susan mientras se acercó a la bandeja aspirando ese aroma tan suculento y cogía uno de ellos.

—Ayer comprobé que te gustaron, por lo que le pedí a la cocinera que te los sirviera para desayunar.

¿Había hecho eso por ella?, ¿Porqué razón?

—Ha sido todo un detalle por tu parte tener tal consideración —admitió Susan.

—Eres mi esposa, te advertí antes de casarnos que yo cuido de lo que es mío y además puedes estar llevando a mi hijo en tu vientre. —La intensidad de su mirada era tal, que incluso los ojos verdes los tenía considerablemente oscurecidos a pesar de la luz matutina.

Susan no pudo soportar más tiempo mantener aquella mirada sobre ella y delicadamente la apartó hacia su taza para tomar un sorbo de té. Desde luego no era solo porque le tuviera estima, sino porque cuidaba de la mujer que le daría el heredero que tanto ansiaba. Por un momento había deseado que solo

la quisiera a ella, que tuviera en cuenta sus deseos por ella misma y no por ser el recipiente que le otorgaría su más profundo deseo. Tal vez hasta que no le diera ese hijo no la consideraría de otro modo, no comenzaría a verla como la mujer que estaba a su lado y con quien compartía su lecho cada noche…

El paseo comenzó rodeando la finca que se extendía por un bosque frondoso hasta llegar al río y después fuimos avanzando hasta llegar a una colina donde se podía apreciar todo el esplendor de los campos que existían alrededor de la enorme mansión. Hacía demasiado tiempo que Susan no montaba a caballo y lo cierto es que le estaba costando adaptarse con aquel vestido, de haberlo sabido habría llevado su traje de montar, pero ni tan siquiera planteó la posibilidad cuando confirmaron el viaje, así que lo tendría en cuenta para lo próxima vez si es que ésta daba lugar. Por suerte el ritmo que su esposo marcaba era suave, así que a pesar de aferrarse a las riendas del caballo con fuerza, por lo menos no llevaba medio galope que la pudiera tirar de la silla.

—¿Ves aquellos árboles frondosos del fondo? —exclamó Aaron señalando al frente con la mano.

—Si, son espléndidos —contestó Susan.

—Detrás de ellos está el límite de la propiedad. Hacia la derecha se extiende hasta aquella casa que se ve al fondo blanca, a la izquierda tras el bosque y finalmente donde nos encontramos nosotros.

—No pensé que sería tan grande… —aseguró Susan pensando que la mayoría de casas de campo que solían tener los nobles para pasar el

verano, apenas tenían tierras, puesto que no las cultivaban.

—Es una hermosa propiedad… no sé porqué hacía tanto tiempo que no venía por aquí. —Las palabras de Aaron afirmaban que ni él mismo se había dado

cuenta de lo rápido que habían pasado los años y el poco tiempo de disfrute que empleaba en sí mismo, aunque más que poco tiempo se podría decir que sencillamente era nulo.

¿Cuánto hacía que no se tomaba un descanso?, ¿Cuál fue la última vez que no trabajó un domingo?, ¿En qué ocasión decidió posponer algunos documentos importantes por pasar unas horas al aire libre como lo hacía ahora? La respuesta era sencilla; años… casi tantos como los que tenía su hija mayor.

—Es encantadora. Nunca imaginé que me gustaría tanto —afirmó Susan cuando una gota calló en su mejilla y pronto le siguió otra.

—Será mejor que volvamos rápido o terminaremos empapados —dijo Aaron dando media vuelva para iniciar el galope.

—No puedo cabalgar rápido con este vestido, si lo hago me caeré —

respondió Susan constatando un hecho, es más, probablemente con la lluvia se agravaría su montura.

En ese momento el duque se acercó hasta ella y sin siquiera desmontar la agarró por la cintura atrayéndola a él en un solo gesto y colocándola sobre su caballo. La cercanía tan próxima hacía que la respiración de Susan fuera entrecortada hasta el punto de no saber si realmente estaba respirando o no, de hecho fue consciente cuando aquel perfume la embriagó, porque hasta el momento habría jurado que estaría contiendo el aliento. Sentía todo su pecho en su costado, la firmeza con la que la sostenía solo hacía que se apretara aún más contra él y cuando la lluvia comenzó a caer con fuerza empapándoles a ambos sintió como la abrazaba para tratar de resguardarla.

A pesar de hacer el recorrido de vuelta en la mitad del tiempo que habían empleado a la ida, lo cierto es que la lluvia había calado completamente sus vestimentas y en cuanto Aaron descabalgó del caballo y acto seguido arrastró

a Susan hacia él, ésta se encogía del frío que sentía estremecer su cuerpo hasta calar sus huesos.

—Estás helada. —Ni siquiera era una pregunta, sino que el mismo duque podía constatar el temblor en el cuerpo de su esposa.

—Tú también debes estar helado —contestó aferrándose a él mientras la cogía en brazos.

En cuanto entraron en casa, la señora Nanet salió a recibirles algo asustada debido a la tormenta que se había formado en cuestión de minutos. Aaron ordenó que preparasen un baño de agua caliente de inmediato en la habitación de su esposa y subió las escaleras con ella en brazos hasta su propia habitación.

—Tienes que quitarte la ropa mojada o podrías enfermar —aseguró tratando de desabotonarle el vestido por la espalda, mientras ella se deshacía de su chaquetilla y la tiraba al suelo.

—Tú también tienes que quitártela —le ordenó Susan mirándole fijamente.

—Luego lo haré, cuando me asegure de que estás dentro de esa bañera con agua caliente —contestó atento a la vez que daba estirones a aquel vestido lavanda para que cediera y al fin la prenda fuera arrastrada hacia el suelo.

—¿Y tú? —respondió Susan dando un paso hacia atrás con el escote completamente abierto y probablemente con un aspecto lamentable y algo salvaje.

—Yo puedo esperar, tú debes tomar ese baño primero —contestó castañeándole los dientes—. No hagas que te lo ordene, porque lo haré. —Su tono intentaba ser apacible, pero Susan comprendió que si volvía a rebatirle terminaría dándole una orden.

—Está bien —afirmó aceptando que tomaría ese baño ella primero—, pero lo compartiremos juntos.

Era una osadía, una tremenda y total osadía, pero dadas las circunstancias era comprensible, ¿no?

¿Compartirlo? Pensó Aaron mientras la observaba con ese ceño fruncido y brazos cruzados. Se imaginó la escena y solo de pensarlo dejaba de tener frío.

—No creo que sea una buena id… —Los golpes en la puerta interrumpieron su contestación y seguidamente se escuchó alguien al otro lado que decía que el baño de la duquesa estaba listo, supuso que

con la tormenta, la señora Nanet debía haber estado calentando agua previsiblemente porque volverían empapados, de ahí la rapidez con la que habían gestionado todo. Con paso decidido, Aaron abrió la puerta y se encontró con una de las doncellas de la casa que se había quedado para asistir a Susan.

—Puedes marcharte, no necesitaré que nadie me asista —dictaminó Susan entrando por la misma puerta que instantes antes había traspasado su esposo.

La doncella asintió dejando la jarra en el suelo junto a las esencias y sin decir absolutamente nada se marchó de la habitación. Susan se desnudó ante la atenta mirada de su marido y se introdujo en aquella bañera que habían llenado velozmente de agua caliente bajo la atenta mirada del duque que la observaba sin decidirse.

—¿Aún tienes frío? —preguntó Aaron viendo como se encogía sobre sí misma dentro del agua rodeando con los brazos sus piernas. Era todo un deleite verla así, en aquella intimidad, algo que ni en sueños había imaginado ver…

—Un poco, quizá si te metes tú, pueda entrar en calor —aseguró Susan alzando la mirada para ver esos ojos verdes.

Como si aquellas palabras hubieran surtido efecto, Aaron comenzó a desvestirse tirando todas sus prendas al suelo sin ningún tipo de miramiento, puesto que estaban completamente empapadas aún y tal como dios le trajo al mundo se internó en aquella bañera junto a su esposa en cuanto esta le dejó hueco.

Cuando lo hizo, Susan se dejó caer hacia atrás con cierta timidez hasta que notó como el duque la rodeaba con sus brazos por la cintura y todo el frío pasó a convertirse en una bola de fuego que nacía desde su interior.

—¿Mejor ahora? —preguntó Aaron aún preocupado.

—Mucho mejor —alegó Susan con una sonrisa e inclinándose sobre él para alcanzar una de las esencias.

—No creo que esta situación sea muy adecuada… —mencionó Aaron cerrando los ojos y tratando de serenarse.

—¿Porqué no iba a serlo? —preguntó Susan extrañada.

—Porque los baños son privados… íntimos… no es correcto —alegó

en su defensa.

—Pero estamos solos y a nadie más le importa lo que podamos hacer en este lugar porque es nuestra intimidad y mientras a nosotros nos parezca correcto, lo demás no importará —contestó Susan tratando de analizar la situación y lo cierto es que pensó lo que habría contestado su amiga Julia en su situación.

Julia era decidida, mucho más atrevida que ella que siempre había llevado la misma vida aburrida y monótona. En los últimos días había vivido más aventuras que en toda su existencia, y eso que solo era porque había salido de la ciudad.

—Empiezo a perder el concepto de lo que es correcto o incorrecto cuando

estoy a tu lado —afirmó acercando su nariz a aquella nuca y acariciándola suavemente—, y lo cierto es que comienza a no importarme en absoluto.

—Tal vez sea porque eran erróneos dichos conceptos —susurró esta mientras se giraba lentamente hasta que sus labios se rozaron y un abrasador beso por parte del duque hizo que gimiera de placer.

Susan notó como la lengua del duque la embestía con tanta fuerza que casi era incapaz de responderle con la misma ansiedad que él poseía hasta que se giró sobre sí misma para quedar frente a él y al hacerlo este la alzó de forma que sentó a horcajadas sobre su cuerpo, justamente ese era el ancho que tenía aquella bañera. La sensación fue tan extraña al sentirse de esa forma sobre el cuerpo de su esposo, con pleno acceso a su cuerpo para tocarle, poseerle…

montarle como le había enseñado Catherine aunque apenas había practicado ese supuesto movimiento que debía hacer, pero la inquietud y curiosidad le pudo y conforme su mano se perdía bajo el agua recorriendo el pecho de Aaron que seguía devorando sus labios con frenesí, cuando rozó aquel miembro viril notó como este jadeó ante aquel roce y aprovechando la situación bajó lentamente inclinando su cuerpo hasta sentir como era invadida por completo.

Aaron abrió los ojos repentinamente observando la maestría de su esposa mientras ésta comenzaba a moverse lentamente sobre él. ¿Dónde había aprendido a hacer algo así? Solo de verla su incontrolable deseo se acrecentaba y con aquel fulgor que sentía acercó su boca a uno de sus pechos para saborear aquel manjar suculento.

Si antes había creído que Susan era única, especial… maravillosa, ahora debía añadir a todo eso que sencillamente era la mejor amante con diferencia que había tenido en toda su vida. No quería perderla. No a ella.

En el momento en el que Susan se desplomó sobre el pecho del duque completamente exhausta, solo tenía un único pensamiento en su mente y era que no sería la única vez que probaría esa postura. Definitivamente debía hacer más visitas a su amiga Catherine a partir de ahora.

¿Podría haber quedado embarazada yaciendo bajo el agua? La sola idea de que tras aquella escapada de varios días pudiera hacerlo era casi esperanzadora. Nunca había deseado con tanto fervor darle un hijo a ese hombre que en esos momentos. Anhelaba poder ofrecerle lo que deseaba, aunque solo quisiera eso de ella. ¿La rechazaría después de tener ese heredero? Solo de pensarlo se le estremecía el corazón e incluso recordaba aquellas palabras que le dijo cuando se casaron de que en cuanto le diera su heredero no volvería a molestarla, ¿Verdaderamente lo cumpliría? Tal vez sería mejor no pensar en ello ahora…

—¿Qué sentiste cuando tus anteriores esposas te dijeron que estaban esperando un hijo? —preguntó Susan sin separarse aún de su pecho, pensando en cuál sería su reacción.

—¿Qué sentí? —exclamó rozando con un dedo la piel del brazo de Susan mientras pensaba en aquella respuesta—. Desasosiego porque tenía la esperanza de tener ese heredero.

—¿Te enfadarías conmigo si por alguna razón vuelvo a darte otra hija? —

preguntó Susan algo asustada.

—¿Estás en cinta? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡No! —exclamó—. Aún no…

Por alguna razón Aaron se relajo al escuchar aquello a pesar de que debería desear todo lo contrario, ¿Por qué le aliviaba que su esposa no estuviera embarazada?

—Nunca te culparía si fuera una niña… jamás culparía a mi esposa por ello.

Cierto pesar que oprimía el pecho de Susan se esfumó y quedó un alivio que le daba esperanza. Al menos no era de esos hombres que culpaban a la mujer si el bebé era una niña, pero se enorgullecían cuando era un niño. Lo cierto es que conforme iba conociendo a su esposo cada día, comprobaba que no era para nada lo que había imaginado, es más, se estaba dando cuenta de lo gentil que llegaba a ser el duque de Buccleuch bajo aquella fría capa en la que solía enmascararse casi todo el tiempo.

—Quizá deberíamos echar otra jarra de agua caliente antes de que se enfríe demasiado —mencionó Susan acercándose hasta la jarra de barro que había dejado la doncella y vertiéndola sobre la bañera.

Tras repartir jabón en uno de los paños limpios, Susan comenzó a enjabonarse los brazos, el pecho, la nuca… hasta que Aaron le quitó el paño y siguió enjabonando su espalda…

—¿Alguna vez habíais enjabonado a alguien? —preguntó Susan sonriente ante la lentitud de sus movimientos.

—Jamás, ¿Tan mal lo hago para haberme delatado? —contestó con énfasis.

—Demasiado —respondió Susan riéndose.

Almorzaron junto a las niñas y pasaron el resto de la tarde en casa junto a ellas debido a que el tiempo no mejoró. Finalmente, Aaron decidió que cada una de las pequeñas adoptara a uno de los cachorros para mantenerlas entretenidas en casa y después de cenar a solas, Susan continuó leyendo un libro junto a la chimenea mientras su esposo parecía redactar algunas cartas en el pequeño escritorio que había detrás de ella.

En algún momento debió quedarse dormida, puesto que cuando abrió los ojos

sintió como abandonaba los brazos que la habían llevado hasta su cama.

Desconocía si estaba realmente despierta o no, pero lo cierto es que no deseaba que aquellos brazos de alejasen.

—Buenas noches, que descanses… —pronunció Aaron tratando de alejarse.

—Quédate conmigo. —Se atrevió a decir en voz alta—. Quédate a

pasar la noche…

—¿Es lo que deseas? —preguntó Aaron con un atisbo de duda.

—No quiero dormir sola —admitió y para su sorpresa él asintió acercándose de nuevo a ella rozándole la mejilla con un dedo.

—Entonces no te dejaré sola —contestó antes de comenzar a desnudarse.

19

La estancia en la casa de campo se prolongó durante cuatro días más, los cuáles Susan jamás olvidaría porque aquellas últimas cuatro noches Aaron las había pasado íntegramente a su lado sin necesidad de pedirle que volviera a quedarse. Mientras regresaban de nuevo a Londres, solo rogaba encarecidamente que aquel acercamiento que había tenido con su esposo no se enfriara, sino que permaneciera de la misma forma y con el mismo fulgor una vez estuvieran en la ciudad y bajo el techo de su mansión en Londres.

Era consciente de que Aaron regresaría a ocupar su mente con los negocios, más aún si tenía presente que lo había dejado demasiado tiempo de lado en aquella escapada repentina que se había alargado más de lo que inicialmente pensaba y que estaba segura de que no fue aún más larga por aquella carta que recibió esa misma mañana donde solicitaban su presencia de inmediato en la ciudad para arreglar ciertos asuntos de relevancia.

En el viaje de regreso solo hicieron un alto para almorzar, pero inmediatamente después retomaron el camino de regreso llegando poco después de que se pusiera el sol. En cuanto entraron en casa, la señora Edna

comenzó a chillar cuando vio a los dos cachorros que correteaban por la entrada mientras las pequeñas los perseguían tratando de alcanzarlos.

—¿Qué es esto?, ¿Animales en esta casa? —exclamó completamente sorprendida y quizá extrañada.

—Su excelencia les concedió esa gracia a las pequeñas que se enamoraron de los cachorros —contestó Susan deshaciéndose de la capa y el sombrero mientras su doncella trataba de alcanzar a alguna de las niñas para precisamente para quitárselos.

—¡Esto es muy inoportuno!, ¿Cómo puede estar de acuerdo con semejante disparate?, ¡Son muy pequeñas!

—Serán un entretenimiento y distracción. Además, así aprenderán a ser responsables —concluyó Aaron que acababa de entrar por la puerta después de dejar su caballo en la pequeña cuadra que tenían adosada a la parte de atrás de la casa.

—¡Oh claro! Por supuesto, excelencia —decretó inmediatamente la señora Edna—. Pediré que le sirvan inmediatamente la cena.

—Lo cierto es que mi esposa y yo estamos realmente fatigados del viaje, así que agradecería que nos sirvieran la cena en nuestra habitación y también un baño caliente.

Susan observó a su esposo que la miraba fijamente y guardó silencio puesto que ella misma tampoco deseaba una cena formal en aquellos instantes, sino que prefería la privacidad que le otorgaba su habitación.

—Por supuesto, excelencia. Ordenaré que lleven la bañera a su habitación —

contestó la señora Edna.

—Ordene que la lleven a la habitación de la duquesa.

Su orden pareció contrariar a la mujer que fue incapaz de negarse y simplemente hizo un asentimiento con la cabeza antes de desaparecer completamente.

Mientras preparaban el baño y la cena, Susan ayudó a su doncella a desvestir y asear a las pequeñas antes de tomar un pequeño refrigerio. Les habían encontrado un lugar para dormir a los cachorros en una de las habitaciones de abajo que hasta ahora había servido como guarda muebles y de ahora en adelante sería el lugar donde los animales durmieran. Les permitió bajar a despedirse de los pequeños cachorritos antes de irse a la cama con la condición de que se acostaran pronto y así mismo, volvió a sus aposentos donde observó como vertían los cubos de agua caliente en la bañera hasta llenarla y dejaban varias jarras de repuesto para aclararse una vez estuviera enjabonada.

—Pueden marcharse —ordenó Aaron entrando por la puerta que conducía a su recámara haciendo que las dos sirvientas que había en la habitación, una de ellas para asistir en el baño y la otra porque traía la cena, le mirasen extrañadas y después dirigieran su mirada hacia la duquesa para ver si ésta aprobaba la decisión.

Susan asintió llevándose una mano a los labios para tratar de ocultar su sonrisa porque sabía perfectamente lo que su esposo pretendía y seguramente era rememorar aquel baño que se habían dado juntos en aquella casa de campo y que precisamente no habían repetido.

—Probablemente ahora toda la casa murmurará que mi esposo va a asistirme mientras me baño —dijo Susan con cierto atisbo de ironía.

—Pueden pensar lo que les plazca querida, pero soy quien da las órdenes en esta casa. Y ahora mismo solo me apetece darme ese plácido baño caliente

junto a mi esposa.

Las palabras del duque colmaron a Susan hasta el punto de que se quedó embelesada observándole mientras éste se desnudaba delante de ella e inconscientemente se mordió un dedo visualizando cada músculo de la piel curtida que tenía su esposo. ¿Era normal admirar tanto su belleza?, ¿Era sensato alabar aquella piel?, ¿Sería pecado soñar con que sus labios la besaran? Lo cierto es que ya no sabía diferenciar qué era fascinación y qué era realidad, empezaba a sospechar que su mente traicionaba a su razón y que sencillamente era incapaz de darle sentido a todo aquello.

—¿No deseas acompañarme? —preguntó el duque sacando a Susan de su ensoñación que le observó absorta.

—¡Si! —afirmó repentinamente—. Me encantaría —aseguró ahora más calmada y con una pequeña sonrisa mientras comenzaba a desvestirse.

Cuando se introdujo en la bañera, el agua caliente cubrió su piel provocando que sus músculos se relajasen a pesar de no poder evocar el recuerdo del último baño que se dieron juntos—. Ha sido una pena que recibieses esa carta esta mañana, lo estábamos pasando tan bien en la casa de campo… —alegó Susan tratando de hablar sobre algo.

—Si. Casi me había olvidado de las responsabilidades en la ciudad hasta que la recibí. Tal parece que mi nueva esposa tiene el poder de hacerme olvidar mis prioridades —contestó en un tono neutral.

—Yo no pretendía… no pretendo… yo no quisiera…

—Csshh —siseó Aaron tratando de acallar a su esposa—. Ven aquí —añadió atrayendo el cuerpo de Susan hacia él para que se recostase sobre su pecho—.

Solo trataba de admitir que me gustó pasar estos días a tu lado junto a mis hijas.

—Entonces tal vez podríamos realizar alguna otra escapada más adelante,

¿No te parece? —preguntó Susan ahora sonriente.

Aaron sopesó aquellas palabras, pero era consciente de que no podría ser muy pronto debido a sus negocios. En ese momento pensó en su buen amigo Henry, el duque de Sylverston. ¿Cómo conseguía mantener todo en orden y poder ausentarse todo el verano con su familia? Incluso tenía constancia de que acompañaba a su mujer en viajes a la India o Asia en busca de tejidos nuevos para su boutique y de paso él importaba algunos hilos para fabricar sedas o géneros nuevos en su fábrica.

—Quizá más adelante. —No quería dar una respuesta negativa, tampoco afirmar algo que quizá no pudiera cumplir, pero a como diera lugar, trataría de darle a Susan esa luna de miel de la que la había privado en cuanto pudiera permitirse ausentarse varios días de la ciudad.

Susan se conformó con aquella respuesta y cogió una de las uvas que había en aquella fuente de fruta que tenían a su izquierda para llevársela a la boca y saborear el fresco jugo de su contenido.

—¿Quieres un poco de vino? —preguntó Susan sirviéndole una copa a su esposo.

—Desde luego —contestó cogiendo la copa de metal que le ofrecía y llevándosela a los labios—. ¿Tú no te sirves ninguna?

—No —negó girándose hacia él mientras se introducía otra uva en la boca—.

El vino me adormece demasiado.

—¿Y deseáis estar despierta? —preguntó entonces extrañado.

—Completamente —susurró cogiendo ahora la pastilla de jabón y untándola en uno de los paños para comenzar a enjabonar el cuerpo del duque mientras

él la observaba detenidamente.

Mientras Susan acariciaba con aquel paño la piel del duque deslizando suavemente por su brazo el trapo enjabonado bajo su atenta mirada, cubrió minuciosamente cada recodo del curtido cuerpo de su esposo mientras éste cogía de vez en cuando alguna pieza de fruta y se la llevaba a la boca a la vez que la dejaba recorrer su cuerpo a su antojo.

Cuando ésta termino de hacerlo, sorpresivamente Aaron le quitó aquel paño y realizó el mismo proceso con ella bajo la atenta mirada de ésta. Cubriendo su espalda, su pecho, sus brazos, sus piernas… e incluso llegando a su entrepierna donde gimió inesperadamente, pero dejó de nuevo el paño en su lugar y volcó una de las jarras de agua limpia sobre su cuerpo para retirar los restos de jabón.

Envuelta en un paño de mayor tamaño para secarse, Susan se acercó a la chimenea y se preguntó cuál sería el siguiente paso, qué era lo que su esposo haría ahora que se habían dado aquel baño y habían cenado. ¿Se quedaría?,

¿O por el contrario se iría? En aquel momento llamaron a la puerta y ella observó como sin ningún atisbo de vergüenza su esposo se encaminaba hacia ésta envuelto en su batín azul.

—¿Señora Edna? —preguntó en cuanto abrió la puerta extrañado.

Con toda probabilidad Aaron había pensado que se trataría del servicio que vendría a retirar todo lo referente al baño, pero jamás había creído que fuese la propia Edna quien estuviera tras la puerta.

—Disculpe excelencia. Pensé que la duquesa estaría a solas y me había tomado la molestia de prepararle un té para dormir ya que comentó que estaba fatigada del viaje.

Aaron levantó la vista mirando hacia su esposa que se encogió de hombros y

negó con un gesto de cabeza la ofrenda.

—Mi esposa le agradece su preocupación —dijo entonces el duque cogiendo la bandeja que llevaba la mujer—. Buenas noches señora Edna.

Tras decir aquello cerró la puerta y dejó la bandeja junto a la fuente de fruta de la que habían estado comiendo.

—Deberías ser más amable con la señora Edna. Es evidente que la mujer intenta agradarte teniendo el detalle de traerte un té a estas

horas solo porque le preocupa que no descanses lo suficiente.

Susan no estaba tan segura de que la señora tuviera tal preocupación, aunque quizá sí que intentaba ser agradable teniendo en cuenta que había usurpado el lugar que hasta ahora ella ocupaba en la casa. Primero las niñas, después las atenciones del duque… ¿Qué sería lo siguiente? Desde luego esa mujer tenía razones para odiarla, pero su estrategia parecía ser más bien la de querer ser amable para contentarla y probablemente lograr quedarse en aquella casa.

—Nunca la he tratado de un modo que no fuera afable, salvo cuando descubrí cuáles eran sus tácticas de enseñanza. —Se justificó Susan—, pero intentaré ser mucho más amable con ella a partir de ahora si ese es tu deseo.

—En realidad solo quiero cordialidad en esta casa. Estoy muy agradecido a la señora Edna por hacerse cargo de mis hijas durante estos años como mejor sabía hacer y no me parece conveniente que ahora se sienta como una intrusa.

Aunque ya no sea parte de mi familia siempre será la abuela materna de mi hija y espero que mi esposa acepte eso.

—Y lo acepto… —susurró Susan sin admitir que había algo en esa mujer que no le terminaba de convencer. No se explicaba que era, tampoco sabría decir porqué, podría decirse que era un sexto sentido que le indicaba que así era, pero tenía clara una cosa; jamás se fiaría de aquella mujer—, acepto que hasta

que yo llegara ella era quien manejaba las cosas en esta casa, pero ahora debe entender que yo soy tu esposa y que es normal que sea yo quien tome las decisiones.

—Dudo mucho que la señora Edna no sea consciente de que eres tú quien maneja ahora esta casa —concluyó volviéndose a servir otra copa de vino.

Susan no quería fomentar ningún tipo de malestar entre la señora Edna y su esposo, pero lo cierto es que aquella mujer aún se tomaba algunas cosas de la casa como si ella siguiera siendo la dueña y señora del lugar. Prefirió no decirlo, hasta el momento no había sido algo que le molestara demasiado, pero sí que resultaba un poco inusual que profesara su malestar con ella y en cambio fuera pura cortesía en la presencia del duque.

—Supongo que tienes razón —decretó volviendo la vista hacia el

fuego y no deseando contrariar a su esposo—. He pensado que podríamos invitar a mis padres a cenar alguna noche, si te parece bien —concretó Susan tratando de cambiar de tema. Si había algo de lo que no le apetecía hablar en aquellos momentos, era de la señora Edna.

—Si —afirmó—. Por supuesto que me parece bien, puedes invitarles cuando gustes —confirmó acercándose hasta ella y dejando la copa en la repisa de la chimenea.

—Me pasaré mañana mismo por casa para comunicárselo, seguramente se estén preguntando porque llevo varios días sin pasar a saludarles…

—Tu casa es ahora este lugar, Susan —afirmó Aaron cogiéndole la mano y acariciando levemente con el pulgar el dorso de ésta—. Este es tu hogar.

—Yo… —comenzó a decir dubitativa—. Sé que esta es mi casa ahora.

Antes de que pudiera continuar hablando, de que pudiera añadir algo más,

Aaron selló sus labios cálidamente y Susan notó el sabor a vino que emanaba de ellos. La acogió entre sus brazos, la llevó hasta su lecho y volvió a hacerla suya como lo hacía cada noche, solo que ésta vez, en aquel lugar que era su hogar, por primera vez no se marchó de su habitación, sino que apagó las velas que prendían en su mesita de noche y la estrechó contra su pecho deseándole las buenas noches.

Algo había cambiado. Definitivamente algo había cambiado entre ellos durante aquel viaje y lo cierto es que nada le agradaba más que aquella sensación de estar protegida entre sus brazos mientras se dejaba atrapar por el sueño.

20

Al día siguiente Susan despertó gracias a que su doncella personal había acudido a su habitación para asistirla, ahora que estaban de regreso en casa y contaban con más personal, Gladys volvía a estar a su entera disponibilidad, aunque era la única en quien confiaba para cuidar de las pequeñas y quizá iba siendo hora de que ella buscase una nueva doncella que la asistiera para no sobrecargar a su doncella de toda la vida con dos tareas. Aunque hasta la fecha desde que se hiciera cargo de la responsabilidad de las niñas se había apañado bien, lo cierto es que pronto comenzaría la temporada y con ella asistir a bailes, reuniones y cenas de gala a los que serían invitados por ser los duques de Buccleuch y ahí si necesitaría contar con la entera disponibilidad de su doncella personal.

—Buenos días mi *lady* —pronunció la doncella a los que sus años ya provocaban que tuviera pequeñas arrugas alrededor de sus ojos. Gladys debía rondar la cuarentena y llevaba casi una veintena de años al servicio de los Brandon para tener especial cariño a su señora que se había convertido en la duquesa de Buccleuch.

—Buenos días Gladys, ¿Qué hora es? —preguntó Susan algo desorientada.

—Las nueve en punto. Ya desperté a las pequeñas y la señora Eloise las está vistiendo para que bajen a tomar el desayuno junto a usted, mi *lady*. Le traigo el correo, por si desea leerlo en privado, casi todo son cartas de sus amigas, concretamente de *lady* Julia y *lady* Emily.

Susan sonrió porque Gladys siempre se tomaba la molestia de comprobar de quien se trataba para que ella tomara la decisión si eran o no importantes.

—Gracias Gladys, las leeré más tarde —concretó Susan pensando que probablemente Emily la informaba de que sus prendas estarían listas y Julia probablemente se preguntaría cuando la visitaría en su casa para tomar el té y de paso darle esas clases de baile que mencionó aquella tarde en la que cambió absolutamente todo.

—¿Qué vestido desea que le ponga, mi *lady*? —insistió Gladys mientras recogía las prendas que había por el suelo y comprobó que no solo eran de su señora, sino también del duque. No mencionó nada, sencillamente las dejó sobre uno de los mullidos sillones y se dirigió hacia el armario donde guardaba los vestidos de la duquesa.

—El verde jade —contestó Susan sonriendo mientras evocaba el recuerdo de esos ojos verdes del duque que por alguna razón comenzaba a recordar más de la cuenta.

Tras el desayuno y mientras las hijas del duque retomaban sus clases leyó detenidamente las cartas y efectivamente, Emily indicaba que podía pasar por Lynetś a recoger sus prendas encargadas cuando quisiera y Julia la invitaba a tomar el té en su casa a la vez que le pedía disculpas si la había ofendido de alguna forma la última vez que se vieron, puesto que no había tenido noticias suyas desde entonces.

Quiso darle prioridad a la carta de Julia, así que en cuanto terminó su desayuno, se colocó su sombrero y chaquetilla antes de tomar el carruaje y presentarse en la casa familiar de los duques de Sheraton.

—¡Susan! —gritó Julia nada más ver a su amiga extendiéndole los brazos como bienvenida—. ¿Porqué no has avisado? Aunque definitivamente ha sido una muy grata sorpresa.

—Vine en cuanto leí tu carta. Hemos pasado unos días alejados de la ciudad y lo cierto es que tengo muchas cosas que contarte, por eso decidí venir inmediatamente. Lamento no haberlo hecho antes.

—Tranquila —contestó Julia—. Cuando no obtuve respuesta por tu parte, decidí hablar con Catherine para ver si ella sabía algo y me informó que te habías marchado de la ciudad. Llegué a pensar que tal vez estarías ofendida conmigo cuando no viniste a visitarme en todo este tiempo como habíamos acordado.

—La verdad querida amiga es que las cosas han cambiado desde entonces y confieso que apenas tuve tiempo alguno de poder escaparme. Mi esposo me hizo cargo de la educación de sus hijas, aunque si soy sincera es algo que me resulta de lo más gratificante —admitió Susan con la mirada un tanto brillante.

—Así que ahora sabes lo que significa ser madre —sonrió Julia cómplice de aquellas palabras y la invitó a sentarse mientras ordenaba que preparasen el té.

—Cuéntame, ¿Siguen las cosas igual entre tu esposo y tu? —preguntó

Julia delicadamente tratando de no tomar tan a la ligera el tema. Emily la había reprendido lo suficiente para no hacerlo la próxima vez que viera a su amiga.

—Las cosas han cambiado tanto desde entonces…

El tono de voz que empleaba Susan era casi ensoñador, como si estuviera rememorando algún momento que se había grabado a fuego lento en su memoria.

—Por esa mirada yo casi me atrevería a decir que incluso estás enamorada, mi querida Susan.

—¿Enamorada? —exclamó Susan observando ahora detenidamente a su amiga, pero analizando verdaderamente lo que él le hacía sentir, aquel sentimiento sobrecogedor que le profesaba su esposo—. ¿Cuándo sabes que estás enamorada?, ¿Qué es lo que se supone que se siente para saberlo realmente? —preguntó algo desesperada.

—Imagino que si me preguntas eso es porque no sabes si lo que sientes es realmente amor o solo cariño por él —contestó Julia observando la duda en su amiga.

—Estoy confusa. Siento un torbellino de emociones a los cuáles no puedo poner nombre, pero hay tantas cosas en el duque que me fascinan, puede ser tan gentil en algunos momentos y tan frío en otros… no lo sé, pero lo que puedo afirmar es que el tiempo pasa demasiado rápido cuando estoy a su lado porque nunca me parece suficiente, siempre deseo más, ansío más, quiero más… y sobre todo anhelo profundamente cada encuentro, cada ápice del tiempo que pasa a mi lado esperando que todo se detenga a nuestro alrededor para que así sea eterno. ¿Es eso amor?, ¿Lo que siento por él es amor?

—Querida, yo no puedo conocer tus sentimientos, pero tu rostro se ilumina cuando hablas de él y tus ojos brillan de emoción al evocar su recuerdo. Si eso no es amor… no sé que lo será entonces. Yo me enamoré de Richard el primer día que le vi. Sentí que fui suya en el momento que sus ojos se posaron sobre los míos y fue como si algo dentro de mi me lo gritase a voces

a pesar de que al mismo tiempo tratara de negármelo constantemente.

—¡Dios mío! —exclamó Susan recordando la primera vez que vio a Aaron, esa vez en su casa con aquella mirada verde y profunda que recorrió su silueta embriagándola y desde ese instante no pudo olvidarle, hubo algo en él que profundizó y perforó su mente hasta el

punto de soñar con él, algo que jamás le había ocurrido con ningún otro hombre—. Estoy enamorada de él…

—admitió llevándose una mano temblorosa a la boca tratando de controlar su propia sorpresa tras descubrir sus verdaderos sentimientos—. Siempre he estado enamorada de él a pesar de no saber qué era lo que realmente sentía.

Nunca creí que pudiera ser amor, incluso llegué a pensar que le detestaba, que lo odiaba, que nunca podría amar a alguien tan frío y distante a pesar de no poder evitar desear que me mirase de otro modo, de anhelar ganarme su cariño y de creer que tras todo aquello se ocultaba un hombre bueno y gentil…

—Pero, ¿Él es bueno y gentil contigo? —preguntó Julia algo preocupada.

—Si yo te contara… —susurró Susan con una espléndida sonrisa ahora que era consciente de cuánto amaba a su esposo.

¡Amor!, ¿Cuántas veces había anhelado ese sentimiento? Tantos años persiguiendo encontrar al hombre adecuado, tratando de alcanzar ese sueño de tener un matrimonio por amor y finalmente lo tenía… ¡Lo tenía! Sentía las ganas de gritarlo para que todos lo supieran, de exclamar por cada esquina lo feliz que aquello la hacía.

—Pues tengo toda la mañana a tu disposición —contestó Julia con una sonrisa y finalmente Susan comenzó a relatar sin entrar en demasiados detalles cómo habían cambiado las cosas en su matrimonio.

—¿Crees que podría llegar a amarme, Julia? —preguntó esperanzada —. Sé

que el duque de Sheraton no te amaba cuando os casasteis, pero se terminó enamorando perdidamente de ti como bien salta a la vista… ¿Podría pasarme eso a mi?, ¿Podría mi esposo enamorarse? —insistió desesperada, como si su corazón se hubiera acelerado de pronto y necesitara tener respuestas a todas sus preguntas.

—Es cierto que Richard no me amaba cuando nos casamos, también es cierto que desconozco el momento en el que se enamoró —contestó Julia con una vaga sonrisa—, pero creo que vas por el camino adecuado mi querida Susan y a veces es peor hostigarse a uno mismo deseando que eso ocurra en lugar de dejar que las cosas sencillamente surjan. Tú misma me has confesado que algo ha cambiado entre vosotros, que su indiferencia ya no existe… quizá solo es el tiempo el

que deba decidir vuestro destino.

—Te escucho y parece que estoy hablando con Emily —contestó Susan riéndose.

—Tal vez sea porque me dio una soberana reprimenda la última vez que nos vimos —confesó Julia compartiendo aquella complicidad.

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó Susan intrigada.

—En realidad solo me recordó que mi esposo no fue un santo precisamente y que tratara de ponerme en tu lugar si esa hubiera sido mi situación cuando me case con Richard. Supongo que comprendí por lo que debías estar pasando, cuáles eran tus miedos en ese entonces y supe que no tuve la mejor reacción del mundo —admitió —. Aunque sigo manteniendo que es un patán…

La risa de Susan se hizo eco por toda la sala y Julia se sintió algo aliviada.

—Puedo asegurar que no es ningún patán… —contestó secándose las lágrimas que caían de sus ojos—, será mejor que me vaya, creo que me he entretenido demasiado tiempo y aún quiero pasar por Lynetś para recoger

algunos encargos antes de volver a casa.

—Aún te espero para darte esas clases de baile aunque ya no las necesites…

—contestó Julia levantándose para despedir a su amiga.

—Lo estoy deseando, aunque tendrán que esperar un tiempo hasta que consiga adaptarme a mi nueva vida de madre —sonrió Susan colocándose de nuevo su sombrero y despidiéndose de su íntima amiga.

Tras el paso por Lynetś sin que Emily estuviera presente por desgracia, puesto que le habría encantado saludarla, recogió el encargo que tenía preparado meticulosamente y regresó a casa. En cuanto entró por la puerta detectó dos bolitas de pelo blancas que correteaban por la entrada e inmediatamente después Madeleine y Diane corrían tras ellas.

—¿No se supone que deberíais estar con vuestra institutriz? —exclamó Susan con cierta sonrisa en los labios.

—Mi *lady*, las pequeñas tenían hoy clase de canto, pero Madame Burerly no ha podido venir por sentirse indispuesta —contestó una de las doncellas, puesto que Gladys la había acompañado en su salida.

—Tal vez *lady* Susan lo sabría si no se ausentara tanto de sus obligaciones —

contestó en ese entonces la señora Edna que acababa de presenciarse en la entrada.

Susan se mordió la lengua para no decir algo de lo que más tarde se arrepintiera y pensó en contestar con la verdad, pero lo cierto es que no tenía porqué darle explicaciones a esa señora, ella solo respondía ante su esposo, no ante aquella mujer.

—Mis obligaciones no son de su incumbencia, señora Edna, ¿Tal vez deba recordarle quien es la señora en esta casa? —exclamó Susan apaciblemente

mientras le entregaba su chaquetilla a su doncella—. Y si tanto le molesta que ahora la educación de las hijas del duque no sean su competencia, le muestra sus quejas a su excelencia, no a mi.

La señora Edna apretó fuertemente los labios y podría decirse que también los puños, para posteriormente desaparecer por el pasillo que llevaba a la parte trasera de la casa en un absoluto silencio.

—Creo que ya era hora de que le dijera a esa mujer quien manda en esta casa, mi *lady* —dijo Gladys rompiendo aquel silencio solo roto por el ruido lejano de los chillidos que daban las niñas al corretear por alguna estancia de la casa.

—Lo cierto es que no me apetecía en absoluto declararle la guerra a esa mujer —admitió Susan—. Su excelencia me pidió tratarla amablemente, pero hay algo en ella… no sé decir exactamente qué Gladys, pero no me gusta.

—Creo que no es la única que lo ha notado, mi *lady*…

Saber que no eran imaginaciones suyas, tener la certeza de que su doncella sospechaba que había algo en aquella mujer que resultaba oscuro; la confortaba. Había llegado a pensar que solo era el recuerdo que esa señora pudiera aportarle al duque sobre su primera esposa, incluso se había obligado a sí misma a desechar cualquier rechazo que la señora Edna le transmitía, pero esa mirada oscura, la falsedad que mantenía cuando su marido estaba presente la delataban, sin duda

alguna algo dentro de sí misma le decía que desconfiara de cualquier cosa que dijera o hiciera aquella mujer.

21

Aaron se encontraba en la cámara de los lores mientras se debatía si a probar o no la nueva reforma propuesta por la cámara de comunes. Lo cierto es que tenía la mente demasiado abstraída de aquella discusión y puesta en otros asuntos mucho más personales. No sabía como alejar de sus pensamientos a Susan, le estaba sucediendo algo inusual en él y que jamás le había ocurrido con ninguna de sus anteriores esposas. En todos sus años de casado, ni *lady* Sarah, ni *lady* Rebecca habían manifestado deseo alguno hacia él como el que *lady* Susan expresaba. Aquello traspasaba su entendimiento, lógica o razón por el comportamiento que debía mantener una dama hacia su esposo y la cuestión era si estaba simplemente sorprendido o demasiado embriagado por ese placer que ella le proporcionaba.

No sabía como debía sentirse o cómo debía proceder ante aquello. En sus anteriores matrimonios siempre respetó los deseos de sus esposas, era consciente de que las damas solo consentían su deber conyugal en el lecho para darle su heredero y así se lo había manifestado su primera esposa *lady* Sarah cuando le advirtió que estaba esperando un hijo y no era necesario que acudiera a su habitación a partir de ese momento, es más, le advirtió que sería

perjudicial para el hijo que esperaba en caso de hacerlo.

Su segunda esposa no mencionó nada al respecto, pero nunca fue una dama que expresara realmente algún afecto… aún podía recordar el momento en el que le mencionó que estaba esperando un hijo y podía notar la inexpresión en su rostro al hacerlo. En cambio, su tercera esposa era tan expresiva, tan embriagadora, que lo extraño sería que mantuviera una expresión neutra en cualquier momento.

Había algo en *lady* Susan que le cautivó la primera vez que la vio, quizá fue precisamente eso; su carácter, esa fuerza que transmitía a través de sus ojos azules y su cabello del color del fuego los que le hicieron creer que era diferente. Tuvo muy claro que no deseaba a otra esposa que fuese frágil y delicada por su aspecto, no deseaba tener la pesada carga de otra muerte más a su espalda como las

anteriores porque por más que le dijeran que no era su culpa, tenía muy claro que él era el único responsable de que sus dos esposas fallecieran en el parto alumbrando a sus hijas. Si no fuera por su deber hacia el linaje de su familia podría mandar al diablo tener más descendencia.

Hacía varios días que no dejaba de pensar una y otra vez en lo mismo. Era como un mal presagio, un horrible y punzante sentimiento de pérdida que era incapaz de apartar de sus sueños. La imagen de Susan alumbrando a su hijo no cesaba de estar en su cabeza y con ella la acompañaban la pérdida tras el doloroso parto, solo que en esa ocasión no sentía alegría por tener a ese ansiado heredero, sino más bien una sensación de vacío tan profunda que le desgarraba el pecho.

— *Lord* Buccleuch, ¿Está usted bien? —La voz profunda del duque de Sylverston a su izquierda le hizo volver de nuevo al presente, donde las voces lejanas le advertían que al parecer aún se seguía discutiendo el rechazo de la propuesta.

—Si, estoy bien *lord* Sylverston. Solo estaba pensando en varios asuntos urgentes que debo tratar en cuánto termine esta reunión —contestó Aaron tratando de evitar a toda costa manifestar que su distracción era debida a cierta mujer que eclipsaba literalmente todos sus pensamientos.

—Le entiendo. Lo cierto es que debido a esta convocatoria de la cámara me he visto obligado a aplazar un viaje en el que tenía previsto partir esta misma tarde —confesó Henry.

—Disculpa mi atrevimiento, pero de todos es sabido que posee varias fábricas e inversiones en negocios fructíferos por toda la ciudad e incluso fuera de Londres. ¿Cómo logra tener tanto tiempo para evadirse de sus responsabilidades?

Aaron observó como *lord* Sylverston sonreía con la mirada algo perdida y supo que iba a revelar su secreto del éxito, la razón por la que no era un esclavo de oficina como él mismo era si quería que todo saliera a la perfección.

—Confío en las personas adecuadas y delego la responsabilidad en ellos bajo mi estricta supervisión. Tengo a varios hombres de mi entera confianza, eso sin mencionar que hace tiempo que solo invierto en negocios que tengan posibilidad de dar grandes beneficios, pero no dirijo ninguno de ellos —

confesó *lord* Sylverston como si no fuera ningún secreto la gestión de

su patrimonio.

¿Personas de confianza? Pensó Aaron. Si era sincero consigo mismo no confiaba en nadie, en absolutamente nadie a quien dejar su patrimonio y creer que estaría en buenas manos, pero era una idea brillante que meditar y valorar detenidamente.

Conforme fueron pasando los días, Susan se estableció en una rutina sin

retorno debido a la ausencia de su esposo en los negocios. A pesar de que compartía el lecho cada noche junto a ella, nunca despertaba junto a él, sino que cuando lo hacía, éste ya se había marchado muy temprano. La mayoría de los días no volvía para tomar el almuerzo en casa y aunque lo hiciera religiosamente para cenar, lo cierto es que con el comienzo de la temporada la mayoría de esas veladas debían pasarlas en compañía con el añadido de que apenas pasaban tiempo a solas. Pensándolo mejor, casi era preferible las veladas sociales a tener que compartir la cena junto a la señora Edna.

—Buenos días mi *lady*, ¿Qué tal se encuentra hoy? —preguntó su nueva doncella Esther que apenas llevaba una semana en sus funciones.

A pesar de la juventud de Esther, lo cierto es que Gladys había sabido formar muy bien a su sobrina en las dos semanas que llevaba en aquella casa y la joven se había adaptado bastante rápido a las costumbres de su señora.

—Sigo con el estómago revuelto —confesó Susan—. Me temo que no me está sentando nada bien trasnochar en esta temporada —admitió como si la cabeza fuera a estallarle y sintiendo aquellas nauseas horribles probablemente por el vino que había tomado en la noche.

Se había negado a probarlo, pero tras la insistencia de su amiga Julia terminó tomando más de una copa solamente para calmar sus nervios. Llevaba tiempo deseando confesar de algún modo sus sentimientos hacia su esposo, pero nunca veía el momento oportuno de hacerlo, más aún cuando este parecía más sumergido que nunca en sus negocios.

—Mi *lady*, disculpe mi atrevimiento puesto que es la primera vez que sirvo a una dama y me siento muy privilegiada de que me haya escogido por recomendación de mi tía, así que si me entrometo en un tema que no me corresponde agradecería que me reprendiera —dijo la joven Esther algo

dudosa.

Susan observó a la joven algo inquieta y nerviosa, no tenía ni la menor idea de lo que pensaba decirle, pero hasta sintió curiosidad a pesar de su estado en saber qué era lo que la joven tendría que decirle. Igual pensaba que era una de esas damas alcohólicas que aprovechaban los eventos sociales para pasarse con el vino.

—Adelante Esther, te prometo que tendré en cuenta tus palabras —contestó Susan llevándose el paño de agua fría a su frente para sentir cierto alivio.

—¿Sería posible que esté confundiendo sus síntomas con un embarazo? —

preguntó la joven observando a su señora y llevándole la palangana donde alguna mañana incluso había vomitado.

¿Embarazada? Pensó Susan analizando los hechos. ¿Podrían ser esas nauseas síntoma de un embarazo? Sus ojos se abrieron de forma sorpresiva y miraron a la joven Esther que parecía asustada como si temiera que fuera a regañarla por meterse en algo tan íntimo como aquello, pero lo cierto es que nadie mejor que ella para darse cuenta… ella y su doncella de toda la vida.

—¡Llama a tu tía Gladys inmediatamente! —exclamó Susan algo agitada—.

¡No me importa lo que esté haciendo, haz que venga enseguida! Y no le digas nada respecto a este tema —añadió Susan porque lo que menos deseaba era que alguien pudiera escucharla si aquella noticia era incierta.

La joven doncella asintió saliendo de la habitación apresuradamente.

Un hijo. ¿De verdad estaría embarazada de su esposo?, Por todos los dioses rogaba que así fuera, aunque no quería hacerse vanas ilusiones todavía, pero sería lo más lógico teniendo en cuenta cuánto lo deseaba tanto ella como su esposo. Estaba segura de que un hijo le uniría más a él, anhelaba tanto darle lo que deseaba que no quería equivocarse precipitadamente, no deseaba dar la

noticia hasta no estar realmente segura de ello.

En cuanto Esther regresó junto a Gladys a la habitación, su doncella de toda la vida la miraba con cierto escepticismo por el secretismo de

la situación.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Gladys observando la mudez de *lady* Susan. La conocía lo suficientemente bien para saber que algo estaba pasando.

—¿Es posible que esté embarazada Gladys?, ¿Es realmente posible? —

preguntó esperanzada y la doncella miró entonces a su sobrina alertada.

—Madre tuvo ocho hijos después de tenerme a mi tía y por sus síntomas yo diría que lo está —confesó la joven.

—Si en todo este tiempo que dejé de asistirla no limpiaste sus paños de sangre, es muy posible que lo esté —contestó Gladys a su sobrina que negó haberlo hecho.

—¡Oh dios mío! —exclamó Susan con una sonrisa de felicidad en el rostro

—. ¡Oh dios mío! —volvió a exclamar mientras se le saltaban las lágrimas de pura felicidad.

—Es mejor que lo constate un médico mi *lady*, antes de que le confiese sus sospechas a su esposo.

—¡Si! —gritó Susan algo nerviosa—. Iré hoy mismo, pero hasta entonces nadie puede saber en esta casa nada de lo que sucede —susurró en voz baja llevándose una mano al vientre—. No deseo que el rumor pueda extenderse teniendo en cuenta que se trata de una noticia tan esperada.

No se atrevería a decir nada hasta estar completamente segura y aún así, el duque sería el primero en saberlo porque de estar embarazada, de verdaderamente estar esperando un hijo de él, deseaba ver su reacción cuando

al fin se lo revelase.

Era una tarde como otra cualquiera, con un cálido fresco que acentuaba el otoño que ya se había volcado sobre la ciudad acompañado de un cielo nublado muy típico en Londres por esas fechas. Las hojas ya se comenzaban a acumular por los rincones e incluso a su semejanza era más hermoso contemplar sus variantes colores desde el amarillo hasta el marrón oscuro pasando por varias

tonalidades anaranjadas.

Susan pensó que todo le resultaba hermoso, cada detalle, cada matiz, cada movimiento en el aire… pero tal vez su felicidad se debía únicamente a que el médico acababa de constatar que efectivamente estaba embarazada.

Había deseado con todas sus fuerzas que fuera real, que dentro de su ser existiera ese pequeño y hermoso hijo que le daría al hombre que amaba y ahora que tenía esa seguridad probablemente era tan dichosa que incluso ni ella misma podía caber en sí del gozo que sentía en aquellos momentos.

Meditó cuál sería la reacción del duque al revelarle que volvería a ser padre, al decirle que quizá tuviera al fin su ansiado heredero al ducado y supo que la noticia debía contentarle casi tanto o más que a ella, probablemente aquello fuera el punto de unión que necesitaba para que él la amase.

—Está usted radiante, mi *lady* —dijo Esther mientras volvían caminando desde la consulta del doctor Robbins hacia la casa familiar.

—Creo que nunca me he sentido más dichosa en toda mi vida —confesó Susan sonriente—, pero hasta que revele al duque la noticia, esto quedará en la más estricta confidencialidad, ¿Está claro? —advirtió a su doncella.

—Por supuesto mi *lady* —, si me preguntan diré que hemos estado en la casa de modas de su amiga la duquesa de Sylverston y que nos entretuvimos un poco más de la cuenta porque la invitó a tomar el té.

Aquella tarde y después de dar varias vueltas al mismo asunto durante días, Aaron Buccleuch le envió una carta al duque de Sylverston para citarle donde el propio Henry considerase oportuno. Tenía varias preguntas y propuestas que proponerle a su amigo, aunque jamás espero que le citase en su propia casa.

Apenas eran las cinco cuando llamó a la casa familiar de los Sylverston y el mayordomo le abrió la puerta cordialmente hasta acompañarle al despacho del duque donde éste le esperaba.

—Buenas tardes *lord* Sylverston —pronunció Aaron en un tono formal.

—Llámeme Henry por favor, creo que tenemos el suficiente trato para

dejar los formalismos, más aún teniendo en cuenta la gran amistad que mantienen nuestras esposas —contestó el aludido sonriente mientras se levantaba para recibirle.

—Por supuesto Henry. Gracias por recibirme.

—No es ningún problema, lamento hacerte venir hasta aquí, pero últimamente con mi esposa en estado de gestación prefiero ir lo menos posible al despacho que poseo en la fábrica —admitió con la mirada brillante

—, pero dime, ¿Qué es ese asunto que te trae hasta aquí? Si es por alguna duda referente a la inversión que acordamos para el negocio del duque de Savegner estaré encantado de responderte —añadió Henry bastante apacible y tranquilo.

—En realidad no me traen hasta aquí los negocios del futuro duque de Savegner —confesó Aaron—, sino más bien la última conversación que mantuvimos en la cámara de lores hace algunas semanas.

Aaron observó como el duque de Sylverston parecía confuso, como si no recordara exactamente qué era lo que hablaron en dicha ocasión.

—Le pregunté como gestionaba sus negocios y admitió que tenía a gente de confianza al frente de ellos. —Le recordó

—Es cierto —dijo ahora Henry recordando la conversación—, pero no termino de comprender porqué quería verme con tanta premura…

—Necesito que me ayude a encontrar esa gente de confianza que usted tiene

—confesó Aaron alzando la mirada para enfrentarle—. No quiero pasarme el resto de mi vida dedicado encerrado en una oficina. En las últimas semanas yo…

¿Cómo podía explicarlo con palabras? Era incapaz de darle forma a lo que le sucedía, pero cada día era más consciente de que necesitaba pasar más tiempo en casa y menos alejado de ella… por el contrario parecía que el trabajo se acumulaba y que terminaba haciendo todo lo contrario.

—Imagino que ahora que se ha vuelto a casar, desea conciliar una vida familiar plena. Le entiendo… desde el momento que me casé con mi esposa *lady* Emily me ocurrió lo mismo que a usted, aunque por aquel entonces ya había comenzado a delegar lo suficiente en otras

personas —confirmó levantándose para dirigirse a la licorera—. ¿Le apetece una copa? —

preguntó tratando de ser amable.

—Claro —aseguró Aaron un tanto incómodo con la situación.

Probablemente era la primera vez que le pedía consejo o más bien ayuda a alguien en toda su vida y la sensación era demasiado extraña. Confiaba plenamente en el duque de Sylverston, quizá porque era tan implacable como él en los negocios y porque de algún modo envidiaba su forma de vida.

Siempre que le había observado en la distancia creyó que sería uno de esos

hombres que jamás se casaría, incluso el rumor de que había perjurado no hacerlo llegó hasta sus oídos, pero probablemente solo fueran eso; rumores.

—Bien —terció Henry sirviendo sendas copas de brandy—. Creo que entiendo su dilema, probablemente lo entienda mejor que nadie en esta ciudad y yo mismo le confiaré a uno de mis mejores hombres para que le enseñe como debe comenzar, él le dará todas las pautas necesarias y le enseñará a elegir adecuadamente —añadió entregándole la copa—.

Probablemente no sea un trabajo de dos días y sobre todo requerirá de su especial atención y dedicación las primeras semanas, pero después notará un gran alivio. Le sorprendería la cantidad de hombres que hay ahí fuera deseando hacer el trabajo que usted hace diariamente por un plato de comida que llevar a sus casas.

En aquel momento la puerta del despacho se abrió bruscamente y entró un torbellino que lucía un radiante vestido color verde.

—Henry ha llegado la invitación a… ¡Oh disculpe! —exclamó *lady* Emily observando que su esposo estaba reunido —. No sabía… mi esposo no me dijo que esta tarde tendría visita y… ¡Lo siento! — confesó enrojecida.

—No se preocupe *lady* Emily, en realidad yo ya me iba puesto que no deseo entretener más a su esposo —alegó *lord* Buccleuch dejando el vaso de Brandy que apenas había probado sobre la mesa—. Le agradezco enormemente su ayuda y esperaré noticias cuanto antes de su hombre de confianza. Que tengan un buen día —añadió antes de

marcharse para dirigirse hacia su propia casa.

Cuando Aaron preguntó por su esposa, le sorprendió que le comunicaran que no estaba en casa, al parecer dejado dicho que acudiría a la casa de modas de Lynetś hacía una hora y aún no había regresado. No le dio más importancia

y fue inmediatamente a su despacho hasta la hora de la cena.

En el momento que su ama de llaves, la señora Eloise, llamó a su despacho para avisarle de que la cena estaba lista, cerró el libro de cuentas marcando la página por la que se había quedado y apagó la llama del candil que mantenía encendida para vislumbrar la mesa. En cuanto vio aquel cuello blanco inmaculado cubierto parcialmente por un vestido de color champagne, sintió la tibieza que su esposa le transmitía a pesar de la distancia. Llevaba todo el día sin verla desde que despertó y la vio dormir plácidamente como hacía cada mañana. Casi no era consciente de los minutos que aún faltaban para poder tenerla de nuevo únicamente para él.

—Buenas tardes *lord* Buccleuch —pronunció formalmente la señora Edna que siempre les acompañaba.

En aquel momento Aaron deseó cenar a solas junto a ella. Estaba tan hermosa, tan radiante que sin duda anhelaba tenerla para sí mismo. Apenas pasaba tiempo suficiente a su lado para llegar a conocerla y el único que lo hacía era en la intimidad de su lecho donde la mayor parte lo pasaba estrechándola entre sus brazos antes de quedarse profundamente dormido debido al cansancio.

—Buenas tardes señora Edna —contestó con la misma formalidad y entonces dirigió su mirada hacia su esposa—. *Lady* Susan —Aún era incapaz de llamarla por su nombre si no estaban a solas.

Susan respondió con un gesto de inclinación de cabeza para responder a su saludo y se sentaron a la mesa.

—Hoy habéis vuelto temprano querido esposo —afirmó Susan dando la primera cucharada a la sopa de marisco que acababan de servir.

—Tuve varios asuntos que gestionar cerca de aquí y creí que sería más

conveniente volver a casa —contestó sin dar detalle alguno—. Me dijeron que habías salido.

—Si —afirmó sonriente y Aaron observó que había algo en ella

distinto, como si irradiase una felicidad incomprensible—, fui a la casa de modas de Lynetś y *lady* Emily se encontraba allí, por lo que me entretuve algo más de lo que pensaba en un principio —concluyó Susan esperando que aquella pequeña mentira piadosa fuera creíble para ambos, ni siquiera se atrevió a mirar a la cara de ninguno de los presentes para no delatarse a si misma.

Aaron apretó la cuchara con fuerza y alzó la vista para ver como su esposa rehuía su mirada. Sabía que estaba mintiendo, él mismo había estado en casa de los duques de Sylverston y *lady* Emily se encontraba allí. ¿Dónde demonios había estado su esposa?, ¿Y qué tenía que ocultar para mentirle?

Una especie de celos incontrolados comenzaron a apoderarse de él imaginando absolutamente todo, desde la sola idea de que su esposa tenía un amante hasta la tontería más absurda inimaginable, pero era más que evidente que esa felicidad que parecía irradiar en ella tenía algo que ver con lo que escondía. Cada vez la posibilidad de que tuviera un amante cobraba más sentido, ¿Qué sería si no lo que trataría de ocultar una dama? La idea de que le engañase otro hombre le llenaba de una ira incomprensible.

Susan había observado que su esposo guardaba un silencio absoluto, como si estuviera ausente o distraído y lo cierto es que aquello la llevó a pensar que quizá tendría algunos problemas con los negocios.

En cuanto la señora Edna se despidió para dirigirse hacia su habitación, el duque cogió a su esposa del brazo y sin mención alguna al respecto la dirigió con rudeza hacia la intimidad de su despacho.

—¿Qué ocurre? —exclamó Susan—. ¡Me haces daño! —gritó en cuanto

entraron en aquel estudio y se escuchó el sonido de la puerta cerrarse con ahínco.

—¡Ahora mismo me vas a decir donde has estado esta tarde! —exigió Aaron mientras colocaba el candil que había cogido antes de salir del comedor y lo dejaba sobre la mesa junto al que había apagado apenas una hora antes.

—¿Cómo dices? —exclamó Susan completamente atónita. Aquella reacción en su esposo era incomprensible, jamás le había visto reaccionar de ese modo y menos aún ser tan brusco con ella.

—Quiero saber donde has estado esta tarde y como me hagas

preguntarlo una tercera vez, no responderé de mis actos —contestó con tanta seriedad que a Susan le entró pánico.

—Yo… yo… —comenzó a balbucear y por alguna razón quiso llorar.

—Si vuelves a decirme que estuviste con la duquesa de Sylverston, sabré que mientes descaradamente porque sé que no fue así.

—No estuve con ella —admitió Susan derramando dos lágrimas.

—¿Y porqué dijiste que habías pasado la tarde junto a ella?, ¿Qué es lo que tratas de ocultar?, ¿Qué se supone que tiene que tener tanto secretismo para que tengas que mentir de…

—Estoy embarazada —susurró antes de que siguiera acusándola de mentirosa o se inventase cualquier barbaridad. Desconocía como sabía que no pasó la tarde junto a Emily, pero tenía razón en que había mentido al respecto—. Fui a ver al doctor Robbins esta tarde para que corroborase mis sospechas y así fue. Si no mencioné nada delante de la señora Edna es porque quería que tú fueras el primero en conocer la noticia y prefería decirlo en privado, estaba esperando aguardar el momento para confesártelo —añadió ante el silencio

de su esposo.

Por alguna razón inexplicable para Susan, su esposo permaneció en absoluto mutismo durante los siguientes segundos que para ella fueron casi interminables.

—Embarazada —contestó Aaron como si necesitara afirmar la noticia.

22

—Así es —afirmó Susan ahora con la voz más firme, como si se estuviera recomponiendo de la reprimenda.

Esperaba que aquella noticia le hiciera feliz, que casi no cupiera en si de gozo, pero lo cierto es que comenzaba a dudarlo, tal vez todo se había empañado porque creía que le había mentido descabelladamente cuando solo trataba de ocultárselo a la señora Edna y revelarle así la sorpresa más tarde en la intimidad de sus aposentos.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —preguntó dándole la espalda, como si estuviera meditando todo aquello y valorando si de verdad era cierto.

—Hace varios días que sufría los síntomas, pero no pensé que podría ser un embarazo, más bien era propensa a creer que me había sentado mal el vino que había tomado en la velada hasta que mi doncella sugirió que podría estar en cinta esta misma mañana —confesó siendo lo más sincera posible—. Yo misma decidí acudir a la consulta de doctor Robbins para constatarlo. ¿No te complace la noticia? —añadió preocupada.

—Por supuesto que me complace. Es lo que deseaba —afirmó a pesar de que

en sus palabras no se podía apreciar esa supuesta alegría que debería poseer con la noticia sino que su tono de voz era neutro, sin un ápice de sentimiento.

Susan creyó que tal vez su esposo no era un hombre muy dado a expresar la alegría con gestos o simplemente no había esperado que le confesara aquello en ese preciso momento. Probablemente aún seguía enfadado porque creía que había tratado de mentirle a pesar de haberse explicado, pero lo cierto es que nada estaba saliendo según sus planes.

Quizá solo necesitaba tiempo para procesarlo adecuadamente, para ser consciente de que su deseo se había hecho realidad y la razón por la

que la había desposado ya gestaba en su vientre. Iba a darle ese heredero, rezaría cada día de su existencia porque aquel niño fuese un varón. Ella quería darle el mayor regalo de todos; la continuación de su ducado.

—Me alegro entonces de que te complazca la noticia. Subiré a darle las buenas noches a las pequeñas y me iré a mi habitación —sugirió Susan de forma que implícitamente le decía que allí le esperaba.

—Por supuesto. Buenas noches —contestó sin mirarla y ella un tanto sorprendida, creyó que simplemente estaba siendo cordial para despedirla a pesar de que se vieran instantes más tardes.

—Buenas noches —respondió antes de salir y cerrar la puerta suavemente.

No pensaría en ello, probablemente su esposo solo tendría que digerir la noticia porque la forma de contársela no había sido la más propicia, pero estaba segura de que en unos instantes abriría la puerta de su habitación, la alzaría en el aire y daría vueltas con ella expresando la alegría que le daba volver a ser padre. Después le haría el amor delicadamente y ella confesaría finalmente que se había enamorado perdidamente de él en ese momento tan mágico.

Así lo había imaginado, tenía que suceder de esa bella y hermosa forma porque no podía ser de otra, solo que después de desearle las buenas noches a las pequeñas que ya estaban acostadas, de quitarse pacientemente su vestido y colocarse uno de sus camisones de seda y pasear durante varios minutos a la espera de que su marido llegase, escuchó una puerta abrirse y cerrarse comprobando que no era la de su recámara, sino la que existía adyacente a ésta. Esperó a sentir los pasos que se dirigían hacia la puerta que tenían en común, anheló porque esa puerta se abriera, pero ante el absoluto silencio que se produjo instantes después, supo que no lo haría… que *lord* Buccleuch no pasaría esa noche junto a ella.

¿Por qué? Era la pregunta que Susan no cesaba de repetirse una y otra vez con cada lágrima que salía de sus ojos mientras observaba como el fuego de la chimenea se consumía sentada de rodillas sobre la alfombra que había frente a ella. ¿Por qué en el momento más feliz de su vida él la castigaba de aquella forma?

De algún modo se auto-convenció que aquello se debía a que desconfiaba de ella, que aquella mentira piadosa probablemente le había hecho creer que podría mentir en cualquier cosa y quizá solo

tenía que demostrarle que no era así, que jamás había osado mentir absolutamente en nada. Necesitaba que volviera a ella y ahora más que nunca se daba cuenta de que no podía vivir sin el roce de sus caricias o sin que sus labios la deleitaran. Le necesitaba. Por mucho que doliera reconocerlo, le añoraba y sentía que él le hacía falta casi tanto como el aire que respiraba.

Aaron aún no era capaz de saber si era o no feliz de conocer la noticia sobre el embarazo de su esposa. En el instante que aquella palabra rozó sus oídos perforando sus pensamientos solo fue consciente de una cosa; no quería perderla. No a ella. No a Susan.

Aquel pensamiento abrumó todos sus sentidos y un miedo atroz se apoderó de todo su cuerpo perdiendo la razón. Tenía que alejarse de ella, debía alejarse lo máximo posible y tratar de no pensar en su esposa. Tal vez alejarse fuera fácil ahora que no dormiría junto a ella y que no volvería a tocarla en su estado, solo que aquello no minimizaría su culpa, no le haría sentir mejor y definitivamente no conseguiría que agonizara por desear tenerla de nuevo entre sus brazos, bajo su cuerpo, tendida en el lecho mientras le saciaba.

Lo más sensato era alejar esos pensamientos, no volver ni siquiera a recordarlo, creer que solo formaban parte de un pasado como lo fueron sus otras esposas y así podría enfrentarse a lo que sucediera.

De algún modo sabía que si perdía a una tercera esposa en el parto todo se acabaría, no podría asumir la culpa y menos aún con Susan cuando ella era…

era… mucho más de lo que podía haber deseado de una esposa. Hasta ahora se había conformado con que fuera correcta, leal y cumpliera sus obligaciones, pero después de como se había entregado a él, de todo lo que le había hecho sentir, era impensable pensar en la idea de suplantarla o en la mera mención de creer que podría dejar de existir.

No podía hacer frente a ese sentimiento de pánico que de pronto le había recorrido las entrañas y menos aún al hecho de que todo fuera por su entera y absoluta culpa de desear ese heredero.

Tenía presente que aportar un heredero al ducado era su responsabilidad y cumplir con dicha tarea le estaba suponiendo una carga muy pesada que llevar a su espalda, a la vista estaba con sus dos esposas muertas. Si al menos una de ellas le hubiera dado un varón, se habría planteado la posibilidad de no volver a casarse jamás y de no hacer pasar de nuevo a una mujer por algo similar, pero las palabras

de su abuelo dictaminando el deber que tenía hacia su apellido, hacia su familia y hacia su padre que había muerto sin más

descendencia que él, le hacían correr ese riesgo de nuevo y buscar el ansiado heredero del apellido y ducado Buccleuch.

Si Susan le daba ese varón, si su esposa por fin le diera lo que tanto anhelaba, a Dios ponía por testigo que no le haría volver a pasar de nuevo ese tormento y que jamás volvería a dejarla embarazada, pero rogaba al cielo que viviera al parto, que se quedase con él y que no pagara por sus pecados.

Aquella mañana Aaron se despertó más temprano incluso de lo habitual, probablemente porque no había descansado bien y porque tras varias semanas durmiendo en la misma cama que la de su esposa de un modo u otro la extrañó. Se había acostumbrado a la tibieza de su cuerpo, a esa sedosa piel que le encantaba acariciar y lo cierto es que no tenerla, no poseerla, había conseguido que no pudiera conciliar un sueño profundo. Le esperaban largos meses de agonía sumado a la preocupación que de por sí existía por el parto.

Lo mejor era ocupar su mente con trabajo, probablemente le diría al duque de Sylverston que era mejor aplazar lo que pretendía hacer con sus negocios, tal vez justo ahora le vendría bien no tener que delegar en nadie y asumir absolutamente el control de todo para no tener tiempo alguno de pensar en su bella esposa y en las consecuencias desastrosas que podría acabar aquello.

—Buenos días excelencia. —Anunció la señora Edna entrando en el comedor un tanto sorprendida.

Probablemente era la primera vez que Aaron madrugaba tanto, y más aún que tomaba su desayuno a esas horas porque la mayoría de ocasiones lo había hecho en su despacho.

—Buenos días señora Edna —contestó con el mismo tono formal con el que siempre se dirigía hacia la que fue su suegra.

—Imagino que si se ha levantado tan temprano es porque tiene asuntos

urgentes que atender, ¿Le esperaremos a la hora de almorzar? —preguntó atenta la anciana mujer mientras se servía el té.

—No —negó pensando que no volvería, tenía que evitar a toda costa a su esposa, al menos los primeros días hasta hacerse a la idea de su

estado. Solo de pensar en verla le consumía esa culpabilidad creciente en su pecho—, no volveré hasta la cena —admitió sin entrar en detalles puesto que no quería que descubriera que solo se trataba de una vaga excusa.

—¿Quiere que se lo mencione a la duquesa o ella está al tanto? —preguntó la mujer mientras untaba mantequilla en uno de los panecillos.

—Le agradecería que se lo comunicara usted si no le importa. También me gustaría mencionarle que la duquesa se encuentra en estado de buena esperanza —dijo sin darle mucha emoción a sus palabras—, así que mencione al personal que la dejen dormir hasta que a ella le plazca y tengan en cuenta sus preferencias a la hora de servir la mesa.

—¡Oh por supuesto! —exclamó la mujer sorprendida y no se lograba entender si era de alegría o desconcierto—. Imagino que le debo dar la enhorabuena excelencia. Esperemos que por fin tenga su heredero.

—Si —afirmó levantándose y colocándose bien el chaleco—. Eso espero.

Que tenga un buen día —añadió antes de marcharse tras el gesto de cabeza de la señora Edna como despedida.

Era consciente de que en el futuro tendría que deshacerse de aquella mujer, pero le estaba tan agradecido por los años en los que había cuidado de sus hijas que no encontraba la manera de decirle que se marchara. Sabía que no tenía más familia que su nieta, por desgracia la poca familia que aún conservaba, eran parientes lejanos que se habían ido a vivir a las américas, por lo que suponía que en algún momento dado tendría que comprar una

pequeña casa donde instalar a la mujer y que pudiera seguir manteniendo la relación con el único pariente que le quedaba; su hija Madeleine. Hasta que ese momento llegara, quizá era posible que les viniera bien que se encontrara en la casa, puesto que cuando el estado de embarazo de Susan fuera avanzado, podría serle muy útil cuidando a las pequeñas.

Se imaginó por un momento como sería la imagen de su bella esposa con una enorme panza donde albergaba a su hijo y el sentimiento que le sobrecogió fue muy distinto a lo que había experimentado con anterioridad. No sabía exactamente debido a qué era o cuál era la causa, pero aquella imagen que trataba de imaginarse solo le

provocaba una ternura infinita, como si de algún modo sintiera que con ella todo era distinto, muy diferente hasta lo ahora vivido.

Susan despertó algo desorientada, en algún momento de la noche había ido hasta su cama arrastrándose entre el dolor de su lamento y se había metido entre las sábanas aferrándose a la almohada para atrapar así su desconsuelo entre lágrimas. No supo la hora que sería cuando al fin logró conciliar el sueño, pero tenía claro que su rostro reflejaría de una u otra forma las lágrimas derramadas que no habían sido precisamente pocas. Se aventuró a levantarse y comprobó que su doncella aún no había acudido a traerle agua fresca, ni tampoco la había despertado por lo que creyó que tal vez aún era demasiado temprano así que decidió quedarse durante unos minutos mirando hacia la luz que se filtraba por la ventana, pensando que era lo que debía hacer para recuperar de nuevo a su esposo.

La idea más sensata probablemente sería hablar con Emily. Su amiga llevaba muchos más años de casada que ninguna otra de sus conocidas y contaba con la experiencia de un esposo en la misma posición y tesitura que lo estaba el suyo. Además, de todas sus amigas por una u otra razón, Emily era a pesar de

ser la más joven de todas ellas, quien tenía una respuesta mucho más razonada de los hechos. Si. Definitivamente era ella con quien debía hablar inmediatamente para desahogar sus pensamientos.

Llamó a la campana para avisar que su doncella se presenciara en su recámara e instantes después observó a Esther entrando por la puerta con una jarra de cerámica que con toda seguridad portaría agua fresca.

—Buenos días mi *lady* —anunció con entusiasmo la doncella vertiendo el agua en la palangana y comenzando a ventilar la habitación.

—Buenos días Esther —contestó Susan—, ¿Es muy temprano? —preguntó completamente desconcertada.

—En absoluto mi *lady*. Ya es media mañana, pero su esposo dejó dicho que no la despertáramos dado su estado.

—¿Su excelencia mencionó expresamente que me dejaran descansar? —

exclamó Susan completamente absorta ante aquella confesión de su doncella.

Esther no dejaba de moverse por la habitación de un lado a otro adecentando la estancia, como si aquella conversación fuera de lo más trivial pese a que no lo fuera.

—Si mi *lady* —afirmó recogiendo el vestido que su dama había llevado el día anterior para abullonarlo y colocarlo debidamente en el armario—. Se lo dijo a la señora Edna y ahora toda la casa sabe que usted está embarazada.

En aquel momento Susan no sabía si alegrarse o no de saber aquello. Aunque confesar la noticia no tuvo la reacción que ella habría imaginado, lo cierto es que tal parecía que su esposo estaba tomando las medidas oportunas para que ella se sintiera cómoda. Se preocupaba por ella, ¿Y si de algún modo no acudió a su lecho por esa razón? Tal vez creyó que enfadado no era la mejor

manera de acercarse a ella. Si, debía ser eso. Probablemente Aaron volvería de nuevo a su lecho cuando se enfriaran esos pensamientos que le habían hecho desconfiar de ella.

Bajó a desayunar y sorpresivamente cuando pensó que lo haría sola, el ama de llaves Eloise hizo acto de presencia con una afable sonrisa que conmocionó a Susan.

—¡Por fin su excelencia tendrá un heredero! —exclamó la mujer en un tono de lo más chillón—, porque debe ser un heredero o creerán que está maldito si trae a otra niña al mundo. Dios sabe cuánto ha debido pasar ese hombre con dos esposas enterradas que solo le han dado hijas, pero seguro que con usted es distinto. ¡A la tercera va la vencida! —exclamó sirviéndole el té y por alguna razón el simple olor de aquel líquido provocó nauseas en Susan.

—Lo siento —dijo llevándose la servilleta al rostro para evitar el desagradable olor que por alguna razón detestaba.

—No lo sienta mi *lady* —contestó afablemente la mujer—, quizá no le siente bien tomar el té para desayunar, notará que su olfato es ahora mucho más desarrollado que antes y probablemente olores que antes no detestaba, ahora sí lo haga. Aún recuerdo que en uno de mis embarazos no pude probar el salmón durante nueve meses, solo de pensar en ese olor me descomponía y fíjese que es uno de mis platos favoritos —continuó diciendo la buena mujer mientras le servían una fuente de pastelitos de crema.

—Pues definitivamente mi predilección por los pastelitos de crema no se ha ido —mencionó Susan sonriente cogiendo uno de ellos—, de

hecho casi podría afirmar que ha aumentado y sería conveniente que los retiraran de inmediato —añadió devorando uno de ellos.

—¡Oh no! —exclamó aturdida la señora Eloise—, su excelencia ha sido bien

claro en decir que debemos satisfacer sus gustos, así que dígame, ¿Qué le apetece para almorzar?

—Querida Eloise —dijo entonces la señora Edna entrando en el comedor como si las voces la hubieran llamado para presenciarse en la estancia—. ¿No debería estar haciendo algo útil en lugar de entretener a la duquesa?

—¡Oh! Disculpe señora Edna, yo solo quería felicitar a *lady* Susan y confirmar que todo era de su gusto.

—Pues si es así, tráigale el té que siempre toma por el desayuno, porque parece haberse descuidado —añadió observando la mesa.

—No deseo tomar el té —contestó Susan lo suficientemente tajante para que entendiera que sobre la señora Edna mandaba ella—, y me complace hablar con la señora Eloise, así que si no le importa me gustaría que nos dejara a solas.

—Claro… desde luego —comentó la mujer fingiendo una sonrisa—, las dejo a solas entonces y felicitaciones por su nuevo estado.

En cuanto aquella ingrata mujer salió del comedor, a Susan casi se le escapa un suspiro de alivio. No entendía porqué se comportaba de aquella forma tan altiva e insufrible al mismo tiempo. Era como si tuviera algo en contra de ella cuando lo único por lo que la había amonestado era por pegar a las niñas.

Probablemente su esposo tuviera razón y debería tratarla con cordialidad, después de todo ella era la abuela de una de las hijas del duque, le había ayudado cuidando a las niñas pese a que no considerase que lo hacía de la mejor manera durante todos aquellos años y tal vez a su manera, aquella mujer pensaba que lo estaba haciendo de la mejor manera.

—Si me permite el comentario mi *lady*, ya era hora que alguien pusiera en su lugar a esa señora —susurró Eloise acercándose hasta su señora—, se toma

demasiadas libertades en esta casa como si fuera la dueña y señora de

este hogar cuando desde hace meses lo es usted, pero como su excelencia no le pone límites, ella sigue haciendo y deshaciendo a su antojo. Hace poco, despidió al sobrino de la cocinera porque no le llevó la leña para la chimenea de su habitación antes que a las pequeñas.

—¿Y a su excelencia le pareció bien ese gesto? —gimió Susan abriendo enormemente los ojos ante tal falta de respeto.

—Su excelencia no interviene en ningún asunto de la casa mi *lady* —afirmó el ama de llaves—, con todos los negocios que absorben su tiempo, él no desea escuchar los inconvenientes que aquí puedan producirse. Todas las veces que su ayuda de cámara o yo hemos intentado decírselo durante estos años, nos dice que lo solucionemos con la señora Edna, que ella es quien gestiona la casa.

—¿Y porqué no me lo mencionaron antes? —preguntó Susan atónita ante la situación.

—Mi *lady*… usted no parecía mostrar interés alguno en ponerse en su lugar desde que llegó. De hecho, todos pensamos que delegaría en la señora Edna como lo hicieron las dos esposas que tuvo el duque. Ella lleva años dirigiendo esta casa y cuando supimos que su excelencia delegó la educación de las niñas en usted, nos alegramos muchísimo.

—Si —afirmó Susan—, quizá deba asumir parte de mi culpa por no mostrar interés alguno en todas las funciones que me corresponden, aunque es cierto que cuando llegué me encontré que esa mujer parecía dirigir esta casa y al principio pensé que si intentaba ocupar ese lugar pese a ser el que me corresponde, de algún modo haría que ella se sintiera mal y no pretendía perjudicarla. Después de su comportamiento y de todo lo que me está

contando, creo que va siendo hora de hacerle entender quién es realmente la señora y dueña de esta casa. Dígale a la cocinera que quiero de regreso a su sobrino inmediatamente y que si la señora Edna intenta echarle, tendrá que responder ante mi.

—Desde luego mi *lady* —contestó la mujer con entusiasmo—. Puedo asegurar que el chico es un buen muchacho y no se arrepentirá —afirmó antes de salir del comedor con cierta premura.

No sabía muy bien si estaba o no haciendo lo correcto, lo que menos le entusiasmaba en aquel instante es hacer algo que pusiera aún más en su contra a su esposo, pero no pensaba permitir que aquella mujer abusara de su autoridad porque todos estos años así lo había hecho.

No. Su deber y lugar era ese, por tanto no iba a permitir que la señora Edna se propasara más de lo que lo había hecho y si era necesario recalcarle cuáles eran sus límites, no tendría ninguna objeción en hacerlo así tuviera que enfrentarse a su propio marido.

La idea inicial que había tenido de salir para visitar a Emily fue aplazada por el interés que mostró en interesarse en las tareas que le correspondían en aquella casa.

Su deber era controlar las cuentas de gastos, supervisar las listas de compra y gestionar los menús de las comidas que se servirían. Podría decretar los cambios que quisiera oportunos en alguna de las estancias, la compra de muebles, tapices, cortinas o textiles para renovar el mobiliario. Pensó que iba siendo hora de darle su toque personal a la casa, una casa que no tenía su esencia y probablemente tampoco la del duque puesto que aún recordaba el poco tiempo que hacía que vivían oficialmente en ella. Quería más luz, más vida y desde luego mucha más alegría que aquellos muebles lúgubres de algunas estancias y cortinas espesas. Aunque la tapicería no estaba nada mal,

bien era cierto que no estaba completamente a la moda y quizá lo único que se podía salvar era el mobiliario de la mayor parte de la casa que sí estaba en perfectas condiciones.

A la cocina también le hacía falta algún retoque, por lo que creyó oportuno ir poco a poco para avanzar hasta redecorar toda la casa; quizá había encontrado un pasatiempo en el que sentirse útil después de todo y así tener algo de lo que acercarse para entablar conversación con su esposo.

23

Dos semanas después de que Susan le comunicara la noticia a su esposo sobre su estado, apenas había podido lidiar palabra alguna con él. No volvía para almorzar a pesar de sus esfuerzos en que todo estuviera absolutamente delicioso y cuando regresaba a casa se encerraba en aquel despacho infernal que había comenzado a detestar saliendo únicamente para compartir la cena junto a ella y la señora Edna que parecía cada vez más disgustada por relevarla de sus funciones a pesar de que no parecía haber puesto queja alguna al respecto.

Susan se había centrado en intentar llamar la atención de su marido y que viera sus esfuerzos, pero ni tan siquiera había elogiado la elección del menú o los cambios que había hecho en la casa, así que al sexto día de pasar completamente inadvertida se dio por vencida creyendo que aquello no conseguiría que regresara de nuevo a ella y decidió visitar a su amiga para revelar todas sus incertidumbres y miedos.

Cuando llegó a Lynetś le informaron de que la duquesa no se encontraba allí y que últimamente frecuentaba poco el lugar, así que decidió visitarla en casa,

pero para su absoluto pesar tampoco estaba por lo dejó una nota de aviso al mayordomo indicando que necesitaba hablar con *lady* Emily lo antes posible y que esperaba una contestación por parte de la duquesa cuando fuera posible.

Aquella misma tarde la gran duquesa de Sylverston se presentó en casa de Susan sin enviar siquiera una nota de sus intenciones y Susan abrazó agradecida a su amiga por haber acudido tan rápidamente a su llamada mientras la acompañaba hacia la salita privada que era de su uso exclusivo.

—Lamento haberme presentado sin avisar, pero el mayordomo me comunicó que parecías algo nerviosa y me escapé en cuanto pude —confesó Emily sentándose en uno de los sillones con su evidente vientre abultado.

Por un momento Susan la observó pensando que en tan solo unos meses se vería de la misma forma, su amiga estaba a punto de entrar en el último trimestre de embarazo, por lo que era normal que se apreciara tanto, en cambio en ella aún no había signos apreciables salvo por una ligerísima curva apenas perceptible ya que estaba de muy poco tiempo todavía.

—No tienes que disculparte, más bien yo debería hacerlo porque tampoco envié ningún aviso cuando me presencié en tu casa después de que en Lynetś me dijeran que no estabas, pero necesitaba desesperadamente hablar con alguien y aunque pensé en acudir a casa de Catherine o Julia, de algún modo creí que tú eras la única que podría ayudarme.

—¿Yo?, ¿Por qué piensas eso?, ¿Qué es lo que te preocupa? —exclamó Emily justo antes de que una de las doncellas llamara cuidadosamente a la puerta y abriera.

—Mi *lady*, la señora Eloise me envía para saber si desea que les sirvan el té.

Susan miró a Emily que afirmaba con un gesto y contestó a la doncella que lo

sirvieran inmediatamente.

—Hace unos días descubrí que estoy esperando un hijo del duque —afirmó e inevitablemente sonrió ante revelar aquella noticia a pesar de que aún era muy pronto para que saliera de los muros de aquella casa.

—¡Eso es una maravillosa noticia, Susan! —contestó Emily acariciando el brazo de su amiga. Probablemente no intuía que podía preocuparle entonces si su deseo era precisamente ese, darle un heredero a su esposo.

—Si. Lo cierto es que sería inmensamente feliz si no fuera porque mi esposo me evita desde entonces —confesó Susan algo abrumada.

—¿Qué? —gritó algo desorientada una Emily confusa y en ese instante la doncella entró en la estancia con la bandeja propiamente abastecida para servir el té.

Guardaron un sepulcral silencio mientras la empleada servía las tazas y les dejaba unas galletas de mantequilla recién horneadas antes de marcharse.

—Hace dos semanas fui a la consulta del doctor para que me confirmase la noticia, pero le dije a mi esposo que en realidad había pasado la tarde en Lynetś, contigo. —Comenzó a contar Susan—. Por alguna razón él supo que mentía y estaba completamente furioso, jamás le había visto de ese modo…

fue entonces cuando le confesé la verdad, que realmente había estado en la consulta del doctor para confirmar mis sospechas, pero que no lo había revelado porque quería comunicarle la noticia en privado. Desde ese momento me evita como la peste Emily, no ha vuelto a acudir a mi lecho, casi nunca pasa tiempo en casa y el poco que lo hace se encierra en ese despacho infernal. He tratado de llamar su atención de todas las formas posibles, he intentado que vea los cambios que estoy haciendo en la casa o lo mucho que me esfuerzo para ser una buena esposa, pero en lugar de progresar

cada vez creo que doy un paso hacia atrás. No sé que hacer para que confíe en mi, para que se de cuenta que yo jamás le quise mentir.

Emily tomó la taza que le habían servido como si estuviera pensando en toda la información que su amiga le acababa de contar y degustando un sorbo hizo un gesto de contrariedad volviéndola a dejar en su lugar.

—¡Caray!, ¡Sí que te gusta tomar el té fuerte! —exclamó cogiendo una de las servilletas y limpiándose los labios para coger una de las galletas de mantequilla y eliminar el sabor del té.

Susan repitió el gesto de su amiga cogiendo su taza y cuando dando un gran sorbo notó que efectivamente estaba bastante más cargado y fuerte de lo habitual, pero llevaba tanto tiempo sin tomarlo, que no sabía hasta que punto era o no normal. Quizá solo lo notaban ellas debido a su estado.

—Tal vez seamos nosotras quienes nos damos cuenta debido al embarazo o quizá es que a la señora Eloise se le ha pasado la mano —sonrió Susan esperando ahora sí, la respuesta de su amiga a su confesión.

—La verdad es que lo que me cuentas de tu esposo mi querida amiga, me resulta bastante extraño, más aún teniendo en cuenta que justo hace dos semanas vino a mi casa para hablar con Henry sobre negocios.

—¿Estuvo en tu casa? —exclamó Susan comprendiendo que quizá por esa razón sabía que ella le había mentido.

—Efectivamente. Según me contó Henry, el duque de Buccleuch se había interesado recientemente por conocer de primera mano como gestionaba mi esposo sus finanzas para tener tiempo libre sin ser un esclavo de los negocios.

Al parecer tal era su interés, que pidió expresamente a Henry que le ayudara en dicha tarea, porque deseaba tener tiempo libre y mi esposo accedió a ayudarle por supuesto.

—No es posible —susurró Susan—, si las últimas semanas parece incluso más ocupado que antes…

—Puedo preguntarle a Henry si es normal que sea así al principio, pero quizá esa no sea la respuesta a tus preguntas… si me dices que dejó de acudir a tu lecho, que te evita, es muy probable que lo haga porque crea que no puede acercarse a ti en tu estado o más bien crea que no deseas que lo haga.

—No lo entiendo, ¿Crees que me evita porque cree que es lo que yo deseo?

—gimió sin entender absolutamente nada.

—Recuerdo perfectamente que hubo una ocasión en la que por más que trataba de seducir a mi esposo viviendo en la misma casa, él no se acercaba a mi porque creía que yo no lo deseaba —confesó Emily recordando años atrás cuando mantenía probablemente la misma incertidumbre que poseía su amiga, a pesar de tener otros miedos—. La mente de un hombre funciona de forma distinta, es muy probable que a menos que confieses tus deseos, él no sea consciente de ellos y habrá formulado sus propias conclusiones, quizá basadas en sus anteriores matrimonios o tal vez porque crea que es lo correcto.

—¿Crees entonces que debería confesarle lo que siento?, ¿Lo que deseo? —

preguntó a pesar de que sabía lo duro que resultaría decirle aquello, más aún teniendo en cuenta que apenas le había visto en aquellas dos semanas por lo poco que se había dejado caer por casa.

—Si de algo te sirve mi propia experiencia, te aseguro que es lo mejor que podrías hacer en estos momentos —aseguró Emily convencida de que probablemente todo aquello sería un mal entendimiento. No era normal que si el duque de Buccleuch había mostrado interés en pasar el tiempo con su esposa como le había confesado a su esposo Henry, de pronto se alejara tanto

de ella que la evitase a toda costa. Dudaba que fuera simplemente porque le hubiese dicho una pequeña mentira piadosa, más aún cuando su amiga le confesó que estaba esperando un hijo teniendo en cuenta lo que aquel caballero deseaba ese heredero. Sin duda alguna y de forma inexplicable, era muy probable que aquel hombre pensara que alejarse de su esposa era lo que debía hacer en aquel instante, después de todo, Henry también había tenido sus dudas sobre si podía permanecer junto a ella durante su embarazo—, estoy completamente convencida de que cuando le confieses que deseas que vuelva a tu lado, él probablemente te revele las razones que le han llevado a alejarse.

—Si —afirmó Susan cogiendo la taza de nuevo como si necesitara tomar algo fuerte para afianzar su confianza—. Esta misma noche lo haré. Iré hasta su habitación y le confesaré todo lo que siento.

Poco antes de la cena, Susan comenzó a sentirse inquieta, molesta, como si el hecho de saber que tenía que enfrentarle le hiciera sentir un malestar en el estómago a causa de sus nervios que le impedía estar tranquila.

Decidió tumbarse sobre la cama y tratar de relajarse. Quizá no era una buena idea bajar a cenar y tenerle frente a ella con todas aquellas palabras intentando salir de su garganta. Había deseado tanto aquel niño que llevaba en su vientre que durante aquellas dos semanas por un leve atisbo de inconsciencia deseó que no existiera para que de esta forma su esposo volviera a acudir de nuevo a su lecho. Cuando su doncella acudió para informarla de que la cena iba a ser servida, su malestar fue aún mayor y dio por sentado que era incapaz de enfrentarse a la situación, así que comunicó su decisión de permanecer en sus aposentos por encontrarse indispuesta. No sabía que era lo que le pasaba, tal vez sí; la incertidumbre de que cuando le confesara todo aquello a Aaron, él sencillamente optara por apartarla

igualmente de su lado. ¿Qué haría entonces? No podía soportar la idea de su rechazo, de su desprecio, de que no volviera jamás a tocarla y ese pesar comenzaba a ahondar con mayor fuerza en su pecho sintiendo una presión y desasosiego constante.

Un dolor punzante la despertó. Ni siquiera era consciente de que se había quedado dormida, pero cuando volvió a sentir de nuevo aquel calambre recorrer su cuerpo por completo gritó al mismo tiempo que se encogió de dolor.

—¡Susan! —La voz era profunda, fuerte, ronca y profundamente

masculina.

Era Aaron. A pesar de la oscuridad que había podía percibir que era él e incluso sintió el peso de su cuerpo a su lado y de nuevo Susan sintió ese dolor que volvía a recorrerla por completo siendo imposible no proferir un aullido de estupor por ello.

—¿Qué te ocurre?, ¿Qué sucede? —exclamó Aaron preocupado e instantes después la luz de un candil se acercó hasta ella.

Cuando Susan trató de incorporarse notó la calidez de un liquido que embriagaba su entrepierna y lo supo…algo no iba bien y ese dolor no era sino fruto de que estaba perdiendo a su hijo.

—Dios mío… —gimió Aaron descubriendo la sangre que empapaba toda la cama—. Vuelvo enseguida, traeré a un médico y te pondrás bien. Por favor…

quédate conmigo Susan… no te vayas… te prometo que volveré enseguida, pero no me dejes —susurró antes de salir corriendo y comenzar a gritar a diestro y siniestro por toda la casa.

Una hora más tarde el doctor Robbins entraba por la puerta de la mansión Buccleuch con premura y subía las escaleras acompañado del mayordomo hasta llegar a la habitación de la duquesa que hacía escasos minutos había

dejado de quejarse por aquellos fuertes dolores al perder la conciencia.

Aaron permanecía sentado a su lado mientras se llevaba las manos a la cabeza suplicando porque apareciese pronto aquel maldito médico. La doncella de Susan no dejaba de limpiar la sangre y colocar paños fríos en el rostro y cuello de *lady* Susan tratando de así aliviar la calentura que tenía la dama.

—¡Doctor!, ¡Gracias a Dios que ya está aquí! —exclamó Gladys que no sabía que más hacer junto a su sobrina para ayudar a su señora—. Se ha desmayado hace unos instantes y no hemos querido despertarla porque sigue sufriendo esos terribles calambres.

Aaron observó como el doctor Robbins se acercaba hasta la cama y palpaba el pulso de su esposa mientras él se quedaba allí observando minuciosamente, sintiéndose completamente inútil ante su desesperación.

—¿Está bien?, ¿Vivirá? —gimió Aaron sin poder acallar su conciencia.

—Excelencia, ¿Le importaría esperar fuera mientras examino a su esposa? —

contestó el doctor Robbins con calma.

Aaron hizo un gesto afirmativo y salió de allí a pesar de no querer hacerlo, se dirigió al salón principal porque necesitaba urgentemente tomarse una copa o más bien varias de ellas para calmar esa ansiedad que le embriagaba.

Susan se pondría bien. No iba a perderla, ella era fuerte y decidida… estaba seguro de que superaría aquello.

El medico examino cuidadosamente a *lady* Susan bajo la atenta mirada de las dos doncellas que le asistían en todo lo que él pedía. Tras auscultarla debidamente y palpar su vientre, afirmó lo evidente; había sufrido una pérdida espontánea, algo bastante frecuente entre las damas de su condición,

pero no le dio mayor preocupación puesto que la dama a pesar del desmayo se encontraba en perfectas condiciones y su pulso era fuerte. La perdida de sangre era normal dadas las circunstancias, por lo que le dio indicaciones a las doncellas sobre como actuar, indicando los lavados que debían hacerle y las gotas que la duquesa debería tomar durante los siguientes siete días además de guardar reposo absoluto al menos los siguientes dos días.

Transcurrida esa semana, volvería a visitarla para corroborar que todo estaba perfectamente.

—Muchísimas gracias doctor —afirmó Gladys agradecida.

—No hay de qué. Asegúrese de que no se salte ni una sola de las comidas, ha perdido bastante sangre y debe recuperarse a pesar de que no presenta ningún síntoma de debilidad.

—Por supuesto doctor Robbins, yo misma me aseguraré de que coma abundantemente —insistió la mujer.

—Déjenla descansar durante unas horas, ahora duerme profundamente, pero si no despierta en la mañana, utilicen las sales para conseguir que lo haga. Es muy importante que tome las gotas.

—Así lo haremos —afirmó Gladys ocupándose personalmente de

asistir a *lady* Susan. Para ella, aquella dama era casi como una hija teniendo en cuenta los años que llevaba a su lado.

Conforme bajaba las escaleras el doctor Robbins para marcharse de nuevo a su casa, Aaron escuchó el sonido y salió apresuradamente del salón aún con la copa en la mano.

—Su excelencia —afirmó el doctor Robbins con evidentes signos de cansancio—. No debe preocuparse, su esposa se encuentra bien. Es una mujer fuerte y sana, superará perfectamente esta pérdida y estoy seguro de que

pronto volverá a quedar de nuevo embarazada.

—Entonces… ¿Ella está bien? —preguntó Aaron sintiendo como una pequeña carga en su interior era aliviada.

—Si. Simplemente se desmayó debido al dolor, algo que puede llegar a ser normal dadas las circunstancias, pero su pulso es fuerte y probablemente es mejor que haya sido así para que pueda descansar. Ya dejé indicaciones a sus doncellas sobre cómo proceder los próximos días, es conveniente que mantenga reposo al menos un par de días. Me pasaré a visitarla para confirmar que todo está en orden dentro de una semana.

—Por supuesto, cuando usted lo crea conveniente. Gracias por venir —

afirmó Aaron ahora más relajado.

—No se preocupe mi *lord*. Es muy habitual perder al niño en el primer trimestre de embarazo, se sorprendería la cantidad de mujeres que lo hacen.

No lo tome como una mala señal, su esposa es fuerte y estoy seguro de que le dará muchos hijos en el futuro.

A pesar de las palabras honestas del doctor, lo cierto era que Aaron comenzaba a pensar en descartar la idea de tener ese ansiado varón. No sabía si sería capaz de soportar el riesgo que conllevaba hacerlo, la inquietud de poder perder a Susan era mucho mayor que su deseo por tener ese heredero.

—Muchas gracias doctor Robbins, yo también lo creo —mintió mientras estrechaba la mano del médico y su mayordomo le daba el sombrero y abrigo para que éste se marchara.

A pesar de las palabras de calma que le había transmitido el doctor, Aaron fue incapaz de conciliar el sueño hasta saber que eran ciertas, hasta comprobar por él mismo que su esposa despertaba y estaba completamente bien, por eso pasó el resto de la noche paseándose en su habitación mientras

entraba cada cierto tiempo solo para comprobar que ella seguía respirando a pesar de estar plácidamente dormida y no pudo calmarse hasta que finalmente le comunicaron que se había despertado algo desorientada, solo en ese instante se abandonó al cansancio y al sueño que había acumulado durante la noche.

Susan abrió los ojos y sus párpados pesaban mucho más que de costumbre.

Se sentía pesada, como si fuera incapaz de mover sus músculos con la misma ligereza que solía hacer siempre.

—Buenos días mi *lady*, ¿Qué tal se encuentra? —preguntó Gladys a su lado que permanecía sentada en uno de los sillones como si llevase bastante tiempo a su lado.

Susan observó que su doncella se levantaba y palpaba la frente dando su aprobación.

—Buenos días Gladys —contestó con voz rasposa—. ¿Dónde está Esther? —

preguntó extrañándole que no fuera la sobrina de Gladys quien allí estuviera, puesto que era ahora su doncella personal para que la mujer que la había criado y acompañado durante tantos años, cuidara a las pequeñas.

—Le he pedido que estuviera con las niñas mientras yo me quedaba con usted. La pobre estaba demasiado nerviosa con todo lo ocurrido.

—¿Ocurrido?, ¿Qué ha ocurrido? —dijo entonces Susan llevándose una mano al vientre y recordó entonces lo que había sucedido la noche pasada.

Aquellos dolores fuertes, esos calambres horribles y la voz de Aaron pidiéndole que no le abandonara, que volvería enseguida—. Mi hijo… —

susurró estupefacta. No había sido un sueño, un horrible y fatídico sueño, sino que había sido real.

—Lo ha perdido mi *lady* —contestó Gladys con voz suave—. El doctor ha

mencionado que no debe preocuparse, puede ser habitual que ocurra en el primer trimestre y no debe lamentarse por ello. Pronto podrá volver a quedarse embarazada de nuevo, pero antes debe descansar.

Susan no mencionó palabra alguna, fuera lo que fuese que pudiera expresar en voz alta no cambiaba el hecho de que había perdido a su hijo y probablemente lo había hecho porque en lo más profundo de su alma deseo que no existiera, quiso no haberlo concebido solo porque anhelaba que él volviera a ella. Era su culpa, sería su martirio y probablemente aquella culpabilidad que la oprimía la acompañaría el resto de su vida.

Una lágrima surcó sus mejillas lamentando haber deseado aquello cuando en realidad amaba a ese ser que comenzaba a gestarse en su vientre. Debía odiarse a sí misma por ello, Dios debería castigarla negándole tener un heredero y su esposo seguramente la detestaría ahora más que antes debido a que había perdido su futuro hijo.

Ni siquiera tuvo la fuerza necesaria para preguntar por su esposo, quizá la respuesta no le agradaría, tal vez jamás volviera a mirarla de nuevo y seguramente la evitaría el resto de su existencia. Se sentía tan culpable por lo sucedido que simplemente quería dormir hasta perder la conciencia.

Durante cuatro días, Susan permaneció encastrada en aquella cama sin apenas hablar, sin apetito alguno a pesar de que Gladys la obligaba a comer intentando tentarla con suculentos platos y tomando aquellas gotas que sabían estrepitosamente mal.

—Tiene que comer mi *lady*, sabe que el doctor ha mencionado que debe alimentarse bien para recuperar fuerzas —insistió Gladys tratando de que su señora tomase otra cucharada de caldo.

—No quiero… déjame dormir, no quiero absolutamente nada —negó Susan

con la mirada perdida.

Había llorado tantas lágrimas en silencio que probablemente ya se había quedado completamente seca por dentro.

—Sabe que no me iré hasta que se lo tome, así que háganos un favor a ambas, tómelo y la dejaré descansar —insistió Gladys.

La doncella era consciente de que *lady* Susan no se encontraba bien. Había perdido su vitalidad, su brillo y probablemente sus ganas de vivir. En cuanto consiguió que entrara el alimento suficiente para quedar satisfecha, pensó que tendría que hacer algo que animara a su señora, así que sin mencionar a nadie hacia donde se dirigía, salió de casa por la puerta del servicio y se escabulló entre las calles hasta llegar a la mansión de los duques de Sheraton, donde se alojaba *lady* Julia, la mejor amiga de su señora.

Gladys sabía leer, pero no escribir. Por tanto, decidió ir personalmente a contarle tal y como estaban las cosas en lugar de mandar a uno de los empleados de la casa con el mensaje a *lady* Julia. En cuanto le contó a la duquesa de Sheraton la situación lamentable en la que se encontraba su señora, Julia no dudó un solo instante en ataviarse para salir inmediatamente a visitar a su mejor amiga.

Susan abrió los ojos cuando comenzó a escuchar voces que irrumpían en su habitación y un remolino de color bronce según podía apreciar el color del vestido no cesaba de dar órdenes.

—¡Corran las cortinas y abran las ventanas! —exclamó esa voz femenina—.

Aquí huele como si llevaran meses sin ventilar la habitación, ¡Y traigan flores frescas inmediatamente!

—¿Julia? —exclamó Susan atónita de que su amiga se encontrara allí presente dando órdenes a sus empleados.

—La misma —afirmó acercándose ahora hasta la cama y sentándose a su lado—. ¿Por qué he tenido que enterarme cuatro días después lo que te ha ocurrido? Debiste informarme inmediatamente para que viniera a verte.

¡Gladys! Ve inmediatamente a la casa de los duques de Lennox e informa de lo sucedido a *lady* Catherine y después haz lo mismo en la mansión Sylverston con *lady* Emily. —Mencionó Julia en voz alta antes de dirigir la mirada hacia Susan.

—No creo que sea necesario que… —comenzó a balbucear Susan.

—¿Cómo que no es necesario? —exclamó Julia—. Más que nunca necesitas recuperarte y que estén a tu lado las personas que te aprecian y te quieren.

Eres fuerte Susan, verás que esto solo es una pequeña piedra en el

camino que quedará en el olvido dentro de unos meses.

—No lo creo —susurró evitando que más lágrimas escaparan de sus labios.

—Mi madre sufrió dos pérdidas antes de tener a mi hermano Robert y después de tenerme a mi sufrió otra. No es algo tan atípico, sé que tienes cierta presión por darle un heredero a tu esposo, pero no debes culpabilizarte por ello Susan. Pronto lo tendrás.

Susan no mencionó que ella deseó no tenerlo por un instante, que tuvo un momento de debilidad en el que albergó aquella idea por un segundo y que esa era la razón de su pesar, que aquel había sido su castigo como si alguien la hubiera escuchado.

Solo una hora más tarde, *lady* Catherine también hacía acto de presencia.

—¡Casi no podía creerlo cuando Gladys vino a verme! Primero Emily y ahora tu, ¿Cómo estás querida?, ¿Por qué has tardado tanto en avisar? ¡Ni siquiera sabía que estabas embarazada! —exclamó nada más entrar en la habitación y acercarse hasta la cama donde Susan se encontraba ahora

sentada con media sonrisa en los labios tras observar la preocupación de sus amigas.

—¿Emily?, ¿Qué pasa con Emily? —exclamaron Julia y Susan al mismo tiempo.

—¿No os habéis enterado? Hace unos días tuvo una leve pérdida y el médico le ha diagnosticado que corre riesgo de perderlo. Debe guardar reposo absoluto durante el resto de su embarazo si no quiere perder a su bebé —

contestó resignada—. Y ella que quería que esta vez fuera absolutamente perfecto, de un modo u otro parece que siempre le sucede algo.

—¡Dios mío! —gimió Susan consternada y preocupada por su amiga —.

¡Tengo que ir a verla inmediatamente! —exclamó tratando de incorporarse.

—No, no, no —negó Julia evitando que saliera de la cama—. Llevas

cuatro días guardando reposo, es mejor que vayas poco a poco y mañana mismo yo te acompañaré si quieres a visitarla. Probablemente en tu estado necesites más ayuda que ella.

—Pero… ¡Debe estar asustada! Estaba tan bien cuando vino a visitarme hace unos días… —susurró Susan pensando si le habría dolido más perder a su bebé en un estado de gestación mucho más avanzado como el de Emily o incluso después de haber nacido que conforme lo había hecho cuando ni tan siquiera había llegado a sentirlo moverse en su interior.

En aquel momento comprendió que ahogando sus penas no iba a ganar nada, que probablemente su amiga Emily estaría sufriendo aún más que ella por el temor de perder a su hijo y luchando para que aquello no sucediera.

—Yo la visité ayer Susan y aunque está algo asustada por la situación, parece muy tranquila. Está en buenas manos y lo que menos necesita es que se preocupe si se entera de lo que te ha sucedido y te ve en mal estado, por eso

lo mejor que puedes hacer por ella es recuperarte.

—Está bien —afirmó Susan dejándose caer sobre la almohada y pensando que al día siguiente pondría la mejor de sus sonrisas e iría a visitarla. Emily era una buena amiga, casi tanto como una hermana y si debía permanecer recluida durante el resto de su embarazo, sería capaz de visitarla absolutamente todos los días para que no sintiera la falta de compañía.

Poco después de que sus amigas se marcharan, pidió que preparasen el baño en su habitación, llevaba todo ese tiempo sin darse un caliente y largo baño como correspondía y a pesar de que sentía todos sus músculos pesados, se introdujo en aquella bañera plagada de pétalos con las flores que le habían traído recién cortadas del jardín bajo las órdenes de su amiga Julia y se embriagó del olor perfumado que emanaba el agua.

Pensó en su amiga Emily, en lo tranquila y serena que estaba cuando estuvo allí hacía tan solo unos días, solo unas horas antes de que ella comenzara a sentirse mal y tuviera aquellos dolores por la pérdida de su hijo… era algo extraño que a su buena amiga le hubiera pasado algo similar, aunque por fortuna ella no lo había perdido a pesar de tener el riesgo de hacerlo. Cerró los ojos sintiendo que el destino era volátil y caprichoso, hasta que inconscientemente recordó algo… el té.

Ese té de sabor fuerte y cargado que le habían servido a ambas aquella tarde y del que solamente ella de las dos, tomó todo el contenido de la taza. Tenía un olor peculiar y un color más oscuro incluso que de costumbre, pero que no le dio la mayor importancia hasta ahora.

¿Tendría algo que ver aquello con lo que le había ocurrido a ambas? Quizá cuando visitara a Emily al día siguiente y le preguntase exactamente por lo sucedido podría atar cabos. Una inquietud se apoderó de ella pensando por una décima de segundo que tal vez no era la propia causante de haber perdido

a su hijo.

24

En el momento que Susan se encontraba relajada con un paño doblado bajo el cuello para su comodidad y escuchó el sonido de la puerta. Pensó que Gladys habría regresado para decirle que ya era suficiente por hoy, probablemente el agua se habría enfriado a pesar de que ella no lo notase y quizá la doncella tendría razón por más cómoda que allí se encontrase. Percatándose mejor del ruido que hacían esos pasos supo que el efecto que provocaban las pisadas en aquel suelo de madera no era propiamente de su doncella, así que abrió los ojos repentinamente para encontrarse con el autor de sus desvelos, el propietario de su cuerpo y el dueño de su alma; el duque de Buccleuch.

—Aaron —susurró en un aullido casi imperceptible ante la sorpresa que estuviera allí frente a ella y que ni tan siquiera hubiera pedido permiso para entrar, aunque ahora que lo pensaba detenidamente jamás lo había hecho, él siempre había entrado en su habitación a placer, nunca esperando una respuesta al otro lado de la puerta como se suponía que debería ser.

—Pensé que estarías dormida —contestó algo confuso, como si la idea de ser descubierto no terminara de agradarle—. Te vi con los ojos cerrados.

—Solo estaba descansando —afirmó Susan algo nerviosa. Después de tanto tiempo en el que se habían mantenido distanciados, observando como él parecía evitarla y consumido en el trabajo, resultaba extraño que estuviera allí de nuevo cerca de ella.

Aaron se agachó e introdujo dos dedos en el agua para notar la temperatura de ésta. Cogió entonces una de las jarras que aún permanecían calientes cerca de la chimenea y la volcó sobre la bañera haciendo que ésta aumentara su temperatura.

—¿Te encuentras mejor?, ¿Sientes dolor? —preguntó refiriéndose a la pérdida del hijo que estaban esperando.

—Ya no siento dolor. Al menos no dolor físico —aseguró Susan

bajando la mirada porque no quería que la culpabilizara de aquello.

—¡Ey!, ¡Mírame! —exclamó con cierta calma al ver aquel rostro cabizbajo.

Había pensado que era mejor estar alejado de ella mientras se recuperaba, no sabía como se suponía que tenía que tratarla, ni tampoco si se sentía cómoda estando en su presencia, así que había optado por la opción más fácil que era la de esconderse en el trabajo, solo que ahora no estaba del todo seguro si aquello había sido lo adecuado—. No debes responsabilizarte de ello, no fue tu culpa — susurró e inevitablemente llevó una de sus manos a la mejilla para acariciarla.

Susan sintió el suave roce de los dedos del duque en su piel y se acercó a él como quien una polilla se acerca hacia la luz del fuego a pesar de saber que puede quemarse.

—¿No me odias por perder al que podría ser tu heredero al ducado? —

susurró con voz entrecortada.

—Jamás osaría pensar tal cosa de ti. Yo nunca te culparía de lo ocurrido ¿Por

qué piensas algo así? —preguntó completamente consternado y supuso que su comportamiento de las últimas semanas quizá no habría ayudado.

—Yo… bueno… mi deber es darte un heredero y lo he perdido.

—Lo que ahora me preocupa realmente es que tú estés bien. Eres mi esposa y como ya te advertí más de una vez, yo cuido de lo que me pertenece —

decretó antes de hundir sus brazos en la bañera no importándole empapar su camisa y alzándola en brazos completamente empapada para que no tuviera que hacer ningún esfuerzo.

Susan se apoyó sobre el cuerpo de su esposo a pesar de saber que le estaba mojando todas las prendas de vestir y cuando éste la dejó sobre el suelo se apoyó ligeramente dejándose caer sobre el cuerpo de Aaron para estabilizarse. Con sumo cuidado la envolvió en un paño limpio y volvió a alzarla llevándola junto a la chimenea para que se secara, depositándola sobre un suave y mullido sillón en el que Susan se

encogió al abandonar la tibieza de sus brazos.

—¿Has tenido mucho trabajo en las ultimas semanas? —preguntó Susan tratando de entablar conversación, de algún modo deseaba retenerle, no quería que se marchara pronto.

—Si —afirmó añadiendo leña al fuego para que éste se volviera más intenso

—. Bastante más del habitual —mintió descabelladamente, pero no afirmar aquello suponía confirmar que huía de ella y sobre todo de su cuerpo.

—Espero que todo vaya bien —dijo ahora Susan sintiéndose culpable porque probablemente su esposo debía estar agobiado con los negocios y ella había pensado que la estaba evitando, cuando con toda seguridad tenía suficientes preocupaciones como para ser ella misma otra de ellas.

—Todo va bien. Solo son algunos cambios que planeo hacer a largo plazo y

que ahora absorben algo más de mi tiempo —confesó de forma vagamente incierta, pero con algún atisbo de verdad en sus palabras —. Las niñas han estado preguntando por ti estos días —añadió Aaron acercándose ahora hasta su esposa y sentándose al lado en una pequeña butaca—. Deseaban entrar a verte, pero la señora Edna creyó que no sería conveniente.

La señora Edna, pensó Susan. Esa mujer siempre metiéndose en lugares donde no le correspondían, pero aquel no era ni el momento ni el lugar para arremeter en su contra.

—Estoy deseando verlas, creo que ya me siento lo suficientemente bien para volver a mi rutina normal. Mañana mismo saldré a visitar a *lady* Emily, esta vez de verdad —añadió con una vaga sonrisa—, hoy me enteré de que al parecer debe guardar reposo el resto de su embarazo si no desea perder al hijo que espera.

—¿ *Lady* Emily corre peligro? —preguntó Aaron algo extrañado. Hacía solo unas semanas que la había visto en perfecto estado.

—Más bien su hijo, ella parece encontrarse perfectamente, pero supongo que mañana me informaré de todo por la propia duquesa de Sylverston.

—Si te sientes lo suficientemente bien para ir, me complacerá que vayas a visitarla. Es más, te puedo acompañar yo mismo si lo deseas, así podré hablar con *lord* Sylverston en privado.

La sorpresa de que su esposo se ofreciera a acompañarla la sorprendió, obviamente no se negó a su propuesta, sino que aceptó encantada.

—Me encantaría que me acompañaras —contestó Susan girando su rostro hacia él para observar el brillo que el fuego reflejaba en su rostro y se deleitó observando cada rasgo de su perfil, donde la luz anaranjada acentuaba su leve barba.

—Le enviaré una nota al duque avisándole de nuestra llegada a la hora de tomar el té y si te sientes lo suficientemente bien, quizá podamos dar un pequeño paseo por Hyde Park de regreso.

—¡Eso sería estupendo! —exclamó abalanzándose sobre su esposo sin siquiera pensarlo detenidamente, pero, ¿No estarás demasiado ocupado para ello? No me gustaría que… —Comenzó a decir apartándose de él y tratando de buscar sus ojos para evaluar su rostro hasta que él la acalló acercando sus labios inesperadamente ante la sorpresa de Susan.

Probar de nuevo los labios del duque era como saborear el firmamento si es que aquello fuese posible. El movimiento de su boca hizo que se acercara a él para apoyar las manos en su pecho y buscar su contacto inminente.

Aaron la apretó contra él a pesar de tener aún la camisa empapada, pero en aquel momento era lo que menos le importaba, solo podía pensar en la dulce boca y los jugosos labios que tanto había añorado de su esposa.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse mientras alguien parecía tararear una canción. Ante aquel ruido, Aaron se alejó sobresaltado y se incorporó rápidamente de su asiento.

—¡Oh, mi *lord*! —exclamó Gladys—. No sabía que usted estaba… yo no podía saber que usted… que estaba… que… —La doncella era incapaz de terminar la frase cuando sus ojos se fueron a los de *lady* Susan que parecía algo aturdida con el cabello mojado y envuelta en aquel paño semidesnuda.

—No se preocupe, ya me marchaba —contestó Aaron con voz firme—. Que descanses, querida —añadió antes de emprender el camino hacia la puerta que daba a su alcoba.

Susan se llevó la mano a los labios que aún permanecían hinchados por aquel furtivo beso cargado de pasión y deseo. Él aún la deseaba, él aún la anhelaba,

él aún la ansiaba. No la odiaba como había pensado en un principio, ni tampoco la culpabilizaba de lo sucedido, de un modo u otro estaba segura que solo era cuestión de tiempo que regresara a su habitación, a su lecho, a sus brazos de nuevo.

—¿He interrumpido algo mi *lady*? —preguntó inquieta Gladys mientras se acercaba a su señora para cepillar el cabello suavemente.

—Quizá —susurró Susan con una vaga sonrisa mientras se giraba para ver a su doncella—, aunque no debes preocuparte por ello.

Aún no podría yacer con su esposo aunque quisiera, probablemente seguiría sangrando durante varios días más por la interrupción de su embarazo. Tal vez el propio doctor Robbins cuando viniera a visitarla en tres días podría decirle cuando podría volver a quedar de nuevo en estado.

—La próxima vez llamaré en lugar de dar por sentado que la encontraría a solas —contestó la doncella para sentirse más cómoda.

—Si. Tal vez sea conveniente dada la situación —afirmó Susan dejándose cepillar el cabello—. Mañana iré a ver a *lady* Emily acompañada del duque,

¿Podrías tener listo el vestido azul con brocado de color oro que aún no he estrenado?

—¿No cree que es un poco inapropiado para una visita? —afirmó la doncella algo extrañada.

—Me apetece estrenar ese vestido. Además, es un vestido de día y probablemente vayamos a dar un paseo por Hyde Park a la vuelta.

No añadió que lo que realmente quería era sentirse deseada, especialmente hermosa si iba a salir con él. Más que nada en el mundo deseaba que él no dejase de mirarla ni un solo instante, ni un solo segundo y sentir que de

nuevo volvían a estar juntos.

Tal vez a partir del día siguiente las cosas volverían a ser como antes, que de algún modo él volvería a ella y esta vez sí conseguiría

acercarse lo suficiente para que se abriera. La sola idea de pensar en que volvería a dormir entre sus brazos hacía que su corazón se agitase y se deleitara en su propia ensoñación.

Definitivamente aquello era amor como no podía ser de otra forma y ella estaba completamente enamorada de su esposo.

Aquella mañana Susan despertó mucho más entusiasmada de lo que lo había hecho los últimos días. Quizá era el primer día que después de lo sucedido se encontraba con el ánimo suficiente para enfrentarse a sus tareas. Echaba en falta ver a las pequeñas a las cuales le había cogido tanta estima, aunque reconocía que esos días que había pasado empotrada en aquella cama apenas había pensado en ellas, en que ahora eran su responsabilidad y que probablemente debían estar asustadas por si perdían de nuevo a la que ahora consideraban su madre.

Con aquella idea se regañó mentalmente. No podía ser egoísta, ya no.

Madeleine y Diane eran ahora su responsabilidad y respondía ante ellas como si fueran sus hijas. Es cierto que contaba con la ayuda del personal para asistirlas, pero no volvería a fallar en ese asunto, aunque la pena y el dolor la consumieran, jamás volvería a desaparecer de aquel modo frente a ellas.

—¡Buenos días! —exclamó con gran entusiasmo cuando las observó tomar el desayuno en absoluto silencio bajo la estricta mirada de la señora Edna.

—¡Madre!, ¡Madre! —comenzó a gritar Diane que era la más pequeña y sin duda alguna la felicidad ante aquella voz aguda e infantil provocó que Susan sonriese de verdad después de semanas sin hacerlo.

—¿Ya no está enferma? —preguntó con más cautela Madeleine.

—No —negó—. Me encuentro perfectamente, tanto es así que he decidido suspender vuestras clases y vamos a pasar toda la mañana jugando con los cachorros, ¿Qué os parece?

Ante la absoluta conmoción de las niñas que se miraron sorprendidas, la felicidad llenó sus caras y comenzaron a dar pequeños saltitos de alegría.

—No creo que deba ser conveniente en su estado *lady* Susan, puede fatigarse.

Además, una dama necesita disciplina, no juegos que no la enseñarán a comportarse como tal.

—Gracias por su consejo, señora Edna —contestó Susan sin perder la sonrisa

—, pero como son mi responsabilidad, seré yo quien decida que es lo que les conviene, no usted. Por cierto, eso me recuerda que debo advertirle algo… —

añadió misteriosa y observó que la mujer pareció tensarse.

—Dígame, estoy a su servicio —contestó con cierto tono de desagrado que no pasó desapercibido para Susan.

—Que sea la última vez que despide a alguien del personal sin mi autorización o toma decisiones sin mi consentimiento. A partir de ahora soy yo quien tomará las decisiones en esta casa como la duquesa de Buccleuch que soy.

Susan observó como apretaba los labios y parecía reprimir una especie de bufido o desaprobación, pero por su bien más le valía no hacerlo o se atendría a las consecuencias. Con gesto afirmativo notó como la señora Edna se levantaba e inclinándose salía de aquel comedor.

Esperaba de buenas maneras que aquella mujer no supusiera un problema. Lo que menos le apetecía ahora era mantener una discusión con Aaron por el destino de aquella señora.

—Buenos días mi *lady* —anunció la señora Eloise entrando al comedor. Pese a ser el ama de llaves, solía supervisar siempre el desayuno e incluso portarlo en la mayoría de las ocasiones—. ¿Qué tal se encuentra?

—Muy bien señora Eloise, gracias —contestó Susan mientras no quitaba ojo a las pequeñas que parecían hablar entre ellas—. Avise a la institutriz que hoy puede tener el día libre, yo pasaré toda la mañana con mis hijas, quiero recuperar el tiempo perdido de estos días y me vendrá bien pasar unas horas entretenida.

—Por supuesto, si es lo que desea así será —respondió la afable mujer.

—Por cierto, me gustaría comentarle algo, aunque no sé si lo recordará… ya han pasado cinco días desde entonces —dijo Susan no sabiendo muy bien como abordar el tema o de qué forma hacerlo para que no pareciera sospechoso.

La mujer parecía lo suficientemente tranquila para tener algo que ocultar, de hecho, estaba completamente segura de que no tendría nada que ver, pero algo le incitaba a confirmarlo.

—Si puedo ayudarla en cualquier cosa, solo tiene que preguntármelo *lady* Susan.

—¿Recuerda el día que me visitó *lady* Emily? —preguntó Susan mientras daba un sorbo de té que casualmente ya no encontraba desagradable.

—Por supuesto, como olvidarlo… esa misma noche usted… bueno, todos sabemos lo que ocurrió —confirmó la señora Eloise algo turbada.

—Si. En realidad lo que venía a preguntarle no tiene nada que ver con lo que sucedió, pero recuerdo que una de las doncellas nos sirvió el té y mencionó que la había enviado usted.

—Si, yo misma envié a Beatrice para ver si las damas deseaban tomar el té —

contestó la mujer como si recordase perfectamente los hechos.

—Entonces fue usted quien lo preparó, ¿no? Tenía un aroma peculiar y desearía que volviera a prepararlo…

—No tendría ningún inconveniente mi *lady*, pero es exactamente el mismo que está tomando ahora —corroboró la mujer algo confusa.

—¿Este? —exclamó Susan mirando la taza con un color mucho más claro del té que le sirvieron aquella tarde. No era el mismo, estaba segura de que no lo era.

—Siempre preparo el té del mismo modo, la única que lo hace distinto es la señora Edna que suele echarle unas hierbas especiales que dice que son muy buenas y oscurecen el color. Si quiere mi opinión, a mi su té no me gusta, pero obviamente no puedo decir nada. Desde que usted está aquí ella misma le echa esas hierbas todas las mañanas al té, hasta que hace unos días el duque se quejó del sabor porque se lo sirvieron por error y ya no ha vuelto a hacerlo.

—Tal vez tenga un recuerdo algo distorsionado de ese momento y lo recordaba mucho más agradable que ahora —admitió Susan esperando que no sospechara que estaba mintiendo.

—No se preocupe mi *lady*. A partir de ahora yo misma le serviré el té cada vez que lo desee, así esa entrometida mujer no se lo estropeará por más insistente que sea diciendo que es beneficioso para la salud —mencionó llevándose la bandeja de plata hacia la cocina y dejando a Susan sumida en una vorágine de sensaciones contradictorias.

¿Tendría algo que ver la señora Edna y su té en la interrupción de su embarazo? Probablemente hasta que no hablase con Emily no podría

constatar ese atisbo de duda que comenzaba a aumentar de tamaño convirtiéndose en algo mucho más serio de lo que en un principio había pensado.

Tal vez solo estaba imaginándose las cosas, ¿Qué motivos iba a tener esa señora para desear la muerte del hijo del duque? Entendía que pudiera tenerle resquemor o incluso cierto odio por verla como una amenaza, pero eliminando al heredero del ducado no iba a conseguir que aquello se solucionara. No. Definitivamente solo estaba divagando sobre algo que era muy probable que estuviera únicamente en su cabeza. Tal vez le estaba cogiendo demasiada antipatía a esa mujer hasta el punto de creer que sus acciones eran diabólicas y perversas.

Madeleine y Diane parecían divertirse jugando con los cachorros en el jardín y enseñándole todos los progresos a su madre. Susan estaba encantada de ver como las niñas se divertían junto a ella mientras bailaban a su alrededor al mismo tiempo que lanzaban flores y los pequeños cachorros correteaban sobre ella en un supuesto baile de hadas cuando Aaron hizo acto de presencia.

Lord Buccleuch había vuelto algo más temprano de lo habitual a casa, mucho más teniendo en cuenta que llevaba varias semanas sin dejarse caer a la hora del almuerzo, pero con la idea de acompañar a su esposa a la mansión de los Sylverston aprovechó para irse un poco antes y poder constatar que tal se encontraba. No había esperado divisar esa estampa donde Susan no solo estaba sonriente y tan radiante como la recordaba hacía tan solo unas semanas en la casa de campo, sino que sus hijas parecían divertirse junto a su nueva madre. Pensó por un instante que el efecto de pérdida en Susan sería muy diferente al de sus anteriores esposas, no solo haría mella en él, sino también en sus hijas y aquel miedo que había sentido en las últimas semanas ahora

disipado por saber que no corría peligro, le llevaba a anteponer sus deseos antes que su deber por primera vez en toda su vida.

—¡Padre! —gritó Diane mientras corría hacia él y le agarraba con su manita del brazo tratando de estirar para que se acercase.

—Diane, no creo que a tu padre le entusiasme la idea de unirse al baile de las hadas —mencionó Susan tratando de calmar el entusiasmo de la pequeña.

—¿Baile de las hadas? —exclamó con una vaga sonrisa como si el simple nombre al que hacía referencia le hiciera gracia.

Susan se encogió de hombros y Madeleine volvió a lanzar hojas secas mezcladas con pétalos de flores que habían deshojado sobre ellas.

—¡Somos hadas!, ¡Hermosas hadas! —exclamó Diane entusiasmada acompañando a su padre hasta donde se encontraban.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Aaron al ver el poco espacio que había en aquella pequeña manta en la que se encontraba sentada su esposa.

—¡Oh, desde luego! —afirmó Susan con entusiasmo tratando de hacerse a un lado y en cuanto Aaron se sentó al lado de su esposa, la alzó atrayéndola hacia él y colocándola sobre sus piernas ante la consternación de ella.

Las pequeñas no parecieron notar como las mejillas de su madre se teñían de rojo, ni tampoco como la proximidad entre sus padres era propiamente inadecuada, sino que seguían cantando, danzando y lanzando flores a su alrededor.

—¿Te encuentras bien? —susurró Aaron al oído de su esposa en voz baja para que nadie más le escuchara.

—Sé que todos están muy preocupados por mi, pero me encuentro muy bien,

extremadamente bien —puntualizó a pesar de que aún escondía parte de esa culpa y carga por creerse la responsable de la muerte de su hijo, pero saber que él no la culpabilizada disipaba enormemente el peso.

—¡ *Lady* Madeleine!, ¡ *Lady* Diane!, ¡Es hora del almuerzo! —exclamó Esther que ahora se encargaba de las pequeñas ya que Gladys había estado muy pendiente del estado de Susan.

—¡Oh!, ¿Tan pronto? —gimió Madeleine algo apenada.

—¡Vamos!, ¡Id volando como hacen las hadas! —exclamó Susan con entusiasmo y provocó una sonrisa en ambas mientras se iban corriendo hacia la doncella que las observaba sonriente agitando los brazos como si fueran alas—. Creo que ya sé que voy a regalarles estas navidades —admitió Susan pensando que apenas quedaban unas semanas para que aquellas fechas mágicas llegasen.

—¿Y tú?, ¿Qué es lo que deseas por navidades? —preguntó en aquel tono de voz firme y ronco que a Susan le provocaba todo un deleite de sensaciones.

«Que me ames» pensó ella sin expresarlo en voz alta.

Aaron rozó con su nariz la mejilla de su esposa y ésta se volvió a verle, contemplando aquellos ojos verdes tan profundos que en tantas ocasiones Susan se había perdido por lo bellos y hermosos que éstos eran.

—No deseo nada —susurró observándole fijamente—. Tal vez ese hijo que tanto necesitas —admitió con cierto pesar por haber fallado en su deber como esposa.

—Ahora solo me preocupa que tu estés bien. Puedo esperar el tiempo que sea necesario, siempre que te recuperes adecuadamente.

Aquellas palabras enternecieron a Susan hasta el punto de que sus ojos azules

se volvieron cristalinos sabiendo que él no la presionaba, no la culpaba, solamente se preocupaba por su bienestar y para ella eso era suficiente, suponía que de algún modo él la estimaba de verdad a pesar del distanciamiento que había mantenido todo ese tiempo respecto a ella.

En ese instante colocó las manos sobre el cuello de su esposo y se acercó lentamente hasta rozar sus labios con delicadeza. Hacía frío puesto que se encontraban en el exterior, pero estaba debidamente abrigada y lo cierto es que estando junto a él podía sentir como la calidez la embriagaba.

—Te he echado de menos… —susurró Susan fijando la mirada en sus labios.

Aaron no contestó, sino que entrelazó sus labios con los de ella sin poder evitarlo y se deleitó en aquel suculento beso antes de que probablemente fueran interrumpidos en cualquier momento.

25

Susan nunca había estado en la habitación personal de su amiga Emily, aquella sería la primera vez visitaría su alcoba y lo cierto es que sentía demasiado extraña por ello, pensó mientras entraban en la mansión Sylverston.

—Bienvenidos. Mi esposa se alegrará de verla *lady* Susan, lleva días preguntando por usted —mencionó *lord* Sylverston que salió a recibirles.

—Lamentablemente no se ha encontrado bien de salud los últimos días, por eso hemos demorado la visita, *lord* Sylverston —contestó Aaron hablando en nombre de su esposa.

—¿Ya se encuentra bien? —exclamó Henry observando detenidamente a *lady* Susan como si sopesara que aquello que hubiera tenido fuera contagioso.

—Perfectamente excelencia. No se preocupe, no era nada contagioso —

contestó Susan con una vaga sonrisa—. Si me disculpan, iré a ver a *lady* Emily. Estoy segura de que tendrán cosas de las que hablar mientras tanto.

Una doncella la acompañó hasta los aposentos de la duquesa de Sylverston y

cuando entró las dejó a solas.

—¡Oh Emily! —exclamó al verla tumbada sobre la cama tratando en vano de leer un libro, pero parecía algo fatigada.

—¡Susan! —gritó Emily dejando el libro a un lado pero no moviendo ni un ápice su cuerpo aletargado—. Cuando Henry me dijo que vendríais me alegré de tener visita, al menos alguien que me entretenga un par de horas. Solo llevo así unos días y ya estoy al borde de la desesperación, no sé como voy a soportar tres largos

meses —añadió apesadumbrada.

—Lo harás. Por supuesto que lo harás, porque eres fuerte, valiente y decidida… pero ahora cuéntame, ¿Qué ha ocurrido? —inquirió Susan.

Emily cerró los ojos y respiró profundamente. Susan esperó que le dijera que había sufrido alguna caída, un golpe, un pie mal apoyado… algo que le condujera a pensar porqué estaba en ese estado.

—Nadie lo sabe y francamente yo sigo sin entenderlo. No noté nada, no me caí, ni me di ningún golpe… he tenido dos embarazos anteriormente y jamás me ha ocurrido algo similar. El médico dice que es extraño que ocurra, pero que se dan algunos casos, la verdad es que todo es muy raro, pero no te abrumes por esto, estoy segura de que a ti no te sucederá.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó ahora Susan con cierta inquietud y nervios al mismo tiempo.

—La noche que estuve en tu casa. Poco después de que llegase sentí un leve dolor, pero pensé que no era nada. Cuando me fui a la cama y vi la sangre comprendí que algo le sucedía a la criatura que llevaba dentro e inmediatamente Henry avisó al médico para que se presenciara en casa. Al parecer dijo que el bebé estaba bien, pero algo se había desprendido de su sitio y corría el riesgo de tener un parto prematuro, por lo que, para que eso

no suceda debía guardar absoluto reposo el resto del tiempo. Seguro que esto es un castigo por desear tener otro hijo cuando Henry no lo desea.

—Creo que no es un castigo Emily —dijo ahora con un hilo de voz y con los ojos algo cristalinos.

—¿A qué te refieres?, ¿Qué te ocurre? —dijo ahora Emily preocupada.

—Yo perdí a mi hijo esa noche —afirmó llevándose la mano a las mejillas para limpiar las lágrimas que acababan de caer—. Sin previo aviso, sin razón alguna… de pronto comencé a sentir un dolor intenso y minutos después dejó de existir en mi vientre.

—¡Dios mío Susan! —gimió Emily llevándose las manos al vientre como si tratara de protegerlo—. No lo sabía… ¡Nadie me dijo nada!

—Nadie supo nada hasta ayer. Mi doncella pensó que me vendría bien tener visita en mi lamentable estado y avisó a Julia y a Catherine, de

hecho, iba a avisarte a ti también cuando Catherine le advirtió de lo que te había sucedido.

—¿Y cómo estás tu? Me imagino lo doloroso que debe haber sido para ti —

constató Emily acariciándole el brazo.

Susan pensó en esos cuatro días en los que se había culpabilizado de todo, sintiéndose la persona más ruin del mundo.

—No voy a negar que no fue fácil, sobre todo porque hubo un momento en el que deseé que no existiera, por un instante quise no estar embarazada por todo lo que te conté esa misma tarde y cuando lo perdí pensé que era culpa mía, creí que de algún modo yo lo había matado por no desearlo… solo que ahora tengo serias dudas sobre lo que nos ha pasado y creo que fue intencionado —confesó casi en un susurro.

—¿Intencionado?, ¿Te refieres a perder a tu hijo y que a mi me ocurriera

esto? —exclamó Emily—. ¿Cómo iba a ser posible Susan? Probablemente solo estés buscando a un culpable y es cierto que es bastante casualidad, pero de ahí a…

—¿No recuerdas ese té que nos sirvieron? —preguntó no dejando que Emily terminase su diálogo—. Estoy completamente segura de que llevaba algo…

—meditó dando rienda suelta a sus pensamientos—. Creerás que estoy loca, pero siento que esa mujer esconde mucho más de lo que aparenta, es como si algo en mi me dijera que desconfiara de ella, como un…

—Sexto sentido —corroboró Emily.

—¡Exacto! —exclamó con tanto fervor que sentía que le había quitado las palabras de su boca—. No sé que motivos tendría para hacerlo, pero te puedo asegurar que estoy casi convencida de que lo que nos ha ocurrido no ha sido casual, de que esa mujer está detrás de todo esto.

—¿Qué mujer?, ¿A quien te refieres? —preguntó Emily ahora intrigada.

—La señora Edna. Era la madre de la primera esposa que tuvo *lord*

Buccleuch, la abuela de Madeleine; la hija mayor de mi esposo. Ella es quien cuidaba de las niñas y manejaba las riendas de esa casa hasta que el duque se casó conmigo.

—Entiendo que esa señora pueda ver peligrar su puesto y que obviamente se sienta desplazada hasta el punto de creer que probablemente terminen echándola, aunque la hija del duque siempre será su nieta y estoy segura de que *lord* Buccleuch le buscaría un hogar y se preocuparía porque no le faltase de nada, siendo así; ¿Qué razones iba a tener para hacer algo tan cruel como lo que supones que nos hizo? Soy la primera en desear buscar a un culpable si lo hay Susan, pero quizá te estés precipitando acusándola de algo así… —

dijo Emily en cierto tono de calma. No deseaba quitarle la razón a su amiga,

pero quizá estaba sacando conclusiones precipitadas.

—Sé que no puedo acusarla sin pruebas y también sé que igual me puedo estar equivocando, pero hay algo… no sé ni qué es, pero me hace pensar que fue ella.

—Si quieres un consejo, es mejor que no menciones nada de esto hasta estar segura. Podrías poner en tu contra a tu propio esposo o buscar la ruina a una mujer que es inocente de tus acusaciones —contestó Emily calmada.

No podía considerar inocente a alguien que maltrata a unas niñas con castigos severos. Tal vez esa era la razón de su poca empatía hacia aquella mujer, que era incapaz de verla como alguien gentil y bondadoso. Quizá Emily pudiera tener la generosidad de ver gentileza en todos, ella hasta la fecha también la tenía, pero por su parte empezaba a creer que definitivamente no existía tal gentileza en la señora Edna.

Probablemente solo necesitara encontrar un culpable con quien desatar toda esa amargura que la consumía por sentirse aún culpable de perder a su hijo, quien sabe si todas aquellas conjeturas eran solo producto de su imaginación puesto que la señora Eloise no había mencionado que aquella tarde echara las hierbas en el té que sirvió, pero fuera cual fuera la respuesta, lo cierto es que seguía sin confiar en esa detestable mujer que la miraba con desprecio.

Finalmente de regreso a casa, Susan y Aaron pasaron por Hyde Park para dar un leve paseo antes de que el frío comenzara a ser demasiado intenso.

—Hacía tiempo que no venía por aquí —confesó Susan tratando de iniciar una conversación.

—Lo cierto es que yo tampoco. Mis negocios absorben demasiado tiempo —

contestó con la mirada al frente.

Susan quiso decirle que sabía de sus intenciones para aliviar dicha carga de trabajo por Emily, pero desechó la idea y se limitó a asentir con un gesto de cabeza.

—¿De qué han hablado *lord* Sylverston y usted? —preguntó sin darse cuenta de que no le estaba tuteando.

—Solo negocios. Nada importante —contestó de forma trivial y Susan pensó que quizá no se había percatado.

—Mañana me gustaría llevar a almorzar a las niñas a casa de mis padres.

Creo que le vendrán bien cambiar de aires y si tiene tiempo, también puede venir, por supuesto.

—¿Por qué vuelve a tratarme de usted? —exclamó entonces y Susan le observó. Parecía confuso, como si no lo entendiera y ella sonrió de forma sincera.

—Pensé que no te importaba… que tal vez preferías que guardara las distancias —mintió.

—No lo deseo —susurró—. No lo deseo en absoluto. De hecho, no veo la hora de que… ¡Por todos los Dioses! —maldijo y Susan abrió los ojos como si éstos se desencajasen de sus órbitas.

Por suerte no había nadie a su alrededor que pudiera escucharles, menos aún sentirles.

—¿Qué es lo que ocurre?, ¿Qué es lo que quiere decirme? —insistió Susan viendo como por primera vez, él parecía perder la compostura en público, a pesar de que no tuvieran a nadie lo suficientemente cercano a ellos para notarlo.

—Nada. Será mejor que regresemos a casa, está haciendo frío.

Después de cenar Aaron se encerró en su despacho y Susan subió hasta su habitación meditando todo lo que había sucedido aquella tarde.

¿Qué se suponía que quería decirle con aquellas palabras?, Lo que parecía quedarle claro es que no deseaba en absoluto que guardara las distancias, ¿Y entonces porqué se había alejado de ella? No entendía nada. Nada en absoluto.

Dos días más tarde el doctor acudió a la mansión Buccleuch tal como había mencionado que lo haría.

—¿Qué tal se ha sentido estos días *lady* Susan?, ¿Ha sentido molestias?,

¿Mareos?, ¿Perdida de sangre más excesiva de lo normal?

Lo cierto es que se sentía bastante bien teniendo en cuenta lo ocurrido, volvía a sentirse como antes al menos físicamente hablando, porque emocionalmente su cabeza era un auténtico desastre incapaz de aclarar todo ese cúmulo de sensaciones que emergían en ella al mismo tiempo.

—Los primeros días apenas si los recuerdo, pero lo cierto es que me encuentro muy bien y dejé de sangrar ayer mismo.

—Me alegro. Eso es buena señal de que su cuerpo se ha recuperado de la pérdida. Imagino que tomó las gotas que le receté tal como dejé prescrito.

—Si doctor. Yo misma se las administré como usted me dijo —contestó Gladys metiéndose en la conversación.

—Bien. Entones la naturaleza ha hecho su trabajo y estoy seguro de que pronto concebirá un hijo —mencionó el doctor guardando sus aparatos de auscultación en su maletín.

—¿Puedo? Quiero decir… ¿Ya puedo?, ¿Tan pronto? —exclamó Susan algo avergonzada.

—Probablemente tarde uno o dos meses en regularizarse, pero he tratado

casos donde una mujer se ha quedado embarazada pocos días después de dar a luz a un hijo. Ese podría ser su caso.

Aquello significaba que Aaron volvería de nuevo a su lecho cada noche, cada luna y cada madrugada sin falta alguna.

—Gracias doctor Robbins. Le agradezco enormemente su visita —

terció Susan llevándose una mano a sus labios y pensando de qué forma podría decirle que estaba preparada para volver a quedarse embarazada a su esposo.

Aquella tarde Susan decidió que era perfecta para ordenar sus libros en la biblioteca, una tarea que siempre fue dejando y que jamás llevó a cabo porque en su día su esposo le mencionó que él debía estar presente. Pues bien, había comenzado aquella tarea sin que lo estuviera, por lo tanto, no sabía exactamente cuál podría ser la reacción de éste, pero no le importaba.

Tras la cena Susan se atavió un camisón nuevo de color marfil casi idéntico al blanco que le regaló Emily la primera vez, solo que el encaje era diferente y el color se fusionaba aún más con su piel. Se ató fuertemente la bata de seda y con el cabello trenzado se deslizó por las escaleras hasta entrar en el despacho de su marido sin llamar a la puerta.

—¿Susan? —exclamó este apartando la mirada de aquel libro de cuentas—.

¿Qué haces aquí?, ¿Ocurre algo? —preguntó preocupado y ella solo se limitó a acercarse.

—Esta tarde coloqué mis libros en esta librería, venía a buscar uno de ellos mientras te espero en mis aposentos.

Susan creía que de aquella forma dejaba tácito que esperaba que acudiese a su lecho.

—¿Ir a tus aposentos? —preguntó Aaron viendo ahora detenidamente a su

esposa—. ¿Es lo que quieres Susan? —preguntó estudiando su rostro.

—Deseo daros un heredero —contestó sin confesar que lo que realmente deseaba era tenerlo a él cerca de ella.

—¿Porqué?, ¿Cuál es la razón por la que deseas darme un heredero?, ¿Es por tu deber como mi esposa?, ¿Por qué me casé contigo solo por eso? Porque si esas son las razones… si ese es el motivo…

—Te quiero —dijo de pronto interrumpiendo su discurso cuyo final no sabía de qué forma acababa pero no podía soportar un segundo más guardar aquella información solo para ella—. Esa es mi razón. Te amo profundamente y solo deseo darte aquello que tanto deseas.

—¡Oh, Dios! —exclamó Aaron abalanzándose sobre ella mientras la acogía en sus brazos y unía sus labios a los suyos apoderándose de ellos con un beso devastador.

En el momento que Susan confesó aquello, Aaron sintió que su alma caía a los pies y regresaba de nuevo. ¿Ella le quería?, ¿Le amaba?, ¿Cómo era posible si ni siquiera sabía cómo tratarla debidamente? Su joven esposa había abrumado todos sus sentidos y era incapaz de saber qué se suponía que debía hacer o no al respecto.

Quería acercarse a ella, pero al mismo tiempo sabía que no podría controlarse en caso de hacerlo y no deseaba dañarla. La deseaba con todas sus fuerzas y su control se estaba mitigando a cada instante que pasaba a su lado por lo que su única opción era alejarse todo lo que pudiera.

Susan le amaba, le quería, esas palabras habían salido de sus labios y era la primera vez que alguien se las decía. Sin duda alguna era consciente de que no la merecía, de que con toda probabilidad la dañaría como dañó a sus anteriores esposas a las que jamás apreció como en cambio lo hacía con ella.

Las respetaba, les tenía cierto cariño… pero Susan era tan única, tan maravillosamente especial y tan… ella. Su cuerpo era ese mar en el que deseaba nadar cada noche y sus ojos azules dos zafiros de los cuáles se habían convertido en sus joyas más preciosas, había comprendido que adoraba y deseaba a esa mujer por partes iguales. No entendía que le había hecho, ni tampoco comprendía cómo lo había hecho, pero se negaba a luchar más contra sí mismo, a ponerse barreras que frenaran sus más puros instintos… ella le deseaba tanto como él a ella y no pensaba perder un solo día más de su vida que no fuera junto a esa mujer, aunque tuviera que enfrentarse a su miedo más terrorífico; el temor de perderla.

Susan sintió como las manos de su esposo recorrían su cintura hasta apresarla entre sus brazos y acercarla de tal forma que podía notar la calidez de su cuerpo junto al de ella. Esa sensación de que no pasara un ápice de aire entre sus cuerpos le encantaba, era como si estuvieran completamente unidos en uno solo, entregándose por completo el uno al otro. Notó como se apartaba levemente y sin decir nada la alzó entre sus brazos, acogiéndola entre ellos con tanta ligereza que parecía estar habituado a cargar con ella. Se agarró firmemente a su cuello mientras se deleitaba con ese aroma que tanto había echado de menos durante aquellas semanas en las que padecía la agonía por la falta de su contacto y para su sorpresa, en lugar de entrar en su

alcoba, Aaron Buccleuch, su duque, su esposo, su alma completa la estaba llevando hacia sus propios aposentos por primera vez desde que se habían casado.

—¿Por qué me traes a tu habitación? —preguntó Susan completamente asombrada. Solo había estado allí en una ocasión y fue tan breve que incluso apenas pudo reparar en la decoración que la adornaba.

—Porque no deseo interrupciones y porque he deseado tantas veces tenerte en este lecho, que quiero complacer mis más profundos y ardientes anhelos

—contestó Aaron con tanta calma y firmeza que a Susan se le aceleró el pulso de inmediato

¿Se podría morir de amor? Pensó Susan. Tal vez, pero desde luego no lo haría esa noche porque deseaba acaparar cada gesto, palabra o beso que su esposo le proporcionaba.

—Entonces tómame… soy tuya. Únicamente tuya. —Expresó Susan con devoción abrazándose a él.

—Eres tan hermosa… —susurró dejándola suavemente sobre su lecho mientras sus manos acariciaban la piel de su rostro tan suave como el terciopelo—. Tus ojos son dos gemas preciosas, tu piel es tan suave como la seda y tus labios son como un melocotón maduro del cuál deseo aspirar todo su jugo. Jamás pensé que enloquecería tanto como lo hago estando a tu lado y te prometo que a partir de ahora no me separaré de ti.

En aquel instante todas las dudas que había tenido Susan sobre creer que su marido estaba enfadado o distanciado por algo que ella había dicho o hecho se disiparon. Quizá solo estaba agotado por su trabajo, tal vez solo fuera debido a su embarazo, pero fueran cuales fueran esas respuestas a sus preguntas ahora no le importaban porque él parecía mucho más que dispuesto a estar junto a ella y esta vez se aseguraría de que no volviera apartarse de su lado haciéndole cumplir su promesa.

—Te he echado tanto en falta —gimió Susan acercándose hasta él y colocando sus manos en su pecho mientras ascendía para desatar aquel pañuelo al mismo tiempo que su esposo la observaba dejando que ella hiciera aquello.

No tanto como yo, pensó Aaron sin que su voz emitiera aquellas

palabras que tan profundamente acallaba.

No hubo más confesiones, ni más promesas aquella noche, sus ropas fueron desapareciendo al mismo tiempo que Aaron la colmaba de besos por cada ápice de piel que había en su cuerpo. La sensación de plenitud para Susan era abrumadora, la calidez de aquellos labios resultaba embriagadora y en el momento que sintió como su esposo invadía su cuerpo colmándola, volvió a sentirse completa de nuevo, como si la agonía que había estado sintiendo durante tantos días se disipara en un instante.

Cada roce de sus dedos, cada caricia de su cuerpo y cada ardiente beso hicieron que Susan aquella noche, rozase el cielo y culminase en un infinito placer que guardaría en su recuerdo.

El suave roce en su nuca despertó a duquesa de Buccleuch aquella mañana, abrió los ojos sintiéndose algo desubicada por no reconocer el lugar hasta que recordó que se encontraba en los aposentos de su propio esposo. ¿Habría ido su doncella Gladys a atenderla?, ¿Se habría extrañado de encontrar su cama deshecha y sin rastro alguno de su presencia? No le importaba, probablemente a esas alturas ya habría descubierto que realmente se encontraba en la habitación del duque donde había pasado toda la noche entre sus brazos.

Hizo un leve movimiento y notó su propia desnudez junto al cuerpo de su marido que la mantenía firmemente pegada a su lado. Se deleitó con la sensación, deseando que cada día del resto de su vida amaneciera del mismo modo y al pensarlo se reprendió por sus deseos lascivos y poco refinados en una dama de su posición.

Probablemente iría al infierno, pensó cerrando los ojos y dejándose arrastrar por la sensación de aquellos dedos que masajeaban lentamente la piel de su vientre.

—Buenos días, querida —dijo aquella voz aún más ronca de lo normal probablemente debida a que acababa de despertar.

Susan recordó que solo había despertado una única vez a su lado y fue cuando viajaron hacia la casa de campo y pernoctaron en aquella posada del camino, el resto de ocasiones él solía levantarse temprano dejándola en el lecho para que siguiera descansando.

—Buenos días, querido —repitió con cierta sonrisa en sus labios a pesar de que éste no la viera.

Era extraño sentir aquellas sensaciones entre vergüenza, deseo y amor

al mismo tiempo. No sabía por cual de ellas inclinarse y quizá algún día se terminaría acostumbrando, pero ahora para ella resultaba todo un descubrimiento.

—Sé que hace meses que nos casamos y que deberíamos haber tenido una luna de miel como corresponde, algo de lo que te privé en su día y pretendo corregir de inmediato. Prepara tu equipaje, porque en unos días partiremos completamente solos.

Aaron había determinado aquella decisión esa misma noche en cuanto tuvo a su esposa entre sus brazos. Quería tenerla para él, disfrutarla y degustarla detenidamente, saborear cada palmo de su delicada piel y aprovechar cada instante, segundo y día que permaneciera a su lado. Le daría a Susan su vida, su alma, su cuerpo… pero no viviría con más miedo, alejaría los temores de su pasado e intentaría no volver a pensar jamás en ellos.

26

¿Irse de luna de miel? Pensó Susan rodando su cuerpo para enfrentarse a su esposo y la imagen de aquel hombre, cuyos ojos verdes la estudiaban con ese resplandor inaudito, cuyo rostro curtido por aquella fina barba que se estaba dejando crecer le aportaban un aire de masculinidad aún más severo que le hacían más apuesto y esos labios que parecían desear sus besos; sintió que desfallecería de un momento a otro.

—¿Estás seguro de que podemos irnos? —preguntó Susan mirando aquellos ojos de forma ensoñadora.

—Completamente seguro —afirmó con una vaga sonrisa y se acercó a los labios de ella para probarlos.

Susan se encogió ante aquel contacto y colocó las manos en aquel torso desnudo mientras aquel beso cogía fuerza y carácter convirtiéndose en puro fuego. El calor que emanaban sus cuerpos se mezclaba entre sí con el ardor de la pasión que comenzaba a consumirles y cuando sus labios fueron abandonados por los del duque, notó como éste comenzaba a recorrer un camino con ellos a lo largo de su mandíbula, cuello, llegando así hasta su

pecho.

Sintió el roce de aquella lengua realizar maravillas en sus erectos pezones y gimió de placer contenido, hasta que no pudo soportarlo más tiempo y se enderezó provocando que él cayera de espalda sobre aquella mullida cama para colocarse encima de él y tener un mayor acceso a su cuerpo. Las manos del duque se ciñeron a sus nalgas como si trataran de guiarlas a través de aquel recorrido hasta que sintió como se adentraba en su cuerpo al mismo tiempo que su respiración se paralizaba.

Aaron se irguió provocando aquel lento goce que le estaba torturando acabase y se hundió por completo en ella aprovechando aquel movimiento para apresar sus labios y morder suavemente la jugosa carne con sus dientes. Su respiración era agitada a pesar de que era su

esposa la que se movía sutilmente sobre él. No tenía idea alguna de donde había aprendido a moverse de aquel modo que consiguiendo deleitarle, pero desde luego le satisfacía enormemente que lo hiciera, así que apretó fuertemente las caderas de su joven esposa hacia él provocando que una pleitesía le consumiera de placer.

Susan intentaba moverse como su amiga le había enseñado en una ocasión y lo cierto es que estaba más preocupada de satisfacer a su esposo que a ella misma, hasta que perdió el control de su cuerpo cuando aquella sensación comenzó a abrumarla hasta el punto de que se abandonó a sí misma y solo escuchaba lejanamente el sonido de los jadeos que Aaron emitía en su cuello y que ella interpretaba como placenteros.

En el momento que culminó su placer, se sintió agotada y rendida hasta el punto de que se dejó caer sobre el torso sudoroso de su esposo. Podría pasar la vida entera en aquella postura conservando aquella sensación de satisfacción plena que ahora recorría todo su cuerpo. Jamás podría cansarse de él, aquello era impensable y saber que estarían a solas durante aquel viaje

por su luna de miel solo provocaba que su pecho rebosara felicidad.

—¿Estás bien?, ¿Te sientes cansada? —preguntó Aaron acariciando su cabello que caía en cascada por toda la cama.

—Me encuentro rebosante de felicidad y solo albergo un hambre voraz —

contestó Susan alzando la mirada y mordiéndose el labio por confesar aquello con cierta vergüenza.

—Pediré que nos sirvan el desayuno aquí mismo, así descansarás.

—No necesito descansar —dijo Susan incorporándose para sentarse sobre la cama mientras se dejaba caer en los almohadones que servían para recostarse

—. Estoy perfectamente, mucho mejor de lo que he estado en mi vida.

—Me alegro de que te sientas así, pero hace solo unos días sufriste un percance serio y quiero que descanses lo suficiente para mi propia tranquilidad.

—¿Te preocupa lo que pueda pasarme? —inquirió Susan deseando saber cuál era la razón de aquella preocupación.

Ella le había confesado que le amaba fervientemente, que le quería con todo su corazón, pero él en cambio no le había confesado que sintiera lo mismo, solo expresó deseo hacia ella, anhelo, desconsuelo… nada de eso era amor.

—Por supuesto que me preocupa. Eres mi esposa, mi responsabilidad —

afirmó convencido.

Susan solo se limitó a sonreír ante aquello, quizá no podía pedir más, ya era suficiente con lo que le proporcionaba. Tal vez él nunca llegase a amarla como en cambio ella si hacía, pero podría conformarse con ese respeto, cariño y deseo que le proporcionaba. Quiso consolarse de esa forma, sintiendo que podría vivir con ello, no queriendo dar alas a sus pensamientos

sobre que tarde o temprano aquello fuera insuficiente y deseara mucho más que solo migajas; querría el pastel completo.

Solo una semana más tarde emprendieron su viaje de luna de miel. El deseo de hacer aquel viaje completamente solos le llevó a que aquellas dos semanas que estarían fuera de la ciudad, las niñas estarían la casa familiar de los Brandon junto a su madre y su doncella de confianza Gladys.

A pesar de la firme oposición inicial de su esposo a dicha petición, Susan insistió diciendo que su madre se sentía nostálgica desde que se había casado y falseando la realidad le convenció para que durante todo aquel tiempo las pequeñas estuvieran lejos de la señora Edna, que podría ir a visitarlas cada vez que quisiera.

No quería enfrentar a Aaron y exponer sus dudas sobre aquella mujer que él estimaba, menos aún cuando solo tenía vagas sospechas y ninguna certeza en cuanto a sus suposiciones, pero sabía que no estaría tranquila ni descansaría durante el viaje, sabiendo que esa mujer podía de alguna forma ponerles la mano encima como la vez que la encontró azotándolas.

Tomaron un barco de vapor para cruzar el océano y aunque Susan no tenía la más mínima idea de cuál sería su destino, estaba completamente entusiasmada porque sería la primera vez que saldría de Inglaterra.

—¿Iremos a Francia?, ¿A Italia?, ¿A España? —dijo emocionada mientras se paseaba por la cubierta del barco. A pesar de las

advertencias no se había mareado, sino que vivía cada momento como una auténtica aventura.

—¿Cuál de todos te gustaría visitar? —preguntó Aaron algo animado viendo a su esposa tan alegre y elocuente.

—No lo sé… he soñado tantas veces con viajar y ver otros lugares que me gustaría verlos todos —confesó mirándole a los ojos sin revelar que en

realidad el lugar no le importaba siempre y cuando estuviera a su lado.

—Entonces los visitaremos absolutamente todos —decretó antes de besar su mano y colocarla posteriormente en su brazo mientras seguían aquel recorrido por la cubierta del barco.

Aquellas dos semanas fueron las más felices de toda su vida. Probablemente si se hubieran ido de luna de miel nada más casarse tal vez se habría ahorrado todo aquel desasosiego de los primeros meses o tal vez no, sino que sencillamente habría vivido aquel viaje con cierta amargura. No sabía si lo hacía especial el hecho de estar a solas con su esposo, de tenerle a su plena disponibilidad o de como cada noche la acogía entre sus brazos y le hacía el amor de una forma apasionada y delicada al mismo tiempo, pero lo que sin duda alguna jamás olvidaría de aquellas dos semanas era el brillo especial que había en esos ojos verdes del duque de Buccleuch.

—No me puedo creer que ya estemos de regreso, ¡Se ha pasado tan rápido!

Pero al mismo tiempo ardo en deseos de ver a las niñas y darles todo lo que le hemos comprado —exclamó Susan cuando volvían en carruaje de regreso después de abandonar el barco instantes antes.

—Seguro que te han echado de menos, supongo que ahora tendré que compartirte un poco —contestó el duque algo distraído—. Esta tarde tendré que pasarme por la fábrica para ver como está todo, quizá regrese tarde…

—No importa, estaré esperando impaciente —susurró Susan acercándose hasta él sin llegar a rozar sus labios pero dejando que su aliento se entremezclara con el suyo.

—Quizá debieron ser tres semanas o tal vez un mes, pero definitivamente dos no fueron suficientes —suspiró Aaron tratando de

guardar la compostura y alejarse de ella—, intentaré volver cuanto antes —dijo justo cuando el

carruaje se detuvo y vieron que habían llegado a casa.

Las pequeñas estaban entusiasmadas con el regreso y más aún con los regalos que Susan minuciosamente había escogido para ellas; muselinas, vestidos a la última moda de Francia, muñecas nuevas y pinturas para sus cuadernos de dibujo.

—¿Qué tal se han portado? —preguntó Susan a su doncella Gladys sin atreverse a hacerlo directamente a su madre.

—Muy bien mi *lady*. Su madre las ha llevado a diario a pasear para que sacaran a los cachorros de casa y su padre las llevó en varias ocasiones a la fábrica como distracción. Se lo han pasado estupendamente.

—¿Y madre no se ha quejado? —susurró Susan algo extrañada. Su madre solía quejarse por absolutamente todo, aunque era una buena mujer y de acciones nobles, lo cierto es que la decisión de dejarlas allí es porque prefería que tuvieran que soportar las quejas de su adorada madre antes que la rectitud de la señora Edna.

Quizá se estaba extralimitando, tal vez solo era antipatía lo que le profesaba aquella mujer, pero fuera como fuera, cada vez que la veía o pensaba en ella una sensación de frialdad se apoderaba de su cuerpo. Definitivamente esa señora no le transmitía nada bueno.

—Su madre siempre se queja —susurró en el mismo tono la doncella —, pero me consta que le ha encantado pasar estas dos semanas junto a las hijas del duque. Ella misma me reconoció que la alegría había vuelto a esa casa desde su partida cuando contrajo matrimonio.

Susan sonrió ante aquella confesión y deseó llenar de nietos a sus padres. Por un instante se imaginó como sería aquella casa repleta de niños corriendo y jugando por todas partes. Jamás había pensado en tener una gran familia, de

hecho, ella siempre fue hija única y creció sin hermanos porque su madre no volvió a quedarse embarazada, así que no aspiraba a tener demasiada descendencia, pero lo cierto es que la idea se acrecentó en sus pensamientos tomando forma y dimensión, hasta el punto de querer que así fuera.

A su regreso de la luna de miel, pudo comprobar que la señora Edna

parecía de lo más distinta, como si de algún modo hubiera aceptado cuál era su lugar.

Decidió cenar a partir de entonces en sus aposentos de forma solitaria, no contradijo ninguno de sus cambios y no volvió a interferir en ningún aspecto de la educación de las hijas del duque. Tanto fue así, que incluso Susan comenzó a sentirse culpable por haber pensado mal de aquella mujer a pesar de que aún había algo en su mirada que no le gustaba, pero esa no era razón suficiente para apartarla de su nieta o hacer que se marchara de aquella casa.

Pasaron la navidad en familia, incluyendo a sus padres y alguna de sus tías.

Comprobó que por parte del duque, éste apenas tenía familia y la poca que conservaba eran parientes lejanos que no vivían en la ciudad.

Tanto Julia, como Catherine o la propia Susan se turnaron para visitar a Emily en su casa sobre todo en aquellas fiestas y además procuraban pasar por Lynetś para tratar de ayudar, aunque la joven Janet encargada de la casa de modas se estaba desenvolviendo muy bien en el lugar.

Todo parecía ir demasiado bien para Susan, parecía que todo cuanto había deseado lo tenía a su alcance. Amaba a su marido y éste la colmaba cada noche, tenía dos hijas que pese a no ser suyas, las quería incondicionalmente, podía disfrutar de sus amigas con plena libertad y gozaba del pasatiempo de la lectura cuando tenía tiempo libre… entonces, ¿Qué era esa sensación extraña que no dejaba de sentir?, ¿Porqué tenía un nudo en el estómago que le oprimía constantemente? Era como si una sensación de que algo malo fuera a ocurrir… solo que no entendía porqué, ni a quién, lo único cierto es

que cada día que pasaba, aquella sensación se incrementaba y no encontraba ninguna explicación para ello.

27

Aquella tarde Susan visitaría de nuevo a Emily y se había llevado a las niñas con ella para que pasaran la tarde con las hijas de su amiga, así sería una distracción también para las pequeñas y podría hablar a solas con sus amigas.

—¡Al fin coincidimos todas! —exclamó Julia siendo la última en llegar —.

Siento la tardanza, pero es que Richard está de lo más insoportable al salirle los dientes y no sabía si podría irme, cuando está así solo encuentra consuelo en mis brazos.

—Tranquila, todas hemos pasado por eso —contestó Catherine sonriendo.

—Todas no, aunque Susan no creo que tarde en hacerlo —inquirió Julia colocando la palma de su mano sobre el regazo de Susan que se mantenía en absoluto silencio.

—¿Te ocurre algo Susan? —preguntó Emily que había notado su silencio—.

Pareces muy callada.

—No me ocurre nada —contestó un poco avergonzada—. Lo cierto es que todo está bien —añadió con una vaga sonrisa.

Y era verdad, todo iba bien porque no deseaba nada más en su vida. Quizá un hijo, pero no era algo que le preocupase en aquel momento.

—Yo diría que te ocurre algo, tu falta de emoción o entusiasmo teniendo en cuenta que hace poco volviste de tu luna de miel así lo predica —dijo Catherine.

—Os puedo asegurar que estoy bien. Tengo un esposo al que amo profundamente, adoro a sus hijas y ya las considero mías y tengo todo cuanto siempre había deseado…

—¿Pero? —exclamó Julia incitándola a confesar.

—Pero nada, os digo que estoy bien.

—Te conozco lo suficiente para detectar que te ocurre algo, Susan —terció Julia—, ¿Es porque aún no te has quedado embarazada? Quizá es pronto después de la perdida que tuviste, solo tienes que tener un poco de paciencia y…

—No es eso, sé que aún es pronto y no me preocupa especialmente.

—Entonces hay algo, tú misma acabas de decir que no es eso, ¿Se trata de las sospechas esas que tenías sobre esa mujer?, ¿Has descubierto algo? —

preguntó ahora Emily tratando de incorporarse levemente sobre las almohadas.

—¿Qué mujer? —exclamó Catherine.

—¿Qué sospechas? —ratificó Julia.

Y sin mucha dilación Susan confesó la locura que se le había ocurrido pensar sobre la señora Edna cuando la culpabilizó de ser posiblemente la causante de la pérdida de su hijo y del hecho de que Emily se encontrase en aquel estado.

—Probablemente solo tuviste aquellos pensamientos debido al estado en que te encontrabas —advirtió Catherine—. De querer perjudicarte, lo habría hecho a solas y no exponiendo a ese peligro también a Emily, creo que lo sucedido solo debió ser una simple casualidad. Puede que esa señora no te caiga bien por ser demasiado autoritaria, pero muchas damas de su condición son así y no hay que juzgarlas por ello puesto que crecieron bajo esa estricta educación. —Catherine había sufrido en sus propias carnes a una madrastra malvada y autoritaria, si ella misma confesaba algo así, Susan entendió que quizá estaba errada en sus conclusiones.

—Supongo que tienes razón. Que tenéis razón —aseguró Susan mirando a todas ellas—, pero hay algo en esa mujer que no puedo explicar. Su forma de mirarme, sus gestos, la manera de hablar… sé que esconde algo. Quizá me toméis por loca o creáis que sencillamente pienso así porque no le tengo estima, pero es como si algo en mi interior me dijera que huyera de ella, que la alejara de mi lado —insistió Susan.

—¿No será que ella te recuerda a una anterior esposa del duque y por eso genera ese rechazo?, ¿Tal vez creas que él aún ama a su primera esposa? —

preguntó Emily.

—No negaré que alguna vez lo pensé, que quizá aún no olvidó a su primera mujer y por eso no es capaz de amarme, pero no es eso… — admitió con los ojos algo brillantes.

—¿No te ama?, ¿Estás segura de ello? —insistió Emily.

—Jamás me ha confesado que me amase a pesar de que yo se lo dijera —

susurró Susan resignada.

—Hay muchas formas de expresar amor que no son con palabras. Quizá hay amor en la forma de tratarte o de acariciarte… y eso añadido a que suele ser

difícil expresar con palabras algunos sentimientos podría ser la respuesta a que aún no haya confesado lo que siente.

Aquellas palabras hicieron que en Susan resurgiera un sentimiento que había estado aletargado todo ese tiempo, como si hubiera pretendido ocultarlo en lo más profundo de su ser para no cegarse en la idea de que Aaron jamás le correspondería el amor que ella sentía hacia él.

—Emily tiene razón, Susan —dijo Julia secundando a su amiga—. Tú misma me has llegado a confesar situaciones que me llevan a pensar que tu esposo debe sentir mucho más que simple cariño hacia ti, pero aunque no fuese así,

¿Él te hace feliz?

—Por supuesto que si, no podría imaginarme no estar a su lado… le quiero

—admitió Susan.

—Entonces si no está perdidamente enamorado a estas alturas, no creo que tarde en estarlo —secundó Catherine con una enorme sonrisa —. David me dijo que vio el otro día a *lord* Buccleuch en una reunión que hubo en la cámara de lores y parecía mucho más afable que de costumbre, incluso se atrevió a contestarle a uno de los lores que no le

preocupaba no tener un heredero cuando éste le preguntó si su esposa aún no se había quedado embarazada.

—¿Mi esposo dijo que no le importaba tener un heredero? —exclamó Susan completamente descompuesta. ¡Si esa era la única razón por la que se había casado con ella!

—Tal y como lo cuento —insistió Catherine—. Después le comunicó a David en privado que no tenía prisa alguna, que estaba disfrutando plenamente de su matrimonio y de su bella esposa.

—No puede ser… —susurró Susan—. Es cierto que no me ha presionado

jamás e incluso admitió que le preocupaba más mi bienestar que cualquier otra cosa pero… pero…

—¿Y crees que eso no es amor? —exclamó Emily—. ¿Qué mas necesitas para que te demuestre que te aprecia y te ama?

—¡Oh Dios mío! —exclamó ahora Susan con los ojos vidriosos. ¿Tan ciega había estado?, ¿Tan ilusa había sido para no ver las señales? Se había empecinado en escuchar palabras de amor de sus labios como en esos estúpidos libros románticos que leía y quizá sencillamente a su esposo no se le daban bien las palabras, pero sus gestos le habían demostrado que de algún modo la quería—.Tal vez solo me había empeñado en creer que si no me decía que me amaba, era porque no lo hacía —admitió ante sus amigas—, pero me equivocaba… en realidad él me ha demostrado en numerosas ocasiones que verdaderamente lo hace y hasta ahora solo había creído que era deseo o simple responsabilidad al ser su esposa.

—El tiempo hablará y comprobarás que pone a todo y a todos en su lugar —

ratificó Emily mientras se llevaba las manos a su vientre y conmovida por el gesto Susan también lo hizo sintiendo la vida del hijo de su amiga que dentro de poco inundaría aquel hogar.

Aquella noche Susan estaba distinta, tenía otra sensación y brillo en su rostro, observaba a su esposo de forma diferente, como si estuviera pendiente de cada palabra o acción que hacía. Tal vez jamás arrancaría de sus labios una confesión de amor, quizá no tendría versos románticos o poesías, pero le tendría a él… al hombre de carne y hueso que cálidamente cada noche la abrazaba sintiéndose completamente a salvo de todos sus miedos.

Semanas después de aquella charla con sus amigas en casa de Emily, Susan tenía la certeza de que estaba embarazada. Esta vez no había hecho falta que

su doncella se lo advirtiera, ni tampoco era necesario ir a la consulta del doctor Robbins para que lo corroborara, ella había sentido los leves mareos, las nauseas y el resto de síntomas que ya había padecido la vez anterior.

Sufría un retraso de más de tres semanas y era plenamente consciente de que dentro de su vientre crecía su hijo.

Se encontraba en una tesitura en la cual no sabía exactamente si confesar su nuevo estado o por el contrario, acallarlo durante el tiempo suficiente hasta que fuera inevitable decirlo. Aunque la felicidad de saber que volvía a engendrar un bebé era inmensa, aún sentía el dolor cuando su esposo se alejó de su lado la misma noche que lo confesó y la incertidumbre de que volviera a repetirse le alertaba de guardar silencio.

Cada mañana Aaron se despedía con un cálido beso antes de salir de la habitación donde ella se quedaba aún durmiendo y hasta la fecha no había notado sus nauseas matutinas, pero aquel domingo en el que Susan se levantó rápidamente buscando la palangana donde vaciar el contenido de su estómago, le despertó.

—¿Qué ocurre? —gimió algo dormido—. ¿Estás bien? —añadió ahora preocupado y levantándose rápidamente para acercarse a ella.

—Estoy bien, no te preocupes. No es nada —fingió Susan cogiendo uno de los paños que había dejado cerca para limpiarse y después vertió agua limpia sobre el paño para refrescarse.

—Es evidente que no estás bien si estabas así, llamaré al doctor Robbins para que venga a verte —terció dirigiéndose hacia el sillón donde había colocado su camisa con la intención de vestirse.

—De verdad que estoy bien. No es nada… —insistió Susan cogiéndole el brazo para evitar que lo hiciera. No quería que avisara a ningún médico

porque ya sabía perfectamente lo que ocurría.

—No me quedaré tranquilo hasta que te vea y si no es nada; bien, pero al menos sabré a ciencia cierta que estás en perfecto estado —afirmó tajante y con la intención decidida de que no pararía hasta que

la viera un médico.

—Está bien, sí me ocurre algo —advirtió entonces con cierto atisbo de miedo en su rostro tras recordar la última vez que dijo precisamente lo que estaba a punto de confesar.

—Dime que no se trata de algo grave… —susurró Aaron con voz rota pensando lo peor. La viruela, la fiebre amarilla o algo incluso más atroz.

—No. No es grave —negó Susan sonriendo—. Estoy embarazada.

En aquel momento Aaron sintió cierto alivio inicialmente y la acogió entre sus brazos como si tuviera la necesidad de asegurarse que estaba bien, pero de pronto aquellos miedos por el destino de sus dos esposas volvieron a inundarle de nuevo, solo que trató de desecharlos fugazmente.

—¿Hace cuanto que lo sabes? —preguntó apartándose ligeramente de ella.

—Solo unos días… quizá una semana, pero tenía miedo de decírtelo —

admitió sincerándose.

—¿Miedo?, ¿Miedo de qué? —exclamó ahora sorprendido.

Susan meditó si confesar todo, absolutamente todo lo que guardaba en su interior y supo que era el momento de decirlo o callarlo para siempre y no reprocharlo jamás.

—Porque cuando te confesé que lo estaba la vez anterior me apartaste de tu lado. Me sentí tan sola que no podría volver a soportarlo de nuevo. Tenía miedo de que volviera a suceder, de que volvieras a alejarte, de que

sencillamente me apartases de tu lado como si dieras por sentado que ya no me necesitaras nunca más.

Aaron no sabía reaccionar, no estaba preparado para aquello, pero ella había sido completamente sincera confesando sus miedos y le debía la misma respuesta. Sentía que al menos le tendría que revelar sus sentimientos.

—Tuve miedo —confesó por primera vez en toda su existencia.

Jamás había admitido tener miedo ante nada en la vida y en cambio, allí mismo delante de su esposa, acababa de decirlo en voz alta.

—¿Miedo? —preguntó Susan confusa.

—Cuando me dijiste que estabas esperando un hijo, no sentí alivio por creer que podría tener un heredero, ni tampoco satisfacción por desear tenerlo, solo tenía miedo de poder perderte. Tú me importas más que cualquier heredero que pueda tener. Podría vivir sin tener más descendencia, pero no creo que pudiera vivir si no estas a mi lado —aseguró con firmeza.

Las lágrimas en el rostro de Susan surcaron su rostro sintiendo que aquellas palabras oprimían su pecho de felicidad.

—No vas a perderme. No voy a irme a ninguna parte, pienso quedarme a tu lado para siempre —advirtió acercándose hasta él y colocando una mano en su pecho.

—He perdido a dos esposas mientras daban a luz a hijos míos, el miedo de que a ti también te suceda lo mismo me aterra. No podría soportarlo.

—¿No lo soportarías una tercera vez? —preguntó Susan con calma.

—Podría pesarme la carga si perdiera a una tercera esposa, pero mentiría si no confieso que lo que no soportaría es perderte a ti. Te quiero a ti, solo y

únicamente a ti, Susan.

—¿Me quieres? —insistió Susan con un atisbo de sonrisa en sus labios y Aaron pareció entender el significado.

—Te amo con todo mi ser, *lady* Susan Buccleuch y jamás pensé que cuando te vi por primera vez, sentiría tantas cosas por una sola persona. No creí jamás que podría enamorarme y no sé en qué momento me enamoré de ti, ni tampoco sé como lo hice, pero solo tengo clara una cosa; quiero pasar el resto de mi vida a tu lado sin perder un solo segundo que no sea junto a ti.

¿No quería confesiones de amor?, ¿No anhelaba palabras románticas? Pensó Susan. Definitivamente allí las tenía, su esposo la amaba y llevaba amándola mucho más tiempo del que ella pensaba.

—Si supieras las veces que he soñado con que me dijeras eso. La

felicidad inmensa que ahora mismo siento —susurró entrecortadamente porque las lágrimas de felicidad no cesaban de salir de su rostro.

—Csshh —siseó Aaron acogiéndola entre sus brazos—. Mia fue la culpa no confesar lo que sentía, no decirte que eras la primera mujer de la que me he enamorado verdaderamente, quien ha conseguido atrapar mi corazón y hacerlo solo suyo, pero siempre tuve el temor de creer que también te perdería, durante mucho tiempo creí que la felicidad sería algo que jamás conocería hasta que una noche como otra cualquiera me besaste y me enseñaste que dicha felicidad estaba delante de mis ojos, solo que no estaba observando adecuadamente.

En ese instante Susan comenzó a reír inesperadamente, recordando la amargura que había sentido durante los tres primeros meses de aquel matrimonio hasta aquella noche en que le besó en un arranque de valor.

—Jamás olvidaré esa noche —confesó Susan—, porque lo cambió todo para

mi.

Aaron se inclinó sobre ella y besó sus labios mientras la alzaba entre sus brazos y volvía a la cama junto a ella.

—También cambió todo para mi. Cuando te vi por primera vez, vi a una joven fuerte, tenaz y sumamente hermosa; pero solo deseaba una cosa de ti; ese hijo que llevas ahora en tu vientre, sin embargo no me provoca la felicidad que se supone debería sentir, porque tengo miedo de poder perderte.

—Olvídate de lo que le sucedió a la madre de Madeleine o Diane, yo sé que no me sucederá lo mismo. Tu vas a estar a mi lado y soy feliz por tenerte conmigo… sé que solo vendrá felicidad a partir de ahora —aseguró Susan.

—No me apartaré de tu lado. No a menos que tu desees que lo haga.

En aquel momento ella se abrazó a él y apresó sus labios con firmeza, haciéndole sentir que eso era lo que menos pretendía hacer en aquel instante.

Había soñado innumerables ocasiones que confesara que la amaba, que ahora sencillamente se encontraba flotando en una nube.

—Jamás querré que lo hagas. Solo me siento segura estando a tu lado, sé que si estoy contigo, nada malo puede sucederme.

—Entonces no me iré a ninguna parte. Te prometo por mi honor y mi vida que jamás me iré de tu lado hasta el fin de mis días.

Y con aquella confesión que le robó el alma a Susan, con aquellas promesas de amor al fin reveladas después de tanto anhelo, ella entrelazó sus manos enredándolas en su cabello para sellar aquellas palabras con sus cuerpos, amándose con la certeza de que siempre permanecerían unidos.

28

Había decidido no revelar absolutamente a nadie su estado de embarazo. No quería volver a correr el mismo riesgo de la pasada vez por si volvía a repetirse la misma situación, prefería que nadie más se enterase de la noticia hasta que comenzara a notarse y por tanto, fuera inevitable confesarlo.

A pesar de estar enormemente feliz dadas las circunstancias y más aún teniendo en cuenta que ahora gozaba de la seguridad de que su esposo la amaba, que no se apartaría de su lado y jamás volvería a dejarla sola, seguía sintiendo esa presión en el pecho inexplicable.

Creía que solo era porque su esposo no la amaba, pero ante su confesión no entendía porqué demonios esa sensación de ahogo no se evaporaba, no se disipaba, porqué sencillamente no se esfumaba por completo, sino que era como si tuviera la absoluta certeza de que algo malo iba a suceder de un momento a otro.

Aunque tenía todas sus cosas en su habitación, pasaba las noches en la recámara de su esposo, esa que la primera noche que entró en aquella casa mencionó que jamás podría pisar y le estaba absolutamente vetada.

Tantas cosas habían cambiado desde entonces… desde su miedo a no encontrar el amor o no enamorarse jamás de un apuesto caballero, hasta creer que sería desdichadamente infeliz el resto de su vida en un matrimonio concertado, pero nada más lejos de la realidad, probablemente no habría podido encontrar más amor, pasión y devoción en otro hombre que no fuera en su esposo *lord* Aaron Buccleuch y ella le iba a dar su ansiado heredero. Lo sabía, lo intuía, tenía la plena seguridad de que el hijo que estaba esperando era un varón y casi podía palpar esa sensación con sus dedos.

Llevaba días sopesando la idea de que quería tener a ese hijo en la casa de campo, en la misma cama donde nació el propio Aaron y aunque aún faltaban demasiados meses y su hijo nacería tras el verano, lo tenía tan claro que nada ni nadie le haría cambiar de idea.

Durante las siguientes semanas, aprovechó la ausencia de su esposo y las clases con la institutriz de las niñas para colarse en las cocinas y aprender a cocinar esos exquisitos pastelitos de crema de los que se había hecho completamente adicta. A pesar de que la señora Edna puso el grito en el cielo diciendo que era impropio de una dama y la señora Eloise tampoco lo vio con demasiada convicción, consiguió su propósito y tras infinitos intentos cuya cuenta no llevó; consiguió que le salieran unos pastelitos de crema absolutamente deliciosos.

—Querida, ¿Es eso cierto de que te has colado en la cocina para hacer pasteles? —preguntó Aaron en un tono jovial, como si la sola idea de que fuera cierto le hiciese gracia.

Estaban a solas en el salón, Susan intentaba leer un libro sin mucho entusiasmo y su esposo parecía leer la correspondencia, aunque parecía resultarle algo tedioso.

—¡Desde luego! —exclamó ella restándole importancia—. Es más, los pastelitos de crema que has tomado esta mañana en el desayuno los hice yo misma.

—No sé si debo reprenderte o darte las gracias porque eran los más deliciosos que he probado hasta ahora —confesó Aaron sin apartar la mirada de la correspondencia aunque no estuviera leyendo absolutamente nada.

—Mejor dame las gracias o puede que en un futuro, la crema esté salada —

contestó Susan sonriente y para su absoluto desconcierto *lord* Buccleuch emitió una sonora carcajada.

—Tengo una esposa incorregible, pero absolutamente única —susurró acercándose hasta ella y depositando un beso en la frente—. ¿Qué tal se encuentra nuestro hijo?

Cada día realizaba la misma pregunta y cada día ella le daba la misma respuesta.

—Perfectamente. Tu hijo y yo nos encontramos perfectamente — contestó Susan entendiendo aquel miedo que probablemente sería incapaz de abandonar a su esposo hasta que finalmente tuviera al hijo que esperaban.

—He estado pensando que si lo deseas, podríamos irnos a la casa de campo este verano, por supuesto regresaríamos a tiempo para el parto

y…

—No —negó Susan acallando el discurso bastante ensayado de su esposo—.

Quiero tener a mi hijo allí.

—¿Allí? —exclamó conmocionado—, pero es un lugar apartado y probablemente no estén los mejores médicos que podrían asistirte.

—No los necesitaré. Me basta y me sobra con una buena comadrona que me asista y con que tú estés a mi lado. Sé que no me sucederá nada Aaron, confía

en mi. Tendré a este hijo y seguiré a tu lado.

—Aún faltan muchos meses todavía, tal vez cambies de opinión más adelante

—aseguró no muy convencido.

—Tenía claro que así sería incluso antes de estar embarazada. Nuestro hijo nacerá en el mismo lugar donde nació su padre y será el siguiente heredero al ducado Buccleuch —afirmó con tanta seguridad que ni el propio Aaron osó contradecir a su esposa.

La noticia de que Emily había tenido un niño se expandió como la pólvora por toda la ciudad. El ducado de Sylverston tenía un heredero y cuando Susan leyó la carta escrita por el propio *lord* Sylverston supo que su amiga debía desbordar absoluta felicidad. Ahí indicaba que tanto madre como hijo se encontraban en perfecto estado y sin más demora, al día siguiente acudió a visitar a la feliz familia acompañada de su esposo.

En cuanto Susan cruzó el umbral de la habitación en la que se encontraba su amiga y la vislumbró sobre aquella gran cama acunando a un precioso bebé.

—¡Querida Susan!, ¡Que alegría verte! —exclamó una Emily infinitamente complaciente.

—La alegría es mía al conocer la noticia y saber que todo ha salido bien —

confirmó Susan acercándose.

—Por extraño que parezca, a pesar de tener que pasar los últimos

meses guardando reposo, ha sido el parto más tranquilo y apacible de todos —

contestó riéndose—. De hecho, es un bebé muy tranquilo, hasta Henry está sorprendido.

—¿Eso significa que puedes plantear tener otro hijo? —exclamó Susan sabiendo que su amiga había afirmado que cerraría el ciclo en cuanto tuviera

un varón.

—No —negó Emily—. Creo que tres hijos son suficientes para darles toda la atención que requieren teniendo en cuenta el tiempo que nos absorben nuestros negocios. Además, yo fui la última de nueve hermanas y apenas disfruté de ellas o de mis propios padres. Eso sin contar con que aunque este parto haya sido tranquilo, mi esposo se niega a que tenga más hijos —añadió convencida.

Entendía la tesitura, aunque Emily era joven, de hecho era dos años más joven que ella misma y en cambio ya tenía tres hijos con vida.

—Es un niño precioso —afirmó Susan volviendo a mirar aquella criatura de cabello oscuro que permanecía completamente quieto entre los brazos de su madre.

—¿Quieres cogerlo? —preguntó Emily ofreciéndoselo y Susan lo cargó debidamente acunándolo en su pecho—. Tengo la ligera impresión por el brillo de tu mirada que pronto tendrás en tus brazos a tu propio hijo.

Susan abrió de pronto los ojos como si con aquel simple gesto confesara que, de hecho así sería si todo salía bien en aquella ocasión.

—¿Cómo… —exclamó sin llegar a terminar la frase porque Emily sonrió.

—Estás demasiado feliz, radiante… he tratado a tantas damas por mi trabajo que he aprendido a apreciar esos pequeños matices.

—No quiero decir nada hasta que no pase un tiempo prudencial. Sé que es muy improbable que ocurriera lo mismo que la vez anterior, pero prefiero que así sea —afirmó Susan.

—No te preocupes. Yo no se lo contaré a nadie hasta que tú no hagas la noticia pública.

—Gracias Emily —susurró y miró de nuevo aquella carita angelical del hijo de su amiga—. ¿Cómo se llamará? —preguntó intrigada.

—Daniel. *Lord* Daniel Sylverston, quinto conde de Sylverston y heredero al ducado de Sylverston —mencionó Emily emocionada y orgullosa de darle a su esposo un varón que continuara su apellido.

Susan pensó que en tan solo unos meses estaría en la misma situación, que se sentiría plenamente orgullosa de concederle el mismo regalo a su esposo y casi no veía la hora para que aquel momento llegase.

—Y será un digno sucesor de su padre —corroboró Susan alegre devolviendo el hijo de Emily al regazo de su madre—. Por cierto, te he traído pastelitos de crema hechos por mí misma —recordó en cierto tono divertido.

—¿Hechos por ti?, ¿Te volviste loca? —exclamó Emily no imaginándose a su amiga entre harina, huevos y mantequilla.

—Completamente —admitió riéndose—. Lo mejor de todo es que Aaron parece complaciente. Desde que le dije que estaba esperando un hijo todo ha cambiado entre nosotros. Le confesé mis miedos, me reveló los suyos y ciertamente no puedo ser más feliz de lo que soy ahora Emily… él me ama y creo que tanta felicidad casi no puede ser posible. Quizá por eso sigo teniendo esa opresión en el pecho de que algo malo va a suceder de un momento a otro, tal vez sea solo porque no puedo creer que al fin lo tenga todo, que eso que tanto soñé se haya hecho realidad; he encontrado el amor.

—¿Sigues creyendo que esa señora puso algo en el té? —preguntó Susan recordando los hechos.

—No lo sé. Lo cierto es que en las últimas semanas no puedo quejarme en cuanto a la señora Edna se refiere. Ha estado más atenta de lo normal. No se entromete en nada y aunque sigo sin confiar demasiado en ella porque siento

como si escondiera algo, al mismo tiempo no quiero echarla simplemente porque le guarde algún tipo de rencor. Es la abuela de mi hija Madeleine me guste o no y ya perdió a una madre, como para quitarle también a su abuela

—reveló Susan aturdida como si no supiera realmente qué hacer al respecto.

—Creo que con el tiempo esa sensación que tienes se disipará. Has

pasado por muchos estados de ánimo hasta llegar donde ahora te encuentras y quizá solo necesites tiempo para asimilar que por fin tienes todo cuanto deseas.

Susan valoró las palabras de Emily y quiso creer que su amiga tenía razón, que seguramente solo se tratara de eso. De algún modo quiso engañarse creyendo que con el tiempo sencillamente se acostumbraría, incluso puede que finalmente le agradara la señora Edna porque después de todo la mujer no tenía la culpa de aquel recto y disciplinado carácter.

—Si… tal vez tengas razón —afirmó sonriente, aunque en el fondo sabía por algún motivo que no sería así.

La llegada del verano les llevó a trasladarse a la casa de campo. El embarazo de Susan ya lucía llamativamente con sus cinco meses de gestación y todos estaban encantados con la noticia de que probablemente el duque de Buccleuch tendría un heredero al ducado. La señora Edna parecía mucho más afable que de costumbre, tanto fue así, que el propio duque de Buccleuch la invitó a pasar el verano junto a ellos en la casa familiar diciendo que así podría aliviar la carga de la duquesa referente a las niñas.

Aunque por alguna circunstancia a Susan la idea de que aquella mujer también les acompañara no terminaba de agradarle, se dijo que después de todo era familia de su hija *lady* Madeleine y que quisiera o no, tendría que tener un trato cordial con ella. Tal vez después de dar a luz en unos meses, convenciera a su esposo para que la instalara en alguna pequeña casa cerca de

ellos, porque hasta la fecha las veces que lo había intentado con cierto tacto sin querer hacer presión, éste le había dicho que en su estado avanzado de gestación no se desprendería de la señora Edna cuando ésta le sería de gran ayuda con sus hijas.

Armándose de paciencia, Susan solo pensó que se trataba de solo unos meses, por más que se había forzado a que aquella señora le cayera bien, seguía sin fiarse de ella. Tal vez fuera lo que sus ojos escondían o la forma en que la miraba, pero hasta aquella vaga sonrisa que dedicaba en contadas ocasiones le parecía una falsedad.

Quizá lo que le ocurría es que era incapaz de apartar esa imagen en la que tenía una vara en la mano mientras las lagrimas de *lady* Diane salían sin cesar cayendo por su rostro. No sabía realmente el motivo, pero lo cierto es que no la quería cerca de ella, ni de sus hijas y

futuros hijos que tuviera aunque ahora no le quedase más remedio que tolerarla.

Tal como se había empeñado desde un principio, permanecieron en la casa de campo una vez finalizado el verano en el que sus hijas habían disfrutado enormemente de las satisfacciones y libertad que les otorgaba la casa de campo. Bien era cierto que la mayoría de nobles prolongaban la estancia aprovechando que la temporada no iniciaba hasta octubre, pero la finalidad de aquella prolongación era finalmente dar a luz en aquella mansión que vio nacer a *lord* Buccleuch.

—Aún no es tarde para volvamos a la ciudad —insistió Aaron sabiendo que faltaban al menos dos semanas para que su esposa diera a luz.

Era consciente de que tenía miedo, más aún conforme se acercaba el momento y aunque rehuía de sus pensamientos cuando comenzaba a divagar que apenas le quedaban días que pasar al lado de su adorada esposa, lo cierto

es que si algo sucedía, si algo salía mal, no quería estar en aquel lugar alejado de todo y de todos.

—La señora Brenda es una buena comadrona, la mejor de toda la comarca y Nanet ha asistido unos cuantos partos, incluido el de tu nacimiento, así que sé que no puedo estar en mejores manos —constató Susan relajada.

No había nada ni nadie que le hiciera cambiar de opinión.

—Está bien, si de verdad es lo que quieres no voy a oponerme. Respetaré tu decisión, aunque no me complazca —corroboró Aaron resignándose a la voluntad de su esposa.

En todos aquellos meses que llevaba casado hacía más de un año, había comprendido que llevarle la contraria a su esposa era causa perdida, sobre todo porque adoraba infinitamente a esa mujer, y se moría por complacer cada uno de sus deseos, como si sintiera que de algún modo se arrepentiría de ello si la perdiese.

Intentaba alejar la idea de su cabeza constantemente. No quería creer que Susan pudiera correr el mismo fatídico destino de *lady* Sarah y *lady* Rebecca que fueron sus anteriores esposas, pero era tan difícil no pensar en ello que necesitaba ocupar sus pensamientos con otra cosa cada vez que la idea se alojaba en su cabeza.

—Mi *lord*, a llegado una misiva urgente desde Londres —mencionó entrando en el salón el mayordomo de la casa y ofreciéndole la carta.

Aaron abrió la misiva y devoró los párrafos que contenía con voracidad levantándose agitadamente del asiento en el que se encontraba y preocupando a Susan.

—¿Qué ocurre?, ¿Ha sucedido algo grave? —preguntó preocupada.

—Anoche hubo un incendio en una de las fábricas —susurró Aaron anonadado—. Aún no se ha hecho un recuento de todas las pérdidas, pero debo partir inmediatamente ya que requieren mi presencia —susurró apartando los ojos de la carta y observando a Susan.

—¿Tienes que irte ya? —exclamó aturdida.

—Saldré inmediatamente. En dos o tres días estaré de regreso, te prometo que volveré a tiempo para estar aquí —añadió con cierta congoja porque el momento podría adelantarse a pesar de saber que aún faltaban apenas un par de semanas.

Susan quería pedirle que no fuera. Por alguna razón quiso decir que se quedara y no asistiera, pero entendía que la situación podía ser grave y requería de su presencia.

—Está bien, pero prométeme que volverás cuanto antes —decretó Susan con un presentimiento extraño.

Aaron se arrodilló ante ella aún con la carta en la mano como si sopesara que debía quedarse o no, aunque su deber era ir y asegurarse de que todo estaba en orden, pero si ella le pedía que se quedara lo haría, a pesar de que su responsabilidad fuera marcharse, solo que ella no lo hizo, sino que asintió comprendiendo que debía irse. No pasaría nada, regresaría a tiempo para estar allí cuando Susan diera a luz y como le había prometido.

29

En el momento que Aaron montó en su caballo volvió la vista hacia atrás y vio a su esposa con aquel vientre abultado, a sus hijas que estaban situadas a cada lado y un poco más apartada se encontraba la señora Edna que las acompañaba. Pensó por un instante si aquella imagen sería la última que tendría de su esposa, si por alguna razón las cosas se torcieran y volviera demasiado tarde. Desechó la idea convenciéndose de que no sería así, de que regresaría a tiempo y que sus miedos a pesar de ser fundados, no le cegarían porque con Susan no se repetiría lo que sucedió con sus anteriores esposas.

Tras la marcha de Aaron, sirvieron el almuerzo como de costumbre, pero Susan se sentía algo desolada tras la partida de su esposo y más aún en las condiciones en las que se había ido de forma tan apresurada, tanto fue así que incluso hasta el sabor de la comida que sirvieron aquel almuerzo le supo extrañamente amargo. Lo achacó a su estado de agonía porque no deseaba que él se perdiera el momento en el que trajera a su hijo al mundo y algo le decía que era posible que aquello que le había hecho partir le retuviera demasiado tiempo en la ciudad y no volviera para estar a su lado en el momento del parto.

Se retiró a descansar a media tarde porque comenzó a no encontrarse demasiado bien, probablemente por esa misma sensación de soledad que le embriagó en cuanto vio a su esposo partir a gran velocidad. Trato de entretenerse con la lectura, pero tras intentar en vano numerosas veces releer la misma frase, apenas pudo pasar la página en la que días antes se había quedado.

Había algo en aquella carta que le perturbaba, en la forma apresurada de su partida, en que justo aquel instante se hubiera producido un aparatoso incendio, y cuando pensó en levantarse para escribir una carta a su amiga Julia solo para tratar de aliviar sus pensamientos un dolor intenso la estremeció.

—¡Ah! —gritó llevándose las manos al vientre por la intensidad de aquel dolor.

Repentinamente vio el suelo encharcado y segundos después otro dolor la atravesó incluso de forma más intensa que el anterior y gritó con todas sus fuerzas.

—¿Qué ocurre? —exclamó una voz entrando atropelladamente en su habitación.

Susan alzó la vista y vio a la señora Edna allí en la puerta de su alcoba como si estuviera preocupada por ella. Le sorprendió la rapidez con la que había acudido, pero no le dio mayor importancia.

—Creo que ya viene… el bebé viene —aseguró en voz baja y cerró los ojos pensando que aquello no podía estar pasando.

¡Aaron no estaría!, ¡Y él debía estar presente!

—Túmbese sobre la cama, diré que llamen a la comadrona y avisaré a la

señora Nanet para que suba a ayudarla —contestó la señora Edna cerrando la puerta y dejándola allí con aquel sentimiento de soledad que comenzó a aturdirla sabiendo que su esposo no estaría.

«Aaron vuelve. Por favor… regresa a mi» pensó desde lo más profundo de su alma rogando a Dios que por alguna razón él la escuchara.

En el momento que Nanet entró por la puerta Susan se calmó a ver a la buena mujer acercarse hasta ella y sentándose a su lado.

—La señora Edna me dijo que subiera de inmediato, ¿Qué le ocurre? —

preguntó la mujer algo preocupada.

—Creo que mi hijo está en camino Nanet. Va a nacer ahora —dijo acongojada—. Y Aaron no está aquí… —añadió algo aterrada.

De pronto un fuerte golpe hizo que se volvieran y la señora Edna cerró la puerta con llave.

—¿Qué hace? —exclamó Nanet irguiéndose y acercándose hasta ella —. ¿Por qué cierra con llave?

—Para asegurarme de que nadie entre —ratificó la señora Edna antes de asestarle un golpe en la cabeza y provocar que la mujer se tambalease antes de caer al suelo.

—¡Está loca! —gritó Susan aterrada y otro dolor atravesó su vientre por lo que chilló de conmoción.

—No. No estoy loca —aseguró la mujer acercándose hasta ella—, pero me aseguraré de que usted o alguna otra mujer, le de un heredero al duque de Buccleuch —afirmó antes de que le acercara un paño a la cara con el que Susan pensó que trataría de ahogarla, pero lo cierto es que en cuanto trató de respirar cogiendo aire, aquel olor fuerte hizo que perdiera el conocimiento.

Susan abrió los ojos y el dolor que sintió era fuerte. Quiso gritar y se dio cuenta de que tenía la boca maniatada y cuando intentó moverse tenía sus muñecas aferradas y atadas a la cama. ¿Qué era aquello?, ¿Qué estaba pasando? En ese momento vio a la señora Edna limpiando un cuchillo afilado y se escandalizó.

¡Dios mío!, ¡Iba a matarla!, ¡Esa mujer iba a acabar con ella!, ¿Por qué?, ¡No le había hecho nada!

—Al fin despierta —susurró la señora Edna hablándole mientras Susan observó que el ama de llaves aún permanecía tendida en el suelo y no quiso saber si la había matado o solo yacía inconsciente, la respuesta podía ser demasiado abrumadora. Trató de gritar, pero con aquella mordaza no podía

—. Grita cuanto quieras, todos pensarán que son dolores de parto. Me he encargado de avisar a toda la casa que decidiste que solo te atendiéramos la señora Nanet y yo en el último momento y que has solicitado expresamente que nadie más entre en esta habitación. He aguardado demasiado tiempo este momento, esperando pacientemente al instante preciso en el que te apartaría del lado de tu adorado esposo y provocaría el parto para matarte a ti y a tu hijo, ¿No encontraste el sabor de la sopa un tanto extraño? —exclamó con cierta ironía aquella señora—, aunque si es una niña la dejaré vivir como hice con Diane. Una niña no me preocupa, jamás le quitaría la herencia a mi Madeleine, en cambio tuve que matar a lady Rebecca para que no pudiera darle un varón más adelante. Se que una tercera esposa muerta hará que lord Buccleuch no vuelva a casarse, la gente hablará que está maldito y asesina a sus esposas cuando éstas dan a luz, ninguna dama querrá volver a casarse con él y mi nieta heredará todo su imperio, ella es la legítima heredera de toda la fortuna del duque, ella será quien herede todo cuando tenga un hijo que ostente el título y la sangre de mi hija Sarah, será la que continúe el linaje Buccleuch, ninguna otra lo hará y me aseguraré de ello como lo he hecho

hasta ahora. Ni tú con esos aires de inocencia conseguirás arrebatárselo. He soportado cada uno de tus desplantes solo aguardando este final… pensé en hacer que perdieras también ese hijo como te hice perder el anterior, hacer que el duque se cansara de ti cuando no le dieras un hijo, pero sé que seguiría intentándolo y solo con la muerte de otra esposa en un parto acabaré con su empeño de tener ese heredero que desea. Tú serás la razón por la que desista de buscarlo.

Susan cerró los ojos y las lágrimas escaparon de sus ojos. Así que todo aquello era por eso. Quería que Madeleine fuera quien heredase el ducado si esta tenía un hijo. Eso no haría que se conservara el apellido legítimo como era el deseo de su esposo, pero concedería lo que esa mujer quería; el ducado pasaría a alguien de su familia. No podía tener a su hijo en presencia de aquella mujer, tenía la certeza de que no sería una niña, lo sabía con tanta seguridad que casi podía afirmarlo con su propia vida. Si daba a luz a su hijo, si finalmente lo tenía en su presencia estaba segura de que lo mataría.

—¡Vamos, empuja! —gritó la señora Edna cuando escuchó que Susan mordía fuertemente la mordaza por el dolor que la atravesaba.

Susan apretó fuertemente los dientes y aguantó el dolor. Soportaría todo cuanto pudiera, agotaría hasta el último segundo si era necesario, pero no tendría a su hijo, no hasta saber que este estaría a salvo.

Había tenido esa sensación de opresión en su pecho todos esos meses, había sabido que aquella mujer escondía algo en su mirada y dejándose influenciar por los demás no había hecho caso a su instinto, a ese sexto sentido que le advertía ofreciéndole todas las señales. Se juró a si misma que si salía de aquella situación jamás volvería a dudar de ella y desde luego no volvería a dejarse influenciar por ninguna otra opinión que no fuera la suya propia, pero rogaba a Dios que llegase alguien y tirase aquella puerta abajo, porque no

sabía cuanto tiempo más podría aguantar evitando aquel dolor que la incitaba a empujar para que su hijo naciese.

Aaron apenas llevaba tres horas de camino cuando algo en él le hizo detenerse. Sabía que llegaría a la ciudad en cuatro horas más si no paraba a descansar al ritmo que iba, pero un sentimiento de nostalgia no le dejaba avanzar. Lo había sentido desde que partió de casa dejando allí a su mujer embarazada y lo cierto es que sentía la necesidad de volver junto a ella, de que aunque quedaban pocas semanas para que su hijo viniera al mundo, no podía abandonarla

ahora cuando le había prometido que estaría.

Alzó la vista y vio el reflejo del sol en las hojas de los árboles creando un efecto anaranjado que le recordó al cabello de su esposa cuando la luz del sol incidía en él.

—¡Al cuerno la fábrica y al infierno las pérdidas que pudiera haber ocasionado! —exclamó dándose la vuelta—. Volvería junto a ella de inmediato y esperaría hasta que naciera su hijo a su lado.

En cuanto vislumbró la finca familiar de nuevo sintió que estaba de regreso en su hogar y la sensación de alivio comenzó a instalarse en su pecho. En cuanto descabalgó le sorprendió que la señora Nanet no saliera a recibirle y cuando entró en casa observó que no había nadie hasta que finalmente vio a Sebastián, su ayuda de cámara que parecía algo nervioso.

—¡Sebastián! —exclamó frunciendo el ceño como si de repente supiera que algo estaba ocurriendo.

—¡Mi *lord*!, ¡Ha regresado!, ¡Gracias a Dios que lo hizo!, ¡Su esposa está de parto, hace dos horas que la señora Edna se encerró en la habitación junto a Nanet y dijo que la duquesa había pedido expresamente que solo ellas la atendieran! Me extraño que no me pidieran que avisara a la comadrona, pero

fueron ordenes explicitas de la señora Edna mi *lord*. La doncella de la duquesa quiso entrar para ayudarla, pero le advirtió que no lo hiciera y que se quedara junto a las pequeñas en la habitación de estas hasta que el parto terminara.

Aaron se estremeció y su tez pasó al blanco más neutro temiéndose lo peor.

—Coge un caballo y sal inmediatamente hacia el pueblo. No regreses sin esa comadrona llamada Brenda, ¡Sal ahora! —gritó alterado y su sirviente salió corriendo.

En cuanto llegó al piso superior intentó abrir la puerta de la recámara de su esposa y vio que estaba cerrada con llave. Golpeó fuertemente la puerta tres veces y obtuvo un silencio sepulcral. Así que fue hasta su habitación y cuando intentó acceder por la puerta que comunicaba ambas habitaciones, vio que ésta también estaba bloqueada. Eso era inusual, demasiado extraño teniendo en cuenta que esa puerta jamás tenía la llave a mano.

En el momento que Susan había suplicado porque alguien tirase esa puerta abajo, escucho unos golpes martilleando aquella madera con firmeza y abrió los ojos sobresaltada.

—Ni se te ocurra gritar ahora —susurró colocándole el cuchillo en la garganta.

—¡Abrid ahora mismo la puerta! —gritó *lord* Buclleuch con firmeza antes de dar otro golpe ésta vez desde la puerta que comunicaba con su propia alcoba.

Susan gritó a pesar de no poder expresar palabra alguna. ¡Aaron había vuelto!, ¡Por alguna ilógica razón había regresado!

—No es posible… —susurró la señora Edna—. Él no puede haber vuelto, en la carta le decía claramente que era un asunto urgente y debía acudir

inmediatamente. ¡El jamás antepone nada a sus negocios! —Hablaba la mujer para sí misma como si no diera crédito a que el duque de Buccleuch hubiera regresado.

Ante aquellos gritos ahogados que sin duda Aaron detectó que eran de su esposa, no lo pensó dos veces y con toda la fuerza e ímpetu que aunó en ese instante, dio una fuerte patada a la puerta rompiendo la cerradura y haciendo que esta cediera completamente.

La imagen de ver a su esposa maniatada en la cama y a la señora Edna con un cuchillo en la mano como si no supiera exactamente bien lo que estaba haciendo le llenó de cólera.

—¡Juro que si le ha hecho algo a ella o a mi hijo la mataré con mis propias manos! —exclamó Aaron con tanta contundencia y dando pasos firmes que observó como la señora Edna daba un paso atrás algo asustada.

Aaron se acercó a su esposa y bajó la mordaza que tenía maniatada sin perder de vista a la señora Edna.

—¡Aaron ten cuidado! —gritó Susan—. ¡Ella mató a *Lady* Rebecca!, ¡No quiere que tengas un heredero!, ¡Quiere matar a nuestro hijo! —añadió exaltada y hablando atropelladamente.

—¡Miente! —gritó la señora Edna dejando el cuchillo sobre la mesa para aparentar inocencia—. Solo estaba ayudándola… nada más. La maniaté para que sufriera menos los dolores del parto por ser

primeriza, pero le puedo asegurar que mi intención solo era ayudarla… yo jamás le haría daño a un miembro de su familia *lord* Buccleuch. Me conoce desde hace años, sabe que no osaría mentirle.

—¡Asestó un golpe a la señora Nanet! —gritó Susan no dando crédito a las mentiras que contaba aquella mujer. ¿De verdad pensaba que la creerían?

—¡Se desmayó! —exclamó tratando de guardar una calma inaudita y Aaron observó a aquella mujer que llevaba años viviendo en su casa, que la había convertido en parte de su familia, no creyendo posible lo que Susan revelaba, pero tenía claro que la imagen que había visto al entrar de su esposa maniatada y la puerta cerrada con llave, solo eran obra de esa mujer manipuladora que se escondía tras esa fachada de rectitud y seriedad que aparentaba.

Se acercó lentamente hasta ella y cuando llegó a su lado la agarró fuertemente del cuello apresando la carne entre sus dedos. Deseaba ahogarla, matarla, asesinarla por lo que pretendía hacerle a su esposa y por lo que probablemente le habría hecho a la madre de Diane.

—Te mataría con mis propias manos ahora mismo si no fueras la abuela de mi hija —susurró con voz irascible y llena de odio—. Voy a enviarte al mismísimo infierno y te aseguro que durante el resto de tu vida, vas a desear que te hubiera matado con mis propias manos en este día y en este momento

—añadió mientras notaba como a la mujer le faltaba el aire tratando de luchar aferrándose al brazo que la ahogaba hasta que finalmente perdía el conocimiento y cayó al suelo inconsciente.

Susan chilló en ese momento, pero fue de dolor, no por lo que su esposo le había hecho a la señora Edna. Aaron desató las cuerdas que la mantenían maniatada y ató fuertemente las manos de aquella víbora que había intentado matarla para que no se escapara.

—Volviste —susurró Susan con lágrimas en los ojos cuando su esposo se acercó hasta la cama para ayudarla.

—Por supuesto que volví. Comprendí que no podía estar lejos de ti hasta que tuvieras a nuestro hijo y no me importa cuantas sean las pérdidas o la

magnitud del incendio… solo tú eres importante en mi vida, el resto puede esperar el tiempo que haga falta.

—¡Oh Aaron!, ¡No tendría que ser así!, ¡No debería haber sido así! Pero ahora que estás aquí se que todo saldrá bien… estaremos bien — gimió sobresaltada justo antes de que otro dolor la atravesara y esta vez si empujara con fuerza sabiendo que ahora su hijo nacería de forma segura.

La comadrona llegó justo en el momento que el hijo de Susan asomaba la cabeza y solo ayudó al último empujón antes de cortar el cordón umbilical que unía el bebé a su madre y asistirla posteriormente verificando que todo estaba en perfectas condiciones.

La sonrisa de Susan contagió a la de su esposo cuando aquella pequeña criatura comenzó a moverse entre sus brazos haciendo su anhelado deseo realidad; era un varón. Un niño fuerte y sano que lloraba a pleno pulmón.

La señora Nanet se recuperó del golpe que había sufrido solo unas horas más tarde. Sufrió una grave conmoción y tenía vagos recuerdos de lo sucedido, pero lo importante era que se recuperaría y volvería a la normalidad en pocos días.

La señora Edna fue ingresada en un hospital psiquiátrico, decidieron internarla en un lugar privado donde jamás recibiría ninguna visita y donde nadie conocería su paradero, pero estaría constantemente vigilada y allí pasaría el resto de sus días en solitario, alejada de todo cuanto conocía y sin volver a ver a su nieta. Aaron determinó que ese era peor castigo para aquella mujer que la cárcel, sobre todo teniendo en cuenta que no tenían forma de demostrar que asesinó a *lady* Rebecca y que pretendía asesinar a Susan y a su hijo si no hubiera sido por la rápida acción de *lord* Buccleuch.

Días más tarde se descubrió que tal incendio fue provocado

intencionadamente y se encontró al culpable que confesó haber recibido una bolsa de dinero sustanciosa por parte de una señora mayor para prender fuego a la fábrica. Concluyeron finalmente que solo fue una estratagema de la señora Edna y que había elaborado el plan con meses de antelación para asegurarse de la partida del duque de Buccleuch y poder provocar el parto de Susan teniendo todo bajo control.

Los días siguientes al nacimiento, Aaron no se apartó del lado de su esposa, como si temiera que pudiera darse alguna complicación posterior a dicho alumbramiento. Cuando comprendió que no era ese el caso, cuando vio que ella se levantaba con normalidad y tenía la

misma vitalidad o más que de costumbre, sus miedos sencillamente se volatilizaron, Tenía a su hijo y por sobre todas las cosas tenía a su esposa, era el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Decidieron prolongar su estancia en la casa de campo varias semanas más, antes de que entrara el invierno o de lo contrario los caminos se harían intransitables, así que hasta ese momento todas sus amigas y familiares incluyendo los señores Brandon, fueron visitando la casa de campo para conocer al pequeño de la familia al que habían bautizado como Julian.

—Definitivamente tengo el nieto más hermoso de todos —concluyó el señor Brandon orgulloso—. Tiene el porte de su padre y la nariz de su madre —

añadió sonriente.

Desde luego aquel niño se parecía mucho más a su esposo que a ella, pensó Susan. Lo cierto es que la idea de que se pareciera a Aaron le agradaba.

—Gracias padre —contestó Susan aprovechando que no había nadie más cercano a ellos—. Un día me dijo que estaba seguro de que *lord* Buccleuch me haría feliz y no le creí, pero me equivocaba… usted supo ver algo que yo

en aquel momento no quería ver. Vio el buen hombre que había en él y no pudo hacer mejor elección para mi.

—Querida… —susurró algo aturdido el señor Brandon—. Fue él quien pareció enloquecer cuando te vio y estaba tan decidido a que fueras su esposa que su convicción hizo que tuviera la certeza de que te haría feliz.

En ese momento Susan sonrió y alzó la vista para observar a lo lejos a su esposo, que hablaba pacientemente con su madre, solo que pareció sentir que ella le observaba y alzó la mirada provocando que se mantuvieran fijamente los ojos el uno sobre el otro. Aquella presión que había sentido todo ese tiempo por la sensación de ahogo porque algo malo iba a ocurrir se evaporó como el viento en el momento que tuvo en brazos a su hijo. No supo si era por miedo al parto o porque previsiblemente intuía lo que finalmente sucedió respecto a la señora Edna confirmando así sus sospechas, pero fuera cual fuera el motivo, ahora tenía la certeza de que nada malo sucedería.

Quizá Aaron solo había deseado de ella un hijo cuando se casaron,

pero el amor había surgido entre ellos avasallando todo a su paso, incluso sus propias creencias y convicciones convirtiéndose ahora en algo que iba más allá de todo cuanto había soñado.

—¿Crees que algún día le contarás lo que verdaderamente sucedió con la señora Edna a Madeleine? —preguntó Susan aquella noche sentada al lado de la cama de su esposo.

—Quizá es mejor que nunca sepa la verdad, tal vez solo deba saber que un día se marchó y no volvimos a saber nada más —contestó Aaron acercándose a ella y abrazándola por la espalda—. No quiero volver a pensar en esa señora, ni que se vuelva a mencionar en esta casa. Cada vez que pienso en las veces que intentaste advertirme sutilmente para que la alejara, pero no quise

hacerte caso me hierve la sangre.

—Me conformaré con que a partir de ahora no dudes cuando te advierta sobre algo, porque mi instinto así me lo indica —sonrió Susan con cierto tono de complicidad.

—No volveré a dudar de ti, menos aún apartarme de tu lado mi bella y dulce esposa.

En aquel momento Aaron le entregó un estuche a su esposa de terciopelo sin decir absolutamente ninguna palabra, sino que lo dejó en su regazo y esperó a que esta lo abriera.

—¿Qué es esto? —exclamó Susan abriendo aquel estuche y viendo un hermoso collar de rubíes engarzados en oro tan absolutamente hermoso como infinitamente valioso.

—Tu me hiciste el regalo más grande que me podías haber dado y yo quiero regalarte una joya que te recuerde cuanto te amo —aseguró con voz profunda.

—¿Me amas? —preguntó Susan con una sonrisa en los labios.

—Profundamente —advirtió Aaron rozando su nariz en el suave cuello de la piel de su esposa—. Nunca he sabido como tratarte porque jamás aprendí como debía hacerlo, pero te prometo que intentaré hacerlo de la mejor forma

—añadió dulcemente depositando un dulce beso en la comisura de sus labios.

—Entonces ámame hasta el final de nuestros días y de la misma forma que ahora —susurró Susan acortando la distancia y apresando aquellos labios que la colmaban de infinito placer.

—Hasta el último de mis latidos será tuyo, mi querida Susan.

Fin.

La Quinta Esencia

Sinopsis.

Robert Benedict es un joven apuesto que desea crecer en el mundo de los negocios y aspira a convertirse en uno de los caballeros más influyentes de la sociedad inglesa. El azar y el destino se unirán para convertirle en el siguiente heredero al ducado de Savegner, un título ligado a bienes completamente en ruinas, pero quizá no todo esté perdido, puesto que la fortuna de la familia reside en la dote de la única hija con vida del duque.

Lady Violette Andersen ha pasado toda su vida recluida en un convento. No conoce el mundo exterior y jamás ha recibido una educación propia de una dama. Solo desea que algún día su infierno termine y un apuesto caballero acuda a rescatarla, pero a veces los sueños no se manifiestan de la forma en la que uno desea.

Avance de La Quinta Esencia

Dos años atrás.

Robert Benedict se encontraba en su despacho leyendo la correspondencia cuando encontró entre sus cartas una que llamó especialmente su atención. El remitente que la escribía era un pariente lejano, un primo de su padre con el que apenas mantenía contacto y que debido a un desfortunio familiar la relación se había distanciado más de lo normal.

Cogió el abrecartas afilado y metió la punta metálica cobre el sobre debidamente sellado antes de romper la parte superior para no destruir el sello del característico ducado de Savegner del que procedía. Por un momento pensó de qué podría tratarse, hacía años que sabía que el duque de Savegner vivía de forma solitaria en su finca de viñedos de los cuales no había vuelto a explotar debido a lo sucedido con sus hijos. Se comentaba que tenía una hija a la que nadie había visto en años e incluso aún recordaba los rumores que mencionó su padre al respecto sobre que la joven había sufrido una enfermedad que le había dejado marcado el rostro y por eso el duque la ocultaba tan afanosamente de todos. No se sabía nada de aquella joven que apenas era una niña cuando sucedió la tragedia. Suponía que aquella carta llegaba demasiado tarde para tratarse de un pésame por la

muerte del señor Brandon hacía ahora un año.

Abrió la carta ávido de curiosidad por su contenido y observó que la caligrafía era lo suficientemente clara como para haberla escrito un hombre culto acostumbrado a ese tipo de menesteres.

Querido señor Benedict.

Le escribo en nombre del duque de Savegner puesto que éste ya no se encuentra en condiciones de hacerlo con motivo de la reciente muerte sin descendencia del señor Breston, el último heredero al ducado de Savegner antes de usted.

Debido a los recientes cambios dadas las circunstancias, el duque de Savegner desea que realice una visita formal en la finca donde reside y que usted heredará a su muerte para formalizar ciertos asuntos de relevancia que no pueden ser tratados mediante carta.

Es por tanto, que le ruego debido a su propio interés y beneplácito, que acuda inmediatamente como respuesta a esta invitación propuesta por su excelencia.

Atentamente,

Lord Barric Nostrid, amigo del duque de Savegner.

¿Era el futuro duque de Savegner?, ¿Iba a heredar un ducado? No… eso no era posible, si antes de que lo heredase su padre había al menos tres herederos, ¿Todos habían muerto? De ser así no estaba seguro si aquel ducado estaba de algún modo maldito.

Su padre había mencionado en alguna ocasión que el carácter del viejo duque se agrió tras la tragedia donde perdió a sus tres hijos de forma inesperada siendo asesinados. Jamás hallaron al culpable y de hecho, corrían rumores sobre alguien que había maldecido a la familia aunque Robert siempre había creído que solo eran cuentos de niños para no dormir.

Jamás había pensado que aquel ducado fuese a pertenecerle algún día, antes de él había demasiadas personas que podrían heredarlo, sin embargo; azar, destino o sencillamente casualidad, tal parecía que era el siguiente en la línea sucesoria de aquel ducado que un día fue

sinónimo de riqueza y gloria cuando en aquellas destilerías se fabricaba el mejor coñac de toda la ciudad.

Ser un Savegner era símbolo de poder. Nadie habría augurado lo que el destino se ensañaría con aquella familia, desde entonces el duque se volvió demasiado desconfiado, detestable y solitario.

Dos días más tarde de recibir aquella carta, Robert Benedict emprendió camino hacia los viñedos de Savegner, un largo camino que le llevaría dos días por recorrer. No tenía ni idea que encontraría en aquel destino, tampoco se había parado a pensar si aquello se trataba de una especie de emboscada, pero tenía todas las alertas puestas y se había llevado consigo a su empleado más fornido para que le acompañara. Quizá fueran esas historias para no dormir que su padre contaba a su hermana menor, las que habían hecho que tratar con el duque de Savegner no fuera plato de buen gusto.

La mansión que rodeaba a los viñedos lo suficientemente abandonados para saber que nadie los cultivaba en años, le hicieron pensar que el sitio estaba lo suficientemente abandonado y casi al borde de la ruina o directamente en la más absoluta ruina. Un ama de llaves le recibió sin mostrar un atisbo de sonrisa y pensó que probablemente la amargura del duque de Savegner se había extendido a lo largo de toda la casa.

—¿Señor Benedict? —La voz de un hombre de mediana edad se hizo presente en aquel enorme hall de entrada que tenía la casa ahora carente de muebles y lo suficientemente destartalado para llamar la atención. ¿Es que no vivía ninguna dama en aquella casa?

—Soy yo. ¿Y usted es…? —preguntó Robert evaluando al caballero que

tenía delante y que dudaba se tratase del duque de Savegner.

— *Lord* Barric Nostrid, yo mismo escribí la carta que imagino debió recibir si ha venido tan apresuradamente —contestó cortésmente—. Venga conmigo, le acompañaré hacia los aposentos del duque de Savegner, hace unos días que está más delicado de salud de lo normal y ahora mismo se encuentra recluido en su habitación.

—Entiendo —contestó Robert—. ¿Sabe usted porque me ha hecho llamar?

—preguntó creyendo que tal vez consiguiera información antes de enfrentarse al viejo duque.

—Si —afirmó—. Yo mismo le mencioné que debía hacerlo si pretendía dejar las cosas atadas antes de su muerte, algo que desde luego no será dentro de muchos años debido a su salud.

Robert guardó silencio, no supo que decir cuando ni tan siquiera había visto el estado del duque, pero aquello le llevó a pensar que no pasaría mucho tiempo antes de convertirse en duque.

—Excelencia. Tiene visita —anunció *Lord* Barric entrando en la estancia.

Aquel lugar estaba bastante oscuro, apenas iluminado por una densa cortina que estaba a medio cerrar. La chimenea permanecía encendida y de hecho era el único lugar aparentemente caldeado de la casa. Desconocía el estado financiero del duque, pero aparentemente parecía que era de lo más lamentable.

—¡No quiero recibir a nadie! —exclamó aquella voz ronca antes de irrumpir en tos que le impedía seguir hablando—. ¡Fuera!, ¡Fuera de aquí!

—Se trata del señor Benedict, *lord* Savegner. Ha venido porque así se lo ha pedido usted.

La calma con la que *lord* Barric hablaba al duque era singularmente amable, no entendía de donde sacaba aquel hombre tanta paciencia, pero quizá era realmente un gran amigo de la familia.

—¿Dónde está?, ¿Dónde está ese patán? —exclamó de malas formas.

¿Patán?, ¿Le había llamado patán sin conocerle? Pensó Robert.

—Discúlpele… a veces desvaría —susurró *lord* Barric.

Pero Robert dudaba mucho que desvariara, más bien no le importaba en absoluto lo que los demás pudieran opinar de él y trataba probablemente a todos con la punta del pie.

—Preferiría que me llamase patán después de que me conozca, excelencia.

Puesto que yo tampoco he oído hablar muy bien de usted.

—Así que es cierto que ha venido. Me imagino que en cuanto leyó que es el futuro duque de Savegner tras mi muerte, debió creer que encontraría oro en estos viñedos, ¿No es cierto?, ¡Pues se equivoca!,

¡No habrá nada para usted!

—gritó de forma exasperante.

¿Para eso le había hecho venir?, ¿Para decirle que estaba arruinado y que cuando heredase las propiedades solo tendría deudas y embargos porque no podría vender las propiedades ligadas al título?

—He venido porque me ha hecho llamar, soy un hombre de negocios ocupado, así que si me dice que he hecho este viaje de dos días de camino solo para decirme que está arruinado y solo me dejará deudas, ¡Me lo podría haber mencionado por carta para que ninguno de los dos perdiera su tiempo!

—exclamó Robert alzando el tono de voz algo exasperado—. ¡Me largo de aquí!

—¡Alto ahí muchacho! —gritó entonces *lord* Savegner—. Al parecer tiene

carácter… eso me gusta —añadió como si hablara con *lord* Barric—. ¿Es joven?

—Lo es excelencia, y bastante bien parecido —añadió *lord* Barric.

—Entonces servirá —decretó el duque de Savegner.

—¿Servir para qué? —preguntó Robert ahora completamente confuso, ¿Qué tendría que ver su juventud o su físico para ser el duque de Savegner?

—Habrá oído hablar de la hija pequeña del duque, *lady* Violette —mencionó *lord* Barric—. Su excelencia tiene una propuesta que hacerle a la que estoy seguro de que no podrá rechazar.

Robert alzó una ceja, aunque probablemente ninguno de los presentes le viera debido a la oscuridad del lugar.

—No me he marchado —contestó ante aquel silencio Robert—. Así que dígame, ¿De que trata esa propuesta?

—Te casarás con mi hija Violette si no quieres verte en la más mísera ruina, señor Benedict —contestó el duque de Savegner ante la estupefacción de un Robert que no entendía exactamente a qué demonios se refería aquel hombre.

Continuará…

A mi querida prima, Eva Prieto y su pequeña Mara.

Gracias por formar parte de mi vida.

Por tu dulzura y simpatía cada vez que nos vemos.

Eres una madre increíble para esa preciosidad de niña.

“En el amor hay siempre algo de locura, pero también hay siempre en la locura algo de razón”

Friedrich Nietzsche

Capítulo 1

Dos años atrás. Inglaterra 1824. Londres 7 de Octubre.

Robert Benedict se encontraba en su despacho leyendo la correspondencia cuando encontró entre sus cartas una que llamó especialmente su atención. El remitente que la escribía era un pariente lejano, un primo de su padre con el que apenas mantenía contacto y que debido a un infortunio familiar la relación se había distanciado más de lo normal. Cogió el abrecartas afilado y metió la punta metálica en el sobre debidamente sellado antes de romper la parte superior para no destruir el sello del característico ducado de

Savegner del que procedía. Por un momento pensó de qué podría tratarse pues hacía años que el duque vivía de forma solitaria en su finca de viñedos, los cuales no había vuelto a explotar debido a lo sucedido con sus hijos. Se comentaba que tenía una hija a la que nadie había visto en años e incluso recordaba los rumores al respecto sobre que la joven había sufrido una enfermedad que le había dejado marcado el rostro y por eso el duque la ocultaba tan afanosamente de todos. No se sabía nada de aquella joven que apenas era una niña cuando sucedió la tragedia. Suponía que aquella carta llegaba demasiado tarde para tratarse de un pésame por la muerte su padre el señor Benedict hacía ahora un año.

Abrió la carta ávido de curiosidad por su contenido y observó que la caligrafía era lo suficientemente clara y pulcra para pensar que la había escrito un hombre culto acostumbrado a ese tipo de menesteres.

Querido señor Benedict.

Le escribo en nombre del duque de Savegner, puesto que éste ya no se encuentra en disposición de hacerlo, con motivo de la reciente muerte sin descendencia del señor Breston, el último heredero al ducado de Savegner antes de usted según he podido constatar en la línea sucesoria.

Debido a los recientes cambios dadas las circunstancias, el duque de Savegner desea que realice una visita formal en la finca donde reside habitualmente y que usted heredará tras su muerte, para formalizar ciertos asuntos de relevancia que no pueden ser tratados mediante carta.

Es por tanto, que le ruego encarecidamente debido a su propio interés y beneplácito, que acuda inmediatamente como respuesta a esta invitación propuesta por su excelencia.

Atentamente,

Lord Barric Nostrid.

¿Era el futuro duque de Savegner?, ¿Iba a heredar un ducado?, ¿Cómo era eso posible? No…

eso no era posible, si antes de que lo heredase su padre había al menos tres herederos delante de

él, ¿Todos habían muerto? De ser así no estaba seguro si aquel ducado estaba de algún modo maldito.

Su padre había mencionado en alguna ocasión que el carácter del viejo duque se agrió tras la tragedia donde perdió a sus tres hijos de forma inesperada siendo asesinados. Jamás hallaron al culpable y, de hecho corrían rumores sobre alguien que había maldecido a la familia aunque Robert siempre había creído que solo eran cuentos de niños para no dormir.

Jamás había pensado que aquel ducado fuese a pertenecerle algún día, antes de él había demasiadas personas que podrían heredarlo, sin embargo; azar, destino o sencillamente casualidad, tal parecía que era el siguiente en la línea sucesoria de aquel ducado que un día fue sinónimo de riqueza y gloria cuando en aquellas destilerías se fabricaba el mejor brandy de toda la ciudad. Ser un Savegner era símbolo de poder. Nadie habría augurado que el destino se ensañaría con aquella familia, desde entonces el duque se volvió demasiado desconfiado, detestable y solitario hasta el punto de echar a perder toda su fortuna.

Dos días más tarde, Robert emprendió camino hacia los viñedos de Savegner, un largo camino que le llevaría dos días por recorrer. No tenía ni idea sobre lo que encontraría en aquel destino, tampoco se había parado a pensar si aquello se trataba de una especie de emboscada, pero tenía todas las alertas puestas y se había llevado consigo a su empleado más fornido para que le acompañara. Quizá fueran esas historias para no dormir que su padre contaba a su hermana menor las que habían hecho que tratar con el duque de Savegner no fuera plato de buen gusto.

La mansión que rodeaba a los viñedos era imponente, aunque era apreciable la falta de mantenimiento y cuidado durante años provocando que no estuviera en su mejor momento.

Ciertamente la casa se conservaba en mejor estado que los viñedos, lo suficientemente abandonados para saber que nadie los cultivaba en años. Supo inmediatamente que el ducado debía estar al borde de la ruina si no es que estaba en la más absoluta pobreza. Un ama de llaves le recibió sin mostrar un atisbo de sonrisa y pensó que probablemente la amargura del duque de Savegner se había extendido a lo largo de toda la casa.

—¿Señor Benedict? —La voz de un hombre de mediana edad se hizo presente en aquel enorme hall de entrada que tenía aquella enorme

mansión carente de muebles y lo suficientemente destartalada para llamar la atención. ¿Es que no vivía ninguna dama en la casa?, ¿No tenía supuestamente una hija?

—Así es. ¿Y usted es…? —preguntó Robert evaluando al caballero que tenía delante y que dudaba se tratase del duque de Savegner. Aquel hombre era más jovial y no tenía el ceño fruncido como se imaginaba al viejo duque.

— *Lord* Barric Nostrid, yo mismo escribí la carta que imagino debió recibir si ha venido tan apresuradamente —contestó cortésmente—. Venga conmigo, le acompañaré hacia los aposentos del duque de Savegner, hace unos días que está más delicado de salud de lo normal y ahora mismo se encuentra recluido en su habitación.

Robert aceptó la respuesta y siguió a aquel hombre cuya relación con el duque desconocía. No parecía ser un familiar, tenía título para ser un simple secretario, quizá se tratase de un amigo de la familia, aunque desconocía que el duque pudiera tener amistades habiéndose aislado tanto tiempo de la sociedad. En cualquiera de los casos, ese caballero demostraba cordialidad y parecía estar al corriente de la situación del duque.

—Entiendo —contestó Robert—. ¿Sabe usted porque me ha hecho llamar? —preguntó creyendo que tal vez consiguiera información antes de enfrentarse al viejo duque.

—Si —afirmó—. Yo mismo le mencioné que debía hacerlo si pretendía dejar las cosas atadas

antes de su muerte, algo que desde luego no será dentro de muchos años debido a su estado de salud.

Robert guardó silencio, no supo que decir cuando ni tan siquiera había visto el estado del duque, pero aquello le llevó a pensar que no pasaría mucho tiempo antes de convertirse en duque.

—Excelencia. Tiene visita —anunció *Lord* Barric entrando en la estancia.

Aquel lugar estaba bastante oscuro, apenas iluminado por una densa cortina que estaba a medio cerrar. La chimenea permanecía encendida y parecía ser el único lugar caldeado de la casa.

Desconocía el estado financiero del duque, pero aparentemente parecía que era de lo más lamentable a juzgar lo que apreciaba.

—¡No quiero recibir a nadie! —exclamó aquella voz ronca antes de irrumpir en una tos que le impedía seguir hablando—. ¡Fuera!, ¡Fuera de aquí!

—Se trata del señor Benedict, *lord* Savegner. Ha venido porque así se lo ha pedido usted.

La calma con la que *lord* Barric hablaba al duque era singularmente amable, no entendía de donde sacaba aquel hombre tanta paciencia, pero quizá era realmente un gran amigo de la familia.

—¿Dónde está?, ¿Dónde está ese patán? —exclamó de malas formas.

¿Patán?, ¿Le había llamado patán sin conocerle? Pensó Robert.

—Discúlpele… a veces desvaría —susurró *lord* Barric.

Pero Robert dudaba mucho que desvariara, más bien no le importaba en absoluto lo que los demás pudieran opinar de él y probablemente trataba a todos con la punta del pie.

—Preferiría que me llamase patán después de conocerme, excelencia. Puesto que yo tampoco he oído hablar muy bien de usted si he de mencionarlo.

—Así que es cierto que ha venido —contestó rápidamente sin llegar a mirarle, sino que Robert apreció que tenía la mirada perdida en el techo—. Me imagino que en cuanto leyó que es el futuro duque de Savegner tras mi muerte, debió creer que encontraría oro en estos viñedos, ¿No es cierto?, ¡Pues se equivoca!, ¡No habrá nada para usted! —gritó de forma exasperante.

¿Para eso le había hecho venir?, ¿Para decirle que estaba arruinado y que cuando heredase solo tendría deudas y embargos porque no podría vender las propiedades ligadas al título?

—He venido porque me ha hecho llamar, soy un hombre de negocios ocupado, así que si me dice que he hecho este viaje de dos días de camino solo para decirme que está arruinado y solo me dejará deudas, ¡Me lo podría haber mencionado por carta para que ninguno de los dos perdiera su tiempo! —bramó Robert alzando el tono de voz algo exasperado—. ¡Me largo de aquí!

—¡Alto ahí muchacho! —gritó entonces *lord* Savegner—. Al parecer tiene carácter, eso me gusta —añadió como si hablara con *lord* Barric —. ¿Es joven?

—Lo es excelencia, y bastante bien parecido —añadió *lord* Barric.

—Entonces servirá —decretó el duque de Savegner.

—¿Servir para qué? —preguntó Robert ahora completamente confuso, ¿Qué tendría que ver su juventud o su físico para ser el duque de Savegner?

—Habrá oído hablar de la hija pequeña del duque, *lady* Violette —mencionó *lord* Barric—. Su excelencia tiene una propuesta que hacerle a la que estoy seguro de que no podrá rechazar.

Robert alzó una ceja, aunque probablemente ninguno de los presentes le viera debido a la oscuridad del lugar.

—No me he marchado —contestó ante aquel silencio Robert—. Así que dígame, ¿De que trata esa propuesta?

—Se casará con mi hija Violette si no quiere verse en la más absoluta ruina, señor Benedict —

contestó el duque de Savegner ante la estupefacción de un Robert que no entendía exactamente a

qué demonios se refería aquel hombre.

—¿De qué está hablando? —La voz de Robert se dirigía hacia lord Barric en lugar de al duque a pesar de que la amenaza provenía de éste último, quizá porque creía que aquel viejo loco estaba delirando.

¿Casarse con lady Violette? Si los rumores eran tan ciertos como esas historias de cuentos para no dormir, aquella muchacha estaba recluida y lejos de la sociedad porque era un monstruo. Ni hablar. Casarse con esa joven que apenas rozaría la mayoría de edad era impensable.

—Lo que lord Savegner trata de decir es que sus activos no producen ni un solo penique en estos momentos y aunque consiguiera la financiación necesaria tardaría varios años en producir la liquidez que necesita para solventar la deuda acumulada —comenzó a decir lord Barric—. Estoy seguro de que tiene plena constancia de que el ducado de Savegner era uno de los más acaudalados en todo el país hace unos años.

No era una pregunta, pero Robert interpretó que en el fondo sí lo era, así que se atrevió a contestar.

—Se a donde pretende llegar, ¿Quiere convencerme de que aún conserva su fortuna después de ver el estado en el que se encuentra la finca? —exclamó Robert incrédulo ante semejante patraña.

—No solamente la conserva, sino que hace nueve años se dispuso todo para que hasta el último penique de la fortuna de los Savegner pasara a ser la dote de lady Violette —terció lord Barric y a Robert se le cayó el alma a los pies.

Ahora entendía porque aquel viejo gruñón le había mencionado que tendría que casarse con su hija si no quería verse en la más mísera ruina. No era idiota, sabía que podría endeudarse hasta las cejas para tratar de obtener rentabilidad en aquellas tierras que un día fueron tan prestigiosas, pero lord Barric tenía razón en cuanto a la devolución. La plantación y posterior maduración del brandy requería un tiempo que jugaría en su contra, antes de darse cuenta estaría endeudado hasta límites insospechados. Si había algo que había aprendido en su reciente carrera en los negocios, era valorar todas las posibilidades. Aunque pudiera contar con la ayuda de su buen amigo Henry Sylverston, sabía que este le apoyaría en cualquier decisión que emprendiera e incluso le financiaría con su propio patrimonio si era necesario, el problema residía en que por primera vez tenía la posibilidad de hacer algo sin necesidad alguna de pedir ayuda, contar con la fortuna necesaria para tomar sus propias decisiones y cometer sus propios errores sin deber cuentas a nadie, aunque el precio a pagar por ello fuera lo suficientemente elevado para replanteárselo.

¿Y si las historias no fueran ciertas?, ¿Y si la muchacha no era tan desgraciada como las historias contaban?

—¿Qué opina lady Violette respecto a la propuesta? —preguntó Robert interesándose por primera vez en la dama que podría valorar como futura esposa.

—Mi hija aceptará cualquier decisión que tome por ella —prorrumpió con voz gélida lord Savegner y aquello hizo pensar a Robert que la joven desconocía los planes trazados por su propio padre.

—Si he de casarme con ella, quiero conocerla —contestó Robert tenaz.

No tenía muy claro si era buena idea, quizá tras verla, los rumores que tanto había escuchado en el pasado tomaran validez y fuera aún más difícil aceptar aquella propuesta.

—Eso no será posible —contestó lord Barric adelantándose al duque de Savegner—. Lady Violette no se encuentra aquí y las condiciones

del acuerdo solo serán válidas hasta que decida marcharse.

¿Qué?, ¿Tenía que tomar una decisión antes de marcharse?, ¿Ni tan siquiera podía irse y

pensarlo con tranquilidad?

—Explíquese —terció Robert cada vez más ofuscado con aquel asunto.

Cada vez tenía más claro que había ido allí para que le gastaran una encerrona en sus propias narices.

—Sobre la mesa tiene los documentos necesarios del estado financiero del duque de Savegner y el acuerdo matrimonial que será efectuado por poderes con lady Violette donde especifica la cuantiosa cifra que recibirá como dote tras desposarse y que solo será efectiva tras la muerte del duque de Savegner.

Robert se quedó con la vista fija en ambos documentos sin saber si forzar a sus piernas a caminar para leerlos con sus propios ojos. Estaba completamente inmóvil porque acababa de cerciorarse sin necesidad alguna de investigar, que aquellos rumores debían ser ciertos si aquel matrimonio iba a celebrarse sin que ambos cónyuges se conociesen. De algún modo querían evitar que conociera a la joven antes de tiempo y eso solo podía significar que en caso de conocerla, de verla con sus propios ojos, sabrían que se negaría rotundamente a concebir tal matrimonio.

—¿Existe alguna especificación o condición al matrimonio? —preguntó antes de acercarse a la mesa para ver dichos documentos.

—¿A qué se refiere? —preguntó lord Barric.

—¿Debo cumplir alguna condición especifica en cuanto a lady Violette se refiere si decido desposarme con ella? —citó Robert tratando de ser más especifico y al mismo tiempo pensar con frialdad.

—Ninguna —contestó pacientemente—. Su deber hacia ella solo será el de cualquier esposo, deberá mantenerla y asegurarse de su bienestar en cuanto cumpla los dieciocho años.

¿Es que aún no los había cumplido?, ¿Qué edad tenía lady Violette? A sus treinta años, Robert no se había planteado que iba a casarse con una niña.

—¿Y cuando sucederá eso? —preguntó para saber cuanto tiempo le

dejaba de margen el hecho de enfrentarse a la que podría ser la futura señora Benedict.

—Dentro de dos años, por supuesto. Actualmente lady Violette acaba de cumplir dieciséis primaveras —recitó lord Barric y en su rostro podía apreciarse cierta nostalgia y calidez en sus palabras, como si sintiera aprecio hacia la joven.

Era una niña, aquella joven con la que se disponían a casarle apenas comenzaba a ser mujer y debía decidir su futuro allí mismo evaluando si ligaría su vida a la de ella.

«Probablemente lo único hermoso de ella sea su nombre» pensó Robert mientras repasaba aquellos documentos con minuciosidad y veía que en ellos no existía ninguna clausula o especificación que le indicase su deber hacia su esposa.

¿Podría simplemente casarse con ella y mantenerla apartada de su vida para siempre?

Antes de contestarse a sí mismo, impregnó la pluma en el pequeño frasco de tinta que había sobre la mesa y firmó aquel documento en el que pactaba su acuerdo matrimonial que se ejecutaría esa misma tarde frente al sacerdote por poderes.

Estaba hecho, quizá no encontrara felicidad en su matrimonio, tal vez jamás se atrevería a buscar a la que se suponía que era su esposa desde ese instante, aunque se aseguraría de su bienestar durante toda su vida, pero a cambio de ese sacrificio había obtenido algo que llevaba deseando toda su vida; la oportunidad de tener su propio legado.

Capítulo 2

Actualidad. Inglaterra 1826. Snowshill, 27 de Junio.

Lady Violette contemplaba apaciblemente los campos de lavanda en flor desde la ventana de su habitación, era su flor favorita y también su aroma predilecto, aunque quizá todo se debiera a la similitud que existía entre el color de sus ojos y el de aquellas plantas silvestres que con cada llegada del podía admirar a través de su ventana.

Habían pasado doce largos años desde que su padre decidió internarla en aquel lugar apacible, lejos del mundanal ruido y de todo cuanto ella una vez había amado. El destino había querido que perdiera a sus tres hermanos y a su amada madre a la que apenas recordaba, pues todo había sucedido cuando ella apenas rozaba los seis años. Desde entonces había permanecido recluida en aquel convento, rodeada de las hermanas de la caridad de Santa Teresa y esperando que algún día su encierro terminase.

A lo largo de aquellos años, había rezado infinitas veces porque la espera se hiciera más amena y su padre cruzara las puertas del gran edificio para llevarla de nuevo a su hogar, pero conforme pasaron los días, las semanas y los meses convirtiéndose en años, supo que aquello no sucedería y comenzó a permitirse la ilusión de que un apuesto caballero de armadura blanca acudiría a su rescate.

Habría sido más fácil realizar los votos y unirse al clero, pero a pesar de asistir a misa tres veces diarias y cumplir con sus deberes junto a las hermanas de la caridad, por más que había intentado forzar su vocación no sentía la misma devoción para contraer matrimonio con Dios. No.

Algo en su interior clamaba que su destino no era ese, sino que aún estaba por llegar.

En tres días sería su cumpleaños y aunque ninguna de las hermanas solía celebrarlo, ella era especial. La hermana Clarisse le preparaba su pastel de limón favorito y de forma puntual salían a visitar los campos de lavanda donde recogían algunos ramilletes que luego secaban y perfumaban las estancias de todo el convento. Violette también lo usaba para perfumar su agua de baño, aunque en el convento apenas podía darse tal lujo debido a la escasez de agua, por eso mismo conservaba la gran mayoría de ellos en su cajón, junto a las cartas que su padre le enviaba cada año, pronto podría añadir algunos nuevos a su colección.

Los golpes llamando a su puerta captaron su atención, normalmente nadie la molestaba a esas horas así que supuso que habría perdido la noción del tiempo más de la cuenta y sus clases de francés habían comenzado.

A pesar de educarse íntegramente en un convento, había sido instruida en todas las habilidades propias de una señorita de su clase social como así se establecía, su padre se había asegurado de ello.

—Lady Violette…

—Si, ya lo sé, llegó tarde a mi clase de francés con la señorita Francis y no le gusta que la hagan esperar. —Se adelantó Violette apresurada.

—Lord Barric está aquí —contestó la hermana Clarisse advirtiéndole que la clase de francés podía esperar cuanto hiciera falta.

—¿Ha venido padre con él? —exclamó Violette esperanzada, pero ni tan siquiera esperó a que la hermana Clarisse respondiera, sino que alzó su falda con una mano para correr apresuradamente hacia el despacho de la directora donde sabía que lord Barric aguardaba.

A pesar de los años, no había perdido la esperanza de que en algún momento él la visitara. En cuanto Violette abrió la puerta agitadamente debido a su pulso acelerado, comprobó para su propio pesar que su padre no acompañaba a lord Barric como tampoco lo hizo la última vez que éste la había visitado hacía ya dos largos años. Sentía como su corazón desbocado agitaba su pecho debido a la urgencia que se había dado en acudir velozmente y todo para percibir la decepción tras la breve ilusión de que quizá volvería a verlo de nuevo.

«Ya son siete años sin ver a padre…» meditó apesadumbrada.

—Lady Violette —mencionó lord Barric mientras se inclinaba en una reverencia para saludarla formalmente.

—Lord Barric —repitió esta tratando de corresponderle a pesar de su agitación—. ¿Padre no le acompaña tampoco en esta ocasión? —Se atrevió a preguntar, aunque temiera la respuesta.

—Me temo que no ha sido posible mi lady y lamentablemente ese es el motivo de mi visita —

contestó con seriedad.

Violette no comprendió a que se refería con aquellas palabras, recordaba que la última vez que la había visitado mencionó que el duque no había podido acompañarle porque su salud no se lo permitía, pero en sus cartas anunciaba una leve mejoría.

—¿Quiere decir que su salud no le ha mejorado? —preguntó ante el silencio de lord Barric.

—Su padre llevaba varios años con una salud incierta.

Lamentablemente estos últimos siete años en los que no ha podido visitarla los ha pasado recluido en sus aposentos de la mansión Savegner —recitó lord Barric tratando de encontrar las palabras precisas—. He venido hasta aquí personalmente porque deseaba transmitiros mis condolencias lady Violette, lamentablemente vuestro padre el duque de Savergner falleció la pasada madrugada.

—No… —susurró Violette aturdida sin creer que aquello pudiera ser cierto. De ser así jamás tendría la posibilidad de volver a verlo.

Era cierto que hacía años que no veía a su difunto padre y que los recuerdos de su rostro se desdibujaban en sus pensamientos, pero se aferraba a ese recuerdo con todas sus fuerzas porque era el único pariente con vida que le quedaba, la única persona que velaba por su bienestar. ¿Qué iba a ser de ella ahora?, ¿Dónde debía ir?, ¿A quien acudir? Se sentía perdida… perdida y sola en un mundo que desconocía completamente más allá de los muros que rodeaban el edificio donde había pasado prácticamente toda su vida y del que cada día soñaba con salir.

—Lo lamento —agregó de nuevo lord Barric tratando de ser cauto—. Le prometí a vuestro padre que seríais la primera persona en ser informada de su muerte y revelaros vuestra situación a partir de ahora.

Violette observó a aquel hombre de mediana edad con cabello algo canoso estupefacta. ¿Cuál sería su situación? Ella era la única hija del duque y hasta donde alcanzaba su conocimiento sabía que solo podría heredar algunos bienes que no estuvieran ligados al título y dinero, pero solo cuando alcanzara los veintiún años de edad, ¿Debería permanecer hasta entonces recluida en el convento?

—Puede decírmelo sin rodeos —advirtió Violette cruzándose de brazos y siendo consciente de que aún debería permanecer tres años más tras aquellos muros de piedra.

Era duro asimilar la muerte del único ser querido que le quedaba y al mismo tiempo considerar que su situación sería permanente otros tres largos años de su vida.

—El nuevo duque de Savergner tomará posesión con efecto inmediato de todos los bienes que pertenecen al legado de su padre vinculados al título —aclaró lord Barric y Violette no se sorprendió ante este hecho, se preguntó quien sería ese nuevo duque y si ella habría oído alguna vez hablar de él cuando era pequeña.

—Imagino que se trata de algún pariente lejano de papá —indicó por decir algo al respecto.

—Así es. Su consanguineidad es de tercer grado —aclaró lord Barric —. Esto me lleva al asunto más delicado a tratar… —inquirió mientras se frotaba las manos y Violette intuyó que parecía algo nervioso.

¿Qué tema delicado podría tener que tratar? Ella no tenía nada que ver con el nuevo duque de Savegner ahora que su padre había fallecido. A menos que de algún modo éste se hubiera convertido en su tutor.

—¿Trata de decirme que mi padre no me dejó herencia alguna y ahora soy una carga para el nuevo duque de Savergner? —exclamó Violette temiendo lo peor.

De ser así, tendría que mendigar la caridad de un hombre al que desconocía y que probablemente no tendría ningún interés en mantenerla ya que solo representaba un gasto.

—Si —afirmó plausiblemente—, y no —añadió después lord Barric dando un paso al frente provocando la conmoción de Violette—. Su padre le dejó una cuantiosa herencia mi lady, si hay algo de lo que puede estar tranquila es que se preocupó de asegurarse su bienestar muchos años antes de su muerte.

Tras decir aquello, Violette respiró hondo como si sintiera que le quitaban un gran peso de encima.

—¿Entonces que es lo que sucede? —inquirió ahora sin comprender la situación.

—Sucede que esa herencia en realidad la gestiona el nuevo duque de Savergner, así mismo se encargará de su propio bienestar de ahora en adelante, lady Violette —alegó lord Barric con voz forzada.

Violette frunció el ceño, ¿Porqué el nuevo duque de Savegner debía gestionar su herencia? La idea de que fuera su tutor cobró fuerza.

—¿Es el nuevo duque de Savegner mi tutor? —preguntó como si aquello fuese lo más obvio.

—En realidad mi lady, el nuevo duque de Savegner es su esposo. Creo que no le he mencionado que ahora usted es la nueva duquesa de Savegner.

No podía ser cierto. ¿Casada?, ¿Era la duquesa de Savegner? Violette no había contemplado jamás esa idea porque había tenido muy claro desde que era pequeña que ese título jamás sería para ella, es más, se había obligado a desligarse de aquel nombre porque sabía que algún día lo heredaría algún pariente del que ni conocería su nombre.

¿Cómo era posible que estuviera casada? De ser así, ¿No debería haber existido una boda en la que ella hubiera estado presente?

—No… —negó Violette—. Eso no es posible —alegó como si tuviera muy claro que era impensable el hecho de estar casada. Podría aceptar el término comprometida, pero ¿Casada?,

¡Eso era absurdo!

—Su matrimonio con el señor Robert Benedict tuvo lugar hace aproximadamente dos años —

concluyó lord Barric—. La celebración del mismo se realizó mediante poderes. Se acordó con su esposo que permanecería hasta los dieciocho años bajo la tutela de su padre a menos que este falleciera como ahora ha sido el caso. Es por tanto mi lady, que a partir de este momento está bajo

la manutención de su esposo.

¿Robert Benedict? Pensó Violette provocando que ese nombre resonara en su cabeza una y otra vez como si tuviera que memorizarlo para siempre.

Lord Barric había mencionado que su esposo se llamaba de esa forma y aunque Violette jamás había escuchado ese nombre un leve burbujeo en la cima de su estómago parecía arremolinarse provocándole un estado de nerviosismo e incredulidad al mismo tiempo. ¿De verdad un hombre se había casado con ella sin conocerla?, ¿Qué razón podría tener para quererla si el ducado le pertenecía por derecho propio?

«Su herencia» pensó repentinamente Violette. ¿Y si no era así?, ¿Y si ese tal Robert Benedict era un hombre de avanzada edad que buscaba una esposa joven como ella? El miedo paralizó su corazón.

—El señor Benedict… quiero decir… el duque de Savegner ¿Es muy mayor? —Se atrevió a preguntar.

—Apenas roza la treintena mi lady —contestó tranquilo lord Barric.

Violette se relajó, pero aún así la respuesta no la dejaba conforme, quería saber más sobre el hombre que se escondía tras ese nombre.

—¿Y entonces porque iba a querer desposarme sin conocerme? —exclamó Violette necesitando comprender las razones del porqué su esposo al cuál no ponía rostro la había elegido.

—Usted poseía una cuantiosa dote, mi lady —sonrió lord Barric complacido y eso a Violette no le gustó.

«La habían vendido al mejor postor» pensó mientras analizaba que aquello no dejaba de ser una mera transacción.

Su caballero de brillante armadura no vendría a salvarla porque se había enamorado, sino que sencillamente debía cumplir sus obligaciones hacia su esposa porque así la ley lo estipulaba.

Violette no se enfadó, sabía que de nada serviría hacerlo y menos aún si su padre acababa de fallecer y esa parecía haber sido la última voluntad hacia ella, aunque solo fuera por asegurarse el destino de su única heredera antes de morir. Lord Barric había mencionado que el nuevo duque era alguien joven y ella se permitió soñar que también podría ser lo suficiente apuesto para que le gustara e incluso podría surgir el cariño entre ambos generando una bonita amistad previa al amor.

¿Podría suceder?, ¿Era posible amar a alguien a quien aún no conocía y a la que su destino había sido vinculado? Aquel hombre solo la quería por su dinero, pero tener esperanza había formado parte de su vida desde que atravesó las puertas de aquel convento, había pasado cada día mirando a través de su ventana pensando que aquel día sería el último que viviría tras aquellos muros. Si.

Se permitió soñar, aunque en lo más profundo de su alma sabía que solo eran sus anhelos los que clamaban porque aquello se hiciera realidad.

—¿Y sabe cuando conoceré a mi… esposo? —preguntó Violette creyendo que tal vez lord Barric no solo estaba allí para informarla de la muerte de su padre, sino que también la llevaría junto al nuevo duque.

—Lo desconozco mi lady. Decidí visitarla a usted primero para darle mis condolencias y partiré inmediatamente hacia Londres donde informaré debidamente a lord Benedict de los acontecimientos. Imagino que él mismo vendrá a por usted en cuanto sea informado de

ello —

contestó lord Barric a la vez que se inclinaba como si se estuviera despidiendo una vez acometido su propósito.

—Le agradezco su aprecio de venir a informarme primero lord Barric, sé que habrá seguido al pie de la letra la última voluntad de mi padre. Quizá deba darle las condolencias también a usted

pues me consta que no solo ha perdido a su mentor, sino a un buen amigo.

Los ojos vidriosos de lord Barric emocionaron a Violette que conocía perfectamente la relación de amistad que éste mantenía con su difunto padre desde antes de nacer ella y tras la tragedia que asoló a su familia fue uno de los pocos que permanecieron al lado de ese hombre que se alejó de todo y de todos cuanto amaba.

—Le deseo toda la felicidad en su nueva vida, lady Violette. Auguro que él quedará prendado por sus bellos ojos —sonrió lord Barric y eso hizo que ella se sonrojara.

Ya se había acostumbrado a que el color de sus ojos fuera normal entre las hermanas de la caridad con las que convivía, el hecho de que se lo recordaran evocaba el recuerdo que pocas veces que había logrado verse reflejada en el agua, pero que con la llegada del verano le recordaba a las vibrantes flores de lavanda.

—Os lo agradezco —reiteró Violette—. Sé que es difícil acostumbrarse a ellos por su color extravagante.

En ocasiones durante su juventud, Violette llegó a pensar que parte de su encierro en el convento bien podría ser porque el duque de Savegner se avergonzaba de aquel color de ojos que su hija poseía. Era tan diferente y anormal al resto, que en ocasiones había deseado que sus ojos fueran de un simple verde o azul común. Aquel resentimiento había dado paso ahora a un gran aprecio, adoraba su color y no le importaba lo que pudieran opinar al respecto.

En parte reconocía que le debía a la hermana Clarisse ese aprecio. Ella

se había pasado elogiando aquel bello color en sus ojos día tras día durante tres años hasta que finalmente se había auto convencido que no eran una maldición, sino su don más preciado.

—Causarán una buena impresión en la sociedad londinense lady Violette Si me disculpa, tengo un largo camino por recorrer para llegar a Londres antes de que el último atisbo de luz me abandone.

Tras la marcha de lord Barric apresuradamente, Violette salió al jardín trasero que poseía el convento. Las hermanas solían cultivar allí sus verduras y había varios árboles frutales, pero su escondite favorito era la plantación de rosales, donde podía pasarse largas horas entre sus flores.

Aún no podía concebir como su destino incierto había cambiado en un solo instante. Había perdido al único pariente que le quedaba; su padre, y lamentaba que en sus recuerdos apenas pudiera dibujar el rostro de la última vez que lo vio con vida. Sin embargo, aquella pérdida había dado paso a un sentimiento mucho más profundo de absoluto desconcierto; su marido. ¿Cómo sería lord Benedict?, ¿Habría gentileza en su carácter?, ¿Tendría algo de bondad? Debía ser consciente de que había aceptado casarse con ella por su dote sin necesidad de conocerla previamente.

«Probablemente no sea nada apuesto» decretó Violette algo apesadumbrada.

No le importaba. En realidad, solo deseaba que por fin hubiera alguien en su vida que la cuidara y le hiciera sentir que formaba parte de una familia.

Capítulo 3

Aquella mañana no era muy diferente a otras para Robert Benedict. Casi podría decirse que había establecido cierta rutina en su vida cotidiana. Los lunes y jueves practicaba esgrima, un deporte que no había abandonado desde su niñez y que le ayudaba a mantenerse en forma. Pasaba la mayor parte de la mañana en su despacho realizando gestiones, aunque los viernes solía visitar a su mejor amigo Henry Silverston para tratar de diversos asuntos relacionados con las

empresas que éste llevaba y que Robert gestionaba para aliviar trabajo a su amigo. Las tardes las utilizaba para visitar a algún cliente, almorzar en el club y tratar asuntos de negocios fuera de su despacho. Los fines de semana en cambio, los dedicaba al ocio y al placer íntegramente, sobre todo desde que su relación con la viuda de Fornett se había vuelto más estable.

Adoraba a aquella mujer de curvas sinuosas, cabello oscuro y ojos marrones. No era una beldad, pero su habilidad para satisfacerle le complacía de sobremanera. La baronesa se había quedado viuda a temprana edad, apenas rozaba la treintena y aunque sabía perfectamente que no era el primer amante que tenía, no le importaba para su propósito.

Sin embargo, aquel jueves si iba a ser diferente, solo que Robert Benedict lo desconocía por completo hasta que regresó a su despacho de su habitual práctica de esgrima y se encontró a lord Barric esperando pacientemente en la entrada de su propia casa.

—Lord Benedict —saludó en cuanto éste le vio y se levantó apresuradamente para hacerle una reverencia.

Robert supo enseguida que significaba aquello; el duque de Savegner había muerto, de lo contrario no se habría dirigido hacia él como lord, sino como señor.

—Imagino porqué está aquí, lord Barric —contestó con semblante serio mientras alzaba la mano derecha para guiarle hacia su despacho donde tendrían la privacidad necesaria.

Hacía casi dos años que no veía ni tenía noticias de ese hombre. A pesar de saber que algún día iba a convertirse en el futuro duque de Savegner, no había mencionado la herencia al ducado absolutamente a nadie, ni tan siquiera a su propia hermana o a su madre. Únicamente lo sabía su mejor amigo el duque de Sylverston y éste le había aconsejado guardar silencio durante todo ese tiempo por el yugo que recaía sobre aquel título nobiliario, aunque jamás admitió ni tan siquiera a su amigo que había contraído nupcias con la joven lady Violette. Ver a lord Barric le había recordado ese hecho del que había evitado pensar los últimos dos años y del que simplemente había creído que podría apartar de su vida como si tal suceso no hubiera ocurrido. ¿Sería posible seguir posponiéndolo? Era plenamente consciente de que si el padre de la joven había fallecido, ahora era responsabilidad suya asegurar el bienestar de la dama como su marido.

—Como bien ha de suponer, he venido a notificarle la trágica noticia del fallecimiento de su pariente: el duque de Savegner, así como hacerle la entrega de los títulos nobiliarios y posesiones

ligados a dicho título que a partir de ahora posee, mi lord.

Robert no se inmutó, casi había esperado escuchar esa noticia y aunque le producía cierta impresión que se refirieran a él como lord a pesar de que había pasado media vida soñando con serlo, resultaba extraño que se hubiera hecho realidad de la noche a la mañana.

—Gracias. —Se aventuró a decir—. Supongo.

—Como también imaginará debo comunicarle el estado de su esposa, lady Violette —agregó lord Barric.

¿Estado?, ¿A qué se refería exactamente?

Robert no sabía si aquel hombre iba a revelarle la verdadera naturaleza de la que se había convertido en su esposa y la razón del porqué no dejaron que la viese con sus propios ojos antes de contraer nupcias.

—Por supuesto —mencionó sin querer entrever su leve incomodidad al respecto.

—La joven lady Violette se encuentra recluida en el convento de las hermanas de la caridad de Santa Teresa, está a tan solo seis horas de caballo desde aquí milord —aseguró lord Barric—. He informado a la joven de la situación, y que tras la muerte de su padre será su esposo quien se responsabilice de su situación.

Robert se cruzó de brazos mientras se imaginaba a una joven vestida de monja cuyo rostro permanecía desfigurado tras aquellos gruesos muros. La imagen le causó cierta repulsa.

—Imagino que en ese lugar está bien atendida, ¿no? —preguntó Robert con cierta reticencia a la idea de tener que ir a buscar a su esposa.

—Por supuesto lord Benedict. La joven ha pasado allí los últimos doce años y no ha conocido otro hogar que no fuera ese —contestó convencido.

—Bien… —dejó caer Robert pensando en que se tomaría el tiempo que estimase conveniente antes de ir a buscarla. Si había pasado los

últimos doce años en aquel lugar que era su hogar, ¿Por qué no pasar unos cuantos más?

No tenía ninguna emoción ante la idea de conocerla y menos aún si tenía presente que las historias que contaban debían ser ciertas. La verdad es que tampoco se atrevía a preguntar por ello a lord Barric, quizá por el temor de que le confirmara sus sospechas.

—A partir de este momento, la dote de la joven queda a su disposición lord Benedict, solo puedo felicitarle por su nuevo título y posesión —aseguró lord Barric mientras le hacía entrega de los documentos y posteriormente se despedía con la clara intención de marcharse.

En aquel momento Robert se sentó tras su mesa, esa que antaño había pertenecido a su padre.

Observó los documentos que lord Barric había dejado sobre su mesa y que sabía que debería poner en regla para agilizar los trámites, pero algo era innegable, esos dos años que había pasado sabiendo que en algún momento llegaría ese instante no habían servido de premisa para lo que ahora le acontecía, era el nuevo duque de Savegner y no tenía la más mínima idea de que debía hacer un duque, quizá debería comenzar preguntando a uno de ellos qué era lo que debía hacer al respecto.

Unas horas más tarde, Robert se presentó en casa de los duques de Sylverston, si había alguien a quien deseaba comentarle la noticia era precisamente a su mejor y fiel amigo; Henry Sylverston, que auguraba encontrarlo en casa junto a su mujer y tres hijos.

Henry se había casado hacía unos años con la joven y hermosa lady Emily, ésta era la novena hija de un conde y la más agraciada de todas sus hermanas, su belleza era tan inaudita que incluso en su día se sintió ligeramente atraído hacia ella, aunque no tanto como su amigo, que cayó

perdidamente enamorado ante la joven hasta el punto de perder la cabeza. Le alegraba que su amigo hubiera encontrado la felicidad en su matrimonio, aunque el hecho de verle felizmente casado y con tres hijos no le proporcionaba envidia alguna al respecto. A pesar de que su visita era inesperada, puesto que él no solía visitar la casa familiar ningún jueves, el personal de servicio le conocía lo suficiente para no hacerle esperar y acompañarle hasta el despacho de su amigo.

—¡Robert! Que grata sorpresa. No te esperaba hoy… ¿O es viernes? —preguntó Henry más sonriente de lo habitual.

—Estás en lo cierto. No es viernes, pero quería tratar un asunto que no podía esperar a mañana

—terció Robert mientras se acercaba hasta la mesa de su amigo y le estrechaba el hombro de forma amigable.

Su amistad se había estrechado con los años, hasta el punto de confiar lo suficiente en él para revelarle sus preocupaciones. Confiaba en Henry más que en ningún otro caballero de Londres.

—¿Tan urgente es?, ¿Ha sucedido algo? —exclamó Henry contrariado.

Normalmente hablaban de negocios entre otros menesteres, pero Robert sabía que, si iba hasta allí de forma apresurada solía ser por algún inconveniente en las empresas de los Sylverston que él gestionaba en su nombre.

—En realidad no —contestó rápidamente para evitar que Henry se preocupara—. Se trata de un asunto personal en esta ocasión.

Robert observó como su amigo torcía el gesto contrariado, tal vez porque él no era alguien que contara su vida abiertamente, de hecho había tratado de ocultar su relación con la viuda de Fornett a todos sus conocidos, aunque aún no tenía demasiado claro si lo había conseguido.

—Estoy intrigado —contestó Henry impaciente.

—Soy el nuevo duque de Savegner —irrumpió Robert sin más dilación y comprobó que el rostro de su amigo era impasible hasta que pareció razonar las palabras que había mencionado en voz alta.

—Por tu rostro no sé si debo felicitarte o darte el pésame, amigo mío… aunque imagino cuál debe ser tu preocupación —alegó Henry —. Sé que todos estos años no has querido tratar el tema de los viñedos a pesar de que lo he intentado en varias ocasiones, esas propiedades son un potencial de explotación cuyo valor es incalculable y si necesitas financiación para hacer que florezcan de nuevo…

—No la necesito —aseguró Robert irrumpiendo a su mejor amigo.

—Está bien, está bien. Supongo que quieres emprender por ti mismo

tu propio negocio ahora que tienes la experiencia para ello, pero endeudarte hasta las cejas no creo que sea conveniente en tu situación, Robert. No es un secreto que las finanzas del duque de Savegner debían estar en números rojos a juzgar por el estado de las fincas.

Robert no sabía hasta que punto debía confesar que ya poseía el dinero suficiente para comenzar a explotar de nuevo esos viñedos, lo cierto es que sabía que en cuanto la noticia saliera a la luz, el remordimiento por no querer ni ver a su esposa le retorcería la conciencia. Si nadie lo sabía, ¿Tal vez ese remordimiento sería menor? No estaba seguro de ello, pero pretendía que así fuera.

—¡Ya sé cuáles son tus intenciones! —exclamó Henry sonriente de forma repentina y le dio un golpe en el hombro a Robert que no sabía exactamente a que se refería su amigo—. ¡Pretendes cazar a una joven cuya dote os de la fortuna que necesitas a cambio de ser duquesa! —añadió con una sonrisa socarrona—. Como no se me habría ocurrido antes, debí imaginarlo… ¡Es brillante! Y

seguro que hasta has valorado algún nombre, por eso te negabas a hablar del tema durante todo este tiempo. ¿Acaso el compromiso es oficial?, ¿Conozco a la familia de la joven?

Robert sabía que su amigo no iba a parar hasta que finalmente confesara o peor aún, descubriera por sí mismo en los documentos de su título que ya estaba casado. Henry presidía la cámara de lores y tenía acceso a alguna información que nadie más poseía, ahí podría ver quien era su esposa.

—Ya estoy casado, Henry —soltó sin saber como esas palabras iban a impactar en su mejor amigo.

El silencio sepulcral se hizo presente en todo el despacho y Robert se aseguró de que su amigo no había sufrido ninguna conmoción debido a la noticia.

—¿Cómo que casado?, ¿Con quien?, ¿Cuándo? —exclamó sin dar crédito el duque de Sylverston.

—Csshh —siseó Robert como si creyera que alguien más iba a escucharle.

En el fondo lo que temía es que la esposa de Henry pudiera oírlos, ésta era la mejor amiga de su propia hermana, lady Julia y si algo sabía Robert es que Julia no le perdonaría haberle ocultado que se había

casado privándole de dicha ceremonia.

—Necesito saberlo todo ahora mismo —aclaró Henry provocando que Robert le relatara los hechos tal y como habían sucedido dos años atrás.

Aunque confesó que no conocía a la joven, no se entretuvo en relatar sus miedos ante la idea de que las historias eran ciertas, probablemente no hacía falta a juzgar por el rostro impasible de su amigo.

—La dote de lady Violette me permitirá reabrir los viñedos y reemprender la actividad para volver a producir aquel brandy excepcional —finalizó Robert.

—Creo que esa parte me ha quedado muy clara amigo mío, pero que va a suceder con la joven, o mejor dicho ¿Tu esposa? —aclaró Henry y para asombro de Robert no sonreía irónicamente.

—Si ha permanecido doce años en un convento, no creo que sea un problema para ella permanecer otros cuantos años más —alegó sin saber a ciencia cierta qué debía hacer o donde debía ubicar a su joven esposa.

—No puedo creer que dejes a esa joven a su suerte encerrada entre esos muros. ¡Eso no es propio de ti, Robert! No me digas que la viuda de Fornett tiene algo que ver con eso.

A pesar de que no hablaba abiertamente de su relación con Henriette, su amigo sabía perfectamente la aventura que tenía con esa mujer.

—¡No digas sandeces! —replicó—. Podría tener una esposa y una amante como buenamente lo tienen la mitad de los hombres de Londres. Conoces perfectamente los rumores sobre la única hija del viejo duque de Savegner y también que si no me dejaron verla antes de contraer matrimonio con ella, debe ser porque son más que ciertos. ¿Esperas que la traiga hasta aquí para ver como toda la sociedad inglesa se jacta de mi? Menuda forma de comenzar siendo duque… —afirmó Robert algo presionado ante la situación y al mismo tiempo tratando de convencerse de que aquella decisión era la mejor.

—No soy quien para decirte que es lo que debes o no hacer con tu esposa Robert, pero tus actos hoy traerán consecuencias mañana. Recuérdalo cuando estés en la cama junto a la baronesa viuda la próxima vez, sabiendo que tu esposa te está esperando encerrada tras esos muros para que le des el lugar que le corresponde. —Las palabras

de Henry fueron tan contundentes que Robert pasó el resto de la tarde pensando si verdaderamente estaba obrando bien y para desahogar su conciencia, hizo algo que jamás había hecho hasta la fecha: llamó a la puerta de la

residencia de su amante a pesar de que no era fin de semana y que se había jurado a sí mismo que jamás visitaría aquella casa.

Robert había tratado de encauzar su habitual rutina todo lo posible en su nuevo estado de duque de Savegner. Aunque las posteriores semanas a la entrada en vigor de su reciente título las había pasado valorando el deterioro real en el que se encontraban sus posesiones y evaluando el coste que tendría ponerlo todo en marcha para su funcionamiento.

Sentía cierta inquietud y entusiasmo por esa nueva faceta en su vida. Por primera vez en mucho tiempo se sentía alguien de relevada importancia y no el señor Benedict al que todos acuden cuando tienen problemas. Si. Había pasado los últimos años de su vida solucionando los inconvenientes de los demás y a partir de ahora sería otro el que solucionaría los suyos porque él formaba parte de la élite de la nobleza. Ahora era un hombre rico y sobre todo… no le hacía falta comprar ningún título porque ya lo tenía.

Aquel lunes acudió a su práctica de esgrima más temprano de lo habitual. Llevaba fuera de la ciudad varios días y notaba sus músculos entumecidos por la falta de actividad a pesar de haber pasado todo el fin de semana en la cama de Henriette. Esa mujer de curvas extremas podía llegar a ser lo suficiente vigorosa para darse por satisfecho y no cambiar de amante en mucho tiempo.

Ahora que lo pensaba llevaba más de siete meses desde que se habían conocido y en los últimos días ella estaba mucho más entregada que nunca, probablemente el hecho de hacerse público que era el nuevo duque de Savegner tenía algo que ver en el asunto, aunque eso a él no le importaba.

Los gritos provenientes en el salón hicieron que varios miembros que practicaban esgrima dejaran sus espadas y se preguntaran a qué venía aquel escándalo, entre ellos Robert, que no podía dar crédito a lo que escuchaba.

¿Una mujer irrumpiendo en un lugar solo para hombres?

—¡He dicho que no me iré de aquí sin verle! —insistió y Robert palideció.

No podía ser… esa voz… ¿Qué demonios hacía su hermana Julia allí?

Se apresuró a caminar rápido hacia la puerta donde se encontró con un hombre que trataba de impedir que su hermana accediera a uno de los salones principales donde se practicaba aquel deporte.

—¿Se puede saber que haces aquí, Julia?, ¡La entrada a mujeres está prohibida en todo el edificio! —gritó Robert tratando de reprenderla y no entendiendo como había conseguido llegar tan lejos.

Julia era su única hermana y unos cuantos años menor que él puestos a decir. A pesar de que se había casado y ya era madre de un hermoso niño, la facultad de entrometerse en las vidas ajenas era una cualidad que no había cambiado en su adorada —o no tan adorada en ocasiones—

hermana pequeña.

—¿Y crees que no lo sé? —exclamó esta—, pero no podía esperar ni un solo segundo más, necesito que me mires a los ojos y me digas que no es verdad.

¿Qué no es verdad?, ¿Qué se suponía que no era verdad? Robert miró insólitamente a su hermana sin saber de qué podía estar hablando. ¿Podría referirse a su amante?

—No se a qué te refieres —concluyó Robert quitándose por completo el casco y haciendo un gesto hacia el hombre que aseguraba la entrada en el edificio para indicarle que él mismo se encargaría de la situación.

—¿Qué no lo sabes? Pues te lo diré bien claro. ¿Es verdad que te has casado hace dos años y no has tenido la decencia de decírselo a tu propia hermana? —exclamó en voz alta y Robert se maldijo rezando porque nadie más le hubiese escuchado.

¿Cómo podía saberlo?, ¿De donde había sacado esa información?

—¿Quién te lo ha dicho? —Fue su única respuesta.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Julia—. ¿Hasta cuando pensabas

ocultarlo? Y encima tienes a esa pobre criatura encerrada en un convento… ¡Eres un cretino! —chilló malhumorada y se dio media vuelta para marcharse de allí.

Robert tardó en reaccionar, pero cuando comprobó que su hermana se marchaba la detuvo agarrándola del brazo e impidiendo que diera un paso más.

—¡Julia!, ¿Quién te lo ha dicho? —exigió Robert, aunque presentía que sabía la respuesta. Sin duda su amigo Henry se lo habría mencionado a su esposa y ésta no habría podido evitar contárselo a su mejor amiga que para su fatídica desgracia era su hermana Julia.

—¿Cuál es tu temor?, ¿Qué descubra que prefieres a tu amante en lugar de ella? Tarde o temprano se sabrá, Robert. Pensaba que tenías más honor, pero está claro que me equivocaba.

¿Vas a ir a por ella? —preguntó Julia esperando que aquellas palabras hubieran hecho mella en su hermano.

Robert acalló sus pensamientos un segundo. Quería rectificar la postura de su hermana, decir que no era esa la razón por la que aún no había ido al encuentro a por esa joven con la que había contraído nupcias, pero no supo como enfrentarlo, no quería que todo Londres se jactara de su infortunio cuando por fin había conseguido labrarse un nombre respetable, así que dejó que creyera que sus sospechas eran ciertas.

—No. No iré —negó en rotundo y observó como su hermana le miraba con cierta desolación mientras abandonaba el edificio dejándole sumido en un revoloteo de pensamientos.

Era más fácil elegir el camino de la cobardía que asumir sus responsabilidades. Ni tan siquiera había valorado la opción de ponerse en la piel de aquella muchacha e interesarse por sus deseos.

Tal vez con un poco de suerte, se hacía monja y renunciaba a sus votos matrimoniales, pensó Robert mientras retomaba su actividad tratando de alejar de sus pensamientos lo que acababa de suceder.

Capítulo 4

Nueve semanas. Ese era el tiempo que Violette había contado marcando los días en la pared de su habitación desde que lord Barric la había informado que su padre había fallecido y que ahora le correspondía a su esposo hacerse cargo de ella. Más de dos meses en los que había esperado cada día la llegada de ese hombre que la reclamaría.

Sesenta y tres días marcados por la ausencia de noticias, ya que ni siquiera había escrito una carta o enviado un mensaje de cuando debería tener su equipaje preparado para abandonar el único hogar que conocía y trasladarse a vivir junto a su esposo donde le correspondía.

Violette había temido en un principio el momento en el que su marido viniera a por ella. ¿Qué sucedería si no era de su agrado?,¿Qué pasaría si no era lo que se esperaba de ella? Tenía tantos temores sobre sí misma que apenas se había planteado sus propias pretensiones hacia su esposo como en primera instancia, pero conforme fueron pasando los días convirtiéndose en semanas, comenzó a preguntarse si en algún momento vendría.

Pasó la página de le breve novela en francés que le había indicado su profesora como lectura liviana para sus clases, cuando comprobó que la verja se abría y un lujoso carruaje de color negro entraba por aquel camino de grava poco transitado.

¿Quién podría venir a visitar el convento? Normalmente las hermanas recibían pocas visitas y ella aún menos. ¿Podría ser él?, ¿Sería posible que se tratara de la persona que llevaba esperando todas esas semanas? Desde aquella ventana en uno de los laterales del convento no podía atisbar quien descendía de aquel carruaje.

—¡Infiernos! —maldijo por primera vez.

Quería verlo con sus propios ojos antes de tener que enfrentarse a la idea de conocerlo si es que se trataba de su esposo.

La tensión se apoderó de Violette que se frotó las manos tratando de poner todos sus sentidos en alerta y aunque sentía cierta punzada de nerviosismo quiso calmar su conciencia convenciéndose de que quizá solo se tratara de alguna dama de alta alcurnia que quería hacer una donación a las hermanas. Supo que no era así en cuanto los golpes irrumpieron el absoluto silencio de su estancia.

—¿Lady Violette? —La voz de la hermana Clarisse era dulce, pero en esos momentos Violette no estaba preparada para lo que tenía que

decirle. Como era habitual, Clarisse abrió la puerta en lugar de esperar una respuesta por su parte—. La hermana superiora me envía para ayudarla a recoger sus cosas —sonrió esta con cierta melancolía—. Al parecer ha llegado el momento en que deba abandonarnos mi hermosa muchachita —aclaró con cierto brillo en los ojos y se acercó hasta Violette para abrazarla.

Violette se dejó abrazar, aunque en el fondo sintiera un revoltijo de sensaciones que no sabía como interpretar. Había venido. Finalmente su esposo había ido a por ella y estaba allí.

—¿Esta… aquí? —pronunció finalmente con temblor en sus palabras.

—Imagino que estará si la madre superiora me mando llamar para ayudarte —contestó

Clarisse mientras abría el baúl donde Violette guardaba sus pertenencias y comenzaba a llenarlo con las prendas que había en sus cajones—. Imagino que tendrás todo un guardarropa nuevo propio de una dama de tu alcurnia, pero quizá te sirva alguna de estas prendas mientras tanto.

Violette notó la aprensión en las palabras de la hermana Clarisse y esta vez se acercó a ella para abrazarla de verdad. No sabía cuando volvería a verla y la quería tanto… ella había sido como esa madre que perdió a una edad muy temprana porque siempre estuvo a su lado.

—Pienso volver en cada cumpleaños y espero que una tarta de limón esté esperándome —

sonrió Violette no creyendo que fuese a ser verdad que abandonara aquellos muros.

Había soñado tantas veces con ese momento que ahora era difícil de creer que estuviera sucediendo. Apenas tenía recuerdos anteriores a sus seis años, en ocasiones soñaba estar sentada en un carruaje mientras contemplaba un paisaje precioso lleno de grandes pastos y enormes árboles a su paso, no sabía si era un recuerdo o alguna invención de sus más profundos anhelos.

—Cada treinta de junio te estará esperando, mi muchachita de ojos lavanda —apremió la hermana Clarisse mientras palmeaba su hombro donde Violette tenía colocado su rostro.

El despacho de la madre superiora estaba en el primer piso del

convento, justo enfrente de la gran escalinata que conducía a la entrada. Violette había estado pocas veces en aquel enorme despacho, pero las pocas ocasiones en las que lo había visitado recordaba palpar cierta tensión en el ambiente. Aquel lugar lleno de enormes cuadros de vírgenes, imágenes ancestrales y figuras religiosas le generaba cierta impresión, por no decir que la madre superiora era lo suficiente estricta para impartir temblor.

—No se si estoy preparada para conocerle hermana Clarisse. —Se atrevió a decir Violette cuando apenas quedaban diez pasos para llegar a la puerta.

—Si es tu esposo muchachita, nacisteis preparada para este momento. Esa es la obra que Dios os ha impuesto y no tenéis porque temerlo puesto que es vuestro destino —sonrió la hermana Clarisse.

¿Su destino?, ¿Esa era la finalidad para la que había nacido? Aunque nunca se había preguntado cuál debía ser su destino, siempre se había dicho a sí misma que algún día deseaba ser una buena madre y esposa… solo que en cada uno de esos momentos en los que había pensado en ello se imaginó a sí misma decidiendo por voluntad propia.

Sus miedos afloraron con mayor inquietud que nunca y antes de poder contestar a la hermana Clarisse, ésta abrió la puerta del despacho de la madre superiora y un destillo rojizo captó su atención en el interior de aquella estancia.

Cuando los ojos de Violette se acostumbraron a la luz del despacho, pudo apreciar la inexistencia de algún caballero presente en la sala. Sin embargo, en su lugar había una hermosa mujer cuyo cabello castaño caía en unos bucles perfectamente alineados sobre su rostro. Era hermosa, la mujer más hermosa que había conocido en su corta vida. ¿Quién era ella? Sus lujosas ropas le indicaban que debía pertenecer a una familia adinerada, pues lucía un vestido tan bonito que sintió deseos de tocarlo para asegurarse de que era real y no estaba teniendo un sueño ante tanta belleza.

—¿Es ella? —preguntó aquella mujer cuyos ojos de color bronce la devoraban con curiosidad.

Violette la observó detenidamente y comprobó que esta sonreía al hacerlo, eso hizo que la tensión que había acumulado hasta el momento se evaporase. No tenía la más mínima idea de quien era aquella mujer, pero supo por alguna extraña razón que podía confiar

en ella.

—Así es mi lady, le presento a lady Violette Andersen, duquesa de Savegner —aclaró la madre superiora y la mujer de ojos bronce se acercó hacia ella.

—Eres tan hermosa… ¡Y qué ojos tan sublimes! —exclamó aquella mujer sorprendiendo a Violette—. ¡Estoy segura de que nos vamos a llevar muy bien! —añadió sonriente mientras le cogía una mano y Violette no entendía nada de lo que estaba pasando.

—Perdone mi atrevimiento, pero… ¿Quién sois? —preguntó Violette con cierta aprensión al ser la única que no estaba al día de aquella situación.

—¡Oh por supuesto!, ¡Por supuesto! Imaginé que os habrían informado de ello antes de venir,

¡Que ilusa! —comenzó a parlotear—. Querida… soy vuestra hermana, lady Julia —contestó haciendo una leve inclinación al presentarse.

¿Hermana?, ¿Tenía una hermana?

—¿Sois mi hermana? —exclamó Violette ahora más confundida que antes—. Lo lamento, pero yo solo tenía tres hermanos y desgraciadamente murieron hace muchos años.

—Soy la hermana de vuestro esposo, lady Violette y por tanto ahora sois mi hermana también.

—Aclaró lady Julia dejando a Violette completamente aturdida.

Capítulo 5

Aquellas palabras hacían hincapié en los pensamientos de Violette

siendo consciente de lo que significaba aquel hecho para ella. En el convento todas se llamaban hermanas y se trataban como familia, pero no significaba lo mismo que lo que aquella mujer hermosa acababa de pronunciar en sus finos labios. Era su pariente. Era su familia.

Durante tantos años había soñado con pertenecer a una, que casi había borrado la súplica de sus ruegos en cada oración. Su familia le había sido arrebatada y su padre que era el único pariente que aún le quedaba, la apartó de su lado cuando apenas tenía recuerdos. Saber que ahora pertenecía a una verdadera familia la llenaba de plenitud y alegría.

Aquella dama era muy hermosa y por sus pensamientos se cruzó durante un segundo la incertidumbre entorno a su esposo. ¿Se parecería a ella?, ¿Tendría aquel cabello color bronce y unos ojos de la misma tonalidad? No quiso atreverse a detenerse en aquel pensamiento por si sufría una decepción, aunque era imposible no recurrir al parentesco para creer que podría haber cierta similitud en los hermanos. Violette sonrió al ver que lady Julia parecía algo seria mientras estudiaba su rostro de incredulidad y eso pareció tranquilizar a la dama.

—Lo lamento lady Julia, desconocía que mi esposo tuviera hermanos y menos aún una hermana tan hermosa. Es un placer ser vuestra nueva hermana mi lady —contestó inclinándose de nuevo como si acabaran de presentarse. Cuando alzó la mirada vio como aquella mata de cabellos bronces se abalanzó contra ella en un abrazo completamente fuera de lugar según los estrictos protocolos.

¿Cuánto tiempo hacía que no sentía esa calidez de alguien? Tanto que casi lo había olvidado, así que cerró los ojos y respondió a aquel inusual gesto de cariño.

—¡Tenía tantas ganas de conocerte! —pronunció eufórica—. Reconozco que tengo grandes amigas, pero ansiaba tanto tener una hermana… ¡Auguro que seremos grandes amigas! —añadió sonriente mientras la miraba fijamente—. Voy a tener que acostumbrarme a este inusual color de ojos tan llamativo, creo que vas a causar una buena impresión en Londres, querida —concluyó mientras enlazaba su brazo al suyo sin separarse de su lado.

—¿Iremos a Londres? —preguntó Violette hipnotizada por la parlotearía de su nueva y hermosa hermana.

—Aún no —confesó Julia—. Londres puede llegar a ser abrumador para una joven tan dulce, así que me aseguraré de prepararte para ello. No debes temer querida, tengo todo pensado para hacer de ti la dama más refinada, culta y mejor vestida de la ciudad —sonrió Julia mientras Violette alzaba una ceja en señal de confusión.

¿Refinada, culta y mejor vestida?, ¿Ella? Dudaba que pudiera competir con lo que veían sus ojos, para ella era imposible que una dama fuese más hermosa, refinada o mejor vestida que lady Julia y menos aún ella misma, pero quizá podría refinar sus gustos y aprender de su hermana a ser una verdadera dama.

Tras cargar su baúl en el carruaje, Violette se despidió de todas y cada una de las hermanas del

convento prometiendo volver en cada cumpleaños como le había mencionado a la hermana Clarissa. Esperaba poder cumplir aquella promesa, puesto que lady Julia no la había interrumpido cuando lo dijo y nadie mejor que ella conocería a su esposo. Para su asombro lady Julia no habló de su hermano en todo el trayecto, se limitó a hablar de su esposo Richard, el duque de Sheraton y su pequeño retoño al que había llamado como su padre. Saber que era tía fue un sentimiento indescriptible para Violette. Después comenzó a hablar de sus amigas; Emily, Catherine y Susan; por sus descripciones interpretó que parecían inseparables y descubrió que todas ellas eran duquesas. Conforme hablaba, Violette sentía que las conocía mientras relataba la historia de amor que había vivido cada una de ellas, sintió que de alguna forma podría llegar a formar parte de ese pequeño y selecto club al que pertenecían, aunque tal vez fueran sus ganas de sentirse al fin parte de algo y perteneciente a alguien. Había pasado gran parte de su vida creyendo que fue desterrada del mundo como si ese fuera su castigo, no entendía cuál había sido su pecado para pasar doce años encerrada sin salir ni un solo día de aquellos muros y finalmente había llegado a la conclusión de que nadie la quería. Solo era un estorbo del que deshacerse de la forma más fácil y menos llamativa. Sentía tanto anhelo por querer ser parte de algo, por sentirse querida y arropada que temía que aquella nueva sensación se dispersara como la bruma o tan solo fuera un sueño del que despertaría en cualquier momento.

—Te estoy aburriendo, ¿Verdad? —exclamó lady Julia mientras ambas estaban sentadas una frente a otra en aquel lujoso carruaje.

—¡No! —gritó con cierto énfasis Violette y temió haber sonado muy poco natural—. Al contrario lady Julia, encuentro tan interesante todo lo que me contáis… —agregó de forma ensoñadora—. Después de

pasar doce años sin salir al mundo, todo es nuevo para mi y lo encuentro fascinante —dijo sincera—. He recibido clases de protocolo, danza, costura y pintura.

Domino varios idiomas y he estudiado historia, pero jamás he podido ver con mis propios ojos ese mundo que describís.

—Voy a matar a mi hermano… —masculló Julia y Violette abrió los ojos creyendo que había escuchado mal aquello o interpretado por error sus palabras.

—¿Cómo decís? —preguntó para asegurarse.

No tenía por asesina a aquella dama, pero su rostro parecía tan serio que casi estaba dispuesta a jurar que lo que había escuchado era cierto.

—¡Nada, nada! —exclamó dibujando una sonrisa en sus labios—, pero no soy lady Julia para ti, sino simplemente Julia o si lo preferís; hermana.

—Muy bien, hermana —contestó Violette—. ¿Hacia donde dijisteis que nos dirigíamos? —

preguntó de nuevo esperando que así le hablara al fin de su hermano ya que no se atrevía a preguntar directamente y menos aún después de lo que creía haber escuchado.

¿Tal vez no se llevaban bien? Le extrañaba si ese era el caso que hubiera sido ella quien se encargase de su traslado, de un modo u otro, su esposo debía habérselo ordenado.

—A la casa de campo de la familia Benedict. Tras morir padre, la casa pasó a ser propiedad de mi hermano, pero solo la visitamos en verano, ahora que ha comenzado de nuevo la temporada todo el mundo regresa a la ciudad donde comienzan los bailes, las cenas de galas, las presentaciones en sociedad y los conciertos de música clásica.

¿Conciertos de música clásica? Violette se imaginó una orquesta en directo y una lejana melodía timbraba en sus oídos. Siempre era la misma, la única que aún podía recordar antes de su entrada en el convento pues allí el único sonido que había podido escuchar era el del órgano en la iglesia tocado por la hermana Harried, pero jamás había escuchado una sinfonía y se moría de

ganas por hacerlo.

—¿Y podré ir a todo eso? —preguntó impaciente.

—Por supuesto querida —aseguró Julia—. Cuando seas presentada debidamente en Londres como la duquesa de Savegner, recibirás cientos de invitaciones a todos los actos que tendrán lugar en la ciudad. Todo el mundo deseará que acudas a sus eventos mi querida hermana.

¿Todo el mundo desearía que estuviera en sus fiestas?, ¿Por qué? Si no la conocían…

—¿Por qué iban a invitarme si no me conocen? —preguntó Violette confusa.

Todo era nuevo para ella y no entendía exactamente como funcionaban esas reglas de la sociedad inglesa.

—Precisamente por eso querida, desearán conocerte y ser los primeros en decir que la duquesa de Savegner acudió a su fiesta. Si hay algo que en Londres se valora por encima de cualquier cosa es la influencia social. Vuestro título de duquesa os abrirá todas las puertas que deseáis Violette y yo solamente estoy aquí para hacer que la primera impresión que causéis les deje a todos boquiabiertos.

Violette se sentía como un pececillo nadando fuera del agua y estaba sumamente agradecida de que Julia, a pesar de ser una dama casada y con un hijo pequeño, dedicara su propio tiempo a ella cuando no tenía porqué hacerlo. Se preguntó si había sido su esposo quien la había convencido para ello. ¿Tal vez su esposo tenía dudas respecto a ella en su presentación en sociedad?, ¿Quizá sentía que podría avergonzarla y por eso había enviado a su hermana en su lugar? Aquella pregunta no dejaba de inquietar sus pensamientos.

—¿Por qué lo hacéis? —preguntó finalmente Violette ansiando conocer la respuesta.

—Sois mi hermana —contestó rápidamente Julia—. Y espero que también seáis una gran amiga Violette —añadió mientras le cogía una mano en señal de complicidad—. Sé lo cruel que puede llegar a ser la sociedad con una joven tan inocente y hermosa como vos, por eso me he tomado la libertad de acogeros como mi pupila.

La casa de campo de los Benedict era una modesta casa señorial. A Violette le parecía muy bonita a pesar de que Julia insistiera en que no era de las más grandes o lujosas de la zona, pero era bastante reconfortante para la familia a pesar de que le advirtiera que ya no la

visitaba tan a menudo al poseer la suya propia.

—Es preciosa —mencionó Violette conforme se bajaba del carruaje sin poder apartar la vista de aquellos muros de color blanco a pesar de que habían perdido gran parte de esa blancura por los años.

Los pórticos de entrada eran impresionantes y aunque no tenía un tamaño muy grande según Julia, para ella era gigantesca. Suponía que no tenía un termino de comparación ya que habían visto pocas casas de ese tipo durante el trayecto hasta su destino, pero sin duda era pintoresca y la arboleda que rodeaba la casa estaba bien cuidada e invitaba a dar grandes paseos por ella.

—Aquí estarás tranquila. Mi madre odia el campo, por lo que no suele visitar esta finca a menos que sea estrictamente necesario y mi hermano… bueno, digamos que él es un hombre de negocios muy ocupado. —Se limitó a decir Julia dejando claro que esa era la única referencia que pensaba hacer hacia el esposo de Violette.

—¿Estaré sola en esta casa? —preguntó contrariada. Le había quedado claro que su esposo no se encontraba allí tras las palabras de Julia. Al parecer era un hombre dado a los negocios y lo suficientemente ocupado para no interesarse por su esposa o quizá no por el momento hasta asegurarse que estaba preparada para el título de duquesa. Saber que no iba a conocerle de inmediato relajó parcialmente su nerviosismo, quizá en el fondo ella misma sentía que no estaba

del todo preparada para conocerle.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Julia llevándose una mano al pecho—. La señora Hooper y su marido llevan años viviendo aquí, ellos están al servicio de la casa y harán que tu estancia sea confortable. Su hija será tu doncella personal y obviamente yo vendré cada semana a visitarte para ver que tal van tus lecciones ya que los compromisos en la ciudad requieren mi presencia o de lo contrario me habría instalado aquí con el pequeño Richard —sonrió complaciente.

A pesar de la sonrisa en el rostro de Julia, Violette no podía evitar el deseo de expresar que no deseaba que ella se marchara y la dejara con desconocidos. Tal vez fuera un sentimiento provocado porque todo era nuevo para ella y al que solo necesitaba acostumbrarse, pero temió expresar sus deseos ya que no quería parecer una niña asustada frente a ella. Quisiera o no reconocerlo, aquella era su nueva realidad y debía aceptarla.

—¡Señorita Julia!, ¡Quiero decir, lady Julia! —exclamó una mujer

mayor que Violette interpretó que sería la señora Hooper mientras trataba de limpiarse las manos en su mandil de color blanco—. No esperábamos su visita, de haber sido informados habríamos tenido todo preparado para su llegada —agregó y entonces observó a Violette mostrando un claro asombro en su rostro.

—No tuve tiempo de hacerlo señora Hooper y estoy segura de que tendrá las estancias impecables como siempre —sonrió Julia—. Le presento a la duquesa de Savegner y a partir de ahora su señora, puesto que es la esposa de mi hermano Robert —atajó Julia dejando a una señora Hooper aún más sorprendida que antes.

La familia Hooper era encantadora, desde la señora que rozaba la cuarentena y su marido de lo más servicial, hasta su preciosa hija rolliza de cabellos rubios llamada Rebecca. Violette se sintió realmente cohibida cuando la joven de apenas dieciséis años se quedó observándola fijamente hasta que su madre la reprendió por ello.

—Lo siento mi lady —pronunció Rebecca cabizbaja y algo arrepentida —. Es que jamás había visto un color de ojos similar al suyo.

Pese a que en alguna ocasión le habían mencionado que era un color particular y poco común, de algún modo Violette creyó que existirían muchas personas cuyos ojos eran de su mismo color aunque fuera en menor intensidad. Detestaba la idea de ser diferente y sentirse fuera de lugar por serlo, eso la hacía frágil y vulnerable.

—Supongo que yo tampoco. —Se limitó a contestar Violette con una vaga sonrisa.

Tal vez no podía culpar a la joven si se había educado toda su vida en aquella casa de campo familiar. Quizá ambas tuvieran más cosas en común de lo que en un principio podía imaginar.

—Les prepararé el té mientras Rebecca instala las pertenencias de la duquesa en su habitación

—terció la señora Hooper mientras conducía a ambas damas hacia el salón principal.

Violette no podía apartar la vista de aquellos grandes cuadros con bodegones, paredes floreadas, muebles de madera cuya talla era impecable, tapices estampados y mantelería bordada a mano. Además había espejos y podía verse reflejada en ellos en multitud de ocasiones, algo a lo que no estaba acostumbrada y le resultaba muy extraño. En todos sus años hasta que su memoria podía alcanzar no

había conocido nada de eso, en el convento todo era sobrio y tosco, la elegancia no tenía cavidad. Las hermanas no permitían el uso de colores llamativos o pertenencias que no fueran de absoluta necesidad ya que la vanidad era considerada como un pecado, por eso Violette no había visto su reflejo en un espejo desde hacía doce años.

—¿Me has escuchado Violette? —La voz de Julia sacó a Violette de su ensoñación.

—Lo siento… estaba distraída —reconoció—. Es todo tan bonito —confirmó observando un

bodegón donde la fruta en el cuadro parecía tan real que a Violette se le hacía la boca agua solo con observar aquellas uvas.

—Si te gusta esta casa, te encantará la mansión familiar en Londres. Mamá tiene muy buen gusto a la hora de decorar y los tapices son magníficos —reconoció Julia.

—¿Vuestra madre me aceptará? —preguntó con cierto resquemor.

No sabía si la madre de Julia sería tan encantadora como ella o si se vería apartada al convertirse Violette en la nueva señora de la casa. Desconocía como la madre de su esposo se habría tomado la noticia de tener una nuera y lo que eso significaba para su estatus social.

—¡Ella te adorará! —exclamó Julia despreocupada—. Lleva años tratando de hacer de casamentera con mi hermano y ya le había dado por un caso imposible. Pondrá el grito en el cielo cuando se entere de que no tendrá una grandiosa boda que celebrar, pero se le pasará al saber que sus temores porque el apellido Benedict muera con mi hermano han llegado a su fin.

¿Hablaba Julia de herederos? Aquel pensamiento avasalló a Violette e hizo que sus mejillas se sonrojaran. Estaba hablando de tener hijos cuando aún no había conocido siquiera al que era su marido.

—¿Entonces ella no sabe que vuestro hermano se ha desposado? —preguntó Violette dándose cuenta de este hecho.

¿Es que su esposo no se lo había mencionado ni a su propia madre?, ¿Tanto le podía avergonzar aquel matrimonio?, ¿Acaso la repudiaba?, ¿Quizá había obviado mención alguna de ella porque no le interesaba? La imaginación de Violette comenzó a volar apresuradamente. Julia había ido a por ella para prepararla, ¿Qué imagen tendría su esposo si ni siquiera la había conocido?, ¿Qué le habría podido decir lord Barric

sobre ella para que actuara de ese modo?

Ciertamente era incapaz de no pensar que algo estaba mal en ella y por eso su esposo no mostraba interés alguno en ella.

Tal vez se estaba precipitando y no quiso juzgar inadecuadamente, ella misma era consciente que había pasado los últimos doce años encerrada y que nada conocía sobre la sociedad en la que debería rodearse en su actual posición. Había recibido clases de protocolo y se suponía que le habían enseñado todo lo que una dama debe saber. Había leído sobre filosofía, historia, ciencia y botánica. Hablaba y escribía inglés, francés e italiano. Su arte en la costura no era extremadamente bueno, pero no se le daba mal la pintura, aunque no se comparaba a aquellos bodegones que decoraban las paredes de aquella casa, lo suyo eran pequeños dibujos de acuarela.

No había aprendido a tocar ningún instrumento porque solo tenían el órgano en el convento, pero le habría gustado enormemente aprender a tocar el piano, solo que la música salvo en la misa de los domingos, estaba terminantemente prohibida para las hermanas.

Había creído que eso sería suficiente, pero observando a Julia se daba cuenta de que su apariencia distaba mucho de asemejarse a ella. No sabía nada sobre peinados, ni estilos, ni vestidos, ni joyas, ni moda.

—No —negó Julia—. Imagino que Robert no creyó oportuno informar hasta que finalizara tu permanencia en el convento, aunque pronto lo sabrán todos —confirmó mientras rodaba los ojos y Violette percibía que estaba algo incomoda, solo que no le dio importancia.

Quizá el hecho de mencionar que se había desposado con una joven que permanecía enclaustrada en un convento no era factible para un caballero de su edad y posición. Tal vez creyó conveniente no revelar su matrimonio hasta que ella cumpliera la mayoría de edad como le había indicado el lord Barric. Aquello encajaba más con la situación, aunque seguía sin comprender porqué había esperado ocho semanas desde el fallecimiento de su padre para enviar a su hermana

¿Sería posible que el ducado le tuviera tan ocupado para no poder encargarse él mismo de ella?

Realmente lo desconocía.

—Está bien —contestó Violette tranquila. Al menos Julia le daba algunas respuestas y eso era todo lo que necesitaba por el momento.

—Te comentaba que enviaré a una costurera para que tome medidas de tu silueta, debemos preparar un guardarropa de colores vibrantes que destaquen con tus ojos, aunque eso será fácil —

terció Julia ahora mucho más risueña.

¿Un guardarropa nuevo?, ¿Colores vibrantes? Eso era como escuchar poesía en los oídos de Violette.

—¿Serán como éste? —preguntó señalando el vestido que llevaba Julia.

—¡Oh querida!, ¡Serán infinitamente más hermosos que éste! — exclamó mientras reía y contagiaba a Violette con su risa.

Cuando Julia se marchó al día siguiente, le dejó un listado sobre todo lo que debía hacer hasta que ella volviera. Entre aquella lista se encontraban varios libros cuyos títulos ella jamás había escuchado, según Julia se trataba de novelas románticas y aunque ella jamás había leído algo similar, ni entendía porqué era necesario, pensó que al menos resultaría entretenido probar un género nuevo hasta ahora desconocido. También le dejó una extensa lista de nombres que debía memorizar y aprenderse, en ellos entraban todos los títulos nobiliarios de la sociedad londinense; las casas más ricas y las familias más antiguas y mejor posicionadas de la ciudad. Esa era la gente que iba a conocer y con la que se tendría que rodear. En su lista también entraba protocolo, pero mucho más extenso que el que había aprendido en el convento donde no tenían toda una vajilla completa, ni tampoco cubiertos. La señora Hooper era la encargada en enseñarle correctamente todo cuanto necesitaba saber a la hora de una elegante cena, un agradable almuerzo o un desayuno formal. Y por último en su lista citaba textualmente que debía dar largos paseos alrededor de la finca para fortalecer su silueta, aunque aquello Violette no lo consideraba un deber, sino más bien un placer, puesto que cada vez que salía a recorrer los alrededores de la finca no dejaba de pensar que el aire que respiraba sabía a algo llamado libertad.

Capítulo 6

Robert pensó que tras el encuentro que había protagonizado con su hermana Julia recientemente, ésta le diría sin contemplaciones a su querida madre que se había casado a escondidas de toda su familia y amistades. Casi esperaba el momento en el que su madre irrumpiera en su despacho gritándole a pleno pulmón como había osado acallarse algo así, pero lo cierto es que hasta que ese momento no llegase, se negaba en rotundo a ser él quien lo dijese. Si su hermana Julia le había reprendido por no ir a por su esposa, con más hincapié lo haría su madre.

Hacía exactamente siete años —desde que cumplió los veinticinco—, que no dejaba de insistir en que debía encontrar una esposa. Por suerte desde el nacimiento de su sobrino Richard, aquella perseverancia se había desvanecido hasta que a sus oídos había llegado que se acababa de convertir en el nuevo duque de Savegner y parecía haber regresado a ello con más ahínco que nunca. A pesar de visitar la casa familiar de los Benedict asiduamente —ya que trabajaba en el despacho que una vez perteneció a su padre—, él tenía su propio apartamento de soltero en el que dormía cada noche y no debía rendirle cuentas a su madre, que aún habitaba la casa familiar como su domicilio particular. Jamás pensó en proporcionarle a su madre una pequeña casa y quedarse él con la mansión, sino que prefirió que ella siguiera en su lugar y ser él quien se marchara buscando esa privacidad, al fin y al cabo, era algo habitual en los jóvenes solteros de la ciudad.

—Buenos días, madre —pronunció Robert tras entrar en la casa familiar y acercarse a la pequeña sala donde ella pasaba la mayor parte del tiempo.

Observó que ésta lucía un vestido azul pavo real y supuso que saldría de casa tras tomar el desayuno.

—Buenos días, hijo. ¿Echaste un vistazo a la lista de jóvenes casaderas y con buena dote que te di hace una semana? —preguntó mientras se llevaba una taza de té a los labios y Robert rodó los ojos pensando que no podía ser posible que comenzase con ese tema desde una hora tan temprana.

—No he tenido tiempo, madre. Como sabéis regresé ayer de visitar los viñedos y tengo bastantes asuntos por resolver todavía —dijo de mala gana.

—Tú y tu hermana siempre estáis de un lado a otro. También ella regresó ayer de no se qué editor al que tenía que visitar fuera de la ciudad, últimamente todas las semanas tiene que marcharse. Ese marido suyo es un santo permitiéndole que viaje sola y quedándose él a cargo de su hijo —parloteó mientras se metía una de las pastas en la boca.

—Es su esposo y a quien tiene que rendirle cuentas es a él, no a nosotros —dijo recordando que él mismo obligó a su hermana a casarse con el duque de Sheraton a pesar de que ésta no deseaba aquel matrimonio. Aunque él no tuvo más opción si quería salvar su reputación tras ser descubierta en una situación comprometida con el caballero. A pesar de que ahora era feliz en su matrimonio, aún no lograba perdonarse el dolor que ella sufrió durante aquellos primeros meses de matrimonio sabiendo que pudo haberlo evitado—. Ya sabes que Richard la consiente en todo

—aseguró Robert pensando en qué probabilidades había de que su hermana le contara ese día a su madre que él ya era un hombre casado.

No era muy creyente, pero en esos momentos rogó porque no lo hiciera, lo último que necesitaba añadir a su vida era que su madre insistiera en que trajera a esa joven a casa. Había pensado detenidamente en sus opciones y aunque ninguna que implicara sacar a lady Violette del convento le agradaba, estaba valorando la posibilidad de darle una buena vida lejos de él. Quizá podría comprarle una buena casa en algún pueblo tranquilo, tal vez una residencia campestre ahora que tenía suficiente dinero para hacerlo y cuando se instalara y acomodara en ese lugar, estaba seguro que de esa forma habría cumplido con su deber hacia ella como esposo asegurándose de su bienestar.

—Demasiado —aseguró ella—. Creo que ese hombre ya ha pagado de sobra todos sus pecados, pero bueno… me marcho inmediatamente que conociendo a tu hermana, si me entretengo más de la cuenta seguro que no está en casa —concluyó mientras se alzaba y le daba un beso en la mejilla antes de emprender su camino hacia el piso superior para acicalarse y marcharse cuanto antes a visitar a su hija.

En cuanto Robert entró en su despacho divisó la pila de correspondencia que tenía por leer y seguramente responder, entre sus libros de cuentas estaban los nuevos cheques bancarios que debía extender para comenzar con las reformas de varias propiedades. Se dejó caer sobre el sillón mirando todos aquellos papeles y pensó que

necesitaba un respiro, tomarse al menos un fin de semana lejos de todo y de todos. Acababa de volver de los viñedos Savegner así que no le apetecía volver allí de nuevo y repasó mentalmente sus nuevas y viejas propiedades, ¿Cuál era la que más tiempo llevaba sin visitar y estaba en buen estado? A su mente llegó la casa de campo de los Benedict, aunque no estaba mal no era una de las más grandiosas de la zona. De hecho, apenas era visitada ya que su madre no la frecuentaba y su hermana había dejado de ir desde que se había casado, incluso había pensado en venderla si no fuera porque su padre le tenía gran estima y le recordaba a su infancia. Era una pena tener aquella casa mal aprovechada, quizá no era mala idea pasar allí unos días para descansar mientras se alejaba de la ciudad.

Aquella noche Robert tuvo intención de visitar a Henriette. Llevaba varios días sin verla tras su ausencia en la ciudad y teniendo en cuenta que pensaba pasar todo el fin de semana lejos de Londres, necesitaba desahogarse en los brazos de una mujer. Nadie mejor que aquella dama de cabellos oscuros para lograrlo. Había pensado partir hacia la casa de campo a la tarde siguiente, así podría dejar todos los asuntos que requerían mayor urgencia finalizados. Podía notar el dolor de cabeza por haber pasado más de diez horas encerrado en su despacho y casi podía deshacerse en deseos por adentrarse en las curvas de Henriette y que ésta aliviara aquella pesadez que le oprimía.

—¡Querido!, ¡No te esperaba esta noche! Pensaba salir con las chicas a ver la nueva obra que estrenan en el teatro. Justo hoy abre sus puertas para la temporada —dijo Henriette nada más verle actuando con grata sorpresa y tratando de parecer indiferente.

Eso era algo que le gustaba de Henriette, no parecía apegarse a él, sino que proseguía con su vida cuando él se ausentaba y cambiaba sus planes cuando él se lo decía.

—Me marcharé mañana, por lo que te dejaré todo el fin de semana tranquila —sonrió mientras se acercaba y ella torcía el gesto de modo que Robert solo logró darle un beso en el cuello.

—¿Otra vez?, ¡Si llegaste ayer! —exclamó exaltada y Robert alzó una ceja confundido.

Por norma general Henriette nunca le reprochaba nada, normalmente solo se interesaba por saber a donde iba y él creía que solo lo hacía para darle conversación.

—Precisamente por eso, si me quedo en la ciudad tendré que cumplir

con algunos compromisos, así que haré un pequeño retiro y pasaré unos días en la casa de campo familiar —

admitió sin rodeos. No tenía porqué confesarlo, pero tampoco era ningún secreto.

—¿Entonces no se trata de negocios? —preguntó en un tono de voz más dulce y Robert observó como alzaba sus brazos y los colocaba sobre sus hombros.

—No —negó Robert algo más receptivo a la actitud de ella.

—¿Y yo podría acompañarte a ese retiro? —exclamó mientras con sus dedos rozaba el cabello de Robert y este puso toda la atención en ella —. Podría hacer que tu estancia fuera mucho más placentera —agregó mordiéndose el labio inferior.

Robert maldijo habérselo confesado porque ahora tenía la tentación no solo de complacerla, sino de que efectivamente aquellos días podrían ser mucho más complacientes si le acompañaba, pero… ¿Llevar a su amante a la casa de campo familiar? Ciertamente podría vender la idea de que solo era una buena amiga que estaba interesada en comprar la finca y teniendo en cuenta que su hermana y su madre no visitaban la propiedad, ¿Qué opciones había de que ellas se enterasen?

Los señores Hooper que cuidaban de la casa eran la discreción absoluta, así que conforme valoraba la idea se iba convenciendo cada vez más así mismo de que quizá no era tan descabellado llevar compañía.

—¿Y porqué ibas a preferir acompañarme en lugar de permanecer en la ciudad? —preguntó evaluando la situación.

Henriette no era precisamente una mujer de campo, algo que podría decir que tenía en común con su madre. Ella adoraba los bailes, las fiestas, el teatro, los conciertos y la ópera. De hecho, llevaba una agenda social muy activa cuando la conoció y a pesar de convertirse en su amante aquello no había cambiado. Le extrañaba que alguien como ella renunciara a la ciudad por irse con él varios días.

—Estoy segura de que a tu lado la experiencia será mucho más divertida y placentera —aclaró Henriette justo antes de inclinarse y besarle en los labios.

Robert no era tonto, sabía que desde que se había enterado que iba a

ser duque, sus atenciones hacia él se habían vuelto mucho más intensas, incluso había llegado a realizar algún comentario sobre ciertos rumores que decían que hacían una pareja espléndida. Sabía perfectamente que no existían tales rumores y que solo eran invenciones, pero intuía que tal vez se estuviera haciendo vanas ilusiones con que aquella relación terminara en un ventajoso matrimonio para ella.

Robert pensó si valoraría ese hecho de no estar casado y a pesar de que Henriette le complacía, jamás se habría planteado el hecho de considerarla como esposa. No porque no fuese el primer amante que ella tenía, ni tampoco por el hecho de que ya hubiera estado casada con anterioridad o que fuese mayor para proporcionarle herederos al ducado. No. Ninguno de esos factores eran la causa de que no pudiera considerarla como esposa, sino que no sentía por ella nada más que una pura y primitiva atracción.

Henriette era superficial, como la gran mayoría de mujeres con las que se rodeaba en la ciudad y por ilógico que pareciera, él detestaba esa parte de ella. Quizá por eso mismo iba siendo hora de que aquella relación terminara y tal vez aquel viaje fuera un final perfecto para un recuerdo dulce y placentero.

—Está bien, prepara entonces tu carruaje para mañana, yo iré junto a él a caballo, así podrás volver a la ciudad cuando desees —cercioró Robert dudando que aquella mujer pudiera permanecer más de dos días seguidos lejos de la ciudad sin mucho que hacer.

A la tarde siguiente Robert resopló mientras espoleaba el caballo en cuanto vio a lo lejos la

casa de campo familiar. Hacía tanto tiempo que no la visitaba que casi había olvidado lo lejos que estaba y la razón de porqué no iba con más frecuencia. Se había mantenido distante del carruaje donde viajaba Henriette porque cada vez que se acercaba le preguntaba cuanto faltaba. Lo cierto es que habían sido seis horas de viaje y tenía las piernas algo entumecidas, quizá hubiera sido mejor opción realizar parte del camino junto a ella, pero teniendo en cuenta que iban a pasar todo el fin de semana juntos prefería guardar las distancias.

—¡Oh!, ¡Si es pequeñita! —exclamó Henriette extendiendo la mano que Robert le ofrecía para bajar del carruaje.

Aún no había saludado a la señora Hooper, aunque suponía que esta no tardaría en salir a recibirles.

—No es una de las más grandes de la zona, pero consta de seis habitaciones, era más que suficiente para pasar el verano en familia —terció Robert sin sentirse incomodo ante el desprecio de Henriette hacia la casa.

Precisamente su madre siempre se había quejado de que era demasiado pequeña, si la comparaba con la mansión en la ciudad que solo en habitaciones ya tenía más de el doble podría resultar pequeña, pero la extensión en los alrededores superaba con creces el espacio habitable de la casa y teniendo en cuenta que era una casa de verano, la mayor parte del tiempo era para aprovecharlo al aire libre.

—¡Que entrañable! —contestó Henriette y Robert observó como arrugaba la nariz un tanto aprensiva.

Aún se seguía preguntado porqué habría venido finalmente, pero la única satisfacción que estaba seguro de obtener aquel fin de semana era que su cama estaría caliente.

—¡Señor Benedict! —La voz de la señora Hooper atrajo la atención de ambos—. Que alegría verle, esperábamos su visita en cualquier momento —sonrió la buena mujer y Robert no supo entender muy bien porque razón debían esperarle, tal vez se debiera al hecho de que hacía demasiado tiempo que no se dejaba caer por esos lares.

—Yo también me alegro de verla señora Hooper. Le presento a la baronesa viuda de Fornett, es una amiga de la familia —mencionó haciendo las debidas presentaciones—. Ha venido a pasar unos días en la finca ya que está interesada en adquirirla —mintió descaradamente y esperó que el argumento con el que había llevado a su acompañante convenciera al ama de llaves de la casa.

—¡Oh! —exclamó sorprendida la señora Hooper—. Haremos todo lo posible porque la baronesa se sienta cómoda, señor Benedict, quiero decir… lord Benedict —terció la buena mujer.

¿Lord Benedict?, ¿Cómo sabía la señora Hooper que ahora era duque? Pensó que tal vez su hermana Julia o, mejor dicho; su madre, les habría informado debidamente ya que media ciudad se había enterado de su nueva posición social debido a ella.

—Se lo agradezco. ¿Podría prepararnos el té mientras instalan nuestras pertenencias? —

exclamó Robert.

—Y un baño bien caliente —terció Henriette—. Con pétalos de rosas y esencia de vainilla —

añadió con una sonrisa forzada.

—Por supuesto, veré lo que puedo hacer —aclaró la buena mujer.

—Si lo llego a saber hubiera traído a mi doncella… ¡No me dijiste que era una casa tan pequeña! —exclamó Henriette en voz baja conforme se adentraban y Robert se dirigía al gran salón.

Estaba tal y como la recordaba, cada cuadro seguía en su sitio al igual que cada mueble tallado en madera, nada había cambiado salvo el paso de los años y que él ya había dejado de ser un niño

para convertirse en todo un caballero.

—Tampoco es tan pequeña Henriette. Además, recuerda que tienes que fingir que te interesa adquirirla, así que muestra un poco de interés —terció Robert mientras se quitaba la capa y la dejaba sobre una de las sillas. Se había sacudido el polvo antes de entrar, pero después de un buen baño y un cambio de atuendo se sentiría mucho más confortable.

—Pues no sé como pretendes que muestre interés si todo es anticuado y viejo —sulfuró Henriette evaluando los estampados florales del salón.

Robert no respondió porque la señora Hooper apareció con la bandeja de té, era como si hubiera estado preparada desde que habían llegado.

—Aquí está el té. Si me disculpan iré a ayudar a Rebecca para preparar las habitaciones de inmediato.

—Lord Benedict y yo tenemos algunos asuntos de interés que tratar señora Hooper, si no le importa nos gustaría que nadie nos interrumpiera mientras tomamos el té —sonrió complacida Henriette y la señora Hooper asintió cerrando las puertas del salón conforme se marchaba dejándoles completamente a solas.

—¿Asuntos de interés? —exclamó Robert alzando una ceja y con una

leve sonrisa en los labios.

—Son muy interesantes —ratificó Henriette mientras se incorporaba para caminar hacia él y se sentaba en su regazo al mismo tiempo que sus manos se paseaban sobre la camisa y ascendían hasta su cuello.

A pesar de la situación, Robert se dejó hacer, quizá era por la emoción que le suponía el hecho de ser descubiertos, aunque estaba completamente tranquilo sabiendo que la señora Hooper era la discreción en su más absoluta esencia y que se habría asegurado que, ni su marido ni su hija entraran en aquel salón hasta que ellos salieran. De algún modo el atrevimiento de Henriette le excitaba, así que conforme esta desabotonaba su camisa y su piel quedaba al descubierto, contemplaba como aquella mujer de curvas voluptuosas se inclinaba para besar su desnudo pecho.

Capítulo 7

Violette casi se había acostumbrado a aquellos largos paseos por el campo. Es cierto que solo tenía trato con la señora Hooper, su marido y la hija de estos; Rebecca, quien se había convertido en una especie de amiga mas que en su doncella. Julia la visitaba todas las semanas como había prometido y tal como dijo, una costurera la visitó a los pocos días de su llegada para tomarle medidas y hacerle su nuevo guardarropa, incluso ya tenía su primer vestido por cortesía de la duquesa de Sylverston que no era gris, sino malva. Julia había mencionado al entregárselo que era un guiño a sus ojos y ella estaba encantada de tener un vestido en un color tan precioso. Era extraño verse reflejada cada día en el espejo cuando se levantaba y aunque su rostro había cambiado mucho en esos años, Rebecca no dejaba de convencerla día tras día que era una joven muy hermosa, aunque en el convento siempre le habían mencionado que la vanidad era un pecado, escucharlo resultaba agradable, aunque ni siquiera fuese cierto.

Solía aprovechar aquellos paseos para disminuir la lista de lectura que precisamente su hermana —porque ya había logrado asimilar que tenía una hermana—, le había indicado y a pesar de que al principio cerró de golpe el libro cuando comenzó a adentrarse en una escena tan intensa que provocó que los latidos de su corazón se acelerasen

como jamás había sucedido, su inquietud por querer saber lo que sucedía entre aquellos dos jóvenes amantes le hizo volver a adentrarse de nuevo en aquellas páginas. Al principio sintió cierta vergüenza por leer aquello, después casi no pudo mirar el rostro de Julia al tener que admitir frente a ella que los había leído, pero una vez pasado el bochorno, se dio cuenta de que comenzaba a sentir cierto resquemor en su estómago porque ella misma fue consciente de que deseaba sentir aquello que los libros describían con palabras.

¿Sería tan real?, ¿Tan intenso?, ¿Tan apasionado?

No había nada de eso en lo que a ella le habían inculcado, cuando hacían referencia al matrimonio o al deber de una esposa hacia su marido siempre lo hacían desde la obligación y aceptación de las normas, pero jamás con esa pasión arrolladora. Leyendo aquellos libros se había dado cuenta de que no sabía realmente nada al respecto y mucho menos sobre el matrimonio.

Jamás nadie le había hablado sobre qué ocurría entre un hombre y una mujer en el lecho y averiguarlo de ese modo no solo había sido instructivo, sino abrumador y vibrante al mismo tiempo, aunque al principio fuera vergonzoso.

El ruido de una pequeña ardilla a su lado la hizo desviar la atención del libro y comprobó que se debía haber hecho muy tarde ya que el sol estaba demasiado bajo. Tendría que volver de inmediato si no quería que la señora Hooper se preocupase. Volvía ensimismada pensando en los protagonistas de aquella novela y apenas fue consciente de que nadie la saludó tras entrar en casa, ella siempre tomaba el té cuando volvía de su paseo por la tarde así que se dirigió al gran salón donde ya era habitual que Rebecca se lo sirviese en cuanto llegaba. Abrió la puerta pensando que quizá podría leer un poco más antes de que la interrumpiesen y cuando sus ojos se enfocaron en la pareja que tenía delante el libro que llevaba entre las manos resbaló hasta caer en el suelo

creando un sonoro golpe. Era como si estuviera viendo con sus ojos a los personajes.

En aquel instante aquel hombre cuyo pecho estaba completamente desnudo ante sus ojos la miró despiadadamente y el cuerpo de Violette se tensó. Jamás había visto a un hombre desnudo y aunque el que tenía delante solo lo estaba parcialmente se ruborizó completamente al darse cuenta de la escena que estaba presenciando con aquel hombre sentado y la camisa completamente abierta mientras una

mujer sentada en su regazo acariciaba y besaba su pecho desnudo.

—Yo… —balbuceó—. Lo siento… yo… —No sabía que decir así que simplemente se dio media vuelta y cerró la puerta deseando que se la tragara la tierra.

¡Dios mío!, ¡Aquello era como haber visto una escena de esos libros con sus propios ojos!,

¡Era real! Puso un pie en la escalera dispuesta a encerrarse en su habitación y no salir en lo que le restara de vida cuando sintió como una mano atrapaba su brazo y era forzada a retenerse.

—¿Quién eres y qué haces en mi casa? —bramó Robert e hizo que aquella joven de cabello castaño se diera la vuelta para enfrentarle.

Había visto solo un leve atisbo de aquella mujer a lo lejos, su perfil estaba surcado por las sombras que había en ese punto de la habitación donde la joven les había descubierto en una situación demasiado embarazosa. En un primer instante había creído que se trataba de la hija de la señora Hooper, pero Rebecca tenía el cabello rubio y era mucho más rolliza que aquella joven.

Conforme se giraba Robert comenzó a apreciar que era hermosa, muy hermosa… ¡Infinitamente hermosa! Se dijo admirando aquellas pestañas largas y tupidas, una nariz recta y unos labios lo suficientemente deseables para admitirlo con solo verla, pero cuando la joven alzó la vista para verle sintió que algo en su interior se quebraba robándole el aliento e incluso el alma.

«Es un ángel» pensó admirando los ojos más hermosos que había contemplado en su vida.

Sintió como su garganta se secaba, su pulso se aceleraba, su estómago se cerraba y su sangre hervía en un crepitar de emociones. No sabía que demonios era aquello que estaba sintiendo, pero jamás con solo ver a una joven había tenido ese frenesí tan intenso y ni tan siquiera sabía de quien era.

No podía ser una doncella, su vestido pese a ser sencillo era propio de una dama. ¿Qué hacía aquella joven en su casa?, ¿Por qué razón se encontraba a punto de subir aquellas escaleras como si allí habitara?

Violette comprendió lo que significaban aquellas palabras, aquel hombre había mencionado que era su casa, ¿Significaba eso que él era lord Benedict?, ¿Qué el hombre que había encontrado en aquel salón

con otra mujer era su esposo?

Cuando Violette se giró y alzó la vista para contemplarle, corroboró lo que ya habían visto sus ojos antes, era el hombre más atractivo que había visto en su vida, aunque hubiera visto a pocos hombres. Su cabello castaño oscuro lucía un buen corte al igual que su leve barba. Tenía unos ojos color bronce como Julia, de hecho, le recordaba en cierta forma a ella con solo mirarlos, aunque su mirada parecía más intensa y vibrante.

—¿Su casa? —preguntó reticente y cohibida por la forma en la que aquel hombre la miraba.

Robert pensó que hasta la voz de aquella joven era melodiosa, definitivamente parecía un ángel bajado del cielo.

—Soy lord Benedict, el duque de Savegner. —Se presentó como si por primera vez en su vida creyera que aquel título impresionaría a la joven a pesar de haberle descubierto con otra dama—.

Y esta es mi propiedad. ¿Quién sois y qué hacéis en ella? —añadió con un interés poco habitual.

Quería saber quien era esa joven cuyos ojos tenían un color sin igual y que razón podría tener para estar en su propiedad.

—Yo soy su… —comenzó a decir Violette sin que el término esposa saliera de sus labios—.

La du… —tampoco era incapaz de decir que era la duquesa de Savegner, ni tan siquiera sabía como decirle quien era después de lo que acababa de presenciar y que éste le confirmara que era su esposo —. Soy lady Violette mi lord —dijo al fin sin mencionar su apellido puesto que ya no podía usar el de soltera, ni tampoco se atrevía a decir el de casada.

¿Lady Violette? Pensó Robert y la soltó dando un paso hacia atrás.

No podía ser cierto. No podía ser esa lady Violette, sin duda esa mujer poseía una belleza inaudita e inigualable para serlo. No podía ser su esposa porque de serlo, habría visto con sus propios otros como la engañaba con otra. Si esa mujer era su esposa, él era un completo y auténtico idiota.

Temía preguntarlo y no porque no quisiera saber la respuesta, sino porque era irrisorio tener que preguntarle a aquella joven si era o no

su esposa. Deseaba casi tanto que lo fuera como al mismo tiempo le flagelaba si lo era ya que no podría borrar la imagen que tendría de él. Se preguntó que probabilidades habría de que cualquier otra dama con ese nombre estuviera en aquella casa de su propiedad. La respuesta era obvia; ninguna.

—Sois mi esposa —afirmó sin necesidad de preguntar, sino convencido de que no existía otra opción salvo aquella.

Violette no sabía que responder a aquello, ¿Debía hacerlo?, ¿Debía decirle que sí lo era? Al menos había sido él quien lo había admitido sin tener que hacerla pasar por la vergüenza de confesar quien era porque aún no se conocían.

—¡Oh lady Violette! —exclamó entonces la voz de Rebecca y agradeció internamente que la sacara de aquella violenta situación—. ¿Desea que le sirva el té en el salón como siempre? —

exclamó la joven mirándola con cierta comprensión.

—Mi esposa tomará el té en su habitación, Rebecca —terció Robert antes de que su esposa respondiera. Necesitaba aclarar la situación y el hecho de que Henriette estuviera en el salón solo hacía que la situación se volviera aún mas insostenible y violenta.

¡Santo Dios! Era la primera vez que veía a su esposa y le descubría con su amante, ¡Menudo comienzo para su matrimonio! Se culpó a sí mismo antes de responsabilizar a la persona que había enviado a su esposa sin su permiso a esa finca familiar. ¿Porqué razón estaba allí lady Violette allí? Aunque sabía que la respuesta a su pregunta tenía nombre y rostro con cierto parecido al suyo. Lo averiguaría, pero antes tenía que asegurarse de que la baronesa se marchase de aquella casa sin que su esposa la viera.

«Esposa» Esa palabra sonaba demasiado nueva en su vocabulario, tal vez debería ir acostumbrándose a ella ahora que la había visto con sus propios ojos y que era tan real que se había sentido completamente abrumado.

—Por supuesto mi lord. Las pertenencias de su invitada y las de usted ya están en sus habitaciones —dijo amablemente la muchacha.

—Lamentablemente la baronesa de Fornett debe marcharse de inmediato, así que agradecería que bajaran de nuevo sus cosas —dijo mirando de soslayo a lady Violette que parecía algo contrariada—. Si me disculpan…

Antes de esperar una respuesta, Robert se apresuró en entrar en el gran salón cuya puerta había cerrado y encontró a Henriette sonriente, como si el hecho de ser descubiertos no le importara en absoluto.

—¿Ya le has echado la reprimenda a la criada por interrumpirnos? — exclamó alzando los brazos y tratando de acercarse de nuevo a él.

—No era la criada, sino mi esposa. Tienes que marcharte inmediatamente, Henriette —soltó sin rodeos. Después de todo ya no tenía nada que esconder, es más, ahora admitía que jamás debió esconderlo y si no hubiera estado tan ciego, nada de eso habría sucedido.

Era idiota. En definitiva era idiota y no tendría vida suficiente para arreglar el desastre que había hecho de magnitud catastrófica.

—¿Esposa?, ¿Cómo que esposa? —exclamó con cara de estupefacción y Robert podría asegurar que cierto enfado.

—Me casé hace dos años en secreto, pero eso no cambia las circunstancias. No puedes quedarte aquí —dijo rápidamente sin pensar que le estaba revelando demasiado, pero en aquel momento no podía pensar más que en el hecho de sacarla de aquella casa como si cada minuto que pasara ensuciara aún más la imagen de esa bella joven que decía ser su esposa.

Por alguna razón necesitaba ver a Henriette lejos de allí, era como si una mancha de culpabilidad le ahogara. Tenía que alejarla, verla lejos, muy lejos de aquel ángel que habitaba la pequeña casa. Sentía que había violado cruelmente la reputación de su esposa y lo cierto es que lo había hecho de una forma brutal y despiadada. Aún no era consciente lo que suponía tal hecho y tampoco deseaba pensarlo en aquellos momentos porque le martirizaba.

—¿Y donde pretendes que vaya?, ¡La noche se echará encima antes de regresar a Londres! —

gritó y Robert pensó que bajo ningún concepto permitiría que ella se quedara.

—Pues harás noche en alguna posada, ¡Me da igual! No puedes quedarte en la misma casa que mi esposa y menos después de que nos haya descubierto en una situación tan embarazosa —

admitió llevándose las manos a la cabeza completamente disgustado consigo mismo.

Henriette miró hacia otro lado y se cruzó de brazos, estaba enfadada y Robert no la culpaba de ello, después de todo no dejaba de ser una víctima en todo esto, pero había sido ella quien sugirió venir a pasar el fin de semana, ¡Si tan solo no le hubiera hecho caso!, ¡Si hubiera venido él solo como pensaba desde un principio nada de aquello habría pasado! Al contrario, habría descubierto a una deliciosa joven como su bellísima esposa y él…. ¡Dios!, ¡No podía pensar con claridad!

—¿Pretendes que viaje sola?, ¿Por esos caminos solitarios y sin la compañía de un caballero o una doncella? —bufó Henriette y Robert comprendió que tenía un serio problema.

No solo estaba el hecho de que no podía dejar a Henriette a su suerte, sino que tampoco tenía medio alguno para llevarse a su esposa. Tenía que encontrar una solución a ambos problemas y finalmente pensó en una alternativa a pesar de que no le entusiasmara.

—Espérame en tu carruaje, yo mismo te acompañaré al pueblo más cercano y te conseguiré una habitación en la posada. Una de las doncellas te acompañará mañana hasta Londres y regresará en mi carruaje —afirmó rápidamente conforme avanzaba junto a ella hacia el exterior de la casa y comprobaba que la luz del día estaba comenzando a disiparse.

Violette trataba de calmarse con cada sorbo de té que daba de aquella taza. De hecho, era la tercera que se tomaba porque los nervios no se lo habían calmado las dos primeras. La impresión de saber que su esposo yacía con otra mujer no dejaba de dar vueltas en su mente diciéndose a sí misma si ella tenía la culpa sobre este hecho, pero ¿Qué había hecho ella si ni siquiera se conocían? Poco a poco fue convenciéndose a sí misma de que era evidente la razón por la que el duque de Savegner no había mostrado interés alguno en conocerla. Amaba a esa otra mujer, ya tenía quien había llenado su corazón y desde luego ella solo era un estorbo para sus planes, es más, se había marchado inmediatamente con aquella mujer y la había dejado allí sin explicación o disculpa alguna.

¿Cómo podía haber sido tan tonta al pensar en algún momento que tendría alguna posibilidad?

Estaba claro que aquel matrimonio de conveniencia estaba avocado al fracaso desde un principio, ahora solo debía admitirlo y ser consciente de que no hallaría amor alguno en su matrimonio. No había existido ninguna posibilidad desde el inicio y comprendía porque Julia lo trataba con tanto escepticismo, ¿Cómo iba a reconocer que su hermano prefería a su amante en lugar de su propia esposa?

No pensaba amilanarse. No permitiría que ese hecho la hundiera. Si había soportado doce largos años encerrada en aquel convento sin perder la esperanza, ninguna amante iba a conseguir que ella renunciara a ser la duquesa de Savegner aunque su esposo no la quisiera. Iba a demostrar aunque fuera lo último que hiciera que estaba a la altura de las circunstancias.

Capítulo 8

Robert galopaba velozmente antes de que los últimos rayos de sol le dejaran en la más absoluta oscuridad. En algún momento llegó a pensar que Henriette había tratado de entretenerle precisamente para que no la dejase sola en aquel lugar, pero su decisión era implacable, volvería a aquella casa porque lo último que necesitaba era que su esposa pensara que había pasado la noche con su amante después de haber divisado aquella escena.

¡Por todos los Dioses!, ¡Ella le había visto casi en pleno acto con Henriette! Lo habría hecho de haber llegado un poco más tarde… ¿Qué habría pensado de él? Una cosa era que una dama supiese que su esposo albergaba una amante y otra muy distinta verlo con sus propios ojos. Eso era simplemente humillante, indigno y absolutamente indecoroso.

No tenía ni idea de como iba a enfrentarse a esa situación y menos aún qué decirle al respecto.

No sabía si era mejor guardar absoluto silencio antes que admitir lo que habría pasado allí dentro de no haber sido descubierto, pero primero tenía que averiguar porque su esposa no estaba en el lugar donde se suponía que debía estar y porqué no había sido informado de dicho traslado.

En cuanto llegó a la finca familiar, dejó su caballo en el pequeño establo donde el señor Hooper parecía estar esperándole y con paso apresurado entró en la casa esperando verla de nuevo, solo que no había rastro de aquella hermosa joven por el salón, ni por la pequeña sala, ni en el comedor a pesar de que ya era tarde para que le estuvieran sirviendo la cena.

—¿Dónde está? —preguntó en cuanto vio a la señora Hooper salir a su encuentro.

No podía haberse marchado. Sintió un vuelco en el corazón con la simple idea de pensarlo y sentir aquel rostro angelical adentrarse en los peligros de la oscuridad.

—¿Se refiere a lady Violette mi lord? —preguntó la amable mujer uniendo sus manos a la altura de su estómago.

—Si —afirmó rápidamente y temió que ella realmente se hubiese ido. De ser así no le extrañaría después de lo que la joven había visto con sus propios ojos—. No se habrá marchado,

¿Cierto? —añadió con cierta agonía.

—¡Oh no! —exclamó la mujer como si aquello no fuese posible—. Lady Violette pidió cenar en su habitación, mencionó que no se encontraba muy bien y solicitó que no la molestasen.

No se había marchado, eso reconfortó a Robert. En el fondo era consciente de que probablemente en caso de querer irse no sabría a donde ir o no poseía los medios para hacerlo si tenía en cuenta que había pasado toda su vida en aquel convento. De pronto se había dado cuenta de que desconocía a aquella criatura angelical por completo. En esos dos años que habían transcurrido desde que se había casado, él no se interesó por averiguar algo de ella, ni mostrar el menor interés en su reciente esposa.

—Gracias señora Hooper. —Robert se preguntaba que habría imaginado de toda la situación su ama de llaves. Sabía que no iba a preguntar nada porque era demasiado discreta, pero dadas las

circunstancias era fácil interpretar lo que había ocurrido y más aún cuando tuviera que pedirle aquello—. Necesito que Rebecca esté lista para mañana, partirá a Londres junto a la baronesa de

Fornett y así podrá regresar en mi carruaje personal para el traslado de mi esposa a la ciudad.

—¿Su esposa le acompañará cuando regrese a Londres, mi lord? —La mirada de aquella mujer implicaba cierta confusión.

—Si —afirmó Robert sin pensar siquiera en la posibilidad de dejar allí a su joven esposa para regresar de forma solitaria.

¿Tal vez era por responsabilidad?, ¿Quizá culpabilidad? Fuera como fuese, ahora que la había conocido no podía pensar en la posibilidad de abandonarla.

—¡Oh! —exclamó con cierto énfasis—. Lady Julia no nos informó de que sería tan pronto, pensé que aún tendría algunas semanas para despedirme de mi Rebecca, vuestra hermana nos dijo que ella será la doncella personal de lady Violette y como tal, se iría a la ciudad con la duquesa.

¿Su hermana?, ¡Como no! Sabía que no podría haber sido otra persona salvo ella puesto que era la única que conocía su secreto y tener la osadía de hacer aquello a escondidas, pero escucharlo hacía que toda su furia se acrecentara. Estaba en aquella maldita encrucijada por su culpa.

—¿Fue mi hermana quien trajo a lady Violette? —preguntó alzando una ceja y con cierta ira contenida.

Tenía que saberlo con toda seguridad, quería una respuesta tácita y clara para asegurarse de que había sido ella aunque no tuviera ninguna duda al respecto.

—Yo… pensé que usted…

—Responda señora Hooper —terció Robert con tanta contundencia que sintió como la señora Hooper parecía bastante nerviosa, aunque eso no calmó su ira.

—Si. —Titubeó—. Pensé que usted lo sabía… la presentó como la duquesa de Savegner y su esposa, aunque ella no le mencionara pensamos que solo cumplía sus órdenes. Cada semana viene a visitarla, de hecho se marchó hace solo dos días.

¿Cómo era posible?, ¡Cómo era posible que su hermana no le hubiera dicho nada!, ¡Tenía a su esposa en aquella casa desde Dios sabe cuando y a él no le había mencionado absolutamente nada! Sintió como una irascible furia se apoderaba de todo su ser al completo queriendo romper todo a su paso. Respiró profundamente tratando de calmarse, si en ese momento tuviera delante a su hermana Julia no sabía si sería capaz de contenerse, pero su ira traspasaba cada poro de su cuerpo como si necesitara matar a alguien.

¡Maldita sea!, ¡La mato!, ¡Juro que le retorceré el pescuezo, aunque sea mi hermana! Meditó apretando los puños fuertemente tratando de controlarse.

—Tenga listo el equipaje de lady Violette y su hija Rebecca. —Su voz sonaba dura, pero no le importó en absoluto—. Tan pronto como regrese de Londres partiremos inmediatamente hacia la ciudad. —Tenía muy claro que no deseaba pasar un minuto más del necesario en aquella finca familiar.

Quería alejar a su esposa de aquel lugar, como si la visión que había tenido de él junto a Henriette pudiera desaparecer de algún modo si se marchaba. Sabía que eso no iba a ocurrir, pero necesitaba huir de aquella casa y eliminar esa sensación de ahogo le oprimía por completo.

—Por supuesto. ¿Desea que informe a lady Violette al respecto? —preguntó la señora Hooper antes de marcharse.

—No —negó Robert rápidamente—. Lo haré yo mismo… —añadió un poco más calmado y en ese momento no supo si podría existir una disculpa de tal magnitud para lamentar lo sucedido.

Tenía toda la noche para pensar como iba a afrontar aquello sin parecer un completo imbécil—.

¿A qué hora toma el desayuno la duquesa? —Su intención era interceptarla en ese momento.

—A las ocho en punto, excelencia —terció la señora Hooper y Robert afirmó con un gesto mientras comenzó a subir las escaleras.

Las ocho era una hora demasiado temprana para una joven que no tenía labor alguna, normalmente su madre no se levantaba antes de las nueve a menos que tuviera algún recado y de repente pensó que había pasado doce años en un convento. Su vida debía haber sido muy diferente a la de las jóvenes a las que él estaba acostumbrado.

Con ese mismo pensamiento se adentró en la habitación que siempre ocupaba cada vez que había visitado aquella casa sin prestar atención a la decoración que lo rodeaba a pesar de llevar meses sin visitar la estancia. Era incapaz de pensar en la situación y en aquel rostro de belleza etérea que había contemplado con sus propios ojos. ¿Hasta qué punto su esposa era inocente? Se había educado en un convento religioso, suponía que ninguna de las monjas allí presentes le habría hablado de lo que ocurre en la intimidad de un matrimonio, ¿Podría su esposa saber que era realmente lo que estaba sucediendo en aquel salón cuando abrió la puerta? Robert tenía demasiadas preguntas y ni una sola respuesta, pero de lo que sí estaba seguro es que de un modo u otro hallaría la solución a sus réplicas.

Como cada mañana, Violette abrió los ojos a las siete en punto a pesar de que no hubiera conciliado el sueño hasta bien entrada la madrugada. Era incapaz de pensar en lo sucedido la noche pasada y las consecuencias que tales hechos tendrían para su futuro. Aún no terminaba de acostumbrarse a la inexistencia del sonido de campanas que escuchaba cada vez que despertaba y de que no tenía la obligación de alzarse ahora que se encontraba lejos, pero durante toda su vida o al menos hasta donde sus recuerdos alcanzaban, siempre se había alzado a las siete en punto junto al resto de hermanas para acudir en ayunas a la primera misa de la mañana.

Ahora no había capilla a la que acudir, pero aún así le era inevitable perder del todo sus hábitos y rememorar algunas oraciones antes de adecentarse para bajar a tomar el desayuno. La casa estaba silenciosa como siempre, pero la tranquilidad que podía respirarse en el ambiente se alejaba mucho de la inquietud que emanaba su fuero interno.

Era consciente más que nunca de estaba completamente sola y que su marido no solo era infiel, sino que valoraba a su amante por encima de su propia esposa.

Había pasado media vida deseando la protección y calidez de una familia, de un esposo. En definitiva, de alguien que de verdad la valorase y amase. El golpe había sido duro, pero ya debía estar acostumbrada a las decepciones que los demás ejercían en ella. No

podía sentir la pérdida de un ser al que jamás había conocido, tampoco podía admitir que se sentía dolida puesto que no amaba a ese hombre al que acababa de conocer, pero sentía que la desilusión ahogaba su melancolía. Había creído que por primera vez las cosas saldrían bien, que tendría esperanza y ver frustrados todos aquellos pensamientos solo era una prueba más de que la felicidad no sería nunca para ella.

Violette se colocó el único vestido de color que había en su armario y bajó las escaleras sin perder el tiempo en recogerse el cabello. Aquella mañana le importaba muy poco parecer una

dama de alta alcurnia, por lo que dejó que su largo pelo castaño cayera rodeando su pequeño cuerpo. En cuanto puso el pie en el último escalón rodeó la escalera para entrar en la salita donde tomaba habitualmente el desayuno y la tensión afloró en su cuerpo cuando observó la figura masculina que ocupaba el asiento principal mientras parecía leer el periódico.

¿No se había marchado?, ¿Qué hacía entonces allí? Y lo peor de todo. ¿Dónde estaba su amante?, ¿También habría pasado la noche en esa casa a pesar de decir que se marchaba? No lo entendía y tampoco sabía si debía decir saludar para indicar su llegada o darse media vuelta y marcharse antes de que se diera cuenta de su presencia.

Robert sostenía el periódico entre sus manos sin lograr leer una sola palabra, sino que cada dos minutos echaba mano a su reloj de bolsillo para ver la hora exacta. Llevaba sentado en aquella mesa donde la familia desayunaba siempre desde las siete y media, esperando a que la joven lady Violette apareciera. No había pegado ojo en toda la noche, por más que trataba de conciliar el sueño, su remordimiento no le dejaba tomar el debido descanso. Quería tener un reloj mágico con el que dar marcha atrás y retroceder al momento exacto en el que aceptó traer a Henriette a esa casa. Esa fue la decisión menos acertada de toda su vida y la que traería consecuencias más trágicas.

Conforme habían pasado las horas de aquel suceso, vertía la culpa de lo sucedido sobre su hermana Julia, como si quisiera tener un culpable que no fuese él a todo el daño que había provocado en la reputación de su joven esposa. Lo peor de todo era saber que lejos de aquellos viles rumores sobre su aspecto que tanto había temido, eran burlas hacia todo lo contrario; ella era la criatura más hermosa que podía recordar haber visto y ansiaba que llegase el momento de verla de nuevo aunque tuviera que enfrentarse a su propia incomodidad y vergüenza.

La señora Hooper había servido los panecillos de leche, las pastas recién horneadas, el té y su café matutino hacía más de media hora y él aún no había probado bocado alguno porque su estomago estaba literalmente oprimido dadas las circunstancias. Por primera vez en su vida, él, Robert Benedict convertido en el duque de Savegner, estaba completamente nervioso por tener que enfrentarse a algo hasta ahora desconocido; la culpabilidad.

En cuanto oyó los delicados pasos que bajaban la escalera toda su atención se puso en ellos, intentando parecer tranquilo, aparentar normalidad, aunque el bullicio de nerviosismo que surgía de su interior indicaba todo lo contrario.

Esperó unos segundos hasta que apartó el periódico y sintió como todo su cuerpo se estremecía. Si ya le había parecido hermosa el día anterior, ahora enmudecía ante aquella presencia angelical de cabellos largos y sueltos envolviendo su figura que veían sus ojos con evidente claridad. No podía concebir que aquella criatura de belleza sin igual fuera su esposa, era impensable, inconcebible, inaudito… ¡Por el amor de Dios!, ¡Era todo lo contrario a lo que había imaginado! Deseaba azotarse a sí mismo con un látigo por haber sucumbido a sus miedos en lugar de buscarla.

—Buenos días lady Violette —Su voz sonó más grave de lo que deseaba, pero consiguió llamar la atención de la joven que permanecía en el marco de la puerta como si intentara escapar de su presencia. No la culpaba, después de lo que había presenciado no podía culparla de querer huir de él, aunque saberlo le hacía sentirse aún más miserable.

Violette pudo ver con mayor nitidez las facciones de aquel hombre gracias a la claridad del día, era aún más apuesto de lo que había evocado en sus pensamientos, poseía un rostro curtido y varonil. Todo en él transpiraba masculinidad y sin poder evitarlo vino a su mente el recuerdo de encontrarlo parcialmente desnudo en aquel salón mientras la contemplaba. Aquello hizo que se

avergonzara por tener tales pensamientos.

—Bue… Buenos días lord Benedict —admitió finalmente Violette sin saber si debía entrar o no en la pequeña salita. Lo último que deseaba

es crear una situación incómoda o molestarle con su presencia.

Robert vio la duda en su rostro así que se apresuró a dejar el periódico sobre la mesa y se alzó rápidamente.

—Por favor tome asiento —advirtió dirigiéndose a la silla que tenía a su lado—. Creo que hay algunos asuntos que deberíamos tratar dadas las circunstancias y si no tiene inconveniente —

añadió con amabilidad.

Violette miró alrededor como si de un momento a otro fuera a aparecer la mujer que le acompañaba, esa dama refinada de cabellos oscuros que estaba en su regazo parcialmente desnudo. Sintió como la vulnerabilidad la embriagaba porque no sabía como debía afrontar aquella situación que la dejaba fuera de lugar. En aquel momento fue consciente de que con toda probabilidad aquel hombre quería tratar con ella precisamente ese asunto. Iba a informarla de que su matrimonio era un acuerdo que había acordado con su difunto padre por su dote, pero que él a quien quería a su lado era a esa mujer con la que lo había encontrado. No quería oír como pisoteaba sus ilusiones hechas añicos y menos aún como le decía lo que ella parecía conocer de antemano; no la quería, ni pretendía hacerlo. Así que antes de tomar asiento respiró profundamente tratando de adelantarse a los planes del duque.

—Puedo imaginar cuáles son esos asuntos que quiere tratar, lord Benedict —advirtió tomando asiento—. Me ha quedado muy claro que para usted no soy una prioridad y que valora más a su amante que a su esposa si tenemos en cuenta los hechos. Me consta que éste matrimonio solo será una mera formalidad entre ambos —añadió evitando mirarle a toda costa.

Capítulo 9

Robert maldijo internamente tras escuchar aquellas palabras porque muy a su pesar no podía rebatirlas, debía ser un necio si pensaba que por un instante su joven esposa no deduciría que Henriette era su amante, ¿Cómo iba a contradecirla si los hechos le juzgaban?, Nunca pensó en buscarla. Jamás se le ocurrió acudir a ella para presentarse

formalmente, sino que la había dejado en aquel lugar marchitándose sin importarle lo más mínimo cuáles eran sus deseos. No tenía excusa y menos aún el hecho de creer que ella era fea, así que por primera vez en su vida sintió como tenía que tragarse su orgullo y asumir su culpa.

—Le puedo asegurar que el suceso de ayer no volverá a repetirse jamás. —Su relación con Henriette había llegado a su fin y maldecía no haberla terminado antes porque aquello no habría sucedido.

—Me alegra oírlo —Violette supuso que se refería al hecho de encontrarles, pero era evidente que pensaba seguir frecuentando a su amante. No sabía si podría volver a enfrentarse a una situación tan violenta como la vivida a pesar de que en aquel instante no supiera que él era su esposo y aquella mujer su querida. Ni tan siquiera le había visto el rostro a ella porque toda su atención recayó en el semblante del hombre semidesnudo que tenía a la vista, pero por lo que pudieron apreciar sus ojos, ella parecía exuberante, refinada y lo suficientemente atractiva para que su esposo la prefiriese muy por encima de ella.

—He pedido a la señora Hooper que tenga su equipaje listo— mencionó Robert tratando de entablar una conversación que no hiciera evocar el recuerdo bochornoso del día anterior.

—¿Es que piensa llevarme de vuelta al convento? —exclamó Violette no dando crédito a lo que oía. ¿Tan pronto deseaba deshacerse de ella?

—No —negó Robert—, pero debo regresar a la ciudad y no puedo dejarla aquí sabiendo que… —Por más que buscase las palabras no lograba encontrarlas, ¿Sabiendo que era hermosa?,

¿Sabiendo que no era lo que él imaginaba?, ¿Sabiendo que tenía un ángel por esposa y que no quería apartarse de ella para admirarla? No, desde luego no podía admitir ninguna de esas cosas

—. Está sola —dijo finalmente porque no encontraba ningún otro argumento disponible para su absoluta falta de razonamiento.

Violette quiso decir que había estado sola todas aquellas semanas sin la compañía de nadie más que no fueran los señores Hooper y su hija, salvo las visitas semanales que le hacía lady Julia esporádicamente, pero no pensaba contradecirle puesto que ella era la primera en desear ver con sus propios ojos la gran ciudad. De ese modo tendría la posibilidad de frecuentar a Julia, conocer a su esposo e hijo y sobre

todo a las amigas de las que tanto le había hablado. Quería saber lo que era acudir a fiestas, bailes y grandes cenas de gala. Quería llenar su vida de esa ilusión rota que se había hecho añicos sabiendo lo infeliz que sería en su matrimonio.

—Entiendo —asintió mientras comenzaba a servirse el té con un poco de leche y miel como lo hacía cada mañana.

—Como la duquesa de Savegner deberá asumir sus funciones a menos que eso sea un

inconveniente para usted lady Violette — Robert se calmó al saber que no se oponía a que formara parte de su vida como su esposa. Aquello era un alivio y el hecho de ser consciente que la llevaría a su hogar hizo que el concepto de esposa fuese más real que nunca. Desconocía todo de ella. No sabía que tipo de educación había recibido, aunque tenía los modales propios de una dama, pero podía percibir su inocencia, podía sentir la pureza en sus ojos y eso lejos de ahuyentarlo, le excitaba como jamás había presagiado.

—En absoluto lord Benedict —contestó Violette sin mirarle. No sabía si la estaba poniendo a prueba o tentando para que después del bochornoso encuentro ella renunciase a su posición y le dejase el camino libre. No. Desde luego ella iba a reclamar su título y vivir la vida que siempre había soñado desde los muros en los que se había criado enclaustrada—. Asumiré todas mis funciones como en su día lo hizo mi difunta madre —concretó sintiendo cierto orgullo de tener el mismo título que en su día tuvo su progenitora, era como si una parte de la esencia de su madre estuviera a su lado afrontando su destino.

Robert se marchó poco después cuando el silencio era tan incómodo que sintió que le ahogaba.

Él siempre se había considerado una persona con don de palabra y era la primera vez que no tenía argumentos lo suficientemente válidos por el simple miedo a que ella pudiera preguntarle sobre cosas de las que realmente se avergonzaba. Se sentía acorralado por aquella joven que apenas acababa de cumplir los dieciocho años, pero lo que más le inquietaba era tener la plena constancia de que para ella sería un auténtico canalla.

Dos días más tarde Violette recorría los caminos de aquella casa campestre hacia su nueva vida, Londres. Se había despedido con cariño del señor y la señora Hooper que estaban contentos y al mismo tiempo apenados por la partida de su única hija Rebecca, aunque esta

última estaba más entusiasmada por ir a la ciudad que incluso ella misma. Se alegraba infinitamente de que al menos la joven rebosara alegría puesto que sus inquietudes no dejaban paso a que disfrutara de saber que ahora comenzaría su verdadera aventura; ser duquesa.

En aquellos dos días apenas había cruzado palabra con lord Benedict, sobre todo porque este la rehuía como si quisiera evitarla y lo cierto es que ella tampoco había puesto de su parte para que resultara lo contrario, incluso se había obligado a retrasarse en el desayuno para no coincidir en su presencia. Aquel hombre le inquietaba y al mismo tiempo se repetía que su corazón era de otra mujer, una que no había vuelto a ver tal y como él le había prometido, solo que no entendía que hacía él en aquella casa en lugar de buscarla para estar junto a ella. Llegó a la conclusión de que seguramente su amante habría regresado a la ciudad y de ahí las prisas por marcharse en cuanto Rebecca regresó con el carruaje. Estaba completamente segura de que en cuanto pisara un pie en Londres, la buscaría desesperadamente.

—Le encantará la mansión de los Benedict, mi lady —mencionó Rebecca mientras Violette observaba el paisaje a través de la ventana del carruaje. Mientras lo hacía era imposible evitar que su vista fuese hacia cierto caballero que galopaba cerca de ellas en lugar con postura erguida.

Era demasiado apuesto para no atraer su atención, tuvo que reconocer y eso hacía que sintiera una opresión en su pecho por no poder controlar dicha sensación.

—Estoy deseando verla —admitió Violette sonriendo a la joven Rebecca como si compartiera de algún modo su entusiasmo.

—¡Oh, mi lady!, ¡No se sienta mal! Es joven y tiene mucho que aprender como dice mamá. La mayoría de los hombres tienen amantes, pero usted es joven, hermosa y la única que perdurará siempre.

En cuanto Rebecca regresó con el carruaje de lord Benedict, Violette comprobó que la joven

estaba más callada de lo normal hasta que supo que era porque había ido a la ciudad acompañando a la baronesa de Fornett, la misma mujer que había encontrado junto a su esposo en el salón. Su amante era una dama con título y supuso que de no existir ella, con toda probabilidad la habría desposado.

Se había convencido de que su esposo había buscado en aquella mujer

viuda la experiencia y seducción, esa de la que ella carecía completamente y era toda una inexperta.

—Supongo que si —admitió pensando en que era cierto, lo quisiera o no él, ella era su esposa y moriría siéndolo.

Violette no había estado jamás en aquella ciudad y cuando el carruaje comenzó a adentrarse por calles empedradas que adornaban las calles de Londres, pudo ver el bullicio que había a primera hora de la tarde. Podía ver pequeños puestos ambulantes, carruajes, gente que caminaba de todo tipo de clases e incluso damas con vestidos absolutamente arrebatadores. Las casas eran en su gran mayoría de doble altura y conforme se adentraban en la capital, se podía ver que algunas estaban rodeadas de árboles o grandes parques donde la gente paseaba. No podía compararlo con otros lugares puesto que no poseía recuerdos de su infancia, ni de otras ciudades donde había estado si es que estuvo alguna vez en un lugar que no fuera la casa familiar de los Savegner en la campiña, pero aquella era una ciudad mágica en todo su esplendor.

El carruaje se detuvo frente a una enorme casa palaciega construida en piedra. Tenía algunos ornamentos en la fachada y una pequeña escalinata hasta llegar al portón enorme de manera maciza que la separaba del exterior. Todas las casas parecían tener esa peculiaridad, se preguntó por un instante cuál debía ser la razón. En la puerta colgaba una enorme aldaba de color oro que llamaba especialmente su atención por el tamaño.

—¿Es esa? —preguntó Violette a Rebecca mientras sus ojos devoraban cada rincón exterior del que se suponía sería su nuevo hogar.

—Si mi lady, ya le dije que le encantaría. Es mucho más grande que la casita de campo —

sonrió esta y abrió la puerta del carruaje para que ella bajase.

Robert se apresuró en dejar su caballo y cuando quiso acercarse al carruaje comprobó que su esposa ya bajaba sin esperarle. Sintió cierta rabia por no tener la excusa para tenderle una mano y así rozar su piel. ¿Desde cuando él sentía rabia por ese tipo de cosas? Debía admitir que ella no parecía necesitarle y tuvo que reconocer que no tenía ningún motivo para hacerlo ya que siempre había estado ausente en su vida, ¿Como iba a contar con él si había pasado toda su existencia sin la presencia de un caballero? Admiró su innata belleza, supo instantáneamente el efecto que iba a causar en aquella sociedad

y en su círculo más cercano, comprobó por sí mismo que anhelaba que ella le necesitase y que por primera vez en su vida deseaba ser indispensable para alguien.

—Bienvenida a su nuevo hogar, lady Violette —mencionó Robert extendiendo su brazo para que ella lo rodease, pero la joven no hizo tal cosa, sino que cogió con ambas manos su vestido para subir aquellas escaleras y él no tuvo más remedio que seguirla.

Si la mansión era hermosa por fuera, sin duda alguna era aún más brillante por dentro. Violette pudo observar la enorme lámpara de araña que colgaba del inmenso techo en el hall de entrada. El suelo parecía ser de mármol veteado y una mesa central hacía de aparador donde pudo oler la fragancia de un hermoso jarrón con flores frescas, entre ellas pudo reconocer sin lugar a duda su flor preferida; lavanda. Aunque complementaban aquel exquisito perfume varios tipos de flores a los que ella no estaba habituada a ver, aunque si los había estudiado en botánica.

—Buenas tardes excelencia, ciertamente no le esperábamos tan pronto y por lo que puedo ver, trae visita. ¿Desea que pida que le sirvan el té en el gran salón? —preguntó aquel mayordomo al

que Robert entregó su abrigo y sombrero mientras éste hacía una reverencia y se lo recogía.

—Que sirvan el té por favor, ¿Está madre en casa? —contestó Robert algo nervioso porque no sabía muy bien como iba a afrontar aquella conversación con su progenitora.

—Por supuesto excelencia —aseguró el mayordomo con evidente cortesía—. En referencia a su pregunta, la señora Benedict se encuentra en casa, ¿Desea que la avise de su presencia?

—Gracias Jonás, lo haré yo —contestó Robert mientras se apresuraba para acercarse al borde de la gran escalinata que conducía al piso superior y subía un par de escalones—. ¡Madre! —gritó

—. ¡Madre! —insistió cuando vio que esta no le respondía.

—Quizá esté descansando y no sea conveniente importunarla —mencionó Violette.

—Seguramente esté respondiendo la corresponden…

—¿Qué son esos gritos? —exclamó la señora Benedict conforme

bajaba la escalera—. Si te escuchara tu padre se estaría revolviendo en su tumba y…

En cuanto la señora Benedict posó sus ojos sobre el rostro de Violette su garganta dejó de emitir sonido alguno.

—Madre, le presento a lady Violette —dijo Robert acercándose a la joven.

—Es un placer conocerla señora Benedict —respondió Violette con cierto nerviosismo por conocer a la que oficialmente era su suegra y por tanto, su familia.

De algún modo desconcertante quería caerle bien a esa mujer de gran temperamento que le recordaba a la querida lady Julia. Ansiaba volver a ver de nuevo a su amiga, o más bien hermana como ella le decía que era.

—¡Oh!, ¡Que criatura tan hermosa!, ¿Porqué no me avisaste de que tendríamos visita Robert?

—exclamó la mujer acercándose hacia Violette—. Disculpe los modales de mi hijo lady Violette, pero al parecer se le ha olvidado que en una casa respetada las visitas se anuncian para tener preparadas unas suculentas y recién horneadas pastas —dijo con cierto retintín mirando furiosa a Robert y este pareció importarle muy poco algo tan trivial como aquello.

—No es una visita madre —Se adelantó a decir Robert—. Lady Violette ha venido para instalarse en nuestra casa —añadió provocando que su madre quedase completamente perpleja.

—¿Es tu pupila? —preguntó la señora Benedict absorta.

Por alguna razón a Robert no le sorprendió que su madre hiciera aquellas conjeturas teniendo en cuenta la dulzura en el rostro de su esposa que evocaba su temprana edad e incluso aparentaba menos de los dieciocho años que tenía.

—Es mi esposa —terció provocando un silencio estremecedor que reinó en aquella casa.

A Violette se le tiñeron de rojo las mejillas cuando escuchó como el duque de Savegner afirmaba que ella era su esposa comprendiendo que ni su propia madre sabía de su existencia.

¿Por qué?, ¿Por qué no se lo había mencionado ni tan siquiera a un pariente tan cercano? Julia en cambio parecía saberlo e incluso había ido a buscarla y algo le decía que había sido a escondidas de su hermano si tenía en cuenta que éste no sabía que ella se encontraba en aquella casa de campo familiar. ¿Es que no tenía pensado admitir jamás su existencia?, ¿Pensaba dejarla de por vida en aquel convento hasta que muriera? No sabía si quería saber o no la respuesta pero ciertamente cada vez estaba más segura de que él no la deseaba en su vida.

—¡Te has fugado a Gretna Green con ella!, ¡Oh Dios mío!, ¡Que va a decir la gente!, ¿Quién es? Porque jamás he visto unos ojos similares a los suyos y eso significa que es demasiado joven para haber sido presentada en sociedad. ¡En qué lío te has metido!

—Soy una Savegner señora —irrumpió Violette que pese a sentirse ajena en aquella conversación, ciertamente estaban hablando de ella.

—Si jovencita. Sé muy bien el título que habéis adquirido al contraer matrimonio con mi hijo, pero pregunto por vuestra familia, es evidente que no tenéis la edad para haber sido presentada en sociedad —terció mirándola y Violette comprobó que no había rencor en sus ojos, sino más bien algo parecido a la inquietud— ¿Qué edad tiene Robert?, ¿Ha cumplido al menos los diecisiete?

—Me casé con ella hace dos años madre —pronunció Robert mientras se llevaba una mano al mentón como si necesitara medir las palabras que estaba diciendo controladamente—. Lady Violette ya era una Savegner antes de contraer matrimonio, es la hija del antiguo duque, la última que queda con vida de su linaje.

Violette comprobó la expresión de asombro en aquella mujer como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar y ciertamente era insólito que nadie la hubiera informado en esos dos años de aquel acontecimiento tan relevante.

—¡Llevas dos años casado y me lo dices ahora! —gritó—. Eso no va por usted lady Violette, le aseguro que queda fuera de esta disputa familiar —agregó dirigiéndose a ella en un tono suave y mucho menos enfurecido—. ¡Como se te ocurre!, ¡Como osas no contarle algo así a

tu propia madre!, ¡Casado!, ¡Mi propio hijo casado y yo sin saberlo! —siguió gritando enfurecida.

—Acordé con su padre que la joven permanecería bajo su tutela hasta los dieciocho años, así que no creí conveniente que lo supiera. Además, son asuntos que no le conciernen madre. Ella está aquí ahora y ha venido para quedarse —admitió Robert algo cohibido por las circunstancias.

—Por supuesto que va a quedarse. ¡Esta es su casa!, ¡Y nosotros su familia! —gritó—. Vamos muchacha, tomaremos el té en el salón mientras preparan vuestra habitación y me hacéis un resumen de vuestra vida, ansío conocer cada detalle de mi nuera.

En cierto modo Violette sintió que aquella mujer parecía estar más de su lado que de su propio hijo, así que sonrió débilmente mientras dejaba que la señora Benedict entrelazara su brazo y la arrastrara literalmente hacia ese famoso salón del que tanto hablaban.

—Si me disculpan, tengo un asunto urgente que tratar, intentaré no demorarme demasiado —

mencionó Robert no dejando que ninguna de las dos se atreviera a preguntar que podría ser tan urgente para salir corriendo de esa forma teniendo en cuenta que era la primera vez que su esposa visitaba su nuevo hogar.

En ese momento Violette lo supo. Debía ser por ella, sin duda había salido corriendo a los brazos de su amante, sin poder esperar ni un solo segundo más para verla.

Capítulo 10

Robert golpeó fuertemente el eslabón de metal que colgaba en aquella hoja de madera maciza que representaba la casa de su hermana menor. Ni tan siquiera había enviado una misiva avisando de su presencia, no porque no creyera necesitarla, sino porque le urgía encarar a la culpable de su desdicha. A pesar de que hubieran pasado varios días desde el suceso, ciertamente su furia no se había mitigado

del todo y aún sentía la ira carcomiendo sus entrañas por lo ocurrido. En cuanto la puerta se abrió entró con paso decidido sin ser anunciado, incluso pudo escuchar el leve gimoteo del mayordomo que corrió tras él después de cerrar la puerta tratando de impedirle el paso.

—¿Dónde está mi hermana? —gritó lo suficientemente alto para que se le escuchara—. La duquesa, ¡Donde está! —exigió con autoridad.

—¿Robert? —La voz masculina de su cuñado distrajo su atención del mayordomo y se dirigió hacia su cuñado Richard Hayden, duque de Sheraton.

—¿Dónde está ella? —exclamó lo suficientemente furioso para que lo detectara.

Era como si toda esa furia interna acumulada eclosionara repentinamente al saber que estaba cerca de una de las culpables de lo sucedido.

—No se si en tu estado es una buena idea que la veas. ¿Qué ha hecho para que estés así? —

preguntó apaciblemente y con una calma de la que Robert precisamente carecía en aquel momento.

—¿Qué ha hecho? —exclamó—. ¡Meterse en mis asuntos cuando no le correspondía hacerlo!

—gritó fuera de sí—. No le bastaba con recriminármelo a la cara, sino que a mi espalda… ¡A escondidas! —exclamó con mayor fervor—. ¡Se involucra en mi vida privada sin mi consentimiento!

—¿Acaso no hiciste tu lo mismo cuando me obligaste a casarme con Richard? —soltó repentinamente la voz de Julia haciendo acto de presencia en el hall de entrada.

Robert miró a su hermana enfurecido y lleno de rabia. Estaba seguro de que sus ojos echaban fuego en aquel momento.

—¡Y tendré yo la culpa de que te pillaran besándole en pleno baile! —gritó señalando al susodicho en cuestión—. ¡Estaba salvando tu reputación!

Robert planteó la situación y no sabía porqué de pronto él era el culpable cuando allí la culpable era su hermana.

—Pues lo mismo estaba haciendo yo con esa pobre criatura. ¡Si por ti fuera la hubieras dejado en ese convento toda su vida! —gritó Julia—. Y todo por esa… ni tan siquiera me voy a dignar a decir su nombre porque de dama no tiene nada cuando va publicando por ahí que sois amantes —

alegó enfurruñada.

¿De verdad podía creer que la culpa de no buscar a Violette era por Henriette?, ¿De donde diantres se había sacado esa conclusión? Respiró hondo y trató de guardar la calma, solo que la visión de Violette observándole mientras tenía en su regazo a su amante le acechaba.

—¡Que no fuese a buscarla nada tenía que ver con Henriette! —gritó perdiendo los estribos—,

pero por tu culpa ahora no puedo ni mirar a la cara a mi esposa.

La expresión de Julia fue de desconcierto absoluto, indicando que no entendía que podría haber ocurrido.

—Jamás le dije nada a lady Violette sobre tu amante, ni mencioné siquiera una razón por la que no habías ido a buscarla. Ella es tan inocente que ni se atrevió a preguntar porqué no habías ido a por ella —dijo apresuradamente—. Y si tu amante no era el motivo, ¿Qué lo era entonces?, ¿Qué razón podrías tener para no traerla contigo a Londres?

—¡Creía que era un monstruo! —gritó alterado Robert y a pesar de que creía que se reirían de su confesión ciertamente le miraron con absoluta conmoción—. Padre mencionó rumores sobre ella hace años y el hecho de que no me permitieran verla durante el enlace solo me hizo creer que eran ciertos. Pensé que una vez la viera no podría volver atrás, solo quería hacerme un nombre antes de que la sociedad me marginara por su aspecto.

—¡Es la cosa más absurda que he oído en mi vida! —gritó Julia haciendo aspavientos con las manos—. ¿Y preferiste creer los rumores en lugar de comprobarlo? Aunque ni eso es justificación para haber hecho lo que hiciste. ¿Te dignaste a pensar por un momento que esa pobre criatura había perdido al único pariente que le quedaba? Ella solo te tiene a ti, ¡A. nosotros Robert! Ni siquiera te mereces que sea tan hermosa…

—¿Es hermosa? —preguntó curioso Richard mientras estaba absorto a

la disputa de ambos hermanos.

—¡Uy! Ya lo creo, es de una belleza angelical.

«Es un ángel» pensó Robert y oír a su hermana decir aquello solo lo corroboraba.

Era cierto. No se la merecía, pero era suya o al menos podría haberlo sido si no fuese porque…

—¡Eso no te libra de actuar a mis espaldas! —gritó de nuevo—. Y menos aún llevarla a una propiedad que no te pertenece sin informarme.

—¿Y que pretendías?, ¿Qué la trajese a Londres para que te pasearas con tu amante delante de sus narices? —exclamó Julia con el mismo ímpetu en el tono de voz que su hermano.

—¡Pues lo habría preferido! —gritó fuera de sí.

—¿Qué has hecho? —vociferó Julia—. ¿Qué le has hecho a Violette? —acusó acercándose con el mentón alto en modo acusadora.

—No sé de qué hablas… —alegó Robert frunciendo el ceño.

—Claro que lo sabes, tú no estás así porque yo la llevara a la casa de campo, estás así porque ha ocurrido algo, pero si no me lo cuentas tú me lo contará ella cuando vaya…

—Ella está aquí, donde le corresponde estar —irrumpió rápidamente Robert pensando que ese era el sitio que desde un principio le había correspondido y maldiciéndose porque no podía retroceder el tiempo para enmendar cada error que había cometido con su esposa.

—¿Ahora le corresponde estar aquí?, ¿Solo porque la has visto y resulta que es de tu agrado?

Eres un cretino aunque seas mi hermano —soltó Julia importándole muy poco el insulto—. Y más te vale que no se entere de que tienes una amante, así que ya puedes…

—Lo sabe —dijo de pronto Robert mascullando por tener que admitirlo—. ¡Y precisamente es tu culpa que ella lo sepa!, ¡Si no la hubieras llevado allí, ella no me habría visto… no habría visto…

—Ay Dios…. —masculló Richard suponiendo lo que había ocurrido.

—¿No habría visto qué? —preguntó Julia, pero Robert solo se había llevado las manos a la cabeza como si le costara admitir lo ocurrido.

—Cariño, creo que lo que tu hermano trata de decir y por lo que está tan alterado es porque su esposa le ha descubierto en un momento íntimo con *su amante* —contestó Richard susurrando las últimas palabras para que sonaran más suaves.

—No… —dijo Julia—. ¡Dime que no es cierto! —exclamó pidiendo explicaciones a Robert.

—¡No sabía que ella estaría allí! —gritó en su defensa, pero lo cierto es que se sentía dolido con lo ocurrido.

—Definitivamente eres un cretino —dijo Julia alzando las manos como si no supiera que otra cosa decir—. ¿En qué momento se te ocurrió llevar a tu querida a una propiedad privada de la familia?, ¿Es que perdiste el juicio? Definitivamente debiste perderlo para hacer algo así.

—¡Si tú no hubieras llevado a mi esposa allí, nada de esto habría pasado! —rugió Robert furioso por saber que ella tenía razón.

—¡Y si tú hubieras ido a por ella yo no tendría porqué haberla sacado de aquella prisión! —

rugió Julia del mismo modo.

De una forma u otra, el carácter Benedict era palpable en ambos.

—Echarse las culpas el uno al otro no va a cambiar la situación —intervino Richard metiéndose entre ambos para salvaguardar las distancias.

Y por mucho que a Robert le pesara, tenía razón. Responsabilizar a Julia no iba a solventar sus problemas, ni tampoco mitigaba la culpa como creyó desde un principio, sino que se sentía aún más miserable por lo sucedido al tener que reconocer lo ocurrido haciéndolo aún más real.

Violette observaba su nueva habitación como si creyera estar en un sueño del que no deseaba despertar. No solo era por el tamaño, puesto que era inmensa, sino por cada detalle con el que había sido decorada. Aquel dormitorio había pertenecido a la madre de Julia que tras morir su esposo, decidió mudarse a un ala más apartada de la casa dejando esas dependencias para la futura señora de la casa, es decir; ella.

—Querida, espero no ofenderos, pero habrá que renovar vuestro vestuario —mencionó la señora Benedict examinando sus únicos vestidos colocados en aquel armario por Rebecca.

—Lady Julia se encargó de eso señora Benedict, de hecho el vestido que llevo ahora mismo es un adelanto de mi guardarropa —sonrió adorando aquel único vestido que poseía de un corte sencillo pero con color.

—¿Mi hija? —mencionó anonadada.

Lo cierto es que le había hecho mil y una preguntas sobre su infancia, su familia o su educación en el convento, pero no sobre como había salido de éste y supuso que al verla llegar junto al duque, debió pensar que fue este quien la sacó de allí.

—Si. Lady Julia fue quien me buscó en el convento y me llevo a la casa de campo familiar.

Ella fue muy buena conmigo —sonrió amablemente y vio la consternación de aquella mujer.

—Una cree que los educa de buenas formas y le pagan de esta forma, ¡Así que ella también lo sabía!, ¿Es que soy la única en todo Londres que no sabía que mi hijo estaba casado? —exclamó ofendida.

—Disculpe, no deseo que por mi culpa se enfade con lady Julia —agudizó Violette preocupada.

En realidad debía haberlo intuido cuando aquella mujer desconocía su existencia hasta el momento, pero creyó que carecería de importancia ahora que lo sabía.

—¡Oh!, ¡Sois tan dulce! —exclamó ahora más relajada—. Mi enfado queda eclipsado por

vuestra dulzura lady Violette. Estoy deseando contarles a todas mis amigas que al fin tengo una nuera. ¡Ya era hora de que mi Robert decidiera sentar la cabeza! Necesita herederos para el ducado y cuanto antes se los deis mejor. Vuestra madre tuvo a tres varones antes de vos, así que eso es un buen augurio.

Violette escuchó aquello y guardó un silencio sepulcral. Hacía mucho tiempo que no pensaba en sus hermanos, quizá porque no guardaba ningún recuerdo nítido de ellos, pero la referencia de la señora Benedict le recordaba otro hecho. ¿Herederos? Dudaba que pudiera

hacerlo, solo pensar en ello hacía que evocara el recuerdo de su marido con su amante sin poder borrarlo de sus pensamientos.

—¡Disculpadme! —exclamó—. ¡No quería haceros recordar una tragedia! Perdonad a esta anciana que ya no sabe lo que dice.

—No os preocupéis. Era tan pequeña que apenas guardo recuerdo de ellos, pero me entristece saber que perdí a mi familia en tan poco tiempo.

—Ahora tenéis una nueva familia querida y pronto la completareis con vuestros hijos —

mencionó la señora Benedict cogiendo su mano y acariciándola en señal de nostalgia.

Tras la marcha de la señora Benedict de su habitación, un halo de tristeza se apoderó de ella.

Había soñado con todo aquello, con tener una familia nueva que la quisiera, pero lo que más añoraría sería lo que precisamente la señora Benedict le había mencionado sin mala intención; hijos. Sabía perfectamente que no los tendría porque él no la quería. Él no la deseaba. Él solo tenía sentimientos por otra mujer y a la vista estaba que había salido huyendo para buscarla. Tal vez su añoranza solo se debía a que después de haber visto con sus propios ojos al duque de Savegner, debía confesar que físicamente le gustaba y eso hacía que su pesar fuera aún más grande por lo que podía haber sido y jamás sería.

Violette tomó un baño y se colocó una de aquellas prendas insulsas para acompañar a su suegra en la cena donde preveía que estarían únicamente ellas dos. Si acertaba en sus predicciones, su esposo pasaría la noche fuera o volvería lo suficientemente tarde para no verle antes de acostarse, pero erró en sus cálculos, puesto que al entrar en el salón donde la mesa estaba debidamente preparada para acoger a sus comensales, descubrió para su sorpresa que él sí estaba presente.

Buscó con la mirada a la señora Benedict, pero parecía no estar presente.

—¿Ya os habéis instalado? —preguntó Robert en cuanto notó la presencia de su esposa en el salón.

—Si —contestó amablemente Violette—. Es una habitación preciosa.

—Sin duda es la mejor habitación de la casa, ahora sois la señora

Benedict —añadió mirándola directamente a los ojos.

Ciertamente lo era, y su suegra era la viuda de Benedict ahora que había una nueva señora Benedict en la familia ocupando su lugar, aunque solo lo fuera técnicamente hablando porque en realidad no se sentía la esposa de aquel hombre que tenía frente a ella.

—Es… es una casa preciosa —dijo finalmente rodando los ojos para no verle. El simple contacto de su mirada la alteraba sin comprender porqué.

—Es modesta en comparación con otras de la ciudad, pero lo suficientemente grande para albergar una gran familia —contestó caminando hacia ella—. Me alegra saber que os agrada lady Violette —dijo acercándose aún más—. Yo… quisiera pediros….

—¡Lamento la tardanza! —exclamó la madre de Robert acercándose a donde ellos se encontraban—. Me alegro de que hayas regresado a tiempo para la cena, sería de muy mal gusto dejar a tu esposa el mismo día que conoce a sus parientes completamente sola —inquirió de malas

formas.

—Gracias por la advertencia, madre —masculló en voz baja mientras maldecía su aparición y se aproximo a la mesa donde sin previo aviso, apartó la silla donde debía sentarse su esposa y la observó invitándola a tomar asiento a su derecha.

Hasta con ese atuendo grisáceo que no tenía vida alguna, resultaba infinitamente hermosa.

¡Maldito sea el destino y maldita mil veces su suerte por haber metido la pata estrepitosamente!

No habría vida suficiente para increparse por haber aceptado llevar a Henriette a esa casa y menos aún para auto flagelarse por no haber ido personalmente a rescatarla de ese convento.

Jamás podría perdonárselo y tendría que vivir con las consecuencias el

resto de su mísera existencia.

—Querido, ahora que has vuelto de ese asunto tan urgente que no podía esperar, cuéntanos como vas a presentar a tu esposa en sociedad —dejó caer la viuda de Benedict dirigiéndose especialmente a su hijo, pero Violette estaba bastante intrigada con la respuesta.

Capítulo 11

El sábado habría un gran baile en palacio como celebración del inicio de la temporada. A pesar de que ésta ya había iniciado hacía un par de semanas, la fiesta se había aplazado para que la reina estuviera presente y Violette estaba completamente aterrorizada por su presentación en sociedad justamente en ese importante acontecimiento.

Realmente no le aterrorizaba el evento en sí o la multitud de gente que habría completamente desconocida para ella, sino porque jamás había bailado con música de verdad y temía confesarlo a su ahora esposo por miedo a que creyera que no estaba preparada para ser la duquesa de Savegner. Le habían enseñado todos los pasos necesarios y el ritmo que debía seguir, pero nunca había puesto melodía a ellos, sino que simplemente se había guiado por el compás que su profesora marcaba y ahora en retrospectiva, le daba absoluto pavor hacer el ridículo frente a todos.

Había dormido por primera vez en aquella casa y en su dormitorio nuevo, aunque al principio le costó asimilar que solo una puerta separaba su estancia de la del duque y que éste podía cruzarla a cualquiera hora de la noche. ¿Lo haría?, ¿Podría hacerlo? Ciertamente ella era su esposa, pero aquel matrimonio no había sido convencional desde un principio y estaba claro que él no poseía ningún interés en ella, así que aquello era algo de lo que no debía preocuparse. Con ese pensamiento logró conciliar el sueño apaciblemente y debía reconocer que su nuevo lecho era reconfortante, comenzaba a agradarle la idea de vivir allí para siempre.

—¡Buenos días Violette! —La voz de Julia atrajo su atención mientras tomaba el desayuno.

Había sido la primera en levantarse y aunque pensó en regresar a su habitación y hacer hora hasta que algún miembro de la casa se despertase, le indicaron que le servirían enseguida el desayuno en el pequeño comedor. Ver una cara conocida y más aún la de Julia, la llenaba de entusiasmo.

—¡Julia! —exclamó mientras se alzaba y ésta le respondía con un gran abrazo.

—No sabes cuanto me alegra que estés aquí, mi hermano me informó de ello recientemente,

¡Tengo tantos planes para ti! Comenzaremos por visitar Lynetś esta misma mañana, necesitas muchos vestidos nuevos para la temporada. Además, tendrás que tener tu propio carruaje y necesitas accesorios, ¡Miles de accesorios! Y por supuesto iremos a tomar el té a la mejor cafetería de la ciudad, ¡Hacen unas pastas exquisitas!

Julia seguía hablando mientras Violette la observaba y vio como finalmente se sentaba a su lado mientras tomaba el desayuno junto a ella. No dijo nada, sino que la dejó hablar hasta que el duque de Savegner hizo acto de presencia. No pudo evitar pensar en la elegancia de su traje, aunque realmente era consciente de que aquel traje no quedaría igual en otro hombre. Mantenía el porte altivo que siempre le caracterizaba y su semblante serio, aunque al mismo tiempo atractivo le hacían tener un rostro demasiado apuesto para su propio juicio. Era inevitable pensarlo cada vez que le veía y aún más recién afeitado como podía apreciar desde su corta distancia.

—Buenos días lady Violette. Querida hermana… ¿Es que no tienes una casa propia en la que

tomar el desayuno? —preguntó ante la atente mirada de su esposa que percibió aquello como una ofensa hacia la propia Julia.

—Siempre tan oportuno hermano —soltó ésta—. Venia a dar la bienvenida como se merece a mi querida hermana, aunque mi intención será privarla de tu compañía durante todo el día. Tengo demasiadas cosas que enseñarle, además de presentarle a todas mis amigas.

Robert había esperado gozar de un breve instante a solas con su esposa durante el desayuno y decirle aquello que precisamente no había podido finalmente decir la noche anterior, pero para su desdicha, en esta ocasión no era su madre la que importunaba, sino su propia hermana. Observó a su joven esposa con aquellos ojos

radiantes de alegría y suponía que se debía a la visita de Julia.

Por un momento había deseado que aquellos inusuales ojos brillasen del mismo modo al verle a él, pero muy a su pesar tuvo que desechar la idea, probablemente lo único que su esposa sintiera hacia él, era repulsión por lo que había hecho y no podía culparla por ello.

—Veo que no necesitas mi permiso según parece —contestó Robert envidiando el privilegio que su hermana tenía hacia la joven.

Él ni siquiera sabía como acercarse, no tenía la más absoluta idea de qué decir sin sentirse miserable. La idea de admitir que aún no la había conocido o que ella no había significado nada para él hasta ahora que la había visto con sus propios ojos, no era justificación para sus horribles actos. Le había causado un agravio colosal, sentía la culpabilidad amenazando su alma y sabía que solo era así porque cada vez que la observaba, la deseaba con mas fervor. Era aún peor saber que no podría tenerla pese a ser realmente suya.

—Por supuesto que no —rio Julia—. Solo necesito el permiso de Violette y estoy segura de que prefiere mi compañía a la tuya —advirtió descaradamente y dirigió su rostro de uno a otro—.

¿Verdad? —pregunto ahora mirando hacia Violette y Robert contrajo el estómago esperando escuchar aquella respuesta.

Violette no sabía que responder ante aquella tesitura y recordó que él la había abandonado nada más llegar a Londres para correr a los brazos de su amante. Si él prefería la compañía de su querida a la de ella y ni siquiera se escondía en hacerlo, ¿Por qué ella tenía que hacer lo contrario con una simple amiga que además era pariente?

—Desde luego —contestó Violette y provocó que la sonrisa de Julia creciera de forma que ella sonrió igualmente cómplice.

—Lo siento querido hermano, yo llegué primero —aseguró Julia metiéndose otra pasta en la boca de un solo bocado y Robert sabía lo que estaba haciendo. Su propia hermana lo estaba castigando por sus actos.

Ella se lo advirtió. Henry le avisó de que sus acciones podrían traer consecuencias y en cambio no hizo caso a ninguno de ellos, sino que se dejó guiar por sus propias inquietudes y miedos, los mismos que le habían llevado a estar en la encrucijada que ahora se hallaba.

—Entonces solo me queda desearos un buen día —admitió como buen

perdedor y alegrándose en el fondo de que su esposa tuviera a alguien en la ciudad que realmente le agradaba.

—Iré a por el sombrero y los guantes antes de marcharnos —advirtió Violette mientras salía de la pequeña salita para dejar a solas a ambos hermanos.

—Vaya, vaya, vaya. Así que eres un manso corderito en su presencia hermanito, cualquiera diría que ella te gusta mucho —dijo Julia en voz baja atrayendo la atención de su hermano.

—¡No soy ningún corderito manso! —exclamó Robert susurrante para que no pudieran oírle.

—En cualquier otra situación, habrías rebatido mi respuesta hasta el final como un verdadero contrincante. Sin embargo, has dejado que ganara fácilmente, como si temieras ofenderla de algún

modo. Querido hermano, te conozco lo suficiente para saber que eso no lo haces por cualquiera —

asumió Julia dejándose caer sobre la silla—. Me atrevería a decir que por nadie —concluyó cruzándose de brazos.

—Es mi esposa —contestó Robert como si aquello lo dijera todo.

—Y te gusta —insistió ella—. De hecho, creería que tienes un problema si no te gustara teniendo en cuenta que es una…

—¡Me gusta! —exclamó casi en un aullido—, ¿Es lo que querías saber?, ¿Ya estás contenta?

—inquirió exasperado.

—Ahora comprendo demasiadas cosas… —dijo ésta bebiendo su taza de té y cogiendo de nuevo otra pasta. Últimamente tenía demasiado apetito, más de lo normal si cabe destacar.

Robert observó a su hermana frunciendo el ceño, ¿Qué clase de cosas comprendía?

—No sé a qué te refieres —dijo éste contrariado.

—Si ella no te importase, ayer no habrías venido a mi casa en el estado en el que lo hiciste.

Ella te gusta de verdad.

Robert se llevó las manos a la cabeza como si fuera a explotarle. ¿Le gustaba de verdad?,

¡Cielos!, ¡Desde luego que si!

—¿Y que importa eso? Ella jamás me perdonará por lo que hice, ¡Por lo que vio con sus propios ojos!. La ofendí. Hice algo que no puedo borrar o eliminar de sus recuerdos y nunca va a olvidarlo —advirtió apenado.

Quizá era lo que se merecía por haber intentado aprovecharse de la situación, por haber creído que podía dejarla de forma permanente en aquel convento mientras él vivía del dinero de su dote y del título que había pertenecido a su padre con todos los beneficios que implicaba. Ese era su castigo, ese debía ser su escarmiento. No poder tener a su propia esposa pese a desearla con auténtico fervor.

—Querido hermano —dijo Julia levantándose de la silla—. Importa todo. Absolutamente todo

—advirtió con la vista fija en él—. Y por si te interesa saberlo, hay algo por lo que una mujer sería capaz de darlo todo y perdonarlo del mismo modo —advirtió Julia levantándose de su asiento y caminando hacia su hermano—. Amor —añadió antes de darse media vuelta y no esperar a que él contestase.

Robert vio como su hermana se marchaba dejándole a solas con aquella última palabra martilleando sus pensamientos. Amor, ¿Acaso sabía algo sobre eso? Jamás había estado enamorado. Encaprichado demasiadas veces, pero ¿Enamorado de una mujer? ¡Jamás! Y menos aún sabía qué debía hacer para lograr que alguien como Violette se enamorase de él después de lo que había hecho.

Violette estaba abrumada por el gran bullicio de la ciudad. El ruido constante de los cascos de caballos sobre la piedra que cubría las calles junto al traqueteo de las ruedas de madera quedaban eclipsados por el gentío de personas moviéndose hacia el mercado que gritaban para llamar la atención de algún comprador. Julia no cesaba de hablar sobre los planes que tenía durante aquel día y ella deseaba estar feliz por tener al fin a alguien con quien compartir tantas cosas que siempre había deseado hacer, pero sentía cierta opresión en el pecho de la cuál era incapaz de deshacerse. Una campanita metálica tintineó en cuanto su acompañante abrió la puerta y dejó que ella entrase primero, era la primera vez que veía con sus propios ojos una casa de modas y aunque Julia le había advertido de ello, nunca podría haberse

imaginado tantos vestidos a cada cual más hermoso colocados a su vista en figurines de madera. Atraían poderosamente su atención hasta el punto de no apartar la vista para ver la exquisita decoración que complementaba la majestuosidad

de la tienda.

—Buenos días lady Julia, la duquesa la espera en su despacho. Nos ha indicado que os atenderá ella misma —sonrió una de las dependientas que se encontraban tras el mostrador mientras colocaba cintas de encaje a la vista de los clientes que pudieran entrar.

—Gracias Janet —contestó Julia—. Te presento a mi nueva hermana lady Violette, la nueva duquesa de Savegner, creo que desde ahora la verás frecuentar bastante este lugar —añadió mientras las presentaba y Violette saludaba cordialmente a la joven dependienta que sonreía agradablemente.

—Desconocía que el joven duque se había casado, mi más sincera enhorabuena lady Violette.

A Violette no le pasó desapercibido el gesto de sorpresa al enterarse de la noticia. Supo entonces que toda la ciudad tendría la misma reacción al enterarse de que el duque de Savegner ya no era un hombre soltero y no quiso pensar si ese hecho era lo que precisamente a él le molestaba y la verdadera razón del porqué no había mencionado su matrimonio en aquellos dos años. De algún modo sentía que ella era un estorbo para él y que solo la había llevado a la ciudad porque así se lo indicaba su deber como esposo, pero que realmente sus pretensiones desde un principio habían sido otras completamente opuestas.

—Muchas gracias —sonrió Violette agradecida de sus buenos deseos y observó como la joven muchacha trataba de evitar mirarla a los ojos.

Aunque caminaba sin rumbo siguiendo a Julia por aquellos pasillos, la situación la inquietó cuando pensó porqué razón Janet no la observaba y pensó si podría ser posible que estuviera al tanto de los amoríos de su esposo. ¿Sabría toda la ciudad que él tenía una amante?, ¿Evitarían todos mirarla porque en el fondo sabían lo que sucedía en su matrimonio? No quería pensar en ello, de hecho le atormentaba hacerlo, así que cuando sus ojos vislumbraron a una mujer menuda, pero de porte elegante cuyos ojos vibraban de una tonalidad verde esmeralda, dedujo que nunca había visto a una mujer tan hermosa como aquella dama en toda su existencia.

—¡Hermosa criatura! Déjame admirarte, Julia me ha hablado tanto de ti en sus cartas que casi puedo presentir que te conozco. ¡Caray!, ¡Es cierto lo de sus ojos! —exclamó la duquesa de Sylverston como si aquello le diera emoción a la situación.

—Pues claro que es cierto, ¿Desde cuando te he mentido en algo querida amiga? —repuso Julia.

Violette sentía como sus ojos viajaban de una figura femenina a otra mientras ambas hablaban de ella.

—¿Qué le ocurre a mis ojos? —preguntó repentinamente Violette a pesar de saber que no eran de un color común.

—Que son absolutamente preciosos —irrumpió Julia calmándola.

—Definitivamente lo son y además, únicos —añadió Emily ofreciéndoles asiento.

La mañana pasó más rápido de lo que Violette había imaginado puesto que pasaron varias horas eligiendo tonalidades, tejidos y diseños que mejor se adaptaban a su figura. Antes de irse se probó varios modelos que tenía casi acabados para determinar su altura exacta y enviárselos después a casa. Durante el resto de la tarde continuaron haciendo compras, recados y Julia le fue presentando al resto de amistades más cercanas como a la joven Susan que tomó el té junto a ellas acompañada del pequeño duque de Buccleuch.

—Y en el acontecimiento de este sábado, ¿Todo el mundo baila? —preguntó Violette a sus nuevas recientes amigas para calmar su inquietud.

—En general las mujeres casadas no participan en esos bailes, sino que lo hacen las jóvenes

casaderas, aunque a mi me encanta bailar alguna pieza con mi Richard para recordar viejos tiempos —susurró Julia entre risas.

—Eso lo dice porque no se casó de una forma convencional, de lo contrario estaría más que cansada de esos bailes —contraatacó Susan y Violette estalló en carcajadas a pesar de acaparar la atención del resto de las damas que las observaban detenidamente.

—Perdón. Lo siento —La voz de Violette apenas tenía sonido y sus mejillas debían estar completamente sonrojadas por la vergüenza.

—Querida, eres una duquesa y estás rodeada de duquesas. Nosotras no pedimos perdón —dijo Julia comenzando a reír de igual forma.

Violette fue consciente en el poco tiempo que llevaba en la ciudad, que iba a ser realmente emocionante junto a sus nuevas amigas. Regresó al atardecer de nuevo a su reciente hogar, sentía la necesidad de darse un baño después de pasar todo el día fuera, pero casi era la hora de cenar, así que se refrescó rápidamente y se cambió de atuendo para bajar de nuevo al salón donde esperaba encontrarse con su esposo y la madre de éste.

Pasar la tarde con Julia y Susan había calmado sus nervios respecto al baile del próximo sábado. Sabía que no tendría porque bailar en público, ni se requería que lo hiciera, por lo que en aquel aspecto estaba mucho más tranquila y serena. Su inquietud en cambio era otra, una que no iba a lograr quitarse del mismo modo y es que cada vez que pensaba en el hecho de que volvería a ver al duque, una especie de sentimiento inquietante la acechaba oprimiendo su pecho. Quería creer que solo se debía a que aún no se había acostumbrado a su presencia o quizá porque era incapaz de negar su apuesta figura, tal vez solo fuese el hecho de que tenía que aceptar que él jamás sería para ella o simplemente que su nueva situación la abrumaba de sobremanera. Fuese cual fuese cualquiera de aquellas opciones, lo cierto es que era consciente de que cada vez que él hacía acto de presencia su pulso se aceleraba considerablemente.

Tras la cena formal en la que la conversación principal fue entre ambas damas, Violette tomó un baño relajante de flores secas de lavanda y se envolvió en su fina bata de seda mientras trataba de secar su cabello con los paños secos que le había traído su doncella. Esperaba que gracias al gran fuego que prendía en su habitación, pudiera secarlo mucho antes de lo que lograba hacerlo cuando aún vivía en el convento y solo debía contentarse con unas pequeñas ascuas.

Sintió el golpeteo en la puerta y pensó que se trataba de su sirvienta para recoger todos los elementos de su aseo.

—¡Adelante! —exclamó sin mirar siquiera en aquella dirección, sino que mantenía el cuerpo ligeramente inclinado sobre las llamas para que éstas secaran su larga melena que llegaba hasta la cintura.

Robert no había esperado que su joven esposa le indicara que pasara a sus aposentos, sino que más bien había pensado que le abriría la puerta su doncella y le preguntaría si podría hablar a solas con ella.

Estaba cansado de no tener ni tan siquiera un breve encuentro sin que nadie más estuviera presente. Primero su madre, después su hermana y luego de nuevo su madre. Era su esposa y el único tiempo que había pasado a solas junto a Violette se limitaba al momento en el que la había seguido tras aquel episodio fatídico cuando ambos se conocieron. Ni tan siquiera sabía quien era ella en ese momento y tras descubrirlo no era capaz de procesar lo sucedido, menos aún por la visión de aquella belleza.

Quería pedirle disculpas formalmente y nada mejor para hacerlo que obsequiarla con un presente, uno al que había sido incapaz de resistirse en cuanto sus ojos se posaron sobre este porque precisamente le recordaban a ella. Esa jovencita le estaba obsesionando ya que no podía

pasar un instante del día sin que la evocase en sus pensamientos.

En cuanto Robert abrió la puerta y buscó a su joven esposa, sintió que su cuerpo se fracturaba en dos ante la visión que tenía delante de sus ojos. El cabello oscuro contrastaba con su tez blanquecina. Sus labios eran carnosos y su perfil parecía haber sido esculpido por ángeles al albergar tanta delicadeza en un solo rostro, pero lo que más impresionaba aparte de sus grandes ojos era su color vibrante, aunque no le estuviera observando. Devoró con ansiedad su cuerpo, comprobando como se adaptaba aquella fina y sensual tela a cada curva de su figura y sintió como se estremecía tanto él como su propia entrepierna.

¡Por todos los santos! No era una mujer, era una diosa que había bajado del mismísimo paraíso. Podía ver su escote en forma de pico que casi le dejaba apreciar uno de sus senos y su cintura era tan estrecha que sentía que podría abarcarla con una sola de sus manos para apresarla contra él y hacerla suya allí mismo, en aquel lecho, demostrándole lo que provocaba en su cuerpo.

Violette alzó la vista cuando comprobó que la voz de Rebecca no emitía sonido alguno, ni tampoco el ruido de sus movimientos y tras hacerlo se sobresaltó al ver que no se trataba de su doncella, sino de su propio esposo que la observaba fijamente de un modo tan directo que conseguía estremecerla.

Capítulo 12

En cuanto aquellos ojos se posaron sobre los suyos, Robert sintió como su garganta se estremecía y era incapaz de emitir sonido alguno. Estaba anonadado, absorto y completamente rendido ante su inaudita belleza.

—¿Se os ofrece algo? —preguntó finalmente Violette ante aquel plausible silencio. No sabía porque la visitaba en sus aposentos y repentinamente fue consciente de que era la primera vez que estaba a solas con su esposo en un ambiente tan íntimo como lo era su habitación.

Su voz trajo de vuelta a la realidad a un Robert más que embrujado, así que carraspeó varias veces tratando de poner en orden sus ideas y el motivo por el que se hallaba en los aposentos de su esposa.

—Lamento la interrupción, no sabía que estabais… —Las palabras no salían de sus labios para referirse a que su esposa acababa de tomar un baño, así que simplemente hizo un gesto señalando la pequeña tina que había junto a la chimenea. La sola idea de imaginar a Violette desnuda bajo aquellas aguas impregnadas en flores de lavanda era tan abrumadora que sintió un nudo en el estómago de solo pensarlo. Si tan solo hubiera llegado unos momentos antes, la visión que habría contemplado sería mucho más tentadora que la de ahora.

Comenzaba a sentirse demasiado incómodo, se llevó los dedos al cuello para tratar de estirar del pañuelo que llevaba ajustado ya que sentía como éste oprimía su garganta, pero su incomodidad solo radicaba en el hecho de asumir su propio autocontrol para no acortar la distancia que le separaba de ella y estrecharla entre sus brazos.

—Ya había terminado —contestó Violette con la mayor naturalidad que le fue posible y agradeciendo el privilegio de poder darse un baño cada vez que lo deseaba.

Si no fuera porque apenas conocía a ese hombre que parecía tan seguro de sí mismo, ella casi podría afirmar que parecía ligeramente nervioso, pero ella tenía tan poca experiencia en el trato con el género masculino, que desconocía completamente su comportamiento.

—Excelente —dijo entonces Robert mientras daba un paso hacia delante y cerraba la puerta de la habitación en un acto reflejo. Saber que su esposa no parecía cohibida por estar en ropa interior ante su presencia era casi un regalo de Dios. Robert caminó hacia ella que parecía observarle atentamente mientras no dejaba de pasar aquel paño por su largo cabello y éste caía ligeramente sobre su batín, provocando que lo humedeciera y fuese apreciable a la vista observar el pezón rosado a través de la fina tela en un modo sugerente, la palpitación de su entrepierna le hizo comprender que ella le excitaba más de lo que imaginaba—. Deseaba hablaros en privado y lamentablemente no he tenido ocasión desde que llegasteis —dijo tratando de concentrarse en lo que realmente quería decirle y la razón por la cuál había ido hasta allí. De lo contrario estaba seguro de que saltaría sobre ella no pudiendo controlar sus propias acciones consumidas por el deseo.

Violette se tensó tras oír aquella explicación suponiendo que el tema que deseaba tratar con ella en privado podría ser una referencia a su matrimonio. Bien era cierto que desde que habían

atravesado las puertas de la mansión Benedict, no habían compartido ningún momento a solas. Si había ido hasta sus propios aposentos, intuía que debía se algo urgente que no podía esperar, quizá quería dejar clara su situación en aquella casa o tal vez se había arrepentido de haberla traído cuando apenas llevaba un día en la ciudad.

—¿Deseáis que me marche? —preguntó alzando el mentón y Robert pudo comprobar que era aún más hermosa con el cabello humedecido mientras caía sobre sus hombros adornando su bello rostro.

¿Marcharse? De ninguna forma permitiría que se alejase de su lado.

—¿Por qué razón iba a desear que os marchaseis? —exclamó frunciendo el ceño y supuso que él tenía la culpa de que ella imaginase aquello—. No —negó rápidamente—. Lamento si de algún modo os he dado esa impresión, no era mi intención —agregó mientras se perdía en sus ojos que, a pesar de la penumbra, podía detectar cierto destello violeta.

Violette se relajó parcialmente y antes de que pudiera preguntar cuáles eran los motivos por los que había acudido a sus aposentos, observó el estuche de terciopelo que sacó del bolsillo interior de su chaqué y lo abrió ante sus ojos.

—No os realicé ningún obsequio por nuestro enlace, así que tendréis

que disculpar mi tardanza, pero espero que os guste. —Robert no quería admitir que en realidad deseaba fervientemente que le gustase porque repentinamente quería verla luciendo aquella joya solo porque él se la había regalado.

Violette se quedó observando maravillada la fina gargantilla plateada cuya piedra preciosa destellaba ante sus ojos. Era violeta, le había regalado una joya que poseía el color de sus ojos y a pesar de se la hubiera regalado porque sintiera la obligación de hacerlo, no podía evitar sentirse agradecida.

—Es realmente preciosa —admitió acercando sus dedos hacia la piedra preciosa como si temiera que fuese a desaparecer entre sus dedos.

Aquella joya iba a ser su posesión más valiosa.

—Lo es —admitió Robert, pero no miraba la joya, sino a su nueva dueña.

—Creo que debo daros las gracias por vuestro presente —sonrió Violette y alzó la vista de nuevo hacia el duque.

Le estaba sonriendo, ella le estaba dedicando una sonrisa a él y en ese momento pensó que era el hombre más feliz sobre la faz de la tierra, incluso se sintió estúpido de pensarlo, más aún de saber que ella parecía contentarse con tan poco cuando él era quien había salido ganando en todos los aspectos respecto a aquel matrimonio. Ella era tan delicada, tan frágil y brillaba con su sola presencia iluminando su paso. Era el momento indicado, tenía que decirlo, aunque solo fuera para expiar parcialmente su culpa. Aquella era su oportunidad, a pesar de que tuviera que evocar un recuerdo desagradable que estropease su sonrisa.

—Soy consciente de que mi forma de actuar no ha sido la correcta y lo lamento profundamente.

Os prometí que no sucedería de nuevo y seré fiel a mi promesa, pero no os ofrecí una disculpa por ello. —Robert respiró profundamente, realmente no sentía que se hubiera quitado una carga tras decir aquello, aún seguía sintiendo cierta opresión en su pecho que probablemente jamás cesaría porque era consciente de que no podía borrar de la memoria de su esposa sus recuerdos.

Violette no sabía que responder, ¿Qué se supone que debía comentar al respecto?

—Os agradezco vuestra disculpa, aunque no cambie lo sucedido —admitió finalmente refiriéndose al hecho de que él proseguiría su relación con su amante.

Robert supo que jamás lo olvidaría y quiso arrancarse a tiras la piel de su cuerpo por no saber

gestionar aquello como él quería. ¿Sería posible lo que su hermana le había mencionado esa misma mañana?, ¿Habría una mínima posibilidad al respecto de que ella le perdonara?

La interrupción de la doncella de lady Violette, hizo que Robert se despidiera apresuradamente y fuese directamente hacia su propio despacho consciente de que aquella noche sería incapaz de conciliar el sueño. Vertió el liquido amarillento del coñac que había en su licorera sobre uno de los vasos y se lo llevó a los labios rápidamente como si creyera que de aquel modo conseguiría calmar la tensión de sus músculos. Aún podía notar la tirantez de su entrepierna por el deseo inquietante hacia su bella esposa, sentía el refulgir de sus palpitaciones mientras rememoraba aquella dulce sonrisa que le había dedicado únicamente a él, asegurándole que era un ángel caído del cielo y desde luego era consciente de que tenía que hacer algo para lograr que ella olvidara ese recuerdo. No tenía idea alguna de si su hermana tenía o no razón al respecto y no sabía como iba a lograrlo, pero se dejaría hasta su último aliento en intentar enamorarla.

Aquella mañana Robert salió temprano de casa. Necesitaba ver con urgencia a un buen amigo para que le diera su consejo, así que cuando Henry Sylverston le vio aparecer a primera hora del día, le extraño lo suficiente para preocuparse.

—Diría que me alegra verte, pero entre el ceño fruncido y que jamás me visitas a estas horas de la mañana, me atrevería a decir que ha sucedido algo grave —mencionó Henry incorporándose de su asiento para saludarle.

—Lamentablemente solo es grave para mi mismo —se apresuró a decir sin corregir a su amigo y tomó asiento, pero su propio nerviosismo le hizo levantarse rápidamente y frotarse las manos de nuevo.

—Jamás te he visto así Robert, ¿Qué ocurre? Me atrevería a decir que llevas días sin dormir por tu aspecto.

Mas bien llevaba días sin descansar adecuadamente, pero bien era cierto que la pasada noche había sido la peor de todas, más aún sin poder eliminar de su recuerdo el cuerpo atrayente de su esposa.

—Hay mucho que debo contarte y de lo que no me siento especialmente orgulloso —dijo sin apartar su vista de la alfombra que cubría el suelo sobre el que no dejaba de moverse.

—Ayer me contó Emily que había conocido a tu esposa, se refirió a ella como una dama absolutamente hermosa, por lo que imaginé que debías estar pletórico por ello, ¿O mi esposa exageró en su descripción? —inquirió Henry tratando de averiguar porqué su amigo parecía tan inquieto.

—Es hermosa —admitió—. De hecho, es demasiado hermosa. Siento que no la merezco —

agregó apesadumbrado.

—Si te refieres al hecho de que no fuiste a buscarla inmediatamente, imagino que la joven lo terminará aceptando, de hecho, me sorprendió que finalmente hubieras tenido el valor de ir a buscarla y que entraras en razón tras la última conversación que tuvimos.

En ese momento Robert recordó aquel día donde le reveló sus miedos a su mejor amigo y éste le reprochó que estaba actuando erróneamente. Desde entonces no habían hablado en referencia a ese asunto, en parte porque le molestaba que pudiera volver a recriminárselo y ahora le atormentaba tener que decirle que le debía haber hecho caso desde un principio.

—Ojalá hubiera tenido el valor —admitió—, pero ni tan siquiera eso logré hacer bien y ahora no sé como arreglar esta situación —agregó comenzando a revelar todo lo sucedido en la casa de campo y como su esposa le descubrió con su amante en el regazo en una situación de lo más humillante.

De algún modo, Robert casi había esperado que Henry le gritara, tal vez porque sentía que se lo merecía, en cambio observó como su buen amigo servía dos copas de su mejor brandy y le acercaba una de ellas.

—Aunque no son horas creo que tú lo necesitas para calmarte y yo para procesar lo que me acabas de contar —admitió Henry con calma.

Robert se tragó el líquido ámbar de un solo trago, importándole muy poco el amargor de la bebida. Ni tan siquiera el escozor en su garganta lograba mitigar esa sensación de ahogo que sentía cada vez más plausible.

—Me siento un miserable Henry —admitió—. Lo peor de todo es que

no sé que debo hacer al respecto, tengo una sensación de ahogo constante porque soy consciente de que no puedo volver atrás en el tiempo y hacer las cosas de otro modo. Me lo advertiste y no te hice caso, mi hermana me lo reprochó y continué estando ciego hacia la situación. En el fondo sé que esto solo es un castigo por mi comportamiento. Fui egoísta y ahora tendré que pagar las consecuencias.

—¿Estás así únicamente porque te sientes culpable? —preguntó Henry con tacto.

—Es evidente que me siento culpable, pero la única razón que me inquieta y por la que no logro conciliar el sueño es porque ella acapara todos mis pensamientos y la sola idea de que jamás pueda tocarla me aterra. Siento una necesidad de poseerla absolutamente indescriptible —

confesó sin tapujos.

—En ese caso deberías estar agradecido de que sea tu esposa y su deber sea proporcionarte herederos al ducado —advirtió Henry sonriente provocando que su amigo abriera enormemente los ojos.

Robert no había pensado en ello, probablemente porque hasta ahora la posibilidad de tener herederos no había entrado en sus planes. La idea de tener una familia junto a esa bella joven no le inquietaba, sino que más bien le agradaba. Se dejó avasallar por la imagen de aquel ángel viviente desnudo en su lecho mientras le dejaba acariciar cada parte de su cuerpo.

Quería borrar sus recuerdos. Quería que ella no tuviera duda alguna de que la deseaba únicamente a ella. Quería que se entregase a él por propia voluntad y no tener que forzarla por el deber de darle un heredero. ¿Qué se supone que debía hacer? Se preguntó sintiéndose el hombre más inútil de todo Londres. Había tenido una considerable cantidad de amantes y podría decir que sus artes amatorias eran bastante elocuentes, pero todo se basaba en una conquista para tratar de llevar a una dama al lecho. No tenía la más mínima idea sobre lo que debía hacer o como actuar respecto a alguien tan inocente como Violette y mucho menos iba a tratarla como alguna de las amantes que había tenido en el pasado.

Con ella todo era diferente, incluso el placer que sentía al admirarla, al verla con aquellos delicados ojos o el simple hecho de pensar en ella. Quizá solo se trataba de que jamás había sentido esa clase de

atracción por una dama tan joven e ingenua.

—Jamás podría forzarla a cumplir con su deber de darme un heredero Henry. Creo que ya hice demasiado para infundir rechazo en ella, no podría ni mirarme al espejo si la obligase a aceptarme en su lecho —admitió deseando que ella le aceptara libremente.

Henry sonrió y palmeó el hombro apesadumbrado de su amigo.

—Te comprendo. Hace años que pasé por algo parecido, tú bien lo sabes. Demuéstrale que estás interesado en ella, olvida tu terquedad y sé un caballero a partir de ahora con tu esposa comportándote como tal, el tiempo determinará si ella está dispuesta a olvidar lo ocurrido. Es el único consejo que puedo darte y que creo que has venido a escuchar, amigo mío —sentenció Henry sintiendo cierta preocupación por el estado de Robert.

Capítulo 13

Violette se miraba al espejo mientras su doncella terminaba de ajustar los últimos bucles que escapaban a su peinado. No podía negar sus nervios, según había deducido por algunos comentarios que no evitó escuchar mientras se realizaba las últimas pruebas de su vestido, en aquel baile estaría toda la élite de Londres sin excepción y ese iba a ser su primer acto oficial como duquesa de Savegner, después no habría vuelta atrás. Su vestido era una delicia, aunque habría preferido que su escote fuera mucho más cauto, lady Emily había insistido en que esa era la moda entre las damas. No obstante, le permitiría lucir mejor el colgante que le había regalado su esposo y que combinaba con los destellos púrpura de su vestido.

Había meditado durante las últimas horas fingir un dolor de cabeza para evitar aquel evento, pero se recriminó a sí misma que no había pasado doce años de su vida encerrada para que el miedo la embargara. No permitiría que cada uno de esos días con los que había

soñado salir para recuperar su vida se desvanecieran por su falta de creencia en sí misma. Su temor por no estar a la altura de la gran duquesa de Savegner la abrumaba, pero su tesón era más fuerte que aquel miedo que la inundaba. Bajó las escaleras y se sorprendió al ver que su esposo la aguardaba. Al verle, se agarró fuertemente al pasamanos de la escalera cuando alzó la vista para fijarla en ella. ¿En que momento había creído que aquel hombre no podía lucir más apuesto? Desde luego aquel traje impecable le hacía parecer el hombre más guapo de toda Inglaterra.

Robert no estaba preparado para verla de ese modo. Su ángel parecía haberse metido en el vestido de una dama de alta alcurnia que lucía demasiado encantadora y provocativa para su juicio mental. No. Ese escote no era digno de ser admirado por nadie más que no fuera él y sentir aquel extraño fulgor de unos aparentes celos resulto absolutamente innovador.

El tejido se ajustaba perfectamente a su pequeña cintura, marcando cada curva acentuada por el corsé que oprimía sus senos y sobresalían de aquella delicada tela. Podía deleitarse observándolos de forma cauta desde su gran altura, pero cuando descendió completamente y llegó hasta él, la vista era tan espléndida que casi resultaba inquietantemente dolorosa. Para más énfasis, lucía la joya que él mismo le había regalado varias noches atrás y le recordaba a ese momento íntimo en su propia alcoba donde casi había logrado perder la cordura.

—Su capa, mi lady —anunció Rebecca colocando sobre los hombros de su señora la fina capa que envolvía su delicado cuerpo.

En aquel momento Robert reaccionó, ofreció su brazo para que ella lo aceptara y agradeció al firmamento que su madre hubiera decidido no asistir al baile, porque de ese modo tendría a su bella esposa a solas durante todo el trayecto en carruaje para deleitarse.

El recorrido hasta el palacio real duraba aproximadamente media hora, Robert siempre había preferido moverse por la ciudad a caballo a menos que fuera absolutamente indispensable, pero en aquella ocasión estaba complacido de no ser así. En cuanto cerró la puerta de madera y dio dos golpes, el cochero comenzó su marcha hacia el destino que tenían previsto y a pesar de la oscuridad que albergaba en su interior, podía percibir que su joven esposa parecía nerviosa a

juzgar por el movimiento constante de sus manos, aunque quizá fuera solo su impresión.

—Cuando lleguemos a palacio seremos anunciados ante los invitados, todos los presentes sabrán que eres mi esposa y con toda probabilidad se acercarán para felicitarnos por el reciente enlace.

—¿Reciente? —exclamó Violette abriendo sus ojos absolutamente consternada.

—Dejemos que lo crean así —contestó Robert con una media sonrisa para tratar de calmarla

—. No os preocupéis, estaréis cerca de caras conocidas y no me separaré de vuestro lado.

En aquel momento Violette se turbó por creer que le había transmitido aquella sensación, ¿Tan transparente era?

—Yo… no estoy preocupada, aunque os lo agradezco —fingió tratando de respirar hondo—.

¿Serán muchos los invitados? —preguntó con cierta curiosidad y al mismo tiempo aflicción.

Jamás había estado en un baile y la sola idea de asistir a uno era absolutamente novedosa y refrescante, pero al mismo tiempo sentía una opresión por no estar a la altura que no le dejaba respirar libremente.

—Si. Una invitación real es motivo suficiente para que ningún miembro de la sociedad la decline, por tanto, es de esperar que todos los invitados por la corte estén presentes.

Violette pensó en las palabras de Julia, no se esperaba que las damas casadas bailaran, así que no tendría nada por lo que preocuparse.

—¿Qué es eso? —preguntó Violette acercándose a la puerta. Entre el ruido de caballos y carruajes, podía apreciarse un ligero y agradable sonido que provenía de alguna parte.

—¿Os referís a la música? —preguntó Robert acercándose y Violette sonrió. Era la primera vez que escuchaba algo tan agradable y quería oírlo con mayor nitidez—. Proviene de palacio, la escucharéis mejor conforme nos estemos acercando —añadió perdido en sus ojos y en aquella plausible sonrisa que le daba un aspecto aún más angelical si es que era posible.

En aquel momento observó como Violette se llevaba una mano a su

garganta y comenzaba a juguetear sin ser consciente con el colgante que él mismo le había regalado. El movimiento hizo que Robert se perdiera en ella y se quedase absolutamente hipnotizado, sus pechos se alzaban con cada respiración provocando que su garganta se resecara por el simple hecho de anticiparse al deseo de tenerlos entre sus manos. Su cuello, tan blanco y puro como la nieve, ansiaba acariciarlo entre sus dedos. Siguió ascendiendo hasta dar con aquellos labios, ligeramente entre abiertos y supo que no podía soportarlo, aquella fuerza interior que le arrastraba para sucumbir ante la tentación era más fuerte que su voluntad. En cuanto Violette ladeó su rostro para mirarle, aquellos ojos brillantes se posaron en él y sin más vacilación acortó la distancia que los separaba acogiendo sus labios entre los suyos. Era cálida, absoluta y sencillamente cálida entre sus manos.

Violette no entendía que estaba sucediendo hasta que la coordinación de su razón y su voluntad fueron conscientes de que su esposo, el duque de Savegner tenía sus labios sobre los suyos y la sensación era absolutamente deliciosa, casi tanto que de forma inconsciente se apegó a él para sentir aquel deleite.

En el instante en que Robert percibió que ella no le rechazaba, trató de extender sus labios para abrirse paso a través de su boca y deleitarse con su esencia, quería más de ella, ansiaba todo de ella, pero justo antes de lograrlo y percibir que el firmamento se rendía ante sus pies con aquella sensación tan placentera, el movimiento brusco del carruaje hizo que recuperase la cordura y escuchara las voces a su alrededor. Supo entonces que el coche de caballos se había detenido y que ya estaban en el palacio real.

¿Desde cuando él perdía la noción del tiempo de aquel modo? Era muy consciente de que lo

hacía desde el mismo momento en el que había conocido a esa joven hermosa que nublaba su entero juicio.

A pesar de querer ordenar dar media vuelta y poner rumbo de nuevo a su hogar, se separó lentamente de su joven esposa con evidente pesar y pudo observar la confusión en su mirada.

—Lo lamento. Temo que tendréis que disculparme —inquirió Robert lamentando el hecho de tener que separarse y en el fondo, de no haber podido soportar el ansia por probar sus labios.

Unos labios que ahora que había probado y saboreado su esencia se

moría de nuevo por volver a probar.

—¿Qué es lo que lamentáis exactamente? —preguntó Violette—. Quizá no tendríais que disculparos ante mi, sino ante la mujer que amáis —alentó con pesar.

En aquel momento Robert sintió que le habían dado una bofetada. ¿De verdad podría creer Violette que él amaba a otra mujer? Y entonces fue consciente de que no tenía razones para pensar lo contrario.

—Ningún hombre debería tener que tratar tales asuntos con su esposa, pero os puedo asegurar que mi corazón no le pertenece a ninguna mujer, *aún* —citó sin dejar de mirarla—. Os dije que aquella situación no volvería a suceder y os reiteré mi promesa cuando os regalé esta joya —

mencionó señalando el colgante, aunque en realidad deseaba tocarlo con sus dedos para rozar así su piel en ese punto tan delicado y suave —. Y si os lo dije es porque rompí toda relación con la dama en cuestión.

En ese instante Violette sintió como si su corazón se agitara repentinamente y sus sueños atrapados quisieran liberarse por completo. ¿Era cierto?, ¿Él no la amaba?, ¿No sentía nada hacia aquella dama? Antes de que pudiera contestar, los golpes en la puerta les hicieron guardar la compostura y alejarse levemente.

—Excelencia, ¿Todo bien? —preguntó el cochero.

—Continuaremos esta conversación cuando finalice el baile —aseguró Robert rozando su mano con la de ella delicadamente—. Ahora es el momento de que todo el mundo conozca al fin a mi esposa.

Violette estaba confusa, no sabía que decir o que opinar al respecto. Él tenía una amante mientras estaban casados. Sí, eso era evidente puesto que los había descubierto juntos, pero hasta el momento su único pesar había sido que ella creía que él amaba a esa mujer, ahora tenía que lidiar con el hecho de que no era así y no sabía como afrontarlo. No había pensado que podía tener una posibilidad en aquel matrimonio concertado a pesar de tener claro que solo la había desposado por su dote, él únicamente se había casado con ella por su dinero y ella ni tan siquiera tuvo voz o voto en aquel acuerdo, ni tan siquiera pidieron su opinión al respecto.

Solo había una única cosa de la que era plenamente consciente y de la que aún sentía el congojo en su cuerpo. Su beso. Aquel dulce y suave

beso que le había dado en los labios había hecho que por primera vez en su vida se sintiera realmente viva.

La música había cesado, Violette no entendía si eran interrupciones o si se debía concretamente a algo, pero cuando deslizó su abrigo de los hombros y lo entregó a uno de los mayordomos, comprobó por sus propios oídos como el nombre de los duques de Savegner era anunciado. El leve murmullo y revoloteo que había entre los invitados pareció cesar casi por completo y ella fue consciente de la cantidad de miradas que alzaban la vista para verles.

¿Sucedía lo mismo con cada invitado que era anunciado en el baile?

No le dio tiempo a pensar en la respuesta, puesto que su esposo comenzó a caminar y tiró levemente de ella al estar agarrada a su brazo.

—¿Es normal que todos nos observen? —preguntó Violette en un tono muy bajo por temor a que pudieran escucharla.

Robert esperaba causar expectación en aquel baile, sabía que una cara nueva era muy cotizada en Londres y la de su esposa desde luego lo era. No solo estaba estrenando título nobiliario, sino que también estrenaba una esposa que nadie conocía, ni había visto jamás. En ese instante, fue más consciente que nunca de la exposición a la que estaba sometiendo a Violette y no estuvo seguro si era del todo conveniente. Ella era demasiado dulce para una sociedad llena de almas despiadadas que harían lo que fuera para lucrarse.

—Tranquila, no me separaré de tu lado en toda la velada —advirtió de pronto tratando de calmarla.

A Violette no le pasó desapercibida aquella cercanía. No la había tratado de usted, sino que se había referido a ella con una apreciación tan próxima e inesperada que percibió el latido de su corazón acelerarse bruscamente. Caminaron lentamente entre el gentío de los presentes y fue consciente de que su esposo iba presentándole a cada una de las personas que le detenían para felicitarle. Pudo comprobar en primera persona, que parecía ser alguien bastante conocido y querido entre los invitados o así dedujo por los halagos que hacían referentes a ella.

—Un secreto bien guardado el vuestro amigo mío —comentó un caballero al que le habían presentado como señor Brigde, refiriéndose a su matrimonio—. Aunque dada la belleza de vuestra joven esposa, era de esperar que quisierais mantenerla para vos —mencionó

observándola ahora a ella y Violette no pudo sino sonrojarse ante aquella afirmación.

Siguieron caminando entre los invitados y ella pudo observar como tras mirarla, algunas damas se acercaban a otras para decir algo que de algún modo interpretó que sería sobre su persona. No estaba segura si eso era bueno o malo, pero ciertamente no se sentía cómoda en ese ámbito, más bien era como un pececillo que nadaba fuera del estanque al que estaba acostumbrado. Respiró profundamente y el rostro de Julia apareció ante ella provocando que su inquietud se esfumase por completo. Sonrió abiertamente tras verla y la saludó con efusividad cuando llegó hasta ella.

—¿Es normal que sienta esta sensación de ahogo? —exclamó en su oído.

—Desde luego —afirmó por respuesta acariciándole la mejilla—. No tuviste una presentación social como es debida, pero todas sentimos eso en nuestro primer baile. No te preocupes, juegas con ventaja —sonrió Julia—. Ya no tienes que cazar a un marido y podrás rechazar todos los actos sociales que desees —terció mientras se acercaban a un pequeño grupo formado por varias damas, entre ellas Violette reconoció a lady Susan y lady Emily, aunque desconocía a los caballeros imaginó que estos eran sus maridos.

Ante ella tenía al duque de Sylverston, el esposo de Emily. Un hombre apuesto de semblante serio y altivo. El duque de Sheraton por el contrario, tenía un aspecto mucho más jovial y divertido. Sus ojos verdes y sonrisa constante le hacían entrever que habían sido las culpables de que Julia se hubiera enamorado perdidamente de él. El duque de Buccleuch parecía relajado, aunque no apartaba aquella mirada profunda de su esposa Susan ni un solo instante. En su percepción, Violette apreció la belleza de aquellos apuestos hombres, pero ninguno de ellos se asemejaba a él, ninguno era tan apuesto como Robert.

¿Robert?, ¿Desde cuando pensaba en él refiriéndose por su nombre? Quizá el hecho de que él la hubiera tuteado había provocado ese cambio en ella. Tal vez ver a sus recientes amigas con sus maridos y la afinidad que parecían tener en sus matrimonios, le hacía creer que ella también podría. Quizá fuera ese beso que había compartido a escondidas justo antes de bajar del carruaje el que introducía todos esos pensamientos en su cabeza, pero aquel beso tenía que significar algo,

¡Debía significar algo!

—Querida, esta noche deslumbráis —susurró Emily con una gran sonrisa—. No me cabe la menor duda de que mañana serás primera noticia en Lynetś, ¡Todas las damas querrán conocer tu historia y como lograste atrapar al duque de Savegner tan rápido! —rio con cierta complicidad.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó inocentemente Violette.

—Bueno. Es muy bueno créeme —terció Julia palmeándole la mano sin decir exactamente porqué era tan bueno que hablaran de ella.

—Siempre que no crean que…

—¡Catherine! —gritó Julia interrumpiendo a Susan y dejando su frase a medias.

—¡Oh!, ¡Menos mal que no llegamos tan tarde o juro que sacrifico a ese muchacho indecente!

—exclamó airada y Violette observó a aquella mujer de rasgos finos y elegantes. Su altura, su línea delgada, su cabello rubio y ojos azules la hacían ser una auténtica dama de la nobleza inglesa, esa que tanto había leído en los libros de protocolo durante aquellos años internada.

—¿Qué muchacho? —preguntó Julia y todas se dieron cuenta de que el esposo de Catherine venía acompañado de un joven bastante apuesto y con rasgos similares a los suyos.

¿Sería su hermano? Se preguntó Violette.

—Es el primo de David, el señor Weston —comentó Catherine en voz baja mientras su marido lo presentaba debidamente al resto de caballeros y ellas guardaban cierta distancia—. Acaba de terminar sus estudios y su madre ha creído conveniente que debe buscar esposa, por eso lo ha enviado a Londres y se está alojando con nosotros.

—Pues a mi no me parece tan indecente —puntualizó Julia.

—Te puedo asegurar que lo que menos desea el señor Weston es encontrar una esposa —bufó Catherine mientras rodaba los ojos y posaba su mirada en Violette—. ¡Oh dios mío!, ¿Qué he hecho con mis modales?, ¡Debes ser lady Violette! —exclamó sonriente.

—Y vos debéis ser lady Catherine —sonrió por respuesta mientras

sentía un ligero abrazo por su parte.

—Querida Julia, ¡Mentiste en tus cartas!, ¡Es mucho más hermosa de lo que describiste! —

aireó públicamente sin importarle que alguien la escuchara.

—Desde luego es muy hermosa, querida prima. —Se escuchó una voz tras ellas y Violette se percató que se trataba del joven señor Weston que acababa de mencionar Catherine. Al parecer se había acercado a saludarlas.

Robert estaba algo más nervioso de lo normal, se suponía que estaba acostumbrado a ese tipo de actos y sabía gestionarlos como era debido, pero ser consciente de que todo el mundo tenía puesta su mirada en su esposa le aturdía sin saber porqué. Quería protegerla de todo y de todos, sentía que ese era su deber y más que un deber, es que no deseaba que nadie dañara a ese ángel que tenía por esposa.

Al menos pensaba aquello hasta que escuchó por parte del joven señor Weston aquel halago hacia su esposa. Era muy distinto que lo hiciera algún viejo amigo que aquel joven de sonrisa perspicaz en la que él mismo podía reconocerse años atrás. No le gustaba nada. No quería que se acercase a ella y mucho menos que ella le sonriera del modo en que lo estaba haciendo. En aquel momento se colocó al lado de su esposa para recalcar que era precisamente eso; su esposa.

—Querida, ¿Me concedes este baile? —preguntó Robert ofreciéndole su mano a Violette.

No. Ella no quería bailar. No deseaba exponerse al ridículo extremo.

—Lo cierto es que no pensaba bailar esta noche —intentó decir sin parecer brusca o que le estaba rechazando a propósito.

Robert no había esperado que se negara, de hecho se había imaginado bailando junto a ella mientras aferraba su cintura y de ese modo podrían compartir una conversación privada.

—¡Querido lord Savegner!, ¡Que placer volver a verle! —exclamó una voz de mujer atrayendo la atención de ambos conforme rompía ese incómodo silencio que había abrumado a Robert—.

¡Oh! Esta debe ser sin duda su joven esposa, ¿Verdad?

—Lo es —contestó Robert y Violette percibió que parecía algo tenso.

¿Sería porque no había querido bailar junto a él? Quizá debería haberle advertido de su situación antes de aceptar asistir.

—Es un placer conocerla, soy la baronesa de Fornett —sonrió la dama y en ese momento a Violette le atormentaron aquellas tres últimas palabras.

¿Baronesa de Fornett?, ¿No se llamaba así la mujer que era su amante? Tras saber aquello la observó detenidamente y supo que era ella. ¡Esa era la mujer que estaba junto a él cuando entró en aquel salón interrumpiendo su encuentro! Aquella situación era demasiado embarazosa incluso para ella, ¿Sabría de algún modo que fue ella quien los descubrió? Probablemente no, de lo contrario no estaría allí presentándose amigablemente ante ella.

—Un placer conocerla baronesa —contestó Violette mientras sentía su garganta completamente seca.

—Querido lord Savegner, ¿Por qué no me invitáis a bailar como en los viejos tiempos? —

preguntó aquella dama ante la atenta estupefacción de Violette.

¿De verdad se atrevía a preguntar tal cosa?

—Baronesa de Fornett, no creo que a mi esposa…

—¡Oh! No he podido evitar escuchar que ella no se encuentra con ánimos de bailar esta noche, seguro que no le importará que su esposo baile con una vieja amiga, ¿No es así? —exclamó con la mejor de sus sonrisas mirando fijamente a Violette y ésta supo que no le dejó otra opción más que aceptar.

Si le decía que no, estaba asegurando que sabía quien era ella y lo que significaba para su esposo.

—Por supuesto, si el duque lo desea… —contestó haciendo hincapié en referirse a su esposo.

En aquel momento observó como aquella dama entrelazaba su brazo al de su esposo y tiraba de él hacia la pista de baile donde comenzaba la siguiente pieza.

Ver como se alejaban sin que él se hubiera negado a acompañarla, hizo que se sintiera la persona mas ruin y desgraciada de todo el salón. Era como si percibiera que todos los presentes de aquella sala

supieran que había preferido a esa mujer antes que a ella. No podía mirarles. No podía verles. Hacerlo era como sentir un hierro quemándose en su piel sin encontrarle sentido al porqué sentía aquello.

En ese momento se maldecía una y mil veces por haberse negado a bailar junto a él, de no haberlo hecho ahora sería ella quien estaría entre sus brazos. ¿Por qué había dejado que sus miedos la paralizasen?, ¿Por qué no había aceptado importándole muy poco lo que ocurriese?

—¡Voy a matar a mi hermano!, ¡Juro que voy a matarle! —rugió la voz de Julia a su lado.

—Creo que necesito beber algo. No me encuentro bien —aseguró Violette dándose la vuelta mientras trataba de ir hacia la zona de refrescos, aunque en realidad lo que necesitaba era tomar el aire.

—¡Richard! Trae algo de beber para Violette por favor y que sea enseguida —exigió a su marido que aceptó con rapidez, probablemente por el estado de la situación.

¿Estaría muy mal si se marchaba de aquel baile sin despedirse? Era consciente de que hacerlo

levantaría aún más sospechas sobre el hecho del porqué su esposo estaba en la pista de baile junto a su amante o según él ex amante, algo que ella dudaba en aquellos momentos a juzgar por los hechos.

—Disculpe mi atrevimiento lady Violette, pero no puedo evitar rogaros que me concedáis un baile, aunque solo sea una pequeña pieza para así poder tener la satisfacción de haber bailado con la joven más hermosa de todo el palacio —aseguró el señor Weston mientras le tendía una mano gentilmente y en ese momento no sintió ningún miedo por no estar a la altura, ni tampoco temió que pudieran juzgarla si erraba en algún giro o paso incorrecto. Lo único que sentía era rabia porque su esposo la había engañado como a una pobre ingenua y quería demostrarle que si él tenía una amante, tal vez también ella pudiera encontrar consuelo en los brazos del señor Weston.

Capítulo 14

Violette nunca había sentido aquella sensación de absoluto resentimiento en su pecho.

Por primera vez en su vida se sentía estafada, humillada, ¡Realmente engañada! Y algo nuevo resurgía en sus entrañas. ¿Acaso creía él que ella era una pobre ingenua sin sentimientos? Si no supiera quien era esa dama, si ella no fuera consciente de lo que representaba quizá no estaría en aquel estado de inquietud, sino que probablemente sentiría un pequeño desconsuelo bien merecido por negarse a bailar en primera instancia. El problema es que sabía quien era ella y que aquella mujer lo había recalcado a conciencia. Ella se había acercado a él deliberadamente, ella había propuesto aquella invitación concienzudamente y desde luego era obvio que él no había hecho un gran esfuerzo por rechazarla.

Lo que no lograba entender ni comprender es porqué la había engañado diciéndole que no tenía nada con aquella mujer. Si de verdad eso fuera cierto, aquella dama no habría tenido el valor de acercarse, ni de hacer lo que había hecho. Es más, incluso la voz de Julia aún resonaba en sus oídos maldiciendo a su hermano.

No. Ella no pensaba maldecir porque de nada serviría hacerlo. Tampoco pensaba reprocharle aquel descortés gesto, le había quedado más que claro que no pensaba creer en ninguna de sus declaraciones, pero sí podía hacer algo; disfrutar de su primer baile aunque le hubieran amargado la experiencia.

—Siempre y cuando no me deje caer, señor Weston —respondió Violette entregando delicadamente su mano como en tantas ocasiones había practicado con su profesora de baile.

«Debes recordar que eres una pluma que flota suavemente Violette. Deslízate. Déjate llevar.

Confía en tu pareja y todo saldrá de forma natural» Evocó en sus recuerdos.

—Le doy mi palabra de que no lo haré —sonrió el señor Weston

tirando de ella mientras se dirigían a la pista de baile.

La tentación de buscar a su esposo con la mirada era sumamente ferviente, pero Violette se prohibió a sí misma hacerlo. No quería verlos y evocar aquel viejo y ahora doloroso recuerdo. En el momento que les había sorprendido en aquella casa de campo ella no sintió nada. No le conocía. No sabía quien era. No supo quienes eran hasta que él le revelo su identidad y lo único que sintió ese instante fue desilusión, no despecho. No sentía que la engañaba a ella, sino al acuerdo matrimonial que los unía y en el que ella ni siquiera estuvo presente. La diferencia era que ahora sí lo sentía. Sentía un dolor en su pecho porque había deseado creerle, ansiaba hacerlo con todo su corazón y acababa de descubrir que solo la manipuló, aunque desconocía completamente su intención.

¿Qué razones podría tener para haberle mentido?, ¿Podría tener su dote algo que ver en ello?

Sabía que la única razón por la que había contraído matrimonio con ella era precisamente su cuantiosa fortuna, ¿Podría ella reclamarla si no le convenía aquel matrimonio? En sus estudios había leído algo sobre la anulación, pero casi siempre era poco beneficiosa para una dama, por no decir que las opciones eran limitadas y contraproducentes para la mujer en cualquiera de los

casos menos en uno que afectaba a ambos; la no consumación. ¿Podría ser esa la verdadera razón?, ¿La habría besado con esa intención? Hacer creer que la deseaba para llevarla al lecho y así evitar una separación.

—Hace bastante tiempo que no bailo en público —aseguró Violette para no parecer completamente fuera de lugar. Lo que menos le apetecía es admitir al señor Weston que ese era su primer baile con música de verdad, rodeada de gente que podría ver cada fallo en sus pies—. Por lo que espero que no sea muy exigente señor Weston —advirtió tratando de sonreír.

En realidad no estaba nerviosa aunque debería estarlo, inesperadamente sentía una sensación de revoloteo en su interior por lo sucedido que no le permitía sentir inquietud alguna por cometer algún error en sus pasos. En ese momento sintió como la mano de aquel joven de cabello rubio y ojos azules con semblante despreocupado se ceñía a su cintura y la aproximaba hacia él. Ella no había estado nunca tan próxima a un hombre como en ese momento y desconocía completamente cuál debía ser la distancia prudencial con

una pareja de baile en esos lugares más modernos, pero pensaba confiar plenamente en aquel joven independientemente de si fuera correcto o no hacerlo.

—Le aseguro que no lo seré —advirtió mientras unía su mano a la suya y Violette colocó su mano libre sobre su hombro. Al tocarlo percibió que la musculatura bajo su chaleco era sorprendentemente atlética, aunque ¿Qué sabía ella sobre como debía ser? Pues era solo la segunda vez que tocaba así a un caballero.

Tardó varios segundos en concentrarse para seguirle el ritmo. Ciertamente el señor Weston tenía la fuerza suficiente para llevarla tras él sin ningún problema y ella tenía tan mecanizado el ritmo y los pasos que si no prestaba atención a la música, solo era como en sus ensayos, salvo porque sentía la presencia sumamente varonil de aquel apuesto caballero.

—Vuestra prima ha mencionado que estáis en la ciudad con la intención de buscar una esposa,

¿No debería invitar a bailar a una joven casadera en lugar de a mi? —mencionó Violette en cuanto le pareció ver que entre las parejas de baile estaba su esposo junto a la baronesa de Fornett. No estaba segura de si eran ellos, pero desde luego no pensaba mirar para corroborarlo.

—Más bien diría que es la intención de mi querida madre, no mía —sonrió con placer el señor Weston—. Como he mencionado antes, quería tener el placer de bailar con la dama más hermosa de esta sala, lady Violette —agudizó—. Reconozco que la belleza de vuestros ojos ha desbancado por completo mi buen juicio.

En ese instante Violette no supo como interpretar aquellas palabras que acababa de dirigirle a ella y para su asombro, sintió como la estrechaba aún más aprovechando que daban un pequeño giro sobre la pista de baile.

—Vuestras palabras me halagan señor Weston, poseo un color de ojos poco común, pero dudo que debido a ello hayáis perdido vuestro buen juicio —admitió finalmente creyendo que simplemente estaba exagerando y bromeando con ella.

—Lo admito —aseguró con una sonrisa—. En realidad lo perdí cuando contemplé el resto de vuestro rostro. Sois excepcionalmente bella, mi lady.

Violette estaba ligeramente sonrojada porque no estaba acostumbrada

a tales halagos y menos aún tan abrumadores. ¿Sería siempre así?, Quizá solo ella se sentía en cierta forma incómoda por no estar habituada a ellos. Tal vez el señor Weston solo estaba exagerando para agradarle y tales lisonjas eran habituales entre la sociedad, así que interpretó aquel gesto como un acto de espontaneidad del joven y rio ante aquella confesión inesperada.

—Señor Weston, si continuáis así creeré que tales afirmaciones son verdaderas —sonrió Violette.

—¡Me humillaríais si no lo creyerais! —exclamó rápidamente con énfasis y a ella se le escapó una leve carcajada sin poder evitarlo.

Aquel joven resultaba refrescante, incluso había conseguido que casi olvidara la razón de porqué se encontraba bailando entre sus brazos.

Robert se deshizo en la primera oportunidad de la baronesa Fornett en cuanto la pieza de baile llegó a su fin. Tenía claras cuáles eran las intenciones de aquella mujer y ciertamente no le interesaban. No quería volver a su lecho y de ningún modo volvería a ser su querida, esperaba habérselo dejado claro durante aquel breve encuentro. Ya no le interesaba esa mujer por más que ella creyese que no deseaba a su joven esposa como así le había dado a entender con sus palabras.

Quizá el hecho de que supiera que había sido su amante mientras estaba casado con lady Violette fuera una razón para ella, pero desconocía toda la historia y desde luego en aquellos momentos lo que menos deseaba era tener una amante después de lo sucedido. Ni lo quería, ni lo necesitaba. El solo quería en su lecho a una mujer y esa era su esposa.

Buscó a Violette rápidamente y no la vio junto a su hermana ni el resto de las damas. Sintió que algo en su pecho se quebraba creyendo que se habría marchado, que se había ido de allí sin él y entonces una ligera risa tan cálida como una brisa marina atrajo su atención. La suya y la de todos por lo que fue capaz de ver. Su esposa, su precioso ángel estaba en la pista de baile entre los brazos de aquel pertinente muchacho que con todo descaro la tenía firmemente apretada junto a él.

Fue consciente de lo que implicaba ese hecho y de que todo el mundo hablaría de ello, pero a Robert no le importaba lo que dijera aquella maldita sociedad, sino que su esposa parecía absolutamente encantada de estar en los brazos de ese petimetre de tres al cuarto al que iba a dejar desfigurado en cuanto soltara a su mujer.

El tiempo parecía pasar demasiado lento, o así le parecía a él mientras contemplada a esa pareja bailar formada por su reciente esposa y el inoportuno primo del duque de Lennox. ¡En bendita hora había traído a ese jovenzuelo con poco más de veinte años y recién salido de la Universidad! Tenía que admitir que su aspecto no era precisamente desagradable y por eso mismo sentía como una furia interna le pedía a gritos desfigurarlo hasta no dejar rastro alguno de belleza.

Quizá por esa misma razón se sentía aún más fuera de sí, eso sin contar con que su esposa había escogido a otro en lugar de a él. ¿Qué le habría podido decir el joven del que ni recordaba su nombre para que le aceptara? Tal vez no había necesitado palabras, sino su sola presencia.

En todos sus años de vida, jamás se había sentido tan rechazado como en aquellos momentos.

Si echaba la vista atrás rememorando cada uno de los bailes que había tenido que soportar por acompañar a su hermana menor en todas esas temporadas. La cantidad de jóvenes casaderas que había tenido que sacar a bailar mientras sus pies sufrían cada pisotón por falta de caballeros. Y

las incontables ocasiones en las que había acudido a los bailes de gala solo por asuntos de negocio mientras se veía obligado a bailar con algunas damas, ninguna, ni una sola de ellas le había rechazado salvo su propia esposa.

En aquel momento el refrán; Dios le da pan al que no tiene dientes, le venía como anillo al dedo. Tenía una esposa infinitamente dulce, bella y angelical, que le rechazaba. Aunque eso no es lo que parecía en aquel carruaje justo antes de bajar para iniciar el baile. ¡Maldito el momento en que había decidido entrar en lugar de dar la vuelta y regresar a su hogar! Si lo hubiera hecho, estaba seguro de que en aquellos momentos estaría deleitándose con la ambrosía que desprendía el cuerpo de su joven esposa. Estaría viendo como sus ojos de color violeta se iluminaban bajo el manto del placer conforme se oscurecían. Y desde luego estaría sucumbiendo a la pasión que ella le provocaba.

Pero no. En ese momento Robert Benedict, actual duque de Savegner estaba realmente furioso, enfadado y absolutamente celoso de un petimetre jovenzuelo desvergonzado.

En cuanto el baile finalizó, observó como la pareja tenía la intención

de regresar al grupo donde se hallaba su hermana, así que se adelantó hasta ellos para verles llegar. Violette sonreía, parecía realmente feliz con su compañía y eso aumentó su desdén hacia lo que estaba sucediendo.

—Ni se te ocurra decir nada. —La voz de su hermana Julia acaparó su atención, ¿Se refería a él?, ¿Le había realizado ese comentario?

Bien era cierto que deseaba partirle la cara a ese tal… *imbécil* sería su nuevo apodo a partir de ahora, pero no pensaba formar ningún escandalo en la presentación de su esposa. No. Menos aún estrenando el título de duque, no quería ver su nombre inscrito en la primera plana del periódico al día siguiente. Antes de que pudiera realizar algún comentario, observó como Violette alzó la vista y su sonrisa se apagó. ¿Por qué demonios le sonreía al imbécil ese y no a él? Quería matarlo. Ahogarlo. Apalearlo y enterrarlo. Si. Probablemente solo así se sentiría satisfecho con lo sucedido.

—Ten querida, debes estar sedienta —proclamó Julia ofreciéndole la bebida a Violette que la cogió gustosamente y formaron un pequeño círculo entre las damas.

—¿Te encuentras bien? Cualquiera diría que has visto a un fantasma —mencionó Henry situándose al lado de su amigo Robert.

—Estoy perfectamente —agudizó apretando los dientes y sintiendo como la tensión se acumulaba en cada parte de su ser. Estaba seguro de que ninguna clase de esgrima conseguiría deshacer ese malestar que tenía ahora mismo.

—Relájate. Solo ha sido un baile —mencionó Henry tranquilamente tratando quizá, de conseguir que su amigo no pareciera tan tenso—. Después de lo que ha visto de ti, es mejor que no se lo tengas en cuenta.

En aquel momento Robert cerró los ojos comprendiendo que su amigo se compadecía de él, era evidente que ahora todas las personas de aquel maldito salón pensarían que su esposa parecía demasiado encantada de conocer al imbécil ese y comenzaría a surgir el rumor del apuesto y joven amante de la duquesa de Savegner. Estupendo. Lo que le faltaba para arreglar el desastre de comienzo que había tenido su matrimonio.

Si eso no fuera poco, Robert tuvo que soportar que su esposa no alzara la vista ni una sola vez para ver si la habría dejado sola o si permanecía cerca de ella, era como si sencillamente no le importara.

Además, tuvo que aguantar al primo de lord Clayton revolotear alrededor de las damas, mientras las hacía reír con alguno de sus comentarios y fijaba la vista en su esposa. Suya.

Solamente de él. Al tercer intento no lo soportó más. Ya había tenido suficiente, así que disculpándose con sus invitados, se acercó a su esposa y le indicó que debían marcharse importándole muy poco si eran los primeros en hacerlo de todos los presentes al baile.

En cuanto Violette se colocó su capa para resguardarse del frescor de la noche, sintió como su esposo la cogía del brazo y comenzaba a estirar de ella apresuradamente hacia su carruaje. ¿Qué ocurría?, ¿Por qué tenía tanta prisa? Apenas podía sujetar su capa, alzar su vestido y caminar entre el suelo empedrado que bordeaba toda la entrada a palacio.

—¡Parad!, ¡Vais a lograr que me caiga! —exclamó finalmente Violette sintiendo que en cualquier momento iba a caerse y romperse la crisma.

En aquel momento Robert se detuvo y la observó. Sus mejillas estaban sonrojadas, seguramente debido a la baja temperatura nocturna. De su cabello se había desprendido algún bucle, aunque eso la hacía parecer aún más bella y sus ojos le observaban con inquietud, como si

fuera ajena a lo que estaba sucediendo, ¿Cómo podía serlo? Ella debía ser plenamente consciente de lo que había provocado allí dentro.

—Agarraos a mi si ese es vuestro temor —agudizó mientras volvía a tirar de ella hasta que visualizó su carruaje e instó a su esposa que subiera.

—¿Debéis ir a alguna parte? —preguntó Violette pensando en que definitivamente el comportamiento de su esposo se debería a que deseaba estar en otro lugar en lugar muy apartado de ese baile, probablemente en el lecho de cierta mujer con la que había estado bailando.

—Si —afirmó—. A un lugar lo suficientemente lejos de aquí —escrutó con amargura—. ¡En qué estabais pensando al bailar de ese modo con ese joven! —gritó fuera de sí.

Violette abrió los ojos abiertamente no comprendiendo a lo que se refería.

—No bailaba de ningún modo —atajó seria—. Me invitó a bailar y

acepté.

—Después de rechazarme a mi, por supuesto…

—Y muy pronto encontrasteis a quien me sustituyera, así que disculpadme por cambiar de parecer —replicó Violette con desdén.

—Pudisteis haberos negado a que lo hiciera.

—Sabéis que no pude hacerlo, en cambio vos si podríais haberos negado y no lo hicisteis.

—¿Aceptasteis a ese imbécil solo porque saqué a bailar a la baronesa de Fornett? —exclamó

—. ¡Esto es insólito!

—El señor Weston no es ningún imbécil. De hecho, es el caballero mas apuesto y con más gracia que he conocido —contradijo Violette no admitiendo que realmente no conocía a muchos caballeros.

Escuchar aquello de sus propios labios dolía. Era como si le clavaran un puñal de hielo en el pecho, aunque solo fuera porque era una patada en su orgullo.

—¿Qué intenciones tenéis para el señor Weston? —dijo Robert obligándose a llamarlo por su apellido en lugar de imbécil a secas.

—Creo que eso no os atañe.

—¡Maldita sea!, ¡Por supuesto que me atañe!, ¡Sois mi esposa! Y si pensáis que voy a permitir que tengáis un amante, os advierto que os lo prohíbo terminantemente.

—¿Me prohibís que tenga un amante y vos bailáis frente a todos con la vuestra? —sugirió absolutamente desconcertada—. Antes de que intentéis negarlo, mejor no lo hagáis, porque después de creer en vuestras palabras, he podido ver vuestros actos y lamento deciros que no volveré a creeros. Si vuestra inquietud es que pueda anular este matrimonio para recuperar mi dote, no os preocupéis por ello, pues no tengo intención alguna de hacerlo, pero no soporto que me mientan y se burlen a mi costa. No me he pasado doce años aislada del mundo para que me tratéis como a una niña ingenua.

En el momento que Violette soltó aquella retahíla sintió como su corazón se agitaba, su pecho parecía completamente descontrolado

como si todo el rencor y la ira que había estado guardando saliera a flote en un solo discurso. En aquel momento percibió que se detenían, alzó la cortinilla del carruaje para ver que sin darse cuenta su trayecto había finalizado y por fin estaban en casa, así que sin esperar una respuesta por parte de su marido, abrió la puerta y dejó que el cochero la sostuviera hasta tocar el suelo. No se giró. No se despidió, Sino que se limitó a subir los peldaños que conducían al que ahora era su hogar y se fue directamente hacia su habitación.

Capítulo 15

Robert era incapaz de reaccionar. Probablemente porque de entre todas las contestaciones que había esperado recibir de su esposa, esa, sin duda, era la que jamás esperó que tuviera. Le había recriminado tantas cosas en ese breve espacio de tiempo que aún sentía como el golpe hundía su estómago por completo. Había rabia en sus palabras, más que rabia era enfado, y el hecho de que se lo hubiera dicho de una forma calmada le asustaba, porque habría podido soportar sus gritos, pero no la frialdad de aquellas palabras provenientes de alguien que parecía dolida y afectada.

Ciertamente se había centrado en los actos de ella aquella noche y en como eso podría haberle perjudicado, pero… ¿Acaso pensó en como podría afectarle a su esposa que bailara con la misma dama que días atrás había descubierto en su regazo?, ¡Dios!, ¡Era un estúpido! Le había prometido que no volvería a humillarla de ese modo perjurando no volver a hacerlo y a la primera oportunidad había fracasado estrepitosamente con sus actos. Creyó no tener elección, pero sí que la tenía. Ahora comprendía que se debería haber negado rotundamente a la baronesa de Fornett y permanecer al lado de su esposa. Era su primer baile, su primera puesta en sociedad, la primera vez que acudía a un evento de ese tipo, y en lugar de permanecer junto a ella como le había prometido, la dejó sola para marcharse del brazo de su antigua amante, una dama de la de todos era conocido que había mantenido

una estrecha amistad con él.

¡Estúpido y mil veces estúpido!, ¿Cómo demonios iba a lograr arreglar aquello? Sabía que no lo haría, que no tenía solución porque la misma Violette le había indicado que no volvería a creerle, incluso había llegado a la absurda conclusión de creer que la había engañado para que ella no anulara su matrimonio. Al menos era un consuelo que no deseara hacerlo, pero hasta ahora no se lo había planteado. Ciertamente podría hacerlo, era virgen aún y como tal, podría pedir la anulación a expensas de lo que eso suponía para ambos, pero la sola idea de pensar en eso amargaba su existencia. No quería desentenderse de Violette, ni alejarse de ella, ni que ella le rechazara como le había quedado claro que hacía instantes antes.

Definitivamente no había un modo peor de comenzar su matrimonio y sentía que cada paso que daba, solo lo empeoraba. Él, que había creído ser un experto consejero y ducho en el arte de las damas. Él, que consideraba que sería muy fácil mantener contenta a una esposa. Él, que pensaba que el matrimonio solo era una transacción de intereses, estaba completamente devastado porque su esposa le rechazara. Sentía nauseas, inquietud y porque no reconocerlo; unos celos infinitamente atroces, pero sobre todo estaba perdido, completamente ciego ante lo que debía hacer para arreglar aquello.

Pensaba que era incapaz de decir o hacer algo que pudiera hacerla cambiar de parecer. ¿Cómo iba a conseguir que le creyera después de confesar que no confiaría en él?, ¿Cómo arreglar ese desastre que él mismo había creado con sus actos? Lo único que tenía hasta ahora era su palabra de que no volvería a hacerla pasar por esa situación embarazosa y había faltado a ella.

De pronto sentía que le faltaba la respiración y aquel minúsculo carruaje se le hacía demasiado

pequeño. Salió atropelladamente necesitando que el frescor de la noche le diera una bofetada en el rostro. Quizá se merecía una o más de una para sentirse mejor después de lo sucedido. ¿Cómo era posible que hubiera terminado tan fatídicamente con lo bien que había comenzado? Aún podía deleitarse en el recuerdo de sus labios, esos candentes y hermosos labios que había tenido la satisfacción de probar en carnes propias. Seguramente jamás volviera a hacerlo, dudaba que tuviera esa oportunidad después de ver como Violette le echaba en cara su absoluta indignación.

Entró en casa y le dio su gabardina al mayordomo que aguardaba

pacientemente. Agradeció que no dijera nada al respecto de la situación, pero no había que ser un genio para saber que su esposa había entrado apresuradamente y él lo hizo mucho después. Agradeció no solo su silencio, sino que no mencionara palabra alguna porque en aquellos momentos no quería escuchar a nadie, salvo sus propios pensamientos y solo porque era incapaz de acallarlos. Se fue deshaciendo del pañuelo que llevaba atado al cuello conforme avanzaba hacia su despacho, en esos momentos no le apetecía adentrarse en su habitación donde las paredes se le caerían encima y la presión de saber que ella dormía al lado terminaría por atormentarle demasiado.

Abrió las puertas del armario que años atrás su padre había ordenado construir y visualizó varias botellas de licor añejo, no era un gran bebedor salvo en situaciones sociales o con compañía, pero en ese momento necesitaba un buen trago de lo que fuera para calmar sus nervios.

Incluso sentía como le temblaba el pulso de pura impotencia. Quería olvidar. Necesitaba olvidar.

Ansiaba olvidar que era un completo inútil en lo que se refería al matrimonio.

Su hermana le había indicado que una mujer enamorada sería capaz de perdonar, de olvidar…

¿De verdad él podría conseguir que Violette se enamorase de él?, ¿Cómo? Si cada vez que daba un paso en la dirección indicada retrocedía otros diez. Lo veía impensable. Imposible. ¿Cómo iba a enamorarse ese ángel de él? La idea de imaginarla en los brazos de otro le desquiciaba y no precisamente por orgullo, sino porque no podía asimilar que otro tocara aquel esbelto cuerpo que él mismo había comprobado que le deleitaba.

La deseaba íntegramente para él, aunque aquello fuera mezquino por su parte después de haber pensado todo ese tiempo en deshacerse de su esposa hasta que la vio con sus propios ojos. Sin duda todo lo que estaba ocurriendo era producto de su egoísmo, de su absoluta falta de honor hacia ella. Efectivamente sus actos habían tenido consecuencias, unas consecuencias que estaba asumiendo con gran pesar.

De ningún modo pensaba quedarse en la ciudad y darle la oportunidad a ese imbécil de Weston convertirse en el amante de su esposa. No. Ni hablar. Quizá era hora de que su esposa volviera a sus orígenes y

visitara su antiguo hogar.

Aquella mañana podría ser como cualquier otra. El cielo estaba parcialmente cubierto y una ligera llovizna caía sobre Londres. Violette observaba desde la ventana de su habitación como el agua bañaba las flores del jardín, puesto que su cuarto daba al patio trasero de la casa. Imaginaba que sería de mal gusto que la habitación principal diera directamente a la calle, pero en esos momentos le habría parecido una distracción que así fuera. No deseaba bajar a tomar el desayuno como hacía habitualmente, no cuando tras la discusión acalorada con su esposo en aquel carruaje de regreso a casa estaba aún tan reciente.

Es cierto que él no le había respondido y que ella prácticamente había huido hacia su habitación, pero a pesar de haberle dejado las cosas claras, temía enfrentarse a él, por alguna razón ese valor y coraje que había sentido la pasada noche gracias a la rabia que tenía acumulada, ahora se había esfumado y no se sentía lo suficientemente fuerte para persistir. Eso sin contar con el hecho de que aún no había asimilado su dolor por aquel engaño. Se sentía ingenua, tonta y

completamente burlada por su propio esposo.

La puerta de su habitación se abrió tras unos leves golpes en ella y Violette supo que se trataba de su doncella Rebecca, ella acudía cada mañana sobre la misma hora para asistirla si lo necesitaba.

—Mi lady, ¿Ha descansado bien? —preguntó tan atenta y amable como siempre.

Ciertamente la noche anterior, le había ordenado que no la esperase despierta a pesar de que ese fuera su deber. Ella misma podría asistirse para retirar las horquillas de su cabello, el leve rubor de sus mejillas y el precioso vestido que había llevado a la fatídica velada. En cierto modo no había sido tan horrible gracias al señor Weston, que le había hecho olvidar por un leve momento la absoluta deslealtad de su marido.

—Lo suficiente —sonrió Violette sin admitir que ciertamente apenas lo había hecho incapaz de conciliar el sueño hasta altas horas de la noche, cuando el agotamiento finalmente venció a sus pensamientos.

—Su esposo y la señora Benedict la esperan para desayunar, mi lady —cercioró Rebecca acercándose a ella para recoger su cabello en una trenza y dejarlo presentable.

—Creo que tengo un ligero dolor de cabeza. —No mentía, realmente lo sentía, aunque lo suficientemente leve para no ser una molestia—, casi prefiero tomar el desayuno en mis aposentos.

No le apetecía verlo, aunque con su madre presente, la situación era menos tensa.

—Pero la señora Benedict ha insistido en que subiera, desea conocer por usted misma que tal fue la velada y su presentación como duquesa en la sociedad —indicó Rebecca con un tono bastante efusivo y Violette supo que no tendría más remedio que bajar.

Con un sencillo vestido de color verde claro y su cabello completamente trenzado y recogido alrededor de su cabeza, bajó pausadamente las escaleras y respiró profundamente antes de presenciarse en la salita donde su vista alcanzó a la figura masculina que encabezaba la mesa mientras parecía leer apaciblemente el periódico.

—Buenos días —recitó Violette educadamente.

—¡Buenos días querida! —contestó con efusividad la señora Benedict, ¿Qué tal se encuentra?

Aún recuerdo la primera vez que asistí a un baile en palacio, ¿No le sorprendieron los techos tan altos y la cantidad de velas necesarias para iluminarlos? Es majestuoso…

Ciertamente lo era, si debía tener un recuerdo hermoso de esa noche, era precisamente el de la majestuosidad del lugar, los presentes y la belleza que rodeaba todo lo referente al baile; desde la música hasta los vestidos de las damas que bailaban en la gran pista de baile.

—Lo es —afirmó tomando asiento.

—¿Ha descansado lo suficiente? —El tono de voz grave que emitía aquella pregunta la desconcertó, ¿Se refería a ella? Seguramente si, de otro modo no sentiría su atenta mirada sobre ella.

Robert había caído en un soporífero sueño cuando los primeros rayos de sol advertían el alba.

Apenas había dormido cuatro horas, pero se sentía más despejado que nunca y el dolor de cabeza de aquella prominente resaca solo era un recuerdo de su estúpido comportamiento. Un mínimo castigo por su hazaña.

Había esperado que pusiera cualquier excusa para no verlo, por eso estaba en aquella pequeña salita, soportando el interrogatorio de su madre, pero con la plausible esperanza de que ella apareciese en cualquier momento. Y lo hizo. Quizá aquella menuda mujer que se había convertido en su esposa tenía mucho más temperamento y templanza que cualquiera que él hubiera conocido

en las mismas circunstancias.

—Si, gracias —contestó Violette secamente y sin dirigir la vista hacia el duque, sino que se limitó a servirse uno de los panecillos y comenzó a untarlo en mantequilla conforme le servían el té.

—Me alegro —corroboró Robert—. He recibido un mensaje urgente y debemos partir inmediatamente —mintió descabelladamente porque no existía ningún mensaje, ni ninguna urgencia salvo la de llevarse a su esposa lejos de Londres.

—¿De que urgencia se trata?, ¿Ha sucedido algo? —preguntó entonces la viuda Benedict y éste deseó que ella no estuviera presente, pero quizá de ese modo parecería más verídico todo.

—Se trata de los viñedos Savegner, hace tiempo que comencé a ponerlos en marcha y requieren mi presencia de forma urgente para tomar algunas decisiones. Retrasarlo implicaría grandes pérdidas. —Robert no esperaba que ellas lo entendieran, probablemente no sabrían nada de negocios, pero ciertamente tendría que partir en pocas semanas y adelantarlo solo significaba una ventaja.

—¿Debo acompañar a su excelencia? Probablemente sería más oportuno que permaneciera en Londres —sugirió Violette a pesar de que la idea de visitar la propiedad que había sido de su familia era toda una tentación, pero casi prefería renunciar a ello en esos momentos que enfrentarse a su esposo a solas tras la acalorada discusión.

—Es mi esposa y como tal deberá acompañarme —dictaminó Robert sin dejar un leve atisbo de duda al respecto. Ella le acompañaría en aquel viaje, aunque no lo desease—. Esperaba que el hecho de volver al lugar del que procede le entusiasmaría —añadió provocando de

algún modo que ella dirigiera su vista hacia él, algo que no había hecho ni una sola vez.

—Desde luego —confirmó Violette—. Irradio felicidad —declaró en una auténtica ironía que hasta ahora jamás había necesitado interpretar, pero se obligó a sonreír.

Quisiera o no, él había decidido que debía acompañarla, solo podía tener la esperanza, de que su trabajo le tuviera tan empeñado, que apenas le viese en todo el tiempo que debía pasar a su lado. Su sola presencia la turbaba, sobre todo por ser plenamente consciente del efecto que él generaba en ella y del que era incapaz de controlarlo. Aún tenía demasiado presente aquel inesperado beso y las sensaciones que le había provocado.

Capítulo 16

Violette había tenido apenas dos horas para meter todos sus vestidos en el baúl. No sabía cuanto tiempo estarían fuera, pero esperaba que fueran suficientes para lo que le aguardaba. Quizá solo se tratase de pocas semanas, más aún si tenía presente que su propio marido se estaría alejando de su querida, aunque llegado el caso no le sorprendería que incluso la alojase en algún lugar cercano para frecuentarla.

¡Santo cielo!, ¿Desde cuando había comenzado a pensar así?, ¿Por qué le molestaba tanto ese hecho si ya había dictaminado que no debía afectarle lo que él hiciera? Pero le molestaba, le dolía profundamente que así fuera y no podía ponerle solución a esa sensación de inquietud que la embargaba.

No tuvo tiempo de despedirse de Julia antes de partir, aunque intuía que la madre de ésta la avisaría en su primera visita. Aún así, le habría gustado conversar sus inquietudes, aunque ella era la hermana de su esposo y no sabría exactamente hasta que punto estaría de su parte. De todos modos, ella misma había podido comprobar que no aprobaba la actitud de su hermano, por lo que había pensado que quizás podría tener en ella una confidente, revelarle lo sucedido y saber que haría ella en lugar o si estaba en lo correcto de mantener aquella actitud distante. En un principio había creído que aunque no

se amaran, quizá podrían respetarse, lograr una bonita amistad que durase en el tiempo ya que estarían juntos el resto de sus vidas, pero ahora mismo ni tan siquiera era capaz de concebir aquello, había perdido su completa confianza, sin mencionar que se sentía puerilmente engañada.

Cuando subió al carruaje no había esperado que su esposo también lo hiciera tras subir su doncella Rebecca. Así que a pesar de no saber cuanto duraría el trayecto, tuvo que hacerse a la idea de que pasaría horas frente a él, contemplando su rostro cada vez que alzase la vista al frente y repetirse a sí misma que a pesar de que fuera demasiado apuesto, él jamás le pertenecería.

—Mi lord, ¿Sabe cuanto tardaremos en llegar a los viñedos? —preguntó Rebecca cuando apenas llevaban dos horas de viaje.

Habían partido a media mañana y pronto harían un alto en el camino para almorzar y estirar las piernas. Ciertamente Violette desconocía a qué hora llegarían al que había sido su hogar cuando era pequeña del que no recordaba nada.

—Se tarda dos días y medio en llegar desde Londres, por lo que deberemos pasar la noche en una posada —contestó Robert.

La primera vez que Robert había realizado aquel viaje para descubrir que sería el nuevo duque de Savegner y en el que contrajo sin pretenderlo matrimonio con Violette, tardó dos días sin apenas hacer un descanso y viajando a caballo. En aquel momento no estaba dispuesto a alejarse de las vistas de las que podría gozar dentro del carruaje, aunque le gustara montar, no pensaba renunciar a vislumbrar el rostro hermoso de su esposa del que era consciente que trataba de evitarle a toda costa.

Tras una breve parada para almorzar al aire libre, continuaron durante el resto de la tarde hasta

que el sol comenzaba a ponerse tras las montañas del Oeste, debían darse prisa en llegar a la próxima posada, era demasiado peligroso recorrer aquellos caminos sin luz alguna por lo que Robert estaba nervioso e impaciente al mismo tiempo. Quizá debería haberse detenido en la posada anterior, pero había creído que no tardarían tanto en llegar a la siguiente, hasta que al fin su cochero se detuvo y pudo oír como relinchaban los cuatro caballos que tiraban del carruaje, incluso el suyo propio que estaba enganchado en la parte trasera.

—Bajad solo lo imprescindible, mañana saldremos al alba, por lo que no será necesario mucho equipaje —reiteró Robert antes de abrir la puerta y bajar del carruaje para ayudar después a la doncella de su esposa y a la propia Violette.

Con paso ágil entró en la posada y comprobó que parecía bastante transitada, no era habitual, pero no le dio la mayor importancia.

—Buenas noches, quisiera dos habitaciones y una tercera para mi servicio —mencionó Robert en un tono formal mientras percibía como sus piernas estaban demasiado entumecidas por el viaje.

Precisamente por eso no solía hacer aquellos interminables caminos en carruaje.

Apenas había compartido dos frases con su esposa durante el trayecto, ésta se había limitado a pasar la mayor parte del viaje leyendo o conversando trivialidades con su doncella, probablemente él mismo cohibía que hablasen de otros temas, pero dado el resultado nefasto, haría el resto del viaje a caballo.

—Lo siento mi lord, pero solo dispongo de una habitación, ni tan siquiera tengo disponibles habitaciones de servicio, la posada está completa —respondió aquel buen hombre con cierto pesar.

—¿Una?, ¿Qué haré entonces con mis sirvientes? —Aunque compartiera la habitación con Violette —algo que no le desagradaba —, no sabría donde albergar tanto a la doncella de esta como a su cochero y mayordomo.

Era demasiado tarde para avanzar hasta la siguiente posada, tenía que pasar la noche allí con lo que aquel hombre le ofreciera.

—Pueden dormir en las cuadras, junto a su carruaje, es lo único que puedo ofrecerle mi lord, lamento las circunstancias, pero al parecer mañana habrá una subasta de caballos en el pueblo y han venido visitantes de todos los alrededores para no perdérsela.

¡En maldita hora tuvo que parar justamente en esa posada!

—Está bien. No puedo hacer otra cosa dadas las circunstancias, después de todo partiremos al alba. Suba la cena a la habitación, mis sirvientes cenarán en el salón.

En cuanto Violette entró no supo como debía explicarle la situación, de todos modos, no era culpa suya que tuvieran que compartir la

misma cama, aunque por otro lado no tenía nada de malo en ello, puesto que estaban casados y nadie vería algo extraño en que lo hicieran. En cuanto Robert puso los ojos en su esposa, sintió una punzada de desasosiego, era consciente de que pasaría la noche junto a ella y eso solo le hizo sentir más fuerte que nunca su anhelo hacia esa mujer de belleza extrema.

—Ha ocurrido un problema —mencionó tanto a su esposa como al personal que le esperaba a la entrada de la posada—. Solo hay disponible una habitación y es demasiado tarde para continuar hasta la siguiente posada, por lo que deberéis pasar la noche en las cuadras, junto al carruaje.

Rebecca, vos lo haréis dentro de este. Os proporcionarán mantas y almohadas, todo está dispuesto para que toméis la cena en el salón, lamento las molestias, pero es lo único que me han ofrecido

—se disculpó Robert a pesar de que no tendría porqué hacerlo.

—No se preocupe mi lord, estas cosas suceden —intervino su cochero y comenzó a estirar de

los caballos hasta llevarlos a las cuadras.

Violette permaneció unos segundos pensando en lo que aquello suponía, una sola habitación,

¿La compartirían su esposo y ella?, ¿Dormirían en el mismo lecho esclavos de las circunstancias?

Entró en la pequeña habitación de la posada acompañada de su doncella, que la siguió para dejar su pequeña bolsa de viaje y ayudarla a desvestirse por indicaciones del duque. A pesar de que la estancia parecía confortable, el suelo de madera que la cubría chirriaba en algunos puntos, las pareces eran de un gris sobrio con apenas cuadros que las alegrasen, los muebles eran básicos, aunque no parecían muy desgastados por el uso. Ciertamente ella no había estado nunca en lugares como ese, pero el pequeño tocador cerca de la chimenea era pintoresco y la pequeña mesa de madera con dos sillas forradas en tejido floral tenía su encanto.

En aquellos momentos agradecía la compañía de Rebecca porque aún no terminaba de asimilar que fuera a compartir aquella minúscula cama a su vista, con su esposo. A pesar del cansancio y de que el lecho la invitaba, no sabía si sería conveniente introducirse en ella o no. En realidad, no había mencionado en ningún momento donde dormiría

él, ¿Quizá había dispuesto algún otro lugar para él? Tenía la palpable sensación de que no era así, de lo contrario su doncella dormiría junto a ella en lugar de hacerlo en el carruaje, pero temía dar voz a sus pensamientos.

Agradeció el agua limpia del tocador para refrescarse y quitarse el mugriento polvo del camino, ciertamente no era un baño, pero dudaba que pudiera tomar uno en condiciones hasta llegar a su destino. Los nervios afloraban en su piel hasta que alguien llamó a la puerta y comprobó que se trataba de un sirviente de la posada que traía la cena.

—Mi lady, si ya no desea nada más, dejaré que tomen su cena, puesto que su esposo estará a punto de llegar —pronunció Rebecca

En realidad, no la necesitaba ni tan siquiera para desvestirse, pero su compañía le daba cierta calma porque no deseaba quedarse a solas en aquella estancia. Menos aún cuando su propia doncella acababa de confirmarle sus sospechas; compartiría ese lecho con el duque.

—Si… claro… —respondió aturdida.

Confesar sus miedos no era una opción, sobre todo porque no sabía exactamente qué debía temer. Mientras divisaba los platos de estofado sobre la pequeña mesa junto a la jarra de vino y los vasos de latón, se preguntaba cuando él haría acto de presencia. En ese preciso instante dejándose avasallar por sus pensamientos conforme se abrazaba a sí misma cerca de la chimenea para entrar en calor, escuchó como se abría la puerta sin siquiera llamar previamente para preguntar si estaba visible.

—Veo que ya han servido la cena, imagino que tendréis hambre —pronunció Robert tratando de no admirarla demasiado, de lo contrario no podría asimilar que dormiría a su lado sin poder ponerle un solo dedo encima.

Había supervisado el mismo las condiciones en las que pasarían la noche sus sirvientes. No le parecía conveniente, pero al menos no morirían de frío a la intemperie y ciertamente estarían al resguardo de cualquier asalto o tormenta. Se convenció de que solo serían unas pocas horas y al día siguiente esperaba llegar a los viñedos sin demora. En cuanto divisó a la doncella de su esposa bajar las escaleras, dedujo que ésta ya debía haber terminado de atenderla, por lo que decidió finalmente subir a la habitación y enfrentarse a lo que le deparaba esa noche.

—En realidad no demasiada —admitió Violette algo nerviosa.

—Aún así sentaos y comed, debéis alimentaros bien o enfermaréis.

¿Enfermar? En aquel momento Violette pensó que estaba al borde de algo similar dado su estado de tensión constante. Nunca había estado con el duque en esas circunstancias, ni bajo esa

intimidad. Quizá estuvieron a solas cuando le dio aquella joya en su habitación, o la noche del baile durante el trayecto en carruaje, pero en ningún caso se parecía a aquello. Sin pronunciar palabra, observó como él se sentaba a la mesa y ella le imitó solo por no ser descortés.

—¿Tenéis intención de pasar la noche aquí? —preguntó Violette queriendo asegurarse por la propia voz de su esposo si era cierto lo que imaginaba.

—Ciertamente —contestó Robert alzando la vista para observar fijamente aquellos ojos chispeantes—. Solo hay una habitación y vos sois mi esposa. No hay nada malo en ello.

A ojos de Dios y de cualquier persona, el hecho de que compartiera el lecho con su esposa era lo más normal del mundo a pesar de las diferencias o discusiones que hubieran tenido, o mejor dicho; de que fueran dos completos desconocidos y que ella le detestara con razón.

—No me parece lo más oportuno dadas las circunstancias —aclaró Violette llevándose una mano al pecho para asegurarse que tenía completamente cerrada su bata. Se sentía vulnerable, expuesta, desnuda aunque llevase capas de tela encima que ocultaban su cuerpo, era una sensación extraña la que la estremecía y mantenía en esa situación de expectación.

—Es una medida extrema y solo será esta noche. Cuando lleguemos a los viñedos Savegner tendréis vuestros propios aposentos —atajó Robert con apreciable irritación—. No tenéis porque temer, no os tocaré a menos que lo deseéis —añadió a pesar de saber que iba a ser un autentico infierno para él no hacerlo.

Saber que su esposa le rechazaba de aquel modo, provocaba en él una

indignación desconocida hasta el momento, pero ésta solo asintió antes de hundir la cuchara en el estofado y comer silenciosamente, probablemente se sentiría aún más dolido si hubiera pronunciado de sus propios labios que no deseaba que la tocara.

Violette se relajó parcialmente, que él le asegurara aquello calmaba un poco esa tensión palpable en cada músculo de su cuerpo, aún así; cuando se adentró en aquel lecho mientras él se desvestía dejando a relucir su torso desnudo, la sensación de inquietud volvió a consumarla. La cercanía, el calor que desprendía y la constante presencia a su espalda una vez que se acostó a su lado, hacía que fuese incapaz de conciliar el sueño sintiendo un nudo en su estómago que le provocaba un malestar hasta ahora desconocido.

Era la primera vez que no dormía sola en una cama, a pesar de que había intentado separarse lo máximo posible de él, era imposible no sentir el calor que la embriagaba desde tan corta distancia, provocando que estuviera expectante a cualquier movimiento por parte del duque.

Cuando percibió que la respiración de éste era tranquila y pausada, se calmó lo suficiente para dejarse vencer por el cansancio y arrastrarse al mundo de los sueños.

Robert estaba disfrutando gratamente de aquella suavidad que alcanzaba su mano. No solo era cálida y agradable, sino que desprendía una delicadeza extrema. Subió gentilmente sus dedos acariciando aquella piel hasta la curvatura de su nalga y notó el tirón de su entrepierna al percibir la silueta de aquel suave trasero. Repentinamente abrió los ojos y se dio cuenta de que no se trataba de ningún sueño, sino de que era el cuerpo de su esposa y que esta parecía responder a sus caricias acercándose a su cuerpo.

Capítulo 17

La oscuridad de la noche le cegaba, el fuego hacía tiempo que parecía haberse apagado y apenas quedaban ascuas que pudieran iluminar parcialmente la belleza que tenía a su lado. Muy a su pesar, sabía que debía retirar aquella mano que gustosamente acariciaba esa piel cálida e inaudita, pero al mismo tiempo no lo deseaba, quería explorar las

curvas de aquella desnudez que tenía a su alcance aunque estuvieran prohibidas para él.

Él le había prometido no tocarla a menos que ella no lo deseara y ciertamente no le había indicado textualmente que no lo desease, mientras se debatía consigo mismo en aquel dilema, sintió como el cuerpo de su esposa se giraba parcialmente hasta quedar completamente expuesto hacia donde se encontraba. Una lástima que no pudiera verla, pero sí podía sentirla gracias a que su camisón se había arremolinado en sus caderas y eso le permitía un fácil acceso para degustar su maravilloso cuerpo.

Robert pasó su mano por aquel vientre completamente plano y estrecho, mordiendo su labio para reprimir un jadeo ante lo que su tacto vislumbraba en la oscuridad de la que no podía deleitar su visión. Sin querer se acercó más a ella, sintiendo su aroma, su cercanía, rozando sin pretender con su nariz aquel dulce cuello y percibiendo un leve gemido de sus labios conforme su mano ascendía para rozar su pecho.

Tal como había imaginado, eran de un tamaño perfecto para acogerlo entre sus manos. En el instante que rozó uno de sus pezones y ella volvió a gemir, supo que respondía a sus caricias, que aquello no era su imaginación, así que no pudo controlarse más a si mismo y buscó su boca con fanatismo hasta devorar sus labios de forma incontrolada, dejándose avasallar por la pasión que cegaba sus sentidos.

Violette sentía que su cuerpo ardía, pero no precisamente en llamas, sino en una sensación mucho más indescriptible que jamás había sentido. Cuando sintió la presión en sus labios demandante, abrió los ojos repentinamente sin lograr ver nada, pero siendo consciente de la magia que aquel beso le provocaba al mismo tiempo que percibía un palpitar entre sus muslos que no comprendía.

Su desconcierto no lograba comprender que sucedía, salvo que se estaba dejando avasallar por ese ardor que aquel hombre provocaba en ella y cuando sintió como abandonaba su boca para descender por su cuello, se percató de donde estaba y de quien le estaba provocando aquello.

Era el duque. Era su esposo.

Aquella aplastante realidad de lo que estaba sucediendo la avasalló al mismo tiempo que sintió como la tela de su camisón era rasgada y que los labios de él apresaban uno de sus pechos introduciéndoselo en la

boca.

En ese instante ella gritó, pero no de dolor como hubiera imaginado en otras circunstancias, sino de un absoluto placer por lo que él le provocaba. Sintió como su cuerpo la abandonaba cediendo a esa pasión incontrolada que la consumía por dentro. No sabía porqué, ni debido a qué, pero quería más, deseaba más, necesitaba más de lo que él le proporcionaba.

Se inclinó hacia él, como si de forma inconsciente quisiera ofrecerse ante las maravillas que él le hacía. En aquel momento era como si todo hubiera dejado de existir, salvo lo que él provocaba en ella y esa palpitante sensación de estremecimiento que se volvía más y más grande provocando que quisiera descubrir hasta donde llegaba.

Robert percibió su respuesta y saber que ella respondía a sus caricias solo hizo que su palpitante entrepierna se volviera aún más dura, firme e intensa. Moría de anhelo por poseerla, quería hacerla suya, tomarla, sentirla y degustarla hasta el último aliento, pero sabía que ella debía estar preparada, así que volvió a introducirse de nuevo el pezón en su boca mientras lo mordía lentamente con sus dientes provocando que ella se retorciera bajo su cuerpo como si demandara más de aquella caricia. Deslizó una de sus manos suavemente hacia el montículo de venus que ella tenía entre sus piernas y tuvo que reprimirse cuando notó la suavidad de sus pliegues entre sus dedos ligeramente humedecida. Sabía que él era la causa de que ella estuviera así y eso lo volvía loco de puro deseo. Volvió de nuevo a unir sus labios con los de ella y percibió como ésta respondía a su beso, así que masajeó la entrada con sus dedos y notó como su esposa no le rechazaba, sino que parecía desear de lo que le proporcionaba.

Violette no sabía que era lo que le estaba haciendo, ni porqué provocaba aquella reacción de desasosiego que la tocase de aquel modo tan íntimo, pero llegados a ese punto quería descubrir que era lo que se sentía, aunque solo fuera una vez en su vida, deseaba saber que era lo que percibían dos amantes cuando se amaban en el lecho, cuando sintió como algo se introducía en ella mordió el labio que la besaba de pura agonía.

Robert no pudo resistirlo más, deseaba haberla preparado mucho mejor, pero si no se introducía en ella sentía que iba a explotar, así que con un movimiento deslizó el calzón que llevaba y se colocó entre sus piernas adentrándose suavemente en ella. La sensación de estrechez era tan placentera que tuvo que detenerse y aguantar la respiración porque era incapaz de soportar tanto placer en aquel

momento, avanzó lentamente hasta que sintió que algo le impedía seguir hacia delante y entonces supo que aquello le dolería. Era la primera vez que estaba con una mujer virgen y no deseaba provocarle dolor alguno, aunque en aquella circunstancia fuera necesario.

Sus labios se volvieron suaves, dulces, como si quisiera implicarle toda la ternura que ella le transmitía y entonces se hundió completamente en su interior percibiendo el grito ahogado en sus labios y queriendo apaciguar ese dolor de forma inmediata conforme la abrazaba entre sus brazos.

El dolor había sido agudo, Violette sintió como si algo dentro de ella se rompiera en mil pedazos, pero no se sentía rota, ni percibía la misma intensidad del principio, sino que más bien era consciente de la invasión que había en su interior y de que él la abrazaba como si deseara consolarla.

En el momento que Robert apreció que el cuerpo de su esposa ya no estaba tenso, sino que sus músculos parecían haberse relajado, comenzó a moverse de un modo lento a la vez que suave conforme llenaba de besos su cuello, su mentón, sus mejillas y finalmente volvía a sus labios derritiéndose en ellos como la mantequilla.

No sabía porqué ella lograba provocar esa sensación en él, pero sentía que se desvivía a través de su cuerpo. Su mano se deslizó de nuevo hasta el botón del montículo de su esposa y lo frotó con sus dedos delicadamente hasta que sintió como el cuerpo de su esposa vibraba de placer.

Violette sentía que algo no iba bien dentro de ella, que una especie de volcán iba a explosionar dentro de su ser por todas las sensaciones que se agolpaban repentinamente en su vientre propagándose hacia todas las direcciones de su cuerpo. Notaba como su cuerpo la abandonaba completamente deseando alcanzar esa sensación hasta que finalmente una oleada de placer la

sobrecogió arrastrándola hacia otro mundo desconocido, sintiendo que se desvanecía sin poder controlarlo y sin poder evitarlo.

En el instante que Robert escuchó los gritos de placer que proporcionaba aquel ardiente ángel, no lo pudo soportar más y se abandonó al suyo propio, derramándose en ella y sintiendo que era suya, que al fin era suya de verdad.

Permaneció quieto sobre ella durante varios instantes, hasta percibir que su respiración parecía más calmada y constante. La oscuridad les

hacía cómplices de lo sucedido, como si ocultara sus expresiones. Quería verla, deseaba ahora más que nunca ver su rostro para decirle lo preciosa que era, anhelaba ver sus ojos, deseaba haber visto esa mirada de color violáceo conforme la hacía suya. A pesar de ello, no forzaría las cosas, así que se apartó de ella colocándose a su lado y rodeó su cintura atrayéndola hacia él en aquel silencio que les invadía, dejando que el calor de su cuerpo siguiera confortándole hasta volver a caer preso del sueño.

Violette sintió como su esposo la apresaba rodeándola con su brazo conforme la acercaba a él y no pudo evitar cerrar los ojos fuertemente siendo consciente de que aquella sensación le agradaba demasiado. Era la primera vez en su vida que se había sentido por un breve instante querida y también era la primera vez en mucho tiempo que se sentía protegida.

No quería acostumbrarse a esas sensaciones por más placenteras que fueran, en el fondo era consciente de la realidad de aquel matrimonio, pero tal vez por una noche podría permitirse el lujo de dejarse avasallar por ellas y sentirlo por una vez, aunque solo engañara a su mente.

Los golpes suaves en la puerta despertaron a Robert aquella mañana, abrió los ojos y se dio cuenta que entre sus brazos tenía el cuerpo de una mujer pegado al suyo: caliente, suave, delicioso, y entonces recordó lo sucedido. No había sido un sueño. La había hecho suya y había sido absolutamente espléndido.

Violette abrió los ojos aturdida, no era capaz de asimilar donde estaba hasta que los recuerdos de la habitación de la posada llegaron a su mente reconociendo el lugar ahora iluminado por la luz del día que se filtraba por la ventana. Había amanecido y podía ver la verdadera autenticidad de la modesta recámara. Sus ojos buscaron el leve sonido que provocaban los movimientos de la figura masculina que había a su izquierda, visualizando aquella espalda desnuda hasta que la piel se perdió bajo una camisa blanca. Fue entonces y solo entonces cuando recordó lo que verdaderamente había sucedido en la calida oscuridad, cuando sintió como su cuerpo vibraba recordándole la intimidad que habían mantenido, haciéndole ser consciente más que nunca de que ahora era a todos los efectos, su mujer.

De pronto se sintió cohibida, incluso bajó su mirada hacia su pecho y descubrió que su camisón estaba rasgado dejando entrever sus pechos, eso la hizo constatar con mayor firmeza que sus recuerdos no formaban parte de ningún sueño, sino que todas esas sensaciones que

tenía habían sido tan reales y nítidas como las recordaba. No había sido su imaginación, de hecho, jamás habría podido creer que podría ser tan maravillosa la unión entre un hombre y una mujer por más que pudiera leerlo en un libro o tratar de imaginarlo.

—Buenos días —pronunció Robert percatándose de que su esposa se había despertado y probablemente él había sido el culpable de que lo hiciera—. Están preparando el carruaje, saldremos en media hora si queremos llegar hoy mismo a los viñedos —dijo antes de darse cuenta de que hubiera sido más conveniente retrasar su viaje otro día más, quizá de ese modo volvería a compartir el lecho junto a su esposa y tener de nuevo la oportunidad de dormir junto a ese precioso ángel.

Robert se deleitó en aquel rostro impoluto de una blancura sin igual, podía perderse en sus

ojos ahora que la luz del día le permitía hacerlo y en su cabello bordeando su figura conforme caía desordenadamente. Su tez perfecta con evidentes señales de turbación y sueño a partes iguales lograba hacerle sentir un deseo irrefrenable hacia ella. Era sensual y tierna al mismo tiempo, eso sin mencionar su indiscutible belleza.

—Me prepararé enseguida —mencionó Violette apartando la vista de aquellos ojos castaños que la observaban de aquel modo provocando que se sonrojara. Lo que menos deseaba en ese momento era que él fuera consciente de lo que a ella le afectaba su sola presencia.

En cuanto Robert vio que su esposa apartaba las sábanas para levantarse, apreció la sangre tanto en su camisón roto por él mismo, como en el lecho. Ahí estaba la condenada prueba de que ella era virgen y de que él la había hecho suya por si aún le quedaban dudas al respecto. De pronto sintió un deseo incontrolable de protegerla, de rodearla entre sus brazos para asegurarse de que se encontraba bien, de rogarle disculpas si había sido demasiado brusco con ella.

Simplemente sentía mil cosas a las que no sabía poner nombre, ni encontrar explicación del porqué surgían en él.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Robert dando un paso hacia ella, como si quisiera acercarse pero al mismo tiempo temiendo que ella pudiera rechazarle.

Violette no entendió la pregunta, hasta que sus ojos visualizaron la mancha de sangre que había sobre el mullido colchón del lecho que habían compartido. ¿Esa era su sangre virginal?, ¿Ese había sido el resultado de aquel dolor punzante que había sentido? Si, desde luego

que lo era porque no eran días en los que tuviera que venir su ciclo. Aquello resultaba incomodo y también extraño dado que apenas conocía a ese hombre y en cambio había tenido más intimidad con él que con cualquier otro ser humano.

—Yo… —comenzó a decir Violette—. Viajar no será un impedimento si es lo que teméis. —

Realmente ni ella misma sabía como se sentía.

—Sé que anoche os causé daño y os pido disculpas por ello. Os prometo que no volverá a suceder —atenuó Robert con voz suave mientras daba otro paso hacia ella sin dejar de observarla.

Quería abrazarla, rodearla con sus brazos para ponerle hechos a lo que indicaban sus palabras.

Sabía que la primera vez para una mujer era doloroso, pero se aseguraría de que la próxima vez que la hiciera suya estuviera lo suficientemente preparada para que su satisfacción fuera aún mas plena, porque por más que quisiera refrenar sus pensamientos, debía haber una próxima vez o moriría de agonía sin tenerla entre sus brazos.

Las palabras del duque ahondaron profundamente en ella. ¿No volvería a suceder?, ¿Le estaba diciendo que aquello que habían compartido esa noche no volvería a pasar? Por un segundo se había permitido creer que para él había podido significar algo más y de nuevo la realidad había destrozado cualquier vestigio de ilusión que pudiera haberse creado. Acababa de dejarle claro que no la deseaba y aquello dolía, su rechazo ahondaba su alma, aunque no quisiera reconocerlo.

—Os advertí que no volvería a creer en vuestra palabra, milord —contestó secamente y con el tono más distante que le fue posible mientras apartaba la vista de él para que no detectara como le afectaba—, pero os aseguro que lo de anoche no volverá a suceder —añadió cruzándose de brazos, como si eso la protegiera mientras le daba la espalda.

En ese momento Robert se maldijo a sí mismo conforme apretaba los puños, era evidente que nunca sabía escoger las palabras adecuadas ni el momento indicado con su esposa sin acabar metiendo la pata como ahora. Si el hecho de no acercarse a ella y no tocarla de nuevo haría que volviera a confiar en él, eso sería lo que haría, aunque se quemara por dentro. Antes de que

pudiera abrir sus labios, la doncella de su esposa se presentó en la habitación para asistir a su señora, por lo que abandonó la estancia dejándolas a solas mientras no dejaba de mascullar su torpeza y su mala elección de palabras. ¿Era posible que creyera que no había disfrutado de esa noche junto a ella? Si era así, él mismo le demostraría lo contrario y tenía demasiadas semanas por delante para convencerla.

Violette no se sorprendió de que el resto del viaje lo hiciera ella sola junto a su doncella en el carruaje mientras podía observar la distancia prudencial que mantenía su esposo erguido en su propio caballo con la mirada fija al frente.

Quería llorar, pero había reprimido sus lagrimas solo porque no deseaba que Rebecca se preocupara y porque no quería darse lástima a sí misma por su infortunio, pero era incapaz de pensar que cada una de sus caricias, cada uno de los besos que le había otorgado la noche anterior su esposo, en realidad no lo hacía pensando en ella, sino en la amante que le había asegurado haber dejado y que en realidad había descubierto que seguía amando aunque él lo hubiera negado.

Capítulo 18

Los altos setos ocultaban la enorme mansión situada entre los viñedos pertenecientes al ducado, aunque Violette carecía de recuerdos sobre aquel paisaje, podía sentir que no era la primera vez que los veía, sino que percibía esa sensación de saber que ya había estado allí, a pesar de no tener recuerdos nítidos, ni podía saber si durante todos esos años algo había cambiado. Era extraño, la habían alejado de su hogar con apenas seis años y las vagas imágenes del pasado se desdibujaban por más que se empeñara en no hacerlo. En sus sueños veía enormes campos cultivados que llegaban hasta los confines donde su vista alcanzaba y se perdían en la lejanía, si alguna vez habían existido de verdad, ahora no había nada de aquel verdor de antaño que ella

imaginaba.

—¿Cuándo fue la última vez que visitasteis los viñedos, mi lady? —preguntó Rebecca igual de absorta que su señora en el paisaje.

—Desde la muerte de mi madre hace ahora unos doce años —contestó apreciando la dejadez del lugar que un día había brillado en todo su esplendor.

Podía percibirse el potencial de aquel lugar, pero era demasiado desolador ver en lo que se había convertido a lo largo de todos esos años.

—Entonces debe estar realmente emocionada de regresar al que era su hogar, ¿No es así?

Aunque no le traiga gratos recuerdos… —agregó la doncella con cierta timidez dándose cuenta que en ese lugar no solo murió la madre de su señora, sino que también lo hizo toda su familia.

—No te preocupes Rebecca, hace demasiados años que me alejé de aquí para que me pudiera traer malos recuerdos. Este lugar me dio una familia, pero también me la arrebató —dijo Violette siendo consciente que aquel lugar había traído felicidad y desgracia a partes iguales—, pero aquello forma parte del pasado —añadió tratando de sonreír dulcemente.

En el momento que los altos muros de la mansión fueron apreciables a su vista, Violette contuvo el aliento dejándose embriagar por la hermosura arquitectónica que tenía ante ella.

Cuando se fue de allí jamás pudo imaginar que algún día volvería siendo la duquesa de Savegner, poseyendo el mismo título que había ostentado su madre y en aquel momento deseó restituir ese lugar para tener una mínima parte de lo que en su día tuvo su familia, como si de ese modo pudiera conseguir un pedacito de su familia perdida, quizá a su modo de verlo, creía que esa sería la única felicidad que podría encontrar tras su fracasado matrimonio.

Dos sirvientes habían salido a la puerta para recibirles, una mujer que debía rozar la cincuentena y un señor un poco más joven que ésta. En cuanto el carruaje cesó, inmediatamente alguien le abrió la puerta y cuando hizo el amago de salir, se encontró con la mano de su esposo para ayudarla a descender. Había esperado ese tipo de gesto por parte del cochero, del personal, pero no de él. Sin saber porqué, se sintió incomoda ante el hecho de darle la mano solo porque dicha caricia le traía recuerdos de la pasada noche y eso aturdía su corazón.

—Les presento a mi esposa lady Violette, la nueva duquesa de Savegner —dijo Robert dirigiendose al personal que se inclinaba en una reverencia hacia ella.

Si esas personas trabajaban cuando ella aún vivía en la mansión, ciertamente Violette no lo recordaba, pero quizá podría descubrirlo en los días que pasara allí y tal vez incluso conocer que había sido de su padre todos esos años y si aún le quedaba familia en alguna parte.

—Será un placer atenderla, mi lady. Mi nombre es Sivil y estaré para lo que necesite, si me permite decirlo es usted más hermosa aún que cuando era niña —sonrió la mujer tras aquella presentación.

Violette observó fijamente a la mujer abriendo aún más los ojos y creyó por un momento si habría podido leerle la mente, pero lo cierto es que ya había encontrado una respuesta a su pregunta, quizá esa sirvienta pudiera resolver muchas de sus preguntas.

—¿Me recuerda? —preguntó sin poder evitarlo.

—Por supuesto mi lady, nadie en toda la comarca podría olvidar sus ojos, siempre fueron únicos y especiales —volvió a sonreír con cierta amabilidad que ella percibió en su rostro.

Violette sonrió algo nerviosa, que le recordaran que era peculiar no le entusiasmaba, ella siempre había querido encajar, ser normal, no ser especial, única o diferente. Ella solo deseaba ser aceptada, como si de algún modo a lo largo de toda su vida hubiera sentido que todos la rechazaban.

—Estoy seguro de que mi esposa deseará visitar cada rincón de la casa para ver si está tal y como lo recordaba, ¿No es así? —preguntó Robert dirigiéndose finalmente hacia Violette.

Observar aquellos ojos violeta tan brillantes perturbaba los sentidos de Robert hasta el punto de notar el temblor en sus piernas, definitivamente esa mujer lo doblegaba, podría hacer con él lo que quisiera y era consciente de que aceptaría a cualquier precio o circunstancia.

—Claro —sonrió finalmente Violette.

—Sivil, ¿Sería tan amable de enseñarle la mansión a la duquesa mientras descargan nuestro equipaje? Yo tengo algunos asuntos urgentes que atender en la biblioteca. —A pesar de que no eran urgentes, Robert quería darle el tiempo necesario para que ella se

adaptara a la casa, probablemente tendría muchos recuerdos vividos en aquel hogar que llevaba años sin visitar y aunque se moría de ganas por hablar con ella y aclarar su situación, lo cierto es que necesitaba una excusa para iniciar aquella conversación.

—Será un placer y un honor, mi lord —Se adelantó la buena mujer complaciente.

—Os esperaré en mi despacho cuando terminéis la visita, hay algo de lo que debemos hablar en privado y que no puede esperar —terció Robert dirigiéndose a su esposa mientras deseaba dibujar cada línea de su rostro con los dedos al contemplar dicha perfección en una sola mujer.

Ni tan siquiera sabía como podía ser tan afortunado de tenerla, a pesar de que realmente no la tuviera, pero el simple hecho de poder verla cada día para él ya era una absoluta bendición de los dioses porque por más que quisiera negarlo, ella era la dama más hermosa que sus ojos habían visto en toda su vida y era suya, la había hecho suya aunque no del modo que hubiese querido.

Quería hablar con ella, aclarar lo sucedido y sobre todo lo que el interpretaba como un malentendido. Había tenido demasiadas horas a caballo para pensar, para meditar que tal y como estaba la situación, las cosas no podían empeorar y si lo hacían desde luego no sería porque no lo había intentado, pero se maldecía una y mil veces por ser un necio ante ella y que todo saliera estrepitosamente mal cada vez que abría la boca o hacía algo que terminaba perjudicándola.

Tuvo un comienzo desastroso, hizo absolutamente todo mal desde un inicio y en las últimas semanas no había hecho nada, absolutamente nada por cambiarlo o mejorarlo. Probablemente aquel era su castigo por haberla tratado de ese modo cuando aún no la conocía, definitivamente esas debían ser las consecuencias de sus actos y malas decisiones. Debía pagarlas, pero al menos

le dejaría clara su postura y le confesaría realmente lo que deseaba de aquel matrimonio, aunque ella tomara la última decisión y él se aseguraría de respetarla.

Violette recorría los largos y oscuros pasillos de aquella mansión preguntándose si encontraría algún recuerdo en ellos de su infancia. Podía apreciar que la pintura de algunas pareces estaba muy desgastada y era evidente que llevaban tiempo sin abrir todas las ventanas de la casa para que ventilara.

Las habitaciones no estaban en mejor estado, de hecho, solo había una de ellas algo más decente y la empleada Sivil comentó que eran los aposentos de su difunto padre y ahora los de su esposo.

—¿Quién cuidaba de la casa antes de que mi padre falleciera? —preguntó Violette al ver como algunas vigas del techo habían dejado que se pudrieran por filtraciones del techo y podían verse las grandes manchas de humedad, al igual que el olor a moho en todo el lugar.

—Por desgracia su padre no delegó a nadie, ni tampoco lo hizo el mismo. Este lugar fue perdiendo toda la belleza que poseía cuando vuestra madre aún seguía con vida. Espero que ahora que estáis aquí, podáis devolverle el esplendor que poseía.

Ciertamente Violette no sabía hasta donde podía llegar su atrevimiento, desconocía totalmente las finanzas de su marido y el dinero que poseían, pero era consciente de que reanudar los viñedos y volverlos a poner en marcha requeriría de una gran fortuna.

Se negó a contestar a la doncella, no quería admitir algo que quizá no pudiera hacer aunque lo deseara, simplemente le dedicó una sonrisa y prosiguió el recorrido, incluso divisando su habitación que según la doncella estaba tal y como la había dejado antes de marcharse, Violette no recordó absolutamente nada hasta que llegaron al gran salón de baile, ahora completamente vacío de mobiliario, pero había dos enormes lámparas de araña que colgaban del techo y cuando la luz exterior se filtró parciamente Violette tuvo un recuerdo, el primero que tenía en años de ausencia.

Recordaba una gran recepción en aquel salón, no sabía a qué se debía que hubiera tanta gente invitada, pero sabía que no era un baile y que ella correteaba entre todas aquellas personas mientras jugaba con otros niños a los que no lograba poner rostro. De pronto chocó contra alguien, parecía un hombre joven, de rostro serio, pero que se acercó a ella colocándose a su altura y acarició sutilmente su cabello. Aquel muchacho le dijo algo sobre sus inusuales ojos, aunque no lograba recordar exactamente cuales habían sido sus palabras si que logró perturbarla a pesar de que después le dedicó una sonrisa y su madre llegó hasta ella alzándola en sus brazos. No podía ver su rostro pero recordó el olor que desprendía la fragancia que envolvía a la duquesa, eran violetas… el perfume que usaba su madre tenía el mismo olor de la flor que le daba nombre.

¿Porqué recordaba justamente ese momento?, ¿Porqué no podía recordar el rostro nítido de su madre o el de sus hermanos? Podía

recordar aquellos ojos oscuros de ese hombre mirándola fijamente y la nariz puntiaguda de aquel joven muchacho, pero en cambio no lograba recordar a ningún miembro de su familia.

—¿Hay en la casa algún retrato de la difunta duquesa? —preguntó repentinamente y la doncella pareció contrariada.

—Su padre ordenó guardarlos todos en el desván hace más de diez años, desconozco en que estado estarán, mi lady.

A pesar de su advertencia, la doncella la llevó hasta el desván donde todo estaba repleto de antigüedades, muebles y enseres cubiertos de polvo. Probablemente podría llevarle horas encontrar lo que buscaba y por el estado en el que parecía estar, no sabía que iba a encontrar.

Después de dos horas de búsqueda, encontró un retrato familiar. No solamente estaba su

madre, sino también su padre y sus hermanos, mientras un pequeño bebé era acunado entre los brazos de la duquesa, sin duda supuso que debía ser ella de pequeña.

—Era hermosa… —Se escapó de los labios de Violette sin darse cuenta mientras contemplaba el cabello oscuro y los ojos verdes de su madre.

Sus hermanos tenían el cabello castaño casi rubio de padre, al igual que los ojos azulados. No lograba verse identificada en su aspecto con ninguno de ellos, pero debía admitir que después de ver a su progenitora, tenía rasgos similares a los de su difunta madre y de algún modo le reconfortaba.

—Usted se parece mucho a ella, mi lady. A excepción de sus ojos, sin duda, pero a la duquesa le fascinaba que su única hija poseyera el color de las violetas, decía que era un gran augurio a pesar de que otros no compartieran esa idea —admitió la doncella y eso contrarió a Violette.

—¿A que se refiere? —preguntó sin comprenderlo y percibió que Sivil parecía aturdida y algo nerviosa.

—No haga caso mi lady, son viejas y absurdas teorías de la gente que no tiene otra cosa que decir. Usted no tuvo la culpa de nada de lo que pasó —dijo dejándola aún más confusa e incitándola a salir del desván —. Será mejor que salgamos, lleva demasiado tiempo aquí y no creo que sea bueno para sus pulmones que respire tanto polvo.

Violette dejó el cuadro con la clara idea de volver a por él en algún momento antes de marcharse y Sivil la acompañó hasta el despacho donde se suponía que estaría su esposo. A pesar de que la conversación que habían mantenido en última instancia la había dejado algo desorientada, se alentó a investigar durante los próximos días a qué se refería exactamente su nueva doncella cuando le había dicho que ella no tuvo la culpa de lo que pasó. ¿Qué culpa podría tener una niña de seis años sobre la muerte de sus hermanos y el suicidio de su madre?, ¿Tal vez la gente la culpara solo porque su padre la había alejado de allí?, ¿De verdad podrían haber pensado algo así?

Decidió no seguir pensando más en ello o sus preguntas e inquietud aumentarían, así que golpeó la puerta algo inquieta y esperó a que la voz de su esposo le indicara que entrase.

No había visto hasta ahora la biblioteca, aunque Sivil le había indicado que estaba tras esa puerta en su visita, pero no había deseado molestar al duque, por lo que ahora no podía dejar de admirar la enorme cantidad de tomos de libros que había en todas las paredes que cubrían la habitación haciéndola perder de vista al hombre que yacía sentado en la mesa que ocupaba el centro de esa estancia.

Ya estaba anocheciendo, por lo que Violette observó que había prendidas algunas velas sobre la mesa para que iluminaran los libros y papeles que había sobre ella.

—Puedo regresar más tarde si está ocupado… —Se atrevió a decir Violette al comprender que parecía bastante empeñado en su trabajo.

Robert llevaba más de tres horas esperando a que su esposa regresara, así que había tratado de sumergirse en sus libros de cuentas y en responder alguna correspondencia sobre la finca y algunos materiales que debía recibir en los próximos días, pero ciertamente era incapaz de apartar los pensamientos sobre el instante en que ella llamara a la puerta.

—No molestáis, por favor tomad asiento —indicó señalando una de las sillas que había frente a la mesa.

Violette se acercó y no pudo evitar sentir cierta floración de inquietud en su cuerpo. No solo estaban a solas, algo que hasta el momento no había permitido que la embriagara porque su mente estaba puesta en todo lo que había experimentando visitando la casa y sobre todo en las últimas

palabras de Sivil, pero ahora, era más consciente que nunca que estaba frente a él sin nadie más presente, teniendo en cuenta lo que había sucedido la noche pasada.

—Mencionasteis que era algo urgente —decretó Violette sintiendo un deseo descomunal de acabar aquella conversación para salir de allí indemne.

—Si, aunque creo que mis palabras fueron que no podía esperar y ciertamente no puede —

contestó Robert mientras trataba de serenarse y encontrar las palabras adecuadas—. Deduzco que por el estado en el que habéis encontrado la casa, llegaréis a la misma conclusión que hice yo la primera vez que la visité; necesita unas cuantas mejoras.

Robert había esperado que el sentimiento de Violette por el que un día fue su hogar, le hiciera sentir nostalgia por aquella casa.

—Así es —confirmó Violette sin estar segura hacia donde pretendía llevar esa conversación.

—Estaré demasiado ocupado con los viñedos y las bodegas para ocuparme también de la mansión. Esperaba, o más bien deseaba que pudierais encargaros de la remodelación y decoración de la casa para convertirla de nuevo en un hogar.

En ese preciso instante Violette sintió estremecimiento, era como si el duque se hubiera adentrado en sus pensamientos, leído sus más ínfimos deseos y hacerlos realidad. ¿De verdad le estaba pidiendo que convirtiera la mansión en un hogar? La sola idea de devolver el esplendor de antaño a la casa, simplemente la maravillaba.

—¿Puedo hacerlo? —preguntó como si no estuviera segura de ello.

—Por supuesto —aclaró Robert algo más calmado tras estar seguro de que ella había aceptado. Eso no solo le permitiría mantenerla lejos de Londres por tiempo ilimitado, sino que también estaría junto a él y le daría el tiempo suficiente para que se conocieran lejos de toda la sociedad que solo podría distraerles o confundirles—. Dispondréis de un presupuesto lo suficientemente amplio para que cubra todos los gastos y podréis decorarla como os plazca.

Violette se sentía agradecida y no solo por ser útil, sino porque le hubiera ofrecido la posibilidad de hacerlo, aunque si lo pensaba en retrospectiva, ese era su deber como duquesa y esposa del actual

dueño de aquella mansión. Además, esa ahora era su casa, era su hogar y aunque hasta el momento no lo había sentido como suyo, debía comenzar a pensar que lo era.

—Supongo que tendré mucho trabajo por hacer y que no regresaremos tan pronto a Londres como imaginaba —dijo pensando en sus amigas, aunque ciertamente estaría ocupada en algo que de verdad le entusiasmaba.

Robert no sabía si eso le entristecía por sus amistades o si tendría que ver con el joven del que se negaba a decir su nombre que había bailado con ella de un modo indecente en el gran baile.

Fuera cual fuera el motivo, no tenía pensado regresar en unas cuantas semanas.

—Ciertamente aquí hay mucho que hacer y es probable que pasemos algún tiempo lejos de la ciudad, espero que eso no sea un inconveniente —agregó con cierta formalidad—. Estoy seguro de que mi hermana no tardará en visitarnos, aunque podréis extender la invitación a quien deseéis

—agregó esperando que no incluyera a los duques de Lennox por si se presentaban con ese pariente indeseable.

—Gracias —admitió Violette.

—No me las deis. Este lugar es tan vuestro como mío, quizá incluso más si tenemos en cuenta que perteneció hasta hace muy poco a vuestra familia. Podéis hacer cuanto deseéis, tendréis mi beneplácito —afirmó esperando que ese fuera un buen comienzo.

Violette se sentía agradecida, aunque no quería ser del todo confiada, lo cierto es que no podía sino sentir gozo de que no solo la dejara disponer de aquella mansión para decorarla a su gusto,

sino de que le recalcara que aquel era su hogar. De pronto, el deseo de que eso fuera verdad, de que allí formara una familia, acogió su pecho con nostalgia, sintiendo que eso no sucedería jamás y que tendría que aceptarlo para convivir con ello el resto de su vida.

—Si no deseáis nada más, os dejaré con vuestros asuntos —dijo deseando marcharse, poner distancia entre aquel hombre y ella.

Tal vez él fuera capaz de diferenciar las cosas y no sentir nada al respecto, pero ciertamente ella no podía, era impensable no percibir su aroma después de la intimidad que habían compartido en aquel lecho aquella noche.

—Hay algo más —mencionó de pronto Robert antes de que ella hiciera ademán de levantarse para marcharse. Aquel era su momento, su oportunidad y aunque había meditado muchas veces si decirlo o no por no estropear aún más las cosas, lo cierto es que no podía empeorarlas—. Esta mañana, cuando os pedí disculpas por causaros daño y os prometí que no volvería a suceder, creo que os ofendí. No fue esa mi intención, de hecho, distaba mucho de serlo —admitió notando como su pulso se aceleraba—. Comprendo vuestra desconfianza y lamento profundamente que no confiéis en mi palabra, tal vez lo merezco después de mi comportamiento, pero aún así quería dejar las cosas claras. Cuando os prometí que no sucedería de nuevo, me refería al dolor que os causé por ser doncella. —Observaba a Violette mirándole fijamente, como si estuviera analizando cada una de sus palabras, pero al menos no se había levantado y marchado o intervenido en su discurso, por lo que ante su silencio decidió proseguir, esperando que, por un milagro, ella pudiera cambiar el concepto que seguramente tenía de él—. Diciendo esto, creo que acabo de confesar sin palabras que os deseo en mi lecho, y que nada me complacería más que pudierais darme un heredero.

Violette no sabía que responder, ¿La deseaba en su lecho?, ¿Quería que le diera un heredero?

Se sentía confundida, desorientada y completamente aturdida porque no sabía si quería o no creer aquellas palabras o si en el fondo ocultaba algo en ellas.

—Yo no… —comenzó a decir incapaz de dar coherencia a sus sentidos, ¿No estaba preparada para oír aquello?, ¿Para creerlo de verdad?, ¿No deseaba ella con toda su alma tener una familia propia?, ¿A qué estaba dispuesta para tenerla?, ¿Podría renunciar al amor para siempre?, ¿Podría olvidar su engaño? No estaba segura de nada.

—No os presionaré. Ni os condicionaré. Ni os impondré tal cosa, aunque la sociedad dictamine que ese sea vuestro deber —contestó Robert seguro de sus palabras. Jamás la obligaría a hacer algo que ella no quisiera, aunque hubiera percibido la respuesta de su cuerpo

aquella noche y estuviera seguro de que podía sentir, aunque fuera ínfimamente algo por él, debía ser ella quien accediera por sí misma y dar comienzo a lo que podría ser un verdadero matrimonio—. Os esperaré el tiempo que sea necesario, es lo mínimo que puedo ofreceros después de mi inepto comportamiento.

Capítulo 19

Aquellas palabras resonaban en la cabeza de Violette. ¿No la presionaría ni condicionaría?, ¿Ni tampoco le exigiría que ese era su deber? Siempre le habían dictaminado que ella se debería a su marido si algún día era desposada, que obedecería sus órdenes y estaría obligada a darle hijos, jamás había esperado escuchar de los propios labios de su esposo que nunca le impondría tal cosa.

¿Y si estaba realmente equivocada con respecto a él?, ¿Y si en verdad podía haber honor en sus palabras? Le había dicho que no volvería a creerle, que no confiaba en él, pero… ¿Qué motivos tendría para decirle todo aquello si no había verdad en sus palabras? Si su intención fuera desear un heredero, podría exigírselo sin más, estaría en su derecho aunque ella se negara. En cambio dejaba que ella tomara la decisión y aceptaba esperarla el tiempo que fuera necesario.

No sabía que creer. Estaba confusa y alterada al mismo tiempo. Deseaba creerle y al mismo tiempo su consciencia la obligaba a no hacerlo rápidamente. Realmente necesitaba meditarlo y esperar, tal vez para conocerle, quizá para estar segura de si podía confiar en él o si aquellas palabras no tenían un doble significado.

—Os lo agradezco —respondió finalmente, sin saber que más añadir porque eran incapaz de hacer que sus pensamientos razonaran algo coherente en esos momentos.

Necesitaba alejarse y pensar en todo ello.

—No debéis de agradecérmelo. Imagino que deseáis descansar después del viaje y daros un baño en vuestra alcoba. Os agradecería que me acompañaseis en la cena, pero entenderé que estéis cansada si deseáis no hacerlo.

—Os veré en la cena, lord Savegner —contestó Violette alzándose.

Tal vez ese podía ser un gran inicio para comenzar a conocer realmente al caballero con el que se había casado y del que desconocía absolutamente todo.

¿Qué sabía ella de él más allá de lo que habían juzgado sus ojos o sus actos hacia ella?

Desconocía su pasado, sus pretensiones, ni tan siquiera sabía que intenciones tenía en un futuro con la finca que había heredado de su padre y que había pertenecido a su familia. Le gustara o no, se debía a sí misma y a sus antepasados conocerle, no solo por darse una oportunidad, sino porque anhelaba descubrir quien era el hombre que su padre había elegido para ella.

Violette se dio un largo baño conforme se citaba una y otra vez las palabras del duque no dando crédito a ellas. Se había preguntado a sí misma si eso no era lo que ella también deseaba.

¿No había soñado con tener su propia familia?, ¿Sus propios hijos? Sabía que de ese modo jamás volvería a sentirse sola. Nunca más volvería a tener esa sensación de inquietud por creer que nadie respondía ante ella o tendría a donde ir. Era cierto que él no le había prometido amor, ni tampoco le había asegurado que no tuviera amantes, pero sí había confesado que la quería en su cama, ¿Significaba eso que la deseaba?, ¿Qué la deseaba a ella como mujer?

Definitivamente Violette se sentía confundida y al mismo tiempo una mezcla de sensaciones muy distintas la embriagaban. Tenía tantas ganas de creerle y sucumbir ante aquellas palabras

como de tomar prudencia y no dejarse llevar para no volver a sufrir de nuevo el rechazo si no eran ciertas aquellas palabras.

Su habitación era la que tiempo atrás había pertenecido a su madre. A pesar del desuso, era una de las que estaba en mejor estado de toda la casa, por eso la habían ubicado allí entre otras cosas. Estar sentada ante el tocador en el que su madre tantas veces se habría observado y cepillado el cabello antes de dormir la hacía pensar si algún día fue feliz en aquella casa. Quería creer que sí. La sonrisa que lucía el cuadro que había encontrado en el altillo le garantizaba que sí, pero aquel lugar le trajo tanta felicidad como desgracia. No podía olvidarse que había decidido arrebatar su propia vida por no soportar el dolor de la pérdida de tres hijos a pesar de que aún le quedara su única hija con vida.

Aún así, nunca había juzgado los hechos. Era cierto que existía una posibilidad de que su vida hubiese sido muy distinta de seguir viva, desde luego sus recuerdos serían muy distintos si en lugar de haber crecido en el convento lo hubiera hecho en aquella casa. A pesar de saberlo, nunca se dejó arrastrar por lo que podría haber sido y jamás fue, quizá porque fue consciente de que el dolor de su madre debía ser muy grande para desear abandonar este mundo sabiendo que la dejaría huérfana. Ella no tenía hijos para saberlo, tal vez por esa razón no se había permitido juzgarla ni una sola vez en todos los años que había echado de menos su ausencia.

Antes de adentrarse aún más en aquellos pensamientos oscuros, Rebecca entró en su alcoba con la intención de ayudarla a prepararse para la cena. Sería algo sencillo e íntimo, por lo que eligió un bonito vestido color verde agua, y dejó parte de su cabello suelto dejando que sus ondas naturales oscilaran sobre sus hombros. Rebecca le había apartado el cabello del rostro grácilmente en un recogido con varios alfileres. Se pellizcó las mejillas antes de bajar las escaleras y cuando entró en el pequeño comedor donde habían dispuesto la cena con servicio para dos, divisó que el duque no la esperaba sentado, sino que estaba de pie junto a la chimenea que caldeaba la fría estancia. Aún no hacía demasiado frío puesto que hacía solo unas pocas semanas que habían entrado en el frescor del otoño, pero era evidente que aquella sala llevaba mucho tiempo en desuso y podía notar como poco a poco, el calor de fuego llenaba de calidez el lugar.

—Buenas noches —pronunció Violette llamando su atención.

—Buenas noches —sonrió Robert al verla.

Estaba preciosa con aquel color, ciertamente ella era hermosa con cualquier cosa que se pusiera, pero la adoraba aún más cuando dejaba su cabello suelto, eso lo enfebrecía y hacía que la deseara aún con más intensidad. A pesar de ello, reprimió sus instintos. Iba a esperarla. Sería paciente todo el tiempo que ella necesitara y aunque jamás retornara a sus brazos, quizá sería la expiación por sus pecados. Tenía que reconocer que ni en sus mejores sueños podía haber soñado con hacerla suya, sin embargo lo había hecho, se había entregado a él y ello provocó que su anhelo fuera aún peor del que ya era, pero eso le había hecho comprender que la necesitaba sin reservas. Tenía que romper con todo lo que sus actos habían repercutido en su esposa y comenzar de nuevo junto a ella. Necesitaba que ella le perdonase, que olvidara su falta de ética y moral hacia ella aunque fuera imperdonable. Era consciente de que sería difícil olvidar la imagen que poseía de él, pero estaba dispuesto a realizar todo cuanto fuera

necesario para que lo hiciera.

Robert se acercó hasta ella y apartó la silla para que se sentara a su lado, él estaría situado a la cabecera de la mesa como correspondía por su rango.

—Con las prisas no te tenido tiempo suficiente de avisar con antelación de nuestra llegada, por lo que la cena será improvisada. Mañana podrás indicar a la señora Sivil el menú semanal y ella se encargará de todo para tenerlo debidamente preparado —mencionó Robert algo inquieto.

Violette divisó las patatas hervidas en salsa. Una fuente de sopa de verduras y varios quesos acompañados de pan y frutas variadas.

—Os puedo garantizar que he tenido cenas mucho peores en el convento —sonrió Violette comprobando que aquello podía considerarse casi un manjar.

Cuando estaban de duelo en el convento, las cenas eran mucho más reducidas. Al igual que en cuaresma, solo había una única cena al año en la que ella podía probar verdaderos platillos exquisitos y era en navidad.

Robert se tensó al escuchar aquello. Saber que su esposa había sufrido hambre y pasado penurias en aquel sitio le hacía sentirse un ser insufrible. Él la había retenido más tiempo del necesario en aquel lugar por puro egoísmo. Se maldecía una y mil veces por ser tan necio.

—¿Sabéis porqué vuestro padre os retuvo tantos años en ese lugar? —preguntó y pudo apreciar que su voz era tensa, así que trato de relajarse.

—Lord Barric insistía que era para protegerme —contestó Violette encogiéndose de hombros

—, pero yo siempre creí que padre sentía demasiado la muerte de madre, por eso me apartó de su lado. —No quería admitir la única persona que le quedaba dejó de quererla, que simplemente se deshizo de ella como si no le importara. Siempre había sentido que tras la muerte de sus hermanos y su madre, para padre solo sería un estorbo porque ella solo era una niña que jamás podría heredar el ducado.

Robert frunció el ceño, ¿Protegerla de qué? Era cierto que sus hermanos habían sido asesinados, pero se creía que era por un ajuste de cuentas y que estaban metidos en varios líos porque les gustaban

las apuestas. Nadie había pensado que fuera algo contra la familia, al menos que él recordara, de ser así, el duque vivió muchos años después de la muerte de sus hijos para que aquello se hubiera aclarado. Su esposa en cambio se suicidó por no soportar el dolor de la pérdida y eso dejó a Violette huérfana de madre con tan solo seis años. ¿Cómo una familia tan poderosa que irradiaba felicidad podía haberse destruido en tan poco tiempo? Daba miedo pensarlo, pero le entristecía aún más que su esposa hubiera tenido que pasar toda su vida alejada de quienes debían estar a su lado para cuidarla.

Él no podía imaginarse una vida sin sus padres, ellos habían sido un apoyo constante a lo largo de toda su infancia y juventud. No podía ni pensar siquiera en la clase de vida que había debido llevar Violette y todas las carencias que había debido sufrir.

Rememoró de nuevo las palabras que le había dicho su esposa sobre que lord Barric afirmaba que su encierro era para protegerla, ¿Y si había algo de verdad en ellas?, ¿Y si el rumor de que Violette había quedado desfigurada y que tanto lo había horrorizado no era más que una mentira para precisamente protegerla? Debía hablar con lord Barric. Tenía que aclarar aquello cuanto antes, porque si su esposa podía correr algún tipo de peligro, era el primero que necesitaba saberlo para mantenerla a salvo.

Robert partió tras el desayuno en su caballo para recorrer la finca. Había terminado de revisar la correspondencia y responder a ella, como la carta que le envió a lord Barric para que le hiciera una visita y así tratar algunos asuntos en privado, esperaba que de esa forma resolviera sus preguntas ya que su esposa no tenía las respuestas. Espoleó su caballo deseoso de ver el estado de avance en el que se encontraban sus progresos y si habían comenzado a recibir el material que había encargado para la reanudación de los viñedos. Aún debía ver si en esos años de abandono quedaban válidas algunas de las cubas de roble en las que se había almacenado años atrás aquel brandy convirtiéndose en añejo o tal vez se había echado a perder, algo bastante probable porque nadie se había encargado de su cuidado desde que había sido almacenado. No sabía gran cosa

sobre la fabricación del brandy, pero sí que sabía lo más básico; recoger la uva y despalillarla.

Reposar el vino un breve periodo de tiempo y después destilarlo en alambiques de cobre. Una vez destilado y ya convertido en aguardiente de vino, añejarlo en barriles de roble que le terminaría dando su sabor característico.

Las enormes cubas medían casi cuatro metros de alto y existía una veintena de ellas. Sabía que el brandy que se hacía en aquella finca era selecto y caro, al menos lo había sido años atrás. Si alguna de esas cubas aún contenía oro liquido en su interior, valdría una verdadera fortuna. Solo que hasta el momento había estado tan convencido de que la cosecha se habría echado a perder por estar abandonada sin ningún tipo de cuidado, que ni tan siquiera prestó atención a ello, sino que se preocupó de devolver a la vida los campos que un mañana volverían a producir el vino blanco que le daría un brandy exquisito. Ahora que tenía tiempo por haber adelantado su viaje y hombres para supervisarlo, Robert se apeó del caballo y entró en el almacén donde el olor a moho y polvo era perceptible en el ambiente mientras se mezclaba con el característico aroma del roble viejo.

Había contratado a John, un viejo capataz que conocía la destilación del brandy desde su niñez para ponerle al mando de la reanudación de los viñedos, por lo que esperaba que le pusiera a la orden de todo lo que habían avanzado desde la última vez que había visitado la finca.

—¡Lord Benedict! Le esperábamos dentro de algunas semanas como me indicó en su última visita —mencionó John de buen agrado.

—Estaba ansioso por regresar para ver los avances —mintió Robert—. Y pude terminar antes algunos asuntos que me retenían en la ciudad. ¿Han comenzado a abrir las barricas? —preguntó señalándolas ya que había dado la orden un par de horas atrás.

—Solo tres de ellas y como era de esperar, el brandy se echaría a perder hace algunos años por lo descuidado que estaba este lugar. Sería un milagro que alguna de ellas haya podido sobrevivir en estas condiciones a la putrefacción de la madera y que haya permanecido bien sellada sin que entrara algún parásito.

Si el lugar hubiera tenido un buen seguimiento, limpieza y supervisión durante todo ese tiempo, podrían estar hablando de un valor incalculable en el mercado, el problema es que sin tratar bien la madera, sin vigilar que el sellado esté intacto y sin controlar la temperatura ambiente que allí hacía, era más que probable que ninguna barrica estuviera a salvo.

A pesar de ello, Robert sabía que era necesario ir con cuidado porque ese brandy no solo valdría verdadero oro si sucedía el milagro de que alguna se hubiera salvado, sino que aquellas barricas añejas eran la clave del sabor en el buen brandy. Su intención desde el principio había sido repararlas, aunque ello costara más dinero que comprar

unas nuevas, pero si quería lograr ese aroma y calidez peculiar, las necesitaba, además de que la uva tuviera que tener el mismo grado de maduración y sabor que antaño, pero necesitaría años para conseguir el mismo tipo de brandy que allí se creaba una quincena de años atrás.

En todos esos años, ningún fabricante de brandy había igualado en sabor, aroma y calidez el de los viñedos Savegner, por lo que sus tierras y aquellas barricas debían ser la razón para que fuera insuperable.

—No perdamos la fe —contestó Robert—. Tal vez haya alguna que aún ha sobrevivido.

—Si el viejo duque se hubiera quedado con algún capataz que vigilara las barricas todos estos años, ahora estaríamos contemplando una fortuna y no miles de litros de brandy echado a perder, pero se deshizo de todo su personal sin dar explicaciones y no dejó que nadie pusiera un pie en los viñedos.

Unos gritos de fondo captaron la atención de ambos, así que rápidamente se acercaron.

—¡No te lo vas a creer John!, ¡Está impecable! —gritó lleno de júbilo uno de los trabajadores

—. ¡Es el mejor brandy que he probado en toda mi vida!

Aquello provocó que Robert subiera la escalinata de madera que conducía hasta la pasarela de cuatro metros de alto que colgaba sobre una de las filas de las barricas a pesar de que no estuviera del todo asegurada.

—¡Tened cuidado lord Benedict! —gritó John, pero éste no escuchaba, sino que deseaba probar de sus propios labios el sabor de aquel líquido maravilloso.

Al final del día, no solo había una, sino catorce barricas que habían sobrevivido a todas las adversidades esos quince años de abandono y que además de rentarle una cuantitativa fortuna una vez las embotellara, podría recuperar parcialmente el nombre de los viñedos Savegner hasta producir su propia cosecha dentro de cuatro años si sabía administrarlas con cautela.

Que catorce de las veinte barricas hubieran sobrevivido significaba la buena calidad de la madera y la gran inversión que en su día debió hacer el abuelo de Violette para obtenerlas.

—Después de todo, este lugar no está maldito como dicen —sonrió John cuando volvieron a tapar las barricas para asegurarse de protegerlas de nuevo antes de sacar el producto.

—¿Maldito? —exclamó Robert frunciendo el ceño—. ¿Por qué habría de estar maldito? —

sonrió cínicamente como si le hiciera gracia que alguien pudiera pensar algo de tal magnitud de un lugar tan espléndido y que tuvo sus años de mayor auge tiempo atrás.

—Ciertamente solo son rumores mi lord, no debe hacer caso de las habladurías. La gente habla demasiado y a veces intenta encontrar explicaciones absurdas a los sucesos —contestó John encogiéndose de hombros.

—¿De que está hablando? —preguntó ahora verdaderamente intrigado —. Hable con franqueza

—le instó a decir.

Robert vio como el hombre se quitaba el sobrero y se rascaba la cabeza dubitativo, era como si no estuviera seguro de revelar lo que él le pedía que dijera.

—Los Savegner tenían fortuna y riqueza por doquier, incluso tenían tres hijos que les asegurarían su gran legado y la continuidad de los viñedos además del ducado, eso era sabido por toda la comarca y no había familia más acaudalada ni querida en este lugar, aunque también eran envidiados —habló John—. Cuando la duquesa volvió a quedarse encinta, todos deseaban que fuera una niña después de tres varones, así que cuando la joven lady Violette nació, el rumor de sus ojos violeta corrió como la pólvora y a pesar de que gente cercana a la familia lo consideraba una fortuna, otros muchos lo vieron como un mal augurio… un presagio del mal que se avecinaba.

Solo cuatro años después de su nacimiento, los tres hijos del duque fueron asesinados y unos años después, la duquesa se quitó la vida no soportando el dolor de tan grandiosa pérdida. Tras aquello, se perdió la pista de la joven hija del duque, muchos pensaban que había muerto, que probablemente él se deshizo de ella por traer una maldición a la familia ya que la fortuna, riqueza y grandes posesiones que un día tuvieron, se fueron poco después de la llegada de esa niña.

¿De verdad podían pensar algo tan absurdo?, ¿Echarle la culpa a una pequeña criatura que apenas tenía conocimiento de la vida? Tal vez

por eso el duque la había apartado, para protegerla de esas habladurías y lo que pudieran pensar de ella. Solamente Sivil y los criados que atendían la mansión conocían quien era verdaderamente su esposa, aunque los rumores no tardarían en llegar al resto de empleados y por consecuencia a toda la comarca.

—Por suerte, no creo en maldiciones y mucho menos que una criatura inocente puede ser culpable de tales atrocidades —decretó Robert bastante serio.

—Por supuesto mi lord, yo solo le hacía referencia a los rumores que contaban sobre este lugar.

Una vez él se había dejado avasallar por ciertos rumores que se habían aprovechado de su vulnerabilidad y miedos, provocando que no hiciera bien las cosas con su esposa. No pensaba dejar que fantasmas del pasado o murmullos malintencionados interfirieran de nuevo y menos aún en lo que opinaran de su esposa.

—Este lugar volverá a ser el que era tiempo atrás —afirmó contundente—. Los viñedos volverán a producir uva blanca, se fabricará el mejor brandy que se haya conocido en toda Inglaterra y el ducado de Savegner será tan próspero como lo fue antaño —decretó más convencido que nunca.

—Estoy seguro de ello —afirmó John.

—Y le aseguro que mi esposa lady Violette con sus ojos increíblemente violetas, solo aportarán brillo y esplendor a este lugar —afirmó dejando claro que aquellas viejas historias solo eran cuentos para ocultar algo que cada vez estaba más seguro de que existía y tenía toda la intención de descubrirlo muy pronto.

La perplejidad de John hizo que Robert montara en su silla y se alejara de allí sonriendo.

Llevaba todo el día lejos de la mansión sin ver a su adorada esposa y bien era cierto que tras mencionar el color de sus increíbles ojos, comenzaba a echar de menos contemplarlos mientras degustaba un buen pescado en la cena. Con ese pensamiento espoleó fuertemente el lomo de su caballo para que cabalgara más rápido y así llegar antes, pero conforme avanzaba, sentía que algo no iba bien, como si su estabilidad se tambaleara, hasta que observó que la silla de montar cedía y caía bruscamente sobre la hierba que atravesaba.

El golpe en su brazo izquierdo amortiguó la mayor parte, pero rodó

colina abajo mientras algún impacto con lo que supuso serían piedras amorataba su espalda. Sentía dolor y rabia a partes iguales. En sus treinta y dos años jamás había sufrido una caída de su caballo, ni tan siquiera cuando aprendía a montar, que la silla cediera de aquella forma solo se debía a la ineficacia del mozo de cuadra y saber que podía haber muerto por ello hacía que su dolor se atenuara dando paso a un incremento de furia por tanta incompetencia.

—¡Mi lord!, ¡Mi lord! —La voz de Thomas, uno de los sirvientes de la casa llegó a sus oídos y aunque quiso responder, de sus labios solo salían quejidos.

Violette había pasado todo el día apuntando su larga lista de cosas que deseaba cambiar, arreglar y comprar para convertir la casa en un lugar decente y sobre todo; un hogar. Se había tomado su tarea con gran empeño y eficacia, incluso Rebecca y Sivil la seguían para ayudarla, por eso apenas se había detenido para almorzar cuando le avisaron de que el duque permanecía ocupado en los viñedos y no tenía tiempo de regresar. Si era sincera consigo misma, tenía que confesar que la cena del día anterior había sido agradable, ciertamente conversar de forma apacible con su esposo resultó mucho más alentador de lo que había esperado, por lo que se preparó a conciencia para compartir de nuevo una velada similar y esperaba que él la acompañase también esa noche.

—¡Mi lady!, ¡Lord Benedict se ha caído del caballo mientras venía hacia aquí!, ¡Thomas lo ha visto caer colina abajo! —gritó Rebecca desesperada entrando a su habitación aparatosamente.

En ese instante el corazón de Violette comenzó a bombear agitadamente. Sintió un miedo atroz desconocido y no sabía exactamente debido a qué, pero tenía claro que no deseaba perderle, ¡No podía perderle! Sin decir nada, salió estrepitosamente mientras sus pies bailaban sobre las escaleras de mármol hasta llegar al hall de entrada y justo cuando lo hizo, vio como dos hombres

cargaban con su esposo completamente magullado y con sus ropajes hechos un desastre, pero sus ojos permanecían abiertos y parecían observarla.

Violette no sabía si el alivio que sintió al saber que estaba vivo era el mismo culpable de que comenzase a dar órdenes a todos los empleados, pero no solamente pidió que lo llevaran a su habitación, sino que pidió rápidamente un baño, paños limpios y varias vendas para curar sus heridas mientras ella seguía a los hombres para asegurarse de que él estuviera bien.

Robert sentía dolor por gran parte de su cuerpo, así que lo que menos le apetecía era darse un baño en aquellos momentos, pero contradecir a su esposa públicamente no era una opción, no después de que parecía haber surgido una especie de tregua entre ellos.

—¿Os encontráis bien?, ¿Sentís algún dolor interno? —dijo Violette dirigiéndose a él conforme pasaba una mano por su rostro para asegurarse de que no sangraba en ninguna parte de la cabeza.

—Siento dolor, pero creo que no me he roto nada. —El hecho de sentir sus manos acariciándole paliaba completamente su dolor como si fuera un potente calmante.

—Aún así llamaremos a un médico para asegurarnos —insistió Violette, pero tomaréis un baño caliente, eso os relajará y ayudará a curar vuestras heridas.

Robert suspiró.

—No creo que tenga ánimo suficiente ahora para tomar un baño, mi brazo izquierdo está demasiado resentido por la caída —concluyó Robert quejándose levemente.

—No os preocupéis, os atenderé yo misma y así me aseguraré de que no tengáis ninguna herida. —Violette ni siquiera fue consciente de como sus palabras tomaron conciencia propia sin pensar antes en la intimidad de lo que ello implicaba, pero había pasado del miedo al alivio en tan poco tiempo, que necesitaba asegurarse de que estuviera bien y por primera vez desde que había conocido al duque de Savegner, sentía que él le importaba.

Capítulo 20

Con la ayuda de dos hombres, Robert vio como era despojado de sus

ropas y le introdujeron en aquella bañera que habían instalado en su propia alcoba llena de agua caliente. Nunca le había incomodado su desnudez, pero verse desvalido por el dolor que le irradiaba gran parte de su cuerpo hacía que se sintiera en cierto modo vulnerable, al menos, hasta que estuvo sumergido bajo el agua que comenzaba a entumecer sus doloridos músculos.

Violette despidió al mayordomo y ayuda de cámara de su esposo que le habían facilitado la tarea de meter a su marido en aquella tina, quedándose de ese modo completamente a solas en su presencia. Hasta el momento le había parecido una idea absolutamente adecuada por su estado, ahora siendo consciente de lo que eso implicaba comenzaba a tener unos nervios extraños en su estómago. Aquello no tenía nada de malo, ella era su esposa, era lógico y esperado que le atendiera al encontrarse malherido y aunque podría haberle aseado mientras permanecía tumbado en la cama, pensó que un buen baño de agua caliente ayudaría a que sus músculos se relajaran y pudiera sentirse mejor.

En sus dieciocho años de vida no había visto jamás a un hombre desnudo y menos aún, le había atendido en el aseo personal. Todo iba a ser nuevo para ella y solo esperaba que no pudiera detectar el temblor de sus dedos conforme se acercaba hasta él y se arrodillaba al lado de la banqueta que habían predispuesto con lo necesario para el baño.

—No tenéis porqué hacerlo, mi ayuda de cámara está acostumbrado a… —Robert silenció sus palabras con un leve quejido porque sintió una leve punzada en su costado al tratar de moverse.

—Puedo hacerlo —decretó Violette más para sí misma que para convencerle a él—. Solo relajaos, os hará bien el agua caliente y el olor de la lavanda —añadió mientras vertía varias hojas de la planta seca sobre el agua otorgándole ese apreciado olor calmante.

Mientras observaba como su esposo cerraba los ojos, enjuagó uno de los paños humedecidos en la pastilla de jabón impregnándolo lo suficiente y alzó su vista hacia el pecho apenas cubierto por el agua de su marido. Sin duda la luz que provenían de las velas y el fuego eran suficiente para que pudiera distinguir con suma apreciación los surcos de su torso bien definido. Desconocía si él se ejercitaba de alguna forma, pero tenía que reconocer que, a pesar de no ver a otros hombres sin ropa su físico parecía mucho más tonificado que el del resto de caballeros que había podido observar.

Tal vez sus pensamientos se dirigían en ese sentido por lo que él lograba provocar en ella, por el simple hecho de que era su esposo o por la conversación que habían mantenido en la que ella no dejaba de pensar una y otra vez valorando si aceptar su proposición con lo que aquello podrían implicar.

En el momento que sus manos tocaron su cuello, aquellos ojos castaños con toques ligeros de bronce se fijaron en ella.

—¿Os hice daño? —preguntó aturdida y algo asustada.

—En absoluto —contestó Robert—, solo deseo veros mientras me tocáis —añadió con sinceridad.

Había soñado infinitas veces con verla mientras la hacía suya en aquella pequeña posada, sin embargo, ahora tenía la posibilidad de ver como sus mejillas se teñían de forma apreciable, sin duda por su falta de experiencia con los hombres y deseaba o más bien anhelaba ver el deseo en sus ojos, un deseo que en él palpitaba de un modo inconcebible.

—Os burláis de mi —susurró Violette apartando la vista conforme extendía aquel paño hacia su pecho y comprobó como su esposo le humedecía la barbilla tratando de que volviera a mirarle de nuevo.

—Nunca me burlaría de ti, Violette —dijo directamente atreviéndose a tutearla de un modo íntimo llegando a pronunciar su nombre.

Violette abrió abruptamente los ojos algo sorprendida por esa cercanía sin saber muy bien que responder ante aquella apreciable intimidad.

—Me habéis llamado por mi nombre —susurró sin dejar de tocar su pecho conforme descendía ligeramente hasta hundir sus manos en el agua. No era del todo consciente de sus actos, puesto que su mente y raciocinio estaban completamente perdidos en el rostro de aquel inusual hombre de cabellos castaños y ojos destellantes que no dejaba de observarla.

—Perdona mi atrevimiento, pero me gustaría que me permitieras hacerlo, como también me gustaría que me llamaras por el mío si estás de acuerdo. —Se atrevió a confirmar, aunque ella renegase su proposición. Anhelaba oír su voz mientras le llamaba por su nombre, quería ver como esos labios le reclamaban sin dirigirse hacia él del mismo modo que lo hacía el servicio que le atendía. Ella era suya, su esposa y la deseaba como jamás había deseado a ninguna otra mujer.

Violette pensó si podría ser capaz de hacerlo. Sabía que tutearle y llamarle por su propio nombre suponía un claro acercamiento y aunque se había prometido no volver a confiar en él, ni creer en su palabra, escuchar como pronunciaba su nombre le agradaba. ¿Tenía que rechazarlo?,

¿Decir que era demasiado pronto? Lo cierto es que ella misma había sentido el miedo en sus entrañas sabiendo que a él podría haberle ocurrido una desgracia. Ni tan siquiera pensó en que podría ser de ella si ya no estaba, o que haría con su vida si le perdía, lo único que había pasado por su mente en aquellos momentos era el dolor que sentiría si no volvía a verlo con vida.

¿Significaba eso que sentía algo por su marido?, ¿Querría decir tal vez que sus sentimientos estaban floreciendo por… Robert?

—Si es lo que deseáis, tal vez pueda intentarlo —contestó finalmente aturdida por sus propios pensamientos bastante contrariados.

—No deseo que lo intentéis si de verdad no os sentís cómoda en mi presencia. Os advertí que no os presionaría de ningún modo y no es mi intención hacerlo. Quizá solo necesitéis tiempo para acostumbraros a mi presencia —advirtió Robert recordándole la última conversación que habían mantenido en privado y haciendo hincapié en que seguiría respetando cada palabra.

Violette tenía que admitir que estar cómoda en su presencia era una verdad a medias. Si. Le gustaba estar a su lado, tenía que reconocer que sentía cierta atracción por él, pero al mismo tiempo le hacía sentirse nerviosa, inquieta, inexplicablemente turbada por su poderosa figura que la alteraba hasta limites que no controlaba. Quizá si era cierto que solo necesitaba tiempo para acostumbrarse a su presencia, para sentir que él no representaba una amenaza a su integridad y que ese revoloteo en su estomago solo era producto de la inquietud por no saber como actuar ante su esposo. Tenía miedo, por más que no quisiera reconocerlo ciertamente le daba pavor sentir demasiadas cosas por aquel hombre y que volviera a desilusionarla. Si le había dolido ver como

se dejaba arrastrar para bailar junto a su amante, la misma que ella había podido vislumbrar con sus ojos en su regazo de un modo íntimo, era consciente de que si le aceptaba comenzaría a forjar sentimientos hacia él. Su dolor sería demasiado intenso cuando decidiera volver de nuevo a los brazos de otra mujer que no fuera ella y no sabía si estaba preparada para soportarlo. El problema residía en que sí deseaba que

volviera a llamarla por su nombre de nuevo.

—Tal vez sí necesite tiempo, aunque me gustaría que me siguierais llamando por mi nombre, Robert—confirmo sintiendo la vergüenza en sus mejillas por dirigirse hacia él con su propio nombre pensando que de ese modo podrían establecer una relación más amigable.

Robert había esperado un rechazo, sabía que todavía era demasiado pronto para que sus más fervientes deseos se hicieran realidad, pero ni el dolor de la caída, ni su pesadumbre por saber que tendría que esperar le nublaron el juicio cuando ella le llamó por su nombre. Solo quería volver a oírlo de nuevo.

—Miradme —decretó deseando que ella volviera su vista hacia él. Lo hizo, y de un modo cálido a la vez que avergonzado haciendo que su corazón se acelerase completamente desbocado

—. Decidlo de nuevo.

Violette apreció que el color de sus ojos brillaba con más intensidad, eso la turbaba, pero aún así le obedeció.

—Os decía que tal vez sí necesite tiempo, aunque os agradecería que me llamaseis por mi nombre —advirtió serena.

—Violette —susurró Robert—. Mi nombre. Decid mi nombre —jadeo perdido en sus ojos de color púrpura.

—Robert —contestó Violette dulcemente y observó como él dibujaba una sonrisa en sus labios.

—Si no me hubiera prometido a mi mismo que jamás volvería a presionaros, os besaría ahora mismo —dijo en un arrebato de sinceridad incontrolada. Quería besarla, deseaba fusionar sus labios con los suyos de forma desesperada, pero se había prometido no dar ni un solo paso hacia ella, a menos que Violette lo deseara.

—¿Queréis besarme? —exclamó impresionada.

—Deseo besarte —afirmó él con intensidad.

Violette se apartó levemente, su corazón latía apresuradamente y no sabía si era por la emoción del momento o porque en el fondo ella también deseaba aquel beso. ¿Podría negarse al deseo de un hombre desvalido?, ¿Sería verdaderamente honesta consigo misma si no admitía que estaba ansiosa por volver a sentir ese ardor dentro de

ella? Aunque la inoportuna sensación de desazón que había sentido tras las dos veces en que él le había besado, hacían que dudara si sería o no una buena idea acceder a ese deseo.

Aún no estaba preparada. Quería confiar en él. Deseaba creer en sus palabras, en todo lo que le había dicho en aquella especie de confesión en la que se retractaba y le indicaba sus deseos, pero… ¿Podía olvidar las imágenes en su mente junto a su amante?, ¿De verdad podía creer que no existía ninguna doble intención en sus palabras o supuesto deseo hacia ella? Ciertamente se había entregado a él hacía dos noches en aquella posada. Incluso podría estar esperando un heredero fruto de ese encuentro, ¿Podría ser esa la intención del duque hacia ella?, ¿La necesidad de darle un heredero al ducado y asegurarse al mismo tiempo su dote? En cualquier caso, sabía que ese era sin duda su deber como esposa, pero repentinamente se sentía presa de un juego en el que ella no parecía participar, ni parecían importar sus sentimientos o predilecciones.

Simplemente en aquellos momentos no estaba segura de sus emociones y se sentía confusa a

pesar de querer creer cada palabra que el duque le había mencionado sin segundas intenciones.

Quería confiar. Deseaba ardientemente ceder a su más íntimo instinto, pero al mismo tiempo su juicio le dictaba que en esta ocasión debía ser prudente.

Antes de conocerle había deseado fervientemente que aquel matrimonio funcionara. Quería una familia, anhelaba sentirse parte de un lugar, pero el miedo a un nuevo rechazo la inquietaba aferrándose en lo más profundo de su alma. Sabía que su miedo era porque estaba teniendo sentimientos hacia ese hombre a pesar de sus decepciones, si cedía era consciente de que estaría absolutamente perdida.

—Yo… no puedo —afirmó Violette con cierta aprensión. Una cosa eran sus deseos y otra sus sentimientos enfrentados a ellos.

Se había prometido no volver a ser tan ingenua. Se había propuesto ser capaz de enfrentarse a su título y posición sabiendo que él no la querría jamás y ahora que sabía que quizá existía una posibilidad, desconfiaba aferrarse a ella. Temía que si lo hacía se enamoraría profundamente de aquel hombre y no podría soportar que todo fuera un engaño.

—No importa Violette —confirmó Robert a pesar de sentirse abatido,

pero ¿Qué esperaba?,

¿Creía que en dos días ella le perdonaría y todo quedaría arreglado? Había hecho cosas imperdonables, tendría suerte si ella era capaz de olvidar cada una de sus meteduras de pata—. Te dije que esperaría el tiempo que hiciera falta, aunque tenga que reprimir mis propios deseos.

Violette se atrevió a volver su vista hacia ese rostro hermoso que poseía su marido y sonrió cuando divisó la sonrisa que él tenía en sus labios a pesar del dolor que estaría soportando. Era demasiado difícil negarse a algo que realmente deseaba cuando su propia mente le traicionaba al mismo tiempo. Terminó de enjabonar su cuerpo limpiando sus magulladuras y a pesar de insistir en volver a llamar al servicio para que le ayudaran a salir de la bañera, Robert lo hizo por sí mismo.

Ver desnudo a su esposo en todo su absoluto esplendor fue abrumador y enloquecedor al mismo tiempo. La turbación de sus sentidos al poder dibujar cada una de las líneas de su cuerpo conforme le secaba, hacían que la agitación de sus palpitaciones fuera estremecedora. ¿Era porque jamás había hecho algo similar con un hombre?, ¿Se debía a que nunca vio un hombre desnudo en todo su ser y menos aún a tan corta distancia? A pesar de que trató de no pensar en ello, era imposible no acariciar con sus dedos esa piel curtida, percibir ligeramente el vello que cubría su pecho y contornear sus fuertes glúteos y piernas. Seguramente soñaría con esa imagen cada noche cuando durmiera completamente sola en su lecho.

—Debería llamar a un médico para que os viera —decretó Violette cuando sintió como él se quejaba conforme se tumbaba en el lecho.

—No le hagáis venir hasta aquí cuando no tengo ningún hueso roto. Puedo soportar el dolor, estoy seguro de que mañana me encontraré mucho mejor —sonrió Robert a pesar de sentirse entumecido.

—¿Y si habéis sufrido alguna hemorragia interna?, ¿O si os habéis golpeado en un lugar que os haya dañado algún órgano? —insistió Violette en su poco conocimiento sobre anatomía del cuerpo humano.

Robert no pudo evitar sonreír conforme observaba ese dulce rostro. Llevaba el vestido ligeramente humedecido por su culpa y varios bucles de su recogido se habían escapado de las horquillas que lo sujetaban.

—¿Estás preocupada por mi? —preguntó Robert sintiendo una nueva

sensación inquietante en su interior.

A pesar de la distancia que mantenían por su infructuosa relación de matrimonio que había sido desastrosa desde un inicio, ella parecía sentir verdadera preocupación hacia él. No le parecía que lo hiciera por deber o porque fuera lo que se esperaba de ella, sino porque se percibía preocupación en su mirada.

—¡Por supuesto que lo estoy! —admitió como si fuera lo más normal del mundo. ¿Qué esposa no lo estaría si le ocurriera algo así a su marido?

—¿Puedo preguntar porqué? Después de como actué contigo, no merezco tu compasión —

contestó sintiéndose realmente mal por ello.

Violette observó que él parecía realmente arrepentido y quería creer que aquellas palabras significaban verdadero arrepentimiento de sus actos, pero aún había algo en aquel hombre que no lograba comprender.

—Soy vuestra esposa y es mi deber preocuparme por vos —afirmó Violette sin saber ni ella misma porque sentía lo que sentía hacia él y agradeció infinitamente que llamaran a la puerta para que no volviera a interrogarla de ese modo.

Robert gimió y no de dolor, sino de frustración. Por supuesto que ella solo sentía deber hacia él, ¿Qué otra cosa iba a ser si él no le había dado motivos para tuviera el más leve cariño hacia su persona? Quería que ella le quisiera, anhelaba que sintiera algo más que no fuera respeto o deber por su unión sagrada, pero no había hecho más que estropear su matrimonio una y otra vez desde el mismo momento en el que había firmado aquellos papeles que les unirían para siempre.

Su primer error fue no buscarla cuando debió hacerlo y por más que quisiera culpar a un tercero, esa acusación solo podía recaer sobre sus hombros porque era el único responsable de dejarse avasallar por sus propios temores. El segundo error fue pecar de egoísmo, creyendo que podría continuar haciendo su vida a pesar de que ella estuviera

recluida en aquel convento esperando a que algún día su esposo fuera a rescatarla. El tercer error estuvo en su vanidad, por pensar que era invencible y que podría hacer cualquier cosa sin que nadie le descubriera, quizá por esa misma razón ella le había descubierto en brazos de su amante, para remarcar cuan egoísta, vanidoso y culpable había sido. Su cuarto error fue creer que era capaz de cumplir sus propias palabras cuando el primer gesto que había tenido hacia ella fue demostrarle lo contrario. Y por último, el peor de todos; su quinto error había sido creer que alguien con un alma tan pura como la de Violette podría llegar a enamorarse de él.

Capítulo 21

Violette le dio ella misma la cena a su esposo en completo silencio. No volvió a hacerle ninguna de sus abrumadoras preguntas, ni tampoco a intimidarla en la forma que lo hacía aunque no pretendiese hacerlo o quería creer, pero sí era consciente de la profunda mirada que le dirigía en cada ocasión que ella alzaba los ojos para verle a pesar de que rápidamente evitaba su contacto por la turbación que le provocaba. Aún así, a pesar de saber lo que él debía provocar en ella con esa mirada, no dijo nada, sino que pareció guardar sus palabras. Se despidió amablemente asegurándose que se encontraba bien y se dirigió a su estancia para en primer lugar quitarse sus ropas mojadas. Tras asearse y colocarse la ropa de dormir, no estaba muy segura si debía volver o no a la habitación del duque. ¿Y si le sucedía algo durante la noche?, ¿Y si pedía ayuda y nadie le oía?, ¿Y si la caída podría ser más grave de lo que parecía? El hecho de que hubiera desistido en que le viera un médico agravaba su preocupación, así que incapaz de quedarse tranquila, apagó las velas que permanecían encendidas en su estancia salvo una que utilizó para regresar al dormitorio de su esposo.

Entró con sumo cuidado y observó a la distancia que él parecía dormido. Se acercó levemente y efectivamente comprobó que en su ausencia, había caído preso del cansancio y probablemente del dolor que le acontecía. Al observarle ahora en esas circunstancias, fue más consciente que nunca de su deseo por acariciarle, un anhelo que acalló mientras daba un paso hacia atrás y se sentaba en la butaca que había más cercana a la cama, donde tenía presente que pasaría el resto de la noche.

—¿De verdad piensas dormir ahí? —escuchó repentinamente Violette y se sobresaltó al no esperar volver a oír su voz hasta la mañana siguiente.

El dolor le había despertado, aunque era muy probable que no hubiera alcanzado un sueño profundo, quizá la sensación de que no estaba solo había hecho que se desvelase, pero desde luego agradecía enormemente la visión que ella le proporcionaba ante sus ojos. A pesar de que aquella bata cubriera por completo su cuerpo, no podía evitar sentir la intimidad que aquella ropa de dormir le proporcionaba y más aún, el cabello ondulado que lucía salvajemente cayendo alrededor de sus hombros.

—¿Os he despertado? —preguntó sonrojada deseando no ser la culpable de su desvelo.

—Ciertamente no —negó Robert a pesar de que no fuese del todo cierto—. Solo me encontraba incomodo —añadió tratando de colocarse mejor mientras gemía de dolor.

—Dejadme que os ayude —decretó Violette acercándose para colocarle mejor los almohadones tras la espalda de forma que pudiera conseguir una posición reconfortante.

—No me has contestado, ¿De verdad piensas pasar la noche en esa butaca? —dijo aprovechando la cercanía de su joven esposa.

—Esa es mi intención —aclaró Violette decidida.

En ese instante Robert sonrió. A pesar de todo, ella no deseaba dejarle a expensas de lo que pudiera ocurrirle. Cualquier otra esposa en su lugar le habría ordenado a una doncella que le

vigilara durante toda la noche, en cambio ella se sacrificaba en su lugar.

—El lecho es lo suficientemente grande para albergar a ambos. —Robert dijo aquellas palabras con tanta calidez, que casi podía acariciar el oído de su esposa.

Violette sintió como temblaba su cuerpo ante aquella voz vibrante que casi rozaba su oído.

Recordaba perfectamente como había sido la única noche que había compartido el lecho con su esposo y cuál fue su desenlace. No estaba muy segura de que aceptar fuese una buena idea a pesar de ser una

mejor opción que aquel sillón incomodo.

—Podría lastimaros —aseguró apartándose de él con la intención de volver a la dichosa butaca, pero antes de poder dar un paso más, sintió la mano de su esposo aferrándose a su muñeca para impedir que se apartara.

—Estoy seguro de que el lecho podrá acogernos a ambos sin que lleguemos a rozarnos. No podría descansar sabiendo que mi esposa yace en la incomodidad—. Robert vio la duda en sus ojos, así que decidió jugar su última carta—. Aunque no es necesario que pases la noche aquí, me encuentro lo suficientemente bien para no necesitar que me vigilen.

Sabía que diciendo aquello, Violette podría marcharse, pero prefería eso que verla sufrir a la mañana siguiente por un fuerte dolor de cuello al dormir en aquella butaca toda la noche.

—Está bien —asintió Violette convencida. No iba a dejarle a solas, su conciencia no podía permitírselo y de todos modos ¿Qué podría suceder? Era su marido y dormir en su lecho no era ninguna rareza, sino más bien lo que debería suceder en un matrimonio que funcionase bien, algo que distaba mucho del suyo por el momento.

Dejando su bata sobre la misma butaca donde se había sentado instantes antes, se dirigió hacia el otro lado del lecho y desplazó su cuerpo bajo las sábanas. Era extraño volver a estar en esa situación, aún más lo eran las razones por las que lo hacía, pero ciertamente en esa ocasión había tenido opciones y a pesar de tenerlas las había obviado. ¿Era deber como esposa lo que sentía para hacerlo?, ¿O más bien un sentimiento de preocupación movido por la idea de que a pesar de todo no deseaba que él desapareciera? Si, el deber no tenía nada que ver en aquello, sino que a pesar de su inseguridad y de que no confiase del todo en su esposo, tenía muy claro que no deseaba perderlo. No tardó en escuchar la respiración calmada y suave de su marido, para que ella también se dejara vencer por un sueño profundo.

Violette despertó con unos ojos color bronce que la observaban detenidamente, pudo apreciar que aquel rostro le dirigía una sonrisa y tardo varios segundos en recordar donde estaba y las razones que le habían llevado hasta allí.

—Buenos días, Violette —pronunció Robert divisando el rostro más hermoso y angelical que ni en sueños había podido imaginar en toda

su vida.

—Buenos días —contestó algo somnolienta y comenzando a desperezarse justo antes de que decidieran servir el desayuno. A pesar de su preocupación inicial, su esposo tenía razón y su caída no era preocupante, aún así por su insistencia, guardó reposo en cama el resto del día y dado que su mejoría era notable, la siguiente noche Violette decidió pasarla en su propio lecho para no atormentar más sus propios pensamientos.

Por alguna razón, Robert había creído que ella volvería de nuevo a su cama, aunque solo fuera para dormir y no rozase ni un solo cabello de su hermosa melena, pero tuvo que ahogar su frustración en un sonoro sollozo cuando comprobó que ella no regresaría de nuevo tras despedirse. Pensaba que no tenía la batalla perdida del todo cuando había accedido a compartir la cama junto a él, pero ahora tenía muy presente que solo había sido el deber y la naturaleza humana de Violette las que habían obrado de ese modo. No sabía a qué iba a apelar para poder tenerla,

nunca había hecho méritos para ganar a una mujer, en su mayoría todas caían a sus pies sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo, eso sin contar con que sus acciones jugaban en su contra cuando se trataba de Violette.

Habían pasado tres días desde la caída cuando decidió alzarse de la cama a pesar de que permanecería aún en casa. Ciertamente se encontraba aún dolorido, pero al menos podría almorzar y cenar junto a ella, además de atender la correspondencia y varios asuntos pendientes que tenía en su despacho.

—¡Lord Barric que sorpresa! —escuchó Robert que exclamaba su esposa en el hall de entrada.

Robert se acercó hasta allí para comprobar que efectivamente se trataba del mismo hombre que le había hecho entrega del legado que heredó unos meses atrás. No había esperado su visita tan pronto, pero era cierto que no vivía demasiado lejos de la finca.

—Recibí una invitación del duque y ciertamente me alegré de saber que os encontrabais en el lugar que un día fue vuestro hogar, mi querida lady Violette —contestó amablemente aquel hombre.

—Me alegro de volver a veros lord Barric y espero que aceptéis almorzar junto a nosotros —

dijo Robert entrando a la conversación. Aún era bastante pronto para el almuerzo, por lo que le daba la excusa perfecta para invitarle a discutir unos asuntos en privado sin que su esposa pudiera estar presente.

—Sería un placer —contestó sonriente mientras sonreía agradecido, pero obsequiaba con mayor empeño a la joven Violette.

—Mientras tanto, ¿Por qué no me acompaña a mi despacho? Hay algunos asuntos que me gustaría discutir con usted y que quizá puedan ayudarme a resolver algunas dudas sobre la finca familiar de mi esposa —dijo finalmente para atraerle—. Querida, ¿Por qué no avisas a la cocinera de que seremos uno más en el almuerzo?

—Por supuesto, iré en seguida —decretó Violette que lucía un rostro mucho más jovial conforme se perdía tras el pequeño salón donde desayunaban camino de la cocina.

—Imagino que tendrá muchas dudas respecto a la finca, lord Savegner —acató lord Barric—.

Será un placer ayudarle en la medida de lo posible como en su día lo hice con el padre de su esposa —añadió mientras le seguía hasta sentarse en una de las sillas que había tras la mesa que Robert tenía llena de papeles dispersos con listados y cuentas.

—En realidad le he hecho venir por una cuestión muy distinta a los problemas que pueda albergar la finca —dijo Robert tras sentarse en su sillón y juntar las manos con cierta expectación por no saber escoger las palabras adecuadas para formular aquella pregunta.

Lo que él creía era más bien un presentimiento, aunque quizá la falta de información de su esposa solo había sido para facilitarle aun más las cosas.

—Usted dirá, excelencia —contestó expectante.

—¿Por qué razón ocultó el duque a su única hija viva en un convento durante todos estos años?

—preguntó sin rodeos.

Por un momento vio que a lord Barric le sorprendía la pregunta, pero rápidamente se aclaró la voz antes de responder.

—El duque era un hombre un tanto peculiar, imagino que tras la

muerte de su esposa no deseaba que su única hija le recordase…

Robert supo que mentía, no sabía porqué, pero el titubeo de sus manos, la falta de contacto visual y el hecho de que pareciera nervioso, le decían que sin duda alguna mentía.

—Si no me dice la verdad, tal vez no pueda proteger a mi esposa —aclaró interrumpiendo su

discurso.

—¿Es que ha ocurrido algo?, ¿Ha sufrido algún tipo de agravio? —exclamó preocupado.

Ahí es donde Robert supo que sin saberlo, Violette podría correr peligro.

—No, pero preferiría estar preparado si ese fuera el caso.

Lord Barric suspiró, como si hubiera estado guardando un gran secreto y entonces se dejó caer sobre el asiento mirando esta vez a Robert a los ojos.

—Supongo que su padre le contaría hace años que los tres hijos de lord Savegner fueron asesinados —citó remontándose a la historia años atrás.

—Ciertamente si, se rumoreaba que se habían mezclado con gente que no era de fiar y les gustaba apostar. —Robert aún recordaba aquella conversación en la que su padre trató ese tema con un viejo amigo estando él presente.

Lord Barric frunció el ceño para después aclararse la garganta conforme se revolvía en su asiento tratando de buscar una postura cómoda, algo que saltaba a la vista que no era así, sino que estaba bastante incomodo con la conversación.

—Lo cierto es que no era así, los hijos del viejo duque jamás se habían mezclado en asuntos de apuestas y menos aún mantenían relaciones con personas de dudosa reputación. Esos rumores se vertieron con la idea de intentar localizar al verdadero asesino de los muchachos —aseguró con cierto aire de nostalgia en su voz—. Fue un duro golpe para la familia, los tres hijos asesinados al mismo tiempo y a sangre fría. El menor tan solo contaba con doce años de edad, pero el crimen jamás se resolvió a pesar de que el duque invirtió todo su tiempo y parte de su fortuna en averiguar que sucedió realmente.

A Robert le sorprendió aquella confesión. Si no había sido un asunto de juego, ¿Quién podría querer asesinar a los herederos del duque? Y mejor aún, ¿Por qué? Lo más sensato era deducir que el único interés podría estar en el heredero a la fortuna si el duque se quedaba sin sucesor.

—¿Investigaron la línea de sucesión del duque? —preguntó Robert con evidente interés en aquello.

—Fue la primera línea de investigación, pero tenían coartada, por lo que se descartó. Al igual que se hizo con posibles competidores directos del duque, ya que la calidad de su brandy era incomparable, se pensó que podría ser un posible boicot a la familia para apropiarse así del mercado, pero en los planes del duque no estaba abandonar los viñedos hasta que su esposa también fue asesinada.

—¿Asesinada? —exclamó Robert completamente absorto.

Hasta la fecha él había creído que la muerte de la madre de Violette fue un suicidio, así se hizo creer a todo el mundo.

—Fue envenenada. Se corroboró tras su muerte, aunque se mencionó que se había suicidado solo para proteger a Violette.

—¿Protegerla de qué?, ¿Qué tiene que ver todo esto con mi esposa lord Barric?, ¿Que es lo que el duque me ha ocultado todo este tiempo? —insistió ahora realmente preocupado.

—La última suposición del duque, fue que debía tratarse de una venganza familiar, probablemente querrían destruir a toda su familia y evitar que pudiera tener descendencia, de ahí asesinar también a su esposa. En ese momento temió que Violette fuera la siguiente victima, quizá ella no podría heredar su imperio, pero podría recibir todo el dinero y si tenía hijos varones antes de que él muriera, podría otorgar la herencia a su nieto. Así que la envió lejos, a un lugar remoto donde nadie pudiera encontrarla y difamando que su aspecto era monstruoso, de esta forma haría creer que ningún hombre en su sano juicio se casaría con ella y, por lo tanto jamás tendría

herederos. —Su voz sonaba tensa a la vez que distante, como si esas

decisiones le hubieran dolido a él mismo por ser tan crueles—. Con los años, supimos que inexplicablemente los herederos al ducado morían en situaciones dispares; fiebres, caídas accidentales a caballo, accidentes de carruaje, atragantamientos o causas que podrían ser o no naturales, pero el duque me hizo investigar muy de cerca la línea sucesoria hasta que el título debía recaer en vuestro padre, que murió por causas naturales mucho antes y por lo tanto el siguiente erais vos, demasiado joven para haber urdido un plan tan exhaustivo si es que nuestras sospechas eran ciertas.

Robert permanecía impertérrito ante aquella confesión, ¿De verdad podría un asesino ser tan paciente y asesinar a toda una lista de sucesores a un ducado solo para hacerse con el título? Aún podía recordar las palabras de su amigo el duque de Sylverston diciendo que fuera cauto y ciertamente él mismo llegó a creer que ese ducado estaba maldito.

—¿Sospechasteis de mi? —preguntó consciente de que era evidente que debió estar bajo escrutinio.

—Como os he comentado, pensamos que era demasiado joven para urdir ese plan, usted debía tener aproximadamente la edad del hijo mediano del duque cuando fueron asesinados, por lo que su padre podría ser más sospechoso que usted, pero ya estaba muerto cuando fue asesinado su anterior sucesor, así que también fue descartado y por ende a vos —acreditó lord Barric—. La salud del duque se deterioraba y sabía que, si moría antes de salvaguardar el bienestar de su hija, ella podría correr peligro. Cuando supimos que usted era el primer heredero joven y sano al ducado sin fortuna propia, él supo que no rechazaría su oferta, de otro modo no habría conseguido que aceptaran la mano de Violette sin revelar su paradero o hacerla venir para verificar que los rumores sobre su aspecto no eran ciertos. En caso de que usted falleciera, ella ya dispondría de su apellido, sería una joven viuda a la que nadie reconocería al poseer otro nombre y podría realizar su vida sin que su pasado le afectara.

—¿Por qué no me dijo nada de todo esto?, ¡Debía saberlo!, ¡Tenía derecho a saber que mi vida podría correr peligro!, ¡Y también la de mi esposa! —gritó enfurecido por haber podido poner en riesgo tanto su vida como la de Violette.

—No estábamos seguros de si podría existir o no una conspiración. Se vertieron tantos rumores sobre que la familia estaba maldita desde el nacimiento de Violette, que en ocasiones llegamos a creer que algo extraño sucedía. ¿Quién puede cobrarse una venganza así durante

catorce años y ser tan paciente para esperar su turno? Nadie podía odiar tanto al duque para hacerle algo así. A pesar de ello, le vigilé de cerca manteniendo informado al duque de sus pasos, comprobé que no tenía interés alguno en anunciar su compromiso con la joven, al igual que tampoco quiso saber su paradero ni insistió en ello, eso nos generó cierta confianza. Aún así, el duque debía proteger a su posesión más preciada, el único miembro de su familia que aún quedaba con vida y quien proseguiría el legado de la familia Savegner original. Tras dos años sin ningún percance, llegue a creer que todo se había acabado, que tal vez la maldición se había terminado o el misterioso asesino habría fallecido, por eso no le dije nada tras la muerte del duque, era usted quien heredaría el ducado y si moría sin herederos el título pasaría a miembros de su familia, no de la familia del antiguo duque, por lo que imaginé que la pesadilla había llegado a su fin.

Capítulo 22

Robert se quedó meditando las palabras de lord Barric, comprendiendo las acciones que habían tomado y analizando si él en su lugar habría hecho lo mismo con su hermana Julia. Era evidente que no podían confiar en él, después de todo era un desconocido que se beneficiaba de la desgracia de otros, aún así el duque le había entregado a su única hija, a su bien más preciado y reconoció que no podía juzgar dichas acciones, aunque hubiera estado agradecido de que al menos le avisaran del riesgo que podría correr su vida. Precisamente pensando en esto último, no pudo evitar rememorar su caída del caballo. ¿Sería posible un atentado contra él?, ¿Era posible que así fuera? Si lo era carecía de sentido. Si de verdad existía alguien que quisiera eliminarle, no podría saber si Violette estaba o no esperando un hijo y en el caso de que así no fuera, el ducado pasaría a ser de su sobrino Richard al morir sin herederos, de ningún modo podría volver a formar parte del legado familiar del antiguo duque. Definitivamente su caída sí debía ser un simple accidente, las correas que sujetaban la montura de su caballo no debían estar bien atadas y de ahí que se soltaran durante la cabalgata.

Ahora que sabía la verdad sobre el pasado de Violette y su familia, podía comprender las acciones tomadas sin que ella misma fuera consciente. La sobreprotección del duque con su hija era entendible

después de perder a toda su familia. Él mismo se sacrificó alejándola de su lado, al único miembro que le quedaba con vida, para protegerla y perseverar su vida, aunque nunca volviera a verla a pesar del dolor que ello le infringiera.

Sí que la quería. Amaba a su hija para meditar cada acción que debió tomar con conciencia y preso del más absoluto temor a que pudieran arrebatársela como a sus otros hijos o su esposa. En cierto modo, Robert se compadeció del duque ahora que podía analizar la situación en retrospectiva y no le extrañaba nada que dejara toda su fortuna a nombre de Violette por si él moría y abandonar los viñedos para que el legado Savegner no fuera tan tentador a la vista de un cazador de herencias.

—El duque abandonó los viñedos a propósito, no lo hizo porque no tuviera interés alguno en mantenerlos, sino porque no deseaba dejárselos al posible asesino de sus familiares —determinó Robert.

No era una pregunta, más bien esperaba una aprobación por parte de lord Barric a su teoría.

—Así es —corroboró éste comprobando que el nuevo duque parecía más astuto de lo que pensaba—. Cuando la teoría de un posible heredero al ducado cobró fuerza por las muertes que se fueron produciendo. El duque despidió a todo el personal y dejó que los viñedos se secaran hasta marchitarse, estuvo a punto de prenderles fuego, pero finalmente se arrepintió porque tenía la esperanza de encontrar al asesino y si lo hacía, esperaba que el futuro heredero al ducado devolviera el esplendor a su nombre, incluso conservó la esperanza de vivir lo suficiente hasta ver casada a su hija y que éste le diera un nieto que heredase el ducado.

Robert entendió con aquellas palabras que el fuego habría calcinado la tierra y esto podría repercutir en futuras vides que se plantaran, por lo que también lo haría en el sabor que se

obtenían de ellas. Si pretendía dejar aquel legado a alguien de su familia, era lógico que lo hubiera conservado.

—¿Y usted cree que todo ha acabado?, ¿Qué de haber existido una persona que estuviera detrás de todo este complot ha desaparecido? —insistió Robert.

Le preocupaba más su esposa que él mismo. A fin de cuentas, era posible que hubiera dejado de representar un peligro al tomar posesión del título y por tanto, no poder obtener el ducado si esa era

la intención del asesino, pero quizá si tuviera interés en terminar de cobrar la venganza y deshacerse del último miembro que quedaba con vida en la familia. Ahora se maldecía una y mil veces por confesar a su capataz John que la nueva duquesa era en verdad lady Violette, la única hija que quedaba con vida del antiguo duque.

¿Y si decirlo habría expuesto a su esposa a un peligro inminente?

—No puedo afirmarlo con seguridad, muchas veces creí hacerlo y se producía de nuevo otra victima, pero es cierto que la herencia ya le pertenece a usted y por tanto, no podría retornar de ningún modo a los parientes del anterior duque. Por otro lado, los viñedos llevan demasiados años sin producir brandy, tampoco tendría sentido alguno la competencia y eso no justificaría la muerte de tantos herederos al ducado. Finalmente, la última y menos probable de las teorías es que se trataría de una conspiración por venganza contra el duqu. Dejó de tener sentido cuando nadie intentó localizar a lady Violette y el duque vivió sin ningún tipo de amenaza o agravio todos los años posteriores —argumentó lúcidamente y analizando la situación. Se podía percibir que llevaba años entregado a la causa y que sabía cada detalle de lo sucedido en la familia—. En mi opinión creo que la persona que estaba detrás de todo esto, si es que existe tal persona, debió fallecer poco después de morir poco después de asesinar al último heredero antes de usted.

Si lord Barric estaba en lo cierto, significaba que habría tenido demasiada suerte para creerlo y él precisamente no creía en la suerte. Solo había que mirar en retrospectiva cada metedura de pata con su esposa para saber que la fortuna no estaba de su lado.

—Le agradezco que se haya sincerado conmigo, lord Barric. Me gustaría decir que me alegra saber que tanto la vida de mi esposa como la mía no corre peligro, pero me temo que debo ser cauto. Si esta conspiración ha durado catorce largos años, no puedo creer que por mera fortuna todo se haya acabado justo antes de que yo tomara posesión del ducado. No podré estar tranquilo hasta saber que lady Violette está a salvo.

Si algo le sucediera a su esposa por podría vivir con ello. El simple hecho de saber que Violette podía desaparecer y no volver a verla provocaba que sintiera una inquietud de congojo inexplicablemente dolorosa. No deseaba perderla. No podía perderla. Y desde luego haría cualquier cosa por protegerla.

Tras decretar que lo mejor sería no informar a Violette de la situación

para no asustarla sin razón aparente, Robert le preguntó algunos temas referentes de la finca incluyendo la sorprendente noticia del buen estado de las barricas almacenadas todos esos años. Lord Barric no pareció sorprendido, sino que apuntó a la gran calidad de la madera proveniente de España, donde se hallaban los mejores fabricantes de barcos de la época en la que fueron fabricadas.

Lord Barric apuntó que hubo una pequeña zona de la finca la cual el viejo duque no dejó que se marchitara puesto que fueron las primeras vides que se plantaron en aquella tierra y de ellas nacieron el resto. En el fondo era un sentimental y no podía permitir que todo el patrimonio se extinguiera. La parcela en concreto estaba muy al este, detrás de las colinas donde no podían verse a la vista y oculta tras unos altos setos. Al parecer el padre de Violette le había dado instrucciones de cuidarlas personalmente durante sus últimos años de vida y si su hija moría, estas

debían ser completamente destruidas.

La sorpresa de conocer este hecho sorprendió a Robert. Ciertamente la extensión de la finca era tan grande, que no había podido recorrerla de punta a punta y extremo a extremo minuciosamente para descubrir esa pequeña zona en sus tierras y tampoco había sido informado de ello por su capataz, al cual ciertamente le había dado instrucciones de despejar los almacenes, limpiar la maquinaria para hacer un recuento y comenzar a preparar la tierra en cuanto llegase el instrumental necesario. Era evidente que nadie había descubierto ese tesoro oculto que le podría dar la misma calidad de uva que antaño.

Violette observó que el rostro de su esposo sonreía cuando entró al comedor junto a lord Barric a la hora del almuerzo. Fue cauta al no preguntar cual debía ser la razón, pero se imaginó que podría tratarse de los viñedos. Sin saber porqué, le daba satisfacción que alguien como él se preocupara por ese lugar que un día perteneció a su padre y antes de éste a sus antepasados. De algún modo, su progenitor había deseado que las tierras continuaran en la familia a través de ella, posiblemente esa era la razón por la que la había desposado con el sucesor al ducado, importándole muy poco cuales fueran sus objeciones o si pudiese ser feliz en su matrimonio. Era evidente que, para padre, lo más importante era el legado familiar por encima de la felicidad de su única hija.

¿Y realmente podría ser ella feliz en aquel lugar? Lograría olvidar lo sucedido en algún momento y darse una oportunidad. Aún dudaba. Aún tenía miedos internos. Aún desconfiaba, pero quizá el tiempo le

demostrara que había algo de honor en el caballero que su padre había elegido para ella.

Tras la partida de lord Barric, Robert ordenó a Thomas que le prepararan su caballo para salir a cabalgar por la finca.

—¿Estáis recuperado para poder cabalgar de nuevo? —preguntó Violette con evidente preocupación en su rostro cuando le escuchó hablar con su sirviente.

Tal vez esa caída estaba demasiado reciente para perder el miedo a que volviera a sufrir algo similar con peores repercusiones. No estaba preparada para sentir de nuevo esa sensación de intranquilidad y desasosiego.

—Estoy bien —objetó Robert con calma y después pensó que podría ser una oportunidad para estar a solas junto a ella—, pero podrías acompañarme para asegurarte de ello.

Ciertamente Violette no había esperado ese tipo de respuesta, más bien creyó poder disuadirlo unos días más hasta estar completamente recuperado, pero que le propusiera ir junto a él resultaba halagador.

—No sé cabalgar —admitió pensando que en aquellos momentos desearía haber podido tener un caballo en el convento con el que aprender.

—Aunque corregiremos eso más adelante, en este momento no será un inconveniente, te llevaré en mi caballo —sonrió agradecido Robert agradeciendo que su inexperiencia le ofreciera la oportunidad de estar aún más cerca de ella.

Aunque Violette quisiera encontrar motivos para negarse, como el hecho de tener demasiadas cosas por hacer en la mansión, ciertamente su preocupación no la dejaría estar tranquila hasta su regreso y sentiría que no podría hacer nada hasta que volviera de una pieza, así que aceptó sin reservas su propuesta.

Cuando Robert había indicado que la llevaría en su caballo, no había mencionado que también lo haría en su regazo, por lo que alzó a Violette sentándola en la parte delantera apretando los dientes para calmar el dolor que aún sentía en su brazo por el esfuerzo, pero en cuanto subió a su

caballo tras asegurarse de que en esa ocasión las correas de la montura estaban bien sujetas, percibió el calor que inundaba su

cuerpo junto al de su joven esposa. La sensación era deliciosa y más aún cuando rodeó su cintura para ajustarla más a él y tomar las riendas conforme el caballo trotaba.

Violette no tenía gran experiencia montando; ni sola, ni en compañía. Nunca había salido del convento y las pocas veces que lo había hecho fue a pie, salvo el día que se marchó de allí cuando Julia la recogió en aquel precioso carruaje. Así que en cuanto sintió en sus nalgas el movimiento, se aferró al brazo de su esposo con fervor por temor a perder el equilibrio y caerse del animal.

—No te asustes querida, jamás te dejaría caer —apuntó Robert utilizando por primera vez un apelativo cariñoso hacia ella.

Lo había hecho con naturalidad, ni tan siquiera sabía porqué había salido de sus labios, pero pareció funcionar cuando ella comenzó a relajarse un poco.

—Debéis pensar que soy estúpida por no haber montado nunca en un caballo —contestó Violette presa de la incomodidad al saber que él había descubierto que estaba asustada.

Había tantas cosas que ella no había experimentado y por las que se sentía fuera de lugar. Es cierto que no tenía la culpa puesto que había sido privada de todas ellas, pero eso no evitaba sentirse en evidencia.

—Pienso muchas cosas, pero nunca pensaría que mi esposa es estúpida. No pienses en ello, como ya te dije antes, pondremos solución a ese inconveniente a partir de mañana. Ahora relájate y déjate caer sobre mi pecho, eso nos facilitará a ambos la cabalgata —aseguró Robert, aunque en realidad solo deseaba sentir como el cuerpo de Violette se pegaba al suyo y que las distancias entre ellos se disipaban.

Sin poner objeción, Violette obedeció creyendo que de ese modo sería más fácil para él llevar a ambos sobre el lomo del animal, aunque no esperó que, en consecuencia, un calor brotara desde la parte baja de su estomago conforme el movimiento del trote hacía que pudiera percibir con mayor intensidad cada musculo de aquel hombre. Sentía un mariposeo en su estómago que iba creciendo a cada paso y extendiéndose por su cuerpo, llegando al nudo de su estómago y percibiendo como algo la quemaba a su vez por dentro. ¿Qué era aquello?, ¿Qué le estaba sucediendo? Era como si su cuerpo rememorara el acercamiento que había tenido hacia varias noches en aquel lecho junto a su esposo. Esa quemazón, esa sensación, ese

aturdimiento… ahora lo experimentaba y no sabía si era debido únicamente al roce de su cuerpo.

A pesar de la situación que lejos de resultarle incomoda debía admitir que era agradable, intentó concentrarse en el paisaje para evitar pensar en todas esas emociones que acumulaba en su interior. Tal vez encontrara distracción en otra parte por difícil que resultase.

Los campos estaban desolados y lo que un día pudo ser un panorama esplendoroso lleno de verdor, ahora yacía seco y completamente marrón. La extensión de tierra era inmensa, perdiéndose hasta donde su vista alcanzaba y Violette se preguntaba si de verdad el hombre que tenía tras ella devolvería a ese lugar lo que en sus sueños o recuerdos creía imaginar. La imagen que ahora veía era hermosa, pero también desoladora por lo que ello implicaba. Si no hubiera perdido a su familia, si sus hermanos no hubieran muerto repentinamente, si su madre no se hubiera arrebatado la vida, todo seguiría igual, absolutamente todo salvo el hecho de que probablemente ella jamás habría conocido a Robert.

Por tercera vez se había dirigido hacia él por su nombre clamándolo de ese modo en sus pensamientos. ¿Significaba eso que su propia conciencia comenzaba a desear esa cercanía? ¿Sería que, a pesar de no estar segura, algo en ella la empujaba a creer en él porque ansiaba

desesperadamente encontrar la felicidad en su matrimonio? Saber que permanecerían allí durante semanas e incluso meses, le llevaba a pensar que él se había distanciado de su amante siendo consciente de ello y aunque trataba de no pensar que pudiera alojarse en alguna posada cercana o peor aún, que tuviera alguna pequeña casita donde la habría instalado para mantenerla a su lado, cierto era que ninguna noche se había ausentado desde que habían llegado.

—¿Habéis recorrido toda la extensión de la finca alguna vez? —preguntó Violette siendo consciente del absoluto silencio que se había cernido en ambos y deseó establecer una conversación sintiendo que estaba ligeramente incómoda al no tener ningún argumento.

—Por increíble que parezca no he tenido tiempo para hacerlo. Las tierras se extienden varias leguas al horizonte. Probablemente se tardarían varios días en recorrer el perímetro a caballo y las pocas veces que he podido visitar la finca, había otras prioridades antes de hacerlo, pero es mi intención revisar cada tramo minuciosamente para verificar que todo está en orden —aseguró Robert embriagándose de nuevo con el perfume que emanaban los cabellos de Violette.

Tenerla en esa posición era un auténtico deleite para sus sentidos, aunque también era una deliciosa tortura. Se había dirigido directamente hacia el lugar que lord Barric le había mencionado y a cierta distancia ya podía observar la colina y el bordeado de los setos que parecía haber tras ella conforme la subían. Ciertamente ocultaban lo que allí se escondía, no le extrañaba que nadie en todos esos años no lo hubiera descubierto, puesto que quedaba apartada de la vista de cualquiera. Solo un capataz o alguien que hubiera permanecido a cargo de las tierras, podría saber que una parte de los viñedos permanecían aún con vida.

En el momento que atravesaron aquel bosquejo, la visión se expandió ante los ojos de Robert e imaginó que también lo hizo en su esposa. A pesar de que lord Barric se lo hubiera mencionado, verlo con sus propios ojos era simplemente increíble. Las hojas aún estaban algo verdes y aunque él no era gran experto en ese tema, podía ver que la uva había sido recogida recientemente, incluso quedaban partes aún por terminar de recuperar.

—¿Cómo es posible? —preguntó Violette aturdida.

Robert bajó de un salto del caballo sin contestar, incluso estaba tan absorto que dejó a Violette sobre el caballo mientras daba varias zancadas hasta coger una de las uvas que aún permanecían ancladas a la vid llevándosela a la boca. El sabor dulce embriagó sus sentidos y le pareció deliciosa sin saber si era una buena señal o no, pero saber que estaban en perfecto estado hizo que una emoción de absoluta alegría se extendiera por todo su interior sin precedentes.

—¿Sabes lo que significa esto? —exclamó señalando toda la extensión que era mucho más grande de lo que había imaginado.

Antes de que Violette respondiera, sintió como la cogía de la cintura regresando a su lado y la bajaba del caballo, pero en lugar de dejarla en el suelo comenzó a dar vueltas junto a ella conforme sentía el sonido de la risa que procedía de sus labios. En ese momento no dudo de que él parecía extremadamente feliz por ese hecho.

Robert no parecía sentir el dolor de su brazo, era como si se hubiera evaporado dejando paso a un sentimiento mucho más primitivo e irracional. Su felicidad hizo que olvidara absolutamente todo. Sus errores. Sus meteduras de pata. Sus malas decisiones. Y sin previo aviso. Sin pedir permiso. Y sobre todo sin pensar en las consecuencias, se lanzó sobre los labios de Violette con tanta vehemencia que la sujetó de la cintura fuertemente para evitar que ésta cayera ante

aquella posesión devastadora.

Capítulo 23

Violette quedó atrapada ante aquel repentino contacto con sus labios. Podía sentir la fuerza y presión que ejercía sobre su boca demandando una respuesta que inevitablemente era incapaz de eludir. A pesar de que la había cogido por sorpresa, su cuerpo reaccionó antes que su mente respondiendo a la demanda de aquel beso como si fuera natural en sí misma el hacerlo.

¿Acaso no tenía voluntad propia?, ¿Por qué su cuerpo reaccionaba a las caricias que él le proporcionaba de ese modo? No tenía respuesta a sus preguntas porque todo era nuevo para ella.

¿Reaccionaría igual si se tratara de otro hombre?

Lo dudaba. No le hacía falta siquiera probar para saber que su cuerpo no respondería del mismo modo si no sintiera la misma fragancia, la fuerza y la absoluta debilidad que él generaba en la profundidad de sus entrañas. Sintió como de forma inesperada la alzaba entre sus brazos cuando notó que sus pies abandonaban el suelo hasta que finalmente percibió algo duro tras su espalda.

Debía ser uno de los grandes setos que había tras ellos por la rugosidad que apreciaba a través de la tela de su vestido bastante ligero. En el momento que aquellos labios abandonaron los suyos gimió de dolor por no desear que cesaran y a su vez comprendió que habían comenzado a surcar un camino por su cuello conforme se acercaban al escote de su pecho sabiendo que se dirigían hacia partes de su cuerpo prohibidas que la darían más placer del que reconocería.

Violette fue consciente de aquellas manos cálidas perdiéndose debajo de los pliegues de su vestido, tocando la piel de sus piernas desnudas, sintiendo que una sensación voraz a la vez que vibrante y cegadora

comenzaba a consumirla y supo que estaría perdida en cuestión de segundos si no le detenía. ¿Debía realmente detenerle cuando disfrutaba de sus caricias? Aquel era su marido.

Su esposo. Y se suponía que ese placer carnal era lo que debía suceder entre ambos dentro del matrimonio. ¿Entonces porque le asaltaban las dudas?, ¿Porqué tenía miedo a lo que pudiera suceder después? Su mente no podía abandonar los recuerdos del pasado, los temores que se acechaban sobre lo sucedido en anteriores ocasiones y la visión de una situación similar con otra mujer en lugar de ella asaltó sus pensamientos provocando mas incertidumbre y desconfianza.

—Por favor… deteneos —susurró sin apenas fuerza en su voz.

Para Violette era difícil poner palabras a sus pensamientos. Era demasiado complicado saber que su mayor miedo era al mismo tiempo su mayor placer. No sabía confiar en él y tenía pánico de sufrir una decepción si se dejaba arrastrar hacia el abismo que él le proporcionaba porque se estaba dando cuenta de que sentía algo por Robert. Por más que no quisiera hacerlo, tenía sus sentimientos demasiado involucrados hacia ese hombre que ahora la miraba completamente desconcertado.

Robert tardó varios segundos en reaccionar, pero lo hizo. A pesar de que su ceguedad le había consumido hasta el hecho de intentar tomar a su esposa allí mismo, en medio de la nada y usando como lecho el tronco de un árbol. ¿Hasta que punto le cegaba esa mujer?, ¿Tan desesperado estaba? Se había dejado llevar al percibir que ella respondía a su beso. Había sido demasiado

dichoso creyendo que ella le correspondía, le aceptaba y no pudo pensar en otra que no fuera tomarla sin esperar ni un solo segundo.

Durante toda su vida las mujeres no se lo habían puesto difícil. Ni siquiera recordaba cuando había sido la última vez que tuvo que hacer algo para llevarse una dama al lecho. Normalmente bastaba un ligero coqueteo para que accedieran de buena gana, pero Violette no se asemejaba a ninguna otra mujer que él hubiera conocido. Ella no era una de esas damas acostumbradas a tener siempre un amante en su lecho. No tenía experiencia, ni una vida social plena, ni era descarada.

Ella era dulce, tierna y delicada como una flor en primavera. En cambio, él la había tratado como un bruto desesperado por poseerla a pesar de haberle prometido esperar el tiempo necesario hasta que ella quisiera.

—Lo siento. —Se disculpó rápidamente separándose de ella contrariado. No quería que pensara que nunca respetaba su palabra, dos veces le había prometido cosas que después él mismo incumplía —. Te prometí el tiempo que fuera necesario y yo mismo he incumplido mi promesa. Me temo que me dejé llevar por la emoción y fui incapaz de controlar mis impulsos.

Estaba claro que estar cerca de Violette afectaba a sus sentidos, así que, a pesar de no desearlo, tendría que mantener las distancias con su preciosa esposa porque no era capaz de contenerse a sí mismo. Creía que podía. Pensaba que podría resistirse. Saltaba a la vista que a la primera ocasión le había resultado imposible.

Violette no podía negar que sentía cierta satisfacción al saber que él la deseaba de aquel modo en el que le aseguraba que no podía controlar sus impulsos, pero al mismo tiempo no podía evitar que su mente divagara por imágenes del pasado dejándose arrastrar hacia ese abismo de sus miedos más profundos.

—Lo lamento —afirmó porque verdaderamente sentía no ser capaz de confiar en él, de dejarse arrastrar hacia lo que ella misma percibía cuando él la tocaba y volver a llenarse de esa esencia con la que él la embriagaba—. Creí que podría, pero no puedo —confesó siendo sincera.

Aquellas palabras martirizaron a Robert hundiéndolo en la más profunda de las miserias. Sus temores acababan de cobrar la más absoluta firmeza, ¿En qué mundo alguien como ella podría olvidar que había encontrado a su esposo con su amante en una situación más que comprometida?

Por más años que pasaran, nunca lo olvidaría y sería una imagen que le perseguiría el resto de su mísera vida.

—Lo comprendo. —Su voz era seria. Taciturna. Estaba completamente destruido por dentro sabiendo que no tendría una mínima posibilidad —. Te llevaré de regreso a casa —advirtió pensando que lo que en aquellos momentos desearía su esposa era alejarse de él y poner distancia.

Durante todo el trayecto de regreso a la gran mansión, ambos parecían haberse consumido por el más absoluto silencio, únicamente interrumpido por el trotar del caballo que los llevaba directamente a las caballerizas de la finca. Robert desmontó primero y después alzó a Violette para depositarla suavemente en el suelo. Con un simple gesto

de cabeza se despidió alegando que tenía asuntos urgentes que atender y ella comprendió por su tono de voz, que únicamente deseaba alejarse de su lado.

En el momento que Violette fue advertida si deseaba tomar la cena en el comedor o en su habitación, supo que su esposo había decidido no compartirla con ella. ¿Así serían a partir de ahora las cosas?, ¿Pondrían un muro infranqueable entre ambos y se evitarían constantemente?

Violette pensó si había podido ofenderle con sus palabras, o si el simple hecho de negarse a que la hiciera suya había sido suficiente para que el duque desistiera y ya no la deseara. ¿Podría haberse cansado de su rechazo constante?, ¿No había sido él quien le había reiterado que la

esperaría el tiempo que hiciera falta?, ¿Y si era otra más de sus mentiras?, ¿Y si no era lo que verdaderamente pensaba?, ¿De que otra forma se explicaba el hecho de que quisiera evitarla?

Robert era incapaz de concentrarse en sus quehaceres, lo intentaba. ¡Por el amor de Dios que ponía empeño en ello! Pero era incapaz de leer dos simples palabras sin que las palabras de Violette repiquetearan en sus pensamientos. ¡Imbécil y cien veces imbécil!, ¿En que mundo creyó tener una posibilidad por el simple hecho de que ella se hubiera entregado a él en aquella posada?, ¿Cómo se había atrevido a pensar que alguien como ella podría perdonarle algún día?,

¿Acaso él podría hacer lo mismo si la situación fuera inversa? No. El simple hecho de imaginar a su esposa con otro hombre le enfurecía. No podía ni imaginar como podía ser verlo con sus propios ojos tal como tuvo que hacer ella. Se había obligado a sí mismo guardar las distancias, darle el espacio que ella probablemente deseara y sería incapaz de decirlo en voz alta. Le había prometido esperarla, darle el tiempo que fuera necesario hasta que ella misma por propia voluntad decidiera darle una oportunidad, pero en las dos ocasiones que había mantenido un contacto más cercano la había avasallado sin contemplaciones, no pudiendo esconder su más ínfimo deseo, no pudiendo evitar demostrar cuanto la anhelaba.

Le dolía. Por primera vez en su vida le dolía de verdad el rechazo de una mujer a la que él deseaba. ¿Por qué?, ¿Por qué sentía aquella extraña sensación en su interior tan insoportable que consumía su alma? Sabía la respuesta. Por más que no quisiera reconocerlo lo sabía y era tan abrumador como desconcertante, al mismo tiempo que le

resultaba completamente irrisorio.

Estaba enamorado.

Profunda y completamente enamorado de esa mujer a la que apenas conocía, a la que apenas había tocado, a la que había herido, ultrajado y ofendido de la peor manera posible. Estaba perdidamente enamorado de la única mujer en el mundo que tenía todo el derecho del mundo a odiarle y de la única que al mismo tiempo era verdaderamente suya, aunque no pudiera tenerla como lo desease.

La realidad le golpeaba provocando que sucumbiera a un terrible dolor de cabeza que solo podría atenuar con la bebida. Ser consciente de que Violette no encontraría la felicidad a su lado le aterrorizaba al mismo tiempo que solo deseaba que ella fuera feliz. Saber que había tenido una vida llena de desgracias marcada por un pasado familiar oscuro donde solo habían ocurrido terribles sucesos y siendo consciente de que podría correr aún peligro ¿Cómo podía ser tan egoísta de pensar solo en él y en sus propios sentimientos cuando ella jamás había conocido la felicidad? Iba a protegerla. Su deber era velar por ella y una vez que se asegurase que estaba fuera de peligro la dejaría hacer con su vida lo que quisiera, aunque eso resquebrajara su alma en mil pedazos y se condenara en vida, pero su moral no le permitía obligarla a estar a su lado si ella jamás le correspondería.

Llegar a esa conclusión le hacía ser consciente de que lo que sentía por esa mujer iba más allá de cualquier sentimiento racional. No era solo deber o lealtad, ni tampoco se trataba de redimir sus pecados, él quería que ella fuera feliz y anhelaba que lo hiciera a su lado, pero era más doloroso el sentimiento de rechazo que el hecho de saber que podría encontrar esa dicha en los brazos de otro aunque eso le martirizara.

Con el último sorbo de aquella copa, cayó finalmente en un profundo sueño, sintiendo que era mártir de sus propios pecados, unos que debería pagar con creces por su vil orgullo. Si pudiera retroceder en el tiempo… Si pudiera enmendar cada uno de sus errores… Si pudiera simplemente borrar sus recuerdos… Anhelaba tanto a ese ángel, que no le importaba dar su vida a cambio de un solo día a su lado.

Demasiado tarde. El amor había llegado a su vida siendo demasiado tarde para él.

Sus ojos se abrieron rápidamente tras sentir el golpe y Robert despertó sobresaltado. No recordando donde estaba. Ni qué hora era. Ni en que

lugar del mundo se hallaba. Hasta que divisó el despacho bien iluminado, la butaca frente a él que se hallaba vacía, la mesa con la botella de licor y el vaso que había usado sin líquido en su interior. Por último, diviso a la persona que menos esperaba ver en aquella finca; su cuñado Richard.

—Veo que no has tenido una buena noche a juzgar por la botella y deduzco que has pasado toda la madrugada bebiendo dado tu aspecto… —mencionó Richard en un tono de voz que trataba de parecer serio, pero entreveía una ligera sonrisa.

—Si te atreves a decir algo que no me apetece escuchar, te echaré a patadas de mi casa —

rugió Robert de mal humor, sobre todo por recordarle las razones por las que había vaciado todo el licor en sus reservas—. Me imagino que no has venido hasta aquí solo, ¿Cómo es que no se ha atrevido a entrar? —preguntó extrañándole que su hermana Julia no hubiera irrumpido en su despacho.

Richard rio y eso desesperó aún más a Robert, que deducía sin necesidad de verse frente a un espejo que su aspecto debía ser deplorable.

—Conoces demasiado bien a tu hermana para saber que no tardaría en venir a asegurarse que lady Violette se encontraba bien después de lo que sucedió en el baile. Puedes agradecer que la retuve varios días antes de emprender este viaje, porque deseaba salir justo después de enterarse de vuestra partida —reconoció Richard cruzándose de brazos y sentándose en la butaca vacía que había frente a él—. Si no está aquí es porque su prioridad por mucho que te pese oírlo, es tu querida esposa. Y ahora dime, ¿Acaso el matrimonio no te sienta bien, querido cuñado?

Robert podía observar como se mordía el labio y quiso propinarle un buen puñetazo.

—Me sienta estupendamente —soltó Robert forzando una sonrisa que evidenciara todos sus dientes mientras se llevaba las manos a la cabeza completamente exasperado.

Lo que menos le apetecía en esos momentos era una reprimenda por parte de su hermana en la que le echase en cara las consecuencias de sus actos.

—¡Oh vamos! —exclamó con énfasis—. ¿Tan mal están las cosas? —

preguntó ahora realmente preocupado.

Robert alzó la vista y vio que esta vez su cuñado Richard no trataba de reírse o mofarse de él, sino que parecía verdaderamente interesado.

—Me atrevería a afirmar que no pueden estar peor —aseguró Robert levantándose de golpe y sintiendo que necesitaba caminar para despejar su mente.

A su mente volvían los recuerdos de Violette afirmando que lo había intentado, pero que no podía. Evidentemente no podía perdonarle. No podía olvidar. No podía confiar. No podía de ningún modo amarle y lo peor era que él entendía las razones del porqué no podía hacerlo, se lo merecía. Se había ganado a pulso que ella no le correspondiera por todo el daño que le había causado sin merecerlo.

—¿Ella te importa?, ¿Te importa de verdad? —preguntó Richard acercándose a él.

Robert se dio media vuelta, sentía una opresión en su pecho y una necesidad demasiado ferviente por confesar lo que hasta hacía poco consideraba que jamás sentiría.

—La quiero —afirmó rotundamente.

En ese momento Richard sonrió, parecía relajado e incluso calmado, como si creyera que eso podía solucionar todos los problemas cuando desconocía completamente lo que realmente sucedía.

—Díselo —concluyó poniéndole una mano en el hombro—. Confiésale tus sentimientos, demuéstrale que te importa y todo se arreglará.

Robert negó con la cabeza. Si todo fuese tan fácil lo haría en ese preciso instante. No tardaría ni un solo segundo en cruzar aquella puerta y declararle lo que sentía a Violette, pero ni sus sentimientos, ni la fuerza de estos, harían que ella pudiera olvidar todas esas imágenes que conservaba en sus pensamientos.

—La he herido demasiado Richard. Le he causado un daño irreparable y por más que quisiera creer lo contrario, lo que hice es imperdonable.

Me merezco su odio. Su rechazo. Y el castigo de que jamás corresponda a mis sentimientos —aseguró con pesar mientras sus ojos se fijaban en el suelo como si no pudiera soportar que su cuñado tuviera lástima por él.

—Tú díselo —reiteró Richard palmeando con su mano el hombro de Robert compadeciéndose de su cuñado y rememorando que tiempo atrás él estuvo en una situación muy similar habiendo metido la pata hasta el fondo con su propia esposa.

Capítulo 24

La sorpresiva visita de Julia animo a Violette aquella mañana después de saber que su esposo había preferido cenar en su despacho en lugar de hacerlo junto a ella.

¿Habría sido esa una clara señal de que no deseaba disfrutar de su compañía?, ¿Le habría ofendido que ella le pidiera detenerse? Tenía tantas preguntas que no hallaban respuesta dada su inexperiencia que no sabía por donde comenzar. ¿Y si a partir de ahora siempre la evitaba?, ¿Quería eso?, ¿De verdad deseaba que él la apartara de su lado y llevaran vidas completamente separadas? Hasta hacía poco pensó que así sería, que ese podría ser su destino mientras él permanecía al lado de su amante, pero ahora no estaba tan segura de querer desearlo, no cuando había visto el carisma, la cercanía y como podía llegar a ser el hombre que era su esposo.

En cuanto se vistió con un traje liviano para no tardar demasiado en estar presentable, bajó rápidamente las escaleras y entró en la pequeña salita donde Julia la esperaba impacientemente.

—¡Que agradable sorpresa! —exclamó Violette y observó como su ahora hermana abría los brazos para acogerla en una calurosa bienvenida—. Hoy mismo iba a enviarte una carta con la esperanza de que pudieras realizarnos una visita lo más pronto posible —decretó mientras se separaban lentamente y ordenó que sirvieran su desayuno allí mismo.

—Reconozco que no pude esperar después del modo en que os fuisteis de la ciudad repentinamente. ¿Qué tal estás? No tienes buen aspecto,

¿Has dormido bien? —Comenzó Julia a hostigarla conforme observaba cada uno de sus rasgos y Violette no pudo evitar sentirse inquieta.

¿Tan evidente era que no había descansado bien? Quizá su falta de sueño se reflejaba en su rostro.

—Había algunos asuntos urgentes que tratar en la finca y por eso partimos sin previo aviso —

agudizó Violette ajustándose a la realidad—, pero estoy muy bien aquí. Tengo permiso para decorar la casa a mi gusto y me encargaré de que vuelva a ser un hogar —añadió sonriente como si eso debiera llenarla de felicidad.

—Faltaría más —apuntó Julia con energía—. Esta casa perteneció a tu familia, además eres la dueña y señora de este lugar para hacer y deshacer cuanto te plazca —mencionó mientras ambas se sentaban en el sillón amplio donde podían permanecer una junto a la otra—, pero lo que quiero saber es si eres feliz aquí junto a mi hermano.

Aquella pregunta inquietó aun más a Violette. Tal vez las intenciones de Julia fueran honestas, honradas y seguramente solo se preocupaba por el bienestar de ambos, pero no dejaba de incomodarle la demanda, quizá porque no tenía una respuesta clara.

—Soy más feliz que cuando permanecía en el convento —admitió sin necesidad de mentir.

Ciertamente allí podría sentirse útil a la vez que gozaba de una libertad que jamás le habrían permitido en el convento, pero distaba mucho de hallar la felicidad. Ni tan siquiera sabía si eso existiría para ella o si su destino era sufrir la falta de amor en su vida.

—Eso está muy bien —decretó Julia palmeando su mano—. Sé que has pasado por muchas

cosas, pero este es ahora tu hogar y aquí podrás formar una familia. Tu propia familia —

puntualizó dulcemente conforme sonreía.

¿Podría hacerlo?, ¿De verdad sería capaz de superar sus propios miedos e inquietudes?

Necesitaba sacar aquello que tenía dentro, aunque en realidad lo que realmente deseaba es que alguien pudiera dar respuesta a sus

desvelos.

—¿Si te digo algo en confianza, me prometes no revelarlo a tu hermano? —Se atrevió a decir pensando que Julia era la única persona en el mundo a la que sería capaz de confesar sus preocupaciones o miedos.

—Por supuesto. Tienes mi palabra de que no le diré nada si no es tu deseo —acató Julia más interesada.

—Cuando le vi por primera vez, él estaba… —Violette no sabía como decirlo, le resultaba demasiado violento admitirlo—, él estaba con su…

—¿Amante? —exclamó Julia—. Sé lo que ocurrió, él mismo lo confesó muy aturdido —

confesó sorprendiendo a Violette de que pudiera saber esa información, aunque eran familia y por tanto, suponía que se lo habría comentado.

Que Julia supiera este hecho le facilitaba aun más las cosas para confesar el resto de sus inquietudes y que pudiera comprenderla.

—Yo creí que amaba a esa mujer y me hice a la idea de que este matrimonio nunca tendría validez alguna, que jamás sería su esposa de verdad, pero me prometió que no volvería a suceder, que no quería a esa mujer y le creí. En el baile demostró lo contrario a su palabra frente a todos como pudiste ver y ahora no se si puedo creerle. No se si podría volver a confiar en él.

—Entiendo tu dilema —contestó Julia percatándose de la dificultad que tenía Violette respecto a su hermano. La comprendía perfectamente—. Teméis que os vuelva a ocurrir o que no sea cierto.

—Si —afirmó rápidamente Violette agradeciendo que le hubiera comprendido tan bien a pesar de ser incapaz de decirlo ella misma porque se le hacía un nudo en el estómago tener que admitirlo.

Desconocía como podía tomarse Julia aquella conversación, después de todo era la hermana de su esposo, le conocía en profundidad y en cambio a ella apenas la había tratado dado el poco tiempo que hacía que se conocían. Dadas las circunstancias veía lógico que defendiera la postura de su hermano, así como sus actos.

—No negaré que mi hermano hizo demasiadas cosas mal, eso es un

hecho y no voy a defender sus actos puesto que no tienen justificación alguna, pero conozco a Robert y sé que si él te ha dado su palabra de que no ama a esa mujer, debe ser verdad. Tu esposo tiene muchos defectos, pero la mentira no es uno de ellos, preferiría obviar la verdad en lugar de afirmar una falsedad —decretó Julia con calma—. A mi no me interesa lo que desee mi hermano, si se ha ganado tu rechazo se lo tiene bien merecido por no hacer las cosas bien desde el principio, pero me importan tus sentimientos y saber que es lo que sientes o puedes llegar a sentir por él.

El modo en que Julia le había dado un giro a la conversación dejando a relucir lo que opinaba de su hermano e intentando saber cuáles eran sus sentimientos hacia éste, la hizo ser consciente de que ni tan siquiera ella misma comprendía que era lo que sentía exactamente.

—Apenas le conozco, no sabría responder a esa pregunta, ¿Cuándo supiste que amabas a tu esposo? —preguntó repentinamente Violette.

Tal vez ella no sabía identificar sus propios sentimientos porque jamás había visto en otras personas el reflejo de estos. Desde que había conocido a los maridos de sus amigas, había podido ver cierta complicidad o miradas de los que ella carecía totalmente con su esposo, pero imaginaba

que no podía ser comparable y que eso solo sucedía cuando dos personas se amaban. Solo que a ella no le habían hablado del amor, ni tampoco de los sentimientos que podrían surgir en el matrimonio, ella solo conocía el deber y cumplimiento de su papel como esposa.

—Creo que me enamoré de Richard desde el momento en que posó sus ojos verdes sobre los míos, aunque él no correspondía mis sentimientos lógicamente, e incluso había asumido que jamás lo haría —aclaró Julia sonriendo—. Por eso se negó rotundamente al matrimonio cuando ambos fuimos descubiertos en una situación comprometida, aunque esa es una historia demasiado larga que algún día te contaré, pero que como has podido comprobar tuvo un final muy feliz para ambos

—añadió con una dulce sonrisa—. Sentía mariposas en mi estómago con su sola presencia, anhelaba estar a su lado aunque él apenas me mirase. Deseaba verle a todas horas y no quería por nada del mundo alejarme de él, incluso cuando llegué a pensar que le odiaba por algunas cosas que hizo, sabía que aún le amaba. El amor mi querida Violette es incondicional. Se siente. Se palpa. No se puede controlar aunque intentes hacerlo, al igual que tampoco se puede forzar —

concluyó Julia acogiendo las manos de su cuñada entre las suyas.

Violette ahondó en aquellas palabras, tratando de aclarar mentalmente cuáles eran las sensaciones que su esposo le generaba. Sabía que no quería apartarse de él, era consciente de que su cuerpo se veía afectado con su sola presencia y ciertamente anhelaba verle además de pasar tiempo a su lado, ¿Era eso amor?

—No quiero alejarme de él —admitió con cierta vergüenza conforme sentía que sus mejillas se enrojecían—. Y tengo miedo de que tarde o temprano no sea suficiente para él, se desilusione o se canse de mi presencia y me aparte de su lado —admitió pensando en la noche pasada y en lo ocurrido frente a ese campo de vides donde él había querido poseerla mientras ella se negaba.

No lo había visto desde que habían regresado tras ese suceso, aunque quería creer que era porque estaba demasiado ocupado, ciertamente sabía que solo trataba de evitar su presencia.

Resultaba demasiado evidente que no deseaba verla.

—No puedo decirte que jamás lo hará, pues es algo que deberías escuchar por parte de él, pero sí puedo afirmar que, si algún día sucediera eso siempre tendrás en mi casa un hogar —

confirmó Julia—. No tengas temor a lo que aún no ha sucedido mi querida Violette porque determinarás tu destino marcado por tus propios miedos y estos jamás te llevaran a ninguna parte.

Sé firme y determinante ante lo que verdaderamente anhelas y lucha hasta el final por ello con todas tus fuerzas, pero jamás te rindas por creer que no lo mereces o que no está a tu alcance.

Violette abrió los ojos sorpresivamente ante las palabras de Julia. Nunca en todos sus años de vida le habían dicho algo así. Su educación se había basado en el deber y la obligación quedando atrás sus propios deseos o sueños. En su interior siempre había anhelado cosas que ella misma reprimía ante el deber, pero ahora, por primera vez en todos sus años de vida, alguien le decía que si verdaderamente quería algo luchara por ello sin pensar en lo que pudiera suceder.

¿De verdad iba a negarse la felicidad aunque fuera solo un breve periodo de tiempo por miedo a que la pudiera abandonar?, ¿Iba a rechazar tener una familia cuando era lo que más anhelaba por ese mismo temor? Tal vez Robert nunca la amase, quizá nunca encontrara el verdadero amor en su matrimonio, pero durante años le habían

privado cualquier aliciente y ahora no pensaba renunciar a algo que ella misma deseaba con todo su ser.

En el momento que iba a contestar, la interrupción por parte del esposo de Julia hizo que silenciara su respuesta y la conversación cambiara de parecer centrándose en la casa, sus posibilidades de restauración y la decoración que Julia se imaginaba generando ideas nuevas para Violette.

Durante tres días, los duques de Sheraton permanecieron en la enorme mansión disfrutando de largas cabalgatas, paseos por los alrededores y siendo un poco más conscientes de la gestión de una finca tan prolífica como la de los viñedos Savegner. En el transcurso de la visita, el matrimonio confesó que estaban esperando la llegada de un nuevo miembro a la familia, un pequeño hermano o hermana para el pequeño Richard. Julia confesó que ansiaba tener otro hijo para que su pequeño creciera con la compañía de un hermano menor, sin embargo Richard tenía otra opinión, este esperaba fervientemente que su mujer diera a luz una preciosa niña con el cabello y ojos bronce de su madre.

La noticia de que Julia estuviera embarazada hizo que Violette sintiera un pequeño atisbo de envidia al contemplar la felicidad que parecía gozar su amiga y hermana. No lograba imaginar que ella pudiera alcanzar tal dicha, mucho menos podía dar cabida a la esperanza para que su esposo pudiera sentir una mínima parte del sentimiento que su cuñado Richard tenía hacia su esposa. Sin embargo, la idea de concebir un hijo con los rasgos de Robert apremiaba en su interior, deseando con más ahínco formar su propia familia y desechando poco a poco esa incertidumbre que la carcomía. Más aún cuando observaba como su esposo jugueteaba con su sobrino en el jardín mientras le hacía reír. Ella quería contemplar eso con sus propios hijos, no sabía de donde nacía ese deseo, pero lo anhelaba profundamente. Siempre había querido ser madre, tener su propia familia y no volver a sentirse de nuevo sola en el mundo, pero ahora era más que eso. No deseaba a otro hombre. No quería otro padre para sus hijos. Le quería a él. Le deseaba a él. Y esa sensación de calor en el interior de su cuerpo sabía que solo se la provocaba él.

Durante el tiempo que los duques de Sheraton habían permanecido en la casa, Violette había observado que su esposo apenas la miraba, que parecía evitarla a menos que estuvieran en compañía de sus familiares, pero en ningún momento permanecieron a solas. De hecho, en más de una ocasión se había ido junto al esposo de Julia a cabalgar por la finca dejándolas completamente a solas puesto que Julia en su

estado desechaba la idea de montar. El día que partieron prometiendo volver a hacerles una visita lo más pronto posible si el tiempo acompañaba y el estado de Julia se lo permitía, Robert mencionó que tal vez regresarían a Londres antes de que el invierno se les echara encima, algo que a su hermana pareció agradarle para así disfrutar de la compañía de Violette. Ser consciente que la idea de su esposo era tornar a la ciudad, hacía que sus temores creciesen, ¿Tal vez deseaba volver para buscar otra compañía que no le rechazara?,

¿Quizá pensaba en retomar la relación con su anterior amante? O peor aún, ¿Buscaría una nueva que satisficiera sus deseos?

Acalló sus pensamientos rápidamente, no dejándose avasallar por ellos rememorando las palabras que Julia le había dicho y reiterado a lo largo de esos tres días logrando que se afianzara en ellos. No pensaba dejarse vencer por sus temores. No iba a permitir que estos arruinaran su felicidad por completo, ni tampoco el pasado o las acciones que hubiera cometido su esposo antes de conocerla pese a estar casados, aunque significara que había traicionado los votos del matrimonio. En cuanto los duques partieron, Violette pudo comprobar como su marido se encerraba en su despacho mientras estaba en casa y pasaba la mayor parte del día fuera, de modo que apenas lo veía y cuando lo hacía solo la saludaba cortésmente antes de continuar su camino sin pararse a establecer una conversación o reunirse a la hora del almuerzo o la cena.

Su miedo se incrementó. No le gustaba nada esa situación y menos aún el distanciamiento que se estaba creando entre ellos. No era por temor a buscar en otra lo que en ella no hallaba, sino porque se había acostumbrado a las atenciones de Robert y no deseaba perderlas en ninguna circunstancia.

Capítulo 25

Robert era consciente de que debía hablar con su esposa, la había evitado pensando que de ese modo no la presionaría dándole su espacio, incluso se excusaba pasando la mayor parte del día fuera de casa para no verla y ser testigo de que ella le rechazaba.

No podía soportarlo. A pesar de que ya hubieran pasado varios días desde aquel encuentro y la visita de su hermana junto a su cuñado y el pequeño Richard había sido una grata distracción, debía ser realista y mantener una seria conversación. El problema residía que en cuanto le dijera lo que pensaba decirle, se desprendería de la idea de tenerla para siempre a su lado y aún no había asumido lo que ese dolor le causaría.

Por esa misma razón se hallaba en aquel momento sumergido entre la correspondencia de varios días sin contestar. Había tratado por todos los medios de volcarse en sus quehaceres para llenar ese vacío que sentía interiormente, pero a pesar de que hubiera pasado más de una semana desde el incidente en el que ella le había rechazado, le resultaba imposible no apartar esa visión de su mente.

La cena permanecía intacta, ciertamente su apetito había disminuido al igual que habían aumentado sus jaquecas, las cuales trataba de paliar con varias copas de Brandy que a su vez le calmaban. Las palabras de su cuñado Richard le martilleaban en la mente, por más consejo que él hubiera deseado darle, sabía que confesar sus sentimientos no cambiaría nada en aquella historia.

¿Acaso decirle que la quería podría eliminar sus recuerdos?, ¿O borrar cada acto cometido de forma intencionada? Tal vez Violette no sabía las verdaderas razones por las cuales no había acudido en su busca a ese convento, sino que tuvo que esperar durante semanas tras la muerte de su padre y ser su cuñada quien acudiera a pesar de ser una extraña.

Lo suyo era culpabilidad, odio a sí mismo y repulsión absoluta. Quizá esa era su penitencia de por vida, bien merecida y ganada a pulso por sus actos. Vació la copa y se dejó caer en la butaca que últimamente era su mejor compañía tras aquella mesa de escritorio, alguien llamó a la puerta y pensó que vendrían a recoger la bandeja de la cena, la cual apenas había tocado de no ser por las cuatro o cinco uvas que faltaban en aquel racimo rosado.

—Adelante —terció sin prestar la más mínima atención a la doncella que cruzaría la puerta y se adentraría en silencio sin molestarle. En cambio, cuando sintió como cerraban tras adentrarse alzó la vista

puesto que ninguna empleada haría tal cosa si vendría simplemente a llevarse la bandeja.

La visión de Violette agudizó sus sentidos y le hizo ser consciente de que debía ser bastante tarde ya que ella lucía un camisón de dormir y la bata apenas permanecía cerrada a la cintura, dejando entrever el fino encaje de aquel delicado satén.

—Lamento molestaros, solo será un momento —Se disculpó Violette afianzándose conforme daba pequeños pasos hasta acercarse a la mesa donde su esposo la observaba detenidamente.

Le había costado varios días reunir aquella determinación para acudir hasta él. Quizá había tardado tanto porque pensó que en algún momento él mantendría un breve encuentro con ella o

coincidirían en algún desayuno, almuerzo o cena completamente a solas, pero no había sido así en los últimos días y no parecía que fuera a serlo en los venideros, así que después de quemar la alfombra de su habitación esperando escuchar el sonido de la puerta en la alcoba de al lado, determinó que tal vez fuera mejor mantener aquella conversación en su despacho ya que sería el lugar donde se hallaría y donde según su doncella Rebecca, el duque pasaba algunas de sus noches.

El nudo en la garganta de Robert no le permitía responder, jamás habría imaginado que ella acudiría a su despacho por propia voluntad y menos aún vestida de esa forma, por no decir de la hora ya que debería estar durmiendo. Le hizo un gesto con la mano para que se sentara y ella lo declinó, así que él se obligó a permanecer de pie.

Violette estaba demasiado nerviosa para sentarse. De hecho, era incapaz de dejar de frotarse sus manos porque no sabía como sacar aquel tema sin enrojecer por completo. ¿Por qué no podría hablarlo con la misma naturalidad que lo hacía Julia?, ¿Por qué le avergonzaba tanto cuando la intimidad entre un hombre y una mujer casados debería ser natural?

—¿Necesitáis algo?, ¿Os encontráis bien?, ¿Tal vez deseáis que llame a un médico? —

preguntó inquieto al ver que no le salían las palabras.

Violette se percató que había dejado de tutearla, que ese acercamiento que había mantenido por un breve instante de tiempo parecía haberse perdido y le dolió en el alma.

—Me encuentro perfectamente bien de salud —advirtió siendo más consciente que nunca de que se había creado un vacío entre ambos aún peor que cuando habían discutido tras aquel enfrentamiento después del baile en palacio.

Robert respiró hondo y pareció relajar sus músculos.

—Me complace saberlo.

Violette alzó entonces la vista y observó como éste la miraba, el calor se instaló en su cuerpo, sintiendo un revoloteo en su estomago que la inquietaba.

—Cuando llegamos a esta casa me dijisteis que deseabais que os diera un heredero y a su vez me prometisteis no presionarme en ello —terció Violette haciendo referencia a ese hecho.

—Sé lo que os dije y lamento no haber estado a la altura de esa promesa —contestó rápidamente Robert—. No debéis preocuparos por eso, podéis volver a Londres si es vuestro deseo, no os obligaré a permanecer a mi lado o en este lugar lejos de todas las personas que apreciáis muy por encima de mi —aclaró refiriéndose especialmente al joven señor Weston.

Violette no había esperado aquel tipo de respuesta, ¿Acaso era una sutil oferta para que se marchara y le dejara a solas?, ¿Tal vez era un modo de decirle que se fuera?

—¿Es lo que deseáis vos?, ¿Queréis que me marche y os deje a solas? —preguntó deseando obtener una firme respuesta.

Robert apreció aquellos ojos violáceos y no pudo evitar dar unos pasos bordeando la mesa conforme se acercaba a ella, era como si sus pies tuvieran vida propia por encima de lo que podría ser o no correcto.

—Ciertamente no —negó—. Desearía que te quedaras Violette, solo si es tu deseo —añadió volviendo a tutearla. A tratarla de la forma íntima en que deseaba hacerlo.

—Quiero quedarme —afirmó Violette sin poder dejar de perderse en aquellos ojos bronce—.

Y deseo daros un heredero.

En el momento que Robert escuchó aquellas palabras penetrando sus oídos y retumbando en sus pensamientos, no creyó que fuera posible,

menos aún que ella le estuviera diciendo lo que más anhelaba oír.

—¿Es un deseo o por el contrario crees que es tu obligación hacerlo? —preguntó Robert tratando de asegurarse de ello.

Lo que menos deseaba es que tiempo después, de algún modo se creara algún tipo de resentimiento en ella. Quería que le aceptase, era lo que más deseaba en el mundo por encima de cualquier heredero o circunstancias. Si no tenía la aceptación y perdón de Violette, no quería nada.

—Sé que sería mi obligación —decretó menos turbada, quizá era la inquietud de la situación, su proximidad o el modo en que la miraba los que hacían que la vergüenza inicial hubiera quedado atrás dejando paso a la determinación que la había llevado hasta allí—, pero en realidad es lo que quiero.

La respuesta de Robert fue lanzarse a sus labios sin poder contenerlo. Quizá en las palabras de su esposa no había una claridad sobre el perdón o aceptación que era lo que él necesitaba, tal vez solo deseaba tener un hijo, algo que no se había parado a pensar puesto que ella estaba sola en el mundo tras haber perdido a toda su familia, pero lo que implicaba era que le aceptaba en su lecho, le abría las puertas a su cama y era mucho más de lo que esperaba.

Violette tardó unos segundos en que sus labios respondieran a ese beso cargado de explosividad. Aquel hombre aturdía sus sentidos hasta el punto de dejarse arrastrar hacia el abismo al que él la llevaba y esta vez no sucumbió a sus miedos, ni a sus temores, estaba allí por decisión propia, porque era lo que quería y más anhelaba en el mundo; darse una oportunidad de ser feliz, aunque él nunca la amase, aunque nunca le correspondiera porque sabía que su corazón se estaba perdiendo en las manos de Robert. Su lengua se entrelazó con la de él en cuanto invadió su boca, mezclándose y bailando a un ritmo sin precedentes mientras provocaba que no pudiera evitar gemir ante tal placer. En ese instante sintió como las manos de él se entrelazaban por su cintura, bajaban por sus nalgas y la alzaban de tal forma que su cuerpo se estremeció al sentir el de Robert pegado al suyo. El sonido de papeles junto a otros enseres que parecieron caer al suelo no disturbó su atención, pero cuando sintió el soporte de la madera bajo ella, intuyó que estaba sobre la mesa de oficina donde él tenía toda su documentación.

—Eres tan hermosa —susurró Robert abandonando levemente aquellos labios para observarla un segundo.

Era la primera vez que ella respondía de aquel modo y la veía con sus propios ojos. La había hecho suya una única vez y probablemente ella apenas fue consciente de los hechos, por no decir que estaba sumergido en la más absoluta oscuridad, así que ahora ver como aquellas pupilas se dilataban y su iris se oscurecía era todo un deleite.

Los labios de Violette permanecían enrojecidos por sus besos. La inocencia de su rostro que nunca la abandonaba mostrando una dulzura sublime. Su mirada de desconcierto y el pulso agitado que provocaba que sus pechos se alzasen más de la cuenta le tenían completamente hechizado.

—¿De verdad creéis que soy hermosa? —preguntó Violette observando el modo en que él la miraba, deseando creer cada una de sus palabras.

—Eres la mujer más hermosa que jamás he conocido —contestó Robert pasando una de sus manos por aquel rostro y atrayéndolo de nuevo hacia él para volver a besarla mientras se colocaba entre sus piernas y la alzaba sintiendo cada parte de su cuerpo contra el suyo.

Era demasiado placentero, horriblemente deleitoso hasta el punto de no poder controlarse.

Deseaba llevarla a su propio lecho, hacerle el amor de forma cauta, lenta y de un modo que jamás lo olvidase, pero su anhelo era tal, que estaba seguro de no poder llegar ni a la puerta.

Violette sentía como su cuerpo ardía y ese fuego no dejaba de crecer conforme los labios de

Robert bajaban a través de su cuello y liberaban sus pechos para succionarlos con su propia boca provocando que ella gritara de absoluto placer.

¿Era eso correcto?, ¿De verdad estaba bien aquel gesto entre un hombre y una mujer? Suponía que cualquier cosa que ocurriera dentro del matrimonio no podría considerarse un pecado, menos aún si ello le implicaba aquel sentimiento de estremecimiento entre sus nalgas. No era la primera vez que él la tocaba de ese modo, que le hacía aquello tan… pecaminoso, pero no podía decir que era del todo inconsciente de esos actos puesto que los había leído gracias a los libros de Julia que lo relataban explícitamente, solo que la literatura era una cosa y lo que estaba viviendo en aquel momento otra muy distinta. A diferencia de la primera vez, ahora lo sentía más real, quizá por el hecho de que lo estaba viendo con sus propios ojos, de que sabía

plenamente que era ella a quien se lo hacía y eso quisiera o no reconocerlo, le provocaba un mayor placer por sentirse realmente deseada. Las manos de Violette se aferraron a la cabeza de Robert conforme su cuerpo se inclinaba hacia él, quedando expuesto a su plena disposición, como si estuviera revelando sin necesidad de palabras que tomara cuanto quisiera porque ansiaba más.

Robert interpretó aquel gesto partícipe de ella para adentrarse aún más en su piel, aunque el escote en pico de aquel camisón no le permitía un mayor acceso, por lo que descendió sus manos hasta introducirlas bajo la tela del camisón ascendiendo a través de sus piernas hasta llegar a sus nalgas y posteriormente al montículo entre sus piernas, lo suficientemente caliente y húmedo para sentir que su poca voluntad se esfumaba completamente.

—No paréis —susurró en un aullido Violette cuando percibió que se apartaba de ella bruscamente y perdía el calor que su cuerpo junto a su cercanía le proporcionaban.

—No tengo intención alguna de hacerlo —sonrió Robert robándole un pequeño beso mientras se deshacía de los botones que mantenían su pantalón apretado hasta liberar su miembro y acercarse de nuevo a ella—, pero necesito urgentemente haceros mía —añadió con voz ronca antes de volver a apresar aquellos tiernos labios preso del deseo.

Violette sintió la presión entre sus piernas suavemente, percibiendo que poco a poco se acrecentaba conforme la llenaba. Había esperado el dolor, sentir ese fuerte latigazo que la desquebrajó la vez anterior pero no fue así, al contrario de lo que había esperado, la inesperada y creciente sensación de bienestar hizo que inconscientemente rodeara sus piernas entorno a la cintura de su esposo, como si de ese modo le acogiera dándole el beneplácito de poseerla en aquel modo.

Robert percibió aquel gesto y enfebreció. Solo necesitaba la más mínima respuesta en el cuerpo de Violette de aceptación para perder cualquier sentido o coherencia, así que salió de ella para adentrarse con más fuerza y pudo percibir el sonido ahogado que profirieron sus labios, esos mismos que volvió a besar apasionadamente hallando una respuesta. Podía percibir la pasión que desprendía aquel cuerpo femenino entre sus manos conforme acompañaba cada una de sus embestidas acudiendo a ellas con mayor vehemencia. La sutil languideza de sus ojos por ser presos del placer que él mismo le proporcionaba y al que ella parecía abandonarse completamente entregándose a ello. Su pequeño ángel se estaba dejando llevar por cada una de las emociones que le transmitía aquel acto y él era

demasiado dichoso al verlo con sus propios ojos.

Violette notaba una creciente e incipiente sensación de explosión en su interior, como si algo dentro de ella quisiera liberarse. Lo ansiaba. Lo necesitaba. Lo deseaba. No era la primera vez que lo sentía y sabía que arrastrarse a ese abismo sería maravilloso, así que apretó sus uñas fuertemente en los hombros del hombre que la poseía ferozmente conforme se abalanzaba sobre él, dejándose llevar por sus instintos. Sintió como él la penetraba profundamente otorgándole de ese

modo un auténtico paraíso.

Sentía los espasmos de su cuerpo contrayéndose ante los leves esbozos de esa maravillosa sensación que la envolvía, podía percibir como su cuerpo la había abandonado durante unos segundos sumergida en ese ínfimo placer indescriptible y entonces fue consciente de que él la mantenía completamente suspendida entre sus brazos, en el aire, mientras ella se agarraba a sus hombros firmemente.

La vergüenza invadió a Violette repentinamente por haberse dejado llevar de aquel modo desinhibido, siendo consciente de que su voluntad se había perdido presa de aquel acto tan maravilloso, así que eludió aquella mirada conforme se apartaba de él.

—Lo siento, no sé que me ha pasado yo… —comenzó a decir absolutamente avergonzada.

—¿Qué es lo que sientes exactamente? —preguntó Robert sin apartarse de ella.

—Una esposa no debería comportarse de ese modo, no debería ser tan… tan…

—Csshh —siseó Robert callándola antes de que pudiera proseguir en algo que parecía mortificarla y que carecía de sentido—. No te disculpes, pues no lo soportaría —añadió acariciando su rostro—. Menos aún cuando no hay razón para hacerlo.

Violette interpretó que él no parecía disgustado con su forma de actuar o al menos es lo que parecía expresar el modo en que la

miraba. En cuanto la depositó sobre el suelo y sus pies tocaron el pavimento, sintió entonces una ligera conmoción de realidad sobre lo que acababa de suceder y, sobre todo, con el hecho de que ahora debería volver sola a su lecho.

—Supongo que debería marcharme. Os interrumpí en vuestros quehaceres y quizá debáis terminar algún asunto importante —mencionó Violette comenzando a ser consciente de que todos sus años de estudio no habían servido para mantener una simple conversación íntima con su esposo.

¿Qué se suponía que se debía decir tras lo sucedido?, ¿Cuáles debían ser los argumentos oportunos o adecuados en esas circunstancias? Se sentía perdida. Completamente perdida y asustada de ser demasiado insulsa para él. Estaba claro que una mujer dotada de experiencia sabría que decir en aquel momento, pero ella carecía por completo de tal destreza.

Robert apagó las velas que prendían en dos candelabros altos cercanos a la mesa y cogió la pequeña vela que Violette había portado consigo cuando llegó a su despacho para que iluminara su camino. Antes de que ella pudiera añadir algo más, apresó su mano y la condujo tras él conforme abandonaban el despacho y se dirigían al piso superior. En cuanto llegaron a las puertas del dormitorio de su esposa, pasó de largo y se dirigió directamente al suyo propio, donde tenía toda la intención de volver a tomarla y no dejar ni un solo atisbo de piel sin que sus labios probaran.

—Lo que acaba de suceder ha sido solo un preludio. Ahora, mi querido ángel, pienso hacerte el amor apasionadamente durante toda la noche —susurró antes de abrir la puerta y adentrarse junto a ella dejando la vela a un lado para así poder alzarla entre sus brazos conforme la llevaba al lecho.

Capítulo 26

Violette despertó sintiendo como su cuerpo parecía entumecido. La luz se filtraba levemente y cuando pudo apreciar nítidamente el color de las paredes de la habitación en la que se hallaba le aturdió no reconocerlo. Fue en ese preciso instante que sintió la desnudez

completa de su cuerpo y enrojeció recordando cada momento de la pasada noche.

Robert le había dicho que le haría el amor apasionadamente y desconocía si podría existir más pasión que la que él le había proporcionado, pero lo dudaba completamente, incluso aún se sentía aturdida por las cosas que le había hecho y que le habían otorgado un placer tan ínfimo como el universo.

Desde el momento en que la había sostenido sobre sus brazos y la había dejado sobre aquel lecho, ella vio como se deshacía de su ropa sin dejar de observarla, atenta a cada movimiento hasta ver su piel desnuda conforme revelaba un torso firme y musculado. Aunque le había asistido en aquel baño, para ella era todo un deleite verle desprenderse de aquellos ropajes frente a ella, la hacía sentirse vibrante y llena de un estremecedor sentimiento de frenesí incapaz de contener.

Cuando todo su cuerpo estuvo carente de prenda alguna, Violette recorrió su mirada por esa portante figura vigorosa conforme llenaba sus ojos de la visión que aguardaba. No sabía si era normal que un hombre se desnudara de ese modo frente a su esposa, pero desde luego no pensaba mencionar absolutamente nada porque lo deseaba.

Sintió como el lecho en el que se hallaba se hundía con el peso de su cuerpo conforme avanzaba hacia ella y para su sorpresa, la intención era desnudarla completamente tal como él lo estaba. Era el primer hombre que la veía de ese modo y a pesar de que él también estuviera en la misma situación, no podía dejar de pensar en que se sentía demasiado frágil e indefensa a pesar de sus sentimientos.

—Absolutamente preciosa —le dijo con una voz apenas audible antes de apresar sus labios y besar cada parte de su cuerpo incluyendo su zona más prohibida.

Aquella noche le había arrancado gritos de placer. Le había arrebatado cualquier pudor que creyó haber tenido, pero sobre todo le hizo ser consciente de la plena intimidad que podría lograrse entre un hombre y una mujer. Jamás podría olvidarlo. Ni como sus manos la tocaban encendiendo cada poro de su piel a su paso. Robert había cumplido fielmente su palabra de hacerle el amor durante toda la noche y cuando las primeras luces rozaban el alba, sucumbió a un profundo sueño de puro agotamiento rodeada por esos brazos firmes que la sujetaban.

Ahora consciente de ello no sabía porqué estaba sola en aquel lecho que no era el suyo, quizá habría dormido más de lo que esperaba o tal vez el duque de Savegner debía atender sus actividades. La puerta de aquella habitación se abrió mientras ella se cuestionaba demasiadas preguntas referentes a lo sucedido y la visión de su esposo vestido únicamente con un batín de dormir mientras portaba una bandeja de comida le hizo apretar aún más las sábanas contra su pecho sintiendo ahora todo el fulgor de la pasión que había demostrado horas antes.

La vergüenza de lo sucedido era palpable, aunque quisiera evitarlo era imposible no rememorar cada acto en el que ella misma se había desinhibido completamente dejándose arrastrar por ese calor y esa pasión que la cegaba cuando estaba junto a él.

—Buenos días mi precioso ángel —sonrió Robert conforme dejaba la bandeja sobre el lecho y se acercaba a ella para robarle un dulce y cálido beso antes de rodear la cama para sentarse al otro lado junto a ella.

Aún no podía creer la maravillosa noche que había tenido junto a Violette. La había tomado media docena de veces y aún sentía que su cuerpo reclamaba más de ella. Necesitaba más.

Anhelaba más. La realidad aplastante de saber que nunca sería suficiente con su esposa le colmaba inmensamente.

A pesar de esa necesidad, sabía que ella era demasiado inocente aún. La había extralimitado la pasada noche y aún así ella había respondido como una fiel amante estando a la altura de cada posesión con la que él la tomaba. Respondía a sus caricias de un modo que ninguna mujer que hubiera conocido íntimamente lo había hecho y el instinto de su cuerpo cuando la poseía hacía que su locura hacia ella se extralimitara.

Tal vez la mezcla de la pasión que le hacía sentir junto a los sentimientos que le provocaba, era la causa de que se sintiera de ese modo, pero ahora que sabía que no le era indiferente y que existía una posibilidad entre ellos, sentía una felicidad incapaz de ocultar que saciaba su alma.

Violette detectó que desde la pasada noche la llamaba de ese modo y no comprendía con exactitud porqué, aunque ciertamente le agradaba la forma en que lo decía y más aún que la pudiera considerar un ángel después de como se había comportado en el lecho. Al igual que no le pasó desapercibido aquel cálido beso que acababa de robarle y que

provocaba que su corazón se acelerase ante la inminente emoción de su cercanía.

—Buenos días —se animó a contestar tratando de evitar su mirada. Aún era demasiado pronto para afrontar lo sucedido y observarle directamente a los ojos asumiendo lo ocurrido.

—¿Te sientes agotada? —preguntó Robert preocupado por el estado de su preciosa esposa.

Sabía que la había fatigado en demasía, por lo que esperaba que aquellas horas de sueño hubieran logrado mitigar su cansancio y probablemente el estado de su cuerpo al no estar acostumbrado.

—Realmente no —contestó Violette.

No era cansancio lo que sentía precisamente, más bien una leve molestia en la zona más íntima de su ser que tampoco podía considerar dolor, pero le daba demasiada vergüenza admitirlo y más aún ante él, ya que sería rememorar lo sucedido.

—Aún así te he traído el desayuno. Es la hora del almuerzo, por lo que he traído un poco de todo; fruta, panecillos con mantequilla, queso, un poco de carne y pastel de limón. Si te apetece cualquier otra cosa puedo pedir que la traigan de inmediato. —Se apresuró a mencionar Robert señalando la bandeja que había sobre la cama dispuesta con todo lo que él había mencionado como si hubiera hecho una selección previa de cada alimento.

—No era necesario —afirmó Violette agradeciendo el gesto, pero pensando que opinaría el servicio al respecto—. Podría haber bajado yo misma al comedor para que sirvieran el almuerzo.

Robert hizo una mueca y con un solo gesto rodeo con sus manos aquella diminuta cintura para atraer su cuerpo al suyo, de forma que Violette quedó sentada sobre sus piernas ante un notorio gesto de incredulidad y sorpresa.

—Eso me habría privado de vuestra compañía en un modo íntimo como ahora —contestó Robert sin apartar sus manos alrededor de su cuerpo rodeándola a pesar de que aún sujetara la sabana enroscada a su cuerpo y tapara aquella bendita y gloriosa desnudez que tanto le afectaba.

Sus largos cabellos castaños caían en cascada por su espalda y parte de sus hombros, las ondas parecían como olas salvajes del mar; todo un

deleite para su visión, pero sin duda quedaba eclipsado por el color inigualable de sus ojos. Sencillamente era magia.

—Pero es de día y no creo que sea correcto que…

—¿Qué? —sonrió Robert ante la evidente incomodidad sobre el tema de su esposa.

El hecho de que ella fuera tan inocente a veces le entusiasmaba.

—Pues que no sería correcto que…

—Violette —apremió Robert intentando que ella le mirase. Adoraba que lo hiciera porque de ese modo podía deleitarse en su bello rostro —. No quiero que sientas vergüenza en mi presencia y menos por tratar un tema que ambos compartimos de forma íntima y que es absolutamente natural que ocurra entre nosotros. ¿Te di placer anoche?, ¿Disfrutaste de mis caricias?, ¿Deseaste cada momento?

Violette abrió sorpresivamente los ojos ante tales preguntas dichas de forma tan directa y pensó si no se estaría burlando de ella, pero él la observaba con intensidad, mientras sus dedos acariciaban lentamente su espalda.

—Me educaron para no hacer preguntas, solo para responder las demandas o peticiones de mi futuro esposo y que este solo esperaría que yo cumpliera mis obligaciones —contestó en su defensa—, pero respondiendo a vuestras demandas os diré que sentí placer, disfrute de vuestras caricias y deseé cada momento —afirmó percibiendo como sus mejillas se teñían de rojo—. ¿Es normal? —Se apresuró a preguntar de forma inocente.

Robert rio ante tanta sinceridad y la abrazó con fuerza.

—Mi querida Violette, es completamente normal cuando se desea a la persona que provoca todas esas sensaciones —dijo en cuanto logró recuperarse y rozó con una de sus manos su rostro para provocar que le mirase—. Te amo—confesó sincerándose porque no podía soportar un solo segundo más sin revelárselo—. No se como. Ni cuando. Quizá fue en el mismo instante que esos preciosos ojos me miraron y quedé completamente hechizado, pero sé que os amo fervientemente y no puedo imaginarme una vida si no es a tu lado.

Violette enmudeció. ¿De verdad estaba confesándole que la amaba?, ¿No había soñado con ese momento mucho antes de conocerle? Desde el mismo instante en que supo que su vida no estaba en el camino de

Dios como una más de las hermanas, deseó que su futuro marido si algún día se casaba la amara, incluso cuando lord Barric mencionó que había sido desposada se atrevió a soñar con ese sentimiento y tras haber perdido completamente la esperanza después de conocerle, el anhelo que tan persistentemente deseó durante años parecía hacerse realidad.

—¿Me… me amáis? —Su voz se quebraba ante la inminente conmoción que para ella representaban esas palabras.

No se había sentido querida, tal vez las hermanas de la caridad le proporcionaban cariño, pero ciertamente entre todas se respetaban. Nadie, en todos sus años de vida le había mencionado que la quisiera y menos aún que la amase. Quizá su madre se lo podría haber mencionado cuando era pequeña, solo que no tenía forma alguna de recordarlo, aún menos su padre al cual no había visto en años y tampoco había conocido algún otro tipo de amor que no fuera el del respeto dentro del convento.

—Puedo comprender que tengas ciertas dudas sobre mi confesión, después de todo no te he dado motivos para que confíes en mi palabra. Me merezco tu desconfianza, aunque eso no cambia el hecho de que te ame profundamente —terció Robert reafirmando su confesión—. No aspiro a que tus sentimientos sean recíprocos puesto que no he hecho otra cosa que cometer errores desde

el mismo momento en que te conocí, pero pienso subsanar cada uno de ellos y te prometo que haré todo cuanto esté en mi mano para que seas feliz aquí, junto a mi.

Violette sonrió llevándose una mano a los labios como si no pudiera creer cada una de aquellas palabras. ¿Estaba en un sueño?, ¿De verdad le podía estar diciendo todo aquello?

Ciertamente le encantaría responder a sus sentimientos, decirle que le amaba, aunque realmente no supiera si así era porque aún no tenía claro que era lo que su corazón sentía por el hombre que tenía frente a ella y con quien estaba casada.

—Quiero ser feliz aquí —agregó unos segundos más tarde—, junto a ti.

A Robert no le pasó desapercibido la cercanía de sus palabras, ¿Al fin dejaría de dirigirse a él como lo hacían el resto de personas para hacerlo de un modo mucho más íntimo y personal? Lo esperaba. Lo ansiaba. Y no veía el momento de que entre ellos se creara la misma

complicidad que tenía su amigo Henry Sylverston con su esposa o su propia hermana con su cuñado, aunque Violette no le amara. A pesar de que nunca respondiera sus sentimientos, ella había apostado por permanecer a su lado y darle una oportunidad a su matrimonio pese a todas las barbaridades que él había cometido sin perdón alguno.

Pasaron el resto del día en la cama holgazaneando, comiendo y volviendo a hacer el amor cuando a ambos les despertaba aquel ínfimo deseo carnal imposible de controlar. Aquel día Robert le confesó a Violette sus intenciones respecto a la extensión de viñedos y la gran ambición que tenía al respecto. En algún momento de la conversación, sin saber como, surgió la orquestación de su matrimonio en el cual ella no había estado presente, algo que desde luego le habría gustado enormemente para no cometer los errores que más tarde cometió y desechar sus miedos infundados. Le reveló como sucedieron las cosas y que el padre de Violette casi no le había dado alternativa para rechazar la propuesta. A pesar de que confesó tal hecho entre risas, observó la tristeza en los ojos de su esposa y se condenó por sus propias palabras.

—Estoy infinitamente agradecido de que el duque te entregara a mi en lugar de a otro hombre, Violette. Eras lo más valioso que poseía y ahora significas lo mismo para mi —aclaró queriendo constatar su agradecimiento.

No quería revelarle que tuvo serias dudas al respecto, ni tampoco lo que había descubierto más tarde y las verdaderas razones del duque para haberla entregado al futuro heredero al ducado.

Tampoco quería decirle los rumores que se habían vertido sobre ella y su nula belleza, los cuales le habían llevado al desastre de su encuentro por no ir personalmente a recogerla al convento. No.

Quizá algún día lo confesara, pero ahora no era el momento.

—Todos estos años me privo de la vida social, de su persona, de tener amistades o recuerdos.

También lo hizo con el que se suponía que sería el día más importante de mi vida y ni siquiera me preguntó si podría estar conforme. Hace tiempo que aprendí a no esperar nada, a conformarme, pero no logro entender porqué también me negó una boda —confesó dando voz a sus pensamientos

—. Yo no era lo más valioso para él, sino este lugar —añadió siendo realista con los hechos.

A Robert se le partió el alma, ¿Cómo había podido olvidar la clase de vida que había tenido por culpa de una vil persona que jamás habían cogido? No solo destrozó a una familia, sino también las vidas de sus únicos supervivientes, la vida de la persona que él más quería y eso le turbaba los sentidos porque no podía eliminar la dura infancia que Violette había debido soportar lejos de todos y prisionera en un sitio carente de emoción alguna. Ni tan siquiera podía imaginar por un segundo como sería vivir día tras día sin esperanza, sin sueños, sin alguien que le recordara lo que es una familia.

—Tú eras lo único valioso para él Violette, aunque no lo creas. Él tenía sus razones para

actuar como lo hizo, no debes culparle por ello.

Violette se incorporó como si algo se escapara a su comprensión, ¿Es que Robert sabía algo que ella desconocía?

—¿Decís que tenía un motivo para alejarme de él y apartarme del mundo durante más de una década?, ¿De verdad podría tenerme estima cuando no me visitó mas que una sola vez en todos esos años? Quise creer a lord Barric cuando mencionó que solo me protegía, pero con el tiempo descubrí que simplemente yo había dejado de importarle.

Robert vio como aquellos preciosos orbes violáceos se volvían cristalinos y amenazaban con verter una lágrima, así que la estrechó entre sus brazos sintiéndose impotente por no poder confesar nada, pero no quería asustarla o ponerla en peligro indebidamente, aunque supiera que contarle la verdad podía mitigar aquel dolor, no quería que viviera con miedo el resto de su vida.

No al menos hasta estar seguro de que no existía amenaza.

—Jamás podrías dejar de importarle a alguien mi querido ángel — susurró en su oído.

—¿Me prometes que jamás me abandonarás?, ¿Qué no me alejaras como lo hizo padre? —

exclamó aturdida como si ese fuera su miedo más grande.

Ciertamente lo era.

Robert sabía que hablaban sus miedos, esas inquietudes que le debían ser imposibles de acallar teniendo en cuenta su pasado y el transcurso de su vida. Miedo al rechazo. A no ser aceptada. A que nadie pudiera amarla como parecía que su familia había hecho al abandonarla en aquel lugar. Ser consciente de todo eso le resquebrajaba por dentro y le hacía sentir más que nunca que era inevitable querer a esa mujer como la quería. No era su belleza, ni su ingenuidad.

No era su absoluta bondad, ni su serenidad. Definitivamente la quería porque a pesar de todo lo que había debido soportar durante su vida e incluso el daño que él mismo le había infringido, en ningún momento había desistido y abandonado, sino que se había mantenido firme y tenaz, con una fuerza envidiable no permitiendo que nada ni nadie la avasallasen.

—Tienes mi palabra de que nunca lo haré, preferiría morir antes que alejarme de ti —

sentenció Robert acercándose a ella para besarla.

Capítulo 27

El otoño se adentró sigilosamente y las primeras lluvias intensas acompañadas de vientos mucho más frescos hicieron que los caminos se embarraran y los duques de Savegner decidieran posponer su viaje a Londres hasta nuevo aviso.

A pesar de que Violette echaba de menos la compañía femenina de Julia y le habría encantado permanecer en la ciudad para establecer un mayor acercamiento de sus nuevas amistades, ciertamente no tenía queja alguna hallándose en aquel lugar bastante alejado de todo cuanto conocía. La cercanía que había continuado en los siguientes días al momento en que Robert le había confesado que la amaba era la sensación más exquisita que jamás había experimentado. No solo tomaban el desayuno juntos en su habitación, sino que rara era la ocasión en la que él se ausentaba durante el almuerzo y nunca faltaba

a la hora de la cena. Se había acabado el distanciamiento, los silencios incómodos y la incertidumbre que durante semanas había carcomido sus entrañas. Cada día que pasaba tenía más confianza en sí misma y, sobre todo, más certeza de que el hombre con el que su padre la había casado realmente la amaba.

¿Lo amaba ella?, ¿Podrían esos sentimientos crecientes en su interior ser amor?

Julia le había dado algunas directrices de lo que ella misma había sentido por su esposo y podía asegurar que muchas de ellas las sentía plenamente, pero no sabía si eran sus ganas de amarle fervientemente las que hablaban por encima de sus sentimientos. Mientras se encontraba arreglando un jarrón floral con varias hortensias y plantas que ella misma había seleccionado y cortado del jardín, sus pensamientos divagaban por esa misma cuestión

—Buenas tardes querida.

Violette se sobresaltó, pero al mismo tiempo sintió como aquellas robustas manos rodeaban su cintura sin apartarla de su tarea, pero el calor de aquel cuerpo masculino la embriagaba por completo. Aún no se había acostumbrado a ese tipo de acercamiento improvisado, todavía era demasiado nuevo para ella, pero ciertamente no lo rechazaba, sino que, muy al contrario, encontraba infinito placer en que la tratara de aquel modo aunque no fuera el más correcto.

—Has regresado pronto —susurró colocando sus manos sobre las de él y sintió como éste la balanceaba sutilmente y le daba un casto beso en el cuello.

Aún era pronto para la hora de la cena y le extrañaba que estuviera de vuelta a una hora tan temprana, quizá había comenzado a llover y no se había percatado de ello al estar tan ensimismada.

—Tenía motivos para volver —alegó conforme le daba la vuelta y apresaba sus labios fervientemente.

Aquellos arranques espontáneos de absoluta pasión aún la suscitaban y más aún al ser consciente de que era ella quien despertaba ese anhelo en su marido. Se sentía deseada y al mismo tiempo solo anhelaba responder del mismo modo. No importaba si era de buena mañana, de tarde o de noche, nunca sería suficiente con Robert.

Decidieron cenar en la habitación en lugar de algo más formal en el salón teniendo en cuenta

que estaban solo ellos dos. Probablemente no recibirían visitas hasta la llegada de la primavera y quizá cuando el tiempo lo permitiera serían ellos mismos quienes viajaran a la ciudad, así que la intimidad de su alcoba era mucho más tranquila y cómoda en aquella pequeña mesa junto a la chimenea.

—Siento que te he privado de una buena temporada en Londres, ciertamente aquí no poseo amistades, aunque quizá eso cambie pronto —mencionó Robert con una sonrisa.

Estaba alegre y no solo porque las cosas comenzaran a ir bien en mucho tiempo. Era cierto que ella no le había dicho que le amaba, pero sinceramente no le importaba. Tenía más de Violette de lo que nunca pensó que tendría y si ella deseaba estar a su lado, para él sería más que suficiente.

—¿Cambiar?, ¿Estas pensando en que regresemos a la ciudad? —preguntó confusa.

Hacía solo un par de días que había mencionado el estado de los caminos y lo fatigoso que sería si trataran de recorrerlos llegando a ser incluso peligroso si tenían algún accidente.

—Mucho mejor —anunció llevando una copa de vino a sus labios—. He recibido una invitación de uno de nuestros vecinos. Al parecer se ha corrido el rumor de que los nuevos duques de Savegner se han instalado la finca para pasar el invierno y han organizado un pequeño banquete en nuestro honor.

Violette alzó una ceja incrédula. ¿Vecinos?, ¿Qué vecinos? Si ella ni tan siquiera podía atisbar una sola casa en la lejanía de las tierras que rodeaban la gran mansión.

—¿Tenemos vecinos? —exclamó aún incrédula.

Si de verdad los tenían, ¿Por qué no habían ido a visitarles para presentarse a ellos?, ¿Tal vez preferían ofrecer un banquete y así hacer las debidas presentaciones?

Robert rio con frenesí y después llevó una de las manos de su esposa a sus labios para besarla dulcemente.

—Tal vez no los recuerdes porque eras demasiado pequeña, pero al parecer ellos te recuerdan a ti —apresuró a decir dulcemente.

A Robert le había sorprendido recibir aquella invitación, más aún

cuando habían pasado varias semanas desde su llegada, pero supuso que el rumor de que la nueva duquesa de Savegner era en realidad la única hija que había sobrevivido del anterior duque, se había filtrado por los rincones de la comarca y la curiosidad por verla superaba con creces dicha expectación. Contrajo una sonrisa pensando que más de uno habría creído los falsos rumores y no pensó mejor manera que acallarlos cuando vieran la verdadera beldad que en verdad era su esposa, aunque exponerla de aquel modo pudiera suponer que la amenaza volviera a resurgir de sus cenizas, pero no podía vivir con ese miedo latente el resto de su vida y además, Violette necesitaba crear amistades y socializar, no había pasado doce largos años encerrada en un lugar para que ahora él hiciera exactamente lo mismo al recluirla en otro.

Violette sonrió ante la idea de conocer a personas que tiempo atrás habían tratado con su familia, estaba segura de que podrían contarles como eran, ya que su doncella era muy reservada cuando preguntaba al respecto. Imaginó que solo era prudencia, limitándose a decir cosas buenas sobre su madre y evitando hablar de la desgracia, así que con los días había desistido en intentar sonsacar información, quizá es que no había nada que contar salvo que era una familia normal. En cambio, ahora se presentaba la oportunidad de tratar con otras damas y caballeros, ¿Podría alguna de ellas haber sido amiga íntima de su madre?, ¿Quizá pudieran hablarle sobre los años de oro que había vivido su familia y las enormes fiestas que ella imaginaba que daban en aquella casa?

—¿Aceptaremos? —preguntó ilusionada.

—Deduzco que te entusiasma la idea. En realidad sería una ofensa no aceptar cuando realiza la

fiesta en nuestro honor, así que mañana mismo escribiré al barón de Norfolk para aceptar su invitación y decirle que estaremos encantados de asistir. Espero que entre los baúles que llegaron hace unos días tengas algún vestido de noche ya que el banquete será dentro de tres días.

Violette sabía que entre esos baúles que habían llegado venían varios de los vestidos nuevos que Emily le había confeccionado expresamente, no veía una mejor ocasión para estrenar alguno de ellos.

El recorrido desde la hacienda hasta la casa señorial del baron Norfolk era de casi una hora, por suerte aquellos caminos privados entre las

diferentes fincas eran mucho más seguros que los habitualmente transitados.

—¿Te he dicho ya lo absolutamente radiante que estás esta noche? —reiteró Robert por enésima vez, pero ciertamente no podía evitar repetírselo hasta la saciedad.

Desde el momento en que Violette había descendido la gran escalinata de la mansión para dirigirse hacia el banquete, el aliento de Robert se resquebrajó en mil pedazos al ser aún más consciente de la increíble belleza que irradiaba su esposa. No pensó en que los invitados a la fiesta desecharían por completo las habladurías, sino en lo afortunado que él era.

¿Se sentiría así porque la amaba de verdad? Quizá, pero lo único cierto es que a sus ojos, Violette era perfecta.

—Dos veces —sonrió Violette colocándose de nuevo la falda de su vestido en tonos púrpura con ribetes blancos.

Estaba algo nerviosa, quizá porque el hecho de conocer gente nueva la hacía sentirse en ese estado, pero la incesante cantidad de piropos que recibía por parte de su esposo mitigaba en parte su nerviosismo. No sabía si se lo decía realmente porque así lo pensaba o porque era consciente de que estaba intranquila, pero lo cierto es que lo agradecía.

—Entonces te lo seguiré diciendo al menos una docena de veces —susurró él conforme la acercaba a su cuerpo para besar su cuello—. Debo confesar que en estos momentos preferiría estar en nuestra alcoba en lugar de camino hacia una velada que puede llegar incluso a ser tediosa

—continuó provocándola conforme acariciaba la cintura y hacía que ella elevara sus piernas sobre las suyas para tener un mayor acceso.

Violette ahogó un leve gemido en sus labios siendo presa ella misma de su propio delirio.

Desde que compartieron el lecho la primera noche, él se había instalado prácticamente en su habitación durmiendo a su lado, por eso el hecho de considerar de ambos aquella alcoba le daba infinito placer. Siempre había pensado que un matrimonio no compartía el lecho, que eso solo debía suceder en los libros o historias de amor ficticias, de lo contrario carecería de sentido tener habitaciones propias, pero era evidente que se equivocaba al creerlo o tal vez su

matrimonio fuera distinto.

—Robert —susurró buscando sus labios—, estamos en un carruaje.

Violette pensó que la simple mención de ese hecho haría que él se alejara, pero aquella afirmación solo pareció incitar aún más la posesión de aquellos labios que ardían en los suyos.

—Y nos queda un largo camino hasta llegar a nuestro destino — auguró Robert antes de alzarla provocando que ahora quedase completamente en su regazo y a su merced.

Estrechándola entre sus brazos y agradeciendo que su vecino no viviera precisamente cerca, Robert subió una de sus manos por la pierna cubierta con una media que llegaba hasta la rodilla de su esposa y después se abría ante él la carne jugosa de su piel. Sintió el leve ahogo en sus labios producto de la sensación que ese estremecimiento al acercarse a su parte más íntima le proporcionaba. Siguió ascendiendo y rozó levemente la ropa interior mientras conseguía deslizar

los dedos en su interior hasta tocar sigilosamente el centro de su ser. Entonces se abrió para él, su cuerpo se volvía pura ambrosía cada vez que la tocaba y eso sencillamente lo deleitaba. Nunca había conocido una entrega similar en ninguna otra mujer, todas y cada una de ellas habían jugado su papel con engaños, artimañas o tretas creyendo así favorecer la pasión que despertaban en él, pero ella con su absoluta falta de experiencia y expresando a través de su cuerpo lo que sentía, le volvía completamente loco y desesperado por poseerla.

Sus dedos juguetearon con el yaciente botón de su feminidad y provocando ligeros gorgoteos de placer en su garganta que él sabía perfectamente lo que significaban. Fue entonces cuando deslizó uno de sus dedos en ella notando la humedad y calidez con la que le recibía. Era evidente que estaba más que preparada así que eso le hizo perder el juicio del momento y lugar en el que se encontraban.

Se separó de ella bruscamente y percibió el sonido de decepción en sus labios, pero para su asombro, ella se colocó a horcajadas sobre él recogiéndose la falda y con todo el descaro que hasta ahora desconocía colocó sus manos sobre su cuello devorando así sus labios mientras él se derretía ante ese gesto.

¿De donde había sacado esa espontaneidad?, ¿Quizá era el fruto de la pasión? Cierto era que en los últimos días había descubierto que no solo se desinhibía, sino que comenzaba a coger cierta confianza junto

a él en la intimidad que le llevaba a pensar que la situación entre ellos se afianzaba cada vez más. Robert no solo quería que ella le deseara, sino que confiara en él, que se sintiera cómoda con él y si era posible, si era remotamente posible; que le amara.

—¿Estás segura? —preguntó separándose ligeramente de sus labios y notó como las manos de ella descendían por su pecho hasta el broche de su pantalón.

—¿Está mal que lo desee? —preguntó ahora Violette preocupada por lo que él pudiera pensar.

—En absoluto —agregó Robert atrayéndola de nuevo y poseyendo sus labios con devoción, provocando que su lengua se uniera a la suya con infinita determinación y alevosía.

Su sabor era suave, delicado, definitivamente puro néctar en sus labios.

La ayudó a desabotonar su pantalón hasta que su entrepierna rozó la suya y no pudo evitar gemir de placer conforme sentía que ella acogía su carne lentamente a pesar del movimiento del carruaje. La tenía firmemente apresada entre sus manos, hasta que percibió como se hundió completamente dentro de su ser y la alzó levemente antes de dejarla de nuevo caer. Violette pareció comprender aquel movimiento y se aferró firmemente a sus hombros antes de imitarlo ella misma con su cuerpo.

Ni tan siquiera con una de sus amantes había llegado tan lejos dentro de un carruaje. Era insólito, inaudito, pero infinitamente extraordinario a la par que satisfactorio.

Sus movimientos eran dulces y suaves, a un ritmo que él se deleitaba con solo sentir su cuerpo sobre el suyo. Sus gemidos se acallaban con los suyos propios cada vez que mordía sus labios, los succionaba y después los besaba sin piedad presa de la pasión que le cegaba en aquel momento, inconsciente de que en realidad se dirigían hacia una fiesta donde demasiadas personas les esperaban. Su ardor creció a la par que lo hizo el de ella, sintiendo como se hundía con mayor ferocidad con cada nueva estocada con la que ella le deleitaba apresando su carne, hasta que no lo pudo soportar, sentía como algo dentro de él iba a explotar en mil pedazos, así que tocó el botón que se erguía en su parte más intima con su pulgar deslizando suavemente el dedo conforme lo frotaba delicadamente y percibió como gritaba de placer desvaneciéndose entre sus brazos, entonces y solo entonces, se

dejó arrastrar por la bendita pasión que ella afloraba cada vez con mayor fervor derramándose dentro de ella.

Violette abrió los ojos sintiendo como su respiración aún era agitada, podía sentir aún la carne en su interior a pesar de haber sido saciada y ahora siendo consciente de la situación no daba crédito de sí misma como había sido capaz de hacer tal cosa en un carruaje y en pleno movimiento de camino a una fiesta. En ese momento se llevó las manos a su cabello asegurándose de que su peinado seguía en su sitio. Estaba atardeciendo, por lo que apenas quedaba luz del día que se filtrara por las ventanas del coche de caballos.

—Salvo por tus labios sonrojados y esas mejillas teñidas de un ligero rubor, nadie sospecharía nada. —Se atrevió a decir Robert atisbando su preocupación en cuanto ella se había apartado rápidamente llevándose las manos a su peinado.

—Quizá me dejé llevar demasiado por…

—¿Por qué? —preguntó Robert viendo que ella dejaba la frase inconclusa.

Ciertamente la proximidad que se había creado entre ellos en los últimos días era evidente, pero aún le costaba hablar de ciertos temas con absoluta franqueza, aún así, debía afrontarlos con sinceridad puesto que al fin y al cabo le afectaba demasiado cada roce o caricia que él le proporcionaba.

—El fuego que despierta dentro de mi cuando tus manos tocan mi cuerpo —confesó sin apartar sus ojos de los suyos.

Robert sonrió con cierta complicidad mientras se acercaba a ella y acariciaba suavemente su rostro.

—Adoro ese fuego que posees y que logra consumirme —susurró en sus labios robándole un casto beso antes de dejar que se apartara y volviera a su asiento para tratar de enmendar las arrugas que se habían formado en su precioso vestido púrpura.

Definitivamente su esposa era adorable en cualquier sentido que

tuviera dicha palabra.

Capítulo 28

La gran hacienda del barón Norfolk no era comparable a la del duque de Savegner, ni tampoco la casa lograba albergar dichas dimensiones, pero su arquitectura era digna de admirar o así lo decretó Violette cuando los últimos rayos de la tarde iluminaron la piedra caliza.

Robert bajó del carruaje en primer lugar y le tendió la mano para ayudarla a descender.

Esperaba que nadie pudiera sospechar lo ocurrido durante el trayecto, aunque el solo hecho de pensarlo hacía que sus mejillas se sonrojaran por tal atrevimiento. Lo único bueno de todo aquello no era que se estaba descubriendo a sí misma a través de aquella intimidad que compartían, sino que a él parecía agradarle dicho atrevimiento, por lo que reforzaba la poca seguridad que hasta ahora había tenido en sí misma.

—Estás radiante y preciosa, no debes preocuparte —atesoró Robert con una sonrisa mientras le tendía su brazo para entrar en la casa donde podía divisar algunos sirvientes esperándoles. Vio como Violette se agarró a él con firmeza conforme su carruaje se alejaba para colocarse junto a otros que pertenecería a los primeros invitados en llegar.

Violette comenzó a estar ligeramente nerviosa, ¿Habría alguien que la reconocería? Ni tan siquiera sabía si entre sus vecinos existía algún familiar por muy lejano que este fuera. Escuchó como su esposo indicaba su nombre al mayordomo y los acompañó hasta el interior de la casa, donde un bonito hall de entrada con espléndidos cuadros de bodegones, suelos de madera pulida y grandes lámparas repletas de velas iluminaban el lugar. A la derecha, dos puertas dobles daban a un gran salón donde cierto grupo de personas parecían estar de pie hablando entre sí mientras otras caminaban de dos en dos.

—¡Los duques de Savegner! —exclamó el mayordomo en voz alta consiguiendo captar la atención de todos los invitados que dirigieron sus miradas hacia ellos improvisadamente acallando el pequeño

murmullo que se escuchaba.

Violette sintió la tensión en sus músculos ante tantas miradas sobre ella, ¿Cuántas personas podría haber en aquel salón?, ¿Veinte?, ¿Treinta? Muchas más no podían ser. Ni de lejos se asemejaba a la multitud del baile en la corte real, pero había esperado un grupo mucho más reducido del que se encontraba ante sus ojos, más aún teniendo en cuenta que la temporada en Londres había comenzado y que la gran mayoría regresaba a la ciudad donde había mucha más actividad y vida social que en el lugar donde se hallaban.

—¡Nuestros queridos vecinos! Es un placer conocerlos al fin —mencionó un hombre de mediana edad acercándose hasta ellos. Por su aspecto podría concordar perfectamente con la edad aproximada de lord Barric, quizá unos años más teniendo en cuenta el cabello blanco de su barba

—. Lord Benedic. Mi lady. El barón de Norfolk a su servicio —agregó presentándose ante ellos con un ligero movimiento de cabeza que Robert y Violette no tardaron en imitar.

—El placer es nuestro —contestó Robert de forma educada y presentó a su esposa como lady Violette ante el anfitrión de la velada que no dudó en sonreír mientras le dirigía una mirada que él

no comprendía, pero supuso que tal vez reconocía en sus ojos a la niña que tiempo atrás había vivido en la comarca.

El barón de Norfolk fue presentándoles uno a uno a todos los invitados de la noche. Entre ellos se encontraban los afables señores Sutton, una pareja mayor de cierta edad que tenía su residencia anual muy cerca de ellos. La familia Hemsley compuesta de varios hermanos solteros junto a su madre. Después había varios viudos con títulos nobiliarios y sin ellos. Los Lawler, un matrimonio joven de edad similar a la suya con el que Violette se sintió algo identificada ya que se habían instalado en la casa campestre buscando la privacidad de un matrimonio reciente. Y entre el resto de los invitados siendo la gran mayoría de ellos de avanzada edad, razón por la que se explicara que no buscaran la distracción de la gran ciudad, un hombre relativamente joven conocido como el señor Stone que sonreía amablemente y su aspecto parecía de lo más afable a pesar de su nariz respingona.

Violette sintió algo en su interior cuando éste dirigió su mirada hacia ella. No sabía explicar esa clase de sentimiento extraño, quizá era parecido a la sensación de reconocer ese rostro a pesar de que no tenía recuerdos nítidos sobre el mismo. Lo desechó rápidamente cuando este apartó la vista para establecer conversación con su esposo y supuso que solo era el modo que algunas personas tenían de observarla por sus ojos. La señora Lawler comenzó a preguntarle sobre su estancia en la casa y se distrajo rápidamente estableciendo conversación con ella. Al parecer aún faltaba un invitado por llegar de última hora que había decidido unirse al grupo, por lo que esperaron un tiempo prudencial hasta que finalmente hizo acto de presencia. Para asombro de todos no solo llegaba tarde, sino que venía demasiado bien acompañado por una dama que ella misma habría deseado evitar con sumo gusto.

¿Qué hacía la viuda de Fornett allí?

Robert apartó la vista del señor Stone con quien había comenzado a conversar afablemente cuando el último de los invitados era

anunciado y sus oídos no daban crédito al nombre de su acompañante. ¿Qué demonios estaba haciendo lejos de la ciudad?, ¡Odiaba el campo!, ¡Más aún alejarse en plena temporada de Londres! La ira que recorrió sus entrañas era palpable, pero la sonrisa de complicidad que ella le dirigió cuando posó sus ojos sobre la dama en cuestión le irritó aún más. Sin perder un solo segundo se acercó a Violette y la rodeó por la cintura acercándola a él, como si quisiera transmitirle que estaba a su lado, pero por más que quisiera no pensar en ello era evidente la turbación en su joven esposa ante semejante descaro.

Si en ese momento no estuvieran presentes tantos invitados, podría asegurar que le retorcería el pescuezo a la que tiempo atrás había sido su amante. Ahora que podía apreciar bien sus rasgos y la desfachatez presentándose allí mismo ante lo que eso podía representar si corría el más mínimo rumor al respecto, se preguntó qué era lo que había podido ver en aquella mujer durante tanto tiempo. Quizá sus pensamientos eran distintos porque ahora conocía lo que era de verdad tener un sentimiento puro e ínfimo. En su cabeza no se planteaba la posibilidad de retomar una relación con esa mujer, ni con ninguna otra ya puestos, porque solo deseaba a la que tenía a su lado y afortunadamente eravsu esposa.

—¿Estás bien? —susurró en el oído de Violette.

—Perfectamente —contestó algo tensa, pero tratando de que aquello no le afectase más de lo que en realidad hacía.

Los pensamientos de Violette viajaron para revolucionar sus temores. ¿Podía estar allí con la intención de acercarse a Robert?, ¿Podría ser simple casualidad?, ¿Estaría allí a petición de él?

No. Eso debía ser imposible o es lo que quería creer, pero ciertamente el que su marido se

hubiera acercado a ella rodeándola por la cintura y le hubiera preguntado si se encontraba bien le generaba más confianza en sí misma para asegurar de él no tenía nada que ver con la presencia de aquella mujer.

El último invitado era conocido por todos como el benjamín de la familia Gibbs. Estaba allí en representación de sus padres, lo suficientemente mayores para acudir a ese tipo de eventos. Se acercó junto a su acompañante hacia los duques de Savegner acompañado por el barón Norfolk.

Violette notó como su desazón crecía al apreciar la espléndida sonrisa

que lucía aquella mujer del brazo de aquel hombre de rostro atractivo y nariz puntiaguda.

En aquel momento pensó si el señor Gibbs era su nuevo amante, ¿Podría ser así?, ¿Entonces porqué ella miraba de ese modo a Robert?, ¿Tal vez quería decirle sin palabras que lo había reemplazado? Se podía apreciar a la distancia que, si comparaba a ambos caballeros su esposo salía ganando con creces. Tenía mejor porte y probablemente más riqueza al poseer un título nobiliario sumado a grandes posesiones, pero desconocía la fortuna del señor Gibbs.

—Debo reconocer lord Benedic, que tiene una esposa verdaderamente hermosa —comentó el señor Gibbs con una sonrisa lasciva conforme la miraba y a ella le produjo realmente escalofríos.

—Se lo agradezco señor Gibbs, soy muy consciente de ello —proclamó Robert saludando escuetamente a la dama que lo acompañaba.

El banquete estaba listo, así que en cuanto el último invitado hubo llegado, no tardaron en pasar al comedor, algo que Violette agradeció infinitamente esperando que les sentaran lo más lejos posible de tan ingrata compañía. Frente a ella se sentó Robert y a su lado tenía al señor Stone y a la señora Lawler por lo que suspiró agradecida, aunque solo dos sillas hacia la izquierda y frente a ella podía apreciar el rostro de la baronesa viuda muy a su pesar. La cena transcurría de forma tranquila y amena, incluso hubo un momento en el que se olvidó de aquel pequeño detalle que había causado su desasosiego y la conversación con la señora Lawler sobre vestidos, temporadas en Londres, aguas de Bath y flores consiguió amenizar la velada. Por otro lado, el señor Stone mantenía breves conversaciones junto a ella cuando la atención de la dama que tenía a su lado era atraída por otro comensal. Debió reconocer que aquel hombre de aspecto neutral cuyo rostro le recordaba a alguien era muy agradable y de conversación afable.

—¿Cuántos años hace que vivís en este lugar? —preguntó Violette tratando de averiguar si por casualidad podría haberlo visto cuando era pequeña, aunque dudaba que lo pudiera recordar.

No era muy buena en cálculos de edad, pero posiblemente podría tener aproximadamente treinta y muchos años, quizá pasaba los cuarenta.

—Pasé gran parte de mi niñez y adolescencia, después me ausenté durante años en mi juventud y hace poco regresé para cuidar de mi

querida madre ya que son sus últimos años —comentó con cierto halo de tristeza en su rostro.

—¿Se encuentra delicada de salud? —aclamó compadeciéndose.

—Bastante, pero es lógico a su edad. No tiene porqué preocuparse —sonrió afablemente—.

Ha sido una sorpresa para todos nosotros verla de nuevo por este lugar, más aún nos ha impresionado que se hubiera casado con el actual duque de Savegner —añadió a la conversación y Violette entendió que debía ser normal tener cierta curiosidad sobre ellos, más aún tras su larga ausencia.

—No es un secreto que estuviera ausente durante todos estos años —mencionó sin entrar en detalle. No pensaba revelar su paradero para que no corrieran rumores o inventaran mil historias al respecto. Mi educación me mantuvo lejos de este lugar, pero ahora vuelvo felizmente casada —

sonrió ampliamente y percibió cierto nerviosismo que no supo definir en el señor Stone. ¿Quizá

hablar de temas sentimentales le incomodaba?, ¿Tal vez su matrimonio le podía recordar a alguien que hubiera perdido? —. ¿Vos estáis casado? —se atrevió a preguntar.

—En absoluto —negó rápidamente y Violette se sintió contrariada al creer que se negaba al matrimonio—. No me malinterpretéis, no tengo nada en contra del matrimonio, con sumo gusto tomaría esponsales si no fuera porque la dama en cuestión está casada —admitió con cierto pesar.

—¡Oh! —exclamó llevándose una mano a los labios—. ¿Y ella os amaba? —preguntó imaginando una historia de amor tristemente privada.

—Quería creer que si, pero es algo que nunca sabré. Supongo que la hice esperar demasiado tiempo y finalmente llegué tarde —suspiró y llevó su mano a la copa para después dar varios sorbos como si necesitara ingerir aquel liquido con toques amargos para seguir hablando—, pero nunca perderé la esperanza de recuperarla.

Violette vio como alzaba su vista para verla y aquellos ojos la observaban detenidamente. No supo que responder a sus últimas palabras puesto que alentarle o dejar de hacerlo le parecía igualmente

incorrecto. Por suerte para ella la señora Lawler acaparó de nuevo su atención hasta el fin del banquete y un pequeño baile dio lugar en el gran salón.

Algunos invitados jugaban a las cartas, otros charlaban degustando un buen brandy o coñac mientras fumaban y varias damas se abanicaban disimuladamente para que nadie pudiera alcanzar a oír sus cotilleos. Violette y Robert permanecían uno junto al otro sin separarse conforme varios de los presentes que no habían tenido la oportunidad de hablar durante el banquete se les acercaban para sonsacar cierta información. Entre las preguntas más comunes se encontraba el tiempo que llevaban casados, si pensaban instalarse en la casa señorial permanentemente o si solo estaban de paso.

Robert interpretó la mayoría de aquellas preguntas como parte de la normalidad puesto que el afán de cotilleo prevalecía en todos los rincones del país aunque estuvieran alejados de la ciudad.

Cuando cierta dama acompañada del que sin duda sería su amante se acercó hasta ellos, su cuerpo se tensó. Era evidente que debía disimular ante todos el hecho de conocer a la viuda de Fornett, pero le resultaba imposible calmar su ansia por degollarla allí mismo sabiendo que su presencia era absolutamente propiciada para fastidiarle.

¿Pensaría tal vez que tras el baile en la corte su matrimonio estaría al borde del fracaso?,

¿Quizá pensó que presentándose de improviso él podría cambiar de opinión respecto a la última conversación que habían mantenido? De ser cierto, menos aún lo haría si venía acompañada por su nuevo amante, porque eso era lo que el señor Gibbs debía ser para ella por el modo en que tenía de aferrarse a su brazo.

—Me preguntaba si os molestaría que invitara a bailar a vuestra esposa, lord Benedict —

mencionó el señor Gibbs con cautela mirando primero a Violette y después al propio Robert.

—En absoluto —aclaró este ciertamente molesto—, aunque se lo deberíais preguntar a ella.

No sabía si Violette aceptaría, si haría lo que precisamente ocurrió la última vez que estuvieron en un baile; negarse a bailar con él, pero aceptar la propuesta de otro caballero.

—Lamento declinar su oferta señor Gibbs, pero prometí a mi esposo todos y cada uno de mis bailes desde la última vez que estuvimos en uno —sonrió Violette antes de que aquel hombre formulara la pregunta y entrelazó su brazo al de Robert sonriente.

El señor Gibbs hizo un gesto poco complacido y se retiró parcialmente provocando que la viuda e Fornett se quedara a solas frente a ellos.

—¿Podríais acompañarme a dar un breve paseo por la sala, lord Benedict? Encuentro el ambiente demasiado cargado y vuestra compañía sería muy grata —mencionó perspicaz, como si

creyera que su petición iba a ser aceptada.

Robert alzó una ceja extrañado y casi se sorprendió de la osadía de aquella mujer. ¿Tal vez creía que aceptaría con la idea de recriminarle su presencia?, ¿De verdad podría estar tan convencida de que él aún la deseaba?

—Estoy seguro de que el señor Gibbs será una compañía mucho más grata que la mía y si él no estuviera disponible tiene otros invitados donde elegir dispuestos a complacerla —atajó sin mover un solo músculo de su cuerpo.

Para su asombro, aquella mujer no se apartó, ni se alejó como esperaba, sino que sonrió y miró hacia los lados para constatar que nadie la escuchara.

—En realidad hay un asunto que debo tratar con vos en privado, su excelencia —aclaró en un tono más bajo de lo normal, pero que Violette oyó perfectamente.

Aquella situación enfurecía cada vez más a Robert, sabía que solo estaba buscando las condiciones adecuadas para que, de un modo u otro, Violette saliera perjudicada y desconfiara de su relación.

—No oculto nada a mi esposa por lo que puede decirme de que se trata delante de ella —

contestó en un arranque de ira porque estaba seguro de que así

lograría persuadir a esa mujer astuta.

La contrariedad en el gesto de su rostro fue evidente, pero rápidamente se recompuso y sonrió abiertamente.

—Muy bien —alegó grácilmente—. Entonces le informo a su querida esposa que estoy esperando un hijo de su excelencia.

En aquel momento Violette sintió como su cuerpo se desvanecía, perdía fuerzas, su vista se nublaba y todo se oscurecía. La felicidad que creía poder alcanzar se esfumaba tan rápidamente como había llegado.

Capítulo 29

Robert percibió la languidez en el cuerpo de Violette y rápidamente la acogió entre sus brazos antes de que se desmayara completamente. No le extrañaba en absoluto su reacción después de lo que sus oíos acababan de escuchar. ¿Qué esposa podría recibir de buen agrado la noticia de que la amante de su marido tuviera un hijo? Ciertamente él aún no había encajado dicha noticia, se había esperado cualquier cosa por parte de lady Henriette salvo aquella. Conocía a esa mujer, sabía cuanto se cuidaba precisamente para no tener descendencia indeseada, ¿Realmente podría ser cierto que estuviera embarazada?

Ahora lo único que le preocupaba era Violette, que no parecía haber perdido del todo la consciencia. El revuelo que se generó en torno a ellos debido a la reacción no tardó en formular preguntas respecto a su estado, así que afortunadamente el barón de Norfolk disuadió a la mayoría de ellos y ofreció a Robert una habitación si era necesario.

Violette sentía que se ahogaba. Necesitaba alejarse de allí y sobre todo de aquella mujer que destruía sus esperanzas y felicidad cada vez que aparecía en escena. La primera vez rompió sus ilusiones de matrimonio cuando la vio entre los brazos de su marido. La segunda vez arruinó la confianza que depositó en su esposo y la tercera vez había roto su visión de futuro lleno de alegría, amor y gozo.

—Violette, ¿Te sientes bien? —preguntó dulcemente Robert a su oído despertando con su voz ese aturdimiento.

—Si —afirmó irguiéndose por sí misma y recuperando la compostura. Lo último que deseaba es que alguien pudiera sospechar que le habían afectado las palabras de la baronesa viuda, por lo que hizo un gesto afirmativo y sonrió vagamente—. Supongo que ha sido el vino de la cena —

añadió no queriendo levantar sospechas.

—El vino o que estéis de buena esperanza —soltó la señora Sutton con cierta complicidad.

Violette enrojeció y no precisamente por vergüenza, sino porque supusieran que ella podría estar embarazada cuando en verdad quien lo estaba era la que había sido amante de su esposo.

¡No lo podía soportar más! Aquella mujer le había robado demasiado y privarle de darle a su esposo su primer hijo, aunque fuera ilegítimo era demasiado doloroso.

—Quizás —Se atrevió a decir provocando más de una sonrisa y gesto de aprobación en el gran salón.

Robert miró a Violette impresionado, ¿Era posible?, ¿Acababa de decir que podía estar esperando un hijo?, ¿Lo sabría?, ¿Sería padre? El sentimiento de conmoción que sintió al sentirlo por parte de Violette no se asemejaba ni un instante a la revelación de la viuda de Fornett. Quizá porque realmente deseaba un hijo de su esposa. Lo anhelaba. Quería formar una familia junto a ella y hacerla feliz cada día por el resto de su existencia.

Disculpándose antes los invitados y sobre todo ante su anfitrión argumentando que su esposa necesitaba reposo y descanso, montaron en su carruaje y partieron rumbo a casa. El silencio de Violette era preocupante, así que Robert no lo soportó más y acogió sus manos entre las suyas

obligándola a mirarle en la tenue luz del candil que prendía dentro del coche de caballos.

—No has mencionado palabra alguna desde que salimos, ¿Cuándo pensabas decirme de tus sospechas sobre la espera de nuestro primer hijo? —preguntó sin dejar de acariciar sus manos y ella las soltó repentinamente.

—No existe tal sospecha —aclaró—. Sería demasiado pronto para haberla, pero ¿Qué otra cosa podría decir después de que esa mujer

confesara estar esperando vuestro hijo?

Robert sintió cierta desilusión y tras ella enfado porque la causante de todo aquello era la misma mujer que había generado conflictos en su matrimonio desde el primer momento.

—Jamás habría aceptado la invitación de saber que ella vendría —constató por si quedaba alguna duda.

—Lo imagino —respondió Violette apresuradamente—, pero dime, ¿Qué piensas hacer al respecto?

Robert la estudio, ¿A que se refería exactamente?

—No voy a mantener ningún tipo de relación con esa mujer si es lo que estás pensando —

aclaró tajantemente.

—¿Y que hay del niño?, ¿Qué pasa con vuestro hijo?, ¿Le abandonarás?, ¿Dejarás a esa pobre criatura a su suerte? —insistió Violette apenada.

Ella se había criado sin padres, conocía perfectamente la carencia de ese amor y lo que significaba en un niño. Tal vez detestaba a esa mujer por el dolor que le causaba, pero aquella criatura inocente no tenía la culpa de ello y no podía tomarle odio o rechazo para condenarle de ese modo.

Robert ni tan siquiera había pensado en ello, tal vez porque no veía a la baronesa viuda como la madre de alguno de sus hijos y segundo, más importante aún, que él siempre había tenido especial cuidado en sus relaciones íntimas. Además, la propia viuda de Fornett había dejado muy claro desde el principio que no debía preocuparse, puesto que tomaba hierbas especiales, quizá por eso no terminaba de creer del todo la noticia, pero tampoco podía negarlo por completo.

—Eso no me preocupa en este instante —admitió con cierto pesar en su rostro porque ahora que las cosas parecían ir bien entre ellos, sucedía eso.

—¿No te preocupa? —exclamó Violette airada y ciertamente enfurecida—. ¿La mujer con la que mantenías una aventura te dice que espera un hijo tuyo y no te preocupa? —añadió en cierto tono de voz más alto de lo que ella misma admitiría. Tal vez la incertidumbre o el miedo a lo que aquello pudiera afectar a su matrimonio la

alteraba—. ¿Qué te preocupa entonces?

Robert sintió las duras palabras ahondar en él y tuvo que asumir que aquella pesadilla parecía no acabarse jamás. ¿Hasta cuando debería pagar por sus pecados en el pasado?

—Tú —contestó con voz suave—. La única que me preocupa eres tú y lo que esto pueda afectar a nuestro matrimonio en caso de que sea real —añadió puesto que aún no era capaz de aceptarlo y mucho menos de creerlo.

—¿Real?

En el mismo momento que Violette hizo aquella pregunta, el carruaje se detuvo de improviso en un brusco frenazo de forma que ella salió atropelladamente hasta el regazo de su esposo, por suerte, Robert reaccionó a tiempo y la acogió rápidamente en sus brazos. La oscuridad acechaba a su alrededor salvo por los candiles que lucían en cada esquina del carruaje para alumbrar parcialmente el camino y su posición.

Robert se asomó a la puerta sacando medio cuerpo por la ventanilla para descubrir la razón de que se detuvieran. Lo último que deseaba aquella noche era que se hubiera roto el eje de una

rueda, puesto que de haberse partido habrían volcado o algo peor, pero tras hacerlo escucho un sonido tosco, como si se tratara de un golpe.

—¿Todo bien Gerald? —preguntó Robert al cochero y este no parecía responder de inmediato, así que bajó del carruaje—. No salgas del coche a menos que te lo diga —indicó a Violette comenzando a preocuparse por la salud de su empleado.

Tras cerrar la puerta y caminar con paso firme, alzó la vista comprobando que su cochero no estaba en su asiento y eso le inquietó aún más, tal vez porque era noche cerrada y a pesar de que los caminos fueran privados, desconocía completamente el lugar. Ahora comenzaba a pensar con mayor fervor que había sido una pésima idea acudir a esa velada. Observó a su alrededor y se agachó para ver si con la claridad de los candiles podía verse algo, entonces apreció la sombra en el suelo y dedujo que algo había provocado que su cochero cayera desplomado. Al acercarse se inclinó sobre el cuerpo que yacía boca abajo y le dio la vuelta sintiendo algo húmedo en sus manos. Lo supo. Era sangre. No podía provenir del golpe contra el suelo, ¿Qué demonios estaba sucediendo? Se alzó rápidamente para ir hacia el

interior del coche donde había dejado a Violette completamente sola, bajo el asiento guardaba un arma y ahora se sentía imbécil por no haberla cogido antes de bajar del carruaje, pero sus peores temores se estaban acrecentando ante el hecho de saber que su cochero había sido asesinado.

El golpe en su nuca llegó sin esperarlo. Fue algo fuerte y certero que le hizo caer de rodillas conforme gritaba del dolor por la conmoción. Escuchó los pasos alejarse de él y después sintió los gritos de Violette conforme trataba de arrastrarse por el suelo hacia ella para rescatarla. Su cuerpo le traicionaba impidiendo avanzar. Su visión era borrosa y el sentimiento de impotencia se acentuaba conforme ella gritaba su nombre. Trataba de responder, pero de su garganta no era capaz de salir sonido alguno conforme sentía que algo dentro de él iba a estallar.

—¡Robert! —gritó Violette en cuanto aquel extraño cuyo rostro era incapaz de vislumbrar al estar oculto tras una especie de pañuelo, la arrastraba fuera del carruaje de malas formas por más que se resistiera.

Aquel tipo no había mencionado ni una sola palabra, sino que abrió la puerta bruscamente y la arrastro hacia el exterior aferrándole fuertemente el brazo a pesar de sus gritos para oponerse a ello. En cuanto sus pies pisaron el suelo la asió bruscamente de la cintura quedando atrapados sus brazos y provocándole quemazón por el dolor. Con un movimiento rápido le arrancó el collar con la piedra preciosa que Robert le había regalado desgarrando la piel de su cuello.

—Diez mil libras —mencionó una voz ronca absolutamente desconocida que provenía de aquel hombre misterioso—. Dispone de tres días o eso será lo único que le quede de ella —

añadió conforme se alejaba arrastrando consigo a Violette que no dejaba de resistirse con todas sus fuerzas y querer soltarse para volver junto a Robert.

Ella no quería alejarse, sabía que si aquel hombre la separaba de él existía una probabilidad de no volver a verlo y menos aún sabiendo que estaba malherido al ver su estado en el que era incapaz de alzarse. Era evidente que aquel encapuchado lo había golpeado gravemente, ya que apenas se sentía su voz.

A pesar de su resistencia, sintió como la alzaba y la tumbaba boca abajo sobre el lomo de un caballo, clavándose parte de la montura en

su estómago, pero replicar no había servido de nada, sino que sintió como aferraba sus manos a su espalda y detenía sus movimientos para que no pudiera escapar, saltando del caballo. No podía ser verdad. No podía ser cierto. Su vida no podía cambiar en apenas un segundo tan drásticamente. A pesar de que inicialmente no había sentido miedo, sino preocupación por Robert, ahora comenzaba de verdad a temerlo.

¿Qué podría hacerle aquel encapuchado?, ¿Qué intenciones tenía hacia ella? Había oído la recompensa que pedía, pero ¿Querría solo eso? Era mejor no pensarlo o entraría en absoluto pánico. Tenía que creer que Robert la encontraría, que de algún modo él la salvaría a pesar de haber visto su lamentable estado, pero aquel hombre no lo había herido mortalmente o de lo contrario no le habría exigido aquella cantidad desorbitada de dinero. Centrándose en ese hecho supo que podría soportarlo, que sería capaz de afrontar cualquier cosa con tal de volver a estar a su lado y en ese instante comprendió que le quería, que, si sentía en lo más profundo de su alma ese sentimiento hacia su esposo era porque definitivamente lo amaba.

Que tristeza darse cuenta de ese hecho justo en aquel momento donde ni tan siquiera podía decírselo y no sabía si llegaría el momento de poder hacerlo. Sus lagrimas comenzaron a surcar sus ojos ante aquel conjunto de circunstancias entre las que primaba el terror, la preocupación y la revelación de sus sentimientos. ¿Y si no volvía a verle?, ¿Y si no reunía a tiempo el dinero?, ¿Y si cambiaba de opinión aquel hombre? Entonces él jamás sabría que lo amaba y no podrían vivir esa vida de felicidad que tanto anhelaba.

Ni tan siquiera en esos momentos la idea de que tuviera un hijo de otra mujer le preocupaba.

Se sintió fuerte y capaz de afrontar cualquier circunstancia, todo carecía de sentido si no estaba a su lado, comprendiendo lo ínfimo que podía llegar a ser ese sentimiento que ahora la sobrecogía.

Cerró los ojos fuertemente no sintiendo el dolor de la montura que se clavaba bajo la tela de su vestido o de la fuerza con la que apretaba sus muñecas para impedir que se moviera, o el vaivén de su cabeza mientras trotaba aquel caballo en el que cabalgaban, sino que suplicó porque alguien la encontrara, porque Robert la hallara.

El sonido de un carruaje se acercaba hacia ellos y Violette escuchó como aquel hombre mascullaba en algo que parecía una maldición, de modo que detuvo su caballo y este pareció relinchar ante el repentino corte de su galope. Supo que era el momento, así que gritó con todas

sus fuerzas pidiendo auxilio y enseguida oyó una voz masculina que parecía acercarse a ellos comenzando a discutir con el encapuchado que la sostenía sobre el caballo.

Sin esperarlo, la bajó del animal al mismo tiempo que él parecía descender mientras la sostenía cerca de su pecho y al enfrentarse al hombre que parecía haber acudido en su ayuda descubrió que le conocía, ¡Había pasado la velada sentada junto a él! Su fortuna había querido que el señor Stone acudiera en su ayuda de forma casual y ahora solo esperaba que no saliera malherido y pudiera recatarla de aquel secuestro.

—¡Lady Violette! —exclamó asombrado al reconocerla— ¡Suelte ahora mismo a la dama! —

gritó absolutamente consternado y ella pensó en el deplorable estado que debía tener su atuendo o su cabello completamente descompuesto para que aquel caballero reaccionara de ese modo.

Ahora que podía ver levemente a su alrededor gracias a la luz de los candiles que colgaban del carruaje del señor Stone, pudo apreciar la razón de que aquel encapuchado no se hubiera desviado del camino en cuanto vio el coche de caballos y es que esa parte estaba vallada, pero comprendió que se habían dirigido en dirección a la mansión del barón Norfolk ¿A dónde pretendería llevarla?

—Apártese de mi camino si no quiere terminar malherido —pronunció el encapuchado mientras vio como sacaba una navaja de su bolsillo y apuntaba al frente amenazando al señor Stone.

Sin previo aviso y para su asombro, el señor Stone no pareció asustarse sino que mantuvo el semblante y en lugar de dar un paso atrás, dio uno hacia el frente justo antes de sacar un arma del interior de su chaqueta y apuntarle de frente.

—Tiene dos opciones —mencionó con calma—. Dejar a la dama y huir antes de que le pegue

un tiro salvando así su vida o morir si intenta el más mínimo movimiento —aseguró mirándole fijamente—. Le puedo asegurar que dispongo de buena puntería.

Los segundos se hicieron eternos mientras el encapuchado parecía meditar cuales eran sus opciones. Por un momento Violette pensó que la colocaría delante de él para proteger su vida, pero no esperó que la lanzara a los brazos del señor Stone para montarse de un solo

movimiento sobre el caballo y huir de ellos.

¿De verdad renunciaba a su recompensa? Tal vez había visto que no tenía escapatoria frente al arma del señor Stone y por eso había decidido que era mejor salvar su vida.

El confort que sintió al sentirse segura de nuevo fue inexplicable. Mientras aquel hombre al que apenas conocía de esa misma noche parecía reconfortarla conforme acariciaba su espalda, ella temblaba al saber que el peligro había cesado. No esperó que fuera tan fácil, pero fue evidente que el señor Stone le había dejado sin alternativa y que sería difícil que saliera de aquella situación completamente ileso. Aunque ahora temía porque le pudiera hacer lo mismo a alguna de las damas que aún quedaban en la mansión Norfolk cuando decidieran regresar a sus casas.

—Habéis dejado de correr peligro, lady Violette. No debéis preocuparos. No sé como llegasteis a estar en esa situación, pero me alegro de haber decidido partir pronto hacia casa rechazando la invitación del barón Norfolk para alojarme en su casa o de lo contrario no habría tenido la fortuna de encontraros y rescataros —concluyó mientras ella percibía el calor de sus manos en la espalda y que su voz parecía suave y relajada, como si verdaderamente quisiera quitarle el pánico de la situación.

—Mi esposo… —susurró sintiendo como su cuerpo temblaba de saber que todo parecía haber acabado con un final más feliz del esperado.

—Por supuesto, ¿Está malherido? —preguntó en otro tono de voz más agudo.

—Si. Él debe estar en la dirección donde ha ido ese hombre, temo que pueda hacerle algo ahora que usted ha arruinado sus planes —contestó de forma atropellada por la preocupación que le generaba el destino de Robert.

¿Y si ahora pagaba con él su frustración por no obtener la recompensa que obtendría de ella?,

¿Podría haberse recuperado o seguiría tratando de levantarse tras el golpe que debió haber recibido? Sentía un nudo en la garganta y un temblor constante, no tanto por ella, sino por lo que podría ser de su marido. Sentía que se ahogaba ante la impotencia de no poder hacer nada mientras el carruaje avanzaba en la misma dirección, hasta que escuchó como los caballos relinchaban al sonido estrepitoso del cochero gritando que se detuvieran y sin esperar ayuda por parte del

señor Stone que viajaba frente a ella, abrió la puerta y se lanzó literalmente fuera del carruaje de un solo salto, como si la adrenalina por lo sucedido le diera una fuerza renovada hasta ahora desconocida.

En cuanto alzó la vista le vio, apenas su reflejo pudo ser atisbado por la leve luz de uno de los candiles y percibió el hilo de sangre que corría por su rostro.

—¡Robert! —gritó asustada al verle así.

Ni tan siquiera cuando se había caído del caballo hacia varias semanas, le vio tan mal aspecto como ahora mismo lucía y eso que no tenía luz suficiente para poder ver bien aquella herida.

De un salto, Robert bajó de su caballo y sintió que la cabeza le daba vueltas perdiendo estabilidad, pero antes de poder dar un paso percibió el calor del cuerpo de Violette abrazado al suyo. Había tenido tanto miedo de perderla, se había sentido tan impotente por no poder protegerla adecuadamente que sintió un dolor inaudito peor que la mismísima muerte. No quería

vivir sin ella y el solo hecho de pensar que estuviera en peligro o le pudieran hacer daño le enfermaba. Aún no podía creer que estuviera junto a él, a salvo y aparentemente sin ningún rasguño mientras sentía la fuerza de su cuerpo abrazándole.

Pensar que podría haber sido la última vez que la viera y en las condiciones en las que habían sido forzosamente separados lo hacía sentir peor. No quería discutir con ella, menos aún que nada les separase o alejase el uno del otro. Solo quería complacerla y hacerla feliz. Haría cuanto estuviera en su mano por darle todo lo que quisiera.

—Juro que no he pasado tanto miedo en toda mi vida pensando que te había perdido —susurró aspirando el aroma de su cabello.

—Estoy bien —contestó Violette enredada en su cuerpo y con la mejilla aplastada en su torso mientras él correspondía aquel abrazo—, pero tú estas sangrando—mencionó alejándose levemente y tratando de inspeccionar la herida.

—Puede esperar —atajó Robert a pesar del dolor y de no sentirse fuerte del todo.

Lo habían golpeado fuertemente, probablemente con una piedra. Podía sentir el dolor de la nuca que lo había mantenido de rodillas en el suelo durante demasiado tiempo sin tener la fuerza suficiente para incorporarse. No sabía como había logrado liberar a uno de los caballos del carruaje para montarlo sin ningún tipo de silla, pero quizá era la desesperación la que le hacía actuar de aquella forma y sacar fuerzas de donde no las tenía. Ahora que sabía que ella estaba bien, a salvo y entre sus brazos podía volver a sentir las punzadas de dolor de su cabeza que trataba de acallar.

—Lord Benedict —La voz masculina hizo que Robert alzara la vista y reconociera al hombre que le habían presentado aquella misma noche, el señor Stone. Fue entonces cuando se percató de que el carruaje en el que había llegado Violette era el suyo y de que sin saber como, aquel hombre la había encontrado—. Será un placer para mi escoltarles hasta su casa y asegurarme de que llegan completamente a salvo. Estos caminos no parecen tan seguros como parecen después de lo sucedido.

—El señor Stone me encontró y se enfrentó al hombre que te hirió, consiguió que me soltara y se escapó, vinimos tan pronto como nos fue posible en tu ayuda —agregó Violette explicando lo sucedido rápidamente.

—Supongo que tengo demasiado por lo que agradecerle señor Stone, ha salvado la vida de mi esposa. Ese delincuente habría sido capaz de hacer cualquier cosa y que asesinó a mi cochero —

afirmó siendo ahora más consciente de nunca de lo capaz que era aquel asaltante que había raptado a Violette.

—No hice nada que cualquier otro caballero en mi situación no hubiera hecho, lord Benedict.

No podía dejar que ese hombre se llevara a lady Violette sin presentar resistencia.

Afortunadamente le persuadí hábilmente sacando a relucir mi puntería, aunque lamento que esté libre y pueda volver a actuar de nuevo.

Ciertamente a Robert aquello no le importaba por ahora, ya tendría tiempo de buscar a ese maleante, pero de lo que sí estaba seguro es

que a partir de ese momento iría armado cada vez que saliera de casa con Violette y bajo ningún concepto volverían a encontrarle desprevenido ante un nuevo ataque.

Capítulo 30

Tenía mucho que agradecerle al señor Stone, así que en cuanto llegaron a la gran mansión, le invitó a pasar la noche con la excusa de que los caminos no eran seguros incluso para un caballero que viajaba solo a esas horas. A pesar de las primeras reticencias, su invitado terminó aceptando solo por asegurarse de que, en caso de necesitar un médico para su herida, él estaría disponible. Incluso envió a su cochero y lacayo en un caballo a por el carruaje que habían abandonado a un lado del camino para recuperarlo, así como a su cochero al que habían dejado dentro del mismo hasta regresar a por su cuerpo. Ciertamente tenía demasiado que agradecer a ese hombre y admiraba que existieran caballeros como él, dispuestos a enfrentarse al peligro con tal de salvar a una dama a pesar de que ésta no fuera su esposa.

Reclinado cobre el lecho, Robert sentía como la habitación le daba vueltas y Violette empapaba el paño en agua fría mientras parecía limpiar la sangre y aliviar su herida.

—Ha dejado de sangrar después de darle varios puntos, pero debería verte un médico por si has sufrido algún daño interno —Trató de explicar preocupada por el estado de su esposo. Había limpiado adecuadamente la herida y ella misma la había suturado. No era muy profunda, pero estaba en una zona demasiado peligrosa, tanto que podría haberlo matado.

—No necesito ningún médico, solo te necesito a ti —sonrió mientras la abrazaba de nuevo no creyéndose que aquella noche desastrosa en varios sentidos hubiera podido terminar de un modo feliz. No quería ni pensar en la sensación de congojo que había sentido tras ver como aquel hombre se la llevaba arrancándola de sus brazos, ni el sentimiento de pérdida tan descabellado que penetraba en su cuerpo al sentirse impotente por no poder detenerlo. Habría movido cielo y tierra para encontrarla sin descanso, habría dado toda su fortuna si a cambio la volvía a ver de nuevo y desde luego habría dado su último

aliento con tal de asegurarse que estaba a salvo—. Te pido disculpas por no saber protegerte, fui un completo necio al actuar de la forma en la que lo hice.

—Tú no tuviste la culpa de lo que pasó Robert. No te atrevas a culparte por ello y menos cuando en tu estado trataste de ir en mi búsqueda sin apenas poder mantenerte en pie —decretó Violette tras ver el verdadero estado en el que se encontraba.

Era consciente de que no solo podría haberlo perdido esa noche, sino de que, si no hubiera sido por el fortuito destino de que el señor Stone se apareciese en su camino, probablemente aquella noche habría sido la última en la que lo hubiera visto, porque él no habría cesado en su búsqueda y eso quizá podría haberlo matado.

—No hubiera cesado hasta encontrarte, de eso puedes estar segura. Habría movido cielo y tierra hasta hallarte, hasta traerte de nuevo conmigo —contestó sutilmente Robert mientas la atraía hacia él y rozaba sus labios.

—Y por eso mismo te amo Robert Benedict, porque sé que no me habrías abandonado —

susurró Violette en sus labios confesando lo que esa misma noche había descubierto.

A pesar del dolor y de su poca estabilidad, Robert rodeo su cintura y rodó con ella sobre el

lecho hasta quedar encima de su cuerpo cubriéndola con el suyo propio.

—Repítelo de nuevo, porque aún creo que estoy demasiado entumecido para creer lo que has dicho —mencionó expectante sin dejar de observar aquellos ojos púrpura que lo tenían completamente embelesado.

—Te amo Robert Benedict —indicó de nuevo Violette sabiendo que era exactamente a lo que se refería.

No hubo respuesta en él, sino que la abrazó fuertemente entre sus brazos sintiendose querida y amada por primera vez a la par que correspondida. Era una sensación nueva, demasiado placentera y escalofriante al mismo tiempo, aún más después de las emociones a flor de piel por lo que acababa de suceder.

Aquella noche no hubo más palabras, ni más reproches, simplemente durmieron abrazados en aquel lecho a la espera de un nuevo día que aliviara el mal sabor de boca de la noche pasada.

Violette amaneció rodeada por los fuertes brazos de Robert que la mantenían presa de su cuerpo y del calor que este le proporcionaba. Se sentía verdaderamente reconfortada entre ellos hasta que la invadieron los recuerdos de la noche anterior y no precisamente por el intento de secuestro, sino el hecho de fuera a tener un hijo con la que había sido su amante.

No le dolía realmente lo que significaba el fruto de aquella unión, sino de que no fuera ella quien le diera su primer hijo, sino aquella mujer que tantos quebraderos de cabeza le había traído.

Su humanidad no le permitía que aquella pobre criatura inocente creciera alejada de la persona que le dio la vida, alejada del amor de un padre como lo había sufrido ella misma. No estaba segura de cuáles eran las intenciones de la viuda de Fornett, pero estaba dispuesta a criar ese hijo como suyo propio si era necesario por más que le doliera lo que representaba.

Tal vez haber crecido alejada de su familia, de amistades y de cualquier persona que no fueran las hermanas de la caridad, había hecho que no deseara el mismo tipo de vida para otro ser cuya culpabilidad solo era la del destino por nacer entre la unión de dos personas a las que no les unía el matrimonio. Culpar a Robert por haber tenido una amante a pesar de estar casado cuando aún no la conocía no cambiaría los hechos, como tampoco el que aquella mujer actuara del modo en que lo hacía y de forma descarada frente a ella. Se había propuesto no juzgar la vida que él había llevado antes de conocerla, ese era su pasado y ella era ahora su presente y futuro. Un futuro que aún estaba por determinar en la forma y decisión adecuada que deberían tomar.

El quejido proveniente de los labios de Robert le hizo girarse y comprobar que se llevaba una mano a la nuca en señal de dolor, supuso que sufría fuertemente.

—¿Te duele mucho? —preguntó ligeramente asustada.

—Solo un poco —contestó Robert abrumado por las punzadas que sentía no solo en la nuca, sino en toda la cabeza.

El dolor era intenso, aunque no quería admitirlo para no asustarla.

—Pediré que te preparen un té de hierbas para que te alivie y enviaré a alguien para que traiga al médico, tal vez pueda recetarte algo que te calme —apuntó rápidamente Violette dispuesta a vestirse rápidamente para bajar.

Tras percibir el silencio por parte de Robert, intuyó que este aprobaba su decisión, por lo que debía estar peor de lo que en realidad deseaba admitir. Dio la orden en la cocina y pidió al mayordomo que saliera de inmediato en busca del médico, apenas dio dos pasos fuera de la cocina adentrándose en el saloncito donde solían desayunar y comprobó que el señor Stone le sonreía.

¡Casi había olvidado que Robert había insistido en que pasara la noche como su huésped!

¿Cómo podía haberlo descuidado? Después de todo lo que había hecho por ellos la noche pasada casi se sintió culpable al no prestarle la atención necesaria.

—Buenos días lady Violette. Luce radiante esta mañana, confío en que ha descansado adecuadamente a pesar del leve altercado —indicó cortésmente con la educación que le caracterizaba.

—Afortunadamente así ha sido gracias a usted —sonrió Violette con amabilidad y ordenó que sirvieran el desayuno al señor Stone inmediatamente.

—¿No me acompaña? Estoy demasiado acostumbrado a desayunar en solitario y agradecería una compañía femenina tan grata como la suya. Debo reconocer que a plena luz del día y con un atuendo más informal, usted resulta una auténtica beldad. Lord Benedict tiene mucha suerte de tenerla como esposa.

En ese momento Violette se sintió entre turbada y avergonzada, aunque enseguida reaccionó pensando en que el señor Stone solo trataba de ser amable con sus vecinos y después de lo que había hecho por ellos, no podía menos que complacerle en algo tan liviano como un simple desayuno por más que le preocupara el estado de Robert y deseaba volver a su lado.

—Desde luego será un placer acompañarle —contestó Violette evidenciando una sonrisa.

Si no hubiera sido por ese hombre ella no estaría ahora mismo allí, sino en un lugar que prefería no imaginar y con un futuro incierto dado que no sabía si las intenciones de aquel malhechor solo eran las

de obtener una recompensa por su rescate puesto que había asesinado a sangre fría a su cochero Gerald. Además, su invitado estaba allí por la simple generosidad de si era necesaria su ayuda en caso de tener que traer a un médico para su esposo en mitad de la noche, simplemente aquel gesto de compañía era lo menos que podía hacer para complacerle ante tanta demostración de afecto como había mostrado su vecino y nuevo amigo. Violette intuía que en la comarca todos debían ayudarse unos a otros puesto que al fin y al cabo no eran demasiados vecinos. En aquellos parajes más remotos y alejados de las grandes ciudades era cuando la calidad humana se acentuaba por la proximidad de sus gentes.

Mientras servían el desayuno acompañado de té, café y varios pasteles recién horneados, el señor Stone comenzó a relatar sus aventuras en los últimos años, sobre todo de su última incursión en alta mar donde tenía incontables aventuras que relatar. La mayoría de ellas tan curiosas, inverosímiles y graciosas que Violette no dejó de reír cuando le contaba la primera vez que había cazado a una ballena al enrolarse en un ballenero para regresar a casa.

Ciertamente agradecía esa distracción que la alejaba de sus propios problemas y comenzaba a encontrar la compañía del señor Stone muy grata.

—Me alegro de que le resulte divertido lady Violette, después de dos años en alta mar, la risa de una joven dama como usted es de lo más reconfortante —mencionó el señor Stone provocando que ella le observara meticulosamente.

Había un modo en que aquel hombre la miraba que ciertamente le desconcertaba, pero había asimilado que era la falta de costumbre por el hecho de que un caballero la observara de ese modo, además él había estado alejado de la civilización durante mucho tiempo y ahora estaba completamente a solas salvo por la constante interrupción de la doncella que les servía y se llevaba platos vacíos o rellenaba sus tazas, pero a excepción de Robert, el señor Stone era el único hombre con el que había compartido una situación en esas circunstancias y supuso que su aturdimiento era normal por la falta de experiencia sumada a la cercanía que él parecía tener hacia ella.

—¿Por qué decidió marcharse para pasar tanto tiempo en alta mar? —preguntó curiosa.

Tras su pregunta observó que dudó y rodó la vista hacia su taza de café como si tratara de buscar la respuesta adecuada.

—Imagino que la respuesta acertada sería decir que lo hice por amor —aclaró instantes después y aquello provocó la curiosidad de Violette.

—¿Se refiere a la dama que mencionó anoche y que está casada? —preguntó no sabiendo exactamente hasta que punto aquel hombre sería capaz de confesar su vida privada.

Después de llevar más de una hora conversando, ahora sentía curiosidad por ese caballero que les había salvado la pasada noche. Parecía honrado, culto y con don de gente, incluso se atrevía a decir que no tendría ningún problema en conseguir una esposa puesto que aún era joven y de facciones atrayentes.

—Veo que lo recuerda —sonrió con énfasis—. Haría hasta lo imposible por ella —decretó alzando la vista para observarla directamente a los ojos.

Aquella confesión provocó un escalofrío en Violette, no supo exactamente porqué, ni tampoco debido a qué, solo sintió que algo no iba bien con ese hombre, pero lo desechó rápidamente pensando que solo era el dolor por no tener a su lado a la mujer que amaba.

—Debe… —comenzó a decir sin ser capaz de saber qué era lo que le pasaba o porqué se sentía incómoda si le estaba hablando de otra mujer—, debe ser difícil saber que la mujer que ama pertenece a otro.

¿Por qué sentía un nudo en su estómago?, ¿Tal vez era por el sentimiento de nostalgia que el señor Stone le generaba? En el fondo era porque había algo en su mirada que no terminaba de convencerla y aunque se había empeñado en creer que era su falta de experiencia, cada vez esa sensación se incrementaba conforme la miraba de ese modo tan directo. Probablemente solo fuera su imaginación ya que él no podía tener ninguna pretensión hacia ella cuando hablaba de otra mujer que le había robado el corazón y de la que parecía estar enamorado desde hace años. Sus halagos seguramente solo eran provenientes de una cultura y educación propia de la nobleza, solo tenía que recordar al señor Weston para confirmarlo. Sin embargo, cada vez se sentía más incomoda por más que quisiera acallar esa percepción.

—Como le mencioné anoche, aún no pierdo la esperanza. Sé que algún día ella volverá a mi lado porque siempre la estaré esperando —agudizó en tono soñador y Violette pensó que el amor que aquel hombre sentía hacia esa dama debía ser efímero. Sus palabras hablaban de un amor correspondido durante al menos un tiempo, por

lo que pensó que en el algún momento de la vida, dicha dama le había entregado su favor y quizá era por eso que el señor Stone se aferraba con tanto empeño a ese recuerdo.

¿Sentiría Robert algo así hacia ella?, ¿Cómo era posible que a pesar de que la dama estuviera casada con otro, él no pensara en rehacer su vida? Le resultaba extraño a la vez que increíblemente romántico que aguardara pacientemente por algo que quizá jamás sucedería, pero no era quien para robarle los sueños o esperanzas a un hombre al que apenas conocía. Quizá era parte de ese resentimiento incapaz de frenar lo que había en su mirada y lo que a ella le hacía sentir esa frialdad e incomodidad. ¿Podía asumir que en el fondo el señor Stone era un hombre que sufría por amor? No debía ser fácil lidiar con esa situación y ella no era quien para juzgar sus sentimientos fueran estos correspondidos o no.

—¡Señor Stone! —La voz de Robert atrajo la atención de ambos y Violette dedujo que aquella conversación casi privada se habría terminado. ¿Qué hacía Robert allí cuando debía estar descansando?

—Me alegro verle aparentemente recuperado lord Benedict, no estaba dispuesto a marcharme

hasta ver con mis propios ojos que se encontraba en buen estado después del asalto —contestó amablemente el aludido levantándose de su asiento para saludarle debidamente.

—He estado en mejores circunstancias —sonrió Robert—, aunque con un poco de descanso estaré mucho mejor —agregó acercándose a uno de los asientos para unirse a la mesa.

—No me sentiré ofendido si necesita guardar reposo, le aseguro que su esposa lady Violette es una gran anfitriona y su compañía resulta muy gratificante —sonrió el señor Stone.

—A juzgar por las risas que se oían desde el piso superior, deduzco que lo han pasado muy bien durante el desayuno —mencionó Robert fijando la vista en su esposa y Violette se sintió aturdida.

Robert había esperado que su esposa regresara en cualquier momento, pero cuando una de las doncellas le sirvió el desayuno junto al té de hierbas indicando que ella permanecería en el comedor junto a su invitado, dedujo que era comprensible no dejar al señor Stone a solas, al menos eso pensó hasta que escuchó la esplendorosa risa de ella desde el piso inferior. ¿Qué podría causarle tanta gracia después de una noche tan dramática?, ¿Tan divertido podría ser el señor Stone a

pesar de su porte serio y ligeramente taciturno? Era evidente que sí y lleno de unos celos incomprensibles puesto que era incapaz de permanecer tumbado en su habitación sin saber lo que ocurría, se vistió a pesar de los quejidos de dolor que le producía su cabeza solo por ver con sus propios ojos lo que sucedía.

—El señor Stone me contaba sus anécdotas en alta mar mientras tomábamos el desayuno —

agudizó Violette percibiendo cierta molestia en el tono de voz de su esposo.

¿Podrían ser imaginaciones suyas o parecía realmente molesto por ello? Quizá lo descubriría más tarde, aunque no podía culparla de hacerle compañía a su invitado, aún más dada la razón por la que allí se hallaba.

—Temo que he pecado de distracción y acaparado más de la cuenta a su querida esposa lord Benedict. —Se disculpó el señor Stone y Violette sintió que no había sido la única en percibir dicha molestia por parte de su marido.

—En absoluto —contestó rápidamente Robert—. Me alegro de que se haya sentido cómodo en nuestra casa y que mi esposa sea una grata compañía. Espero que haya pasado una buena noche y sin duda me encantaría enseñarle los viñedos personalmente uno de estos días cuando me encuentre totalmente recuperado.

Sabía que sus celos eran infundados, después de todo aquel hombre no suponía un peligro para su matrimonio, sino que solo había tratado de ser amable y buen vecino con ellos, pero todo era nuevo con Violette por sus sentimientos hacia ella y la sola idea de que pudiera sentirse cómoda al lado de otro hombre le inquietaba por completo. Quizá debía hacerse a la idea de que ella acaparaba la atención de cualquier ser mortal con su sola presencia, solo tenía que ver ese rostro angelical para darse cuenta de que jamás pasaría desapercibido ante cualquiera. Ella le había confesado que lo amaba, le quería, eso debía ser suficiente para calmar sus ansias, pero no podía evitar pensar en la idea de que muchos hombres tratarían de conquistarla porque solo debían tener ojos en la cara para ver tanta belleza.

—Será un placer para mi lord Benedict. Si me lo permite, me gustaría visitarles para comprobar que están bien y que el incidente de anoche solo fue un desafortunado percance que afortunadamente se evitó a tiempo, pero no me quedaría tranquilo sin comprobar que ese

salteador volviera a intentar su objetivo con lady Violette —agudizó con calma, pero al mismo tiempo seriedad refiriéndose al asunto.

—Agradezco su preocupación a pesar de no ser necesario puesto que me encargaré

personalmente de la seguridad de mi esposa. No obstante, las puertas de nuestra casa permanecerán abiertas para usted, señor Stone. Puede visitarnos siempre que lo desee y será bienvenido cuando lo haga —contestó Robert percibiendo que aquel era uno de esos pocos caballeros honrados a los que tenía el placer de conocer.

A pesar de no haber pensado mucho en ello, el señor Stone le había abierto un nuevo dilema al respecto de ese intento de secuestro afortunadamente frustrado. Era cierto que aparentemente solo se trataba de un intercambio de dinero, algo en realidad poco frecuente puesto que los asaltos a los caminos solían ser simplemente para robar las joyas y monedas que sus ocupantes llevaran en aquel momento sin crear ninguna baja. Sin embargo, aquel maleante no había deseado nada de aquello, es más, la joya valiosa que Violette portaba en su cuello la había arrojado al suelo argumentando que sería lo único que le quedaría de ella si no pagaba su rescate, por no decir el asesinato de su cochero al cual aún debían informar a la familia y darle sepultura en condiciones.

¿Podría ese secuestro ser parte de la amenaza familiar que sufría Violette? Quizá solo era simple casualidad a pesar de la extrañeza de los hechos, pero conforme su mente pensaba con mayor claridad a medida que el dolor de cabeza mitigaba, comenzaba a ver que lo sucedido parecía totalmente premeditado salvo por la fortuita aparición del señor Stone que frustró dichos planes.

¿Podría ser ese maleante el asesino que el padre de Violette había buscado incansablemente? De ser así, ¿Por qué secuestrarla?, ¿Por qué no matarlos a ambos cuando había tenido la oportunidad de hacerlo en plena noche cerrada y simulando un atraco?, ¿Porqué matar a su cochero y dejarles a ellos a salvo? Quizá el secuestro formaba parte del plan para acabar con la vida de su esposa y a la vez obtener dinero o tal vez sería más creíble si era asesinada en un secuestro que el hecho de un ataque frustrado en un camino privado durante la noche

ya que esto levantarían demasiadas sospechas. La sola idea de que aquello tuviera algo de veracidad le ponía el vello de punta por saber lo cerca que habría estado de perderla.

Conforme pasaba el tiempo Robert tenía cada vez menos claro que lo sucedido fuera simple casualidad, tal vez porque había en juego demasiadas cosas y un pasado horrible que les acechaba para creer que así era. Por tanto, iba a extremar precauciones y no solo con el hecho de llevar un arma encima cada vez que salieran, sino que si era necesario contrataría seguridad para asegurar el bienestar de Violette. No iban a volver a sorprenderle desprevenido y menos aún sin estar preparado.

Capítulo 31

Durante dos días guardó reposo absoluto en casa, saliendo únicamente para celebrar el entierro de su cochero junto a la familia de éste. La incesante preocupación de Violette sobre la herida y que su esposa quisiera asegurarse de su bienestar no solo lo reconfortaba, sino que le hacía el hombre más feliz de la tierra por saber que ella realmente lo quería. No habían hablado del incidente o más bien de las sospechas que él tenía respecto al mismo, entre otras cosas porque no quería que ella lo temiera o se preocupara, como tampoco habían hablado del supuesto hijo que la viuda de Fornett en teoría esperaba. Realmente no deseaba afrontar ese argumento porque le generaba tensión hacerlo y menos aún quería que fuera un motivo de discusión en su matrimonio, pero tras recibir esa misma tarde una misiva de su antigua amante citándole en el hostal del pueblo, supo que no podía ocultárselo y menos aún mentirle, por esa misma razón la llamó a su despacho y sin entrar en detalle del porqué le había pedido acudir a él le mostró la misiva que acababa de recibir para que ella misma pudiera leer su contenido.

Violette leyó la carta detenidamente, la letra era pulcra aunque descuidada, se notaba que había sido escrita con rapidez y de forma apresurada. La idea de que citara a su esposo en un hotel ciertamente la alteraba, pero suponía que aquel tema tan delicado deseaba tratarlo de forma privada.

—¿Por qué me la muestras? —preguntó refiriéndose a la carta.

Ciertamente no habían hablado de ese tema desde el incidente, entre otras cosas porque ella había esperado a que Robert estuviera recuperado del todo para hacerlo, no era algo que se pudiera dejar al azar o al destino habiendo un niño de por medio. Le encantaría que esa situación no existiera, se moría de celos porque fuera otra mujer quien le diera el primer hijo a su esposo, pero no podía pensar en ella, en él y menos aún en la dichosa mujer que lo tendría, sino en el bienestar de ese futuro crío.

—Porque si acudo a esa cita no lo haré solo, vendrás conmigo —aseguró Robert con firmeza.

Probablemente la baronesa viuda pensaría que acudiría en solitario, más aún dada la reacción que Violette tuvo al conocer la noticia. Además, ese tipo de cosas solían tratarse en privado y una esposa jamás se entrometía, pero él tenía otras sospechas. Conocía lo suficientemente bien a la baronesa de Fornett para dudar realmente de que aquel embarazo fuera cierto y realmente esperase un hijo suyo, aunque desconocía que razones podría tener para inventar algo así, salvo perjudicarle y hacer tambalear su matrimonio.

Había sido un error confesarle a esa condenada mujer que fue su amante mientras estaba casado, eso probablemente la había llevado a pensar que no deseaba realmente a su esposa, pero la sola idea de que esperase verdaderamente un hijo suyo le aterrorizaba y no por ser el padre de esa criatura, sino por como podía afectar a su matrimonio.

¿Podría lady Henriette pensar que con esa estratagema alejaría a Violette de su vida?, ¿Tal vez su vieja amante pensaría que podría apartarla de su lado devolviéndola al convento donde había

estado los últimos dos años? Dudaba que supiera tales hechos puesto que solo su círculo más íntimo lo sabía, pero a lady Henriette le encantaban los rumores e incluso verterlos o propiciarlos ella misma, así que no le extrañaría en absoluto que de un modo u otro hubiera llegado a sus oídos donde se había encontrado su esposa todo ese tiempo en el que él permaneció a su lado.

Fueran cuales fueran las ideas de la viuda de Fornett, le dejaría muy claro con la presencia de Violette que no tenía nada que hacer al respecto. Si de verdad era cierto que esperaba un hijo se haría cargo del asunto a pesar de dudar que ella deseara tener un vástago fuera del matrimonio. Lo más sensato en esos casos era entregarlo en adopción o buscar una familia en un ámbito cercano que se hiciera cargo de la criatura. Había visto como su esposa se preocupaba más

que él por ese ser del que aún dudaba su existencia, quizá porque era demasiado crédulo para darle veracidad al hecho y pensaba seguir siéndolo hasta que se demostrara lo contrario.

—¿De verdad quieres que te acompañe? —preguntó Violette completamente absorta por el hecho de que la involucrase en tales circunstancias.

Sabía que no era común, ni adecuado, ni remotamente apropiado que ella le acompañara para tratar un asunto tan delicado. El hecho de que lo mencionara significaba no solo que deseaba que confiara en él, sino que fuera partícipe del suceso y las decisiones que se tomaran al respecto.

Ella había oído de caballeros que les imponían a sus esposas hijos ilegítimos para que les educaran como propios a pesar de que nunca serían reconocidos. En la mayoría de los casos no sucedía de esa forma, sino más bien se buscaba el modo de deshacerse de la criatura para no albergar un escándalo y ahí es donde ella no estaba dispuesta a que se permitiera tal cosa.

—Si no estuviera seguro o no quisiera, no lo mencionaría siquiera —aseguró Robert—. A pesar de que esta situación no me agrada, no deseo ocultar nada, ni tampoco hacer algo con lo que mi esposa no esté de acuerdo, por eso quiero que vengas conmigo. Sé que es mi error y que no debería hacerte pasar por ello, pero quiero que estés conforme ante cualquier decisión que se tome.

Violette sintió como se le encogía el corazón al escuchar sus palabras. No solo porque respetaba su opinión, sino que no iba a imponerle nada con lo que ella no estuviera de acuerdo y eso le reconfortaba.

—Te acompañaré —afirmó sintiendo que su lugar era estar a su lado a pesar de que aquello fuera un trago demasiado desagradable para ambos.

No podía cambiar el pasado ni los hechos que su esposo había cometido antes de conocerla a pesar de que estuvieran casados, pero ahora él la amaba, era a ella a quien quería a su lado y respetaba, por lo que no dejaría que un hecho como aquel afectara a su matrimonio.

El hostal quedaba a poco más de una hora en carruaje desde los viñedos. En su corta estancia durante esas semanas apenas habían visitado el pueblo ya que sus sirvientes traían todo lo necesario y ciertamente habían estado demasiado ocupados, pero ahora que Violette veía el ambiente, sus gentes y las casas pintorescas del

pequeño poblado se maravillo ante su encanto.

Quizá el recuerdo de su primera visita fuera amargo, pero se obligo a acudir con mayor frecuencia para eliminar ese recuerdo y pasear por aquellas calles rodeadas de sus gentes.

En el momento que entraron al hostal y uno de los empleados les advirtió que lo estaban esperando, los dirigió rápidamente hacia la habitación de la baronesa viuda puesto que ésta poseía un pequeño saloncito privado en el que mantener aquella conversación en la más estricta privacidad.

Robert entró primero en la pequeña sala cuando el empleado que los llevó hasta la habitación le dio permiso para entrar tras avisar a su huésped. Sus dimensiones eran reducidas, pero dado

que el hostal del pueblo no tenía una gran acogida lo consideró bastante decente y de buen agrado teniendo en cuenta que el mobiliario no estaba muy desgastado.

—¡Mi querido Robert! —exclamó la voz risueña de lady Henriette en cuanto asomó tras el leve corredor que había tras el muro de madera que separaba la habitación del salón.

La cara de absoluto estupor en la baronesa viuda fue evidente cuando Violette hizo su aparición y el empleado del hostal cerró la puerta dejándoles completamente a solas.

—Deduzco que no esperabais que viniera acompañado por mi esposa —mencionó Robert señalando a Violette que se colocó a su lado entrelazando su brazo como si de ese modo sintiera un mayor apoyo.

—Al contrario —indicó fingiendo una sonrisa nada cálida—. Aunque no creo que la idea de saber que su esposo tendrá un hijo con su amante le agrade demasiado —recalcó con énfasis y verdadero enfado —, pero teniendo en cuenta que nos descubrió cuando estabas a punto de tomarme, dudo mucho que le extrañe que sea cierto.

Robert apretó los puños con fuerza porque sabía que, si no lo hacía, sería el cuello de esa maldita mujer lo que estrujaría y aprisionaría entre sus dedos hasta dejarla sin respiración. ¿Cómo se atrevía a decir tales barbaridades frente a su esposa?, ¿Qué era lo que pretendía?,

¿Desquitarse?, ¿Tan mal asimilaba el hecho de que su relación se hubiera terminado?, ¿Acaso ella tendría otras pretensiones y al estar casado las había arruinado? En ningún momento le sugirió que

aquella relación pudiera acabar en un matrimonio acordado. ¿Tal vez era despecho? Dudaba que Henriette hubiera sentido amor, era demasiado fría y distante, sabía que ella siempre se movía por puro interés.

—El asunto que nos ha traído a mi esposo y a mi a este lugar no es juzgar mi opinión al respecto o si me agrada saberlo, por lo que puede ahorrarse sus comentarios —atenazó Violette ante el silencio y rigidez de su esposo.

Si esa mujer esperaba sorprenderla de nuevo desprevenida estaba muy equivocada. Ella estaba allí por una razón y no pensaba dejar que la abrumase.

—¿Entonces solo ha venido como acompañante? —exclamó lady Henriette aún más crecida—.

Si es así puede esperar fuera de esta habitación mientras su esposo y yo discutimos el futuro de la criatura que ambos estamos esperando —volvió a recalcar.

—Ni mi esposa se irá de este lugar, ni existe un nosotros en ese contexto —puntualizó Robert dejando claro lo que opinaba al respecto —. Sea cual sea la decisión que se tome al respecto, lady Violette estará conforme o nos marcharemos de este lugar y seréis vos quien asuma las consecuencias si es que existe realmente esa criatura.

—¡Como osas pensar que pueda mentir al respecto! —gritó con demasiado énfasis como si la ofensa la agraviara.

—Por desgracia os conozco demasiado para saber que la existencia de esa criatura es de dudosa credibilidad —afirmó tajantemente sin ningún tipo de duda.

Violette observó a su esposo sorprendida de tales palabras. ¿Porqué no le había mencionado que dudaba sobre la existencia de ese niño? Supuso que tal vez no había deseado prevenirla de ello o más bien anteponerla a una mínima esperanza por si esta era incierta, aunque recordó que intentó decírselo justo antes del asalto al carruaje. Casi lo había olvidado por completo hasta ese momento, pero supuso que Robert había dudado de la existencia de esa criatura todo ese tiempo.

—Me ofendéis al dudar de mi de ese modo —contestó la baronesa viuda mientras se sentaba en una silla como si se sintiera desvalida—. Vine aquí desesperada, creyendo que encontraría vuestro apoyo y pensando que os haríais cargo de la situación después de lo que

compartimos

juntos. No sabía que hacer, ni a donde ir, ni como afrontar esto en solitario.

Ciertamente sus palabras parecían sinceras, pero Robert ahora había abierto los ojos y sabía contemplar la diferencia entre la verdad y el papel de victima que lady Henriette sabía interpretar a las mil maravillas para obtener lo que deseaba.

—¿Entonces aceptaréis lo que decida? —exclamó Robert sabiendo que no sería tan fácil. No con ella.

—Si a vuestra esposa no le importa, yo podría entregároslo, podríais educarlo como vuestro hijo, aunque obviamente ella tendría que marcharse para que nadie pudiera sospechar que no es hijo suyo… —atenazó con una voz dulce, casi melodiosa—. Yo podría mudarme aquí, cerca de vos para alejarme de la ciudad y que nadie pudiera sospechar de mi estado. Una vez que nazca la criatura os la entregaría y de ese modo vuestra esposa podría regresar sin levantar conjeturas.

Nadie pensaría que el hijo no es vuestro.

Violette observaba atónita a esa mujer que además solo tenía ojos para su esposo y a ella ni tan siquiera la miraba. Su voz era dulce, melodiosa y se podía afirmar que tenía todo absolutamente planificado. En su retorcido plan las cosas encajaban a la perfección; la esposa desaparece, ella se muda cerca de él y… ¿Quién le decía que no podría tomar la relación que antaño tenían? Nunca había sido mal pensada. Jamás en su vida había tenido una opinión reprobatoria de otra persona, pero por alguna razón veía muy claro cuáles eran las verdaderas intenciones de esa mujer y desde luego no era el bien de la criatura, sino el de ella misma volviendo a convertirse en la amante de su esposo y quien sabe si podría conseguir que incluso anulara el matrimonio.

—Olvidáis que ya espero un hijo de mi esposo —contraindicó Violette resuelta a acabar con el argumento de aquella maldita mujer.

Por un momento, un leve segundo, llegó a creer que las sospechas de Robert respecto a ese embarazo podrían ser ciertas y que realmente no estuviera esperando a ningún vástago. Desde luego su figura no indicaba que lo hiciera y ya habían pasado suficientes semanas para que su vientre comenzase a ser incipiente o eso pensaba.

—¡Oh vamos! —exclamó lady Henriette—. ¿De verdad pensáis que

voy a creer que os ha tocado después de estar conmigo durante dos años mientras estaba casado con vos? Es evidente que solo decís eso porque estáis resentida de que vuestro esposo os rechace y tenga un hijo de otra mujer, pero no os lamentéis, cumpliréis ante el título cuando os haga entrega del hijo que estoy esperando —sonrió con evidente superficialidad y Violette no dio crédito a la absoluta falta de decencia y educación en aquella mujer a la cuál no podía considerar con el titulo de dama.

—¡Basta! —gritó Robert ahora realmente enfurecido—. ¡No tenéis ni idea de las razones por las cuales estaba alejado de mi esposa para estar con vos! —añadió exasperado—, pero os aseguro que lo último que haría en esta vida sería alejarla de mi lado. Ni tan siquiera por el supuesto hijo que estáis esperando —dijo sintiendo como su sangre se convertía en lava y estaba a punto de soltar fuego por su boca—. Esta es mi propuesta y si no la aceptáis no querré saber nada más de vos, ni del hijo que esperáis que debo suponer sea mío. Os alojaréis en una de mis propiedades lejos de la ciudad y lo suficientemente lejos de aquí para no tener que veros.

Tendréis a vuestro lado a una persona de mi total confianza que no se separará de vos y me mantendrá informado en todo momento. Cuando la criatura nazca se la entregaréis y proseguiréis con vuestra vida como si nada hubiera pasado. El futuro de la criatura lo determinaremos únicamente mi esposa y yo, pero vos no decidiréis nada al respecto, ni intervendréis en ello. Esa es la única oferta que recibiréis.

El silencio acogió la pequeña sala provocando el aturdimiento de la baronesa viuda y haciendo

que Violette mirase sorprendida a su esposo por tanta determinación en sus palabras.

—Hubo un tiempo en que me querías. Me apreciabas. No puedes haber cambiado de la noche a la mañana —agudizó lady Henriette dando un paso conforme se acercaba a él como si Violette no estuviera a su lado.

—A la única mujer que he amado en mi vida es a mi esposa —pronunció Robert colocando la mano sobre el brazo de ella que aún permanecía agarrado firmemente al suyo y eso le confirmaba con mayor vehemencia que estaba a su lado—. Y al único hijo que reconoceré como mío es al que ella espera —añadió como toque de gracia—. Tenedlo presente cuando toméis una decisión respecto a mi

oferta.

Diciendo esto trato de dirigir a su esposa hacia la puerta con la intención de salir de allí habiendo dejado las cosas perfectamente claras respecto al tema en cuestión. Sabía que si no tenía noticias de lady Henriette en los próximos días era porque ese supuesto niño no existía, es más, tal como se había dado la situación estaba realmente convencido de que así era. La increíble astucia de esa mujer tratando de convencerle para que enviase a Violette lejos y tenerla a ella cerca de él era irrisoria.

—¡Espero que os pudráis en el infierno Robert Benedict! —gritó enfurecida conforme salía por la puerta y supo que había frustrado estrepitosamente sus planes.

Robert cerró la puerta de aquella habitación sin responder a ese insulto y respiró hondo mientras recorría el pasillo de aquel hostal de regreso al carruaje junto a su esposa. La tensión que había acumulado y el peso de sus hombros se relajó en cuanto el vehículo se puso en marcha y observó que Violette le miraba anonadada.

—Siento haberte hecho presenciar esta desagradable escena —concluyó Robert apenado por la situación.

—Yo no lo siento —contestó Violette y dibujó una sonrisa en sus labios.

—¿Por qué sonreís? Ha sido un autentico bochorno para ti —mencionó rememorando varias de las cosas que había mencionado la baronesa demasiado desagradables de oír para Violette.

—Ciertamente esa era su finalidad, pero si no hubiera venido, sino te hubiera acompañado, jamás habría sabido las verdaderas intenciones de esa mujer. Desde luego no son el supuesto hijo que está esperando sino deshacerse de mi para poder volver a tu lado —apuntó con una vaga sonrisa en sus labios.

Robert la observó detenidamente. Tal vez esa fuera la intención de Henriette, incluso él mismo lo había sospechado cuando declaró su plan en el que Violette debía marcharse lejos, pero no sabía porque razón eso contentaba a su esposa.

—¿Y eso te alegra? —exclamó estupefacto.

—Me lleva a pensar que no existe tal embarazo como afirma tener —concluyó Violette mucho más segura de este hecho conforme

analizaba la situación.

No había una expresión de desesperación en el rostro de aquella mujer, ni de nostalgia, preocupación o al menos un ápice de angustia por la situación. No. A esa mujer no parecía preocuparle su estado que definitivamente la perjudicaba de ser cierto y esto se hacía público.

Por el contrario, solo buscaba la manera de regresar a los brazos de su esposo y deshacerse de ella. Al menos es lo que había podido ver en la breve conversación que se había mantenido en aquella habitación.

¿Podría estar plenamente convencida de que no esperaba un hijo de Robert? Ciertamente no podía, pero ver con sus propios ojos la reacción de aquella mujer a la que se negaba a nombrar dama porque distaba mucho de serlo, hacía que las sospechas de su marido al respecto cobraran

valor y ella misma creyera que eran ciertas. ¿Tal vez buscara alejarla para convencerle de anular su matrimonio? Definitivamente aquella mujer debía estar convencida de que Robert la repudiaba hasta el punto de negar que fuera posible que estuviera esperando un hijo de su propio marido.

¿Creería entonces en la posibilidad de una anulación por no haber consumado sus esponsales?

Lo que sí tenía claro es que Robert estaba de su lado y que repudiaba a esa mujer como bien le había quedado claro en aquella habitación. No la quería. No toleraría tenerla en su vida y definitivamente no buscaba volver a ella. Eso más que reconfortarla le daba una mayor seguridad de que aquella historia era agua pasada y no volvería a desconfiar en su esposo tras los hechos que acababa de demostrarle en los que la anteponía una y mil veces por encima de cualquier circunstancia.

Se sentía querida. Verdaderamente amada. Tal vez era eso lo que la reconfortaba y le hacía estar mucho más alegre de lo que realmente estaba. No sabía si podría cerrar finalmente el capítulo de aquella mujer o si volverían a tener noticias de ella, algo que no dudaba, pero ahora estaba realmente segura de poder afrontarlo junto a Robert y que buscarían el modo de que bajo ningún concepto afectara a su matrimonio.

—No mentiré diciendo que opino del mismo modo, supongo que tarde o temprano lo sabremos si no volvemos a tener noticias al respecto — afirmó Robert con cierta esperanza.

—Sea como sea estaré a tu lado —contestó Violette entrelazando sus manos dentro del carruaje.

Se había sentado frente a él, para poder ver mejor sus facciones, así que éste tiró de ella y la llevó a su lado para abrazarla. Justo en ese momento el crujido estrepitoso provocó que Robert la apretara con más fuerza entre sus brazos para protegerla mientras el carruaje volcaba y se golpeaba fuertemente la espalda sintiendo un dolor que recorría sus entrañas.

La voz de su nuevo cochero y el acompañante de éste que formaba parte de la nueva seguridad que Robert había contratado no tardaron en acudir hasta ellos. Entre gemidos, él solo quería que sacaran primero a Violette para asegurarse de que estuviera sana y salva, aunque a juzgar por los gritos de preocupación intuyó que lo estaba. Su visión era parcialmente borrosa, tal vez se había golpeado la cabeza, aunque el dolor provenía principalmente de su espalda. Cuando sintió el tirón de sus brazos para sacarle del cubículo en el que se hallaba, percibió con mayor ímpetu el latigazo que le atravesaba.

—Uno de los ejes se ha partido —mencionó el cochero—. No logro entenderlo, yo mismo los revisé concienzudamente esta mañana y estaban en perfecto estado —añadió compungido. Era su primer día de trabajo y sucedía aquello, probablemente estaba nervioso porque pudiera ser despedido de su puesto.

—Id a pedir ayuda a la casa más cercana, ¡Que envíen a un médico! —gritó Violette y se acercó hasta Robert que parecía aturdido—. ¿Te encuentras bien?, ¿Te duele mucho? No debiste hacerlo, te llevaste todo el golpe tú y has debido darte en la cabeza cuando aún no estas recuperado del todo.

—Me basta y me sobra con saber que estas a salvo —susurró fingiendo una leve sonrisa, pero en el fondo sentía como si algo se le clavaba en el cuello.

Solo unos minutos más tarde, el joven señor Lawler apareció ante ellos montado en su caballo seguidamente de un carruaje dirigido por su propio cochero. Al parecer habían volcado a la altura de su espléndida finca bien provista y se dirigieron hacia la gran casa donde la señora Lawler les esperaba realmente preocupada.

—Casi no podía creerlo cuando mi Andrew me dijo que habían volcado en el camino. Envié

inmediatamente a uno de los sirvientes a por el médico del pueblo, no tardará en llegar. Primero el asalto en el camino y ahora esto, ¡Definitivamente debéis estar muy asustada! Tomad un té recién hecho, estoy segura de que le calmará los nervios —mencionó dirigiéndose a Violette mientras dejaban a Robert sobre uno de los sillones amplios que había en el gran salón tras negarse a que le llevaran a una de las habitaciones.

—Agradezco vuestra preocupación señora Lawler —mencionó Violette realmente alterada.

Ciertamente esperaba que ese té calmara parcialmente sus nervios porque no era posible tener tanta mala suerte para que le hubieran sucedido dos desgracias en tan poco tiempo.

Era cierto que Robert no estaba sangrando, ni se veía tan mal como la noche del asalto, pero parecía aturdido y dolorido. Su temor era que se hubiera golpeado fuertemente la cabeza cuando aún no estaba realmente recuperado del golpe recibido en la nuca. La había protegido con su cuerpo, si se miraba a sí misma no tenía ni una simple magulladura porque él la había envuelto en sus brazos y amortiguado la caída, pero al ver su estado habría preferido repartir el dolor en lugar de ver como él sufría por ello.

Robert no dejaba de pensar en si aquel accidente había sido de nuevo algo fortuito o por el contrario tendría algo que ver con el pasado de Violette y la herencia que él había recibido. Le parecía demasiado extraño, y más aún, tan próximo al asalto que habían tenido solo unos días antes. Incluso la voz de su nuevo cochero no explicándose como había podido romperse el eje le martilleaba el cerebro.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo realmente?, ¿Podría ser todo casual?, ¿Habría alguien detrás de ambos sucesos? Pensó que debía estar preparado, que no volverían a cogerle con la guardia baja y sin embargo era consciente de que en caso de haberse roto el eje solo un par de leguas más adelante, la caída habría sido mortal para ambos si el carruaje llegaba a volcar colina abajo.

¿Y si era premeditado?, ¿Y si realmente el asesino de la familia de su esposa había regresado?

De serlo, de existir verdaderamente, no estaba seguro si sería capaz de protegerla. ¿Qué otros métodos utilizaría ese individuo para acabar con sus vidas? Tenía que tirar del hilo, saber como y en qué circunstancias había muerto cada uno de los herederos al ducado para estar prevenido y conocía perfectamente a la persona idónea que sería capaz de averiguar toda esa información que él necesitaba; su mejor amigo Henry Sylverston.

Capítulo 32

El médico del pueblo inspeccionó a Robert detenidamente y le aconsejó guardar reposo durante al menos las siguientes horas, por lo que ante la insistencia de los señores Lawler y de la propia Violette, decidieron pasar la noche alojados como invitados en su gran casa a pesar de que él prefiriese tornar a su hogar ya que desconfiaba de cualquier persona dadas las circunstancias. En realidad, su única preocupación había sido su esposa y estaba perfectamente sin un solo rasguño como le había confirmado el doctor tras negarse a que se marchara sin examinarla. Ahora que sabía que ella estaba completamente sana, su preocupación era otra. ¿Qué iba a suceder si no podía realmente protegerla? No podía ser casual dos desgracias tan seguidas y ahora empezaba a sospechar incluso de su caída a caballo hacía tan solo unas semanas. ¿Y si la persona que estaba detrás de todo aquello también quería acabar con él? De ser así, ¿Por qué no lo hizo con anterioridad?, ¿Por qué esperar hasta heredar el título del ducado si ya no podría hacer nada para recuperarlo? En caso de morir pasaría a ser de sus parientes, ¿Qué razón tenía esa persona para obrar en su contra?, ¿Tal vez era algo relacionado con los viñedos porque los estaba volviendo a poner en marcha? ¿Y si aquella manipulación estaba perpetrada por esa única razón? La cuestión es que los viñedos habían estado sin funcionar durante mucho tiempo y en el transcurso las muertes no habían cesado… ¿Tal vez se habían producido para asegurarse de que el futuro heredero no retomara la actividad? Ciertamente nadie sabía de su matrimonio con Violette, ni de la fortuna que recibiría como dote, ¿Quizá el asesino que había pensó que él no pondría en marcha los viñedos porque no tenía recursos para hacerlo? Aquella teoría comenzaba a cobrar fuerza y de ser cierta no solo estaba en riesgo su vida, sino la de su futuro heredero. Aún así, Violette le preocupaba, si habían matado a su madre para que no

le diera al duque ningún heredero era muy posible que intentaran hacer lo mismo con ella. Tenía que protegerla. Tenía que ponerla a salvo y sabía cuál era la única manera de hacerlo, aunque no quisiera. Le doliera en lo más profundo del alma, pero la ocultaría al mundo como hizo en su día su padre.

Tras el desayuno tomaron el carruaje ya restaurado para regresar a casa. Robert deseaba llegar cuanto antes para poner en marcha su propia investigación, comenzando por el estudio previo de todos los herederos al ducado y las circunstancias en las que estos habían muerto. No solo deseaba escribir urgentemente a Henry, sino citar de nuevo a lord Barric para que le diera detalles al respecto, estaba seguro de que mucha información que buscaba la tenía aquel hombre a buen recaudo ya que se habían pasado muchos años investigando aquellos sucesos buscando al culpable y le había nombrado vagamente como habían muerto algunos de aquellos herederos al ducado.

Cada segundo que pasaba estaba más convencido de que ese asesino existía. No creía en la fortuna, como tampoco en la mala suerte y era demasiada casualidad tener tres percances en un periodo de tiempo tan corto. Él era cauto, jamás había tenido una caída o accidente de aquel tipo, por eso la teoría de la conspiración cobraba fuerza a cada minuto que pasaba en el trayecto a casa.

En cuanto entraron en la gran mansión, su doncella salió a recibirles algo alterada. Violette vio la palidez en sus ojos y sus manos parecían levemente temblorosas.

—¿Sucede algo, Sivil? —preguntó Robert ante el silencio de la mujer.

No era común que tuviera esa reacción y dudaba que fuera por su estado ya que su nuevo cochero debía haberla informado al regresar a casa.

—Mi lord, se trata de un caballero. Al parecer es investigador. Vino anoche, pero le advertí que no os encontrabais en casa. Esta mañana ha regresado y lleva más de dos horas esperando en el gran salón —concluyó algo inquieta.

—¿Investigador?, ¿Está aquí por el intento de secuestro?, ¿Ha dicho su nombre? —preguntó Violette extrañada.

No sabía que podía hacer ese caballero allí, pero intuyó que podría tratarse del asalto que tuvieron hacía unas noches.

—No lo sé mi lady. Solo ha dicho que está investigando un asesinato

—mencionó la mujer provocando un silencio en ambos.

En cuanto entraron en el gran salón percibieron la presencia de un hombre de mediana edad bien vestido. Con grandes patillas cubriendo parte de su rostro y gesto serio se dio la vuelta para presentarse y Violette apreció que llevaba unos anteojos colgando del bolsillo izquierdo de su chaqueta. A juzgar por su atuendo algo pintoresco se deducía que no iba del todo a la moda, pero aun así su atuendo era impecable y más aún si se tenía en cuenta el brillo de sus zapatos lo suficientemente pulidos para percibir su propio reflejo.

—Ustedes deben ser los duques de Savegner —mencionó en cuanto les vio—. Soy el señor Otton y siento haber irrumpido en su casa de este modo. No lo habría hecho si no se tratara de un asunto urgente.

—Mi doncella me ha informado que es usted investigador, señor Otton ¿Se trata del asalto que tuvimos hace unas noches de camino a casa?, ¿Han encontrado al hombre que trató de llevarse a mi esposa? —preguntó Robert esperanzado.

—He sido informado sobre ese suceso por parte del señor Stone y se está investigando, pero el asunto que me ha traído hasta aquí es de otra índole. Agradecería por tanto que pudiéramos hablar a solas, lord Savegner —puntualizó decretando que fuera lo que fuese que venía a tratar, no tenía que ser escuchado por Violette.

—Por supuesto. Estaremos más cómodos en mi despacho —indicó Robert aún con dolor de cabeza, pero intrigado por saber qué demonios era lo que estaba sucediendo.

Una vez acomodado en la butaca de su despacho, el señor Otton rehusó tomar asiento y fue directo al tema que había venido a tratar.

—Me consta lord Savegner, que ayer por la tarde usted fue a visitar de forma privada a la baronesa viuda de Fornett —dijo paulatinamente.

—Si. Es cierto —concluyó Robert no sabiendo porqué le preguntaba aquello.

¿En qué lío iba a meterle de nuevo esa arpía de mujer?

—¿Me puede decir exactamente cuáles eran las razones de su visita?, ¿Por qué se encontraron en la habitación de su hostal y porqué ese encuentro se formuló a solas? —exclamó con énfasis.

—Desconozco en qué puede estar implicada lady Henriette, pero aquí

tengo la correspondencia donde ella misma me citaba para tratar un tema privado —contestó mostrándole la misiva que aún tenía sobre la mesa en la que no venía la información detallada sobre el asunto de ese encuentro.

—¿Es posible que la dama estuviera esperando un hijo suyo, lord Savegner? —preguntó el señor Otton conforme leía aquella misiva y la dejaba cuidadosamente sobre la mesa del escritorio.

—¿Le ha mencionado eso lady Henriette? Ciertamente es lo que afirma la dama, por eso la citación fue privada —concluyó esperando acabar con ese asunto.

—Entonces debo suponer que a usted no le agradaba en absoluto este hecho, más aún teniendo en cuenta que está casado y que el destino de la criatura sería incierto —El tono de voz del señor Otton parecía más serio de lo normal y a Robert no le gustó en absoluto por donde estaba derivando aquella conversación.

—Dudo que a ningún hombre casado le agrade tener un hijo de su antigua amante, pero le ofrecí una solución beneficiosa para ambos si es que era cierto que esa criatura existía —afirmó exasperado.

—La razón de mi presencia aquí, lord Savegner, es porque ayer mismo el personal del hostal donde tuvo su cita con lady Henriette informó de que ésta había sido encontrada asesinada en su habitación cuando fueron a llevarle su cena. Al parecer fue usted la última persona que la vio con vida. ¿Puede explicarme este hecho?

Robert permaneció en silencio incapaz de dar crédito a lo que sus oídos escuchaban. ¿La baronesa viuda había sido asesinada?, ¿Y justo después de que hubieran tenido aquel encuentro?

No podía ser. Definitivamente aquello no estaba sucediendo. Le aturdía la idea de que aquella mujer hubiera muerto de esa forma, pero más aún la posibilidad de verse implicado en ello.

¿Tendría realmente problemas lady Henriette y por eso estaba allí con la excusa de su embarazo?, ¿Era posible que buscara ayuda en él huyendo de alguien que la perseguía y pretendía utilizarle para desaparecer un tiempo? De ser así no comprendía porqué había reaccionado de aquella forma a su propuesta en lugar de aceptarla en un acto desesperado. No lo entendía.

Ciertamente la baronesa viuda se mezclaba con diferentes tipos de personas, algunos de ellos de lo más inverosímiles o problemáticos.

Aunque el hecho de que hubiera terminado de ese modo le daba escalofríos, tampoco le sorprendía en sobremanera, salvo por el hecho de que hubiera sido la última persona que la viera con vida. ¿Buscaría quizá con aquella artimaña su protección? Tal vez nunca hallara la respuesta.

—Disculpe mi asombro —pronunció finalmente Robert tras una larga pausa—. Aún no me hago a la idea de que haya sucedido un acto tan atroz como ese. Le aseguro que no sentía empatía hacia lady Henriette en las últimas semanas, puesto que me ha generado varios problemas al entrometerse en mi matrimonio —sacó a relucir plausiblemente—. Le puedo confirmar que cuando mi esposa y yo abandonamos la habitación de la baronesa viuda, ésta seguía con vida y realmente enfadada a juzgar por sus gritos infames hacia mi persona. Quizá alguno de los huéspedes del hostal pueda confirmarlo —agregó sintiendo que no tenía modo alguno de probar que él no la había asesinado.

—¿Su esposa?, ¿Ella le acompañó? —preguntó ahora sorprendido.

—Si —afirmó contundente Robert—. Puede preguntárselo usted mismo. Estaba informada de mi relación con lady Henriette, además de conocer la razón por la que la baronesa me había citado en su hostal. No quise generar desconfianza en mi esposa, por lo que le pedí que me acompañara y que tomara parte en la decisión que procediera tras aquella reunión privada.

Robert observó como el señor Otton parecía meditar al respecto conforme se llevaba una mano al mentón de forma pensativa.

—Eso cambiaría drásticamente los hechos y usted quedaría libre de sospecha. ¿Podría llamar a su esposa para que corrobore su declaración? —preguntó finalmente y Robert accedió rápidamente pidiendo a una de las doncellas que avisara a su esposa urgentemente.

Violette no sabía que esperar cuando entró en aquel despacho y menos aún cuando comenzaron

a preguntarle donde había estado el día anterior pidiendo detalles exactos, de forma que reveló lo sucedido incluyendo el accidente en carruaje y el resultado de pasar la noche en casa de los Lawler. Nadie le mencionó nada al respecto, sino que el señor Otton agradeció su colaboración y les deseó un buen día antes de marcharse.

—¿Tiene algo que ver el señor Otton con lady Henriette? —preguntó finalmente Violette, puesto que sabía que aquel hombre no estaba allí

por el asunto de su intento de secuestro, por tanto, intuía que aquella mujer podría haber acusado a Robert de algo horrible tras no haber logrado lo que deseaba.

—En realidad si —afirmó Robert soltando todo el aire contenido y esperando que aquel asunto no salpicara su nombre y mucho menos su título. Bastante tenían ya con el pasado de los Savegner para añadir más muertes en el camino—. Al parecer la baronesa de Fornett fue asesinada poco después de que abandonáramos el hostal.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Violette consternada.

Era cierto que detestaba a la dama, pero no tanto para desearle ese horrible final.

—Es un hecho horrible —confirmó Robert conforme se acercaba a ella y la abrazaba—, pero no debes preocuparte. Tarde o temprano darán con el responsable de tan atroz crimen —aseguró esperando que así fuera.

Después de todo el daño que lady Henriette le había causado con respecto a su matrimonio, no deseaba que aquel asunto quedase impune. Por mucho que detestara a la dama, su asesino merecía un castigo por terminar de esa forma con una vida humana.

Robert pasó la tarde encerrado en su despacho. Tal vez debería descansar y guardar reposo en su lecho como había indicado el médico, pero no podía demorar más los asuntos que tenía pendientes a tratar. Habían sucedido demasiadas cosas y sentía que iba a contrarreloj, como si el tiempo se agotara. Podía intuir que el peligro acechaba y con cada nuevo suceso solo confirmaba el hecho de que alguien estaba detrás de cada desgracia.

La muerte de lady Henriette solo era el culmen de todo aquello, aunque dudaba que tuviera que ver algo al respecto, era demasiada casualidad el hecho de verse implicado de algún modo en ello. Citó a lord Barric urgentemente con la excusa de tratar algunos asuntos referentes al ducado de los que no tenía constancia y después envió una misiva a su amigo Henry informándole detalladamente de los hechos para que comenzase una investigación exhaustiva sobre cada una de las muertes que habían sucedido en aquellos años ligadas al título.

En uno de los libros del viejo duque, existía un listado de descendientes y parientes por orden cronológico de herederos. Escribió los nombres de cada uno de ellos con la esperanza de que su

gran amigo pudiera arrojar alguna luz en la búsqueda del asesino. La idea de tornar a Londres cobraba fuerza, pero no se sentía lo suficientemente bien para partir de inmediato, ni le daba seguridad aquellos caminos en los que podrían ser asaltados, además de que el mal tiempo había comenzado y quedarse atrapado entre el barro era algo que no podía permitirse. Aún así no descartaba la idea, para ello debería contratar más hombres que les protegieran de cualquier percance que encontraran en el camino. De un modo u otro no estaba seguro en aquel lugar, no después de lo sucedido y eso hacía que sus temores aumentaran respecto a Violette.

Hasta el momento no había querido informarla de ello, pero tal como estaba generando la situación no sabía si era oportuno revelar todo o parte de lo sucedido a su familia solo para que ella estuviera atenta y prevenida, aunque esto le causara un miedo atroz.

Capítulo 33

Durante cuatro días Robert no había salido de casa con la excusa de guardar reposo tras el incidente con el eje del carruaje. Su nuevo cochero le había indicado que se había partido de un modo extraño, como si alguien lo hubiera tallado por el corte tan liso que tenía una de las partes segmentadas. Eso hizo que la teoría de que el asesino de los herederos al ducado cobrara fuerza y siguiera con vida, incluso más cerca de lo que creía. ¿Se trataría del asaltante que trató de llevarse a Violette? De ser así no habría querido un rescate por su esposa, sino que se trataría solo de una excusa para matarla. En ese momento justamente su salvador, el señor Stone, hizo acto de presencia para visitarles.

—Me alegra verle de nuevo señor Stone —indicó Robert invitándole a sentarse.

Ciertamente ahora que tenía más motivos para pensar que el asalto no

había sido casual, agradecía la fortuna de que ese hombre hubiera aparecido en el momento justo para salvar a Violette.

—Espero no llegar en un mal momento, esta mañana me encontré con el señor Lawler que me informó del grave suceso con su carruaje y me tomé la libertad de pasarme a visitarles para ver como se encontraban. Imagino que lady Violette debe estar realmente asustada teniendo en cuenta que no hace mucho intentaron secuestrarla y ahora sucede esto —mencionó en un tono suave con ciertas notas de preocupación.

—Afortunadamente mi esposa se encuentra perfectamente a pesar de los terribles sucesos que nos han importunado, pero agradezco su preocupación hacia ella. Si acepta mi invitación para quedarse a cenar con nosotros podrá comprobarlo usted mismo —contestó tratando de ser amable con aquel caballero.

No sabía en quien confiar en aquellos parajes, pero el señor Stone podría ser un candidato perfecto a ello teniendo en cuenta que había hecho más por él de lo que imaginaba sin saberlo.

—Por supuesto. Será un placer disfrutar de una compañía tan agradable —puntualizó sonriendo.

Durante la cena Violette estaba realmente inquieta. No sabía porqué, pero las miradas furtivas que el señor Stone ejercía hacia ella comenzaban a ponerla nerviosa. Tal vez solo eran fruto de su imaginación o de que no estaba acostumbrada, quizá era porque aún permanecía el susto en su cuerpo tras los incidentes ocurridos a pesar de sentirse segura en casa, pero fuera cual fuera la razón, por más que se forzaba a que aquel hombre le agradara, había algo en su forma de observarla que la turbaba.

No sabía explicar esa sensación porqué se producía, pero era como si tras aquella mirada que intentaba ser afable, había algo sombrío que ocultaba.

—Por cierto, no sé si están al tanto del gravísimo suceso ocurrido unos días después de la velada en casa del barón de Norfolk —mencionó repentinamente el señor Stone—. Supongo que habrán oído que la acompañante del señor Gibbs, la baronesa viuda de Fornett fue asesinada en su hostal —mencionó conforme se llevaba una cucharada de sopa a la boca ante la atenta mirada de

los duques—. Al parecer el señor Gibbs ha desaparecido y parece ser el principal sospechoso de la muerte de lady Henriette. No puedo creer que alguien de nuestro circulo haya podido cometer un acto tan

terrible como ese.

Robert meditó un segundo en el señor Gibbs. Solo conversó con él durante unos leves instantes, pero le constaba el interés que había mostrado por Violette. Aparte de ese hecho, no parecía un hombre peligroso, ni mucho menos alguien que fuera capaz de hacerle algo así a una mujer, pero no podía evitar pensar en si podría tratarse del asesino que buscaba. ¿Qué relación tendría el señor Gibbs respecto a la familia Savegner? Ciertamente debía averiguarlo.

—¿Creen que ha sido él? —exclamó Violette afectada por la revelación.

—Si ha desaparecido y le están buscando incansablemente, imagino que es porque tienen una sospecha clara —corroboró el señor Stone mirándola fijamente.

—Resulta increíble que hace apenas una semana pasáramos la velada junto a él y lady Henriette —mencionó Violette aturdida.

Lejos de alegrarse de la muerte de la baronesa viuda, le afectaba que ésta muriera de un modo tan mezquino. Aunque su desaparición traía consigo la paz a su matrimonio, nadie debería acabar de ese modo.

—Desde luego ninguno de los presentes había podido prever tal desgracia. Mañana mismo partiré hacia Londres para unirme a la búsqueda del señor Gibbs, creen que estará recluido en alguna parte de la ciudad y necesitan a alguien para identificarlo cuando finalmente le encuentren, así que me ofrecí al señor Otton que es quien investiga el suceso de forma voluntaria.

Tras escuchar aquello, Robert pensó que si permanecía oculto para no ser capturado y se trataba de la persona que les acechaba, no habría huido a Londres, sino que se habría quedado por el condado. Esa teoría provocaba que el hecho de alejar a Violette de allí cobrara fuerza. Si había sido capaz de matar salvajemente a una mujer, nada le detendría en terminar también con ellos, aunque no supiera cuales eran las razones para hacerlo.

—¿Sabe a que se dedica la familia del señor Gibbs? —preguntó repentinamente Robert tratando de obtener información.

—Por supuesto —decretó el señor Stone—. Tienen viñedos como en su día los tuvo la hacienda Savegner, solo que nunca han sido tan conocidos o famosos, ni su calidad tan excelente como el brandy que se fabricaba antaño en estas tierras —concluyó reforzando la teoría de

Robert.

—Imagino que se beneficiaron cuando el padre de mi esposa decidió no continuar la actividad

—continuó intentando averiguar más información como si solo establecieran un tema de conversación.

—Imagino que si. Poseen una gran fortuna que aumentó considerablemente en los últimos años.

Creo recordar que comenzaron a fabricar brandy poco después de que los viñedos del duque de Savegner dejaran de producir el suyo.

¿De verdad lord Barric no había investigado aquello? Solo le había bastado una conversación con uno de los vecinos del condado para darse cuenta de que ya tenía a un sospechoso más que aceptable. Tal vez no fuera propiamente el señor Gibbs quien hubiera asesinado a todos los herederos al ducado, pero sí su padre o algún hermano mayor corrompido por la envidia y fortuna del viejo duque.

Pasaron el resto de la velada afablemente. Violette agradeció que la conversación sobre el asesinato de lady Henriette y la sospecha del señor Gibbs hubiera derivado en algo más agradable como eran los tipos de licores, maduración y especiado que existían en el mercado. Al parecer el

señor Stone estaba bastante informado al respecto por su especial predilección del brandy de buena calidad, así que cuando Robert le invitó a degustar el licor que habían encontrado reservado en las barricas de doce años de antigüedad a su regreso de la ciudad, aceptó de buen agrado. Como la conversación le pareció algo tediosa, decidió ofrecer una disculpa para dejarles a solas. Lo cierto es que llevaba varios días más cansada de lo habitual, algo que hacia referencia al poco descanso que su mente le ofrecía por los sucesos ocurridos, por tanto, cuando se incorporó para marcharse, sintió que su cuerpo se desvanecía hasta que unos fuertes brazos detuvieron su caída.

Lo siguiente que Violette vio tras abrir sus ojos, fue el rostro del doctor que la había despertado gracias a unas sales. Reconoció su propia habitación y sintió la presencia de Robert inquieta al fondo de la estancia donde su rostro era de evidente preocupación.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó desconcertada.

Recordaba estar bien hasta que se alzó de la silla para retirarse a sus

aposentos, entonces percibió como si algo en su cuerpo le robara todas las fuerzas dejándola exhausta. ¿Le habría sentado mal la comida?

—Os habéis desmayado lady Violette —citó el médico mientras comenzaba a inspeccionarla minuciosamente.

—¿Puede ser algo grave doctor? —Robert temía que hubiera sido envenenada o algo similar.

Aunque de ser así, él se encontraba perfectamente, pero… ¿Y si aquello iba contra ella?, ¿Y si el veneno solo estaba en su plato?

—Déjeme examinarla para saber si logro encontrar la causa. Su tez está algo más pálida de lo normal. ¿Ha estado alimentándose adecuadamente? —preguntó tomándole el pulso.

—Si —afirmó Violette—. Es cierto que últimamente no descanso tan bien como quisiera y quizá esa sea la causa de que me sienta más cansada de lo habitual —añadió creyendo que ese era el motivo de su malestar.

—Le recetaré algunas hierbas para que las tome antes de dormir y así podrá conciliar mejor el sueño, aunque antes quisiera descartar que el motivo del desmayo sea otro —decretó comenzando a palpar su vientre y en ese momento Violette descubrió que su vestido había desaparecido y su cuerpo solo lucía el camisón interior.

Repentinamente aquel hombre hizo un gesto extraño y entonces pidió a Robert que saliera del dormitorio para examinarla más detenidamente. Algo a lo que él se negó rotundamente. Violette percibió como el doctor asentía y con el permiso de su esposo exploraba su parte más íntima sintiéndose avergonzada por ello mientras Robert estaba presente con gesto serio y taciturno.

—Me temo que he encontrado la causa de sus síntomas —mencionó alejándose con un gesto relajado en su rostro.

—¿Qué le sucede?, ¿Es grave? —exclamó Robert de forma atropellada.

—En absoluto —aseguró el doctor ahora sonriente—. El motivo de sus desmayos y posiblemente el cansancio que ha sentido su esposa últimamente se debe a que está en estado de buena esperanza —añadió lavándose las manos en un pequeño pilón que había traído una de las doncellas.

—¿Está esperando un hijo? —exclamó Robert patidifuso.

Se había temido lo peor. Desde que hubiera sido envenenada hasta alguna enfermedad incurable o un golpe que pudiese haber pasado desapercibido. Verla perder la consciencia lo había alterado en sobremanera y sus nervios se encontraban a flor de piel. El hecho de saber que aquellos síntomas solo podían ser la causa de algo tan magnífico como un niño, lo llenaba de

orgullo y dicha.

—Así es lord Benedict. Mi más sincera enhorabuena —contestó en tono de alivio—. Aún así le recetaré esas hierbas que no perjudicarán a la criatura y la dejarán descansar durante la noche.

Violette no podía creerlo. No daba crédito a las palabras del médico. ¿De verdad estaba esperando un hijo? Ella había creído que era demasiado pronto para saberlo, pero si tenía en cuenta su último periodo era cierto que ya habían pasado varias semanas sin tenerlo, solo que no lo creía un motivo para verificar ese estado, creía que debía esperar mucho más para saberlo. No había hecho caso de los síntomas pensando que solo era la preocupación, sus nervios o la falta de sueño. ¡Iba a tener un hijo!, ¡Un hijo de Robert!

En cuanto el doctor se marchó acompañado por Sivil, Robert se acercó hasta el lecho y la acogió en sus brazos de forma delicada pero apasionada al mismo tiempo.

—Me habéis hecho el hombre más feliz, mi delicado ángel —susurró Robert mientras aspiraba el aroma de su cabello y le daba un suave beso en el cuello antes de apartarse levemente para acariciar sus labios con los suyos propios.

—¿Amáis a este hijo? —preguntó intuyendo la respuesta.

—Lo amaré tanto como a la mujer que lo lleva en su vientre —aseguró robándole ahora un beso más profundo provocando que Violette respondiera con la misma fogosidad que él implicaba en sus labios cada vez que tocaban los suyos.

Sintió la pasión en el cuerpo de Robert provocando que ella se abandonase a sus propios deseos, propiciando que sus caricias fueran devastadoras conforme rozaba cada parte de su ser entre sus dedos. La tomó de un modo suave, delicado, besando cada pliegue de su piel mientras la hacía suya, adentrándose en su cuerpo de un modo delicado y voraz al mismo tiempo. ¿Cómo no iba a amar a ese hombre?, ¿Cómo habría sido posible no enamorarse enardecidamente de él? Las oleadas de placer recorrieron su cuerpo culminando aquella

pasión cegadora y percibió como él la acogía entre sus brazos mientras se abandonaba al plácido sueño. Esta vez no existían preocupaciones o inquietudes, aquella noche había sido simplemente maravillosa y la idea de saber que pronto nacería su propio hijo la llenaba de una felicidad asombrosa. Su vida era plena.

Nada ni nadie podría romper esa unión que habían creado o al menos era lo que creía hasta que sintió que algo la alertaba de aquel sueño despertando.

Violette abrió los ojos inquieta. Una sensación de opresión se ceñía en su pecho y entonces sintió los pasos alejándose en el exterior de la puerta. Aún sentía los brazos de Robert rodeando su cintura conforme la acogía en su pecho. La calidez de aquella sensación la reconfortaba, pero había algo que no iba bien, no sabía explicar la razón, pero se quedó varios instantes en aquella posición, con la vista fija hacia la puerta entre la tenue luz que aún quedaba de las cenizas de la chimenea hasta que sintió el olor a humo con un aroma mucho más profundo que el que pudiera venir de su propia habitación. Se deslizó rápidamente de la cama con cuidado de no despertar a Robert y abrió algo temerosa la puerta de su habitación, diciéndose a sí misma que nadie podría haber entrado en casa, que aquellos pasos solo podrían ser de alguno de los sirvientes a pesar de no tener motivo alguno para estar despierto a esas horas. En cuanto abrió la puerta vio la inmensa luz de las llamas que prendían fuego en la puerta de roble que daba al a habitación de su esposo.

—¡Robert! —gritó desgarradoramente sintiendo el pánico en sus entrañas.

Robert abrió los ojos al escuchar el grito y palpó el lecho descubriendo la ausencia de Violette. Entonces alzó la vista y la encontró en el marco de la puerta con la vista fija en algo que la iluminaba. Percibió el olor a humo. Fuego. Supo que la casa estaba en llamas.

En cuanto sus ojos vislumbraron como la puerta de acceso a su habitación prendía comenzando

a extenderse hacia las paredes y suelo, dio la voz de alarma y seguidamente cogió la propia manta que cubría el lecho de Violette

para tratar de apagar las llamas, logrando herirse parcialmente los brazos en el intento hasta que varios de los empleados llegaron con cubos de agua y paños mojados logrando apagar así el fuego.

—Menos mal que estabas despierta —susurró Robert abrazando a su esposa mientras le daba un beso en la coronilla sintiendo que, de no haber sido por ello, quizá ninguno de los dos habría podido sobrevivir al fuego.

—Algo me despertó y escuché unos pasos, solo unos instantes después sentí el olor del humo y descubrí el fuego —reveló Violette segura de sus palabras y con la firmeza de que aquel incendio debía haber sido provocado por un descuido o tal vez de forma intencionada.

Robert maldijo en voz baja y cerró los ojos fuertemente. En su casa. En su propia casa. No podía esperar más, si lo hacía probablemente causaría la muerte de Violette y la suya propia, aunque aquello era lo que menos le importaba. Tenía que protegerla, ahora con más razón cuando acababan de enterarse de que venía un heredero en camino. Si el asesino que les acechaba se enteraba, no quería pensar en lo que sería capaz de hacer para cumplir su cometido.

—Haced el equipaje, coged lo imprescindible puesto que saldremos de inmediato —decretó con la absoluta firmeza de no esperar ni un solo segundo más en aquella casa.

—¿Partiremos ahora?, ¿Hacia donde? —exclamó Violette no comprendiendo la decisión.

—Te lo diré cuando estemos en marcha, ahora id a vuestra habitación, cambiaros y pedid a Sivil que os ayude si es necesario, en una hora emprenderemos camino —insistió mientras se alejaba de ella y se dirigía hacia su despacho.

Violette comenzó a realizar el pequeño macuto metiendo sus enseres personales mientras Sivil la ayudaba a guardar algunos de sus vestidos. No pensaba llevar demasiado puesto que saldrían en breve, pero si decidían permanecer en algún otro lugar por una larga temporada siempre podía pedir que enviaran el resto de sus pertenencias allá donde fuese.

—¿Pensáis regresar mi señora? —preguntó Sivil algo inquieta.

—En realidad no lo sé —contestó Violette sintiéndose inútil por no saber dar respuestas.

—Es una maldición, usted no tiene la culpa de tener ese color de ojos, pero está maldita —dijo Sivil con nostalgia y cierta pena en su tono de voz.

—¿Cómo dice? —exclamó Violette ahora realmente extrañada.

¿A qué maldición se refería?, ¿Y que tenían que ver sus ojos con ello?, ¿Cómo iba ella a estar maldita?

—Dicen que cuando una criatura llega a una familia con su color de ojos, solo puede traer desgracias —mencionó tratando de ser sincera, pero al mismo tiempo cauta—. Mire a su familia o lo que está sucediendo ahora, usted no tiene la culpa de que su excelencia quiera alejarla de este lugar y posiblemente de él.

Violette enmudeció. ¿De verdad podría tener ella la culpa de todo lo que pasaba?, ¿Podría estar maldita como Sivil daba a entender? Sus hermanos. Su madre… ¿Era esa la verdadera razón por la que padre la había alejado de él?

Capítulo 34

Ni tan siquiera había amanecido aún cuando el carruaje se puso en marcha. Robert estaba tenso, inquieto y porqué no decirlo; realmente tenía miedo. Lo último que había esperado es que esa persona que les acechaba, fuera o no el señor Gibbs como imaginaba, tuviera la osadía de entrar en su propia casa para prender fuego. Lo peor de todo es que debía saber perfectamente cuál era la estancia que él ocupaba y no sabía si esperaba que ambos se encontraran en ella o que la idea del ataque iba expresamente en su contra.

—¿Me vas a decir finalmente que está ocurriendo? —preguntó Violette percibiendo Robert estaba más inquieto de lo normal y le ocultaba algo. Había esperado que él iniciara aquella conversación, pero tras más de una hora de absoluto silencio no lo soportó. Quería saber si Sivil tenía razón.

Su rostro parecía pálido y preocupado, en las últimas semanas había creído que su estado se debía a los incidentes ocurridos en los que él había resultado mal parado, pero ahora no estaba tan segura de ello.

—Es mejor que no sepas nada —decretó Robert firmemente.

Asustarla no era buena idea. Menos aún en su estado.

—Es porque estoy maldita, ¿Verdad? —exclamó sin reservas.

Robert la observó confuso. ¿Maldita?, ¿Cómo se le habría ocurrido algo así?

—¿Por qué ibais a estar maldita?

Violette sentía que tenía ganas de llorar, no sabía la razón, pero trató de reprimirse.

—Sivil me lo ha dicho. Soy yo quien trae la desgracia por culpa de este color de ojos. Toda mi familia fue destruida y ahora todo lo que está pasando no puede ser casual. Debo ser yo. Mi destino es no encontrar nunca la felicidad —sollozó y provocó que Robert la cogiera de ambas manos para tratar de darle tranquilidad.

—No —negó rotundamente—. Tu color de ojos no es nada malo, al contrario, tienen el tono más hermoso que jamás he contemplado —insistió—. Quise ocultártelo para protegerte, pero tal vez sea necesario que te informe de lo que realmente sucede.

Violette abrió fuertemente los ojos y le observó directamente.

—¿De lo que sucede?, ¿Qué es lo que sucede?

—Ni tan siquiera sé por donde comenzar —mencionó Robert exasperado—. Quise evitar este momento todo lo posible, pero finalmente me he visto forzado a hacerlo —mencionó conforme sentía que le faltaba el oxígeno en sus pulmones y la opresión en su pecho crecía a pasos agigantados.

No quería hacer lo que tenía que hacer, era lo que menos deseaba en el mundo, pero sabía que no tenía otra opción si de verdad quería ponerla a salvo.

—Me estás asustando Robert. ¿Qué ocurre? —insistió Violette ahora realmente temerosa.

—El incidente de esta noche. El eje de la rueda del carruaje. El asalto en noche que volvíamos de la mansión Norfolk. Mi caída del caballo aquella tarde que regresaba a casa. Tengo la

sospecha de que ninguno de esos incidentes fue casual, todos y cada

uno de ellos fueron premeditados con la clara intención de causarnos la muerte —confesó finalmente tratando de poner orden en su cabeza.

—No puede ser —contestó Violette estupefacta—. ¿Por qué?, ¿Quién iba a querer hacernos algo así?, ¿Acaso tenemos algún enemigo o solo son sospechas infundadas? —decretó no dando crédito a sus palabras.

Era cierto que había oído pasos esa noche justo antes de descubrir las llamas que prendían fuego, pero pensó en uno de los sirvientes que habría tenido algún descuido de lo más fatídico. El eje de la rueda del carruaje solo había sido mala suerte y su intento de secuestro tenía la finalidad de obtener una cuantiosa suma de dinero. En cuanto a la caída de caballo que tuvo Robert, probablemente solo se trataba de una distracción por parte del mozo de cuadras que no revisó el estado de las correas.

—No son solo sospechas, si lo fueran no estaría ahora mismo alejándote de la finca en medio de la noche cuando aún falta más de una hora para que amanezca —concluyó Robert—. Lord Barric me advirtió de ello cuando nos instalamos en la casa. Él pensaba que esta pesadilla había terminado, pero es evidente que aún continua.

—No lo entiendo, ¿De que te advirtió lord Barric? —exclamó cada vez más desconcertada.

—Vuestros tres hermanos fueron asesinados a manos de alguien a quien jamás encontraron. Se vertieron rumores falsos sobre la causa de sus muertes, pero lo cierto es que eliminaron a los principales herederos del ducado. Dos años más tarde, vuestra propia madre no se quitó la vida como afirmaron para no levantar sospechas, sino que también fue asesinada probablemente a manos de la misma persona que se llevó a tus hermanos. Vuestro propio padre vertió esos rumores con la intención de apresar a su asesino, pero jamás lo logró —comenzó a decir en un tono carente de emoción, pero tratando de no ser duro en sus palabras puesto que sabía cuánto le afectaría aquella revelación—. Vuestro padre tuvo que tomar la más dura de las decisiones que un padre puede hacer en esos momentos. Te alejó de su lado temiendo que fueses la próxima victima en lo que había considerado una venganza contra él, eliminando a cada miembro de su familia.

—¡No puede ser! —gritó Violette consternada con lágrimas en los ojos al saber todo aquello.

—Vertió rumores falsos sobre tu aspecto con la intención de

protegerte, pensó que así ahuyentaría al posible asesino que le acechaba creyendo que jamás tomarías esponsales, pero entonces comenzaron las muertes de los herederos al ducado. Uno a uno a lo largo de doce años, fueron muriendo paulatinamente en circunstancias extrañas. Nueve en total, el décimo era mi padre y el undécimo fui yo.

Violette se llevó una mano a la boca temiendo lo peor. Si todo lo que le contaba era cierto, fuera quien fuera ese agresor querría acabar con la vida de Robert.

—Creéis que es el señor Gibbs, ¿Cierto? —preguntó pensando en las preguntas que le hizo al señor Stone sobre aquel caballero sospechoso de la muerte de lady Henriette.

—Tengo mis sospechas no lo voy a negar y también creo que no está en Londres como afirmó el señor Stone, sino que se ha quedado por el condado a la espera de terminar lo que ha empezado. Es evidente que la persona que está detrás de todo esto conoce demasiado bien el terreno y a juzgar por lo que ha ocurrido esta noche, también conoce muy bien nuestra propia casa, así que debe ser alguien de la zona. La familia Gibbs tiene motivos más que razonables para urdir esta masacre con la intención de continuar llenándose los bolsillos como hasta ahora.

Violette no daba crédito a lo que escuchaba. ¿Podría existir alguien tan mezquino de asesinar a toda una familia solo para obtener aquel beneficio? Sus hermanos. Su propia madre. Incluso a su

propio padre le habían robado al tener que separarse de él de aquella forma tan cruel. Ahora comprendía porqué nunca la visitaba. Ahora entendía las excusas de lord Barric para que le disculpara. No quería exponerla, pensaría que le seguirían y descubrirían su paradero, por eso nunca salía, por eso jamás debía cruzar las puertas del convento. ¡Había estado tan errada todos esos años! Y ahora solo sentía rabia. Una absoluta cólera que la corrompía por dentro.

—¿Y hacia donde iremos?, ¿A Londres? —preguntó pensando que quizá buscar el calor de sus amigos y familiares era la mejor opción ante esos momentos.

—No —negó Robert—. Regresaré a la finca Savegner en cuanto te deje en el convento —

decretó tan firme como sus palabras fueron capaces de indicar.

Violette abrió los ojos más de lo que sus grandes orbes le permitían

hacer no dando crédito a esa afirmación. ¿De verdad iba a llevarla de regreso al lugar donde había permanecido recluida doce largos años por culpa de ese agresor que les perseguía?, ¿Volvería a recluirse de nuevo por culpa de esa misma persona que había arruinado su vida? De ningún modo. No pensaba hacerlo y menos aún sabiendo al peligro que se expondría Robert si lo hacía.

—No lo haré —negó rotundamente—. No podéis llevarme de nuevo a ese lugar por las mismas razones que lo hizo mi padre. No lo consentiré.

—No he preguntado si estas de acuerdo o no, Violette. Hago lo que debo hacer para protegerte, tanto a ti como al hijo que está en tu vientre. No correré el riesgo de exponerte y que ese hombre se salga con la suya finalmente —insistió con determinación.

—¿Y que hay de mi propio deseo?, ¿De mi voluntad? Si lo haces. Si te atreves a dejarme en ese lugar para marcharte y enfrentarte tu solo al peligro jamás te lo perdonaré Robert, por mucho que seas mi esposo —dictaminó decidida.

—Puedo soportar el desprecio y que jamás me perdones por tomar esta decisión, pero no podría vivir si te pierdo Violette, moriría si lo hiciera —contestó severamente provocando el silencio en su esposa.

Violette supo que era inútil rebatir aquella decisión, Robert había tomado aquella determinación y por más que insistiera no iba a entrar en razón, así que pagó su rechazo con su silencio durante las siguientes diez horas que duró aquel trayecto hasta que llegaron al convento que tantos años había sido su hogar. En cuanto las hermanas la vieron aparecer festejaron su visita hasta que su esposo mencionó que se alojaría en aquel lugar un breve periodo de tiempo.

—Violette, no lo hagas más difícil de lo que ya es —dictaminó Robert cuando su esposa comenzó a caminar con la clara intención de no despedirse de él. Quería un beso, al menos un único beso en lugar de esa despedida fría en la que no sabía si realmente volvería a verla, pero estaría tranquilo sabiendo que ella estaba sana y salva en aquel lugar.

—Eres tú quien lo complica. Me dejas aquí sabiendo el peligro al que te enfrentarás en solitario, con la incertidumbre de no saber si volveré a verte, ni como me afectará ese hecho. Una vez me prometiste que jamás me alejarías de tu lado, acabas de incumplir esa promesa, aunque no debería extrañarme, ¿Cierto? No sería la primera vez que

faltas a tu palabra.

Robert sintió que se rompía en mil pedazos, pero al mismo tiempo no podía hacer nada. Si regresaba junto a ella podía perderla. Sin embargo, sabiendo que ella estaba a salvo podría estar alerta para dar caza al asesino de su madre y hermanos.

—Jamás lo haría su no supiera que es el único modo de protegerte —contestó en un último aliento.

—Tal vez yo no desee que me protejas, sino que permanezcas a mi lado —determinó Violette tajantemente mientras se daba la vuelta y caminaba hacia el interior del que había sido su hogar

durante tantos años conforme las lágrimas se derramaban de sus ojos.

No podía perdonarle aquello. No podía creer que volviera a encerrarla en aquel lugar aunque creyera que de ese modo la protegería. ¿Acaso no se daba cuenta que le causaba más daño alejarle de él que enfrentarse a ese hombre que quería acabar con sus vidas? Pasó el resto de la noche llorando, derramando lágrimas de desconsuelo por sus hermanos, por su pobre madre, por la agonía que debió padecer su padre durante tantos años y sobre todo por Robert, porque temía que el destino le quitara de nuevo a la única persona que amaba y que le quedaba en el mundo. Se llevó entonces las manos al vientre, donde la vida comenzaba a crecer de forma inesperada.

Nunca volvería a estar sola, eso era algo que su agresor jamás podría robarle y no estaba dispuesta a permanecer allí impasible a la espera de noticias ya fueran trágicas o alegres. Durante doce largos años esperó pacientemente, ahora se había hartado de hacerlo. No esperaría ni un solo día más tras esos muros, si algo le había enseñado su hermana Julia era a tomar sus propias decisiones fueran cuales fueran las consecuencias. Partiría a la mañana siguiente. No sabía como, ni de qué modo lo haría, aunque tuviera que irse a pie hasta la hacienda Savegner, lo haría.

Violette tardó en conciliar el sueño, pero cuando lo hizo imágenes de su pasado tornaron a su mente. Una gran fiesta donde todos parecían divertirse, ella correteaba por el gran salón cuyos decorados eran

grandiosos. Las lámparas de araña lucían espectaculares y reflejaban la luz del sol que se filtraba por las ventanas. Ella buscaba a alguien, no sabía a quien, probablemente era a otro niño o a su madre, pero corría entre la gente que permanecía de pie charlando en aquella enorme estancia. Entonces sintió como tropezaba y un hombre alto se inclinaba a su altura, lo había visto antes, en otro sueño, pero ahora veía su rostro aún más nítido. La observó detenidamente y sonrió abiertamente conforme acariciaba su cabello de un modo cercano. Parecía conocerla.

—Poseéis los ojos más bellos que he tenido el placer de ver, lady Violette —mencionó aquel hombre cuyo rostro le resultaba familiar. Su nariz era respingona, sus ojos la miraban de un modo que la inquietaba…

—Gracias —contestó en un tono de voz infantil y observó como aquel hombre miraba hacia ambos lados como si se asegurara de que nadie más observaba.

—Algún día seréis mía, mi bella Violette —mencionó sin que ella entendiera el significado de aquellas palabras—. Y todo esto será nuestro —añadió guiándole un ojo y el matiz de sus ojos hizo que despertara repentinamente de aquel sueño más agitada de lo que deseaba—. Yo me encargaré de que así sea.

De pronto Violette despertó solventada, sentía el sudor en su cuerpo, el miedo la embriagaba.

¡Le conocía!, ¡Sabía quien era!, ¡Había estado más cerca de lo que imaginaba!

Capítulo 35

El viaje de regreso para Robert fue largo y tedioso. No solo por el congojo que había sentido al tener que dejar a Violette de ese modo, sino porque sus palabras le afectaban mucho más de lo que esperaba, aunque eso no le había hecho cambiar de parecer respecto a su decisión. Se alojó en una posada para pasar la noche y cuando regresó al día siguiente de nuevo a la hacienda descubrió que tenía una misiva de su amigo Henry. Fue consciente de que lord Barric no había

respondido a su invitación durante todos esos días, había estado tan abstraído que apenas se había dado cuenta, pero pensaba enviarle de nuevo otra invitación por si la última se hubiera extraviado en el trayecto.

Abrió la carta de su mejor amigo rápidamente devorando las líneas, que no arrojaban nada nuevo a lo que ya conocía por las propias palabras de lord Barric. De algún modo esperaba que su amigo pudiera darle algún detalle más concreto que le condujera al señor Gibbs.

—Nada —mencionó para sí mismo mientras dejaba la carta sobre el aparador que había en el hall de entrada—. No tenía nada —repitió sintiendo la misma frustración que en su día debió sentir el padre de Violette.

¿Cómo iba a lograr atraparle si parecía demasiado escurridizo? Había salido impune ante lo que suponía que habían sido catorce asesinatos si incluía a lady Henriette. ¿Cómo iba él a hacerle frente cuando debía ser todo un experto en no ser descubierto? Aquel hombre era inteligente, de eso no tenía la menor duda y por eso mismo le extrañaba que si se trataba del señor Gibbs, se hubiera delatado tan fácilmente.

¿Y si no lo era?, ¿Y si sus sospechas eran inciertas? Si no se trataba de él, ¿Quién lo sería? No tenía razón alguna, ni sospechoso más viable que la familia Gibbs, pero según lord Barric habían investigado a la competencia y descartaron su implicación en los hechos.

Fueran o no responsables, dio la orden de inmediato para comenzar a envasar las botellas de brandy procedentes de las barricas que habían encontrado en buen estado. Si la causa de todo aquello era acabar con el negocio del brandy de los Savegner, precisamente le daría donde más le dolía al autor de aquellos crímenes boicoteando así el mercado al reaparecer con su licor más demandado.

Aquella misma tarde, Robert se acercó hasta el almacén donde se guardaba el brandy para supervisar él mismo el proceso. Quizá es que no podía permanecer ni un solo segundo encerrado en aquella casa con el recuerdo de las llamas en su imagen y el olor a humo que aún no se había disipado. Se quedó satisfecho al ver que ya habían conseguido envasar más de mil botellas que permanecían almacenadas a buen recaudo, por lo que se quedó gran parte de la tarde rodeado de su capataz y el personal que realizaba el trabajo. De ese modo se sentía más seguro. En su mente no apartaba la imagen de Violette

preguntándose si alguna vez sería capaz de perdonarlo, si cuando terminara aquella pesadilla, ella volvería a sus brazos abiertamente o le odiaría por apartarla de su lado.

Esperaba que si. Anhelaba que así fuera. Sufriría demasiado si por el contrario obtenía su

rechazo, pero sabía que iría a por ella en cuanto apresara al hombre que estaba detrás de todos aquellos asesinatos.

Subió pensativo las escaleras que llevaban a la barra suspendida del techo para ver el estado de la barrica que estaban vaciando. Continuarían al día siguiente con el proceso, así que quiso determinar cuantos días tardarían en embotellarla al completo. Aún quedaba luz suficiente para poder hacerse una idea al respecto. La gente se estaba marchando y apenas quedaban unos pocos recogiendo los bártulos. Escuchó el sonido de alguien que subía y supuso que sería su capataz para comprobar también por si mismo el estado, así que se sorprendió cuando en lugar de este, el afable rostro del señor Stone se acercó hasta él apaciblemente.

—¡Señor Stone! No esperaba verle hasta dentro de varios días, pensaba que estaría en Londres

—decretó Robert sorprendiéndole este hecho.

—Decidí retrasar mi viaje un par de días a la espera de noticias, la búsqueda se podría volver larga y tediosa y no deseo ausentarme tanto tiempo de aquí —puntualizó en un tono de voz bastante serio—. Quedé bastante preocupado por el estado de lady Violette, precisamente acabo de pasar por su casa y me han indicado que no se encuentra allí, ayer tampoco se encontraba.

—La duquesa se encuentra en perfecto estado, gracias por preocuparse. Hubo un pequeño percance en casa y ha decidido pasar una temporada con unos parientes, ayer mismo la acompañé

—mintió Robert no queriendo dar más información de la debida.

—¿Parientes?, ¿Qué parientes? —exclamó el señor Stone—. Ella no tiene ningún pariente.

Robert se irguió extrañado por el tono y la exigencia que parecía tener la respuesta del señor Stone.

—No creo que eso sea algo de su incumbencia, señor Stone —

concluyó Robert y sintió que el gesto de su amigo parecía relajarse.

—Por supuesto. Lo lamento. Es que es de sobra conocido que lady Violette perdió a toda su familia, por eso me había extrañado —decretó como si no pensara darle importancia.

—Si —afirmó Robert—. Por desgracia perdió a su familia, pero ganó a la mía cuando se casó conmigo —añadió concluyente y miró al frente comprobando que el almacén se había quedado vacío de personal. Al parecer todos se habían marchado a sus casas y debía ser más tarde de lo que imaginaba.

—Imagino que debe haberse alojado entonces con su hermana —mencionó el señor Stone y Robert trató de analizar si en algún momento de los que había hablado con aquel hombre mencionó a Julia.

—¿Cómo sabe que tengo una hermana? —preguntó ahora curioso.

—Sin duda lady Violette lo mencionó en la velada que ofreció el barón de Norfolk —contestó con una leve sonrisa y Robert se relajó.

No tenía porqué desconfiar de ese hombre, solo era su estado de agonía el que provocaba que viese alucinaciones. El señor Stone había salvado a Violette de las garras del verdadero asesino y si estaba allí solo era porque sentía preocupación hacia su esposa como un atento vecino.

—Si —afirmó ahora más relajado—. Ciertamente se ha marchado para acompañar a mi hermana que está esperando un hijo —admitió confesando una mentira a medias, porque era cierto que Julia estaba embarazada de su segundo hijo.

—Finalmente ella será mía —mencionó antes de que Robert viera como se acercaba a él y se apartara rápidamente antes de que lo empujara hacia el borde de la barra de madera de forma que habría caído al vacío.

Observó al señor Stone que parecía encolerizado por no haber logrado su objetivo y entonces

percibió como se llevaba una mano al bolsillo interior de su chaqueta sacando un arma de fuego para apuntarle.

No. No era posible. ¡Él había salvado a Violette!

—Jamás la encontraréis —mencionó Robert pensando que aquel era su final, que nunca más volvería a ver el rostro de su ángel cuyos ojos le habían cautivado desde el primer instante en que la vio.

No conocería a su hijo, al fruto del amor que sentía hacia ella, como tampoco podría disfrutar de una vida plena a su lado demostrándole cuanto la amaba y lamentando cada mala decisión tomada a lo largo de su matrimonio.

—Desde luego que lo haré —agudizó con una vaga sonrisa—. Y la consolaré entre mis brazos como en el instante que la salvé. Me amará, porque su destino ha sido siempre ese, ser mía. Ella me pertenece desde el instante en que nació —puntualizó.

Robert observó la certeza en su rostro, el semblante frío y calculador que ahora era capaz de analizar y ver con sus propios ojos. ¿Cómo no lo había visto?, ¿Cómo era posible que hubiera pasado desapercibido? Aquel hombre estaba enfermo, definitivamente estaba loco para haber hecho todo aquello con la única ambición de tener a Violette.

—No es posible. ¡Vos la salvasteis! —exclamó no comprendiendo porque había hecho aquello.

—Ella debía verme como su salvador. Confiar en mi. —mencionó seguro de sus palabras—.

Después de que la baronesa de Fornett os dijera que esperaba un hijo vuestro ella os rechazaría.

Era mi oportunidad para acercarme y estar a su lado, para consolarla en ese momento en que sentiría que la habíais traicionado, así cuando murieseis no sentiría vuestra pérdida, pero no contaba con que acudiera junto a vos a esa maldita cita privada. ¡Solo vos debíais ir en el carruaje! Casi pierdo a mi bella Violette por culpa de esa inútil mujer que estaba dispuesta a realizar cualquier cosa por dinero, así que le corté la garganta con mis propias manos y vertí ciertos rumores para que la culpa recayera sobre el señor Gibbs —sonrió con sorna—. Ese idiota es tan mujeriego que lady Henriette solo tuvo que prometerle pasar la noche con él para que la llevara a la velada.

—¿Vos matasteis a lady Henriette? —preguntó desconcertado.

—Por supuesto —puntualizó—. Su único cometido era apartarte de mi bella Violette y lejos de hacer eso, solo consiguió que casi la hiriera cuando volcó el carruaje.

Robert no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos. Había matado a lady Henriette con sus propias manos y sin duda debía ser el autor de todos los asesinatos que había detrás del ducado de Savegner. Sabía que no tendría duda alguna en dispararle o peor aún, en fingir un accidente al caer desde aquella altura y sería otro más de la larga lista de muertes.

—¡Robert!, ¡Ten cuidado, es él! —gritó la voz que creyó no volver a oír hasta ese momento.

Violette estaba allí. No sabía como había logrado salir de aquel convento y llegar hasta él, pero aquello le dio el impulso que necesitaba y se abalanzó sobre el señor Stone aprovechando el momento de aturdimiento que acababa de sufrir tras ser descubierto.

Forcejearon sobre la barra de madera que se balanceaba con sus movimientos y Robert debía hacer un gran esfuerzo para mantener el equilibrio procurando apartar el arma que le apuntaba al cuerpo. Aquel hombre era fuerte, pero no lo suficiente para él, así que con un fuerte golpe sobre la barandilla, el arma que tenía en sus manos cayó al vacío y aprovechó el momento para propinarle un puñetazo justo antes de que sintiera el dolor en su estómago como respuesta a su golpe.

Violette observó desde abajo como Robert se encogía de dolor y entonces el señor Stone aprovechaba la oportunidad para agarrarle por el cuello apretándolo con fuerza. Tenía que hacer

algo, ¡El arma! Ella había visto como había caído al suelo así que se acercó hasta que encontró el destello plateado y se alzó el vestido conforme subía los escalones que llevaban a esa barra de madera suspendida con cuerdas desde el tejado en el que se encontraban.

Robert sentía que se ahogaba. Trataba de deshacerse de aquella presión en su cuello, pero no lo lograba. Notaba como perdía fuerzas poco a poco hasta que le propinó una patada con el último resquicio de energía que le quedaba y sintió como se quejaba soltándole el cuello y llenando de nuevo sus pulmones.

Violette vio como el señor Stone soltaba a Robert y retrocedía unos pasos apartándose de él.

Aprovechó entonces esa distancia para acercarse y apuntarle con su propia arma.

—¡Alejaos de mi esposo u os juro que apretaré sin remordimiento

alguno! —gritó enardecida de rabia.

Ese era el hombre que tanto mal había causado a su vida. Que había destrozado por completo a su familia y que pretendía destrozar su matrimonio.

—Lady Violette —susurró en un tono de voz dulce—. Creo que ha habido una confusión. Está claro que yo jamás pretendería hacer daño a lord Benedict —dictaminó como último recurso y ella negó sin bajar el arma.

—Sé perfectamente quien sois. Un impostor enmascarado —decretó sin un ápice de duda.

—Os salvé cuando intentaron secuestraros, jamás trataría de haceros daño —citó mirándola a los ojos esperanzado—. Solo hubo una ligera confusión.

—Nunca seré vuestra y jamás permitiré que toquéis ni un solo grano de estas tierras como es vuestra intención —amenazó Violette haciendo caso omiso a su réplica.

—¡Siempre habéis sido mía!, ¡Me amáis como yo os amo! —gritó para sorpresa de Violette dejándola patidifusa—. Fueron vuestros ojos los que me dijeron que seríais mía —añadió sin dejar de mirarla—. Mi error estuvo en creer que ya no quedaban más herederos al ducado antes de que me perteneciera. Me marché creyendo que a mi regreso al fin podría esposaros cuando fuerais mayor de edad y heredase esta propiedad, pero descubrí que vuestro padre os obligó a casaros con ese bastardo, aunque eso es algo que solucionaré amor mío… devolvedme el arma.

Dádmela y al fin estaremos juntos para siempre como el destino quiere que hagamos —añadió dando un paso hacia ella.

Violette apretó con más fuerza si cabe el arma apuntándole al cuerpo.

—No os atreváis a dar un paso más o dispararé —amenazó con tanta seguridad que no supo donde nacía ese arranque de firmeza—. Asesinasteis a sangre fría a mis hermanos. Matasteis a mi madre. Me robasteis mi infancia. Me alejasteis de mi familia e intentasteis destruir mi matrimonio.

¿De verdad creéis por un solo instante que podría amar a un ser tan repugnante como vos? Mi desprecio es insignificante para todo el odio que siento hacia vuestra persona —indicó Violette acercándose hacia

el cuerpo del hombre que había destruido su familia.

—Todo lo hice por vos. Por nosotros… —insistió el señor Stone y ella sintió verdadera repulsión con aquellas palabras—. Para daros el lugar que os correspondía como duquesa. Haría cualquier cosa por vos. Nadie os amará como yo lady Violette. Dejadme demostrároslo, dadme la oportunidad de hacerlo —atenazó inclinando sus brazos en alto hacia ella tratando de acercarse para rozarla con sus dedos.

Violette negó con la cabeza no creyendo lo que oía.

—Estáis enfermo —puntualizó Violette no dando crédito a sus palabras. Ella tenía solo cuatro años cuando murieron sus hermanos, aquel hombre solo quería el poder que tenía su familia y además arrastrarla a su locura—. Os daré la misma oportunidad que vos le distéis a mi familia —

rugió con verdadero odio apretando el gatillo del arma y provocando que impactara en el pecho de aquel hombre y que cayera de rodillas tras el golpe—. Esto es por mis hermanos —dijo antes de acercarse y propinarle una bofetada en la mejilla izquierda—. Esto es por mi madre —decretó golpeándole con el arma en la mejilla derecha—. Esto es por lo que hicisteis sufrir a mi pobre padre —dictaminó dándole una patada en la entrepierna—. Y esto… —mencionó mirándole directamente a los ojos y sintiendo el fulgor de su sangre corriendo entre sus venas otorgándole las fuerzas necesarias—… esto es por tratar de robarme la única felicidad que poseo —expresó agarrándose a la barandilla de aquella barra para darle una patada en el pecho con todas sus fuerzas provocando que cayera al vacío.

En cuanto lo hizo Violette sintió como esa fuerza que la había consumido por dentro se evaporaba y su cuerpo comenzaba a temblar por lo que acababa de suceder. El cuerpo de señor Stone había impactado contra el suelo y ella sentía que se desvanecía sin poder evitarlo hasta que los fuertes brazos de Robert la acogieron impidiendo que tocara el suelo.

—Te tengo —susurró en su oído—. Ya ha pasado todo amor mío —añadió deslizando suavemente el arma de su mano ahora inservible y apartándola a un lado del suelo.

Robert sentía como el cuerpo de Violette temblaba entre sus brazos. Había descargado toda su rabia contra aquel hombre de un modo increíble que incluso a él mismo lo había desconcertado.

No sabía de donde había sacado aquella rabia, ese odio y esa energía

vibrante que le habían hecho ser capaz de hacer lo que hizo no solo para salvar su vida, sino para vengar la muerte de todos sus seres queridos.

Su ángel. Su bella Violette era una caja de sorpresas y vivir en primera persona como había sido capaz de enfrentarse al asesino de su familia fue asombroso. Tenía valentía y coraje, algo realmente apreciable en una mujer de carácter tan noble como lo era su preciosa esposa.

—Ahora mi familia descansará en paz —susurró con lágrimas en sus ojos—. Lo vi. Lo vi en mis recuerdos y recordé sus palabras. Supe que era él —agregó con voz ida mientras se abrazaba a Robert con cierta culpa en su pecho por no haber descubierto antes quien era la persona que estaba detrás de todo aquello.

¿Y si le hubiera contado a su madre cuando tan solo era una niña lo que aquel hombre le habría dicho?, ¿Podría eso haber cambiado las cosas? Probablemente su madre jamás le habría hecho caso, creería que era una invención o algún juego extraño. No podía creer como la mente enferma de aquel hombre y su ambición habían causado tanto dolor en su vida. Sus tres hermanos. Su pobre madre. El sufrimiento de su padre tratando de proteger a la única hija que le quedaba con vida después de haber perdido a todos sus seres queridos. No tuvo que ser fácil y ahora lo entendía.

Ahora comprendía verdaderamente cuánto la había amado para sacrificarse de ese modo, para asegurarse de que estaba protegida de aquel hombre, aunque no pudiera ponerle rostro. Se culpaba por tantos años creyendo que él no la quería, que solo se había desecho de ella por el dolor que sentía cuando resultaba todo lo contrario.

Le habría gustado tanto decirle que lo sentía. Que le quería. Que había sido el mejor padre que podría tener por tratar de protegerla a pesar de tener que renunciar a verla solo para asegurarse de que estuviera a salvo.

No era justo. El señor Stone le había robado demasiado y pagar con su vida era muy poco a cambio.

—Tú no tuviste la culpa Violette —atenazó Robert sintiendo que de algún modo ella se culpabilizaba de los hechos.

La respuesta de Violette fue encogerse entre sus brazos conforme salían de aquel almacén y a

pesar de la larga distancia que había que recorrer hacia la casa, Robert

la hizo a pie. En ningún momento quiso alejarla de su lado. Sentía su lamento, su nostalgia y su alivio al mismo tiempo.

Jamás volvería a dejarla sola, ahora lo tenía claro. No volvería a apartarla de su lado aunque creyera que era necesario. Si ella no estuviera allí. Si no hubiera regresado a pesar de no tener idea de como lo había logrado, quizá las cosas habrían terminado con un final desgarrador para ambos.

Violette se quedó profundamente dormida en los brazos de Robert. Sintiendo su consuelo, su cercanía y el calor de su cuerpo que la embriagaba por completo. Se abandonó al alivio de saber que todo había terminado al fin, que esa pesadilla que había perseguido a su familia, aunque nunca había sido consciente de ella hasta hacía tan solo un día, por fin había terminado. Se habían acabado las amenazas, los accidentes y el peligro de muerte para Robert. Ahora su hijo tenía un futuro esperanzador, uno que jamás habría tenido si aquel hombre siguiera con vida.

Abrió los ojos en medio de la noche asustada y se encontró con la tenue luz de una vela en su mesilla y el regocijo en los brazos de Robert que la acurrucaba.

—Estoy aquí —dijo con voz cálida—. No me iré a ninguna parte y me aseguraré de que estás a salvo —añadió porque sabía el temor que ella debía estar sintiendo tras acabar con la vida de un hombre.

Ella se acurrucó en su pecho aún más y aspiró su aroma. Realmente no tenía miedo, había estado soñando con su familia, ahora recordaba sus rostros más nítidos que antes, era como si revivir todo aquello le hubiera devuelto unos recuerdos que creía más que olvidados.

—No me has preguntado como logré llegar hasta aquí, como escapé del convento —admitió ahora que su sueño se había evaporado.

—En realidad no me importa como lo hiciste, pero me alegro infinitamente que me desobedecieras. Te juro que jamás volveré a alejarme de ti. Fue un error. Ahora lo comprendo, pero tenía tanto miedo a perderte que no analicé las posibles consecuencias —confesó Robert acariciando su rostro.

—Lo sé —afirmó ella—. Sé que solo querías protegerme como lo hizo en su día mi padre, que solo buscabas lo mejor para mi y nuestro hijo, pero no podía permitir correr el riesgo de perderte también a ti. Ese hombre me había robado a todos los seres que amaba, no podía tolerar que también te perdiera a ti —respondió Violette ahora más

tranquila—. Lo único que siento es que tuve que deshacerme del collar con la piedra preciosa que me regalaste para poder pagar el carruaje que me trajera de vuelta a casa. Era importante para mi, pero aún más lo eras tú.

Robert acercó su frente hasta la de Violette uniéndolas y aspirando fuertemente el aire que llenaba sus pulmones.

—Te regalaré mil joyas como esa si eso te hace feliz —contestó con impaciencia—. Te amo tanto mi bello ángel —susurró en sus labios—. Te he causado mucho daño y sé que no merezco tu perdón. Ni tu confianza. Ni tan siquiera merezco que estés a mi lado, pero prefiero morir antes que apartarte de mi. Eres la única mujer por la que mi alma se rompería en mil pedazos si sintiera tu rechazo.

—No podría rechazarte, aunque quisiera —contestó Violette rozando sus labios en un delicado beso tan suave como la seda—. Te amo con todo mi ser Robert Benedict. Eres lo único bueno que me ha traído toda esta desgracia, como si el destino supiera que me devolverías la felicidad.

Violette se acercó hasta él y besó sus labios con ardor. Con pasión. Con deleite. Con devoción.

Y sintió como era correspondida del mismo modo.

—Deberías descansar después de lo ocurrido —susurró Robert apartándose levemente de ella,

sintiendo que, si se dejaba llevar por aquellos besos, sería incapaz de detenerse ante la reclamación de su cuerpo.

—Tengo toda la vida para descansar, ahora solo quiero que me hagas olvidar y me recuerdes que a partir de ahora solo podrán venir cosas buenas a nuestra vida —indicó conforme alzaba sus manos y las enrollaba alrededor de la nuca de su esposo para profundizar aquel beso.

Robert no necesitó nada más para atraerla hacia él y rodar en el lecho junto a ella. Sus prendas fueron desapareciendo, sus besos comenzaron

a acariciar cada rastro de piel hasta que se deslizó en su interior poseyéndola, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo por tener a una mujer tan valiente, comprensiva y bella. Si. Había una única cosa que podría agradecerle al señor Stone y era que, sin su maquiavélico plan, jamás habría conocido a su hermoso ángel.

Capítulo 36

El señor Otton se presentó de nuevo en la hacienda Savegner al día siguiente, esta vez por petición propia de Robert que había escrito una misiva urgente alertando de que estaban buscando al hombre equivocado por la muerte de lady Henriette. Se habían llevado el cuerpo y habían tomado declaración tanto a Violette como a él de lo sucedido en aquel almacén. Informó de su confesión antes de morir y de que tenía sospechas, aunque no pudiera probarlo de que era el responsable de la muerte de trece personas más aparte de la baronesa viuda.

Lord Barric acudió aquella misma tarde habiendo recibido la misiva y se disculpó por estar fuera del condado. Cuando Robert le informó de lo sucedido no era capaz de asimilar que el responsable de todo aquello fuera aquel hombre que apenas tenía veinticinco años cuando comenzaron los asesinatos. Según el árbol genealógico de la familia Savegner, el señor Stone era el siguiente en la línea sucesoria al ducado después de Robert. ¿Cómo se les podía haber pasado desapercibido este hecho? Antes de morir, el señor Stone había mencionado que su error había sido creer que ya no quedaban más herederos antes de él, era obvio que el nombre de Robert se había escurrido entre sus dedos, obviándolo por completo y eso había sido su salvación. La de él y la de Violette que hubiera caído presa en las redes de ese hombre porque su padre la habría casado con ese degenerado pensando en su seguridad como buenamente había hecho con él.

Había estado libre de toda sospecha y lord Barric indicó que no tenía indicio alguno para pensar en él puesto que estaba muy lejos en la línea sucesoria y se había ausentado durante mucho tiempo de la hacienda familiar. Pertenecían a una familia modesta pero decente. El padre del señor Stone era un primo lejano del viejo duque de Savegner, por eso siempre eran invitados a las reuniones familiares.

Era evidente que la ostentosidad, riqueza y poder de del duque había corrompido al señor Stone, que acompañado de la ceguedad que sentía hacia la hija menor de este provocó una serie de catastróficas muertes a su paso.

No tenía la menor idea de como había logrado acercarse a cada una de las personas que había asesinado, pero el señor Otton dio respuesta a su pregunta cuando le visitó tres días más tarde con un libro de encuadernación roja en la que el propio señor Stone había detallado minuciosamente cada plan estratégico para eliminar a cada uno de los herederos al linaje. En él encontró que había usado nombres falsos para acercarse a las familias en varios casos, incluso en algunas de ellas había trabajado como sirviente para poder envenenarlos. Esa estrategia era la que precisamente tenía pensada para dar muerte al propio padre de Robert, solo que la naturaleza obró antes de que lo hiciera y no se acercó en ningún momento a su familia.

Tras haber pasado los hechos y saber que quedarían libres de cualquier tipo de repercusión tras la muerte del señor Stone al confirmar que solo habían actuado defendiéndose de aquel criminal. Robert escribió una carta a su hermana Julia y otra a su amigo Henry para informar detalladamente de lo ocurrido antes de que los rumores pudieran expandirse y que las malas lenguas hicieran que les llegaran información errónea o preocupante.

La sorpresa fue que solo cuatro días más tarde, Su hermana Julia junto a su cuñado Richard. Su mejor amigo Henry junto a su esposa Emily. Su amigo David junto a su esposa Catherine e incluso su amigo Aaron junto a su esposa Susan hicieron acto de presencia en la hacienda Savegner acompañados de todos sus hijos.

Violette bajó las escaleras ante el bullicio que se oía en el hall de entrada a su hogar y cuando vio a todas aquellas personas tan queridas comenzó a derramar lágrimas sin parar, pero antes de poder abrir sus labios para expresar su felicidad, sintió como Julia la envolvía en sus brazos y después tanto Emily, como Catherine e incluso Susan, las secundaban en aquel acto.

—Habíamos pensado que sería una buena idea pasar la temporada lejos de la ciudad —

declaró Julia una vez que se había apartado de su cuñada y cuyo brillo en los ojos delataba que estaba a un paso de que una pequeña lágrima escapara.

—¿De verdad podéis quedaros? —exclamó Violette esperanzada y mirando a todas las damas que había a su alrededor.

—En realidad lo pensamos detenidamente y todos coincidimos en que los bailes y fiestas son demasiado agotadores, así que un año de descanso no nos vendrá nada mal a ninguno de nosotros.

Además, estamos deseando probar ese brandy que al parecer has rescatado y tiene unos cuantos años —irrumpió Henry con una sonrisa mirando a su amigo Robert mientras el resto le secundaban.

Robert no daba crédito a que todos sus amigos estuvieran allí con la firme intención de pasar toda la temporada o al menos el duro invierno. Sabía que aquello debía ser obra de su hermana, que de algún modo les había convencido a todos para alejarse de su hogar e instalarse en aquella casa. Julia tenía una sensibilidad especial para esos detalles y supo que era lo que Violette necesitaba en aquel momento, rodearse de las personas que la querían, sentir la felicidad que un ser impune le había arrebatado durante toda su vida.

La miró y vio como ella respondía del mismo modo, con esa misma tonalidad de sus ojos. Se encogió de hombros y Robert sonrió. Esa era su hermana, la que mil veces le había desquiciado y dado tormentos de cabeza, pero que nunca cambiaría por nada.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. El vientre de Julia y Violette crecía a medida que la casa se convertía en un verdadero hogar gracias a las manos de Emily, a la delicadeza de Catherine, el buen gusto de Julia y los arreglos florales de Susan. Pronto las semillas plantadas en las tierras fértiles comenzaron a germinar dando los primeros brotes en primavera. La casa se había llenado de risas, de llantos por alguna caída de algún pequeño, de juegos, de largas cenas hasta altas horas de la madrugada entre anécdotas o aventuras y de largos paseos en confidencias.

A principios de verano nació la hermosa hija de Julia y Richard. Una niña de cabellos rizados y ojos color bronce como su madre. La llamaron Elisabeth y la bautizaron en la capilla de la hacienda siendo Robert y Violette los padrinos de la pequeña.

Violette irradiaba felicidad al tener esa pequeña en sus brazos, no veía el momento de tener a su propio hijo para colmarle de besos y abrazos como lo hacía con su propia sobrina.

El heredero al ducado de Savegner llegó a finales de verano. Le llamaron Nicholas, en honor a su abuelo paterno y aunque unas

semanas después de su nacimiento todos sus amigos comenzaron a volver a su hogar en Londres, Robert y Violette decidieron quedarse unos días antes de partir para disfrutar de su nueva paternidad antes de enfrentarse a los compromisos de la ciudad.

—Sé que querías que tuviera el color de mis ojos, pero al final tendrá el de su padre —sonrió Violette en la intimidad de su habitación conforme tenía a Nicholas en su regazo y este se quedaba

dormido tras amamantar su pecho.

Al enterarse que esa práctica era más común entre las damas de su círculo más cercano, decidió no contratar a ninguna nodriza, sino ser ella misma quien alimentara a su pequeño.

—Es perfecto tal y como es —confirmó Robert acercándose hasta ella y sentándose a su lado conforme se desvivía viendo a su pequeño retoño.

Todos habían coincidido en que era una replica de él. Incluso su propia madre que había venido para conocer al pequeño y había permanecido varias semanas disfrutando de sus nietos lo confirmó. Tenía una familia, ahora eran una familia completa y sentía tanta felicidad que era incapaz de expresarlo con palabras.

—Gracias —contestó Violette alzando una mano y acariciando el rostro de Robert que parecía embelesado contemplando a su pequeño.

—¿Por qué? —exclamó este contrariado y volviendo su mirada hacia esos ojos que tanto amaba.

—Por darme la familia que tanto deseaba. Por darme el hogar que tanto anhelaba y por darme el amor que tanto ansiaba. Lo eres todo para mi, Robert Benedict.

—Tú eres quien me ha traído la felicidad a mi vida, mi bello ángel. Soy yo quien te da las gracias por darme la oportunidad de amarte —contestó Robert conforme se sacaba del bolsillo un pañuelo y comenzaba a desenvolverlo delante de Violette.

Cuando la pieza que contenía en su interior brillo con aquel intenso púrpura, ella lo reconoció.

Era su colgante. No sabía como lo había hecho, pero Robert lo había recuperado.

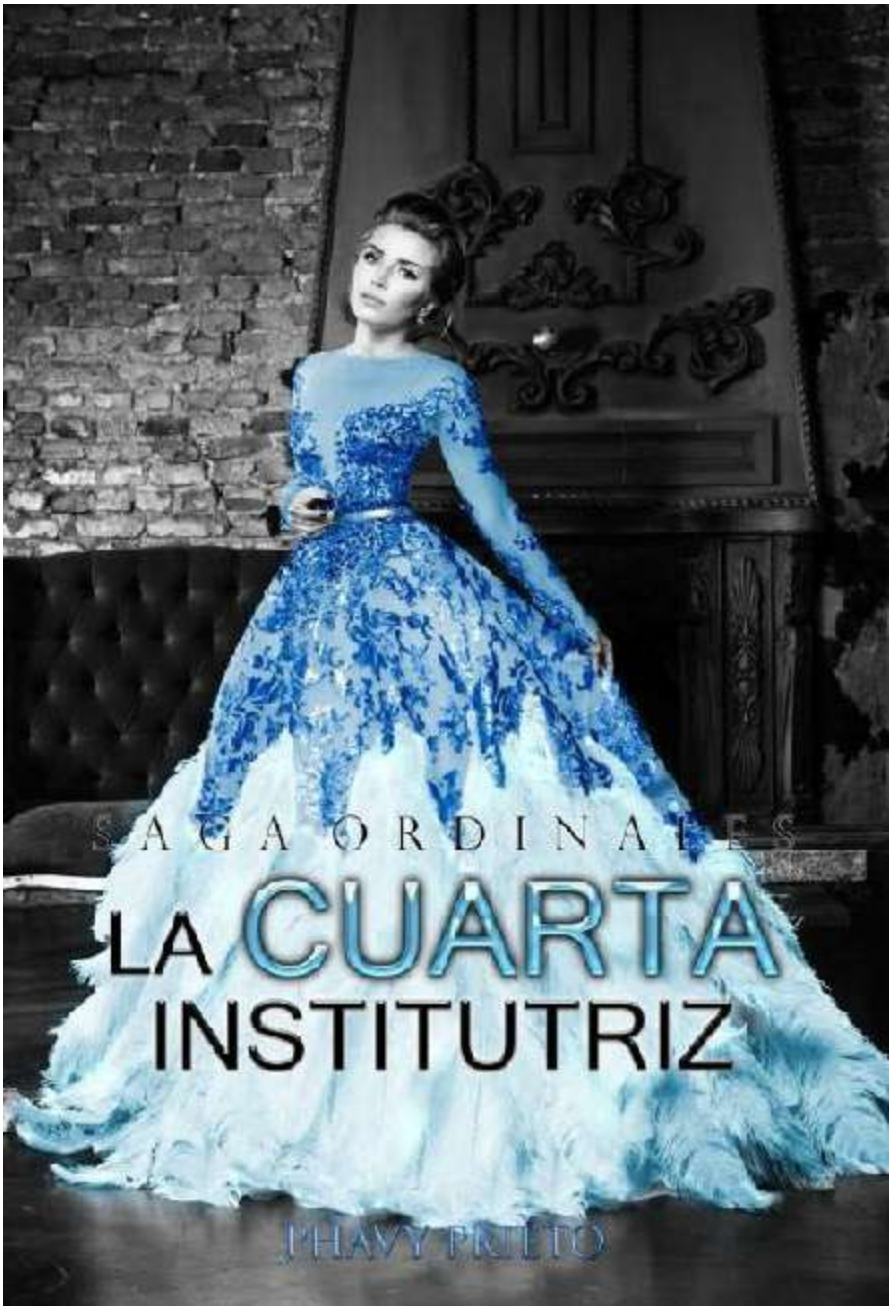
—Lo has encontrado —dijo pensando que jamás podría volver a tenerlo ya que tuvo que empeñarlo.

—Movería cielo y tierra para encontrarlo porque sé cuanto te importaba y lo que significa para ti —dijo conforme lo prendía de su cuello.

Violette sonrió dulcemente y se inclinó para rozar sus labios en un suave beso. Robert la amaba, la quería de verdad y le había dado una familia que se componía no solo de lazos de sangre sino de grandes amistades para el resto de su vida.

Se había pasado toda su vida soñando despierta con aquello y ahora esos sueños se habían convertido en realidad.

Fin.



La Cuarta Institutriz

Lady Amelia Barston es una joven de gran belleza que ha decidido entregar su vida a la enseñanza convirtiéndose en una joven institutriz. Oculta bajo un aspecto sencillo y modesto decide aceptar un puesto de trabajo lejos de su ciudad para huir de las cicatrices del pasado que le atormentan.

Edward de Leinster, lord de Badenoch, regresa a casa tras la trágica muerte de su hermano mayor teniendo que ocupar su lugar como heredero al ducado de Leinster. No solo debe afrontar los pormenores de su herencia, sino que también deberá hacerse cargo de sus rebeldes sobrinas. Desesperado por encontrar alguien que se haga cargo de las pequeñas, acepta a una joven institutriz sin referencias cuya belleza le deja sin aliento.

Él sabe que ella oculta su pasado. Ella es consciente de que jamás podría amarlo, pero la atracción que despiertan el uno hacia el otro se vuelve cegadora para ambos.

Avance de La Cuarta Institutriz.

Escocia 1824. Livingston, 11 de Marzo.

Cinco meses. Ese era el tiempo que había pasado desde que su apacible vida de soltero en Edimburgo había cambiado drásticamente para convertirse en el nuevo duque de Leinster y tutor de dos sobrinas de carácter irascible. No podía culpar a las pequeñas por ser así, la tragedia se había cebado con ellas arrancándoles a sus progenitores y hermano menor de unas fiebres. Habían sido una familia feliz, unida, que vivía apaciblemente en aquella mansión campestre precisamente para disfrutar del bienestar de sus hijos y de pronto la desolación había arrasado aquella casa arrastrándolas a un abismo del que aún no eran conscientes.

El nuevo duque de Leinster.

Aún no se hacía a la idea de que aquel título fuera suyo y de que debía responder a ese nombre cuando se dirigieran a él. Toda su vida había crecido pensando que su hermano mayor heredaría el ducado de padre tras su muerte y cuando el tercer hijo de Charles fue un varón, tuvo aún más certeza de que el legado familiar se quedaría en la familia de su único hermano. Nadie había podido prever que sucediera aquella desgracia que asolaría sus vidas. No solo se había llevado la vida del pequeño Arthur, sino también la de Charles y su amada esposa, una mujer de carácter afable y muy bondadosa.

Su madre, lady Cecilia no podía hacerse cargo de las pequeñas, por lo que él había tenido instalarse en la casa familiar que hasta ahora pertenecía a su difunto hermano para vigilar de cerca a sus sobrinas,

pero tras la marcha de la tercera institutriz abandonando su puesto de trabajo por la intolerabilidad de sus jóvenes pupilas hizo que momentáneamente la abuela de las pequeñas tuviera que suplir ese puesto hasta que encontrara a una candidata que aceptara quedarse.

Las pequeñas Charlotte y Amanda no querían a una mujer que no fuera su difunta madre en casa. Toleraban a lady Cecilia porque era su abuela, pero la esposa de su hermano se había ocupado personalmente de la educación de sus hijas y eso conllevaba a que las pequeñas rechazaran cualquier mujer que viniera a suplir lo que tan solo unos meses atrás hacía su propia madre.

—Edward, ¿Tienes un momento? —preguntó la voz suave de lady Cecilia adentrándose en la biblioteca que ejercía a su vez de despacho.

Edward apartó la vista de las gestiones que estaba tramitando e invitó a su madre a tomar asiento frente a él. Aún no se había puesto al tanto de todas las propiedades y el estado en el que estas se encontraban, pero ya había detectado algunos pequeños descuidos de su hermano que debía poner en orden cuanto antes, solo que realizar esas gestiones conllevaba alejarse unos días de la ciudad. Agradecía que, a pesar de no ser el principal heredero al ducado, su padre le hubiera ofrecido la misma educación que a su hermano, de lo contrario no sabría como podría hacer frente a todos los asuntos económicos que requería un título de gran relevancia como el que había heredado.

—Por supuesto madre. ¿Qué ocurre? —preguntó intuyendo cuál sería el argumento de conversación de lady Cecilia. Sin duda alguna le hablaría sobre sus sobrinas y la pesadilla que era tener que tratar constantemente con ellas.

—Sabes perfectamente que estoy encantada de disfrutar de mis nietas y que en estas terribles

circunstancias necesitan el cariño de la familia más que nunca, pero en mi estado no puedo hacerme cargo de ellas. Necesitan unas atenciones que yo no puedo suplir. Ya han pasado dos semanas desde que se fue la última institutriz y necesito ir a Bath para tomar las aguas termales que tan bien hacen a mis huesos. —Las quejas de lady Cecilia sobre su estado de salud eran constantes, por lo que para Edward no resultaba nada nuevo—. Me iré dentro de cuatro días, tengas o no una nueva institutriz.

Aquella amenaza sorprendió a Edward. Bien era cierto que no había tomado el asunto con demasiada urgencia, simplemente había enviado

de nuevo una nota a la señora Ponce, la encargada de haberle facilitado las últimas tres institutrices de las cuales ninguna había durado más de dos meses. Sin embargo, le había respondido que no tenía ninguna candidata idónea para ese puesto de trabajo y se temía que el rumor sobre que las niñas estaban poseídas por el demonio corría como la pólvora por Livingston.

Las bromas que sus sobrinas le habían gastado incesantemente a aquellas mujeres de mediana edad habían provocado que terminaran abandonando la mansión escandalizadas por el comportamiento irritable de las jóvenes. No tenía la más mínima idea de que iba a hacer con ellas si su madre se marchaba. Podría internarlas en alguna institución para jovencitas, pero le parecía demasiado cruel después de lo que habían tenido que sufrir tras perder a sus padres.

—No podéis hacerme eso, madre —rebatió con aspecto serio y casi desesperado.

—No tengo más remedio que hacerlo Edward. Yo no puedo hacerme cargo de su educación,

¡Necesitan a una institutriz!, ¡Una decente! No como las tres últimas que contrataste —puntualizó con énfasis.

—Gracias por recordármelo, hasta ahora no me había dado cuenta —mencionó con evidente tono de sorna.

Él mejor que nadie sabía cuanto necesitaban sus sobrinas una institutriz decente, pero amenazándole con marcharse no iban a solucionar la situación.

—Cuatro días Edward. Te doy cuatro días para que encuentres a una institutriz y después me ausentaré hasta que comience el verano para tomar mi tratamiento —puntualizó antes de marcharse volviéndose a quejar de su dolor de huesos y dejarle con la sensación de desolación no sabiendo que demonios iba a hacer si se marchaba.

Comenzó a escribir una misiva con desesperación. Necesitaba que la señora Ponce le encontrara una institutriz en menos de cuatro días. Estaba dispuesto a aceptar cualquier propuesta por más inverosímil que esta fuera. Incluso estaba dispuesto a pagar el doble de lo que ofrecía a las otras candidatas con tal de que le encontrara a una mujer que accediera

—¿Se puede? —La voz de su mejor amigo lord Mackenzie hizo que dejara la pluma y sonriera.

Al menos una distracción para aquel día en el que aún no había salido de aquella biblioteca y casi era la hora del almuerzo.

—Sabes que siempre eres bienvenido, Adam —contestó Edward levantándose de su asiento y dándole un afectuoso abrazo.

No se veían desde el funeral de su difunto hermano, por lo que era un alivio volver a encontrarlo, más aún cuando no había puesto un pie en Edimburgo desde que se había hecho cargo de la herencia.

—Me pasaba para ver que tal te va con tu nuevo título, lord Leinster. Ciertamente te sienta bien querido amigo —sonrió Adam tratando de ser amigable.

—Aún no me acostumbro a el, sobre todo porque cada vez que alguien lo menciona me viene a la mente el rostro de Charles —puntualizó con cierta nostalgia en sus palabras.

Quizá era demasiado pronto para hacerse a la idea de que nunca volvería a ver a su hermano.

—Ha pasado poco tiempo, es normal. En cuanto pasen unos años te acostumbrarás —contestó Adam resuelto.

—Mejor no hablemos de cosas trágicas, bastantes preocupaciones tengo ya para añadir una más, ¿Qué te trae por la ciudad? —preguntó cambiando de tema.

Hacía demasiado tiempo que Adam no se dejaba caer por Livingston. Prácticamente toda la familia Mackenzie se había trasladado a Edimburgo y solo venían para pasar el verano. Le extrañaba que él estuviera allí, pero tal vez se debía a algún asunto familiar.

—Tengo que firmar unos acuerdos en nombre de mi padre sobre el arrendamiento de unas tierras, algo trivial, así que estaré un par de días y decidí visitar a mi mejor amigo para ver que tal le iba. ¿Qué es lo que sucede para que estés tan preocupado?

Edward apartó la carta que estaba escribiendo a la señora Ponce para continuarla más tarde y comentó que había varios problemas que debía tratar de forma urgente sobre algunos acuerdos comerciales, pagos y otros menesteres fuera de la ciudad, pero que no podía dejar a sus sobrinas sin el amparo de una institutriz ahora que su madre pretendía marcharse a Bath.

—Es curioso que me digas eso, puesto que mi hermana Beatrice hace

unos meses que decidió pasar su tiempo libre dedicándose a eso. Desde que le costó tanto trabajo encontrar a una institutriz decente para mis sobrinas, comenzó a hacer algunos contactos por todo el condado y lo cierto es que le va muy bien —mencionó Adam tranquilamente—. Si estas tan desesperado puedo decirle que te envíe a una de inmediato, aunque ella suele tomarse su tiempo para estas cosas.

Edward vio un rayo de esperanza en aquellas palabras.

—Aceptaré lo que sea siempre y cuando llegue en cuatro días — contestó abruptamente. Si su madre se marchaba y aún no tenía una institutriz en casa, sabía que las niñas lo volverían loco.

Adam comenzó a reír a carcajadas mientras pedía papel y pluma para escribir una misiva urgente a su hermana.

Seis días. Ese era el tiempo que había pasado y la institutriz aún no había llegado. ¿Tal vez la hermana de Adam no habría encontrado a ninguna candidata?, ¿Sería posible que nadie en todo el condado o en toda Escocia pudiera estar disponible para cuidar a dos niñas pequeñas?

Su cabeza le martilleaba, llevaba dos noches sin apenas dormir desde que su madre se había marchado y si antes estaba desesperado, ahora comenzaba a estar increíblemente agobiado ante la idea de no poder hacer frente con todas esas responsabilidades.

Aquel día llovía de forma incesante, así que Edward permanecía frente al gran ventanal del salón mientras escuchaba de fondo el sonido de Charlotte y Amelia jugando con sus muñecas de trapo frente al fuego de la chimenea. La taza de té estaba aún demasiado caliente y por eso se entretenía en tener la vista fija en el porche delantero donde veía como el agua encharcaba la tierra. De pronto, la figura de alguien menudo que portaba una maleta más grande de lo que abultaba su cuerpo se presentó ante sus ojos. Los cristales estaban parcialmente empañados así que no podía ver con detenimiento de quien se trataba, pero era evidente que se dirigía hacia la entrada de casa.

Con paso decidido atravesó el marco de la puerta del salón y cruzó la entrada. Cuando abrió el gran portón vio como la pesada maleta de lo que parecía ser una muchacha caía al suelo. Sus pies y más de la mitad de su abrigo estaban literalmente embarrados, además de que aquel enorme sombrero que ocultaba su rostro apenas la aliviaba de la lluvia.

¿Se habría perdido?

—¿Se encuentra bien?, ¿Se ha perdido? —exclamó acercándose a ella a pesar de que después

tendría que cambiarse completamente el atuendo, pero quizá la lluvia despejaría aquel dolor intermitente de cabeza por la falta de sueño.

—Espero que no —contestó la dulce voz de aquella muchacha—. Según me han indicado esta debe ser la mansión Leinster —dijo sin apenas alzar la vista para no mojar su rostro.

—Así es. ¿Quién sois? —preguntó Edward ahora más contrariado.

—Soy la nueva institutriz. Amelia Barston para servirle —pronuncio aquella voz y Edward dedujo que era demasiado joven para ser una institutriz.

—La esperábamos hace dos días —rebatió algo hastiado.

¿Le habían enviado a una niña? Cuando dijo que estaba desesperado y aceptaría cualquier opción, no se refería a una adolescente que apenas podía hacerse cargo de sí misma.

—Lo lamento —contradijo Amelia—. El tiempo no permitió que llegase a tiempo —dijo alzando su sombrero para ver al que suponía sería el mayordomo de la casa, pero descubrió el rostro de un hombre tan apuesto que provocó el silencio de sus palabras.

Edward observó aquellos ojos azules y sintió que el tiempo se paralizaba. No importaba la lluvia. No importaba que estuvieran en la puerta de casa. No importaba absolutamente nada. Ella no era una niña, sino la mujer más hermosa que sus ojos jamás habían contemplado.

Document Outline

- Oscar Wilde.
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35
- 36
- 37
- 38
- 39

- 40
- 41
- 42
- Sigue leyendo…
- EL SÉPTIMO PECADO
- John Ruskin
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35
- 36
- 37
- 38

- 39
- 40
- 41
- Sigue leyendo…
- EL SEXTO SENTIDO
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- La Cuarta Institutriz
- Avance de La Cuarta Institutriz.